4
111150

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

08

© Biblioteca Nacional de España

R. 556278

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

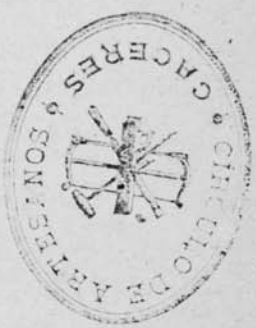
LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA





CUADERNO I

EL PRIMER GUERRILLERO

MADRID

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL

Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

EL PRIMER GUERRILLERO

Madrid en 1808.

Gracias al rey Carlos III, la villa y corte de Madrid no sufría en los comienzos del siglo actual la tiránica ley de *abastos* y la dura *tasa* para la adquisición de los comestibles; la limpieza la hacían los labradores y hortelanos que venían á la capital á vender frutas y hortalizas, sacando los desperdicios fuera de puertas; las calles se barrían dos veces por semana, los martes y viernes, que el pueblo, en su pintoresco lenguaje, llamaba *días de marea;* el empedrado había mejorado; las calles estaban algo alumbradas, y guardadas, aunque de una manera imperfecta, por los *vigilantes nocturnos* (serenos).

La generalidad de las casas tenían un piso. En el portal, y sobre la puerta del basurero,—¡pase la irreverencia!—una imagen alumbrada por una candileja. Una escalera de altos peldaños, oscura y estrecha, conducía á los cuartos, en cuyas puertas se veía pegada una estampa, y á los cuales servía de llamador una cuerda de nudos, con un zoquete á la punta. Por bajo del balcón una cruz con dos corazones y la conocida inscripción *Alabado sea el Santísimo Sacramento.—Jesús María y José:* y en la esquina un azulejo en que se leía: *Visita general: Manzana núm...*—El interior de los cuartos se distribuía en varios departamentos que los vecinos denominaban pomposamente sala, despacho, cuarto de jabonar, de aplanchar, de baules, cocina y despensa.

En las casas de la gente principal tenían estrado, medianamente alhajado, con el brasero de cobre rojo sobre la tarima de caoba, ó la copa sobre el trípode; taburetes de haya tapizados de damasco, y el sonoro clave; y gabinete, adornado con pinturas mitológicas; cortinas en forma de pabellón; cuadros con imágenes; patentes de hermandades, bulas, y cédulas de comunión; cómoda con un niño Jesús en su urna de cristal; tremor ó espejo, y rinconeras con floreros.

Los palacios ostentaban un lujo más real que bello, con las pesadas armaduras, los viejos tapices, los antiguos sillones, las costosas lámparas y los grandes hachones.

Las llamadas *casas de vecindad* se componían de un extenso patio lleno de habitaciones numeradas, con una escalera que conducía á un corredor, lleno también de cuartos, y sobre el tejado buhardillas igualmente habitadas. Eran un mundo en pequeño.

El terreno para edificar se pagaba por entonces á 30 reales el pie en la Puerta del Sol, 10 en Platerías y 6 en la Carrera de San Jerónimo.

Las tiendas eran todas iguales, sin letreros, ¿para qué si la mayoría de las gentes no sabían leer? con su puerta claveteada de hierro; estantería de pino; mostrador de nogal, y el retablito de ordenanza con el

© Biblioteca Nacional de España

santo patrón de la casa, al que se encendían dos velas los sábados y el día en que el comerciante había hecho un buen negocio.

Pasemos de las casas á los habitantes, y examinemos la organización de la familia en aquellos felices tiempos.

Del hijo primogénito no se ocupaban los padres, porque al nacer nacía *mayorazgo;* al segundo, se le hacía cura, con vocación ó sin ella—así la mayoría no lo eran,—para aprovechar una capellanía que poseía la familia; al tercero, quisiera ó no, se le hacía militar, y al cuarto, con voluntad ó sin voluntad, abogado. Si había hijas, á la primera se la enseñaba á ser mujer de su casa; á la segunda, de grado ó por fuerza, se la metía monja; y á la tercera se la destinaba para servir á todos, una especie de *cenicienta.*

A los 18 años sabía el hombre leer, escribir y algo de números: estudiaba el *musa musæ* con el dómine; rezaba de rodillas delante de sus padres; recitaba fábulas de memoria; servía de devanadera á su señora madre; rezaba el rosario al anochecer, y enseguida á la cama... ¡Ah! y los domingos podía jugar con sus hermanas, ó ir á soplar el milano con el consabido estribillo:

Sube, sube,
Que te coje la nube:
Baja, baja,
Que te coje la tinaja.

Vestía los desechos de su señor padre. Las mujeres se educaban en el santo temor de Dios; no hablaban sin preguntarlas; debían estar sentadas con las piernas juntas y las manos cruzadas; besaban la mano á sus señores padres y la correa del hábito á los pobrecitos frailes. Por la menor falta se las ponía de rodillas y se las obligaba á pedir perdón delante de todos. Aprendían el punto *pascual,* el de *sábana* y el de *lomillo;* á confeccionar paños de altar; á bordar *chupas* á su señor padre y *basquiñas* á su señora madre, y á hilar la lana para las medias de sus hermanos. Tenían su Niño Jesús, al que vestían de Nazareno, de pastor ó de soldado.

Su traje se componía de saya de anascote morado, pegada al cuerpo, y sobre el jubón un pañuelo verde estampado en negro; sus joyas y adornos eran el abanico *empedrad* el collar de cuentas, el rosario *estrellado,* lazo, el peto, el *excusalis,* las *manillas* y l arracadas. Las señoras mayores usab también la *frasquera* y la *tabaquera.*

Conocían algunos remedios caseros de e tremada virtud: el *gorro de Santa Poloni* para las muelas; las *gotas de la calabaza* *San Roque,* para las opiladas; *la tierra d pozo de Santo Domingo,* para las jaqueca

Si se hablaba de bodas ó de asuntos c ellas relacionados, se las obligaba á salir las habitaciones, de lo cual ellas se veng ban quedándose á escuchar detrás de l puertas; porque semejante educación, fo zoso es decirlo, en lugar de producir hij modestas y niñas virtuosas, daba por resu tado hijas hipócritas y mujeres licenciosa que bordaban á un tiempo el escapular para el santo, y el pañuelo para el galán, en la iglesia, lugar principal de citas aquella época, compartían sus miradas e tre el altar y el hombre.

Conozcamos la sociedad y costumbres aquel tiempo.

Las altas damas, entregadas á las mod de Francia, lucían en las tertulias y sara los trajes blancos, ligeros y ceñidos, llam dos *volubilis,* el peinado griego y la llam tiva banda de rosas al pecho; y el de las m nolas, es decir, el guardapies de raso ado nado de bolillos y alamares, la rica peine y la airosa mantilla, en sus paseos noctu nos y en sus meriendas en el río, con alg torero afamado, ó algún artista de géni únicos que las atraían y conquistaban c su mérito en aquel concierto de hombr vanales y de ridículos petimetres.

El noble lucía chupa blanca, bordada colores; chorrera de encaje; calzón de pu to; casaca de piqué de seda con botonadur vuelos riquísimos en las mangas; guant de seda ó cabritilla; muchos anillos; dij en los relojes; espadín de acero con vai de marfil, y sombrero apuntado, siemp bajo el brazo, para no estropear el peinad

Su traje descubría su afeminamient alejado de toda empresa noble y grande, rría tras de la manola, que se burlaba de y alternaba con el manolo, que le despr ciaba.

© Biblioteca Nacional de España

La vida material estaba, por decirlo así, reglamentada, y era igual para todas las clases.

A las doce, hora que algunos chuscos llamaban del *garbanzo*, y que todos recibían con un *Ave-María*, la comida, servida en platos de Talavera y sobre manteles gallegos; por la tarde, el chocolate en marcerina de plata, con bollos de Jesús y vasos de agua en salvilla, con *panal* (esponjado) color de



DUQUESAS Y TOREROS.—(Tapiz de Goya.)

rosa, que las señoras de la casa servían por su mano á los frailes, ó de los llamados de *luto*, hechos con azúcar tostada, si la familia estaba de duelo; y por la noche la colación ó cena.

Las gentes de la clase media oían misa diaria, rezaban el rosario entero todas las noches y trisagio tres veces á la semana, y confesaban todos los sábados, añadiendo á la confesión tres horas de recogimiento; asistían por la tarde á alguno de los dos coliseos que contaba Madrid, para ver representar

© Biblioteca Nacional de España

á Máiquez *Fenelón* ó el *Otelo*, oir la canción del *Arroyito*, ó aplaudir *Las boleras robadas;* ó se permitían entrar en los llamados cafés, que eran unas salas grandes, con bancos de pino, en los que se servía el café en salvilla de peltre, con azúcar terciada, y el agua en vasos de vidrio.

La nobleza, los frailes, los consejeros, los togados, los mayorazgos y los desocupados pasaban el día visitando las *Covachuelas*, tiendas iguales á las que aún existen en la calle del Carmen al pie de la iglesia; ó las Gradas de San Felipe, vulgarmente llamadas el *Mentidero;* la tarde en los paseos de *Las Delicias*, *La Florida* ó *El Canal;* ó en la botillería de *Canosa*, situada en la Carrera de San Jerónimo, á la puerta de la cual paraban los coches y se hacían servir por sus lacayos las exquisitas bebidas, que tanta fama dieron á Canosa; y la noche en las tertulias y saraos.

El pueblo tenía los lunes toros por mañana y tarde; los domingos y fiestas de guardar, que eran entonces numerosas, misa y procesión; todas las tardes pedreas, y todas las noches y todas las madrugadas rosarios, que terminaban en batallas sostenidas por unas cofradías con otras, ó se desgraciaban por las *borracheras* de los que llevaban los faroles, ó las risas que excitaba el sacristán al explicar los *misterios;* y, por último, el lúgubre y temido *pecado mortal*, cuyos hermanos, envueltos en la ancha capa y con la oscura linterna, semejaban fantasmas.

¡Y, sin embargo, este pueblo ignorante, defecto de que él no era culpado, y vicioso, falta que había aprendido de las altas clases, valía más que ellas por la sano de su corazón, la nobleza de sus pensamientos y lo altivo de su carácter!

Las cartas se encabezaban todas con una cruz, y eran más temidas que esperadas. Sólo había en Madrid unos cuantos coches de los llamados de *pechera*, *simones*, *berlinas* y *cabriolés* para el servicio público, y las lig[illegible] calesas para ir á los toros. Los viaje[illegible] lizaban por galera, ó por los arr[illegible] coches de cocheras ó por la posta, y lo emprendía confesaba y hacía testam[illegible] antes, y la familia mandaba decir misas [illegible] riamente hasta su feliz regreso.

Algunas pinceladas más, y concluímos.

En 1808, las esquinas de Madrid estaban llenas de retablos y empapeladas con carteles de novenas; había más conventos que escuelas, más cofradías que tiendas, más tabernas que faroles, más clérigos que seglares.

El rey Carlos IV vivía sujeto á María Luisa, ésta sometida á Godoy, y Godoy sumiso á Napoleón.

Los empleos se vendían al mejor postor, desde la mitra del obispo á la vara del alguacil.

El ejército y la marina vegetaba sin gloria y sin pagas. La nobleza vivía para el lujo, las fiestas y los saraos.

El pueblo se consumía en la holganza, en la ignorancia y en la miseria.

Tal era Madrid, la capital de la monarquía y residencia de la corte. ¡Puede juzgarse, por tanto, lo que sería el resto de España en los comienzos del presente siglo!

En 1808 aparecen la duquesa y el torero, la manola y el fraile, la comedianta y el abate, la madama y el chispero, la castañera y el petrimetre, la damisela y el guardia, la beata y el paje, la cortesana y el peluquero, la castañera y el erudito, el grave consejero y la alegre escofietera, marchando unidos como un solo cuerpo y una sola alma, de las vísperas á los toros, de la procesión al ventorrillo, del rosario al merendero, del sermón á la comedia, del confesonario á la botillería, de la mesa de petitorio á la calesa, de la novena á la tertulia, del jubileo al bodegón, del sarao al baile de candil.

En este abigarrado conjunto, en esta mezcla extraña de lo divino y lo profano, de lo alto y de lo bajo, en esta sociedad rarísima, tan devota en la apariencia como disoluta en el fondo, tan libertina como hipócrita, tan presuntuosa como ignorante, de costumbres t[illegible]vertidas, de ideas tan extraviadas y [illegible]tan divididos, ¿no habrían logra[illegible]las ideas de Aranda y Campo[illegible]idablanca y Jovellanos, de [illegible]ide? ¿Vivirían los madrile[illegible]españoles de 1808 sin es[illegible] y sin fe?

© Biblioteca Nacional de España

El 19 de Marzo.

El 19 de Marzo de 1808, en este día que la religión conmemora la fiesta del glorioso Patriarca San José, cuando la gente llenaba los templos, y las familias rezaban en las casas el santo rosario, apenas en los altos campanarios de las iglesias de la corte había sonado el toque de oraciones, una multitud tan grande como heterogénea, se lanzó á recorrer las calles llevando teas y hachas encendidas, y gritando en todos los tonos:

—¡Viva el Príncipe de Asturias!

—¡Abajo el *Guardia!*

—¡Viva Fernando el *Deseado!*

—¡Muera el *Choricero!*

En un instante se iluminaron con el clásico velón de cuatro pábilos, los candeleros de peltre, los faroles y hasta los candiles, las ventanas y los balcones, y las gentes á ellos asomadas, haciendo causa común con los de abajo, repetían los mismos mueras y daban los mismos vivas entre aplausos y risas, y chacota y algazara.

La cosa no era para menos. Había estallado un motín en Aranjuez, que había derribado á Godoy y producido la elevación del Príncipe de Asturias, vulgarmente llamado Fernando el *Deseado*, según acababan de noticiar varios emisarios del revoltoso conde de Montijo llegados del *Real sitio* para promover esta escena.

A los pocos instantes, aquellas turbas, engrosadas por nuevos contingentes de las calles que iban recorriendo, asaltaron la casa del *Guardia* ó del *Choricero* (así llamaban al Príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy), es decir, la de su esposa la infanta doña Teresa, calle del Barquillo, en que habitaba, hasta que se terminaran las obras necesarias en el palacio de Buenavista, que el Ayuntamiento le había regalado en muestra del *cariño* que los madrileños le profesaban.

¡Sarcasmos de la suerte!

Muebles, alhajas, cuadros y papeles eran arrojados por el pueblo á la inmensa hoguera encendida en la calle, y otro asalto parecido sufrían á la misma hora la casa de D. Diego Godoy, hermano del favorito, del Corregidor Marquina, del ministro Soler y del insigne literato Moratín, por el solo delito de ser amigos de Godoy.

Justo es confesar que el pueblo, siempre noble y generoso, dejaba que las llamas lo consumieran todo, sin pensar en tomar ni un triste alfiler, por más que aquel lujo fuera producto de su trabajo.

Con este motivo, tan plausible para los *fernandistas* como triste para los amigos de D. Manuel Godoy, las tertulias se vieron aquella noche más concurridas que de costumbre.

Las tertulias estaban por entonces en su apogeo. Comenzaban á las seis de la tarde en invierno y terminaban á las diez. En la mayoría de ellas se rezaba el rosario, que llevaba el dueño de la casa, y al que asistían hasta los criados, ofrecido por la salud de la Iglesia, del Papa y del Rey, por la paz y la extinción de las herejías.

Las había en los palacios de los nobles, en las cuales los respetables consejeros de la Inquisición, la Rota, Castilla, las Ordenes, las Indias, Alcaldes de Casa y Corte y representantes de la Contaduría de Penas, se dormían arrullados por los *minuets* que bailaba la gente joven.

Las había literarias, como la del gran poeta Quintana.

Las había en las casas de la clase media, en que á los juegos de prendas se mezclaban los versos y á los versos las discusiones sobre la política nacional y extranjera.

Y las había populares, pues no de otro modo debían considerarse los *bailes de candil* de la manolería, con asistencia de usías, petrimetres y abates, ansiosos de cortejar á las majas y de alternar con los majos.

Asistamos nosotros, la noche del 19 de Marzo, á la tertulia de D. Juan Antonio Miranda, en la que haremos conocimiento con los principales personajes de esta verídica historia.

Habitaba el Sr. Miranda en una hermosa casa de la calle de Toledo, frente á la iglesia de San Isidro.

El salón en que se reunían los contertulios se hallaba adornado con bujías, en lugar de los hachones de cera; un forte-piano reemplazaba al raro clave, y la guitarra española ocupaba un lugar preferente. Las paredes se hallaban vestidas de papel, y las adornaban lindos espejos con marcos de pla-

© Biblioteca Nacional de España

ta. Los muebles eran de caoba, tapizados de damasco rojo. Un salón, en fin, arreglado á la moderna.

Conozcamos á los tertulianos, y como españoles galantes demos la preferencia á las damas.

Pepita Miranda, hermana de D. Juan Antonio, era una preciosa criatura de dieciocho años. Su pelo de un rubio claro, sus ojos azules, su risueña boca, su cutis nacarado y sus facciones purísimas, la dan un aspecto angelical. No es alta, pero su talle es flexible, su andar garboso, y ostenta esa gracia particular de las madrileñas, en que se mezclan el despejo de la valenciana, la sal de la andaluza y la seriedad de la castellana. Viste con elegancia, pero sin afectación.

Junto á ella se encuentra Isabel de la Alameda, condesa de Renedo, llamada por todos la condesita, y á la verdad que no es posible imaginar dos tipos más opuestos.

Tiene la condesita veinte años, y es alta, de formas redondas y llenas, una verdadera escultura. De tez morena, de óvalo perfecto, de frente orgullosa. Su pelo es tan negro como abundante. Las cejas, negras también y en línea recta, indican un carácter varonil. La mirada de sus negros ojos es un abismo. La nariz griega, de contornos delicados, se alza sobre una boca pequeña, de dientes blanquísimos y rojos labios, sombreado el superior por un ligero bozo. La barba es firme, el cuello vigoroso, y la cintura, poco estrecha, enérgica.

La fisonomía, llena de calma, oculta un pensamiento audaz. Su palabra es burlona. Su risa disolvente. Busca las discusiones ágrias, gozando en la lucha, como debían gozar las matronas de Roma en los combates de gladiadores. Su traje es de una elegancia irreprochable.

Isabel no cuenta con otros parientes que su tía la condesa de Peña-Castillo y su primo Jorge, hijo de ésta y capitán de Guardias, con el que tratan de casarla, y su tío el viejo marqués de la Alameda.

Independiente por carácter, orgullosa por temperamento, adora la nobleza y desprecia al pueblo, y si alterna con la familia del señor Miranda es porque D. Juan Antonio, grande amigo de su padre, es actualmente su tutor; porque se aburre en los saraos de las altas clases, cuya frivolidad la indigna; y porque el talento, que es para ella como una ejecutoria de nobleza, del Sr. Miranda; la atrae, apartándola de los afeminados cortesanos, de los licenciosos abates y de los vanales petrimetres.

Para terminar, es la condesita un tipo orgulloso, un carácter indomable, una mujer altiva... ¿tendría corazón aquella hermosa estátua?

Pasemos á los caballeros.

D. Juan Antonio Miranda es un hombre de cuarenta años, de buena estatura y fisonomía expresiva. Su espaciosa frente parece ocultar grandes pensamientos; la mirada de sus ojos, de un azul oscuro, semeja la del águila; la nariz, cuyo dorso en línea curva presenta gran anchura, indica un hombre de facultades superiores; los labios gruesos y la boca bien proporcionada, señalan bondad y franqueza. Tiene la costumbre de cruzar los brazos sobre el pecho, indicio seguro de un ánimo resuelto.

Valiente y generoso, tan enemigo de la tiranía como amante de la libertad, su talento está siempre á disposición del oprimido, alto ó bajo, grande ó pequeño, razón por la cual goza de muchas simpatías entre la nobleza y de gran popularidad entre el pueblo.

Su familia se compone de un anciano tío, de dos hermanas, Teresa y Pepita, y de tres hermanos, Gregorio, Andrés y Pablo.

Muy joven aún, tuvo la desgracia de perder á sus padres y se encontró jefe de su familia. Lejos de sostener su cruel derecho de mayorazgo, resolvió dar carrera á sus hermanos, en armonía con sus gustos, partiendo con ellos todo su patrimonio. ¡Qué extraño que sus hermanos le adorasen!

Un trabajo constante y penoso le creó un buen despacho de abogado, con cuyos productos hizo á su hermano Gregorio militar, conforme á sus deseos, y al comenzar nuestro relato se halla de capitán en el regimiento de caballería de Borbón, de guarnición en Barcelona; á Pablo, notario en Valladolid, y á Andrés, comerciante en Badajoz.

Casó por amor á su hermana Teresa con

© Biblioteca Nacional de España

un hidalgo castellano, D. Pedro de la Albericia, del que enviudó á poco, quedándola un hijo, y sólo conserva á su lado á la más pequeña, á su hermana Pepita.

El estudio del señor Miranda es frecuentado por el noble y el labriego; por el opulento indiano ó perulero, y el reverendo fraile; por el rico mercader de la subida de Santa Cruz y portales de Guadalajara, banqueros de la época, y el ladino escribano.

Hombre de mucho mundo y alto criterio, procura dar á cada cual lo suyo. La verdad es su norte, y, como buen madrileño, ni el halago le rinde ni la amenaza le intimida.

Ligado á Jovellanos por gratitud, reconoce las faltas de Godoy, pero elogia sus servicios á la cultura del país; á Carlos IV le juzga un infeliz, y se muestra receloso de Fernando. Todo esto, unido á las ideas de la Enciclopedia y á las corrientes liberales que circulan, van ganando su espíritu para las reformas (1). El Sr. Miranda estudia al país y le halla imposible para un cambio radical, pero reconoce que si no se lanza la semilla á la tierra no podrá brotar jamás. Nadie podía imaginar, que del Parlamento Largo, y de los Estados Generales salieran la república en Inglaterra y Francia. Cierto que se perdieron, se decía, pero quedaron los principios.

En 1808 las ideas del Sr. Miranda iban sufriendo una grande transformación. ¿Cuál? El mismo no lo sabía. Era á modo de una luz que se apaga y de una aurora que amanece. Ante la gravedad de las circunstancias sus ideales eran patria y libertad... Después... lo que más conviniera á la patria y á la libertad.

D. Diego de la Alameda, tío de la condesita y marqués de la Castellana, era entonces un viejo de sesenta años, cuyo físico corría parejas con su carácter.

En cada arruga de las muchas de su frente se adivinaba una duda. La mirada de sus negros ojos era inquisitorial y astuta. La nariz, corta y achatada, indicaba sensualidad y egoismo. El labio inferior, excavado en su parte media, denotaba un espíritu alegre y burlón. La barba, aguda y caprichosamente levantada, era maliciosa. Acostumbraba á tocarse las narices antes de aspirar el polvo, señal de un espíritu sagaz.

Había estudiado en la Casa de Pajes del Rey, donde conoció al luego famoso canónigo Ezcoiquiz; después se hizo militar, y más tarde fué nombrado mayordomo de Palacio.

Antiguo calavera y gran libertino, conocía todos los lances, todos los amoríos, todas las anécdotas y chismes de Palacio, y gozaba en repetirlos.

Era una crónica viva, animada y picaresca.

Muy dado á las aventuras amorosas, á los placeres de la mesa y á las elegancias del traje; excéptico en religión y descreído en política, D. Diego de la Alameda, marqués de la Castellana, con su lengua viperina y su risa que parecía abrir las carnes sin tocarlas, era el retrato perfecto de la nobleza de su tiempo.

Quería mucho á su sobrina Isabel, á la que servía de caballero, dejándose dominar, no por ella, decía, sino por su hermosura, pues el viejo calavera seguía siendo un rendido adorador de la belleza.

D. Fermín Echarri, otro de los contertulios, tenía algunos puntos de semejanza con el marqués. Contaba cincuenta años, y era de temperamento sanguíneo y carácter jovial. Bajo unas cejas pobladas y movibles, sus ojos verdes lanzaban miradas burlonas; la boca, que era un poco grande, resultaba maliciosa en extremo, y los labios rojos y finos algo sardónicos.

Natural de Pamplona, en Navarra tenía todos sus bienes.

Transigía con Godoy por sus ataques á la Inquisición y por la venta de los bienes del clero.

Adoraba á Voltaire, poeta, historiador y filósofo, que, según él decía, desde su calabozo de la Bastilla y acusado de hereje, había anulado un Parlamento y arrebatado al clero el señorío de las conciencias en todo el mundo. No se ensañaba contra la revolución francesa; aplaudía lo bueno que habían hecho los *jacobinos;* admiraba á Napoleón, y educaba á su hijo en uno de los mejores

(1) Las ideas reformistas iban ganando á los hombres estudiosos y á la clase media, la más ilustrada del país.—*Rico y Amat.*

© Biblioteca Nacional de España

colegios de París; había viajado mucho y era bastante ilustrado.

Simpatizaba mucho con D. Diego, porque coincidían en muchas cosas, y la caja de rapé del uno estaba siempre á disposición del otro.

Como buen navarro, era franco, alegre, noble y valiente.

Tipo en un todo opuesto á los dos últimos era D. Valero Borja, un hidalgo aragonés, de cuarenta y cinco años.

El entrecejo de su frente denunciaba al hombre impaciente y algo próximo á la cólera, pero la dulce mirada de sus ojos castaños parecía tener la misión de templar este defecto. La nariz aguileña, y la boca estrecha y en línea recta, indicaban un carácter firme y amigo del orden. El color pálido de su tez morena acusaba un temperamento bilioso. De alta estatura, complexión fuerte, y piel seca y dura, el Sr. Borja resultaba un tipo enérgico, un hombre de gran resolución.

Independiente por principios más que por bienes de fortuna, morigerado en sus costumbres, abrigaba en su corazón los más nobles sentimientos.

Muy amante de Aragón y de España, para el Sr. Borja la patria, la religión y el rey, formaban una trinidad indivisible. Odiaba á Godoy, por creer que había desmoralizado la corte, y con la corte al pueblo, tiranizado á la Inquisición, y saqueado al clero, y tenía pasión por el Príncipe de Asturias, al que suponía víctima de Godoy y de Napoleón. Algo terco siempre que creía tener razón, y lo creía casi siempre, era, en fin, lo que en aquella época se llamaba un verdadero *fernandista*.

Formaba también parte de la tertulia un joven americano, D. Miguel de Pas, hijo de padre santanderino y de madre mejicana, nacido en Veracruz, de buena estatura, franca mirada y grandes riquezas, y que envolvía en el fuego del amor patrio á Méjico y á España.

Había venido á Madrid por estudiar y conocer á España, y enamorado de Pepita, sólo aguardaba el permiso de sus padres para unirse á ella con gran contentamiento de todos los amigos del Sr. Miranda, que gozaban en la feliz unión de tan gentil pareja.

Pedimos perdón á nuestros ilustrados lectores por esta digresión, que hemos juzgado necesaria, para la mejor comprensión de nuestro relato, y entramos en materia.

—¿Qué le parece á V. lo ocurrido en Aranjuez?—preguntó al Sr. Miranda D. Valero Borja.

—Quiera Dios que ese motín cortesano no abra la puerta á otros más graves para el porvenir.

—¿Llama V. motín á ese gran movimiento popular?

—Sí, señor.

—La caída de Godoy era necesaria.

—¿Y quién asegura que lo que viene será mejor?

—Tiene V. razón, Sr. Miranda,—dijo la condesita, que no era gran partidaria de Fernando.

—Es inícuo lo que sucede,—dijo un nuevo personaje, de aspecto venerable y traje clerical, que entraba apoyado en el brazo de un gallardo joven.

—¿Qué le ha ocurrido á V., señor abad?—dijo el Sr. Miranda.

—Esas turbas, que de poco no me atropellan, y á no ser por la oportuna intervención y el vigoroso brazo de D. Luis, no sé lo que me habría ocurrido.

—El Sr. Peñaranda es siempre muy oportuno,—dijo sonriendo la condesita.

—Pero, ¿le han herido á V.?—preguntó Pepita alarmada?

—Nada de eso,—respondió el joven;—algunos de los alborotadores, que van beodos...

—Usted siempre dispuesto á defender todo lo que hace el pueblo,—dijo la condesita.

—Es natural.

—¿Por qué?

—Porque es el más débil, debilidad que nace de su ignorancia.

—Bien dicho, amigo Luis,—respondió el Sr. Miranda.

—¡Si se unen Vds. los dos contra mí!—dijo la condesita mordiéndose los labios.

—Nada de eso,—contestó sonriendo el señor Miranda.—Luis se basta.

—¿Negará V.,—preguntó la condesita,—que en el pueblo hay mucho lodo?

—También lo hay en la nobleza, y lo que

© Biblioteca Nacional de España

es peor, en ella el lodo está endurecido y dorado,—contestó D. Luis.

—Buena estocada, sobrina, buena estocada,—dijo riendo el marqués.

El abad, queriendo cortar el diálogo, exclamó:

—Yo soy un pobre cura de aldea, un ignorante provinciano, y, á la verdad, no me explico lo que sucede.

Ayer, el Príncipe de la Paz era vitoreado, y hoy es escarnecido.

Ayer le regalaba el Ayuntamiento el palacio de Buenavista en nombre de los hijos de Madrid, y hoy los hijos de Madrid arrojan á las llamas sus muebles, sus joyas y sus papeles.

Viviendo alejado de la corte, especie de Pozo Airón, desearía conocer los motivos de cuanto veo.

Hoy presenciamos la caída de Godoy, que parece causar grande alegría; pero si era tan malo, ¿cómo llegó al poder, cómo se ha sostenido en él tantos años, y cómo la nación le ha tolerado?

El que así hablaba era D. Nicolás Albericia, abad de una de las parroquias de la provincia de la Coruña.

De cincuenta y cinco años, cara redonda, temperamento sanguíneo, pelo rojo, cejas muy pobladas y semi-encorvadas, indicando una gran fuerza de espíritu hermanada con una bondad ingénua; ojosa zules, grandes y melancólicos, de mirada curiosa; nariz grande; cuello erguido y vigoroso; alta estatura y formas atléticas. Parecía un gigante con la candidez de un niño.

Había nacido en Burgos y hecho sus estudios en la universidad de Santiago, tomando tal afecto á Galicia, á la que llamaba su nueva patria, que no quiso regresar á su país, y se quedó al frente de la parroquia de Conjo, en donde era querido hasta la adoración por su desinterés y su bondad.

Era concuñado del Sr. Miranda, como hermano del difunto D. Pedro Albericia, esposo de doña Teresa Miranda, y había venido á Madrid para arreglar ciertos asuntos referentes á su parroquia, contando con el apoyo y las buenas relaciones de D. Juan Antonio.

—Pobre D. Nicolás,—dijo el marqués riendo.—¿Es decir que V., como los fariseos, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye?..

—Perdone V., señor marqués; en mi parroquia, á cien leguas de Madrid, nada he visto, ni menos oído; hé aquí por qué para juzgar deseo ver y oir...

—Ya que es preciso poner á V. en autos, yo, que por mi posición actual y por mi vida anterior, pasada de continuo en Palacio, puedo satisfacer, en parte, su curiosidad, me dispongo á complacerle, pero haciendo constar de antemano que no voy á inventar nada...

—Lo creo muy bien,—dijo el abad.

—Pero si el cuadro resulta con colores demasiado vivos, no se culpe de ello al pintor...

—Ya lo dijo el poeta, Sr. D. Diego,—añadió el Sr. Echarri:

«Arrojar la cara importa
Que el espejo no hay por qué.»

—Comienzo, pues.

Todos se sentaron en derredor de la copa, que aún mantenía fuego, porque el frío se dejaba sentir, y el marqués comenzó su narración.

Historias pasadas.

Hoy—dijo el marqués—se trata principalmente de Godoy, punto sobre el cual ha girado la política en España durante tantos años... Comencemos, pues, por Godoy...

—Por el *Guardia*,—dijo con tono despreciativo el Sr. Borja.

—Bien, por el *Guardia*,—respondió el marqués sonriendo.

Había en Palacio en 1788 dos camaristas que habían sido, y aún pretendían ser hermosas, la Pizarro y la Matallana, muy dadas á proteger á los guardias de Palacio, fuesen de *Corps*, ó de *Walonas*.

—¿A protegerlos?—preguntó el Sr. Echarri con malicia.

—A protegerlos—contestó el marqués, guiñando un ojo y tomando un polvo.—Estas damas, con una de las cuales había yo tenido cierta intimidad...

—¡Por Dios, tío!...

—No te incomodes, condesa, y Vds. hagan cuenta de que nada han oído.

© Biblioteca Nacional de España

Estas damas contaban á María Luisa, que se aburría en la severa corte que dejó establecida Carlos III, las aventuras de los guardias, sus conquistas, sus calaveradas, y cuando no se las referian, ella las preguntaba.

Generalmente los guardias eran segundones de casas nobles, pero arruinadas, que venían á Madrid con una carta de recomendación para alguna camarista, medio el más seguro entonces para lograr una bandolera si el joven era guapo y enamorado.

El guardia de Corps pasaba su vida galanteando mujeres, *corriendo* príncipes ó reyes, entrando de *zaguanete* ó de *centinela*... Era una hermosa vida sólo amargada por la falta de dinero, según dijo uno de ellos á la reina en aquellos célebres versos:



—Comienzo, pues,—dijo el marqués.

«Baste, pues, decir por Dios,
A vuestra Real Majestad
Crea mi necesidad,
Pues soy un guardia de Corps.»

—El vulgo los llamaba *chocolateros*, como á los frailes,—dijo el Sr. Echarri.

—No todos eran iguales,—añadió el marqués,—pues los había de familias ricas.

—¿Y los guardias *Walonas*?—preguntó D. Miguel de Pas.

—En cuanto á esos, era distinto. Para entrar en ellos se exigía una renta propia, y *walona* ha habido que ha costado 4.000 duros; y continúo.

Poco á poco, la culebra se iba enroscando al pecho de María Luisa.

Dió celebridad por aquellos días á Diego Godoy, uno de los guardias más guapos, sus desgraciados amores con una tejedora de Segovia, á la que sus padres hicieron desaparecer para librar á la paloma del atrevido gavilán, dejándole tan desconsolado que juró que ninguna mujer, por hermosa que fuese, y por alta que estuviera, le haría olvidar á su

© Biblioteca Nacional de España

querida tejedora. Apenas lo supieron las camaristas fueron con el cuento á María Luisa, que, picada en su orgullo de mujer y de reina, decidió conquistar á Godoy, ayudada de las dos damas.

—Observo—dijo el Sr. Miranda,—que sigue V. llamando damas á la Pizarro y la Matallana.

—Era su cargo en Palacio... ¿No ha oído usted que eran damas... de *honor*?

—Entendido.

—Pero el hombre propone y el destino dispone. Perdone V. que no haya dicho Dios, señor abad, porque no creo que Dios se meta en cosas como las que voy á referir. Una tarde, en San Ildefonso, salió la reina á paseo, cuando, espantado uno de los caballos de la escolta, arrojó al suelo á su ginete. La reina dió un grito de espanto, hizo parar el coche y quiso saber lo ocurrido, cuando ya el guardia venía á darle gracias por su interés. María Luisa quedó prendada del guardia, que no era otro que D. Manuel Godoy, recientemente entrado en el Cuerpo.

Bien pronto cambió la decoración. Diego, que se creía seguro del amor de la reina, fué desterrado á instancias de María Luisa, que participó á su esposo que aquel guardia la había dirigido miradas atrevidas; y su hermano Manuel, tanto por su caída, como por el disgusto del destierro de su hermano, comenzó á ser objeto de grandes mercedes, y bien pronto llegó hasta gobernar el país.

Al joven guardia lo parió su madre en Badajoz, pero su verdadero nacimiento fué en Madrid.

—¿Y era instruído?—preguntó el Sr. Pas.

—Sus padres eran de familia ilustre, aunque pobres. Vivían en la importante villa de Castuera, en Extremadura, y le habían dado una educación esmerada, habiendo sobresalido en el estudio de las matemáticas y humanidades. Esto, unido á un despejo natural, á un lindo rostro y á una gallarda figura, le granjearon las más vivas simpatías.

—No olvide V., señor marqués—dijo don Juan Antonio,—que en Madrid se reunió con dos jóvenes franceses, Carlos y Luis Jourvert, y los tres, á cuál más aplicados y estudiosos, recibían lecciones del célebre padre Eguía, religioso de la Orden del Espíritu Santo.

—¿Pues no dicen—preguntó el Sr. Borja,—que su elevación la debió á su hermosa figura y á su habilidad en tocar la guitarra?

—Hombre—contestó el marqués riendo,—lo uno... no quita á lo otro.

Godoy, caso raro y digno de tenerse en cuenta, agradó por igual á la reina y al rey; fué el amigo íntimo de ambos.

Todas las mañanas, al levantarse en su magnífico palacio de doña María de Aragón, recibía Godoy un ramo de flores, en el que la combinación de los colores le hablaba de los planes amorosos de la reina.

—¿Será posible?—preguntó D. Luis.

—Mentira parece,—añadió Pepita.

—La reina—dijo la condesita,—ha amado lealmente al Príncipe de la Paz, y por él ha arriesgado fama y vida. Ustedes, los hombres, olvidan fácilmente que para la mujer el corazón lo es todo.

—Pero no se gobierna á un país con el corazón sino con la cabeza,—repuso D. Luis.

—Mira, hijita—dijo el marqués,—el amor de la reina á Godoy no fué tan leal que no la permitiera ciertas infidelidades, que sus confidentas, iba á decir sus cómplices, favorecían... Y cuenta que yo la alabo el gusto, pues sabido es que la perdiz á diario cansa,—añadió el viejo calavera.

—El abismo atrae—dijo el abad,—y la reina se encontraba en esa pendiente fatal en que muy pocas mujeres se detienen.

—De repente, enamoróse Godoy de una joven de tan escasa fortuna como raro ingenio y peregrina hermosura, llamada Pepita Tudor; creyó que su alta posición y arrogante figura bastarían á conquistarla, y oyó asombrado de sus labios:—«Yo podré ser su esposa de V., pero jamás su manceba:»—herido en su amor propio, espoleado por el desdén y ardiendo en amores se casó con ella, y... ¡suceso extraño!.. apenas celebrada la boda, Pepita, fuera por amor á su esposo, cuya alta posición podía destruir, sea por otra causa, accedió á ocultar su matrimonio y habitar en otra casa.

—Misterios incomprensibles del corazón humano,—dijo el abad.

—¿Y la reina lo supo?—preguntó D. Luis.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo?

—Nombrar á Pepita su camarista, cargo que ella aceptó gustosa, pues así podía mejor vigilar á su marido y á la reina.

—¿Qué dice V. á esto, señora condesa?—exclamó D. Luis.

—Que el amor cuando es verdadero no repara en sacrificios.

—No seas sentimental, querida... El amor para ser agradable necesita ser ligero.

—Opino igual,—dijo el Sr. Echarri.

—¿Y qué ocurrió entonces en Palacio?—preguntó el abad.

—Uno de esos dramas íntimos, de esas tragedias internas—contestó el Sr. Miranda,—que causan lástima y espanto.

—¿Tal es la opinión de V.?—preguntó el marqués.

—Y la mía,—añadió D. Luis mirando á la condesita.

—Qué poco conocen Vds. la vida interior de los palacios...

Sabido es que la muerte del conde de la Unión bajo los muros de Figueras, la toma de Rosas y Fuenterrabía, dieron por resultado la paz de 1795, que valió á Godoy una guardia especial para su persona y el título de *Príncipe de la Paz*.

—Por una guerra que él había provocado,—dijo D. Valero.

—Esa guardia y ese título causaron un efecto deplorable en el país,—dijo el Sr. Miranda.

—¿Pero V. cree que hay país?

—Quién lo duda,—añadió D. Luis.

—Pero si no hay ilustración, ¿cómo ha de haber país?... Yo creo—añadió el marqués,—que el hombre no ha venido á este valle de lágrimas para sostener luchas estériles, sino para sacar de la vida el mejor partido posible.

—Pobres ideas,—exclamó D. Luis.

—Para V., que es un soñador.

—Añada V. un visionario—dijo riendo la condesita,—que siempre nos está hablando de emancipar al pueblo, y darle derechos, y concederle libertad, libertad que se convertiría en libertinaje.

—No tanto, Isabel,—dijo el Sr. Miranda con bondad.—El hombre ha nacido libre de las manos de su Creador, y justo es que libre pueda vivir y morir.

—Es verdad,—añadió el abad.

—¡Qué locuras!—dijo el marqués.—¿Quiere V. un polvo, Sr. Echarri?

—Con mucho gusto.

—¿Y fué cierto lo de Malaspina?—preguntó D. Valero.

—Y tan cierto.

—¿Qué fué ello?—dijo el Sr. Pas.

—Regresó el célebre marino Malaspina de su viaje alrededor del mundo, trayendo infinidad de curiosidades que ofreció á los reyes. Su hermosa figura, su arriesgado viaje, sus novelescas descripciones, fascinaron á las mujeres.

—Pero, ¿qué mujeres eran esas?—dijo Pepita.

—Mujeres... que V. no conoce, querida niña,—contestó el marqués.—Por indicación de la reina, Carlos IV invitó á Malaspina á un baile en Palacio, y ofreció al célebre marino la primera contradanza.

Godoy lo supo, y al día siguiente se presentó al rey solicitando una orden de arresto contra Malaspina, jefe de una conspiración que acababa de descubrir, suplicándole no dijera nada á la reina para no alarmarla.

Poco después algunos guardias de Corps se presentaban á prender á Malaspina, que se vestía para el baile. El marino, que era un hombre de mundo, comprendió la jugada recordando las frases de la Matallana y de la reina; cambió de traje, encendió un cigarro, y parece exclamó:—«¡Bien pensado! yo en su lugar habría hecho lo mismo.»

Una hora después Malaspina salía para el castillo de San Antón de la Coruña, y Godoy penetraba en Palacio ricamente ataviado. En los salones nadie comprendía la tardanza en comenzar la fiesta, y la reina no se explicaba el retardo de Malaspina.

Godoy se dirigió á María Luisa y la pidió la primera contradanza.

—Imposible—le contestó con disgusto,—porque la he concedido ya.

—A un ingrato, lo sé.

—¡A un ingrato! ¡mira lo que dices!

—A un ingrato que el primer ministro ha tenido que prender como jefe de una conspiración y que hace una hora ha salido pre-

© Biblioteca Nacional de España

so. Por esta razón, si V. M. lo permite, yo le reemplazaré...

—¡Manuel mío!—dijo la reina bajando la voz,—había querido probar tu cariño...

Vencida de este modo, declaró al primer ministro quiénes habían sido sus consejeras, y al día siguiente salió desterrada la Matallana...



MARÍA LUISA

—Era de temer,—dijo D. Miguel de Pas.

—Sí, joven, porque ya lo dijeron nuestros clásicos:

«El traidor no es necesario
Siendo la traición pasada.»

—¿Y es cierto que se casó D. Manuel Godoy?—preguntó el abad.

—Esa es toda una historia. Un día halló Carlos IV en su servilleta un papel en que le decían que Godoy era el amante de María Luisa. El rey pasó el anónimo á su esposa, y, según costumbre, se fué á cazar después de comer. A su regreso, por la noche, llamó á la reina y la dijo que para cortar las hablillas había pensado casar á Godoy con su sobrina la condesa de Chinchón, hija de su hermano el infante D. Luis.

La reina, aunque contrariada, como es natural, no sólo aprobó el pensamiento, sino que envió un recado á Godoy advirtiéndole que accediese á cuanto el rey le dijera.

Carlos IV llamó al favorito, le expuso su

© Biblioteca Nacional de España

idea, que éste aceptó con reconocimiento, y la boda se verificó con gran pompa y ostentación.

—¡Un hombre casado con dos mujeres!—dijo Pepita.—Y añadió volviéndose á su prometido:

—Usted no sería capaz de eso, ¿verdad?...

Todos rieron la ingenuidad de aquella niña.

—Cuando Jovellanos y Saavedra—dijo el Sr. Miranda,—fueron llamados por Godoy al gobierno, siguiendo los consejos de Cabarrús, el favorito los convidó á comer, y al salir, dijo Jovellanos á su amigo D. Agustín Chano: «Al ver á Godoy sentado entre sus dos mujeres, la condesa y la Tudor, no he podido comer, ni hablar, y creo que todo amenaza una próxima ruina.»

—¡Y los actores de aquel drama quizás estarían tan tranquilos!—exclamó D. Luis.

—¿Y por qué no?—contestó el marqués.—¿No tenía Abraham de esposa principal á Sara, y de esposa de segundo orden á la hermosa Agar, según la Escritura?

—Dejemos esas cuestiones—dijo el abad.

—¿Y la reina?—preguntó D. Valero.

—La reina, según los maliciosos, se consoló de la boda de Godoy con otro guardia, llamado Mallo, buen mozo también, al que nombró mayordomo de Semana.

—¡De *semana!*...—dijo riendo el señor Echarri.

—Fué lo que duró.

—Pero entonces ocurrió un suceso gravísimo,—dijo el Sr. Miranda.—Antes de salir del Escorial, en Agosto de 1798, Jovellanos y Saavedra se vieron acometidos de unos cólicos que pusieron en grave peligro sus vidas, explotando esta causa para arrojarlos del poder.

—¿Sospecha V.?—preguntó la condesita...

—La severidad de costumbres de Jovellanos dañaba á María Luisa y á Godoy. Además, la reina comprendió que cuanto más terreno ganara Jovellanos en el ánimo del rey, tanto más perdería Godoy, y resolvió su caída apelando á los medios más reprobados.

—Su pasión la disculpa,—contestó la condesa.

—Pero la moral la condena,—repuso don Luis.

—Usted siempre tan Catón...

—Señora...

—¡Eh!... ¿van Vds. á disputar según costumbre?—dijo el marqués.

—Y á pesar de las dificultades que le opusieron y de la zozobra en que vivía, el ilustre Jovellanos aseguró la libertad de los ciudadanos, el sosiego de las familias, el pronto despacho de las solicitudes, el derecho de disponer los dueños de sus casas y haciendas; protegió á los literatos, á las viudas y á los huérfanos; promovió la ilustración, las artes, el comercio, la industria y la agricultura. ¿Y cuál ha sido su premio? Una prisión en Mallorca.

—Hoy, que tanto se censura á Godoy—dijo el marqués,—merece ser citada la carta del cardenal de Borbón, D. Luis, su cuñado, dándole gracias por la pensión que concedió á su parienta Luisita, en la que le llamaba su *amadísimo hermano.*

—¡Un príncipe humillándose á un plebeyo!—dijo D. Miguel de Pas.

—¡Es vergonzoso!—contestó D. Valero Borja.

—¿Qué hubo de verdad de los amoríos de la reina y Urquijo?—preguntó el señor Echarri.

—Urquijo era un joven—contestó el marqués,—educado en Inglaterra, en donde adquirió las costumbres aristocráticas del país. Versado en idiomas extranjeros, al volver á España obtuvo un modesto empleo en la Secretaría de Estado. Su arrogante figura y natural gracejo le hicieron gran lugar entre las damas, y la maledicencia le señaló como amante de la esposa de Godoy; pero Urquijo picaba más alto y trató de suplantar al favorito. Oficial de la Secretaría, suplió á Saavedra cuando éste cayó enfermo, y más tarde ocupó su puesto...

—Y á la muerte del Papa Pío VI—dijo el Sr. Miranda,—en 1799, publicó aquel famoso decreto reconociendo á los obispos las facultades de dispensar en los matrimonios y otros asuntos, para los que se acudía á Roma, avivando así la lucha entre los *jansenistas, jesuitas y molinistas.*

—Lo recuerdo,—exclamó el abad.

—Y fué depuesto y desterrado en 1800.

—¿Y cómo toleraba D. Manuel Godoy esas

© Biblioteca Nacional de España

infidelidades de su regia amante?—dijo don Luis mirando á la condesita.

—Primero—contestó el marqués,—porque á ella se lo debía todo; segundo, porque jamás tuvo por ella una verdadera pasión; y tercero, porque siendo á la vez esposo de tres mujeres... Si la Escritura dice que no es posible servir á dos señores, más imposible ha de ser servir... á tres señoras.

En 1796, cuando el viaje de los reyes á Sevilla, tuvo el capricho de albergarlos en su casa natal, convertida por ese mago que se llama el oro, de una pobre casa en un suntuoso palacio.

—¿Y cómo se explica V. su caída?—preguntó D. Valero.

—No cayó; se retiró para descansar y para conocer si los reyes podrían pasarse sin él.

Lejos de perder el cariño de los reyes, éstos le consultaban las más graves cuestiones.

En sus cartas había postdatas como ésta: «Señora, cuide V. M., por Dios, ese mal de la garganta, no sea como el fuerte del Escorial.»

En otras empleaba un lenguaje chavacano, que María Luisa debía conocer tan bien, tan bien, que en 1801 no sólo volvió al poder, sino que fué nombrado generalísimo de mar y tierra.

Cuando la llamada *Guerra de las naranjas*, con que Napoleón, por un pretexto capcioso, valiéndose del tratado de San Ildefonso, nos lanzó contra Portugal, Godoy, al frente de 15.000 soldados franceses y 60.000 españoles llegó hasta los muros de Yelves, en cuyos jardines nuestros soldados cortaron un ramo de naranjas que ofrecieron á su general, y que éste envió á María Luisa como trofeo de guerra.

Después de una pequeña batalla en los Arroches y el ofrecimiento de los portugueses de satisfacer las reclamaciones del primer cónsul, se dió por terminada la campaña.

Al regresar Godoy á Madrid, la reina le dió las gracias por su obsequio, y le preguntó:

—¿Cómo quieres que te pague el presente que me has hecho de tu victoria?

—V. M. me ha dicho siempre—contestó el favorito,—que el color azul es el que mejor me sienta.

—Es cierto.

—Pues bien; yo desearía usar una banda que me distinguiera de todos los demás generales.

—¿Azul?

—Sí.

—Pues... la tendrás, y yo te la bordaré.

—¡Qué hombre!—dijo D. Valero.

—¡Y qué mujer!—añadió el Sr. Echarri.

España gobernada por Napoleón.

—¿Y qué opina V. de la llamada *Paz de Amiens*, Sr. Miranda?—preguntó D. Valero.

—Que habría dado tranquilidad á España y aumentado su comercio con América, sin las complacencias de Godoy á Napoleón y sin las divisiones de la familia real.

Invocando la intencionada ambigüedad de algunos artículos del tratado de San Ildefonso, Napoleón quiso arrastrarnos á una guerra con Inglaterra, teniendo que comprar la neutralidad por un subsidio de seis millones mensuales, y el compromiso de obligar á Portugal á que diese otro; concesión inícua que nuestro embajador el señor Azara se negó á firmar.

Inglaterra intentó una coalición contra Napoleón invitando á España para entrar en ella. La negativa nos costó el apresamiento de varios buques. Cierto que fué un acto de piratería, deshonra de las armas inglesas, pero cierto que nosotros sufrimos las consecuencias de seguir atados al carro de Bonaparte, al que tuvimos que ayudar en su lucha con la Gran Bretaña, á pesar de la fiebre amarilla que diezmaba á Andalucía y del mal estado de nuestra Hacienda, viendo perecer en Trafalgar á nuestra gloriosa armada y sucumbir á nuestros heróicos marinos puestos bajo las órdenes del inepto Mr. Villeneuve.

En cambio Napoleón, por sus victorias sobre Rusia y Austria, firma el tratado de Prestburgo en Diciembre de 1805, que le proclama rey de Italia y señor de Venecia, Génova, Toscana, Parma y Plasencia.

La Prusia, sorprendida en sus armamen-

© Biblioteca Nacional de España

tos por aquellas victorias, sufre en silencio que los principados de Berg, Cleves y Neufchatel se otorguen á los generales franceses Murat y Berthier, y que el hijo adoptivo de Napoleón, Eugenio Beauhanais, virey de Italia, se case en Munich con la princesa de Baviera.

—¡De ese modo—dijo D. Luis,—los soldados de la revolución mezclaban su sangre plebeya con la de los reyes de derecho divino!

—¿Y qué ganamos nosotros?—preguntó el abad.

—Oiga V. lo que fuimos perdiendo—respondió el Sr. Miranda.—Napoleón, á pretexto de que el rey Fernando de Nápoles tenía amistad con los ingleses, sin reparar en que era hermano de su aliado Carlos IV, le despojó del trono para darlo á su hermano José.

Resuelta á todo la Prusia, salió de su neutralidad y promovió secretamente una coalición contra Bonaparte, que la derrotó en Jena, llenando de terror á los rusos y suecos al tomar Varsovia, ocupar los pasos del Vístula y sitiar á Dantzirk.

—¡No puede negarse que es el Dios de la guerra!—exclamó con entusiasmo el señor Echarri.

—Tras el destronamiento de Fernando de Nápoles indicó Napoleón el de la reina de Etruria, y para evitarlo se envió á Florencia al general O'Farrill con 5.000 hombres, logrando así Bonaparte ir desmembrando nuestros ejércitos.

Necesitando dinero para sus nuevas campañas, se dirigió al agente secreto que Godoy tenía en París, á D. Eugenio Izquierdo, y obtuvo de él veinticuatro millones de francos sacados de la caja de Amortización de Madrid.

—¿A cambio de qué?—preguntó D. Valero.

—Es un misterio. ¿Y cómo pagó esta generosidad? Diciendo á Carlos que si nó reconocía á José por rey de Nápoles, *su sucesor* lo *reconocería*.

—¿Su sucesor? ¿Acaso pensaba destronarle?—preguntó el Sr. Pas.

—Quizás. Esto era poco, y en sus tratos secretos con Inglaterra la ofreció nuestras islas de Cuba y Puerto-Rico, y dejó publicar en París infinidad de hojas y folletos insultando á los Borbones.

Rusia envió á Madrid á Strogonoff para ajustar una alianza secreta con España y Portugal, y España comisionó á D. Agustín Argüelles para tratar del asunto. Godoy, pensando que la sola declaración de España aterraría á Napoleón, al verle combatir con la Prusia, lanzó la proclama de guerra de 1806, que malogró la empresa.

La victoria de Napoleón en Jena le hizo retroceder; mandó á nuestros embajadores que explicasen de distinto modo la proclama, diciendo unos que había sido contra el emperador de Marruecos, y otros contra Inglaterra, y encargó al duque de Frías, embajador en París, que felicitase á Bonaparte por sus últimas victorias.

Napoleón aparentó creer, y logró el reconocimiento de su hermano José y el cumplimiento del decreto de Berlín, de cerrar nuestros puertos á los barcos ingleses y decomisar sus artículos de comercio.

—Otro descalabro sufrió Godoy—dijo el marqués,—con la creación del partido *fernandista*, realizada por Escoiquiz.

Godoy le buscó para ayo de Fernando, creyéndole de talento, religioso y cándido, y yo, que le conocí en la Casa de Pajes, aseguro que es hipócrita, ambicioso y de corto ingenio.

—Durante el breve ministerio de Jovellanos—dijo el Sr. Miranda,—presentó al rey una *Memoria sobre el interés del Estado en la elección de los buenos ministros*. Aspiraba á ser un Cisneros, y él fué quien aconsejó á Fernando pidiese á su padre le dejase asistir á las sesiones del Consejo, lo que le valió un destierro á Toledo, si bien con la dignidad de arcediano de Almaraz.

—Pero había arrojado la semilla en buena tierra, y Fernando y él se comunicaban por una clave secreta,—repuso el marqués.

Cuando los reyes pensaron en casar á Fernando, Godoy aconsejó que realizase un viaje, por creer que su educación era bastante incompleta. Carlos IV temió que el viaje lo echase á perder, y adelantó el matrimonio, que se celebró cuando Fernando sólo contaba dieciocho años, con la princesa María Antonia, hija de la reina Caro-

© Biblioteca Nacional de España

lina de Nápoles, naciendo de aquí el partido *fernandista*, compuesto de los nobles desairados por Godoy...

—El partido *fernandista* era necesario—dijo D. Valero Borja,—para contrarrestar el del *guardia*.

—Entonces comenzó una guerra de familia, de la que el país fué la primera víctima. El rey cazaba; María Luisa gozaba los últimos destellos de su belleza; Godoy gobernaba; Escoiquiz sembraba intrigas; Fernando desacreditaba á su madre, y la princesa servía de espía á su madre y á la Inglaterra.

—Los fernandistas, por odio á Godoy—dijo el Sr. Miranda,—produjeron los alborotos de Vizcaya.

—Es una calumnia,—contestó el Sr. Borja.

—Pero no negará V.—dijo el marqués,—que la princesa María Antonia, autorizada por Fernando, escribía á su madre cuanto aquí pasaba, hasta que Napoleón interceptó sus cartas, que la reina Carolina entregaba á la aventurera lady Hamilton, esposa del embajador de Inglaterra.

—Pero lady Hamilton, ¿no era una alta dama de Inglaterra?—preguntó la condesita.

—Ni alta, ni dama, hija mía. Nacida de padres desconocidos, fué, con el nombre de Emma, niñera, doncella, y luégo se arrojó en la prostitución. Un médico charlatán, inventor de un elixir de amor, la exponía al público cubierta con un velo de gasa, llamándola *Diosa de la Salud*. El joven Carlos Grenville, sobrino del embajador de Inglaterra en Nápoles, William Hamilton, al verla tan hermosa se la robó al médico, y tuvo de ella tres hijos. Agobiado de deudas, resolvió vender Emma á su tío, enviándola á pedirle dinero; y en efecto, el tío se prendó de ella, pagó las deudas de su sobrino, se casó con Emma y la presentó en la corte.

—¿Y la admitieron?—interrogó Pepita.

—¿Y cómo no, si la licenciosa reina Carolina la tomó bajo su protección y la hizo su amiga y confidente?

—¿Por qué no cuenta V.—dijo D. Valero,—que la princesa María Antonia murió envenenada?

—Porque siempre he oído que murió de una tisis maligna.

—¿Y el suicidio del farmacéutico de Palacio? ¿Y sus delirios, acusándose de un crimen? ¿Y la prontitud con que la justicia se apoderó de sus papeles?

—¿Y en realidad se pensó en un cambio de dinastía?—preguntó D. Luis.

—Algo se dijo de que María Luisa, arrastrada por su loca pasión, intentaba hacer rey de España á Godoy, y que su hermano Diego había hablado del asunto al coronel del regimiento de Pavía, D. Tomás de Jáuregui, y á otras personas...

Entretanto, cada vez que Fernando veía que Godoy alcanzaba un nuevo título de los reyes, exclamaba:—«¡Él lo es todo, y yo nada soy!» A lo que su hermano Carlos le decía:—«No te incomodes, que cuanto más le den, más tendrás que quitarle.»

—El ataque de Inglaterra á las América—dijo el Sr. Pas,—empeoró la situación, y gracias á que Montevideo y Buenos Aires se defendieron heróicamente.

—Las victorias de Napoleón contra los rusos en Eylan y Friedland trajeron la paz del Tilsit, que hizo á Europa esclava ó feudataria de Napoleón, cuyos hermanos ocupaban los tronos de Nápoles, Holanda y Westfalia.

Asegúrase que en sus tratos con Rusia habló al *Czar* de sus miras sobre España, la que, decía, siempre que me ve ocupado en una guerra, usa un lenguaje que me inquieta, y que el ruso no desaprobó sus planes. Seguro de este apoyo, y contando con Godoy, decidió entrar en tratos con Fernando, tratos que ya éste le había propuesto.

Para ello envió al hábil diplomático Beauhanais, poco afecto á Godoy, al que calificaba de hombre sin talento, elevación, ni energía, quien en Marzo de 1807 celebró varias conferencias con Escoiquiz, venido secretamente de Toledo, tratando del matrimonio que Fernando deseaba realizar con la princesa Estefanía Tascher de la Jaquerie, de la familia de Napoleón. Pidió garantías el embajador, y Fernando escribió aquella célebre carta en que le llamaba *héroe enviado por la Providencia para salvar á Europa*...

—Y esa carta, ¿no será apócrifa?—dijo D. Valero.

© Biblioteca Nacional de España

—Es auténtica—añadió el Sr. Miranda;—en ella, luégo de consignar sus deseos de estrechar los lazos de unión entre Francia y España, le decía textualmente:

«Imploro, pues, con la mayor confianza, la protección personal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de asociarme á su familia, sino también el de allanar todas las dificultades y hacer desaparecer todos los obstáculos que puedan oponerse á este único objeto de mis deseos.»

—¡Qué vergüenza!—exclamó D. Luis.

—Inquieto Godoy por la conducta ambigua de Napoleón, accedió á enviar á Florencia otra división de 14.000 hombres, y á obligar á Portugal á que, uniéndose á las demás potencias, abandonase á la Gran Bretaña y confiscase los bienes, y prendiese á los súbditos ingleses que se hallaban en Portugal.

En vano el Regente ofreció cerrar los puertos á Inglaterra, pero sin cometer esa iniquidad; Napoleón soñaba con la conquista de Portugal, y quizás con la de España, y con los 80.000 conscriptos que había pedido á Francia decretó la invasión de Portugal, haciendo entrar á Junot con 25.000 hombres del llamado *Cuerpo de Observación de la Gironda*, nueve días antes de concluir con nosotros el tratado de Fontainebleau, firmado por Mr. Duroc y D. Eugenio Izquierdo, por el cual se dividía á Portugal en tres partes: la provincia de Entre-Douro y Minho para la reina de Etruria, en compensación de la Toscana; Alemtejo y Algarbe para Godoy; y la Beira, Tras-os-montes y Extremadura, quedaban en depósito hasta después de la paz.

—Reparto inícuo,—exclamó el Sr. Pas.

—Ese trono—dijo D. Luis,—fué el cebo que Napoleón puso á Godoy para conseguir el tratado de Fontainebleau.

—Veintiocho mil franceses con 11.000 españoles debían marchar directamente á Lisboa, mandados por un general francés si Carlos IV ó Godoy no querían ponerse á su frente; otras dos divisiones de 16.000 hombres ocuparían á Oporto y su provincia, que administraríamos nosotros; y otro cuerpo de 40.000 franceses estaría dispuesto desde el 20 de Noviembre en Bayona para seguir á Portugal si Inglaterra decidía acudir en su auxilio...

—En suma—dijo el abad,—que la altiva España ha vivido gobernada por Napoleón.

La causa del Escorial.

—A estos hechos—añadió el Sr. Miranda,—referentes á la política exterior, hubo que agregar otro gravísimo de carácter interior: aludo á la llamada *Causa del Escorial*. Explíquela V., señor marqués.

—Dícese que por indicación de Escoiquiz, tradujo Fernando el primer tomo de *Las revoluciones romanas*, de Vertot, que envió secretamente al juez de imprentas y sabio literato, D. Juan Antonio Melón, para que se lo corrigiera, lo cual hizo éste con el mayor agrado. Quiso luégo Fernando que se publicara, y el Sr. Melón le objetó que no podía permitirlo sin la licencia del rey; pero hubo de ceder ante las reiteradas instancias del príncipe.

Una vez impreso, llevó Fernando el libro á su madre, á quien agradó la sorpresa, mas no el asunto, diciendo que odiaba las revoluciones, y encargándole no diera ejemplar ninguno hasta que los viera su padre.

Disgustó al rey la empresa, porque, en su opinión, ningún hombre, aunque sea príncipe, debe escribir para el público si sus obras no pueden resistir la crítica; prohibióle repartir ejemplares hasta que él se asegurase del mérito de la traducción, y le aconsejó arreglar el *Curso de estudios* de Condillac.

Fernando suscribió á todo, y más adelante le consultó sobre el epígrafe que convendría poner en la portada, indicándole Carlos IV una de las sentencias de la obra: *Los hombres no son grandes por sus pasiones, sino por la razón*. Una dama de la reina...

—La marquesa de Perijáa,—dijo la condesita.

—Advirtió á la reina que el príncipe pasaba las noches en vela y escribiendo; María Luisa creyó que su hijo trabajaba en la traducción de Condillac.

De pronto el rey halló en su cámara un papel en que se le advertía que Fernando

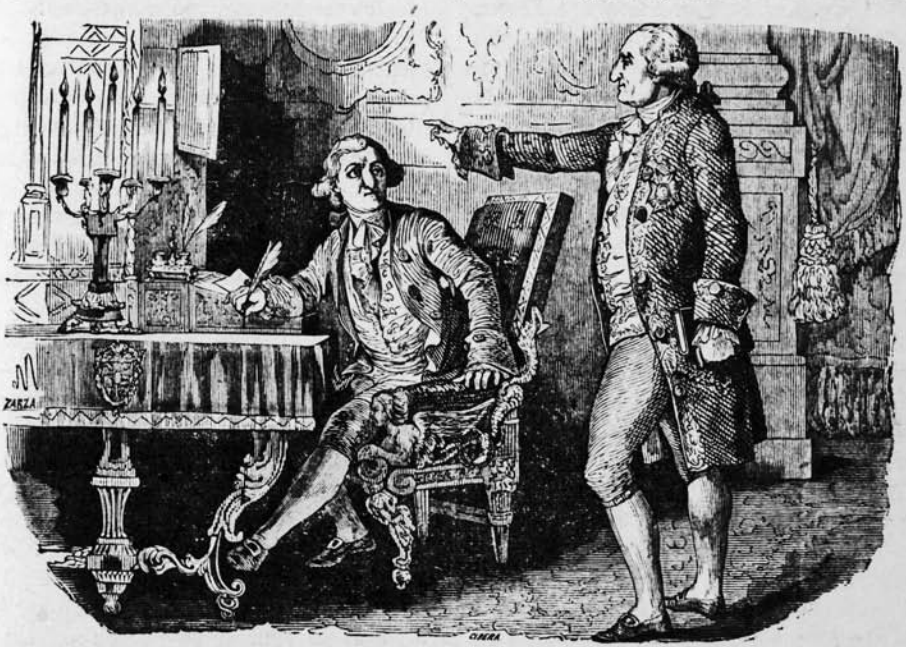
© Biblioteca Nacional de España

preparaba un movimiento en Palacio, y que peligraban su corona y la vida de la reina.

—¡Siempre ha habido traidores!—dijo don Valero.

—¡Y los habrá, que es más!—dijo el marqués.—Decidió el rey sorprender á su hijo, y se presentó de improviso en su cámara á pretexto de darle parte de las buenas noticias llegadas de Montevideo y Buenos Aires. La turbación de Fernando y la insistencia con que miraba los papeles que tenía delante, hicieron que el rey se apoderase de todos, prohibiéndole salir de su cuarto. En ellos encontró una exposición, de letra de Fernando, pintando la escandalosa privanza de Godoy y sus propósitos de hacer desaparecer toda la dinastía para ceñirse la corona, y pidiéndole una entrevista, á la que no asistiera la reina ni el valido; la prisión de Pepita Tudor, y ser asociado al Gobierno con el mando de la fuerza pública.

Otro documento de los hallados era una instrucción para que en una entrevista con la reina excitase sus celos, hablándola de las infidelidades de Godoy; y una carta, de letra desfigurada, fechada en Talavera á 18



CARLOS IV Y FERNANDO VII.—(Causa del Escorial.)

de Marzo, sin año, con la siguiente escena, en la que á los nombres figurados yo agregaré los verdaderos:

«D. Agustín *(Fernando)*:—Quedo desengañado, madre mía, que V. quiere sacrificar á este infeliz y á toda su familia á don Nuño *(Godoy)*; él la dará á V. el pago; yo pereceré por ser un hijo obediente, pero usted tendrá que dar cuenta á Dios de todo. En cuanto á mi casamiento con doña Petra (la *cuñada* de Godoy), jamás consentiré, porque sería la ruina de mi familia y de mi casa.»

En dicha carta se le advertía que siempre que doña Felipa *(María Luisa)* preguntase por quién sabía todas las cosas que la había dicho, respondiese que por servidores ya muertos, á fin de no comprometer á los vivos.

—¡Soberbio consejo!—dijo el Sr. Echarri.

—¡Es el tal canónigo hombre muy precavido!—añadió D. Luis.

—Nunca me ha sido simpático,—dijo la condesita.

—Ni á mí,—añadió Pepita.

—Escoiquiz había hecho leer á Fernando las vidas de San Hermenegildo y Leovigildo; de D. Sancho y D. Alonso el Sabio; del

© Biblioteca Nacional de España

príncipe de Viana y D. Juan II; de todos los príncipes, en fin, rebeldes á sus padres, para irle preparando.

También apareció la cifra y clave de que se servía la princesa María Antonia para su correspondencia secreta con su madre, y de que ahora usaba Fernando.

Mucho se habló de otro papel, de letra del príncipe, en que decía *haberse empapado* bien de la vida del glorioso San Hermenegildo, y estar dispuesto, si llegaba el caso, á imitar al Santo para salvar la justicia y librar á España de Sisberto y Gosvinda *(Godoy y María Luisa)*, ganar con aplausos á Leovigildo *(Carlos IV)*, y ampararse de Justiniano *(Napoleón)*.

—Ese papel, el más grave de todos—dijo la condesita,—la reina lo arrancó de las manos del ministro Caballero y lo ocultó en su pecho.

—No te creía tan enterada, sobrina. Carlos IV interrogó á su hijo, pero al ver su desenfado é irreverencia le dejó arrestado en su cámara con centinelas de vista.

Al día siguiente, 30 de Octubre de 1807, Carlos IV declaró en un documento la conspiración tramada por su hijo.

—¡No es posible—dijo el Sr. Miranda,—pintar el asombro que esto produjo!

—El rey lo notició á los gobiernos extranjeros, y escribió á Napoleón que su hijo Fernando tenía el *horrible designio de destronarle y de atentar contra la vida de su madre*, añadiendo que estaba dispuesto á revocar la ley de sucesión, pues cualquiera de sus hermanos sería más digno que él de ceñir la corona.

No tardó en declarar Fernando que los documentos hallados eran obra de Escoiquiz y otros *pérfidos consejeros;* que había escrito á Napoleón, pidiéndole esposa y confiado en las tropas francesas; que había nombrado al duque del Infantado capitán general de Castilla la Nueva, con encargo de destruir los planes de Godoy, y que siempre había rechazado las sugestiones de la reina de Nápoles contra María Luisa; firmaba la denuncia y pedía clemencia para él y castigo para sus consejeros.

—¡Fíese V. de los príncipes!—dijo D. Luis.

—El nombre de Napoleón causó tal efecto, que al instante se echó tierra al asunto, y Godoy, que durante el proceso se hallaba enfermo, fué el encargado de la reconciliación. Al verle el príncipe se arrojó en sus brazos llamándole *Manuel mío*, diciéndole que había sido sorprendido, rogándole que alcanzase su perdón, y escribiendo aquellas célebres cartas de 5 de Noviembre, entonando el *yo pecador*.

—¿Qué había de hacer, preso y amenazado?—dijo D. Valero.

—Lo primero callar el nombre de sus amigos, porque su vida segura estaba, y ellos eran los verdaderos comprometidos.

El rey decretó su perdón á ruegos de María Luisa, y el ministro Caballero sustrajo del proceso todos los documentos que podían causarle daño.

A la carta del rey á Napoleón quejándose de su embajador, respondió éste con orgullo, que jamás se había mezclado en los negocios de España; que su parienta Mlle. Estefanía estaba prometida al duque de Aremberg; que Junot no iría á Madrid, siguiendo directamente á Portugal con los soldados franceses; que no retiraba á su enviado Beauhanais; que estuviesen prontas las tropas españolas destinadas á la guerra con Portugal, y que de ningún modo se mezclase en el proceso su nombre ni el de su embajador.

—Una especie de *ordeno y mando*.

—Con efecto; los ejércitos de Napoleón entraron por Burgos y Valladolid y se dirigieron por Salamanca á Portugal, y el 19 de Noviembre, reunidos con las fuerzas españolas del general Carrafa, penetró Junot en Portugal, diciendo en una proclama que iba en nombre de su amado soberano á librarlos de los tiranos de los mares; pero al llegar cerca de Lisboa cambió de lenguaje, y escribió al Regente que dentro de cuatro días estaría en la capital, que sus soldados sentían no haber disparado un solo tiro, y que no les diese motivo para ello.

—¡Qué insolencia!—exclamó el Sr. Pas.

—¡El derecho del más fuerte!—dijo don Luis.

—En vano el Regente prohibió todo tráfico con los ingleses, y hasta secuestró sus mercancías accediendo á las exigencias de Napoleón, orden que motivó la retirada del

© Biblioteca Nacional de España

embajador Sidney Smith á la escuadra inglesa anclada en el Tajo, y ofreció en garantía la mano del príncipe de Beira para una hija de Murat.

Sir Sidney Smith, al ver que Junot seguía avanzando, aconsejó al Regente que abandonase Portugal, retirándose al Brasil, y dejando una Junta depositaria de su autoridad, verificándose así el día 27 de Noviembre.

Aunque Junot forzó las marchas, llegó á dos leguas de Lisboa cuando el Regente había partido. A su entrada en la capital introdujo en la Junta una persona de su confianza, para fiscalizar sus actos; exigió dos millones de cruzados, y como acto de soberanía enarboló la bandera francesa en el arsenal, todo lo cual produjo tumultos que, á haber la Junta aconsejado la guerra en lugar de la paz, nadie sabe lo que habría ocurrido.

Mientras los soldados napoleónicos son odiados por sus tropelías, de las tropas españolas dicen los portugueses mil elogios por su disciplina, humanidad y dulzura.

En tanto que esto ocurría en Portugal, Napoleón pasaba á Italia, destronaba á la reina de Etruria, con aprobación de su padre Carlos IV, según el tratado de San Ildefonso, y no la permitía venir á España hasta que terminase la causa del Escorial.

—Y con efecto, ¿Godoy pensó en retirarse?—preguntó el Sr. Pas.

—Godoy parece que aconsejó al rey que tomase el mando de los ejércitos que debían penetrar en Portugal, á lo cual le autorizaba el tratado, llevando á Fernando al mando de algunas fuerzas, halagándole así y librándole de sus intrigantes amigos y de las asechanzas de Napoleón; en tanto que él se retiraría del gobierno para que entrasen á formarlo hombres nuevos, agenos á las discordias de palacio, inaccesibles á las intrigas, valerosos, y sin ódios de Francia ni de Inglaterra.

—¡Buena idea!—dijo el Sr. Echarri.

—Pero el rey se negó, á pretexto de sus achaques, por temor de no ser bien obedecido por los franceses, y porque si formaba nuevo gobierno, la nación que no pudiera ganarlo trataría de derrocarlo.

—¿Y qué resultó de la causa del Escorial?

—El fiscal pidió la pena de los traidores para Escoiquiz y el duque del Infantado, pero el tribunal los absolvió libremente, y el rey se contentó con desterrarlos, en unión del duque de San Carlos y de algún otro de sus cómplices.

Como Godoy insistiera en la necesidad de mantener unidos á Carlos IV y á su hijo para impedir que Napoleón... ¡al fin empezaba á conocerlo! tomase pretexto de sus discordias para intervenir en España, el rey llamó á su hijo y le preguntó si creía que la facción que tomaba su nombre por bandera se mantendría tranquila, ó si para ello sería preciso que Godoy abandonase el poder, como deseaba, á lo que Fernando respondió con los ojos arrasados en lágrimas:

—El que me ha devuelto á vuestra gracia no puede jamás separarse de nosotros; y cogiendo la mano á Godoy, le dijo que sólo él, que por tantos años había librado á España de las asechanzas de Francia, podía salvarnos ahora... En cuanto á ese partido dé que V. M. habla, añadió, ¿qué puede hacer estando nosotros unidos, y cuando yo lo he denunciado y reclamado su castigo?

—¡Buen cómico!—dijo D. Luis.

—¡Ni el mismo Máiquez!—añadió el marqués.

Juicio de la época.

—¡Y esto ha sufrido la noble España, la en otro tiempo reina de dos mundos!—dijo con pena el abad.

—Aquella era otra generación,—contestó el marqués.

—La sociedad actual, bajo apariencias santurronas, está devorada por una horrorosa depravación,—dijo el Sr. Miranda.

—¡Triste verdad!—respondió el abad.

—Corrompida en ideas—prosiguió el señor Miranda,—en costumbres y hasta en gusto literario, pues mientras canta y se entusiasma con las glorias de un torero, se olvida de nuestros valerosos marinos muertos heróicamente en Trafalgar.

—Agregue V.—dijo el Sr. Echarri,—la intolerancia de la Iglesia, que considera como herético todo lo que viene de Roma...

© Biblioteca Nacional de España

—Tanto como eso...—dijo el abad.

—Usted lo sabe mejor que yo, Sr. D. Nicolás. La religión vive hoy en España de exterioridades. Somos cristianos en el nombre y gentiles en las costumbres.

—*Pan y toros*—como dijo Jovellanos,—exclamó el marqués sorbiendo un polvo.

—Mucha riqueza en las imágenes—añadió el Sr. Echarri,—y mucha miseria en el pueblo. El culto primitivo, tan hermoso en su sencillez, lo ha convertido la Iglesia en lujoso y teatral para fascinar y seducir.

—No negarán Vds.—contestó sonriendo el abad—que son filósofos, enciclopedistas y jacobinos.

—La verdad—dijo el Sr. Miranda—no tiene más que un camino.

Examinemos el estado del país.

Para probar que las opiniones se hallan divididas, basta consignar que en palacio hay *fernandistas* y *guardias;* en política, *españoles* y *bonapartistas;* en literatura, la escuela clásico-francesa de Moratín frente á la española de Quintana; en el teatro, *chorizos* y *polacos;* en las modas, los adornos franceses sobreponiéndose á los trajes españoles.

Todo el comercio de Madrid se reduce á unas cuantas tiendas y á cuatro fábricas: las de la Moneda y Papel sellado, de los reinados de Felipe III y Felipe IV; la de Tapices, creada por Felipe V, y la llamada Platería de Martínez, levantada por Carlos III.

En cambio, tenemos un diluvio de abates, curas, beneficiados y canónigos, que se disputan con gran empeño las prebendas eclesiásticas; los *santeros*, que visitan las casas pidiendo limosna para imágenes ilusorias; los *peregrinos* y *gallofos*, que recorren los pueblos solicitando recursos para hacer un mentido viaje á Compostela, y *beatas* como la famosa Clara, oráculo un día de la corte por su austera virtud y extraordinarios milagros, y desterrada luégo á Toledo por sus escándalos y sus vicios...

Veamos el fraile. Las comunidades de Madrid poseen más de cien casas que administra el procurador de la Orden, y censos sobre muchas más, y en tanto que el pueblo se muere de hambre los legos de las órdenes ricas se llevan las mejores carnes del mercado de Antón Martín, las aves más frescas de la calle de la Caza y los pescados más ricos de la calle de Santiago; y á los de las órdenes mendicantes se los regalan los vendedores mientras sus familias carecen de todo.

Sin remontarnos á aquella época en que las Cortes pedían al rey Felipe IV que impidiese tanta adquisición del clero, que enflaquecía el patrimonio real y el del común, por ser libre de derechos, contribuciones y gabelas, ateniéndonos sólo á la nuestra, veremos que, según Cabarrús, para una población de diez millones y medio de habitantes contamos con 134.500 clérigos, 46.000 frailes y 32.000 monjas; en total 252.500, que poseen 32.500.000.000 de reales en propiedad territorial, que con 82 más por caballerías, ganados y casas, y las misas, sermones, rosarios y diezmos, pueden calcularse en 1.600; es decir, una renta de 8.000 reales para cada uno.

—¡Quién no ha de querer seguir la carrera de la Iglesia—exclamó el Sr. Echarri,—si en el país no hay otra tan productiva!

—Y agregue V.—dijo D. Luis Peñaranda,—que semejante mal nos ha traído otro mayor, cual es 176.000 mendigos, ó sean, según Campomanes, uno por cada 61 habitantes.

—El fraile—prosiguió el Sr. Miranda,—tiene escasa instrucción, y con su ignorancia propende al error; se apoya en la Inquisición para aterrar y en la riqueza para dominar. Resultando que es el dueño del país por la ignorancia, el miedo y el dinero. Godoy quiso reformar las Ordenes mendicantes, quitándoles la vida conventual y enviando los hermanos á los hospitales, y utilizar sus huertas y jardines para establecer en ellos escuelas de Agricultura, ¿y cuál fué el resultado? Que escandalizaron al país con sus gritos é imposibilitaron tan buenos propósitos.

—¿Qué cosa más natural—dijo Pepita,—que los frailes cuidaran á los pobres enfermos?

—Para concluir—añadió el Sr. Miranda,—la guerra de los nueve años nos ha costado 7.000 millones; tenemos un déficit anual

© Biblioteca Nacional de España

de 820, y nuestra deuda pública asciende á 7.220.

—Tiene V. mil razones, Sr. Miranda,— dijo D. Luis.—Nuestra situación es grave, y casi me atrevería á decir desesperada, si no temiera que la señora condesa me tachase de exagerado.

Tememos á Napoleón, y no tenemos confianza en la familia real, divorciada como se halla del país.

Carlos IV y María Luisa en un concepto, Fernando en otro y Godoy en otro, lo esperan todo de Napoleón.

El fraile, dueño de la cuarta parte del territorio, y el clero porque domina al pueblo, odian á Godoy, que se ha atrevido á poner la mano sobre sus bienes; conspiran contra Carlos IV porque lo ha consentido; y no se deciden por Fernando porque les parece un enigma.

La nobleza perezosa, ignorante, palaciega, no tiene influencia en el ejército, ni en la marina, ni en la gobernación del país, y gasta sus inmensas riquezas en la molicie y en la holganza.

¿Qué nos queda, pues?

Una clase media, salvo raras excepciones, tan virtuosa como ilustrada, que á pesar de la Inquisición y del despotismo, y del aislamiento, ha estudiado, y pide para salvar al país la reunión de las Cortes, la abolición de los privilegios y de todos los abusos; y un pueblo que, á pesar de su ignorancia, es noble de corazón, valeroso de alma y capaz de realizar por su querida patria las más grandes empresas.

El que así hablaba, D. Luis Peñaranda, que antes hemos debido presentar á nuestros lectores, era un joven de treinta años, de aventajada estatura, blanca tez y hermosa cabeza, adornada de una magnífica cabellera de color castaño.

Su ancha frente aparecía llena de luz; la mirada de fuego de sus ojos castaños indicaba un gran genio; las mejillas tenían la palidez que produce el mucho estudio, y la nariz, perpendicular, señalaba una constancia varonil. La boca pequeña y suavemente cerrada, indicaba un espíritu firme, reflexivo y juicioso; los labios, bien proporcionados, acusaban un alma bondadosa, y la viveza de sus movimientos era señal de su temperamento excitable y nervioso.

Notábase en su rostro una expresión de triste melancolía, y á la verdad que con justicia. Luis era inclusero, y debía el apellido Peñaranda al sabio doctor de este nombre que le sacó del benéfico asilo. Encerrado su protector en los calabozos de la Inquisición, acusado de francmasón y de hereje, Luis mendigaba por las calles para llevarle algún alimento. ¡El doctor comía... y el niño ayunaba! Muerto el doctor en los calabozos del Santo Oficio, Luis, que había tomado gran afición á la Medicina, prosiguió los estudios en que su protector le había iniciado, y á fuerza de miserias, de noches sin sueño, de días sin pan, llegó á recibirse de médico.

Sin familia á quien amar, consagraba todo su cariño á los niños, que le representaban su triste historia.

No culpaba á sus padres por su abandono, pensando que cuando dos seres humanos, cuando los autores de la vida de un sér le abandonan, deben tener razones gravísimas para realizar un acto tan cruel.

Pensador y filántropo, siguiendo las ideas del sabio doctor Peñaranda, era lo que la condesita llamaba un iluso.

Luis soñaba, en efecto, con el reinado del derecho. Para él Godoy era un medio, no un fin. Reconocía lo bueno que había hecho en pro de la cultura nacional, pero soñaba en algo más grande.

A fines del siglo pasadc, Benegasi, el padre Concepción y Arroyal, se mofaban de la nobleza y ensalzaban las ideas democráticas, y en 1796 se descubrió una conspiración en España para derribar la monarquía y formar una república, creando una Junta legislativa y ejecutiva, por la que fueron condenados á muerte varios individuos, sentencia que se les conmutó por reclusión perpetua en los castillos de Portobelo, Puerto Cabello y Panamá (1).

A pesar de las rigurosas medidas adoptadas para impedir la entrada de libros extranjeros, el doctor Peñaranda los poseía todos, y las ideas filosóficas de Condorcet, el excepticismo de Voltaire y la democracia

(1) Lafuente, *Historia de España*.

© Biblioteca Nacional de España

platónica de Rousseau, habían sido propagadas en España por Marchena, Gallardo, Blanco White y Olavide.

Para Luis, con Fernando el pueblo seguiría oprimido y víctima de la nobleza y del clero; quería, pues, no un cambio de personas, sino de ideas, una gran revolución que ilustrara al pueblo, destruyera los abusos y regenerara al país.

Espiritual y soñador, en ciertos momentos caía en un éxtasis absoluto, dejando vagar su pensamieuto por regiones superiores.

Contra la afeminación y las exageraciones de los petrimetres, currutacos y *tónicos* de la época, Luis vestía el frac de solapa y la bota alta, un traje á la vez digno y serio.

Hemos dicho que había concentrado todo su cariño en los niños, y á la verdad no es cierto. Luis adora secretamente á la condesita. Al verla por la vez primera sintió á modo de una fascinación, algo como luz que alumbra y ciega. ¡Cuánto habría deseado que Isabel tuviera otros sentimientos y le ayudara con su influencia, su posición y su cariño á socorrer al niño y á defender al pueblo, dos niños en realidad! ¡Harto sabía él que la condesita no podía ser su esposa; pero habría dado gustoso la mitad de su vida por atraerla á su causa, y la condesita, lejos de participar de sus opiniones, se burlaba de ellas!...

En vano quiso luchar contra su pasión... La hermosa joven le atraía con una fuerza irresistible.

Al ser presentado en la casa y saber que era inclusero, la condesita resolvió no cruzar con él la palabra; pero su historia, un poco novelesca; sus cuidados por el doctor; sus miserias, sus estudios, su abnegación; la melancolía de su rostro; su venida á Madrid para lograr recursos con que sostener un asilo de niños, que había fundado en Valencia; la amistad que su tutor el Sr. Miranda le profesaba, y su grandioso talento, la habían hecho retroceder en su propósito, y gozar en provocarle á discusiones en las que creyendo humillarle salía siempre vencida. Cada vez que hablaban era al modo de dos combatientes de cuyas espadas saltan chispas, y las discusiones habrían degenerado en disputas sin el cariño y el respeto que Luis la profesaba.

Eran la condesita y Luis dos mundos opuestos; el pasado y el porvenir: el ayer preñado de iniquidades, y el mañana lleno de esperanzas. Dos polos opuestos, dos seres sin lazo alguno que pudiera no ya unirles pero ni siquiera acercarles.

Prosigamos nuestro relato.

—Es decir—respondió la condesita,—que para V. sólo el pueblo tiene virtud y corazón... ¡Ah! y gracias que hoy ha hecho usted una excepción en favor de la clase media, que mi tutor debe agradecerle mucho. En cuanto á los nobles, como nosotros, añadió señalando á su tío y á ella, ya sabemos que nada valemos, y que no debemos aguardar perdón ante el tribunal del pueblo que don Luis Peñaranda presidirá el día del triunfo, allá para el juicio final... já... já...

—Yo creo—dijo D. Luis, continuando su relato,—que son muy pocos los hombres que en nuestra época han cumplido su misión, y que entre ellos merecen ser citados Goya y D. Ramón de la Cruz, cuya importancia y valía se desconoce.

La nobleza y el pueblo, halagados por verse retratados por ellos, los aplaudieron, sin comprender que Goya, grande amigo del revolucionario francés David, atacaba con su pincel, dentro de la nueva escuela naturalista, todos los abusos y todas las servidumbres, proclamando la soberanía del pueblo; y que D. Ramón de la Cruz, discípulo de la escuela filosófica, empleaba su ingenio agudo y su carácter observador en retratar en sus sainetes, como Goya en sus tapices, los hábitos y costumbres de la época, la molicie de las clases altas y la necia degradación con que descendía hasta la plebe en lugar de educarla para las reformas y la libertad.

En los tapices y en los sainetes se ve fielmente retratada aquella extraña sociedad, influída por las costumbres de Francia, que han modificado nuestro carácter nacional en literatura, artes y costumbres, y casi puede decirse que se oyen los primeros gritos de la revolución.

—Exageraciones,—dijo el marqués.

—Quizás no,—respondió el Sr. Echarri.

© Biblioteca Nacional de España

—Posible es,—añadió el Sr. Pas.

—Voy á terminar. En esta sociedad se considera como una gloria tener un papa que excomulgue y un rey que ahorque; pues bien, yo declaro que no quiero, ni querré nunca, que el representante de Dios me excomulgue, y el que debe ser padre de sus vasallos me ahorque, porque he nacido libre, y libre quiero vivir y morir.

—¿Y por qué no esperar la libertad del joven Fernando?—dijo D. Valero.

—Porque de niño—prosiguió D. Luis,—se entretenía en sacar los ojos á los pájaros; porque como hijo se ha rebelado contra su padre, y porque como español se ha puesto á las órdenes de Bonaparte.

—Si algo debemos esperar es de nosotros mismos—dijo el Sr. Miranda.—¡Quién sabe si á pesar de los escándalos de Palacio, de las intrigas de Napoleón, existirá en España un grupo de hombres llamado á sarvarla!

—¿Usted también—dijo el marqués—opina como ese loco?

—¿Y por qué no?—exclamó el abad.

—¿Acaso en España no hay talentos?—dijo el Sr. Pas.

—Todos locos—repitió el marqués.—¿Y usted, Sr. Echarri, que tantas simpatías tiene por el emperador, no cree V. que la venida de sus tropas á España envuelva miras de conquista?

—No, señor. Cuando toda Europa la tiene en contra, ¿de qué le serviría indisponerse con su única aliada?

—La paz de Tilsit le ha llenado de orgullo—dijo el Sr. Miranda.—Cree contar con el apoyo de Rusia; tiene á sus hermanos José, Luis y Jerónimo en los tronos de Nápoles, Holanda y Westfalia, á su general Bernadotte en el de Suecia, acaba de destronar á la reina de Etruria en Italia y á los Braganzas en Portugal... ¿Quién nos asegura que no intenta hacer de toda Europa una monarquía cuya capital sea París?

—Porque ese me parece un sueño loco—contestó el Sr. Echarri,—y no tengo por loco á Napoleón.

—Pero es ambicioso—dijo el Sr. Miranda,—y la ambición ciega y enloquece.

—Y al fin—preguntó el señor abad,—¿no podemos saber cómo ha ocurrido el motín de Aranjuez y la caída de D. Manuel Godoy?

—En este momento no—contestó el señor Miranda;—pero yo confío en que no tardaremos mucho en conocerlo.

El motín de Aranjuez y D. Manuel Godoy.

Consecuente con su palabra, á los tres días D. Juan Antonio contaba con datos suficientes para explicar el motín de Aranjuez; pero antes quiso comunicar á sus amigos ciertas noticias importantes que había adquirido.

—Napoleón—dijo el Sr. Miranda,—abusando de su posición, envió hace días un catálogo de quejas verdaderamente indigno.

En él aseguraba conocer la existencia en España de un partido inglés, influyente en la corte.

—¡Qué farsa!—dijo D. Valero.

—¡Y de otro anarquista, resuelto á cambiar el gobierno por medio de la revolución!... En vista de lo cual y de las discordias entre Carlos IV y su hijo, había hecho entrar sus tropas en España...

—¿Pues no iban de paso á Portugal?—preguntó el abad.

—Se quejaba también de que nuestra escuadra de Cartagena no hubiese marchado á librar á la francesa, bloqueada en Cádiz por los ingleses, en vista de lo cual no se juzgaba obligado á cumplir el tratado de Fontainebleau.

—¡Eso estaba previsto!—dijo el marqués.

—Pedía la ocupación de algunas de nuestras plazas para defenderse contra los ingleses y portugueses y las facciones del interior, plazas que quizás se vería obligado á agregar á su imperio, dando en equivalencia de ellas algunas de Portugal, si combinaciones imprevistas no se lo impedían.

—No se dirá que el tal emperador no habla claro,—dijo D. Valero.

—Ofreciendo, si la reconciliación del padre y el hijo era completa, dar entrada á Fernando en su familia, con un tratado de alianza absoluta en que todo enemigo de Francia lo fuera de España.

—Es decir, arrastrarnos á todas sus gue-

© Biblioteca Nacional de España

rras, convertir nuestros soldados en genízaros suyos...—exclamó con ira D. Luis.

—¿Y qué contestó el rey?—preguntó la condesita.

—Consultó á Izquierdo, portador del documento, y éste parece que le respondió que en su concepto Napoleón trataba de apoderarse de nuestras plazas fuertes primero y del país después.

—Ayer le ayudamos nosotros á dominar á Portugal, y hoy la Rusia le ayudaría á dominarnos á nosotros. ¡Terrible expiación!

—¿Y no había visto Izquierdo en París lo que ahora ve?—preguntó el Sr. Pas.

—Un Izquierdo no puede ver derecho,—dijo el marqués.

—Se conoce que no pensaba más que en servir al *guardia*,—replicó D. Valero.

—Al conocer el documento, Godoy hizo reunir en el Escorial, donde se hallaba la corte, un Consejo extraordinario, proponiendo contestar á Napoleón, que el Gobierno español le había mostrado su confianza dejando penetrar en nuestro territorio diez mil hombres más de los tratados; y que suspendiese la marcha de los quince mil que se acercaban á Bayona, así porque nuestra situación económica nos impedía hacer nuevos gastos, como porque las tropas francesas y españolas que había en Portugal bastaban para guardar el país contra los ingleses. El rey aprobó el consejo, pero mostrando temores de que Napoleón insistiera, y entonces Godoy propuso hacer un llamamiento á la nación, impedir la entrada de nuevas tropas francesas, y confiar en Dios y en nuestra buena causa.

—Resolución justa,—dijo el Sr. Pas.

—Pero quizás tardía. Consultados los demás ministros, todos se opusieron á ella.

—¡Cobardes!—exclamó D. Valero.

—Se asegura que Godoy pidió al rey que le permitiera dejar el gobierno y marchar á Extremadura y los Algarbes á preparar el movimiento contra Napoleón, y que el rey, más temeroso de su hijo que del mismo Bonaparte, se negó á quedarse solo.

—Al estado á que han llegado las cosas sólo queda luchar, y si se muere, que sea con gloria,—dijo D. Luis.

—¿Y confía V. en esa chusma de incendiarios y de borrachos de estas noches pasadas para salvar nuestra independencia?—preguntó la condesita con ironía.

—Sí, señora; en ellos confío.

—Deje V. que me ría... já... já...

—¿Y por qué no?—preguntó el Sr. Pas.—¿Acaso la sangre de nuestros antiguos héroes no circula por sus venas?

—No sean Vds. niños—dijo el marqués; —si la nobleza no salva á España, España está perdida.

—Y los nobles con quienes he tenido ocasión de hablar—dijo el Sr. Miranda,—sólo se preocupan del motín de Aranjuez, del cambio de empleos en Palacio, de la subida de unos y de la bajada de otros, olvidando que tenemos cien mil franceses dentro del territorio, y que dentro de algunas horas llegará á Madrid el general Murat.

Y ahora voy á reseñar las intrigas palaciegas que han producido la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV.

Resuelto Godoy á que los reyes emprendiesen un viaje á una plaza fuerte, lejos del alcance de las tropas francesas, hizo trasladar la corte del Escorial á Aranjuez. Apenas llegados los reyes al Real Sitio, encontró María Luisa en su cámara un anónimo tachando de traidor á Godoy, y aconsejando la unión con Napoleón, y comenzó á manifestarse en el pueblo una agitación extraordinaria.

Carlos IV llamó al ministro Caballero para interrogarle, y ¿cuál fué su respuesta? que el pueblo estaba muy inquieto con las noticias que circulaban sobre el viaje, y que, en su opinión, el príncipe no seguiría á sus padres.

Harto claro vió el rey que era su hijo quien había denunciado el viaje á Caballero, y que los fernandistas eran los autores del anónimo á María Luisa.

Godoy, que había ordenado á las divisiones de Solano y Carrafa que se retirasen de Portugal y se situaran en Talavera y Toledo para proteger el viaje, aconsejó al rey consultar al príncipe. Llamado por su padre, éste le propuso dos partidos: ó dejarle por su lugarteniente para que gobernase el país mientras él se retiraba á una plaza fuerte á organizar una resistencia enérgica, ó que

© Biblioteca Nacional de España

reprimiera á sus parciales y le acompañase en el viaje.

Fernando se arrojó á sus pies, le llamó padre *divino;* abrazó á Godoy, considerándole como el salvador de España; declaró que jamás se separaría de ambos, y prometió que sus amigos no se moverían para nada; y en tanto que Godoy marchaba á acelerar el viaje, Fernando corría á prevenir á sus amigos.

—¿Será cierto?—preguntó la condesita.

—¡Pero eso era conspirar contra su mismo padre!—añadió Pepita.

—¿Acaso era la primera vez?—dijo D. Luis.

—Los fernandistas comenzaron á propalar por Aranjuez que los reyes, por consejo de Godoy, iban á cruzar los mares, llevándose á la fuerza á su hijo Fernando, provocando así una agitación que el rey calmó con una proclama negando el viaje.

El dia 18, al ver que salía parte de la guarnición, el pueblo comenzó de nuevo á inquietarse, movido por un gran número de forasteros de mala catadura, mezclados con los palafreneros del infante D. Antonio y los criados del conde de Montijo y de otros nobles.

Llegada la noche, los reyes, confiados en la palabra de su hijo, se retiran á descansar, y lo propio hizo Godoy, á quien los demás ministros le aseguraron que todo estaba tranquilo.

Dícese que al aparecer una luz en una de las ventanas del cuarto del príncipe, sonó un tiro, luégo un toque de corneta, y estalló el motín.

Grupos numerosos salían de las tabernas, casas de comidas y posadas, en que se veían mezclados madrileños, arrieros toledanos, tragineros de la Mancha, vecinos de Aranjuez, los criados del infante D. Antonio, del conde de Montijo y otros grandes y algunos soldados, y á la voz de un *tio Pedro*, nombre popular con que se disfrazó el conde de Montijo, acudieron unos á tomar las salidas de Palacio para impedir la marcha, y otros á apoderarse del palacio de Godoy, sólo guardado por nueve hombres.

Mientras le buscaban con empeño y destrozaban sus muebles, joyas y papeles, sacaban á su esposa y á su hija, y casi en triunfo las acompañaban á Palacio... ¡prueba clara que el motín estaba dirigido por altos personajes, y no era obra del pueblo!...

—¿Y los reyes?—preguntó la condesita.

—Se levantaron al primer grito, y Carlos IV intentó salir, cosa que no permitieron sus servidores...

—¿Y el motín terminó así?—preguntó Pepita.

—Por entonces, y merced á las súplicas de los reyes á su hijo.

—¿Y Godoy?—preguntó D. Luis.

—A los reyes les dijeron que se había fugado, y les aconsejaron que para salvarle de las iras del pueblo lo destituyeran, como así lo hicieron.

De nuevo se presentó Caballero al rey á noticiarle que se preparaba otro motín, y que sólo el príncipe podía impedirlo.

—¡Qué vergüenza!—exclamó el Sr. Pas.

—¡Qué iniquidad!—dijo el abad.

—Los fernandistas no han hecho más que atemorizar y humillar á los reyes.

—¡Tanto como eso!...—dijo el Sr. Borja.

—Esa es la verdad, amigo D. Valero, sin que sus opiniones de V., que yo respeto, puedan desmentir los hechos.

El tumulto anunciado por Caballero estalló al fin. Godoy no había salido de Aranjuez. Refugiado en las buhardillas de su palacio, una horrorosa calentura, producida por el hambre y la sed, le obligaron á salir de su escondite, cayendo en poder de las turbas, que le hubieran asesinado sin la llegada de un piquete de guardias que le colocó entre los caballos, á pesar de lo cual recibió una grave herida en la frente y muchas contusiones.

Los reyes tuvieron que suplicar á Fernando que corriera en su auxilio, y éste, al llegar al cuartel de Guardias á que había sido conducido, dispersó á los amotinados, asegurando que sería prontamente juzgado.

—¡Infeliz!—dijo Pepita.

—¿Y así concluyó todo?—preguntó el abad.

—No, señor; el plan de los fernandistas era mayor, y á las pocas horas de hallarse preso Godoy, se presentó á la puerta del cuartel un coche de colleras, sin que haya podido saberse quién lo envió, y una mul-

© Biblioteca Nacional de España

titud inmensa, á la que se había dicho que era para llevar el favorito á Granada y evitar que fuera juzgado, y que no sólo cortó los tirantes de las mulas y destrozó el coche, sino que amenazó asaltar el cuartel.

De nuevo los reyes llamaron á su hijo para calmar aquel tumulto.

—¡Qué infamia!—exclamó la condesita.

—Aún faltaba algo, y era atemorizar á los reyes, diciendo que sólo acabaría la agitación ocupando el trono Fernando.

Con efecto, los reyes cedieron, y aquella noche, ante los ministros y altos funcionarios, abdicó la corona el rey Carlos IV en su hijo Fernando, que fué vitoreado con gran entusiasmo.

—¿Por el pueblo?—preguntó el Sr. Pas.

—Por sus amigos,—contestó el Sr. Miranda.

—Para el caso, igual es,—dijo el marqués.

—En suma, que el *deseado* Fernando es ya rey, y *el guardia* ha dejado de corromper



D. MANUEL GODOY.

á España como había corrompido Palacio,—dijo D. Valero con aire de triunfo.

—El guardia, como V. le llama, no ha sido tan malo como á V. parece, Sr. D. Valero,—dijo el Sr. Miranda.—Nos hallamos muy cerca de él para juzgarle con imparcialidad. Tarea es esta que sólo la historia puede realizar con acierto. V. sabe que nada le debo, y por lo tanto mis opiniones son completamente desinteresadas.

—Tengo empeño en conocer el juicio que á V. le merece,—dijo la condesita con gran interés.

—Godoy, hija mía, es un hombre de talento claro, de condición blanda, de natural despejo, enemigo de los abusos y de la Inquisición.

Tras el conde de Floridablanca, ministro tímido é irresoluto, vino el conde de Aranda, que si de algo pecaba era de osado, y tras de ellos Godoy.

No debemos juzgar los motivos de su elevación, harto conocidos, sino sus hechos, empezando por declarar que subió al poder en una época llena de dificultades, cuando proclamada la República en Francia sus

© Biblioteca Nacional de España

agentes recorrían las naciones para que todas la establecieran.

Encontró á la nación rica, pero con la riqueza mal distribuída, pues la mayoría de la propiedad estaba en manos muertas, y fortunas colosales permanecían ocultas por temor al fisco, y sólo se empleaban en la fundación de mayorazgos, patronatos, capellanías y memorias piadosas, que aumentaban la mano muerta; los nobles codiciando los empleos de Palacio; el clero asaltando las prebendas eclesiásticas; los frailes poderosos; la Inquisición absoluta, y la industria y el comercio reunidos en las clases pobres, que ni tenían riquezas para fomentarlo, ni instrucción para extenderlo. Se temía una guerra con Francia, y tan sólo se habían enviado á las fronteras algunos regimientos en cuadro, y simulado un campamento en el Pirineo, pensando que con prohibir la entrada de los libros extranjeros se iba á salvar á España, y aquí están los Sres. Echarri y Peñaranda que nos dirán si han dejado de leer alguno.

—Yo—dijo el Sr. Echarri,—los compraba todos en Pamplona.

—Lo que hizo el gobierno con su prohibición fué que nos costaran más caros,—añadió D. Luis.

—Prosiga V., mi querido tutor,—dijo la condesita.

—Godoy por su inesperada subida, tuvo enfrente á la nobleza; por sus actos desamortizadores, al clero; por su enérgica actitud contra sus procesos, á la Inquisición.

Esto, sin embargo, libertó al país de las inícuas prisiones y deportaciones de que sus mejores hijos venían siendo víctimas; levantó el destierro á Floridablanca y sacó de los calabozos de la Inquisición á Olavide; se rodeó de personas ilustradas; autorizó las reuniones y no molestó á nadie por sus ideas, y si accedió á que la imprenta tuviese un juez especial fué á condición de que lo fuera un hombre tan tolerante como sabio, D. Juan Melón, gracias á lo cual empezaron á circular los libros y periódicos extranjeros y salimos del triste aislamiento en que habíamos vivido.

En su época se publicaron libros notables de Foronda, Cabarrús, Sampere, Villamil, Salas y Mendoza, y traducciones de autores extranjeros tan notables como Domat, Watel, Filangieri, Pastorel, Millot y Berardi.

Por su plan de estudios de 1807 regularizó la enseñanza, dando más importancia á las Ciencias naturales y exactas; suprimió muchas universidades inútiles; protegió las escuelas de economía política, y reformó los colegios de Sordo-mudos, Taquigrafía y Agricultura.

A él se debe la introducción en España del sistema de educación moral, intelectual y física del sabio Pestalozzi.

Los viajes de Rojas, Clemente y Badía *(Ali-bey-El Abassi)*, y la expedición de Balmis á América para propagar la vacuna, acto que desarrugó el ceño del gran Quintana; la desaparición de los entierros en las bóvedas de las iglesias y el levantamiento de los cementerios; la creación del Cuerpo de ingenieros cosmógrafos del Estado; el Colegio de Medicina y Cirujía de Madrid; la Escuela de Veterinaria; la fundación del *Semanario de Artes y Agricultura*, el apoyo á los literatos y el aumento de la *Academia de Nobles Artes*, que le nombró en pago su *Socio protector:* todo esto á Godoy se lo debemos.

—Me parece que le trata V. con sobrada indulgencia,—dijo D. Valero.

—Diga V. que sólo le hago justicia. Usted es su enemigo, y no considera bueno nada de cuanto ha hecho.

Godoy ha sido un ministro desgraciado en los asuntos exteriores, ya porque su talento é instrucción no eran tan grandes como los acontecimientos requerían, ya porque los sucesos que durante su gobierno se han desarrollado en Europa, exigían hombres de talentos extraordinarios; pero en cuanto á la ilustración y al progreso, España le es deudora de inmensa gratitud (1).

—¿Pero ignora V. que ha vendido los destinos públicos?—insistió el Sr. Borja.

—Pero no por enriquecerse, sino por la pasión desmedida que siempre ha tenido por el lujo y el fausto, no por avaro, por derrochador; y no olvidemos que lo mismo hacían otros.

---

(1) Chao.—Mesonero Romanos.—Barcia.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y me negará V. que cobraba por varios conceptos la enorme suma de 803.176 reales al año, cuando el país se moría de hambre?

—¡Qué bien ajustada le lleva V. la cuenta, D. Valero,—dijo con ironía la condesita.

—¿Pero esos sueldos fabulosos los cobraba él sólo? ¿Acaso no percibía el conde de la Cañada, por varios conceptos, la no despreciable suma de 339.305; y D. Antonio Valdés, la respetable de 444.776; y el Sr. Grimaldi 120.000 por sueldo, 180.000 como gratificación, para la mesa, y otros 180.000 para que pudiera *mantenerse con decencia*, total 480.000, y ninguno de ellos ocupaba el alto cargo que D. Manuel Godoy?

Napoleón dueño de España.

En las noches siguientes la tertulia de don Juan Antonio Miranda estuvo sumamente concurrida.

El día 23 entró el gran duque de Berg, Joaquín Murat, al frente de lo más lucido de las tropas francesas, que, según los fernandistas, jefes entonces de la plebe, venían á sostener en el trono al príncipe de Asturias, el *deseado* Fernando.

Las instrucciones de Napoleón al general Murat merecen ser conocidas. Hélas aquí:

«No creáis que váis á atacar á un país inerme, y que os bastará mostrar vuestros soldados para someter á España...

Tenéis que habéroslas con un pueblo nuevo, que desplegará todo el brío y todo el entusiasmo de que están dotados los hombres no gastados por las pasiones políticas...

La aristocracia y el clero son los dueños de España, y si llegan á temer por sus privilegios y su existencia, harán contra nosotros levantamientos en masa que podrían eternizar la guerra.

Yo tengo allí partidarios, pero si me presento como conquistador los perderé todos...

España tiene más de 100.000 hombres sobre las armas, número más que suficiente para sostener con ventaja una guerra interior: divididos en muchas partes, pueden facilitar el levantamiento de la monarquía entera...

La Inglaterra no perderá esta ocasión de multiplicar nuestros obstáculos; ella da avisos incesantemente á las fuerzas que mantiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo, y se ocupa en enganchar sicilianos y portugueses.

Mi opinión es que no debemos precipitarnos, y que conviene aconsejarse de los acontecimientos...

Haced de modo que los españoles no puedan sospechar el partido por que yo me decidiré, cosa no difícil porque yo mismo no lo sé... (?)

Haced entender á la nobleza y al clero que, en el caso de intervenir la Francia en los negocios de España, serán respetados sus privilegios é inmunidades; les diréis que el emperador desea perfeccionar las instituciones políticas de España para ponerlas en armonía con el estado de la civilización europea, y á fin de sustraerla al dominio de los favoritos: pintadles el estado de sosiego y prosperidad que goza Francia, á pesar de las guerras en que se ve empeñada por todas partes, y el esplendor de la religión, cuyo restablecimiento es debido al concordato que he celebrado con el Papa.

El ejército evitará todo choque, ora con los cuerpos del ejército español, ora con las simples partidas...»

¿Contaba ya con ellas?

«Es preciso que no se queme un solo cebo ni de una ni de otra parte... Si llegara á encenderse la guerra, sería todo perdido. La política y las negociaciones son las únicas que deben decidir los destinos de España...»

¿Cómo á los pocos meses este mismo hombre decía en Bayona á Escoiquiz: «País donde hay muchos frailes, es fácil de subyugar;» y respondía á las dudas de Mr. De Pradt:—«Si esta empresa hubiera de costarme 80.000 hombres no la acometería, pero bastarán 12.000: es una niñada. Los españoles no saben lo que son las tropas francesas. Los prusianos eran lo mismo, y ya se ha visto lo que les sucedió. Creedme, la resistencia será corta.»

Parécenos que Napoleón, que había ido ya demasiado lejos, quería engañarse á sí propio, disminuyendo los obstáculos que se le presentaban para la ejecución de sus inícuos planes.

© Biblioteca Nacional de España

El 24 hizo su entrada Fernando en Madrid, en un soberbio caballo blanco, casi llevado en vilo por una multitud que le aclamaba con frenesí, acompañado de su hermano Carlos y de su tío el infante D. Antonio.

Las campanas volteaban con estruendo, los vivas á Fernando eran mil veces repetidos; de los balcones, adornados con lujosas colgaduras, se lanzaban palomas y flores; las mujeres tendían las mantillas, y los hombres las capas, tan sólo por el gusto de que el caballo de Fernando las pisara.

El nuevo rey, para hacerse popular, suprimió... el impuesto sobre el vino; para ganar al clero, suspendió la renta del séptimo de los bienes eclesiásticos; y para vengarse de Godoy, levantó el destierro á Jovellanos, Cabarrús y Urquijo.

El ambicioso canónigo Escoiquiz vino al Consejo de Estado; el débil duque del Infantado fué nombrado jefe de la Guardia española y Presidente del Consejo Real; y el girasol, duque de San Carlos, director del Consejo de Estado, quedando así pagados de sus disgustos por la causa del Escorial.

El depravado Caballero, autor principal de los sucesos de Aranjuez, fué confirmado ministro de Gracia y Justicia; pero envidioso de Escoiquiz, retardó tres días la orden para su venida, y Fernando, ya que no podía vengarse de otro modo, le relegó á uno de los Consejos, sustituyéndole con D. Sebastián Piñuela. D. Pedro Ceballos continuó de ministro de Estado, pues aunque casado con una prima de Godoy, había sido uno de los principales actores de la comedia representada en Aranjuez en contra de su pariente.

Todas estas noticias, así como las de haber sido arrastrado en varias ciudades el retrato de Godoy y perseguidos sus amigos, las comentaba con gran placer D. Valero Borja.

—Ya sabrá V.—dijo al Sr. Miranda sin poder contener su alegría,—que los bienes del *guardia* han sido secuestrados.

—Lo sé—contestó D. Juan Antonio,—y sé más, y es que esa confiscación se ha hecho faltando á las leyes, que no lo permiten sin previo juicio y sentencia competente.

—En estos casos no hay leyes...

—Ayer atacaban Vds. á Godoy por faltar á ellas, y hoy son Vds. los que las quebrantan. Tan ilegal es la confiscación de los bienes de Godoy, como la abdicación del rey.

—¿Será cierto?—preguntó la condesita.

—Ilegal, porque ha sido forzada, después de tres días de continuos motines; porque no sólo no se ha reunido el Consejo para aceptarla, sino que se le ha reprendido por intentar la simple formalidad de pasar el acta á sus fiscales, y porque no se convocan las Cortes, único poder supremo del país, para que la apruebe.

Y no prosigo, porque quiero abandonar las miserias de la corte, por las desgracias de la patria, de la patria que es para mí lo primero.

—¡Y para mí también!...—dijo D. Valero con sentido acento.—¿Acaso lo duda V.?

—Ni por un instante,—respondió el señor Miranda, tendiéndole la mano.

—Ocurren cosas graves,—dijo el señor Echarri.

—¿Graves?—preguntó el marqués tomando un polvo.

—Gravísimas,—añadió el Sr. Miranda.

—Hablen Vds.,—dijo la condesita.

—Según los últimos correos, el mariscal Junot ha declarado en Lisboa que la casa de Braganza ha dejado de reinar en Portugal, y que él es el encargado de gobernarlo á nombre de Napoleón, imponiendo al país una contribución de cien millones de francos, y secuestrando los bienes de la familia real y de los particulares que la han seguido á la emigración.

—¿Es decir, que el tratado de Fontainebleau lo ha roto con la punta de su espada?—repuso D. Luis.

—Lo que sucede en Portugal tiene su eco en España,—dijo el Sr. Echarri.—Según noticias que he tenido de Pamplona, el general D'Armañac, que había entrado por los desfiladeros de Roncesvalles, se ha apoderado por traición de nuestra ciudadela.

—¡Por traición!—exclamó el Sr. Pas.

—Sí; había nevado, y aprovechando la circunstancia de hallarse junto á la ciudadela los soldados franceses aguardando sus raciones, se pusieron á formar bolas de nieve y á apedrearse con ellas: nuestros soldados

© Biblioteca Nacional de España

contemplaban el juego desde las murallas, y un grupo de franceses, aparentando huir de los que les tiraban, penetró en la fortaleza y se apoderó de las armas. El virey de Navarra, marqués de Vallesantoro, ofició á D'Armañac pidiéndole explicaciones, y éste contestó que lo ocurrido en nada podía alterar la buena amistad de las dos naciones.

—¡Qué felonía!—exclamó la condesita.

—Mi hermano Gregorio—dijo el Sr. Miranda,—me escribe desde Barcelona la siguiente carta:

«Querido Juan Antonio: El general Duhesme, con tròpas italianas y francesas, en número de 11.000 infantes y 1.700 caballos, ha llegado á Barcelona diciendo iba de paso á Valencia. Nuestro general Ezpeleta trató de oponerse á su entrada, pero Duhesme amenazó con hacerle responsable de su conducta. Una vez en Barcelona (13 de Febrero), pidió en prueba de amistad que sus soldados compartiesen con los nuestros las guardias de la plaza, y esto logrado hizo entrar en la de la ciudadela doble número de franceses que de españoles. La mañana del 28 tenía formadas sus tropas frente á la esplanada de la ciudadela; de pronto, el general Lecchi, seguido de su estado mayor, se dirigió al puente levadizo, y á un prolongado redoble de tambores, un batallón de velitres se lanzó al interior, y auxiliado por los 40 soldados franceses de la guardia, rindieron á los 20 españoles.»

—Pero esto no es siquiera la conquista—exclamó D. Luis,—esto es la traición.

—«Luégo penetraron cuatro batallones, y cuando todos temíamos por la suerte de los dos nuestros que había dentro, supimos que se hallaban... de paseo por la ciudad. El comandante español Santilly, juzgándose deshonrado, se presentó á Lecchi constituyéndose prisionero, pero éste le dijo que España y Francia se hallaban ligadas por una *cordial amistad.*»

—¡La frase *amistad,* parece una consigna! —dijo el marqués.

—«En Monjuich no pudieron hacer lo mismo, porque D. Mariano Alvarez, que lo manda, al ver llegar á los franceses, mandó levantar el puente y preparar los cañones.»

—¡Noble corazón!—dijo la condesita.

—¡Alma esforzada!—añadió Pepita.

—«Pero instigado por Duhesme, que decía hallarse inquieto por sus tropas ante la actitud del pueblo, Ezpeleta ordenó á Alvarez entregar Monjuich, y tuvo que ceder. Dícese que el castillo de San Fernando de Figueras se halla también en poder de los franceses, por haber permitido su gobernador que se albergasen en él 200 hombres de la guarnición que allí dejó Duhesme á su entrada.»

—A lo de Navarra y Cataluña—dijo el Sr. Echarri,—hay que añadir lo de San Sebastián. Murat había pedido á nuestro general, duque de Mahón, ocupar la plaza para la conservación y seguridad de su ejército, á lo que el duque se negó, pidiendo instrucciones á Madrid, las cuales fueron que accediese á la entrega, pero de un modo amistoso, ya que no contaba con fuerzas para resistir (5 de Marzo).

—¡Pero estos hombres no son militares, son bandidos!—exclamó D. Valero.

—Corre también la voz de que nuestra escuadra de Cartagena ha recibido orden de unirse á la francesa en Tolón, para librar la que los ingleses tienen bloqueada en Cádiz, y que nuestro ilustre Valdés, que la manda, opone dificultades patrióticas.

—¿Y ahora negarán Vds.—dijo D. Valero, —que Godoy nos ha vendido á Francia?

—Las apariencias le condenan—contestó el marqués;—pero yo me niego á creer de un español semejante infamia.

—¿No tuvimos un conde D. Julián? ¿Qué más dan moros que franceses?

Marcha de la real familia á Bayona.

Nuevos sucesos, á cual más importantes, seguían ocurriendo.

Murat, lleno de insolencia y altivez, ni reconoció á Fernando, ni siquiera le visitó, cambiando, sin más derecho que su voluntad, el alojamiento del Retiro, que se le había destinado, por la casa del Príncipe de la Paz. Esto, y el alejamiento de Fernando del embajador francés Mr. Beauhanais, hicieron que hasta los más confiados comenzaran á inquietarse.

Al saber Napoleón los sucesos del Esco-

© Biblioteca Nacional de España

rial, dijo á Izquierdo:—«Razón tenía el padre de que el hijo pensaba en destronarle. De cualquier modo, el último tratado queda roto, y con el padre ó el hijo necesito tratados nuevos.»

Lo cierto es que el motín de Aranjuez y la proclamación de Fernando le desconcertó, pues soñaba con que, atemorizada la familia real al ver en su poder las mejores plazas, huiría á América, como la de Portugal, pudiendo dar el trono de España á su hermano Luis, al que ya se lo había ofrecido, y decidió salir para Bayona (2 de Abril) á fin de dirigir de más cerca las operaciones militares y las combinaciones diplomáticas.

Carlos IV, por medio de la reina de Etruria, recién venida á España, entabló negociaciones con Murat para lograr la libertad de Godoy, preso en el castillo de Villaviciosa, y escribió á su hijo que deseaba que en el acta de la abdicación se le asignase una renta fija para su casa. Fernando, lejos de acceder, le intimó que se retirase á Badajoz; pero Murat nombró para entenderse con Carlos IV al general Monthien, y de estas negociaciones resultó la siguiente protesta:

—«Declaro que mi abdicación del 19 de Marzo en favor de mi hijo, es un acto al que me he visto obligado para evitar mayores infortunios y la efusión de sangre de mis amados vasallos, y, por consiguiente, debe ser considerada nula.»

A este documento siguió uua carta de Carlos IV á Napoleón, diciendo que su renuncia fué forzada por los clamores del pueblo y de una guardia sublevada, y que confiaba su suerte, la de la reina y la de Godoy, á su magnanimidad; y otra de María Luisa, asegurándole que Godoy padecía por ser leal á sus reyes y amigo de los franceses.

Tan engañado tenía Napoleón al padre como al hijo, pues al solo anuncio de la llegada de Bonaparte, Fernando mandó levantar arcos de triunfo y le dispuso un espléndido albergue, no llegando más que... unas botas y un sombrero, que se expusieron al público como objetos dignos de veneración. ¡Qué escarnio! Y sólo porque Murat indicó á uno de los ministros el gusto con que el emperador conservaría la espada de Francisco I, depositada en la Real Armería, Fernando se la remitió con gran pompa, petición á la que Godoy se había negado dos años antes.

Napoleón, penetrado de la imbecilidad de la real familia, resolvió atraerla á Bayona y hacerla abdicar en él la corona, y si el pueblo español no le aceptaba tenerlos en rehenes; para ello hizo que Murat asegurase su llegada y la conveniencia de que el infante D. Carlos saliera á recibirlo, lo cual efectuó el 5 de Abril, y no hallándole en Burgos siguió hasta Tolosa; luégo Beauhanais indicó lo que agradaría á Napoleón que fuese el mismo Fernando quien saliera á recibirlo, y apoyado por el ayudante del emperador, el general Savary, logró que Escoiquiz decidiera al viaje á Fernando, ofreciéndole su inmediato reconocimiento por Napoleón y la mano de su sobrina.

Fernando quiso obtener una carta de su padre para Napoleón por medio de Murat, pero Carlos se la negó; á pesar de esto, Fernando salió el 10 de Abril para Burgos, donde Savary le dijo hallaría á Napoleón, acompañado de Escoiquiz, los duques del Infantado y de San Carlos y el ministro de Estado, D. Pedro Ceballos, quedando los demás ministros, Ofarrill, que lo era de Guerra, Azara, que ocupaba Hacienda y fray Gil de Lemus, que estaba al frente de la Marina, constituídos en Junta suprema de Gobierno bajo la presidencia del infante don Antonio, para resolver lo más urgente, Junta á la que luégo se agregaron el Sr. Arias Mon, gobernador del Consejo, el príncipe de Castel-Franco, el conde de Montarco y los presidentes y decanos de todos los Consejos.

El pueblo se agitó con la noticia del viaje, y para aquietarle se le dijo que el emperador venía á visitarnos y estrechar la alianza entre ambos pueblos, y era un acto de cortesía salir á recibirlo.

Como era natural, no le hallaron en Burgos, y, contra lo que debía esperarse, siguieron á Vitoria, en donde tampoco le encontraron. En esta ciudad, Savary se prestó á llevarle una carta de Fernando, en que éste le decía que el no haberle reconocido Beauhanais ni visitado Murat lo achacaba á no tener órdenes suyas para ello, y le extraña-

© Biblioteca Nacional de España

ba, pues desde que era rey sólo había pensado en complacerle, mandando á Portugal las tropas españolas que Godoy mandó retirar; haciendo salir de la capital los soldados españoles para alojar los suyos, y cuidando de su subsistencia á pesar del mal estado del Tesoro; enviando á recibirle á su hermano Carlos, y viniendo él por último, razones todas por las que esperaba una respuesta favorable que disipase las inquietudes de sus vasallos.

El 17 volvió Savary con la respuesta: Napoleón sólo le llamaba *Alteza:* decía que reconocería la abdicación de su padre, si no había sido forzada; indicaba que á Godoy no se le podía formar causa sin formarla á los reyes, y aun á él, cuya carta pidiéndole esposa era un acto criminal en un príncipe heredero.

A pesar de la dureza de la carta, Escoiquiz se felicitó del viaje, y Savary aseguró, que apenas llegase á Bayona Fernando, el emperador le reconocería por rey de España.

Temeroso el duque de Mahón que Savary emplease la fuerza para llevar á Fernando á Bayona, visto el gran movimiento de tropas francesas que se notaba, propuso que saliera de Vitoria por el camino de Bayona y que, al llegar á Vergara, torciese á Durango y se metiera en Bilbao, protegido por nuestras tropas; pero el fatal Escoiquiz le contestó que no había nada que temer, y que al día siguiente partirían para Francia.

El pueblo, al saber lo que ocurría, se agrupó á las puertas del alojamiento de Fernando, y, en un arranque de amor patrio, cortó los tiros de las mulas, y cuando Fernando se asomó al balcón todos gritaban:

—¡Señor, no vaya V. M. á Francia!... ¡Señor, mire V. M. que se pierde!...

Fernando, ingrato como siempre, hizo publicar un decreto agradeciendo al pueblo su afecto, *mientras no fuera excesivo*, y anunciando que antes de cuatro días estaría de vuelta. No se comprende tamaña ceguedad, mucho más cuando D. Pedro Macanaz, que había ido acompañando al infante D. Carlos, escribió á Escoiquiz que la entrevista se verificase sólo en España.

Entretanto, Murat había proseguido su correspondencia con los reyes padres, á los que hizo trasladar al Escorial á pretexto de librarlos de cualquier tropelía, pero, en realidad, para tenerlos más cerca de la frontera; había logrado la libertad de Godoy, diciendo que Fernando había dejado al emperador dueño de su suerte y encaminádole á Bayona, donde llegó el 26 de Abril, alojándose en una quinta que Napoleón le tenía preparada y en la que celebraron una larga entrevista; y conseguido, por último, que el rey Carlos IV escribiese á la Junta que su renuncia había sido forzada, que protestaba de ella y que marchaba al encuentro de su augusto aliado, dejándola encargada del gobierno del país hasta su vuelta.

El día 20 de Abril llegó Fernando á Bayona, sin que salieran á recibirle más que los tres grandes que habían ido acompañando al infante D. Carlos, y que le manifestaron haber oído al emperador que los Borbones habían dejado de reinar en España.

Napoleón supo la llegada de Fernando á Bayona, ¡y aún no la creía!... Fué á visitarle, y Fernando se arrojó en sus brazos... Los invitó á comer al palacio de Marrac, donde moraba, y aunque en toda la comida le dió el título de Majestad, todos sus Consejeros se mostraron tan alegres. De vuelta á su alojamiento recibieron la visita del general Savary, enviado por el emperador á noticiar á Fernando que Napoleón había resuelto cambiar la dinastía Bonaparte por la de Borbón, y que venía á pedirle su renuncia al trono de España.

Fernando y sus Consejeros se miraron sorprendidos, y el primero se limitó á decir que sus ministros contestarían al emperador.

Con efecto; reunidos los Consejeros de Fernando acordaron que Ceballos pasase á visitar al ministro de Negocios Extranjeros, Mr. de Champagny, y combatiese la pretendida renuncia; pero apenas comenzó á hablar salió Napoleón, que estaba oculto tras una cortina, y le acusó de haber traicionado al padre para ser ministro del hijo, con lo cual terminó la conferencia. A fin de ver si lograba convencerle pasó Escoiquiz á hablar á Napoleón, pero éste le manifestó que lo único que podía hacer por Fernando era que ocupase el trono de Etruria en lugar del de España.

© Biblioteca Nacional de España

El 29 de Abril envió Fernando un emisario á la Junta de Madrid participándola la propuesta del emperador, confiándose al pueblo español y ordenando que nada se hiciese contra los franceses.

La Junta, ante indicaciones tan contrarias, nada determinaba, hasta que, á propuesta del esforzado Sr. Gil de Lemus, resolvió enviar á Fernando secretamente dos comisionados (uno de ellos D. Evaristo Pérez de Castro), y consultarle si debían cerrar las fronteras á los imperiales, comenzar la guerra, nombrar otra Junta, que en caso de apuro la sustituyera, y convocar las Cortes; y por si las circunstancias apremiaban eligió la nueva Junta, compuesta de los generales Ezpeleta, Cuesta y Escaño, de Jovellanos (y hasta su llegada D. Juan Pérez Villamil), D. Manuel Lardizabal, D. Felipe Gil Taboada y D. Damián de la Santa como Secretario, la cual debía reunirse en Zaragoza.

La silba á Murat.

El engaño y la falsía con que la familia real de España había sido llevada á Francia tenía agitada á la capital. No existiendo más periódico que la *Gaceta*, y no siendo ésta más que un eco de los papeles de Francia, no se sabía más que lo que convenía á Napoleón.

Durante los últimos días de Abril, los empleados dejaban sus oficinas, los artesanos sus talleres, y hasta las mujeres sus casas para acudir á la Puerta del Sol, á la Imprenta Real y á la Casa de Correos, lugares los más á propósito para saber noticias, y como nada conseguían, desahogaban su furia, el pueblo especialmente, insultando á los soldados franceses y provocándolos á sangrientas riñas.

Cada vez que Murat atravesaba la población, después de una de aquellas fastuosas revistas á que era tan aficionado, y con las que creía atemorizar á la población, los manolos cantaban en sus barbas las famosas coplas:

«Cuando el rey don Fernando,
Larena,
Va á la Florida,
Juana y Manuela;
Va á la Florida,
Prenda:
Hasta los pajaritos,
Larena,
Le dicen ¡Viva!
Juana y Manuela,
Le dicen ¡Viva!
Prenda.»

* * *

«Dale que dale,
Viva Fernando sétimo,
Rabie quien rabie.»

Los soldados franceses, por su parte, se hallaban intranquilos; en cada madrileño veían un enemigo, de todo sospechaban, y creían que la tierra iba á hundirse bajo sus pies. Deseaban luchar, para alcanzar la tranquilidad de que carecían y para tener el gusto de vencer á los españoles como habían vencido á todos los demás pueblos.

El día 1.º de Mayo el gran duque de Berg, Joaquín Murat, celebró una de sus acostumbradas revistas. Era domingo; la Puerta del Sol estaba llena de curiosos, y al pasar Murat con su lujoso estado mayor, los manolos allí reunidos le silbaron de una manera horrorosa, y el gran duque de Berg juró en su interior vengar aquella silba, la única que había recibido en su vida.

En la tertulia del Sr. Miranda, de la que falta nuestro amigo el abad, salido hacía pocos días para Galicia, fué objeto este suceso de los más animados comentarios.

—Quiera el cielo—decía la condesita á D. Luis,—que la silba á Murat de los manolos, sus amigos de V., no cueste mucha sangre.

—En todo caso, no somos nosotros, son su orgullo y su insolencia los que la han provocado.

—Pero el rey...—dijo el marqués.

—¿Cuál?—preguntó con ironía el señor Miranda.

—El verdadero, Carlos IV,—respondió el marqués.

—El verdadero es D. Fernando,—dijo el Sr. Borja.

—En suma, que los dos reyes, padre é hijo, no quieren que el país rechace con dignidad los insultos que recibe...

© Biblioteca Nacional de España

Habrían hecho bien los generales franceses en fijar su atención en esos versos que es fama han aparecido en todas las poblaciones por donde han cruzado:

Escucha, Napoleón;
Si como fiel aliado
Tus tropas has enviado,
Hallarás en la nación
Amistad y buena unión;
Si otro objeto te guió,
Numancia no se rindió;
Numantinos hallarás,
En España reinarás,
Mas sobre españoles, nó.

—¡Perdone V., tutor, que me ría! ¡Numantinos los silbantes de esta tarde!

—¿Y por qué no, hija mía? Los tiempos varían, pero los hombres son los mismos; tras de Numancia viene Covadonga, tras de Covadonga viene Granada, tras de Granada vienen las Comunidades...

—Necesitaría ver á los *chisperos* y *curtidores* combatir para creerlo...

—¡Y yo también!—dijo riendo el marqués. —¡Vamos, Sr. Miranda, que comparar á los héroes de Covadonga y Granada con el *Zurdillo* y el *Tío Mandinga*, los héroes del Lavapies y del Barquillo retratados por el chistoso D. Ramón de la Cruz, me parece algo fuerte!

—No es sólo en Madrid, sino también en las provincias donde el pueblo se agita,—dijo el Sr. Peñaranda.—En Toledo la llegada de un oficial francés pidiendo raciones para el ejército de Dupont y su declaración de que Bonaparte no reconocería á Fernando, han producido un tumulto en que el pueblo, colocando el retrato de Fernando en una bandera, lo ha paseado en triunfo por las calles obligando á españoles y franceses á vitorearle. En Burgos la sola detención de un correo español ha producido una sangrienta lucha...

—¿En Burgos?—preguntó alarmado el señor Miranda.—Allí están mi hermana Teresa y su hijo.

—Dios mío—exclamó Pepita,—si á Carlos le ocurriese alguna desgracia, mi pobre hermana, que no tiene más hijo que él, y que le adora, se moriría de pena.

—¿Es muy niño?—preguntó la condesa.

—Tiene quince años... pero si tú le conocieras... es tan guapo, tan instruído, tan cariñoso... ¡Pobre hermana!.. Es preciso escribirla, Juan Antonio...

—Mejor será—dijo el Sr. Miranda,—que yo mismo vaya en su busca. En estos momentos quisiera teneros á todos á mi lado, y que la suerte de uno fuera la de todos.

—Yo iré, si V. quiere,—dijo el Sr. Pas.

—No hay que alarmarse sin motivo,—repuso D. Valero.

—Temo mucho por mi sobrino, cuyo noble corazón y altivo carácter le hacen peligroso en estos momentos.

—¿Acaso el señor abad no iba á pasar unos días con ellos?

—No; tan sólo quería detenerse en Burgos el tiempo preciso para darles un abrazo y marchar á Galicia.

—¿Conque al fin se ausentó el bueno de D. Nicolás,—preguntó el marqués.

—Sí, señor. El cambio de rey y de gobierno ha entorpecido las pretensiones que le habían traído á Madrid: sus feligreses le llamaban, y yo he quedado encargado de lograr la más pronta resolución de sus asuntos.

—Murat—prosiguió D. Luis,—se queja de estos hechos que ellos provocan.

—¡Noticia!—dijo el Sr. Echarri entrando. —Esta tarde ha oficiado á la Junta el gran duque de Berg á fin de que salgan mañana para Francia la reina de Etruria y sus hijos, y el infante D. Francisco.

—¿Y la Junta ha accedido?—preguntó el Sr. Miranda.

—Y hasta le ha prometido que las tropas españolas reprimirán cualquier motín, que, dada la silba de esta tarde, es muy de temer.

—¿Y no sería mejor resistir?—preguntó D. Luis.

—¡Resistir, con 3.000 hombres escasos, al ejército de Murat!—dijo el marqués.

—Yo creo—repuso D. Valero,—que algo podría hacerse si la Junta se pusiera á la cabeza...

—Esa es mi opinión,—dijo el Sr. Pas.

—No digan Vds. locuras. Murat cuenta en Madrid con toda la guardia imperial de á pie y á caballo... ¡Brava gente, se lo aseguro á Vds!... Con la división Mussnier y una brigada de caballería; con numerosa

© Biblioteca Nacional de España

artillería en el Buen Retiro; con 25.000 hombres de las divisiones de Moncey, situadas en la Casa de Campo, convento de San Bernardino, Chamartín, Fuencarral y Pozuelo; y con el ejército de Dupont en el Escorial, Aranjuez y Toledo, es decir... ¡60.000 hombres, los primeros soldados del mundo!...

—La nobleza, ¿no combatirá?

—La nobleza no es enemiga de Napoleón, á quien ha visto crear una en Francia donde se hallaba proscripta.

—¿Y el clero?—preguntó D. Valero.

—El clero—respondió el Sr. Miranda,—confía en que Napoleón, que ha levantado los altares en Francia, y que le necesita para dominar á España, le respetará

—Pero ¿y los militares?—preguntó el señor Pas.

—Los militares, yo se lo he oído á mi sobrino, capitán de *walonas*, admiran á Napoleón que ha hecho de sus generales reyes.

—¡Sólo nos queda el pueblo!—dijo el señor Miranda.

—¡El pueblo... valiente refuerzo!—dijo el marqués.

—El pueblo—añadió la condesita,—huirá á los primeros tiros...

—¿Y dejaremos salir á los príncipes?—dijo D. Valero.

—No hay que pensar en tonterías—dijo el marqués;—la nobleza, que era la única que por su prestigio y valía podría salvar la situación, obedece las órdenes de Carlos y Fernando, de respetar á los franceses... y el ejército, mandado por muchos nobles, y cumplidor fiel de la Ordenanza, nada hará tampoco.

—Es decir—exclamó el Sr. Miranda, con mal reprimido enojo,—que debemos sufrirlo todo en silencio. Napoleón ha ocupado por traición nuestras mejores plazas y ciudades, se ha llevado con engaños primero á Fernando, luégo á D. Carlos IV, y mañana á los infantes; trata de cambiar la dinastía y de hacernos sus esclavos, ¡y aún debemos sufrirlo!...

—¡Yo no!—contestó con ánimo resuelto D. Luis Peñaranda.—Si las circunstancias llegan, procuraré cumplir con mi deber. Una vida tengo y esa se la debo á mi patria, mi madre querida.

—Y yo igualmente,—dijeron los señores Borja, Echarri y Pas.

—¡Ah, tontos!... Vamos, sobrina—dijo el marqués tomando un polvo y ofreciendo galantemente su brazo á la condesita,—y dejemos á estos locos de altar.

Preliminares.

No lejos de la casa del Sr. Miranda, formando ángulo con la de los Estudios, tenía Paca la *Morena* su afamado bodegón, muy frecuentado por elevados personajes que iban á recrearse con los sabrosos peces del Jarama, el ajo de pollo y los callos y caracoles que guisaba la manola, no menos que en las miradas de sus hermosos ojos.

Paca era hermana de Vicente, el criado de confianza del Sr. Miranda, y mujer de Pedro Fernández (el *Zurdo*), que por haber tenido cierta noche un mal encuentro con los alguaciles, dió con sus huesos en la cárcel, de la que, á instancias de Vicente y por las lágrimas de Paca, le sacó D. Juan Antonio, razones todas por las que el Sr. Miranda era considerado por el matrimonio como amo y señor.

El *Zurdo* era un hombre largo de cuerpo, pero más largo de manos, que lo mismo reía que se enfadaba. Siempre con la capa terciada, era un *bullc-bulle* que pasaba el día requebrando mujeres, burlándose de los payos que venían á Madrid, ó fumando en el Matadero.

Su hablar era enfático, sus razones secas, su prosopopeya ridícula.

Le apellidaban el *Zurdo* porque lo era, pero su navajada resultaba mortal, y era el terror de los ventorrillos, tabernas y bodegones.

Vestía chupetín y calzón corto, blanca camisa de lujosa chorrera, zapato con hebillas de plata, sombrero de medio queso y rica faja de grana que ocultaba la cortante navaja, y adornaba su moreno rostro unas pobladas patillas en forma de chuleta.

Divididos los manolos en *chisperos*—así llamados los de los barrios altos por las muchas fraguas que había en sus calles,—y *curtidores* los de los bajos, por su vecindad

© Biblioteca Nacional de España

con el Matadero y por ser en su mayoría cortadores, tripicalleros, chalanes y matarifes, Pedro Fernández tenía á orgullo en ser de los últimos, y despreciaba á los primeros, á los que llamaba por burla *vulcanos*.

Orgulloso, como buen madrileño, si transigía con el noble era porque el noble le buscaba.

¿Había tenido oficio? La Paca decía que cuando se casó era guarnicionero, pero el *Zurdo* lo negaba terminantemente.

Casi á la misma hora en que ocurría en la casa del Sr. Miranda la escena que hemos descrito, el bodegón de la *Morena* estaba lleno de parroquianos, que el *Zurdo* procuraba servir ayudado por dos criadas, maldiciendo la ausencia de la *Paca* que no le permitía entregarse libremente á la bebida con sus amigos.

Las dos mesas principales las ocupaban el *Zurdo* y sus camaradas; y la otra el abate Manzanilla con el erudito D. Zoilo Naranjo, el peluquero Nicolás Bergamota y el petrimetre D. Serafín Primoroso.

Manzanilla era un abate como todos, es decir un segundón de familia hidalga, pero pobre, que había venido á Madrid á pretender un beneficio eclesiástico, por medio de alguna dama, que eran las que entonces dominaban. Su vestido era el común de las gentes decentes, con capeta de raso negro colgada á la espalda, el cabello á la romana y sobre él un casquete de suela, y sombrerito de tres picos siempre debajo del brazo.

—Para tí es el mundo,—decía al peluquero.—Tu bolsa es una verdadera caja de Pandora...

—Pandorga, querrás decir,—exclamó el petrimetre.

—Pandora—repitió el erudito D. Zoilo,—no seas incipiente.

—*Homo sapiens*,—dijo el abate.—En ella se encuentra el crepé-bucle, los hierros, los cosméticos, los polvos... Tú pones á las damas la gran cofia, las empolvas los cabellos y las pintas los más coquetones lunares...

—Y tú,—contestó el peluquero,—las llevas la carta del amante, las noticias del cotillero, de la batera, de la comedia, de la novena, de los toros y de los nuevos pasos de la contradanza, del sarché, de la alemanda, de los arcos dobles y de las cuatro caras.

—Tiene razón Bergamota,—dijo el erudito.—Ese traje es una ganzúa que te abre todas las puertas...

—¡Envidiosos!...

—Oye, Manzanilla—dijo el petrimetre,—¿por qué no te haces cura?

—«Aunque soy abate no
Soy inclinado á la Iglesia,»

como dijo el famoso sainetero D. Ramón de la Cruz.

—Pues yo opino, de acuerdo con la *Histotoria de la Iglesia*, de Pastorín...

—*Aquila non capit muscas*,—dijo el abate llenando los vasos...—¿Te acuerdas de nuestra querida época de estudiantes en la ciudad complutense, en la famosa Alcalá?...

—Calla, escalador de ventanas, mermador de doncellas, tirano de patronas y apaleador de alguaciles...

—¿Recuerdas aquel estudiante—dijo el abate,—que no parecía sino mantenido por el licenciado Cabra del *Gran tacaño* del insigne Quevedo, según estaba de escuálido y chupado, qué lecciones nos daba?

«Compraréis primeramente
Una raída bayeta,
Un sombrero semi-roto,
Y con forro por de fuera:
Un cuello á lo clerical,
Una chupa que sea negra,
Un zurrón y una mochila
En donde metáis la hortera...»

—En su opinión, las capas de los estudiantes y las banderas de los regimientos cuanto más rotas más gloriosas.

—Cuando llegó la hora de *correr la tuna* nos aconsejó aprender algunas arengas en latín mezclado de griego, á fin de pasar por hombres doctos.

—Al salir de Alcalá quise entrar de dómine en una que decían ser noble casa, pero al ver á mi antecesor delgado como una caña, la nariz punzante, la barba cortante, la chupa sin color, las medias como criba y el gorro hecho un girón, desistí de la idea.

—¿Y qué hiciste?—preguntó el petrimetre.

—Me metí á erudito y á poeta.

—Como quien se mete á fraile,—dijo riendo el abate.

—Estudio los clásicos griegos, compongo

© Biblioteca Nacional de España

arengas en latín, tengo siempre sobre la mesa el *Diccionario de Rubiños* y el *Arte poética* de Luzán. Sé dónde se venden *Los fundamentos del café* y las *Actas de los mártires*, la *Biblioteca de señoritas* y los *Sermones de Bordaliz*.

—Eres un pozo de ciencia... Toma una pastilla,—dijo el petrimetre.

—Venga... Y qué rico olor llevas en el pañuelo...

—Llevo dos pañuelos de encaje con esencias finas y algunos frasquetes con agua de melisa, alcali volátil y éter... ¡Soy un verdadero *tónico!*

—*¡Reum confitentem!*... Prosigue, amigo Zoilo.

—No discuto sino con eruditos como yo. Escribo loas á los cómicos...

—En las que haces hablar al río Manzanares con las lavanderas.

—Fray Luis de León también hace hablar al río Tajo en su *Profecía*.

—Es verdad. ¿Y aquella marisabidilla que cortejabas?

—Oye qué carta en verso me escribió ayer:

«*Querido señor y dueño*:
Extravagantes dilemas
De inópinos objetos,
Con benévola atracción
Me usurpan el intelecto (1).»

—*La culti-latini-parla*... Ni me entiendes, ni te entiendo. Al lado de tu filis, Góngora es un coplero.

—¡Es una mujer esplendorosa, un astro rutilante!...

—¡Tal para cuál!—exclamó riendo el abate.

—¿Y qué nos dices de tu calcetera?—preguntó el petrimetre al abate.

—¡Una calcetera!.. Habrá estólido,—dijo el erudito.

—¿Y por qué no?...—respondió el abate.—¿No has oído la canción?

«Por más que del oficio
digan algunos,
somos las calceteras
mozas de puntos.»

—¡Y te aseguro que le ha puesto los puntos,—dijo el peluquero.

(1) *La Crítica*.—Cruz.

—¿Y tu *madamita*?—preguntó el abate al petrimetre.

—Ayer la compré un guardapies de griseta, unos guantes de seda y una escofieta de fandango.

—¡Infeliz!—dijo el abate.—Sigue los consejos del sabio:

Menos amor y más maula,
Menos conceptos, más bulla;
Menos gastos y más labia.

—Un *tónico* que gasta vestido inglés con botones de retrato, chupa bianca bordada, calzón ajustado, zapato pequeño y hebillas grandes, felpudo sombrerón, mucha corbata de muselina, rizado erizón y aguas de olor... no puede menos de ser un cortejo generoso.

—Eso es envidia...—exclamó con ira el petrimetre.

—¡Tienes gran falta de sindéresis, amigo Serafín,—dijo el erudito con tono ágrio.

—Bueno...

—Careces de estética, y de prosodia...

—Dése por terminada la cuestión, *sub-conditione*,—dijo el abate mirando á la puerta del bodegón..

—¿Cuál?

—Que traigan otras dos botellas. Dos botellas más, hermosa Paca,—dijo el abate á la manola, que acababa de entrar en el bodegón, con gran contentamiento del *Zurdo*, que tomó asiento en la mesa de sus amigos.

Era la Paca una mujer de veinticuatro años, de regular estatura, cuello y brazos torneados, ámplio seno y bien modeladas caderas, de pelo negro, de ojos de azabache que lanzaban miradas picarescas, de nariz fina, de boca pequeña y risueña: una real moza.

Graciosa y soberbia, noble y valerosa, era á la vez querida y respetada.

La llamaban la *Morena* por el color de su tez, y tenía á orgullo el ser dueña de un bodegón de *planta*, y no de los llamados de *puntapie* que se armaban por la mañana en las plazuelas y se desarmaban por la noche.

Había nacido en la calle de Toledo, y para ella no había más nación que España, ni más ciudad que Madrid, ni más calle que la de Toledo, ni más Virgen que la de la Paloma.

Dominaba al *gatallón* de su marido, pero sin lograr corregirle.

© Biblioteca Nacional de España

Odiaba todo lo de *extranjis*, y se moría por el guardapies de raso, la nacarada media, el chapín de hebilla, la clásica peineta, la rica mantilla y el vistoso abanico.

Heredera directa de las majas, sus dichos eran gráficos, sus epígramas sangrientos, su arrogancia proverbial. Gozaba en riñas y en jaleos, se creía superior á la dama y se burlaba del usía. Algo supersticiosa y un tanto libre, tan amiga de los bailes como de la iglesia, en ella se mezclaban lo divino y lo humano, Dios y el hombre.

Sin llegar á quitarse la mantilla trajo á la mesa del abate las dos botellas que éste había pedido.

—Ingrata, entre las ingratas—dijo el abate,—¿no serías capaz de darme un abrazo?

—No, señor; porque los abrazos pa su mercé los guardo en el arca y no puedo ir á sacarlos porque hay mucha gente á quien servir.

—Eres la manola más retrechera... Improvísala unos versos, Zoilo...

El erudito, después de toser cuatro veces, de limpiarse el sudor otras tantas, y de hacer infinitas pausas, exclamó con entonación dramática:

—En el baile del ejido,
(Nunca Paca fuera al baile),
Perdió sus corales Paca
Un disanto por la tarde.

—Me parece—dijo el abate,—que yo he oído esos versos antes de ahora...

—Imposible—contestó el erudito muy sofocado,—porque es una de mis mejores improvisaciones...

—Pues entonces, Góngora tiene unos muy parecidos.

—¿Y quién ha sido la soplona—dijo la manola poniéndose en jarras,—que le ha dicho á su mercé que yo he perdío los corales, si los llevo en las orejas?..

—No lo has entendido, Paca... los corales son...

—Quisiera conocer á esa fanfarria—añadió la manola,—pa darla unos azotes donde yo me sé...

—Tapa—exclamó el abate,—y dejemos las cosas de atras...

—Sepa su mercé que á mí denguna me planta, y cuando yo me atufo...

—Paca, por Dios...

—Soy yo muy bizarra, y tengo remuchísimo corazón, y unas tijeras muy afiladas pa cortar las lenguas largas.

—Ya sé que eres el *non plus* de las manolas.

—Y tan aseñorada y tan real persona como la primera...

—Toma este abanico del *Sereno*, que te he comprado, para que lo luzcas mañana en los toros,—dijo el abate, que si iba al bodegón de la Paca por los buenos guisos no iba menos por la hermosura de la manola.

Estos abanicos tenían pintada una maja, y debajo estos mal llamados versos:

«Duerme, gachona mía,
Duérmete sin recelo,
Que son las once y cuarto
Y está raso y sereno.»

—¡Buen día de toros nos espera mañana —contestó la manola,—con la silba de esta tarde á los franchutes, que juran y perjuran que se la hemos de pagar!... ¡Y yo, mujer soy, pero estoy dispuesta á bailar sobre sus cuerpos el villancico del sordo y la coja!

—La verdad es que su insolencia raya en demasía,—añadió el abate.

—Pues que no nos busquen la lengua,—dijo el peluquero.

—¿Te atreverías con ellos, Bergamota?—preguntó el erudito.

—¿Pues no me atrevo yo?—dijo la Paca.

—Tú es diferente—replicó el abate;—pues me han contado que ayer descalabraste á uno... ¿Es cierto?

—Me insultó, y le puse por bonete el tostador de las castañas.

—No creas que los tengo miedo,—dijo el peluquero.

—¡Y la silba ha sido buena!—añadió el erudito.

—Que se fastidien,—dijo el petrimetre.

—Lo que yo digo: San Juan, cada uno rasque su sarna,—exclamó la morena torciendo la boca.

Mientras el diálogo entre la Paca y el abate prosigue, echemos un vistazo á la mesa de Pedro Fernández (el *Zurdo*), en la cual se sienta un *gallofo;* un paje; un *maulero*, vecino de la calle de Embajadores; un lacayo; un mozo de compra; un carbonero, esta-

© Biblioteca Nacional de España

blecido en la Ribera de Curtidores, y algunos otros personajes á los que el Corregidor se ha empeñado en corregir enviándolos á tomar aires á Ceuta y Melilla sin conseguir su objeto.

En esta mesa se discutía con calor sobre la silba á Murat.

—¿Tú serías de los silbantes?—preguntaba el *Zurdo* al gallofo.

—Con las dos manos, y aún me parecía poco.

—Yo llevaba un silbato de San Isidro,—dijo el paje, que era un niño de algunos doce años, muy bien vestido y peinado.

—¡Y qué cara puso el tal *Berzas!*—añadió el lacayo.

—A ese franchute—exclamó el mozo de compra,—le he de abrir yo en la frente



—Qué le parece á su mercé, señor abate...

una tronera por la que eche las asaduras...

—Mejor será comerle el redaño,—dijo el carbonero.

—Es un desgalichao más blanco que el agua,—añadió el maulero.

—Si las cuestiones se arreglaran á navajazos,—replicó el gallofo...

—¿La tienes?—preguntó el *Zurdo*.

—Y flamante, de la calle de Cuchilleros; sólo falta bautizarla con sangre de esos perros herejes...

—Pues si mañana esos fantasmones se llevan á los príncipes, te juro, sin que sea baladronada, que la has de bautizar,—exclamó el *Zurdo*.—¿Tú crees, rapaz, que se los llevan mañana?—añadió dirigiéndose al paje.

—Mi amo, al volver de Palacio, así lo ha dicho,—contestó el niño.

—¡Serán canallas!—replicó el gallofo.

—¡Mañana!—exclamó el *Zurdo*.—Eso lo veremos.

Y dando un puñetazo sobre la mesa se levantó resueltamente, y poniendo una mano sobre el hombro del abate, le dijo:

—¿Qué le parece á su mercé, señor abate, qué debemos hacer, si mañana se llevan, como dicen, á los príncipes?

Todos prestaron atención á la respuesta del abate.

—No se los llevarán,—dijo el erudito.

© Biblioteca Nacional de España

—Pues yo creo que sí—replico el peluquero,—porque así lo he oído en varias casas.

—Es la verdá, señor Bergamota.

—Pues si los llevan—contestó el abate,—será preciso resistir...

—¿Y con qué?—dijo el erudito.

—Es cierto—añadió el petrimetre,—no tenemos armas...

—Pero, ¿y nuestros soldados?—preguntó el *Zurdo*.

—Los soldados tienen orden de no salir,—dijo el petrimetre.

—Pero son españoles y saldrán,—exclamó el abate.

—¡Y sino—dijo la Paca,—con el pueblo basta y sobra! ¿Ó es que ya no hay corazones?

—Corazones—dijo el abate mirándola á hurtadillas,—no faltan.

—¡Corazones de hombre!—exclamó la manola.

—Deseos—añadió el petrimetre golpeando el suelo con el bastón,—no faltan.

—Pues si hay deseos—replicó el *Zurdo* con voz ronca,—basta y sobra.

—En la calle hay *almendras*,—dijo el paje...

—¿Quieres convidar á los franceses?—preguntó el erudito.

—*Piedras* he dicho.

—¿Piedras?—exclamó el abate.—¡Ah, buen hijo!

Y poniéndole la mano sobre la cabeza exclamó: *¡Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam!...*

—¿Qué quieren decir esas palabrotas?—preguntó la morena.

—Son las palabras de Jesús á San Pedro. Este paje es piedra y sobre él edificaremos la lucha, y los franceses que él no perdone aquí abajo, no serán perdonados allá arriba...

—En la duda, yo he afilao mi navaja,—dijo el Zurdo.

—Y yo mi cuchillo,—añadió el maulero.

—Y yo el mío,—exclamaron los otros.

—Pero los franceses tienen cañones, y los cañones no se ganan á navajazos,—dijo el erudito.

—¿Y por qué no? Para ganarlos es preciso acercarse, y para acercarse lo mejor es un corazón grande y un arma pequeña,—exclamó la manola.

—¡Viva la Paca!—gritaron todos.

—¡Qué mujer tan salitrada!—dijo el Zurdo.—¿Y serás capaz de salir?

—¿A escalabrar franceses? Tan capaz como la primera.

—Poco ha de vivir el que no lo vea,—contestó el Zurdo.

El 2 de Mayo.

Desde las primeras horas del memorable 2 de Mayo, el pueblo acudió á las puertas de Palacio, delante de las cuales había preparados tres coches de camino.

La actitud de los madrileños era sombría. Si Murat no hubiese estado cegado por la soberbia, habría reflexionado antes de provocar la lucha.

El bullicioso *Zurdo*, con la inquieta *Morena*, que no había querido abandonarle, se hallaban al frente de un numeroso grupo de que formaban parte el pajecito, el mozo de mulas, el gallofo, el carbonero, el lacayo y el maulero.

—El primer coche—dijo el *Zurdo*,—es pa esa reina de la *Trusca*...

—¿Pa esa desgalichá que trata con los franchutes?—preguntó la Paca.

—Sí... El otro es pa el infante D. Antonio...

—¿Pa el presidente de la Junta?—preguntó el gallofo.

—Justo... Pero, ¿y el otro?

En esto sale de Palacio un palafrenero, conocido de nuestro lacayo, y descubre que el tercer coche es para el infante D. Francisco, á quien tratan de llevarse á la fuerza, amenazándole con azotes, porque el pobrecito niño no quiere salir de su querido Madrid.

El *Zurdo* trasmite la noticia, que se comunica á todos los grupos. Las mujeres lloran y los hombres se enfurecen.

Aparece el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, á informarse de la actitud del pueblo, y uno de los grupos, suponiendo que viene para obligar á marchar al infante, se arroja sobre él, y le habría muerto de seguro, sin la protección del oficial de guardias españolas D. Miguel D. Flórez.

La atmósfera popular se había cargado de

© Biblioteca Nacional de España

electricidad, y sólo faltaba la chispa que había de producir la explosión.

Sale la reina de Etruria con sus hijos, y el pueblo la ve partir con la mayor indiferencia.

De pronto se opera un movimiento de los grupos hacia palacio.

—¿Qué pasa?—pregunta la *Morena*.

—No sé,—responde el *Zurdo* empinándose sobre las puntas de los pies.

—A ver, tú, pequeño, dinos lo que pasa,—exclamó el lacayo alzando al pajecito sobre sus robustos hombros.

—¡Hay mucha gente á la puerta!... ¡Y arrastran algo... ¡A un niño!...

—¿Al infante?—grita el *Zurdo*.

—¡Madrileños, que se llevan al infante!—grita la Paca sin poderse contener.

El pueblo, rápido como el pensamiento y terrible como el huracán, se lanza á los coches, corta los tiros y se opone á la marcha con fiera actitud. ¡La voz de la manola había sido la chispa que iba á producir el incendio!

En este supremo instante suena una horrorosa descarga, y el suelo se cubre de cadáveres. Es un batallón francés con dos piezas de artillería que Murat envía para proteger la salida de los infantes, y que sin previo aviso, de la manera más fría, más cruel y más inhumana, ha descargado sus tiros sobre el pueblo indefenso.

Sorprendidos los grupos, se dispersan. No huyen... Van en busca de armas... Pero ¿dónde?.. De todas las bocas salen gritos como estos:

—¡Vecinos, armarse!...

—¡Mueran los franceses!...

—¡Viva Fernando VII!...

—¡Guerra á los traidores!...

Y como reguero de pólvora, la revolución se extiende por todo Madrid...

—¡Huye, Paca, sálvate!...—grita el *Zurdo*, abriendo su navaja y corriendo hacia la Puerta del Sol seguido de sus amigos.

—¿Huir? La Paca no ha salío de casa pa alborotar, sino pa bailar la zarabanda sobre estos franchutes.

Y siguió con el paje detrás del grupo.

La lucha comenzó... El viejo trabuco, la navaja, el chuzo, la pistola, el retaco. la escopeta de caza, el cuchillo, la carabina, el garrote, la piedra, todo era bueno en aquellos instantes.

—Yo no me separo de usté,—dijo el pajecito á la *Morena*.

—¿También tú quieres camorra?

—Traigo una pistola de mi amo,—dijo sacándola del pecho,—y como le eche la zancadilla á un extranjis...

En las calles el combate era terrible; el pueblo no perdonaba al francés que hallaba, sobre todo á los mamelucos, á quienes por su extraño traje consideraba herejes, gozando al pensar que mataba de un solo golpe á un moro y á un francés.

Los grupos se rehicieron en la Puerta del Sol, y engrosados por los paisanos que de todas partes acudían, rechazaron á los franceses en las calles de la Montera, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Carretas y Mayor.

Hombres, mujeres, niños, clérigos, algunos soldados escapados de sus cuarteles, todos combatían como héroes. ¡Pero no tenían municiones, ni contaban con un jefe!... ¡Mataban, vencían... pero sin resultado!...

Murat resuelve emplear los cañones, y hace avanzar la artillería del Retiro por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, protegida por la caballería de la Guardia Imperial...

¡Entonces comienza una lucha grandiosa, inconcebible, colosal!..

Los paisanos se lanzan á tomar los cañones á navajazos... Unos saltan á la grupa de los caballos y clavan sus cuchillos en el cuello del ginete... Otros se deslizan por entre las patas de los caballos y le hunden la navaja en el vientre, rodando por el suelo el caballo, el ginete y el paisano.

Los vecinos disparan desde los tejados sus armas, ó lanzan piedras sobre los soldados, y las mujeres arrojan por las ventanas agua hirviendo...

La infantería, y hasta la artillería, dispara contra los balcones y ventanas en vista de aquel diluvio de proyectiles.

Nuestro amigo el carbonero, exclama:

—Mía, *Zurdo*, aquel es Murat... Dale por muerto.

—Pero si no tienes arma,—le grita el *Zurdo*.

© Biblioteca Nacional de España

—Tengo mi palo, y basta,—responde.

Y abriéndose paso por entre los caballos franceses llega hasta un oficial que, por su rico uniforme y vistoso plumero, le pareció Murat; al primer golpe lo derriba al suelo, y con los sucesivos logra darle muerte, entre los aplausos de los manolos: ya se volvía con sus amigos, cuando fué alcanzado por dos mamelucos y muerto á sablazos.

En lo más terrible del combate, el pueblo no perdía su buen humor, y á los tiros respondía con la burla y á los cañonazos con la risa.

Sobre las célebres gradas de San Felipe, la *Morena* y el paje luchaban con gran denuedo.

La Paca, con un retaco en la mano que había cogido á un paisano muerto, gritaba:

—¡Cobardes!...¿Cuándo pensábais peleáros con una mujer de mi linaje, que ha hecho correr á tres ministriles que valen más que todos los franchutes?

—Paece que huyen, señá Paca!—dijo el paje descargando la pistola...

—¡Arroz!... ¡y qué buen ojo tienes, rapaz!... ¡Eres un Gerineldo!..

—¡Creo que le he muerto!...—respondió el niño con alegría, buscando por el suelo balas y pólvora.

—Pues, al basurero de las Vistillas con él... Tengo ganas de matar uno de esos mamelucos...

—Dicen que no beben vino...

—Ya ves... ¿Qué hombre será el que no beba vino?... Algún monago... ¡Arrepara, chico, le he descacharrao!—gritó la Paca con entusiasmo.

Los mamelucos y los polacos se distinguían por su ferocidad, devolviendo al pueblo el odio que éste les profesaba, y en este día asaltaron las casas de que sospechaban salían tiros, y fusilaron en la calle á sus moradores delante de sus madres y de sus hijas.

Las descargas redoblaban. Los franceses recibieron nuevos refuerzos, y el pueblo comenzó á retroceder y á desparramarse por las calles adyacentes, mientras los imperiales se iban haciendo dueños de la Puerta del Sol.

—¡Repudria estoy!—gritaba la *Morena*.—Me paece que nos ganan...

—Señá Paca, vámonos por la calle del Correo...

—¡Huir de estos peales!...

—¡Que vienen!

Con efecto; un pelotón de caballería se acercaba sable en mano para barrer las gradas de San Felipe, en cuyas escaleras y vestíbulo, que daba á las calles del Correo y Esparteros, se batían algunos paisanos.

—Que vengan... ¡Ya me hacen joroba de tanto aguardarlos!...

Los soldados llegaron, y los escasos manolos que allí había resistieron heróicamente.

—¡Me da *hipo*—gritaba la Paca,—veros tan grandes y tan cobardes!... ¡Bajar del caballo y venir á luchar puño á puño si tenéis corazón!...

El combate iba perdiendo su intensidad... Los paisanos morían matando, ¡pero morían!...

—Venir, soplones,—decía el paje, amenazándoles con una navajilla.

—Venir, maricas,—gritaba la Morena.

En esto, un soldado levantó su sable y fué á descargarlo sobre la Paca; el paje se interpuso y recibió una cuchillada mortal que le hizo caer sin vida; la manola al verlo lanzó un grito de espanto; con una fuerza sobrehumana cogió al niño en sus brazos y trató de huir, pero tropezó con los cadáveres de otros paisanos y cayó desplomada sobre ellos con el desgraciado paje.

El marqués de la Castellana, que tenía su palacio en la calle Mayor, cerca de las gradas de San Felipe, y que presenciaba la lucha desde su balcón, al ver caer al paje y á la Morena bajo el sable de los soldados, sintió latir su corazón de español y hervir su generosa sangre, y gritando: *¡Cobardes!* se lanzó á la calle.

Su grito hizo volver la cabeza á un joven que bajaba por la calle de Esparteros al frente de un grupo...

—¡Es D. Diego!...—exclamó.

El marqués, con una ligereza impropia de sus años, salió á la calle blandiendo una espada cuando el pelotón de soldados remataba á los últimos defensores de las gradas, y recibió un sablazo en el cuello que le hizo caer á tierra.

El joven, que no era otro que D. Luis Pe-

© Biblioteca Nacional de España

ñaranda, corrió en su auxilio, le cubrió con su cuerpo, y paró con su fusil las nuevas cuchilladas que le dirigían los soldados, sin cuidarse para nada de su persona. ¡La cabeza erguida, la mirada centellante, el brazo de hierro!... ¡Parecía un hombre de piedra!

Un oficial francés, que le vió defenderse tan heróicamente, no pudo menos de decirle:

—Es V. un valiente... pero huya V. si no quiere morir...

—¿Huir? Jamás... Soy médico, estoy familiarizado con la muerte; este anciano está herido y yo no puedo separarme de él...

—Pero, es que juega V. la vida.

—¡La vida!—exclamó con amargura don Luis.—¡Para qué la quiero si ha de ser la vida del esclavo!

El oficial le saludó con la espada, admirado de tanto valor, y prosiguió su camino.

D. Luis condujo al marqués hasta el portal de su casa, y procuró restañar la sangre con su pañuelo, al tiempo que la condesita aparecía en el umbral de la puerta seguida de algunos criados.

Bien pronto el marqués descansaba en su lecho y D. Luis reconocía la herida, que por fortuna no era peligrosa. Apenas el joven médico realizó la cura y vendó al herido, se dispuso á salir.

—¿Dónde va V.?—le preguntó la condesita, que hasta entonces había permanecido triste y silenciosa.

—¿Dónde? Donde mi deber me llama. ¿No oye V. esas descargas, esos ayes de dolor?... ¿No ha visto V. combatir á los manolos? No son los hijos de Numancia, ni de Covadonga —dijo animándose por grados,—son los eternos hijos de la heróica España, que luchan por su patria y por su libertad.

—¡Los he visto!... ¡Son unos héroes!—exclamó la condesita sin poderse contener.

—¡Al fin... lo confiesa usted!—dijo D. Luis en el colmo de la alegría.

—Sí, lo confieso; la venda que cegaba mis ojos ha caído para siempre... Yo estaba en las cercanías de Palacio esta mañana, yo he estado en la Puerta del Sol... ¡Son unos héroes, sí!...

Nuevas descargas sonaron fuera.

—¡Adios!—dijo D. Luis.

—Pero es que yo no quiero que V. salga, —exclamó la condesita pálida y temblorosa.

—No tema V... la herida del marqués no es de peligro.

—No se trata del marqués,—añadió Isabel en el colmo de la agitación.

—¿De quién, pues?—preguntó asombrado D. Luis.

—¿No ha comprendido V.—dijo la condesita con dulce acento,—que si ayer despreciaba al pueblo era porque no le conocía, y que hoy que le he visto le admiro; que si ayer no transigía con usted era porque ignoraba lo mucho que valía, y que hoy, que he podido apreciar la nobleza de su alma y lo valeroso de su corazón, hoy le reverencio... hoy le amo,—añadió en un arranque de supremo amor—y no quiero que salga V. de nuevo á batirse porque su muerte causaría la mia?

D. Luis, que no podía darse cuenta de lo que oía, sólo pudo exclamar con acento ronco:

—¡Mentira!... ¡Esto es una burla!... V. es una mujer sin corazón... ¡V. no ha nacido para amar!...

—¡Que no le amo, Dios mío!—dijo la condesita vertiendo un mar de lágrimas.

—Si ese amor fuera cierto, antes me querría V. muerto que deshonrado...

Estas palabras produjeron en Isabel una súbita transformación.

—Es verdad,—dijo, secando sus lágrimas y con ánimo resuelto.—Salga V. y luche, que tal es su deber como buen español... Y si V. muere, yo le juro por la memoria de mi santa madre, que ni el dolor se apartará de mi alma, ni el luto de mi cuerpo...

—Condesa...

—No... yo no soy la condesa... Soy Isabel, —dijo con tierno acento.—¡Corre, lucha por la patria, y si tu postrer aliento es para ella, que tu último suspiro sea para mí!...

Y empujando con fuerza á D. Luis le hizo abandonar la estancia.

Luégo corrió al balcón, le vió llegar á la Puerta del Sol y mezclarse entre los combatientes. Una horrorosa descarga la hizo abandonar su puesto, y cayendo de rodillas ante un hermoso lienzo que representaba á

© Biblioteca Nacional de España

la santa Virgen de la Paloma, exclamó deshecha en lágrimas:

—¡Protégele, madre mía!...

* * *

La lucha sostenida en la Puerta del Sol deshizo en dos el grupo de nuestros amigos; el *maulero* con algunos paisanos tomó por la calle de Carretas, hacia la de Toledo, para la de Embajadores, deseoso de combatir en terreno conocido; y el *Zurdo* fué lanzado á la calle de la Montera con el gallofo, el lacayo, el mozo de compra y algunos otros, y una vez en la calle de Fuencarral decidieron ir al Parque de Monteleón en busca de los cañones que allí había.

Mandaba el puesto, compuesto de 80 soldados franceses y 14 artilleros españoles, el capitán D. Luis Daoiz, que, fiel á la consigna recibida y á las órdenes del general Negrete, se negó á ceder á la petición del *Zurdo*, por más que en su interior libraran ruda batalla el amor á su patria y la ordenanza militar.

Era D. Luis Daoiz un hombre de cuarenta y un años, que se había distinguido en las defensas de Ceuta y Orán, y en la marina en las guerras contra los ingleses, que había realizado dos viajes á América y que hablaba perfectamente el latín, el italiano, el inglés y el francés.

Luchaba Daoiz entre su deber y su patriotismo, entre las súplicas del pueblo y su consigna, cuando se presentó al frente de un grupo de soldados y paisanos otro capitán de artillería gritando: *¡Viva España!*

Este nuevo oficial era D. Pedro Velarde, joven de veintiocho años, á quien la admiración que sentía por Napoleón se trocó en odio cuando le vió apoderarse por traición de nuestras mejores plazas. Murat, que conoció su mérito como secretario de la Junta Superior de Artillería, quiso ganarle, y para ello le convidó dos veces á comer. Tarea inútil. Velarde era un verdadero español. Al encaminarse aquel día á la oficina, situada en la calle Ancha de San Bernardo, notó la conmoción popular. Intentó ponerse á escribir, pero se levantó de pronto, y dirigiéndose á otro oficial superior, exclamó:

—¡Mi comandante, vamos á batirnos! ¡Es preciso morir por la patria!

En vano su jefe trató de calmarle.

En aquel instante se oyeron fuera algunos tiros, y una voz conocida de Velarde que gritaba:

—¡Madrileños, viva España!... ¡viva Fernando!

Velarde no aguardó más, cogió un fusil, y salió á la calle, seguido de un meritorio y de un ordenanza.

—¡Felix! —exclamó arrojándose en los brazos del jefe del grupo que pasaba, y que no era otro que nuestro abate.

—¡Velarde!... ¡viva D. Pedro Velarde!—gritó el abate.

—¡Viva!—exclamaron todos.

—¿Tú también—dijo Velarde,—cambias la iglesia por la espada?

—¡Para mí, el primero de los altares es la patria, y la iglesia y la espada tienen por remate una cruz!

Seguido del abate y de los paisanos, se encaminó Velarde al cuartel de *Voluntarios del Estado*, cuyo coronel se negó á seguirle, y sólo á fuerza de súplicas le concedió 30 hombres de la tercera compañía, mandados por el capitán D. Rafael Goicoechea y el teniente Ruiz, y con ellos marchó al Parque.

Al presentarse Velarde, Daoiz le dejó pasar con los soldados, que desarmaron á los franceses, encerrándolos en una cochera, pero resistiéndose aún á tomar parte en el movimiento, cuando llegó la noticia de que uno de nuestros cuarteles había sido atacado por los franceses; entonces Daoiz, ardiendo en fuego patrio, rasga la orden de Negrete, y abre las puertas del parque á los paisanos.

Desgraciadamente, el llamado *Parque* sólo era un grande y viejo caserón que había sido del duque de Monteleón, y no una fortaleza, y las municiones estaban tan escasas que sólo había diez cartuchos para cada cañón.

Los dos heróicos capitanes organizaron, sin embargo, una heróica resistencia.

Un grupo de paisanos y soldados tomó las alturas del Parque, al mando del teniente Ruiz; algunos *Voluntarios del Estado* se distribuyeron por las ventanas, para proteger los fuegos; y el resto de los paisanos,

© Biblioteca Nacional de España

armados con las armas de los franceses, colocados en varios puntos. Cinco cañones fueron arrastrados á brazo y colocados, dos, enfilando la calle de San Pedro, desde la parte interior, con las puertas cerradas, sirviendo los artilleros las piezas y fabricando cartuchos al mismo tiempo.

A poco llegó, por la calle de San Pedro, una fuerte columna francesa, mandada por el general Lefranc; Daoiz y Velarde aguardaron á que los gastadores comenzasen á romper la puerta, y entonces dispararon á través de ella; el estrago fué horroroso, y los franceses sembraron el suelo de cadáveres.

—Esto se llama tirar, y lo demás es fisga, —decía el *Zurdo* aplaudiendo.

—¡Vivan Daoiz y Velarde!...

—¡Vivan!...—respondieron pueblo y soldados.

—¡Viva España!—gritaron Daoiz y Velarde.

Asombrado Murat de aquella resistencia, mandó á la división Westfaliana, al mando



DEFENSA DEL PARQUE.

del general Lagrange, con artillería y caballería.

—Daoiz y Velarde colocaron fuera dos cañones, uno en la parte más alta de la calle de San José, en la confluencia de cuatro, y otro en la calle Ancha de San Bernardo.

Comenzó el combate, que duró tres horas. Los franceses maniobraban á metralla, y los paisanos avanzaban á pecho descubierto á disparar un fusil ó escopeta.

—Señor Bergamota—decía el *Zurdo*,—hoy acabamos con toa la Francia.

—Con toa la Francia, y con París además, —contestó el peluquero.

—¡Serán chavacanos!...—decía el *gallofo*. ¿Pues no se esconden detrás de los cañones? No me quiero enritar, porque estoy resfriao, que sino...

—Mialos, corren más que un calesín,—dijo el lacayo.

—¡Jesús!—gritó el *gallofo*, cayendo al suelo.

—¡Pobre *gallofo*!... Al hospital,—dijo el lacayo.

© Biblioteca Nacional de España

—No—repuso el peluquero;—á la eterniá.

—Muere tranquilo—dijo el *Zurdo* cargando su fusil,—porque he visto al que ta muerto, y voy á enviarle á jugar á la taba al infierno, que es tierra caliente.

—¿Y sabes que estos *vulcanos*, como tú llamabas á los *chisperos*, son valentones?

—¡Casi tanto como nosotros los *curtidores!*—respondió el *Zurdo*.—Lo maté,—gritó de pronto con alegría.—¡Ya estás vengao, pobre *gallofo!*

Fuera del Parque se luchaba igualmente.

Al final de la calle Ancha de San Bernardo, un heróico paisano, llamado *Malasaña* (1), ayudado por una hija que le traía las municiones, combatía casi solo contra los imperiales, sin que le arredrase la muerte de su querida hija, ocurrida á su vista, y sin dejar el puesto hasta que los franceses le hicieron caer sin vida.

—¡Bravas mujeres! ¡Mirad!—dijo Velarde.

Todos se volvieron á mirar hacia la calle de San José, donde un puñado de valerosas mujeres servían las piezas por muerte de todos los artilleros.

—*¡Mulieres* heroicas! Corro en su auxilio, —dijo el abate.

—¿Qué habrá sido de mi *Paca?*—preguntó el *Zurdo*.

—Se refugiaría en alguna casa.

—No lo creas; le gusta la algazara. ¿Si la habrán muerto?

En esta lucha desigual, en este combate heróico, el teniente Ruiz fué gravemente herido por un exceso de bravura, y poco después lo fué Daoiz en un muslo; sin embargo, apoyado en una cureña, y casi solo, cargó dos veces el cañón con piedras de chispa que le trajo Velarde, porque todas las municiones se habían concluído.

Los franceses hacen señal de parlamento; avanza Lagrange con un piquete, y á las pocas palabras exclama Daoiz:

—Si fuérais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así.

Cruzan las espadas, y Lagrange grita:

—¡Granaderos, socorred á vuestro general!...

(1) El Ayuntamiento ha puesto el nombre de este noble patricio á la calle abierta hace pocos años en el mismo lugar del suceso.

Cien bayonetas se clavan en el pecho de Daoiz, en tanto que la columna penetra en el Parque por traición y á la carrera, y Velarde, que volvía con nuevas municiones para Daoiz, recibe un pistoletazo por la espalda de un oficial polaco, que le hace caer sin vida. Con la muerte de ambos, el Parque fué tomado y la lucha concluída. El capitán de *Voluntarios del Estado*, D. Rafael Goicoechea, capituló para salvar la vida de los pocos soldados que le quedaban.

¿Y el pueblo? El pueblo se desparramó por las calles buscando donde pelear, ó al menos donde morir.

* * *

Al tiempo que estos sucesos ocurrían en los barrios *altos*, en los *bajos* los *curtidores* se mostraban tan valientes como los *chisperos*.

De un grupo que mandaba el *maulero* sólo quedaba él en el *Portillo de Embajadores*, y tenía por toda defensa una cachiporra. Al ver llegar un coracero, de los enviados por Murat á las tropas de los cantones para que acudieran en su auxilio, le cierra el paso, esquiva con gran habilidad los sablazos del coracero, y de pronto descarga tan fuerte palo en la cabeza del caballo que el animal cae á tierra arrastrando al ginete; el *maulero* se lanza sobre él y lo mata á cachiporrazos. Repara que vienen un oficial y otros dos coraceros, y montando en el caballo del soldado muerto y esgrimiendo su sable, se dirige á ellos gritando:

—¡Allá voy, cobardes... aguardarme!...

Pero ellos, sin esperarle, huyen por los derrumbaderos hacia el embarcadero del Canal, y el *maulero*, viendo un grupo de paisanos en el puente de Toledo, corre á participarles el suceso.

Con efecto, allí estaba un grupo de valerosos paisanos y algunos soldados, fugados de sus cuarteles, al mando de D. Juan Antonio Miranda y del capitán de infatería don Joaquín Fernández de Córdova, marqués de Malpica, joven tan valiente como patriota, entorpeciendo los partes que Murat enviaba á los destacamentos de los Carabancheles y Leganés llamándolos en su auxilio.

Cuando ambos comprendieron la inutili-

© Biblioteca Nacional de España

dad de sus generosos esfuerzos, el Sr. Miranda, con D. Miguel de Pas, su criado Vicente y otros vecinos se retiró á su casa, y el capitán Fernández de Córdova se dirigió á Extremadura, presentándose al general en jefe de aquel ejército, que le nombró su ayudante de campo.

¿Pero dónde estaban—preguntarán nuestros lectores,—la Junta, los generales, los nobles, mientras el pueblo y algunos militares luchaban tan heróicamente? Los unos encerrados en sus casas, y los otros firmes en sus cuarteles.

Los ministros Offarrill y Azara se presentaron á Murat, que se había situado en la Montaña del Príncipe Pío, para mejor dirigir el combate, y le ofrecieron restablecer la calma si mandaba suspender el fuego y les daba un general que les acompañase. Murat les concede á Harispe, y con él se dirigen á los Consejos, comunican su idea á los otros individuos de la Junta, y comienzan á recorrer las calles llevando pañuelos blancos y gritando: *¡Paz!... ¡Paz!...* y el pueblo los escucha y se retira.

Cuando todo se creía tranquilo, Murat llena de tropas las plazas, en cada bocacalle manda colocar cañones con mechas encendidas, y ordena fijar en las esquinas una bárbara orden del día á su ejército, acusando á los madrileños de haberse entregado al crimen y al pillaje; ordenando el desarme de todos los vecinos, bajo pena de ser arcabuceados; prohibiendo toda reunión; haciendo responsables á los jefes de taller de sus oficiales y á los padres de sus hijos, y creando una comisión militar para juzgar á los presos, á los autores y vendedores de papeles provocando á la rebelión, y á cuantos llevaren armas.

A este bando sigue el lanzar á las calles patrullas que prenden á cuantas personas encuentran, las registran, y al hallarles un arma, por más que sea propia de su oficio, el formón al carpintero, la lesna ó la cuchilla al zapatero, la navaja al barbero, el cortaplumas al maestro, las tijeras á la costurera, las conducen á la comisión militar establecida en la Casa de Correos, bajo la presidencia del general francés Grouchi y el español Negrete, y de allí salen sentenciados á muerte, que se ejecuta inmediatamente sin defensa y sin confesión.

Mujeres, hombres, clérigos, son conducidos de dos en dos al Prado y al Retiro y arcabuceados, y algunos enterrados vivos, y durante la noche en todas las calles se oyen descargas cerradas dispuestas por Murat para exterminar al pueblo.

«¡Siglos enteros no bastarían á borrar de nuestra memoria esta horrorosa noche!» dicen el conde de Toreno y el Sr. Mesonero Romanos, testigos presenciales de aquellas bárbaras escenas.

Aunque los datos resulten incompletos, puede estimarse la pérdida de los franceses en este memorable día en 1.000 hombres, y en 400 la nuestra.

En los fusilados es más difícil señalar una cifra; con todo, en el Ayuntamiento de Madrid se conserva la lista de 139 personas fusiladas, entre ellas ¡cuatro mujeres! Pero teniendo en cuenta que aún el día 3, en la Montaña del Príncipe Pío, se fusilaron 23, no es aventurado consignar que los fusilamientos pasaron de 300.

Murat se había vengado de la silba; pero de su inhumana venganza pronto le exigirá cuenta estrecha todo el país. Dícese que al día siguiente exclamó gozoso y satisfecho:

—La jornada de ayer pone á España en manos del emperador.

—Decid que se la quita para siempre,—le contestó el general español Offarrill.

El jefe de Estado Mayor de Murat, general Grouchi, exclamó á su vez:

—«Por cada francés muerto, cinco españoles.»

Pronto veremos á los guerrilleros responderle:

—«Diez franceses por cada español.»

El primer guerrillero.

¿Qué ocurría entretanto en Bayona?

Napoleón, que tan friamente había recibido á Fernando y sus consejeros, desplegó gran aparato para recibir á los reyes padres y á la hija de Godoy, haciendo que salieran á esperarles al Bidasoa los duques de Plasencia y de Neufchatel; que en Bayona, marina y ejército, les hiciesen honras reales; y que

© Biblioteca Nacional de España

el gran mariscal los recibiese al estribo del coche y los acompañase á la lujosa morada que les tenía dispuesta, pasando á visitarlos inmediatamente é invitándoles á comer para el siguiente día.

Conozcamos las escenas ocurridas en el palacio Marrac, alojamiento de los reyes padres. Al entrar en él Carlos IV y María Luisa, hallaron en el vestíbulo á todos los personajes de la corte francesa, y en la escalera á sus hijos Fernando y Carlos. El rey apartó los ojos del primero, y dijo al segundo:—Buenos días, Carlos.

El hipócrita Fernando quiso abrazar á su padre; Carlos IV levantó el bastón, pero dominándose con trabajo, exclamó:

—Un hijo como tú no merece mi indignación.

Su disgusto sólo se templó á la vista de Godoy, al que abrazó con el mayor cariño.

Después del banquete á que los invitó el emperador, quedaron solos con él.

Carlos IV reclamó á su hijo la cesión de la corona que le había usurpado.

María Luisa, después de recordarle que sustrajo de la causa del Escorial un documento que podía perderle, al ver la fingida resignación con que respondía á los cargos que se le hacían, no sólo le dió una bofetada, sino que pidió á Napoleón castigase hasta con la muerte á un hijo tan ingrato.

¡Cuánto debió gozar Bonaparte con esta escena!

Fernando se retiró á su alojamiento, y de acuerdo con sus consejeros, ofreció á su padre abdicar ante las Cortes (?), á condición de que volviesen juntos á Madrid, sin Godoy, y de gobernar él si su padre no lo deseaba.

Al siguiente día (5 de Mayo), recibió Napoleón el parte de Murat noticiándole lo ocurrido el día 2, y lleno de ira juntó á los individuos de la familia real de España, acusándoles de todo lo sucedido.

—¿Te has dado prisa para destronarme con objeto de matar á mis vasallos?—dijo Carlos IV alzando el bastón.

—¡Nos hubieras hecho matar si no salimos de España!—exclamó María Luisa.

Aquella tarde renunció Fernando la corona en su padre, recomendándole á las personas que le habían servido desde el 19 de Marzo; y Carlos IV la cedió á Napoleón por un tratado firmado entre Godoy y el mariscal Duroc, bajo la base de la integridad del territorio y de la religión católica, de anular toda persecución contra sus amigos, y de reconocerle varias pensiones y palacios para él y toda la real familia.

Tal fué el último acto de Carlos IV, hombre de clara inteligencia, de mediana instrucción, amante de la paz, de la justicia y del orden, pero débil de carácter, que se dejó dominar por María Luisa, y que sólo vivió para la caza, su pasión favorita.

El día 6 llegó Pérez de Castro á Madrid con la respuesta de Fernando, autorizando á la Junta para nombrar otra que residiera y gobernase desde donde quisiera, é impidiese la entrada de más tropas francesas, y al Consejo para que convocase las Cortes encargadas de arbitrar recursos y atender á la defensa *únicamente;* pero la Junta, en lugar de cumplir estas órdenes, que era lo patriótico, cumplió con la proclama, que era lo antipatriótico, y disolvió la Junta que debía reunirse en Zaragoza, basada en que era ya ¡tarde! para hacer la guerra.

El 7 se recibió un decreto de Carlos IV nombrando á Murat su lugarteniente y presidente de la Junta, cargos de que él ya se había apoderado, y recomendando de nuevo la amistad con los franceses. ¡Amistad después del sangriento día 2! Y Murat, para aterrar á los madrileños, convirtió el Retiro en una fortaleza, llenándole de baterías; agregó dos regimientos de suizos y españoles al ejército de Dupont, y cuatro batallones de guardias españolas y walonas al de Moncey; ordenó al general español Solano, que estaba en Badajoz, que fuera con su división á San Roque, y al general Salcedo, jefe de la escuadra de Mahón, que se diese á la vela para Tolón; y, por último, hizo publicar las renuncias de Carlos y Fernando con gran pompa, tratando de conquistar para el servicio de Francia á los generales españoles.

Y explicados ligeramente estos sucesos, volvamos á Madrid á encontrar á nuestros amigos.

Como los individuos de una familia vic-

© Biblioteca Nacional de España

timas de una desgracia se reunen para contarse sus penas y hallar fuerzas y consuelos unos en brazos de otros, así nuestros amigos comenzaron á reunirse en los primeros días de Mayo en la casa del marqués, que empezaba á convalecer de su herida, bajo los cuidados de D. Luis Peñaranda.

Allí se relataban por unos las hazañas de los otros el memorable día 2, y Pepita comunicaba á la condesita los miedos que había pasado y los sobresaltos que había sufrido; y la condesita, sin apartar la vista de D. Luis, la explicaba todos los sucesos pasados, su ida á la plaza de Palacio, su estancia en la Puerta del Sol, cuando la lucha, y la contemplación del combate desde el balcón de su casa, cuando su tío la obligó á retirarse.

Todos comentaban los sucesos ocurridos, las escenas de sangre, las venganzas de Murat, la heroicidad del pueblo y lo grave de las circunstancias.

Tres documentos eran objeto de discusión, porque pintaban á maravilla á los de arriba y á los de abajo.

—Oigan Vds.—decía el Sr. Miranda,—el parte del alcalde de Móstoles, del ínclito don Andrés Torrejón:

«Madrid perece vítima de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle.—*El Alcalde de Móstoles.*»

Y esto, á dos leguas de la capital, expuesto á las iras de Murat.

Este parte, que el ilustre Vargas Ponce califica de chispa eléctrica que ha de incendiar á Europa y purificarla de tiranos, me consta que ha sido llevado por hombres á caballo y de alcalde á alcalde, encargándose de esta empresa, tan expuesta como patriótica, el joven hijo del segundo alcalde don Simón Hernández.

—¿Y V. cree que España acudirá en nuestro auxilio?—preguntó el Sr. Echarri.

—Así lo creo,—dijo el Sr. Miranda.

—No hay que dudarlo,—repitió la condesita.

—¡Hola! parece, hija mía—dijo sonriendo el Sr. Miranda,—que empiezas á participar de nuestro entusiasmo.

—No le pida V. á un ciego que crea en la luz; pero no le pida V. al que ha visto el sol que niegue la hermosura de sus rayos. Me ha bastado ver al pueblo el día 2 para quererlo y admirarlo.

D. Luis la dirigió una mirada llena de gratitud; porque es forzoso que digamos que el joven médico seguía adorándola, pero en silencio; que la condesita nada decía respecto á la escena ocurrida en su casa, y que él callaba, pensando si aquello no habría sido más que un sueño, un delirio de la imaginación de la joven, una exaltación propia de aquellos momentos de lucha y de sangre, que se habría borrado en su corazón .. ¡Cómo él, un pobre inclusero, abandonado, sin familia, había de creer en tanta dicha! ¡Valía más no creer para luégo no morir de pena!

Pero no era cierto. El amor había invadido el espíritu de la condesita. Quería hacer feliz á un hombre tan injustamente tratado por la suerte.

Había vivido sin amar, porque á los nobles de su época no los juzgaba dignos de su amor, y al tomar dueño quería que fuese un hombre grande; sólo de este modo su orgullo no se sentiría humillado, porque serían dos grandezas las que se unirían.

No quería rebajarse sino elevarse; su injusticia con el pueblo quería repararla adorando á Luis. ¡Qué pequeños le había parecido Jorge, su primo y futuro esposo, y los nobles que no habían salido á combatir por su rey! ¡Qué grande el pueblo luchando por un niño! ¡No estaba enamorada, estaba apasionada! ¡No amaba, padecía!

—El segundo documento—dijo el Sr. Miranda,—es el del infante D. Antonio Pascual.

«Al Sr. Gil:

A la Junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha Junta que ella siga en los mismos términos, como si estuviese en ella. Dios nos la dé buena. Adios, señores; hasta el valle de Josephat.—*Antonio Pascual.*»

Semejante carta si no fuera ridícula, sería criminal; el que esto escribe es un imbécil ó un malvado.

—¡Y pensar que este hombre—dijo D. Luis con amargura,—es el que habían dejado al frente de la nación!

—¡Siempre fué tenido en Palacio por un idiota!—contestó el marqués.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Qué diferencia entre él y el alcalde de Móstoles... entre un príncipe y un labriego!

—El tercer documento es el nombramiento de lugarteniente, gobernador de España, á favor de Murat, firmado por Carlos IV en Bayona, á donde ya ha llegado el infante D. Francisco.

—¡Pobre niño!—dijo la condesita.

—¿Qué va á pasar en Bayona? ¿Resistirán nuestros príncipes con dignidad y firmeza? ¿Cederán á las exigencias de Napoleón? ¿Cumplirá el país con su deber? El vecindario de Madrid huye de sus verdugos... Los ánimos se enconan. ¿Qué va á suceder? Sólo podemos fiar en nuestro derecho y en el heroísmo de las provincias.

Pero, ¿y si fueran, por desgracia, vencidas?

Se sabe que en Badajoz abortó un movimiento el día 5, y en Oviedo el 8.

—En cambio—dijo el Sr. Peñaranda,—se asegura que en Castilla se ha levantado una partida de guerrilleros, mandada por un campesino llamado Juan Martín, por sobrenombre el *Empecinado*, que en las primeras acciones que ha sostenido con los franceses los ha derrotado, á pesar de ser diez contra uno, obligándoles á declararse en vergonzosa fuga.

—¿Un pobre campesino ha hecho eso?—dijo el Sr. Echarri.

—¿Y dice V. que ha derrotado á los franceses?—preguntó el Sr. Borja.

—¡A los primeros soldados del mundo!—dijo el marqués.—Pero, ¿de dónde ha salido ese hombre?... ¿Será acaso algún ser sobrenatural?

—¿Y por qué, tío?—dijo la condesita.—¡Para luchar y para vencer—añadió mirando á D. Luis,—basta con ser españoles y patriotas!...

—¡Dios te bendiga, hija mía!—exclamó el Sr. Miranda estrechándola en sus brazos.—¡Tú no sabes la alegría que me causan tus palabras y el bien que pueden hacer!... La mujer tiene un gran puesto señalado en el mundo... Los hombres no son, la mayoría de las veces, más que lo que la mujer quiere... A una reina Isabel la Católica, contesta un Gonzalo de Córdova; á una María Pacheco, un Juan de Padilla; á una Juana Coello, un Antonio Pérez...

En esta misma noche, que era la del 15 de Mayo, el criado del Sr. Miranda entró á participar á su amo que un desconocido, que ocultaba su nombre y que decía venir de Castilla, había estado en su casa solicitando con gran empeño el verle, por traer, según decía, noticias de gran interés.

D. Juan Antonio pidió permiso al marqués para recibirle, pues viniendo de Castilla era indudablemente portador de algún mensaje de su querida hermana Teresa.

No tardó en ser introducido en el salón el desconocido.

Era el recién llegado un hombre como de treinta años, de estatura más que mediana y de gran fuerza muscular.

Su aspecto dejaba adivinar al hombre resuelto, enérgico, activo, valeroso y sufrido.

El color de su tez era amarillento, tenía la piel curtida, las facciones agradables, los ojos vivos y el pelo aplastado sobre las sienes. Usaba bigote que se juntaba con unas pequeñas patillas hacia las orejas, dejando la barba limpia de pelo.

Vestía el traje de los labradores castellanos; cubría su cabeza con una gorra de pellejo, y envolvía su cuerpo en una manta.

Apenas entró, paseó una mirada llena de curiosidad por la lujosa habitación y por los contertulios, fijándose muy particularmente en el marqués.

—¿Quién de Vds. es el Sr. D. Juan Antonio Miranda?—preguntó.

—Yo,—dijo adelantándose D. Juan Antonio.—¿Es cierto que viene V. de Castilla?

—Así es la verdad.

—Y qué, ¿trae V. noticias de nuestra hermana Teresa?—dijo Pepita.

—Sí, señorita...

—¿La conoce V.?—preguntó el Sr. Miranda.

—La conozco, sí, señor, y la quiero como á una madre, y la reverencio como á una santa,—dijo el desconocido con sentido acento.

El Sr. Miranda, no pudiendo contener su impaciencia, exclamó:

—Cuando V. viene de Castilla, enviado por ella, es que la ocurre una desgracia...

El mensajero calló bajando los ojos.

—¡Una gran desgracia!—insistió el señor Miranda.

© Biblioteca Nacional de España

—Una gran desgracia, sí, señor—dijo el desconocido.—Yo soy castellano, y... yo no sé mentir.

—¿Cuál?—preguntaron á un tiempo Pepita y su hermano.

—¿Cuál?... Pues una muy grande... Pero, en fin, esta carta de doña Teresa lo dirá mejor que yo... que... soy franco, aunque quisiera, no podría explicarla.

El Sr. Miranda, trémulo y vacilante, tomó la carta en sus manos.

—Lea V.,—exclamaron todos.

Rodeado de sus amigos, el Sr. Miranda comenzó la lectura de la carta, y á medida que iba leyendo, en los rostros de las mujeres se pintaba el dolor, en el de los hombres la cólera, en todos la pena y el llanto.

Oigamos la carta fatal:

«¡Hermanos míos, le han muerto!...»

—¡Jesús mil veces!—exclamó Pepita apoyándose en los brazos de Isabel.

«Le han muerto... sí... al hijo de mi vida... á la mitad de mi existencia... Le han muerto, reuniéndose muchos, que uno ni



JUAN MARTÍN (El Empecinado).

dos, ni cien, habrían podido vencerle cara á cara... ¡Los franceses han muerto á mi Carlos adorado, á la luz de mis ojos, á la gloria de mi corazón!.. ¡No me preguntéis cómo... No lo sé... En la Plaza, defendió al pueblo de Madrid, á los héroes del 2 de Mayo, á su tío, que de seguro, dijo, había sido uno de ellos, y por la noche le prepararon una emboscada y le asesinaron villanamente...»

—Qué horror!...—exclamó Pepita.

—¡A un niño!—dijo la condesa.

—¡Qué cobardía!...—gritaron los hombres.

El Sr. Miranda, con la voz ahogada por los sollozos y los ojos arrasados por las lágrimas, prosiguió la lectura de aquella carta incoherente en que se reflejaba el intenso dolor de una infeliz madre.

Si nuestros amigos no hubieran estado tan preocupados y se hubieran fijado en el campesino, habrían podido observar que también lloraba.

«¡Pero le vengaremos, sí!... ¿Os acordáis de aquel labrador de Castrillo de Duero, de mi ahijado de boda, de Juan Martín el *Empecinado*, que ya hizo la guerra á los franceses?... Pues bien; Juan, que adoraba á mi hijo, casi tanto como adora á España, me prometió vengarle, y salió al campo con algunos amigos formando una guerrilla que, en cuantas acciones ha tenido con esos vi-

© Biblioteca Nacional de España

llanos, los ha derrotado... Me ofreció diez cabezas de franceses por la de mi hijo, y anoche me presentó ciento de esos viles asesinos para que expíen su infame delito...»

La carta cayó de las manos del Sr. Miranda...

En todos los presentes estalló un movimiento de ira...

—Creo—dijo D. Luis Peñaranda,—que nuestra misión en Madrid ha terminado...

—¿Qué intenta V.?—le dijo la condesita poniéndose pálida.

—Acudir á Valencia, donde un santo deber me llama; si la sangre de los heróicos madrileños no pidiera justicia, la de ese niño, vilmente asesinado, reclamaría venganza.

—Sí, vaya V.—le dijo la condesita, tendiéndole la mano,—y no olvide que con buena ó con mala fortuna, para V. vive y vivirá esta pobre mujer.

—Si Aragón no respondiera á su noble historia—dijo el Sr. Borja,—yo renegaría de haber nacido en él; pero estoy cierto de que Zaragoza dejará en la historia memoria eterna de sus hazañas.

—Yo marcho á Navarra—dijo el Sr. Echarri,—seguro de que los pechos de sus hijos serán más fuertes que las murallas de la ciudadela que por traición nos tomó Bonaparte.

—No cuentan Vds. con América, porque no la conocen—dijo el joven Pas,—pero como buena hija acudirá en ayuda de su angustiada madre... Yo saldré mañana para Cartagena y de allí para Méjico.

—¡Usted también nos deja!—exclamó Pepita llorando.

—Es preciso.

—¡Por cierto, que son Vds. más hombres de lo que yo creía!—dijo el desconocido que había seguido con creciente interés las palabras de nuestros amigos.—¡Y á la verdad que esto consuela y fortalece!... Perdonen ustedes; soy castelleno, ya lo he advertido antes, y siempre digo lo que siento... En los pueblos tenemos la creencia de que los petrimetres de la corte no sirven para maldita de Dios la cosa, y al escucharles me parece que voy cambiando de idea... Yo también me voy...

—¿Y V. quién es?—dijo el marqués,—para permitirse esas libertades.

—¿Yo?... Nadie...—dijo bajando los ojos el mensajero.—Mas por lo mismo que yo nada valgo, me gustan los hombres de corazón y de empuje... porque me parece que yo también tengo corazón.

—¡Usted!—dijo el marqués con ironía.

—Es decir—añadió el desconocido con sencillez,—no crea usía que me tengo por un Cid... mi historia es bien pequeña... he salido al campo, me he batido con los franceses y los he derrotado... En Castilla dicen... que soy el primer guerrillero...

—¿Pero... su nombre de V.?—dijo el señor Miranda entre sorprendido y curioso.

—Juan Martín...

—*¡El Empecinado!*—gritó el Sr. Miranda arrojándose en sus brazos.

—*¡El Empecinado!*—exclamaron todos.

—El Empecinado, sí...—dijo el desconocido con la mayor humildad.—Calle, ¿conque ustedes me conocen? Pues dispensen si en algo los he faltado, que no ha sido esa mi intención; de la guerra vengo y á la guerra me vuelvo... ¡Los franceses han de pagarme caras sus infamias!... Conque, salud y mandar, y perdonen si en algo los he podido ofender...

Y sin aguardar respuesta, el futuro héroe de España se caló su gorra, se envolvió en su manta y abandonó el salón dejando á los circunstantes tan confusos como admirados.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO II

PATRIA Y LIBERTAD

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

PATRIA Y LIBERTAD

El grito de Independencia.

Bien hacía en dudar nuestro amigo don Juan Antonio Miranda de la fortaleza de la real familia.

Sin tener para nada en cuenta el heroismo del pueblo de Madrid en el memorable 2 de Mayo, el día 10 firmó Fernando su renuncia de Príncipe de Asturias, en una proclama que suscribían sus hermanos, y en la cual no sólo se acataba la abdicación de la corona, hecha por su padre en favor de Napoleón, y se absolvía á los españoles de todas sus obligaciones para con ellos, sino que se les aconsejaba no resistir tan *sabia y patriótica* determinación.

Estas renuncias, suscritas por hombres privados de libertad, y firmadas en tierra extranjera, las autorizaban Godoy por Carlos IV y Escoiquiz por Fernando VII. ¡Tal para cual!

No satisfecho el ingrato Fernando con esta cobardía, permitió que sus consejeros realizaran en su nombre la cruel indignidad de apoderarse del dinero ofrecido por el duque de Mahón para una evasión que no pensaba llevar á cabo.

En la tarde del citado día 10 de Mayo, abandonaron á Bayona Carlos IV, María Luisa, la reina de Etruria con sus hijos, el infante D. Francisco y D. Manuel Godoy, marchando á tomar posesión del palacio de Compiegne, que Napoleón les había concedido en uno de los artículos del tratado; y al siguiente día Fernando, acompañado de su hermano Carlos y de su tío D. Antonio, partió para el palacio de Tayllerand, en Valencey.

Pocos días después, Joaquín Murat, gran duque de Berg, como lugarteniente del reino y Presidente de la Junta Suprema, convocó al país á unas Cortes que debían reunirse en Bayona el 15 de Julio, *para tratar de las reformas y felicidad de España, en general, y de cada provincia en particular*, las cuales debían componerse de 50 clérigos, 30 grandes de España, 14 comerciantes, 12 magistrados, 8 representantes del ejército, 3 de las universidades, 14 de las provincias exentas de Asturias, 14 de las islas adyacentes y colonias y 25 del estado llano.

El día 25 publicó Napoleón su célebre proclama, en que decía:

«Vuestros príncipes me han cedido sus derechos...

Vuestra monarquía es vieja: mi misión es renovarla...

He convocado una Asamblea de vuestras diputaciones y provincias, para conocer vuestros deseos y necesidades.

Os garantizo una Constitución que concilie la autoridad del soberano con las libertades del pueblo.

Recordad lo que han sido vuestros padres, y contemplad vuestro estado.

© Biblioteca Nacional de España

No es vuestra la culpa del mal gobierno que os ha regido...»

¡Y lo triste es que en gran parte tenía razón!

Escribió á Murat que interrogase á la Junta y al Consejo sobre el individuo de la familia imperial que más les agradase para ocupar el trono, y el Consejo, que al principio había tenido el noble arranque de declarar nulas las renuncias de Bayona, se sometió á la voluntad del emperador, y contestó á la consulta de Murat indicando á José Bonaparte, rey de Nápoles, para ocupar el trono de España.

Vamos á reseñar el levantamiento de España en 1808, el más grande que registra la historia de país ninguno; pero antes de hacerlo séanos permitido invocar la benevolencia de nuestros lectores, tan necesaria cuando se trata de libros construídos á fuerza de paciencia y de laboriosidad, en libros escritos sin pretensiones y de buena fe, según decía Montaigne, y en los cuales, como indica el Sr. Almirante, sería inhumano que la crítica se ensañase, libros en los cuales todo buen lector debe tolerar las faltas de ejecución ante lo vasto y fecundo del pensamiento, «mitigando el encono con que suele castigar al malaventurado autor que no acierta á satisfacerle por completo.»

Réstanos consignar, que si la guerra es la premeditación y la ejecución de innumerables homicidios, Napoleón fué el más grande homicida de su siglo; y que si la independencia y la libertad son las primeras condiciones de todo pueblo, España merece con justicia ser considerado como el primero de todos.

Al asombro que en provincias causaron los horrores del sangriento 2 de Mayo, y las increíbles renuncias de Bayona, sucedió un movimiento grande, avasallador, imperioso.

El pueblo español, recordando sus antiguas y purísimas glorias, se lanzó al combate para reconquistar su libertad hollada y su independencia escarnecida.

Napoleón soñó con esclavizar al pueblo español, sin pensar que, como dijo el poeta,

«Nunca esclavo podrá ser
Pueblo que sabe morir...»

En las ciudades, en los campos, en las montañas, en los valles, tan sólo se escuchó este grito aterrador que entonces lo resumía todo:

¡Guerra á los franceses!

Los hombres corrieron al combate, las mujeres prendieron fuego á los cañones, los ancianos guardaron los pueblos, los niños llevaron pólvora y balas á los guerrilleros.

No acobardó á los pueblos no tener murallas que los defendiesen de sus terribles enemigos... ¿Para qué, si tenían los pechos de sus valerosos hijos, cien veces más fuertes que las duras piedras?

No contó España el número de sus invasores... ¿Para qué?... ¡Lo mejor era contarlos después de muertos!

No poseía la nación jefes experimentados que colocar frente á los invencibles caudillos del Capitán del siglo, ni pertrechos de guerra que oponer á las perfeccionadas armas de los franceses... ¿Pero qué importaba? Los jefes ya saldrían, y para hacer la guerra bastaba con la navaja, con el chuzo, con la honda...

El pastor y el marino, el montañés y el ciudadano, todos hicieron suya la ofensa inferida á España, á su idolatrada madre, tanto más querida cuanto más desgraciada...

El despertar de España produjo en todos los pueblos un asombro imponderable...

Con efecto, ¿quién podría creer que la nación que aparecía la más baja, se alzase de pronto á la mayor altura? ¿Cómo esperar que el pueblo que por tanto tiempo había vivido subyugado á Napoleón, ayudándole con sus escuadras contra Inglaterra, con sus soldados contra Portugal, con su oro y su influencia contra todas las demás naciones, se revolviese contra él? ¿Cómo creer que la nación que pocas horas antes aparecía esclavizada por Bonaparte, se elevase desde el último peldaño de la escala social hasta el primero de todos? ¿Cómo imaginar que la ayer abatida España, hoy recobrase su perdida energía, y sin dudas ni temores, declarase la guerra al invencible Napoleón, sin reparar en que tenía sus mejores plazas y sus más importantes ciudades en poder de los soldados de su poderoso enemigo?

Y sin embargo, este milagro, que de tal puede ser calificado, se realizó... ¡Como el

© Biblioteca Nacional de España

mundo salió de la nada á la voz de Dios, así España salió de su abatimiento y despertó de su letargo á la voz del patriotismo!...

¿Cómo?... Vamos á reseñarlo con la admiración en la mente y el júbilo en el pecho.

Asturias.

Cúpole á Asturias la altísima honra de ser la primera provincia que se alzó en armas... Parecía que los héroes de Covadonga



JOAQUÍN MURAT

impulsaban al combate á sus nobles hijos, y marcaban el camino que toda España debía seguir.

El 29 de Abril, la ciudad de Gijón había cometido un desacato en la persona del cónsul francés, deseosos sus valientes moradores de pelear. Al llegar á Oviedo el día 9 de Mayo el draconiano bando de Murat de fecha 3, de que antes hablamos, el pueblo, conocedor del heroismo de los madrileños, se lanzó á las calles, y guiado por los estudiantes y á los gritos de *¡viva Fernando! ¡muera Murat*, se presentó á la *Junta del Principado*, reunida por fortuna en aquel año, pidiéndola que declarase la guerra á Napoleón y que decretase un armamento general; y la Junta, haciendo causa común con el pueblo, acordó desobedecer las órdenes de Murat y sostener con las armas tan justa resolución.

La Audiencia, que representaba á la débil Junta Suprema de Madrid, procuró suspender estas generosas resoluciones, entreteniendo á la Junta del Principado y enga-

© Biblioteca Nacional de España

ñando al pueblo, hasta que el día 24, al presentarse el nuevo comandante general nombrado por Murat, á un toque de campana, salió el pueblo á las calles llevando á su frente al canónigo D. Ramón de Llano-Ponte, acudieron los paisanos de las aldeas vecinas, y todos armados por los oficiales de artillería, aclamaron de nuevo á la Junta del Principado como al único y soberano poder.

La Junta, fiel á su elevada misión, hizo un llamamiento á la juventud, al que en pocas horas acudieron cerca de 20.000 hombres de todos los puntos de Asturias, colocando á su frente al marqués de Santa Cruz de Marcenado, y publicó el siguiente documento:

PROCLAMA DE LA JUNTA GENERAL DEL PRINCIPADO.

«Asturianos leales y amados compatriotas, vuestros primeros votos ya están cumplidos. El Principado, en desempeño de aquellos deberes que más interesan al hombre, ya ha declarado formalmente la guerra á la Francia ¿Os amedrenta acaso tamaña resolución? Mas ¿qué otro partido podía, ni debía tomar? ¿Se hallará uno entre todos nosotros que prefiera la muerte vil é ignominiosa de la esclavitud á morir en el campo del honor con las armas en la mano, defendiendo nuestro infeliz Monarca, nuestros hogares, nuestros hijos y esposas? Si en el mismo momento en que esas tropas de bandidos estaban recibiendo los mayores obsequios y favores de los habitantes de Madrid, han asesinado friamente más de dos mil personas sin otro motivo que haber defendido sus hermanos insultados, ¿qué pudiéramos esperar de ellos después que nos hubiesen dominado? Su perfidia con nuestro Rey y toda su Familia, engañándole para hacerle pasar á Francia bajo la palabra de un eterno armisticio, para encadenarlos á todos, no tiene igual en la historia. Su conducta con toda la Nación es más inicua que la que debíamos de esperar de una horda de hotentotes. Han profanado nuestros templos, han insultado nuestra religión, han faltado á toda la fe prometida, y no hay derecho alguno que no hubiesen hollado.

¡Al arma, al arma, Asturianos!

No nos olvidemos que Asturias en otra irrupción, sin duda menos injusta, ha restaurado la Monarquía. Aspiremos á igual gloria en la presente época. Sepamos que jamás nos pudo dominar nación alguna extranjera por más esfuerzos que ha hecho. Invoquemos al Dios de los Ejércitos; pongamos por intercesora á Nuestra Señora de las Batallas, cuya imagen se venera en el antiquísimo templo de Covadonga, y seguros de que no puede abandonarnos en causa tan justa, corramos á aniquilar y arrojar de nuestra Península nación tan pérfida y tan execrable. Así os lo pide en nombre de vuestros Representantes el Procurador General del Principado.—*Alvaro Flórez-Estrada.*

A seguida nombró una Comisión, compuesta de D. Angel Laso de la Vega y el vizconde de Matarrosa (más tarde el conde de Toreno), que se embarcó para Inglaterra. Su presencia en Londres produjo tal entusiasmo, que el diputado Sheridan, arrebatado de júbilo, pronunció en la Cámara estas célebres frases:

«Jamás hubo una nación tan valiente, tan noble y tan generosa como la nación española.»

Los representantes de la Junta General dirigieron acto seguido al Rey de la Gran Bretaña la siguiente comunicación:

«El Principado de Asturias, reunido en la Junta General de Representantes, en quien reside toda la Soberanía por las particulares circunstancias, que se pondrán en noticia de V. M., amagado de caer en la esclavitud de un Conquistador, que más con la perfidia que con el valor y la legalidad, quiere adelantar su dominación, y animado con el dolor de ver en las cadenas de un tirano violador de todos los derechos á su desgraciado Rey Fernando VII y demás familia Real, tomó en este día denodadamente las armas en su defensa para recobrar la Monarquía, cuando no pueda sus personas. Grande es, Señor, la resolución, pero es tan grande el ánimo y la justicia con que esta Provincia se ha decidido y la confianza que tiene en el favor y ayuda de esa Nación generosa y de su Augusto Soberano, que desde luego conocerá el terrible resultado de la

© Biblioteca Nacional de España

desmedida ambición del Gobierno francés, cuyo poder aumentado excesivamente con la posesión de España, aspiraría á la Monarquía universal.

Acude, pues, el Principado, por medio de sus Diputados con plenos poderes, á solicitar de V. M. los auxilios oportunos en la presente situación y espera, con su General en Jefe el marqués de Santa Cruz de Marcenado, nombrado, reconocido y jurado por tal, se dignará V. M acceder á sus muy atentos ruegos.

Nuestro Señor conserve y prospere la importante vida de V. M.—Oviedo 26 de Mayo de 1808.—Señor—los Representantes del Principado de Asturias.—*El marqués de Santa Cruz de Marcenado.—El conde Marcel de Peñalva.—D. Alvaro Flórez Estrada*, Caballero Procurador.—Por acuerdo de la Junta General del Principado de Asturias, *Juan Argüelles Toral*, Vocal representante y Secretario.»

A esta carta contestó S. M. británica por medio de su ministro de Negocios Extranjeros, Mr. George Caning, con fecha 12 de Junio siguiente, que se hallaba dispuesto á conceder todo género de apoyo y asistencia á un esfuerzo tan magnánimo y digno de la mayor alabanza. Que al efecto S. M. había dispuesto se embarcasen con dirección al puerto de Gijón socorros militares, y que una fuerza naval de la marina inglesa se dirigiría á las costas de Asturias para protegerla contra cualquiera tentativa que pudiera hacer la Francia para introducir por mar tropas en el país.

Tan pronto llegó esta comunicación á manos de la Junta del Principado, dispuso ésta se publicase é hiciese saber en toda la provincia, con la mayor solemnidad, tan fausta nueva. El bando publicado con este motivo en Oviedo decía así:

«El Señor D. Fernando VII, Rey de España y de sus Indias, y en su Real Nombre la Junta General de este Principado, acordó declarar la paz general con la Inglaterra y la alianza más estrecha con tan generosa Nación, que ofrece á esta Provincia cuantos socorros y auxilios le ha pedido para sostener la guerra contra la Francia, asegurando S. M. británica que nuestra causa es común con la suya, contra la tiranía del emperador Napoleón. Asimismo se declara la paz con la Suecia, y manda esta Suprema Junta se franqueen nuestros puertos á todos los buques de una y otra Potencia, y que esta resolución se circule á todas las Justicias del Principado y se publique por Bando en esta Capital con la mayor solemnidad.—Dado en Oviedo á veinte y uno de Junio de mil ochocientos y ocho.—Por acuerdo de la Suprema Junta de Asturias, *Juan Argüelles Toral*, Representante y Secretario.»

Demás de esto, la Junta estableció dentro del Principado, con el nombre de *Alarma*, una organización general para que en caso de ataque todo hombre capaz de manejar un arma, desde el fusil al chuzo, acudiese á la defensa.

Santander.

Casi al mismo tiempo que Asturias se sublevaba Santander. Recelоso el mariscal Bessieres, que tenía su cuartel general en Burgos, de la actitud de Santander, había enviado á un oficial de Estado Mayor con un oficio para el ayuntamiento, haciéndole responsable de la tranquilidad del vecindario, bajo pena de *arrasar la ciudad*. El oficio y la amenaza produjeron el efecto contrario y excitaron más á la lucha á los valientes santanderinos.

En la mañana del 26 de Mayo (1) se hallaba un niño en la calle del Arcillero en actitud de ir á hacer sus necesidades, cuando pasó un francés llamado Carreiron, que vivía en la Plaza Vieja con su mujer y dos hijos, y dándole un empellón, le dijo:

«Anda, cochino, pronto vendrán los que os enseñarán á ser limpios.»

Hacer esto el francés, salir el padre del muchacho y pegarle una bofetada, acudir hombres, chicos y mujeres denostando á Carreiron é injuriándole, alborotarse el vecindario, empezar á gritarse por todos los ámbitos de la ciudad *¡viva Fernando VII!* y *¡muera Napoleón, muera Bessieres* y *mueran los franceses!* tocar generala los tam-

(1) José del Río.—*Santander bajo todos sus aspectos.*

© Biblioteca Nacional de España

bores y á rebato las campanas de todas las iglesias, fué cosa de un instante.

Gracias á los oficiales del provincial de Laredo, que se mezclaron con ellos y los cubrieron con su cuerpo, pudieron salvarse el ayudante de Bessieres y muchos franceses, tildados por las insolentes amenazas que proferían contra España desde que los soldados de Napoleón se habían apoderado de nuestra patria, y á los que el pueblo buscaba con tenaz empeño.

Nombrada una Junta encargada de la defensa, una de sus primeras disposiciones, recordando las amenazas de Bessieres, fué armar 800 paisanos, que colocó bajo las órdenes del coronel santanderino D. José Velarde, jefe del Provincial de Laredo, con el título de general de las improvisadas fuerzas.

La Junta general acordó el día 27 nombrar otra particular de gobierno y defensa, compuesta de personas de alta posición militar y social, y para presidirla al obispo el Ilmo. Sr. D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca, prelado caritativo y varón piadoso, extraordinariamente querido por sus altas prendas. Hallábase el obispo en el inmediato pueblo de Maliaño, y aunque al pronto se negó á aceptar, consintió por fin en venir á presidir la Junta cuando le aseguraron que el pueblo entero le había aclamado.

He aquí la proclama que publicó, documento digno del mayor estudio:

«Si supiéramos que la fortuna y la ruina de los imperios y de los reinos depende sobre todo de la buena ó mala política de los que gobiernan y sus soberanos, sería nuestra suerte dichosa. Sí... lo diré sin temor. Los soberanos mismos son los que por sí solos crean ó anulan, engrandecen ó abaten, degradan, empobrecen ó hacen brillar y florecer sus Estados. No busquemos en otra parte la prueba de esta verdad luminosa. En la gran España la tenemos. Bajo unos Magistrados que sabían gobernar, fué la España uno de los más ricos y valerosos reinos de la Europa. Y un príncipe como Carlos IV, dedicado á comer y cazar, la ha arruinado, habiéndonos puesto en manos del más pérfido del mundo, en términos que con decir franceses está dicho todo. No desmayéis, pues veo cercana la ruina de Napoleón y del gran duque de Bergajo. No desmayéis, no, vuelvo á decir, Montañeses; los Asturianos os enseñan el camino por donde debéis ir. Los Catalanes os proponen vuestra gloria, y el Consejo Español todo, como Padre y Señor nuestro, os apunta los senderos y partido que debéis tomar. Y por fin, el resto de toda la España os está gritando á voces para que la favorezcáis y sigáis sus huellas. ¿Qué os detiene, pues? ¿Acaso la superioridad de sus jueces? No... pues yo soy el único que hay en esta plaza y os franqueo lo que queráis. ¿Os detiene acaso el consejo de vuestro padre espiritual, Pastor y Prelado? Pues seguidle, que con él navegaréis seguros. Acudid, pues, á él, para que os sirva de general á quien únicamente debéis obedecer. ¿Os detiene la falta de uno que levante el grito? Pues hacedlo todos á una voz. ¿Os detiene la falta de dinero para los gastos? Ahí tenéis cuarenta mil duros en la oficina de Marina; millón y medio en la Aduana. La casa de Labat, la de Planté, la de Vial y la de otros infinitos que os darán lo que pidáis, y sino vosotros como dueños os lo tomaréis. Y el pueblo todo y la provincia toda junta os ayudará. ¿Pues qué os detiene? Manos á la obra; nunca mejor que ahora podéis ser felices; nunca podéis apagar la sed que tenéis de la sangre francesa sino ahora. ¡A pelear *por la religión, por Dios, por Jesucristo, por el rey, por la patria, por el Pueblo, por la Justicia y por vuestra seguridad*, pues de lo contrario se llega vuestra perdición. —Santander 26 de Mayo de 1808.—*Rafael Tomás Menéndez.*»

El ilustrado escritor D. José Antonio del Río, cuya muerte lloramos en estos momentos, en su notable obra *La provincia de Santander bajo todos sus aspectos*, de donde tomamos este precioso documento, dice que este prelado que así excitaba al pueblo contra los franceses no permitió que se les perjudicase en sus intereses; que deseaba la guerra, él, que era la bondad misma, y animaba á recurrir á medios extremos teniendo corazón de niño bueno, guiado por la idea *salus populi, suprema lex.*

Entre los rasgos más notables del obispo Rafael, merece ser conocido el siguiente. Al saber que había entrado en el puerto un bu-

© Biblioteca Nacional de España

que francés con un rico cargamento, algunos individuos de la Junta decidieron apresarlo; pero el obispo, fundado en que era un buque mercante y no de guerra, y en que pertenecía á un particular, ordenó que se le dejara en libertad, encargando á su capitán del transporte á Francia de los presos que se hallaban en el cuartel de San Felipe. Más tarde, cuando una comisión de Santander pasó á Torrelavega pidiendo no se cobrase la exorbitante contribución de doce millones impuesta por el general Merle á la ciudad, aquel acto sirvió para atenuar la soberbia de los generales franceses.

En una orden del día, fecha 25 de Junio, publicada en francés y en español por el ayudante-comandante jefe de Estado Mayor Guilleminot, se dice que el general Duclos derrotó en el Pasaje del Escudo al obispo, que había salido de Santander al frente de 4.000 hombres, apoderándose de las dos piezas de artillería que llevaba, huyendo el obispo con los restos de la fuerza hacia Asturias, llegando Duclos á Santander pocas horas después que el general Merle (1).

Galicia.

En Galicia el movimiento fué de grande importancia.

La ciudad de Santiago, con fecha 6 de Mayo, elevó una exposición al general Biedma, proclamando su adhesión á Fernando, revelando así el estado de los ánimos en Galicia.

En la Coruña el 30 de Mayo, día de San Fernando, militares y paisanos, agitados por la presencia de un oficial francés que había venido á estudiar la situación del país, al ver que no se solemnizaba con cañonazos el santo del rey, ni se izaba la bandera nacional, se lanzaron á las calles llevando al frente al sillero Sinforiano López, hombre muy popular por su honradez y su elocuente palabra, presentándose al capitán general D. Antonio Filangieri, vitoreando á Fernando y logrando el permiso para las salvas y el proveerse de armas en el parque.

Aquella tarde se nombró una Junta, la cual, reconociendo que sólo representaba á la Coruña y no á Galicia, convocó la que acostumbraba á reunirse cada seis años, último resto de nuestras antiguas libertades, compuesta de un delegado por cada una de las provincias gallegas. Esta Junta se instaló con el título de *Junta Soberana de Galicia*, y á ella fueron agregados los obispos de Orense y Tuy, por la popularidad de que gozaban, y el confesor de la difunta princesa de Asturias, D. Andrés García.

Aprovechando los cuadros de oficiales que allí había, pues la mayoría de los soldados se hallaban en la expedición enviada á Portugal, pudo formar la Junta en poco tiempo, ayudada del entusiasmo del país, un ejército de 40.000 hombres, del que formaba parte el célebre *Batallón Literario*, compuesto de estudiantes de la universidad de Santiago, y envió algunos regimientos á las fronteras de León, para dar fuerzas al alzamiento de esta provincia y observar al enemigo, acantonado en Burgos y en el camino de Madrid.

Como la de Asturias, la Junta de Galicia mandó á Inglaterra sus comisionados solicitando paz y alianza, los que fueron recibidos en Londres con toda clase de obsequios, obteniendo la seguridad de alcanzar su petición. Con efecto, los diputados sir Tomás Dyer y sir Carlos Stuart vinieron á Gijón y la Coruña á fin de estudiar las condiciones de nuestro país, y aconsejar los auxilios de que habíamos menester, trayendo el segundo la grata noticia de haber sido puestos en libertad por el gobierno inglés los prisioneros hechos en el combate de Buenos-Aires, que se hallaban encarcelados en los pontones ingleses.

Las Castillas.

Pasemos á las Castillas.

León se alzó también en armas, sin que le arredrase pensar que la caballería francesa podía devastar el país á su capricho, acreditando una vez más los leoneses su esforzado corazón.

Avila, Segovia y otras poblaciones de Castilla, desde cuyas torres podía verse e

(1) Debemos el conocer este curioso documento al Sr. D. Eduardo Pedraja, ilustrado escritor santanderino, tan erudito como bondadoso.

© Biblioteca Nacional de España

humo de los campamentos franceses, quisieron mostrar á Napoleón hasta dónde llegaba el valor castellano y lo imposible que era dominar á España. Avila desplegó al viento su antiguo y glorioso pendón, tan célebre en la serie de los pasados siglos (1).

En Segovia, no pudiendo resistir el director del colegio de artillería, D. Miguel Ceballos, con sus alumnos, á pesar del apoyo del valeroso presbítero Prieto y de los arrojados segovianos, tuvo que retirarse, llevando los fugitivos á Valladolid algunos cañones y la tea revolucionaria que había de propagar el incendio.

El 1.º de Junio, el pueblo de Valladolid, resuelto á luchar, se presenta á las puertas del Ayuntamiento pidiendo armas. El capitán general D. Gregorio de la Cuesta, hombre de carácter áspero, militar riguroso y ordenancista, tan sólo le concede ¡250 fusiles! y un jefe para que organice un batallón... El pueblo, orgulloso con este primer triunfo, corre á la Inquisición y saca el estandarte de la Fe que llevan algunos religiosos de San Pablo, y con el retrato de Fernando y la imagen de San José lo pasean por las calles (2).

A las nuevas exigencias del pueblo, el general Cuesta, indignado porque León, que pertenecía á su jurisdicción militar, se hubiese levantado sin su permiso, temeroso del poder de Napoleón, y poco afecto al paisanaje, convocó una Junta compuesta de un individuo por cada ciudad de su distrito que tenía intendencia, pero limitando su poder al armamento y la defensa.

La Junta decretó un alistamiento general de los hombres de 17 á 40 años, puso guardias en las puertas, y mandó reconocer á cuantas personas salían de la ciudad. El día 3 se tomó juramento á todos los comisionados y el 5 se proclamó á Fernando por las calles.

Al saberse el día 7 que el general Lasalle, con la fuerte división con que había ocupado Palencia, y Merle con la que se dirigía á dominar Santander, venían sobre Valladolid, salieron á ocupar el puente de Cabezón el cuerpo de *Licenciados Tiradores*, compuesto de estudiantes de la universidad, gran número de paisanos, el regimiento de caballería de la Reina y dos piezas de artillería de las cuatro que los oficiales y cadetes habían salvado en Segovia, servidas por ellos; y el 9, contra su voluntad, partió el general Cuesta para la villa de Cigales, con el fin de cortar el paso á los franceses por aquella parte, llevando un escuadrón de Guardias de Corps, 2.000 paisanos y las otras dos piezas, reuniéndose en Cabezón con los otros 5.000 paisanos, mal armados, y 300 caballos, fuerza insuficiente para batir á los generales Lasalle y Merle que llevaban 10.000 infantes, 1.000 caballos y 20 piezas. A pesar del valor de los paisanos, de los soldados y de los estudiantes, fuimos derrotados, y Valladolid tuvo que abrir sus puertas al general Merle, retrocediendo Lasalle á Palencia. En este día fué muerto en Valladolid el director del Colegio de artillería de Segovia D. Miguel Ceballos, por suponerle algunos traidor, salvándose su familia milagrosamente, merced á los esfuerzos de los individuos de la Junta.

Palencia secundó con entusiasmo el alzamiento nacional, si bien tuvo que lamentar la muerte de un tal Ordóñez, director de la fábrica de harinas de Monzón.

Reunidos los valerosos mozos de la ciudad, con varios soldados sueltos, se pusieron á las órdenes del anciano general don Diego de Tordesillas; pero al saber el bárbaro incendio de Torquemada por los franceses, la derrota del general Cuesta y los vallisoletanos en el puente de Cabezón, y que Lasalle, con una fuerte división, avanzaba contra ellos, se retiraron hacia León (1).

Con efecto, el día 7 de Junio entraron los franceses en Palencia, mandados por Lasalle, saliendo á recibirlos el obispo Xavier, quien dirigió á Lasalle una pomposa arenga, declarando que él y Palencia *deseaban vivir en la mejor armonía con las tropas de nuestro amado y común emperador y rey.*

¡Qué diferencia entre la conducta del obispo Rafael de Santander y la del prelado Xavier de Palencia!...

---

(1) Carramolino.—*Historia de Avila.*

(2) Sangrador y Vítores.—*Historia de Valladolid.*

---

(1) Madoz.

© Biblioteca Nacional de España

El 6 de Mayo se supo en Salamanca lo ocurrido el 2 en Madrid, é inmediatamente los estudiantes y el pueblo destruyeron el busto de Godoy, que estaba en la Plaza Mayor, y el del ministro D. Pedro Ceballos, que estaba en la Universidad, á la entrada del patio de las Escuelas Mayores, pensando, lógicamente, que Ceballos, compañero y pariente de Godoy, habría caído con él, cuando era todo lo contrario.

En la noche del 14 de Junio se reprodujo el alboroto pidiendo armas, y acusando al gobernador Zayas de afrancesado, quien para salvarse se escondió en el palacio del obispo y su esposa en el convento de las monjas de San Pedro.

Al otro día salió el guardián de San Francisco con los estandartes de la Concepción y el Rosario, seguido de varios frailes y curas, que luégo se encargaron de la custodia de las puertas y de la formación de patrullas que recorrían la ciudad.

El 23 partió una compañía, compuesta de 70 estudiantes, con una hermosa bandera en que iban pintadas las armas de la ciudad.

Los armamentos, dispuestos por la Junta que se formó, continuaron con gran entusiasmo, y el 17 de Agosto marcharon para Madrid 3.000 hombres, entre paisanos, estudiantes y soldados, á los cuales se dió el nombre de *Regimiento de la Vigornia;* el 15 otro pelotón de 1.500 hombres, llamados *Voluntarios de Salamanca*, y el 16 otra división del mismo número con algunos cañones. Estas fuerzas iban muy bien regularizadas, bajo el mando del general Cuesta (1).

En Alba de Tormes, á pesar de hallarse tan próximas las tropas francesas, se presentó la mañana del 5 de Junio D. Miguel Gómez con otros sugetos principales, y rasgando su capa de grana, repartió los pedazos al valeroso vecindario que bien pronto los convirtió en escarapelas, procediendo á un alistamiento que dió por resultado la formación de seis compañías de á 100 hombres, de las cuales enviaron dos en auxilio de Ciudad-Rodrigo, y á la formación de una Junta, de la que fué nombrado presidente el administrador del duque de Alba, D. Juan Regidor Flórez, así como jefe de las fuerzas con el título de coronel, y D. Manuel Coca con el de teniente coronel.

Elegido D. Miguel Gómez sargento mayor, puso la villa en estado de defensa, alistando algunos viejos cañones de la armería del duque; y, comisionado por la Junta, pasó á noticiar todo lo hecho al general Cuesta, que lo aprobó, ordenando que el partido de Salvatierra se uniese á la villa de Alba, con inhibición de la Junta de Salamanca.

Propuso el Sr. Gómez al general Cuesta armar una compañía de *Garrocheros* de á caballo, vestidos al uso del país, como así se efectuó, constando de 56 plazas.

La villa de Alba de Tormes puso en campaña vestidos, armados y mantenidos 800 infantes y 56 caballos (1).

Madrid gemía esclava de Murat, pero muchos de sus hijos, paisanos y soldados abandonaban sus hogares para hacer la guerra, y por todos los pueblos circulaban proclamas revolucionarias llamando á las armas.

De Alcalá, á cuatro leguas de la capital, salió el comandante de zapadores D. José Veguer, al frente de una compañía con bandera, pertrechos de guerra y la caja, y ante semejantes actos de heroismo, Murat no se atrevía á desprenderse de un soldado.

Apenas Logroño había alzado su gloriosa bandera contra los franceses, cuando éstos, mandados por el general Verdier, arrollaron á los paisanos (6 de Junio) arcabuceando á los jefes del movimiento y á cuantos opusieron resistencia con las armas en la mano.

Cartagena y Murcia.

No fué menor el ardimiento de Cartagena y Murcia.

Cartagena, el segundo departamento de España, víctima durante tanto tiempo de las alianzas con Napoleón, cuyos hijos habían muerto en los combates de San Vicente y Trafalgar, temerosa por la suerte de la escuadra mandada por Valdés, á la que se había obligado á marchar para las Baleares,

(1) Barco López y R. Girón.—*Historia de Salamanca.*

(1) *Gaceta de Madrid.*—1808.

© Biblioteca Nacional de España

al saber que el general Salcedo tenía orden de conducirla á Tolón para unirla á la francesa, promovió el 17 de Mayo un motín, que el 23, al leer en la *Gaceta* las renuncias de Bayona, se convirtió en revolución. Un artillero hace del forro de su casaca escarapelas que reparte al pueblo, el cual se encamina á la maestranza donde los oficiales no vacilan en darle armas.

El capitán general del departamento, don Francisco Borja, es reemplazado por D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, y se procede á nombrar una Junta de la que forma parte el ilustre D. Gabriel Ciscar, más tarde Regente de España.

A las siete de la mañana del 24 de Mayo los cuatro oficiales enviados de Cartagena realizan el levantamiento de Murcia. La Junta que se elige coloca á su frente al anciano conde de Floridablanca, y dispone proclamar solemnemente á Fernando, declarar la guerra á Francia, hacer un llamamiento general, al que acudió toda la juventud de la provincia—que Cartagena se encargó de proveer de armas y municiones,—y enviar delegados á todos los pueblos, que apoyados por los célebres contrabandistas de Algezares, propaguen la insurrección.

En Murcia no hubo desgracia alguna, y sólo por precaución fueron arrestados algunos individuos, como el que hacía de cónsul francés, que no eran bien mirados por el pueblo.

Valencia y Baleares.

Valencia llevaba muchos días de agitación, mantenida por los hermanos Beltrán de Lis y otros patriotas. Ya el día 20 el padre Martí, religioso franciscano y vicario de Beniferri, quiso sublevar al pueblo en la Plaza de las Pasas, lugar en que se reunían los valencianos para oir la lectura de la *Gaceta:* el movimiento se contuvo, pero al siguiente día aparecieron en todas las esquinas estos significativos versos:

«La valenciana arrogancia
Siempre ha tenido por punto
No olvidarse de Sagunto,
Y acordarse de Numancia.
Franceses, idos á Francia;
Dejadnos con nuestra ley,
Que en tocando á Dios y al rey
A nuestras casas y hogares,
Todos somos militares
Y formamos una grey.»

* * *

«España no estará quieta
Mentres no maten á cuatre,
Al rey, á la reina vieja,
A Godoy y á Bonaparte (1).»

El día 24, al leer en la *Gaceta* las renuncias de Bayona, estalló la revolución, tanto más grande cuanto más tiempo había estado comprimida, y el pueblo se dirigió á la ciudadela en actitud amenazadora pidiendo armas.

Un tal Vicente Domenech, vendedor de pajuelas, de entendimiento superior á su pobre condición, se pone al frente de los grupos, rasga la faja encarnada que lleva y reparte los pedazos, reservándose el mayor que coloca en un palo á guisa de bandera, y clavando en él la imagen de la Virgen de los Desamparados y el retrato de Fernando, se encamina á la Plaza del Mercado, arrojando á una hoguera el papel sellado en el que el Consejo de Castilla había hecho poner *Valga para el gobierno del lugarteniente Murat*, y detiene un convoy que iba á salir para Madrid llevando tres millones, los cuales deposita en casa del conde de Cervellón.

El padre Juan Rico, fraile franciscano, que aunque severo era muy popular en Valencia, arenga á los grupos y les aconseja que nombren uno de entre ellos que los represente y exponga sus deseos ante las autoridades. El pueblo entusiasmado lo proclama por su representante; el padre Rico se niega, y sólo acepta á fuerza de súplicas y ante la gravedad de las circunstancias.

El capitán general había convocado el *Acuerdo* (Junta compuesta de todas las autoridades) al notar las primeras señales del movimiento, y ante él se presentó el padre Rico hasta allí conducido en hombros por el pueblo, pidiendo á nombre de los valencianos la guerra á Napoleón, un alistamiento general y un jefe para el pueblo, y que se hiciese volver á la ciudad el convoy

(1) J. B. Perales.—*Historia de Valencia.*

© Biblioteca Nacional de España

de dinero que el día antes había salido para Madrid.

El capitán general, conde de la Conquista, era un hombre altivo, ambicioso y cobarde, un aristócrata enemigo del pueblo, apasionado por educación y rendido por cálculo á la devoción del usurpador (1), que al oir al fraile se santiguó, y enumerando el poder de Napoleón se negó á todo, añadiendo que á España le daba igual que el rey fuese Napoleón ó Fernando. (?)

Al oir tales cosas el padre Rico exclamó:

—¡Pues no acceden Vds. á lo que el pueblo quiere, voy á decírselo!...

Todos le suplicaron que no hiciese tal, temerosos de perder la vida, y procurando ganar tiempo publicaron un bando accediendo al alistamiento, y nombrando por jefe del pueblo al conde de Cervellón, hombre que sobre no tener ningún ascendiente en las masas, era tan tímido como amigo de lucir en los salones su vistoso uniforme.

Sospechando el padre Rico de la lealtad de aquellos hombres, buscó un refugio en el



EL PADRE RICO LLEVADO EN TRIUNFO.

convento del Temple, en la habitación de su amigo D. Antonio García, y á la verdad que no se equivocaba el buen fraile, pues mientras el arzobispo de Valencia trataba de sobornarle, ofreciéndole una fuerte suma porque abandonase al pueblo y á Valencia (2), el conde de la Conquista reunía secretamente las autoridades y acordaba participar á Murat lo que ocurría y pedirle tropas para someter la ciudad á Napoleón.

Agitado el pueblo al siguiente día por no ver á su representante y sintiéndose amenazado de alguna traición, detuvo el correo y llevó toda la correspondencia á casa del conde de Cervellón; ya iba á leerse el pliego acusador en que el *Acuerdo* pedía tropas á Murat para dominar á Valencia, cuando la joven hija del conde, en un arranque de heroismo, se apodera de él y lo rasga en menudos trozos. El pueblo, sorprendido ante

(1) Padre Rico.—*Memorias históricas sobre la revolución de Valencia.*

(2) Chao.—*Historia de España.*

© Biblioteca Nacional de España

la valerosa actitud de la joven, se retira en silencio.

El padre Rico recibió en su escondite una visita inesperada, la de D. Luis Peñaranda, su amigo, casi su hermano, puesto que juntos habían hecho sus estudios y sufrido todos los rigores de la suerte, partiendo su pan y cambiando sus ideas. D. Luis Peñaranda era un pensador, el padre Rico un creyente; el joven médico un combatiente y el severo fraile un apóstol; el uno quería dar libertad al pueblo, el otro pretendía hacerle feliz... Peñaranda ponía su cariño en los niños, el padre Rico abrazaba á toda la humanidad... Coincidiendo en el fondo sus ideas, el médico y el fraile habían llegado á ser dos cuerpos en una sola alma.

D. Luis Peñaranda se presentó al padre Rico acompañado de los hermanos Beltrán de Lis y de dos valientes oficiales del regimiento de Saboya, el capitán D. Vicente González Moreno y el teniente D. José Ordóñez, á proponerle la toma de la ciudadela como único medio de contrarrestar los trabajos del *Acuerdo* y evitar otra traición.

Reconocida la necesidad de apoderarse de la fortaleza, decidieron que D. Luis Peñaranda y los hermanos Beltrán de Lis con algunos patriotas, y González Moreno y Ordóñez con algunos soldados, se emboscaran en las cercanías de la ciudadela, en tanto que el padre Rico alcanzaba del capitán general una orden para entrar en la fortaleza y ver la artillería con que se podía contar. Resistióse el general, y sólo se la otorgó á condición de que únicamente le acompañasen cuatro personas. Llegados á la ciudadela, al franquear el rastrillo el comandante Barón de Errús, Peñaranda y sus amigos, y Moreno y Ordóñez y sus soldados se precipitaron al interior, y allí mismo comenzó el alistamiento que no había querido realizar el *Acuerdo;* y cuando el capitán general quiso recobrar la fortaleza el pueblo se negó á abandonarla.

El padre Rico, D. Luis Peñaranda y Moreno sabían que las autoridades habían enviado á Madrid nuevas comunicaciones, pero tuvieron la generosidad de callar pensando que denunciarlas era lo mismo que sentenciarlas á morir.

Aquella misma tarde (29 Mayo), se publicó un bando escrito por D. Luis Peñaranda, consignando que el pueblo español, siempre valiente y generoso, no podía aceptar la esclavitud; que se respetaría la vida y las propiedades, y que por la salvación de la patria todos estaban dispuestos á dar su sangre.

Acordado por el padre Rico y sus amigos el nombramiento de una Junta, el decidido fraile se presentó á las autoridades con la lista de los que debían componerla.

Brazo eclesiástico: el arzobispo, los canónigos Roa, Ferrer, Rivero y Urra; párrocos de San Salvador, San Andrés, Santa Catalina; vicario mayor de la catedral; priores de Santo Domingo, carmelitas calzados y San Agustín y guardián de San Francisco.

Por la nobleza: conde de Castelar, barón de Albalat, barón de Petrés, marqués de Jura-Real.

Por la ciudad: marqués de Valera, D. Joaquín de Villarroya, D. Rafael de Pinedo y D. Mariano Ginart.

Colegio de abogados: D. Francisco Maquivar, D. José Lumbiela, D. Vicente Traver.

Por la milicia: duque de Castropignano, D. Domingo Nava, D. J. M. de Cagigal y conde de Cervellón (todos tenientes generales).

Por el comercio por mayor: D. Pedro Tupper y marqués de San Joaquín.

Por el comercio al por menor: D. Joaquín Gil y Hernán y D. Pedro Tío.

Por los artesanos: los clavarios de velluteros, de plateros, de horneros y de carpinteros, y además los electos de los cuatro cuarteles de labradores.

Los individuos del *Acuerdo* pidieron entrar en ella, y el padre Rico accedió, no sin que, al consultar á sus amigos, le dijese Peñaranda:—«Temo que tu condescendencia ha de sernos funesta.»

Algo se modificó la lista, entrando en la junta D. Luis Peñaranda, D. Vicente Beltrán y el abogado D. Manuel Cortés, y aquella tarde quedó constituída, quedando el padre Rico como representante del pueblo encargado de trasmitir á la Junta los deseos y aspiraciones de éste.

La Junta participó su instalación á todos los pueblos de Valencia, á todas las provin-

© Biblioteca Nacional de España

cias, á los jefes de mar y tierra y á los vireyes de América. A propuesta de D. Luis Peñaranda, despachó pliegos al marqués de la Romana, que se hallaba en Dinamarca, para que regresara á España; y por indicación del cónsul de Dinamarca Sr. Tupper, solicitó la alianza de Inglaterra.

Llamado por los patriotas D. Luis Peñaranda, D. Narciso Rubio y D. Manuel Cortés el capitán del bergatín inglés que vigilaba la costa, á fin de que conferenciara con la Junta, ofreciendo ellos quedar en rehenes en el bergantín, el capitán vino con ellos á la ciudad, donde obtuvo una gran ovación, entregándole varios pliegos para el gobierno inglés solicitando el apoyo de la Gran Bretaña.

Por desgracia no se realizó el movimiento de Valencia sin sangre: el barón de Albalat, mal mirado por el pueblo á causa de que siendo coronel de las milicias provinciales había hecho fuego sobre las masas en un alboroto ocurrido en la ciudad, fué reconocido, y á pesar de los esfuerzos del padre Rico, de D. Luis Peñaranda y de Moreno, el pueblo rodeó el palacio del conde de Cervellón, en el que huyendo se había refugiado, y el conde no tuvo la fortaleza necesaria para salvarle, cayendo al fin el barón en manos de sus perseguidores que colocaron su cabeza en una pica en la Plaza de Santo Domingo.

La Junta se dividió en secciones para atender á los diversos ramos de la administración, y organizó un cuerpo de tropas ligeras al mando de Moreno, destinándole á sublevar el país colindante de Cataluña, y varias compañías de vecinos honrados de la huerta para mantener el orden en la ciudad y los campos.

También organizó regimientos, milicias y guerrillas, y envió más tarde hombres y dinero á las juntas de Cataluña y Aragón, y comisionados á Sicilia á fin de procurar mayor acopio de armas (1).

Llegado á Valencia el brigadier D. José Caro, hermano del marqués de la Romana, familia que gozaba de gran prestigio en el país, fué nombrado el 27 de Mayo, día en que se hizo la solemne proclamación de Fernando, jefe de las fuerzas que debían ir camino de Madrid.

La Junta, aclamada por todos los pueblos de la provincia, reunió con las tropas de Murcia y Alicante un ejército de 20.000 hombres á las órdenes del conde de Cervellón, y en los pasos de Cabriel y angosturas de Cabrillas 8.000 hombres mandados por el general D. Pedro Adorno, á todos los cuales se encargó de proveer de armas y de municiones el arsenal de Cartagena.

En tanto que los hombres se disponían á verter su sangre, las mujeres se preparaban á restañarla, y la marquesa de Usatigui fué la primera en ofrecer cuantas hilas y vendas tenía en su casa (1).

El fuego de la insurreción se comunicó de Valencia á las Islas Baleares; pero el capitán general D. Juan Miguel de Vives, que había recibido del gobierno de Madrid un pliego traído por un oficial francés, en que se le noticiaba que toda España se hallaba tranquila, vaciló al principio, y sólo ante la enérgica actitud del pueblo convocó á las personas más principales (30 de Mayo), nombrándose una Junta de la que formaron parte algunos militares, los representantes de los estamentos, y dos diputados por Menorca, dos por Ibiza y otro por la escuadra fondeada en Mahón, presidida por el mismo Vives, teniendo que ser encerrado en el castillo de Bellver el oficial francés que había llegado con el pliego, á fin de salvarle de las iras populares.

Siguió el movimiento la importante ciudad de Mahón, en cuyo puerto se hallaba fondeada la escuadra que en Febrero había sacado de Cartagena D. Cayetano Valdés, y con ella y los numerosos soldados con que las islas contaban, por temor á la guerra con Inglaterra á que Napoleón nos había arrastrado, la Junta pudo crear algunos cuerpos de ejército, entre ellos el titulado *Voluntarios de Palma*, que más tarde marchó á Cataluña, así como otros varios que envió á reforzar los ejércitos beligerantes.

El entusiasmo de las mujeres fué extraor-

(1) Boix.—*Historia de la ciudad y reino de Valencia.*

(1) *Diario de Valencia.*—1808.

© Biblioteca Nacional de España

dinario; las más hermosas eran las más entusiastas, y como en las Islas Baleares, según el cardenal de Rentz, no hay mujeres feas, el patriotismo no tuvo límites. Además de cuantiosos donativos, la condesa de Perelada ofreció coser 200 prendas para el ejército, 100 las condesas de Ayamans y Formiguera, 100 las marquesas de Belpuig, la Romana, Reguer, Montenegro y la Torre, y las pobres menestralas todas cuantas pudieran (1).

Aragón.

Casi á la misma hora que Oviedo, se sublevaba Zaragoza. Los habitantes, que habían manifestado su odio á Godoy arrastrando el retrato el día de su caída, por no poder arrastrar su persona, desde que conocieron los sangrientos acontecimientos del día 2, se hallaban en una situación de ánimo imposible de pintar.

Había aumentado la agitación popular la llegada del brigadier D. José Palafox y Melci, hijo segundo de los marqueses de Lazán, una de las familias más ilustres de Aragón, venido de Bayona con instrucciones de Fernando para la Junta que debía reunirse en Zaragoza. Palafox, de acuerdo con el célebre patriota Jorge Ibort (vulgarmente llamado el *Tío Jorge)*, de D. Valero Borja, que cumpliendo su palabra no había cesado desde su llegada á Zaragoza de trabajar por la revolución, de los jefes del cuerpo de fusileros de la provincia, D. Antonio y D. Jerónimo Torres, del capitán de artillería D. Ignacio López, de su antiguo maestro el padre Bogiero y del célebre Calvo de Rozas, preparaba el alzamiento desde su retiro de la Torre de Alfranca, no lejos de Zaragoza.

Los grupos, que diariamente se formaban en el Coso y se reunían en la casa de Correos, al llegar el día 24 de Mayo la *Gaceta* con las renuncias de Bayona, prorrumpieron en gritos de indignación y se dirigieron al palacio del capitán general, D. Jorge Juan Guillelmi, pidiendo armas; Guillelmi, que á su carácter irresoluto unía la cualidad de extranjero, quiso negarse, pero el pueblo adoptó una actitud tan enérgica y amenazadora, que el general se vió obligado á ceder y á entregar los fusiles que se guardaban en la Aljafería, resignando el mando en su segundo D. Carlos Mori.

El general Mori quiso ganarse la voluntad del pueblo accediendo al nombramiento de una Junta, pero D. Valero Borja, ayudado por el *tío Jorge*, resueltos á que Zaragoza tuviese un jefe español y aragonés, y que éste fuera el ínclito Palafox, corrieron en su busca á la Torre de Alfranca, lo trajeron en triunfo, y Mori le cedió el puesto, comprendiendo que no podía conservarlo.

Tenía por entonces Palafox veintiocho años, y era de gallarda presencia, airosas maneras, valeroso, activo, ilustrado, y ejercía sobre cuantos trataba cierta fascinación irresistible. Había sido requerido de amores por las damas de la corrompida corte de Carlos IV, entre ellas, sino por la más hermosa, por la más elevada (1), es decir, por la reina.

Unido á su maestro, el padre Bogiero, y á sus queridos amigos Calvo de Rozas, don Ignacio López, D. Valero Borja y el *tío Jorge*, Palafox estaba llamado á dejar en la historia un rastro luminoso.

El primer acto de Palafox fué convocar las Cortes de Aragón, según el antiguo fuero, para el día 9 de Junio, y entretanto decretó un alistamiento general, y organizó cinco tercios, que pronto alcanzaron merecida gloria, á cuyo frente puso á los oficiales retirados que había en la ciudad.

La guarnición de Zaragoza era tan escasa, que sólo existía una compañía de fusileros de la provincia, 60 artilleros, un escuadrón de Dragones del Rey y 29 oficiales retirados; tan solo el material de guerra era suficiente, pues encerraban los almacenes 22.000 fusiles y 75 piezas de artillería, la mayor parte de 4 y 8 (2).

En el manifiesto que publicó el día 31 de Mayo, hacía Palafox responsable á Napoleón y su familia, á sus oficiales y soldados,

(1) *Diario de Mallorca.*—1808.

(1) Toreno.—*Levantamiento y revolución de España.*

(1) Arteche.—*Historia militar de la guerra de la Independencia.*

© Biblioteca Nacional de España

de la seguridad de Fernando y la real familia, así como de los atropellos que cometiesen sus tropas; y aludiendo á la antigua forma de elegir sus reyes Aragón, fijó el derecho del archiduque Carlos de Austria (al igual de Castaños en Andalucía), de ocupar el trono español, como nieto de Carlos III, y el del príncipe de Sicilia, caso de un atentado contra la real familia.

Verificóse la reunión de las Cortes, como si desde la última vez no hubiera transcurrido un siglo, viniendo 33 diputados en representación de los Cuatro Brazos (nueve por el eclesiástico, nueve por los hijo-dalgos, siete por la nobleza y ocho por las ciudades de voto en Cortes), quienes una vez aprobados todos los actos llevados á cabo antes de su reunión, y de conceder un amplio voto de confianza á Palafox, se retiraron, dejando una Junta de seis para que le auxiliase en sus trabajos.



D. JOSÉ PALAFOX

Huesca, que arrastrada por su entusiasmo patriótico había dado muerte al gobernador Clavería, acusado de francés, secundó el alzamiento de Zaragoza; lo propio que Teruel y todas las poblaciones de Aragón.

Palafox, fuerte con el voto de los diputados, y con los donativos y ofrecimientos que recibía, desplegó su grande actividad y su valerosa energía, poniendo en estado de defensa la ciudadela de Jaca y los castillos y pasos de la frontera; armó á los habitantes de los valles y á los montañeses del Pirineo; aumentó fuerzas á las ya organizadas, y las dirigió hacia Castilla y Navarra, por donde temía la invasión de los franceses, ansiosos de apoderarse de Zaragoza.

© Biblioteca Nacional de España

Andalucía y Canarias.

Había por aquella época en Sevilla un ombre, oriundo de Cataluña, llamado Tap y Núñez, contrabandista según algunos, que odiaba á los franceses tanto como adoraba á su patria, y que por su fogosa palabra y valeroso carácter había adquirido gran ascendiente entre los sevillanos.

Tap y Núñez, de acuerdo con el conde de Tilly—hermano de aquel Guzmán que tanto había figurado en la revolución de Francia, —y con el padre Manuel Gil, de la orden de clérigos menores, trabajaba por el levantamiento de la ciudad. El día 26 de Mayo oyó misa y comulgó, resuelto á levantar Sevilla ó morir en la empresa, y provisto de escarapelas y banderas, y seguido de algunos paisanos y dragones del regimiento de España, rasgó los edictos puestos en las esquinas anunciando las renuncias de Bayona, y se encaminó al cuartel de España, donde fué recibido á los gritos de *¡viva Fernando!* sacando á la calle al regimiento de dragones y parte del de Olivenza, alojados allí.

El general Jácome, con algunas fuerzas, quiso oponerse al movimiento, pero Tap y Núñez le dijo con noble resolución: *O traidor ó patriota*, y el general hubo de retirarse.

Tap y Núñez se dirigió á la maestranza, que facilitó armas para más de 20.000 hombres, y formó una lista de las personas que habían de componer la Junta, á cuyo frente puso al ex-ministro y compañero de Jovellanos D. Francisco Saavedra, desterrado en Puerto-Real, al arzobispo de Laodicea y al padre Manuel Gil, que era un anciano de *corazón de fuego*.

Los nombrados tomaron el título de *Junta Suprema de Gobierno de España é Indias*, tanto porque Madrid, la capital, se hallaba en poder de los invasores, como por constituir un centro nacional; y publicaron una proclama declarando la guerra á los franceses y dictando reglas para la lucha, tales como evitar batallas campales, hacer la guerra de partidas, acometerles por los flancos y retaguardia, no dejarles sosegar, interceptar sus convoyes, sorprender sus depósitos, cortarles las comunicaciones con Francia y Portugal, fortificar los puntos indicados y demostrar que sus noticias de victorias eran falsas, reglas que dieron en toda España grandes resultados. También decidió enviar emisarios á las otras ciudades de Andalucía para promover la insurrección, así como á los ejércitos de Portugal y la costa; decretando, por último, un alistamiento general.

Dos asuntos principales reclamaban la atención de la Junta; atraerse el ejército de Castaños, que se hallaba en el Campo de San Roque, y sublevar á Cádiz, plaza fuerte de primer orden, y en cuyo puerto se hallaba bloqueada por los ingleses una escuadra francesa.

Para obtener lo primero envió á D. Juan B. Esteller, y Castaños, despreciando el vireinato de Méjico que Murat le ofrecía, se puso á las órdenes de la Junta pidiéndola instrucciones para marchar con sus 10.000 soldados donde se creyese necesario, y era que este ilustre general, que al frente del regimiento de Africa se había distinguido en la guerra de España contra la República francesa, y que sospechaba de Napoleón, se había ya puesto en comunicación con el gobernador de Gibraltar Sir Hew Dalrymple á fin de que le auxiliase si los franceses penetraban en Andalucía, y... ¡coincidencia extraña!... pensó, al igual que Palafox, en el archiduque Carlos para rey de España, si los príncipes no recobraban la libertad.

Enviado por la Junta el conde de Teba para sublevar á Cádiz, se halló con que Solano, ganado por Murat por la capitanía general de Andalucía y arrepentido de su patriótico acto de Badajoz, se negaba á todo, y sólo al ver la actitud del pueblo accedió al alistamiento, pero condenando la insurrección.

Los gaditanos, cada vez más alborotados, acudieron al parque de artillería, cuya entrada les franqueó la guardia, y una vez armados pidieron atacar á la escuadra francesa surta en el puerto. Solano reunió una Junta de generales para resolver; mas el pueblo, que le consideraba traidor por sus vacilaciones y sus negativas, arrolló la guardia de la capitanía, teniendo que huir Solano y refugiarse en la casa del banquero irlandés

© Biblioteca Nacional de España

Strance. Varios grupos, capitaneados por el ex-novicio de la Cartuja de Jerez, Olaechea, le persiguieron, allanando la casa del banquero; Olaechea iba delante y se encontró con Solano, quien para librarse de él parece le arrojó á un patio; los grupos que seguían al ex-novicio, ébrios de furor al ver la muerte de Olaechea, se apoderaron de Solano, á pesar de los heróicos esfuerzos de la esposa del banquero, y le condenaron á morir en la horca, si bien en la plaza de San Antonio recibió una herida que le causó la muerte.

Sucedióle en el mando, como militar más antiguo y más simpático al pueblo, el general D. Tomás Morla, oficial que ya se había distinguido en la guerra del Rosellón y en la defensa de Cádiz contra los ingleses, pero hombre de ideas tan poco fijas que bien pronto cambió por Napoleón el entusiasmo que sentía por España.

El día 31 de Mayo se nombró una Junta



EL GRITO DE INDEPENDENCIA

que reconoció la de Sevilla, proclamó á Fernando y decretó un alistamiento general, así para reforzar los cuerpos de la guarnición, como para crear otros nuevos encargados de relevar á los veteranos que debían marchar á campaña.

El almirante francés Rosilly aprovechó este respiro para meter sus buques en el canal del arsenal de la Carraca, á fin de ponerse á cubierto de los fuegos de la plaza y de la escuadra española, proponiendo su salida á la Junta si ésta alcanzaba que los buques ingleses, situados á la boca del puerto, no le molestasen en su retirada; ó en caso contrario desembarcar los cañones, conservando á bordo los equipajes y la bandera, bajo promesa de que ni él, ni los franceses establecidos en la ciudad, sufrirían daño alguno del pueblo ni de los ingleses.

Morla, impulsado por el pueblo, le exigió la entrega á discreción, y, al saber que Rosilly se negaba, mandó que cuatro baterías nuestras y una flotilla de fuerzas sutiles rompiesen el fuego (9 de Junio), hasta que

© Biblioteca Nacional de España

Rosilly izó en su navío el *Héroe* bandera de parlamento, pidiendo que sus proposiciones fueran consultadas á la Junta de Sevilla, con idea, sin duda, de ganar tiempo y que el ejército francés penetrase en Andalucía; pero la Junta de Sevilla insistió en la entrega *inmediata*, y el 15 se entregó Rosilly con cinco navíos y una fragata al ver los apresstos guerreros de nuestra escuadra mandada por D. Juan Ruiz de Apodaca.

La entrega de Rosilly causó grande entusiasmo entre los gaditanos, y la Junta experimentó igualmente una gran satisfacción no teniendo que deber este triunfo al almirante inglés Collyngwod, que la brindaba con su ayuda, pudiendo más desembarazadamente dedicarse á completar la formación de las nuevas tropas y enviar á la Junta de Sevilla la mayor parte de los soldados de línea con que contaba, y cuantos recursos poseía, para batir al ejército de Dupont.

Los granadinos, que se hallaban agitadísimos por las alarmantes noticias que circulaban, al saber que el oficial de artillería D. José Santiago, enviado por la Junta de Sevilla con pliegos para el capitán general D. Ventura Escalera, había sido mandado retirar por éste y que nada se hacía en pro de la santa causa de la Independencia, en un arranque de patriotismo se propusieron hacer la revolución por sí solos, y capitaneados por el fraile jerónimo el padre Puebla, se presentaron al capitán general pidiendo la formación de una Junta de armamento y defensa y un alistamiento general. Escalera tuvo que ceder, y fué tal el entusiasmo, que hubo necesidad de despedir muchos cientos de hombres que acudieron al alistamiento, por no poder armarlos, por más que las casas se convirtieron en fábricas de armas, de uniformes y hasta de monturas.

La Junta, no satisfecha con los auxilios propios y con las armas que aguardaba de Sevilla, envió á Gibraltar á D. Francisco Martínez de la Rosa, logrando por su mediación armas y pertrechos de guerra del gobernador inglés.

En Granada también hubo que lamentar la muerte del general D. Pedro Trujillo, gobernador que había sido de Málaga, y partidario de Godoy.

Málaga, Ronda y todos los pueblos del antiguo reino de Granada se alzaron en armas y organizaron Juntas y voluntarios.

El gobernador de Málaga, general D. Teodoro Reding, fué llamado á Granada para confiarle el mando del pequeño ejército levantado por la Junta é instruído por el brigadier D. Fernando Abadía.

Córdoba y Jaén, á pesar de ser las ciudades más próximas al ejército francés de Dupont, que había penetrado en Andalucía, siguieron el patriótico ejemplo de sus hermanas, así como las otras ciudades andaluzas, formándose Juntas en todas las poblaciones de más de 2.000 vecinos.

El Corregidor de Vélez-Málaga y el economista D. Bernabé Portillo, y el corregidor de Jaén, sufrieron los rigores del pueblo, que los tachaba de afrancesados.

En las Islas Canarias se hizo sentir igualmente el impulso de la Junta de Sevilla, y el pueblo demostró su acendrado españolismo proclamando la insurrección y vitoreando á Fernando.

La Junta que se constituyó en Santa Cruz de Tenerife destituyó al marqués de Casa-Cajigal, á pesar de hallarse allí casi como desterrado desde la época de sus ensayos tácticos, y le reemplazó con el teniente-rey de la plaza D. Carlos O'Donnell.

Extremadura.

Al llegar el 4 de Mayo á Badajoz el célebre parte del alcalde de Móstoles, el gobernador, conde de la Torre del Fresno, y el general Solano, jefe de las tropas que habían regresado de Portugal, convocaron á las otras autoridades, y resolvieron dar una proclama llamando al pueblo á las armas, enviar oficiales á traer las tropas españolas que aún se hallaban en Portugal, y pedir instrucciones á Madrid y Sevilla.

Vencido el heróico pueblo de Madrid en el memorable día 2, y nombrado Solano por Murat capitán general de Andalucía, tanto él como el conde de la Torre del Fresno, sin atender á los ofrecimientos que les hacían desde todos los puntos de Extremadura, se opusieron á continuar el movimiento... ¡Ta-

© Biblioteca Nacional de España

rea inútil y resolución cobarde que había de serles funesta! Lo que ellos se negaban á ejecutar, otros patriotas iban á realizarlo. El teniente-rey Mancio, el luégo ilustre don José María Calatrava y el comerciante don Andrés Miranda, hermano de D. Juan Antonio, hombre muy estimado en la ciudad, ayudados de otros amigos y seguros del pueblo, continuaron trabajando para el alzamiento.

El 30 de Mayo, día de San Fernando, al observar la población que no se disparaban los acostumbrados cañonazos para solemnizar el santo del rey, comenzaron á formarse grupos en actitud hostil; una valerosa mujer se encara con los artilleros y los denosta por su cobardía; permanecen ellos silenciosos, y entonces la mujer arranca de las manos de un artillero la mecha y prende fuego al cañón entre los vítores de la multitud.

Los grupos, engrosados por nuevos patriotas, se dirigen al palacio de Torre del Fresno, pero éste, acusado quizás por su conciencia, huye temeroso, perseguido por el pueblo; ya tocaba la puerta que da al río Guadiana pensando refugiarse en el vecino Portugal, cuando es alcanzado y muerto, acusado de traidor... ¡Pocas horas después, el general Solano tenía en Cádiz idéntico fin!... ¡Podrían no ser traidores á su patria, pero su conducta los acusa!...

Sucedió á Torre del Fresno D. José Galluzo, hombre de carácter débil, nombrado por una Junta interina, Junta que fué luégo reemplazada por otra en que estaban representados todos los gremios y corporaciones de la provincia, que secundó con gran patriotismo el movimiento de la capital.

La nueva Junta organizó en pocos días un cuerpo de 20.000 hombres, formado de patriotas, de soldados y de paisanos portugueses, que acudieron en gran número, pensando, y con razón, que nuestra salvación sería la suya, con cuyas fuerzas pudo suplir las tropas que Solano se había llevado á Cádiz, sin pensar que dejaba en el mayor desamparo la frontera, cuando en Elbas estaba el general francés Kellerman con una buena parte de su división.

Cataluña.

Los hijos de la ciudad de Lérida, poseídos del más bélico entusiasmo, se colocan á la cabeza del movimiento revolucionario en Cataluña, ya que por desgracia la noble Barcelona gime esclava de los soldados napoleónicos, y tras un grande y solemne alzamiento (28 de Mayo), forman una Junta de gobierno para dirigir las operaciones contra el enemigo, que ordena fortificar la ciudad, en cuyos trabajos toman parte hombres y mujeres, manda emisarios á Tortosa, Manresa, Tarragona, Vich y otros cien pueblos para propagar el alzamiento, y publica un enérgico manifiesto diciendo:

«Estamos dispuestos á unirnos con los aragoneses. Tenemos hombres y orden. No saldrá de Cataluña ni un diputado para Bayona, ni un maravedí para el intruso.»

El día 30 de Mayo se levanta Tortosa; y Cervera, llena de amor patrio, ofrece, á falta de plomo, 5.023 onzas de plata labrada para disparar contra los invasores (1).

En Manresa, la Covadonga catalana, la que primero arrojó del suelo catalán á los árabes, el ayuntamiento, presidido por don Francisco Codony, llama á sus heróicos hijos á la defensa de la patria, y nombra una Junta de armamento y defensa, uno de cuyos primeros actos es la quema del papel sellado remitido por Murat, ante cuyas llamas juran los ínclitos manresanos morir por la independencia, acto al que siguen la fabricación de pólvora y de proyectiles, para fundir los cuales manda emplear hasta las pesas de los relojes y las varillas de hierro de las cortinas (2).

A su ejemplo, toda la montaña se levanta en armas, y desde Tortosa á Puigcerdá, desde Lérida á Rosas, sólo se escucha *¡viva la patria! ¡viva Fernando!* (3).

El alzamiento de Igualada produjo el de Solsona, Calaf, Sallent y otras muchas ciudades, dispuestas á combatir á los franceses que ya se disponían á salir de Barcelona para ahogar en sangre su patriótica resolución.

---

(1) E. Blanch.—*Crónica de Lérida.*
(2) Balaguer.—*Historia de Cataluña.*
(3) P. Ferrer.—*Barcelona cautiva.*

© Biblioteca Nacional de España

En Gerona los habitantes resolvieron envenenar con arsénico el pan, el vino, el aguardiente y hasta el agua que tomaban los invasores (1). Comenzaba, pues, una de esas luchas terribles, uno de esos duelos tremendos en los que no había otro camino que vencer ó morir.

Por Mataró, Figueras y pueblos comarcanos, ocupados por los franceses, establecieron los soldados de Napoleón una exquisita vigilancia para evitar las sangrientas represalias de aquellos españoles tan valerosos como altivos.

En Barcelona los bandos de Murat producían riñas, alborotos y motines. En vano el general Duhesme, para ganarse el afecto de sus hijos, logra derogar el decreto de 1715 prohibiendo á los catalanes el uso de armas: Barcelona permanece cautiva del invasor; pero siempre fiel á la causa nacional, estimula y proteje la deserción de los soldados españoles que se encontraban dentro de ella, y que unas veces sueltos, y otras por destacamentos salían de la plaza. Gregorio Miranda, el hermano de nuestro amigo D. Juan Antonio, salió de la plaza al frente de su escuadrón y con el trompeta á la cabeza. De igual modo auxiliaban los barceloneses á los soldados italianos que desertaban de las banderas del usurpador, proporcionándoles guías y dinero; y no satisfechos aún, todos los hombres aptos para la guerra abandonaban la ciudad, y los que quedaban dentro enviaban gruesas sumas á las Juntas de Cataluña para sostener la guerra.

El 18 de Junio se instaló la *Junta Suprema de Cataluña* en Lérida, por ser plaza fuerte, y una de las más distantes del cuartel general francés. Esta Junta dispuso armar todas las plazas fuertes y preparar en los puertos escuadrillas de guerra; entabló relaciones con las de Aragón, Valencia y las Baleares; dictó importantes medidas para el mejor gobierno de Cataluña, y ordenó un alistamiento general de 80.000 hombres, mitad para el servicio activo, y mitad para reserva, organizando 40 batallones de *Miqueletes*, nombre que tanto halagaba á los catalanes, con el haber de una peseta y pan, y por uniforme el traje nacional. Todas estas medidas y el tener aún varias plazas y fortalezas en poder de los soldados españoles, el contar con todos los hombres que habían hecho la guerra á Francia en 1793, y con la ayuda de los valerosos contrabandistas, conquistó á esta Junta la mayor importancia.

Tarragona, que el día 6 de Junio había visto á los soldados de Chavran profanar su suelo, apenas éstos salieron dedicóse con tenaz empeño á levantar fortificaciones que la libertaran de su tiránico yugo; y el 15 instaló una Junta compuesta de representantes de todos los Corregimientos que dirigiese el movimiento, la cual ordenó un alistamiento de todos los hombres aptos para la guerra de 16 á 40 años, los que cada día se ejercitaban, durante algunas horas, en el manejo de las armas, resultando de todo la formación de valerosos tercios de *miqueletes* y de una compañía de zapadores, y la resolución de la ciudad de mantener á su costa un regimiento de 2.400 plazas.

El 22 de Julio el marqués del Palacio desembarcó en el puerto de Tarragona con algunas tropas; y la *Junta Suprema de Cataluña*, que funcionaba en Lérida, se trasladó á Tarragona, á fin de estar más cerca del cuartel general español, estableciéndose igualmente en esta ciudad la Audiencia de Cataluña, las oficinas de Hacienda, el Consulado de Comercio, el Parque de artillería y todas las oficinas.

Las Vascongadas.

En poder de los franceses San Sebastián y Vitoria, no quedaba libre más que Bilbao en las provincias Vascongadas. No desmintieron los hijos de esta villa su lealtad y patriotismo, y haciendo causa común con sus hermanos de todas las demás provincias, se armaron en defensa de la patria y en contra del extranjero.

El 16 de Agosto se dirigieron los franceses sobre Bilbao; un corto número de valientes quiso oponerse á su entrada, pero fueron vencidos, no por el valor, sí por el número, y la villa fué entrada á saco y hubo de sufrir todas las calamidades que son de suponer en trance semejante.

(1) N. Blanch.—*Crónica de Gerona.*

© Biblioteca Nacional de España

Cobardía y heroísmo.

Descrito, aunque á grandes rasgos, el glorioso alzamiento nacional de nuestra querida España, pasemos á examinar los hechos y á estudiar la conducta de todas las clases sociales en estos supremos instantes.

Comencemos por los más altos.

Carlos IV cedió el trono á Bonaparte; Fernando el Principado de Asturias, y con él la corona; y sus hermanos sus títulos y honores. En una palabra, la real familia traspasó á Napoleón sus vasallos como se traspasa un rebaño de carneros; no tuvieron ni el valor de resistir, ni siquiera el de la fuga que el duque de Mahón les propuso, y mientras sus vendidos súbditos se sacrificaban por ellos derramando su sangre, sufriendo el hambre y la sed, el calor y el frío, sin tener albergue ni lecho, ellos gozaban en los palacios de Compiegne y Valencey de todas las comodidades... Y más tarde los veremos felicitar á Napoleón por los triunfos que obtienen sus soldados contra los españoles que se batían... ¡por ellos!...

Al decir de los mejores historiadores, la nobleza, en general, ni se presentó á sostener el trono, ni á defender la independencia, pues los grandes que hemos visto figurar en el alzamiento de algunas ciudades fueron en su mayoría obligados por la fuerza de las circunstancias.

También las dignidades de la Iglesia se alejaron del alzamiento, y si es digna de alabanza la conducta del obispo de Orense negándose á ir á las Cortes de Bayona, y la del prelado de Santander poniéndose al frente de la Junta, ¡qué decir del arzobispo de Valencia pretendiendo sobornar al padre Rico, y del obispo de Palencia reconociendo á Napoleón!... Sólo algunos curas y frailes, sólo esa parte del clero que vive en constante comunicación con el pueblo, se identificó con el movimiento.

En cuanto á los generales, los que no entregaron las plazas condenaron la insurrección, y alguno hubo que no vaciló en ofrecer su espada al tirano.

Los altos funcionarios, no satisfechos con censurar el alzamiento, llegaron en algunos puntos hasta perseguir á sus autores.

En cambio el pueblo, fiel á la autoridad de Dios y del rey, recordando las hazañas de sus abuelos contra los moros, poco afecto á los extranjeros, el pueblo leal, incapaz de fingimiento, altivo, desinteresado, entusiasta, noble y arrojado (1), se lanzó á sostener el trono y la independencia por un alto sentimiento de amor patrio, de soberana altivez, de fiera independencia.

Pitt, el gran ministro inglés, había hecho algunos años antes esta profecía, que se cumplió en todas sus partes. Cuando supo la victoria de Napoleón en Ulma, al oir decir á varios personajes que todo estaba perdido, exclamó:

—«Os engañáis. La salvación de Europa depende de un pueblo en que se encienda una guerra patriótica, y ese pueblo es España. Si en ella la nobleza y el clero han degenerado bajo el gobierno del favorito, y están á los pies de Napoleón, el pueblo conserva todavía su pureza primitiva, y su odio á Francia sólo es comparable con el amor á sus reyes.»

Si el plan que nos hemos trazado lo permitiera, habríamos detallado el levantamiento de cada provincia, y sus hechos durante toda la guerra, para demostrar que el glorioso alzamiento de 1808 no se debió al influjo de la nobleza, ni al fanatismo del clero, ni á los agentes secretos de Inglaterra, como propaló Napoleón, sino que fué la explosión del sentimiento patrio, el odio á los invasores, á sus malas artes y á su inicua traición, el despertar de un pueblo grande y valeroso cansado de sufrir y padecer.

Concluyamos con una frase que lo resume todo:

¡Cobardía arriba!... ¡Heroísmo abajo!...

Algo nos creemos obligados á decir sobre la formación, conducta y tendencias de las Juntas, que por tanto tiempo y en circunstancias tan difíciles gobernaron á España.

Cree el conde de Toreno que fué de grandísima utilidad que, en el primer ardor de la insurrección, se formase en cada provincia una Junta, porque un gobierno central y único se habría visto expuesto á pérfidas maquinaciones y quizás doblegado á los primeros reveses.

---

(1) Foy.

© Biblioteca Nacional de España

Es indudable que al sentimiento nacional de resistir al extranjero, se unió otro no menos importante de mejoras y reformas, y basta repasar los documentos publicados por las Juntas para ver en la mayoría de ellos la tendencia, claramente manifestada, de reconquistar las antiguas franquicias y libertades, de ver reunidas las Cortes, de obtener, en fin, un mejoramiento político y social que reclamaban de consuno los progresos de la época y la noble actitud del pueblo. En las Juntas entraron los hombres de carrera, las personas ilustradas, la clase media trabajadora y estudiosa, cuyos espíritus agitaban las ideas reformistas de la época, y que deseaban que España saliera de la oscuridad y del aislamiento en que la habían tenido, y entrara en el concierto universal de las naciones.

En Asturias fué la Junta del Principado, reliquia gloriosa de nuestras antiguas libertades, la que se puso al frente del movimiento; en Galicia se reunió la Junta que acostumbraba á ser llamada cada seis años, compuesta de un diputado por provincia, resto de las pasadas grandezas; en Aragón se convocaron por Palafox las antiguas Cortes; la Junta Suprema de Cataluña se formó con diputados de todas las ciudades y corregimientos; y la de Valencia con los representantes de Alicante, Alcoy, Alcira, Castellón, Denia, etc.

Esto prueba que el país sentía, al par que el ansia de independencia, el deseo de libertad.

España y Francia en 1808.

Conozcamos la situación de ambas naciones al comenzar la guerra en Mayo de 1808.

La población de España (según el censo de 1801), era de algo más de diez millones, ó sea 73 habitantes por legua cuadrada.

Francia podía contar, incluyendo los territorios que le eran tributarios, y los estados federativos (Italia, Holanda, Suiza y la confederación del Rhin), con cerca de 65 millones, de que Napoleón disponía á su capricho, ó lo que es igual, con una población cinco veces mayor.

En Hacienda ascendían anualmente las obligaciones del Tesoro español á mil y cuarenta y seis millones y ochocientos cincuenta mil reales; y las rentas—contando entre ellas los caudales procedentes de América,—á seiscientos noventa y nueve millones y quinientos mil reales; resultando el enorme déficit anual de *trescientos cuarenta y siete millones*. La Deuda pública rayaba en los *siete mil y doscientos millones* (de los cuales pertenecían 1.264, al reinado de Felipe V; 804, al de Carlos III, y 5.130, al de Carlos IV) (1).

¡Cuadro deplorable de verdadero desgobierno y de anarquía!

En cambio Francia cobró en 1807 tres mil trescientos y trece millones, y empleó tres mil ciento y veinticinco, quedándole un remanente de noventa y dos millones, á pesar de los enormes gastos que se veía obligada á realizar.

La fuerza permanente del ejército español, con las milicias provinciales y cuerpos extranjeros, era la siguiente:

Tropas de la Casa Real.	7.284 hombres y	1.117 caballos.
Infantería de línea....	44.398 hombres.	»
Infantería extranjera..	12.983 hombres.	»
Infantería ligera.....	13.655 hombres.	»
Milicias Provinciales..	30.531 hombres.	»
Caballería de línea....	7.232 hombres y	4.707 caballos.
Caballería ligera.....	7.208 hombres y	4.819 caballos.
Artillería.....	6.679 hombres y	317 caballos.
Ingenieros.....	1.049 hombres.	»
TOTAL.....	131.019 hombres y	10.960 caballos (2).

Este ejército, que Godoy había tratado de mejorar, subiendo el sueldo á los oficiales, creando algunos cuerpos necesarios, y tratando de imitar la escuela francesa, no respondía, sin embargo, á los adelantos de la ciencia militar.

Para su formación se empleaba la recluta voluntaria ó compra, y la recluta forzada, la quinta y la leva.

Las milicias, ni estaban proporcionadas á la población de la provincia, ni á su situación geográfica, habiendo muchas que no las tenían.

---

(1) Ortiz de la Vega.—*Anales de España.*

(2) Estas cifras están arregladas por la Comisión de jefes y oficiales encargada de escribir la *Historia de la guerra de España contra Napoleón*, y corregidas luégo por el Depósito de la Guerra.

© Biblioteca Nacional de España

Los oficiales carecían de campos de instrucción y de colegios, pues las escuelas de Ocaña y del Puerto de Santa María habían desaparecido. No contaban, pues, ni con la práctica, ni con la teoría, resultando unos militares rutinarios y sin instrucción.

No teníamos Estado Mayor, ni Administración militar.

Cada cuerpo del ejército tenía una marcha; unos seguían la escuela de 1768, otros la táctica del 96, algunos el Reglamento del 98, y el mandado por el general Solano se regía por el de Figueroa, que era la táctica francesa de 1793.

Y sin embargo, este ejército, sin unidad y sin instrucción, costaba la no despreciable suma de 600 millones de reales.

En cuanto á las plazas fuertes, baste decir que Duhesme, al ver á Gerona, no quiso ocuparla, y es que todas se hallaban desmanteladas, sin murallas, sin pertrechos de guerra y sin víveres, y las fronteras desguarnecidas y abiertas.

Por el contrario, Napoleón tenía bajo su poder millón y medio de combatientes, admirablemente organizados, vestidos y armados, acostumbrados á la lucha diaria, con una organización perfecta y bien municionados y pertrechados, llevando á su frente oficiales educados en su escuela y siempre victoriosos.

Terminaremos consignando que nuestra marina se componía de 232 buques, de ellos 149 desarmados, y en su mayor parte inservibles; que de los 83 armados 16 eran navíos, y que el ministerio mantenía 44.000 hombres (8.500 soldados, 6.000 contramaestres y 30.000 marineros.)

Nuestra marina era la única que podía competir con la de Bonaparte, mas ¡qué importaba si teníamos en los puertos de Francia los mejores buques mezclados con los de Napoleón!...

*
* *

La entrada, fuerza y etapas que siguió el ejército francés en España, fué la siguiente:

Murat, con una gran parte del ejército imperial, la más escogida, entró por San Sebastián y por Burgos, Valladolid y el puerto de Somosierra, y penetró en Madrid el día 23 de Marzo, víspera de la entrada triunfal de Fernando, después del famoso motín de Aranjuez.

Dupont, que con 25.000 hombres se había situado en Vitoria, pasó luégo á Valladolid, avanzó después á Segovia, el Escorial, Madrid, Aranjuez y Toledo; y, al comenzar la lucha en el mes de Mayo, avanzó con sus divisiones por el camino de Andalucía, para ir á sofocar el movimiento insurreccional de estas provincias, y salvar á la escuadra francesa del almirante Rosilly, bloqueada en Cádiz por los ingleses.

Moncey, al frente de 32.000 hombres, se acantonó entre Vitoria, Burgos y Aranda; y luégo se encaminó por Tarancón y Cuenca á la conquista de Valencia.

Merle, con 7.000 hombres, ocupó San Juan de Pie del Puerto, y más tarde Pamplona.

Duhesme, con Chavran y Schwartz, que vino por Perpignán con 12.000 hombres, llegó hasta Barcelona, en cuya ciudad penetró por traición y de cuya ciudadela se apoderó por una alevosía.

Bessieres entró en Valladolid después de forzar el puente de Cabezón.

Lefevre se encaminó contra Zaragoza.

Las fuerzas del ejército francés en España subían el 1.° de Junio de 1808 á 116.979 hombres con 16.895 caballos; el 9 de Agosto llegaron á 161.353 hombres y 21.580 caballos; y el 25 de Octubre, á la entrada de Napoleón, ascendieron á la enorme cifra de ¡318.934 hombres y 60.740 caballos!

Para hacer frente á este inmenso poder militar creó España, desde Mayo á Noviembre, 213 batallones de infantería de línea con 168.345 hombres, y 64 de infantería ligera con 45.721, en total 214.066, para cuya formación apeló á las partidas de bandera ó recluta, á los retirados, dispersos, licenciados y enfermos restablecidos.

Los establecimientos universitarios produjeron en poco tiempo una brillante oficialidad.

Más tarde se crearon 18 regimientos de línea, con 41 batallones y 27.178 hombres, y 16 de infantería ligera, con 17 batallones y 13.236 hombres, sumando en conjunto 40.412 hombres.

© Biblioteca Nacional de España

Veamos la fuerza de los ejércitos en las provincias.

El 1.º de Junio de 1808 tenía Zaragoza:

De cuerpos veteranos del ejército	1.463	hombres y 90 caballos.
De nuevo alistamiento:		
Cinco cuerpos de paisanos á mil	5.000	»
Dos tercios de fusileros	2.000	»
Compañías de Obispo	400	»
	8.863	90

Había en clase de agregados, seis coroneles, 12 graduados de coronel, siete tenientes coroneles, 33 capitanes, 46 tenientes y 11 subtenientes.—La compañía de fusileros de Aragón constaba de cinco oficiales, 11 sargentos, 21 cabos y 168 soldados.—Las partidas de reclutas y en comisiones, de cinco capitanes, 22 subalternos, 44 sargentos, tres tambores, 70 cabos, 383 soldados y 157 reclutas. Con este pie, y los soldados que empezaron á llegar de otras provincias, se formó el ejército de Aragón.

De Mayo de 1808 á Febrero de 1809, se organizó con 11.105 hombres sanos, 8.158 enfermos y 750 paisanos, y se cree aumentaron hasta 55.000, así de soldados de línea de los ejércitos del Centro y de reserva, como de cuerpos nuevamente creados en Valencia y paisanos de Aragón, contándose 2.400 de caballería, 800 artilleros y 400 ingenieros.

* * *

El ejército de Cataluña se componía el 1.º de Agosto de 1808, de 13.334 hombres.

El 1.º de Noviembre, de 19.551 infantes y 780 caballos con 17 piezas de artillería, dividido en vanguardia, cuatro divisiones, y la reserva mandada por el general D. Juan Miguel de Vives.

El 10 de Noviembre se formó en Lérida la división Lazán, compuesta de 3.988 hombres, descontando los enfermos y ausentes, á la que se agregó algunas fuerzas de Granada, Aragón y otros cuerpos sueltos, dando un resultado de 11.000 infantes y 670 caballos.

* * *

Las fuerzas del ejército de Andalucía eran el 10 de Julio de 1808, las siguientes:

La división del general Reding, de que formaba parte la guerrilla del Alcalde Mayor de Granada, 9.436 hombres y 817 caballos.—La del marqués de Coupigni 7.850 hombres y 453 caballos.—La del general Jones 5.415 hombres y 582 caballos.—La reserva del general Lapeña 6.676 hombres y 408 caballos.—La del coronel Mourgón 1.800 hombres y 400 caballos.—En total 31.177 hombres y 2.660 caballos (1).

* * *

En Asturias se contaba en Diciembre de 1808 con 44 jefes, 551 oficiales y 9.216 hombres, que se iban aumentando con los dispersos (2).

* * *

El ejército de Galicia se componía el 31 de Octubre de 1808 de 46.300 hombres, 1.000 artilleros con 30 piezas y ocho obuses y 362 caballos (3).

* * *

En Valencia se crearon, al comenzar la guerra, 25 batallones y cuatro escuadrones. con un total de 19.236 hombres.

Y en Murcia 13 batallones y un escuadrón con 8.400 hombres.

* * *

La división de Extremadura, cuando marchó hacia Madrid (Septiembre de 1808) á las órdenes de D. José Galluzo, estaba formada por 12.846 hombres y 1.114 caballos.

* * *

Por último, el ejército de reserva se componía en Noviembre de 1808 de 32.149 hombres, 470 artilleros y 434 caballos.

---

(1) Arteche.—*Historia militar de la guerra de la Independencia.*

(2) Documentos del marqués de la Romana.

(3) Documentos del marqués de la Romana.

© Biblioteca Nacional de España

Las guerrillas.

Guerrilla es, según el *Diccionario de la Lengua Española,* la partida de paisanos, por lo común no muy numerosa, que, al mando de un jefe particular y con poca ó ninguna dependencia de los del ejército, acosa y molesta al enemigo.

Desde los más remotos tiempos hemos tenido guerrillas en España, y no creemos exagerado afirmar que al nacer el español nació el guerrillero.

Los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los árabes, sintieron el efecto de nuestras guerrillas.

El ilustrado general Sr. Gómez de Arteche, luégo de citar la lucha de Amílcar y sus sucesores en la costa oriental, y de ocuparse de la llamada *guerra de fuego*—más tarde *guerra de moros*,—tan admirablemente definida en el libro de Polibio, señala á Indivil, á Mandonio, y sobre todo al gran Viriato, como jefes de guerrillas, más ó menos numerosas, con las mismas tendencias, actividad y valor que mostraron los que aparecieron durante la guerra de la Independencia en 1808.

Más adelante escribe:

«El guerrillero, sin grandes éxitos ante la disciplina romana, y débil contra el sin número de los bárbaros por la indiferencia española entre una y otra dominación, tomó gran incremento en la Edad Media, fomentándolo el sarraceno con sus discordias y algaradas.»

Otro estimable autor, dice que las guerrillas son en España una creación especial, hija de la naturaleza del suelo y del carácter de los nacionales.

Con efecto, la tierra quebrada, el suelo montuoso, la sobriedad y el valor de los españoles, su amor á la tierra en que nacen y á la libertad que disfrutan, les convierten en guerrilleros desde la cuna.

Para la mayoría de los historiadores Sestorio no fué en realidad más que un guerrillero; lo mismo que el insigne Pelayo, que con sus soldados irregulares reconquistó la Independencia de España desde las montañas de Covadonga.

En los siete siglos de guerra contra los árabes, la lucha no fué realmente más que guerra de guerrillas, sostenidas por bandas á las órdenes de un jefe que talaban y saqueaban la tierra de los sarracenos, á cuyas expediciones se llamaba *salir á los moros,* y á favor de cuyos triunfos se fueron formando los pequeños reinos de la Península, porque el jefe se establecía en el país conquistado y se proclamaba independiente, trocándose el guerrillero en señor y hasta en rey.

Bajo este punto de vista, Rodrigo de Vivar *(El Cid)* fué el primer guerrillero de su época.

Como los godos, los romanos y los árabes, los austriacos en la guerra de *Sucesión* y los franceses en la de la *Independencia*, encontraron en España al guerrillero, planta que jamás se seca en esta noble tierra.

Preguntan muchos—y es fama que Napoleón III lo hizo en 1870, cuando su lucha con Alemania,—¿quién manda, y cómo se forma la guerrilla? De la manera más sencilla. Un hombre, el de más valor ó más simpatías, se lanza al combate y le siguen el noble y el campesino, el fraile y el contrabandista, el estudiante y el mercader, el soldado y el arriero. Una vez reunidos, sin pararse á reflexionar que no tienen armas, ni caballos, ni uniformes, se lanzan á la lucha y toman al enemigo las armas y los caballos de que ellos carecen, y á seguida emprenden las más arriesgadas empresas y realizan actos que parecen fábulas ó novelas... ¡Tan grandes y tan extraordinarios son!...

Cierto que tras de ellos se encuentra el país que los auxilia, que los refuerza, que los instruye de la situación del enemigo.

Las guerrillas no tienen, por regla general, ni táctica ni estrategia, y ni los triunfos los enloquecen, ni las derrotas los abaten. Cuando pierden una acción, exclaman: —*¡No importa!*—y prosiguen su camino serenos, firmes y resueltos.

En las guerrillas no se tiene por deshonra el huir, porque no se huye por cobardía, sino para volver á juntarse en el punto marcado de antemano y volver á combatir, y esto una vez, y ciento y mil.

Las cualidades principales del guerrillero deben ser: agilidad, buena puntería, muy andariego, gran conocedor del terreno, va-

© Biblioteca Nacional de España

liente hasta la temeridad, poco amigo del sueño, audaz y sóbrio, activo y vigilante.

Las guerrillas, dice Toreno, cortas en número al principio, crecieron después prodigiosamente, y acaudilladas por jefes atrevidos, recorrían la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban como tropas ligeras. Las extorsiones de los soldados de Napoleón pasaban de lo inícuo, pues vivían de pesadísimas derramas y escandaloso pillaje, provocando crueles venganzasd e los pueblos, y éstas infames represalias de los franceses. Los alcaldes de los pueblos, los curas, los sugetos distinguidos, sin reparar en edad ni sexo, debían responder de la tranquilidad, y á pretexto de que tenían parientes ó relaciones con los guerrilleros, los enviaban á Francia cuando no los arcabuceaban.

Si no lo viésemos consignado en documentos auténticos, no creeríamos los actos de salvajismo realizados por los franceses, dando el ejemplo los mismos que debieran haber sido modelo de disciplina y mesura. Véase la prueba.

El general D'Amagnac trajo á Madrid del saqueo de la ciudad de Cuenca carros enteros cargados de carneros, gallinas y jamones, que vendía públicamente á las puertas del palacio del duque de Frias, en que se alojaba.

Lahoussaye y Blonadau, hicieron otro tanto.

Kellerman, en Valladolid, mandó aplicar fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos de un niño, acusado de llevar pólvora y balas á los guerrilleros, y que calló con el mayor heroismo.

Bessieres hizo fusilar á varios miembros de la Junta de Burgos.

Duvernet ejecutó á un alcalde, porque no le presentaba prófugos para atormentarlos en el calabozo, ú obligarles á servir á Napoleón.

Para estos hombres, el robo, el fusilamiento, la violación eran los actos más sencillos y naturales...

Con semejante conducta, las guerrillas aumentaron extraordinariamente.

Entre los guerrilleros que iremos presentando, por el orden en que se lanzaron al campo, los verá el lector de procedencias distintas, de carácter opuesto, de posición diferente y de opiniones diversas.

Los procedentes del ejército, ó los que deseaban pertenecer á él, aspiraban á organizar, instruir y disciplinar grandes fuerzas, ansiosos de hacer lo que algunos autores han llamado la *pequeña guerra*, y ensayarse para hacer luego la *grande*, combinando sus operaciones con las de los ejércitos y dando batallas en unión de ellos.

Los que habían salido al campo tan sólo por matar franceses y libertar á su querida patria, rechazaban toda autoridad, deseosos de realizar sus hazañas con absoluta independencia, pensando que para esta guerra de emboscadas y de asaltos y de sorpresas ningún general puede dar órdenes, porque son hijas la mayoría de las veces de la casualidad, y de no aprovechar el momento se pierde la ocasión.

En suma, querían repetir sus juegos de niños, *hacer la guerra á los moros*, ó sea la antigua *guerra de fuego*, como la llamaron los romanos.

Para éstos lo mismo era el fusil quitado al enemigo, que la vieja escopeta sacada del pueblo, por más que su ideal fuera el trabuco, esa *pequeña ametralladora*, como la ha llamado un distinguido militar, que espantaba á la caballería francesa y hacía retroceder á los invasores cuando ya creían tocar la victoria.

No falta escritor que opina que las guerrillas de 1808, exagerando el personalismo español, si contribuyeron al glorioso éxito de aquella guerra, causaron un daño terrible al aparecer en nuestras luchas civiles. Aparte de que el sol, que es el primero de los astros, tiene manchas, basta recordar que las guerrillas en nuestro país son tan antiguas, según hemos tratado de demostrar, como la misma España, y que Viriato, Pelayo y el Cid fueron los primeros guerrilleros, para convencernos de que lo ocurrido en nuestras guerras civiles no fué motivado por las guerrillas de 1808, sino cuando más la consecuencia del antiguo personalismo ibérico, de nuestro indomable corazón, de nuestro altivo carácter.

Vamos á concluir; los hechos de nuestros guerrilleros en la lucha por la independen-

© Biblioteca Nacional de España

cia son tan grandes, que, como dice el señor Díaz Baeza,

«No hay provincia en España en que no cuenten las madres á sus hijos los hechos de armas de algún guerrillero, pariente suyo... (1)»

Y es que el guerrillero era la nación en armas. El guerrillero se batía por la mañana y trabajaba por la tarde. Era el soldado y el ciudadano. Daba el trabajo á la familia y la vida á la patria. Compartía la existencia entre la nación y el hogar... ¡Puede darse nada más hermoso ni más grande!

Los guerrilleros son los campeones de nuestra santa independencia en siete años de incesante lucha, de constante batallar, de 1808 á 1814; como los antiguos paladines son valientes y generosos; vencidos algunas veces pero nunca domados, si por la mañana sufren una derrota por la tarde consiguen una victoria...

Los guerrilleros no tenían más casa que la techumbre celeste, ni otra cama que la dura tierra... No vivían, no sosegaban, no dormían... Eran la sombra eterna del invasor, su constante pesadilla, su eterna amenaza, fatigándole, sorprendiéndole y derrotándole. Los veremos en el relato de nuestra historia aparecer y desaparecer como los fuegos fatuos, y, merced á su increíble movilidad, anochecer en una provincia y amanecer en otra...

Los guerrilleros abandonaban familia y hogar y daban su vida por la patria con la sonrisa en los labios y la alegría en el alma. Salían de sus casas, llevando en sus labios el calor del amante beso del hijo querido ó de la mujer adorada, y pocas horas después morían en un camino solitario, en un hondo barranco, en una oscura cueva, lejos de todos los seres amados, y al exhalar el postrer aliento sólo pedían á su patria un recuerdo cariñoso, un puñado de tierra y una cruz, y espiraban, teniendo, como dijo el poeta:

El astro de la noche por lumbrera,
La piedad de los cielos por corona...

---

(1) Díaz Baeza.

Miqueletes, somatenes, mozos de escuadra y miñones.

Como quiera que los *miqueletes*, *somatenes* y los *mozos de escuadra* son las guerrillas de Cataluña, nos creemos obligados á hacer la historia de estas instituciones, por más que no sea de una manera tan detallada y minuciosa como desearíamos.

Los *miqueletes*, según el célebre historiador Melo, se llamaron antes Almogávares, y eran unos voluntarios de Cataluña y Aragón.

El almogávar era, en la antigua milicia, el soldado de una tropa escogida y muy diestra en la guerra, que vivía en los bosques y en los campos, y se empleaba en hacer incursiones en la tierra enemiga.

Estos mismos almogávares, catalanes y aragoneses, se hicieron famosos en Oriente con Roger de Flor.

También se llamaba almogávar el hombre del campo que, junto con otro y formando tropa, entraba á correr la tierra de su adversario; y añádese, que esta gente del campo se jactaba de conocer, por ciertas señales, el rastro de las personas y animales.

Según el citado Melo, el nombre de *miqueletes* lo tomaron de su antiguo jefe, *Miquelot de Prats*, compañero del famoso César Borgia (1500).

Otros autores suponen que se les dió el nombre de *miqueletes* por vestir un traje parecido al de San Miguel, esto es, casco, coraza con tonelete, y por calzado una especie de *caliga* ó bota pequeña, que no llegaba sino á media pierna, y que en los romanos era una armadura con clavos de hierro, que guarnecía la pierna.

El Sr. Bastús afirma que los *miqueletes* eran unas tropas ligeras, peculiares del Principado catalán, encargadas de defender los puestos escabrosos del Pirineo; y el erudito Sr. Barcia añade que también les estaba encomendada la persecución de malhechores y desertores.

En suma, los *miqueletes* vinieron á ser unos modernos *almogávares*, y lo prueba que en el siglo XVII los *miqueletes*, dice un historiador, siguiendo la tradición de los almogávares de *luchar siempre, sin cansarse*

© Biblioteca Nacional de España

jamás, formaron un cuerpo de tropas que fueron el terror de los soldados de Felipe IV.

En 1673, irritados los *miqueletes* del incendio de la Junquera, pidieron venganza al virey de Cataluña, duque de San Germán, quien les ofreció llevarlos al Rosellón así que tuviese organizada la expedición que proyectaba. No tardó el duque en cumplir su promesa, y en 1674, ordenadas las tropas, se dispuso á realizar lo prometido.

El pueblo de Massanet, situado cerca de la frontera de Francia, fué erigido en plaza de armas de los *miqueletes*, cuyo número y valor tenía aterrados á los franceses.

Los *miqueletes* ni querían, ni daban cuartel, y eran universalmente admirados y temidos por su indomable valor y su ferocidad casi salvaje, que los igualaba á los célebres y terribles almogávares.

El marqués de Riverolles, gobernador de Perpignan, que en el mes de Abril pasó la frontera con pocas fuerzas, al verse sitiado por los *miqueletes* y próximo á ser víctima de su coraje, ideó tentar su codicia ofreciéndoles rescatar su vida por una gruesa suma, teniendo la suerte de ser escuchado y admitido su dinero. Este fué el primer caso que se registra de que los *miqueletes* diesen cuartel, y de aquí en adelante, el deseo de obtener un buen rescate, los hizo algo más humanos.

También los franceses quisieron tener *miqueletes*, y en 1675 al invadir Cataluña, trajeron algunas compañías organizadas por Schomberg, para oponerlas en la Cerdaña y en Vallespir á las temibles de Cataluña, mandadas por Trinxeria y el *Baile* (1) *de Masagoda*, las cuales eran el terror y azote de las comarcas limítrofes, habiendo llegado á las puertas mismas de Perpignán, según dice Feliú.

Habiéndose retirado en Pont de Molins el ejército de D. Guillermo Cascar, delante de las tropas de Schomberg, dejándole dueño de Figueras y de casi todo el Ampurdán, los *miqueletes* fueron los únicos que le molestaron en su marcha, siempre activos y valientes, ya apareciendo, ya desapareciendo, presentándose de improviso y luchando siempre sin temor á la fatiga, al hambre, al calor ni al frío.

Siguieron los franceses avanzando, y los *miqueletes*, mandados por Lamberto Manera y el temible *Baile de Masagoda*, molestándolos; en uno de estos encuentros pereció el famoso *Baile*, calificado de valiente entre los valientes, y los *miqueletes*, ansiosos de vengarle, diezmaban á los franceses en expediciones arriesgadísimas llevadas á cabo con un éxito completo, bajo el mando del capitán Trinxeria, que había reemplazado al *Baile de Masagoda*.

Quiso Schomberg destruir la villa de Massanet, que era el cuartel general de ellos, y envió 4.000 hombres y 500 caballos con el general Le Bret; el capitán José Boneu, con un puñado de *miqueletes*, defendió la población calle por calle y casa por casa, retirándose por último á la iglesia, donde tuvo que rendirse, siendo la villa entrada á sangre y fuego. En cambio, el capitán Trinxeria cayó á mediados de Junio de 1684 sobre Báscara, y trajo prisionera á Barcelona toda la guarnición francesa que en ella había dejado Bellefons.

En 1692, de orden del duque de Medina-Sidonia, atacaron los *miqueletes* á Maurellas, cogiendo prisioneros todos los franceses; y en 1695, al dirigirse los franceses contra la villa de San Esteban de Osas, que se había negado á pagarles una contribución, cayeron sobre ellos los *miqueletes* y *somatenes* mandados por el Veguer de Vich, Raimundo Sala y José Mas de Roda, y los vencieron, causándoles 260 muertos, entre ellos su jefe Juigué, y 800 prisioneros que llevaron á Barcelona.

Debióse al valor de estos hombres y de sus jefes Sala, Roda, Valerio Saleta y Blas Trinxeria, las derrotas sucesivas de los franceses en Arguelagués, San Lorenzo de la Muga, Castellfollit y otra porción de victorias.

Tan considerados llegaron á ser que, según un autor, el virey de Cataluña, marqués de Castañaga, cuando veía llegar una compañía de estos paisanos bajaba de su palacio á recibirla, ó la mandaba subir y tocar sus famosos caracoles marinos.

(1) Juez ordinario de ciertos pueblos de señorío.

© Biblioteca Nacional de España

De 1714 á 1720 los *miqueletes* tomaron parte en toda la campaña, mandados por Moragas y Barceló, vulgarmente conocido por *Carrasclá*, quien al frente de una compañía logró penetrar en la importante ciudad de Reus el 26 de Julio de 1719.

En 1776, el capitán Trinxeria, hijo de Blas, derrotó á los franceses, á pesar de la superioridad de fuerzas, en las cercanías de Besalú.

De nuevo la Francia, que estaba enamorada de esta institución, al comenzar la guerra en 1790 hizo aparecer en la frontera sus *miqueletes* con el nombre de *Cazadores de montaña*, ó *Cazadores buenos-tiradores*.

Y en 1808 Napoleón creó una tropa ligera, á la que dió el nombre de *miqueletes franceses*, para competir con los creados por la Junta de Lérida, sin tener en cuenta los fracasos anteriores, y sin comprender que ni los franceses mostraban haber nacido para hacer la guerra de guerrilla, ni jamás una copia, por buena que sea, valdrá lo que vale el original.

***

Digamos algo de los *somatenes*.

El *somatén* es una reunión numerosa de gente armada y mantenida á costa de algún pueblo, sin disciplina ni organización militar, para defender su territorio. Esta fuerza se reune al toque de la campana tocando á somatén, que en catalán significa *estar atento*, *estar alerta*, y al terrible grito de *¡Via fora!* y desde tiempo inmemorial, es conocida en Cataluña.

***

Para terminar, nos ocuparemos de otra fuerza que alcanzó también en Cataluña justa celebridad. Nos referimos á los *Mozos de Escuadra*.

La escuadra de mozos de Valls, creada en 1690 por D. Pedro Antonio Veciana, para perseguir malhechores y vigilar los caminos, fué reorganizada en 1700 para exterminar á los partidarios del archiduque Carlos en la guerra de *Sucesión*, que se distinguían de los de Felipe V en la defensa de las libertades catalanas y en llevar el pelo suelto, mientras los de Felipe lo llevaban recogido en una bolsa (1).

El 21 de Abril de 1719 volvió á reorganizarse esta fuerza, que se componía de un comandante primero, un segundo, 14 cabos (todos oficiales del ejército) y 252 mozos distribuídos en los 14 corregimientos en que se hallaba dividida Cataluña, de cuyos fondos eran mantenidos, siendo preferidos para comandantes los descendientes de la casa Veciana, de Valls (decreto de 1793), por haber sido uno de sus ascendientes, *Baile* de Valls, el organizador del cuerpo y destructor de gran número de malhechores; su principal misión era recorrer los pueblos y caminos, dar favor á las justicias, prender delincuentes y gente mal entretenida y velar por la tranquilidad del Principado.

Fué reglamentada como fuerza militar y dependiente del capitán general de Cataluña en 1817, y en 1820 recibió un aumento de 98 plazas, experimentando en diferentes épocas diversas modificaciones (2).

***

Miñón era un soldado de tropa ligera, destinada á la persecución de ladrones y contrabandistas y á la custodia de los bosques reales.

El sentido de soldado en los *miñones* viene, según consigna el Sr. Barcia en su *Diccionario Etimológico*, del catalán *minyó*, mozo de la escuadra, en donde domina el significado de *mozo*, y tanto valdría que el catalán dijera: *noy de la escuadra*.

Los *miñones* los había en Valencia (y aun creemos que en Aragón), y á las órdenes del brigadier D. José Caro lucharon denodadamente contra los franceses en la guerra de la Independencia.

Juan Martín (El Empecinado).

Algo hemos de añadir á lo dicho anteriormente cuando presentamos al *Empecinado* en casa del marqués.

---

(1) J. Ortega y Espinós.—*Historia de las Escuadras de Cataluña.*

(2) Bastús.—*Memorandum anual y perpetuo.*

© Biblioteca Nacional de España

Juan Martín había nacido en el año de 1775, en Castrillo de Duero, y era hijo de Juan Martín, natural del pueblo de Fuentidueña, en la provincia de Segovia, y de Luisa Díaz, que lo era de Castrillo de Duero, labradores regularmente acomodados. El sobrenombre de *El Empecinado* lo debía Juan Martín á un arroyo ó *pecina* que hay en Castrillo de Duero, y por la cual á todos los hijos del pueblo los llaman *empecinados*. Nuestro héroe no sólo aceptó con orgullo el apodo, sino que firmaba con él, y en 1814 se le permitió de Real orden que pudiera usarle en todos los documentos oficiales.

Travieso y resuelto como pocos, á los catorce años encerró á pedradas en la Casa del Ayuntamiento á los concejales, deseosos de prenderle porque le encontraron vendimiando una viña.

A los dieziocho años cayó soldado, y habiéndose negado tenazmente á que sus padres lo librasen, porque tal sacrificio era la ruina de ellos y de los tres hermanos que tenía, ingresó en el ejército é hizo valientemente toda la campaña del Rosellón.

Terminada la guerra volvió á Burgos, y allí se enamoró de Catalina de la Fuente, que servía en la casa de doña Teresa Miranda y de su esposo D. Pedro de la Albericia Juan Martín agradó por igual á doña Teresa y á D. Pedro, por el gran cariño que profesaba á su hijo Carlos, niño á la sazón de pocos años. Los dos esposos decidieron protegerlos, pues querían mucho á Catalina, y no contentos con ser sus padrinos de boda, los ayudaron á establecerse en Fuentecén, pueblo en donde Catalina había nacido, á cuatro leguas de Burgos, y á donde iban á pasar los veranos.

Juan Martín, que era un hombre todo corazón, no olvidó jamás tantos favores y tan generosos beneficios, y cuando D. Pedro de la Albericia murió, él se consagró al cuidado de doña Teresa y de su hijo con un amor que rayaba en idolatría.

Se halla situada la villa de Fuentecén en un pequeño declive, y está dominada por dos cerros al Sur y Este. Sus calles son empedradas y alegres, y en la plaza hay dos fuentes circundadas por dos hermosos pilones de piedra. La Iglesia parroquial, dedicada á San Mamés y emplazada en el extremo oriental del pueblo, es de sólida construcción, con tres naves, siete retablos y un órgano, contándose además tres ermitas, *Santa Ana*, la *Concepción* y *Santa Lucía;* tiene la villa un prado de pasto con regadío que produce buenas y abundantes hierbas, y dos pequeñas vegas, fertilizadas por las aguas traídas por dos cauces, uno de los cuales sirve además para mover un molino harinero; y mucho arbolado, especialmente frutal, de olmo y álamo; el terreno produce trigo, centeno, patatas, alubias, vino, cebada y cáñamo, y el camino local de herradura es muy frecuentado por los arrieros que pasan desde Zaragoza para Valladolid, Zamora y Salamanca.

Todos los veranos iba Juan Martín á Burgos por el niño Carlos para traerlo á Fuentecén: él lo llevaba á las eras y reía como un tonto cuando le veía arrear con el látigo á las mulas y caer del trillo al arrancar las bestias; él le construía trampas y lazos para cazar pájaros, ó le subía en sus robustos hombros para alcanzar los nidos, ó le llevaba al molino á ver la caída del agua; él le traía las primeras y más sabrosas frutas; él le llevaba á la vendimia, gozando en ver arrancar al niño los primeros frutos de las cepas, y pintarse la cara con el zumo de las moras; él le enseñaba á montar á caballo y le hacía un sable de madera para matar franceses; y por la noche, á la luz de las estrellas, aspirando el aroma de las flores, le contaba sus campañas del Rosellón, que Carlos escuchaba con infantil curiosidad, ó le sentaba en sus rodillas, y le dormía contra su pecho como la madre más amante pudiera hacerlo... Y cuando el niño creció y emprendió sus estudios, ¡con qué gozo saboreaba Juan Martín los adelantos de Carlos!... ¡Ah, es que el *Empecinado* no tenía hijos y aquel niño lo era para él!

Es fama que en 1808 quiso Juan Martín oponerse á la marcha de Fernando á Bayona; y que al pasar el infante D. Antonio el día 4 de Mayo por Burgos, con dirección á Francia, el *Empecinado* dijo á los grupos que contemplaban indignados al infante:

—Estos no volverán hasta que no los trai-

© Biblioteca Nacional de España

gamos nosotros á costa de nuestra sangre...

Y aquella misma noche se volvió indignado y sombrío á Fuentecén.

Al saber la muerte de Carlos, de su niño querido, juró á doña Teresa vengarlo de una manera terrible, y lo cumplió.

El *Empecinado* era, como buen castellano viejo, algo serio, taciturno y reflexivo, pero sencillo, ingénuo, galán, y de un corazón tan humano, que en varias ocasiones su bondad estuvo á punto de perderlo... Era necesario que los franceses hubiesen violado á su patria querida y asesinado al niño Carlos, al hijo de su madrina doña Teresa, de aquella mujer á quien él quería como á una madre y reverenciaba como una santa, para que Juan Martín hiciese lo que hizo.

El *Empecinado,* que conservaba en su corazón el espíritu bélico, se lanzó al campo con sus tres hermanos, decidido á sacrificarse por su patria, resuelto á vengar á su Carlos, y detuvo correos, y batió destacamentos, y desde aquel instante no hubo francés seguro en toda la provincia.

El campesino, á quien los franceses no tardaron en apellidar capitán de *bandidos* (tal nombre daban á nuestros guerrilleros), se acreditaba más cada día de heróico combatiente y de experto capitán.

Organización hecha para la guerra, Juan Martín, desaliñado en el vestir, poco amigo de palabras inútiles, de anchas espaldas, de cuerpo arrogante, de mirada expresiva, de músculos de hierro, fué bien pronto el ídolo de los campesinos, que corrían á engrosar su partida, y que antes se habrían dejado quemar vivos que delatar á su querido *Empecinado.*

Juan Martín recorría las comarcas de Aranda, Segovia y Sepúlveda; se burlaba de los franceses; entretenía sus fuerzas; hacía prisioneros; diezmaba á los imperiales, y cuando le juzgaban sitiado y próximo á caer en sus manos, cercado en la sierra de Avila, el *Empecinado* aparecía en Ciudad-Rodrigo, es decir, en la provincia de Salamanca.

Cuando doña Teresa pensó en noticiar á sus hermanos D. Juan Antonio y Pepita la triste nueva del asesinato de su hijo, Juan Martín no quiso ceder á nadie el honor de correr el peligro; y ni las súplicas de Catalina, ni las reflexiones de doña Teresa, bastaron á disuadirle de su empeño.

—Quiero ir á Madrid para conocer á sus hermanos de V.; quiero ver á los petrimetres de la corte; y, sobre todo, ¡quiero ver á los asesinos de aquellos valientes patriotas —añadió con rabia,—para hacer coraje y concluir con todos!

—¿Y si te descubren?

—Imposible... Hay un angel—dijo elevando los ojos al cielo,—que ruega á los pies de Dios por el pobre Juan, mi niño del alma, mi Carlos adorado... ¡Oh!—exclamó de repente con voz empañada por el furor y por las lágrimas,—le vengaré, sí, le vengaré... Juan Martín era humano y bueno, y ellos con sus infamias le han convertido en una fiera... Pues, yo se lo juro por el Santo Cristo de Burgos, toda la sangre del ejército francés no bastará á pagar la muerte de mi niño... Yo no soy más que un triste campesino; pero usted, doña Teresa, y tú, Catalina, los dos seres que más amo en la tierra, y que juntos con mis hermanos forman toda mi familia, han de oir hablar del *Empecinado,* del pobre labrador de Fuentecén...

El cura Merino.

En la pequeña villa de Villoviado, sita en el fértil y dilatado valle de Esgueva, al pie de la cordillera conocida por el *Risco,* enclavada en la provincia de Burgos y dependiente de la abadía de Lerma, nació don Jerómino Merino, el día 30 de Setiembre de 1769.

Hijo segundo de unos pobres labradores que se sostenían con el producto de algunas tierras de que eran dueños, Jerónimo les ayudaba en sus campestres faenas, hasta donde lo permitía su débil cuerpo, ora guardando las cabras que poseían, ora recogiendo leña para el fuego, robusteciendo poco á poco en estos ejercicios corporales su pobre naturaleza.

Sus padres, que le veían enfermo y triste, pensaron dedicarle á las letras y apartarle de las rudas faenas del campo, idea que aprobó el cura de Villoviado, que estimaba mucho á Jerónimo por sus delicadas facciones y natural despejo, y le juzgaba un sábio

© Biblioteca Nacional de España

en miniatura, siendo enviado á Lerma para estudiar latín, con ánimo de que siguiera la carrera eclesiástica.

La muerte de su hermano mayor le obligó á regresar á Villoviado, viéndose forzados sus padres á retirarle de los estudios para que les ayudase en sus trabajos, si bien, atendiendo á su debilidad y falta de fuerzas, le encomendaban los menos penosos, y con especialidad el cuidado de apacentar las cabras en el cercano monte.

La vida pastoril, la soledad de los campos, la tranquilidad de los valles, despertaron en el niño las ideas un tanto agrestes y selváticas que luégo mostró el hombre; y merced á su ocupación llegó á conocer los cerros, las peñas, los senderos extraviados, los barrancos ocultos, los árboles y hasta las matas como no los conocía el más viejo de los campesinos.

Las quintas le hicieron soldado y tuvo que ingresar en el Provincial de Burgos; pero Jerónimo, acostumbrado á la libertad, no pudo avenirse con aquella esclavitud, y en la primera ocasión que tuvo desertó, sin que fuera perseguido, quizás por tratarse de un individuo de milicias provinciales y no de un soldado de línea.

Contaba Jerónimo veintiun años cuando falleció el cura de Villoviado, que tanto le quería, y su familia pensó en que el antiguo estudiante volviese á los libros y ocupase el curato. Gracias al apoyo del párroco de Covarrubias, y á que el joven se aplicó hasta donde su ordinario talento se lo permitía, á los dieciocho meses de haber estudiado moral, ya que teología y cánones no era posible en tan corto tiempo, cantó Jerónimo su primera misa en la iglesia parroquial de San Vítores, de Villoviado, obteniendo el curato merced á la protección del párroco de Covarrubias.

Su vida se deslizaba tranquila entre las ocupaciones de su ministerio y el cariño de sus parientes y amigos, ya apacentando las cabras que poseía, ya cazando en los montes, porque el curato de Villoviado, pueblo de 30 casas y 102 vecinos, no podía darle grandes rentas.

El 16 de Enero de 1808 se presentó en Villoviado un destacamento del ejército francés de Dupont, pidiendo bagajes para continuar su marcha hacia Lerma, y no habiendo hallado los suficientes, embargaron, según su bárbara costumbre, á varias personas del pueblo para que hicieran el servicio de acémilas. Merino se vió sujeto á tan humillante orden, y entre la mofa y las risas de los soldados, fué cargado con el bombo, los platillos y otros instrumentos de música. Todo lo sufrió con aparente resignación, pero al llegar á la plaza de Lerma tiró la carga, y dirigiéndose á algunos oficiales que se reían de él, y poniendo los dedos en cruz, les dijo:

—«Os juro por ésta que me la habéis de pagar.»

Merino recibió algunos culatazos de los soldados por su juramento y su amenaza, y poco faltó para que un oficial francés no le atravesara con la espada.

Desde aquel punto y hora Merino no pudo gozar de paz, ni de tranquilidad, ni de calma... Su cerebro hervía...

Deciase que en él habían escarnecido los franceses al hombre, que es la imagen de Dios, y al sacerdote que es su representante en la tierra, y que no era posible perdonar semejante afrenta.

El hombre—se decia—puede perdonar, porque él es rey de su persona, su único y soberano dueño... pero el sacerdote no, porque no se pertenece, porque tiene la alta investidura de ministro de Dios, porque no es un hombre, es el representante de Cristo sobre la tierra...

Mas, ¿acaso Dios no manda perdonar las injurias y poner la mejilla derecha si en la izquierda se ha recibido una bofetada?... Sí, pero cuando la ofensa vaya dirigida al hombre, no al Dios, al hermano, no al Padre... En tal caso sólo Él, solo Dios, como principio y fin de todas las cosas, sólo Él, que es uno y trino, y en quien se reunen por misterioso y divino concierto el Dios de las Misericordias y el Dios de las Justicias, sólo Él —repetía con tenaz empeño—podría perdonar tamaña injuria.

Largo tiempo combatió Merino la idea de la venganza... pero el recuerdo de la ofensa hecha á la santa religión del Crucificado en su persona, y las iniquidades que diariamente cometían los franceses, agitaban su cora-

© Biblioteca Nacional de España

zón, y ni podía comer, ni dormir, ni rezar sin que una voz secreta, una voz que en vano quería ahogar en su pecho, le gritase: *¡Venganza!*

—No es posible—se dijo un día—que Dios quiera dejar impunes tan infames hazañas... La bondad celeste tiene sus límites... ¿No destruyó el cielo por sus crímenes al pueblo judío elegido por Dios para recibir y conservar las verdades religiosas?... ¿Qué hacer, Jerónimo, qué hacer?

En tal situación, llegó un día en que Merino, no pudiendo soportar aquella existencia de vacilaciones, de inquietudes y de dudas, resolvió desagraviar al Dios que representaba, al hombre de quien era imagen, á la patria en que había nacido, y decidido á llegar hasta el martirio, si era necesario, se propu-



NAPOLEÓN I.

so luchar hasta morir, y armado de una escopeta en el mesón de Quintanilla, fué á ocultarse en un bosque inmediato, y uno de los correos franceses enviados de una división á otra, fué muerto por su certero tiro.

Roto el dique que separaba al humilde cura de aldea del terrible guerrillero, sólo pensó ya en continuar su venganza. Tornó al pueblo, y seguido de su criado, guarecido por las malezas y oculto por los matorrales, prosiguió su obra, diciéndole cuando se acercaba un destacamento francés:

—Apunta siempre á los que veas más majos, que yo haré lo mismo.

Cada tiro de Merino, el cazador infatigable de liebres y perdices, tan abundantes en los montes llamados del *Risco*, era una víctima. A poco se le unió un sobrino suyo, y luégo varios paisanos, á los que Merino había comunicado su odio á los franceses, y desde los montes poblados de robles y enci-

© Biblioteca Nacional de España

nas, desde las canteras de piedra blanca y caliza, desde los caminos locales, tras de los árboles, los tiros de aquellos hombres diezmaban á los franceses que huían despavoridos al solo nombre de Merino.

Por esta época contaba D. Jerónimo, vulgarmente llamado el *Cura Merino*, unos treinta y nueve años.

Según sus mejores biógrafos, era de estatura regular; más bien delgado que grueso; de complexión nerviosa, muy velludo, y de mirada viva y ardiente, que denunciaba más que al modesto sacerdote al hombre de fuertes pasiones. Mostrábase poco jactancioso y menos hablador; comía poco; no bebía vino, ni licores; no fumaba, y sólo dormía tres horas. Su traje consistía en un calzón de ante, polaina antigua, levitón raído y un sombrero de copa muy deteriorado.

De este conjunto heterogéneo, de esta mezcla extraña resultaba necesariamente un tipo por demás original en que se mezclaban lo profano y lo religioso, el pastor y el guerrero, el clérigo de principios rígidos y austeros, el soldado de opiniones absolutas y el hombre de principios liberales. Por extraño que parezca, no decimos más que la verdad. El cura Merino reunía en su persona las más opuestas ideas. Era grande y pequeño, alto y bajo, noble y plebeyo. Enemigo de los poderosos, y siempre reñido con la etiqueta, decía públicamente que Dios había criado al hombre derecho, y que el hombre era el que se empeñaba en torcerse y en encorvarse; que para saludar á una persona bastaba con una inclinación de cabeza, en señal de respeto y deferencia, y que el hacer gestos y contorsiones y arrastrarse ante los poderosos era indigno de la alta misión que Dios había dado al hombre en el mundo...

Merino comenzó por vestir á sus guerrilleros con los despojos de los enemigos; sólo de este modo se explica que cada individuo de su partida llevase un traje distinto, y que la mayoría se engalanase con los uniformes y capotes cogidos á los franceses... él mismo usaba dos caballos, uno el que montaba y otro que llevaba de refresco, tomados á los imperiales...

En poco tiempo conquistó el cura Merino grande celebridad... Esta celebridad le llenaba de orgullo y de alegría, y cuando le hablaban de ella, decía:

—Dios, el hombre y la patria se vengan por mi mano; y los franceses, lejos de reir, como en el camino de Lerma, lloran lágrimas de sangre al pie del mesón de Quintanilla.

Nuevos campeones.

Villaluenga de la Sagra es una villa de la provincia de Toledo, de algunas 1.000 almas, situada en un valle, que cuenta con más de 280 casas, de tapias de tierra; una plaza y veinte calles; una buena casa de Ayuntamiento; tierras labrantías; prados de buenas hierbas; canteras de cal y greda; caminos vecinales; y un arroyo que nace á cien pasos de la villa, la cruza de Oeste á Norte, y entra luégo en el río *Guaten* ó *Guadatén*.

Apenas llegó á esta villa la noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo en la capital, se reunieron algunos buenos patriotas para interceptar las comunicaciones entre Madrid y Toledo, ya que por la pequeñez de sus fuerzas y la especial situación de la villa no les fuera posible hacer otra cosa.

D. Juan Palarea, médico titular de Villaluenga, se puso á su frente, y ora desde un castillo arruinado, conocido con el nombre del Aguila, que se alza á la parte Sur de la villa, en un cerro bastante alto, único que existe en todo el término; ora desde la ribera izquierda del Tajo, hostilizaban los paisanos á los franceses con tal intrepidez, y, sobre todo, con tan certera puntería, que los generales de Napoleón, y muy especialmente el mariscal Víctor, trataron de destruir aquel puñado de valientes que de tal modo diezmaban á sus soldados y concluían con sus oficiales.

Estos no eran más que ensayos. D. Juan Palarea, más conocido por *El Médico*, á causa de su profesión, ardiendo en amor patrio, deseaba organizar una fuerza permanente, si así puede decirse, una guerrilla que, en lucha constante, mostrase á los invasores lo que valían los nietos del esforzado Padilla.

Para ello trabajaba sin descanso, y no hemos de tardar mucho en verle realizar su noble propósito, porque D. Juan Palarea reunía condiciones extraordinarias para la

©.Biblioteca Nacional de España

guerra, quizás más que para la medicina, que, sin embargo, ejercía con gran crédito, condiciones que le conquistaron un gran nombre en esta lucha, y que luégo le hicieron ocupar los más altos cargos de la milicia.

* * *

Por la Mancha apareció un nuevo y valeroso campeón de la Independencia.

El escribano D. Isidoro Mir, hombre de ánimo entero, patriota de corazón, y de un valor á toda prueba, se puso á la cabeza de ocho hombres decididos, resuelto á batir á los franceses.

¡Ocho hombres! dirá algún lector sonriendo. ¿Y qué se proponía hacer con tan exígua fuerza?

Vamos á verlo.

En los últimos días del mes de Mayo, sin que le arredrase el número, ni la calidad de los enemigos, ni la perfección de sus armas, atacó la villa de Consuegra, sorprendió á los treinta dragones franceses que la guardaban, y no satisfecho aún, hizo retroceder á sesenta soldados de infantería que conducían dos millones de reales para el general Sebastiani, y si no se apoderó de tan rico botín, y pasó á cuchillo los soldados, fué porque los franceses echaron á correr como tímidas liebres huyendo de Mir y de sus *¡ocho!* hombres, y no pararon hasta Orgaz, punto en que los imperiales tenían una fuerte guarnición.

De estas hazañas veremos realizar muchas á D. Isidoro Mir y á todos los guerrilleros, quienes, para combatir á los franceses, ni contaban el número, ni les importaba la desigualdad de fuerzas, ni menos les intimidaba la fama de invencibles de que los soldados de Napoleón venían precedidos. ¡Tal ha sido, es y será nuestro carácter! Por eso la mayoría de nuestras victorias se debió á ese genio invisible, al general *No importa*. Con efecto, esa era la frase sacramental, la respuesta obligada de todo guerrillero.—Que son diez veces más que nosotros, decía uno. —*No importa*, contestaban los otros.—Que tienen mejores armas, advertía alguno.—*No importa*, respondían los demás. Ese desprecio de la vida, ese amor á la patria, esa indiferencia ante el peligro, ese eterno *No importa*, nos salvó entonces y nos salvará siempre y nos hará invencibles, porque desgraciado el pueblo que para combatirlos cuenta sus enemigos.

* * *

En los últimos días del mes de Mayo, se dejó ver por Higuera de las Dueñas, lugar de la provincia de Toledo, lindante con la de Extremadura, el famoso presbítero D. Miguel de Quero.

Este valeroso sacerdote abandonó el altar por la patria, y bien pronto conquistó una justa nombradía.

Puesto á la cabeza de doce paisanos, en su mayoría feligreses suyos, salió á campaña, y su primera acción fué desafiar y obligar á batirse á cuarenta y seis dragones que se dirigían contra Escalona. La lucha fué reñida, el combate sangriento, pero D. Miguel de Quero y sus guerrilleros eran bravos y terribles, y bien pronto el triunfo coronó sus esfuerzos. El resultado fué dejar trece dragones muertos sobre el campo, y hacer prisioneros á los treinta y dos restantes, que el famoso presbítero se apresuró á presentar, como trofeo de su victoria, á la Junta de Badajoz, cuyos individuos apenas si podían creer que doce paisanos mal armados hubiesen podido vencer á 46 soldados, tenidos por los mejores del mundo.

* * *

D. Feliciano, D. Francisco, D. Felix y don Antonio Cuesta, eran cuatro hermanos nacidos en Torrecilla de la Tiesa, no lejos de la ciudad de Trujillo, en Extremadura.

Su buen padre, con objeto de libertarlos del servicio militar, trasladó su vecindad al pueblo recientemente fundado por Carlos III, en honor del cual se le dió el nombre de *Villarreal de San Carlos*, en la margen izquierda del Tajo, junto al puente del Cardenal, hoy conocida con el nombre de Lugar Nuevo.

Escrito estaba sin duda en el libro del destino que los cuatro hermanos fuesen solda-

© Biblioteca Nacional de España

dos, de una ó de otra manera; así es que apenas resonó el grito de Independencia, que puso en armas á toda la juventud española, D. Feliciano, seguido de sus tres hermanos, el menor de los cuales, Antonio, sólo contaba diez años, y de algunos otros compañeros, volaron al combate, ansiosos de medir sus armas con los invasores de su patria.

Al ver la heróica resolución de estos cuatro hermanos, el ánimo se suspende y la imaginación se traslada involuntariamente á otras épocas y otros pueblos, y acude á la mente el recuerdo de aquellos valerosos Horacios que en el reinado de Tulio Hostilio combatieron á favor de Roma contra los tres Curacios, también hermanos y campeones de la ciudad de Alba, en presencia de los ejércitos romano y albano, para decidir con la victoria la supremacía de cada pueblo; con la diferencia á favor del nuestro de que, como hemos visto por los datos anteriormente expuestos, Francia contaba con sesenta y cinco millones entre habitantes y tributarios, y España poco más de diez, y con un ejército de millón y medio de combatientes contra cien mil hombres, que eran los únicos soldados que podíamos oponer á sus centuplicadas fuerzas.

En la primera acción que sostuvieron los hermanos Cuesta contra los franceses, se encontraron con que eran uno para veinte, saliendo derrotados nuestros guerrilleros, y el niño Antonio, á quien sus hermanos no echaron de menos en los primeros instantes, quedó en el campo, oculto tras de un árbol, y casi en poder de los imperiales.

No se intimidó el muchacho, y amparado de la oscuridad de la noche, con un ánimo imposible de elogiar como se merece, procuró orientarse y fué á dar con una venta, en cuyo pajar buscó un refugio saltando las tapias, gateando por las paredes y entrando por la ventana, concluyendo por dormirse sobre la paja con esa tranquilidad propia de los pocos años.

Por desgracia, no tardaron en llegar á la venta los mismos franceses que habían derrotado á sus hermanos y á él, y Antonio vió interrumpido su sueño por los soldados que iban al pajar en busca de pienso para sus caballos. Posible es que un hombre al despertarse entre sus enemigos hubiese temblado, denunciándose á sí propio; Antonio permaneció tranquilo y continuó haciendo que dormía, y los franceses ningún daño le hicieron, porque... ¿cómo era posible que imaginasen que aquel niño de diez años era un guerrillero; que aquella criatura que dormía tan sosegadamente era uno de los individuos de la partida que ellos acababan de batir, merced á la superioridad de sus fuerzas?

A pesar de sus pocos años bien comprendió el niño el grave peligro que había corrido y el riesgo en que se hallaba si por desgracia llegaban á sospechar de él, ó alguno le descubría, y jugando el todo por el todo, emprendió la fuga, descolgándose del pajar al patio, y desde allí al campo... Ni la soledad de los bosques, ni la oscuridad de la noche, ni el aislamiento en que se hallaba, ni el peligro que corría, ni sus pocos años, ni la posibilidad de caer en manos de alguno de los innumerables destacamentos franceses que recorrían el país, nada le detuvo.

El cielo quiso premiar sus nobles esfuerzos, y á las pocas horas dió con sus hermanos y amigos, que no habían querido alejarse mucho del lugar del combate, ansiosos de encontrarle. Sus hermanos le colmaron de caricias y los guerrilleros de abrazos, y con ellos volvió á compartir desde el día siguiente la heróica tarea de luchar por la Independencia patria.

El nuevo rey.

Por la negativa de su hermano Luis, rey de Holanda, que no quiso dejar un trono cierto por otro dudoso, el 6 de Junio publicó Napoleón un simple decreto nombrando el nuevo monarca de España, redactado en esta forma:

«Napoleón, por la gracia de Dios, etc... La Junta de Estado, el Consejo de Castilla y la villa de Madrid, etc., habiéndonos por sus exposiciones hecho entender que el bien de España exigía que se pusiese pronto término al interregno, hemos resuelto proclamar, como Nos proclamamos por las presentes, Rey de España y de las Indias, á nuestro

© Biblioteca Nacional de España

muy amado hermano José Napoleón, actualmente rey de Nápoles y de Sicilia.—Garantimos al Rey de las Españas la independencia y la integridad de sus estados, así los de Europa como los de Africa, Asia y América.»

José Bonaparte, hermano mayor de Napoleón, había nacido como él en la isla de Córcega en 1768.

Dedicado á la abogacía por sus padres, estudió en Pisa y Borgoña, y al regresar á Córcega, en 1785, obtuvo un modesto empleo; luégo se dedicó al comercio en Marsella, hasta que en 1794 casó con la hija de



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

JOSÉ BONAPARTE

Mr. Clary, uno de los más ricos negociantes de aquella ciudad.

Acompañó á su hermano Napoleón á Italia, en calidad de comisario, y por empeño de él fué nombrado individuo del Consejo de los Quinientos y después embajador en Roma; pero como su palacio era el refugio de los italianos descontentos, produjose un rompimiento entre el Papa y José, que con el asesinato del general Duphot, fué causa de la ocupación de Roma por los franceses.

Ya en París, y en el Consejo de los Quinientos, trabajó José para la jornada tristemente célebre de 18 de Brumario, que debía

© Biblioteca Nacional de España

hacer á su hermano Napoleón dueño del país. En justa recompensa, fué nombrado consejero de Estado; y al erigirse el gobierno consular firmó como plenipotenciario los tratados de paz con los Estados-Unidos, Austria é Inglaterra.

Coronado Napoleón emperador (1804), fué declarado José príncipe francés, y designado para suceder á su hermano, en el caso de fallecer éste sin heredero legítimo.

Puesto al frente del ejército enviado á conquistar á Nápoles, por más que no tuviese aficiones militares, ni talentos guerreros, se apoderó del reino y de la corona... ¡Parecía que José estaba destinado á sustituir á los Borbones!... Primero en Nápoles, luégo en España... ¡Pero también sentenciado á no gozar de la posesión de estas coronas!

No seremos nosotros de los que le calumnien, ni menos le injurien. Ante todo, comprendemos la alta misión del historiador, que es ser veraz, y creemos que, como decía un ilustre autor, la historia está llamada á *narrar* y no á *injuriar*.

José Bonaparte fué un hombre que mejoró la administración del reino de Nápoles, protegió las artes y en nada vejó á sus súbditos.

Napoleón no pudo hacerle adoptar la majestuosa etiqueta de que quiso se rodeasen todos sus hermanos cuando él se proclamó emperador.

José poseía una buena ilustración, un talento nada vulgar, una palabra fácil, carácter suave, condición llana y costumbres sencillas. En cambio le faltaba energía y actividad, y le sobraba una marcada propensión á los deleites, que fué la causa sin duda de que España le creyera entregado á la crápula y á los vicios.

Temeroso Napoleón de que no aceptara la nueva corona, le llamó á Bayona, pero sin decirle el motivo, y la víspera de su llegada publicó el decreto que hemos copiado. Al otro día salió á recibirle hasta seis leguas más allá de la ciudad, y celebró con José una importante conferencia. Imposible es saber lo que hablarían, pero no creemos aventurado pensar que Napoleón haría ver á su hermano la imposibilidad de renunciar el trono de España, después del decreto publicado por él el día anterior; la necesidad que tenía, para conservar su imperio, de contar en España con un aliado fiel que le ayudase contra todas las demás naciones; y la conveniencia de que ocupase el trono de Nápoles, que él dejaba vacante, su hermano Luciano.

José, aunque sin deseo ni gusto, se sacrificó una vez más por su hermano y aceptó.

Napoleón, para acabar de conquistar el ánimo de José, tenía arreglada una nueva comedia, para disponer las cuales se mostraba un artista consumado, pudiendo asegurarse que era tan buen guerrero como buen cómico, la de presentarle varias comisiones de españoles que habían venido á Bayona—le dijo,—ansiosos de felicitarle.

Aquella noche, en las salas del palacio de Marrac, en cuyo recinto tantas infamias se consumaron contra la noble España, se reunieron los españoles que en Bayona se iban juntando para la reunión de las Cortes, y divididos en cuatro comisiones en representación de la Grandeza, del Consejo de Castilla, de los de la Inquisición, Hacienda é Indias y del Ejército, presentaron á José manifestaciones gratulatorias, préviamente leídas y examinadas por Napoleón, tanto que hizo borrar de la que presentaba la Grandeza un párrafo que decía: «Las leyes de España no nos permiten ofrecer otra cosa á V. M. Esperamos que la Nación se explique, y nos autorice á dar mayor ensanche á nuestros sentimientos.» ¡Ni siquiera esta tímida reserva quiso tolerar Napoleón!...

¡Ah, y qué bien caramente les hacía pagar Napoleón su indigna bajeza y su ambición de volver á España á ocupar los primeros puestos en la corte del intruso.

¿Creyó José en la veracidad de estas manifestaciones? Mucho lo dudamos; lo único cierto es que, al contestar á los representantes de la Inquisición, pronunció estas significativas palabras:

«La religión es la base de la moral y de la prosperidad pública, y si es verdad que hay países que admiten muchos cultos, debe España tenerse por feliz no honrando más que al verdadero.»

De esta forma procuraba José ir conquis-

© Biblioteca Nacional de España

tando el apoyo del clero, cuya influencia en España le era tan conocida.

Casi á la misma hora en que ocurrían estas escenas en el palacio Marrac de Bayona, tenía lugar un acontecimiento de extraordinaria importancia en España; una gran victoria alcanzada por los patriotas, de que hablaremos más adelante, victoria en que se demostró claramente que los *invencibles soldados* de Napoleón podían ser vencidos, y que si habían ensangrentado otros pueblos y pasado sobre las pirámides, y humillado á sus pies las primeras naciones, en España, unos cuantos paisanos, iban á dejar consignado, para honra nuestra y para mengua suya, que los *invencibles* habían sido *vencidos*.

Patriotismo.

El patriotismo español, fuertemente excitado, publicó por aquellos días el documento que vamos á copiar, y que, según los mejores historiadores, sólo tenía por objeto fomentar el entusiasmo público.

Al leerlo, nuestros lectores prescindirán seguramente de la forma, para no fijarse más que en el fondo.

Napoleón había invadido nuestro suelo con engaños, nos había tendido una red infame, nos hería por la espalda y á traición, y para combatirlo y para vencerlo todos los medios eran buenos.

CATECISMO ESPAÑOL

—Dime, hijo, ¿qué eres tú?

—Soy español, por la gracia de Dios.

—¿Qué quiere decir español?

—Hombre de bien.

—¿Cuántas obligaciones tiene un español?

—Tres: ser cristiano y defender la patria y el rey.

—¿Quién es nuestro rey?

—Fernando VII.

—¿Con qué ardor debe ser amado?

—Con el más vivo y cual merecen sus virtudes y sus desgracias.

—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?

—El emperador de los franceses.

—¿Quién es este hombre?

—Un malvado, un ambicioso, principio de todos los males, fin de todos los bienes y compuesto y depósito de todos los vicios.

—¿Cuántas naturalezas tiene?

—Dos, una diabólica y otra humana.

—¿Cuántos emperadores hay?

—Uno verdadero en tres personas engañosas.

—¿Cuáles son?

—Napoleón, Murat y Godoy.

—¿Es más malvado uno que otro?

—No, padre; los tres son iguales.

—¿De qué origen proviene Napoleón?

—Del pecado.

—¿Y Murat?

—De Napoleón.

—¿Y Godoy?

—De la intriga de los dos.

—¿Qué es lo que caracteriza al primero?

—El orgullo y el despotismo.

—¿Y al segundo?

—El robo y la crueldad.

—¿Y al tercero?

—La lascivia, la traición y la ignorancia.

CAPÍTULO II

—¿Qué son los franceses?

—Antiguos cristianos y herejes modernos.

—¿Quién los ha conducido á semejante esclavitud?

—La falsa filosofía y la corrupción de costumbres.

—¿De qué sirven á Napoleón?

—Los unos de aumentar su orgullo, los otros son los instrumentos de su iniquidad para exterminar al género humano.

—¿Cuándo se acabará su atroz despotismo?

—Ya se halla cercano su fin.

—¿De dónde nos puede venir esta esperanza?

—De los esfuerzos que haga nuestra amada patria.

—¿Qué es patria?

—La reunión de muchos gobernados por un rey, según nuestras leyes.

—¿Qué castigo merece un español que falta á sus justos deberes?

© Biblioteca Nacional de España

—La infamia, la muerte material reservada al traidor, y la muerte civil para sus descendientes.

—¿Cuál es la muerte material?

—La privación de la vida.

—¿Y la muerte civil?

—La confiscación de los bienes y la privación de los honores que la república concede á todos los leales y valientes ciudadanos.

CAPÍTULO III

—¿Quién es éste que ha venido á España?

—Murat, la segunda persona de esa trinidad.

—¿Cuáles son sus principales empleos?

—Engañar, robar y oprimir.

—¿Qué doctrina quiere enseñarnos?

—La depravación de costumbres.

—¿Quién nos puede libertar de semejante enviado?

—La unión y las armas.

—¿Es pecado asesinar á un francés?

—No, padre; se hace una obra meritoria, librando á la patria de estos violentos opresores.

CAPÍTULO IV

—¿Qué quiere decir valor?

—Una fuerza de espíritu que busca con calma y prudencia el momento de la victoria.

—¿Es necesaria la subordinación para conseguirla?

—Sí, porque ella es su alma.

—¿A quién debemos esta subordinación?

—A todos los jefes.

—¿Quién es el joven más obediente y el más querido de la patria?

—El que reune al valor los principios de honor y el desinterés personal.

—¿Quiénes son los que desean los empleos y honores antes de merecerlos?

—Los ignorantes, orgullosos, y gente inútil que no sabe obedecer.

—¿Qué debemos hacer en el combate?

—Aumentar la gloria de la nación, defender nuestros hermanos y salvar la patria.

—¿Quiénes deben tomar las armas?

—Todo el que pueda, los designados por el gobierno menos necesarios para los destinos públicos.

—¿Qué obligaciones tiene el resto?

—Contribuir á los buenos sucesos de la guerra por un generoso patriotismo, ayudando á la patria con los bienes que de ella ha recibido.

—¿Qué debe hacer el que nada tiene?

—Rogar á Dios por la prosperidad de las armas españolas, desempeñar el destino que se le confie, y de esta manera contribuir al bien público.

—¿De quién debemos esperar nuestra felicidad?

—De Dios, de la lealtad, de la pericia de nuestros jefes, de nuestra obediencia y de nuestro valor.

CAPÍTULO V

—¿Cuál debe ser la política de los españoles?

—Las máximas de Jesucristo.

—Cuáles son las de nuestros enemigos?

—Las de Maquiavelo.

—¿En qué consisten éstas?

—En el egoismo.

—¿Cuáles son las demás?

—El amor propio, la ruina y la destrucción de nuestros semejantes.

CAPÍTULO VI

—¿Por qué medios estos tiranos, han engañado á nuestros pueblos?

—Por la seducción, la bajeza y la traición.

—¿Estos medios son legítimos para apoderarse de una corona que no les pertenece?

—No, al contrario; son atroces, y debemos resistir con valor á este hombre que se ha hecho rey por medios tan injustos como abominables.

—¿Qué felicidades debemos esperar?

—Las que los tiranos no nos pueden dar.

—¿Cuáles son?

—La seguridad de nuestros derechos, el libre uso de nuestro santo culto, el restablecimiento monárquico con arreglo á las

© Biblioteca Nacional de España

constituciones españolas y las relaciones con la Europa.

—Pero, ¿no las teníamos?

—Sí, padre; mas degradadas por la adulación de las autoridades que nos han gobernado.

—¿Quién debe restablecerlas y asegurarlas?

—La España reunida en Cortes, á quien solo compete este derecho, tan luego como tenga sacudido el yugo extranjero.

—¿Quién nos autoriza á esta grande empresa?

—Fernando VII, que deseamos de todo nuestro corazón ver entrar entre nosotros por los siglos de los siglos.—Amen.

***

También se publicaron diversas poesías encaminadas al mismo fin, y entre ellas la que más pronto se hizo popular por la energía del pensamiento y de la frase fué la siguiente:

Canto guerrero.—1808.

A las armas, corred, patriotas,
A lidiar y morir ó vencer;
Guerra eterna al infame tirano,
Odio eterno al imperio francés.

I

Fuego y sangre, españoles valientes,
Son los polos de la libertad,
Guerra, guerra, al tirano y su gente,
Guerra, guerra, briosos clamad.
A las armas, etc.

II

Mira el cuerpo, cubierto de sangre,
De tu hermano, que sin palpitar,
La venganza te pide; ¿qué esperas?
Igual suerte te debe aguardar.
A las armas, etc.

III

Por allí tu mujer llora y gime
Resistiéndose el lecho á manchar.
Y la joven violada y llorosa,
A tus brazos se viene á arrojar.
A las armas, etc.

IV

Despertad, españoles valientes,
Que escucháis de la patria el clamor;
Quien no acuda á salvarla brioso
Será indigno del nombre español.
A las armas, etc.

Opiniones sobre España.

Al grito del 2 de Mayo, la España entera se lanzó al combate. Las ciudades ocupadas por el enemigo suministraron armas y dinero, y enviaron sus hijos á engrosar los ejércitos y á aumentar las guerrillas; en las que aún se hallaban libres de franceses se crearon ejércitos, se levantaron murallas y se reunieron toda clase de medios para la lucha.

Para el mejor éxito de la campaña, los montes se convirtieron por el pueblo en fortalezas, las casas en ciudadelas y los caminos en trincheras.

Hé aquí la opinión de Napoleón sobre España y sobre la guerra, en tan mal hora emprendida por su desmedida ambición y su insensato orgullo:

«Desdeñaron los españoles su interés para fijarse solamente en la injuria. Se indignaron á la idea de la ofensa. Se rebelaron á la vista de la guerra, y corrieron todos á las armas. ¡Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor!»

Cierto. Los combatientes brotaron hasta de las piedras, y los españoles se convirtieron en invencibles guerreros.

***

Según el gran historiador César Cantú, España, aunque atrasada en su progreso práctico, conservaba un vigor nacional, un sentimiento de independencia, una aspiración nobilísima á la regeneración política y al reinado del derecho. El pueblo—añade—religioso, rústico y aislado del resto de Europa, sobrio entre la abundancia, hallaba en sus privaciones tanto motivo de vanidad como otros en sus goces. El clero estaba habituado á la guerra, desde la época en que la hacía á los moros. Los afrancesados eran pocos. Quedaba al país un ejército de 60.000 soldados todavía, y el pueblo capitaneado

© Biblioteca Nacional de España

por jefes de guerrillas, que luégo se hicieron capitanes famosos, Mina, *El Empecinado* y otros ciento.

«La constitución de una Junta revolucionaria en cada provincia—sigue diciendo el gran historiador,—fué el método más conducente para la defensa, porque multiplicando la actividad excitó la emulación, impidió las intrigas y manejos del enemigo, y evitó que una derrota parcial pudiese perder la causa común; de suerte, que si en otros países la guerra era de gobiernos, en España era de pueblos, y su ejército un ejército verdaderamente republicano que combatía por el rey, pero proclamando las mejoras, la convocatoria de las Cortes y la reparación de tantos males. Las montañas, que habían sido un obstáculo para la unidad, llegaron á ser entonces la barrera de la independencia; escasas las poblaciones y faltas algunas provincias de agua y de sombra, un numeroso ejército debía forzosamente sucumbir. Luego los paisanos disparaban sus armas con certera puntería desde las tapias, tras de los árboles, y los franceses no eran dueños más que del terreno que pisaban. Muchas veces fueron producidas sus derrotas por *el inmenso tren de bagajes que llevaban, producto de sus depredaciones y su alegre vida entre las licencias y la barbarie. Los generales violaban y robaban; con los diamantes quitados á las imágenes de las Vírgenes adornaban á sus mancebas: traficaban en mujeres,* y la conducta de los superiores parecía dar derecho á los soldados para todo linaje de astucias; pero lo que ellos llamaban extratagemas, ofendía la lealtad de los españoles; así es que, en vez de cobrar fama de arrogantes, quedaron en opinión de viles. Como el hambre fatigaba al ejército francés, éste apelaba á la devastación, y como le indignaba recibir la muerte de ese enemigo invisible que se llamaban los guerrilleros, apelaba á la crueldad, sin comprender que en último caso la víctima había de ser él forzosamente, porque él era individuo de un ejército, y el español representaba toda la nación. Armar las poblaciones; no dar batallas; destruir los puentes; interceptar los caminos; quemar los molinos, los almacenes y hasta los pueblos, tal fué el arte que los españoles enseñaron á los rusos. El hermano asesinado, la doncella violada, el padre fusilado, la esposa forzada, produjeron sangrientas represalias. De aquí las sublimes mujeres de Gerona y los heróicos defensores de Zaragoza. Napoleón, que no estudiaba á las naciones, creyó finalizado el negocio, porque dijo en su proclama á los españoles, después de las renuncias de Bayona: «Vuestros príncipes me han cedido la corona...» Trasladó de Nápoles á España á su hermano José, sin consultar al pueblo, como no le había consultado para las renuncias, y le trató como á un vasallo. Pero todos sus cálculos resultaron fallidos. Engañó á la corte, pero no pudo engañar al pueblo, que, libre de unos príncipes cobardes, abrazó con ardor la causa nacional, inaccesible á las seducciones, á las intrigas y al miedo, y como suelen abrazar una causa los pueblos, es decir, caminando derechamente á su objeto con ímpetu y valor.»

Estamos tan poco acostumbrados á que los escritores extranjeros nos hagan justicia, y es de tal peso, y tiene tanta autoridad la opinión del eminente historiador italiano, y luégo pinta tan á maravilla la lucha por nuestra independencia, la situación de España y el carácter de nuestro pueblo, que no hemos podido resistir al deseo de copiar sus imparciales juicios y consignar sus francas declaraciones. Dijimos antes, y repetimos ahora, que si en historiadores de gran reputación, si en publicistas de toda veracidad no hubiésemos leído los actos de pillaje y de salvajismo del ejército francés, dando el ejemplo los generales, quizás los juzgáramos fábula... Pero, ¿qué más? si hay un testimonio irrecusable, el del mismo Napoleón, que en sus *Memorias*, escritas en Santa Elena, no vaciló en escribir:

«Las guerrillas se formaron á consecuencia del pillaje, de los desórdenes, de los abusos, de que daban ejemplo los mariscales, en desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar al mariscal Soult, el más voraz de todos ellos.»

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Conozcamos la opinión de Canning.

«El ejército francés podrá conquistar una provincia después de otra, pero no es posible conservar ninguna conquista en un país donde el conquistador no domina sino los puntos militares que ocupa, donde su autoridad está limitada á las fortalezas ó los cantones que guarnece, y cuando delante, detrás y á los costados encuentra venganzas premeditadas, resistencias indomables y odios á muerte.»

* * *

Napoleón soñó en España con batallas que, como las de Austerlitz y Jena, á las que debió la victoria sobre el Austria y la Prusia, le dieran el triunfo en nuestra patria; pero se engañó, y ¡ojalá que la mayoría de las que dimos no las hubiésemos empeñado!

Nuestro pueblo, amigo por naturaleza de la libertad y amante por carácter de la independencia, adoptó el sistema de guerrillas con entusiasmo.

Siguiendo las indicaciones de la Junta de Sevilla en su notable Manifiesto, nunca bastante alabadas, porque á ellas debimos muchas victorias, de evitar las acciones, y acometer á los franceses por medio de partidas sueltas, logramos para España grandes días de gloria.

Las guerrillas fueron el puñal que el ejército francés llevó clavado en su pecho desde que penetró en España.

Los guerrilleros sacaban partido de los accidentes del terreno, de la fragosidad de las sierras, de la espesura de los bosques, de los repliegues del camino, de los picos de las montañas, de las hondonadas de los valles, de los formidables torrentes, de los profundos barrancos, de los caudalosos ríos, de los mortíferos pantanos, de todo, en fin...

Merced á ellos, á su valor y astucia, gran número de poblaciones se vieron libres de la presencia de los franceses, porque sus generales no se atrevían á desguarnecer las que ocupaban por miedo á los guerrilleros; en otras se organizó la resistencia interior, en tanto que ellos procuraban entretener al enemigo; por ellos pudieron abastecerse muchas plazas fuertes y muchas ciudades sitiadas; y, por fin, en todas se aumentó el número de los combatientes de una manera prodigiosa.

Y no se crea que la vida del guerrillero era para envidiada.

Cierto que tenían por suyo todo el país, que los pueblos le prestaban su ayuda y que el paisanaje cuidaba de su seguridad, enviándoles noticias del punto en que se hallaban los franceses y de las fuerzas con que contaban, lo cual tenía para ellos una doble importancia, la de burlar al invasor, desapareciendo del lugar en que éste los buscaba, y la de caer sobre él de improviso en un punto y hora en que no eran esperados.

Mas, aparte de que no siempre podían hacer eso los paisanos, ya por estar bajo el dominio de los imperiales, ya por otras causas, ¡qué de escaseces—como dice Toreno, —qué de penalidades, hasta para hombres de manos encallecidas con la esteva y la azada, ablandadas sólo con sangre enemiga! Sufrían, añade otro autor, unas privaciones desconocidas á los franceses, porque vivían sujetos á los azares de una lucha desigual, contínua, con la sola esperanza de la miseria por recompensa y de la muerte por venganza...

Con efecto; los guerrilleros sufrían todo género de privaciones... y en tanto que los franceses no carecían de nada, á ellos les faltaba todo...

Cuanto los guerrilleros recaudaban lo entregaban á las Juntas de su respectiva provincia para las atenciones de la guerra, y recibían su mezquino salario en trigo, en centeno, en bellotas...

En la tempestad de aquella guerra los guerrilleros subían hoy hasta el cielo empujados por una ola y mañana caían al abismo envueltos y ahogados por otra.

¡Cuántos guerrilleros perdieron la vida en los comienzos de la guerra, y cuántos nombres de estos héroes permanecen en el silencio!... Por eso excitamos en el prospecto de nuestra obra, y no nos cansaremos de excitar á las corporaciones, y á los parientes de los guerrilleros, á que nos remitan cuantos datos posean, á fin de que no queden en el olvido hechos dignos de una epopeya...

© Biblioteca Nacional de España

Y nada queremos decir sobre el desprecio con que algunos generales trataron á los guerrilleros, quizás los mismos que mayor provecho sacaron de la guerra, merced á los sacrificios y al valor de estos héroes... ¡Siempre la envidia, esa pasión ruín y baja, queriendo, á manera de negra nube, empañar los rayos del claro sol! ¡Triste era que entre españoles, y españoles que combatían por la misma causa, ocurriesen tales escenas; pero la rectitud que debe mover la pluma de todo historiador nos obliga á consignar el hecho, aunque con profunda pena!...

En cuanto al odio con que los franceses los miraban nada tenemos que decir... eran dos enemigos irreconciliables, y su odio natural y justificado: luégo, por cada triunfo de los franceses sobre ellos, alcanzaban diez victorias nuestros guerrilleros, y por cada paisano que lograban matar los imperiales, contaban nuestros guerrilleros con cien franceses exterminados.

¡Victoria!

Si la historia tiene su verdad, la leyenda tiene también la suya, siquiera la verdad legendaria sea de otra naturaleza que la verdad histórica.

Además, parécenos que en ciertos casos la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto: pintar al hombre eterno en el hombre histórico.

Creemos haber leído en un grande autor, que ciertos sucesos no pueden ser explicados por entero si la leyenda no viene á completar la historia; la primera porque da el conjunto; la segunda porque proporciona los detalles; y nuestra gloriosa lucha por la independencia necesita de la leyenda porque está cuajada de detalles y de pormenores del más alto interés.

Especialmente los combates de nuestros paisanos y las batallas de nuestros guerrilleros, son una historia y una leyenda, la historia en el fondo, la leyenda en los detalles. La historia, si no fuese acompañada de estos pormenores, aparecería como una rosa sin hojas, agradable siempre, pero no tan bella como cuando se muestra acompañada de lindas hojas y de frescos capullos... ¡La variedad dentro de la unidad, esa eterna ley de la historia y de la vida!

Por esto, nosotros, sin perder un momento de vista la verdad histórica, nos proponemos dar gran importancia á los detalles y pormenores, la mayoría de los cuales hemos logrado adquirir á fuerza de trabajo, ya de las corporaciones populares, ya de algunos hombres estudiosos de distintas provincias, ya de las familias de los guerrilleros, á esos pormenores que prestan nuevo calor y nueva vida á los hechos, que son como los accidentes de un panorama, y sin los cuales posible es que algunos hechos de la historia, sólo dedicados á narrar el suceso, resultaran ininteligibles.

Esto dicho, prosigamos.

Nos hallamos en una hermosa mañana del mes de Junio en la provincia de Burgos. Los pájaros lanzan al viento sus más dulces trinos saludando á la aurora, las flores abren sus corolas y embalsaman el aire con su aroma, y las doradas espigas de los trigos se balancean á impulsos del fresco viento que viene de la *Brújula*.

El cura Merino, seguido de sus partidarios, corre á todo el galope de su caballo con dirección á la Cuesta de Quintanilla. ¡Nada más digno de estudio que el aspecto de aquellos hombres de ánimo resuelto, de rostro atezado, todos con traje diferente, según su posición social, unos con botas, otros con zapatos de hebillas, la mayor parte con alpargatas, quién con felpudo sombrero, quién con un casco de coracero francés, éste con gorra de pellejo, aquél con la cabeza descubierta.

Si Napoleón, acostumbrado á contemplar su orgullosa guardia imperial, sus vistosos dragones, sus terribles coraceros y su ejército todo, luciendo brillantes uniformes y marciales arreos, hubiese visto aquel puñado de hombres, cada uno con traje distinto, sin armas algunos, sin organización, de nuevo habría sostenido con mayor empeño la opinión que manifestó en Bayona al obispo De Prat, esto es, que la guerra de España iba á ser un juego, y que le bastarían diez ó doce mil hombres para dominar el país.

© Biblioteca Nacional de España

¡Poder de la soberbia y del orgullo que así ciega á los hombres!

Merino devoraba el espacio con la vista, que la tenía magnífica, y clavaba las espuelas en los hijares del caballo con verdadera furia... Aún se hallaba á muy larga distancia, cuando ya D. Jerónimo había divisado en lo alto de la cuesta al *Empecinado*, que le aguardaba con impaciencia, rodeado de sus temidos guerrilleros. El cuadro que éstos ofrecían era muy semejante al que hemos presentado de los partidarios de Merino. En ellos se veían mezcladas y confundidas la manta española y el capote francés, el pañuelo á la cabeza y el chascás, el tricornio del estudiante y el sombrero de calaña del contrabandista... En cuanto á los individuos, había entre ellos ricos y pobres, leñadores y carreteros, propietarios y arrieros, estudiantes y cazadores, viejos y jóvenes, un conjunto por demás extraño y pintoresco.

—¡Juanillo!—gritó Merino desde lejos.

—Señor cura,—exclamó el *Empecinado* saliendo á su encuentro.

—Toca esos cinco, que eres la honra de Burgos y de toda la comarca.

—Y usté el rey de los curas...

—¿Sabes lo que hay?—le preguntó D. Jerónimo.

—Muchos franceses, y eso que matamos bastantes,—respondió Juan Martín.

—Por desgracia es cierto... ¿Sabes para lo que te he llamado con tanta prisa?

—Para que los matemos á todos...

—Sí; pero después... es decir...

—¡Y cuanto antes, mejor!—insistió el *Empecinado*, porque cada día me tienen más enrabiado.

—Y con justicia.

—Hacen cada infamia...

—¿Lo dices por la muerte del niño Carlos Albericia?...

—Lo digo por todo.

—Pues te he llamado...

—Y han arcabuceado al mesonero de Aranda...

—Tanta más razón para que llevemos á cabo mi plan.

—Y han querido forzar á su esposa...

—Ya lo sé, y por lo mismo...

—¡Fuego de Dios!...

—Pero, Juanillo, déjame hablar...

—Hable su mercé cuanto quiera.

—Alégrate, Juanillo; alegráos todos, muchachos—dijo volviéndose hacia su gente y la del *Empecinado;*—hemos triunfado.

—¿De veras?—exclamó Juan Martín.

—¿Es verdad?—preguntaron todos.

—Por estas cruces... y ya sabéis que Merino no jura en vano por la Santa Cruz... Todos los franceses han sido muertos por los patriotas del Bruch...

—¿Y dónde es eso?—preguntó el *Empecinado* abriendo los ojos.

—¿Eso?... Pues muy lejos... allá en Cataluña,—respondió Merino.

—Señor licenciado—dijo Juan Martín volviéndose á un joven estudiante que formaba parte de la guerrilla;—usté que todo lo sabe, díganos dónde está eso.

—¿El Bruch? Pues... el Bruch está...—dijo el estudiante rascándose la oreja.

—Vamos, que no lo sabe usté... ¿Estará más allá del mar, D. Jerónimo?

—Más allá,—contestó Merino.

—Muchachos—dijo Juan Martín poseído del mayor entusiasmo—¡Viva el Bruch!

—¡Viva!—gritaron todos arrojando al aire los sombreros.

—¿Y qué es el Bruch, señor cura?—preguntó el *Empecinado.*

—¿El Bruch?—repitió Merino.—Pues el Bruch es... ¿Pero lo sé yo acaso? Lo importante es que hemos triunfado y que muy pronto lo sabremos todo; yo no quería que tú lo ignoraras, Juan Martín, y para eso te he llamado. Es decir, para eso sólo no... porque, la verdad, yo tengo pundonor como el primero.

—Ya lo sé...

—Y quisiera...

—Hable V...

—Pues me he dicho que si ellos son catalanes nosotros somos castellanos.

—Adelante...

—Y he pensado que juntos ataquemos á Roa y la tomemos, para que mañana griten los catalanes ¡Viva Roa! como hoy gritamos nosotros ¡Viva el Bruch!...

—Para luégo es tarde,—respondió Juan Martín con los ojos brillantes.—Muchachos —exclamó dirigiéndose á sus guerrilleros,—

© Biblioteca Nacional de España

¿os atravéis á que vayamos á Roa y arrojemos de ella á los franchutes?...

—Sí, sí;—gritaron todos.

—Es que los franceses—dijo Merino,—son más de mil, y nosotros apenas llegamos á ciento...

—¡*No importa!*...—gritaron todos empuñando las armas con bélico entusiasmo.

—¡A Roa, pues!—dijo Merino colocándose al frente de sus partidarios.

—¡A Roa!—gritó Juan Martín poniéndose al frente de sus guerrilleros,—y ¡Viva España!...

—¡Vivaa!...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ya que el cura Merino no ha podido explicar al *Empecinado* lo acontecido en el Bruch, nosotros procuraremos enmendar su falta y relatar aquella gran victoria de los patriotas en el cuaderno siguiente.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO III

¡LOS INVENCIBLES!

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

¡LOS INVENCIBLES!

El Bruch.

Napoleón, considerando asegurada la posesión de Cataluña con tener en su poder su primera ciudad, Barcelona, y su mejor castillo, Figueras, y temeroso de la actitud de Zaragoza y Valencia, ordenó al general Duhesme que enviase cuantos hombres pudiera á las divisiones que se dirigían contra Aragón y Valencia.

Duhesme hizo salir de Barcelona el día 4 de Junio al general Chavran con 4.200 hombres por el camino de la costa, hacia Valencia; y al general Schwartz, con una columna compuesta de 3.800 hombres de todas armas y dos piezas de campaña, por el camino de la montaña, con dirección á Zaragoza. Ambos generales llevaban orden de castigar con fuertes contribuciones á las poblaciones que se habían rebelado en favor de su querida España, dejar en ellas guarniciones y destruir las fábricas de armas y de pólvora.

Los barceloneses, que, como ya hemos dicho, no cedían al resto de España en patriotismo, se apresuraron á enviar secretos avisos á todos los pueblos que las citadas columnas debían atravesar, así para advertirlas del peligro, como para prevenirlas á la defensa.

Llegada la noticia á Igualada, una de las poblaciones más importantes, fué comisionado D. Antonio Franch, hacendado rico, hombre de gran corazón y entusiasta patriota, á fin de que en unión de D. José Olzinellas, y acompañado de algunos paisanos, marcharan á Villafranca del Panadés, capital de Corregimiento, en busca de armas.

De regreso el 5 de su expedición con algunas armas, se puso D. Antonio Franch á la cabeza del somatén de Igualada, llevando con él á los entusiastas jóvenes Juan y Jaime Llimona, ricos fabricantes de la villa, que, con los mozos de su fábrica, formaban parte de la expedición y conducían el estandarte del Santo Cristo de Igualada, con dirección á las escabrosas alturas del Bruch.

Todas sus armas consistían en los pocos fusiles traídos de Villafranca por el señor Franch, algunas escopetas y viejos trabucos, hachas, picos, chuzos y azadones, y á falta de balas trozos de varillas de hierro y cabezas de clavos de herraduras.

La misma noticia se había recibido en Manresa. En esta ciudad, Francisco Riera, apellidado el *Fil de la botigueta* por una tienda que poseía su padre, el mismo que había tenido el arrojo de quemar las proclamas de los franceses, se puso á la cabeza de unos cien paisanos, con A. Parera y Soler, que ya se había distinguido como oficial en las campañas contra Francia en 1793, y de Mauricio Carrió, encaminándose al Bruch, donde encontraron á los valientes igualadinos posesionados del llamado *Bruch de Dalt*.

La vanguardia del general Schwartz en-

© Biblioteca Nacional de España

tró en Martorell al toque de somatén, que extrañaba y no comprendía.

¡El somatén!

El somatén es en nuestra patria una cosa formidable...

Las campanas tocando á somatén producen tanto entusiasmo en los españoles como pavor en sus enemigos.

—¿Qué significa ese toque?—preguntaba Schwartz.

¿Qué significa?

El somatén es la voz de alerta de un pueblo á otro.

Las campanas de las altas torres, movidas por una mano invisible, se agitan con vertiginosa rapidez.

Sus agudos sones parecen el grito de una madre llamando á sus hijos, la voz de un hermano respondiendo á la invocación del otro, el alerta del centinela al que contesta el de su compañero...

A veces el toque parecía de gloria, á veces semejaban gritos de socorro, á veces toques de agonía.

Los franceses oían sin comprender, y las campanas seguían tocando, tocando... Sus ecos repercutían en las montañas, y se reproducían de una manera pasmosa...

Schwartz hizo callar las campanas de Martorell, pero ¿qué importaba?...

Por un momento abrigó la esperanza de que aquel toque siniestro hubiese terminado... ¡Qué locura!... Bien pronto se oyó de nuevo el toque de somatén en las torres del Bruch, de Esparraguera, de la Guardia, de Collbató, de Abrera, de Piérola, de Ullastrell, de Vallbona, de Masquefa, de San Jaime, de Mediona, de Igualada, de Manresa y de otros cien pueblos. Por todas partes se tocaba á somatén.

Schwartz no pudo continuar la marcha, porque el resto de la división, detenido por un fuerte aguacero, no llegó hasta la mañana siguiente. Nuestros patriotas aprovecharon aquella noche cortando multitud de pinos y cruzándolos en la carretera para detener la marcha de los infantes é impedir el paso de la caballería y la artillería.

Prosiguió Schwartz su camino en la mañana del 6, dejando á su espalda á Esparraguera, cuyo alcalde había sido uno de los primeros en difundir la alarma, y después de pararse algunas horas en Collbató, por efecto del temporal, llegó á las cercanías del Bruch.

El Bruch es un lugar, dividido en dos, Bruch *de arriba* y Bruch *de abajo*, según la situación que ocupan en la cordillera, distantes entre sí un cuarto de legua, y asentados al pie meridional de la alta montaña de Monserrat, á cuyo monasterio pertenecieron en señorío.

Cuentan entre los dos unas 140 casas, dos posadas, una iglesia parroquial (Santa María) y una aneja (San Pablo de la Guardia).

Las incultas asperezas de que estaba cubierto el terreno, los espesos bosques y matorrales que por diferentes puntos le poblaban, las intrincadas revueltas, profundos barrancos y enormes precipicios daban al Bruch de muy antiguo una triste celebridad.

En el paso del Bruch, y en el sitio llamado *Casa-Masana*, desde donde se descubre Manresa, Igualada, Barcelona y el monasterio de Montserrat que se alza sobre la alta montaña, entre los bosques de pinos silvestres, de robles y encinas, se emboscaron los paisanos.

Schwartz, deseoso de ganar el tiempo perdido en Martorell y Collbató, hizo avanzar la columna con la irregularidad á que el terreno le obligaba, cuando en una de las revueltas del camino recibieron los soldados una horrorosa descarga, que obligó á retroceder á la vanguardia, buscando un refugio en el centro de la fuerza.

Indeciso Schwartz, formó una columna de ataque que hizo preceder y flanquear de una nube de tiradores. que fueron recibidos por un nutrido fuego de los somatenes.

Con todo, el ímpetu de los franceses fué terrible, y resueltos á abrirse paso combatieron denodadamente...

La lucha se hizo general...

D. Antonio Franch, con su palabra y con su ejemplo animaba á los somatenes, que peleaban heróicamente bajo la dirección de tan valeroso jefe, pero las municiones se iban agotando...

¿Qué hacer en tan grave situación?

De repente aparecen sobre el Bruch el somatén de Sampedor, mandado por el bi-

© Biblioteca Nacional de España

zarro José Viñas, y sesenta hombres de Sallent, afamados tiradores, que llevan á su frente al vicario mosen Ramón Mas, y la lucha prosigue con nuevos bríos, y D. Antonio Franch comienza á revelar los grandes talentos militares que luégo debían proporcionarle tan justa fama, y ordena la colocación de los somatenes en los puntos más elevados, y aprovecha todas las ventajas del terreno, y saca partido de todos los accidentes de la montaña.

Entonces se entabló una lucha á muerte.

En los bosques de pinos, tras de las seculares encinas, parapetados en los viejos robles, los paisanos dirigían sus certeros disparos contra los franceses.

Los que habían agotado sus municiones convertían el cañón de la escopeta en una arma terrible, y descargaban con la culata golpes de muerte sobre las cabezas de sus contrarios...

Era aquel un combate de atletas...

Ni se daba, ni se pedía cuartel...

Nadie pensaba en morir sino en triunfar.

A las aclamaciones de los franceses á su emperador contestaban numerosos vivas al *Santo Cristo de Igualada*, á la *Virgen de Montserrat*, á *Cataluña* y á *España*...



EL BRUCH

Los catalanes seguían luchando con furor reconcentrado...

Las afiladas hachas de los montañeses partían los árboles, y sus fuertes ramas iban á aumentar la formidable barricada que impedía el paso de los imperiales...

Otros, encaramados en los altos picos de la montaña, arrojaban enormes peñascos sobre los franceses, causando el espanto, la desolación y la muerte en las filas de los imperiales.

Algunos, de pie sobre los más elevados riscos, clavaban sus chuzos con rabia en los cuerpos de los ginetes y de los caballos, que, lanzando espantosos alaridos, se precipitaban al abismo...

Otros, pálidos, sudorosos, jadeantes, arrancaban con las uñas trozos de piedras y las enviaban con fuerza sobrehumana sobre las cabezas de los soldados franceses... Aquellos hombres de alta estatura, de fiera mirada, de fuerte corazón, habrían deseado tener delante á todo el ejército imperial para luchar con él á brazo partido, para ahogarle contra su robusto pecho, para acabar de una vez y para siempre con los invasores de su patria.

En las alturas más elevadas de los peñascos, los que no habían llevado armas de fue-

© Biblioteca Nacional de España

go con que poder combatir á sus contrarios, convertían los pañuelos en hondas y arrojaban las piedras á largas distancias, pudiendo asegurarse que cada uno de sus tiros causaba una víctima.

Las tradicionales barretinas rojas y moradas de los catalanes producían un efecto sorprendente, y sobre el eterno verde de los altos pinos semejaban el encarnado fruto del madroño, y entre las hendiduras de las rocas aparecían como la silvestre violeta de los campos...

El humo de la pólvora cegaba á los combatientes, pero la rabia aumentaba su vista, y donde quiera que un patriota divisaba un francés, allí concentraba toda su atención para salvar su existencia y concluir con la de su enemigo.

D. Antonio Franch, que dirigía la acción, y los hermanos Juan y Jaime Llimona, se hacían notar con sus compañeros de Igualada por su extraordinaria bravura.

Francisco Riera y Mauricio Carrió peleaban al frente de los manresanos con imponderable arrojo.

El heróico Viñas y los hijos de Sampedor, luchaban con el mayor denuedo en el punto confiado á su custodia.

El heróico vicario mosen Ramón Mas, con el somatén de Sampedor, combatía con un valor indomable.

De todos ellos se podrían relatar hazañas dignas de una epopeya que recordasen las cantadas por el gran Ercilla en su famosa *Araucana*.

De pronto se oye el redoble de un tambor, y sus estridentes sonidos, mil veces repetidos por las montañas, semejan el toque de una banda militar... ¡Es un tambor que ha traído el somaten de Sampedor, que apela á aquella estratagema para animar á los nuestros y espantar á los franceses!

Schwartz cree que el tambor acusa la llegada de un cuerpo de ejército, que viene en auxilio de los patriotas, y convencido de la imposibilidad de salvar la barricada que tiene á su frente, el abismo que tiene á un costado y los peñascos inaccesibles que se alzan al otro, temeroso de caer en una nueva emboscada de soldados y patriotas, determina emprender la retirada y volver á Barcelona.

Pero el general francés no contaba, no podía contar con lo imprevisto, y con que el camino que debía recorrer estaba para él y los suyos cuajado de peligros imposibles de salvar ni vencer.

Ordenada, aunque lenta, fué en un principio la marcha de los imperiales, que no desmintieron su fama de valientes; pero los paisanos, resueltos á terminar con ellos, los seguían, los acosaban, los diezmaban y los iban rodeando.

De este modo recorrieron los franceses las dos leguas que median del Bruch hasta Esparraguera, villa formada por dos hileras de casas tendidas á los lados del camino, á donde llegaron al anochecer.

Cuando los vecinos oyeron el toque de somatén que anunciaba su llegada, atajaron la salida de la calle con carros, peñascos y troncos de árboles, y desde las ventanas y tejados arrojaron contra los franceses piedras, tejas, muebles y hasta agua hirviendo.

Schwartz, que había pensado encontrar en Esparraguera el descanso, y con el descanso la revancha, encontró la huída, y con la huída la muerte. Para salvar tan grave peligro dividió sus fuerzas en dos trozos, que, por derecha é izquierda, franqueasen el camino. Los paisanos no cesaron con todo de perseguirle, y en las cercanías de Abrera le tomaron un cañón, un plano en francés de la coronilla de Aragón, el bastón y la faja de general; y poco después perdía Schwartz otro cañón cerca de Pallejá, en cuyo punto los paisanos habían cortado un puentecito de madera que hay sobre el Llobregat, y al pisarlo el cañón cayó al agua, y la caballería tuvo que vadear el río, llevando á la grupa á los ginetes.

Si Martorell, y los otros pueblos del tránsito imitan la conducta de los hijos de Esparraguera y de Pallejá, era casi seguro que ni un solo francés de la división de Schwartz habría logrado volver á la capital.

Al fin, en la mañana del día 8, pudo llegar Schwartz á Barcelona, mostrando en el abatimiento de sus soldados, en la falta de los cañones y en los muchos heridos que llevaba, la gran derrota que acababa de sufrir.

Era la primera vez que los soldados de Napoleón, apellidados los *Invencibles*, resulta-

© Biblioteca Nacional de España

ban vencidos, y que 400 paisanos (1), de los cuales sólo 50 ó 60 llevaban fusiles (2), derrotaban una división de cerca de 4.000 hombres, formada por las tres armas, infantería, caballería y artillería, causándoles una pérdida de 320 infantes, 60 caballos y dos cañones.

En Barcelona, en los pueblos cercanos, y en todos los de Cataluña, á medida que las noticias iban llegando, la acción del Bruch despertaba igual entusiasmo, y á las pocas horas no hubo ciudad, ni aldea, ni masía que no se declarase en abierta rebelión contra los invasores de España.

Duhesme, espantado y temeroso, hizo llamar á Chavran, que había llegado á Tarragona, y que el día 9 emprendió el regreso no encontrando á los pueblos tranquilos como los había dejado, sino que Vendrell, Arbós y Villafranca, con el auxilio de 300 suizos de Wimpffer que iban á Tarragona, á incorporarse á su regimiento, se opusieron al paso de los franceses, siendo acuchillados los heróicos paisanos é incendiadas las poblaciones. Duhesme, sabedor de lo que ocurría, salió á proteger á Chavran, y juntos pudieron entrar en Barcelona sin nuevas pérdidas.

Pero Duhesme no quería dejar impune lo acontecido. Era la primera vez que las águilas imperiales habían sido batidas, que los *invencibles* habían sido *vencidos*, que los primeros soldados del mundo habían sido humillados, y resolvió tomar sangrienta venganza.

El día 13 mandó á las divisiones de los generales Schwartz y Chavran, reunidas, que de nuevo emprendieran la proyectada expedición. Merced al silencio con que dispuso la partida, los barceloneses nada pudieron advertir á sus hermanos, y Martorell y Esparraguera, sorprendidas, pagaron con el saqueo y el incendio su anterior heroismo.

Bien pronto circuló la noticia por la montaña; las campanas tocaron de nuevo á somatén, y otra vez los valerosos paisanos se dispusieron á impedir la marcha de los imperiales.

El día 13 partió de Igualada D. Antonio Franch con el somatén de la villa, recogiendo á su paso los de otras varias poblaciones, y con algunos soldados escapados de Barcelona, y 400 *Voluntarios de Lérida*, mandados por el coronel D. Juan Baget, cuatro piezas de artillería, y algunas más hechas de troncos de árboles, se apoderaron por segunda vez de las alturas del Bruch, resueltos á detener y vencer á los imperiales.

Era D. Juan Baget un escribano de Lérida, muy popular por su acendrado patriotismo y su gran corazón, y cuando la Junta de aquella ciudad dispuso la creación de varios tercios de *miqueletes*, le concedió, con general aplauso, el mando de uno de ellos.

En la mañana del 14 de Junio atacaron los generales Schwartz y Chavran á los paisanos, mandados por D. Juan Baget y don Antonio Franch, que ocupaban los puntos más importantes del Bruch, pero ni la perfecta organización de los franceses, ni sus magníficas armas, ni los poderosos recursos de que iban provistos, ni el deseo de vengar su anterior derrota, pudieron nada contra nuestros valerosos paisanos.

Repetidos y diversos fueron los ataques de los dos generales, que ensayaron toda clase de medios de combate, las columnas en masa, los pelotones, los avances á la bayoneta; todo se estrelló contra el indomable valor de los soldados y campesinos, que parecían clavados á la tierra, que no cejaban un paso, y cuyos certeros tiros causaban la ruina de los imperiales.

¡Ah! es que los héroes del Bruch tenían que vengar el saqueo de Martorell y Esparraguera, el incendio de Vendrell, de Arbós y de Villafranca, la inicua matanza de sus valerosos camaradas.

Por eso la lucha alcanzaba de cada instante mayores proporciones; los catalanes, fieros, altivos, arrogantes, rechazaban los asaltos de los franceses y los acometían con un empuje y un valor rayano en la locura.

Schwartz y Chavran, convencidos de su impotencia, toscos y huraños, pero vencidos y humillados, tuvieron que emprender la fuga hacia Barcelona, perdiendo 500 hombres y varios cañones, siendo tenazmente perseguidos por los montañeses y terrible-

(1) Calcúlase que en la acción del Bruch sólo tomaron parte de 300 á 400 paisanos.—*Ortiz de la Vega.*

(2) P. Ferrer.—*Barcelona cautiva.*

© Biblioteca Nacional de España

mente hostilizados por todos los paisanos de los pueblos del tránsito.

El viajero encuentra hoy en aquellas alturas grabado en una piedra este recuerdo de las dos memorables hazañas:

VICTORES MARENGO, AUSTERLITZ ET JENA, HIC VICTI FUERUNT... DIEBUS VI ET XIV JUNII, ANNO MDCCCVIII.

Los hijos del Bruch perpetuaron la memoria de estas dos célebres victorias colocando una lápida á la entrada del pueblo, viniendo de Barcelona, en que se lee:

«Viajero, párate, sí,
Que el francés también paró;
Y el que por todo pasó,
No pudo pasar de aquí.»

En Igualada, la primera villa que se alza en armas y corre á las alturas del Bruch (1), se colocó una lápida de un metro cuadrado en el frontispicio de la iglesia parroquial de Santa María, que da frente al cementerio viejo y plaza de Santa María, hoy plaza del Bruch, en la que se escribió:

Igualada, agradecida á sus compatricios en el Bruch en 1808, *capitaneados por don Antonio Franch.*

En el *Diario de Manresa*, de 1808, apareció la siguiente octava, que hemos procurado traducir del catalán con la posible fidelidad:

«¡Oh! batalla del Bruch, la más gloriosa,
Afrenta de Marengo, Eylan y Jena...
¡Honor á nuestra gente valerosa
De España gozo, y de la Francia pena!
Ceñid ya la corona victoriosa
Que la historia os concede á boca llena.
¡Gloria á los héroes de tamaña empresa,
De Igualada, del Bruch y de Manresa!»

Cuando se leen las hazañas de aquellos heróicos montañeses, que sin armas, sin municiones, sin disciplina, sin jefes, se lanzaron á la temeraria empresa de cortar el paso á las aguerridas huestes de Napoleón, y alcanzaron sobre ellas tan señalados triunfos, se llega á pensar que sólo en honra y para gloria suya se debió escribir la siguiente famosa poesía:

CANTO DE LOS VENCEDORES DE CARLOMAGNO.

Ya están, ya están; y entre un cañar de lanzas
Las banderas tremolan mil venganzas.
Sus armas á raudales centellean;
Cuéntalos por muchísimos que sean,
Mozo; uno y dos y tres y cuatro y cinco,
Y seis y veinte; en balde es el ahinco.

—

Miles y miles llegan; en contarlos
Se pierde el tiempo, vamos á matarlos;
Aquí de mancomún, brazo con brazo
En redoblado lazo.
Peñones y peñones arranquemos,
Y allá sobre sus frentes los volquemos.
¡Mueran! Sea este de su vida el plazo.

—

¿Qué buscan los del Norte en estas breñas?
Dios hizo la montaña
Para que no la pase gente extraña;
¡Viva la paz! lluevan sobre ellos peñas,
Un peñón y otro y otro se derrumba,
Y á soldados sin fin sirven de tumba;
Huesos tendidos, carnes palpitantes
De sangre inmunda asoman rebosantes...
.....
.....

Huyen y más huyen; ¿qué fué entonces
De esos que en pompa semejaban bronces?
¿Y ese cañar de lanzas
Que amagaban tantísimas venganzas?

—

Ensangrentada hueste, ya no brillas,
Hecha astillas,
Tiznados tus aceros
Aparecen tan sólo inmundos cueros.
Cuéntalos, niño, ahora con ahinco:
Veinte, catorce, doce, nueve, cinco,
Cuatro, tres, dos, uno...
¡Ya ninguno!

* * *

Del Bruch bajó el coronel D. Juan Baget con los somatenes á la margen derecha del Llobregat que defendía los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera, y ayudado de tres excelentes patriotas, D. José Mateu, de Capellades, D. Manuel Pometa, oficial retirado, y D. Juan Soto, sargento de artillería, levantó trincheras, y con algunos cañones de grueso calibre, sacados de las plazas fuertes y baterías de la costa, y otras varias obras y empalizadas, defendió los pasos principales,

(1) F. E. J.—*Resumen histórico de la insurrección de Cataluña.*—1814.

© Biblioteca Nacional de España

así como el hermoso puerto de Molins de Rey, sobre el camino real de Zaragoza.

Indignado el general Duhesme, envió contra él al general Lecchi, que si por el momento les hizo abandonar sus posiciones, no pudo impedir que aparecieran de nuevo y que llegaran hasta las mismas puertas de Barcelona.

D. Antonio Franch, nombrado comandante de guerrillas, quedó de jefe en el Bruch, vigilando á los franceses y cuidando de la artillería, hasta que fué relevado por D. Juan Saró.

La segunda y nueva victoria del Bruch excitó de tal modo el entusiasmo del país, que del monte al llano, del mar á la sierra, sólo se oía este grito mil y mil veces repetido: ¡Matar franceses!

Estas victorias se perpetuaron en algunos pueblos, Igualada principalmente, con aniversarios celebrados en semejante día.

En dicha ciudad, siempre que fallecía uno de los igualadinos que se encontraron en las célebres batallas del Bruch, lo llevaban á enterrar, cubriendo la caja con la bandera del Santo Cristo, que ondeó al viento en aquellos días tan gloriosos para la independencia patria (1), y que el Ayuntamiento de Igualada saca en procesión desde 1809 en la fiesta cívica que celebra todos los años.

Salvajismo.

El orgullo era la cualidad distintiva de los generales franceses, pero muy especialmente de Dupont.

Siguiendo las órdenes recibidas del lugarteniente Murat, partió el 24 de Mayo de Toledo para Andalucía, con 6.500 infantes, 3.000 caballos, dos regimientos de Suizos al servicio de España, y 24 piezas de artillería, ofreciendo al gran duque de Berg que entraría en Cádiz el 21 de Junio.

¡Risum teneatis!

Atravesó la Mancha, que halló tranquila, al parecer, sin comprender toda la gravedad de aquella aparente calma; el 2 de Junio penetró por las estrechuras de Sierra Morena, llegando sin tropiezo hasta la Carolina, población que encontró desierta, porque todos sus hijos se hallaban en el monte resueltos á pelear por la independencia.

Empezó á inquietar á Dupont la soledad en que hallaba los pueblos, que más parecían cementerios de muertos que albergues de vivos.

Prosiguió su marcha, y la columna comenzó á recibir certeros tiros, que salían de entre los árboles, de los picos de las rocas, de las encrucijadas de los caminos, disparados por seres invisibles... Sólo se escuchaba el disparo, seguido del *¡ay!* del herido, y la caída de uno ó varios cuerpos á tierra...

En vano Dupont redoblaba la vigilancia y amenazaba con severos castigos á los exploradores; los tiros proseguían, nuevos soldados caían heridos ó muertos, y ¡desgraciado del francés que se quedaba rezagado!

¿De dónde partían aquellos disparos? Eran los guerrilleros del valeroso presbítero don Ramón de Argote, eran sus trescientos escopeteros, que habían salido al campo resueltos á diezmar á los imperiales, y que cumplían á maravilla su patriótico ofrecimiento.

Al amanecer del 7 de Junio, llegó Dupont delante del magnífico puente de mármol negro, de más de 200 toesas de largo, llamado el *Puente de Alcolea*, sobre el Guadalquivir, á dos leguas de Córdoba.

Esta ciudad había formado un cuerpo de ejército, llamado *Vanguardia de Andalucía*, á las órdenes del coronel D. Pedro Agustín Echeverri, á quien había nombrado general, con la aprobación de la Junta Suprema de Sevilla.

Era hombre el Sr. Echeverri de valor y arrojo, pero como la inmensa mayoría de nuestros militares, ignoraba la nueva táctica de la guerra y los progresos últimamente realizados en el arte militar. Tenía á sus órdenes 3.000 hombres de tropa de línea (parte de un batallón de Campo Mayor, soldados de varios regimientos de provinciales y suizos), alguna caballería, varios cañones recibidos de Sevilla, y cuatro ó cinco mil paisanos.

Colocó la mayoría de los patriotas en la orilla derecha del río, apoyando una fortificación que precipitadamente había levantado en una de las cabezas del puente, defendida por la artillería, y situó la caballería

(1) Dr. Montaner.

© Biblioteca Nacional de España

en la izquierda, con orden de atacar en cuanto se presentara una ocasión oportuna.

Dupont envió contra la caballería española al general Fressia, pero nuestros ginetes se mantuvieron firmes.

Ordenó luégo atacar la cabeza del puente y la fortificación allí levantada, y el oficial español, Sr. Lasala, rechazó brillantemente el ataque. Comprendiendo Dupont que este era el punto vulnerable, dispuso un nuevo ataque con mayores fuerzas; nuestros paisanos, que era la vez primera que entraban en fuego, comenzaron á desbandarse, y como la fortificación ni era perfecta, ni siquiera estaba concluída, fué tomada por los imperiales.

Quiso Dupont coronar la victoria enviando contra los paisanos, que retrocedían, á una de sus brigadas, pero nuestra caballería salió á su encuentro y cortó sus bríos, verificándose la retirada en buen orden, sin que perdiéramos más que un cañón, y eso porque se inutilizó la cureña.

Este encuentro, que duró algunas horas, costó á los franceses 200 hombres, y casi otros tantos á nosotros.

Echeverri, no juzgando posible la defensa de Córdoba, no se detuvo en ella, y se encaminó hacia Sevilla.

Creemos que Echeverri se equivocó, y que á haber procedido de otro modo, no hubiésemos tenido que lamentar las tristes escenas que vamos á referir.

Llegado Dupont á la vista de Córdoba comenzaron los tratos de capitulación, y estando en ellos, salió un tiro de una de las casas próximas á la Puerta Nueva. Era lo que Dupont deseaba para descargar la ira de que se hallaba poseído por las pérdidas que venía sufriendo de los guerrilleros, y por la indecisa acción del *Puente de Alcolea*. Inmediatamente ordenó cañonear las puertas y entregó por completo la ciudad á sus soldados.

Si nosotros describiéramos lo ocurrido en Córdoba con textos de autores españoles, ó con noticias por nosotros recogidas, quizás se nos tacharía de exajerados. Vamos, pues, á copiar lo que dice el capitán de la marina francesa Mr. Baste, testigo presencial de los sucesos, en sus *Memorias:*

«Una columna fué recibida á tiros, trabándose una especie de combate de calle á calle, que sirvió de pretexto á los soldados para saquear á Córdoba... .

Al asesinato y al pillaje se unieron bien pronto la violación de las mujeres de la ciudad y de las religiosas, y el robo de los vasos sagrados de las iglesias, sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces...

Algunos oficiales, y hasta generales, se mancharon é imprimieron en sus frentes el deshonor, en el momento mismo en que padres y madres desoladas iban á solicitar protección de los primeros jefes que encontraban...

No hubo género de desorden que no señalara la espantosa jornada, y las escenas de desolación de que fué teatro Córdoba...»

Aun no satisfecho Dupont, se apoderó de diez millones de reales que había en las arcas públicas, y que Echeverri... ¡mentira parece! había dejado, é impuso á la ciudad una exorbitante contribución.

Los patriotas andaluces.

Existe un juez vengador, y pronto veremos cómo hizo pagar á Dupont sus infames demasías.

Los asesinatos y atropellos cometidos por este general en Córdoba, sublevaron contra él toda Andalucía.

El pueblo de Montoro, que lleno de entusiasmo había enviado á Echeverri 1.000 paisanos y 300 caballos con varios pertrechos de guerra, sufrió atropellos y hasta robos al penetrar en él los soldados de Dupont, quien, al proseguir su marcha hacia Córdoba, dejó un destacamento de 70 hombres con la misión de guardar el Puente de Alcolea, por ser una posición de grande importancia para asegurar las operaciones del ejército francés en la orilla derecha del Guadalquivir, y mantener la seguridad de los molinos que proveían el racionamiento de los franceses en aquellos días.

El alcalde de Montoro, D. Juan de la Torre, al saber el ataque de Alcolea, la marcha del ejército imperial á Córdoba y el saqueo de esta ciudad, concibe el proyecto de pren-

© Biblioteca Nacional de España

der al destacamento francés y apoderarse del Puente de Alcolea... Pero, ¿con quién realizar esta hazaña, si había mandado á Echeverri todos los hombres útiles y todas armas que había?

No se intimida el valeroso alcalde, y reuniendo á los pocos habitantes útiles que habían quedado en la población, se pone á su frente, la vara en el cinto, el puñal en la boca y la navaja en la manga, únicas armas con que contaban, y arrastrándose como culebras, se encaminan al Puente y logran sorprender á la guardia, compuesta de 25 soldados, los desarman y los agarrotan. Arma D. Juan de la Torre á sus hombres con los fusiles cogidos á los enemigos y se dirige al pueblo. El comandante francés paseaba tranquilamente por delante de su alojamiento gozando la frescura de la noche. En una de las vueltas, el alcalde se lanzó sobre él, y luchando á brazo partido, le obligó á entregarse, mientras que sus hombres sorprendían á los imperiales y los obligaban á rendirse, encaminándolos á todos á Granada, á disposición de la Junta.

Pocos días después se apoderó D. Juan de la Torre de dos carros cargados de provisiones para los franceses, matando á los siete soldados que los acompañaban; y sorprendió un gran convoy, reunido en Aldea del Río, atacando á los 50 hombres que lo custodiaban, de los que sólo cinco pudieron escapar llevando á Dupont á Córdoba las noticias de tantos desastres.

Dupont mandó una fuerte columna á Montoro para hacer un ejemplar castigo, y apoderarse del valeroso alcalde, quien, sin la intercesión de su huésped de hacía pocos días, el general Fressia, habría pagado con la vida sus hazañas, pues lejos de fugarse de la población se mantuvo en ella, negándose á huir y á dejar abandonados á sus amigos y administrados, á los que había comprometido en sus patrióticas empresas.

* * *

En Andujar, la Carolina, Santa Cruz de Mudela, Manzanares, en todas partes, en fin, el pueblo tomó sangrientas represalias de lo ocurrido en Córdoba.

Los paisanos, cegados por la ira y ansiosos de vengar la afrenta, asaltaron los hospitales de los franceses y mataron á los enfermos, sumergieron en una caldera de agua hirviendo al general Rene, aserraron el cuerpo y llegaron á quemar vivos á algunos oficiales... ¡Ah, no se insulta impunemente á una nación como España!

D. Pedro de Valdecañas, con su partida, se lanzó á los campos y acometió y destrozó á los destacamentos franceses.

El presbítero D. Ramón Argote, con sus trescientos escopeteros, no dejó senda ni camino que no sembrase de cadáveres.

D. José Cruz, con sus guerrilleros, se puso en armas, y se apoderó de los convoyes, y dió muerte á cuantos los custodiaban, sin reparar en los peligros, siempre pronto á morir por la patria.

* * *

El general Roize, que con 400 convalecientes del hospital de Toledo quiso unirse á Dupont, fué asaltado en las llanuras de la Mancha. En éllas los hábiles tiradores manchegos le obligaron á retroceder y á unirse con el general Liger-Belair, que venía de Madrid con 500 caballos, atacando unidos á Valdepeñas, donde los patriotas hicieron tan heróica defensa, que terminó contramarchando los dos generales á Madridejos, no atreviéndose á proseguir su camino.

Por su parte, la ciudad de Jaén mató al comandante francés, enviado por Dupont, pidiendo raciones; y este general, á quien el cielo había determinado cegar para mejor perderlo, la hizo entrar á saco el día 20, logrando que todos sus hijos se echaran al campo á formar nuevas guerrillas los unos, y á engrosar otros las ya existentes.

Dupont comenzó por la barbarie en Córdoba y siguió en Jaén por la infamia para terminar en Bailén por la deshonra.

Apenas supo la rendición de la escuadra francesa en Cádiz, los grandes armamentos decretados por la Junta de Sevilla, la actitud del país todo en armas, y el retardo de los refuerzos que con tanta insistencia había pedido á Murat, retrocedió y se encerró en Andújar, convencido, sin duda, que ni el 21

© Biblioteca Nacional de España

de Junio de aquel año, ni de otro alguno, pisaría él las calles de la invicta Cádiz.

Entusiasmo.

Al recibir los soldados españoles, que se hallaban en Oporto, la orden de la Junta de Galicia de regresar á defender su patria, con cuantos franceses pudieran, emprendieron el 6 de Junio la vuelta á España, apoderándose del general Quesnel y otros oficiales.

Sabedor de ello Junot, y de que el regimiento de *Dragones de la Reina* había salido de Mafra, así como otro destacamento de 1.200 hombres que estaba en Ourique, con dirección á España, á fin de evitar que siguieran su ejemplo las tropas nuestras que tenía en Lisboa, las cita al puerto diciendo es con objeto de embarcarlas para España, y una vez reunidas las rodea de miles de soldados y de cañones, desarma á los soldados y los encierra en los pontones del Tajo, y si deja libres á los oficiales, es bajo una severa vigilancia que ellos burlan en su mayoría.

Los regimientos Húsares de María Luisa, y voluntarios de Valencia y Murcia, que se encontraban en Setubal, emprenden el regreso y derrotan en Os-Peçoes al general Graindorge, que intenta detenerlos.

El levantamiento de España promueve el de Portugal; el 11 de Junio se alzan las provincias de Tras-os-montes, Entre-Douro, Algarbe y muchos pueblos de la Beira, y forman Juntas que se ponen en relación con las de España, reconociendo que si la política nos ha separado, la idea de libertad va á unirnos.

La mayoría de nuestros soldados, que se hallaban en Portugal, tornan á España á defender la patria, y bien pronto los franceses no poseyeron en Portugal, ni en España, más tierra que la que pisaban.

* * *

Por consecuencia de unos graves cólicos que comenzó á sufrir Murat, y que bien pronto se le complicaron con unas tercianas rebeldes, los médicos le recetaron las aguas de Bareges, y Napoleón envió á España para reemplazarle al famoso Savary, duque de Róvigo—el acompañante de Fernando á Bayona,—el cual hizo su entrada en Madrid el 15 de Junio.

Este personaje, cuyas serviles complacencias con Napoleón le habían adquirido una triste celebridad, fué casi tan odiado de los españoles como de los franceses, que, á pesar de su título de general, veían en él al diplomático y no al militar, juzgándole poco digno de sustituir á Murat, cuando en el ejército se contaban otros más capaces para reemplazar al gran duque de Berg. Quizás por esto, Napoleón no le autorizó para usar el título de lugarteniente. Lo cierto es que Savary, apenas llegó á Madrid, se apresuró á enviar los refuerzos que pedian Dupont y Moncey, y escribió á Napoleón una importante carta en que le decía:

«Si la llegada del rey José no pacifica al país, habrá que sostener dos guerras; una con los soldados, y otra con los guerrilleros.»

* * *

Palafox había procurado sustituir la debilidad de las murallas de Zaragoza levantando en el interior de la ciudad compañías de escopeteros, formadas por labradores de las parroquias de San Pablo, San Miguel y la Magdalena; creando fábricas de cartuchos y de cananas; excitando el ánimo de los zaragozanos con entusiastas proclamas, que redactaba su antiguo maestro el padre Bogiero, de las Escuelas Pías; enviando á Mallorca al regidor D. Valentín Solanot, á solicitar recursos de las Islas Baleares y de la escuadra inglesa del Mediterráneo; y lanzando comisionados por todo Aragón á propagar el levantamiento y conquistar todo género de auxilios.

No se equivocó Palafox, y á su entusiasmo por la causa nacional, respondió el entusiasmo de los mil pueblos con que cuenta Aragón.

El comandante de armas de la ciudad de Jaca, D. Vicente Martínez, y su teniente, D. Antonio Andrés, se encargaron de instruir en el manejo de las armas á los miles de paisanos que deseaban empuñarlas.

D. Jerónimo Rocatallada alistó una bri-

© Biblioteca Nacional de España

llante juventud, para defender el valle de Ansó y la villa de Hecho.

El escribano D. Fernando Marín, con una compañía de paisanos, se encargó de la custodia de Canfranc, que era un punto importantísimo.

D. Felipe Perena organizaba rápidamente los célebres tercios de la ciudad de Huesca.

El marqués de Villora, gobernador del castillo de Benasque, en unión de los señores D. José Ferraz y D. Marcial Doz, lograban montar algunos viejos cañones en la fortaleza, y armaron 150 vecinos.

D. Juan Pedrosa reunió una compañía de cien hombres, que se hizo célebre con el nombre de los *Pardos de Aragón*.

El barón de Versage levantaba la ciudad de Calatayud, y formaba sus famosos tercios.

El comandante D. Jerónimo Torres y el teniente D. Antonio Madera, encargados de recorrer los pueblos de la tierra baja, reunían en pocos días nueve mil hombres, entre casados y solteros, y se presentaban en Zaragoza con una gran parte de ellos.

Daroca negaba á los franceses la pólvora de la fábrica de Villafeliche, exponiéndose á una cruel venganza.

La villa de Tauste envía á Zaragoza sus temidas compañías, que entran en la ciudad entre los vítores de la multitud, con su bandera encarnada flotando al viento y á tambor batiente.

El pequeño lugar de Torres, cerca de Calatayud, recibe á fusilazos á los imperiales, y porque los paisanos matan á un francés, contemplan el fusilamiento de ¡trece de sus hijos!...!

Pero D. Juan Biec y López, con una partida de hijos de Calatayud, venga á los de Torres causando á los franceses 25 muertos en las cercanías de Ateca; y D. Ramón Gayan, en el puerto de Codos, con los paisanos que ha podido reunir de Cariñena y Daroca, busca á los franceses, los encuentra y los derrota.

El pueblo de Añón se niega á proporcionar raciones á 300 soldados que vienen de Tarazona; los imperiales, furiosos, atacan al pueblo, pero los paisanos no se acobardan, y tras un horroroso fuego, los obligan á huir.

En Cinco Villas D. Andrés de Egoaguirre, y el abogado de Corella D. Luis Gil, se encargan del levantamiento de los pueblos de Navarra lindantes con Aragón, y de la formación de partidas.

Las guerrillas de los pueblos cercanos á Zaragoza no dejan un punto de reposo á los sitiadores de la ciudad.

Cerca de Osera, pueblo no distante de Zaragoza, á la izquierda del Ebro y en el camino de Barcelona, multitud de paisanos de los pueblos de Pina, Gelsa y Velilla, y algunos soldados, forman un campamento en lo alto de un barranco, y nombran por sus jefes al teniente coronel D. Antonio Guerrero y á D. Juan Antonio Tabuenca, y para batirlos se ven obligados los franceses á enviar contra ellos una columna de 1.000 hombres; si bien no tardan los nuestros en destruir la citada columna en los alrededores de Pina.

Por estos ligeros datos se viene en conocimiento de que el entusiasmo de los aragoneses fué extraordinario, y general el levantamiento de Aragón.

En todos los pueblos se carecía de armas y de municiones.

Palafox procuraba el envío de cañones y pólvora, de cartuchos, fusiles, balas y piedras de chispa, pero estos envíos eran insuficientes... Baste decir, que de los 2.000 hombres levantados por Perena, sólo ¡800 estaban armados!...

Las escopetas de caza, las cananas, los chuzos, las picas, de todo se echó mano; pero, digámoslo en honra de esta patria querida, siempre las armas, aun apelando á los instrumentos de trabajo como el pico, el azadón y la esteva, resultaban pocas con relación á los hombres que ansiaban empuñarlas.

A Zaragoza envió Aragón sus mejores hijos, y luégo la cercó, en cuanto pudo, de guerrillas, que continuamente atacaban á los franceses, convirtiendo de este modo la capital en una ciudad sagrada.

De muchos de los valientes que acabamos de citar, hemos de hablar luégo con gran detenimiento, porque en su mayoría fueron jefes de guerrillas que pelearon con entusiasmo indescriptible por la independencia patria, cuyos nombres pueden ser citados

© Biblioteca Nacional de España

como modelos de ciudadanos y como espejo de hombres libres.

El primer sitio de Zaragoza.

Todas las defensas de Zaragoza consistieron, durante el primer sitio, en una débil muralla de tres pies de espesor y diez de altura; de la *Aljafería*, antiguo palacio de los reyes moros, convertido en fortaleza por Felipe V, y de las ocho puertas que la daban entrada.

En los primeros días del mes de Junio partió de Pamplona el general Lefevre con orden de tomar á Zaragoza.

Palafox, que había dejado la ciudad, saliendo en busca de nuevos recursos para su defensa, se reunió el día 15 en Belchite con su hermano mayor el marqués de Lazán.

Las, para nosotros desgraciadas acciones, de Tudela, Tarazona, Mallén y Alagón, no intimidaron á los zaragozanos, que se apresuraron á artillar todas las avenidas de la ciudad, disponiéndose á una enérgica defensa.

Las avanzadas de Lefevre se presentaron bien pronto á la vista de Zaragoza; pero los paisanos, sin fijarse en que carecían de jefes, de oficiales de artillería, y de soldados, pues los que habían quedado en la ciudad no pasaban de 300, salieron contra los franceses.

En vano Lefevre logró apoderarse de las puertas de *Santa Engracia* y del *Portillo;* cada casa era una fortaleza y cada hombre un héroe, y tras nueve horas de incesante fuego, la momentánea victoria de los imperiales se convirtió en vergonzosa derrota, teniendo que retirarse á media legua de la ciudad, dejando en poder de los zaragozanos algunas banderas y cañones, y tendidos sobre el campo más de 500 cadáveres.

Lo notable de esta acción, que algunos historiadores llaman de las *Eras*, porque lo más rudo del combate se libró en un campo destinado á la trilla, es que en ella todos mandaban y todos obedecían.

Pero conociendo lo necesario que era un jefe, en ausencia de Palafox, eligieron á D. L. Calvo de Rozas, que bien pronto convirtió la ciudad en un campamento, é hizo sacar de su injusta prisión al comandante de ingenieros D. Antonio San Genis para que dirigiera las fortificaciones.

Llegado el general Verdier con nuevos refuerzos (26 de Junio), asumió, como más antiguo, el mando de las tropas francesas, al tiempo mismo que el marqués de Lazán, por instancias de Calvo de Rozas, penetraba en Zaragoza y era nombrado gobernador de la plaza hasta la llegada de su hermano D. José, quedando el de Intendente.

Temerosos Lazán y Calvo de Rozas que los franceses se apoderasen de Monte Torrero, donde se hallaba el almacén de la pólvora, dispusieron su traslación al Seminario conciliar; pero un descuido fué causa de la voladura de la pólvora y la ruina de catorce casas, produciendo el espanto consiguiente. Verdier quiso aprovecharse de semejante desgracia para atacar la plaza, pero sus esfuerzos se estrellaron contra el valor de los zaragozanos.

Al siguiente día (28 de Junio), fué tomado Monte Torrero, retirándose Falcó, que lo custodiaba con algunos soldados y paisanos, para salvar los cañones. En Monte Torrero, la Bernardona y el Conejar levantaron los franceses algunas baterías, y para combatirlas fué necesario destruir casas de campo, talar olivares y huertas, tarea que realizaron sus mismos dueños sin exhalar la menor queja.

Bien pronto (1.° de Julio), comenzó el bombardeo contra la *Aljafería* y las puertas de Sancho, Portillo, Carmen y Santa Engracia. El Portillo fué destruído, la puerta de Sancho la salvó el intrépido D. Mariano Renovales, de quien más adelante tendremos mucho y bueno que contar, y la del Carmen dos valientes oficiales de artillería, que escapados de Barcelona habían logrado salvar las líneas francesas.

Palafox, que por librar á Zaragoza había empeñado una sangrienta acción en Epila, en que la suerte le fué contraria, mandó á su hermano D. Francisco que entretuviese á los imperiales con un fingido ataque, mientras él penetraba de nuevo en Zaragoza para inmortalizar su nombre.

La llegada de Palafox coincidió con aquel horroroso bombardeo.

En el Portillo ya no había artilleros, ni

© Biblioteca Nacional de España

paisanos que pudiesen disparar los cañones, pero quedaba una española, y al decir española queremos decir heroina, Agustina de Aragón.

Véase cómo la pinta el ínclito Palafox:

«Agustina tenía de 20 á 22 años. Era morena, de grandes y hermosos ojos, y aun cuando no podía pasar por linda, era graciosa, alta, bien formada y tenía una viveza sumamente agradable, y un aire muy despejado. Amaba á un sargento de artillería que murió en el acto de hacer fuego. Ciega de cólera, arranca la mecha de las manos de su amante, y jurando vengar la muerte de éste, se abalanza al cañón de 24 que él servía y le da fuego. Yo fuí testigo de aquella escena en el momento en que llegaba á la batería, que estaba cubierta de los cadáveres de más de 50 artilleros tendidos por el suelo, y presentando el espectáculo más desgarrador. La joven brillaba entonces con todo su esplendor, aunque envuelta en humo, y me saludó



AGUSTINA DE ARAGÓN.

con una desenvoltura igual á su valor. En el instante en que terminó el combate, cogí las ginetas del sargento muerto y las coloqué en los hombros de Agustina, que continuó después peleando en varias otras acciones, siempre exaltada y siempre guerrera. Bien merece algunas páginas en la historia, pues aun cuando mujer nacida en el vulgo, se ha portado siempre como una heroina.»

A la mañana siguiente continuaron el fuego contra la *Aljafería* y las puertas de Sancho y el Portillo, y dieron una primera embestida á la plaza, conquistando después de sangrienta lucha los conventos del Carmen y San José.

El general Verdier, cada vez más resuelto á apoderarse de Zaragoza, en cumplimiento de las apremiantes órdenes de Napoleón, mandó circunvalar la ciudad por sus tropas, talando los campos del Norte, incendiando el puente sobre el Gállego, que comunica á Zaragoza con Cataluña, y destruyendo los molinos harineros que abastecían una gran parte de la ciudad.

© Biblioteca Nacional de España

Al objeto de batir á las partidas de guerrillas que pululaban por todo el país, y amenazaban interceptar las comunicaciones del ejército francés con Pamplona, dispuso Verdier la salida del general Lefevre, con cinco batallones, un regimiento de caballería y cuatro piezas, para exterminar á nuestros valerosos patriotas.

D. José Palafox, cuyo valor y entereza crecían con los peligros y las desgracias, don Lorenzo Calvo de Rozas, D. Mariano Renovales, el célebre tío Jorge, nuestro amigo D. Valero Borja, el tío Cerezo y otros héroes, realizaban frecuentes salidas, y á pecho descubierto se batían contra los invasores de su país, ansiosos de impedir el avance del camino cubierto que había empezado á construir el odioso Verdier.

Otra nueva desdicha cayó sobre Zaragoza. Los molinos de Villafeliche, que desde la voladura del Seminario surtían de pólvora á la ciudad, fueron tomados por los franceses; y gracias á los conocimientos del jefe de artillería D. I. López, pudieron reunirse materiales y construir algunos molinos movidos por caballos, y utilizar hasta los morteretes de los confiteros para fabricar pólvora.

El día 31 de Julio, colocados en posición 60 cañones, algunos á 150 varas de la ciudad, y los que más á 400, comenzó tan horroroso bombardeo, que en solo tres horas el vigía situado en la Torre Nueva señaló ¡700! disparos, logrando abrir dos grandes brechas en el monasterio de Santa Engracia, del que se apoderaron. Desde allí dirige Verdier á Palafox su célebre proposición *Paz y capitulación*, á la que contesta el héroe *Guerra y cuchillo.*

Entonces se lanzan dos columnas contra Zaragoza; la batería que defendía el marqués de Lazán, Calvo de Rozas y el brigadier Torres, tuvo que ser abandonada por haberse incendiado el repuesto de pólvora, y esta inmensa desgracia permite á los franceses la entrada en la ciudad.

Algunos paisanos, viendo llegar á los franceses, pretenden huir al arrabal del otro lado del río; pero el joven oficial D. Luis de Tornos, comprendiendo que van á llevar el pánico y con el pánico la ruina de Zaragoza, vuelve contra ellos los cañones, los exhorta en nombre de la patria, y de nuevo tornan al combate con mayores bríos.

Apoderados los franceses del barrio de Santa Engracia y de las calles del Coso y del Carmen, que tuvieron que conquistar palmo á palmo, se entran equivocadamente en la estrecha calle del Arco de Cineja pensando es la de San Gil, y allí los nuestros los arrollan y los obligan á retroceder al Coso, donde el fraile agustino fray Ignacio Santa Romana, con algunos labradores, dirige contra ellos sus acertados tiros.

Al Coso vienen también á parar las dos columnas que Verdier ha dirigido á los arrabales, arrolladas por el jefe de ingenieros D. Marcos María Simonó, y por el valeroso cura de San Pablo, D. Santiago Sas, que con sus temidos escopeteros, todos feligreses de su parroquia, no escasea fatiga ni huye peligro, y D. Mariano Renovales, que con 100 labradores de la parroquia de San Miguel se hace fuerte en la calle de la Cadena.

Calvo de Rozas y el brigadier Torres, que no han huído, porque hombres de su temple no huyen jamás, tornan al combate con la gente del arrabal, y embisten denodadamente contra los franceses, que se guarecen en el convento de San Francisco y en el Hospital general.

¡Qué hazañas las de Zaragoza!

Cuando por la prolongación del sitio se ve obligado Palafox á cambiar el pan de primera clase que se daba á los soldados y alistados, por pan de munición, la ciudad entera resuelve comer pan de la misma clase, se prohibe cocer de otro, y desde aquel día no se come por todos los zaragozanos más que pan de munición.

Palafox y Lazán, Calvo de Rozas y López, Sas y Torres, Renovales y Simonó, realizan actos que parecen fábulas.

El famoso tío Jorge combate con el ardor de un joven; y el sexagenario Cerezo, armado de una espada, reta desde la calle á los franceses á singular combate.

Los cañones son conquistados á navajazos y conducidos en brazos.

Los moribundos se incorporan, para morir matando...

Los ancianos manejan las picas, los niños arrojaban piedras, y las mujeres llevan

© Biblioteca Nacional de España

tizones por bota-fuegos para disparar los cañones...

Agustina de Aragón, Casta Alvarez y otras cien se elevan á heroinas.

La condesa de Bureta, prima del general Palafox, al saber que los franceses han penetrado en la ciudad y que van á cruzar por su casa, hace levantar dos barricadas que cierran la calle y las defiende con extraordinaria bravura.

El coronel D. Antonio M. Qüadros, gobernador que era de Teruel, donde podía, según declaración del ilustre Palafox, permanecer á cubierto de toda nota, había abandonado por la patria á su esposa y á sus hijos y entrado en Zaragoza con los 100 soldados que guarnecían á Teruel y 300 paisanos que acudieron á su voz. Encargado por el general Palafox de la defensa del convento de Santa Engracia, contra el que los franceses habían concentrado sus fuerzas, al ver sin servidores las baterías, y abierta brecha, Qüadros, sin reparar en el peligro que va á correr, intenta cubrirla con sacos de arena, pero sucumbe gloriosamente en su arriesgada empresa.

Verdier perdió en este día (4 de Agosto) más de 2.000 hombres, quedando heridos él y el general Bezancourt, y los soldados que logró hacer penetrar en Zaragoza quedaron sitiados, pues si ocupaban una acera del Coso, la otra la poseían los nuestros, y desde los tejados, por las ventanas y balcones, de casa á casa y de hombre á hombre, se trabaron en el cercano día nuevos y sangrientos choques.

Palafox, que decidido á prolongar el sitio había salido de Zaragoza en busca de recursos, acompañado de sus dos hermanos, logró que el marqués de Lazán volviese á entrar en la ciudad el día 5 con un batallón de infantería, dos carros de pólvora y tres cañones; y el 9 forzó él mismo las líneas francesas y penetró en Zaragoza con un gran convoy compuesto de 60 carros, artillería, municiones y víveres, voluntarios de Aragón y Cataluña y 200 *miqueletes* enviados por Lérida, en total tres mil hombres, produciendo su vuelta y la llegada de estos refuerzos un entusiasmo rayano al delirio.

Una vez dentro, convocó un importante consejo de oficiales y personas notables, que acordó por unanimidad rechazar la sumisión de la plaza que proponía Verdier, arrojar á los franceses de Zaragoza, fortificar el arrabal, poner las casas en estado de defensa, levantar nuevas barricadas y emplazar nuevas baterías y perecer antes que rendirse, disposiciones todas que al momento se pusieron en ejecución, dispuestos los zaragozanos á morir primero que entregarse.

El cielo, en sus altos juicios, no permitió que llevaran á cabo tan tremenda resolución. El día 11 de Agosto llegaron á conocimiento de los generales franceses las noticias de los desastres que acababan de sufrir, y en las alturas de San Gregorio y Juslibol aparecieron los tercios de Huesca mandados por D. Felipe Perena, compuestos de dos mil hombres, pero de los cuales, según hemos dicho antes, solo 800 venían armados.

El día 13 recibieron los franceses la orden de levantar el sitio; mas Lefevre no quiso abandonar á Zaragoza sin causar nuevos daños, y mandó volar el convento de Santa Engracia, incendiar el de San Francisco y los almacenes de Monte Torrero. ¡Por fortuna aquellas llamas venían á alumbrar nuestras victorias! El día 14 marchó perseguido por la división valenciana de Saint-March, que le fué siguiendo hasta los confines de Navarra, donde hizo alto para cubrir la línea é impedir que los franceses se corrieran á Cataluña.

Palafox mandó salir á Butrón y Renovales á cortar el fuego y reconocer el campamento enemigo, los cuales recogieron en Casa-Blanca y San Lamberto algunos cañones, fusiles y muchas provisiones de boca y guerra.

En este primer sitio tomaron parte contra Zaragoza 11.570 infantes, 1.452 caballos y 60 piezas de artillería, perdiendo los franceses en los 60 días que duró el asedio más de 3.500 hombres.

Nuestras fuerzas consistían en 500 soldados de diversos cuerpos y algunos millares de labriegos, sin instrucción militar, que nunca habían manejado un fusil y menos un cañón.

Zaragoza quedaba arruinada; España había perdido en el sitio 3.000 hombres, pero los *invencibles* abandonaban su recinto ven-

© Biblioteca Nacional de España

cidos y derrotados; y la heróica ciudad era objeto, algún tiempo después, del siguiente juicio por parte de un francés, de Mr. Laurillard-Falot.

«Si queréis saber cómo se defiende una plaza después de haber abierto la brecha, no aprendáis ninguna regla: estudiad la heróica defensa de Zaragoza en sus calles, en sus casas, en sus pisos y habitaciones.»

Expedición contra Gerona.

Temiendo Duhesme quedar aislado en Barcelona y sin comunicación con Francia, salió de la capital del Principado el 17 de Junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas por el camino de la Marina, con el propósito de tomar á Gerona.

Los intrépidos paisanos del Vallés, mandados por un sobrino del almirante Barulo, intentan cerrarle el paso en las cercanías de Mongat, siendo rechazados: y la ciudad de Mataró, que había levantado barricadas y resuelto negarle la entrada, es víctima, al igual de Córdoba, de la soldadesca, violadas sus mujeres, robadas las casas, y muertos sus defensores... ¡Pero llegará á los catalanes, como á los andaluces, la hora de la venganza!

El 20 arribó Duhesme á las alturas de Palau, que dan vista á Gerona.

Era gobernador de la plaza el teniente-rey D. Juan Bolivar, quien, en previsión de lo que pudiera acontecer, había hecho reparar las murallas, montar los cañones, fabricar pólvora, proveer de víveres y municiones el castillo de Monjuich y los fuertes del Condestable y Capuchinos, formado algunos cuerpos de *miqueletes*, y un escuadrón de caballería con el nombre de San Narciso, patrón de la ciudad, y armado con chuzos, á falta de fusiles, á 2.000 paisanos. En cuanto á la guarnición, tan sólo se componía de unos 300 soldados del regimiento de Utonia y algunos artilleros escapados de Barcelona.

Apenas llegado, embistió Duhesme á Gerona, pero incomodado por los fuegos de los baluartes de la Merced y Capuchinos, se retiró á las aldeas de Sal y de Santa Engracia, que entró á sangre y fuego; y por la tarde atacó los fuertes del Carmen y de Capuchinos, de los que fué rechazado. Entabló entonces parlamento, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, y simulando un falso ataque al baluarte y puente de San Francisco, acercó á las murallas del fuerte de Santa Clara una columna que emprendió el asalto; mas apercibidos los defensores, cuando ya los imperiales escalaban el muro, fueron arrojados al foso los más audaces, continuando el fuego hasta que el fuerte de San Narciso los acabó de dispersar á metrallazos.

Aunque Duhesme pidió nuevo parlamento, quizás proyectando otra traición, desapareció á la mañana siguiente, sin poder explicarse cómo la ciudad que él no quiso guarnecer á su entrada en España por considerarla indefendible, le había podido hacer una tan tenaz resistencia.

De nuevo los paisanos le hostilizaron en su marcha á Barcelona, y en Granollers el general Chavran se vió acometido por el teniente coronel D. Francisco Milans del Bosch, primer jefe de graduación que se puso al frente de los somatenes, quien le derrotó apoderándose de su artillería.

¡Los invencibles continuaban siendo vencidos!

D. Juan Tapia.—Julián de Pablos.

Apenas desalojó la ciudad de Palencia el general francés Lassalle, la ocupó el valiente guerrillero D. Juan Tapia.

Era D. Juan Tapia un castellano de ánimo resuelto, que se había lanzado al combate ansioso de pelear por la independencia nacional.

Su patriotismo y su valor le habían granjeado en pocos días grande fama, y su guerrilla se aumentaba de cada hora con nuevos combatientes.

D. Juan Tapia, unas veces apoyado en las montañas de León, otras corriéndose á Burgos, otras penetrando en la provincia de Valladolid, batiéndose sólo con sus guerrilleros, ó combinando sus hazañas con otras partidas, tenía en jaque á los imperiales, que le buscaban con grande afán, sin que jamás pudieran llegar á sorprenderle, como iremos viendo en el trascurso de nuestra obra.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

En la villa de Lerma, y en el año de 1784, había nacido el joven Julián de Pablos y Ortega, que estaba destinado por la Providencia para dar á su querida patria muchos días de gloria.

Sus padres, honrados labradores de Lerma, dedicáronle á las faenas agrícolas, y en ellas habría tal vez vivido y muerto sin la guerra de la Independencia, que lanzando del uno al otro confín de la Península el santo grito de *Venganza y guerra*, le obligó á abandonar el campo por la batalla, la esteva por el sable, la vida tranquila de Lerma por la agitada existencia del guerrillero.

Vagaban por los campos de Burgos las partidas del *Empecinado* y de Merino, y todos los jóvenes soñaban en su ardimiento con ser unos héroes iguales ó mayores que los dos citados.

Julián oía diariamente que el hijo de Fulano, los sobrinos de Zutano, sus compañeros y amigos, se marchaban del pueblo para ir á engrosar las guerrillas. Profunda pena le causaba el no ir con ellos... más ¿cómo abandonar á sus padres? Pero ¿acaso—se decía algunas veces—la patria no es también una madre y necesita del auxilio de sus hijos, al verse esclava de los franceses? Indeciso se hallaba nuestro joven, cuando la casualidad, ese factor tan importante en la vida del hombre, se encargó de resolver el conflicto.

Una hermosa noche de Junio quisieron los mozos del pueblo de Lerma *salir de ronda*, sin cuidarse de obtener el permiso del ayuntamiento.

El alcalde, celoso defensor del principio de autoridad, marchó al encuentro de los rondadores y les intimó que se retiraran. Desobedeció Julián, indignado por la altanería y rudeza de formas que usaba el alcalde; agrióse la cuestión; intentó el alcalde conducir al joven á la cárcel, poniéndole la mano encima; pero Julián, á quien la sangre hervía, arremetió contra él, y, ciego por la ira, golpeó al alcalde con la guitarra que llevaba, y que en vez de instrumento de alegres canciones se convirtió en sus manos en un arma terrible, teniendo que abandonar el pueblo sin poder abrazar á sus queridos padres.

Hé aquí cómo el labrador se convirtió en soldado y llegó á los más altos grados de la milicia.

Huyendo Julián, se había encaminado á Roa, esperando hallar las partidas del *Empecinado* y de Merino, sobre todo de Merino, del que tanto había oído hablar á su padre, pero recorrió la villa, la cruzó en todas direcciones, paseó sus calles, y lejos de encontrar quien le diese razón de los guerrilleros, cosa nada extraña si se atiende á que Julián era forastero, y lo mismo podía ser un amigo que un enemigo, lo que encontró fué á Roa llena de franceses de infantería y de caballería.

Salióse desesperado y emprendió su camino á la ventura.

Corta era la distancia que llevaba recorrida, cuando sintió á su espalda el galopar de un caballo; volvió la cabeza, y observó que le seguía un coracero francés. Era que las vueltas y revueltas de Julián por Roa le habían hecho sospechoso á los imperiales, y el jefe que mandaba las fuerzas napoleónicas había decidido apoderarse de él por si era un espía.

Julián miró en torno suyo y no encontró alma viviente que pudiera prestarle ayuda; no llevaba armas, y á todo evento se armó de unas piedras y aceleró el paso.

Avanzó el coracero, y á gritos le intimó la rendición.

No se hizo esperar la respuesta de Julián, que consistió en una piedra tan hábilmente dirigida al rostro del coracero, que la fuerza del dolor le hizo caer del caballo bañado en sangre y perdido el conocimiento. ¿Qué más podía desear el joven? En un instante se apoderó del sable del coracero, que permanecía en el camino como muerto, y montando sobre el caballo emprendió la huída.

Perplejo se hallaba Julián sobre el punto á que debía encaminarse, cuando divisó á lo lejos un numeroso grupo de ginetes envueltos todavía en una nube de polvo. Al pronto dudó si serían franceses, visto que algunos de ellos traían capotes y hasta cascos, como el del francés que él acababa de herir ó matar, que de esto no estaba cierto; pero bien pronto se convenció de que eran paisanos, y ya no le quedó duda, al ver mez-

© Biblioteca Nacional de España

clados trajes de españoles y franceses y relucir las armas, de que era una guerrilla... Pero ¿cuál? Continuó mirando con mayor atención, y bien pronto divisó á Merino, cuyo aspecto y traje era imposible equivocar con ningun otro...

Los guerrilleros se fueron aproximando, y cuando ya estuvieron cerca, el joven se dirigió resueltamente á Merino, diciéndole:

—Señor cura, vengo para formar parte de su guerrilla, si su mercé—añadió,—me cree capaz para ello.

—Y tú ¿quién eres?—le preguntó D. Jerónimo.

—Julián, el hijo del Sr. Pablos, de Lerma.

—¿Eres tú el hijo de mi amigo Pablos, aquel chiquillo que siempre estaba haciendo diabluras?



EL CURA MERINO CON SU PARTIDA

—¿Le conoce usté?—le dijo Juan Martín.

—¿Pues no sabes que yo estudié en Lerma, y que conozco todo el pueblo?...

—Es verdad.

—¿Y estás decidido—le preguntó D. Jerónimo,—á morir por Dios y por la patria?

—Decidido.

—¿Qué te parece, Juanillo?—replicó Merino volviéndose al *Empecinado*.

—Me parece un mozo resuelto.

—Pero ahora que te miro... ¿de dónde has sacado ese caballo y ese sable?

—De un coracero francés...

—¿Le has muerto?

—Creo que sí... El venía de Roa á prenderme, tomándome sin duda por un espía, cuando yo había ido á Roa sólo por saber de ustedes...

—¿Has estado en Roa?—le preguntó Merino con interés.

—Sí, señor; de allí vengo.

—Cuenta, pues—añadió Merino,—la situación de los franceses.

—Y explícate bien claro—dijo el *Empeci-*

© Biblioteca Nacional de España

nado,—porque nosotros vamos á conquistarla, y es preciso llegar y vencer...

—¡Como Julio César en las Gálias!—dijo el estudiante de la guerrilla de Juan Martín.

—Usté calle, señor licenciado, y no empiece á poner motes...

—Es que Julio César era un gran general.

—¡Buenos están los generales franceses!

—Si no era francés...

—Silencio, he dicho.

Mientras el estudiante contaba á los guerrilleros, que le escuchaban estáticos, quién era el tal Julio César, nuestro joven amigo explicaba al *Empecinado* y á Merino todo lo que había visto en Roa, los puntos que ocupaban los franceses, las fuerzas que aproximadamente tenían, y otros varios pormenores de grandísima importancia en aquellos momentos.

Conferenciaron un rato el *Empecinado* y Merino para acordar el plan de ataque, y el silencio más profundo se hizo entre los guerrilleros.

A poco las dos partidas se convirtieron en diez, desapareciendo rápidamente.

Asalto de Roa.

Llegó la noche, una de esas noches de verano, plácidas, serenas y un tanto oscuras.

Las doce acababan de dar en el reloj de la iglesia colegiata de Roa, villa antiquísima, conocida entre los vaceos con el nombre de *Rauda*, mansión romana del itinerario, y llamada después de la irrupción de los bárbaros *Rodacis*, destruída por los árabes, repoblada en el siglo X por el conde Nuño Muñoz y restaurada por el monarca Alfonso VI.

Hállase situada esta villa, que cuenta con más de 2.000 habitantes, en anfiteatro, sobre una colina que baña el caudaloso Duero, y riegan su hermosa vega los arroyos Gomejón, San Andrés, Dujo y Mallara.

Tiene á la parte S. vestigios de un castillo, que debió ser muy fuerte, y contiguas á él se ven las ruínas de un magnífico palacio, en uno de cuyos aposentos murió el insigne cardenal Cisneros; y dan entrada á la villa seis puertas encajadas en la muralla que ostentan en el arco interior la imagen del santo de su advocación, al S. y O. las de *San Esteban* y el *Palacio*, al N. la de *San Juan*, al NO. la de *Guzmán*, al O. la del *Arrabal* ó de la *Fuerza*, y algo más abajo, hacia el S., la de *San Miguel*.

Cuenta con dos parroquias, al E. la de la *Santísima Trinidad*, y al S., pegada á las murallas, que circundan á Roa por completo, la de *San Esteban*. Frente á la puerta del *Palacio* un hermoso puente de piedra de cuatro arcos, sobre el caudaloso Duero; al NE. un gran paseo llamado del *Espolón*, y fuera de las murallas las ermitas de San Antón, San Blas, San Roque, la Virgen de la Vega y Santa Lucía, vecina á la cual se alza el cementerio mirando á SE.

Al dar la última campanada de las doce en el reloj de la colegiata, se oyó una descarga formidable hacia la parte S., en los torreones del viejo castillo; atónitos los franceses y despertados en lo mejor de su sueño, se lanzaron hacia aquella parte; mas casi al propio tiempo, por el lado del NE. en que se halla el paseo del Espolón, sonaron repetidos tiros, y la mayoría de los imperiales se dirigió al paseo.

Diligencia vana...

Los tiros sonaban hacia el puente, sonaban hacia la parroquia de la Trinidad, sonaban hacia el cementerio...

Los oficiales franceses no sabían á qué lado acudir... Un ataque semejante, por tantos y tan diversos puntos á la vez, no podía venir en su concepto más que de una columna numerosa, ó, por mejor decir, de un gran cuerpo de ejército.

Los clarines lanzaban al viento sus estridentes sones, redoblaban los tambores, gritaban los oficiales, relinchaban los caballos, y todo era en Roa confusión, alboroto y espanto.

De improviso comenzaron á elevarse al cielo algunas columnas de negro humo, seguidas de grandes llamas que daban un tinte rojizo al sombrío cuadro; eran las puertas del Palacio y de San Esteban, del Arrabal y de San Miguel, de San Juan y de Guzmán, que comenzaban arder...

Tras una larga indecisión, de muchas idas y venidas, y de órdenes contradictorias, re-

© Biblioteca Nacional de España

solvieron los franceses acudir á defender la cabeza del puente y el paseo del Espolón.

Nuestros guerrilleros habían aprovechado tamaña indecisión, y con la navaja entre los dientes y las pistolas y las hachas en la mano, favorecidos por la oscuridad de la noche, habían asaltado las murallas, sorprendido á los centinelas, ganado los muros, y guiados por Julián de Pablos eran dueños de la Plaza Mayor, abandonada por los franceses, de la iglesia colegial y de la casa del ayuntamiento.

El plan de ataque, concebido por el *Empecinado* y Merino, se había realizado al pie de la letra. Mientras el estudiante, al frente de diez guerrilleros, rompía el fuego por las ruínas del castillo y se dirigía á ocupar el puente, el asistente de Merino, apellidado el *Feo*, se lanzaba por el paseo del Espolón, y todas las puertas eran incendiadas á la vez por grupos de seis hombres, que detrás de las llamas aguardaban á sus enemigos. El resto de la fuerza, unos 50 hombres, eran los que, divididos en dos grupos y al mando de Juan Martín y D. Jerónimo habían asaltado las murallas.

Hostigados los franceses por el frente, huyendo del fuego y del humo de las puertas, quisieron replegarse al interior, pero ya era tarde.

A la voz de *¡Viva España!* sonaron todas las campanas á rebato, los guerrilleros dispararon sus armas parapetados en la colegiata y en el ayuntamiento, y los vecinos de Roa, ansiosos de tomar parte en la lucha, comenzaron á arrojar desde sus casas toda clase de muebles contra los imperiales.

Los franceses comprendieron que era tan imposible avanzar como retroceder, porque los guerrilleros de fuera empezaban á entrar por las puertas á los gritos mil veces repetidos de *viva España*, *viva el Empecinado*, *viva Merino*.

Las primeras tintas de la aurora asomaban por el horizonte, y era preciso terminar el combate antes de que los franceses pudieran apercibirse de la escasez de nuestras fuerzas... Resueltos á todo, el *Empecinado* y Merino abandonaron la iglesia y el ayuntamiento, y seguidos de sus partidarios se arrojaron á la calle.

Como el huracán derriba los árboles y el segador corta las mieses, así nuestros guerrilleros se lanzaron sobre los imperiales...

Imposible relatar los hechos parciales, los rasgos de valor, los actos de heroísmo realizados por nuestros guerrilleros...

Bien pronto los franceses se pronunciaron en vergonzosa fuga, y la caballería huyó dejando abandonada á la infantería, que los guerrilleros acuchillaban sin piedad, ansiosos de vengar tantas infamias como los franceses habían cometido en Burgos, en Lerma y en Roa.

El brazo de Juan Martín era incansable: á cada uno de sus golpes caía un francés muerto. ¡Su niño Carlos iba á quedar bien vengado!...

¡Ya soñaba con el placer de noticiar esta nueva victoria á su desolada madre, la noble doña Teresa!...

Terminada la acción, en que había peleado bizarramente, dirigióse Julián de Pablos al cura Merino.

—¿Puedo quedarme en la partida, D. Jerónimo?

—¿Qué te parece, Juanillo?—preguntó Merino al *Empecinado* sonriendo.

—Que merece quedarse, porque se ha portado como un valiente...

—¡Viva el *Empecinado!*—exclamó Julián.

—Eso no—respondió Juan Martín;—¡viva España!

—¡Viva!—gritaron todos.

—Pues, como le decía á su mercéd esta tarde—exclamó adelantándose el estudiante,—acabamos de imitar á César en las Gálias, y podemos exclamar como él, *vene*, *vedi*, *venci*...

—Hable vuarcé en cristiano, señor licenciado,—dijo Juan Martín...

—Sí—replicó Merino,—porque ese latín es un poco trasnochado, y...

—César dijo...

—César dijo *vini*, *vidi*, *vinci*...

—Es verdad.

—Lo cual no es lo mismo.

—Pero se le parece mucho.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Llegué, ví y vencí.

—Lo mismo que nosotros.

—Lo mismo.

© Biblioteca Nacional de España

Según los mejores historiadores, la toma de Roa *fué uno de los más brillantes hechos de armas de los guerrilleros*, causando tal pánico en los franceses su valor y arrojo, que huyeron á la desbandada hacia la venta del Angel, camino de Valladolid, y hasta ella fueron perseguidos por los nuestros, que los derrotaron otra vez, demostrándo así que los guerrilleros, de igual modo entraban de noche y por sorpresa en los pueblos que los imperiales ocupaban, como los vencían en campo abierto y á la clara luz del sol, que por algo escribió el poeta aquellos sublimes versos:

No existe bajo del sol
poder que bastante sea
para vencer en pelea
á un corazón español.

Ataque de Moncey contra Valencia.

En Valencia habían ocurrido gravísimos sucesos.

D. Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, gran admirador de los jesuítas, cuyas máximas seguía, había llegado á Valencia ansioso de hacerse popular y conquistar una alta posición, y para lograrlo pretendió asociarse al padre Rico, que rechazó con indignación sus ideas y propósitos. Entonces Calvo apeló á la astucia, se cubrió con una máscara de santidad, predicó al pueblo que si los franceses triunfaban la religión estaba perdida, uniendo así con pérfida malicia la causa de la religión á la de la patria, y el 5 de Junio logró que las turbas saqueasen las casas de los franceses establecidos en Valencia, á muchos de los cuales encerró la Junta en la ciudadela para salvarlos de las iras de aquellos desalmados fanáticos.

Calvo logró penetrar en la ciudadela, y aconsejó á los franceses allí detenidos que huyeran al Grao, donde encontrarían barcos dispuestos para trasladarlos á Francia si no querían ser víctimas del pueblo, que iba á asaltar la fortaleza; ellos le creyeron, y al ir á salir, Calvo llamó á los sicarios que tenía prevenidos gritando que los franceses se fugaban, y la mayoría cayeron muertos bajo el puñal de los asesinos. La Junta se presentó en la ciudadela y sólo pudo librar á 140, á los que Calvo indicó se llevaran á las Torres de Cuarte para salvarlos: así se hizo; mas al pasar por la plaza de toros, los mandó asesinar por otra cuadrilla de foragidos que allí tenía reunida.

Desde aquel día el canónigo Calvo ejerció la dictadura en Valencia, y sus órdenes eran cumplidas lo mismo por la Junta, que por el capitán general, que por el arzobispo.

Sólo el padre Rico, dando una nueva prueba de su gran corazón, propuso encarcelarle, pero se opusieron el coronel Usel y otros dos individuos de la Junta, amigos de Calvo, los cuales consiguieron que fuese admitido en ella, no sin protesta del padre Rico.

Apenas entrado en ella Calvo, se presentaron algunos de sus esbirros con ocho franceses, que allí mismo asesinaron, horrorizando á los individuos de la Junta, mientras Calvo sonreía tranquilamente, reclamando después el premio de las muertes que llevaban hechas, según les había ofrecido el canónigo.

Al siguiente día, el padre Rico exigió la prisión de aquel mónstruo, y la Junta accedió, apoderándose de su persona por sorpresa y enviándole á Mallorca.

Sometido al tribunal, declaró que si había obrado mal, su intención era buena, y antes debía ser premiado que castigado. Los jueces, sin embargo, le condenaron á morir en garrote (2 de Julio) y á ser expuesto su cadáver en la plaza con este letrero:

«Por traidor á la patria y mandante vil de asesinos.»

Lo más triste no fué su muerte, sino que la Junta de Valencia, deseosa de satisfacer á la vindicta pública, creó un tribunal encargado de perseguir y castigar á los sicarios de Calvo, á los ignorantes que él había fanatizado, y este tribunal, que ordenó muchas ejecuciones, condenó á la última pena á algunos culpables, sí, pero también á varios inocentes.

Restablecida la calma, la Junta se consagró con el mayor empeño á alistar nuevas fuerzas para defender la ciudad y las entradas de la provincia.

El general Moncey, encargado de la toma de Valencia, era un hombre *prudente, hu-*

© Biblioteca Nacional de España

mano y justiciero, que reprobaba la inícua guerra que Napoleón nos hacía, y que procuraba conciliar sus deberes militares con sus nobles sentimientos.

Nosotros, que hemos censurado con la dureza que merecían á Murat, á Dupont, á Lefevre y Duhesme, y censuraremos en adelante á cuantos franceses, generales ú oficiales lo merezcan, nos creemos obligados á hacer justicia á Moncey, como se la haremos á cuantos, en nuestro pobre juicio, se hagan dignos de ella. Queremos ser justos para ser estimados, y veraces para ser creídos.

El general D. Pedro Adorno fué enviado con 8.000 hombres, en su mayoría paisanos, á los desfiladeros de las *Cabrillas*, apoderándose del puente de Pajazo, sobre el río Cabriel, que cortó, levantando allí una batería de cuatro cañones.

Moncey avanzaba con 9.000 hombres (20 de Junio), y haciendo vadear el río á dos batallones, y empleando los cañones, atacó el puente, que abandonaron los suizos, pasándose á los franceses é introduciendo así la alarma entre los paisanos que se desbandaron.

Resuelta la Junta á defender el paso de las *Cabrillas,* comisionó al padre Rico, que salió de Valencia con el nuevo jefe, brigadier Marimón, pues se ignoraba el paradero de Adorno, y con los 3.000 soldados, 200 paisanos y 12 cañones que habían quedado, después de la dispersión de *Pajazo*, trataron de defender el terreno entre Siete-Aguas y la venta del Buñol.

Nuestras guerrillas hicieron prodigios de valor, pero cedieron ante el número, y el 24 era Moncey dueño de Buñol, desde cuyo punto escribió á la Junta solicitando el reconocimiento de José como rey de España, recibiendo una enérgica negativa.

Se halla situada Valencia á la derecha del río Guadalaviar, ceñida por un muro de antigua fábrica, flanqueado de torres en las puertas, y la ciudadela, única fortaleza con que cuenta, es pequeña y mal fortificada.

¡Nada, en suma!

Moncey hizo una nueva invitación á la ciudad desde la venta del Poyo, que el conde de la Conquista se manifestó dispuesto á aceptar; pero la Junta, en vista del entusiasmo del pueblo, le obligó á reponder que Valencia prefería la muerte á todo acomodamiento.

En pocas horas se repararon las murallas, se construyeron baterías, se levantaron barricadas, se cortaron calles, se abrieron fosos, que se llenaron de agua, se fortificaron las casas y se cubrieron con colchones los balcones y ventanas; organizáronse además dos líneas de defensa en las afueras, una en la ermita de San Onofre, mandada por el brigadier D. Felipe Saint-March, y otra en Cuarte por el general D. José Caro, que desde Almansa, á donde había sido enviado para detener á los franceses, corrió en auxilio de Valencia.

En la tarde del 27 se presentaron las avanzadas de Moncey.

La artillería francesa destruyó nuestra primera línea; replegáronse los españoles á la segunda, establecida en el arrabal de Cuarte, que defendieron hasta que, llegada la noche, se vieron obligados á replegarse á la ciudad.

Dolorosa era la pérdida, pero Valencia había ganado un día más para prepararse á la defensa, en la que se dispuso á tomar parte toda la población.

Un paisano, llamado Juan Bautista Moreno *(El Torrero)*, arrastró y colocó él solo un cañón en la puerta de Cuarte, y con una espada en la mano alentaba á sus compañeros, y cerraba y abría las puertas sin reparar en el peligro á que se exponía.

La puerta de Cuarte fué embestida tres veces por los franceses; otras tres acometidas á la puerta de Santa Catalina no tuvieron mejor éxito. Como último recurso, atacó Moncey la puerta de San Vicente, considerada como la más débil, pero inútilmente; y los franceses se retiraron á las ocho de la noche á media legua de la población á los pueblos de Mislata y de Cuarte.

Imposible le parecía á Moncey tan heróica resistencia en una ciudad abierta; pero habría cambiado de opinión al entrar por sus calles y ver á los ancianos arrancando los hierros de los balcones y verjas y partiéndolos en pedazos, para que las mujeres, desde la condesa á la labradora, formasen

© Biblioteca Nacional de España

con ellos sacos de mortífera metralla; á los paisanos, adiestrados por hábiles oficiales, convertidos en artilleros; á los labradores dirigiendo, desde las alquerías y huertas, sus certeros tiros; al padre Rico entusiasmando al pueblo; á D. Luis Peñaranda haciendo prodigios de valor al frente de los huertanos; á los jefes y soldados realizando actos heróicos, y al mesonero Miguel García verificando solo y á caballo cinco salidas y consumiendo en cada una cuarenta cartuchos con extraordinario acierto.

Al ver Moncey que de los 9.000 hombres que llevaba había perdido 3.000, que carecía de municiones y que no llegaba Chavran de Cataluña con los refuerzos anunciados, salió para Almansa el 2 de Julio, encaminándose á reparar sus fuerzas en Albacete.

Si el general Llamas, situado en Almansa; el conde de Cervellón, que estaba en Alcira con importantes fuerzas, y D. Pedro Adorno atacan á Moncey, su pérdida era segura y su ejército habría quedado muerto ó prisionero.

Dedicados á estos generales, hemos encontrado manuscritos, entre algunos números que se conservan en la Biblioteca Nacional, de la *Gaceta de Valencia* (1808), los siguientes versos, que por lo nuevos y curiosos no resistimos el deseo de copiar:

P.—¿Por quién se salvó Valencia?
R.—Por la Divina Providencia.
—El general Adorno ¿qué es lo que hizo?
—Sacrificar en Pajazos á los suyos.
—Dicen que estos valientes pelearon.
—Sí, señor; y por eso la pagaron.
—¿Pues no estuvo D. Pedro en la batalla?
—En donde está el francés nunca se halla.
—¿Dicen que no se vió por las Cabrillas?
—No va donde reparten peladillas.
—¿Y se halló en el combate de Valencia?
—No; que el matar es caso de conciencia.
—¿Pues qué hizo en todos estos puntos?
—Rezar y más rezar... por los difuntos.
—Es hombre de valor, vé lo que dices.
—Eso no más le falta, y las narices (1).
—¿A quién debió Valencia todo amparo?
—A sus vecinos, y al valor de Caro.
—¿Mucho habrá trabajado Cervellón?
—Sí; acompañó á D. Pedro... en la oración.
—Conque, en suma, ¿estos dos no han hecho nada?
—Sí; cortarle á Moncey la retirada.
—¿Y cómo puede ser, si pasó el río?
—Fueron por otro lado, señor mío.
—¿Y por qué no salieron al atajo?
—Dolidos de Moncey, y sus trabajos.
—¿Conque Moncey pasó sin perder nada?
—No, que sacó la pólvora... mojada.
—Pues si nadie lo vió ¿cómo se sabe?
—Porque no es imposible, y todo cabe.
—Y ahora que está sin pólvora ¿qué haremos?
—Con pachorra detrás los seguiremos.
—¿Pues no será mejor apresurarse?
—¡No, que podrá la pólvora enjugarse!
—Y con los generales, ¿qué haremos?
—Pagarles, y muy bien, como debemos.
—Me parece que poco lo han ganado.
—¿Y el susto que los pobres han llevado?
—¿De qué, si nunca han visto á los franceses?
—Pero los han soñado muchas veces.
—¿Y si otra vez volvieran á buscarnos?
—Dios, que ya nos salvó, podrá librarnos.
—¿Pues no es mejor mudar los generales?
—No, porque son sugetos principales.
—Y si el francés nos gana, ¿qué diremos?
—Que así nuestros pecados pagaremos.
—Pues, y ¿tantos cañones y fusiles?
—Sirven para gastar miles y miles.
—¿Conque no hay esperanza de consuelo?
—Sí, señor; apelar... al Dios del cielo.
—¿Y si el caso se ve muy apurado?
—Al gran *Navejos* y al insigne *Bado* (1).

(1) «Según el padre Rico, desapareció después del combate huyendo vergonzosamente el general Adorno.» – Perales.—*Historia de Valencia.*

Las Cortes de Bayona.

Se acercaba el día señalado para la apertura de las famosas *Cortes de Bayona* y faltaban la mayoría de los miembros, algunos de los que, como el obispo de Orense, el bailío D. Antonio Valdés y el marqués de Astorga, habían rechazado semejante *honor*.

Celebróse por fin la apertura el 15 de Junio, con las dos terceras partes de los llamados, asistiendo la mayoría de ellos por la fuerza.

El conjunto resultó tan heterogéneo, que, mientras D. José Hermosilla y D. Pablo Arribas solicitaban la abolición de la Inquisición, y otro individuo pedía que nadie fuese molestado ni perseguido por sus opi-

(1) Navejos y Bado figuran ser los representantes del pueblo.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

niones políticas y religiosas, el inquisidor Ethernad y los consejeros de Castilla defendieron la Inquisición, y los frailes se opusieron á la libertad religiosa y á la supresión de los conventos.

Aunque el objeto de la convocatoria era para *organizar la monarquía*, los mal llamados *representantes* de España se limitaron á aprobar en diez días el proyecto de Constitución que les envió Bonaparte, y en el cual, si se abolía el tormento y ciertos privilegios, y se ordenaba la publicidad en las causas criminales, y se limitaba la renta de los mayorazgos; en cambio se establecía la previa censura para la imprenta, se consignaba que los diputados á cuyas sesiones se negaba toda publicidad, serían elegidos por el clero, la nobleza y el pueblo, no habiendo obligación de convocarlos sino cada tres años, se creaba un Senado, de nombramiento real, que podía suspender la Constitución, y se incluía una perpétua alianza por mar y por tierra entre Francia y España. ¡Y aun con ser tan menguada la tal Constitución, se aplazaba su planteamiento para dentro de cuatro años!

Con razón dijo Southey, hablando de las llamadas Cortes de Bayona, que «eran una añagaza para engañar á España con un nombre respetable, franqueando los caminos para llevar á efecto los caprichos de un usurpador, embozados con la capa de la libertad.»

Terminadas las sesiones, se nombró el Gobierno en la siguiente forma:

D. Luis Urquijo, ministro de Estado.

D. Pedro Cevallos, de Negocios Extranjeros.

El conde de Cabarrús, de Hacienda.

D. Nicolás Azanza—que había presidido las Cortes,—de Indias.

D. José María Mazarredo, de Marina.

D. Sebastián Piñuela, de Justicia.

D. Gonzalo O'Farrill, de Guerra

Como se recordará, la mayoría habían sido anteriormente ministros, y de igual modo que habían dejado á Carlos IV por Fernando VII, dejaban á Fernando por José Bonaparte.

Al ilustre Jovellanos le otorgaron la cartera del Interior (Gobernación), y para más comprometerle, publicaron su nombramiento en la *Gaceta*, pero lo rechazó indignado diciendo que la causa de la patria era la del honor y la lealtad, y por consiguiente la de todo buen español.

El 7 de Julio prestaron juramento José y los diputados en manos del arzobispo de Burgos, pasando inmediatamente al palacio Marrac á dar las gracias á Napoleón por su interés hacia España. Mas si triste y vergonzoso fué este acto, mayor lo fué el de Fernando, sus parientes y consejeros apresurándose á felicitar á José, *el monarca más propio para España por sus virtudes*, y á jurar la nueva Constitución, esperando les conservase *el goce de los bienes y empleos que poseían, con las otras gracias que les tiene concedidas el emperador, su augusto hermano, y constan en la adjunta nota.*

En virtud de semejante humillación, el duque del Infantado volvió á España para ocupar su puesto de jefe del regimiento de Guardias Españolas, y los duques de Híjar y del Parque, el príncipe de Castel-Franco y los condes de Fernán-Núñez, de Ariza y otros nobles, tornaron á desempeñar los cargos que tenían en Palacio con Carlos IV y Fernando VII.

Napoleón se despidió cariñosamente de su hermano el día 9 de Julio, y el 10 expidió desde Tolosa un decreto ordenando á las autoridades la proclamación de su hermano José como rey de España, y al clero que entonase en las iglesias un solemne *Te-Deum*.

José, que había partido igualmente el día 9 con dirección á España, dirigió desde Vitoria una proclama manifestando los deseos que le animaban por la prosperidad y la gloria de España, y disponiendo que el escudo de armas se compusiera en adelante de los leones y castillos con el águila imperial encima. ¡Era justo, puesto que España iba á vivir en adelante bajo el poder de Francia!

Para juzgar de la actitud del pueblo de Madrid, que en esta cuestión representaba al de España toda, vamos á transcribir los pasquines que aparecieron en varias esquinas, tratando de la venida del nuevo rey:

«En la plaza hay un cartel
Que nos dice en castellano
Que José, rey italiano,

© Biblioteca Nacional de España

Viene de España al dosel.
Y al leer este cartel,
Dijo una maja á su majo:
—Manolo, pon ahí debajo
Que me c... en esa ley;
Porque aquí queremos rey
Que sepa decir, «¡C.....!»

—

«Anda salero
No c..... en España
José primero.»

*
* *

Las tertulias continuaban tan concurridas como antes, especialmente la del gran poeta D. Manuel José Quintana, á la que asistían los hombres más eminentes, entre ellos el célebre D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, á quien la publicación en la *Gaceta de Madrid* de un artículo favorable á Fernando le produjo la amenaza por Murat de una sentencia de muerte.

Todos los españoles, formando en aquellos días una sola familia, se reunían para consagrar en el recinto sagrado del hogar su amor á la patria y á la libertad, sin que la tiranía de los franceses pudiese ahogar, ni siquiera impedir, la explosión de tan nobles sentimientos, que no se cuidaban de recatar.

En las casas, en las botillerías y cafés, en las plazas, en las calles, en los paseos, los madrileños publicaban victorias de nuestros ejércitos, aun antes de ganarlas, y en muchos casos su patriotismo les hacía acertar, así como negaban con tesón las noticias de reveses y derrotas sufridos por nuestros soldados. Al *¡No importa!* de los combatientes, contestaba el *¡No importa!* de los ciudadanos.

Las noticias del levantamiento del país, de la formación de las Juntas, del apresamiento de la escuadra francesa en Cádiz, de la creación de ejércitos, del apoyo de Inglaterra, de la jornada del Bruch, de las heróicas defensas de Gerona, Zaragoza y Valencia, excitaban de tal modo el entusiasmo de los madrileños, que para ellos los héroes de Andalucía, de Cataluña, de Aragón y Valencia aparecían como semi-dioses.

Cuenca y Ríoseco.

El general Carlincourt, enviado por Savary en auxilio de Moncey, se acercó á Cuenca el 3 de Julio, é hizo pagar á los habitantes de esta ciudad la resistencia que le hicieron con la violación de sus mujeres, el saqueo de sus casas, el robo de sus templos y el asesinato de sus moradores. Savary le mandó retroceder al saber que Moncey se hallaba en salvo en Albacete; y Moncey, que no se conformaba con verse mandado por Savary, se replegó sobre el Tajo.

Nuestro general Cuesta, que se había retirado á Benavente después de la derrota de Cabezón, se ocupaba en recoger é instruir la gente que se le presentaba, pidiendo á las Juntas de Oviedo y la Coruña se le incorporaran los ejércitos de Asturias y Galicia para emprender la ofensiva, á lo que se negó la Junta de Oviedo, siguiendo el parecer del marqués de Santa Cruz, aconsejando á Cuesta la retirada á las montañas y enviándole tan sólo el regimiento de Covadonga, mandado por D. Pedro Méndez Vigo; lo propio que la de Galicia, que si bien contaba con los regimientos llegados de Oporto y con 50.000 fusiles recibidos de Inglaterra, el general Filangieri, que mandaba su ejército, no quería arriesgar su gente sin antes haberla instruído.

Depuesto Filangieri, por la oposición que había hecho al levantamiento de la Coruña, y muerto por sus soldados, que sospechaban de su lealtad, le reemplazó D. Joaquín Blake, que si bien nacido en Irlanda, procedía de la antigua escuela del Puerto de Santa María y se había distinguido en la guerra de 1793. Blake avanzó su cuartel general á Manzanal, extendiéndose á las sierras de Fuencebadón y Silleros, para asegurar las provisiones del Vierzo, cubrir á Galicia y auxiliar á León.

La Junta de Galicia, accediendo á los deseos de Cuesta y á las exigencias de la opinión, que deseaba batallas, ordenó á Blake que con sus 20.000 hombres y 20 piezas se uniese á Cuesta, que tenía á sus órdenes 7.000 combatientes, paisanos en su mayoría, y que, como más antiguo, tomó el mando del ejército, encaminándose hacia Rioseco, donde estableció su campamento.

© Biblioteca Nacional de España

Bessieres, que había recibido un gran refuerzo de soldados aguerridos que le trajo de Francia el general Moutón, y una brigada que le envió Savary, aprovechándose de la partida de Blake para Valladolid, que dividió el ejército español, atacó al descuidado Cuesta, quien mandó retroceder á Blake, cuando ya Bessieres había logrado interponerse entre los dos; y aunque nuestros bisoños soldados se batieron con empeño, y los carabineros y guardias de Corps acuchillaron á las tropas francesas, y la cuarta división de Galicia se apoderó de varios cañones, Bessieres envió contra ella á Merle, que logró desbaratarla, introduciendo el espanto y la dispersión en nuestros ejércitos, del que sólo se libró el regimiento de Navarra mandado por el coronel D. Gabriel Mendizábal y algún otro.

Esta batalla nos costó más de 5.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y 15 piezas de artillería; y mayores habrían sido las pérdidas si Bessieres hubiese perseguido á los fugitivos, en lugar de asaltar á Rioseco, cuyos indefensos moradores vieron á sus mujeres víctimas de los más brutales ataques, sus templos saqueados y sus casas incendiadas. La infame conducta de Bessieres en Rioseco sólo puede compararse á la de Dupont en Córdoba ó Carlincourt en Cuenca. Todo lo que nuestros guerrilleros hagan contra los soldados y oficiales franceses en adelante, no será más que un acto de justísima venganza.

Sabedor Bessieres que Cuesta se había retirado hacia Salamanca, y Blake traspuesto las montañas que conducen á Asturias, sólo pensó en ganar á éste con halagüeños ofrecimientos, que Blake rechazó con indignación.

Con la victoria de Bessieres en Rioseco, que, al decir de un historiador, arrancó á Napoleón estas palabras: —«Este triunfo coloca á mi hermano en el trono de España,» avanzó José desde Burgos, donde se hallaba, hacia Madrid, verificando su entrada en la capital el 20 de Julio.

El Ayuntamiento de Madrid y el Consejo de Castilla, *cediendo más que á la convicción al miedo,* dispusieron la proclamación de José para el 25, día de Santiago, ceremonia irrisoria que se celebró en medio de la mayor indiferencia, ostentando el estandarte Real el conde de Campo-Alange, por haberse negado á ello y haber huído de Madrid el conde de Altamira, á quien correspondía como alférez Real.

El pueblo se encerró en sus casas, y los pocos curiosos que asistieron á la regia solemnidad fué para mofarse de ella. A las aclamaciones de los soldados á José, contestaba siempre alguna voz con un *¡Viva Fernando VII!* y hubo campanarios donde en vez de tocar á fiesta tocaron á muerto.

Bien pronto comenzó á circular el rumor de una gran victoria alcanzada por las armas españolas, que alentando á los patriotas, comenzó á llenar de pavura á los franceses.

¿Sería cierto? Sí, lo era; esta victoria, una de las más grandes que registra la historia era la batalla de Bailén, ganada por el ejército de Andalucía.

Bailén.

Encargado el general Castaños del ejército de Andalucía, en muy pocos días le organizó y disciplinó acostumbrándole á realizar grandes evoluciones.

Componíase este ejército de tres divisiones; la primera (6.000 hombres) la mandaba D. Teodoro Reding, suizo al servicio de España, sereno, valeroso, organizador; la segunda tenía por jefe al antiguo oficial de Walonas, marqués de Coupigni; la tercera llevaba á su frente al anciano brigadier don Félix Torres, y la reserva iba regimentada por el teniente general D. Manuel de la Peña.

Acompañaban al ejército las guerrillas del presbítero D. Ramón de Argote, de D. Pedro de Valdecañas, de D. José Cruz, los *Lanceros Jerezanos*, mandados por D. Nicolás Cherif, y los *Voluntarios de caballería de Utrera*, comandados por D. José Sanabria.

El 26 de Junio pasó revista Castaños á su ejército en los campos de Utrera.

Aunque escaseaba el equipo, por la entrada de nuevos voluntarios, y cada vestuario se había dividido en dos, entregándose á unos cuerpos los calzones, casacas y sombreros, y

© Biblioteca Nacional de España

á otros las gorras, pantalones y chaquetas, no presentaba mal aspecto nuestro ejército, pues sabido es que el soldado español con cualquier cosa aparece bien. La falta de cartucheras y cananas se suplió con saquillos de lienzo que las mujeres de Utrera, sin distinción de clases, confeccionaron por un modelo que se les dió.

El general inglés Spencer, que había llegado al Puerto de Santa María con un cuerpo auxiliar de 6.000 hombres, se ofreció á la Junta de Sevilla, pero ésta y los generales resolvieron no admitir la ayuda inglesa sino en un caso extremo.

Acordado en Utrera tomar la ofensiva, el 29 se dirigió Castaños por la orilla izquierda del Guadalquivir, el 1.° de Julio llegó al Carpio, y el 11 se celebró en Porcuna un Consejo para organizar el plan de ataque contra Dupont.

Dupont ocupaba Andújar con 10.000 hombres; el general Vedel con 9.000 á Bailén y Puerto del Rey, y Liger-Belair con 1.500 á Menjíbar. Dupont mostrábase intranquilo, sus generales y oficiales abatidos, y sus soldados temerosos.

Los caminos presentaban un espectáculo aterrador; en las encrucijadas, en los barrancos, pendientes de los árboles, se ostentaban muchos cadáveres de soldados y oficiales franceses... ¡Era la obra de nuestros valientes guerrilleros!

Los pueblos aparecían abandonados, pero de las casas salían miasmas insoportables, producidos por los cadáveres de los imperiales muertos en ellas... ¡Era la venganza de nuestros compatriotas!

Todo el país presentaba un cuadro de represalias tan cruentas, de una lucha tan sin piedad, que el ánimo más resuelto se acobardaba.

Resolvióse en Porcuna que Castaños, con la tercera división y la reserva, atacase á Dupont en Andújar, y que Reding y Coupigni forzasen el paso de Menjíbar y Villanueva para marchar sobre Bailén.

El 15 comenzó el general Castaños á cañonear el puente de Marmolejo; pidió Dupont refuerzos á Vedel, que se le reunió con todas sus tropas menos dos batallones que dejó á Liger-Belair en Menjíbar.

Siguió el cañoneo el 16 Castaños, y Reding se presentó ante Liger-Belair, y le batió; retiróse Liger-Belair, pero se encontró con la brigada Gobert y volvió á combatir y á ser derrotado, pereciendo Gobert, y teniendo que retirarse á Bailén con Dufourt.

Prudente Reding, lejos de avanzar, repasó el río y se unió á Coupigni, que no había podido forzar el paso de Menjíbar, entrando los dos el día 18 en Bailén, sin oposición, pues los franceses, suponiendo que Reding avanzaría, se retiraron á La Carolina.

Enojado Dupont contra Vedel, le mandó recuperar Bailén y reunírsele en Andújar.

Vedel regresó á Bailén, sin hallar en él ni españoles ni franceses; y temeroso de que los nuestros hubiesen obligado á Liger-Belair y Dupont á correrse á la derecha, se dirigió en su socorro.

Dupont, empeñado en sostener la posición de Andújar, encontróse de pronto con que Vedel se alejaba de él y los españoles se le acercaban, y decidió salir el 18 por la noche, destruyendo el puente para retardar la marcha de Castaños, y ordenando á Vedel que atacase á Reding por la espalda, mientras él lo iba á hacer de frente.

A las tres y media de la madrugada del 18 se avistaron las avanzadas de Dupont y Castaños, y rompieron el fuego. El ala que mandada Coupigni fué atacada, y no sólo rechazó el ataque, sino que, auxiliada por la de Saavedra, desalojó á los franceses de unas alturas que ocupaban; y el bravo Reding, con la palabra y el ejemplo, hacía de nuestros reclutas soldados veteranos.

El calor era insoportable, y el sol caía sobre los combatientes como plomo derretido.

Las alas francesas comienzan á desbandarse, el centro vacila, y Dupont y otros generales se ponen al frente de varias columnas y cargan á la bayoneta, llegando los marinos de la Guardia Imperial á tocar nuestros cañones, siendo rechazados.

D. José Cruz, con las tropas ligeras, con los guerrilleros, los *Voluntarios de Utrera* y los *Lanceros de Jeréz*, deshace el ala izquierda francesa.

Después de ocho horas de combate, propone Dupont una suspensión, que aceptan Reding y Coupigni. ¡Era que había perdido

© Biblioteca Nacional de España

2.000 hombres, entre ellos al general Dupré, que algunos regimientos suizos se habían pasado á Reding, su compatriota, que Vedel no parecía, y que sus soldados recibían de los nuestros algunos cántaros de agua para mitigar la sed que los abrasaba!

Vedel había llegado á Santa Elena, y no hallando rastro de los españoles se volvió con Dufourt á La Carolina; á la mañana siguiente oyó el cañoneo de Bailén, y sospechando que Dupont se batía con los que él había ido á perseguir, se dirigió hacia Bailén.

Apenas llegado, Reding le hace saber el armisticio; Vedel manda un ayudante á Dupont, para enterarse, y, en la duda, comete la felonía de arrojar la brigada Cassagne y un regimiento de dragones sobre nuestras desprevenidas tropas, hace prisionero un batallón de Irlanda, se apodera de dos cañones, y quiere ganar la ermita de San Cristóbal para comunicarse con Dupont, lo cual impide el bizarro coronel Soler que la ocupaba con el regimiento de las Ordenes, y que rechazó valerosamente la embestida.

Dupont ordena á Vedel cesar el fuego, y exige á Reding se le permita retirarse libremente á Madrid, condiciones que Reding trasmite á Castaños, como general en jefe, que se halla en Andújar.

Quizás Castaños habría accedido si en aquellos momentos no se hubiese interceptado un oficio de Savary mandando á Dupont regresar á Madrid, para oponerse á los ejércitos de Galicia y Castilla, y si el conde de Tilly, que acompañaba al ejército en representación de la Junta de Sevilla, no hubiese insistido en que Dupont se entregase á discreción.

Dupont ofició á Vedel que restituyese las tropas, cañones y banderas de que se había apoderado durante el armisticio, y verbalmente le mandó á decir que no lo cumpliera y que se declarase independiente y fuera de toda capitulación; Vedel devolvió los prisioneros, pero entabló negociaciones con Dupont para una acción combinada de ambos ejércitos contra el nuestro, y Dupont, reconociendo la imposibilidad de ello le aconsejó traspasar la Sierra aprovechando la noche, para salvar la división, como así lo hizo.

Sabedor del hecho Reding, amenazó á Dupont con pasar á cuchillo todas sus tropas sino mandaba regresar á Vedel, y Dupont se vió forzado á ordenar su vuelta y á que Vedel entrase en la capitulación.

Las capitulaciones fueron ajustadas en Andújar entre Castaños y Tilly, y los generales Marescot y Chavet, quedando prisioneras de guerra las tropas de Dupont, y debiendo entregar las armas las de Vedel, que se conservarían en depósito hasta que fuesen embarcadas para Francia.

El día 23, ante las divisiones de Castaños y La Peña (tercera y reserva), entregó Dupont su espada al primero y 8.248 hombres, sus armas y banderas; y el 24 las entregaron los generales Vedel y Dufourt y sus 9.393 soldados.

La batalla de Bailén, que costó la vida á más de 2.000 franceses, sólo nos produjo la pérdida de 200 muertos y 700 heridos.

Napoleón encerró en un castillo á Dupont al regresar á Francia, de donde no salió hasta 1814. ¡Había comenzado en Córdoba por la infamia y concluyó en Bailén por la deshonra!

En el parte de Reding á Castaños, dado en Bailén el 22 de Julio, después de elogiar el valor de las tropas, enaltece á los guerrilleros; á la compañía de *Lanceros de Jeréz* (garrocheros), señaladamente á su jefe don Nicolás Cherif, gravemente herido; á los *Voluntarios de caballería de Utrera*, con su comandante D. José Sanabria, «por el valor que todos han mostrado y por los honrosos servicios que han prestado en cuantas ocasiones se les ha ofrecido durante la batalla.»

Véase lo que dice el historiador francés, general Foy, respecto de la batalla de Bailén:

«Era Dupont un general de división altamente reputado, y todos creían que iba á conquistar en Andalucía el bastón de mariscal...

Napoleón, cuando supo el desastre de Bailén, lloró lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, y el honor de las armas francesas ultrajado...

¡La victoria, que él juzgaba inseparable de su bandera, se convertía en derrota: los invencibles habían sido vencidos, ¿y por quién? por los que en su política eran con-

© Biblioteca Nacional de España

siderados y tratados como un puñado de proletarios insurrectos!...

¡Qué fuerza y qué poderío iban á ser necesarios para domar á una nación que acababa de conocer lo que valía!...

¡Y qué efecto en las demás naciones!

Inglaterra deliró de gozo y la Europa se volvió hacia España, fijando sus miradas en el punto de donde saltaba de una manera tan imprevista el destello de luz que iba á alumbrar el mundo.»

Por nuestra parte, no creemos necesario añadir una palabra más á lo dicho por el general Foy.

Madrid libre de franceses.

Ni José, ni Savary, se resolvían á creer la derrota de Bailén, pero la verdad se impuso, y en un consejo extraordinario que celebraron se acordó, á propuesta de Savary, pedir refuerzos á Napoleón y retirarse al Ebro or-



RENDICIÓN DE BAILÉN

denando á las fuerzas enviadas á la Mancha y Castilla que se dirigieran en la misma dirección.

Vergüenza causa decirlo, pero luégo de clavar ochenta cañones y destruir gran cantidad de municiones, José, sus cortesanos y sus generales, despojaron de vajillas, cuadros y alhajas los palacios de Madrid y de los Sitios reales, y el 30 de Julio emprendieron la marcha, saqueando é incendiando muchos pueblos del tránsito.

El 9 de Agosto llegó José á Burgos acompañado de los ministros Azanza, Urquijo, Cabarrús, Mazarredo y O'Farrill, abandonándole Cevallos, Piñuela, los duques del Parque y del Infantado y otros, tan desleales con él como lo habían sido con sus anteriores monarcas; en Burgos se reunió José con Bessieres, y dejando fuertes destacamentos en todo el camino, llegaron á Miranda de Ebro, punto que se habían propuesto defender.

El cuadro que Madrid ofreció con la fuga de los imperiales, las noticias de la victoria de Bailén, y el rumor de la próxima llegada de los ejércitos españoles, es imposible de pintar.

© Biblioteca Nacional de España

Quintana prorrumpió en aquella sublime oda:

«¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?»

.....

D. Juan Nicasio Gallego dió á la imprenta su admirable y popular elegía *Al Dos de Mayo*, Arriaza su célebre *Profecía del Pirineo*, y Sánchez Barbero, y Sabiñón, y Beña los inspirados acentos de su musa inmortal que arrebataron al pueblo de entusiasmo.

Llega el ansiado momento de contemplar á nuestras tropas, y todo Madrid sale á recibirlas, y las admira, y las estrecha entre sus brazos con delirio.

Entran primero los valencianos y murcianos, al mando de D. Pedro Llamas, que había reemplazado al conde de Cervellón, destituído por su comportamiento en el ataque de Valencia, con sus blancos zaragüelles, pequeños chalecos, calcetas con ligas, sus alpargatas de esparto y sus pintorescas mantas; y los aragoneses, con su chaqueta y calzones de paño de Tarazona, la ancha faja azul ó morada á la cintura y el pañuelo ceñido á la cabeza, y al cuello el escapulario,



SALIDA DE LOS FRANCESES DE MADRID

entonando las siguientes estrofas al son de sus populares jotas:

«Quiso á Valencia Moncey
Conquistar sin resistencia,
Pero se quedó el francés
A la luna de Valencia.»

*
* *

«La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.»

Para regularizar la entrega de los muchos ofrecimientos que el heróico pueblo de Madrid hacía á la patria, se publicó en la *Gaceta* del 17 de Agosto la siguiente advertencia:

«Lós que han ofrecido uno ó más soldados para la campaña tendrán entendido haberse acordado las cuotas siguientes: por el armamento y vestuario de un soldado de infantería, quinientos reales; por uno de caballería, mil; por la manutención y gastos del primero, seis reales diarios, y por la del segundo doce. Los donativos se depositarán en el Banco Nacional, que es un establecimiento patriótico.»

El 23 de Agosto entró en Madrid el general Castaños con los victoriosos soldados de

© Biblioteca Nacional de España

Bailén y las guerrillas andaluzas, que fueron recibidos con una inmensa ovación, á los ecos del *Himno de la victoria:*

«Dupont, terror del Norte,
Fué vencido en Bailén,
Y todos sus secuaces
Prisioneros con él.
Toda la Francia junta
Llorará este baldón,
Al son de la Carmañola
¡Muera Napoleón!»

Lo que más llamó la atención del pueblo fueron los *Lanceros Jerezanos*, que venían delante, vestidos como los hombres del campo en Andalucía, con el sombrerito de calaña de copa baja, y las garrochi-lanzas que se usan para picar las reses en el campo.

Los madrileños respondían á los cantares de los soldados y patriotas que llegaban, con sus antiguas coplas:

«Ya viene por la Ronda
José primero
Con un ojo postizo
Y el otro huero (1).»

* * *

«Dos en la ca..
Uno en la m...
Y otro en el c...
Y bueno ningu..»

* * *

«Ya se fué por las Ventas
El rey Pepino
Con un par de botellas
Para el camino.»

D. Juan Bautista Arriaza dedicó á la entrada de los ejércitos la composición siguiente, que se tituló *Himno de las Provincias*, del que vamos á copiar algunas estrofas:

¡Venid, vencedores,
De la patria honor,
Recibid el premio
De tanto valor!
Tomad los laureles
Que habéis merecido,
Los que os han rendido
Moncey y Dupont;
Vosotros, que fieles,
Habéis acudido
Al primer gemido
De nuestra opresión.
¡Venid, vencedores, etc.
.....
Venganza os llamaba
De sangre inocente;
Alzásteis la frente
Que jamás temió;
Y al veros los dueños
De tantas conquistas,
Huyen, como aristas
Que el viento arrolló.
¡Venid, vencedores, etc.
.....
Llegad, ya, Provincias
Que valéis Naciones,
Ya vuestros pendones
Deslumbran al sol;
Pálido el tirano
Tiembla, y sus legiones
Mueren los terrones
Del suelo español.
¡Venid, vencedores, etc.
.....
¡Gloria, oh flor del Betis!
Que habéis bien probado
El brío heredado
Del suelo natal;
Que allí sin cultivo
Crece y se levanta
Del triunfo la planta,
La oliva inmortal.
¡Venid, vencedores, etc.
.....
Salve, honor del Turia,
De Marte centellas,
Pues vivos como ellas
Al triunfo voláis;
La hueste enemiga
Rompéis imprevistas;
Y apenas sois vistas
Victoria cantáis.
¡Venid, vencedores, etc.
.....
¡Gloria, ¡Oh valerosos
Del solar manchego!
¡Oh cuán bello riego
Dais á vuestra mies!
Los surcos se vuelven
Sepulcro á tiranos;
Sangrientos los granos
Se mecen después.
¡Venid, vencedores, etc.
.....

(1) Porque veían á José mirar con un lente y cerrar al mismo tiempo el otro ojo, creían los madrileños que era tuerto. Tampoco es cierta la afición al vino que algunos le suponían.

© Biblioteca Nacional de España

Y en tanto en el Ebro
Los pechos son muros,
Que ofrecen seguros
Morir ó vencer;
Siempre el sol los halla
Lidiando con gloria;
Siempre con victoria
Los deja al caer.
¡Venid, vencedores, etc.
.....
¡Oh qué hermosos vienen!
Su porte cuán fiero!
Cuál suena el acero!
¡Cuál brilla el arnés!
¡Estos son guerreros,
Valientes y bravos,
Y no los esclavos
Del César francés!
¡Venid, vencedores, etc.
.....
Ninfas, vengan lauros
Frescos, verdes, bellos,
Enjugad con ellos
Su noble sudor;
Ni olvidéis la oliva
Que es planta gloriosa,
Ni la linda rosa
Que os brinda el amor.
¡Venid, vencedores,
Columna de honor,
Recibid el premio
De tanto valor!»

* * *

Entre las caricaturas de José que aparecieron en aquellos días, sólo citaremos dos:

La una representaba unas montañas con este letrero: *Roncesvalles,* y al pie un español, mitad soldado, mitad contrabandista, con el trabuco al brazo y fumando un cigarro. Un soldado francés aparecía entre las peñas y le preguntaba:—*Monsieur, ¿combién l'entrée?* Y respondía el español:—*Compadre, aquí no se paga la entrada, lo que se paga es la salida.*

En la otra aparecía José con un traje hecho de cartas de la baraja, montado en un gran pepino, llevando en la mano una bandeja con una botella y dos copas; enfrente un mono le enseñaba la carta el rey de copas, y un negro le presentaba una bota de vino, que tenía en el centro la cruz de la Legión de Honor, y al pie los siguientes versos:

«Botellas, copas, pepino,
Son los títulos, José,
Con que te honra de contino
España, advirtiendo que
Tu suerte fué cual *con-vino.*
Sufre la justa matraca,
No te llegues á apurar,
Y si alguna vez te ataca
La sed, bien puedes quitar
Un retazo á la casaca.
Ahí tienes aquesa mona
Que retorciendo el hocico,
Enseña tu real persona
Diciendo: *Este llevó mico*
En lugar de la corona.
Una insignia bien remota
De ser cruz, tu condición
Por no ser, y ser *de-bota*
La fijo en el corazón
De esa tu grande amigota.»

También se publicó la siguiente octava, dedicada á los generales franceses:

LOS HÉROES (1).

«Napoleón por traidor bien señalado,
Junot sin un *ducado* y escondido;
Del trinquete Murat desarbolado,
Lefevre en Zaragoza destruído;
Moncey sobre Valencia derrotado,
Y en Bailén el Dupont al fin vencido,
Cátate aquí ya puestos en cadena
Los *héroes* de Austerlizt, Marengo y Jena.

Aunque el Consejo de Castilla trató de impedir la libertad de imprenta, de la que no era partidario, no pudo prohibir *El Semanario Patriótico*, escrito por el gran Quintana, ni su célebre oda *España libre;* ni la aparición de *El Centinela contra los franceses*, obra de Campmany; ni la publicación de un escrito muy aplaudido de D. Juan Pérez Villaamil, en que decía á Fernando que «verificado su anhelado rescate y vuelto al trono, si quería conservarle *mandase poco, mandase menos*, porque eran *demasiadas* las llamadas prerrogativas de la corona, y el pueblo, al salir á recibirle, ya libre, le presentaría una Constitución á la que había de atenerse.»

Y es que la verdadera censura la ejercía en aquellos momentos el pueblo, mas sólo para aquellos trabajos que no respondían á sus patrióticos sentimientos.

(1) *Diario de Mallorca.*—28 Agosto de 1808.

© Biblioteca Nacional de España

Nueva expedición contra Gerona.—D. Juan Clarós.—D. Francisco Milans.—D. José Manso.

Los somatenes del Ampurdán cercaron el castillo de Figueras, de que se hallaban posesionados los franceses desde su entrada en España, decididos á reconquistarlo, y sólo se retiraron cuando los sitiados se vieron socorridos por el general Reille (5 de Julio), que llegó de Perpignán con numerosos refuerzos.

Orgulloso Reille con este triunfo imaginario, y persuadido que la cercana plaza de Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba y sostenía el fuego de la insurrección en todo el Ampurdán, suministrando armas y municiones á los somatenes, intentó el 11 de Julio tomarla por sorpresa, pero le salió vano su intento. Orgulloso Reille, la intimó la rendición, que fué rechazada con noble altivez, así por la escasa guarnición, como por el paisanaje, y el general francés tuvo que desistir de su empeño al saber que se acercaban algunos somatenes, al mando de Clarós, en socorro de la plaza.

Era D. Juan Clarós un antiguo militar retirado, ayudante mayor que había sido del *Batallón Ligero de Gerona*, y que se había distinguido en las guerras de 1793 contra los franceses. Hombre de tanto valor como prestigio, gozando de una justa celebridad, muy práctico del terreno, como hijo que era del país, había recibido el mando del *Segundo tercio de miqueletes*, creado en Figueras el 15 de Mayo, al frente del cual interceptaba contínuamente los convoyes que de Francia enviaban á las fuerzas que ocupaban el castillo de Figueras. El 23 de Julio cerca de Pons de Molins derrotó Clarós un gran cuerpo de ejército, le hizo 300 bajas, le cogió muchos prisioneros y se apoderó del convoy.

Clarós, llevando al frente á sus intrépidos *miqueletes*, y con la ayuda de algunos otros somatenes del Ampurdán, atacó al general Reille, derrotándole en varios encuentros, y señaladamente en el de Alfaro, en que le causó grandes pérdidas.

Duhesme había resuelto emprender una segunda expedición contra Gerona, con la ayuda de las tropas de Reille, al que mandó se encaminase de Figueras á Gerona, cuya plaza, dijo al salir de Barcelona, imitando la célebre frase de Julio César, se proponía atacar el día 25, tomar el 26 y arrasar el 27.

Contra lo que esperaba, halló su camino sembrado de obstáculos.

Los somatenes, mandados por D. Francisco Milans, militar de justa reputación, hombre de un valor probado y de una capacidad extraordinaria para la guerra de guerrillas, como veremos en el transcurso de nuestra obra, y por los hermanos Besós, le salieron al encuentro, y ayudados por el fuego de una fragata inglesa y cuatro buques catalanes que guardaban la costa, le acometieron logrando quitarle algunos cañones.

Aunque con trabajo, llegó Duhesme á Gerona, uniéndose con Reille, juntando entre los dos un cuerpo de ejército de 12.000 hombres. Con todo, las pérdidas que había sufrido en el camino le hicieron demorar el ataque de la plaza hasta recibir de Figueras algunos pertrechos de guerra que había pedido.

El 12 de Agosto intimó la rendición á Gerona, y como fueran desechadas sus proposiciones, rompió el fuego el día 13, particularmente contra el castillo de Monjuich.

Las fuerzas con que Gerona contaba no pasaban de 2.000 soldados, y todos los vecinos armados y resueltos á morir.

Duhesme, para atemorizar á los defensores, empleó contra la plaza baterías incendiarias; pero los gerundenses, en vez de intimidarse al ver que sus casas, es decir, toda su fortuna, caían abrasadas, se encendieron aún más de coraje y se batieron con mayor empeño.

El marqués del Palacio, á quien vimos desembarcar en Tarragona, ciudad á la que se trasladó la Junta suprema del Principado, que hasta entonces había estado en Lérida, nombrado capitán general de Cataluña, al recibir de las Islas Baleares un refuerzo de 4.600 soldados, dispuso aumentar con 1.600 hombres el cordón de somatenes que bloqueaba á Barcelona, y ordenó al conde de Caldagués, francés muy adicto á España, que acudiese en auxilio de Gerona con los somatenes mandados por D. Juan Clarós, D. Francisco Milans y D. Juan Baget, y cuantos pudiera reunir.

© Biblioteca Nacional de España

Era tal la audacia de los somatenes, que llegaban á tiro de cañón de Monjuich y la Ciudadela de Barcelona, y en una ocasión se llevaron 700 carneros destinados á la guarnición, y hasta la pólvora que los franceses tenían de repuesto para la artillería.

Por fortuna, el día 3 de Agosto se había apoderado D. Francisco Barceló, con un puñado de guerrilleros, y auxiliado por el fuego de la fragata que mandaba Lord Cochrne y vigilaba la costa, del castillo de Mongat, interrumpiendo así las comunicaciones del general Lecchi—que había quedado guardando Barcelona con 4.000 hombres, italianos en su mayoría, y que sólo esperaban una ocasión oportuna para desertar—con su jefe Duhesme, y franqueando de este modo el camino de Barcelona á Gerona.

Con estas buenas noticias, dispuso el marqués del Palacio que el conde de Caldagués saliese de Martorell el día 6 con tres compañías del regimiento de Soria y una de Borbón, á las que se agregaron sucesivamente los somatenes de D. Francisco Milans, que ya el 19 de Julio había reñido sangrientos combates contra Duhesme en el camino de Gerona, D. Juan Clarós, D. Juan Baget, y otros jefes de *miqueletes* y de guerrillas, al objeto de hacer levantar el sitio de Gerona.

El 10 de Agosto batió Milans por tres veces distintas las avanzadas enviadas por Duhesme para impedir las operaciones del campamento de Hostalrich y arrebatarnos esta plaza.

El 15 de Agosto, reunidos en Castellá los jefes de los somatenes, resolvieron, de acuerdo con los heróicos defensores de Gerona, atacar á los franceses.

El 16 comenzó la batalla por una salida de los sitiados, que mandados por D. Narciso de Veleta, D. Enrique O'Donnell y D. Teobaldo Aldea, se arrojaron valerosamente sobre las baterías francesas, penetraron hasta sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra y prendieron fuego á sus montajes, generalizándose la acción. Acudieron nuestros soldados y somatenes, y *miqueletes* y guerrilleros pelearon con tan extraordinaria bravura, que obligaron á los imperiales á emprender la más desastrosa huída. Duhesme tuvo que dejar su artillería en poder de los nuestros, por no tener caballería que la protegiese y porque emprendió la vuelta á Barcelona por el camino de la Montaña, temeroso de los buques ingleses y catalanes y de los somatenes y los pueblos de la costa, llegando á la ciudad con una pérdida de 1.200 hombres; habiendo sido la nuestra de 22 muertos, 116 heridos y 13 extraviados.

Caldagués, en su parte al marqués del Palacio, hizo grandes elogios de la bravura de Milans, Clarós y Baget.

D. Juan Clarós siguió la persecución de Reille, que con su división huyó por el camino de Francia, ayudado por el *Tercio de Lérida*, que mandaba D. Juan Baget, no dejándole punto de reposo y causándole en todo el camino innumerables víctimas.

* * *

Al enviar el marqués del Palacio al conde de Caldagués para libertar á Gerona, buscó un oficial de valor y capacidad que se atreviese á introducirse en la plaza y entregar á su gobernador 800 onzas de oro. La casualidad le hizo encontrar al teniente D. José Manso, que realizó su encargo de la manera más cumplida.

¿Quién era este joven, al que después la historia dedicará tantas y tan brillantes páginas?

Nació D. José Manso en el pueblo de Borradá, en la provincia de Bracelona, el día 27 de Setiembre de 1785. Oriundo de una casa llamada *Manso*, fundada por un general que militó en las *guerras de Cataluña*, y heredada con algunas tierras por sus padres don Pedro Manso y doña Antonia Sola, de los que era hijo segundo, crióse hasta los doce años en la casa paterna dedicado al cultivo de sus tierras, y á la manufactura en bayetas, para la que poseían algunos telares, hasta que fué enviado á casa de un tío suyo que habitaba en Santa Creu, reputado como un excelente mecánico.

Allí pasó dos años instruyéndose en un arte que luégo le fué de gran provecho, y á los catorce pasó á Ripoll, con un primo suyo, encargado del molino y suministro del grano del convento, molino que su primo le

© Biblioteca Nacional de España

traspasó, y con el cual adquirió en pocos años una pequeña fortuna.

Vuelto á su pueblo cuando la guerra con los ingleses, y encontrando paralizadas las fábricas, dispensó á sus paisanos muchos beneficios que le conquistaron una justa popularidad é influencia.

Solicitado en Barcelona para dirigir el molino de San Pedro, aceptó gustoso creyendo que su estancia en la capital le proporcionaría el mejor despacho de las bayetas que por su cuenta fabricaba en Borradá.

Tal era la ocupación del joven Manso, cuando por la victoria del Bruch circuló la noticia de que todos los jóvenes de Cataluña iban á ser conducidos á Francia. Cargó Manso con todos los efectos de su propiedad, y partió de Barcelona para Borradá, donde llegó en el instante en que se estaba haciendo un alistamiento general, cumpliendo las órdenes de la Junta de Salvación.

Aclamado capitán del tercio, así por las autoridades como por el pueblo, negóse Manso, porque odiaba la carrera militar desde



VISTA DE GERONA

que siendo niño se le incendió un cartucho de pólvora quemándole las manos, y si al fin cedió fué indicando para capitán á D. Manuel Lladó, ofreciendo él servir á sus órdenes como teniente.

Desde este día (4 de Julio), dedicóse en Borradá á organizar, instruir y equipar á su gente, trasladándose á Tarragona para recibir armas é incorporándose en Villafranca con la suya á otras varias compañías del corregimiento que formaban un tercio, desde cuyo punto salió para realizar la comisión que el marqués del Palacio le encomendó en la plaza de Gerona.

Sucesos de Portugal.—La Junta central.

Los diputados españoles que se hallaban en Londres, imitando la noble conducta de la Junta de Sevilla, rechazaban los auxilios de un ejército inglés, manifestando, lo que era cierto, que en España sobraban los hombres, y lo único que nos faltaba era armas y recursos, aconsejando de paso á la Gran Bretaña que enviase una expedición para salvar á Portugal de los franceses.

Aceptado el consejo, mandó la Inglaterra á Portugal un ejército, que en la acción de Vimeiro derrotó al de Junot, quien se vió

© Biblioteca Nacional de España

obligado á solicitar un armisticio primero, y después á firmar un tratado definitivo, bajo las siguientes bases:

Evacuación de Portugal por el ejército francés; neutralidad del puerto de Lisboa; seguridad de los franceses avecindados en Portugal, y entrega de los 3.500 soldados españoles encerrados por Junot en los pontones del Tajo.

Este tratado, que firmaron Kellermán por Francia y Murray por Inglaterra, disgustó á todos por igual; á Portugal, porque en él se prescindía de la autoridad del Regente y de la Junta de Oporto, que representaba el general Freire; á España, que se resistió á comprender en él á los franceses cercados en Yelves por el general Arce, y á Inglaterra, por el escaso partido que habían sacado de la batalla de Vimeiro los generales Dalrymple, Burrard y Wellesley (más tarde Lord Wellingtón), cuyo castigo llegaron á solicitar algunas corporaciones.

El 18 de Setiembre abandonó Junot á Lisboa, restableciéndose la regencia mombrada por el príncipe D. Juan, con aplauso de todo el país.

A nuestra nación llegaban después de la batalla de Bailén testimonios de ardientes simpatías, hasta tal punto, que el conde de Artois (luego Carlos X), el general francés Dumoriez y otros personajes, solicitaron el honor de ocupar un puesto en las filas de nuestros ejércitos.

*
* *

La necesidad de un Poder que diese cierta unidad á las disposiciones civiles y á los planes militares, y que se impusiera á la Junta de Madrid y al Consejo de Castilla, se hacía sentir con fuerza.

La Junta de Madrid, que dejó nombrada Fernando VII, se había hecho impopular por su reconocimiento de las famosas renuncias de Bayona; y el Consejo de Castilla, débil con los franceses cuando ganaban y resuelto cuando los veía derrotados, había merecido que la Junta de Galicia le calificara de *afrancesado*, y la de Sevilla de enemigo de España; á pesar de lo cual urdió una intriga para dividir el gobierno de España en político, cuya dirección se reservaba, y en militar, á cuyo frente intentaba poner al general Cuesta, tan poco amigo del pueblo, al duque del Infantado, traidor á Carlos, á Fernando y á José, y á Castaños, cuyo buen sentido desbarató la intriga.

La Junta de Galicia había propuesto á las de Asturias, León y Castilla la creación de un gobierno federal, llegando á reunir en Lugo los representantes de las dos últimas bajo la presidencia del bailío D. Antonio Valdés, no pudiendo realizarse el plan por la negativa de Asturias.

El 22 de Junio propuso la Junta de Murcia á las demás la pronta formación de un gobierno sólido y central, formado por representantes de todas las Juntas. Apoyada por la de Valencia (16 de Julio) después de algunas controversias sobre cuál había de ser el poder supremo que gobernase á España, se acordó el nombramiento de una Junta central compuesta de dos individuos por cada una de las superiores de provincias, acuerdo que se comunicó el 22 de Agosto á nuestros representantes en Viena, Berlín, San Petersburgo, Dresde, Copenhague y Milán, para que procurasen interesar á nuestro favor á las citadas naciones.

Con asistencia de 24 individuos, que luégo subió hasta el de 35, se instaló el 25 de Setiembre en Aranjuez el nuevo Poder, tomando el nombre de *Junta Suprema central gubernativa del Reino* y el título de majestad, participándolo inmediatamente á las de las provincias, Jefes del Ejército y Armada, Consejos, Tribunales y autoridades.

Asistieron á la primera sesión:

El intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas y el brigadier D. Francisco Palafox, por Aragón.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos y el marqués de Campo Sagrado, por Asturias.

D. Lorenzo Bonifaz Quintano, prior de Zamora, por Castilla la Vieja.

El marqués de Villel, el conde de Darnius y el barón de Sabasona, por Cataluña.

El marqués de la Puebla de los Infantes y D. Juan de Gutiérrez Rabó, por Córdoba.

El intendente D. Martín Garay y el tesorero de ejército D. Félix Ovalle, por Extremadura.

© Biblioteca Nacional de España

El regente de la Chancillería, D. Rodrigo Riquelme, y el canónigo D. Luis Ginés Funes, por Granada.

El canónigo D. Francisco de Paula Castanedo y el contador D. Sebastián de Jocano, por Jaén.

D. Tomás de Verí, coronel de Voluntarios, y el conde de Ayamans, coronel de Milicias, por Mallorca.

El conde de Floridablanca y el marqués del Villar, por Murcia.

El canónigo D. Pedro Rivero, y el abogado de los Reales Consejos, D. José García de la Torre, por Toledo.

El arzobispo de Laodicea (D. Juan de Vera y Delgado) y el conde de Tilly, por Sevilla.

Y el conde de Contamina, por Valencia.

Sucesivamente fueron llegando y tomando posesión de sus cargos los representantes:

Marqués de Villanueva del Prado, por Canarias.

D. Francisco Javier Caro, catedrático de la Universidad de Salamanca, por Castilla la Vieja.

El capitán general de la Armada, D. Antonio Valdés, y el vizconde de Quintanilla, por León.

El conde de Altamira, el marqués de Astorga y el patriarca de las Indias, D. Pedro de Siva, por Madrid.

D. Miguel de Balanzá y D. Carlos Amatria, individuos de la diputación del reino de Navarra, por Navarra.

El príncipe Pío y el marqués de la Romana, por Valencia.

Con excepción de los de Valencia, que sólo traían sus poderes por un año, los demás individuos de la Junta los presentaron sin limitación alguna, por lo cual aquéllos retiraron los primitivos y presentaron otros idénticos á los de sus compañeros (1).

Una vez constituída la Junta nombró por su presidente al ilustre patricio conde de Floridablanca, y por secretario á D. Martín Garay, y se dividió en cinco secciones para el mejor y más pronto despacho de todos los negocios. (Estado, Hacienda, Gracia y Justicia, Guerra, y Marina.)

(1) Calvo y Marcos.—*Régimen parlamentario en España.*

Al noticiar la Junta Central su instalación al Consejo de Castilla para que sus individuos la prestasen juramento de obediencia y expidiesen las cédulas, provisiones, y órdenes á todos los Tribunales y Autoridades para que sólo obedeciesen sus órdenes, como único poder depositario de la autoridad real, el Consejo, que no podía prescindir de su vanidad y su soberbia, luégo de jurar y expedir las órdenes, la dirigió con fecha 8 de Octubre un escrito censurando de una manera embozada la elección y número de los vocales por las Juntas provinciales, cuya disolución juzgaba conveniente, indicando, de paso, la necesidad de convocar las Cortes.

Esas Juntas, que el débil y afrancesado Consejo de Castilla quería disolver, fueron las que, llenas de entereza, de patriotismo y desinterés, salvaron á España: las que al hallarse frente de una nación ansiosa de combatir, pero sin armas y sin recursos, huérfana de autoridades, careciendo de soldados y de pertrechos de guerra, habían elevado en el extranjero el nombre de España, creado ejércitos, puesto en estado de defensa las plazas, y conseguido con su heroismo y su constancia los triunfos del Bruch, de Zaragoza, de Valencia, de Gerona y de Bailén.

La Junta Central nada contestó á las dos primeras indicaciones del Consejo, y respecto de la última, ó sea la convocatoria de Cortes, respondió que tal era su deseo en cuanto las operaciones militares lo permitieran, y que entre tanto sus individuos cuidarían de estudiar las reformas que debían presentarse á los diputados, haciendo un llamamiento á todos los hombres ilustrados para que los auxiliasen en tan importante tarea.

Heroismo español.

Casi al propio tiempo que la instalación de la Junta Central en Aranjuez, tenía lugar en el extranjero un suceso que demostró una vez más el heroismo de los españoles.

La división que á las órdenes del marqués de la Romana habían enviado Godoy y Carlos IV á Napoleón, y que tanta gloria conquistó en el sitio de Strasulda, fué mandada por Bonaparte á las islas de Langeland y

© Biblioteca Nacional de España

Fionía y á la península de Jutlandía (Dinamarca), menos los regimientos de Asturias y Guadalajara, que recelosos atravesaron de noche el Gran Belt y entraron en Zelandía, á fin de impedir que nuestros soldados tuviesen noticias de lo ocurrido en España.

Cuando mayor era la inquietud de los oficiales y soldados porque todas las cartas que les llegaban eran de fechas atrasadas, recibieron una orden del ministro Urquijo para que jurasen por rey á José Bonaparte; pero ni el estar divididas las fuerzas, ni el hallarse tan lejos de la madre patria, les impidió protestar al grito de *¡Viva España! ¡Muera Napoleón!*

Los diputados españoles en Londres, que tanto trabajaron en pro de la independencia, lograron que el gobierno inglés enviase á las islas dinamarquesas una escuadra que protegiese la vuelta á España de nuestros soldados.

Gracias al oficial de *Voluntarios de Cataluña*, D. Juan Antonio Fábregas, que imponiéndose por la fuerza á unos marineros se hizo conducir secretamente á la escuadra inglesa, pudo concertarse la reunión de todas las fuerzas en un puerto danés.

Aunque el marqués de la Romana era de un carácter débil é irresoluto, como su lealtad y su valor eran mayores, se puso al frente del movimiento libertador, que se verificó apoderándose él de la ciudadela de Nyborg, y los de Langeland de la isla, á la que se trasladaron los de Fionía, que llegaron á Nyborg con los de Jutlandía. Sólo los regimientos de Asturias, Guadalajara y Algarbe se vieron imposibilitados de seguir el movimiento. Denunciados por Kinderlan, segundo de la Romana, al mariscal Bernardotte, el oficial Costa se disparó un pistoletazo, pero el capitán Guerrero, en vez de acobardarse, apostrofó á Kinderlan con tanto valor, que se conquistó las simpatías del mariscal, quien le proporcionó secretamente la fuga.

Bernardotte, juzgando imposible retener á los españoles por la fuerza, apeló á la lisonja y á las promesas, pero sin resultado.

Cuando toda la división española (9.000 hombres) se vió en Langeland, clavaron las banderas en el suelo, y arrodillados ante ellas juraron no abandonarlas, y regresar á España para triunfar ó morir con ella.

El día 13 de Setiembre salieron para un puerto de Suecia, nación amiga, y el 9 de Octubre entraban en Santander, cuyas playas besaron llenos de júbilo, siendo inmediatamente incorporados al cuerpo de ejército que mandaba el general Blake.

Proclamación de Fernando.—Operaciones militares.

El 24 de Agosto se verificó la solemne y verdadera proclamación de Fernando, que contrastó con la pálida farsa representada en el mes anterior á nombre del intruso José.

Todo era efusión y sincero alarde de patriotismo; hombres y mujeres, niños y ancianos, radiantes de alegría, ostentaban en los sombreros y mantillas, en sus pechos y peinados sendas escarapelas encarnadas con el retrato de Fernando en su centro, y prorrumpían en el famoso himno de guerra, cuya letra, que no es fácil saber á quien se debe, aplicaron para mayor escarnio á la música de la Marsellesa (1):

«A las armas, corred, patriotas,
A lidiar, á morir ó á vencer,
Guerra eterna al infame tirano,
Odio eterno al impío francés.
Patriotas guerreros,
Blandid los aceros,
Y unidos marchad
Por la patria á morir... ó triunfar,
¡A morir... ó triunfar!

Pero como no faltara quien censurase que el tiempo se empleaba en fiestas sin tratar de perseguir á José, ni auxiliar á Navarra y las Provincias Vascongadas que se agitaban, celebróse un Consejo (5 de Setiembre) al que asistieron Castaños, La Peña, Cuesta, Llamas, y representantes de Palafox y Blake, acordando, que Palafox marchase á situarse en Sangüesa y orillas del río Aragón; Llamas, á Calahorra; Castaños, á Soria; Cuesta, al Burgo de Osma, y Blake, á Burgos, á fin de acorralar á los franceses contra las Provincias Vascongadas. Tarea casi im-

(1) Mesonero Romanos.—*Memorias de un setentón.*

© Biblioteca Nacional de España

posible de realizar por lo extenso de la línea, cuya guarda tenía que ser encomendada á tropas bisoñas y mal armadas.

A mediados de Octubre, Blake, con 28.000 hombres, se apoderó de Bilbao reconquistándola á los franceses, y al recibir de Asturias 8.000 hombres, que le trajo D. Vicente María de Acevedo, avanzó á colocarse entre Zornoza y Durango; al par que Pignatelli, con 8.000 castellanos, se colocaba en Logroño; La Peña y Grimarest, con 10.000 andaluces, en Lodosa y Calahorra; D. Pedro Roca (que había sucedido á Llamas), con 4.500 valencianos y murcianos, en Tudela; y O'Neil, con 8.000 aragoneses, en Sangüesa, teniendo á retaguardia otros 5.000, mandados por Saint-March.

Castaños y Palafox intentaron atacar Pamplona, mientras los gallegos y asturianos cortaban á los generales imperiales sus comunicaciones con Francia, sin reflexionar que era ya tarde para semejante empresa, pues José había recibido de Napoleón un refuerzo de 50.000 soldados mandados por Ney y Jourdán.

El 27 de Octubre comenzó, sin embargo, el movimiento del ejército español; Cruz, lanzado al combate por Grimarest, que no acudió en su auxilio pretextando órdenes de La Peña, tuvo que capitular en Lerín; y Pignatelli, encargado por Castaños de defender las alturas de Logroño, se retiró confuso delante de los franceses abandonando hasta los cañones en Nalda, y encerrándose en Cintruénigo, razón por la cual fué destituído y sus soldados repartidos en otras divisiones.

De nada sirvió que Palafox, ayudado del valiente D. Felipe Perena, que mandaba los voluntarios de Huesca, batiese á los franceses en Aibar, obligándoles á cederle la formidable posición de Nardues, y llegando á avanzar hasta Monreal.

Alzamiento de Bilbao y Tolosa.—D. Luis Gil.—D. Antonio Egoaguirre.—D. José Arredondo.—D. Nicolás Henarejos.—D. Juan Meneses.—D. Vicente Cenzano.—Rasgo de una madre.—D. Juan López Campillo.—D. Manuel García del Barrio.

Al anuncio de la victoria de Bailén, las Provincias Vascongadas, que sólo deseaban una ocasión propicia para demostrar su amor á España, se levantaron en armas sin reparar en que los imperiales se hallaban posesionados de su suelo.

El 6 de Agosto se alzó Bilbao, eligiendo una Junta de armamento y defensa, que, á imitación de las formadas en el resto de las provincias, acordó un alistamiento general, y nombró por comandante de todas las fuerzas al coronel D. Tomás de Salcedo.

Siguió el movimiento iniciado por Bilbao la ciudad de Tolosa, la entonces capital de Guipúzcoa, y á las dos nombradas los pueblos más importantes de Vizcaya y de Guipúzcoa, ansiosos de medir sus armas con los imperiales.

Mucho disgusto causaron á los franceses estos levantamientos, pero aún mayor la noticia de haberse lanzado al campo los guerrilleros Egoaguirre y Gil, de quienes ya tuvimos ocasión de hablar al ocuparnos del levantamiento de Aragón.

D. Luis Gil, al frente de una numerosa partida, comenzó á molestar á los imperiales por el lado de Orbaiceta, pueblo en que se hallaba establecida la fábrica de armas, de la que se apoderó, llevando el terror y el espanto hasta el mismo pueblo francés de San Juan de Pie de Puerto.

D. Antonio Egoaguirre, con un grupo de guerrilleros, que bien pronto se convirtió en un batallón titulado *Voluntarios de Navarra*, recorrió toda la comarca de Lerín, batió á los imperiales en varios puntos, y tan temible llegó á hacerse, que el general D'Agout, que mandaba en Pamplona, envió algunas columnas para atajar sus empresas, batirle, y cuando esto no fuera posible, alejarle del territorio de su mando.

* * *

En Júnez y Milagros las partidas de don José Arredondo, D. Nicolás Henarejo y don Juan Meneses, no dejaban sosegar á los franceses, ora por la fuerza, ora apelando á la astucia.

En el camino de Peralta divisaron á lo lejos una columna de más de 3.000 franceses, y colocando en sus chascás y sombreros unos plumeros iguales á los que usaban

© Biblioteca Nacional de España

nuestros soldados, y que á prevención llevaban, las tres partidas, cuya fuerza apenas llegarían á 200 hombres, aparentando ser una división española, lograron hacer retroceder á los imperiales (8 de Octubre).

* * *

D. Vicente Cenzano fué otro valeroso patricio que levantó una partida en defensa de la independencia, la cual operaba con grandes ventajas contra los franceses en los pueblos de la Rioja y Navarra.

Al salir de la villa de Astudillo algunos voluntarios para engrosar esta guerrilla, una tierna madre, al separarse de su hijo, exclamó:

—«¡Hijo mío, ya no tienes más madre que la patria: hazte digno de ella, y que no te vuelvan á ver mis ojos sino vengado ó muerto!» (1)

* * *

D. Juan López Campillo había nacido en el valle de Liendo, provincia de Santander, el 18 de Setiembre de 1785, siendo sus padres D. Juan López y López y doña Juana del Campillo y Palacio, oriundos y vecinos del citado valle, en el que poseían algunas tierras de labranza y una antigua casa solariega. Además del que nos ocupa tuvieron otros tres hijos, una hembra, y dos varones que se dedicaron á la carrera de las armas.

D. Juan López, más conocido por su segundo apellido de Campillo, por el cual seguiremos nombrándole en toda la obra, se hallaba empleado en el resguardo de Rentas en Santander, cuando el grito de independencia resonó en todos los ámbitos de la nación.

El día 30 de Mayo, una vez realizado el levantamiento de Santander, se lanzó al campo ansioso de defender la independencia nacional, siendo sus primeros subordinados algunos vecinos de Liendo y de las comarcas inmediatas, que aunque pésimamente armados no vacilaron en seguirle al grito de *Guerra á los franceses.*

El 21 de Junio tomó parte en la acción del Escudo, en que causó al enemigo bastantes pérdidas, que no eran sino el anuncio de las muchas y muy graves que, como iremos viendo, le causó durante toda la campaña.

Según testimonio de algunos que le conocieron, era Campillo un joven tan valiente en la batalla como moderado en la paz, y su conducta fué un modelo de soldados y patriotas, pues ni se ensañó con los vencidos, ni cometió la más pequeña demasía, razones todas por las cuales alcanzó un gran renombre en la comarca, y su guerrilla, aumentada diariamente, se convirtió bien pronto en un batallón que recibió el nombre de *Tiradores de Cantabria.*

* * *

D. Manuel García del Barrio fué uno de los montañeses que más se distinguieron en la guerra de la Independencia.

En la villa de Argüeso (Santander), y en el año de 1766, abrió los ojos á la luz el señor García del Barrio.

Siguiendo la costumbre, tan generalizada en la provincia de Santander, marchó á América, como tantos otros montañeses, y después de mil peripecias empezó su carrera militar, para la que mostraba grande afición, de subteniente de *Milicias Urbanas* en Panamá, donde peleó con frecuencia contra los indios del Darien, que se oponían á la apertura de una carretera al través del itsmo, y luégo contra los ingleses, armándose en corso á fin de impedir sus piraterías.

Tras mil aventuras, que sería prolijo enumerar, fué nombrado capitán en justo premio á sus servicios militares y á sus grandes desembolsos hechos en favor de España, y regresó á la Península estableciéndose en Reinosa, de cuyo ayuntamiento formaba parte, como regidor segundo, cuando sonó el grito de independencia que extremeció á España del uno al otro confín.

Indignado de que los franceses atravesaran impunemente por Reinosa, marchó á avistarse con el general D. Gregorio de la Cuesta, de quien solicitó auxilios para defender la villa y no consentir que volvieran á profanarla los imperiales. Cuesta, ya que

(1) *Gaceta de Madrid.*—1808.

© Biblioteca Nacional de España

no podía darle una tropa de que él carecía, le recomendó á las Juntas de León y Castilla, reunidas en la villa de Ponferrada, las cuales nombraron á García del Barrio *Comandante militar del valle de Campóo*, nombramiento que autorizó D. Antonio Valdés.

Provisto de su título se presentó á mediados de Agosto en Reinosa, pidiendo ser reconocido como tal comandante militar; pero el Ayuntamiento, fundado en que ya existía en Reinosa una Junta presidida por el teniente de navío retirado D. Ramón Fernández Villegas, quien á la vez reunía el título de comandante de armas, teniendo como segundo al alférez de navío, también retirado, D. Joaquín de los Ríos Enríquez, se negó á dar cumplimiento á la orden de las Juntas de León y Castilla.

El acuerdo disgustó tanto al Sr. García del Barrio, que abandonó Reinosa, no figurando en ninguno de los sucesos ocurridos en esta villa, ni en Campóo, aunque sí mucho en todos los acontecimientos de nuestra gloriosa independencia, como luégo veremos (1).

Milans.

El 3 de Setiembre, habiendo pensado don Francisco Milans, comandante de la división de Moncada, ocupar las alturas del Coll de Moncada, atacó á los franceses obligándoles á refugiarse en un reducto llamado de la Trinidad, del que los arrojó, así como de las casas del pueblo de San Andrés, y á no haber acudido grandes fuerzas en su auxilio los habría hecho prisioneros á todos.

Retiróse á las alturas del Coll de Moncada, que defendió hasta las cinco de la tarde, en que se dispersó su gente; pero habiendo reunido 200 hombres volvió á atacar á los franceses ya de noche y les obligó á encerrarse nuevamente en San Andrés. A la mañana siguiente resolvieron desalojarle de sus posiciones, pero les fué imposible conseguirlo.

Las pérdidas en estos encuentros fueron de dos muertos y cuatro heridos por nuestra parte, y 33 muertos y multitud de heridos por la de los franceses.

Milans era la pesadilla de los franceses, á los que, en unión de otros somatenes, tenía verdaderamente encerrados en Barcelona.

El 15 de Setiembre, sabedor Milans de que los franceses exigían cierta contribución á Badalona, ocupó las alturas de San Adrián, y desde ellas hizo retroceder al enemigo, impidiéndole realizar su intento y persiguiéndole hasta las puertas de Barcelona.

El 22 de Setiembre fué atacado Milans por 2.500 infantes y 200 caballos y seis cañones, y, con tal ímpetu se lanzaron sobre ellos sus *miqueletes*, que los obligaron á huir á todo escape á guarecerse bajo el amparo de sus cañones y caballería al Besós, que al fin tuvieron que abandonar por el vivo fuego de los *miqueletes*, que despreciaban el de cañón de los franceses, cuyas pérdidas ascendieron á 47 muertos y gran número de heridos. En su parte decía Milans:

«Esta acción ha sido mandada por el general Lecchi, lo que me ha servido de particular satisfacción, pues ya habrá conocido que los que llama *brigantes* saben batir y destruir aquellas tropas que se jactan de estar *siempre acostumbradas á vencer*.»

En la noche del 29 de Setiembre D. Francisco Milans, con 600 *miqueletes* y 150 hombres de la compañía de San Feliú, atravesó el río Besós, y sorprendió el campamento francés á las cinco de la mañana, no obstante contar con mucha infantería y caballería, poniendo á los franceses en precipitada fuga, causándoles más de 100 muertos, entre ellos tres oficiales, y varios prisioneros, y cogiéndoles caballos, mochilas, fusiles y cajas de guerra, sin otra pérdida que dos muertos y 10 heridos, siete leves.

En su parte á la Junta decía Milans:

«Recomiendo á todos mis valientes guerrilleros, pero muy especialmente al capitán del tercio de Manresa, D. Segismundo Pérez, quien se ha batido con sin igual denuedo en todas las acciones, y en la última se ha arrojado sable en mano sobre los enemigos, obligándoles á tirar los fusiles y cartucheras y á huir en el mayor desorden.»

El 10 de Octubre se vió atacado Milans por cinco columnas de infantería, 400 caballos y nueve cañones, que se dirigieron á cortarle la retaguardia, por lo que mandó tocar retirada, quedándose sólo con unos 200 hombres

(1) Duque y Merino.—*Efemérides de la villa de Reinosa.*

© Biblioteca Nacional de España

y oficiales que, provistos de fusiles, volvieron con él al campamento que estaba ardiendo, donde les hizo un fuego que los desordenó, dando lugar á que por los claros se salvasen las avanzadas, menos un capitán, que, imprudentemente, fué hecho prisionero con 20 hombres; pasó luégo á ocupar las alturas inmediatas, donde con unos 100 hombres detuvo á los franceses más de dos horas, retirándose de altura en altura hasta Cobrería de Cartujos, distante tres cuartos de hora del campamento, teniendo que combatir desde por la mañana á la noche para ganar tan corto terreno. Al siguiente día se vió de nuevo atacado, pero los obligó á retroceder y retirarse hasta el Besós. A pesar de lo rudo del combate, sólo tuvo 12 hombres muertos y 20 heridos, y los franceses más de 150, lo cual se explica por el perfecto conocimiento que del país tenían los nuestros.

Sitio de Rosas.—D. Nicolás Cerdech y D. Pedro Pairet.—El Capuchino.—D. José Puig.

En sólo tres días se pasaron á las fuerzas de D. Juan Clarós, comandante de los somatenes del Ampurdán, más de 200 infantes y 50 caballos, casi todos italianos y etruscos, y como los últimos no quisieran regresar á su patria, á pesar de habérselo indicado, formó con ellos Clarós una compañía de 100 hombres, los cuales peleaban con tal furor contra los franceses, á cuyas órdenes se habían visto forzados á servir, que era preciso amenazarlos para que no arriesgaran la vida con tanta imprudencia. Así es que, hablando del combate de la Junquera, ocurrido el 3 de Setiembre, los elogia Clarós diciendo, que atacan á los imperiales con una resolución que sirve de ejemplo y causa admiración.

Posteriormente se le pasaron otros muchos, llegando á juntar cerca de 400.

El 24 de Setiembre rechazó Clarós, con 300 hombres, el ataque de 600 franceses contra el pueblo de Campmany, después de cuatro horas de incesante fuego.

Cercada Rosas por los imperiales, porque al abrigo de su rada impedían los buques ingleses el abastecimiento de las tropas que guarnecían á Barcelona, recibió Clarós el honroso encargo de acudir en su auxilio.

Aunque las murallas estaban ruinosas desde la época de la guerra de 1793, su gobernador, Odaly, con 500 hombres, se dispuso á luchar hasta morir.

D. Juan Clarós exhortó á todos los somatenes del corregimiento del Ampurdán para que acudiesen á la defensa de Rosas, y como los paisanos le consideraban como padre de la patria, contínuamente se le presentaban hombres ansiosos de combatir bajo sus órdenes.

El 6 de Noviembre fué atacado en el lugar de Palau por dos columnas de unos 3.000 franceses, y á pesar de que éstos se vieron reforzados por nuevas fuerzas, hizo tomar las alturas á sus tropas y que se reuniesen en el Manso de Causá y Puig-Rom, pasando por las inmediaciones de Rosas para animar á sus defensores.

El 7 por la mañana se acercaron los enemigos al Manso de la Garriga, situado en el llano de Rosas, y á los de Raola y Buscá que están á tiro de cañón de ella, con 8.000 infantes y 300 caballos, logrando detenerlos Clarós por espacio de cuatro horas y causándoles bastantes pérdidas.

Atacado por los franceses el Manso de Causá y Puig-Rom, una espesa niebla impidió á los nuestros continuar su defensa, pero se reunieron al pie del monte.

En este mismo día se presentaron en la villa de Llausá 150 franceses, y apenas sabido por D. Narciso Cerdech, hombre de más de 70 años, capitán de *miqueletes* que había sido, y D. Pedro Pairet, comandante de somatenes, reunieron 60 hombres, y sin acobardarse porque aquella fuerza era la vanguardia de una columna de 1.000 franceses que se encaminaba á Llausá, los atacaron con tal bizarría, que los rindieron, aprisionando á 134 (entre ellos los cuatro oficiales) y matando á los 16 restantes, sin que por nuestra parte se contase ni un solo herido, á pesar de la resistencia que hicieron los imperiales.

Clarós, luégo de encomiar el patriotismo y el valor de D. Narciso Cerdech y de D. Pedro Pairet, los recomendó á la Junta á fin de que ésta los concediese el justo premio que merecía su heróica acción.

© Biblioteca Nacional de España

También recomendó á la Junta en uno de sus partes á un fraile capuchino que, fortificado en el campanario de la torre de Fluvia con 24 valientes del Ampurdán, hizo retroceder dos columnas francesas de 200 y 400 hombres respectivamente.

Este fraile es el mismo que con el nombre de *El Capuchino* se puso luégo al frente de una guerrilla y batió en diversas ocasiones á los imperiales, haciéndose temer de ellos de tal modo, que huían al solo anuncio de su llegada.

Atacó Clarós las alturas de Rosas de que los franceses se habían apoderado, y cuando ayudado por algunos soldados de marina y marineros que le había enviado el comodoro inglés iba á conseguirlo, los acuchilló por la espalda la caballería imperial, teniendo que retirarse con algunos muertos y 29 heridos, entre ellos el valiente oficial del tercio de Figueras D. José Buach, sin poder continuar la protección de Rosas.

Diez y nueve días llevaba de asedio la plaza, y los franceses redoblaban sus esfuerzos para conquistarla.

El general Saint-Cyr mandó avanzar contra la villa, al mando de Reille, dos divisiones con 7.000 hombres.

El 26 de Noviembre se apoderaron los franceses de su reducto principal, y Rosas pudo ser considerada como perdida para España desde aquel fatal momento.

La lucha prosiguió con obstinación verdaderamente heróica, pero los cortos defensores disminuían por instantes, y sin embargo, entre el estampido del cañón y los pavorosos alertas de los centinelas, y los ayes de los moribundos, se oían cantar á los defensores de Rosas:

Agafeu las armas, minyons,
Benvingust com á germans,
Als pobres va la vida,
Al richs la vida y bens;
Minyons, agafeu las armas
Ara que hi som á temps.

* * *

Los francesos á Rosas
Gran siti'ns han posat,
Per ara, no es possible
Que puguin triunfar.

Al fin la plaza fué ocupada por los franceses tras una honrosa capitulación, y los generales Sant-Cyr y Reille contemplaron con espanto y admiración que de sus 500 defensores sólo quedaban 150.

El valiente Manso, que había sido destinado de guarnición á Rosas, con los jóvenes de Borradá que formaban su compañía, cayó gravemente enfermo y tuvo que ser conducido al hospital. Llegada la entrada de los franceses, en unión de otros enfermos trató de ganar uno de los lanchones preparados para huir y sobre los cuales dirigían los imperiales un horroroso fuego; agarrado al timón de una de las barcas, sin fuerzas ya, fué recogido á bordo y arrojado al fondo del lanchón, sufriendo las mayores agonías, hasta llegar á Escala, de donde hubo de salir precipitadamente por una alarma falsa, huyendo á Toruella de Montgrí, teniendo que ser conducido al hospital de Gerona, y regresando, apenas convaleciente, á su pueblo. ¡Desgraciada había sido la suerte de los hijos de Borradá, que en su mayor parte fueron hechos prisioneros en Rosas, logrando salvarse únicamente ocho ó diez, y con ellos Manso, á quien lejos de abatir estos reveses veremos tornar de nuevo á campaña con mayores bríos!

* * *

Aunque no hemos podido encontrar antecedente ninguno, no queremos dejar de consignar que, según el *Diario de Mallorca*, D. José Puig fué capitán de una compañía que levantó á su costa en Rosas. Jamás nos perdonaríamos dejar en el olvido el nombre de un patricio tan benemérito, que de seguro figuró entre los heróicos defensores de la invicta Rosas.

El todo por el todo.

Napoleón, nos ha dicho el general Foy, lloró lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas en Bailén.

El gran emperador no se explicaba, no podía explicarse, que un ejército de reclutas y unas cuantas bandas de paisanos, mal armados, hubiesen podido derrotar sus *inven-*

© Biblioteca Nacional de España

cibles soldados, arrojar del trono á su hermano José, y obligarle á buscar un refugio en las orillas del Ebro.

Le aterró, dice otro historiador, la noticia de la derrota de Bailén, no por el quebrantamiento material, que bien fácilmente podía reparar quien como él contaba y disponía de millón y medio de soldados y mandaba en absoluto sobre estados y naciones que tenían veinte veces más población que España, sino porque su bandera, aquella altiva águila que había recorrido la Europa de triunfo en triunfo, había sido vencida... ¡por la primera vez! y lo que era para él más doloroso, por ejércitos improvisados, por generales sin historia militar, por algunos guerrilleros.

¡Ah, es que sabía que la virginidad de «la gloria militar tiene también para el hombre un prestigio mágico, y que el golpe que la destruye es una herida mortal para el dichoso á quien ella eligiera!»

¡Quién sabe si sus soldados, victoriosos hasta entonces, tanto por su valor personal, como por el prestigio de gloria y el amuleto de victoria que les acompañaba, alcanzarían en adelante los mismos resultados y se batirían con igual empeño, perdida la fe y la confianza en la estrella victoriosa que hasta entonces les había guiado en todas sus conquistas!

Todo esto se debió decir Napoleón, y quiso ahogar en germen este gran movimiento, deseando mostrar ante la Europa, que si le obedecía, no le quería, que lo ocurrido en España no tenía el valor que sus enemigos le daban, y que él mismo venía en nuestra contra para hacernos caer de rodillas ante sus águilas siempre vencedoras.

Al levantarse de su momentánea postración, secó las lágrimas de sus ojos, ¡las primeras quizás que había derramado en toda su vida! y reconcentró en su corazón un odio profundo contra España.

Su cerebro, puesto en tortura, forjó el rayo con que pretendía aniquilarnos.

Dispuesto á jugar el *todo por el todo*, ordenó á sus ejércitos, vencedores en Prusia, que se encaminaran á España, y pidió al Senado *ciento y sesenta mil hombres*, pertenecientes á las conscripciones de 1809 y 1810, pintando de tal modo la situación y los peligros que entrañaba para Francia la guerra de España, que el Senado, humilde servidor suyo, se apresuró á otorgarle cuanto pedía, declarando que la guerra con España era *política, justa y necesaria*.

Resuelto á ponerse él mismo á la cabeza de sus ejércitos invasores, y no queriendo dejar peligros á su espalda, propuso la inmediata celebración de la entrevista convenida en el tratado de paz de Tilsitz, reuniéndose el 27 de Setiembre en Erfuth con el emperador de Rusia en persona, y con los representantes de los monarcas de Austria y Prusia.

En la ciudad de Erfuth, entre continuadas fiestas, como si la suerte de las naciones y la vida de los pueblos fuesen cosa de broma, trató Napoleón de los asuntos de Occidente y de su proyectada expedición á España, que el emperadar de Rusia aprobó por completo, apresurándose á reconocer á José Bonaparte como rey de España y censurando con dureza el levantamiento de nuestro país.

¿Quién creería que este emperador era el mismo hombre que dos años antes envió á Madrid á Strogonoff para combinar una alianza con Portugal y con España en contra de ese mismo Napoleón, á cuyos deseos accedía hoy con tanta facilidad, y á cuyos deseos se adelantaba? ¡Y sin embargo, nada más cierto!

Napoleón, consecuente con la política maquiavélica que se había impuesto, de llevar la guerra á todas las naciones, pero siempre apareciendo como el provocado y nunca como el provocador, no vaciló antes de hacer su entrada en España y comenzar la guerra, en procurar establecer negociaciones de paz con Inglaterra, en la firme convicción, en la seguridad completa y absoluta de que no habían de producir resultado alguno, pues la Gran Bretaña empezaría por declarar, como declaró, según era justo y lógico y natural, que no podía entrar en ninguna conferencia en que no entrasen á la par sus fieles aliadas España, Portugal y Suecia.

Esta respuesta del ministro inglés mister Cannig produjo una aparente indignación del secretario de Negocios Extranjeros de Bonaparte, Mr. Champagny, que dió á la

© Biblioteca Nacional de España

nota de la Gran Bretaña una respuesta *ágria y amenazadora*.

¿Alguno creerá que Napoleón, para salvar siquiera las apariencias, aguardó la respuesta del ministro inglés?

Todo menos que eso: Napoleón no reconocía más ley que su capricho, y cualquiera que fuera la contestación de la Gran Bretaña, su resolución estaba tomada, y por nada, ni por nadie desistiría de ella. En prueba de que es cierto cuanto decimos, y de que no le calumniamos, bastará dejar consignado que la respuesta de Inglaterra á la nota de Mr. Champagny no salió de Londres hasta el día 28 de Octubre, y ya el 25, de regreso en París, decía Bonaparte en su discurso de despedida al Cuerpo legislativo:

«Salgo dentro de pocos días para ponerme al frente de mis ejércitos, y coronar, con la ayuda de Dios, en Madrid, al rey de España, y plantar mis águilas, siempre vencedoras, en las torres de Lisboa.»

Una vez en Bayona (29 de Octubre), incorporó todas las fuerzas que había aglomerado en la frontera á las que tenía José, y las dividió en ocho grandes cuerpos de ejército, á las órdenes de sus más célebres generales Víctor, Lannes, Bessieres, Soult, Montier, Ney, Saint-Cyr y Junot.

El 8 de Noviembre, sabedor de que Lefevre se había adelantado á emprender las operaciones contra Blake, situado en Zornoza, atravesó Napoleón el Bidasoa, llegando en el mismo día á Vitoria, en cuya ciudad había establecido José su corte y cuartel general.

El coloso, que, al decir de uno de sus admiradores, tenía por frente la luna y por pedestal la tierra, acababa de profanar el suelo sagradísimo de nuestra querida patria.

¡Napoleón, el gran capitán del siglo, el rayo de la guerra, el hijo predilecto de Marte, cuya vencedora espada decretaba la caída de los imperios, señalaba en el mapa nuevas fronteras á las naciones, hacía reyes de sus granaderos, cambiaba los pueblos de italianos en franceses, como el jugador de ajedrez cambia las piezas sobre el tablero, y transfiguraba á su capricho la Europa, ese hombre tan temido estaba ya en España!...

¡Sí; Napoleón, seguido de un numeroso ejército, de cientos de cañones, de miles de caballos, bajo cuyos ferrados cascos se bamboleaban los sólios y retemblaba la tierra; Napoleón, envuelto en una nube de gloria, trayendo escritos en su vencedora espada los triunfos de las Pirámides, de Siria, de Austerlitz, de Jena, de Wagran, y á sus pies los tronos de Nápoles, de Wesfalia, de Italia, llevando por alas, cual otro arcángel, su formidable artillería y su invencible Guardia Imperial, estaba ya en España!

¿A qué venía con tal aparato de fuerza?

A vengar las derrotas de sus *invencibles* soldados en el Bruch, en Gerona, en Zaragoza, en Valencia, en Bailén, los únicos lunares de su vida guerrera, las únicas manchas de su historia militar, las únicas nubes de su gloria!...

¿Pero acaso nosotros le habíamos provocado?

¿Con qué derecho se mezclaba en nuestros asuntos?

¿Por qué razón invadió á España, y bajo el título de amigo cometió las más infames de todas las traiciones?

¡Y aún el Senado francés consideraba su venida á nuestra patria y su guerra á España como *política*, *justa* y *necesaria*!... ¿Cabe una mayor infamia?

Pero había pasado la época de discutir, y nos hallábamos en los momentos de obrar.

¿Qué haría España?

Hé aquí la cuestión.

¿Se atrevería España á resistir el inmenso poder de Napoleón, de ese genio colosal, de esa águila del torbellino, de ese hombre imponderable que encarnaba en sí el valor, la astucia y la grandeza de Aníbal, de César y de Carlo Magno; que despertaba al tronar de los cañones, cuyos ejércitos, como el huracán, todo lo barrian, y cuya voluntad era tan absoluta y tan cumplida que casi igualaba la de Dios?

¿Se humillaría España ante la espada de Bonaparte, siempre vencedora, ante aquel genio siempre triunfante, ante aquel hombre siempre victorioso, que tenía por monarquía la Europa entera, que le rendía vasallaje, y cuyo ejército se componía de naciones, la mayoría de cuyos hijos formaban en sus filas?

¿Cegaría á España el brillo de su gloria,

© Biblioteca Nacional de España

sentiría pavor al verse frente á frente del gran Napoleón, y arrojando las armas que había empuñado para combatirle, se arrodillaría á sus plantas, como habían hecho otras naciones y le pediría humildemente perdón; ó recordando su antigua y limpia historia, sus triunfos sobre Carlo Magno, sobre Luis XII y sobre Francisco I, y sus recientes victorias en el Bruch, en Zaragoza y en Bailén, dando al peligro la cara, aumentando su valor con los reveses, resuelta á que Napoleón, caso de triunfar, sólo conquistara campos abrasados y pueblos destruídos, y que su hermano José sólo reinara sobre montones de cadáveres; llegaría España á sobreponerse á la adversidad, y sin reparar ni en la grandeza de su enemigo, ni en la pequeñez de sus fuerzas, recogería el guante de desafío que Napoleón la arrojaba al profanar su suelo?

¿Se sometería la Junta Central, y cedería á Napoleón y á José los poderes que había recibido de las provincias, y con ellos la gobernación del país?

¿Retrocederían nuestros generales y soldados, temerosos de los ejércitos de Bonaparte?

¿Abandonarían el campo los guerrilleros ante las invencibles huestes napoleónicas?

¿Jugaría España el *todo por el todo*?

Vamos á saberlo.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO IV

NAPOLEÓN EN ESPAÑA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

NAPOLEÓN EN ESPAÑA

Blake.

D. Joaquín Blake era un hombre de un gran valor personal y un militar entendido, pero un general desgraciado. Una fatalidad incomprensible parecía pesar sobre él, y rara era la batalla que empeñaba y que no perdía; y conste, repetimos, que era uno de los generales españoles más reputados en Europa por su valor sereno y frío, y por sus vastos conocimientos, pero á quien la suerte no acompañaba casi nunca, como iremos viendo, en ninguna de sus empresas militares.

La Junta Central dividió las fuerzas militares de España (1.º de Octubre) en cuatro grandes ejércitos, bajo las siguientes denominaciones:

1.º *De la Izquierda*, mandado por Blake.
2.º *De la Derecha* (ó sea de Cataluña), á las órdenes de D. Juan Miguel Vives.
3.º *Del Centro*, regido por Castaños.
4.º *De Reserva* (ó de Aragón), capitaneado por Palafox.

Sin que nadie pueda explicarse la causa, Blake, que había logrado reponer su ejército después de la derrota de Ríoseco y reconquistado Bilbao á los franceses, fué relevado del mando por la Junta Central, siendo nombrado para sustituirle el marqués de la Romana.

Quizás influyó en la determinación de la Junta la publicación en la *Gaceta de Oviedo* de la siguiente relación, que copió la *Gaceta de Madrid*, y que produjo honda sensación en todo el país, de lo ocurrido en Ríoseco:

«Los horrores é inauditos excesos cometidos por la atrocidad francesa en Ríoseco, sorprenden y aterran nuestra imaginación. El robo, el saqueo, la profanación de los templos, el fuego, la muerte y una brutal deshonestidad han señalado los pasos de esta nueva especie de hombres que, degenerando del resto de la humanidad, hacen profesión de afligirla y aniquilarla. La santidad del hermoso templo de Santa Cruz ha sido profanada del modo más impío, sacrílego y abominable que puede imaginarse; un detestable lupanar sustituyó las sagradas y religiosas funciones que se hacían dentro de las respetables paredes de esta habitación del Señor; allí eran conducidas violentamente al sacrificio del pudor, de la honestidad y del recato, las víctimas más inocentes, arrancadas muchas de ellas de los tiernos brazos de sus padres, maridos y hermanos y llevadas después á los campamentos.»

Pero, ¿acaso la pérdida de la batalla de Ríoseco, el saqueo de la población, la *profanación de sus templos* y la violación de sus mujeres, debía ser imputada á Blake? ¿No era Cuesta el general en jefe?

La Junta de Galicia, con fecha 23 de Octubre, manifestó su sentimiento á la Central por este acto, cuando, decía, el general Blake ha organizado el ejército de Galicia y tie-

© Biblioteca Nacional de España

ne la confianza de los soldados que lo forman y de la Junta que le nombró.

Blake, dando un alto ejemplo de subordinación, y sin mostrarse resentido del desaire, al recibir en Quincoces el refuerzo de 8.000 hombres que le trajeron de Asturias el general D. Vicente María de Acevedo, militar tan valiente como experimentado, y el jefe de escuadra D. Cayetano Valdés, avanzó á establecerse con parte de sus tropas entre Zornoza y Durango.

El día 31 de Octubre el general Lefevre, á quien ya vimos en el sitio de Zaragoza, ansioso de gloria, y con ánimo de distinguirse ante los ojos de Napoleón que se encontraba en la frontera, se dirigió al frente de un cuerpo de ejército de 26.000 soldados contra Blake, que ocupaba á Zornoza con sus tropas.

Blake, que no tenía á sus órdenes más que 16.500 hombres, que carecía de artillería por haberla enviado camino de Bilbao, y que no podía contar con las divisiones de D. Vicente María de Acevedo y de Martinengo, perdidas en las intrincadas sierras de Villaro y Dina, aceptó el combate, saltando por cima de tantas y tan graves dificultades.

El resultado fué el que debía esperarse, la derrota de nuestras tropas, que Blake tuvo que retirar á Balmaseda, perseguidas por la división Villate, la cual no dejó á los soldados españoles punto de reposo, y la entrada de Lefevre en Bilbao, tras de una heróica resistencia, que acreditó una vez más el valor de los hijos del antiguo solar de Vizcaya.

No sin vencer innumerables obstáculos, pudieron reunirse en las ásperas quebraduras de Arratia todas las fuerzas que componían el ejército de Blake, entre las que se hallaban la división que vimos regresar de Dinamarca, y que regía en ausencia del marqués de la Romana, que había ido á Londres, el brigadier conde de San Román; y la asturiana mandado por el brigadier D. Gregorio Quirós, con los reputados jefes Escario, Peón y otros, todos á cuál más bravos.

Por orden de Blake, que ansiaba tomar la revancha, la división de Porlier se adelantó hasta Balmaseda y atacó á la de Villate, con tal ímpetu (4 de Noviembre), que la puso en vergonzosa fuga. Rehecho Villate, volvió de nuevo á combatir, pero acudió la brigada de Acevedo, y le derrotó por segunda vez.

Napoleón, al que, como hemos dicho, pensó agradar Lefevre tomando la ofensiva, mostróse por el contrario disgustadísimo de que las operaciones militares hubiesen comenzado sin estar él en España, pues deseaba que una gran victoria solemnizase su entrada en nuestro país.

Encariñado con esta idea, que á él le parecía trascendental, juzgando que con una victoria de su ejército podría dominar á España, con lo cual daba muestras una vez más de no conocernos, envió al marical Víctor por Orduña, en apoyo de Lefevre, con orden de derrotar á Blake.

Aunque entre los dos generales franceses reunían 50.000 soldados, casi el doble de los que él contaba, Blake, si bien decidido á emprender la retirada, quiso antes probar fortuna en Balmaseda, empeñando una acción en que se distinguieron notablemente la división de Figueroa y el *Batallón Literario*, formado por los estudiantes de la Universidad de Santiago, acción que, por desgracia, no le fué favorable, teniendo que batirse en retirada, perseguido por los imperiales.

El día 9, á pesar de la fatiga de sus tropas, de la inferioridad de sus fuerzas y de la lluvia torrencial que había caído sobre sus soldados, Blake cansado de la tenaz persecución de los franceses, volvió el rostro al enemigo y le presentó batalla en Espinosa de los Monteros. La suerte empezó por mostrársele propicia, y la jornada del primer día, aunque sostenida contra fuerzas superiores, y á pesar de que en ella cayeron mortalmente heridos el conde de San Román y el general Riquelme, quedó indecisa. Esperanzado Blake, quiso probar fortuna en el siguiente día, y quizás el triunfo hubiese coronado sus nobles deseos si los generales franceses, *más celosos de la victoria que de su honra*, no hubiesen apelado á un infame recurso para vencer.

Notado por el mariscal Víctor el gran influjo que sobre la división asturiana, una de las que se batían con mayor valor, ejercían sus jefes, dispuso que un grupo de tiradores escogidos dirigiesen sus disparos

© Biblioteca Nacional de España

sobre ellos. A sus tiros cayó muerto el mariscal de campo D. Gregorio Quirós, y heridos mortalmente Acevedo, Valdés, Quirós, Escario, Peón y otros varios, causando esta pérdida la dispersión de los asturianos é introduciendo tal pánico y desorden en las otras divisiones, que una batalla comenzada con tan buenos auspicios se trocó en completa derrota.

Con grandísimos trabajos se encaminó Blake hacia Reinosa, donde se hallaban los almacenes del ejército, enviando la artillería por Saldaña, y dirigiendo una de sus divisiones por Santander á San Vicente de la Barquera.

Al llegar al valle de Cabuérniga encontró á su sucesor el marqués de la Romana, y se apresuró á entregarle el mando cumpliendo



D. JOAQUÍN BLAKE

las órdenes de la Junta Central, con la sola pena de no trasmitirle un ejército victorioso; si bien, á pesar de todos los fracasos, aún puso á su disposición una fuerza de 16.000 hombres.

En esta, como en todas las ocasiones, deseamos ser justos: en aquellos momentos tan difíciles para España, en que á todo trance se querían victorias, todo general que no las alcanzaba—¡como si las batallas pudieran ganarse á voluntad, y como si todo general no desease conquistarlas!—aparecía como traidor. No: Blake en Zornoza, en Balmaseda, en Espinosa de los Monteros, se portó como un valiente, como le veremos portarse siempre; no era culpa suya que el

© Biblioteca Nacional de España

dios de la guerra no protegiese sus combinaciones. Blake tenía una historia limpia de toda mancha de cobardía ó de traición, y los historiadores extranjeros declaran á una voz que, á pesar de su origen irlandés, fué uno de los generales que con mayor empeño defendió la santa causa de la independencia española.

Apenas llegado á León, adonde marchó acompañando al marqués de la Romana, Blake, en lugar de regresar á Galicia á disfrutar tranquilamente de la capitanía general de aquel antiguo reino, pidió á la Central que le pusiese al frente de un ejército en operaciones para volver de nuevo á combatir.

La Junta de Galicia, estimando su noble proceder, le envió un oficio (28 de Noviembre) mostrándole una vez más la satisfacción con que había visto su conducta y la confianza que la inspiraban su lealtad y su valor.

Nuestras derrotas.

Teniendo libre por este lado el camino de Madrid, adonde quería llegar de triunfo en triunfo, para demostrar al mundo que aún guiaba á sus ejércitos la estrella de la victoria, envió Napoleón á Moncey con el tercer ejército sobre la izquierda, para que observase á los dos españoles del Centro y de Aragón, que se hallaban sobre el Ebro; á Lannes le ordenó reunir en Lodosa las fuerzas de los generales Lagrange, Colbet y Mathieu, y á Ney que marchase con 20.000 hombres á Soria, para cortar á nuestros ejércitos el camino de Madrid y envolverlos en su posición.

Castaños, indeciso hasta entonces, resolvió levantar su campo de Calahorra y Cintruénigo, para replegarse á orillas del Queiles, entre Tarazona y Tudela, adonde acudió Palafox para celebrar un consejo que no dió resultado alguno, pues, por extraño que parezca, no pudieron ponerse de acuerdo sobre si era más conveniente la defensa de Aragón, que tan alto renombre acababa de conquistar con el levantamiento del sitio de Zaragoza, ó la retirada á las provincias andaluzas, en que la batalla de Bailén tanto había excitado el entusiasmo; y Palafox se volvió á Zaragoza ¡sin haber acordado nada!

No cumpliríamos el deber que nos hemos impuesto de narrar fielmente la guerra de la Independencia, por más que nuestro objeto principal sea el hacer la historia de los guerrilleros, de su presentación, de sus hazañas, de su heroismo, si negásemos que las rencillas entre los generales españoles fueron causa de la pérdida de muchas batallas, como iremos viendo según adelantemos en nuestro trabajo. ¡Triste, pero necesario es declarar, que en muchos casos el hombre dominó al patriota, y sabido es que no puede vencer á su contrario el que no sabe vencerse á sí propio!

Esto dicho, prosigamos.

Cuando menos se lo esperaba, se encontró Castaños con el ataque de los franceses.

Lo precipitado de las disposiciones y lo contradictorio de las órdenes, frente á un enemigo que se movía con una regularidad perfecta, convirtió esta batalla, conocida por la de Tudela, en una espantosa derrota, cuando, en vista del empuje y de la bravura con que se batieron las tres divisiones que en ella tomaron parte, debió ser una victoria de la mayor importancia.

El resultado de tan triste acción fué la pérdida de 2.000 prisioneros, muchos muertos y heridos, toda la artillería de la derecha y del centro, con los almacenes de Tudela; y la dispersión del ejército, refugiándose en Zaragoza los aragoneses, valencianos y murcianos; el general La Peña en Cascante, y Castaños en Borja, donde se halló con la orden de la Junta Central de acudir en socorro de Madrid contra el cual avanzaba Napoleón por el puerto de Somosierra.

Era cierto. Napoleón, luégo de haber enviado por derecha é izquierda fuerzas suficientes para destruir, ó entretener, según las circunstancias se lo permitieran, los ejércitos de Blake y de Castaños, había emprendido su camino para Madrid, acompañado del segundo ejército, y de la caballería al mando de los generales Soult y Bessieres.

Cerca ya de Burgos, se encontraron los imperiales con el ejército de Extremadura, que se dirigía al Ebro contra las fuerzas de José, cumpliendo órdenes anteriormente re-

© Biblioteca Nacional de España

cibidas, al mando del conde de Bellveder, joven tan presuntuoso como ignorante de la ciencia militar.

Sin atender los consejos de la prudencia, este joven se adelantó hasta Gamonal y presentó la batalla á los franceses; la pelea fué de corta duración, pero tan sangrienta, que á Burgos llegaron mezclados en espantoso desorden vencedores y vencidos; y el conde de Bellveder tuvo que huir á Aranda, y desde allí, perseguido por los imperiales, refugiarse en Segovia, donde le salió al encuentro el general D. José de Heredia, encargado de sucederle en el mando, y recoger los restos de un ejército que, *sin la imprudencia de su general*, hubiese podido evitar tamaña derrota y acudir á la defensa de la capital, que tan necesitada se hallaba de fuerzas.

Napoleón, luégo de entregar la ciudad de Burgos al pillaje y al saqueo, mandó algunos oficiales á París á presentar las banderas cogidas al Cuerpo Legislativo, que se apresuró á votarle un mensaje de admiración. ¡Lástima que le ocultase que la victoria la habían conseguido 40.000 soldados imperiales, mandados por él y sus mejores generales, contra 12.000 hombres españoles, regidos por un militar inexperto!

Del saqueo de Burgos nada queremos decir nosotros, limitándonos á copiar lo que ha escrito el célebre historiador francés monsieur Du Casse.

«Semejantes desórdenes eran poco propios para hacer amar la dominación francesa en España.»

Apenas llegado á Burgos, dispuso Napoleón el envío de una fuerte división por el camino de Palencia y Valladolid, y al mariscal Soult á Reinosa para cortar á Blake en la retirada que emprendió hacia esta villa, después de la triste derrota de Espinosa de los Monteros.

La expedición de Soult produjo otra nueva infamia. Sus soldados acometieron ¡heróica acción! á un convoy de enfermos y heridos, á los que asesinaron, entre ellos al valiente Acevedo, sin que bastaran á salvarle las amenazas ni los ruegos de su ayudante, el luégo general D. Rafael del Riego, tan valiente como infortunado.

Cerca ya de San Vicente de la Barquera, dispersó Soult las fuerzas segregadas de la división de Blake, las que fué aventando en su rápida correría hasta las llanuras de tierra de Campos.

Reunido á Bonaparte el primer cuerpo de su ejército, mandado por el mariscal Víctor, en sustitución del de Soult, deseoso Napoleón de llegar á la vista de Madrid precedido de los títulos de *humano y generoso*, publicó un decreto de perdón general y ámplia amnistía á todos los españoles que, un mes después de su entrada en la capital, depusieran las armas y acataran la soberanía de su hermano, exceptuando tan sólo al príncipe de Castel-Franco, á los duques del Infantado, Osuna, Híjar, Fernán-Núñez y Medinaceli, al marqués de Santa Cruz del Viso, al conde de Altamira, al ministro D. Pedro Ceballos y al obispo de Santander, cuyos bienes, dentro y fuera de España, debían ser confiscados, y sus dueños, si llegaban á ser cogidos, entregados á una comisión militar para ser fusilados.

¿Deponer las armas los españoles? ¿Aceptar un perdón de sus manos por el noble delito de defender la independencia patria? ¿Creer que iba á conquistarnos ni por el halago, ni por la piedad, ni por la amenaza? ¡No conocía Bonaparte á los hijos de esta noble tierra de España!

Sabedor Napoleón de que el general inglés sir Jhon Moore había llegado á Salamanca con parte de las tropas inglesas que estaban en Portugal, ordenó á Lefevre que con 8.000 caballos se desparramase por las llanuras de Castilla, y que, en unión con las fuerzas del mariscal Soult, detuviesen á los que por aquella parte intentaran estorbar sus planes; y envió á Moncey y á Ney, para entretener á las tropas de Palafox y Castaños é impedirlos acudir en socorro de Madrid.

Inútil precaución, una vez que nuestros ejércitos de la Izquierda, Centro y Extremadura habían sido aniquilados bajo sus poderosas legiones.

Por encargo de la Junta Central acudió á guarnecer la cordillera de Somosierra el general D. Benito San Juan con 12.000 hombres, reunidos en aquellos graves momentos de varios cuerpos, y con algunos cañones.

San Juan envió sus avanzadas hasta Se-

© Biblioteca Nacional de España

púlveda, á las órdenes de D. Juan José Sardén, que con sólo un puñado de hombres peleó con gran denuedo por espacio de tres horas contra 4.000 infantes y 1.000 caballos, teniendo al fin que replegarse á Segovia (29 de Noviembre).

Aunque mermadas sus fuerzas por la falta de Sardén, el general San Juan, atacado por las inmensas fuerzas imperiales, disputó Somosierra con un arrojo imponderable. Su artillería vomitaba un mortífero fuego y barría los escuadrones de lanceros polacos y de cazadores de la guardia que Napoleón enviaba contra ella, como el huracán barre el humo. El valiente general sólo cedió cuando se vió flanqueado por varias columnas que, á favor de una densa niebla, le atacaron por las alturas que dominan por izquierda y por derecha la carretera; y herido y derrotado, pero no vencido ni humillado, buscó la salvación de sus tropas en la retirada, llegando á Segovia con las reliquias de su valeroso ejército.

La Junta Central.

El invasor tenía franco el camino de Madrid.

La Junta Central había tratado de impedirle el paso con los ejércitos del conde de Bellveder y del general D. Benito San Juan; y para defender los débiles muros de Madrid reclamó el auxilio de D. Tomás de Morla y del marqués de Castelar.

La situación de la Junta Central no podía ser más difícil y comprometida; no quería alejarse de su residencia de Aranjuez, tan cercana á Madrid, porque su retirada no se atribuyese á cobardía y no desmayase el espíritu público con su ausencia; y, sin embargo, quedarse era exponerse á caer en manos de los imperiales y dejar huérfano al país de su más legítima representación, y á los pueblos sin defensa y sin amparo.

Al fin, tras de mucho batallar los dignos individuos que la componían, decidieron retirarse á una ciudad del interior, reconociendo que donde ellos fueran iba la Nación, puesto que en ellos residía el Poder supremo, acordando alejarse del enemigo y pasar á establecerse en Badajoz.

Antes de su partida realizaron un acto verdaderamente heróico.

Los ministros de José habían enviado á la Junta Central enérgicos oficios para que prestase sumisión al rey intruso, y para conseguirlo la pintaban con negros colores la situación del país, haciéndola responsable si se negaba y prolongaba la lucha de todas las venganzas de Napoleón.

La Junta, elevándose á la altura de las circunstancias, ordenó que los citados oficios fueran quemados en la plaza pública de Aranjuez, por mano del verdugo, entre los aplausos de la multitud.

Hé aquí la *Gaceta extraordinaria* que precedió á tan imponente acto (25 de Noviembre):

«La Junta decreta que estos infames documentos, en que con dolor se ven las firmas de algunos españoles, sean quemados por la mano del verdugo, y sus autores abandonados á la execración pública, tenidos por infidentes, por desleales y malos servidores de su legítimo rey, indignos del nombre español y traidores á Dios, á la Patria y al Estado.»

Los documentos iban firmados por los ministros Azanza, O'Farrill, Romero, Urquijo, Arribas y Cabarrús; por el decano del Consejo de Castilla y por el corregidor de Madrid.

Semejante determinación tuvo una gran resonancia dentro y fuera de España, y de todos los ámbitos de la nación salieron gritos de júbilo y llovieron bendiciones sobre aquellos valerosos patricios que así defendían la sagrada causa de la independencia, y que de tan heróica manera contestaban á las provocaciones de los afrancesados ministros de José, y á las draconianas órdenes de Napoleón.

Antes de salir de Aranjuez la Junta cumplió con otros altísimos deberes; ocupóse de la seguridad de los tribunales y de la conservación del orden, tan necesario en aquellos supremos instantes; mandó á varios de sus individuos á las provincias para sostener el espíritu público y allegar nuevos recursos para la lucha, y nombró una comisión para el más pronto despacho de los negocios públicos.

Al pasar por Toledo la Junta de esta ciu-

© Biblioteca Nacional de España

dad confió á la custodia de la Central muchos ricos objetos, para librarlos de la rapacidad de los franceses, y la dió una escolta de honor, compuesta de un batallón formado por 300 estudiantes, base después del Colegio ó Academia Militar, fundado en la isla de León, plantel de que salieron varios ilustres generales (1).

En los pueblos del tránsito celebró la Junta Central varias sesiones, para ordenar á los generales y á las juntas el levantamiento del país y el armamento de los ciudadanos; en Talavera se detuvo dos días, y en Trujillo cuatro, para resolver asuntos militares, y para conseguir del general inglés Sir Jhon Moore que saliera de Salamanca y obrara activamente en Castilla.

En Trujillo discutió la Junta Central, en vista de las noticias que la llegaban, si debía marchar á Badajoz, punto acordado anteriormente, ó á otra ciudad, y después de larga meditación y de haberse propuesto por varios de los individuos diferentes poblaciones, resolvió la mayoría dirigirse á Sevilla.

¡Qué espectáculo tan grandioso el que presentaban aquellos valerosos patricios, resueltos á salvar, cual los antiguos patriarcas, el arca santa que guardaba la independencia y la libertad de España!

La Junta Central era recibida en todos los pueblos con alegre repique de campanas, al estampido de cohetes, con músicas, aplausos, colgaduras, vítores y aclamaciones...

¡Iba huída, y parecía marchar triunfante!

¡Iba sola, y la guardaba todo un pueblo!

¡Iba pobre, y disponía de las riquezas del país!

¡Nada tenía, y lo poseía todo! ¡Jamás se ha visto cosa igual!

Era la Nación, marchando por entre arcos de triunfo, levantados por el amor de sus hijos...

¿Quién habría osado dudar de su poder? ¿Quién el infame que hubiese puesto sobre ella su parricida mano?

Los guerrilleros iban delante de la Junta, sirviéndola de guías...

Los pueblos velaban el sueño de sus individuos...

Los soldados guardaban los caminos que debía recorrer...

No iba la Junta Central, única y legítima representación de España, no iban sus dignos individuos en retirada; iban en triunfo; y si Napoleón la hubiese visto recorrer, no la senda cuajada de peligros que se imaginaban él y los malos españoles que le seguían, sino un ancho camino sembrado de flores, se habría convencido á su pesar de que la causa de la independencia española ni moría, ni podía morir, aunque sobre nuestra tierra pudiesen caer con los ejércitos napoleónicos los del emperador de Rusia y unidos á ellos todos los ejércitos del mundo.

Sí, digámoslo muy alto; Napoleón, precedido de soldados y escoltado por cañones, y José rodeado de una turba de cortesanos y aduladores, nada valían y nada eran; mientras que la Junta Central, sostenida por el voto de las ciudades y guardada por el amor de los pueblos, fugitiva, intranquila, errante, lo era todo... ¡Ah! es que la Junta Central representaba á la nación, y sabido es que los tiranos pasan, que los reyes desaparecen y que las naciones siempre quedan.

Vuelta á Madrid.

En la noche del 30 de Noviembre de 1808, la casa de D. Juan Antonio Miranda se hallaba tan concurrida como la vimos en la famosa del 19 de Marzo.

Importantes variaciones se observan en ella, que iremos señalando en el trascurso de este capítulo.

En primer lugar no se hallan todos los personajes de entonces, y en cambio aparecen dos nuevos.

El señor Abad se ha puesto en Galicia al frente de sus feligreses, para rechazar á los imperiales; D. Valero Borja, continúa en Zaragoza, prestando su valioso concurso á la causa de la independencia; D. Miguel de Pas se ha embarcado para Veracruz y Méjico, ansioso de proporcionar á la madre patria nuevos recursos para la santa guerra en que se halla empeñada, trayendo en su auxilio á la noble América; y los hermanos del Sr. Miranda se encuentran, Gregorio, el militar, combatiendo en Cataluña á los fran

(1) Martín Gamero.—*Historia de Toledo.*

© Biblioteca Nacional de España

ceses al frente de su escuadrón, con el que se fugó de Barcelona burlando la vigilancia de los imperiales; y Pablo y Andrés, el uno en Valladolid y el otro en Badajoz, ayudando con todas sus fuerzas á la causa nacional; tan sólo del Sr. Echarri nada se sabe.

D. Juan Antonio, á quien Murat amenazó con una sentencia de muerte por haber sabido que en el día 2 de Mayo se encontró en la defensa del puente de Toledo, ha sido objeto durante la ocupación francesa de una vigilancia inquisitorial.

Dejamos á D. Luis Peñaranda en Valencia, y le hallamos en Madrid, adonde se trasladó en cuanto supo el peligro que corría la capital, deseoso de tomar parte en la defensa del pueblo, cuna de su adorada Isabel. Para ello pretextó en Valencia á su hermano del corazón, al padre Rico, el deseo de acompañar á la corte á su amigo D. José Romeu, quien debía resolver en ella ciertos asuntos de interés y necesitaba de un hombre, conocedor de Madrid, que le guiase en sus pesquisas. Demás de esto, una carta de la condesita participándole el empeño, cada día mayor, de su anciana tía, la condesa de Peña-Castillo, de que verificase el proyectado enlace con su primo Jorge, capitán de guardías walonas y heredero del título de su madre, había producido á D. Luis una herida mortal, para cuyo alivio necesitaba el bálsamo consolador de las miradas de Isabel.

El joven médico adoraba á la condesita con uno de aquellos amores de la Edad Media, que hoy nos parecen extraños é incomprensibles. En aquella época en que la hermosura y la virtud formaron al guerrero, siempre dispuesto á romper una lanza por su dama, y en que los *tribunales de amor*, compuestos de la reina Leonor, de las condesas de Flandes y de Champagna, de la vizcondesa de Narbona y otras nobles señoras elevaron al más alto grado el poder femenil, el caballero se creía sobradamente pagado si, á trueque de arriesgar la vida por la señora de sus pensamientos, ella le permitía lucir en el torneo una banda con los colores de su traje. Sí; por raro que esto nos parezca hoy, D. Luis Peñaranda, al igual de los antiguos caballeros, habría tenido como la mayor gloria el besar la orla del vestido de Isabel, gozando placeres inefables en esta semi-castidad. Quizás contribuía á ello el carácter un tanto soñador del joven médico, sus ideas espiritualistas, sus opiniones filosóficas, las desgracias de su infancia, aquellos éxtasis en que solía caer á menudo y en los cuales dejaba vagar su pensamiento por regiones superiores.

A las desgracias que agobiaban á su querida patria, habían venido á unirse las nubes que comenzaban á empañar el sereno cielo de sus amores.

D. Luis recordaba la carta de Isabel, y se preguntaba qué haría la condesita. ¿Sí cedería á los deseos de su anciana tía llegando á realizar la proyectada boda con su primo Jorge y olvidándole á él?...

¡Qué amargo despertar, si esa unión se realizaba! Valiera más, se decía, no haberla conocido jamás, y sobre todo no haber alcanzado su amor para perderlo así!

Nosotros, que algo leemos en el pensamiento de la condesita, podemos asegurar que la ausencia de D. Luis, su heróico comportamiento durante los graves sucesos de Valencia, y su presencia en Madrid apenas tuvo noticias del peligro que corría la capital, no habían hecho más que aumentar la pasión de Isabel por el joven médico.

Según los fisiólogos, es un sentimiento imperioso en la mujer el creerse el principio de la felicidad del hombre, y el buscar la dicha en los brazos del sér amado. Isabel estaba convencida de ser la única dicha de D. Luis Peñaranda, y á toda costa deseaba hacerle feliz. ¿Pero le sería posible realizar tan nobles propósitos? Su anciana tía, que la había servido de madre, mostraba de cada día mayor empeño en que verificase el proyectado matrimonio con su primo Jorge, el único hijo de la noble señora que tenía por él verdadera idolatría, por más que el joven poco ó nada la mereciera.

¡Qué diferencia entre ambos!... Su primo era un petimetre almibarado, que, merced á la influencia de su madre y á la memoria de su difunto padre, había llegado á capitán de la guardia walona sin méritos ni servicios, en tanto que D. Luis debía tan sólo á sus infatigables estudios y á sus grandes talentos el puesto que ocupaba.

© Biblioteca Nacional de España

Cada vez juzgaba la condesita más difícil poder unirse con el joven médico, sin provocar un escándalo en la alta sociedad y un rompimiento con su familia.

Y sin embargo, ¿cómo dejar de amar á D. Luis, á aquel noble corazón que sólo por ella latía, á aquel hombre á la vez tan heróico y tan sabio, que tanto la adoraba!

Porque cuanto más estudiaba Isabel al joven médico, más se convencía de que en su corazón sólo contaba con una rival, una hermosa rival, eso sí, la patria, á la que ella también adoraba.

En las miradas que dirigía á D. Luis dejaba asomar Isabel toda su alma, y es que, según un célebre escritor, no hay discurso, no hay palabras, por dulces que sean, superiores á las miradas. El amor se sirve de los ojos, que son su correo favorito y al cruzarse una mirada de dos seres que se aman, parece que las almas se acercan y se hablan al oído, sintiendo entonces al par que toda la dulzura de la palabra, toda la magia del secreto. Es que los ojos de la mujer amada son dos cristales, á través de los cuales ve siempre el hombre enamorado un mundo de dichas inefables y de placeres desconocidos, y las alegrías como las tristezas del amante se reflejan en los hermosos ojos de la mujer querida. Sólo los amantes, los esclavos, los espías y los diplomáticos son los que pueden conocer y estimar los recursos de una mirada, apreciar su inteligencia y estimar su valor.

Dª Teresa Miranda.—D. Jose Romeu.

Creemos haber indicado que formaban parte de la reunión de casa de D. Juan Antonio dos nuevos personajes, y á la verdad no hemos mentido.

Uno de ellos pertenece al sexo femenino, por lo cual, y por la desgracia que la agobia, merece todas nuestras preferencias; es la infortunada madre del niño Carlos, tan inhumanamente asesinado por los franceses en Burgos, la respetable doña Teresa Miranda, cuyo retrato nos proponemos hacer, por más que no sea con el detenimiento que merece señora de tanta valía.

Doña Teresa Miranda es una mujer de treinta y dos años, de alta estatura, de perfil recto y puro, de nariz bien formada, de barba enérgica, de ancha frente, de negros y aterciopelados ojos, de admirables contornos y de soberbio busto.

Su frente, orlada de negros y espesos cabellos, muestra un tinte de profunda melancolía que la hace aún más interesante; sus ojos lanzan tristes miradas, y su boca se pliega con dolorosa amargura.

A pesar de sus treinta y dos años, y de que la pena por la prematura muerte de su querido hijo nubla su vida, aún puede sostener el parangón con la condesa y con su hermana Pepita, á pesar de ser ambas dos criaturas hermosas.

Joven aún, casó por amor con D. Pedro de la Albericia, un hidalgo burgalés, del que enviudó á los tres años, dejándole un hijo, su Carlos adorado. Doña Teresa reconcentró en el hijo todo el inmenso cariño que había profesado al padre, porque doña Teresa era una mujer nacida para amar, y tuvo para el niño las ternuras de una madre, los cuidados de un padre, los cariños de una hermana y los juegos de una amiga.

Carlos adoraba á su madre; si la veía triste la recitaba los más lindos epigramas de Iglesias ó las más bellas fábulas de Samaniego, hasta lograr que la risa asomara en sus labios, y si la veía alegre conseguía aumentar su dicha con sus juegos y sus locuras infantiles.

Después de su madre tenía el niño mucho afecto á Catalina, que le había visto nacer; pero su mayor cariño era para Juan Martín, en quien Carlos veía un amigo, un protector y casi un padre; luego el *Empecinado* hacía todo cuanto el niño quería, y sabido es que para una criatura no hay mayor felicidad que hacer su capricho.

Doña Teresa era querida de un modo extraordinario en Burgos, por sus hermosos sentimientos; jamás un desgraciado llamó á su puerta sin alcanzar socorro, nunca un desvalido reclamó su amparo sin alcanzarlo; hé aquí por qué en toda la ciudad y sus contornos se la apellidaba la *madre de los pobres*.

En cuanto á Juan Martín, ya le hemos oído que la reverenciaba como á una santa.

© Biblioteca Nacional de España

Doña Teresa, que educaba á su hijo con el mayor esmero, quería hacer de su Carlos un sabio, un héroe, honra de España y admiración del mundo, cosa natural en una tan amante madre, y los franceses habían venido á segar en flor sus doradas ilusiones. El odio que los profesaba era uno de esos odios á muerte, y no transigía, no ya con ellos, que esto le parecía un crimen, pero ni siquiera con aquel que tratase con ellos, al que motejaba de afrancesado, de renegado peor que los judíos, de mal español.

Cuando supo la llegada de Napoleón á Bayona y que se disponía á entrar en España, aceptó los ofrecimientos de sus queridos hermanos y se vino á Madrid, resuelta á no contemplar la entrada de los franceses en Burgos, y la profanación del sepulcro de su idolatrado hijo por sus inhumanos verdugos.

Valiente como las antiguas matronas, heróica como las mujeres de Cantabria, que ahogaban contra su pecho á los hijos de sus entrañas para que no cayesen bajo el poder de los romanos, doña Teresa Miranda era una de aquellas mujeres que infunden á la vez respeto, admiración y cariño.

***

El otro nuevo personaje que hallamos en casa del Sr. Miranda es D. José Romeu, uno de los primeros guerrilleros de Valencia, cuyas hazañas encontrará el lector más adelante, pero del cual nos creemos obligados á decir algo que sirva como de presentación á un hombre de tan extraordinaria valía.

D. José Romeu nació en la importante villa de Murviedro (Valencia), en donde radicaban sus cuantiosos bienes, y pertenecía á una de las familias de más brillante representación en la historia de los antiguos reinos de Aragón y Valencia.

Al estallar el movimiento popular de 1808, se olvidó de su familia, compuesta de su esposa doña María Correa y Navarro, natural de San Roque, en la provincia de Cádiz, y de sus hijos José, á la sazón de cuatro años, Ana Matilde de tres y María de diecisiete meses, resuelto á dar su vida por la patria.

La orden de la Junta de Valencia de 25 de Mayo disponiendo un alistamiento general de todos los hombres útiles de dieciseis á cuarenta años le llenó de ardor bélico y de patriótico entusiasmo.

A la venida del general Moncey contra Valencia, se presentó al frente de 2.000 hombres armados, del partido de Murviedro, en defensa de la ciudad.

Antes de partir les dijo:

«Volemos al campo del honor, hijos de Sagunto; preso nuestro rey, hollada nuestra patria, juremos no doblar la frente ante los advenedizos que so color de amistad pretenden tiranizarnos. ¡Tal sea el juramento de la división saguntina!»

Durante el ataque de Valencia Romeu dió pruebas de su grande valor, y una vez libertada la ciudad regresó á Murviedro, orgulloso de la bizarría con que se habían portado los saguntinos que iban á sus órdenes.

Seguro de que la lucha se renovaría, les exhortó á prepararse, y él, por su parte, se dedicó al estudio del arte militar, bajo la dirección de un jefe distinguido, á fin de contrarrestar con algunas nociones del arte de la guerra los grandes conocimientos de los generales franceses.

Muchas é importantes comisiones desempeñó Romeu por algún tiempo, costeándose todos los gastos, sin querer percibir la menor cantidad, y equipando y manteniendo varios soldados á su costa.

Para no alarmar á su esposa, y pretextando tener que resolver ciertos asuntos en las oficinas del Estado, en lo cual había un fondo de verdad, se dirigió á Madrid con D. Luis Peñaranda, deseoso de tomar parte en la defensa de la capital contra los ejércitos de Napoleón.

Su amistad con D. Luis databa sólo de algunos meses; pero como nacida al calor de los peligros, era firme, leal, y tan duradera, que sólo debía acabar con la vida.

Apenas llegado á Madrid, escribía á sus amigos de Valencia D. Manuel Clavero y D. José Soler sus impresiones en esta forma:

«Si voy por las calles me parece ver á los heróicos patricios del memorable 2 de Mayo.

Si recorro el P ado me parece oir los gritos de aquellos valientes tan inhumanamente fusilados...»

© Biblioteca Nacional de España

Fiel á sus convicciones, apénas comenzó á organizarse la defensa de Madrid se presentó al general D. Manuel Miranda Gayoso á ofrecerle sus servicios, que fueron aceptados con reconocimiento.

Tal es el hombre á quien luégo veremos organizar las guerrillas de Valencia, y batir á los franceses, y demostrar que en esta tierra clásica del valor y de la lealtad los hombres del temple de Romeu prefieren la muerte á la deshonra.

Sucesos de la capital.

En el momento en que volvemos á presentar á nuestros lectores los contertulios de D. Juan Antonio Miranda, las señoras se ocupan con grande empeño de la confección de sacos para la metralla, y los hombres discuten sobre la importante cuestión de la defensa de Madrid, con la mirada fija en las armas que descansan en un rincón de la sala, pues todos se han consagrado á la noble



D. JOSÉ ROMEU

tarea de defender la capital contra el invasor, á excepción del marqués, cuyos años y dolencias le imposibilitan para tan rudo empeño.

—No confío en D. Tomás Morla,—decía D. Luis Peñaranda.

—Ni yo,—añadía D. José Romeu.

—¿Desconfían Vds. de él?—preguntó la condesita.

—¿De un hombre que se ha portado tan valientemente en Cádiz?—repuso Pepita.

—En Cádiz, como en Madrid—dijo don Luis,—no ha hecho sino seguir el impulso que ha recibido del pueblo.

—Creo, como Vds., que sus disposiciones para la defensa—añadió el Sr. Miranda,—no han sido muy atinadas, ni han de resultar muy eficaces.

Obligado por la resuelta actitud de la población, que al saber la derrota de Sardén y de San Juan ha pedido armas para defenderse, se han repartido algunas, en su mayoría sables, escopetas y chuzos.

—¿Pues no ha elegido la Junta, nombrada

© Biblioteca Nacional de España

para la defensa, á D. Tomás Morla, por tener mejor reputación militar que el gobernador D. Fernando de la Vera y Pantoja?—preguntó el marqués.

—Sí, señor—contestó D. Luis;—pero eso no prueba más sino que ambos son á cuál peor.

—Gracias al pueblo—prosiguió el Sr. Miranda,—se han levantado algunas baterías á barbeta delante de las puertas, se han aspillerado las débiles tapias, se han abierto cortaduras en varias calles, se han desempedrado otras y se han parapetado con colchones y con tablas los balcones y ventanas.

—Eso prueba—exclamó con entusiasmo D. José Romeu,—que Madrid está resuelto á resistir hasta el último trance.

—Me parece una locura—dijo el marqués,—tratándose de Madrid, que es un pueblo abierto.

—También lo es Valencia—dijo el Sr. Peñaranda;—pero allí las autoridades y las disposiciones fueron otras.

—Es que aquí no contamos más que con dos batallones y un escuadrón de reclutas, y los ejércitos de que esperábamos nuestra salvación han sido derrotados en Gamonal y en Somosierra.

—También lo fueron los nuestros—replicó el Sr. Romeu—en Pajazo y las Cabrillas, y en la misma ciudad perdimos las dos líneas exteriores de defensa que se habían dispuesto.

—Precisa impulsar á la Junta para que obre con mayor energía,—dijo el Sr. Miranda.

—¡Quiera el cielo que no sea ya tarde!—exclamó doña Teresa.

—Vea V. lo ocurrido con el marqués de Perales... No lo tomen Vds. por excesivo amor patrio, pero yo creo que eso jamás habría acontecido en Valencia.

—Dispense V., Sr. Romeu,—replicó don Juan Antonio.—He conocido mucho al marqués de Perales, y le aseguro á V. que era incapaz de cometer la infamia que se le atribuye...

—El hecho es—contestó el Sr. Romeu,—que él era el regidor encargado de la fabricación de los cartuchos, y que en muchos de ellos se ha encontrado arena y tierra en lugar de pólvora... Y cuando el pueblo, de quien se decía era muy querido, porque tenía á gloria alternar con la manolería, vestir su traje, y hasta buscar sus amores entre las majas más renombradas, no le ha respetado, y asaltando su palacio le ha cosido á puñaladas y le ha arrastrado por las calles en una estera, es porque la razón estaba toda de parte de los madrileños.

—No niego el hecho; defiendo al marqués, porque lo considero justo, y la verdad ha sido siempre el norte de mi vida.

—Observe V., querido tutor—dijo la condesita,—que hace tiempo se le venía acusando de inteligencias con Murat...

—Hay gran diferencia entre sentir más ó menos simpatías por el extranjero y traicionar á su país.

—Para mí, Juan Antonio, el que simpatiza con el francés está muy próximo á renegar de su patria,—dijo doña Teresa.

—¿Quién sino él—insistió el Sr. Romeu,—ha podido hacer rellenar de arena esos cartuchos, que al fin han causado su muerte?

—El marqués necesitaba valerse para su confección de otras personas, y basta con un mal intencionado, con un enemigo encubierto, para perder á un hombre; yo, en mi larga práctica de abogado, he visto algunos casos de esos...

—Se habla—dijo D. Luis,—de cierta carnicera, á la que el marqués había querido y luégo abandonado...

—Con efecto, eso se dice; y aquí podríamos tener explicado lo acontecido, señor Romeu...

—No comprendo...

—Los celos son una pasión fatal, que ciega á los individuos...

—¿Y bien?

—¿Quién nos dice que esa mujer, deseosa de vengarse de su antiguo amante, no ha ganado con dinero á uno de los hombres que el marqués tenía empleados en la fabricación de los cartuchos, y le ha hecho sustituir la pólvora con arena?

—¡Bien pudiera ser!

—Misterio es este que sólo la historia podrá aclararnos un día.

—Quizás no... Misterios se encuentran en nuestra historia—dijo D. Luis—que no han

© Biblioteca Nacional de España

podido ser descifrados todavía; díganlo sino el emplazamiento de los Carvajales, el criminal atentado contra Juan de Escobedo, la muerte de D. Juan de Austria y el asesinato del conde de Villamediana.

A este punto había llegado la conversación, cuando entró precipitadamente Nicolás, el fiel criado de D. Juan Antonio, y anunció á su amo que por el camino de Fuencarral habían sonado algunos disparos, y que todos los vecinos corrían á sus puestos temiendo un ataque por sorpresa de los imperiales.

Inmediatamente los hombres empuñaron las armas y las mujeres cesaron en su tarea.

Con efecto, á lo lejos se oían algunos disparos de cañón.

El marqués dió el brazo á su sobrina, y despidiéndose del Sr. Miranda y de sus hermanas, salió escoltado por D. Luis Peñaranda y D. José Romeu hasta su casa, que, como el lector recordará, se hallaba situada cerca del convento de San Felipe, en la calle Mayor.

D. Juan Antonio Miranda y su criado Nicolás marcharon hacia la Puerta de Segovia.

Al llegar al palacio se despidieron Peñaranda y Romeu para ir á ocupar sus puestos.

La condesita, aquella mujer á quien vimos tan enérgica y tan altiva en los primeros capítulos de nuestra obra, al ver partir á su amado, tuvo que apoyarse en el brazo del marqués para no caer, y sólo tuvo fuerzas para dirigir á D. Luis una de esas miradas en que se encierra todo un mundo de amor.

El médico y su amigo Romeu se dirigieron por la Puerta del Sol y calle de Alcalá á la Puerta de Recoletos y la Veterinaria, con objeto de defender las baterías allí levantadas.

D. Luis iba triste y silencioso, y su amigo Romeu no pudo menos de interrogarle. Al saber de boca del joven médico su pasión por la condesita y los obstáculos que se oponían al enlace de ambos, no se atrevió á desesperanzar á D. Luis, pero harto comprendió el Sr. Peñaranda que al buen Romeu le parecía imposible que Isabel llegase á ser su esposa.

El marqués, que no había olvidado las palabras de su sobrina al joven médico cuando éste marchó para Valencia, por más que no las diera importancia alguna, al observar el cambio de opinión de la condesita, sus desmedidos elogios al pueblo, al que ayer zahería sin piedad; sus crueles epigramas á la nobleza, á la que ella pertenecía y de la cual antes se mostraba tan orgullosa; sus tristezas durante la ausencia de Peñaranda y sus alegrías al volverle á ver; sus dilaciones á la proyectada boda con su primo, y sobre todo la pena y el temblor que la dominaban en aquellos instantes, decidió saber la verdad, y apenas llegados al gabinete de la condesa, sin darla tiempo para enjugar las lágrimas que brotaban de sus hermosos ojos, la dirigió de improviso esta pregunta, que en sólo tres palabras lo decía todo:

—¿Amas á D. Luis?

La condesita, cogida por sorpresa, harta ya de fingir, segura de la discreción y del cariño de su tío, y deseosa de comunicar á álguien sus penas y su amor, se apresuró á responder.

—Le amo.

—¿De corazón?

—Con toda mi alma;—contestó Isabel con un tono que no daba lugar á dudas.

—Pues te casarás con él...

—¿Y mi primo Jorge?

—Es cierto—respondió el marqués;—me había olvidado de él... Pero ¡qué diantre! es un badulaque, indigno del amor de una mujer como tú; mientras que D. Luis... Cierto que es un poco soñador, un poco loco, pero un soñador y un loco con un gran corazón y un inmenso talento...

—¡Ah, tío de mi alma!—exclamó la condesita arrojándose en sus brazos.

—Sí, lo repito; un loco que te ama, y con quien te casarás, ¡vaya si te casarás!... Le debo la vida, y como hombre de honor quiero pagarle la inmensa deuda que con él adquirí la famosa noche del 2 de Mayo. ¿No he sido hasta hoy tu caballero, acompañándote á todas partes y sirviéndote de guía y protector? Pues bien; de hoy en adelante seré tu paladín, tu defensor, y, como los antiguos campeones, obtendré tu libertad, aunque para ello tuviese que vestir una de las pesadas armaduras que guardo de mis antepasados y conquistarla en abierta liza, con la visera alta ó baja, con espada ó lanza, á

© Biblioteca Nacional de España

pie ó á caballo...—exclamó el marqués con los bríos propios de un joven.

—¿Y mi tía?...

—¡Diablo, eso sí que lo siento!... Prefiero pelear con cien hombres á discutir con una mujer, sobre todo cuando esta mujer es tan vieja y tan rara, y tan despótica como tu tía...

—¿Y si D. Luis muere?

—¿Morir D. Luis?... ¡Calle, pues es verdad, que bien pudiera suceder!... Pero no, esperemos en Dios, confiemos en su buena estrella, y en el santo Angel de tu guarda...

Y el marqués abandonó, profundamente conmovido, el gabinete de Isabel, dejando á la condesita sino más feliz, al menos más tranquila y más consolada.

. . . . . .

A poco cesaron los disparos.

Los centinelas repetían el alerta, que era contestado por sus compañeros.

Las patrullas recorrían las calles.

El pueblo, hombres y mujeres, arrastraban los cañones y los colocaban en batería.

Madrid, tranquilo en la apariencia, se preparaba á la lucha á que Napoleón le provocaba. Sus hijos, con el fusil al brazo ó el sable en la mano, se disponían á mostrarse herederos legítimos de los heróicos mártires del memorable 2 de Mayo.

Preparativos de defensa.

En Madrid habían ocurrido desde la salida de José escenas y sucesos que podríamos llamar cómicos si no tuvieran un fondo dramático.

Los mismos que habían servido al intruso, los *afrancesados,* en una palabra, se atrevían á negarlo públicamente; y los que habían dominado á la población, en nombre de José, lo desmentían luégo con el mayor cinismo... Pero ¡qué más, si hasta el famoso Consejo de Castilla, tachado de *afrancesado* por la Junta de Sevilla, cuando vió marchar á José, declaró nula la abdicación de Fernando, y el Ayuntamiento negó en la *Gaceta* haber concurrido á la jura del intruso!

Gracias á la enérgica actitud de la población apenas se supieron las derrotas de nuestras tropas en Somosierra y que Napoleón avanzaba con su ejército, las autoridades se vieron obligadas á tomar algunas disposiciones para resistir á los imperiales, repartiendo armas, levantando baterías y abriendo zanjas.

Nuestras fuerzas militares consistían en dos batallones de tropas regulares y un escuadrón de nueva leva.

Enviados á Madrid por la Junta Central el capitán general marqués de Castelar y el teniente general D. Tomas Morla, se encargó á éste la defensa de la población, y se nombró una Junta político-militar, la cual se instaló en la Casa de Correos, encargada de intervenir en todo lo civil y militar, al frente de la cual se puso al duque del Infantado, ¡el mismo que había abandonado á Carlos IV por Fernando, á Fernando por José, y ahora á José por España!...

Ni esta Junta, ni los jefes militares tomaron con gran empeño la defensa de Madrid, bien porque lo considerasen indefendible, bien por no prolongar la resistencia y excitar con ella las iras de Napoleón, bien por debilidad de carácter y facilidad en cambiar de opiniones; sólo el pueblo se mostró á la altura de las circunstancias.

En una de las baterías levantadas en lo alto de la calle de Alcalá mirando al Prado, vamos á encontrar á algunos de nuestros antiguos conocidos.

En ella aparece Paca la *morena*, que capitaneando á otras valerosas manolas, ha arrastrado un cañón para la defensa de aquel punto, logrando con sus esfuerzos colocarlo en batería, acción de la que se muestra por demás orgullosa.

Algún lector preguntará: ¿Cómo se salvó la Paca después del 2 de Mayo?

Se recordará que cayó al suelo desplomada, pretendiendo salvar al paje, que recibió la cuchillada dirigida contra ella; por fortuna no había recibido herida alguna, y sólo estaba desmayada; este desmayo, que se prolongó algunas horas, le fué favorable, pues los franceses la juzgaron muerta. El fresco de la noche y las descargas al aire ordenadas por Murat para atemorizar á los vecinos la sacaron de su letargo; con gran trabajo pudo levantarse, y quiso incorporar al paje, pero el desgraciado niño había caído para

© Biblioteca Nacional de España

no levantarse más. La manola lloró con desconsuelo sobre la frente del paje, cuando los pasos de una patrulla la obligaron á pensar en su salvación, y echó á correr pisando cadáveres y huyendo de las descargas.

No lejos de la Paca se hallaban el abate, el *Zurdo*, Bergamota, el lacayo y el mozo de compra, cuya presencia en la batería merece también alguna explicación.

Cuando los franceses se apoderaron del Parque, el *Zurdo*, aprovechando la confusión y observando que el heróico Daoiz no había muerto, propuso á sus amigos Bergamota, el lacayo y el mozo, sacarlo de Monteleón y procurar volverle á la vida, pensamiento que éstos acogieron con entusiasmo, sin reparar el peligro á que se exponían.

La casualidad hizo que, fuera ya del Parque, tropezaran con el abate, que volvía de la calle de San José, adonde le vimos acudir en ayuda de las manolas que disparaban los cañones á falta de artilleros. Cuando el abate contempló á Daoiz moribundo y supo de boca del *Zurdo* el triste fin de su amigo Velarde, lloró como un niño, ¡él que parecía tan alegre, tan bromista, tan excéptico!

Por indicación suya, el *Zurdo* y el lacayo condujeron á Daoiz á su casa, calle de la Ternera, núm. 12, donde espiró á las pocas horas, sin pronunciar una sola palabra; y él con Bergamota y el mozo, envolvieron en una tienda de campaña, hallada por casualidad en el Parque, el inanimado cuerpo de Velarde, y burlando la vigilancia de los franceses le llevaron á la parroquia de San Martín, á la en que aquella misma tarde fué conducido el cadáver de Daoiz, para ser ambos sepultados al siguiente día en las bóvedas de esta iglesia (1).

Un observador atento que hubiese contemplado el acto de dar sepultura á Daoiz y Velarde, habría creído presenciar uno de aquellos enterramientos de los primeros cristianos en las catacumbas de Roma.

¡Qué escena á la vez tan triste y grandiosa!

Arriba los vencedores, y abajo los vencidos!

¡Arriba los Murat y Grouchy dictando sentencias de muerte, y abajo Daoiz y Velarde encerrados en un ataud!

¡Arriba los imperiales fusilando á cuantos infelices encontraban con un arma, por más que fuera la de su oficio; y abajo un clérigo rezando el oficio de difuntos, una mujer deshecha en lágrimas, y un grupo de hombres que, con la cabeza descubierta y la mirada fija en los inanimados rostros de aquellos héroes, juraban vengarlos á costa de su propia sangre!...

¡Arriba Napoleón ceñido de laureles, sentado en un trono, rodeado de miles de soldados, dictando su voluntad á las naciones; y abajo dos modestos oficiales de artillería que acababan de dar su vida por la patria!

¿Quién hubiera dicho que habían de conquistar el triunfo aquellos dos cadáveres, destruyendo el colosal poder del césar Bonaparte?

¿Con qué fuerzas contaban para realizar tamaña empresa? ¡Con su honrosa muerte, con su elevado sacrificio, con su noble heroicidad!... Su poder nació de su misma muerte, y su generosa sangre debía cegar los ojos del conquistador y despertar de su letargo á los patriotas que aún dormían, saliendo de su tumba el grito santo de Independencia que había de transformar á España.

La patria necesitaba del esfuerzo de todos sus hijos, y Daoiz y Velarde habían sido los primeros en acudir al grito de su angustiada madre. Su sangre, tan generosamente derramada, sería como el mar en que se ahogaran las poderosas legiones del conquistador.

Por la primera vez de su vida el *Zurdo* no reía, y dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

Terminada la fúnebre ceremonia, cada cual se retiró á su casa. Tan preocupado iba el *Zurdo*, que al llegar al bodegón más que un hombre parecía un sonámbulo; sólo la presencia de la *morena*, y sobre todo la fuga de los imperiales de Madrid lograron hacerle recobrar, después de muchos meses, su antiguo buen humor.

---

(1) J. M. Diana.

© Biblioteca Nacional de España

La defensa de Madrid.

En la mañana del 1.º de Diciembre se presentaron delante de Madrid los dragones franceses, y á las doce llegó Napoleón á Chamartín, pueblo que dista una legua de la capital, instalándose en el palacio del duque del Infantado.

Desde Chamartín intimó Napoleón la rendición de Madrid, que repitió de hora en hora, con apercibimiento de *tratar á la población con el mayor rigor*.

El capitán general de Castilla la Nueva, marqués de Castelar, empezó á tratar de la capitulación, pero la actitud del pueblo le detuvo; era que los madrileños, recordando las glorias de sus hermanos de Zaragoza y de Valencia, deseaban combatir, por más que no se hicieran ilusiones sobre el resultado de la lucha, pues nadie ignoraba las poderosas fuerzas que Napoleón traía.

El 2 los franceses intentaron diversas acometidas, especialmente por las puertas de los Pozos, de Fuencarral y del Conde-Duque, rechazadas valerosamente por los sitiados.

En este día llegó á Chamartín José Bonaparte.

El 3, Napoleón en persona, desde una pequeña casita del cerro de Maudes, dirigió el ataque contra Madrid, hasta que una batería nuestra, colocada en el edificio de la antigua Veterinaria, le obligó con sus certeros disparos á que se retirase.

El pueblo madrileño se presentaba en esta ocasión como se había presentado siempre ante los peligros, indiferente y arrojado, heróico y burlón.

La muerte de un compañero no le aterraba.

Las balas que pasaban sobre su cabeza y caían sin producir daños, arrancaban de su boca chistes sin cuento.

El poder de Napoleón no lograba intimidarle; podría caer, pero caería matando, y al espirar todavía tendría fuerzas para escupir al rostro de su enemigo y para reir entre las agonías de la muerte.

La batería en que se hallaban nuestros antiguos amigos se sostenía valientemente.

Antes morir que cejar. Tal era su divisa.

La Paca, con su palabra y con su ejemplo, excitaba el valor de sus compañeras, y dirigía á los imperiales frases que eran como cantáridas.

El abate, tranquilo y sonriente ante el peligro, admiraba á la *morena* y lanzaba de vez en cuando algunos de sus famosos latines.

El *Zurdo*, que había recobrado su buen humor, disparaba tiros, y soltaba *fisgas* y chanzas al mismo tiempo.

Bergamota le ayudaba en sus bromas, y el lacayo y el mozo no desmentían el valor que demostraron en el Parque.

En la puerta llamada de los Pozos de la nieve, en la de Fuencarral, en la fábrica de tapices, el pueblo se batía desesperadamente, ayudado por un puñado de soldados.

No sentían los madrileños sino la distancia. Habían hecho varias salidas contra los sitiadores; distintas veces, abandonando sus puestos y sin atender las órdenes de los jefes militares, habían salido á provocar á los franceses, sin que los muertos ni los heridos que les producía cada una de estas salidas, verdaderamente locas, amenguaran su valor, ni domaran su espíritu. Querían morir, pero morir matando.

Cansado Napoleón de una resistencia con que no contaba, ordena que treinta cañones rompan el fuego contra las débiles tapias del Retiro, que domina la población, y cuya defensa habían descuidado las autoridades; y una vez abierta brecha en sus ruinosos muros, se precipita por ella la brigada Villatte, se apodera de la Fábrica de porcelana, del Palacio y del Observatorio, y avanza por el Prado, deteniéndose ante el formidable aspecto que presentan las calles de Atocha, Carrera de San Jerónimo y Alcalá.

A pesar de la toma del Retiro, no por eso se entregó la población, ni se acobardaron los madrileños.

Pedida suspensión de armas por el capitán general de Castilla la Nueva, marqués de Castelar, Napoleón se negó á concederla por todo el día, ofreciendo perdón y olvido para los habitantes pacíficos y respeto y protección para el culto y sus ministros, si la población se entregaba.

Morla, encargado de presentar las bases de la capitulación, fué cruelmente tratado

© Biblioteca Nacional de España

por Napoleón, quien le echó en cara su mal comportamiento con el almirante Rosilly y la escuadra apresada en Cádiz, y con los prisioneros de Bailén, y le amenazó con pasar á cuchillo á él y á sus tropas si antes de las seis de la mañana del siguiente día no se entregaba Madrid.

Intimidado Morla, logró de la Junta que aprobase la capitulación de Madrid bajo las siguientes bases:

«Conservación del culto.

Seguridad de vidas y haciendas.

Honores militares á la guarnición, que podría salir libremente, menos los soldados alistados cuatro meses antes, que quedarían prisioneros para ser cangeados.

Conservación de nuestros tribunales y leyes, hasta la definitiva organización del reino.»

Aunque al parecer eran tan honrosas las bases de la capitulación, la población la acogió indignada; el marqués de Castelar se marchó con parte de la guarnición hacia Extremadura; el vizconde de Gante, con otra,



DEFENSA DE MADRID

se encaminó á Segovia, y el pueblo se fortificó en el cuartel de Guardias de Corps, siendo necesarios grandes trabajos y titánicos esfuerzos para reducirlo.

¿Y el presidente de la Junta, el célebre duque del Infantado? ¡Ah! el señor duque era muy prudente, y á pretexto de ir en busca de auxilios, había abandonado la capital.

En cuanto á Morla, la opinión pública le acusaba de traidor, acusación que él demostró no ser infundada, pasándose á los franceses y dando al olvido la manera con que Napoleón le había tratado en Chamartín.

Todavía el pueblo sostuvo algunos combates en las puertas de Segovia y de la Vega, que fueron ahogados en sangre.

Corta y al parecer sin lucimiento fué la defensa de Madrid, no por culpa de sus hijos sino de los encargados de organizarla, y sin embargo, véase cómo se ocupa de ella un ilustre historiador (1):

«La resistencia del indefenso pueblo de

(1) Mesonero Romanos.

© Biblioteca Nacional de España

Madrid en los tres primeros días del mes de Diciembre, es uno de los sucesos que rayan en lo heróico y aun en lo temerario, y que mereció hasta el aprecio del sitiador, que la ocupó el 4 bajo una honrosa capitulación.»

Según el mismo historiador, si Madrid se salvó del saqueo, del incendio, de las represalias y de fuertes contribuciones, se debió á las súplicas que dirigió á Napoleón su hermano José, haciéndole ver la imposibilidad en que se hallaba de volver á entrar en una capital devastada ó destruída.

Un rasgo para terminar: al retirarse los paisanos de la batería de la Veterinaria, Romeu cayó herido en los brazos de D. Luis Peñaranda, que no se apartó de su lecho hasta verle restablecido.

Una vez mejorado, los dos amigos salieron de Madrid, Romeu olvidando sus asuntos, y D. Luis abandonando á la condesa, y regresaron á Valencia, á fin de levantar el espíritu público con la relación de todo lo ocurrido en la capital, y organizar las guerrillas para tomar en breve sangrienta venganza de su forzada derrota.

Extraña conducta de Napoleón.

La conducta de Napoleón durante su permanencia en Madrid, y aún podríamos decir en España, aparece extraña, incomprensible, llena de vacilaciones.

Enamorado quizás de nuestro país, que él mismo declaró no conocía, duda entre ceñir la corona de España, ó reponer á su hermano en el trono; y aunque parece adoptar esta última idea, cuenta siempre con que los acontecimientos, ó su voluntad, le *obliguen* á decidirse por la primera.

Una mañana, de improviso, acompañado de su hermano José y de un numeroso séquito, abandonó su residencia de Chamartín, y penetrando en Madrid por la puerta de Recoletos, atravesó el Prado, y por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor, se dirigió al Palacio Real, subió pausadamente la escalera, y al llegar á la primer meseta puso la mano sobre uno de los leones que asientan en la balustrada, y dijo:

—«Je la tiens en fin, cette Espagne si desirée...»

Paseó después la mirada por la magnífica escalera, y añadió volviéndose á su hermano José:

—«Mon frère, vous serais mieux logé que moi.»

Penetrando después en los salones del Palacio, se hizo enseñar el retrato de Felipe II, ante el cual permaneció silencioso algunos minutos, y poco después regresaba al campamento de Chamartín (1).

José, poco satisfecho del frío recibimiento que Napoleón le había hecho, así como del triste papel que le obligaba á representar ante sus vasallos, dudoso acerca de las intenciones de su hermano, y no queriendo hacerse cómplice ni solidario de ciertos actos, se retiró á la Moncloa y después al Pardo, lo cual en nada cambió los proyectos del César.

Desde su cuartel general de Chamartín decidióse Napoleón á dictar decretos, como si fuera el soberano de España.

Empezó proscribiendo á los individuos del Consejo de Castilla, llamándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nación brava y generosa*. Suprimió el Tribunal de la Inquisición; los derechos señoriales y las aduanas interiores, llevándolas á las fronteras. Dispuso la reducción á una tercera parte de las comunidades religiosas, declarando sus bienes propiedad del Estado. Renovó la venta suspendida de las Memorias pías, y prohibió la reunión de encomiendas en una sola persona.

Conocedor del deseo de reformas que tenía España, pretendía con estos decretos ganar la voluntad de las gentes ilustradas.

A fin de lograrlo mejor, publicó un largo manifiesto á los españoles, del que vamos á extractar varios párrafos:

«Algunas marchas me han bastado para destruir vuestros ejércitos: He entrado en Madrid, podía lavar con sangre vuestros ultrajes, y sólo he escuchado la clemencia. Habéis querido que á los derechos que me cedieron vuestros príncipes añadiese los de la guerra; sin embargo, *quiero aún reconocer lo que haya podido haber de generoso en*

(1) Mr. N... Ayudante del duque de Angulema.

© Biblioteca Nacional de España

vuestros esfuerzos: Quiero reconocer que se os han ocultado vuestros verdaderos intereses y el estado de las cosas. Españoles, desechad el veneno que los ingleses han derramado en vosotros; vuestro destino está en mis manos; he destruído cuanto se oponía á vuestra prosperidad y grandeza, y he roto las trabas que pesaban sobre el pueblo; sólo depende de vosotros el gozar, con la sabia Constitución formada en Bayona, de una monarquía liberal, en vez de una monarquía absoluta. Que vuestro rey esté seguro de vuestro amor y vuestra confianza, y seréis más poderosos y más fuertes que lo habéis sido hasta aquí. Pero si mis esfuerzos son inútiles, si no correspondéis á mi confianza, no me restará otro arbitrio que trataros como provincias conquistadas, y colocar á mi hermano José en otro trono. Ceñiré entonces á mis sienes la corona de España, y sabré hacer que los malvados me respeten, pues Dios me ha dado la voluntad y la fuerza necesaria para superar todos los obstáculos.»

Ante semejantes declaraciones, José no pudo callar, y el día 8 le escribió desde el Pardo una lacónica carta pintándole la triste situación en que le colocaba decretando y mandando en España sin contar con él, y renunciando la corona.

Napoleón comprendió la razón que José tenía, y resolvió por entonces dar un paso atrás.

El día 10 se le presentó una numerosa comisión representando al Ayuntamiento, al clero regular y secular, á la nobleza, á los cinco gremios y á los sesenta y cuatro barrios de la capital, solicitando la vuelta al trono de su hermano José.

En su respuesta, les manifestó Napoleón, algo contrariado porque pidieran la vuelta de su hermano y no la elevación suya al trono de España, que no se negaba á ceder á su hermano José *sus derechos de conquista y á restablecerle* en el trono, siempre que la mayoría de la población, eclesiásticos, nobles, jurisconsultos y negociantes, jurasen en las iglesias delante del Santísimo Sacramento, sin *restricciones jesuíticas*, amor y fidelidad al rey, inculcando al pueblo estos sentimientos los sacerdotes en el confesonario y en el púlpito, los abogados en sus escritos y en sus discursos y los comerciantes en su correspondencia.

¿Contaría Napoleón con que Madrid se negara al juramento, para tomar pretexto de esta negativa y ceñirse la corona? Lo ignoramos, si bien haremos constar que lo mismo en su proclama, de la que hemos copiado algunos párrafos, como en la visita á Palacio que hemos descrito, como en la poca prisa que se dió á restablecer á su hermano, como en los decretos que publicó, como en el juramento exigido á Madrid, y que al fin se realizó, se ponen de manifiesto las dudas y vacilaciones con que el César francés luchó en este asunto, que habría deseado resolver antes de abandonar nuestro suelo. Y por si alguna duda quedara, véase lo que más tarde dijo al ex-arzobispo de Malinas Mr. De Prat:

«No conocía yo á España; es un país más hermoso de lo que yo pensaba. Buen regalo he hecho á mi hermano; pero los españoles harán con sus locuras que su país vuelva á ser mío; en tal caso lo dividiré en cinco grandes vireinatos.»

Nuevas desdichas.

Una desgracia no viene nunca sola, y á la caída de Madrid siguieron otras nuevas desdichas.

Con la llegada del vizconde de Gante á Segovia, los generales Heredia y San Juan, que se ocupaban en recoger y organizar los dispersos de Somosierra, inflamados de patriótico entusiasmo volaron en socorro de la capital; pero al estar cerca ya de Madrid supieron la capitulación, y todo el ejército se dispersó por los pueblos sin atender la voz de sus jefes.

Señalada la ciudad de Talavera como punto de reunión, algunos soldados, ciegos por el rumor entre ellos circulado de haber sido vendidos por sus jefes, sorprendieron al general San Juan, le mataron, arrastraron su cadáver por las calles, y concluyeron por colgarle en uno de los árboles del paseo.

En el ejército del Centro no iban mejor las cosas. Llamado Castaños por la Central

© Biblioteca Nacional de España

para presidir la Junta Militar, le sustituyó en el mando el general La Peña, el cual, cumpliendo las órdenes de la Central, se dirigió á Somosierra á reforzar al general San Juan; pero al saber la derrota de éste se encaminó á Madrid por Guadalajara, teniendo que dirigirse á Cuenca en vista de la toma de la capital por Napoleón.

Antes de llegar á Cuenca hubo en Mondéjar y Tarancón (8 de Diciembre) conatos de insurrección, provocados por el teniente coronel de artillería D. José Santiago, mostrando los soldados, unos, deseos de ir á Madrid, y otros empeño en dirigirse á Despeñaperros.

El 13 de Enero fué sometido el coronel Santiago á un consejo de guerra, que le condenó á ser fusilado, en unión de un sargento y un cabo de artillería; y la Peña, para evitar que su permanencia produjera nuevos desórdenes, entregó el mando del ejército, con aprobación de la Junta Central, al duque del Infantado.

La división de Grimarets, embestida por el general Mont-Brou en Santa Cruz de la Zarza, se puso en revuelta fuga; y sólo un trozo de la división Cartaojal, que había quedado cortado en la Sierra de Cameros, llegó bajo el mando del conde de Alacha á unirse al cuerpo principal del ejército, después de veinte días de marcha por montes y vericuetos, y á la vista del enemigo.

La desmoralización de los ejércitos se transmitió á las poblaciones, y soldados y paisanos no creían ver por todas partes más que espías y traidores.

Muchas gentes deseaban salir de Madrid, y abandonar las poblaciones ocupadas por los franceses ó amenazadas por ellos, y los campesinos desconfiaban de ellas.

Si bien había casas de postas, y en ellas sillas para los viajeros, las familias que no poseían carruaje propio necesitaban los llamados coches de colleras, y todo viajero era sospechoso.

Otra de las dificultades para viajar en aquellos momentos consistía en la moneda francesa, que circulaba profusamente, pues Carlos IV había declarado legal su curso, y era tanta la que existía, que la misma Junta Central, contra su deseo, pero obligada por las circunstancias, se había visto forzada á renovar la declaración de legalidad de Carlos IV.

En todos los pueblos creían las gentes que ya no existían franceses ni en Madrid ni en parte alguna de España porque nuestros generales los habían derrotado á todos, y desgraciado del que se atrevía á ponerlo en duda.

Los mozos de las posadas, los antiguos arrieros, los cazadores, los contrabandistas, todos pertenecían á alguna partida de guerrilla, y venían á los pueblos á visitar á sus familias, á conquistar nuevos adeptos y á enterarse de cuanto pasaba, para volver de nuevo á combatir.

Tantas desgracias introdujeron la desconfianza y produjeron terribles desastres.

En Ciudad-Real fué asesinado por el pueblo un canónigo de Burgos tachado de amigo de Godoy; el ministro de Hacienda de Carlos IV, D. Miguel Cayetano Soler, que salió de Madrid por no transigir, ni siquiera ver á los franceses, fué arrestado y muerto en Malagón; en Extremadura y otros puntos cupo la misma desdichada suerte á otros prisioneros.

Tristes, reprobables, eran estos hechos, pero la situación del país era muy crítica; las últimas derrotas, según iban siendo conocidas, exasperaban á las poblaciones, las familias lloraban á sus hijos perdidos, los pueblos se alarmaban recordando que de un momento á otro podían ser asaltados por los imperiales, y las pasiones se excitaban y el corazón dominaba á la cabeza.

Es preciso haber pasado por estas crisis tremendas para comprender su importancia.

Sabedor Napoleón de todos estos sucesos, comenzó á desplegar una grande actividad, y mandó á Bessieres contra Tarancón; á Víctor con Milhaud y Lassalle contra Aranjuez y Toledo; y á Lefevre contra Talavera, á fin de lograr destruir de una vez nuestros ejércitos.

El general D. José Galluzo, que había reemplazado al infeliz San Juan, apenas restablecida la disciplina en su ejército, tuvo que replegarse huyendo de Bessieres hacia Trujillo y la sierra que separa á Extremadura de Andalucía, por Zalamea, llegando

© Biblioteca Nacional de España

nuestro ejército el 28 de Diciembre á esta villa en un estado imposible de pintar.

La retirada de Galluzo sublevó contra él la Extremadura, que á una voz pidió á la Junta Central que le reemplazase el general Cuesta. La Junta Central, que llevaba prisionero al célebre D. Gregorio de la Cuesta, por el acto criminal de haber arrestado á dos de sus individuos, el bailío D. Antonio Valdés y el vizconde de Quintanilla, diputados por León, enviados en comisión para levantar el espíritu público, dando una nueva prueba de que para ella lo primero y más principal era la salud de la patria, accedió al ruego de los extremeños, y olvidando el grave delito cometido por el dicho general, le puso en libertad y le nombró para suceder á Galluzo. Una vez repuesto Cuesta, llamó á Badajoz para reorganizarlo al ejército de Galluzo.

Napoleón, que no cesaba en su tarea de *afrancesar* á España, decretó desde su campo imperial de Chamartín, el 15 de Diciembre, la creación de una *Guardia Nacional* para Madrid y las provincias. Su mayor deseo consistía en crear una fuerza nacional, esto es, *española*, con que fingir la adhesión de nuestros compatriotas al nuevo orden de cosas, fuerza de la cual pudiera disponer en las mil complicaciones que pudieran ocurrir, y que debía estar mandada por oficiales españoles, *seguros*, mezclados con oficiales franceses.

Sucesos de Cataluña.—D. Saturnino Abuín.

Nuestros valientes guerrilleros de Cataluña puede decirse que tenían sitiada á Barcelona, y con ella al ejército francés.

Después de una importante acción, sostenida por el general en jefe de nuestras tropas en Cataluña, D. Juan Miguel Vives, en las inmediaciones de Barcelona, el mariscal de campo D. Gregorio Laguna fué atacado en las alturas de San Andrés en la tarde del 10 de Noviembre por 4.000 infantes y 300 caballos; nuestras tropas se arrojaron con furor sobre las enemigas, y los granaderos provinciales y los *miqueletes* de Milans destrozaron al francés, que perdió en esta acción casi todo el regimiento de línea número 7, consistiendo la nuestra en seis muertos, 20 heridos y 75 extraviados.

Encargado el general Saint-Cyr de socorrer á la guarnición de Barcelona, emprendió la marcha desde La Bisbal el 12 de Diciembre, teniendo por el camino algunos choques con los *miqueletes* de D. Juan Clarós.

Prevenido Milans para que se apostase con sus fuerzas en *Coll-Sacreu* para molestar al enemigo si pretendía echarse por el camino de la Marina, ó concurrir á las acciones que necesariamente habrían de empeñarse, salió de Vallgorguina á incomodar á Saint-Cyr, obligándole con sus acertadas disposiciones á retardar la marcha.

Llegó un momento en que la situación de los franceses no pudo ser más crítica. Por su frente tenían á Vives, por su izquierda los flanqueaba Milans, y detrás los seguían Clarós y Lazán.

Resuelto á salir de aquella embarazosa situación, el 16 de Diciembre decidió Saint-Cyr librar la batalla, y llamando en su auxilio á todas las fuerzas francesas, se dispuso á romper por medio de los nuestros. La primera brigada que desplegó no sólo fué rechazada sino también ahuyentada, y deshecho uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros dos jefes, 15 oficiales y más de 200 soldados.

Saint-Cyr acudió con nuevas fuerzas; hizo que la división Souhán contuviese la brigada puesta en desorden, y que la del general Pille atacase en columna y rompiese nuestra línea, con lo cual se cambió la suerte del combate, y los nuestros tuvieron que batirse en retirada; manteniéndose algunos días en Arenys D. Francisco Milans sin ser molestado.

No abatieron estos choques á los catalanes, y los *somatenes* y los *miqueletes* comenzaron una guerra destructora contra los imperiales, sin dejarles un punto de reposo, hasta tal punto, que para los franceses no existía el descanso, ni el sueño, ni la tranquilidad.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Al cruzar Napoleón por Tordesillas cuando se dirigía en persecución de Moor, asoló aquella villa, como todas las que hallaba al paso, tratando de conseguir por el terror lo que no había logrado por el halago.

Una de las familias á las que dejó en la miseria fué la de Abuín, ignorando que de aquellas ruínas había de surgir un genio que vengase á su patria y á su familia y apagase el incendio de su hacienda con sangre de franceses: este genio era Saturnino Abuín, nacido en Tordesillas de nobles y honrados padres, labradores regularmente acomodados, el 29 de Noviembre de 1781.

Seguido el valiente Saturnino de sus hermanos Domingo y Patricio, tan animosos como él y tan dispuestos á tomar venganza de la ruína en que su familia había quedado, se presentó al *Empecinado*, llevando al cinto una daga corta, única arma que poseía.

Juan Martín le puso á la cabeza de un grupo de guerrilleros, y Saturnino, que ardía en deseos de pelear, al divisar cerca de Cuéllar una partida de dragones franceses, se arrojó con sus hermanos y sus hombres sobre ellos, los derrotó por completo y se apoderó de la espada del oficial, de la cual se sirvió en toda la campaña por ser su primer trofeo.

El *Empecinado*, lleno de entusiasmo, le nombró alférez de caballería (15 de Diciembre), y le puso al frente de treinta ginetes, que, sin uniformes y sin casi armamento, se hicieron bien pronto temibles á los imperiales.

La Junta Central en Sevilla.

El día 14 de Diciembre empezaron á entrar en Sevilla algunos vocales de la Junta Central, que fueron recibidos por las autoridades y por un inmenso gentío.

Al saber la Junta de Sevilla, por boca de los individuos recien llegados, que el día 16 entraría la Central, depositaria y guardadora de la voluntad nacional, dictó las órdenes oportunas, de acuerdo con todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, para tributarle el homenaje de su lealtad, de su admiración y su cariño.

Todas las calles de la carrera, desde el Patrocinio de Triana, Alamedilla, Puerta de Triana, calles de San Pablo y del Angel, Cruz de la Cerragería y Sierpe, plaza de San Francisco, calle de Génova y Gradas bajas, hasta el Real Palacio, en que la Junta Central debía alojarse, se vieron instantáneamente adornadas con multitud de banderas españolas y de vistosas colgaduras.

El puente primorosamente empavesado; la catedral adornada con ricas colgaduras de terciopelo; la casa del Ayuntamiento abrillantada con multitud de arañas y cirios, y todas las casas iluminadas con lindos faroles, mostraban bien claramente el júbilo que embargaba á Sevilla por la muestra de cariño que la Junta Central le otorgaba viniendo á refugiarse en la hermosa ciudad, que de muy antiguo une á sus títulos el de *siempre leal*.

Cubierta la carrera por todas las tropas que había en la población, una partida de los guardias de caballería de la Junta de Sevilla, marchó á Santiponce para servir de escolta á la Central.

A las tres de la tarde del día 16, una diputación de la Junta de Sevilla con sus guardias, y el Ayuntamiento con sus alguaciles á caballo, salieron en coches hasta encontrar á la Junta Central, á la que recibieron á pie, y después de haberla cumplimentado y de acompañarla hasta la plaza de San Francisco, se adelantaron para de nuevo recibirla en el Real Palacio, en unión con todas las demás autoridades y corporaciones.

Apenas se divisó la comitiva desde la torre de la catedral, lanzaron las campanas de la misma un repique general, al que contestaron todas las parroquias y conventos de la ciudad, tronaron los cañones con salvas de honor, rasgaron el espacio cohetes y voladores, rompieron las músicas en himnos patrióticos, volaron palomas adornadas con los colores nacionales, cayeron de todos los balcones versos y flores, agitaron las damas los pañuelos, lanzaron al aire los hombres sus sombreros adornados de escarapelas, y todo fueron vítores y aplausos y gritos de entusiasmo.

No es posible pintar el gozo de Sevilla al ver que el Gobierno Supremo de la nación la escogía para su asilo fiando en su lealtad.

© Biblioteca Nacional de España

Sevilla, mansión de los placeres y cuna de la poesía, se adornaba con sus mejores galas, como prometida enamorada que espera al elegido de su corazón.

Las sevillanas, que tienen por espejo las claras ondas del Guadalquivir, que parecen llevar en su frente cierto resplandor del Oriente que alumbra y ciega, huríes del paraíso prometido por Mahoma á sus creyentes, mejor aún que criaturas humanas, resplandecientes de belleza, sacudiendo la airosa mantilla con el arrojo y el donaire que las caracteriza, y adornando su cabellera de olorosas flores con esa magia especial que parece un secreto de ellas; y los sevillanos, exaltada la imaginación con esa vehemencia heredada de los árabes, que, al par que su carácter apasionado, les dejaron sus costumbres, sus fiestas, sus arrebatos, su poesía y su cultura, todos se disponían con loca alegría, con imponderable gozo á recibir y obsequiar á la Junta.

Era que el carácter impresionable de los sevillanos, su temperamento sensible y apasionado, su espíritu liberal y caballeresco se había fuertemente excitado con la preferencia que de su ciudad había hecho la Junta Central.



VISTA DE SEVILLA

Para los sevillanos era esta una honra que no olvidarían jamás, una gloria de que se mostraban justamente orgullosos, y si antes habían puesto su sangre y sus tesoros á disposición de la santa causa de la independencia, ahora, teniendo en su ciudad á la Junta Central, no habría sacrificio que no realizaran, ni peligro que no estuviesen dispuestos á correr, porque, como decían en su poético y pintoresco lenguaje, *Nobleza obliga*.

La Junta Central llegó á la puerta grande de la catedral, en donde ya la aguardaba el cabildo con hábito coral, y bajando sus individuos de los coches que ocupaban, entraron á orar en la capilla mayor, y después ante el cuerpo de San Fernando, cuyo incorrupto cuerpo se hallaba descubierto y asistido de sus capellanes.

Al salir de la catedral, el pueblo, que ya en el puente de Triana lo había intentado sin que los guardias se lo permitieran, quitó las mulas del coche que conducía al presidente de la Central, el ilustre anciano conde de Floridablanca, y le llevó por sus propios brazos hasta el Palacio Real, entre contínuos y atronedores vivas á la patria, á la religión, al rey y á la Junta.

Sevilla, la hermosa Sevilla, llena de luz,

© Biblioteca Nacional de España

cuajada de encantadoras mujeres, de ingeniosos ciudadanos, de artísticos monumentos, cargado el aire de exquisitos perfumes, llenos los ecos de moriscas canciones acompañadas por la clásica guitarra, mostrando el temperamento meridional en toda su pureza, se desbordaba aquel día en ondas de alegría, en bulliciosas serenatas, en bailes graciosísimos, en orientales cantos, en fiestas y bromas que convertían la ciudad en una barahunda.

El conde de Floridablanca llegó al Palacio acompañado del Co-Administrador del arzobispado (el arzobispo era, como se recordará, individuo de la Junta Central), y de una diputación de la Junta de Sevilla, compuesta del padre Manuel Gil, el marqués de Grañina, D. José Morales Gallegos, D. Andrés de Coca, D. José de Checa y Gijón y D. Celedonio Alonso, y allí recibió á las autoridades, Maestranza de caballería, Colegio mayor y multitud de corporaciones, quedando persuadido de que Sevilla y Andalucía se sacrificarían gustosas en favor de la santa causa que con tanta lealtad habían abrazado.

A la madrugada del día 17 echó la torre de la catedral los tres repiques de bienvenida, que llaman de la *alborada*, conforme á la costumbre inmemorial observada por Sevilla cuando alberga á los monarcas; y en aquel día pasaron á cumplimentar á la Central el ilustre cabildo, la Junta de Sevilla, el ayuntamiento, el tribunal de la Inquisición, y todos los demás cuerpos y autoridades constituídas en la ciudad (1).

Muy pocas veces, quizás ninguna, se habrá manifestado un entusiasmo tan espontáneo, tan desinteresado, tan grande y tan leal, como el tributado por Sevilla á la Junta Central.

Pero, ¿era Sevilla, era Andalucía la que semejantes pruebas daba al Supremo Gobierno de su adhesión y su cariño? No; era España toda, representada por Sevilla; España, abandonada por sus príncipes, traspasada como un rebaño, invadida por un titulado amigo, huérfana de autoridades, sacada del caos por esa vara mágica que se llama el patriotismo, nuevo Fénix que volvía á renacer de sus propias cenizas.

Quede para los espíritus fríos y egoistas el mirar tales actos con desvío ó indiferencia; nosotros, delante de la Junta Central, nos descubrimos con amoroso respeto, y ante el recibimiento cariñoso de la *leal* Sevilla, sentimos una emoción profunda, un gozo interno que en vano trataríamos de ocultar, y que arranca de lo más profundo de nuestro corazón.

Reglamento de Guerrillas.

Reconociendo la Junta Central los grandes servicios prestados á la causa de la Independencia por las guerrillas levantadas en varias provincias, teniendo muy presentes las graves derrotas sufridas por nuestros ejércitos y la conveniencia y necesidad de fomentar estos cuerpos, que tanto contribuían á levantar el espíritu público y á mantener en jaque á los franceses, publicó con fecha 28 de Diciembre el siguiente importantísimo documento:

«Reglamento que el Rey Ntro. Sr. D. Fernando VII, y en su Real nombre la Junta Central Suprema de Gobierno del Reino ha mandado expedir:

La España abunda en sugetos dotados de un valor extraordinario que, aprovechándose de las grandes ventajas que les proporciona el conocimiento del país, y el odio implacable de toda nación contra el tirano que intenta subyugarla por los medios más inícuos, son capaces de introducir el terror y la consternación en sus ejércitos.

Para facilitarles el modo de conseguir tan noble objeto, y proporcionarles los medios de enriquecerse honrosamente con el botín del enemigo é inmortalizar sus nombres con hechos heróicos dignos de eterna fama, se ha dignado S. M. crear una milicia de nueva especie, con las denominaciones de Partidas y Cuadrillas, bajo las reglas siguientes:

I

Cada Partida constará de cincuenta hombres de á caballo, poco más ó menos, y de

(1) La mayoría de estos datos se han tomado de la *Gaceta ministerial de Sevilla*, correspondiente al 20 de Enero de 1808.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

otros tantos á pie, que montarán á la grupa en caso necesario.

II

Los caballos deben ser útiles para el servicio á que se destinan, aunque por su talla ó por otros defectos no sean á propósito para la caballería del ejército.

III

A todo el que se presente á servir en la Partida con caballo propio sin pedir su valor, se le reemplazará con otro siempre que lo pierda en acción de armas, ó por sus resultas.

IV

Al que pida el valor del caballo con que se presente á servir, se le abonará, quedando como propiedad del Rey, y se le entregará otro para el servicio de la Real Hacienda, siempre que lo pierda en acción de guerra, ó inculpablemente por enfermedad ú otro accidente.

V

Cada partida tendrá un jefe con el título de Comandante, un segundo, dos subalternos más de á caballo y tres de á pie.

VI

Al Comandante se le dará desde luego la graduación de Alférez de caballería, con el goce de quince reales diarios, sin ración de paja ni cebada.

VII

El segundo Comandante tendrá desde luego la graduación de Sargento primero, y gozará trece reales diarios de sueldo, también sin ración de paja ni cebada.

VIII

Los subalternos de á caballo serán un Sargento segundo con doce reales diarios, y un Cabo con once, ambos sin ración de paja ni cebada.

IX

Los subalternos de á pie constarán de un Sargento segundo con nueve reales diarios, un Cabo primero con ocho, y un cabo segundo con siete.

X

En igualdad de graduaciones se preferirán los de á caballo á los de á pie para el mando.

XI

El soldado de á caballo ganará diez reales diarios sin ración de paja ni cebada, y el de á pie seis; y con dichos sueldos han de mantenerse de todo, menos de armas y municiones.

XII

En el caso de pedir raciones de paja, cebada, pan ó menestra, por no hallarlas de venta libre en el país, se les facilitarán de las provisiones del ejército por el menor precio posible, y las satisfarán en dinero contante, ó dejando recibo para que se les descuenten de sus haberes.

XIII

En la subordinación de unas clases á otras se observarán las mismas reglas que en la tropa viva, y las faltas y delitos se castigarán con arreglo á las Reales Ordenanzas.

XIV

La elección de armas de que han de usar se deja al arbitrio de cada Comandante, y lo mismo se entiende de los arreos de los caballos. En cuanto á traje, cada cual llevará el que tenga, á lo menos por ahora.

XV

Será suyo todo el botín del enemigo que vencieren por sí mismos, ó apresasen, como dinero, alhajas y ropas que les encuentren encima, ó tomen en equipajes ó recuas, y lo repartirán entre sí, con proporción á sus sueldos, sin que nadie se meta en la distribución, mientras que alguno de los interesados no dé queja fundada sobre la falta de equidad en el reparto.

XVI

Por lo que toca á armas, caballos, municiones, víveres, carros y caballerías apresadas, las tomará la Real Hacienda por me-

© Biblioteca Nacional de España

dio del Intendente ó Comisario, pagando sólo seiscientos reales por cada caballo de servicio con las armas y arneses, y los mismos por cada carro ó caballería que no sea de menos valor, y lo demás por su justo precio.

XVII

Si las alhajas apresadas á los enemigos perteneciesen á los españoles, deberán restituírlas á los dueños abonándose á los apresadores la cuarta parte de su valor; pero no se considerará como parte de presa los muebles, alhajas y demás cosas que se encuentren en los pueblos que los partidarios liberten del poder enemigo, y pertenezcan á los naturales.

XVIII

Si logran hacer presas de consideración, podrán depositar una tercera parte para el fondo común de la partida, y costearse un uniforme particular á su satisfacción.

XIX

Las acciones distinguidas y los hechos señalados de los comandantes y subalternos, se premiarán con ascensos á sus inmediatas clases, ó con otras ventajas proporcionadas á su mérito, y lo mismo se entiende de los soldados.

XX

Los que se inutilizaren en el servicio, serán colocados en empleos de rentas, ó en otros destinos, según sus circunstancias.

XXI

No podrán servir en las partidas los alistados y sorteados.

XXII

El ejercicio de los partidarios será interceptar las partidas del enemigo, contener sus correrías, impedir que éntre en los pueblos para saquearlos, ó para imponer contribuciones, ó requisiciones de víveres; é incomodarlo en sus marchas con tiroteos desde los parajes proporcionados.

XXIII

Cuando se crea conveniente, se reunirán dos ó tres ó más partidas, para impedir, ó disputar cuando menos al enemigo los pasos dificultosos, é interceptar los convoyes, ó alarmarlo con ataques falsos, con especialidad por las noches, con el fin de no dejarlo sosegar.

XXIV

Para evitar desórdenes y operar con más ventaja contra el enemigo, se distribuirán las partidas en las divisiones de los ejércitos á las órdenes de sus correspondientes generales.

XXV

El general nombrará un Jefe de graduación competente y acreditada disposición, con un ayudante, para que se encargue del mando de las partidas agregadas á su división, y los partidarios tomarán su orden, y le darán parte de las operaciones.

XXVI

Los jefes dejarán que los partidarios operen con la mayor libertad posible, y les proporcionarán los auxilios que necesiten para el buen éxito de sus operaciones.

XXVII

No se opone esto á que dos ó mas partidarios concierten entre sí sus operaciones ú obren reunidos, siempre que se juzgue conveniente para el mejor éxito, manejándose con independencia, ó bajo las órdenes del más antiguo ó más caracterizado, ó del mismo Jefe nombrado por el General.

XXVIII

En caso necesario podrán destinar los Comandantes de las partidas alguna escuadra de quince á veinte hombres, á cargo de uno de sus subalternos, para observar al enemigo, ó para obrar con separación.

XXIX

Atendiendo á que muchos sugetos de distinguido valor é intrepidez, por falta de un objeto en que desplegar dignamente los ta-

© Biblioteca Nacional de España

lentos militares con que los dotó la naturaleza, se han dedicado al contrabando con grave perjuicio de la Real Hacienda; á fin de proporcionarles la carrera gloriosa y utilísima al Estado que les presentan las circunstancias actuales, se les indultará para emplearlos en otra especie de partidas que se denominarán Cuadrillas, bajo las condiciones que se establecen en los cuatro artículos siguientes:

XXX

A todo contrabandista de mar ó tierra que en el término de ocho días se presente para servir en alguna cuadrilla ante cualquier juez militar ó político de partido, ó jefe del ejército, se le perdonará el delito cometido contra las Reales Rentas; y si se presenta con caballo y armas, se le pagará uno y otro por su justo valor.

XXXI

Si tuviere efectos de contrabando por despachar, de cualquier especie que sean, se le tomarán y pagarán á un precio en que encuentren moderada ganancia.

XXXII

Las Cuadrillas de ex-contrabandistas se organizarán bajo las mismas reglas que las Partidas, y gozarán los mismos sueldos y emolumentos; con la diferencia de que el Comandante se denominará Cuadrillero, tendrá á sus órdenes un segundo Cuadrillero, y sus Cabos de cuadrilla, todos sin graduación militar, á menos que por algun hecho señalado se hagan acreedores á ella.

XXXIII

El primer Cuadrillero tendrá quince reales diarios de sueldo; el segundo trece; el primer cabo de á caballo, doce; los segundos cabos de á caballo, once; el soldado de á caballo, diez; el primer cabo de á pie, nueve; el primero de los segundos, ocho; el otro, siete, y los soldados de á pie, seis.

XXXIV

Lo establecido como regla general no se opone á que por excepción á ella se levanten algunas partidas y cuadrillas compuestas únicamente de caballería, y otras de sola infantería.

Todos los que bajo las expresadas reglas deseen alistarse y formar éstas cuadrillas, se presentarán desde luego á la Junta Provincial de su respectivo distrito, ó al Capitán general de la provincia: y aun al General en jefe del ejército de campaña, que se halle en ella, para su admisión, destino y servicio. Y verificada la formación de cada Partida y Cuadrilla, se les mandará por los Intendentes respectivos abonar los sueldos que quedan señalados, precedida la correspondiente revista de Comisario, y en defecto, de la Justicia, mensualmente, con arreglo á Ordenanza.

Real Palacio del Alcázar de Sevilla, 28 de Diciembre de 1808.»

Muerte del conde de Floridablanca.

Hé aquí cómo la describe la *Gaceta Ministerial de Sevilla:*

«Aún gozaba Sevilla la serena alegría de tener en su seno el Gobierno Supremo de la Nación; aún no olvidaba el fatal destino que le proporcionó tamaña ventura, ni la gloria de haber dado á España desolada un asilo seguro y fraternal, cuando al angel de la muerte plugo turbar su tranquilidad, y al despertar el viernes 30 de Diciembre le arrebató para siempre al Sermo. Sr. D. José Moñino, conde de Floridablanca, y Presidente del más sagrado Congreso que organizó la Nación para su gobierno y defensa, en los días de su orfandad.»

D. José Moñino había nacido en la ciudad de Hellín (Murcia) el 21 de Octubre de 1728, de una familia decente, aunque de pocos recursos, pues su padre, escribano de profesión, era sólo conocido por su honradez.

Principió sus estudios en el colegio de San Fulgencio de Murcia, pasando luégo á Salamanca, en cuya universidad acabó la carrera de jurisprudencia, viendo por mucho tiempo consumir su talento en el despacho de su padre, al que servía de escribiente, y muy decidido á reemplazarle en la escribanía.

Comenzó á distinguirse en la defensa de

© Biblioteca Nacional de España

algunos pleitos, y bien pronto adquirió cierta celebridad en la provincia.

Noticioso de ella el ministro Esquilache, le llamó á Madrid, confiándole algunas comisiones que desempeñó honrosamente, y habiéndose hecho notar en la defensa de un pleito dificilísimo, en la que mostró tanto ingenio como ilustración, fué nombrado fiscal del Consejo de Estado.

Contaba por entonces treinta y ocho años; no tenía ambición, amaba la ciencia, era laborioso, probo, y de una modestia exagerada.

La brillante manera con que rebatió las quejas del obispo de Cuenca, fundadas en que la Iglesia estaba saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros y atropellada en sus inmunidades, causas todas á las que atribuía los males que pesaban sobre la nación española; su célebre representación fiscal, contestando al ruidoso escrito *El Monitorio de Parma*, que apareció en Roma el 30 de Enero de 1768; y la publicación del libro *Juicio imparcial sobre las letras en forma de Breve que ha publicado la curia romana*, y que, purgado de ciertas proposiciones demasiado atrevidas, agradó tanto á los obispos, que le consideraron como la expresión de las doctrinas de la Iglesia española, como disgustó á los ultramontanos ó romanistas, le elevaron en 1772 á la embajada de Roma en reemplazo del difunto señor Azpuru.

Las altas dotes que demostró en este difícil puesto; las simpatías que logró conquistar del Papa Clemente XIV, y el triunfo que alcanzó no sólo con el *Breve* de extinción de los Jesuítas,—al firmar el cual exclamó el Pontífice: *Lo hago con gusto, porque he meditado bien el pro y el contra; y si no lo hubiese ya firmado lo firmaría de nuevo, por más que prevea que me costará la vida*,—sino con la elevación á la silla de San Pedro del cardenal Braschi (Pío VI), el único quizás de los prelados capaz de sostener los acuerdos de su antecesor, todos estos actos, á cuál más importantes, le valieron el título de conde de Floridablanca, que gozoso le otorgó el rey Carlos III.

Nombrado ministro en 1777, el conde de Aranda, á la sazón embajador en Francia, le escribió la siguiente carta, que da una idea exacta del espíritu de la época y del carácter del jefe del partido llamado aragonés:

«Veo que S. E. trata los negocios con habilidad y profundidad, de que carecían cuantos han pasado por mis manos desde que yo llegué á París, malográndose varios por la superficialidad y ligereza con que venían dispuestos, y por el poco apego á la patria de que es susceptible el que no puede pronunciar bien las palabras *cuerno*, *cebolla* y *ajo*.»

Aludía al marqués de Esquilache y á Grimaldi, que eran italianos.

Consagrado al progreso moral y material de España, la nación le debió gran parte de sus mejoras; puso nuestra marina en estado de competir con las primeras del mundo; organizó el gobierno en la corte y las provincias; protegió el comercio, las ciencias y las artes; limpió de piratas los mares y de malhechores los caminos, destruyendo en gran parte la mendicidad y la vagancia; abrió multitud de caminos, reparó los antiguos, organizó el servicio postal y embelleció diversas poblaciones de España, especialmente Madrid, donde hizo levantar el Observatorio astronómico y el gabinete de Historia Natural, creando el Banco de San Fernando y la Compañía de Filipinas.

Además de esto instituyó un gran número de escuelas gratuítas; despojó á la nobleza de muchos de sus privilegios, en favor de la corona; acabó un tratado de comercio con la Sublime Puerta, y puso término á las diferencias y enemistades entre Portugal y España.

Tuvo la desgracia de que fracasaran las expediciones que organizó contra Argel en 1777 y contra Gibraltar en 1782, pero en cambio le cabe la gloria de que en su tiempo se conquistaran Mahón, Panzacola y gran parte de las Floridas.

Fomentó la agricultura, fuente de la riqueza pública, construyendo gran número de canales, puentes, acueductos y calzadas.

Por encargo expreso de Carlos III, que lo tenía en grande estima, fué ministro con su hijo Carlos IV, hasta que en 1792 cayó en desgracia y fué reemplazado por el conde de Aranda, que resultó su enemigo.

© Biblioteca Nacional de España

En este tiempo fué víctima de dos atentados criminales; de un veneno que, sin matarle, le hizo padecer durante tres años una especie de languidez, á la cual contribuía lo poco que se alimentaba (pues sólo tomaba un poco de arroz con leche), y su vida monótona y laboriosa; y del puñal de un curandero francés, llamado Juan Pablo Pairet (1790), del que se salvó milagrosamente, y cuyo brazo se dijo habían comprado los enemigos de Floridablanca, sosteniendo otros que sólo la defensa exagerada de las ideas de la revolución francesa, tan combatidas por Floridablanca, habían sido la causa del atentado que costó á Pairet morir en la horca.

A pesar de las muestras de cariño que recibió de la corte y del país con motivo de estos desgraciados accidentes, al ver que llovían sobre él calumnias y sátiras, pidió á Carlos IV permiso para retirarse, gracia que el rey le negó concediéndole el Toisón de Carlos III que le ciñó con sus propias manos.

Y sin embargo, Carlos IV, que no le había querido otorgar el retiro que le pedía, exoneraba poco después á Floridablanca y le desterraba á su país nativo, para donde salió inmediatamente teniendo que pedir prestadas veinte onzas de oro á su mayordomo Canosa.

Reemplazado por su enemigo el conde de Aranda, fué sacado una noche de su ciudad natal, de Hellín, y conducido á la ciudadela de Pamplona como si fuera un criminal, acusado de malversación de fondos. (Julio de 1792.)

Absuelto y triunfante tornó á su país, cuando Aranda fué sustituído por Godoy. En Murcia vivía tranquilo y sosegado haciendo obras de caridad y siendo el amparo de sus parientes, cuando España se vió invadida por las huestes de Napoleón, y sus paisanos le nombraron presidente de la Junta de Murcia, y luégo delegado de la Central, que, conociendo sus grandes méritos y servicios, no tardó en elevarle á la presidencia.

Para el erudito Sr. Barcia, cuatro hombres entrañan el espíritu reformador del siglo XVIII: Campomanes, Ensenada, Jovellanos y Floridablanca.

El entierro de este ilustre patricio fué una manifestación de duelo como no se había visto jamás en Sevilla.

Se le tributaron honores de infante de España, y su cuerpo fué sepultado en la Real Capilla de San Fernando.

Todos los habitantes de la ciudad vistieron de luto por nueve días, á contar desde el 31.

¡Qué espectáculo tan distinto el que la ciudad presenciaba en aquellos tristes momentos y el que había contemplado algunos días antes!

Ayer se engalanaba la reina del Guadalquivir para recibir á la Junta, las mujeres lucían sus más lindos trajes, los hombres vestían el honroso uniforme del soldado, las casas se adornaban de ricas colgaduras; para todos era un día de fiesta, y entre frases agudas contra los franceses, y entre alegres sonrisas y entre dichas y esperanzas, los hijos de Sevilla corrían á vitorear á la Junta que venía á ampararse de su lealtad y su valor. ¡Hoy la escena había cambiado por completo! Al lujoso vestido de las sevillanas, cuajado de adornos, había sucedido el severo traje negro; á la alegría, la pena; á las risas, las lágrimas; á los gritos de entusiasmo y á las incesantes aclamaciones de júbilo, la melancolía, la tristeza y el silencio.

Parecía que la Providencia intentaba con este rudo golpe poner á prueba la firmeza de la Junta Central, y el patriotismo de la capital de Andalucía.

Hasta el sol, que el día de la entrada de la Junta había lucido espléndidamente é iluminado con sus rayos el peregrino rostro de las hijas de Sevilla, y los blancos cabellos de aquellos venerables patricios, se ocultó en este día, como si el cielo quisiera probar que también en el alto empíreo la muerte de Floridablanca causaba el profundo sentimiento que embargaba á Sevilla, y que no tardaría en transmitirse á España toda, admiradora de las altas prendas que adornaban al difunto, cuya pérdida era doblemente grave en aquellos azarosos días.

Las campanas, que ayer volteaban con estruendoso júbilo, doblan hoy á muerto con tristes y acompasados sones...

Los cañones, que ayer disparaban sin cesar sus bocas de fuego con salvas de ho-

© Biblioteca Nacional de España

nor, truenan hoy de media en media hora en señal de luto...

Las rojas colgaduras se han trocado en fúnebres crespones...

Las manos, que ayer arrastraban su carruaje, cavan hoy su sepultura...

La alegre comitiva de ayer, es hoy cortejo fúnebre en que sobresale el negro coche que conduce los restos mortales del insigne Floridablanca.

Sevilla entera se apiñaba en la carrera que debía recorrer la triste comitiva, y en todos los semblantes se retrataba la pena, el sentimiento y el dolor que la muerte de Floridablanca producía en los buenos y leales españoles.

Cuando el fúnebre cortejo atravesaba las calles de la ciudad, y los tambores destemplados redoblaban con fatídico son, hombres y mujeres derramaban lágrimas sobre el féretro del ilustre patricio...

Le habían conocido días antes, y le lloraban como á un sér querido, como á un individuo de la propia familia, como á un padre cariñoso.

Su ancianidad, sus altos servicios, sus grandes méritos, su desinterés, su abnegación, el último acto de su vida, su muerte, ocasionada quizás por la fatiga y los trabajos, todo venía á engrandecer aquella figura de suyo colosal.

No era Floridablanca, no era el ministro reformador, no era el íntegro magistrado, no era el heróico patricio, no era el Presidente de la Junta Central el que se encerraba en aquel ataud, era algo como vida de la vida de todos...

La Junta, haciéndose intérprete de los generales sentimientos, concedió al heredero y sucesores en el título de Floridablanca Grandeza de España, libre de lanzas y media annata, y dejó vacante la presidencia por algunos meses.

Floridablanca contaba al morir ochenta años y dos meses.

Una de las cosas que más llaman la atención en los individuos de la Junta Central, es la energía, el valor, la firmeza, de que dieron tantas pruebas, cuando la mayoría eran hombres de avanzada edad. Floridablanca contaba 80, Jovellanos 70, el arzobispo de Laodicea, Saavedra, Valdés, la misma edad aproximadamente.

Y sin embargo, ni uno solo cejó en la empresa de salvar á su querida patria, ni uno solo vaciló en su empeño, ni uno solo retrocedió, sin que les arredrasen sus achaques, sus fatigas, el peso de los años, sabiendo que la tarea era penosa, muchos los trabajos, dudoso el porvenir, incierto el resultado de aquella lucha...

¡Noble generación! ¡Ilustres varones! Reciban sus manes el tributo de nuestra admiración y de nuestra gratitud.

El general Moor.—Regreso á Madrid de José Bonaparte.

El ejército inglés, que al mando del reputado general Sir Jhon Moor había sido enviado por la Gran Bretaña, terminada su misión en Portugal, para prestarnos auxilio, permanecía encerrado en la ciudad de Salamanca, sin que nadie pudiera explicarse si esta inacción de Moor obedecía á órdenes reservadas de su Gobierno, ó al temor de un encuentro con los 8.000 caballos que Napoleón había enviado á recorrer las llanuras castellanas y observar sus movimientos.

El otro ejército inglés, que, al mando de sir David Baird, se hallaba en la Coruña, tampoco salía á campaña, porque la Junta del reino de Galicia, al igual que la de Sevilla cuando el ataque en Cádiz á la escuadra del almirante Rosilly, se resistía á aceptar la ayuda de los soldados de la Gran Bretaña, hasta apurar todos los recursos y convencerse que sin su apoyo no era posible la salvación de España.

¡Hermosa aspiración!

Dañaba, y no poco á nuestro carácter nacional, de suyo altivo y orgulloso, la conducta de los ingleses que, al ofrecer su apoyo, lo hacían sin aquel entusiasmo de que tanto nos pagamos los españoles; esto sin contar que Jhon Moor, cuando supo la derrota de Blake en Espinosa de los Monteros y la pérdida por Castaños de la batalla de Tudela, quiso abandonar nuestro país, acto que no llegó á realizar por la intervención del diputado Sir Carlos Stuard, enviado, como recordarán nuestros lectores, por el

© Biblioteca Nacional de España

gobierno inglés á estudiar las necesidades de España para la guerra, y cuya afecto por nuestra causa jamás agradeceremos bastante.

Al fin Moor salió de su extraña inmovilidad, no sabemos si por las amonestaciones de la Junta Central y los consejos de mister Frere, ministro de la Gran Bretaña cerca de ella; ó si influyó en su determinación la llegada de el *Empecinado*, que, reventando caballos y corriendo los mayores peligros, vino á presentarle algunos pliegos que había interceptado, dirigidos á Napoleón, los cuales debían contener órdenes y noticias del mayor interés.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que al fin, no sin algunas vacilaciones, resolvió Moor su partida de Salamanca (12 de Diciembre) con dirección á Toro y Benavente, remitiendo diferentes avisos para que acudieran á reunírsele en Astorga las tropas inglesas que Biard tenía en la Coruña, y las españolas del marqués de la Romana, con ánimo de caer sobre el mariscal Soult y derrotarle.

El día 20 se unieron á Moor en Mayorga el ejército de Biard, con el que llegó á reunir 23.000 infantes y 2.300 caballos, y los 8.000 hombres del marqués de la Romana, en total unos 33.000 combatientes.

Soult, no juzgando prudente aventurar una batalla contra tal número de fuerzas, se retiró prudentemente á Carrión, esperando el grueso del ejército francés que venía en su ayuda trayendo á su frente al mismo Napoleón, á quien Soult había comunicado la partida de Moor de Salamanca y la reunión del ejército anglo-hispano.

Apenas supo Napoleón las disposiciones de Moor contra Soult, abandonó á Madrid el 22 de Diciembre y atravesó el puerto del Guadarrama con un tiempo tan cruel, que él mismo tuvo necesidad de echar pie á tierra, así para dar calor á sus ateridos miembros, como para animar á los soldados, yertos de frío, y el ejército que había atravesado los Alpes estuvo muy expuesto á quedar en el Guadarrama.

* * *

El mismo día 22 salió del Pardo José Bonaparte.

Antes de entrar en la capital pasó una gran revista en Aranjuez al ejército que Napoleón había dejado á sus órdenes, compuesto de 60.000 soldados, 150 piezas de artillería y 500 carros de provisiones.

De este ejército marchó una buena parte, á las órdenes del mariscal Víctor, contra el nuestro del Centro, que, algo repuesto en Cuenca, se acercaba á las orillas del Tajo.

Una vez terminada la revista entró en Madrid, yendo directamente á la iglesia de San Isidro, en la que debía celebrarse el juramento de fidelidad, siendo recibido por el obispo auxiliar al frente del cabildo eclesiástico, á cuya arenga de felicitación contestó José en estos términos:

«Antes de dar gracias al Arbitro de todos los destinos por mi vuelta á la capital del Reino que ha confiado á mi cuidado, quiero corresponder al recibo afectuoso de sus habitantes declarando á los pies del mismo Dios vivo, que recibo vuestro juramento de fidelidad á mi persona como recompensa á mis más secretos sentimientos.

Protesto delante de Dios, que conoce el corazón de todos, que sólo el deber de mi conciencia y no las pasiones privadas me vuelven al trono de España.

Estoy pronto á sacrificar mi felicidad, porque creo que necesitáis de mí para hacer la vuestra.

La unidad de nuestra santa religión, la independencia de la monarquía, la integridad del territorio y la libertad de los ciudadanos, son las condiciones con las cuales he aceptado la corona. No se envilecerá sobre mi cabeza; y si los deseos de la nación corresponden, como no dudo, al desvelo de su Rey, no tardaré en ser el más feliz de todos, porque lo seréis vosotros.»

Tras este discurso tuvo lugar en la citada iglesia de San Isidro el juramento de fidelidad á José, prestado por los madrileños, según les había exigido Napoleón para restablecerlo en el trono.

La nueva entrada de José en Madrid revistió cierta solemnidad, merced á la presión que ejercían sobre el pueblo los generales franceses y las autoridades españolas.

© Biblioteca Nacional de España

Músicas de los regimientos franceses alegraban el paso de la comitiva, y las casas ostentaban colgaduras por orden expresa de las autoridades.

El pueblo permaneció indiferente y frío, pero los cortesanos, los aduladores, los afrancesados, aprovecharon la ocasión para hacer á José un recibimiento entusiasta, siquiera fuese en la apariencia.

En cuanto á los obispos, comenzando por el auxiliar de Madrid, se apresuraron á manifestar á José su adhesión con tal empeño, que la Junta Central se creyó obligada á censurar duramente su conducta.

Bien convencido José, dice un autor, de lo que valían todas estas adhesiones, y seguro de que tras las lisonjas y felicitaciones de los cortesanos, obispos, nobles y generales, se hallaba un pueblo que rechazaba su dominación, trató por todos los medios de ganar las simpatías del país, sin las cuales comprendía que su permanencia en el trono era imposible.

Para lograr este resultado, se ocupó en introducir ciertas mejoras encaminadas á regenerar á España, sacándola de la triste situación en que había vivido.

Comenzó por enviar á las provincias, con el título de *Comisarios regios*, á unos delegados que llevaban la misión de regularizar la administración pública, desquiciada por efecto de la guerra, inculcar el respeto á la monarquía liberal que él representaba, y procurar por todos los medios la pacificación del país; y más adelante nombró también unos *Comisarios de Hacienda* encargados de impedir la imposición por los generales de contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas.

Todas estas medidas resultaron impracticables. De una parte los generales, cuya voluntad era omnipotente, se burlaban de estos comisarios; y de otra el país rechazaba sus medidas porque venían de manos del intruso, de las cuales nada querían.

Su proyecto de organizar una fuerza, compuesta de españoles, que, encargada de la custodia de su persona, le librase de presentarse siempre ante el pueblo rodeado de franceses, no alcanzó tampoco los resultados que se proponía, aunque para lograr su objeto apeló al sistema del terror. El pueblo, al contemplar entre los imperiales algunos oficiales y soldados españoles, que sólo con la esperanza de reconquistar su libertad permanecían con ellos, los insultaba públicamente acusándolos de traidores.

A fin de cortar el mal creó José (16 de Febrero) una Junta Criminal compuesta de cinco alcaldes de Corte, á cuyo juicio debían ser sometidos, no solamente los criminales sino también los *revoltosos*, *sediciosos* y *esparcidores* de malas nuevas, es decir, los verdaderos españoles, equiparando así al criminal con el patriota, y este tribunal ¡compuesto de españoles! hizo perecer en el cadalso á un infeliz anciano, por el terrible delito de recibir, y dar á leer á sus amigos, una carta que le escribía su hijo, soldado de los ejércitos españoles.

La figura de José, que algunos han querido engrandecer por sus anteriores medidas y por su deseo de infiltrar en España algo del espíritu regenerador del siglo, se empequeñece de tal modo con la creación de semejante tribunal, que sólo alcanzamos á ver de ella la mano que firma la sentencia de muerte en la horca de ese pobre viejo, cuyo crimen estriba en recibir y publicar una carta de su hijo.

Batalla de Uclés.

El duque del Infantado, á quien el general La Peña cedió el mando del ejército del Centro, el mismo á quien vimos abandonar Madrid, en busca de unos refuerzos imaginarios, excitado por los pueblos víctimas de las correrías y de las violencias de los imperiales, dispuso que el jefe del cuerpo de vanguardia, general Venegas, cayese sobre Tarancón, ocupado por los franceses, en tanto que el brigadier Senra lo hacía sobre Aranjuez (19 de Diciembre.)

Venegas atacó con gran ímpetu á los imperiales; nuestros batallones rechazaron con bravura las cargas de sus ginetes, y los franceses hubieron de apelar á la fuga y refugiarse en Ocaña, á nueve leguas de distancia de Tarancón, que celebró nuestro triunfo con inmensa alegría.

© Biblioteca Nacional de España

Apenas supo el mariscal Víctor lo ocurrido, salió de Aranjuez con 14.000 infantes y 3.000 caballos.

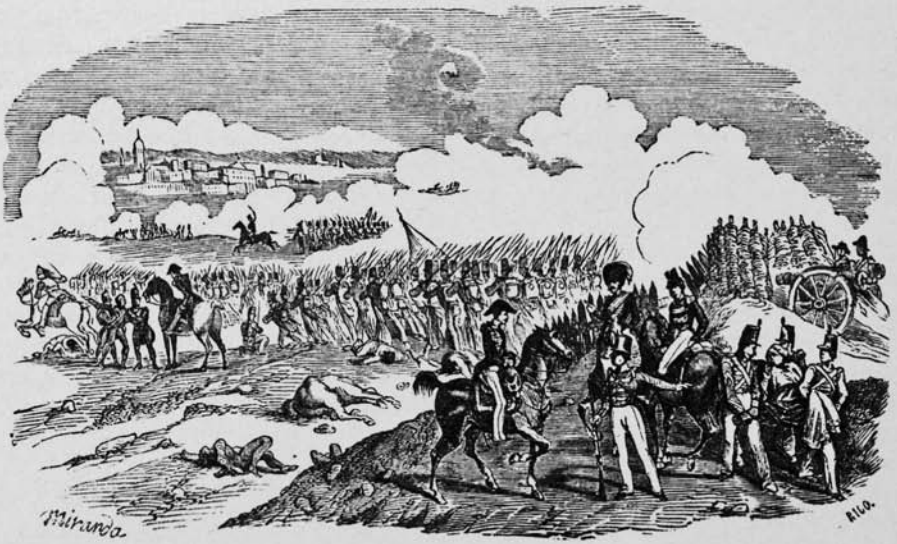
El general Venegas, imposibilitado de hacer frente á tan numerosas fuerzas, pidió refuerzos al duque del Infantado, que no dió importancia á la petición, en vista de lo cual Venegas, al observar la proximidad del enemigo, resolvió emprender la retirada (11 de Enero de 1809), camino de Uclés.

En Uclés se halló Venegas con el brigadier Senra y su gente, y confiado en este refuerzo que le hacía poder contar con 8.000 infantes y 1.500 caballos, no se dió prisa en continuar la retirada, y se encontró con el ataque de los imperiales cuando menos lo esperaba, y sin apoyo del duque del Infantado.

Hé aquí cómo describe un autor esta desgraciada acción:

«La posición que Venegas adoptó para el combate era ventajosa, pero aventada por el general Villate la fuerza que había apostado en Tribaldos, acudió en auxilio del ala derecha creyéndola amenazada, y la que atacaron los franceses fué la izquierda, por ser la más desamparada.

Desalojados de las alturas nuestros soldados, á pesar del refuerzo que les fué enviado con Senra, los de la derecha y la caballería, que ocupaba un llano intermedio, sólo pensaron en la fuga, yendo á encontrarse con la división Ruffín, que casi por completo las hizo prisioneras.



BATALLA DE UCLÉS

Esta desastrosa batalla (13 de Enero), nos costó la pérdida de las divisiones de Venegas y Senra, pues solo pudieron salvarse dos ó tres cuerpos merced á la serenidad de don Agustín Girón.

Los franceses se entregaron, como de costumbre siempre que lograban el triunfo, á los actos más criminales, llegando á fusilar á los desgraciados prisioneros, que, rendidos por la fatiga se rezagaban, según declaración de un oficial francés (1).»

Esto era poco, y la población fué entregada al saqueo y al pillaje; 69 de los principales habitantes inhumanamente degollados; y más de 300 mujeres, luégo de haber servido de instrumentos de placer á la soldadesca, fueron hacinadas en un montón, al que llegaron á prender fuego, pereciendo algunas de aquellas desdichadas abrasadas ¡vivas!

¿Es posible que nadie crea que actos tan repugnantes y criminales los realizaran ofi-

(1) Mr. Rocca.—*Memorias.*

© Biblioteca Nacional de España

ciales y soldados de un ejército que se llamaba civilizado?

¿Y era el jefe supremo de estas fuerzas, era Napoleón el que acusaba á Morla, porque los prisioneros de Bailén en lugar de ser embarcados para Francia, cuando España no contaba con buques para ello, quedaran encerrados en las fortalezas y pontones de Cádiz?

Y si la conducta de los franceses nos parece increíble y la rechazamos con horror, ¿qué decir de la del duque del Infantado? No le basta con no atender el aviso de Venegas y olvidar su petición de refuerzos; no le basta con idear planes de campaña que no llegó á realizar nunca; era preciso que antes de ser depuesto llevase á cabo el abandono de sus tropas, no acudiese en auxilio de Venegas, al recibir la noticia de la derrota que le comunican los dispersos, ni de la población de Uclés, entregada al más espantoso saqueo.

Y sin embargo, ambos hechos son ciertos; el ejército francés manchó una vez más sus laureles, y cometió una nueva villanía, que nada podía justificar; y el duque del Infantado se replegó con sus fuerzas á Horcada y Chinchilla, y más tarde á Santa Cruz de Mudela, en los confines de la Mancha y de Andalucía, siguiendo la cordillera de Sierra Morena sin combatir.

En Santa Cruz de Mudela fué reemplazado por el general conde de Cartaojal, aquel hombre tan funesto para la desgraciada España.

Lo dijimos en otra ocasión, y no nos canseremos de repetirlo; la mayoría de las batallas que libramos se perdieron por impericia de los jefes, y ojalá que no hubiésemos empeñado ninguna, puesto que nuestros generales no se hallaban en actitud de sostener la competencia con los célebres mariscales franceses.

Cataluña.

Se recordará que el capitán general que había sido de las Islas Baleares, D. Juan Miguel de Vives, era general en jefe del ejército de Cataluña, en sustitución del marqués del Palacio, tachado de débil é irresoluto por los patriotas.

Vives, contando con algunas fuerzas, por habérsele reunido la división aragonesa que llevó de Lérida el marqués de Lazán, 13.000 hombres que trajo Reding de Andalucía y 8.000 que habían llegado de Portugal al mando del general Carrafa, dividió su ejército en seis divisiones, la de vanguardia que, á las órdenes del general D. Mariano Alvarez, envió al Ampurdán, y otras cuatro, y la reserva, con que sostuvo el bloqueo de Barcelona, abarcando sus líneas una extensión tal, que á primera vista se comprende que había de ser imposible sostenerlas.

Vives no debió empeñarse en mantener con soldados el bloqueo de Barcelona, cuya operación debió dejar á cargo de los valerosos *miqueletes*, sino impedir la entrada en el Ampurdán del general Gouvion de Saint-Cyr, con lo cual habría salvado á Rosas de caer en sus manos, y á la par impedido que se acercase á Barcelona, evitando la derrota que sufrimos el día 16 de Diciembre, y de que hablamos anteriormente.

En Barcelona contábamos nosotros con secretas inteligencias y con medios de combate, que habían aumentado al quitar al conde de Ezpeleta el general Duhesme la sombra de mando que aún conservaba, y haberse negado los oficiales españoles que aún había en la plaza á jurar á José, declarándose prisioneros de guerra.

No podía ignorar Vives la importancia que tenía el derrotar á Saint-Cyr antes de que pudiese socorrer á Duhesme, encerrado en Barcelona y bloqueado por nuestras fuerzas.

Napoleón había ordenado á Saint-Cyr que á todo trance salvase á Duhesme y conservase á Barcelona, pues si se llegaba á perder *serían precisos* 80.000 *hombres para recobrarla*. ¡Esto mismo prueba lo que dejamos afirmado!

Esperó Vives demasiado, y en lugar de correr al Ampurdán y detener el paso de Saint-Cyr, al frente de todas las fuerzas que hemos enumerado, se empeñó en cubrir una línea extensísima, cuya debilidad bien pronto comprendió el mariscal francés.

El resultado fué el que vimos; la derrota de los nuestros el día 16, más importante que por las pérdidas materiales, por la fuer-

© Biblioteca Nacional de España

za moral que daba á los imperiales. Para salvarse tuvo el general Vives que meterse por sendas extraviadas, Lazán se retiró hacia Gerona, y hubo de abandonarse el bloqueo de Barcelona hasta la línea del Llobregat, con los bien provistos almacenes de Sarriá, y dejar que entrase Saint-Cyr en Barcelona, salvando á Duhesme, cuando pudo obtenerse su rendición, y con ella la salida de los franceses de Cataluña.

El 21 de Diciembre, á los dos días de su entrada en Barcelona, salió Saint-Cyr de la plaza contra el ejército español, compuesto de 10.000 infantes y 900 caballos, únicos restos que quedaban de las seis divisiones mencionadas.

Reding, que estaba á su frente, consultó á Vives, que se hallaba con la Junta Suprema de Cataluña en Tarragona, y ante lo vago de su respuesta, aceptó la batalla (Molins de Rey), que fué otra derrota, tan espantosa, que en ella perdimos la artillería casi por entero, los fusiles de los dispersos y los almacenes de las orillas del Llobregat, quedaron muchos oficiales heridos, prisionero el conde de Caldagués, y los franceses desparramados por todos los pueblos, que asolaron á su capricho.

El pueblo prorrumpió en gritos de venganza, y acusando de traidor al general Vives, hizo elegir por general en jefe á Reding, á quien se consideraba como el verdadero héroe de la famosa batalla de Bailén, y degolló en Lérida algunos prisioneros franceses.

Toda Cataluña se aprestó á la defensa, multiplicáronse las guerrillas, ardiendo en entusiasmo las poblaciones; y Saint-Cyr comprendió que Cataluña no se vería dominada por muchas batallas que ganase, y fiel á esta idea, suspendió las nuevas operaciones que proyectaba y redujo sus planes de campaña.

La Junta de Cataluña, y el nuevo general en jefe D. Teodoro Reding, tan popular y tan estimado por los catalanes, procuraron aprovechar el tiempo y organizar nuevas fuerzas, mejorando el estado de las ya existentes en el Principado.

Derrota de Moor.—Salida de España de Napoleón.

Noticioso Moor de la próxima llegada de Napoleón, víctima de un pánico que ya no le abandonó un instante y que parecía increíble en un hombre de su valor, dividió su ejército en dos, uno que envió por Valencia de D. Juan, y el otro con el que marchó por Benavente á Astorga, en cuya ciudad se le reunió el marqués de la Romana, si bien con la pérdida de la segunda división, sorprendida y hecha prisionera por el general Franceschi en Mansilla de las Mulas.

En vano le propuso el marqués de la Romana apoderarse de la cordillera que separa el llano de Astorga de la comarca del Vierzo para detener á los imperiales; Moor, preocupado con la fama de invencible de Napoleón, y poco confiado en sus tropas, ni en las españolas, se negó á esperar á los franceses y prosiguió la retirada, enviando á los nuestros por el peor camino, ó sea la sierra de Fuencebadón, y dividiendo su ejército en dos trozos, uno de 3.000 hombres que mandó en dirección á Vigo para que previniese el embarque de todas las fuerzas inglesas para la Gran Bretaña, y el otro que, bajo sus órdenes, tomó el camino de Manzanal.

Tales disposiciones produjeron un verdadero pánico.

La división española, marchando casi á la desbandada, perdió en Turiezo de los Caballeros las fuerzas del coronel Rengel, que cayeron prisioneras de los franceses, y el marqués de la Romana, luégo de reunir los dispersos en Valdeorras, estableció su cuartel general en Puebla de Trives, ocupando el puente de Bibey, sobre el río Sil, con ánimo de asegurar en parte la retirada, si los imperiales continuaban persiguiéndole.

Pero estos fracasos nuestros son nada en comparación de los sufridos por las tropas de Moor, cuya desmoralización y temor llegó hasta el punto de marchar por los caminos á su voluntad, de destrozar edificios, de maltratar á las gentes y de saquear las casas.

Napoleón, que al llegar á Astorga supo todo esto, impresionado por las malas noti-

© Biblioteca Nacional de España

cias que recibía de Austria, encargó la persecución de los ingleses á sus generales Soult, Loison y Hendelet, apoyados por un cuerpo de reserva al mando del mariscal Ney (1.° de Enero).

Soult dió vista á las tropas de Moor en Villafranca del Vierzo, de cuya población salieron en precipitada fuga los ingleses, causando los mayores estragos en las personas y en las haciendas, sin que el castigo lograra imponerlos, encaminándose á Lugo, cuya distancia de dieciseis leguas recorrieron en una constante dispersión, llegando á confundirse bagajes y hombres, sanos y enfermos... Pero ¿qué más, si el pánico de Moor llegó al extremo de inutilizar un convoy de vestuario que halló en el camino y que la Inglaterra enviaba á España, á desamparar los enfermos, á abandonar los cañones y á arrojar por un despeñadero la no despreciable suma de 120.000 duros?

¿Se concibe mayor ceguedad?

Aliados nuestros y soldados valientes, no seremos nosotros los que manchen la reputación militar de los ingleses, ni se ensañen con ellos, por más que su conducta no fuera la que debíamos esperar de una nación amiga, ni sus hechos se ajusten á la moral y á la justicia; y para dar una idea siquiera aproximada de aquella retirada, á ninguna otra comparable, nos bastará copiar este solo juicio:

«Por sombrías y horrorosas que sean las relaciones que de aquella retirada se hagan, aún no se acercarán á la realidad (1).»

Esto dice un escritor inglés, ¡ellos tan amantes de su país y tan orgullosos de su ejército!

Al llegar á Lugo pareció que Moor se había serenado, y que resolvía hacer frente al enemigo, por cuanto se posesionó de unas alturas, desde las cuales podía fácilmente, y con ventaja, rechazar á los imperiales; pero no era así, y sus disposiciones sólo tendían á engañar á los franceses y dar tiempo á la escuadra inglesa para llegar á la Coruña, hasta cuya ciudad dispuso continuar la retirada, en vista de la imposibilidad de realizar en Vigo el anhelado embarque de sus tropas.

Los días 6, 7 y 8 de Enero transcurrieron con ligeras escaramuzas, no porque Soult no desease empeñar la batalla, sino porque la mayor parte de sus fuerzas venía retrasada, descalabro que Moor pudo muy bien sospechar al ver que no le atacaba y obligarle á combatir, casi seguro del triunfo.

Lejos de eso, el día 8 marchó para la Coruña, dejando encendidas las hogueras de su campamento, á fin de engañar á los imperiales.

Apercibido Soult por la mañana del engaño, y al ver que Moor proseguía la retirada, continuó con mayor empeño su persecución.

El general Moor, que no halló en la Coruña los transportes que ya juzgaba en el puerto, tuvo al fin que aceptar aquella batalla por tantos días esquivada, quizás porque una voz secreta le decía que nada bueno podía esperar de ella, tomando posición en varias alturas, al abrigo de la plaza.

Aunque los franceses llegaron tras de Moor el día 12, se vieron detenidos en el Burgo, porque el general inglés tuvo la precaución de disponer la cortadura del puente, de suerte que hasta el 14 no llegaron los imperiales.

Sabedor Moor de la entrada el día 14 de los transportes, comenzó á embarcar los enfermos y la artillería el día 15, no quedándose más que con doce piezas, esperanzado aún de no empeñar la batalla.

Resuelto el mariscal Soult á no dejarle escapar sin combatir, comienza la acción á las dos de la tarde del 16. Bien pronto cae herido el general Biard, siguiéndole Moor tan gravemente, que falleció á las pocas horas.

Injusto sería negar que las tropas inglesas pelearon con tal ardor, que llegaron persiguiendo á los dragones franceses desmontados hasta las mismas reservas imperiales, y que si la noche no tiende su oscuro manto sobre los combatientes, la derrota de Soult era segura, á pesar de traer bajo sus órdenes un ejército perfectamente disciplinado para combatir á unos soldados en completa desmoralización.

El general Hoppe, que sucedió á Moor en el mando, no quiso arriesgar otra batalla al siguiente día, y por la noche embarcó sus

(1) Marqués de Londonderry.—*Narraciones de la Guerra de la Independencia en España.*

© Biblioteca Nacional de España

fuerzas bajo la generosa ayuda y protección de los vecinos de la Coruña.

Cuando los imperiales observaron al amanecer la marcha de los ingleses, y trataron de colocar algunas piezas en las alturas de San Diego, al objeto de impedirlo, era ya demasiado tarde, y el ejército inglés se hallaba en salvo.

Los hechos vinieron á demostrar que si Moor no se desprende de las fuerzas del marqués de la Romana, ó si presenta batalla á los franceses en las magníficas posiciones de Lugo, el triunfo no habría sido para las armas francesas. Murió, y á nosotros sólo nos resta decir que su heróica muerte disculpa su increíble pánico, y que la Coruña, en nombre de España, guarda sus cenizas con piadosa solicitud.



SIR JHON MOOR

La Coruña, víctima de aquel desastre, tuvo que capitular el 29 de Enero, y el 26 lo hizo el Ferrol, al ver tomados por los franceses los castillos de la Palma y de San Martín.

Y aquí conviene hacer constar un triste suceso. Las autoridades, así militares como civiles y eclesiásticas de ambas ciudades, prestaron homenaje al usurpador, acto que por primera vez realizaba una ciudad española, que levantó en todo el país un grito de reprobación unánime, y que la Junta Central condenó con la mayor energía.

El marqués de la Romana, apenas se vió amagado por las fuerzas del general Marchand, abandonó la defensa del puente de Bibey, retirándose á Orense, en disposición de cruzar la frontera; el mariscal Ney se

© Biblioteca Nacional de España

corrió á Tuy, y Soult penetró en el vecino Portugal, quedando, al parecer, toda Galicia sometida al conquistador.

*
* *

Napoleón, desde Astorga, se había dirigido á la ciudad de Valladolid, buscando el camino de Francia.

En Valladolid recibió á la comisión, venida expresamente de la capital á participarle que el día 22 había tenido lugar el juramento y acto de fidelidad y acatamiento á su hermano José, realizado en la iglesia de San Isidro de Madrid, cumpliendo sus deseos... ¡Cómo si los tronos se asegurasen con juramentos impuestos!

En Valladolid ocurrió un lance escandaloso, en el que Napoleón tomó una parte principal, causando su extraña conducta profunda indignación en todo el vecindario.

Hé aquí el suceso:

Un adobador de pieles y sus criados fueron acusados de la muerte de algunos soldados franceses, hecho que no se les pudo probar, sin embargo de lo cual fueron sentenciados á ser fusilados.

La rara belleza de la esposa del adobador *impresionó* á los generales franceses, y por sus ruegos Napoleón perdonó al amo, pero mandó fusilar á los criados, que no tenían mujeres hermosas que pidieran por ellos.

La actitud de Austria preocupaba á Napoleón hacía algún tiempo. Desde el mes de Junio venía preparándose esta nación para la guerra, á pesar de la entrevista de Erfurt, y cuando tuvo reunidas y perfectamente dispuestas todas sus fuerzas, comenzó las hostilidades contra Napoleón en la Baviera y en el Tirol.

Estas graves noticias, excitando su orgullo, le impulsaron á obrar con la mayor rapidez y energía.

La inquietud de Bonaparte no había pasado inadvertida para los hijos de Valladolid, por más que desconocieran las causas que la producían, si bien, como buenos españoles, juzgaban que sólo á nosotros era debida.

El 17 de Enero de 1809 salió Napoleón de Valladolid con dirección á París. Es fama que uno de sus generales preferidos, que era á la vez su consejero íntimo, le expuso la conveniencia de que no abandonase todavía á España, pero Napoleón se apresuró á contestarle:

—En dos meses me he apoderado de la capital; he restablecido en el trono á mi hermano José y le he hecho jurar ante los altares; he derrotado á los ejércitos españoles, y vencido á los generales ingleses, que se han apresurado á abandonar la Península. España queda aprisionada, humillada Inglaterra y triunfantes mis águilas.

—¿Y si España levanta nuevos ejércitos?

—Los ejércitos no se improvisan...

—Los recursos de la Península son grandes...

—Los recursos se agotan.

—España es una nación en que el patriotismo cuenta con hondas raices...

—El patriotismo, como todo, tiene sus límites.

—La Junta Central ha dictado un reglamento para la organización de nuevas guerrillas...

—¿Los guerrilleros? No me habléis de esos canallas, que para nada sirven, y que mis soldados se encargarán de destruir; bastará tratarlos como lo que son, como bandoleros, y hacer unos cuantos escarmientos, para que á ningún español se le ocurra formar parte de esas cuadrillas de malhechores.

—¡V. M. lo dice, y ya nada tengo que oponer á sus justas observaciones!...

—Los prusianos eran lo mismo que los españoles, y bien pronto quedaron vencidos y dominados. Puedo marchar tranquilo; la insurrección de España queda sofocada, sus hijos domados, los ejércitos imperiales vencedores, y la estrella de Napoleón más brillante que nunca.

Hechos.

No tardaron los hechos en dar una pronta respuesta á las preguntas formuladas por nosotros al final del cuaderno anterior.

España recogió el guante que Napoleón la arrojó al profanar su suelo, sin que la presencia del César francés, ni de sus numerosos ejércitos, ni las victorias que sus legio-

© Biblioteca Nacional de España

nes conquistaron, ni el saqueo á que entregó las ciudades españolas lograran amenguar en lo más mínimo su heróico valor y su acendrado patriotismo.

Apenas entrado en España, véase el retrato que hizo de él uno de los periódicos más importantes de la época (1):

«RECETA INFALIBLE PARA HACER UN NAPOLEÓN.

Coge un puñado de tierra corrompida,
Un quintal de mentira refinada,
Un barril de impiedad alambicada,
Y un azumbre de audacia bien medida:
La cola del pavón coge extendida
Y del tigre la garra ensangrentada,
Del corzo el corazón, y la taimada
Cabeza de la zorra envejecida.
Todo esto bien cosido en un talego
De exterior halagüeño, hermoso y blando,
Arrimarás de la ambición al fuego;
Déjalo que se vaya incorporando,
Y tú verás, sin duda, como luégo
Sale un Napoleón de allí volando.»

La Junta Central, lejos de humillarse á Napoleón y de entregar á José los poderes que había recibido de las provincias, hizo quemar por mano del verdugo los oficios de los ministros del rey intruso, se retiró á Sevilla, creó nuevos ejércitos, envió comisionados á todas las provincias para levantar más y más el espíritu público, y dictó el reglamento que hemos copiado para la mejor organización de las guerrillas, dando con estas medidas un solemne mentís á los que la juzgaban capaz de someterse ó de ceder.

Nuestros generales y soldados, lejos de retroceder, sostuvieron las sangrientas batallas de Zornoza, de Balmaseda, de Espinosa de los Monteros, de Tudela, de Gamonal, de Sepúlveda, de Somosierra, probando con ellas que ni el número de sus enemigos había engendrado pavor en sus fuertes corazones, ni el venir mandando las fuerzas imperiales Napoleón en persona, rodeado de aquel prestigio de gloria que le hacía aparecer como invencible, había logrado abatir sus altaneras frentes, ni los reveses sufridos arredrar su varonil espíritu.

Que no intimidó á España la presencia de Napoleón, y que no amedrentaron á nadie sus victorias, lo prueba la creación de nuevos ejércitos, el aumento de los guerrilleros, y la indiferencia con que eran miradas por el país sus victorias, á las que algún periódico dedicó epigramas como el siguiente:

«Á GALIA.

Venciste, Galia, venciste
Torpemente por el oro;
Pocas victorias por armas,
Muchísimas por el dolo.
En justicia nada es tuyo;
¡Gallo, tu valor no es propio
Para dominar naciones,
Sino á las *gallinas* sólo!»

Dígasenos si es posible subyugar á un pueblo que contesta con la burla á las derrotas, y que fuerte por la razón de su causa y por el valor de sus hijos, ni se deja vencer por la fuerza, ni se humilla ante el poderoso, aunque éste se llame Napoleón y éntre en España precedido del título de Capitán del Siglo y vencedor de Europa.

En cuanto á los guerrilleros, Clarós, Baget, Milans, Manso, Franch y cien más en Cataluña; el *Empecinado*, el cura Merino, Pablos, Abuín y tantos otros en Castilla; D. Antonio Malabia en Cuenca; el presbítero D. Ramón de Argote, el alcalde de Montoro, D. Pedro de Valdecañas, en Andalucía; la temible Serranía de Ronda, de que hablaremos después; D. Juan Palarea en Villaluenga; los levantados en Ciudad-Real, Almagro é Infantes; los que recorrían los pueblos de Castilla la Nueva, sin miedo á la presencia en Madrid de los franceses; los de Romeu y sus amigos en Valencia; los de Sarasa y Renovales en Aragón; los que salieron al campo en Galicia, de todos los cuales y de cien y cien más iremos reseñando los actos, puesto que nuestra obra está consagrada principalmente á esta tarea, demostrarán á Napoleón con hechos, y no con palabras, que los guerrilleros habían salido al campo á combatir á los franceses, á arrojarlos del suelo español, á reconquistar la independencia patria, y que antes de abandonar la santa causa á que se habían consagrado, preferirían mil veces la muerte.

* * *

(1) *Diario de Mallorca.*—1808.

© Biblioteca Nacional de España

En América la entrada de los franceses en España había producido general sorpresa, y las renuncias de Bayona excitado el patriotismo de aquellos nobles hijos de España, los cuales, poseídos de la mayor indignación, se apresuraron á declarar que jamás aceptarían al rey intruso, ni reconocerían otros reyes que Fernando VII y sus legítimos sucesores, añadiendo á las palabras los hechos con un patriotismo digno de ser escrito en mármoles y en bronces.

¡Y es que la iniquidad y la alevosía con que Napoleón había procedido en España sublevaban el ánimo de todo hombre honrado, de todo país culto!

Cuba y Puerto Rico enviaron una expedición á la parte española de la isla de Santo Domingo, donde, desde la paz de Basilea, ondeaba el pabellón francés, reconquistándola de nuevo para sus legítimos dueños los españoles que la habían descubierto.

En Veracruz, un buque francés que llegó con emisarios y proclamas de Napoleón, fué apresado, acto al que no fué ajeno nuestro joven amigo D. Miguel de Pas, que llegado pocos días antes, había logrado excitar más y más los sentimientos de aquellos naturales con la relación del memorable 2 de Mayo y los inhumanos fusilamientos del día 3, y las noticias que circulaban á su salida de Madrid sobre el levantamiento de las provincias, alguno de los cuales, como el de Cartagena y Murcia, había tenido él ocasión de presenciar.

De igual modo fueron apresados en todos los puertos de América cuantos enviados y barcos llegaban con proyectos semejantes.

Filipinas ardió también en entusiasmo; y bien puede decirse que en el uno y el otro continente la lucha por la independencia iba á tener nobilísimos auxiliares.

América, ya que no podía compartir con sus hermanos de la Península la heróica tarea de arrojar de su suelo al ejército invasor y al rey intruso, envió hasta el año 1811 la cantidad de 10.176.583 pesos, ó sean reales 203.531.672 (1), acto de gran importancia por la suma, y de altísima trascendencia por el hecho, que elevó al más alto grado en todo el mundo el nombre de América como ya había elevado el de España.

Unidas en apretado haz la madre patria y sus cariñosas hijas, formaron uno de esos cuadros que recreando la vista ensanchan el corazón y abren el pecho á la esperanza.

Hombre hubo en América que envió para los gastos de la guerra 400.000 pesos, alguno 200.000, y varios 50.000 (1).

Era preciso corresponder á tanta generosidad, recompensar tanto patriotismo, dar una prueba á América de la gratitud que por ella sentía la madre patria, que no es honrado el hombre ni la nación que no se muestran agradecidos á los favores que reciben; y de esta tarea se encargó, á nombre de España, la Junta Central, que, representando como Supremo Gobierno al país, era la llamada á premiar la abnegación y sacrificios de aquellos leales.

Por solemne decreto publicado en Sevilla el 22 de Enero de 1809, la Junta Central declaró todas las colonias americanas parte integrante de la nación española, y las concedió representación propia en la Junta y gobierno del país. Nueva-España, Perú, Nueva-Granada y Buenos Aires, como vireinatos; Cuba, Puerto-Rico, Guatemala y Chile, como capitanías generales; y Venezuela y Filipinas, como provincias, recibieron autorización para enviar á España un individuo cada una que las representara, sorteado entre tres que las autoridades debían elegir de los presentados por los ayuntamientos con procedimiento igual.

Semejante decreto arrancó de todo el país unánimes aplausos, y fué recibido en toda América con indescriptible júbilo; las colonias pasaban á ser provincias, y sus habitantes ciudadanos de España.

La Junta Central, al dictar este decreto, se hizo intérprete de los sentimientos de gratitud y amor de España á la noble América, mereciendo bien de la patria por tal acto.

No faltaron espíritus mezquinos que criticaran el decreto de la Junta Central, afirmando que se otorgaba demasiada recompensa á las antiguas colonias.

¿Pero acaso las colonias no formaban par-

(1) Canga Argüelles.

(1) Schépeler.

© Biblioteca Nacional de España

te de España? ¿Por qué, pues, no debían ser consideradas como provincias?

¿No corrían en auxilio de la madre patria al verla en poder del extranjero, enviándola sus tesoros, y realizando algunos de sus hijos actos de desprendimiento como los que dejamos copiados? ¿Por qué, pues, no concederles una legítima representación en la Junta que tenía la misión de salvar esa patria por la que América era la primera en sacrificarse?

¿Impusieron las colonias condición alguna para realizar tan noble acto? Nada de eso; lo hicieron sin condiciones, y sin esperanzas, no buscando otra recompensa que la satisfacción de su conciencia, el gozo que experimenta todo aquel que cumple con fidelidad y amor lo que considera como un sagrado deber.

Precisamente porque América no impuso condiciones, mereció, con mayor razón y justicia, la recompensa que la otorgó la Central.

Su abnegación y su desinterés fueron estimadas por los dignos patricios que componían la Junta en su alto valor, que sólo en la desgracia se reconoce á los amigos, y América con su conducta probaba que lo era de España, y la Central, al recompensar su fidelidad y patriotismo, era el eco de las voces de cariño y de los sentimientos de gratitud que por sus hermanos de América sentían los hijos de España.

* * *

Otro hecho importante realizó la Junta Central, que fué la conclusión de un tratado de paz y alianza con la Gran Bretaña, acto de importancia suma y de inmensa trascendencia en aquellos solemnes momentos.

Aunque la amistad y la protección existían desde la llegada á la capital de Inglaterra de los comisionados de la Juntas de Asturias y Galicia, y aunque algunas Juntas de provincia casi puede decirse que habían realizado el dicho tratado de paz y alianza, era preciso que la Junta Central, á nombre de España, lo ratificase.

El 9 de Enero de 1809 se concluyó en Londres el pacto, comprometiéndose la Inglaterra á no reconocer por rey de España sino á Fernando y sus sucesores, ó el que la nación jurase, y á socorrerla con hombres y dinero; y la Junta se obligó á no ceder á la Francia parte alguna de sus dominios; y ambos Estados á no ajustar con ella trato alguno sin mutuo acuerdo y aprobación. Por último, un artículo adicional consignaba la concesión mutua de ciertas ventajas en las relaciones comerciales de ambos países, hasta que una vez obtenido el triunfo y con el triunfo la paz, las dos naciones pudiesen libremente ajustar un tratado formal de comercio.

Este pacto no fué tampoco del agrado de todos, juzgando algunos sospechoso el cuidado de los ingleses en ligarnos á un compromiso que, en su concepto, solo, ó al menos principalmente, importaba á la Gran Bretaña.

Aparte de que la Junta no podía elegir el momento de concluir el tratado, sino que eran las circunstancias, más fuertes que su voluntad, las que se lo imponían, y el momento no era el más favorable á España para imponer condiciones teniendo gran parte de su territorio en poder de los soldados de Napoleón y viendo á Europa sujeta á la voluntad del conquistador universal, el tratado no tenía la gravedad para nosotros que esos eternos criticadores le hallaban.

Inglaterra se había puesto desde el primer instante, desde el memorable día 2 de Mayo á nuestro lado y en contra de Napoleón, quizás no desinteresadamente, pero sin imponernos tampoco condición alguna, y con sus auxilios materiales y con su influencia moral nos había prestado grandes servicios, elevando nuestra causa ante la Europa, que nos consideraba, no ya sólo como un pueblo alzado en armas por recobrar su independencia, sino también como una gran nación con la cual podían y debían contar en adelante cuantas deseaban sacudir el yugo de Bonaparte y combatir su hasta entonces omnímodo poder.

Negar todo esto sería negar la luz, y por fortuna los individuos de la Junta Central y la mayoría de los españoles no estaban ciegos ni eran ingratos.

© Biblioteca Nacional de España

¡Al combate!

Tócanos ahora discutir las respuestas dadas por Napoleón al mariscal B... al abandonar á España.

Ante todo, conviene dejar consignado que el juramento de fidelidad hecho por el pueblo de Madrid á José Bonaparte en la iglesia de San Isidro, no tenía valor, ni importancia alguna; en primer lugar, porque había sido impuesto por las circunstancias y realizado bajo la presión de las bayonetas; y en segundo, porque si bien Madrid era la capital de la nación, Madrid no podía hablar en nombre de España, mucho menos hallándose dominada por el invasor.

Al asegurar Napoleón á su íntimo consejero que los ejércitos no se improvisan, se olvidaba por completo de la historia; la Convención francesa los había improvisado varias veces, y la Junta Central de España hizo surgir de la nada el de Castaños, que derrotó á Dupont en Bailén; el de Caldagués, que encerró á Duhesme en Barcelona y á Reille en Figueras; el de Galicia, mandado por Blake, que reconquistó á Bilbao, y otros varios.

¿Acaso lo hecho anteriormente no era garantía de lo que España sabría hacer, á medida que las circunstancias la exigieran nuevos sacrificios?

Decía Napoleón á su general que el patriotismo tiene sus límites, y en esto también se equivocaba aplicando á España semejante afirmación. El amor á la patria es una fuente que no se agota jamás en nuestra querida España; díganlo sino los cartagineses, los romanos, los árabes; no; el patriotismo es una planta sagrada, regada con la sangre de miles y miles de héroes, que cada día crece más frondosa y más lozana en la tierra española.

El calificar de *bandidos* á nuestros guerrilleros, es otra de las afirmaciones que debemos rebatir, y á la verdad no podemos explicarnos cómo el humilde corso, como el triste oficial de artillería, elevado por la diosa Fortuna al trono de Francia, pudo hacer semejante declaración, cuando las guerrillas estaban formadas por títulos de Castilla, abogados, curas, militares, propietarios, labradores, por todos aquellos, en fin, que por sus méritos, su honradez y valor contaban con influencia bastante para organizar una de aquellas partidas tan temidas por los generales franceses y tan fatales para sus soldados.

Decía también Napoleón á su misterioso consejero, que las guerrillas no tenían importancia alguna, ni servían para nada, que no podían aumentar, que estaban formadas solo de *brigantes*, y que unos cuantos fusilamientos acabarían con ellas en un breve plazo.

Los hechos van á contestar á estas apreciaciones del orgulloso Bonaparte.

A la voz de los comisionados enviados por la Junta Central á todas las provincias de España, sin exceptuar á las ocupadas por el enemigo, se organizaron innumerables guerrillas con una rapidez extraordinaria, alistándose en ellas, dice un ilustrado escritor (1), una multitud de hombres que á fuerza de hechos gloriosos lograron elevarse á los más altos puestos de la milicia. «Estas partidas, añade, informadas de todos los movimientos de los imperiales, de su número y de sus recursos, se separarán ó reunirán con la mayor facilidad, y seguras de la fe inquebrantable de sus conciudadanos y de su protección, burlarán fácilmente la exquisita vigilancia de los imperiales, permaneciendo días enteros á las puertas de las ciudades ocupadas por los franceses, acechando el momento de sorprenderlos y derrotarlos.»

No espere el César francés, no esperen sus reputados generales, no esperen sus invencibles soldados librarse de la audacia y de los esfuerzos de los guerrilleros, ya se presente una sola partida, ya obren varias en combinación.

¿Destruir los guerrilleros?

Prepárese Napoleón, prepárense sus generales, prepárense sus soldados á no vivir, á no sosegar, á no dormir, á no poseer más tierra que aquella que huellen con sus pies, á pasar el día en constante alarma y la noche en perpetua vela.

Toda la vigilancia y toda la precaución de los franceses no impedirá que los guerrille-

(1) Muñoz y Maldonado.

© Biblioteca Nacional de España

ros entren disfrazados en las ciudades tomadas por ellos, á observar sus operaciones, á conocer sus fuerzas, á estudiar sus medios de combate, y en muchas ocasiones á comer con ellos á la mesa y á dormir cercanos á su cama.

En cambio todo su valor y toda su estrategia no logrará que los soldados franceses puedan salir fuera del recinto de las murallas de la ciudad que ocupen sin caer en manos de los guerrilleros.

«En 1809, dice un ilustrado autor (1), se desarrolló un sistema de guerra que hasta entonces permanecía en embrión.

Brotaron de todos los ángulos de España infinidad de bravos guerrilleros, cuyos nombres y proezas merecen ser citados para que sirvan de ejemplo y enseñanza, y los cuales fueron para los franceses el grande, el terrible, el obstáculo insuperable que jamás pudieron allanar.

Esta nueva guerra explica el secreto de nuestra heróica y tenaz resistencia.

Las guerrillas, digámoslo de una vez, fueron principalmente las que dieron cima á la obra de la salvación del país.»

La guerra de guerrillas no sería la guerra de la ciencia militar, pero era la guerra patriótica.

La guerra de guerrillas era á la vez terrible y grandiosa.

El guerrillero, mal comprendido por Napoleón, á pesar de su gran genio, era un tipo digno de ser estudiado y aun mejor de ser comprendido.

Lejos de ser el guerrillero un *bandolero*, como le llamaba Bonaparte, ó un *brigante*, como le apellidaban, quizás por servil imitación, sus generales, era un héroe en el más alto sentido de la palabra.

Los guerrilleros eran cumplidos caballeros con las damas francesas, como no lo fueron jamás los generales imperiales, según atestigua la historia de el *Empecinado* y de Espoz y Mina; cariñosos y dulces con sus niños, según demuestra la historia de Cruchaga; humanos y compasivos para los heridos y prisioneros franceses, como lo demuestra la historia de Palarea y de Javier Mina, y héroes destinados á acabar con los soldados de Napoleón.

No destruirán los guerrilleros de una vez y en conjunto al ejército francés, pero acabarán con él poco á poco, en combates parciales, pero terribles y sangrientos; no llegarán á concluir en una sola acción con los soldados napoleónicos, pero su sistema de ataque, seguido con valerosa constancia, llegará á debilitar á los franceses, causándoles un número de bajas que alcancen la increíble cifra de medio millón de hombres, como demostraremos en el transcurso de nuestra obra, y como afirmará uno de los más reputados historiadores extranjeros.

¿Desdeñaría esta guerra Napoleón porque la considerase como una inspiración del instinto del guerrillero y porque no llevaba en sí el cuño de las guerras del arte?

Oigamos la contestación de un ilustrado escritor militar (1):

«¿Qué es el arte militar; qué es la ciencia del archiduque Carlos y de Jomini; qué es la estrategia de Alejandro Magno, del Gran Capitán, del mariscal Turena, de Federico de Prusia, sino el resultado de la inspiración del genio ó del instinto, y de las observaciones hechas en el campo de batalla? El arte de la guerra, ¿de dónde nace sino de la guerra? Las teorías militares, ¿de dónde surjen sino del genio y de la práctica?»

Conozcamos la opinión de uno de los mejores generales franceses (2):

«La guerra de España fué una guerra de sorpresas y emboscadas. Los guerrilleros derrotaron á ejércitos á los que sus triunfos en el Danubio, el Oder y el Vístula hacían mirar como invencibles...

La Junta Central no pudo hacer brotar golpeando con el pie el suelo español legiones regulares, y sus mejores ejércitos se vieron pronto en cuadro; pero le quedó á España el gran recurso, el recurso santo, la guerra encarnizada de los guerrilleros en todos los instantes.

Los hombres capaces de empuñar un arma corrieron á agruparse á las montañas, y los restantes fueron en los pueblos y aldeas es-

(1) Miguel Agustín Príncipe.

(1) Grau.—*De la guerra nacional y de montaña.*
(2) Suchet.—*Memorias.*

© Biblioteca Nacional de España

pías de los franceses y guías de los guerrilleros, en tanto que los niños fabricaban cartuchos y las mujeres hacían hilas.

La grande alma de la patria se infundió en cada español, y comenzó contra los franceses un nuevo sistema de resistencia que defendía al país mucho más eficazmente que la guerra regular de los ejércitos disciplinados, porque estaba en armonía con la localidad y el carácter de sus habitantes, la guerra de guerrillas.

. . . . . .

Los guerrilleros españoles estaban maravillosamente dispuestos para esta guerra de incesantes asechanzas.

Sóbrios para la comida y duros para las fatigas, al igual resistían el calor que el frío.

Eran los legítimos descendientes de los celtíberos, dispuestos á todos los sacrificios, exentos de necesidades, sin preocuparse del uniforme, eligiendo sus jefes, atacando donde les favorecía el terreno ó la ocasión, desapareciendo en ocasiones merced á una dispersión combinada de antemano, pasando de una provincia á otra sin dejar rastro alguno, siendo preciso para alcanzarlos sorprenderlos.»

Véase la de Mr. Thiers (1):

«A la larga el sistema de guerrillas, infatigablemente sostenido, debía destruir los más numerosos y valientes ejércitos, porque un ejército cuyos destacamentos son destruídos, es un arbol al que se le cortan las raíces, destinado, por tanto, á languidecer primero, á secarse después y á morir por último.»

Hé aquí la opinión de otro ilustrado militar, francés también (2):

«La guerra de España abrió nuevos horizontes á los adversarios de Napoleón, demostrando que un pueblo en insurrección podía triunfar de ejércitos hasta entonces victoriosos, y que simples guerrilleros encarnizados en torno de poderosas columnas francesas eran capaces de arruinarlas al por menor.»

* * *

(1) *El Consulado y el Imperio.*

(2) M. A. Quinteau (capitán afecto al Estado Mayor).—*Guerra de sorpresas y emboscadas.*

Nada de esto, que para mayor muestra de imparcialidad hemos copiado de los publicistas franceses, alguno de los cuales, como el mariscal Suchet, hablaban con pleno conocimiento de los sucesos, puesto que en ellos habían tomado una parte principal, nada de esto, repetimos, quiso reconocer Napoleón.

Pues bien; los hechos van á venir á demostrarle, que ni la Junta cede, ni faltan recursos, ni soldados en nuestra querida España.

En cuantos á esos guerrilleros, tan despreciados por él y tan elogiados por todos los historiadores, esos guerrilleros que han de ser en siete años de incesante lucha y de constante batallar la pesadilla de sus ejércitos, pronto los veremos realizar hazañas increíbles.

El capuchino fray Julián Délica cogerá prisionero al general Franceshi; los guerrilleros de Castilla harán prisioneros al coronel Antoine, sobrino de José y ayudante de campo del general Berthier, y al conde de Sabugosa, portugués al servicio de José; y al coronel Banki, encargado por Napoleón de llevar á Madrid la noticia de la paz con Austria; y los de Valencia se apoderarán del oficial que lleva á Soult el despacho nombrándole mayor general; y los de toda España interceptarán pliegos de la mayor importancia, que servirán al gobierno para adoptar medidas salvadoras; D. Justo Prieto entrará en Madrid, ocupado por los imperiales, y sorprenderá, con cuatro guerrilleros, la guardia del Hospital general; el *Empecinado* se burlará del general Hugo y de sus numerosas fuerzas; el cura Merino fusilará cien franceses en represalias de la inícua muerte dada por los imperiales á los individuos de la Junta de Burgos; Javier Mina presenciará, al lado del general francés, el paso de las tropas que van... en su persecución; D. Julián Sánchez y sus guerrilleros salvarán á las mujeres de Ciudad-Rodrigo, cruzando al galope de sus caballos por entre el ejército francés; Saornil, con 40 guerrilleros, entrará en Medina del Campo, ocupada por 5.000 franceses, y D. Valero Pujol, solo, se hará dueño del castillo de Calatayud y presentará al invicto Palafox en Zaragoza

© Biblioteca Nacional de España

los 110 hombres que componían su guarnición.

Las madres, al despedir á sus hijos, que van engrosar las guerrillas, exclamarán como hicieron las heróicas matronas de Astudillo y de Mérida:

—Hijo mío, si llegases á huir de los franceses no vuelvas á la casa de tu madre, ni te acuerdes nunca de ella, ni cuentes jamás con su cariño (1).

Poco importa que Napoleón los acuse de *brigantes*, y que sus generales dicten contra ellos sentencias de muerte y pongan á precio sus cabezas. Los guerrilleros no cejarán en su empeño, diezmarán los ejércitos imperiales, se apoderarán de sus convoyes, detendrán sus correos, cortarán sus comunicaciones, penetrarán en los pueblos ocupados por ellos, y llevarán á cabo acciones tales que asombren á las generaciones venideras, y sirvan de ejemplo y enseñanza á las presentes; y su número crecerá con la persecución y con el martirio, y llegará á ser tan grande que no será posible contarlos, como no se pueden contar las hojas de los árboles, ni las arenas del mar, ni las estrellas del cielo.

(1) Quintana.—*Semanario Patriótico.*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO V

¡ZARAGOZA!

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

¡ZARAGOZA!

D. Valero Ripol.

«Las guerras nacionales son las más terribles de todas, porque cada paso en ellas cuesta un combate; el ejército invasor no posee más que el terreno que pisa, no se provee de víveres sino con la fuerza, y sus convoyes, siempre en peligro, son arrebatados con frecuencia (1).»

Tiene razón el célebre táctico.

En España además la guerra nacional es de una verdad aterradora por el espíritu belicoso de sus hijos, por su indomable valor y su acendrado patriotismo.

Van á comenzar, por tanto, dos guerras: la de los ejércitos, que algunos llaman la *grande*, y la de las guerrillas, que otros apellidan la *pequeña*, cuando en nuestra opinión debiera ser todo lo contrario.

Los ejércitos, reunidos de improviso, sin instrucción, sin casi disciplina, iban á ser prontamente batidos. ¿Qué ventajas resultaban, pues, de esta guerra llamada la grande?

La de guerrillas, regidas por un jefe elegido por ellos, batiéndose en sus mismas localidades, no empeñando una acción sino en el terreno y en el instante que juzgaban más propicio, causando al enemigo innumerables bajas, parapetados tras de un árbol, en lo alto de una montaña, en el pico de una roca, sorprendiéndole en lo mejor del sueño, apoderándose de sus convoyes, deteniendo sus partes, ¿no era en su aparente pequeñez la verdadera guerra grande, que fiel y constantemente sostenida acaba con los ejércitos, por fuertes y numerosos que sean?

Esta clase de guerra es la que va á salvar á España en la lucha por la independencia.

Los guerrilleros, salidos de todas las clases sociales, no tendrán otro grito que el de *Viva España*, ni otra aspiración que la de *matar franceses*.

La diversidad de sus trajes marcará lo distinto de su procedencia.

Lo vario del lenguaje su provincia natal.

Unos firmarán sus partes á las Juntas *En el nombre de Dios*... Otros los fecharán en el *Campo del honor*... Estos pondrán al final *Nuestro Señor guarde por muchos años la vida de V. E.*... Aquéllos se limitarán á dar cuenta de la acción y nada más.

No faltará quién sueñe en ganar batallas; pero los más sostendrán una lucha constante de sorpresas y de emboscadas.

Algunos realizarán por apuesta con sus compañeros actos de valor increíble, y otros llevarán á cabo hazañas que más bien parecerán novelas.

De este género es la que vamos á transcribir, realizada por el joven D. Valero Ripol.

Era D. Valero Ripol en 1808 un guapo

(1) Jomini.

© Biblioteca Nacional de España

mozo de veintitres años, puesto que había nacido en la ciudad de Zaragoza el 11 de Enero de 1785, recibiendo el agua del bautismo en la parroquia de San Pablo, de la que continuaba siendo vecino al comenzar nuestro relato.

De arrojado carácter, de espíritu emprendedor, de poderosa iniciativa, tan sufrido en el combate como tenaz y porfiado en sus empresas, Ripol se había conquistado el cariño de sus conciudadanos y las simpatías de sus jefes, especialmente de D. José Palafox, á quien tanto agradaban los hombres emprendedores y resueltos, tan necesarios á España en general y á Zaragoza en particular en aquellos difíciles tiempos.

Durante el primer sitio que sostuvo la ciudad heróica, Valero Ripol se halló constantemente en los puestos de mayor peligro, según afirma el ínclito Palafox en los documentos que á la vista tenemos, no habiendo día en que no se distinguiera con hechos singulares que costaban la vida á muchos enemigos.

Educado el Sr. Ripol en aquella escuela de héroes, como podemos llamar al sitio de Zaragoza; lleno de vida y de entusiasmo, teniendo por modelos al célebre y valeroso cura D. Santiago Sas, el organizador y jefe de las compañías de escopeteros de la parroquia de San Pablo, á la que Ripol pertenecía; á Palafox, á Renovales, al tío Jorge, á Cerezo y á otros muchos, su natural valor se había excitado con los rasgos de heroísmo que diariamente realizaban todos estos valientes.

El día 18 de Diciembre de 1808 se presentó D. Valero Ripol á Palafox, que le recibió con grandes muestras de afecto, pues tanto por su carácter emprendedor, como por sus hechos, le tenía el general particular aprecio.

—Vengo á pedir á V. E. una gracia,—le dijo Ripol.

—Pide lo que quieras.

—Deseo que V. E. ponga á mis órdenes una compañía de soldados.

—¡Una compañía de soldados¡ ¿Y para qué?

—Si V. E. me la concede—añadió Ripol con grande entusiasmo,—le empeño mi palabra de honor y mi cabeza, de que voy á Calatayud, hago prisionera la guarnición francesa del fuerte y se la traigo á V. E. para que besen el suelo que pisa el rey de los valientes, D. José Palafox y Melzi.

—Joven, en esa empresa perecerías, y por lo tanto te la niego,—contestó Palafox entre orgulloso y conmovido.

—Pero, señor...

—Ese proyecto es una de tantas locuras como has realizado durante el pasado sitio, locuras que estoy dispuesto á que no continúes,—prosiguió Palafox con acento cariñoso.

—Para locuras las de V. E., que siendo el jefe de Zaragoza, el ídolo de la ciudad y el alma de la defensa, se halla siempre en los puestos de mayor peligro sin guardar una vida que es la vida de Zaragoza.

—Tú me adulas, Ripol, para que ceda á tu descabellado proyecto, cosa que no has de conseguir. Por lo demás, yo no hago sino cumplir con mi deber, y el que menos de vosotros ha hecho tanto como yo...

—V. E. es el espejo en que todos los defensores se miran, y el modelo que todos procuramos, aunque en vano, imitar.

—¡Lagotero! Pero no conseguirás con tus buenas palabras convencerme. Te niego lo que me pides...

—Al menos, deme V. E. veinticinco soldados...

—Ni uno solo; ya te he dicho y te repito que es una locura, y que no debes arriesgar inútilmente una vida de que Zaragoza y la patria necesitan...

—Pues al menos concédame V. E. autorización para que pueda salir libremente de la ciudad.

—¿Para qué?

—Tengo un proyecto.

—¿Otro?

—Sí, señor. Otro.

—Bien; no quiero que digas que todo te lo niego,—respondió Palafox al notar la insistencia del joven y la confianza que parecía mostrar en su nueva idea.—Sólo te encargo que obres con prudencia, y que no prives á España y á Palafox de un valiente como tú.

Al siguiente día dedicóse Ripol á reclutar gente para realizar su proyecto, que no era otro que el de la toma del castillo de Cala-

© Biblioteca Nacional de España

tayud y prisión de su guarnición, idea con la que se había encariñado, y que procuraba ocultar á Palafox en vista su negativa.

Con grandes trabajos pudo reunir treinta paisanos, armados con escopetas de chispa, bayonetas oxidadas y garrotes, y con ellos se dirigió á Calatayud sin decirles para qué.

Al llegar á la primera venta, y enterarse del proyecto de Ripol, todos sus compañeros le abandonaron, tomándole por loco.

No por eso desmayó el ánimo de nuestro joven, quien llegó cerca de la madrugada al portazgo con sólo un paisano, grande amigo suyo, que no había querido dejarle, esperando convencerle de lo descabellado de la empresa y llevárselo otra vez á Zaragoza.

Ripol, sin mostrar enojo por el abandono en que le habían dejado sus compañeros, y resuelto á no cejar en su temerario empeño, le dijo á su amigo con cariñoso acento:

—*Maño*, vas á quedarte aquí.

—Pero ¿qué intentas, Ripol?

—¿Qué intento?—respondió éste con la mayor tranquilidad,—prender á los franceses ó que me fusilen.

—No seas loco, Valero,—exclamó su amigo lleno de espanto.

—Lo dicho, y ya sabes que yo no soy hombre que retrocede. Eres mi amigo, casi mi hermano, y no quiero comprometerte. Si dentro de una hora no he vuelto, marcha á Zaragoza y dile al general que me han fusilado...

—Ripol...

—No, no; mejor será que nada le digas, no te vaya á regañar por mi culpa... Avisas á mi familia, y nada más. Un abrazo...

—Pero, hombre... ¡morir tan joven!...

—Nada importa—respondió Ripol sereno y frío, y estrechando á su amigo Gil entre los brazos,—que mil veces he oído al señor cura Sas que todo el que muere por su patria va derecho á la gloria...

—¡Oye, Valero!...

—Hasta luégo... ó hasta la eternidad.

En tanto que Gil queda en el portazgo turbado, indeciso y lloroso, su amigo Ripol se dirige con paso firme y ánimo resuelto al castillo.

Anunciado como parlamentario es recibido inmediatamente por el gobernador, que es un comandante italiano al servicio de Francia.

—Yo soy—le dice Ripol—el enviado por los jefes de las guerrillas que se hallan emboscadas en San Ramón (1), y vengo á exigir la entrega del castillo y de toda la guarnición en el término preciso de media hora, pasado el cual los 3.000 hombres que forman nuestras guerrillas caerán sobre el fuerte y pasarán á cuchillo toda la guarnición.

El gobernador, atemorizado, se apresuró á contestar:

—Yo, por mi parte, nada puedo hacer. El castillo tiene un comandante que es el jefe de la fuerza; voy á hablarle y él decidirá.

—Pues bien; concedo á Vds. en nombre de los jefes de las guerrillas media hora y nada más.

Y sin salir del fuerte, como si estuviera en el lugar más seguro y su vida no se hallase pendiente de un hilo, se puso á pasear Ripol con la mayor sangre fría.

Los minutos pasaban, y en aquella grave situación cada minuto equivalía á un siglo.

Ripol observó que el día comenzaba á clarear, y se juzgó perdido; á la ténue luz de la alborada le pareció distinguir al pie del castillo algunas sombras que se movían. Estas sombras ¿podrían ser nuevos enemigos? ¿Le cogerían entre dos fuegos? ¿Abandonaría la empresa y huiría? Antes la muerte.

Resuelto á todo, aumentado su valor con el peligro, Ripol se decidió á salir de aquella crítica situación por medio de un nuevo acto de audacia.

Obligó al centinela á llamar otra vez al comandante, y apenas se presentó, le dijo señalando los bultos que se movían al pie del fuerte:

—¿Véis esos hombres? Son las avanzadas de nuestras guerrillas, que, impacientes por mi tardanza, proyectan el asalto del castillo.

—¡Pero si aún no ha transcurrido la media hora del plazo!—dijo el gobernador.

—Los españoles somos impacientes—contestó Ripol,—y los guerrilleros arden en deseos de batirse; conque, decidid al instante, ó no respondo de vuestras vidas.

Ripol quería adelantar el desenlace del

(1) **Ermitas próximas á Calatayud.**

© Biblioteca Nacional de España

drama en que se hallaba empeñado, y apresurar la entrega del fuerte antes de que el sol asomara y á sus claros rayos pudieran ver los franceses que no había tales guerrilleros en San Ramón, y que sólo tenían que habérselas con un hombre ¡solo!

El gobernador italiano no tardó en volver con el comandante francés, seguido de la guarnición del castillo, compuesta de *ciento y diez* hombres, que se apresuraron á entregar las armas á Ripol, constituyéndose prisioneros.

Por fortuna de nuestro héroe, su leal amigo Gil, en lugar de quedarse en el portazgo había penetrado en Calatayud y procurado reunir alguna gente, tarea casi imposible, al objeto de salvar á Valero. A duras penas llegó á juntar 11 paisanos, la mitad armados, y con ellos se encaminó al fuerte. Estas eran las sombras que veía Ripol.

Valero, que los reconoció á los primeros rayos de la aurora, los mandó avanzar y coger las armas de los franceses, sirviéndose de las cuerdas que traían á fin de escalar el muro y librarle á él para atar á los imperiales.

¿No parece una novela este suceso?

¿Cómo un hombre sólo pudo realizar tamaña empresa?

¿Se concibe un acto de audacia más grande?

¿Engañó á los franceses la oscuridad de la noche, que les impidió comprobar la verdad del dicho de Ripol de que 3.000 guerrilleros le aguardaban en las alturas de San Ramón?

¿Influyó en el ánimo del gobernador ser italiano, uno de tantos oficiales extranjeros que se veían forzados á servir á Napoleón, y no quiso arriesgar la vida por un tirano á quien aborrecía?

¿Asustó á los dos la fama que ya habían comenzado á conquistar los guerrilleros, que Ripol les dijo hallarse cerca, ó temieron un levantamiento de la ciudad?

¿Quién puede decirlo?

Pronto se divulgó la noticia por Calatayud, y todos los vecinos salieron á las calles á contemplar el paso de los prisioneros.

Ripol, montado en un brioso caballo que le ofreció un patriota, recibió los aplausos de la multitud que no cesaba de vitorearle.

La entrada de nuestro héroe en Zaragoza con los prisioneros que, avergonzados de su debilidad, no osaban apartar la vista del suelo, fué un verdadero acontecimiento. Delante marchaban dos robustos hijos de Calatayud, del grupo reunido por Gil para salvar á Valero, con varias armas de los franceses; detrás los prisioneros; á la derecha Ripol, dirigiendo desde su caballo la marcha del convoy, á la izquierda su amigo Gil con la bandera imperial, y detrás los otros nueve paisanos con el resto de las armas de los franceses.

Nadie se atrevía á dar crédito al suceso, tan extraordinario y grande les parecía. Soldados y paisanos se apiñaban en las calles del tránsito, y siguieron orgullosos, al par que asombrados, á Ripol hasta el alojamiento del general, á quien nuestro héroe hizo entrega de los prisioneros.

He aquí el documento de Palafox, testificando el hecho que á todos parecía increíble:

«Yo, D. José Rebolledo de Palafox y Melzi, certifico:

Que hallándome mandando el Reino y Ejército de Aragón en la gloriosa época de los dos memorables sitios que sostuvo la inmortal Zaragoza, distinguí muy particularmente á D. Valero Ripol, vecino de la parroquia de San Pablo, por el valor y osadía con que se halló constantemente en los puestos de mayor peligro, no habiendo día en que no se distinguiese con hechos singulares que costaban la vida á muchos enemigos, y que no satisfaciéndose su patriotismo con éstos, concibió y me propuso la idea de salir solo á Calatayud para rendir y traerme prisionera la guarnición francesa, fuerte de 110 hombres, supliendo con astucia la fuerza que para ello hubiese necesitado, llevándolo á completo efecto y presentándome en Zaragoza los 110 hombres con sus armas y efectos el 19 de Diciembre de 1808, por cuya acción, grabada en la historia, y que no olvidarán jamás los aragoneses, le conferí el empleo de teniente.»

Deseoso Palafox de reanimar el espíritu público de Madrid, un tanto abatido con la entrada de Napoleón, el juramento de la iglesia de San Isidro y la vuelta de José, trató de enviar algunas de aquellas hermo-

© Biblioteca Nacional de España



D. VALERO RIPOL Y SUS PRISIONEROS

© Biblioteca Nacional de España

sas proclamas que con tal entusiasmo escribía su maestro el padre Boggiero... Pero ¿dónde hallar una persona que así quisiera jugar su vida? Al momento pensó Palafox en Ripol, y le encargó de esta arriesgada comisión, que él aceptó con júbilo.

«Mis esperanzas—añade Palafox—salieron fallidas, por la defección de la persona á quien lo dirigí.»

Pero Ripol no era hombre de volver á Zaragoza con sus proclamas, y deseoso de cumplir la honrosa misión que había recibido de su general, *llegó su audacia hasta cambiar á tres ciegos las Gacetas francesas que vendian proclamando la derrota de Uclés por las que llevaba de Zaragoza, travesura que pudo muy bien costarle la vida.*

Con grandes peligros logró salir de Madrid, y encaminóse á Zaragoza, adonde volvió á entrar, con peligro de su vida, para dar cuenta á Palafox de su encargo, y resuelto á perecer entre los muros de la ciudad heróica.

En Zaragoza *repitió sus hazañas hasta la rendición de la plaza*, y después á las inmediatas órdenes del teniente general marqués de Lazán y del mariscal de campo D. Francisco Palafox, hermanos del heróico defensor de la ciudad.

Por su parte añade D. Francisco Palafox: «Después de los dos memorables sitios de Zaragoza, Ripol se ha batido á mis órdenes en Samper, Alcañiz, Sigüenza, Borja y Tarazona, siempre con el mayor espíritu y patriotismo, desempeñando al mismo tiempo las comisiones que se le encargaban con acierto y prontitud.»

Más tarde se puso al frente de una de las guerrillas que más daño causaron á los franceses.

Segundo sitio de Zaragoza.

Entre Napoleón y Zaragoza había pendiente uno de esos lances de honor, uno de esos duelos á muerte que sólo pueden terminar cuando acaba la vida de uno de los dos combatientes.

El césar francés encomendó al mariscal Lannes la revancha de las derrotas sufridas por sus águilas en el primer sitio, poniendo á su disposición para tan árdua empresa los cuerpos de ejército 3.° y 5.° mandados por Moncey y Mortier, gran número de cañones, un tren completo de sitio, víveres en abundancia y hospital para los heridos.

Lannes, provisto de todos estos grandes medios de ataque, se presentó delante de Zaragoza el día 20 de Diciembre de 1808.

Palafox, al retirarse á Zaragoza después de su entrevista con Castaños, reunió para la defensa de la heróica ciudad á los dispersos de la batalla de Tudela, llegando á sumar las siguientes fuerzas:

Soldados de infantería	19.982
Soldados de caballería	2.000
Ingenieros	800
Artilleros	1.800
Voluntarios de Doyle, fieles zaragozanos y tercer regimiento de Valencia	2.400
Destacamentos del ejército de Andalucía	4.191
TOTAL	31.173

Entre estas fuerzas merece ser citado el *Cuerpo franco*, que se formó en la villa Peñas de San Pedro, provincia de Albacete, á las órdenes del capitán de Milicias retirado D. Pedro Antonio Lamota, el cual, después de equipado completamente á costa de los habitantes de la citada villa, marchó á reunirse al ejército del Centro, combatió con honor en la desastrosa batalla de Tudela y se encerró luégo en Zaragoza, en cuyo inmortal sitio pereció todo gloriosamente (1).

A estos elementos podían agregarse de ocho á 10.000 paisanos armados.

Encargó Palafox á Saint-Genis reparar las fortificaciones, y este distinguido ingeniero despojó de árboles todos los alrededores de Zaragoza, levantó reductos para defender las puertas, estableció baterías á lo largo del recinto de la ciudad, abrió fosos, fortificó los conventos y palacios y aspilleró las casas tapiando las aberturas de los pisos bajos y formando troneras en los altos.

Pero el ejército era bisoño, el paisanaje mal armado, escaseaba la pólvora, de las 70 piezas de artillería sólo 30 pasaban del calibre de 16, los morteros eran casi inservibles por falta de proyectiles huecos y Zaragoza tenía varios puntos débiles.

(1) Muñoz y Maldonado.

© Biblioteca Nacional de España

Los franceses contaban (1):

Del tercer cuerpo..	22.473 hombres y	1.758 caballos.
Del quinto id	22.607 » y	1.542 »
Artillería.—Tren de sitio.....	542 » y	49 »
Tercer cuerpo.....	788 » y	947 »
Quinto id.....	1.660 » y	1.474 »
Ingenieros.....	1.017 » y	69 »
Zapadores.....	65 » y	7 »
TOTAL.....	49.152 hombres y	5.846 caballos.

Moncey, que hubo de tomar el mando por enfermedad de Lannes, dispuso un reconocimiento con tan numerosas fuerzas, que ante ellas hubieron de abandonar los nuestros la Casa-Blanca, Buenavista, el puente del canal y el monte Torrero.

Envalentonados los franceses con este triunfo, al medio día las divisiones de Mortier y Gazán cercaban el arrabal por la otra parte del Ebro, y repartidas en siete columnas, emprendieron el asalto con tal confianza, dice un historiador, que no parecía sino que estaban seguros del triunfo. ¡Ilusiones engañosas! Mortier y Gazán ignoraban que tenían en frente á Palafox, O'Neille, Velasco y Saint-March, cuatro hombres distintos y un solo héroe, que recorriendo las filas y los escuadrones á la cabeza de los indomables defensores de la ciudad, les obligaron á retroceder, dejando sobre el campo de batalla más de 3.000 hombres muertos ó heridos.

Este día, de gloria inmortal para Zaragoza, demostró á Moncey la necesidad de formalizar el sitio contra una ciudad que había juzgado abierta, sin tener en cuenta la impenetrable muralla que habían de oponer los pechos de sus defensores, y el día 22 escribió á Palafox solicitando la entrega de la plaza, á cuya propuesta respondió el general español en estos términos:

«Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. Cincuenta mil hombres, y yo que tengo la honra de mandarlos, no conocemos más premio que el honor. El entusiasmo de una nación no se apaga con la opresión, y el pueblo que quiere ser libre lo es.»

El día 23 de Diciembre quedó circunvalada Zaragoza, y el 30 comenzaron los franceses á levantar las paralelas para los proyectados ataques á la Aljafería, puente del Huerva, frente á Santa Engracia, y convento de San José, trabajos para impedir los cuales hicieron los nuestros varias salidas aunque sin resultado. Merece, sin embargo, ser citada la del 31, en la que Butrón, dando una intrépida carga de caballería á una columna francesa, la destrozó é hizo 200 prisioneros, acción heróica que Palafox recompensó condecorando á aquellos valientes con una cruz encarnada.

El 9 de Enero de 1809 quedó terminada toda la línea de ataque, al mando de Junot, que había reemplazado á Moncey, y el 10 comenzaron los imperiales el bombardeo de Zaragoza con cien piezas, dirigiendo sus tiros principalmente contra el reducto del Pilar, que defendía el puente del Huerva, y contra el convento de San José.

Aunque la ciudad retemblaba hasta en sus cimientos, los defensores permanecían en sus puestos tranquilos y serenos.

A las cuatro de la tarde los cañones franceses habían abierto brecha, destrozado la muralla y apagado el fuego de nuestras baterías, y los imperiales se lanzaron al asalto.

Renovales, que mandaba el puente, con sólo dos piezas, y sin contar con artilleros, la mayoría de los cuales yacían muertos al pie de los cañones, se sostuvo aún por todo un día. El reducto del Pilar enarboló bandera roja, y rechazó con bravura varios asaltos, y sus defensores hicieron salidas en que causaron terribles pérdidas al enemigo, y sólo se retiraron al *quinto* día por orden terminante de Palafox, pues aquellos valientes, que tenían por capitanes á Simonó, Velasco, La Ripa, Marín y Betbezé, habían jurado enterrarse en las ruínas del reducto.

Entonces pudieron los franceses vadear el Huerva, cuya corriente era escasa, dejando á los defensores encerrados dentro de las tapias. También se apoderaron de los molinos de harina que había al otro lado del Ebro, privando asi á los defensores del principal alimento, del pan.

Ocupadas por los nuestros las casas que daban frente á la posición de los imperiales, no les dejaban un instante de reposo.

Los generales franceses dispusieron au-

(1) Arteche.—*Historia militar de la guerra de la Independencia.*

© Biblioteca Nacional de España

mentar sus baterías con otras ocho y levantar una tercera paralela, y D. Mariano Galindo, con un arrojo imponderable, salió á impedir estos trabajos, llegando á tocar con sus manos las piezas de la primera línea.

Restablecido Lannes llegó á Torrero, volvió á tomar el mando del ejército sitiador, estableció su cuartel general en la Casa-Blanca, y luégo de hacer un ridículo alarde de fuerzas, envió un parlamento á Palafox pintándole con los más negros colores la situación desesperada de la ciudad, la derrota de nuestro ejército en Uclés y del inglés en la Coruña.

El bizarro Palafox se apresuró á contestarle que «mal podían intimidar los ejércitos franceses á un pueblo que los había vencido tantas veces.»

El 26 comenzó de nuevo el bombardeo, y el 27 se lanzaron los franceses por las distintas brechas abiertas por sus cañones, apoderándose de la batería de Santa Engracia, levantada sobre las ruínas de la primera, de las Descalzas y del convento de Trinitarios Descalzos, extramuros, gracias al poderoso refuerzo que les llevó el general Morlot, continuando el bombardeo, cada vez más encarnizado, en los días siguientes, sembrando el espanto y la muerte en una población que comenzaba á afligir y diezmar la epidemia.

Los conventos de Santa Mónica y de San Agustín, que tenían abierta brecha, fueron asaltados varias veces.

En una casa aislada, que necesitaban conquistar los franceses para desembocar en la calle de Puerta Quemada, se luchó dos días en las habitaciones, en la bodega, en el tejado, cuerpo á cuerpo, quedando por nosotros al tercer día.

Imposible describir los actos de valor, los rasgos heróicos, las hazañas colosales realizadas en estos días.

Los frailes y curas, llevando el Crucifijo en una mano y en la otra el sable ó el fusil, enardecían el ánimo de los defensores con la palabra y el ejemplo.

Los hombres defendían el terreno palmo á palmo, con las armas de fuego, con la navaja, con los dientes.

Las mujeres, armadas de sables, de pistolas y de fusiles, altas damas y humildes hijas del pueblo, la condesa de Bureta, Agustina de Aragón, Manuela Sancho, Carmen Alvarez y cien más, luchaban denodadamente á la voz del ínclito Palafox, siempre presente en los lugares de mayor peligro, siempre el primero en toda acción arriesgada y todo acto heróico.

El día 31 de Enero perdimos Santa Mónica y San Agustín, con sus esforzados defensores, y en las Tenerías 1.400 muertos y heridos atestiguaron las hazañas de sus valerosos custodios.

El convento de San Agustín, perteneciente á la Orden de agustinos observantes, había sido fundado en el año de 1286, y estaba situado junto al muro, al Oriente de la ciudad, y fué uno de los puntos en que la lucha revistió mayor importancia. Sus defensores combatieron primero en las puertas, luégo en el interior de la iglesia, y desde el púlpito, logrando detener el avance de los imperiales. Obligados los nuestros á retirarse al campanario, en cada peldaño de la escalera de la torre se entabló un combate cuerpo á cuerpo entre los españoles y los franceses; la sangre, que corría por los escalones, impedía el avance de los imperiales, y en cada revuelta del caracol se contaban nuevas víctimas. Encerrados los nuestros en el campanario, los cuatro hombres que quedaban de la pléyade de defensores de la iglesia, se batieron con esa tenacidad propia de los héroes. Mientras que uno disparaba la tercerola inclinándose hacia fuera para apuntar mejor, aunque presentando mayor blanco á los enemigos, otro cargaba el arma; de los dos aragoneses que yacían muertos, el uno procuraba contener con la mano derecha la sangre que manaba de su herida, ansioso de volver á combatir, y el otro empuñaba su escopeta entre las ansias de la muerte. La iglesia de San Agustín y el campanario fueron al fin tomados... ¿cuándo? Cuando la muerte había concluído con sus heróicos defensores, cuando ya no quedaba ninguno de aquellos aragoneses que más que hombres semejaban titanes.

La situación de la ciudad empeoraba de cada día.

Un enemigo más terrible que el ejército

© Biblioteca Nacional de España

francés, la peste, desarrollada por tantos cadáveres insepultos, vino á cebarse sobre los defensores de la plaza, que cada día perdían arrebatadas por la epidemia cientos de personas.

Los aragoneses, indomables contra las balas francesas, se sentían debilitar por la peste, que no respetaba á los objetos más queridos de su corazón.

La lucha continuaba sin embargo.

Soldados y paisanos rivalizaban en valor y en patriotismo.

Desde los portales, tras de las ventanas, en lo alto de las azoteas, encaramados en los tejados, los sitiados dirigían sus fuegos contra los imperiales, que no podían adelantar sino paso á paso y experimentando bajas considerables.

Como quiera que los soldados llegaron á murmurar de sus jefes, acusándoles de impericia ó traición porque los enviaban al asalto como las reses al matadero, Lannes dispuso recurrir al infame recurso de las minas y hornillos que á cada instante producían horrorosas explosiones.

Los sitiados, parapetados en las ruínas de los edificios, que se desplomaban con horroroso estruendo, resistían el ímpetu del ene migo, no cediendo sino al número y á la fuerza, en tanto que los imperialss avanzaban protegidos por el fuego de sus innumerables cañones.

Noches y días pasaban en contínuo fuego, en constante batallar; las explosiones producidas por las minas abiertas por los franceses se sucedían con frecuencia, pero los heróicos defensores de la ciudad sagrada preferían morir á ceder.

Los franceses combatían con las minas.

Los españoles incendiaban las casas, y ponían entre ellos y sus enemigos una barrera de fuego.

. . . . . .

Entramos en el mes de Febrero, y los franceses no habían podido llegar al Coso.

En este día la guarnición de Zaragoza contaba las siguientes fuerzas:

En la ciudad, acuartelados, y al vivac	6.073—Bajas:	9.804
En el arrabal	2.133—Idem.	5.874
En el castillo	664—Idem.	953
TOTAL DE BAJAS	»	16.631
De ellos enfermos y heridos	»	13.737
Muertos	»	2.891
Disponibles para la defensa	8.870	

El día 7 fué tomado el convento de Jesús, situado á la derecha del camino de Barcelona, procurando los franceses en los siguientes días penetrar hasta el Coso desde la calle de Enmedio, pero inútilmente.

El convento de San Francisco fué asaltado por los imperiales que se apoderaron de él, pero los nuestros penetraron de noche, y arrojando sobre los franceses gran número de granadas de mano desde las bóvedas, lograron que lo abandonasen, y si más tarde lo recuperaron fué á costa de mucha gente.

El día 18 cincuenta cañones rompieron el fuego sobre el arrabal y el puente que le pone en comunicación con la iglesia del Pilar, abrieron brecha, y se apoderaron de convento de San Lázaro y casas vecinas, logrando hacerse dueños del arrabal, cuyos moradores fueron acuchillados y presos por la caballería francesa en las orillas del Ebro.

Libres ya para dirigir sus baterías contra el frente de Zaragoza, empezaron á volar los hornillos que habían preparado cerca de la Universidad, apoderándose de casi todo el edificio y extendiendo su dominio por la ciudad.

Lannes, que había resuelto emplear las minas y hornillos contra Zaragoza para economizar las vidas de sus soldados, que murmuraban de tan largo y sangriento sitio, había dispuesto á través del Coso, debajo de las casas, seis galerías con 3.000 libras de pólvora en cada hornillo para volar media ciudad.

La dificultad de proseguir el sitio evitó tan horrible plan.

Las guerrillas, que habían procurado acercarse á la heróica ciudad, habían sido dispersadas hacia Tortosa, Alcañiz, Villafranca y Zuera.

El hambre hacía sentir sus estragos en los defensores de Zaragoza, llegados ya al último extremo.

Las municiones se habían agotado.

Los cadáveres, hacinados en las calles, desarrollaban con mayor fuerza la epidemia,

© Biblioteca Nacional de España

que arrebataba diariamente la vida á 300 personas.

En las plazas, en las casas, en los huecos de los portales no se oían más que los gritos de los heridos y los ayes de los moribundos.

De los 40.000 defensores apenas quedaba una quinta parte.

Palafox, postrado en el lecho del dolor, llevaba varios días en contínuo delirio.

La Junta que le había sucedido en el mando, se reunió para deliberar, y de los 34 individuos que la componían ¡aún opinaron ocho por resistir! pero la mayoría envió á Lannes las proposiciones que él había remitido antes, y que el general francés rechazó por tardías, exigiendo la entrega á discreción, bajo palabra de respetar á las mujeres y á los niños. Al oirle, el presidente de la Audiencia, Sr. Ric, le contestó con noble entereza:—«Zaragoza no se entregará nunca á merced del enemigo, pues aún tiene armas, municiones, y, sobre todo, puños.»

Por último, Lannes dictó una capitulación (21 de Febrero) en la que prometía respetar vidas y haciendas, y dejar en libertad á Palafox, por quien tanto se interesó la Junta, y á cuantos quisieran seguirle.

Mas apenas los franceses entraron en la ciudad, faltaron villanamente á la capitulación, y se portaron como malos caballeros, como inhumanos y como bandidos. Vamos á probarlo.

Empezaron por buscar á Palafox, y despertándole del sopor en que yacía le insultaron cobardemente, y apenas recobró el sentido lo llevaron prisionero á Francia, encerrándole en el castillo de Vicennes hasta 1814, lleno de privaciones y miserias. ¡El á quien encontraron dispuesto al pie de la cama un hornillo con la mecha encendida para suicidarse primero que capitular!

Los prisioneros fueron saqueados en el tránsito á Francia, y fusilados los que no podían andar.

El padre Basilio Boggiero, el antiguo maestro de Palafox y uno de sus consejeros durante el sitio, y el presbítero D. Santiago Sas, el valeroso jefe de los escopeteros de la parroquia de San Pablo, fueron sacados de noche de sus casas y muertos á bayonetazos y arrojados al río, así como otros muchos, cuyo solo delito era el amor á su patria.

El robo se organizó en grande escala como lo demuestra la siguiente carta escrita por un oficial francés (1):

«Aquí nos arruinamos todos; sólo que cuando digo todos, hablo únicamente de los hombres honrados, porque hay pillos que se están llenando de oro y que no se avergüenzan de quitar la bolsa y los caballos á los oficiales españoles prisioneros...

Muchos de los nuestros se entregan aquí al pillaje...

Por 30 francos me han ofrecido caballos que bien valían 25 luíses.»

Los generales franceses, á título de *regalos* de la Junta, despojaron de sus alhajas á la Virgen del Pilar, por valor de tres millones de reales.

¡Y estos hombres eran los que se atrevían á llamar *brigantes* á los guerrilleros, cien veces más honrados y más caballeros que ellos!... Apartemos la vista con horror y el estómago con asco de tan repugnante cuadro.

Para comprender la heróica defensa de Zaragoza, basta leer á los publicistas extranjeros, incluso á los franceses, incluso al mismo Napoleón, que luégo la ponían por modelo.

Véase lo que al mismo Bonaparte escribía el mariscal Lannes:

«Jamás presencié en todas nuestras guerras nada que se parezca á la defensa de Zaragoza...

He visto á las mujeres dejarse matar en la brecha...

Esta es una guerra que horroriza...»

Hé aquí lo escrito por un elevado militar:

«Cada casa costaba tres ataques; uno para aproximarse, otro para posesionarse, y otro, el más obstinado, para establecerse en ella.»

Otro oficial francés pinta de este modo el cuadro que ofrecía Zaragoza al capitular:

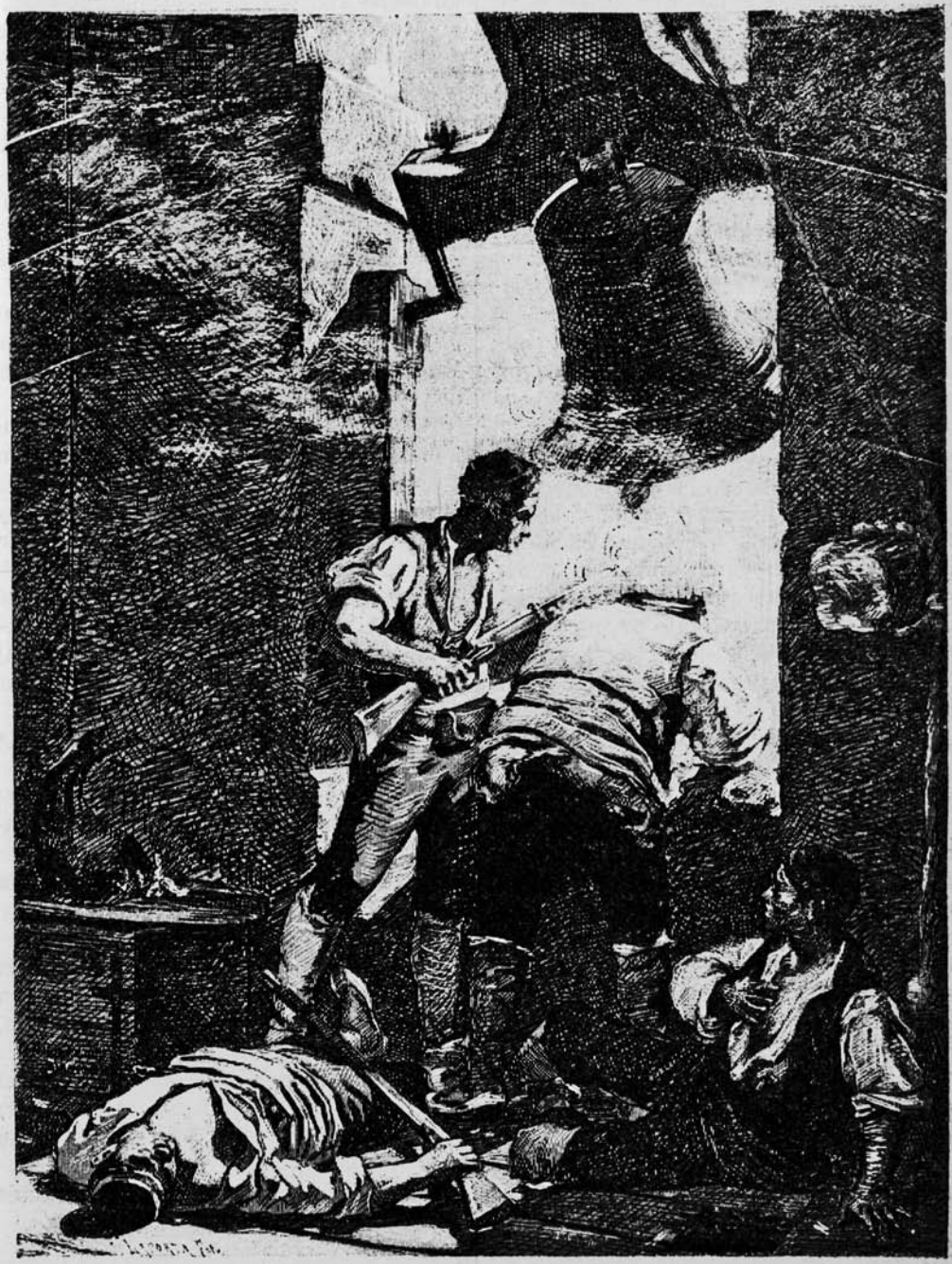
«Las casas acribilladas por las balas de cañón, y despedazadas por las minas.

Los edificios, unos en ruína y los otros ardiendo.

---

(1) Carta de Mr. de Maltzen, teniente de ingenieros, publicada por el vizconde de Grouchy.

© Biblioteca Nacional de España



DEFENSA DE LA TORRE DE SAN AGUSTÍN

© Biblioteca Nacional de España

Los cadáveres en las calles formando montones.

Los habitantes, pálidos, demacrados, hambrientos, sin fuerzas para sostenerse.

En realidad los franceses sólo hemos ganado un cementerio (1).»

«Según cálculos aproximados, perecieron en los dos sitios de Zaragoza cerca de 54.000 personas, la mayor parte en el segundo. Zaragoza, al caer, tenía en cama 26.000, y morían diariamente 600 (2).»

Las bajas de los franceses pasaron de 8.000, entre ellos el célebre general de ingenieros Lacoste. También nosotros perdimos al reputado ingeniero San Genis.

Zaragoza sucumbió, pero dando el más alto ejemplo de patriotismo y abnegación que dió en los últimos tiempos ciudad alguna, y dejando en la historia un foco de luz que alumbra y guía, señalando el camino del honor y de la libertad á todos los pueblos y naciones.

Europa se extremeció de júbilo y admiró tanto valor y tanta magnanimidad.

Sus heroinas Agustina de Aragón, la condesa de Bureta, Carmen Alvarez, Manuela Sancho y cien más; sus héroes, Palafox, San Genis, O'Neylle, Saint-March, padre Boggiero, Renovales, Butrón, Villalba, Simonó, La Ripa, Betbezé, Marín, Waltrer, Velasco, Sas, Versages, tío Jorge, Cerezo, Piedrafita, Navarro, Olivo, Fábregas, Villa, Moñino, Eraso, Gil, Perena, Villacampa, Buesa, Guallart, Galindo, Márquez, Arnedo, Pujol, Serrano, y tantos otros, conquistaron inmensa popularidad, y dentro como fuera de España alcanzaron justísimo renombre.

El general Laval fué nombrado gobernador de Zaragoza, y el 5 de Marzo hizo su entrada en ella el mariscal Lannes, á quien recibió en la iglesia del Pilar el padre Santander, obispo auxiliar, que, ausente en los dos sitios—dice Toreno,—volvió á Zaragoza ¡á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria!

Sesenta y dos días duró el sitio, y sin la epidemia, enemiga principal de los defensores, aún habrían tardado muchos más en apoderarse de la inmortal ciudad los imperiales, puesto que al capitular sólo poseían la cuarta parte de la ciudad, el arrabal y algunas iglesias y conventos.

Creen algunos que en lugar de encerrarse en la ciudad 30.000 soldados habría sido mejor conservar sólo la mitad y enviar los otros 15.000 á los ejércitos que se hallaban combatiendo, con lo cual habría disminuído el número de bocas, cuestión tan principal en todo sitio, y prestado menos pábulo á la epidemia.

El general francés Roguiat, testigo presencial del valor mostrado por los defensores de Zaragoza, escribió:

«La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los más admirables espectáculos que ofrecen las naciones, después de los sitios de Sagunto y Numancia.»

La Junta Central, en nombre del rey Fernando VII, queriendo dar una prueba de la alta estimación en que tenía á Zaragoza y á sus habitantes, por su grandioso y singular mérito, decretó lo que sigue:

I. Que Zaragoza y sus habitantes y guarnición sean tenidos por beneméritos de la patria en grado heróico y eminente.

II. Que luégo que el digno y bizarro capitán general de Aragón sea restituído á la libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la Junta, á nombre de la Nación, le dé aquella recompensa que sea más digna de su constancia invencible y de su vehemente patriotismo.

III. Que se conceda un grado á todos los oficiales que se han hallado en el sitio, y que á los soldados se les considere con la graduación y sueldo de sargentos.

IV. Que todos los defensores de Zaragoza y sus descendientes gocen de nobleza personal.

V. Que á las viudas y huérfanos de los que hubieren perecido en la defensa se les conceda por el Estado una pensión proporcionada á su clase y circunstancias.

VI. Que el haberse hallado dentro de la plaza durante el sitio, sea un mérito para ser atendido en toda pretensión.

---

(1) *Victoires, conquetes é desastres.* — 1795 á 1815.

(2) Solanilla (Alcalde de Zaragoza).—*Manifiesto al vecindario de Aragón.*—1814.

© Biblioteca Nacional de España

VII. Que Zaragoza sea libre de todas las contribuciones por diez años, contados desde el día en que se haga la paz.

VIII. Que desde aquella época se empiecen á reedificar sus edificios públicos á costa del Estado con toda magnificencia.

IX. Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpetua del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa.

X. Que en todas las plazas de las capitales del reino se ponga desde ahora una inscripción que contenga las circunstancias más heróicas de los dos sitios que ha sufrido Zaragoza.

XI. Que se acuñe una medalla en su honor, como testimonio de gratitud nacional por tan eminentes servicios.

XII. Que á cualquiera ciudad de España que resista con la misma constancia un sitio igualmente porfiado y tenaz, se le concedan los mismos honores y prerrogativas.

XIII. Que se excite á los poetas y oradores españoles á ejercitar sus talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca, á nombre de la Nación, un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema, y otro igual al que escriba el discurso más bien trabajado sobre este sitio inmortal, llevándose por objeto, en una y otra obra, no sólo recomendar á la memoria y admiración del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y el patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional y llenar los corazones españoles del mismo amor á la libertad y del mismo horror á la tiranía.—Real Alcázar de Sevilla 9 de Marzo de 1809. —El Vicepresidente de la Junta Central, *Marqués de Astorga*.»

Hé aquí algunos trozos de las primeras composiciones dedicadas á cantar las hazañas de Zaragoza:

«Á LOS ARAGONESES.

(Fragmento.)

A tí, hijo esforzado del Ebro sonante,
A tí, valeroso del pecho de acero,
Sin arte soldado, sin armas guerrero,
Del Corso verdugo, del orbe terror.
A tí, que á la Iberia levantas triunfante,
A tí, que la animas á ser vengadora
Del mónstruo del mundo, del orbe señora,
A tí los aromas, los cantos de honor.
¡Oh! ¿cuál fué, responde, impávido ibero
El foso profundo, la altiva muralla
Que contra el torrente de la vil canalla
De escudo, de abrigo te pudo servir?
«Mi hogar es el foso, el muro mi acero,
Amor de la patria mi brío indomable,
Con éste el estruendo del bronce agradable,
Con éste en batalla gozoso morir.»
.....

A. B. O.

Semanario Patriótico.

«ZARAGOZA RENDIDA.

(Fragmento.)

Entrad tiranos; rota la barrera
Que os detenía está. Ya no hay vivientes;
Zaragoza no existe: el aire impuro
Engendrador de muerte, ha devorado
Millares de valientes
Que de gloria se hubieran coronado.
Hollad esos cadáveres gloriosos
En sangre tintos, y volad ligeros;
Hé aquí un templo; saqueadlo: este es el triunfo
De vuestras armas... Bárbaros, teneos,
Aún hay vivientes, sí, que contrastando
Las tristes ansias de la muerte, acuden
Venganza apellidando,
Y se vengan y mueren ¡ay! triunfando.
....

Rafael Benito y Travieso.

Cádiz.—Imprenta de la Misericordia.

Créese que la composición que alcanzó el premio fué un *Poema* de Martínez de la Rosa, que tuvo á su favor los votos del ilustre Jovellanos y del gran Quintana.

La Junta Central.—Muerte de Reding.—Los guerrilleros catalanes.

Si hemos elogiado á la Junta Central en lo que considerábamos justo, tócanos ahora censurarla por lo que estimamos perjudicial á la santa causa de la Independencia.

En 1.° de Enero de 1809 publicó un Reglamento para regularizar la acción de las Juntas provinciales, reduciendo su número á nueve individuos, encargándolas de pedir donativos, cobrar impuestos, hacer alistamientos, prohibir la libertad de imprenta, y cambiando su título por el de *Juntas supe-*

© Biblioteca Nacional de España

riores provinciales de observación y defensa.

La Junta Central, que á las Juntas soberanas de provincia debía su vida, atentaba contra ellas; la hija se rebelaba contra la madre.

Demás de esto, la Junta Central aparentaba ignorar que si España peleaba por la independencia, peleaba también por su regeneración política y social, que muchas Juntas provinciales se hallaban formadas por hombres activos, enérgicos y valerosos, que ansiaban dotar á su patria de las reformas que con tanta justicia como necesidad reclamaba su atrasado estado, y que empeñarse en sostener la monarquía absoluta de Fernando frente á la liberal que ofrecía José, era un error que podía traer consecuencias funestas.

No satisfecha todavía la Junta Central, creó un tribunal de seguridad pública, y envió comisionados para representarla en las Provinciales, los cuales podían presidirlas y hasta dirigirlas. Semejantes comisionados no podían ser atendidos, y no lo fueron, y uno de ellos, el marqués de Villel, en Cádiz, estuvo á punto de ser víctima de las iras populares, por creerle partidario de la entrada en la plaza de otra expedición inglesa enviada por el gobierno de la Gran Bretaña, dudosa del resultado de la guerra de España contra Napoleón, y á la que la Junta negó por decoro nacional el solicitado desembarco.

Por fortuna, el patriotismo de todos evitó los conflictos que se temían, y España se dispuso en el año 1809, como lo había hecho en el anterior, y como lo haría en los siguientes, á proseguir la lucha empeñada, contando para su empresa con el heroismo de sus hijos y con las simpatías que su resuelta actitud le habían conquistado en toda Europa.

* * *

El general D. Tomás Reding, eficazmente auxiliado por la Junta de Cataluña, que para suministrarle los fondos necesarios no vacilaba en tomar la plata de las iglesias y fundirla, continuaba en Tarragona reorganizando el ejército y molestando á los franceses, ora disputándoles el terreno, ora apoderándose de sus convoyes, ora cortando sus comunicaciones.

Acantonados los imperiales en Barcelona y Tarragona, pronto consumieron los víveres almacenados, y se vieron obligados á emprender expediciones á la montaña, donde nuestros somatenes y guerrilleros les hacían pagar con la vida el alimento que iban á buscar.

Pero la caída de Zaragoza excitó los ánimos de los catalanes, que á toda costa querían tomar la revancha.

Reding ordenó al general D. Juan Bautista Castro avanzar hasta colocarse entre Saint-Cyr y Barcelona, mientras que él le acometería por la parte opuesta, descendiendo del Coll de Santa Cristina.

Conociólo Saint-Cyr, y cayó repentinamente en Igualada sobre Castro, bien ajeno de pensar que iba á ser sorprendido por el mismo á quien él iba á sorprender; Castro se retiró dejando á los franceses los ricos almacenes que había en aquella villa.

Reding, apenas lo supo, corrió en auxilio del brigadier Iranzo, que, batido por Saint-Cyr, de vuelta de Igualada, se había guarecido en el monasterio de Santas Creus, decidiendo regresar á Tarragona por el camino que hay á orillas del río Francolí.

El 24 de Febrero tropezó Reding con la división Souhan, establecida en las alturas de Valls; pero tras una sangrienta lucha de seis horas, logró derrotarla cuando apareció Saint-Cyr, y aunque nuestros soldados se mantuvieron firmes al principio, el cansancio de seis horas de lucha y la superioridad de las fuerzas enemigas trocó la victoria en derrota, perdiendo nosotros más de 4.000 hombres entre muertos y heridos, toda la artillería y los bagajes, y al general Reding, que herido en la acción, fué de nuevo acuchillado por los franceses, contra los que se batió con sin igual bravura, llegando perseguido por ellos á Tarragona, donde falleció á los dos meses, más que de sus heridas del pesar de la derrota.

Tarragona y Cataluña toda, admiradoras del valor y del entusiasmo de Reding, lloraron la muerte de aquel valiente, que habiendo nacido en Suiza consagró sus talentos

© Biblioteca Nacional de España

militares á España, y dió generosamente su vida por su nueva patria.

Pero aún quedaban los somatenes y las guerrillas, y ellas van á vengar la derrota de Valls y la muerte de Reding.

Multiplicáronse en toda Cataluña las partidas y los encuentros parciales, tan terribles para los franceses, y Saint-Cyr no tardó en comprender, á vista de los reveses que sufría, que nada había conseguido destruyendo el ejército de Reding.

De Tarragona, de la montaña, de todos los pueblos surgió más potente que nunca la sublevación.

Diez mil somatenes y miqueletes reconquistan á Igualada, derrotan al general Chavrán y lo arrojan á Villafranca; bloquean de nuevo á Barcelona y cortan las comunicaciones entre Duhesme y Saint-Cyr; sitian por hambre al ejército francés, y Saint-Cyr se ve obligado á retirarse á la alta montaña por entre Vich y Gerona, así para buscar víveres, como para tratar del asedio de esta última ciudad (19 de Marzo), siempre molestado por los guerrilleros.

El día 28, al saber la Junta Gubernativa de la comarca del Vallés (región de la provincia de Barcelona que comprende todo el partido judicial de Granollers) las disposiciones de Saint-Cyr para atravesar aquella comarca y marchar contra Gerona, dispuso por público pregón lo siguiente:

«Al toque de somatén, que empezará en esta villa de Granollers, y se continuará sucesivamente por los demás pueblos del partido, todos los hombres aptos para las armas correrán presurosos á tomarlas, y se reunirán los de cada pueblo en el paraje á donde acostumbran concurrir en los días festivos, y así reunidos marcharán á apostarse en algún sitio ventajoso bajo el mando de alguna persona de satisfacción, la que el *Bayle* ó el ayuntamiento destine. Comisionados de la Junta recorrerán varios puntos para dirigir á los somatenes en las posiciones que hayan de tomar, y en las reuniones de varios pueblos en un mismo punto.—Granollers 28 de Marzo de 1809.—Por acuerdo de la Junta Gubernativa del Vallés, *Miguel Puig*, Secretario.

Los generales imperiales, temerosos de aquella multitud de guerrilleros que por todas partes les asediaban, sin dejarles punto de reposo, trataron de ganar á los del Vallés, exhortándoles á retirarse á sus casas y aceptar la *dulce* dominación francesa.

Hé aquí su respuesta:

«A las diez y media de esta mañana se ha presentado con señas de parlamento á los paisanos que están en las alturas inmediatas de la iglesia de Casanovellas, un cuarto de legua de la villa de Granollers, cabeza del Vallés, un edecán de V. E. diciendo que el general le mandaba hacerles saber que sus tropas sólo hacían la guerra á los soldados, y de ningún modo á los paisanos, y por consiguiente que se volviese cada cual á su casa, que dejase las armas, y que no se le haría daño alguno; que sino, había una división al frente; otra venía por detrás; y que el general Saint-Cyr se presentaría con la suya. Se ha quedado en que se daría parte á quien correspondiese, y que se contestaría en escritos ó de palabra.

Estos paisanos, que tienen á grande honor de ser una porción, bien que pequeña, de la noble, generosa, valiente nación española, están íntimamente penetrados de los males que han recibido de las tropas francesas en las muchas ocasiones que por desgracia han invadido sus pacíficos domicilios; las casas incendiadas, los muebles y efectos robados, las tímidas mujeres violadas, asesinatos á sangre fría, y profanados los objetos de la religión de sus padres, han sido el fruto de los servicios que habían prestado á aquellas tropas cuando el gobierno español mandaba alimentarlas. Horrorizados justamente de tan duros procedimientos, no tienen otro arbitrio que repeler la fuerza con la fuerza, y por más que por sí solos no puedan sostenerse en los pueblos abiertos ó indefensos, se atrincherarán en los montes inmediatos; serán sus valles los fuertes que los defenderán, y desde ellos opondrán á sus enemigos la más tenaz resistencia, mientras el gobierno les ordene mirar como á contrarios los vasallos de Napoleón I.

El general que manda en Cataluña á las tropas españolas es el conducto por el cual deben venir las órdenes á que deban sujetarse. En este instante se da parte á S. E. de

© Biblioteca Nacional de España

la proposición que motiva este escrito; sus mandatos serán los únicos obedecidos, y entre tanto se espera del general francés que cesará las hostilidades en estos pueblos, que en este supuesto no cometerán nada contra las tropas francesas, aunque permanecerán los paisanos en los puntos que ocupan. Si contra toda esperanza fuese desatendida tan justa proposición, no habrá medio de que no se valgan estos naturales para sacudir la invasión que padecen; son muchos sus recursos, y nunca se rendirán á un poder que no les ha manifestado otro derecho que el de la fuerza. Emulos en valor y constancia de toda la España que resiste tan inicuo poder, no se separará jamás este partido de los nobles sentimientos que respeta la nación entera. El general Saint-Cyr y sus dignos compañeros podrán tener la funesta gloria de no ver en todo este país más que un montón de ruínas; podrá gozarse, como los caníbales, de pasearse sobre los cadáveres que sacrifique á su furor; pero ni ellos ni su amo dirán jamás que este partido del Vallés rindió la cerviz á un yugo que justamente rechaza toda la nación.

Esto responden todos los paisanos del Vallés, representados en los que ocupan las expresadas alturas.

A 1.° de Abril de 1809.—*Los paisanos del Vallés.*»

Temeroso Saint-Cyr de las conspiraciones que en Barcelona se fraguaban con infatigable constancia para arrojar á los franceses y proclamar la causa nacional, ordenó á Duhesme que convocase á Junta á las autoridades (9 de Abril) y les exigiera el juramento de fidelidad á José, en su nombre y en el de la ciudad. La negativa fué unánime; un magistrado exclamó:—«Antes pisaría la toga que deshonrarla con un juramento contrario á mi lealtad;» y un empleado de Hacienda, repuso:—«Aun cuando toda España proclamase á José yo no lo haría y me expatriaría.»

Ofendido Saint-Cyr mandó prender á 29 ciudadanos, deportándolos á Francia, á los cuales hizo el pueblo una entusiasta ovación, que aumentó más y más el furor de los imperiales.

Prosiguió Saint-Cyr su camino hacia Gerona, y entró en Vich, donde solo halló al obispo y algunos ancianos y enfermos, pues todos los habitantes habían huído llevándose sus alhajas. Agotadas las provisiones que allí encontró, tuvo que emprender nuevas excursiones para adquirir víveres que le costaban innumerables bajas, pudiendo decirse que el soldado francés *comía la ración empapada en su propia sangre.*

Tantas contrariedades impulsaron á los imperiales á realizar el pronto asedio de Gerona.

Guerrilleros de Castilla.—El Empecinado.—Merino.—Saornil.—Bermúdez.—D. Juan García y D. Francisco López.

En todo el camino carretero á Francia, desde Burgos hasta los linderos de Alava, y en ambas riberas, por aquella parte del Ebro, hormigueaban las guerrillas, dice Toreno.

Con efecto; en los meses de Enero y Febrero, el *Empecinado*, separado del cura Merino después de la brillante toma de Roa, recorría al frente de su partida, engrosada cada día con nuevos patriotas, los partidos de Aranda de Duero y de Segovia, la tierra de Sepúlveda y Pedraza, siempre incansable y siempre victorioso.

Acosado por los enemigos, se internó en Segovia, llegó á Santa María de Nieva, recogió muchos caballos y hombres, y burlándose de los franceses tornó de nuevo hacia Avila y Burgos.

Con tales hechos se extendió la fama del *Empecinado* y aumentó la persecución de los franceses, que no le perdonaban el ataque de Roa, ni las contínuas derrotas que les hacía sufrir.

Viendo que las fuerzas enviadas en su persecución, á pesar de ser tan considerables, no podían darle alcance, se apoderaron de su anciana madre.

¡Acción villana que sólo podía ser ejecutada por los violadores de Córdoba, los sacrílegos de Rioseco ó los saqueadores de Zaragoza!

Pero ignoraban con quien tenían que combatir. El *Empecinado* había hecho muchos prisioneros, y á la noticia de haber sido co-

© Biblioteca Nacional de España

gida en rehenes su madre, contestó que de primera intención fusilaría cien de los franceses que tenía en su poder, y que luégo iría fusilando de ciento en ciento cuantos prisioneros hiciera, amenaza ante la cual retrocedió el general francés, autor de la *hazaña*, y, dejando libre á la madre, prosiguió con mayor empeño la persecución del hijo.

***

Merino, después de la toma de Roa, continuó persiguiendo á los imperiales, sin perdonarse fatigas, ni excusarse desvelos, realizando con la mayor tranquilidad actos expuestísimos.

A principios de 1809, para conocer los proyectos de los franceses, se introdujo seis ú ocho veces en Burgos disfrazado de labrador, llevando un borriquillo cargado de pimiento rojo en polvo, que iba vendiendo por las calles con el mayor desembarazo y confianza (1).

Si bien parecía que se ocupaba de la mercancía, D. Jerónimo concentraba toda su atención en el estado de la plaza, informándose de las fuerzas de los imperiales, procurando enterarse de sus proyectos y recogiendo muchos datos de los cuales se aprovechaba después maravillosamente.

Por aquel tiempo llegó á Burgos el presbítero Sr. Peña, procedente de Sevilla, encargado por la Junta Central, como *Comisario regio*, de la organización de las guerrillas en Castilla, conforme al reglamento que anteriormente publicamos.

Los jefes de guerrillas, puestos en contacto con otros patricios ilustres que por necesidad habitaban en las poblaciones ocupadas por los franceses, adquirieron bien pronto, por mediación de éstos, noticias ciertas de los planes del enemigo, é hicieron una guerra de mayor importancia.

Relacionado Merino, por casualidad, con un patricio de Burgos, tan ilustrado como buen español, al que siempre llamó su *Director*, nombre con que nosotros le designaremos igualmente, fueron muchas y brillantes las acciones que el antiguo cura de Villoviado pudo realizar, gracias al misterioso patriota.

El *Director* aconsejó al presbítero Peña que se mantuviese retirado en su casa, y escribió á su íntimo amigo el abad de la Colegiata de Lerma, D. Benito Taberner, que luégo fué obispo de Solsona, llamándole con toda urgencia á Burgos.

Acudió al llamamiento, y el *Director* le reveló el secreto y la necesidad en que estaban de dar principio á la organización de las guerrillas, y que como abad mitrado y prelado del cura de Villoviado, que estaba alzado en armas, convenía le citase á una reunión patriótica.

El abad cumplió su palabra, se vió con Merino y quedó acordada la reunión.

El *Director* y Peña marcharon á Lerma, y al día siguiente, acompañados del abad Taberner, se encaminaron á Covarrubias, y en unión del abad de aquella colegiata, á quien se inició en el secreto, subieron al monasterio de San Pedro, distante media legua. Poco después se presentó Merino, dejando en el bosque su escasa partida.

El abad benedictino los recibió con el mayor cariño, y fué inscrito en la lista de la asociación patriótica.

Reunidos los seis individuos en la sala abadial del monasterio, el comisario Peña leyó el decreto de la Junta Central y su credencial. El *Director* propuso las medidas que convenía adoptar, ofreciendo extender un reglamento. Juraron todos guardar el mayor secreto, y se disolvió la junta.

Esta fué la primera y más solemne reunión insurreccional contra los franceses que se celebró en Castilla en principios de 1809.

Aquí dió comienzo realmente la vida formal del *guerrillero* D. Jerónimo Merino.

No teniendo este partidario sino 20 hombres, de los que sólo 15 montados en malos jacos, que le dió su amigo y compañero el *Empecinado*, le pidió al *Director* le proporcionase algunos caballos.

Quince días después recibió Merino en la sierra 50 caballos, perfectamente enjaezados, con un sable y dos pistolas en cada uno, un excelente albéitar y mucho herraje.

Las Juntas patrióticas de Aranda, Roa y

(1) *Galería militar contemporánea.*

© Biblioteca Nacional de España

Lerma estimularon á los mozos á que se presentasen como voluntarios á la *partida* del cura Merino. La de Lerma hizo tales esfuerzos que presentó 60 jóvenes, y alistó otros varios de los pueblos inmediatos.

El escribano D. Ramón Santillán tenía un hijo de gallarda presencia, estudiante en Derecho, y que más tarde llegó á ministro de Hacienda, senador y gobernador del Banco de España, y le alistó como voluntario de caballería en la partida de Merino.

No quisiéramos ser indiscretos ni presuntuosos, pero siempre hemos creído, desde que comenzamos nuestros estudios para esta obra, que el famoso *Director* del cura Merino no era otro que el escribano D. Ramón Santillán, de gloriosa memoria.

Con todos estos elementos, D. Jerónimo Merino se apoderó en Forcioso del correo y su escolta, el día 6 de Enero.

El 6 de Mayo atacó otros dos correos que venían custodiados por numerosa escolta, á la que dispersó matando á 30 hombres, y envió toda la correspondencia á la Junta Central, que premió tan importante servicio con la condecoración de la Cruz Roja.

El 12 de Junio se apoderó en Villalmanzo de un convoy que venía de Burgos con municiones, apresando éstas y matando 22 hombres de la escolta; y en la mañana del 13 atacó á la guarnición francesa que había en Lerma, la desalojó de los reductos y estacadas que había levantado, tras de una porfiada y sangrienta lucha, y la obligó á encerrarse en el fuerte.

Sabedor el 5 de Julio de que una columna francesa estaba requisando granos en Peñacoba corrió á su encuentro, sin cuidarse de las grandes fuerzas de los imperiales, y la atacó con tal decisión que bien pronto los franceses echaron á huir dejando en poder de Merino todo el grano, 22 caballos y 50 prisioneros, no parando en su huída hasta Aranda, adonde llegaron todavía perseguidos por nuestros guerrilleros.

*
* *

Por aquellos días salió al campo otro guerrillero que bien pronto debía alcanzar gran renombre, D. Jerónimo Saornil.

Era D. Jerónimo Saornil natural de Pozal de Gallinas, lugar de la provincia de Valladolid, donde nació en 1771, siendo bautizado en la villa de Olmedo.

Hijo de padres labradores, en 1789 ingresó en el regimiento de infantería de Burgos y más tarde en el de voluntarios de Valencia.

Cuando los graves sucesos de 1808, Saornil, que se hallaba en su pueblo natal con la licencia absoluta, disponiéndose á seguir cuidando de la modesta hacienda de sus padres, ardió en patriótica indignación, y se propuso abandonarlo todo, y corrió á luchar contra los franceses.

Había hecho con gloria la campaña de 1795, muchas veces los había combatido, y de nuevo quería luchar contra ellos.

A fines de Diciembre de 1808, al paso de Napoleón por Medina del Campo, Saornil, con ayuda de D. Francisco Toribio Hernández, D. Santiago Gómez y D. Bernardo Ayllón, sorprendieron un correo francés, acuchillaron la escolta, y nuestro futuro héroe condujo á Orense los pliegos interceptados y los entregó al marqués de la Romana, no sin correr grandes peligros.

El 11 de Enero de 1809 la Junta Central le concedió el grado de alférez, y le autorizó, conforme á sus deseos, para volver á Castilla y levantar una guerrilla.

De regreso á Castilla, recorrió los pueblos animando á unos, excitando á otros, y en pocas horas pudo reunir en las cercanías de Arévalo 20 hombres valerosos, dispuestos á morir por la patria.

Con estos veinte hombres decidió atacar el destacamento francés que estaba en Arévalo, compuesto de un capitán, dos tenientes, tres sargentos y 50 soldados.

No valieron á los imperiales ni la superioridad del número, ni los parapetos de las casas, y al cabo de dos horas de fuego se rindieron á discreción. Saornil se disponía á llevarlos á Ciudad-Rodrigo, con tres correos y sus balijas que había interceptado, cuando al llegar al pueblo de Cisla supo que en Madrigal de las Torres había entrado un convoy enemigo que se dirigia de Salamanca á Madrid, con infinidad de zapatos, camisas, uniformes y utensilios de guerra, escoltado por 100 infantes.

© Biblioteca Nacional de España

¡Grande era el número de los contrarios! Saornil consultó á sus guerrilleros, y todos á una voz respondieron:

—*¡No importa!* ¡Adelante!

Entregó, pues, la custodia de los prisioneros y de las balijas que llevaba á las justicias de Cisla, y partió como un rayo en busca de los imperiales.

El triunfo se retrataba en los rostros animados, en los ojos brillantes de Saornil y de sus guerrilleros.

No tardaron los nuestros en avistar á los franceses, y sin darles tiempo de ponerse en defensa ni de que sus jefes pudiesen contar los pocos hombres que venían á combatirlos, se lanzaron sobre ellos, divididos en tres pelotones, con tal ímpetu y tal fortuna, que los enemigos huyeron á la desbandada, dejando el campo sembrado de cadáveres y en poder de nuestros guerrilleros 10 prisioneros y los 22 carros que componían el convoy, y que Saornil se apresuró á conducir á Ciudad-Rodrigo y entregar al general don Miguel Vives (16 de Abril).

Una vez en Ciudad-Rodrigo, por indicación del coronel D. Ramón Martínez, comandante de la vanguardia española en Ledesma, y sirviéndole de guía el joven y valeroso abogado D. Felix F. Avilés, atacó Saornil á los franceses que había en Fuente Sauco, el día 2 de Mayo, ansioso nuestro amigo de vengar en este día la sangre de los heróicos madrileños que en el año anterior habían perecido en la capital á manos de los franceses.

Hé aquí el parte de este hecho de armas publicado por la *Gaceta:*

«Al romper el día 2 de Mayo, instruído D. Jerónimo Saornil por el abogado D. Felix Fernández Avilés, vecino de Fuente Sauco, de los cuarteles que ocupaba el enemigo, tomó todas las avenidas de dicho pueblo, en el que había un destacamento francés de 50 hombres y 40 caballos, echándose sobre ellos, pero no pudo sorprenderlos porque la guardia del cuartel que vigilaba hizo fuego, con lo que se alarmaron atrincherándose en el mesón y casas que ocupaban, y sostuvieron un fuego bastante nutrido, hasta que al fin se entregaron.

El resultado ha sido la muerte de 16 franceses y la prisión de 64, teniendo Saornil cinco guerrilleros de pérdida y cuatro caballos muertos, entre ellos el suyo.

El mismo D. Jerónimo Saornil había entregado antes en Ciudad-Rodrigo 32 prisioneros, 14 fusiles, seis carabinas y 13 caballos.»

Vuelto á Ledesma, aún prestó Saornil con sus guerrilleros otro importante servicio, pues reforzando las tropas del coronel Martínez, se pudo impedir la entrada en Ledesma de los franceses, que procuró con porfiado empeño el general Montier.

Y antes de pasar adelante, vamos á consignar un rasgo de uno de los guerrilleros de Saornil, que bien merece ser conocido.

* * *

Ramón Bermúdez, más conocido por *Pontevedra*, zapatero de oficio é hijo de Arévalo, fué uno de los muchos jóvenes que acudieron al llamamiento que el brigadier don Ignacio de Tapia, conde de Val-del-Aguila, hizo á la juventud de Arévalo para que fuese á la capital á ingresar como voluntarios en el batallón que en Avila se organizaba para combatir á los franceses, llamamiento al cual respondió la provincia con el mayor entusiasmo, presentándose en Avila, al lado de jóvenes de las primeras familias de Arévalo, como los Sres. Bernal, Revilla, Sánz y otros, que desde luego fueron nombrados oficiales, otros como Bermúdez que, poco afectos á la disciplina militar, resolvieron incorporarse á las guerrillas. Bermúdez se dió bien pronto á conocer en la de Saornil por su valor y serenidad.

Deseoso un día de ver á su familia, y contra la voluntad de su jefe, por considerar su pretensión una temeridad, en atención á que en Arévalo existía guarnición francesa, resuelto á llevar á cabo su deseo, se despidió de sus camaradas, y á los dos días, y casi ya de noche, se encontró á una legua de Arévalo con un guarda de campo á quien preguntó si había visto alguna partida de franceses, á lo que el guarda contestó que allí cerca, en la casa del Soto (posesión del actual marqués de Cilleruelo), había diez dragones, que huyese si no quería ser víctima de ellos.

© Biblioteca Nacional de España

Al instante concibió Bermúdez el proyecto de apoderarse de ellos y entrar en Arévalo precedido con la gloria de este triunfo.

—Si tú me ayudas—le dijo al guarda,—verás qué pronto los prendemos.

—¿A los franceses?—interrogó con espanto el guarda.

—Sí,—contestó Bermúdez.

—¿Te chanceas?

—Todo lo contrario.

—¿Y cómo?—preguntó el guarda, á quien la sangre fría con que Bermúdez se explicaba iba dando ánimos.

—Mira; vas á llegarte á la casa, y muy azorado les dices que huyan, que viene sobre ellos la partida de Saornil.

—¿Y qué más?

—Lo demás déjalo de mi cuenta.

Había cerrado la noche y la oscuridad era completa.

El guarda echó á correr hacia la casa, diciendo á los franceses que se preparasen á la defensa, pues venían sobre ellos más de cincuenta guerrilleros.

¡Júzguese el espanto de los franceses!

De repente se oye á Bermúdez gritar:

—¡Cercar la casa!... ¡Veinte hombres por la espalda!... ¡Veinte por el frente!... ¡Adelante!...

Suena un tiro...

Y los dragones, aterrados, se entregan sin resistencia.

Bermúdez ordena que vayan saliendo uno á uno y entregando las armas.

En tanto el guarda se presenta con una cuerda y empieza á atarlos por parejas.

Cuando los imperiales se dieron cuenta de lo acontecido era ya tarde, y sin más escolta que el guarda y un molinero que acudió al tiro, Bermúdez presentó en Avila á los 10 dragones.

Las autoridades de la capital trataron de recompensar á Bermúdez y sus dos compañeros y todos se negaron; mas insistiendo el presidente de la Junta, pidió Bermúdez que se pusiese en libertad á D. Valentín Perrino, escribano y vecino de Arévalo, que se encontraba detenido en Avila por haber sido delatado como afrancesado, gracia que le fué concedida en el acto.

Este hombre, tan esforzado en el campo de batalla, como bueno en la paz, al terminar la guerra, volvió á Arévalo, tornó á sus trabajos, sin jamás pedir ni aceptar premio alguno por lo que él juzgaba el cumplimiento de su deber.

* * *

Por las montañas de León se hacía notar otra guerrilla al mando del rico hacendado D. José María Vázquez, apellidado el *Salamanquino*, por ser hijo de esta ciudad, el cual no cesaba de combatir á los imperiales y de producirles daños terribles.

* * *

En el mes de Marzo de 1809 se formó en el lugar de la Encinilla, en la provincia de Avila, una partida de guerrilleros á caballo, denominada *Húsares francos de Avila*, al mando de los esforzados patricios D. Juan García y D. Francisco López, la cual, sin darse punto de reposo, persiguió tenazmente á los imperiales, causándoles en diversas ocasiones y en sangrientos combates pérdidas de gran consideración.

D. Juan Díaz Porlier.

D. Juan Díaz Porlier, apellidado el *Marquesito* por suponérsele pariente del marqués de la Romana, había nacido en el año de 1788 en Cartagena, ciudad de América, perteneciente á Nueva Granada, en el territorio de Colombia.

Muy inclinado á la carrera militar, y buen marino, como lo son generalmente los isleños, principió su carrera entrando de guardia marina en la armada española.

En 1805, cuando apenas contaba diecisiete años, se halló Porlier en el famoso combate naval de Trafalgar, donde ya dió pruebas del valor y de la intrepidez que en plazo no lejano le habían de conquistar elevados puestos en la carrera de las armas.

Poco satisfecho, sin embargo, de los resultados de aquel combate, pasó bien pronto, á petición suya, á un regimiento de caballería, deseoso de poder mostrar en tierra las condiciones militares que no le permitía des-

© Biblioteca Nacional de España

plegar en un barco la ciencia marítima.

Durante los comienzos de la campaña, Porlier se mostró siempre lo que era, un valiente... Pero la sangre hervía en sus venas, su cabeza forjaba mil planes. Soñaba con esa diosa que se llama la gloria, necesitaba ancho campo donde mostrar sus altas dotes; era el águila que, sintiendo robustas sus alas, quiere tender su vuelo y llegar hasta el mismo sol.

Cierto que había conquistado algunos grados, como premio á los actos de valor que había llevado á cabo contra los franceses, á los que profesaba un odio inextinguible,



D. JUAN DÍAZ PORLIER

pero estas hazañas, lejos de calmar la sed de victorias que le devoraba, sólo habían logrado excitar más y más sus nobles deseos.

Coronel de uno de los regimientos que se hallaron en la desgraciada batalla de Gamonal, perdida por el conde de Belveder, el dolor que experimentó ante aquella tremenda derrota sólo se calmó en Porlier al recibir el honroso cargo de juntar dispersos y volver con ellos á combatir contra los imperiales... ¡No es posible pintar su alegría!

Porlier, en su nuevo empleo, se hallaba en su elemento, y para mejor cumplir su misión se situó en San Cebrián de Campos, á

© Biblioteca Nacional de España

tres leguas de Palencia, haciendo un entusiasta llamamiento á toda la juventud castellana.

El *Marquesito*, que soñaba con numerosos y grandes triunfos para su patria, con emboscadas, con sorpresas, con batallas, con todo género de luchas y de combates, iba á realizar sus deseos, y á la cabeza de sus guerrilleros desplegar sus dotes de mando, su clara inteligencia, su genio y su inspiración... y todo ello con entera libertad, con esa libertad que tanto amaba.

¡Ah! la vida de Porlier gira sobre estos dos polos: la Patria y la Libertad; por la una arriesga heróicamente la existencia, y por la otra da noblemente su vida.

Porlier se sentía capaz de grandes hechos por la una y por la otra; Patria y Libertad encendían su espíritu, inflamaban su ánimo y hacían latir su corazón conmoviendo todo su sér.

Tenía la fe y el valor de los antiguos caballeros, y una voz secreta parecía decirle que el barro de su cuerpo servía de envoltura á un alma de héroe.

¡Y era natural! Porlier se hallaba en los comienzos de la vida, y tenía todas las bellas ilusiones, todos los generosos arranques, todos los nobles impulsos, todos los grandes entusiasmos que son patrimonio de la juventud, de esa aurora de la vida que todo lo llena de luz, de calor, de esperanzas y de alegrías.

¡Qué admirable nos parece este jóven dedicando su actividad y su esfuerzo, su inteligencia y su brazo á la defensa de la patria, madre adorada de todo buen hijo, y de la libertad, sin la cual no se concibe al hombre!

Sin grandes trabajos reunió Porlier alguna gente durante el invierno, y ya en el mes de Enero de 1809 sorprendió los destacamentos franceses de Frómista, Rivas y Paredes de Nava, logrando poner en libertad á varios prisioneros ingleses que los imperiales conservaban en su poder.

La suerte hizo que Porlier tropezase con otro hombre de gran valía, con D. Bartolomé Amor, de quien luégo hablaremos, que fué segundo suyo, y uno de esos patricios dignos de mención y alabanza por sus extraordinarios méritos.

Furioso el general francés que mandaba en Palencia de los gloriosos hechos de Porlier y de las contínuas derrotas que hacía sufrir á sus soldados, se apoderó del prior de San Juan de Dios, y de la señora de Paniagua, en cuya casa del pueblo de San Cebrián tenía su alojamiento el *Marquesito*.

Apenas lo supo Porlier envió á su leal compañero Amor á Palencia, en donde éste logró penetrar disfrazado de pastor, consiguiendo hacer llegar á manos del general francés un oficio en que el *Marquesito* le advertía que de no poner inmediatamente en libertad al prior y á la señora de Paniagua, fusilaría todos los prisioneros que tenía en su poder. Determinación ante la cual los presos recobraron inmediatamente la libertad.

No perdonó el general francés á Porlier semejante humillación, y le preparó en Saldaña una emboscada, en la que el *Marquesito* estuvo á punto de ser cogido, salvándose tan milagrosamente, que ni aun pudo tomar su caballo, en mangas de camisa y descalzo, con otros dos oficiales y un cura. Toda la guerrilla de Porlier fué inhumanamente sacrificada, y los franceses llevaron su crueldad al extremo de clavar vivos á algunos guerrilleros en postes que fijaron en el camino de Carrión.

De nuevo Porlier, ayudado del valiente Amor, comenzó á reunir nuevos partidarios y hacer terrible destrozo en los franceses desde la parte derecha del canal, y por Melgar de Yuso, cazando como se cazan pájaros á cuantos imperiales pretendían pasar de una á otra orilla.

Excitado el entusiasmo de los palentinos con estas victorias, y ansiosos de vengar la bárbara muerte de sus hermanos en Saldaña, fué tal el número de guerrilleros que se le presentaron, que Porlier y Amor formaron en Pedrosa dos compañías bien armadas, merced á los fusiles tomados al enemigo, con unos 140 hombres, teniendo que pasar á Astudillo en busca de paño para uniformarlos.

Deseoso Porlier de que nuevos triunfos dieran renombre á sus gentes, resolvió hacerse dueño en el mes de Febrero del depósito de prisioneros que tenían los imperiales

© Biblioteca Nacional de España

en Sahagún. Tal como lo había pensado, y con el apoyo del valiente Amor, realizó su plan el intrépido Porlier, apoderándose de los prisioneros españoles é ingleses que tenían los imperiales, y lo que es más, de los 100 soldados franceses que los custodiaban.

Este gran triunfo produjo en todos los suyos un entusiasmo indescriptible.

Con los auxilios que le prestó la Junta de Asturias, y engrosada su guerrilla con nuevos adeptos, luégo de vencer á los imperiales en Cervera acometió á la guarnición enemiga de Aguilar de Campóo, compuesta de 400 hombres y dos cañones.

Aguilar de Campóo era por entonces una villa de unos 1.000 habitantes, situada en la margen izquierda del río Pisuerga. Su origen se remonta á la época de los romanos; perteneció á la casa señorial de López de Haro, y fué declarada cabeza de marquesado por los Reyes Católicos.

En la plaza, algo irregular, se alzaba la casa consistorial, antes palacio de los señores de Aguilar, con un gran pórtico de columnas y escudos de armas en la fachada, de bastante mérito.

Aguilar contaba además con la iglesia colegiata, edificio del orden gótico, adornada con varios sepulcros; con seis ermitas, un convento de monjas y algún trozo de antiguas murallas.

En los alrededores, y sobre un elevado cerro al Este, existían las ruínas del antiguo castillo de Aguilar; en el camino del valle se admiraban algunas canteras de exquisitos mármoles, y al Oeste el soberbio convento de Premostratenses de Santa María la Real, magnífica obra del siglo XI con ricos capiteles del más puro gusto románico. Cerca de este convento se dice hállanse enterrados el célebre guerrero Bernardo del Carpio, vencedor de Carlo Magno en Roncesvalles, y su alférez el no menos famoso soldado Fernando Gallo.

Los franceses, atacados por el heróico Porlier, Amor y sus guerrilleros, trataron de resistir, concluyendo al fin por encerrarse en el cuartel que ocupaban en la villa, donde se hicieron fuertes.

En él, sostenidos por su artillería y bien pertrechados, desafiaron á Porlier á que los venciera á viva fuerza.

No era hombre Porlier capaz de dejar una empresa que había comenzado á medio concluir, y apeló á un ingenioso medio para rendir á los franceses. Lindaba la torre de la iglesia con el cuartel de los imperiales, y Porlier hizo subir á ella varios de los suyos, disponiendo que desde la alta torre arrojaran sobre el tejado del cuartel enormes piedras, que no tardaron en demoler la techumbre, dejando al descubierto á los franceses, y entonces algunos tiradores escogidos por Porlier dirigieron sus certeros fuegos contra los imperiales, que no tuvieron más recurso que rendirse, quedando prisioneros cuatro jefes, seis oficiales, 400 soldados y dos cañones, que fueron conducidos por Amor á disposición de la Junta de Asturias, la cual premió al ilustre Porlier con el despacho de brigadier y á Amor con el de capitán de caballería.

Era Porlier entonces un joven de veintiun años, de alta estatura, de gallarda presencia, ancha y despejada frente, severo continente, mirada de águila, maneras distinguidas y aspecto resuelto, modelo de caballeros, de patriotas y de soldados.

Sus empresas militares participaban á la vez del ingenio y del valor; gustaba de las sorpresas, pero no vacilaba en disponer una batalla, y su talento era tan sólo comparable á su valor, habiendo llegado á conquistar tanto renombre por su juventud, su fortuna y su intrepidez, que era el ídolo de Asturias y de todas las provincias limítrofes de Castilla.

D. Bartolomé Amor.—D. Francisco Porras.

En la misma provincia de Palencia, y á las órdenes de Porlier, luchaba otro patriota que había de conquistar uno de los primeros puestos en el ejército español; era el célebre D. Bartolomé Amor.

D. Bartolomé Amor abrió los ojos á la luz en el pueblo de Revenga, partido de Carrión de los Condes, el 24 de Agosto de 1785.

Hijo de padres bastante acomodados, que le dedicaban á la iglesia, comenzó por estu-

© Biblioteca Nacional de España

diar gramática en Carrión y en Frómista; cursó en Palencia la Filosofía y los primeros años de la Teología; pero habiéndole cabido en 1804 la suerte de soldado, y no queriendo que su libertad arruinase á sus ancianos padres, entró á servir en el provincial de Burgos, alcanzando bien pronto los galones de cabo, y siendo destinado por sus jefes á instruir los quintos que ingresaban en la compañía, sin que por ello abandonase el joven Amor sus estudios.

En 1805 fué nombrado Amor sargento segundo, ascendiendo á primero en el mes de Noviembre de 1807.

Elegido en 1806 para formar parte de la guardia de honor del Príncipe de la Paz, cuando éste cayó prisionero en el motín de Aranjuez el 19 de Marzo de 1808, fué el batallón de Amor el encargado de su custodia en el castillo de Villaviciosa.

Formando parte de la división de Moreti, se halló en el ataque de Evora (Portugal), rechazando con un puñado de soldados el escuadrón francés que le cercó intimándole la rendición, y á través del cual logró abrirse paso é incorporarse á su batallón, que, unido á toda la división, se retiró sobre el Guadiana.

Organizado el ejército de Extremadura, el batallón de Amor fué destinado á Madrid, hallándose en la sangrienta derrota de Gamonal.

Encargado Porlier de recoger los soldados dispersos de las últimas acciones y allegar nuevos elementos de combate para la lucha, Amor no se hizo esperar; mas antes de salir de su pueblo, adonde había ido con ánimo de abrazar á sus ancianos padres y sacar algunos mozos, realizó una hazaña digna de ser referida.

Una partida de franceses entró en Revenga y se dirigió á la taberna.

Tranquilos y confiados los imperiales, habían colocado los fusiles en un rincón de la gran sala.

Amor, que desde su entrada en Revenga no había dejado de observarlos, formó el plan de sorprenderlos, y reuniendo algunos paisanos se entró resueltamente en la taberna ocupando con ellos la mesa que había frente á la de los soldados y pidiendo vino, que en unión de sus amigos comenzó á apurar con la mayor tranquilidad.

Cuando más descuidados se hallaban los franceses, al grito de Amor ¡á ellos! los paisanos se apoderaron de los fusiles; echaron mano los imperiales á los sables y dentro de la taberna se entabló una sangrienta lucha, que dió el triunfo á los nuestros, á los que Amor excitaba con furor á rematar á los franceses.

Terminado el combate, los cadáveres de los imperiales fueron arrojados á una laguna cercana, y los paisanos, armados con los fusiles de los imperiales y llevando á su cabeza al valiente Amor, se convirtieron en una guerrilla de la que fué nombrado jefe.

A dos leguas de Revenga oyeron voces y gritos; volvióse Amor y distinguió al sacristán del pueblo que llegaba á todo correr, armado con un trabuco.

—¿A dónde vas?—le preguntó Amor.

—A combatir por la patria.

—¡Tú, un pobre sacristán!—dijo mirándole Amor con cierto aire de incredulidad.

—Un sacristán, sí,—respondió éste con firme acento.—Y más listo que tú, como lo prueba lo que acabo de hacer...

—¿Qué ha sido?—le preguntaron todos rodeándole.

—¡Qué ha de ser!... Este, que la da de tan sabio—dijo el sacristán señalando á Amor,—y vosotros que sois unos zopencos...

—¡Muchas gracias!—costestaron algunos.

—Las cosas claras,—repuso el sacristán.

—Y el chocolate espeso,—añadió Amor.—Prosigue.

—El caso es que vosotros habéis metido á los franceses en la balsa casi vivos, exponiendo á todo el pueblo á morir.

—¿Qué dices?

—Que como tenían las cabezas fuera del agua y aún vivían, gritaban hasta desgañitarse, y sus gritos podían atraer á los destacamentos franceses que andan por toda esta tierra, y caer sobre el pueblo y arcabucear á nuestros padres...

—Tienes razón,—dijo Amor.

—Ya lo sabía yo,—contestó el sacristán gozoso y triunfante.

—¿Y qué has hecho?

© Biblioteca Nacional de España

—Una cosa muy sencilla; los he rematado...

—¿Tú?

—Yo solito, con estas manos que se ha de comer la tierra; luégo los he bajado al fondo de la balsa y los he enterrado entre el lodo, y así ya no hay cuidado de que sus compañeros, esos herejes, peores que Judas, los descubran... ¿Qué tal, eh?

—¡Eres un sabio!—dijo riendo Amor.

—Por lo menos—respondió el sacristán,—no soy un tonto...

—¿Y serás valiente?—preguntó Amor.

—¿Valiente?... ¡Allá veremos!... Lo que sí te juro es que el sacristán de Revenga no será un cobarde.

Con efecto, cuando á los pocos días Amor se apoderó en Frómista al pie mismo de la casa del alcalde D. Lorenzo Marquina de un destacamento francés que esperaba las boletas de alojamiento, el sacristán de Revenga no fué de los que combatieron con menor empuje, mereciendo que Bartolomé, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijese:

—Has dicho la verdad; ni eres tonto, ni cobarde.

El sacristán agradeció tanto aquel elogio de Amor, que tenía fama de valiente entre los valientes, que desde aquel día no se separó de su lado.

Reunido Amor á Porlier, que por su valor y sus grandes cualidades le profesaba mucho cariño, se distinguió notablemente al lado de su jefe.

Ya le vimos arriesgar la vida entrando en Palencia á desempeñar la comisión que el *Marquesito* le encargó.

Cuando al regresar en busca de Porlier, con quien se unió en Guardo, supo Amor la catástrofe de Saldaña, trabajó con mayor ardor para levantar otra nueva guerrilla que vengase aquella triste jornada, y en solos ocho días envió á su jefe gran número de mozos, y tres carros con armas y municiones arrebatados al enemigo.

Hallábase descansando Amor en Naveros, en la casa de un pariente suyo, cuando llegaron á pernoctar en ella algunos jefes y oficiales franceses; pasó Amor á sus ojos como un estudiante, hijo de los dueños de la casa, y aun sirvió á dichos jefes á la mesa, entendiéndose con ellos en latín. Al siguiente día, cuando los oficiales se alejaron, sus asistentes pretendieron robar unos cubiertos de plata; caro les salió el intento, pues el valiente Amor hizo pagar con la vida á dos de ellos su afición al robo y al pillaje.

Nombrado por el *Marquesito* alférez el 10 de Marzo y teniente el 11 de Junio, Amor, cuando la entrada en Sahagún, fué quien se apoderó de la casa-cuartel, rindiendo en ella á un comandante, dos oficiales y 70 soldados.

En Castrillo de Villarega sorprendió á un oficial, mató á un sargento é hizo prisioneros á 10 dragones; y en las acciones de Cervera y Aguilar de Campóo se batió con tal denuedo, que Porlier le encargó de la conducción de los prisioneros á Asturias, que le valieron de la Junta el nombramiento, justamente merecido, de capitán.

* * *

D. Francisco Porras fué otro guerrillero notable de la provincia de Palencia.

Hijo de Aguilar de Campóo, tenía á vanagloria el entrar todas las noches en la villa, ocupada por los franceses, para hablar con su novia.

Ignoramos si, por la fama de valiente que gozaba nuestro guerrillero, ó por cierta advertencia que hizo á los imperiales de ir hasta el último rincón de Francia y matar al que se atreviera siquiera á mirarla, la amada de Porras fué respetada por los napoleónicos, por aquellos que, según hemos visto, nada respetaban.

Cierto que era tal el pánico que les producía el solo nombre de los guerrilleros, y tal el miedo que se apoderó de ellos desde la victoria con que Porlier ilustró su nombre en Aguilar, aprisionando toda la guarnición, que los imperiales no se atrevieron luégo á dormir en la villa, en las distintas veces que la ocuparon, sino que lo hacían al otro lado del río Pisuerga, en el convento de Santa Clara, que habían convertido en una fortaleza como si temieran que los guerrilleros lo cercasen y volviesen otra vez á aprisionarlos.

© Biblioteca Nacional de España

Derrotas de Ciudad-Real y Medellín.—Guerrilleros de la Mancha y Extremadura.

La Junta Central se ocupaba con el mayor empeño de la reorganización de los ejércitos de la Mancha y Extremadura, encargados de impedir la entrada en Andalucía de las huestes napoleónicas.

Mandaba el primero, fuerte de 16.000 infantes y 3.000 caballos, el general conde de Cartaojal, y tenía á sus órdenes al duque de Alburquerque, hombre de corazón, poseído del ansia de gloria, pero inquieto y vanidoso. Todo hacía temer entre los dos un rompimiento, que no tardó en verificarse.

El duque de Alburquerque, desprendiéndose con sus fuerzas del ejército de Cartaojal por sus graves disidencias con éste, disidencias que fueron elevadas en consulta á la misma Junta Central, sostuvo varios encuentros contra los franceses alcanzando algunas ventajas, y retirándose por último á Manzanares, desde cuyo punto marchó á reforzar á Cuesta de orden de la Central, convencida de lo imposible que era mantener unidos á Alburquerque y Cartaojal.

¡Siempre las mismas rivalidades!

El conde de Cartaojal avanzó con su ejército hasta Yébenes (24 de Marzo); pero acosado por Sebastiani, que había sustituído á Lefevre en el mando del 4.° cuerpo francés, se replegó á Ciudad-Real, donde fué batido en los días 27 y 28, teniendo que guarecerse en Sierra Morena; y gracias á que Sebastiani no pasó de Santa Cruz de Mudela, en donde aguardó al mariscal Víctor, que operaba en Extremadura de acuerdo con él, no fué mayor nuestra derrota.

* * *

El guerrillero D. Isidoro Mir, que no cesaba en sus empresas contra los imperiales, al saber que se dirigían hacia Consuegra 20 caballos y 40 infantes (5 de Marzo), se retiró con sus hombres á la cuesta del Castillo, exhortándoles á batir á los franceses, á no volver la espalda y á morir á su lado, todo lo cual juraron los nuestros poseídos del mayor entusiasmo.

Apenas se presentaron los imperiales se arrojó Mir sobre ellos con tal denuedo, que les hizo 12 prisioneros, entre ellos al general Bonderweid, á su secretario y á un comisario de guerra, quedando los demás muertos, sin otro daño los nuestros que una pequeña herida de bala que recibió en una pierna el mismo Mir.

* * *

Otro de los guerrilleros de la Mancha, que merece especial mención, es D. Francisco Sánchez *(Francisquete)*.

Había nacido en Camuñas, provincia de Toledo, donde era muy estimado.

Invadida España por los franceses, *Francisquete* y su hermano fueron de los primeros que en la Mancha salieron á campaña contra los imperiales.

En una de las acciones se vieron obligados á refugiarse en Camuñas; perseguidos por los franceses se encerraron en su casa, que, transformada en una fortaleza, costó á los imperiales mucha sangre y muchos hombres muertos antes de llegar á conquistarla.

Agotadas las municiones, *Francisquete* logró salvarse, pero su hermano, menos feliz, no pudo seguirle.

Excitado por los franceses se entregó á ellos, bajo palabra de que le conservarían la vida... mas apenas le tuvieron en su poder le colgaron de las aspas de un molino, gozando en verle morir en aquella especie de tormento propio sólo de inquisidores.

Francisco, al saberlo, lloró lágrimas de sangre, y sobre el cadáver de su hermano juró no entregarse al sueño, ni probar alimento alguno, ni apagar la sed por más devoradora que fuera, sin antes vengar á aquel mártir, cuyo valor y heroísmo habrían respetado los soldados de cualquier ejército que no fuera el de Napoleón.

Y *Francisquete* cumplió su juramento, y hasta que algunos franceses no borraron con su sangre la de su hermano, ni bebió un sorbo de agua, ni comió un trozo de pan, ni durmió una sola hora.

Recorrió los pueblos, llamó en su auxilio á algunos amigos, y bien pronto pudo contar con 30 hombres á caballo, tan hábiles tiradores como buenos ginetes, y comenzó

© Biblioteca Nacional de España

contra los franceses una lucha á muerte, una guerra sin cuartel.

¿Cómo había de perdonar *Francisquete* en campo abierto y con armas á los que no habían perdonado á su hermano, rendido bajo el seguro de la vida?

Su campaña, pues, contra los imperiales fué terrible, sangrienta; á ella le impulsaban de un lado la patria, traidoramente invadida, y de otro su hermano, bárbaramente sacrificado.

Fué, pues, *Francisquete* un cuchillo para los imperiales. Su guerrilla, cual nueva espada de Damocles, estaba siempre suspendida sobre la cabeza de los franceses.

Situado en el camino real desde Madridejos á Despeñaperros, cogió 27 correos franceses mantando á cuantos los custodiaban.

La ligereza de los caballos de sus guerrilleros les permitía moverse con rapidez increíble y caer sobre los imperiales cuándo y dónde menos lo esperaban, y la hábil puntería de sus hombres producía en cada sorpresa un número extraordinario de franceses muertos, puesto que *Francisquete* no perdonaba, no podía perdonar á los verdugos de su hermano.

* * *

No lejos de la de *Francisquete* operaba la guerrilla de los hermanos Cuesta, mandada por el mayor de éstos, por D. Feliciano.

La audacia de esta guerrilla no conocía límites. Lo mismo se lanzaba sobre un pequeño destacamento que acometía á una brigada.

Si buenos eran los tiradores de *Francisquete* no lo eran menos los de D. Feliciano Cuesta, pues diariamente, y en los ratos de ocio, los dedicaba á ejercicios de tiro al blanco para perfeccionarlos, llegando á poseer un dominio tal sobre sus escopetas, que era el arma que usaban casi todos, que cazaban los pájaros con bala.

En cierta ocasión, un comandante francés, jefe de un destacamento de dragones, quiso salir en persecución de Cuesta, y no hallando quien le indicase dónde se hallaba el famoso guerrillero, porque los mejores historiadores extranjeros, y entre ellos los mismos franceses, consignan que los imperiales no pudieron hallar espías en España, obligó al alcalde del pueblo de Villarreal de San Carlos á que le llevase al punto en que los Cuestas se encontraban con sus guerrilleros, como si el desgraciado alcalde lo supiera.

Para mejor conseguir su objeto montó al pobre alcalde en la delantera de su caballo, diciéndole que guiase al lugar en que se hallaba Feliciano Cuesta y su guerrilla, á fin de sorprenderlo y apoderarse de él y de sus partidarios.

El pobre alcalde dejaba marchar el caballo á la ventura, pensando en el modo mejor de salir con bien de esta empresa, lo cual le parecía imposible.

Dos leguas llevaría recorridas la columna, cuando al pasar los soldados bajo de un monte se oyó una voz que gritaba:

—¡Alto! No vaya V. más lejos, señor comandante, que aquí está Feliciano Cuesta y sus guerrilleros.

El espanto del jefe francés no es para explicado.

—¡Por Dios, Feliciano!—gritó el alcalde lleno de miedo al observar que Cuesta se disponía á tirar.—¡Por Dios, no dispares que vas á matarme á mí!...

—No tenga V. cuidado, D. Paco,—respondió Feliciano Cuesta sonriendo.

La sorpresa había impedido al comandante dar orden ninguna á sus soldados, que permanecían bajo las escopetas de los guerrilleros; mas al ver la actitud de D. Feliciano se abrazó fuertemente al alcalde, pensando salvarse de este modo. Aunque en aquella estrecha unión era imposible distinguir nada porque el comandante y el alcalde formaban una masa de carne, y porque ambos forcejeaban con ansia de salvarse, D. Feliciano, á pesar de la distancia y del natural temor de matar á un compatriota, disparó con su acostumbrada firmeza, y el comandante cayó rodando al suelo, en tanto que el alcalde, picando espuelas al caballo, huía á todo galope en dirección á Villarreal de San Carlos, y los guerrilleros sembraban el camino de cadáveres franceses.

El término de este lance fué la destrucción completa del destacamento imperial, y

© Biblioteca Nacional de España

un triunfo más para D. Feliciano Cuesta y sus guerrilleros.

Por extraño que parezca á los hombres versados en la táctica de la gran guerra, en varias ocasiones Cuesta obligó á los franceses á formar el cuadro, que rompieron sus guerrilleros saltando dentro é introduciendo en los imperiales el pánico y el desorden.

Una de éstas fué en los campos de Oropesa, y en ella, el caballo de D. Feliciano al caer dentro del cuadro arrastró á su ginete por haber recibido una herida mortal; rápido como el pensamiento, Cuesta se levantó del suelo, saltó á la grupa del caballo de su pequeño hermano Antonio, y lo que amenazaba convertirse en derrota fué uno de los triunfos más señalados de la guerrilla de los Cuestas.

* * *

También contaban las provincias de Toledo y la Mancha con las guerrillas de D. Juan Palarea (el *Médico)*, de D. Ventura Jiménez, de D. Toribio Bustamante (el *Caracol)*, y otras varias de las que luégo nos ocuparemos.

Gran ruído y estruendo de guerrillas—dice Toreno—andaba por Ciudad-Real, Almagro, Infantes, Villarta y todas las comarcas y villas de la Mancha, batiendo á los imperiales, obligándoles á encerrarse en los pueblos y fortalezas, y á veces á rendirse.

En Almadén se levantó una guerrilla de 160 caballos, mandada por el médico don Juan Velasco Negrillo.

Para su formación suministró la población 50 caballos, y los restantes, con el vestuario, los envió la ciudad de Córdoba.

Esta guerrilla recorría todos los pueblos circunvecinos y sostenía diarias luchas con los imperiales, en las que casi siempre obtenía la victoria, merced al genio militar del Sr. Velasco y al valor de los hombres que la componían.

* * *

El general D. Gregorio de la Cuesta, cuyo duro carácter y espíritu ordenancista había logrado reorganizar el ejército de Extremadura, se trasladó á fines de Enero de Badajoz á Trujillo. La vanguardia, mandada por el general D. Juan Henestrosa, desalojó á los franceses de Almaráz, y Cuesta, luégo de cortar el famoso puente que esta villa tiene sobre el Tajo, á fin de impedir el paso de los imperiales, avanzó á Jaraicejo y Deleitosa, á fin de esperar á los franceses. Las ventajas de semejante cortadura eran problemáticas, en tanto que sus daños fueron reales, pues costó la vida á 26 trabajadores, interrumpió las comunicaciones entre varios pueblos de Extremadura é impidió más tarde las operaciones de nuestros ejércitos.

En el mes de Marzo el mariscal Víctor avanzó contra Cuesta, y al hallar el puente de Almaráz cortado, hizo construir otro de barcas, y al mismo tiempo envió otra división por Talavera y Puente del Arzobispo á fin de atacar á Cuesta por el flanco y por retaguardia.

El general español se retiró á Villanueva de la Serena (22 de Marzo), donde se le juntó el duque de Alburquerque, y con este refuerzo decidió Cuesta volver sobre sus pasos y presentar batalla á Víctor en el llano que se extiende desde Medellín á Don Benito.

Contaba el ejército español con 20.000 infantes y 2.000 caballos, mandados por los generales Cuesta, Henestrosa, Eguía, Triaz, marqués del Portazgo y duques de Alburquerque y del Parque; y el francés con 18.000 infantes y 3.000 caballos, pero mucho mejor distribuídos para el combate. Sin embargo en las primeras horas el ala izquierda francesa se vió arrollada por los nuestros en un recodo que cerca de Medellín forma el río Guadiana; pero cuando los españoles iban á apoderarse de una batería y decidir el triunfo á nuestro favor, los regimientos de caballería de Almansa, Infante y Toledo, sin que nadie pueda explicarse la causa, volvieron grupas, sin atender la voz de sus jefes, é introduciendo el desórden causaron la derrota del ejército español, del que sólo la división del duque de Alburquerque se mantuvo firme, digna y serena. El resultado fué salir Cuesta herido en un pie y perder la mitad de aquel ejército, á tanta costa reorganizado, y tener la otra mitad que buscar la salvación guareciéndose tras de la sierra que separa á Extremadura de Andalucía.

© Biblioteca Nacional de España

Establecido Cuesta en la villa de Monasterio, suspendió á los tres coroneles de los regimientos huídos y quitó una pistola á cada soldado hasta que volvieran á rescatar su honor militar perdido en Medellín.

No censuramos el castigo, pero ¿quién sino él era el primer responsable de la pérdida de la batalla? ¿Cómo un jefe que dispone de tan cortas fuerzas las disemina en una legua de extensión? ¿Cómo un general empeña una acción sin tener una reserva, que pueda en un momento desgraciado, como lo fué la huída de la caballería, acudir en auxilio de sus compañeros?

La Junta Central dió con tan triste motivo una de las pruebas más relevantes de sabiduría y de heroísmo.

Lejos de censurar á nadie mandó las gracias al general Cuesta por no haber desesperado de la salvación de la patria, y le elevó á la alta dignidad de capitán general, pidiéndole constantemente noticias de su herida; declaró á todos los cuerpos que habían combatido en Medellín beneméritos de la patria; colmó de grados y honores á los oficiales y á los soldados que más se habían distinguido, y atendió generosamente al socorro de las viudas y huérfanos de los muertos en la batalla.

La Junta no contaba con otros ejércitos que los de la Mancha y Extremadura, y era preciso no desalentar á los jefes, no abatir á los soldados, mantener vivo el entusiasmo del país y probar al enemigo que ni una derrota, ni diez, ni ciento podían nada contra España.

Todo esto consiguió la Central con su noble conducta.

La Junta de Badajoz, y los pueblos todos de la provincia, rivalizando en patriótico entusiasmo, respondieron al digno y magnánimo proceder de la Central aprestándose con mayores bríos á resistir al invasor, y predicando en los campos, aldeas, villas y ciudades una cruzada que bien pronto había de dar resultados magníficos.

Véase lo que dice á propósito de esta batalla y de la actitud de España uno de los primeros militares franceses (1):

«En otra parte de Europa dos batallas como las de Ciudad-Real y Medellín hubieran producido la sumisión del país, y los ejércitos victoriosos habrían podido continuar sus operaciones. En España sucedió todo lo contrario. Cuanto mayor fué el revés sufrido por sus ejércitos, más dispuestas se mostraron las poblaciones á sublevarse y tomar las armas, y cuanto más terreno ganaron los franceses más peligrosa se hizo su posición.»

El mariscal Víctor acantonó su ejército entre el Guadiana y el Tajo, no atreviéndose á avanzar á Portugal, á pesar de las órdenes de Napoleón, hasta conocer la situación de las tropas francesas en este país, temeroso del ejército anglo-portugués, y más temeroso aún de las guerrillas que le acosaban por todas partes.

Así era la verdad.

Las guerrillas del marqués de Monsalud, de D. Mariano Ricafort, de D. Francisco Rodríguez, de D. Miguel de Quero, de don José Joaquín de Ayestarán, de D. Francisco Longedo y de D. Lorenzo Noriega, y otras cien, cuyos hechos iremos relatando, causaban grandes pérdidas al ejército del mariscal Victor, sobre todo de noche, á pesar de la exquisita vigilancia que había establecido.

José y la Junta Central. Fracasos de los generales Víctor y Lapisse.

Las continuadas victorias de los ejércitos franceses hicieron que José, abandonando su actitud un tanto pasiva, adoptara una marcha más resuelta, considerándose ya como dueño de España.

Aprovechando la desgraciada batalla de Uclés, y siguiendo los deseos de su hermano, trató de formar aquella milicia francesa, pero compuesta de españoles, de que tanto necesitaba; para conseguirlo no dudó en visitar y agasajar á los oficiales españoles que se hallaban en el hospital general de Madrid heridos ó convalecientes, procurando atraérselos á fin de que éstos á su vez se atrajeran los soldados, en cuya tarea le ayudaron las familias de algunos oficiales que, juzgando perdida la causa de la independencia, aconsejaban á sus parientes reconocer y servir

(1) Jourdan.—*Memorias.*

© Biblioteca Nacional de España

al intruso, siendo los más trabajados los del *Regimiento de Irlanda*, que José trataba de organizar para su servicio con el nombre de *Real Irlandés*.

Un conocido escritor dice á este propósito (1):

«Los oficiales, viéndose por una parte forzados por el hambre y por otra mejor vestidos, comidos y pagados, no tuvieron reparo en tomar parte en este nuevo ejército y prestar juramento de servir al rey José. Y de estos, y de algunos que trajeron del ejército del marqués de la Romana, principiaron á formar algunos regimientos, que los madrileños y todos los fieles españoles distinguían con los motes de *jurados* ó *renegados*, mirándolos con tal ojeriza y aversión que, observadas por los soldados, éstos fueron los primeros en desertar de un partido que, no por inclinación, sino por necesidad habían abrazado.»

Justo es consignar que hubo muchos españoles, militares y civiles, que juraron sin escrúpulo adhesión á José mientras estuvieron bajo su poder ó bajo el de los generales franceses, y una vez libres tornaron á las filas de los patriotas donde los llamaban su lealtad y su cariño. Hé aquí la razón de por qué los franceses, poco satisfechos de esta fingida adhesión, enviaban á estos militares á los ejércitos de Alemania ó Rusia, donde no era posible burlasen la vigilancia de los jefes y de la gendarmería sino en casos muy contados y extraordinarios.

Del regimiento *Real Extranjero*, proyectado por Napoleón, durante su estancia en Madrid (14 de Diciembre de 1808), sólo pudieron formarse los cuadros de oficiales, y aun esos de una manera incompleta.

El llamado *Real Irlandés*, al constituirse el 23 de Enero de 1809, no recibió ya ese nombre sino que obtuvo el numero 1 de la brigada irlandesa.

En el mes de Febrero se expidió por José un decreto para la formación de un batallón de infantería ligera, compuesto de cuatro compañías, y cuyo personal debía ser voluntario y sin enganchamiento, encargado de la guarda y policía de Madrid.

(1) Doctor Carnicero.

Ignoramos si hace referencia á esta fuerza ó á otra de nueva creación una carta que publicó la *Gaceta del Gobierno* del día 2 de Setiembre de 1809, y que decía así:

«Al venir de mi casa á Molina, estuve á punto de caer en las inmediaciones de Negredo en poder de 22 *gendarmes españoles* ó *renegados*, que escoltaban 52 carros de lana que iban de Guadalajara á Soria. Ya habrá usted oído hablar de estas carretas que al día siguiente vinieron á caer en poder de nuestras guerrillas.»

* * *

Alentado José con los triunfos de Ciudad-Real y Medellín, envió al magistrado D. Joaquín María Sotelo á la Junta Central, y con pretexto de *tratar de remediar los males* que sufrían las provincias ocupadas por los ejércitos franceses y evitarlos á las que debían serlo, ganar á sus individuos y conseguir de ellos que abandonasen la gobernación del país.

El 12 de Abril lo comunicó Sotelo á don Gregorio de la Cuesta desde Mérida, y este general lo trasmitió á la Junta Central, que pocas horas después le enviaba la siguiente patriótica respuesta:

«Si el Sr. Sotelo trae poderes para tratar de la vuelta de nuestro amado rey Fernando, y de que las tropas francesas evacuen al instante el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá, con anuencia de nuestros aliados. Cualquier otra especie de negociación, sin salvar al Estado, envilecería á la Junta, la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruínas de la patria que oir proposición alguna en mengua del honor y de la independencia del nombre español.»

El general Horacio Sebastiani, por orden de José, escribió en igual sentido al general D. Francisco Venegas, que había reemplazado á Cartaojal en el mando del ejército de la Mancha; y no satisfecho aún se dirigió á D. Francisco Saavedra, ministro que era de Hacienda de la Junta Central, y á Jovellanos, á quien envió una carta llena de elogios á su talento, en la que, halagando sus

© Biblioteca Nacional de España

sentimientos liberales y sus ideas de regeneración, le pintaba el cuadro de las desdichas que iban á caer sobre España si la Junta no accedía á las proposiciones de José.

El ilustre anciano le contestó con la siguiente carta, modelo de lealtad, de pureza y de patrióticos sentimientos:

«Yo no sigo un partido sino la causa justa y santa de mi patria.

Nosotros no lidiamos, como decís, por la inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por los intereses de los nobles, sino por nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia.

Consideramos como una de nuestras primeras obligaciones regenerar á España y levantarla al esplendor que tuvo un día.

Quizás no pase mucho tiempo sin que Francia y Europa vean que la misma nación que ha defendido su rey y su independencia de una agresión tanto más injusta cuanto que venía de fingidos amigos, tiene bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que sus enemigos encubiertos la preparaban.»

En apoyo de esta severidad de principios, de esta constancia y de este heroísmo, de que tantas pruebas dieron la Junta Central y España toda, véase lo que dice un notable escritor alemán (1):

«Los ejércitos españoles podrían dispersarse á la vista de las legiones enemigas. Los ungidos del Señor, y toda la aristocracia del nacimiento y de los empleos, podrían doblegarse á la voluntad del vencedor ó disponerse á recibir su yugo; pero la Nación, y sus jefes más íntimos, se mantenían inflexibles, porque no querían deber sino á ellos mismos la reconquista de la independencia, la vuelta de Fernando y las reformas esenciales que habían de labrar la felicidad de España.»

* * *

Retirado el general Cuesta después de la desgraciada batalla de Medellín á las montañas que confinan con Andalucía, el mariscal Víctor se situó en Mérida. Su objeto era observar al caudillo español, tener alarmada la plaza de Badajoz, contra la que hizo una tentativa, que su heróica Junta rechazó á cañonazos, y esperar noticias de lo acontecido en Portugal al mariscal Soult, cuando se le presentó el general Lapisse.

Este general, destinado á invadir por Castilla el Portugal, en combinación con los mariscales Víctor y Soult, que debían hacerlo por Extremadura y Galicia, se contentó con apoderarse de Zamora en todo el mes de Enero, y en Marzo hizo una tentativa contra la plaza de Ciudad-Rodrigo, apelando, no á la guerra franca y leal de los cañones, sí al soborno y á la traición, que fueron desoídas con noble altivez por el jefe de la legión extranjera allí acantonada, Sir Roberto Wilson.

Viendo Lapisse que Wilson le cortaba las comunicaciones con Víctor, y temeroso de las guerrillas que se formaban por todas partes, resolvió marchar á Extremadura y unirse con Víctor en Mérida, lo que consiguió no sin tener que forzar el paso de Alcántara, cuya villa entregó, según costumbre, al pillaje y saqueo de sus tropas por el delito de haberle opuesto resistencia.

Unidos Víctor y Lapisse trataron de cumplir, tarde ya, las órdenes de Napoleón, y se encaminaron hacia Portugal, pasando el puente de Alcántara, que no pudo volar el coronel inglés Mayne, al que fueron persiguiendo hasta Castello-Branco (14 de Marzo); pero inquietos por la presencia del general Mackenzie en Abrantes, y por la retirada que Soult se había visto obligado á emprender desde Oporto á Galicia, retrocedieron.

Aunque su intento era volver á Mérida, no pudieron realizarlo, porque Cuesta había bajado resueltamente hasta Fuente del Maestre, y las guerrillas, con los paisanos de los pueblos ribereños del Tajo, se hallaban en armas, quedándose en Torremocha: mas tampoco se decidieron á permanecer en este pueblo, temerosos del aumento del ejército de Cuesta y de la llegada de los soldados ingleses que la Gran Bretaña había enviado á Portugal en Castello-Branco, retirándose á Plasencia, no sin antes volar el famoso

(1) Coronel Schépeler.

© Biblioteca Nacional de España

puente de Alcántara después de haberlo repasado.

Levantamiento de Galicia.—Guerrilleros gallegos.

En cumplimiento de la órdenes de Napoleón se dispuso el mariscal Soult á la conquista de Portugal, en combinación con el ejército que mandaba Víctor en Extremadura, dejando encargado á Ney del mando en jefe de las tropas francesas en Galicia.

Dirigióse Soult á Tuy con 22.000 hombres, y el día 5 de Febrero de 1809 envió un destacamento á la villa de La Guardia, tratando de reunir barcos para atravesar el Miño; mas los portugueses, que estaban alerta, echaron á pique seis de las siete lanchas cargadas de franceses y aprisionaron los soldados que conducía la última, lo que obligó á Soult á desistir de su temeraria empresa, retirándose el 19 á Tuy, de donde volvió á salir con objeto de realizar la invasión por Orense.

Galicia, que ardía en deseos de batirse, consumó en pocos días un levantamiento general, según veremos después.

Soult, luégo de proponer á la Romana, que con su pequeño ejército de 9.000 hombres se hallaba en Monterey, una traición, que el general español rechazó indignado, entró en Chaves (11 de Marzo) después de batir al general portugués Freire, que fué arrastrado en Braga; derrotó en Carvalho al sucesor de Freire, un oficial hannoveriano llamado Ebben, y penetró en Oporto, no sin que esta ciudad le opusiese una tenaz resistencia, sobre todo los 200 hombres que se encerraron en la catedral y que perecieron todos. Soult, como de costumbre, entregó esta rica ciudad al saqueo y al pillaje de sus tropas.

Mas en Portugal como en España, estas victorias nada significaban, y los franceses no poseían más tierra que la que pisaban.

Noticioso Soult de la reconquista por el general portugués Silveira, al frente de algunos paisanos, de las importantes ciudades de Chaves, Braga y Guimares, y sin noticias de Lapisse, ni Víctor, que por Castilla y Extremadura debían secundar su empresa, trató de contemporizar con los portugueses, encargó á los soldados la más severa disciplina, y se rodeó de las personas más influyentes de la ciudad, procurando inculcarles la idea de que Napoleón, conforme al famoso tratado de Fontainebleau, pensaba hacer de Oporto y su provincia un estado independiente con el nombre de *Lusitania septentrional*. El resultado fué que una comisión de 12 portugueses llegó á pedir á Napoleón que crease ese ilusorio estado y les diese por rey á Soult, que soñaba con una corona. Semejante petición, obligada por las circunstancias, se parece mucho á la hecha en Madrid á Napoleón solicitando la vuelta al trono del intruso José. ¡Oh poder de la fuerza!

Dícese que no fué extraña la conducta de Soult á los planes de la sociedad de los *filadelfos*, descubierta en todos los ejércitos de Napoleón, los cuales se proponían destronar á Bonaparte, que había concitado las iras de toda Europa contra Francia, y volver á proclamar la República.

Inglaterra, al ver la resuelta actitud de España y Portugal, elevó á 20.000 hombres su ejército en la Península, poniendo á su frente al joven Wellington.

Wellington, lejos de dirigirse á Extremadura á unirse con Cuesta, como deseaba la Junta Central, contando con los 12.000 hombres del general Mackenzie, situados á orillas del Tajo, en Santarén, con las partidas de Silveira y con el ejército de Beresford, resuelve atacar á Soult, que se ve obligado á abandonar Oporto y encaminarse, siguiendo la orilla del Cavado, á la provincia de Orense (3 de Mayo).

Pero ¡qué retirada la suya!

Antes de internarse en las montañas inutilizó la artillería y las municiones, y abandonó el tesoro del ejército...

Durante la marcha los paisanos de Galicia diezmaban su ejército...

Los soldados tenían que vadear los ríos sobre piedras, uno á uno, bajo los tiros de nuestros guerrilleros...

En el puente del *Saltador* oyeron cañonazos y todo el ejército se desbandó...

Al fin, el 18 de Mayo llegó Soult á Orense, en el estado más lastimoso, hallando Galicia en completa insurrección.

© Biblioteca Nacional de España

Los paisanos de la Puebla de Trives, excitados por su abad, se lanzaron los primeros al combate y se apoderaron de 80 dragones que presentaron en triunfo al marqués de la Romana.

Los vecinos del Barco de Valdeorras, llevando al frente á su abad, al ver transitar por su territorio los inmensos equipajes de un general francés, compuestos de objetos robados, se reunen, atacan al destacamento que lo custodiaba, compuesto de 108 dragones, matan 89, hacen prisioneros los 19 restantes y se apoderan del equipaje.

Todos los habitantes del valle empuñan resueltamente las armas para defender la independencia, y para oponerse al castigo de sus hermanos si los franceses lo pretenden. Reunidas cinco fieldades eligen una Junta y escogen por sus generales al abad de Casoyo D. José Quiroga, de la ilustre casa de Quiroga, y á su hermano D. Juan Bernardo Quiroga, los cuales comienzan una serie de victorias contra los franceses, extendiendo sus correrías hasta el Vierzo.

D. Diego Núñez de Millaroso, hombre de buena posición social, muy amante de España y de Galicia, natural de la Puebla de Trives, se echó al campo, y al frente de un puñado de hombres sorprendió un convoy que cruzaba el Sil, por Puente-Nuevo, siguiendo á la división Marchand; y poco después (2 de Febrero) atacó á 100 ginetes franceses que intentaban penetrar en Trives, y aunque éstos se defendieron bizarramente, el ímpetu de los nuestros fué tal que todos quedaron muertos ó prisioneros, causando tales acciones el mayor entusiasmo.

Tras de ellos, D. Ignacio Herbón (el juez de Cancelada) por la parte de Betanzos, sin cuidarse de la proximidad del enemigo, levanta una partida que, á fines de Febrero, cae por sorpresa sobre un convoy en Duncos, del que se apodera, matando á todos los soldados que lo custodiaban.

Fomentaban la insurrección, por la parte de Tuy, varios clérigos, siendo los principales los célebres abades de Valladares (don Juan Rosendo Arias) y de Couto.

D. Mariano Troncoso, que tal era el nombre del segundo, congregó á fines del mes de Febrero á sus feligreses con motivo de una contribución que los invasores habían echado, y les dijo:

—«En vez de dar á los enemigos lo que nos piden, seré vuestro guía y jefe si queréis negarlo y emplearlo en la defensa de la patria.»

Acogida la propuesta con gran entusiasmo, todos se dispusieron al combate, y de valle en valle, y de monte en monte, no se oye más que este grito formidable *¡Matar franceses!* y cada cual empuña su arma, el trabuco, la escopeta, el sable, la hoz ó la honda, que todas eran buenas para luchar por la independencia.

Hacia Santiago, nuestro antiguo amigo el abad D. Nicolás Albericia, á quien vimos en Madrid al comienzo de nuestra historia, se había lanzado al campo impulsado por la inhumana muerte dada por los franceses á su querido sobrino Carlos y por su amor á la patria. En su parroquia de Conjo brotaban los hombres, ansiosos de combatir, hasta de las piedras, y los frailes del celebrado monasterio de mercenarios de Conjo ayudaban á D. Nicolás con decidido empeño en su tarea de reclutar gente y organizar guerrillas.

Las ocho parroquias, denominadas Calle de Conjo, Arines, Bando, Eijo, Figueiras, Laraño, Marrozos y Villestro, que componían la feligresía de D. Nicolás Albericia, todas se pusieron en armas á la voz de su querido abad. Ninguno ignoraba en Conjo la muerte del sobrino de D. Nicolás; todos habían asistido á las solemnes exequias que su tío le dedicó; todos le habían oído elogiar las bellas prendas de aquella criatura; todos habían llorado con D. Nicolás, y todos, haciendo suya la ofensa de su abad, habían jurado vengar al niño Carlos, juramento que cumplieron como buenos.

Como se ve, son los abades y curas de Galicia los que se ponen al frente de la insurrección y los que derrotan al enemigo al frente de sus feligreses. Ellos son los que inflaman el espíritu de los paisanos, ellos los que excitan el valor de las mujeres, ellos los que prometen la gloria eterna á los que mueran en defensa de la patria. Los abades y curas de Galicia, y á su frente el obispo de Orense, reproducen las escenas batalladoras de la Edad Media, y recordando los triunfos

© Biblioteca Nacional de España

de los cristianos contra los moros, oponen el estandarte de la Cruz á la bandera imperial, que en este caso representa para ellos la media luna. Ellos son los que evocan la memoria del apóstol Santiago, santo y guerrero, y en su nombre predicen la victoria al pueblo, como el santo la predijo al rey don Ramiro contra las falanges agarenas; ellos son los que levantan tantas y tantas guerrillas que forman una red de tupidas mallas que cubre toda Galicia.

Los franceses anatematizaban duramente á estos clérigos, pero sin razón.

Para ellos el obispo Rafael de Santander, sublevándose en defensa de la patria, era un mal sacerdote; pero el obispo de Palencia, invitando al general Lassalle á entrar en la ciudad, ó el de Madrid felicitando á José en la iglesia de San Isidro, ó el auxiliar de Zaragoza, recibiendo al mariscal Lannes, eran unos buenos religiosos.

Para ellos el cura Merino, que se batía por su patria, era malo, y malo también el obispo de Orense, porque se negaba á ir á las Cortes de Bayona y autorizar con su presencia la ruína de España; y eran buenos el padre García, fraile de San Juan de Dios de Sevilla, que mandaba una partida de *gendarmes*, compuesta de españoles renegados, y el monje fray José de la Consolación, que les facilitaba la entrada en Jaca.

¡Valiente lógica la de los franceses!

Suponiendo que los clérigos no deban mezclarse en las luchas terrenales, siempre serán dignos de perdón y de alabanza los que se lancen á pelear en defensa de la independencia de su país, indignamente arrebatada por un titulado amigo, del honor de las mujeres villanamente ultrajadas, de la sangre de inocentes niños bárbaramente acuchillados... En cambio, si como ha dicho un escritor francés, Luis Pedro Courier, *contra su país nunca se tiene razón*, el clérigo que se alce en armas contra su patria sólo podrá aspirar al dictado de Judas, y á ver su nombre colocado junto al del sacrílego D. Oppas que, al pasarse á los árabes en la batalla de Guadalete, labró su propia mancilla y su eterna deshonra.

Los generales imperiales y el mismo Bonaparte, hijos de la revolución de 1789, parodiaban en España la conducta de cierto partido francés, para el cual los curas de la Asamblea legislativa que en Versalles se unieron á los representantes del tercer estado, el obispo Gregoire y los abates Fauche y Lebón, diputados de la Convención, y los sacerdotes juramentados, fieles á su patria, eran malos; y sólo consideraban buenos á los curas vendeanos y bretones, que lanzaban á sus feligreses á la guerra civil, la peor de todas las guerras, y abrían las puertas de Francia al extranjero.

Prosigamos nuestro relato.

En Mouretán la partida del abad de Couto hizo gran daño á los franceses, que en represalias quemaron el pueblo.

Desde el puente de las Hachas hasta Rivadeo se extendían las guerrillas de D. José Labrador, de fray Francisco Marrascon (monje bernardo), y del juez de Maside, amilanando á los imperiales con sus contínuas y sangrientas luchas.

Galicia entera, así en la sierra como en el valle, en las montañas como en los llanos, en los bosques como en las rías, se cubría de arrojados combatientes.

Apenas abandonó Soult á Galicia para ir á Portugal, la insurrección cundió por todas las feligresías de las provincias de Tuy, Lugo, Orense, Pontevedra, Santiago, hasta más allá de las riberas del Ulla.

Por todas partes aparecieron guerrilleros, y la Junta Central y el marqués de la Romana enviaron emisarios á todas las provincias gallegas para atizar el fuego de la insurrección, y el ayudante general D. Joaquín Moscoso repartió con gran éxito ejemplares manuscritos de una instrucción que había compuesto para la guerra de partidas.

Los gallegos de 1808 realizaban hazañas parecidas, sino iguales, á las de sus antepasados.

Eran los mismos hijos de los *gallaici*, de aquel antiguo y denodado pueblo que tan tenaz y vigorosa resistencia opuso á las romanas legiones; los mismos que tras obstinada y sangrienta lucha sacudieron el yugo musulmán y entraron á formar parte de los estados cristianos, que comenzaron á formarse en las montañas de Asturias; los mismos que, no satisfechos con repeler las fre-

© Biblioteca Nacional de España

cuentas algaradas de los moros, los atacaban con el mayor denuedo, llegando á internarse y talar los propios dominios de los islamitas; los mismos que cuando las correrías de los sarracenos eran de tal naturaleza que no podían rechazarlas por la escasez de sus fuerzas, se sostenían firmes en sus castillos y montañas, sin permitirles avanzar un paso; los mismos que un historiador árabe coloca entre los hombres más aguerridos y más bravos de la cristiandad; los mismos que durante una larga época no dejaron pasar un día sin mantener un sangriento combate con los árabes.

Sobrios y activos, valientes y laboriosos, y dotados de una organización física enérgica y fuerte, robusta y vigorosa, amantes de su patria y de su hogar, escasos de bienes si ricos en deseos de trabajar y con ansia de adquirir esos bienes de que carecen, los gallegos, felices en sus montañas, en sus poéticos valles, en sus deliciosas rías y en su tranquilo hogar, amantes de sus costumbres y de su vida tranquila, lo abandonaron todo á la voz de la patria, al grito de su angustiada madre que á voces pedía auxilio y protección de sus amantes hijos.

Los gallegos habían oído contar mil veces á sus abuelos las hazañas de sus antepasados contra los moros en esas largas noches de invierno en que la familia se reune al amor de la lumbre, en tanto que la nieve cubre los campos de una inmensa sábana, y pretendían renovar en 1808 contra los franceses los hechos de sus mayores contra los sarracenos.

¿Qué más daba para ellos un moro que un francés? ¿No eran unos y otros los invasores de su patria, los asaltadores de su casa, los que obligaban á sus ancianos padres á abandonar la casa en que habían nacido, los que se atrevían á deshonrar á su mujer y destruían la cuna en que dormía su inocente hijo? ¿No eran los franceses, como los moros, los que invadían su tierra, los enemigos de su patria y de su rey? Era, pues, necesario combatir sin tregua ni descanso hasta lograr exterminarlos á todos. Y luégo, ¿no predicaba la guerra el señor abad y no se ponía al frente de sus feligreses abandonando sus comodidades y su tranquilidad, cambiando el hisopo por el sable y saliendo á pelear contra aquellos herejes? ¿Cómo negarse entonces? La sola duda habría sido un crimen.

Sí, Napoleón y cuantos le seguían eran unos herejes, unos judíos, unos renegados, y el señor abad no sólo afirmaba que la victoria sería para Galicia y para España, y que cuantos muriesen en esta guerra santa irían á gozar de la gloria eterna, sino que predicaba con el ejemplo, y el gallego, antes que abandonar á su abad, al que había acompañado al cementerio el cadáver de sus padres, al que le había casado, al que había echado sobre la cabeza de su hijo el agua del bautismo, se habría dejado hacer pedazos, que para él el señor abad era sagrado, y sus palabras tan ciertas como el Evangelio que leía en la misa.

Tal fué el número de paisanos que se presentó á combatir, que un historiador calcula en 20.000 los reunidos en Carballino solamente, para instruir á los cuales se pidieron oficiales de valor y de inteligencia al general D. Nicolás Mahy.

La lucha tomó bien pronto unas proporciones gigantescas; primero se cazó á los franceses, parapetados los paisanos tras una tapia ó un árbol; después fueron atacados los destacamentos que recorrían Galicia en busca de víveres; más tarde se negaron los pueblos al pago de las contribuciones impuestas por los imperiales, y por último se lanzaron los paisanos al campo y en franca lid batieron los guerrilleros las columnas francesas.

Ni los crueles castigos impuestos por el general Marchand á los paisanos del Valle de Valdeorras, ni los de su colega Franceschi en el Ulla pudieron domar á los altivos hijos de Galicia, que no vacilaban, á pesar del cariño que profesan á sus bienes, en prender fuego á su casa con tal de abrasar en ella á un francés. ¡Qué gran ejemplo, seguido luégo por la Rusia en su campaña contra Napoleón!

Hé aquí la opinión de un escritor alemán sobre el levantamiento de Galicia:

«Así como en un terreno de manantiales hirvientes ó de volcanes el humo denuncia la proximidad de un fuego subterráneo, las contínuas hostilidades anunciaban en Gali-

© Biblioteca Nacional de España

cia la insurrección en que se abrasaba, y á la que daban más y más bríos la presencia de los oficiales y soldados de los ejércitos dispersos.»

No somos nosotros, son los escritores extranjeros los que elogian sin medida el glorioso alzamiento de las provincias gallegas.

La Junta de las parroquias de Peñaflor, Coto de Amil y Baños de Cuntis (Pontevedra), nombró por su presidente á D. Benito Varela, hermano del valiente D. Jacobo, muerto por los franceses, en gloriosa lucha, el cual presentó un reglamento compuesto de trece artículos estableciendo el orden que había de seguirse para la guerra de guerrillas. El sargento D. José Porras Guerrero fué el jefe inmediato de D. Benito Varela, y sus partidas reglamentadas y ordenadas causaron gran daño á los franceses (1).

Los paisanos de Corcubión (Coruña) taladraron los árboles, los ciñeron unas toscas abrazaderas de hierro, y los convirtieron en cañones.

El caballero D. Joaquín Tenreiro mandaba también una guerrilla que bien pronto se hizo famosa.

El juez D. Cosme Rodríguez Seoane, y el médico y procurador general de la ciudad de Tuy, D. Juan Ramón de Barcia, llegaron á organizar un batallón de paisanos que prestó eminentes servicios en el asedio de Tuy, de cuya ciudad eran hijos los dos citados señores, obligando á los franceses á encerrarse en ella.

Ya la ciudad de Tuy había pretendido organizar una fuerza y allegar recursos para combatir al invasor, cuando el domingo 22 de Enero recibió la triste noticia de que los franceses entraban en Santiago y se disponían á ocupar el resto de Galicia, lo que determinó á sus vecinos á tomar las debidas precauciones, haciendo salir de la ciudad al obispo, á los frailes y monjas, y otras varias personas. En la mañana del 23 tocaron á rebato las campanas de las iglesias de Tuy, convocando á todos los hombres útiles para que se reunieran en San Payo, como así lo efectuaron llenos de ardor bélico, pero al saber que otros muchos paisanos no podían acudir por la entrada de los franceses en sus respectivas localidades, y considerándose pocos en número y sin los medios necesarios para hacer frente á las aguerridas huestes del mariscal Soult, se retiraron acordando dividirse en varios pelotones y constituir guerrillas que, si no podían detener la marcha de los imperiales, los molestasen al menos en su camino.

D. Manuel Cordido, labrador y juez que era de Cotovad, hizo á los franceses una guerra sin cuartel en la carretera de Pontevedra á Santiago.

En Trasdeza, no lejos de Santiago, mandaban dos numerosas guerrillas los hermanos D. Benito y D. Gregorio Martínez, estudiantes de aquella universidad.

En Muros, en Corcubión y Monforte, la defensa de los patriotas fué tal, que los generales franceses sentenciaron á las tres villas á ser incendiadas, no desanimándose sus moradores por tamaños contratiempos y tan horrorosos castigos.

Junta de Lobera.—Sitio de Vigo.—Cerco de Tuy. D. Antonio Gago.

Hacia las alturas de Lobera, el administrador de Rentas de Bande, D. Joaquín José Márquez, reunió tal golpe de gente, que bien pronto se convirtió en un regimiento, que tomó el nombre de *Voluntarios de Lobera*.

A fin de dirigir estas huestes envió el marqués de la Romana á los capitanes don Bernardo González, apodado *Cachamuiña*, del pueblo de su naturaleza, que batió diversas veces á los imperiales por el lado de Soutelo y puente de Ledesma, y D. Francisco Colombo; y la Junta Central al teniente coronel Sr. García del Barrio, al alférez don Pablo Morillo y al canónigo D. Manuel Acuña.

D. Manuel García del Barrio, hijo de Reinosa (Santander), del que ya hablamos anteriormente, figuró en el ejército de la izquierda, luégo que abandonó su país, y marchó después á Sevilla, donde debería ser muy conocido y apreciado, por cuanto la Junta Central le envió con instrucciones y algún pequeño auxilio á fomentar la insurrección de Galicia.

(1) Fulgosio.—*Crónica de Pontevedra.*

© Biblioteca Nacional de España

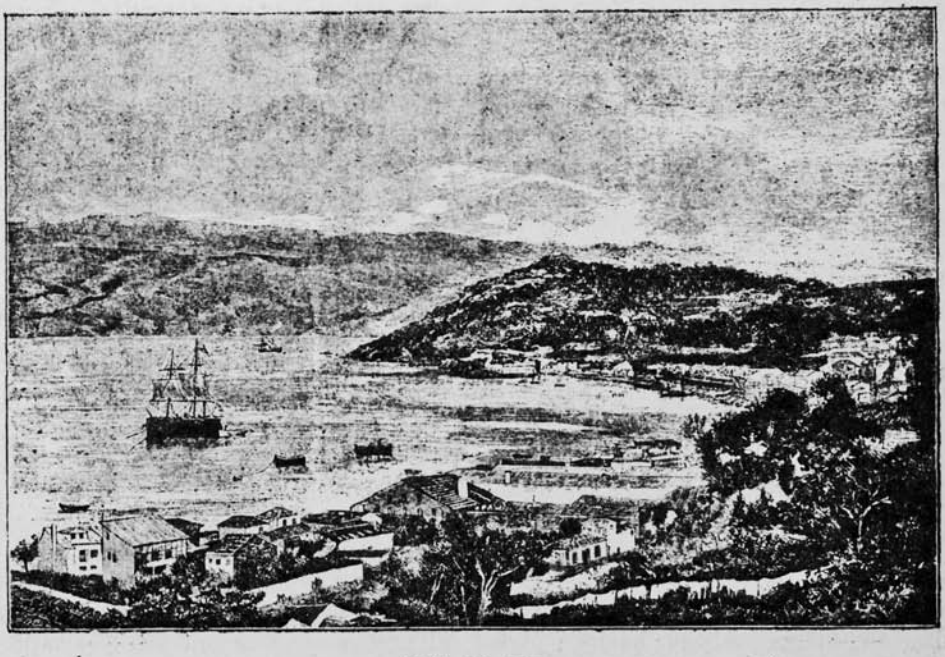
Llegado que fué, se encaminó á Monterrey, conferenciando con el marqués de la Romana, á cuyo lado permaneció hasta que éste salió para Asturias, marchando él hacia Tuy con el alférez D. Pablo Morillo y el canónigo de la catedral de Santiago D. Manuel Acuña, perteneciente á una de las más antiguas é ilustres familias de Galicia.

Sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera había reunido bastante gente el administrador de Rentas de Bande, D. José Joaquín Márquez, incorporósele el 17 de Marzo viniendo hacia Chaves.

Reconocido como *comisionado* de la Junta Central, convino con varios jefes de guerrillas congregar una Junta compuesta de vocales de las de partido y de aquellos guerrilleros que más se habían distinguido combatiendo á los franceses.

Verificóse en efecto—dice un historiador, —instalándose el 21 de Marzo en las alturas de Lobera, á campo raso, renovándose en ella aquella sencillez patriarcal de los tiempos primitivos.

Unidos todos en un solo pensamiento, el de salvar la patria de sus invasores, acor-



VISTA DE VIGO

daron elegir una Junta Directiva de la insurrección presidida por el obispo de Orense D. Pedro Quevedo; nombraron á Barrio comandante general; dispusieron que el esforzado Márquez, que tanta decisión mostraba, se dirigiese con su batallón de *Voluntarios de Lobera* á reforzar á los paisanos que bloqueaban la ciudad de Tuy; que los capitanes González *(Cachamuiña)* y Colombo marchasen á Vigo y engrosasen el número de los sitiadores de aquella plaza; y que el abad de Casoyo con su hermano don Juan Bernardo Quiroga, y otros guerrilleros, emprendiesen diversas correrías y expediciones contra los franceses por Lugo y el valle de Valdeorras.

* * *

El abad de Valladares, D. Juan Rosendo Arias y Enríquez, era en 1808, en la época de nuestra guerra por la independencia, uno de aquellos clérigos de la Edad Media, que á imitación del arzobispo de Toledo, del cardenal Mendoza, del insigne Cisneros y del papa Julio II, de igual modo manejaban

© Biblioteca Nacional de España

el cayado del pastor y el báculo del obispo que blandían la espada y hacían la guerra.

Resuelto á combatir la invasión francesa enardeció desde el púlpito el ánimo de sus feligreses, pintándoles con los más vivos colores la patria oprimida, la religión ultrajada, sus bienes á merced de los generales imperiales, sus hijas y esposas expuestas á los ultrajes de la soldadesca y ellos amenazados de muerte, logrando reunir en pocos días un numeroso ejército de paisanos, con los cuales decidió reconquistar la plaza de Vigo, de que los franceses se habían apoderado.

Apenas organizadas sus huestes las dirigió la siguiente arenga:

—«¡Hijos míos, corramos á pelear contra los franceses en el santo nombre de Jesús crucificado!

¡Corramos á vengar tantas afrentas, tantos sacrilegios, tantos robos y tantos crímenes realizados por esos hombres sin Dios y sin ley!

¡Que todos peleen con brío, que todos muestren á dónde alcanza el valor de Galicia y de sus indomables hijos.

No esperemos que ellos vengan en nuestra busca, no crean que los tememos; salgamos, por el contrario, á su encuentro, y si el cielo en sus altos juicios no quisiera darnos el triunfo, sabed que, muertos ó victoriosos, habéis de gozar de la inmortalidad en la tierra y de la gloria en el cielo!»

El fogoso abad fué llevado en hombros por sus feligreses, con el mismo gozo, el mismo entusiasmo y el mismo fervor con que en la procesión llevaban al santo patrón de Valladares, y teniéndole á él á su frente los paisanos se consideraban invencibles.

Digamos en honor de la verdad y de la justicia que el valiente abad encontró un auxiliar eficacísimo para su atrevida empresa en el alcalde del valle de Fragoso, don Cayetano Limia, hombre que pasaba de los sesenta años, pero erguido, altanero, dispuesto á todo, con una mirada de águila, un corazón de acero y unos músculos de hierro, un anciano por la edad, pero un joven por el brío y el entusiasmo, al que sus muchos años no habían podido enfriar la ardiente sangre que hervía en sus venas, ni abatir su elevado espíritu, y que acudió en socorro del abad con todos los habitantes de su valle.

Con este apoyo y con algunos auxilios que le prestó un crucero inglés de la inmediata costa en armas y municiones, cercó el abad la plaza de Vigo con sus aguerridos montañeses.

Contaba Vigo con una guarnición de 1.300 hombres, mandada por el general Chalot, y bastante artillería.

Bien pronto comprendió el abad que el sitio era imposible, dado que carecía de cañones y de medios para sostenerlo; pero decidido á llevar á cabo su empresa convirtió el sitio en bloqueo, logrando privar á los franceses de víveres y de comunicación con los suyos.

Los sitiadores hicieron varias salidas, no logrando sino que los paisanos estrecharan cada día más el cerco que los habían puesto.

Llegados D. Joaquín Tenreiro, el denodado portugués D. Juan Bautista Almeida y el alférez D. Pablo Morillo, con los muchos voluntarios recogidos en todos los pueblos y valles, se aumentó considerablemente el número de los sitiadores, y el animoso abad decidió intimar la rendición á Chalot, que por toda contestación rompió un vivo fuego contra los sitiadores (19 de Marzo).

Enterado Morillo de que una columna francesa venía en auxilio de los sitiados por el lado de Pontevedra, corrió al puente de San Payo, y ayudado por D. Antonio Gago, vecino de Marín, que capitaneaba una numerosa guerrilla y era dueño de dos piezas de artillería, colocó ambas y otras tres, que le enviaron de Redondela, en el puente, que dejó cortado y fortalecido y al mando de D. Juan de Odogerti, comandante de tres lanchas cañoneras, regresando otra vez al sitio de Vigo con 300 hombres mandados por González *(Cachamuiña)* y Colombo.

La llegada de Morillo no pudo ser más oportuna, pues el abad de Valladares había intimado nuevamente la rendición al general Chalot, quien se negaba, temeroso de arreglos con paisanos, exigiendo tratar con un militar. Morillo, elevado al empleo de coronel, tanto por las numerosas fuerzas

© Biblioteca Nacional de España

que mandaba, cuanto por sus méritos, dirigió un parlamento á Chalot amenazando con tomar por asalto la plaza y pasar á cuchillo toda la guarnición (27 de Marzo) si no se entregaba; y no accediendo Chalot, porque aguardaba socorros del general La Martiniere que mandaba en Tuy, rompió el fuego contra los castillos de San Sebastián y Castro que duró hasta las once de la noche.

El paisanaje con un valor imponderable se acercó á la plaza, y comenzó á derribar las puertas: en la de Gamboa un anciano marinero descargaba sobre ella su hacha cuando fué mortalmente herido; toma el hacha *Cachamuiña*, mozo de alta estatura y colosales fuerzas, y comienza á batirla con tremendo empuje, sin que le arredren los tiros que le dirigen los sitiadores, ni la muerte del anciano, ni las heridas que recibe; cubierto de sangre continúa su obra destructora; su brazo parece de hierro, la afilada hacha caía y se levantaba y volvía á caer y levantarse con vertiginosa rapidez; cada uno de los golpes arrancaba un trozo de la terrible puerta, que al fin cayó en pedazos dando entrada á los nuestros que se lanzaron por ella como un torrente.

Cachamuiña nos recuerda en este momento al célebre y esforzado caballero Garci-Pérez de Vargas, que en el sitio de Sevilla, según las crónicas, habiéndosele quebrado la lanza desgajó la rama de un arbol con sus hercúleas fuerzas y con ella empezó á machucar á los moros, por lo cual y por haberle gritado el rey: *Machuca, Vargas, machuca*, se apellidó más tarde Vargas Machuca.

Cachamuiña destruyendo la puerta de la Gamboa, arrancando de cada tajo de su cortante hacha una astilla, y de cada golpe una tabla, nos parece uno de aquellos gigantes de la mitología, de fuerza extraordinaria, de indomable fiereza, que se atrevieron á hacer la guerra á los dioses y pretendieron escalar el Olimpo, para vencer á los cuales fué necesario que los dioses apelasen al auxilio de un mortal, de Hércules, único que pudo vencer á Porfirión y Alción que eran los más temibles.

Chalot, cuando vió caer la puerta de la Gamboa y entrar por ella el paisanaje, mandó cesar el fuego, y ofreció entregar la plaza, á condición de que sería embarcado con sus tropas en las dos fragatas inglesas que había en el puerto y éstas le conducirían á la Gran Bretaña.

A duras penas logró Morillo detener al pueblo, que aceptó con disgusto la capitulación de Chalot cuando ya la plaza estaba ganada.

El 28 penetraron los sitiadores en la ciudad entre los entusiastas vivas á España y á Galicia, encontrando en ella 117.000 francos en moneda francesa y un rico botín de alhajas y dinero cogido por los imperiales en todos los pueblos de España que habían saqueado.

¿No parece fábula la conquista de una plaza fuerte como Vigo, sin ingenieros, sin cañones, sin otros medios que el valor de unos cuantos miles de paisanos?

La Junta Central, para estimular á las otras poblaciones, elevó á Vigo á *ciudad* con los títulos de *fiel*, *leal* y *valerosa;* distribuyó mercedes entre los que más se habían distinguido en el sitio, y decretó pensiones para las familias de los que sucumbieron en el ataque.

A poco de rendirse Chalot, súpose que venía en su auxilio parte de la guarnición de Tuy; Morillo envió fuerzas nuestras á su encuentro que derrotaron á los imperiales, matando á muchos y haciéndoles 72 prisioneros.

* * *

Desde el 15 de Marzo bloqueaba la ciudad de Tuy, capital entonces de una rica y fértil provincia, el intrépido abad de Couto, si bien de una manera incompleta—como lo prueba el haber podido enviar el general La Martiniere alguna tropa en auxilio de Chalot,—apoyado por la plaza portuguesa de Valencia do Miño, y con la ayuda del alcalde de Seoane y de otros guerrilleros que ya habían alcanzado justa nombradía por sus relevantes servicios á la causa nacional.

Libertado Vigo, esperábase que el cerco de Tuy tendría un pronto y feliz remate, pues acudieron en socorro de las fuerzas del abad de Couto, Morillo, Tenreiro, *Cacha-*

© Biblioteca Nacional de España

muiña, Almeida y todos los caudillos populares, así como D. Manuel García del Barrio, reconocido comandante general por la Junta de Lobera.

El 6 de Abril el general La Martiniere, que mandaba en Tuy, hizo una salida tomando las alturas de Francos, con cuatro cañones, pero fué rechazado con grandes pérdidas.

Llegada la noticia de que venían en auxilio de La Martiniere dos columnas, una de Santiago, contra la cual marchó Morillo, y otra enviada por Soult, que se apoderó de la plaza de Valencia do Miño, se vieron obligados los nuestros á abandonar el sitio, retirándose alguna gente con García del Barrio hacia Puenteáreas; y otros, á las órdenes del juez D. Cosme Rodríguez Seoane y del procurador de Tuy D. Juan Ramón de Barcia, á las alturas que median entre Tuy y Vigo, desde las cuales molestaron á los franceses con diarias escaramuzas y sangrientos combates.

Aunque la columna francesa mandada por el general Maucune ahuyentó á Morillo, cerca de Redondela, y quemó este pueblo logrando penetrar en Tuy, La Martiniere, temiendo otro bloqueo, recogió la artillería y bastimentos y se fué á Valencia do Miño á unirse con la tropa de Hendelet.

Si el cerco de Tuy no tuvo el feliz remate que el de Vigo, infundió, sin embargo, en los franceses un gran recelo, como lo prueba la determinación de La Martiniere, y dejó libre de enemigos la orilla derecha del Miño.

¡Y cómo no recelar y temer de hombres que sin cañones habían entrado en una plaza fuerte, y que en Pontevedra realizaron lo que vamos á transcribir!

D. Antonio Gago, á quien vimos en el puente de San Payo facilitar sus cañones á Morillo para fortificar el puente, era un antiguo corsario, un lobo marino, con un corazón tan valeroso como grande era el amor que profesaba á España y el odio que tenía á los franceses.

Pues bien; Gago, unido á los hermanos Martínez (D. Gregorio y D. Benito), más conocidos por los *Hilarios*, y con algunos paisanos de Cotovad y Calderergano, reunidos por su segundo D. Manuel Alarcón, se atrevió á atacar la ciudad de Pontevedra, ocupada por los franceses, bajando de los montes armados... ¿de qué creerán nuestros lectores? de hoces, de chuzos y de palos, teniendo que retirarse, pero después de dos horas de encarnizada lucha en que llegaron hasta tocar las puertas de la ciudad.

* * *

Abandonada por los franceses la ciudad de Tuy, comenzó la organización del paisanaje, creándose la famosa *División del Miño*.

También llegó la guerrilla de D. José María Vázquez *(el Salamanquino)*, tan conocida en la tierra de Castilla por sus hechos (1).

Por último, encargóse del mando superior de estas fuerzas, que ascendían á 16.000 infantes, algunos caballos y nueve piezas de artillería, el jefe de división del ejército del marqués de la Romana, el valiente general D. Martín de la Carrera (7 de Mayo), á quien García del Barrio cedió las facultades que tenía de la Junta Central, con lo cual tomó la insurrección mayor incremento.

La Carrera se dirigió resueltamente á Santiago, batió á Maucune que le aguardaba en el campo de la Estrella, y entró en la ciudad rescatando una suma considerable de plata labrada de los templos, de que los franceses se habían apoderado. ¡Lástima que en lugar de avanzar retrocediese La Carrera al saber el regreso de Ney y de Soult.

¡Tal fué el resultado del glorioso alzamiento de Galicia!

¡Tales fueron los frutos obtenidos por la audacia y el valor de sus guerrilleros!

¡Heróicos campeones de la más noble de todas las causas!

Los guerrilleros de Galicia fueron el azote de los ejércitos imperiales, la epidemia que los diezmaba.

El guerrillero gallego, parapetado tras de un árbol, oculto en un bosque, encaramado en una roca, á brazo partido, solo, ó en grupos, cumplía religiosamente el juramento que había hecho al arrojarse al campo, y no conceptuaba *ganado el día* (tal era su frase)

(1) Díez Baeza.

© Biblioteca Nacional de España

si al entregarse al descanso no había logrado matar un francés.

Repasen nuestros lectores las guerrillas levantadas en Galicia, cuenten aproximadamente los paisanos puestos en armas, y traten de averiguar, en cinco meses de constante lucha, el número de franceses muertos en cumplimiento de esta sagrada promesa.

El marqués de la Romana.—Los franceses evacuan Asturias y Galicia.

En Asturias la *Junta del Principado* había tomado enérgicas medidas para rechazar á los franceses, ordenando un alistamiento general, incluyendo en él á los donados y legos de los conventos y los beneficiados no



MARQUÉS DE LA ROMANA

ordenados *in-sacris;* una derrama entre los capitalistas y hacendados; rebaja del sueldo á los empleados mientras durase la guerra; interdicción sobre las tesorerías de las iglesias, por si era necesario tomar sus fondos, y creación de dos ejércitos para cubrir los dos ingresos laterales de la provincia.

Nombrado Ballesteros, que era un antiguo capitán retirado y visitador de tabacos, jefe del de la parte oriental, avanzó con él hasta Deva, ganó algunas pequeñas acciones, y á fines de Abril entró en San Vicente de la Barquera. El general D. Jorge Woster, que mandaba el ejército de la parte occidental, se encaminó á Rivadeo y fué derrotado por el general Marthieu, quien luégo de entregar Vivero al pillaje y al saqueo, llegó hasta Navia persiguiendo á Woster, de cuyo

© Biblioteca Nacional de España

ejército se hizo cargo para rehacerlo el hermano del infortunado Acevedo (D. Manuel María).

Bien pronto gozó Asturias de la presencia del marqués de la Romana, *hombre de una nombradía superior á su genio y á su fortuna*, el cual, pasando de militar á político, se declaró jefe de los descontentos de la Junta, por lo cual ésta y el general comenzaron á tratarse con cierta frialdad y desvío, sin que la prudencia y buen tino de su presidente, el brigadier D. José Valdés, antiguo jefe que había sido del marqués de la Romana, lograse reconciliarlos.

El general tenía ámplios poderes de la Junta Central, mas sólo en la parte militar, lo cual no fué obstáculo para que, abrogándose unas facultades de que carecía, reprendiese á la Junta del Principado por haber ordenado que tomasen las armas todos los hombres aptos para el combate, y hasta la pidiese cuentas, á lo que ésta se negó, si bien declarando que estaba dispuesta á darlas á sus comitentes, únicos á quienes reconocía con derecho para exigírselas.

La llegada de cuatro millones de reales que para la Junta del Principado envió la Central, aumentaron el enojo del marqués de la Romana que quería aplicar toda la cantidad al ejército, exigencia á que la Junta se negó. Entonces el general se resolvió á hacer en Oviedo una ridícula parodia del 18 Brumario de Napoleón en Francia, á cuyo fin, y por orden suya, penetró en el salón de Sesiones de la Junta el coronel D. José de O'Donnell con 50 hombres del regimiento de la Princesa y la disolvió, violencia contra la cual protestaron los vocales, señaladamente D. Manuel María de Acevedo.

Disuelta la Junta nombró la Romana otra que la reemplazara, indicando entre otros para formar la nueva al conde de Toreno, que se negó á admitir el cargo por *considerar los procedimientos del general ilegales y dañosos*.

Semejante tropelía disgustó á la mayoría del país y sólo produjo el desconcierto. Podría la Junta anterior haber cometido alguna falta, pero la mayoría de sus disposiciones habían sido justas y patrióticas, y en su noble deseo de servir á la patria no habían vacilado sus dignos individuos en hacer cuantiosos donativos de su bolsillo particular, en momentos por demás difíciles para el Principado de Asturias y para España.

Al objeto de batir al ejército de Asturias el mariscal Ney, de acuerdo con los generales Bonnet y Kellerman, que mandaban en Santander y Valladolid, se dispuso á invadir el Principado, y el marqués de la Romana al saberlo... ¡se embarcó para Galicia!

Posesionados los franceses de Asturias, casi sin combatir, Ney dejó á Kellerman en Oviedo y salió para Galicia, inquieto por la retirada de Soult de Portugal y por la actitud del ejército del marqués de la Romana que, mandado á la sazón por el general don Nicolás Mahy, había derrotado á los franceses en Castro de Feria, y puesto cerco á la ciudad de Lugo en que imperaba Fournier y que hubiese conquistado sin el auxilio que trajo á Fournier el mariscal Soult al regresar de Portugal, teniendo Mahy que retirarse á Rivadeo donde vino á juntársele su jefe el marqués de la Romana.

Resueltos Mahy y la Romana á unirse con el ejército de D. Martín de la Carrera, emprendieron la marcha, y Soult y Ney deseosos de impedirlo avanzaron el primero contra la Romana, y el segundo contra D. Martín de la Carrera.

Nuestra *división del Miño*, mandada por el conde de Noroña, se retiró al puente de San Payo, cortado como se recordará por Morillo, y apenas cruzó el río, sobre un puente de barcas, cuando se presentaron los franceses rompiendo el fuego inmediatamente (7 de Junio), teniendo por último que retirarse Ney después de dos días de una lucha tan infructuosa como fatal para sus tropas.

Soult pasó tres semanas hacia Orense, constantemente fatigado por las guerrillas que iban desangrando su ejército gota á gota; especialmente el abad de Casoyo y su hermano D. Juan Quiroga, con sus montañeses, le causaron tantas bajas desde la otra orilla del Sil, que al pasarlo por el *Monte-furado*, para vengarse del daño que había recibido, hizo saquear y asolar por su general Loisson los pueblos de aquella margen.

Desavenidos Soult y Ney, que también

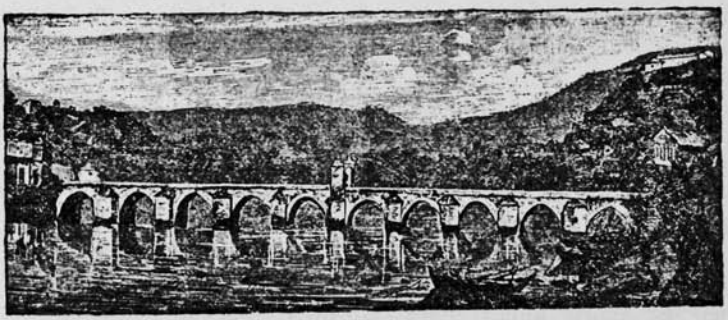
© Biblioteca Nacional de España

entre los generales franceses había graves disidencias, ruínes envidias y bajos rencores, el primero se dirigió á Castilla, descansando en la Puebla de Sanabria (23 de Junio), y el segundo marchó á Astorga, realizando los soldados de ambos, en todos los pueblos del tránsito, los actos de vandalismo más grandes que registra la historia militar.

El pánico de Soult y Ney se transmitió á Kellerman que evacuó Oviedo y Asturias dirigiéndose á Castilla.

Ballesteros, saliendo de San Vicente de la Barquera y de Torrelavega, cayó de improviso sobre Santander (10 de Junio), arrebatándola á los franceses; pero no la ocupó largo tiempo porque, olvidando tomar las precauciones necesarias, se vió á su vez sorprendido por la guarnición, que, reforzada, volvió á penetrar en la ciudad introduciendo el pánico y la alarma entre los nuestros, de tal modo, que Ballesteros y el coronel del regimiento de la Princesa D. José O'Donnell huyeron en una lancha, que á falta de remos impulsaban dos soldados con las culatas de los fusiles.

Sólo se salvaron el regimiento de la Princesa, que, abandonado por su coronel señor O'Donnell, encontró otro jefe en el heróico oficial Sr. Garbayo, que le condujo á Medina de Pomar, y más tarde, salvando mil obstáculos, atravesó con él Castilla y Aragón y fué á buscar al valiente Villacampa en la ciudad de Molina (Guadalajara).



PUENTE DE SAN PAYO

Y aquí volvemos á repetir lo que ya hemos dicho otras veces, censurando los descuidos y la conducta de nuestros generales, y es que no se concibe que un hombre, militar ó paisano, que se halla al frente de un ejército ó de una guerrilla, y que ha logrado sorprender á su enemigo y arrojarle de la plaza que ocupaba, no tome las debidas precauciones para evitar otra sorpresa como la realizada por él, y para conservar aquella plaza á tanta costa conquistada. ¡Semejantes descuidos, para nosotros imperdonables, nos costaron muchas víctimas inútiles!

Porlier, que se había unido á Ballesteros en Torrelavega con sus partidas, no sólo salvó á sus guerrilleros, sino á otras varias tropas, abriéndose paso sable en mano por entre los enemigos con la intrepidez que le distinguía, y una vez fuera de la ciudad, de tal modo guió su gente que no perdió ni un hombre, ni un caballo, haciendo alarde una vez más del genio militar que en tan alto grado poseía el bizarro guerrillero.

* * *

El marqués de la Romana, libre de los cuidados de la guerra, *que en su flojedad de espíritu no tomaba con grande afán*, por la marcha de Galicia y Asturias de Soult, Ney y Kellerman, entró en la Coruña para repetir lo hecho en Oviedo, y erigiéndose en autoridad suprema suprimió las *Juntas* de partido, que habían realizado el soberbio levantamiento de Galicia, y sometió al país á unos *gobernadores militares*, á pretexto de que era necesario un gobierno enérgico... ¡Cuán cierto es que todas las criaturas alar-

© Biblioteca Nacional de España

dean con mayor empeño de aquella cualidad de que más carecen!

Después de convertir á Galicia en un inmenso cuartel, pensó en la guerra y ordenó á Mahy que tomase el mando de Asturias, y á Ballesteros que se le reuniese con los 10.000 hombres que había logrado reunir, saliendo él para Castilla con un ejército de 16.000 infantes y 40 cañones, cuando le sorprendió el nombramiento de la Junta de Valencia para que la representase en la Central por fallecimiento del Príncipe Pío, dejando el bastón de mando al duque del Parque.

El cielo nos libre de querer amenguar las cualidades militares del marqués de la Romana y el mérito que contrajo al regresar de Dinamarca con la legión española; pero es lo cierto que su intrusión en los asuntos políticos y su conducta con las Juntas de Asturias y Galicia produjeron tristísimos resultados, y aun pudieron ser de fatales consecuencias si los generales franceses no se deciden á evacuar aquellas provincias, porque, desordenadas como las había dejado, habría sido muy difícil, sino imposible, volver á producir un levantamiento tan unánime, tan brioso y tan entusiasta como el anterior.

Paralelo.

Antes de proseguir nuestra tarea, séanos permitido hacer un paralelo entre Austria y España, paralelo que fundaremos en hechos consignados por la historia, para que no se tome por exceso de amor patrio, si de él resulta nuestro país mucho más grande que la nación austriaca.

El Austria, que desde el mes de Junio de 1808 se venía preparando para la guerra, á pesar de las conferencias de Esfurt, cuando tuvo dispuestas sus fuerzas y organizados sus poderosos ejércitos, comenzó las hostilidades contra Napoleón abriendo la campaña por la Baviera y el Tirol (9 de Abril de 1809).

Napoleón, que, como ya sabemos, partió de España á fines de Enero, preocupado por las noticias que recibía sobre los aprestos militares del emperador, acepta la lucha á que éste le provoca, gana las batallas de Tann y Abensberg, y un nuevo y completo triunfo alcanzado en Wagram (6 de Julio de 1809), le abre, por segunda vez, las puertas de Viena.

A los cuatro meses escasos de la guerra, el Austria, fatigada de la lucha, se ve forzada á pedir la paz en Znaín, que Napoleón no duda en concederla, si bien arrebatándola todo el litoral del Rhin y del Adriático, sus mejores barreras.

Catorce meses llevaba España combatiendo á Napoleón, y ni por un instante había pensado en solicitar, no ya la paz, pero ni siquiera una tregua con su formidable enemigo.

Y... ¡nótese bien la diferencia entre ambos países!

El Austria era una de las grandes potencias militares; y España hacía mucho tiempo que había dejado de serlo.

El Austria tenía á su frente un emperador; y España se hallaba abandonada de su rey.

El Austria poseía ejércitos poderosos, acostumbrados á luchar con los soldados de Napoleón; y España tenía las mejores de sus escasas tropas en Dinamarca y Portugal, sirviendo la ambición de su pérfido enemigo Bonaparte.

El Austria, desde hacía largo tiempo, había ido amontonando medios de guerra, y cuando provocó á Napoleón contaba con numerosos ejércitos y entendidos generales, y consideraba seguro su triunfo, porque de otro modo no habría retado á Bonaparte á nueva lucha; y España había sido invadida de un modo alevoso por un traidor, que, á título de amigo y de aliado, se había apoderado de sus mejores plazas y de sus más importantes ciudades.

¿Cómo se explica tan diverso resultado?

Por la firmeza y el entusiasmo de los españoles.

En cuatro meses perdió el Austria las batallas de Tann, Abensberg y Wagram; y en los cuatro primeros meses de su lucha con Napoleón, ganó España la batalla de Bailén, hizo levantar los sitios de Zaragoza y de Valencia, y venció á los *invencibles* en el Bruch con un puñado de paisanos.

© Biblioteca Nacional de España

«Herir al águila—ha dicho un notable escritor,—era cortarla el vuelo y preparar su caída.»

España había herido al águila en Bailén y la había cortado las alas en el Bruch.

El Austria lo esperaba todo de sus ejércitos, mientras que España lo fió todo al heroísmo de sus hijos.

Derrotados los ejércitos imperiales, el Austria estaba vencida, pero en España era preciso vencer á todo el país, para poder triunfar.

Austria tuvo soldados, pero careció de guerrilleros; tuvo ejército, pero no partidas; tuvo un emperador, pero no tuvo un pueblo.

Le faltó el espíritu del país, representado por las guerrillas.

Esas guerrillas, que según la opinión del célebre historiador D. Modesto Lafuente, eran el *terror de los enemigos* y el *amparo de los pueblos*.

Vencidos por Napoleón los ejércitos imperiales, el Austria resultó vencida, y conforme á la opinión de Jourdan, en todas las naciones, menos en España, dos ó tres victorias decidían del resultado de una campaña y de la suerte de un país, cosa que no aconteció en nuestra patria, porque detrás de los ejércitos estaban los guerrilleros, y éstos no podían morir porque eran la nación misma.

Poco importa que en la lucha por la independencia, que hemos de reseñar, se pierdan una ni diez batallas, y queden destruídos uno ni diez ejércitos.

España cuenta con un adalid formidable, con el guerrillero, destinado por la patria á hacer estériles los triunfos de los franceses, y cuyos triunfos iremos relatando.

Por cada general español con desgracia aparecerá un guerrillero afortunado; por cada batalla perdida por nuestros soldados se echarán al campo nuevas partidas, que en larga y porfiada lucha irán marchitando los laureles de los vencedores de Jena y de Wagram, y tomando el desquite de nuestras derrotas.

¡La noble resolución de España, el heroísmo de sus ciudades, el valor de sus soldados, el constante batallar de sus guerrilleros, que no dejaban poseer al invasor más tierra que la que pisaba, y abrían en sus ejércitos una ancha herida por la que poco á poco iba perdiendo los franceses la sangre y con la sangre la vida, reanimó el espíritu de Europa, que fué preparándose, aunque lentamente, para la nueva coalición que debía emprender contra Bonaparte, y excitó segunda vez el entusiasmo de Inglaterra por nuestra patria, entusiasmo que parecía un tanto amortiguado.

El célebre Dantón decía que para triunfar sólo era necesario *audacia, audacia y siempre audacia*.

España demostró al mundo algunos años despues de pronunciada la frase anterior por el famoso convencional francés, que para triunfar y para ser libre un pueblo sólo necesita *patriotismo, patriotismo y siempre patriotismo*.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO VI

LA CAMPAÑA DE TALAVERA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA CAMPAÑA DE TALAVERA

Wellington.

Excitado segunda vez el entusiasmo de Inglaterra por nuestra patria, entusiasmo que parecía un tanto amortiguado, según dijimos anteriormente, la Gran Bretaña, después de aumentar su ejército en Portutugal y arrojar de la antigua Lusitania á los franceses, decidió que sus tropas entrasen en España para lanzar de ella al invasor.

Pero Inglaterra exigía para ello que, como en Portugal, tuviese el mando en jefe de los ejércitos su general sir Arturo Wellesley (Wellington); y como quiera que este personaje ha de tomar una gran parte en la guerra de la Independencia de España y ha de mostrar en varias ocasiones su afecto y admiración á nuestros guerrilleros, nos creemos obligados á dar sobre él algunos ligeros apuntes.

El destino, ó la casualidad, hizo nacer á Wellington y á Napoleón, los dos eternos rivales, en el año de 1769, lo cual quiere decir que ambos contaban la edad de cuarenta en el momento histórico en que nos hallamos.

Hijo tercero de Gerardo Colley Wellesley, vizconde de Mornington, educóse en Inglaterra en el colegio de Eton, pasando de allí á Francia á la *Escuela militar de Angers*, que disfrutaba entonces de gran nombradía.

A los dieciocho años entró Wellington como abanderado en el ejército inglés; en 1788 era teniente, en 1791 capitán y en 1792 mayor.

Al salir por primera vez á campaña, en 1794, era ya teniente coronel, distinguiéndose notablemente en la guerra de Holanda.

En 1795 marchó á la India con su regimiento, donde, merced á sus altas dotes militares, ascendió muy pronto á general, poniéndose al frente de las tropas inglesas y de las del Nisan, príncipe de los maratas.

El 4 de Mayo de 1799, después de un sangriento asalto, entraron los ingleses en Seringapatam, capital del reino de Maissour, siendo Wellington uno de los primeros que asaltaron la plaza, de la cual fué nombrado gobernador; y en 1800 derrotó á Hondiah-Waugh, que al frente de 5.000 hombres había emprendido una expedición al territorio de la Compañía de las Indias.

En 1803 recibió el encargo de derrotar á Seindiah, jefe astuto y diestro que fatigaba á los ingleses atacándoles de improviso, escapando siempre, y el día 23 de Setiembre logró alcanzarle en Assye, en el Deccan, y á pesar de que el marata tenía 10.000 infantes, mandados por oficiales europeos, 4.000 caballos y 100 piezas de artillería, y Wellington sólo disponía de 7.000 hombres, le derrotó tras sangrienta lucha, en la que sir Arturo perdió la tercera parte de sus tropas y tuvo dos caballos muertos.

La última y decisiva victoria de Argaum terminó la guerra con la sumisión definiti-

© Biblioteca Nacional de España

va de Seindiah, y los habitantes de Calcuta erigieron un monumento en honor de Wellington, el cual fué nombrado general é investido con el cordón de la tan estimada Orden del Baño.

Vuelto á Inglaterra en 1806, los habitantes de Newport (isla de Wight) le enviaron diputado á la Cámara de los Comunes; á poco se casó con miss Pakenham, joven irlandesa, hermana del conde de Longfort, y, á la caída de Fox y Grenville, fué nombrado secretario de Estado de Irlanda.

Poco permaneció en su nuevo cargo, pues al declarar Inglaterra la guerra á Dinamarca, sir Arturo fué agregado á la expedición á las órdenes de lord Cathcar, y mandó la acción de Kioge, en que derrotó al general dinamarqués Linsmar, y después del bombardeo de la ciudad de Copenhague fué encargado de pactar las condiciones de la capitulación.

Cuando el tratado de paz, firmado en Portugal por Junot y sir Hugh Dalrymple, general en jefe del ejército inglés, tan mal acogido por la Gran Bretaña, Wellington se apresuró á ir á Londres para defender en el Parlamento un acto de que él no era responsable, pues lo había realizado su superior Dalrymple.

Depuesto Dalrymple del mando del ejército, fué nombrado para reemplazarle sir Arturo Vellington, regresando á Lisboa el 22 de Abril de 1809; y luégo que hizo evacuar á Soult el Portugal, recibió la orden de penetrar en España para combinar, con la Junta Central, un plan de campaña que diera por resultado librar á la Península de los ejércitos napoleónicos.

Un detalle que no carece de importancia: refieren sus biógrafos que en la campaña de la India, tuvo Wellington, que más tarde había de brillar por su valor sereno y frío, un momento de pánico al oir silbar cerca de él las balas indias, ordenando la retirada, y marchando muy agitado á dar parte del mal éxito de su expedición á su jefe sir Harric, si bien al siguiente día, dominada su emoción, se apoderó de la posición que no había podido conquistar algunas horas antes, y que era un bosque fortificado.

Digamos algo acerca de su físico.

Contaba Wellington entonces cuarenta años.

De estatura más que mediana, su figura resultaba esbelta y gallarda.

Su cara era larga, lo propio que la nariz; los ojos azules parecían mirar con cierta vaguedad, pero realmente con profundo interés; la boca era pequeña y bien formada, y la cabeza hermosa, destacándose sobre ella un mechón de pelo en forma de tupé.

El ardiente sol de la India había tostado su piel, de la cual sólo conservaba su natural blancura la parte de la frente resguardada por el sombrero.

Su voz era sonora y siempre igual, sin que lograse alterarla circunstancia ninguna por grave que fuese.

La impresión que producía Wellington empezaba por ser agradable, para convertirse en simpática y cariñosa.

A pesar de la brillante historia militar de Wellington, la Junta Central se negó á darle el mando en jefe de nuestros ejércitos, acordándose, por último, que maniobrasen juntos y que los generales de ambos combinasen el plan de campaña.

Llegado Wellington á Plasencia el 8 de Julio, los franceses se dispusieron á la lucha y desplegaron una actividad extraordinaria. José salió de Madrid el 23 con su guardia y la reserva mandada por los generales Jourdan y Desolles, ordenando á Soult que viniese de Castilla á Plasencia y cortase las comunicaciones de los ingleses; á Sebastiani, que ganando horas, se le incorporase en Toledo, y á Víctor que se retirase al ángulo que forma la confluencia del Alberche con el Tajo.

Wellington se avistó con el general Cuesta en Casas del Puerto y acordaron que los españoles atacasen y batiesen al mariscal Víctor en Talavera y avanzasen sobre Madrid, hacia el cual debía encaminarse también el general Venegas con el ejército de la Mancha; que los ingleses formaran una línea protectora desde Oropesa hasta San Román; y los portugueses, mandados por Wilson, se estableciesen delante de ella, desde su término hasta Escalona.

Temeroso José de arriesgarlo todo en una batalla, decidió, contra el parecer de sus

© Biblioteca Nacional de España

generales, marchar al encuentro de los aliados, pero dejando á cubierto la capital de un golpe de mano, y entretenerlos con ligeras escaramuzas hasta la llegada de Sebastiani y Soult.

Aunque disgustado Wellington por la falta de víveres para sus tropas, cuestión que había de producirnos hondos disgustos, salió para Talavera, juntándose el 21 de Julio con Cuesta, sosteniendo las tropas aliadas algunos choques con la vanguardia de Víctor, á la que obligaron á repasar el Alberche.

Víctor tenía su cuartel general en Cazalegas, pueblo á dos leguas de Talavera, y



LORD WELLINGTON

colocadas las brigadas Villate y Lapisse en unas alturas que cubrían la derecha, y la de Ruffin á la izquierda, con una batería de 14 piezas, en la confluencia de los dos ríos.

Al tratarse del momento de atacar, se suscitaron graves disidencias entre Wellington que deseaba combatir, y Cuesta que vacilaba.

El mariscal Víctor levanta el campo, y Cuesta, pensando que huye, se lanza contra él llegando hasta Torrijos, donde reconoce su imprudencia, por más que su desmedido orgullo no le permita confesarla, al obser-

© Biblioteca Nacional de España

var que Víctor se une á las tropas de José y Sebastiani que venían de Madrid (25 de Julio), y que reunidas el 26 le atacan, salvándole de una derrota segura Zayas y el duque de Alburquerque, que detienen el avance de los imperiales.

Tan obcecado era Cuesta, que fué necesario emplear grandes esfuerzos para conseguir que traspusiese el Alberche y tomase mejores posiciones para la batalla.

Por fin, y no sin muchos trabajos y dificultades, se acordó el orden de la batalla, conocida en la historia por la *Batalla de Talavera*.

Batalla de Talavera.

La villa de Talavera de la Reina, una de las más importantes de la región toledana, está situada en un ameno valle, á la margen derecha del Tajo, en el centro de una fértil y hermosa vega regada por las aguas de este caudaloso río.

Es Talavera una de las poblaciones más antiguas de España, remontándose su origen á los tiempos que los griegos llamaron desconocidos, figurando ya como una de las más importantes en la historia hispano-romana; los árabes la llamaron *Medina-Talavera* y la convirtieron en un importante gobierno, hasta que en el siglo XI fué tomada al asalto por Alfonso VI, siendo apellidada *de la Reina* porque Alfonso XI la dió en dote á la reina doña María, hija del rey de Portugal.

Talavera, por su proximidad á Toledo, ha sido teatro de grandes y trascendentales luchas.

Antiguamente poseía un gran número de fábricas, pero en el día sus ricas y poderosas industrias han decaído mucho.

Las posiciones elegidas para el combate fueron las siguientes:

Wellington, desde Talavera hasta más allá del cerro de Medellín, con los españoles, á la derecha; los ingleses ocupando el centro y la izquierda, resguardados por el hondo cauce del *Portiña*, entonces seco; y dos baterías, una contra el camino y puente de tablas del Alberche, y otra en el cerro en que hay un antiguo castillo; y prevenida una división cerca del río para marchar donde las necesidades de la batalla lo exigieran, con más algunas guerrillas dispuestas á acudir á los puntos de mayor peligro.

Al general portugués Wilson, que había avanzado hasta Navalcarnero, camino de Madrid, se le ordenó que regresase á su posición de Escalona.

Observado el plan de batalla por José, dispuso, por consejo de Víctor, que este general, con el primer cuerpo, atacase la izquierda de los aliados; que Sebastiani, con el cuarto, batiese la reserva; que su guardia combatiese el ala derecha, y que la caballería procurase destruir el centro.

El número de combatientes era, por parte de los franceses, unos 50.000, y por la de los aliados 53.000 (34.000 españoles y 19.000 ingleses).

Nos hallamos en el día 27 de Julio de 1809. Víctor, á pesar del calor sofocante, dispone atacar aquella tarde el cerro de Medellín, contra el cual envía las divisiones Ruffin y Villate, que logran desordenar algunos cuerpos de los defensores, y que un regimiento francés suba al cerro y arroje de él á los ingleses; pero bien pronto su general Hill recobra la posición, y arroja del cerro á los imperiales causándoles terribles pérdidas.

Wellington, comprendiendo entonces toda la importancia de este cerro, que iba á ser el punto más disputado de la batalla, aumenta el número de sus defensores.

La primera luz del día del 28 oyó tronar el cañón; diríase que aliados y franceses no habían dormido soñando en combatir.

De nuevo ordena Víctor á Ruffin y Villate que vuelvan á combatir el cerro, de frente y de costado; todo inútil; los ingleses se mantienen firmes y como pegados á la tierra; y los franceses, ahogados de sed y de calor, se repliegan á las nueve detrás de una batería, ansiosos de buscar algún descanso.

Hay unas horas de respiro y de tregua, sin previo acuerdo.

Los ejércitos se miran y toman nuevos alientos para volver á la lucha.

Otra vez resuena el cañón.

El general Sebastiani ataca un reducto no concluído, pero los artilleros españoles rechazan diversas veces sus embestidas, y el

© Biblioteca Nacional de España

regimiento de caballería del Rey le obliga á declararse en fuga, y logra apoderarse de varios cañones de los imperiales.

Ruffin y Villate intentan nuevos ataques contra el cerro, pero son batidos por los soldados españoles mandados por Bassencourt y Alburquerque.

En el centro el ardor de los guardias ingleses los lleva hasta las líneas francesas, donde quizás hubiesen perecido si Wellington, que contemplaba la batalla desde la torre del cerro de Medellín, no hubiese enviado en su socorro un regimiento de caballería, ordenando el avance de la caballería de la segunda línea, y disponiendo que la artillería, maniobrando por los flancos, los repeliese y desbaratase.

La batalla estaba ganada y el triunfo de los aliados era completo.

Al siguiente día los franceses repasaron el Alberche abatidos y derrotados, dejando en los campos de Talavera 7.400 hombres, entre ellos dos generales, y 17 piezas de artillería.

Las pérdidas de los aliados fueron 6.000 ingleses, porque la izquierda que ellos ocupaban fué la más combatida, y 1.200 españoles.

El terrible Cuesta mandó diezmar los cuerpos que el día anterior se desordenaron, y llevaba ya fusilados 50 hombres cuando Wellington le arrancó el perdón de los otros.

¿Se concibe semejante crueldad?... ¡Y esto lo hacía un hombre que horas antes había expuesto á morir todo su ejército por avanzar imprudentemente hasta Torrijos y comprometido el éxito de la campaña!

La Junta Central, por no hacerle representar un mal papel, le otorgó la gran cruz de Carlos III; elevó á Wellington á la dignidad de capitán general de los ejércitos españoles, gracia que rehusó, conforme á las leyes de su país, y concedió á todos los soldados una cruz de distinción con este lema escrito en los cuatro brazos: *Talavera* 28 *de Julio de* 1809.

Inglaterra, al conocer el éxito de la batalla, otorgó á sir Arturo el título de lord vizconde de Wellington de Talavera, con el cual le nombraron en adelante.

Sin embargo, los resultados de esta acción no fueron todo lo felices que debía esperarse, porque no se siguió persiguiendo á los franceses; porque no se dispuso que el ejército de Venegas se opusiese al avance del de Soult; y porque lord Wellington se encerró en Talavera pretextando, para no avanzar, la falta de víveres para sus tropas, como si un país ya esquilmado, como lo estaba Extremadura, pudiera proporcionarlos para tan gran número de hombres, como si en Portugal hubiesen estado mejor alimentadas sus tropas, y como si nuestros soldados no sufriesen las mismas, ¡qué decimos las mismas! mayores privaciones que los ingleses y portugueses.

José, que marchó el día 31 de Julio con el cuarto cuerpo y la reserva á la villa de Illescas, dispuso el envío de fuerzas á Toledo, contra el general Venegas, y á Maqueda y Santa Cruz de Retamar, contra Wilson.

El 1.° de Agosto llegó Soult á Palencia viniendo de Zamora, donde hasta el 27 de Julio no recibió la orden de José para venir.

Lord Wellington salió al fin de su increíble inacción el 2 de Agosto, y dejando á Cuesta en Talavera con encargo de observar y detener á Víctor y proteger los 5.000 heridos y enfermos que teníamos, marchó á Deleitosa mandando ocupar por una brigada el paso del célebre puente de Almaraz.

Pero Cuesta, voluntarioso como siempre, abandonó á Talavera y corrió á unirse en Oropesa con lord Wellington empeñado en librar batalla, teniendo que pasar el Tajo el día 5, dejando en el Puente del Arzobispo al general Bassencourt y en Azutan al duque de Alburquerque para impedir el paso de los imperiales.

Entonces sucedió lo que era de temer, y es que, puestos en contacto los ejércitos de Víctor y de Soult, se dirigieron contra los nuestros, los arrollaron en el Puente del Arzobispo y los fueron acuchillando durante dos leguas mortales, apoderándose de su artillería y de sus equipajes, por lo que Cuesta, irritado, dimitió el mando.

Por fortuna, los franceses no avanzaron impuestos por la actitud de las guerrillas.

Al recibir la orden de Napoleón de que sus ejércitos no emprendiesen nuevas campañas hasta recibir los refuerzos que envia-

© Biblioteca Nacional de España

ba á España de sus tropas del Norte, Soult fué destinado á Plasencia; Mortier á Talavera, y Ney á Salamanca, con encargo de batir al duque del Parque y dispersar, como lo hizo, la división de Wilson, que andaba perdida y sin noticias de sus jefes por el puerto de Baños, y que para salvarse tuvo que internarse en la sierra, no sin librar sangrientos combates contra Ney, á pesar de su inferioridad numérica.

El ejército de Venegas, compuesto de cinco divisiones y fuerte de 24.000 hombres, que debió cooperar al resultado de la campaña de Talavera, permaneció entre Toledo y Aranjuez, hasta que el 5 de Agosto resolvió defender el paso del Tajo, trasladándose á Almonacid, donde sostuvo rudo choque contra las tropas de José y Sebastiani (30.000 hombres) que regresaban á Madrid, el 11 de Agosto.

Si bien al comienzo de la batalla cejó nuestra izquierda, se repuso pronto con el socorro del valiente general D. Luis Lacy; pero atacado el centro por los franceses con ímpetu extraordinario, flaqueó una división, y arrojándose José sobre ella, logró destruirla, y Venegas hubo de emprender la retirada, perdiendo 4.000 hombres, y llegando á Somosierra, con un ejército que era la envidia y la gloria de España, desmoralizado y perdido.

Las bajas de los franceses llegaron á 2.000.

Lord Wellington se retiró el 23 de Agosto desde Jaraicejo á Badajoz, y diseminó por las inmediaciones de la frontera de Portugal su ejército, disculpándose con la falta de subsistencias.

No comprendemos semejante actitud y tan extraña exigencia. España daba á torrentes la sangre de sus hijos, pero no podía dar víveres, puesto que no los tenía, porque en quince meses de lucha se habían agotado todos.

En cambio, y para gloria nuestra, los soldados españoles, siempre nobles y siempre sufridos, nada pedían, se alimentaban con cualquier cosa, y un pedazo de pan, un tomate, una cebolla, un vaso de vino les bastaba.

Como documento curioso, que hemos tenido ocasión de ver, copiamos la siguiente orden del ministro de la Guerra de José, el tristemente célebre general español D. Gonzalo Ofarrill, fechada á 6 de Abril de 1809, y dirigida á los gobernadores de las provincias:

«La ración de víveres á los franceses se compondrá de

24 onzas de pan.
8 de carne.
2 de legumbres secas ó una onza de arroz.
1 libra de sal por cada 30 hombres.
20 onzas de carbón ó 32 de leña.

La de forraje será de

2 celemines de cebada y
20 libras de paja.»

¿Era posible que nación alguna, por rica y productora que fuese, pudiera suministrar tal ración para tantos miles de hombres?

Con la llegada á Sevilla, como embajador de la Gran Bretaña, del marqués de Wellesley, hermano de Lord Wellington, en reemplazo de Mr. Frere, se creyó resuelta la cuestión, porque el citado marqués trazó y la Junta Central aceptó un tratado de subsistencias imposible de cumplir.

Tal fué el resultado de la llamada por la historia *Campaña de Talavera;* en ella tomaron parte: de los franceses, los cuerpos 2.°, 5.° y 6.°, mandados por Soult; el 1.° y 4.°, á las órdenes de Víctor, y la reserva y la guardia de José, regidas por él mismo, pudiendo calcularse que el conjunto de estas tropas ascendía á 100.000 hombres.

De los aliados se contaron:

Ejército de Extremadura (Cuesta).....	32.000
Ejército de la Mancha (Venegas).....	24.000
Ingleses (Wellington).....	19.000
Portugueses (Wilson).....	4.000
TOTAL.....	79.000

Según Thiers, cuando Napoleón, que se hallaba en Schœnbrum preparando sus ejércitos por si comenzaban de nuevo las hostilidades en Alemania, supo los sucesos de nuestra Península y el resultado de la campaña de Talavera, se enfureció tanto contra los que habían tomado parte en ella, incluyendo á su mismo hermano José, que á todos los juzgó con la mayor severidad, de todos sospechó y á todos quiso sujetar á un juicio y proceso criminal.

© Biblioteca Nacional de España

Guerrilleros de Extremadura.

El marqués de Monsalud, jefe de una de las familias más ricas y aristocráticas de Extremadura, no quiso permanecer ocioso, y atento sólo á la voz del patriotismo y abandonando todas sus comodidades, se lanzó al campo, sin que los trabajos que emprendieron los generales franceses para impedirlo y convencerle de que Napoleón, lejos de ser enemigo de la nobleza, la respetaba y tenía en grande estima, como lo demostraban los títulos con que había honrado á sus mariscales, obtuviesen el éxito que sin duda iban buscando los invasores de España.

Este esforzado adalid, al frente de los valerosos patriotas de Extremadura, acometió el 25 de Abril á 30 dragones imperiales que amenazaban la villa de Feria, población de más de 500 vecinos, situada á tres leguas de la ciudad de Cáceres.

La sorpresa fué realizada con tal acierto, y el pánico de los franceses fué tan grande, que sin la más pequeña pérdida de sus guerrilleros, el marqués de Monsalud hizo prisioneros á los 30 dragones y rescató 8.800 reales y muchos relojes, alhajas y vasos sagrados que los imperiales tenían en su poder, producto de sus piraterías.

* * *

La guerrilla del presbítero D. Miguel de Quero había conquistado en poco tiempo una reputación de atrevida y valerosa que la hacía ser mirada como el ángel protector de la comarca y como el ángel exterminador de los franceses.

Imposible saber jamás dónde se hallaba esta guerrilla: el presbítero Quero, muy querido en toda la Extremadura por sus nobles prendas, tenía el refugio asegurado en el improbable caso de una derrota y podía contar con el silencio de sus paisanos, con su más decidida cooperación y con su más resuelta ayuda.

Si un día sorprendía á los franceses en las cercanías de Talavera, al otro los esperaba en Navalmoral de la Mata, y al siguiente se internaba en la sierra de Jarandilla desafiándolos á perseguirle.

Convoyes, destacamentos y correos, todo venía á caer en poder de sus guerrilleros para quienes más que un jefe era un amigo, y no había pueblo amenazado por los imperiales y que reclamase su auxilio al que no protegiese, de una ú otra manera, ora llamando la atención de los franceses hacia otro punto, ora preparándoles una emboscada, ora cayendo sobre ellos cuando más descuidados se hallaban y más alejado le creían.

La Junta de Extremadura, deseosa de que toda la comarca se llenase de guerrillas, desde la frontera de Portugal hasta las riberas del Tajo, dispuso que los entusiastas patricios D. José Joaquín de Ayesteran y D. Francisco Longedo recorriesen las provincias de Badajoz y Cáceres para fomentar la insurrección.

Incorporados á la guerrilla del presbítero D. Miguel de Quero, bien pronto el audaz clérigo llegó á juntar 600 infantes y 100 caballos, aquéllos armados de escopetas y fusiles y éstos de lanzas, á los que dió el nombre de *Cruzada del Valle de Tietar*, distribuyéndolos en varias partidas que, ansiosas cada una de sobreponerse á la otra, llevaron á cabo hazañas extraordinarias.

Deseoso el presbítero Quero de realizar actos de mayor importancia, las reunió todas, y el 29 de Junio, en Menga de Castilla, batió á una división mandada por el general Hugo en persona.

No le bastaba esta victoria á los guerrilleros; la sed de gloria se había apoderado de ellos, y pidieron á su jefe atacar el puente sobre el río Tietar.

Quero les hizo ver que era una operación arriesgadísima, por estar guardado por un cuerpo de caballería francesa.

Enardecidos los guerrilleros, gritaron á una voz:

—*¡No importa!*

—Cúmplase vuestra voluntad, hijos míos, —contestó el buen cura.

Sus labios parecieron murmurar una oración.

De repente se irguió sobre la silla del caballo, y poniéndose en pie sobre los estribos, con los ojos brillantes, las mejillas coloreadas y la frente altanera, gritó con voz terrible:

© Biblioteca Nacional de España

—¡Adelante, por Dios y por España!...

¿Qué ocurrió entonces?

Imposible sería decirlo.

El presbítero Quero, trasfigurado, rejuvenecido, llevando á sus lados á Longedo y Ayesteran y seguido de sus guerrilleros, se dirigió al puente.

En vano la caballería francesa trató de oponerse; no se detiene el huracán porque se levante contra él una débil caña...

Los ginetes de Quero lancearon sin piedad á los imperiales; los infantes dispararon contra ellos sus armas, y después, ligeros como plumas, saltaron á los caballos de los franceses y clavaron en sus pechos el afilado puñal ó la cortante navaja.

El resultado fué la toma del puente y la posesión de dos ricos convoyes que tenían los imperiales.

El general D. Gregorio de la Cuesta, cuya poca afición á los guerrilleros y á todo lo que fuera elemento popular nos es conocida, no sólo agregó á su ejército la partida del presbítero Quero, con lo cual está hecho su mayor elogio, sino que la dió un lugar preferente en la batalla de Talavera, en la cual se distinguió de tal modo, que el mismo Wellington no pudo menos de hacer su apología.

* * *

D. Ramón García Noriega fué otro guerrillero notable de Extremadura, sin embargo de no ser hijo de aquella tierra, puesto que había nacido en el pueblo de Noriega, ayuntamiento de Rivadesella, en Asturias, en el año de 1779.

Hijo del capitán D. José Noriega y Hoyos y de doña Bárbara García Díaz, pertenecía á la antigua é ilustre familia de Noriega, cuya casa solariega del siglo VIII, ó sea la Torre de Noriega, poseyó como dueño y señor, y la cual pertenece hoy á sus hijos.

En 1803 había entrado á servir voluntariamente como soldado distinguido en el regimiento de infantería de Canarias, con el cual pasó á la Península apenas ocurrió la invasión de España por los franceses, tomando parte en la batalla de Talavera, en la que recibió un balazo que le hizo quedar por muerto en el campo.

Apenas restablecido de su peligrosa herida, se puso al frente de una guerrilla que dió á España tanta gloria como proporcionó desastres á los imperiales.

Para mejor realizar sus emboscadas y sorpresas, atravesó varias veces el Tajo en una pequeña y vieja barca que estaba oculta en un remanso del río, entrando en Navalmoral y Talavera todas las semanas á enterarse de la situación, proyectos y fuerzas del enemigo, que procuraba desbaratar.

En Julio reconoció un parque de artillería establecido por los franceses, acción que pudo costarle la vida por ser de noche y haber caído en un pozo; y en el mes de Agosto, acompañado de un guía que le proporcionaron en Talavera, llegó hasta el Gordo y sorprendió un destacamento francés que allí había.

Más tarde acompañó y sirvió de guía al general Contreras en un reconocimiento que éste hizo al frente de un destacamento de caballería, el regimiento del Infante y dos cañones, y por no hallar puente ni barca en el Tajo, Noriega lo cruzó á nado, entrando de noche en Talavera á informarse de los movimientos del enemigo: actos todos de grandísima exposición, pues de haber sido cogido le habrían fusilado ó por expía ó por guerrillero.

Pero Noriega, como veremos después, tenía tan poco apego á la vida como grande era el amor que profesaba á su patria.

* * *

Merece un lugar preferente entre los guerrilleros de Extremadura, el antiguo militar D. Mariano Ricafort, que mandaba una de las partidas más numerosas y mejor organizadas en las orillas del Tajo.

Entre las varias proezas que realizó citaremos una.

Sabedor de que por la orilla izquierda del Tajo se había presentado un destacamento francés de unos cien hombres, saqueando las casas, forzando á las mujeres y fusilando á los hombres, resolvió batirlo.

Para mejor lograr su intento, se puso de acuerdo con los célebres guerrilleros D. Toribio Bustamante (el *Caracol)*, que recorría

© Biblioteca Nacional de España

con su partida las provincias de Extremadura y Toledo, y con D. Francisco Rodríguez, capitán de otra guerrilla que operaba por la parte de Plasencia, y dividiendo la gente de las tres partidas en varios grupos, los hizo pasar á la otra orilla en la noche del 4 de Setiembre de 1809.

Apercibidos los franceses, esperan el ataque de los nuestros parapetados en la casa ayuntamiento de Torrejoncillo.

No les valió su idea; pues acometidos por los guerrilleros con inusitado brío, después de un largo y obstinado tiroteo, comienzan los imperiales á huir por el tejado, dejando en las calles de la villa 15 muertos y en poder de los nuestros 26 prisioneros, entre ellos el comandante, logrando escapar los otros por ser la población muy dilatada y escasa la fuerza de las guerrillas.

Apenas oyeron los tiros acudieron varios destacamentos franceses en ayuda del de Torrejoncillo, así de Coria como de otros varios puntos, á tiempo que los nuestros repasaban el Tajo.

Temiendo Ricafort que el jefe de las fuerzas enemigas castigase al pueblo, según costumbre, le escribió desde Alcoreta al siguiente día que los habitantes de la villa ni habían tomado parte en la acción, ni tenían culpa de nada, y que de sus vidas y haciendas respondían el comandante y los prisioneros que tenía en su poder, gracias á lo cual no realizaron los franceses en Torrejoncillo sus acostumbradas venganzas.

Guerrilleros de Toledo y la Mancha.

Apenas se supo en Toledo la derrota de nuestras tropas en el Puente del Arzobispo, gran parte de los vecinos se dirigieron á sus cercanos y famosos montes á engrosar las filas del valiente Lacy, para caer con sus bizarros soldados sobre los cigarrales y sostener desde el 28 de Julio al 9 de Agosto un nutrido fuego que dió por resultado obligar á los franceses á que abandonasen el territorio de Nambroca y de Almonacid, en que recibieron el castigo que merecían (1).

* * *

(1) Martin Gamero.—*Historia de Toledo.*

D. Juan Palarea (el *Médico)*, de quien ya tuvimos ocasión de hablar anteriormente elogiando su patriotismo y sus deseos de organizar una guerrilla que se mantuviese siempre en el campo luchando contra los invasores, llevado de estos nobles deseos renunció su cargo el 1.° de Julio de 1809, y se echó al campo al frente de once hombres montados y mantenidos á su costa, abandonando su casa y sus bienes y despreciando todos los peligros, no siendo el menor de todos el de morir en un patíbulo si por desgracia llegaba á caer vivo en poder de los imperiales.

La noticia cundió bien pronto por toda la comarca, y la juventud toledana corrió á engrosar la guerrilla de D. Juan Palarca.

Al saber que el célebre médico había abandonado su carrera, su posición y su bienestar para combatir contra los invasores, todos los hijos de la provincia se creyeron obligados á secundarle en su magnánima empresa.

¿Quién se habría atrevido á permanecer indiferente al ver á Palarca en los montes? Nadie: por eso su guerrilla aumentó de tal modo y en tan poco tiempo y realizó tales hazañas, que sobre la base de ella se creó en el mes de Setiembre de 1809 un regimiento de caballería, al que se dió el nombre de *Usares de Iberia.*

* * *

Bien pronto tuvo imitadores la noble conducta de D. Juan Palarea.

Existía en la importante villa de Mora, célebre por su heróica conducta en la época de las Comunidades Castellanas y por su grande amor á las libertades patrias, hasta el punto de que todos los historiadores la apellidan la villa *más comunera de Castilla*, un rico labrador llamado D. Ventura Jiménez, que había heredado de sus abuelos el amor á la patria y el odio á los extranjeros, de que tanto se vanagloriaron nuestros célebres Comuneros en 1520.

Y es que el odio á los extranjeros y á la tiranía, y el amor á la patria y á la libertad, son tan antiguos como España, y forman parte de nuestra existencia.

© Biblioteca Nacional de España

Pues bien, D. Ventura Jiménez abandonó los cariños de su amada familia por los azares de la guerra, y con los mozos de su casa y un puñado de jóvenes llenos de entusiasmo, formó una guerrilla que él mismo denominó de *Observación de la izquierda del Tajo*, con la que hizo cruda guerra á los franceses.

D. Ventura Jiménez, que ya había realizado notables hechos de armas al frente de su guerrilla, concurrió con ella á la desgraciada batalla de Almonacid y peleó con tal bravura, y tales prodigios llevó á cabo, protegiendo la retirada de nuestras tropas, que la Junta Central se apresuró á nombrarle capitán de caballería, con el sueldo correspondiente, en premio de su valor.

Hé aquí las ventajas de las guerrillas; mientras el ejército huía al perder una batalla, y con la huída se dispersaba, y con la dispersión llegaba á desmoralizarse, las guerrillas, cuando no lograban vencer, se desbandaban, evitando así la derrota. De antemano sabían el punto á que debían acudir para volver á reunirse; y en momentos de apuro, como no usaban uniforme ni tenían el exterior militar, cambiaban la escopeta por el azadón, ó el trabuco por el cayado, y el terrible guerrillero se convertía de pronto en el inofensivo labriego que, ó bien cavaba un campo, ó formaba un haz de leña, que nada sabía de la guerra, que ignoraba dónde se hallaban las guerrillas, y ni siquiera sabía que existieran en toda la comarca, siendo á la vez el verdugo en la guerra y la desesperación en la paz de los imperiales.

D. Ventura Jiménez, ansioso de extender el campo de sus operaciones, bajó en el mes de Diciembre de 1809 hasta Puertollano para batir un destacamento francés de 56 dragones, como lo verificó: quisieron los dragones, al verse reforzados, y cuando ya se habían declarado en fuga, tornar á combatir.

Jiménez consultó á sus hombres si debían retirarse, á lo que éstos se negaron.

—Vienen con ellos otros 50—les dijo don Ventura,—y son cuatro veces más que nosotros.

—*¡No importa!*

—Esa es mi opinión también,—dijo Jiménez, sonriendo.—*No importa...* ¡Adelante, y *viva España!*

—¡Viva!

Y de nuevo batió los dos destacamentos reunidos, causándoles gran número de muertos y heridos.

Luégo de participar D. Ventura Jiménez al general español Copons, que el ejército francés, que se hallaba en Almagro, se trasladaba á Daimiel, se encaminó con su partida á la villa de Abenojar, situada en una hondonada, al fin de la sierra de Caracuel, á siete leguas de Ciudad-Real y cuatro de Almodóvar del Campo.

* * *

Ansioso también de combatir por su patria, se lanzó al campo un antiguo soldado, por nombre José Velasco, natural de Manzanares, si nuestros informes son exactos, que, al frente de una guerrilla, recorría las llanuras de la Mancha y los cerros de Almadén.

El 15 de Noviembre de 1809 supo Velasco que una partida de franceses, llevando con ella un capitán de ingenieros, se dirigía á inspeccionar las ricas minas de cinábrio que tiene Almadén, con ánimo de apoderarse de ellas y de los grandes productos que da el azogue; y aguardándola, emboscado, en el cerro largo y estrecho, lindando con Extremadura, en que la villa está edificada, la derrotó completamente, matando al capitán y haciendo prisioneros á todos los soldados.

* * *

El escribano D. Ignacio Mir no se dormía sobre sus laureles, y habiendo conquistado con sus notables hechos el honroso título de comandante de la guerrilla que tenía á sus órdenes, y que era conocida con el nombre de *Cazadores de Africa*, procuraba aumentar su fama, y raro era el día en que no tenía un encuentro con los imperiales.

* * *

A principios de Agosto de 1809, Jiménez, con su guerrilla de 120 caballos, y Mir, con

© Biblioteca Nacional de España

la suya de 100 infantes, realizaron unidos un notable hecho de armas.

Sabedores de que en la ermita de la Oliva, extramuros de Almonacid, se hallaban 240 franceses custodiando heridos y prisioneros nuestros, y á pesar de constarles que en el pueblo se albergaban otros 500 imperiales, decidieron apoderarse de la ermita y rescatar los españoles.

La caballería de Jiménez cercó la ermita y les intimó la rendición, á la que los bonapartistas respondieron rompiendo el fuego desde las ventanas y guardillas.

Mir, en vista de que los cartuchos iban faltando, resolvió que una parte de sus infantes atacasen la puerta á culatazos mientras que la otra los protegía con sus fuegos.

Los franceses siguieron resistiendo, pero la puerta comenzó á ceder hasta que por último se vino al suelo, dando paso á los guerrilleros que se lanzaron al interior á la bayoneta, mientras que la caballería avanzaba y acuchillaba á cuantos pretendían huír.

Aterrado el enemigo no opuso ya más que una débil resistencia; pero como se negaran á rendirse, fueron pasados á cuchillo los imperiales menos 21 que al fin se entregaron.

Libertados nuestros prisioneros y heridos, que en bastante número tenían en la ermita, Mir y Jiménez dejaron unos cuantos guerrilleros para custodiarlos, y con el resto de la fuerza atacaron el pueblo con la mayor resolución; pero los franceses, á pesar de ser 500, es decir, triple número que los nuestros, salieron huyendo de la población, arrojando mochilas y efectos, y siendo perseguidos largo trecho por los ginetes de Jiménez.

El resultado fué matarles 230 y cogerles con los heridos y prisioneros españoles gran número de efectos.

De nuestras partidas sólo hubo algunos guerrilleros heridos y dos caballos muertos.

La Junta Suprema, reconociendo la importancia del suceso, hizo á Mir comandante de su partida, en clase de teniente coronel del ejército, concediendo á todos los guerrilleros un escudo de distinción.

En el número de la *Gaceta* de Sevilla en que se daba cuenta del hecho, añadía la Junta:

«Esto hacen y harán siempre los españoles.

Guerra de moros contra estos infames. ¡Sálvese la patria, enterrando enemigos todos los días!

La obra es más lenta, pero es más segura, y convierte en guerreros á todos los españoles.

Escaramuzas, *celadas*, *rebatos*, *ardides*, son nombres castellanos.

La naturaleza del terreno y el valor de sus hijos hace á España invencible.»

* * *

Por su parte, el valiente D. Francisco Sánchez *(Francisquete)* no dejaba sosegar á los franceses.

Parecía que la sombra de su hermano, al par que le impelía á combatir, le preservaba de toda desgracia y protegía su vida.

El día 5 de Octubre de 1809 atacó con sus 40 guerrilleros á 80 soldados, que estaban en La Guardia, matándoles 11, hiriéndoles siete, y poniendo en fuga á los restantes.

Noticioso poco después de que en Puertolapiche había un destacamento de tropas francesas se dirigió contra él en la mañana del 24 de Octubre, acuchillando varios soldados y haciendo prisioneros á los restantes.

Ataque de Astorga.—Batallas de Tamames, de Ocaña, de Medina del Campo y de Alba de Tormes.

La retirada de Wellington, lejos de desalentar á los españoles, aumentó su valor.

Estaba visto; era necesario que España sola, por su propio esfuerzo, saliera de la esclavitud y triunfara de su enemigo.

El ejército de la izquierda, llegado de Asturias y Galicia, inspiraba mucha confianza. Al dejarlo el marqués de la Romana para ocupar su nuevo cargo en la Junta Central, marchó á Ciudad-Rodrigo, poniéndose bajo las órdenes del duque del Parque, exceptuando una división que quedó en Manzanal y Fuencebadón, sierras que separan la comarca del Vierzo de los llanos de León, y la de Ballesteros, que en las montañas de Liébana se rehacía del desastre de Santander.

© Biblioteca Nacional de España

Llamado Ney á Francia, se encargó del mando de su cuerpo de ejército Marchand, dividiéndolo en dos, uno, mandado por el bravucón Carrier, que ofreció destruir la retaguardia del duque del Parque y tomar Astorga, y otro á las órdenes de Marchand, que debía atacar de frente al duque.

El gobernador de Astorga era el valiente Santocildes, coronel del regimiento de Santiago, quien con sólo 1.000 reclutas y ocho cañones, pero ayudado de todo el vecindario, hombres y mujeres, niños y ancianos, rechazó á Carrier, que huyó vergonzosamente después de cuatro horas de mortífero fuego.

* * *

Marchand atacó al duque del Parque en Tamames, y aunque desordenada al pronto nuestra caballería, tales prodigios de valor realizaron los generales Mendizábal y La Carrera, que trocaron la derrota en victoria, y los franceses retrocedieron á Salamanca perdiendo 1.500 hombres. Nuestras bajas ascendieron á 700, que se cubrieron con exceso con la llegada de Ballesteros, quien obligó á los bonapartistas á repasar el Tormes, por Ledesma, desalojando Salamanca.

* * *

¡Poco debía durar la alegría de este triunfo!

La Junta Central, en vista de que Wellington no abandonaba la frontera de Portugal, y animada por la victoria de Tamames, pensó en la conquista de Madrid por nosotros solos. Para ello ordenó quedasen 12.000 hombres en Extremadura á fin de entretener á Soult, enviando sobre Madrid el resto de aquel ejército, en unión con el de la Mancha, á las órdenes del general don Francisco Eguía, que había reemplazado á Cuesta.

El 3 de Octubre tenía reunidos Eguía en Daimiel 51.869 hombres (de ellos 5.766 ginetes) y 55 piezas; pero hombre irresoluto y militar adocenado, dejó que Víctor y Sebastiani avanzasen contra él, retirándose precipitadamente á Sierra Morena, de donde escribió á la Central pidiéndola nuevos auxilios, carta á la que la Junta, indignada, contestó sustituyéndole con el general don Carlos Areizaga, el cual, si traía de Aragón fama de valiente, no reunía las cualidades necesarias para confiarle tan árdua empresa.

Areizaga abrió la marcha el 3 de Noviembre con algunos felices choques en Dos Barrios y Ocaña, que hicieron á los franceses replegarse al Tajo por Aranjuez, y si avanza resueltamente sobre ellos, quizás los hubiera derrotado, pero retrocedió, dejando que un horroroso temporal abatiese el ánimo del soldado, y nos proporcionase un pequeño desastre el día 18 en la villa de Ontígola, si bien los franceses perdieron en él al general Paris, que murió á manos del cabo español Vicente Manzano.

Forzado Areizaga por su culpa á dar la batalla, la presentó en Ocaña sin fijarse en que el país, casi todo llano, no le permitía elegir buenas posiciones militares. Los franceses, reconociendo la gran importancia de Ocaña, por converger en ella las carreteras de Levante y Mediodía, no se mostraban dispuestos á combatir hasta tener más cerca las fuerzas de Víctor, que maniobraban por la derecha del ejército español; pero un ataque de los nuestros á la división Leval, que nos rechazó con ventaja, les movió á aceptar la lucha.

La batalla se hizó general.

Sebastiani cargó al frente de la caballería, obligando á los regimientos que formaban nuestra derecha á formar los cuadros, cuadros que desbarató Merlín con sus coraceros y dragones, acuchillando á nuestros soldados y aprisionando más de 5.000 hombres, al propio tiempo que la caballería de Milhaud rendía casi entera otra división española.

La dispersión que siguió es imposible de pintar; en vano nuestros bizarros generales Zayas y Girón intentan detener á los fugitivos; en vano el heróico Lacy coge la bandera del regimiento de Burgos, y seguido de algunos valientes, se abre paso al arma blanca y logra apoderarse de una batería francesa. Si Areizaga ordena entonces el avance de nuestra caballería, la línea se restablece y la victoria queda por España, puesto que la artillería nacional se portó de un modo admirable. Por desgracia nuestra,

© Biblioteca Nacional de España

Areizaga, desde lo alto del campanario del pueblo, sólo daba órdenes contradictorias; parecía mirar sin ver, y demostraba que si era un valiente soldado, era un general nulo. Baste decir que ni siquiera señaló punto de retirada, y si se reunieron los dispersos en Sierra Morena, fué porque habiendo salido de allí, para allí se volvieron, por propio impulso.

Las fuerzas españolas que tomaron parte en la batalla, fueron 51.000 mil hombres y 55 piezas, y de ellos perdimos de 4 á 5.000 hombres entre muertos y heridos, 13.000 prisioneros, 30 banderas, 40 cañones y muchos carros de víveres y municiones. ¡Dos meses después de tan gran desastre, sólo habían logrado reunirse en las escabrosidades de Sierra Morena 25.000 hombres!



D. LUIS LACY

El ejército imperial pasaba en esta acción de 48.000 combatientes, y sus pérdidas sólo ascendieron á 2.000 hombres.

Felizmente no avanzaron los franceses persiguiendo á los nuestros, pues de hacerlo habrían encontrado libre el camino de Andalucía, por la retirada del duque de Alburquerque, quien al saber la derrota de Ocaña se retiró del Puente del Arzobispo á Trujillo.

Orgulloso con el laurel de tan gran victoria, entró José en Madrid llevando á los prisioneros de Ocaña, en tanto que sus generales marcharon á vigilar á Wellington, y á destruir al ejército del duque del Parque, que, alentado por el triunfo de Tamames, había avanzado de Salamanca á Medina del Campo (23 de Octubre) para ayudar á la empresa de Areizaga sobre Madrid, sosteniendo en las alturas inmediatas á Medina un combate en el que Ballesteros, lavando su

© Biblioteca Nacional de España

afrenta de Santander, arrolló á los franceses obligándolos á replegarse en busca de refuerzos; marchando los nuestros al Carpio para racionarse y descansar.

* * *

Conocida nuestra derrota en Ocaña, avanzaron los franceses, aumentados con nuevas tropas, y el duque del Parque se retiró á Alba de Tormes, villa asentada á la derecha del Tormes, sobre cuyas aguas tiene un magnífico puente de piedra de 26 arcos. Mas en lugar de situarse en la margen que le ofrecía mejor defensa, dejó en el pueblo la mayoría de su gente y sólo pasó dos divisiones al otro lado del río, con las que cometió la grave imprudencia de atacar á los imperiales (28 de Octubre), los cuales no tardaron en derrotar nuestra caballería, que en su huída atropelló á los infantes y produjo un espantoso desórden en el paso del puente, y la pérdida de cinco cañones; inútilmente el bravo Mendizábal hizo formar el cuadro á nuestra ala izquierda y rechazó tres ataques de los ginetes franceses; una segunda derrota de nuestra caballería le obligó á pasar el río y dejar otros cuatro cañones en poder de los invasores. Las sombras de la noche vinieron á cubrir esta nueva derrota y á detener al vencedor en el pueblo.

Y gracias á que el duque del Parque, sin saber lo que ordenaba, dispuso una dispersión por columnas, merced á lo cual, los franceses no supieron á la mañana siguiente contra cuál dirigirse, pues unas marchaban hacia Tamames, otras se encaminaban á Ciudad-Rodrigo y alguna se dirigió buscando un refugio más seguro á las sierras de Miranda del Castañar, donde el general español, al revisar sus fuerzas, se encontró con 3.000 hombres de menos; y si triste y dolorosa era esta pérdida, lo era aún más porque, á consecuencia de la derrota de Alba de Tormes, los franceses entraron en Salamanca y restablecieron su célebre línea del Tormes, pudiendo regresar Kellerman tranquilamente á su cuartel general de Valladolid.

¡Por duras pruebas hacía pasar el Cielo á nuestra querida España! ¡Reding muerto; Zaragoza tomada; los ejércitos de Extremadura, la Mancha, Galicia y Asturias derrotados; el Austria firmando la paz; Wellington abandonando las orillas del Guadiana para trasladarse al Norte del Tajo, y Gerona sitiada!...

¿Qué nos quedaba?

Nos quedaban los guerrilleros... es decir, aún quedaba España.

Perdíamos en la gran guerra, pero ganábamos en la pequeña; y si los ejércitos retrocedían, las guerrillas avanzaban; y si los imperiales nos hacían los prisioneros por miles, por miles cogían franceses nuestros guerrilleros.

Guerrilleros de Guadalajara, Madrid, Cuenca, Soria y Segovia.

Antes de pasar adelante, séanos permitido ampliar algunos puntos de la vida del *Empecinado*, y dar publicidad á otros, en vista de los nuevos datos que hemos recibido momentos antes de entrar en prensa este cuaderno.

El *Empecinado*, cuyo primer compañero de armas fué un joven de 16 años, natural de Cuevas, villa situada á una legua de Castrillo de Duero, causó á los franceses en los meses de Mayo, Junio y Julio de 1808 una pérdida de más de 800 hombres, ya de escoltas de los correos, ya de soldados rezagados, ya de guardianes de convoyes; baste decir, para que no se juzgue exagerada la cifra, que en sólo un día, á principios de Junio, cogió 10 sargentes y 80 soldados.

Juan Martín, no sólo tomó parte en el combate de Cabezón, sosteniendo la retirada, en la que se salvó milagrosamente oculto en el portal de una casa de Valladolid, sino que además se batió como un héroe en la desgraciada batalla de Rioseco mandada por Cuesta.

En la carretera de Valladolid y Burgos su intrepidez y su astucia eran la pesadilla de los franceses.

Por el mes de Agosto del citado año de 1808, oculto en las inmediaciones del pueblo de Caravias, apresó á una parienta del general Moncey que, con 12 hombres de escolta, caminaban entre dos fuertes colum-

© Biblioteca Nacional de España

nas francesas, apoderándose del rico botín que llevaba en el coche, trasladándola á su pueblo y hospedándola en su propia casa.

Una vez repartida la parte que á sus guerrilleros correspondía en el botín, y luégo de dejar la suya á su familia, marchó Juan Martín á entregar la otra parte, que era la mayor, al general Cuesta; pero estaba escrito, sin duda, que desde muy temprano el *Empecinado* fuera víctima de las mayores injusticias y de las más negras traiciones, y durante su ausencia algunos vecinos de Fuentecén allanaron su casa y robaron á su familia cuanto la había dejado.

A su vuelta pidió justicia al alcalde del pueblo, aunque en vano; entonces partió para Madrid y la reclamó del presidente del Consejo de Castilla, Sr. Mon y Velarde, quien se la ofreció ordenando al presidente de la Chancillería de Valladolid dispusiera que las autoridades de Fuentecén devolviesen á la familia de Juan Martín lo robado. Todo inútil.

Sabedor el *Empecinado,* que en tan alto grado estimaba su honra, de que los mismos autores del robo le habían difamado ante Cuesta, marchó en su busca al Burgo de Osma para sincerarse; mas el terrible general, en lugar de oirle, le envió á la cárcel, en la que Juan Martín se presentó voluntariamente, siendo cargado de grillos por el alcaide.

Toda la población, al saberlo, se presentó indignada á Cuesta solicitando la libertad del bravo guerrillero, y el general, antes de abandonar la población, tuvo que dejarla ordenada. (Octubre de 1808.)

La parienta de Moncey, que se había escapado de casa del *Empecinado*, pidió su castigo al comandante francés que estaba en Aranda, y éste envió una columna para que se apoderase de Juan Martín, vivo ó muerto. Sabedores algunos vecinos del riesgo que corría el *Empecinado*, se presentaron al alcalde del Burgo, el célebre doctor *milagrero* D. Pedro Castro, pidiendo su libertad, pero él se la negó exclamando:

«Conviene, puesto que los franceses vienen á buscarle, que le entreguemos, así verán la lealtad de este pueblo y no nos harán daño.»

¡Feroz egoismo! ¡Conducta inícua!

Avisado Juan Martín de lo que ocurría, rompió con sus hercúleas fuerzas los hierros que le oprimían, y abriéndose paso por entre sus verdugos, logró salir por un lado del Burgo de Osma cuando ya los franceses entraban por el otro.

Llega á la posada de Fuente-Cespe, y á poco se presenta en ella un destacamento francés; para salvarse se finge criado del mesón y hasta les sirve á la mesa, hasta que, aprovechando un momento favorable, se apodera de un caballo y de un fusil y sale huyendo á todo galope.

De nuevo aparece en campaña, esta vez acompañado de sus tres hermanos Manuel, Dámaso y Antonio, este último de quince años escasos, y llega á tal su arrojo en una de las acciones, que él solo se apodera, en las cercanías del pueblo de Fresnedillo, de dos oficiales de Estado mayor que caminaban doscientos pasos delante de una columna.

Como recompensa á los pliegos que llevó á Salamanca al general Moor, éste le entregó mil duros que nuestro héroe empleó en adquirir caballos y monturas para sus guerrilleros.

Vuelto á su país, alcanzó en Fuentidueña (Diciembre de 1808) á 40 dragones que habían salido de Aranda en busca de víveres, á los cuales pasó á cuchillo, logrando tener encerrada la guarnición francesa de Aranda, que no se atrevía á salir de los muros de la población.

Poco después, en la venta del Milagro, sorprendió 16 gendarmes, que envió presos á Valencia, distribuyendo los 16 caballos y monturas á otros tantos de sus guerrilleros.

A pesar de las infinitas columnas que le perseguían, su actividad no disminuía; en la venta del Fraile rindió una compañía entera de gendarmes, y al siguiente día se apoderó de tres carros escoltados por 34 dragones que conducían la paga de tres regimientos de éstos, importante muchos miles de reales.

Dirigió los prisioneros á Ciudad-Rodrigo, con una parte de su guerrilla, y con la otra pernoctó en Ciruelos, donde al amanecer se vió cercado por 700 hombres, y aunque logró abrirse paso fué herido de un sablazo, y

© Biblioteca Nacional de España

perdió el rico botín que había cogido y nueve hombres que los franceses ahorcaron en Aranda, según acostumbraban hacer con cuantos guerrilleros caían en su poder, á los cuales, por el gran daño que les hacían, los consideraban fuera de las leyes militares.

Reorganizada su partida, internóse Juan Martín en la provincia de Segovia, llegando á contar con 120 ginetes. Una vez en ella, su primera hazaña fué apoderarse de dos cargas de plata que mandó enterrar, y que luégo entregó al intendente de Guadalajara, cuando pasó á esta comarca. Y en muy pocos días quitó á los franceses 100 caballos y les hizo cerca de 300 bajas entre heridos y muertos, contándose entre éstos el general Chi, ayudante del intruso José, y 29 oficiales.

Ya vimos la respuesta que dió á la infame prisión de su anciana madre, que hubo de ser sacada de la cárcel pública, á la que el comandante francés que mandaba en Aranda la había conducido.

Los franceses, cada vez más rabiosos, destinaron infinidad de columnas á la persecución de nuestro héroe.

Hubo un momento, á principio de Abril de 1809, que los franceses creyeron tenerle cogido, pero se equivocaron como otras veces, y Juan Martín, parapetado en las sierras de Avila, no sólo libró sus guerrilleros, sino que presentó en Ciudad-Rodrigo los muchos prisioneros que tenía en su poder.

Sitiada la ciudad de Béjar en Abril de 1809, recibió Juan Martín el encargo de socorrerla, y apenas llegado hizo levantar el cerco á los imperiales.

De Abril á Julio recorrió el *Empecinado* la tierra de San Felices de los Gallegos, Santi-Espíritus, Salamanca y Ciudad-Rodrigo, viéndose tan querido de las poblaciones, de las que era acérrimo y constante defensor, como odiado y temido de los franceses.

Llegaron á noticias de la Junta Central sus correrías y sus hechos, y fué condecorado por ella con el grado de capitán.

En el mes de Julio se puso con su guerrilla á retaguardia del mariscal Soult, cuándo éste se dirigía á Talavera, aprisionándole muchos rezagados, manteniendo las comunicaciones de los ejércitos españoles, y dando aviso á nuestros generales de la marcha y movimientos del enemigo.

A fin de impedir los robos de los imperiales, entusiasmó de tal modo al paisanaje de la sierra de Francia, que éste se alzó en número de 4 ó 5.000 hombres, evitando con su resuelta actitud la devastación del país.

Durante la campaña de Talavera, el *Empecinado* con sus guerrilleros fué puesto á la vanguardia del ejército de la izquierda, que ya mandaba el duque del Parque, encargado de hostilizar á los franceses, caer en Plasencia, á espaldas de los generales Cuesta y Wellington, y cortar sus comunicaciones con Extremadura y Portugal.

Los movimientos del *Empecinado* —dice un ilustre historiador militar—fueron tan hábiles y su acción tan eficaz, que nadie al observarlos hubiera dicho que eran ejecutados por un ignorante y rudo campesino.

Al concluir la campaña de Talavera, si célebre para las armas anglo-españolas estéril para la libertad de España, Juan Martín volvió al primitivo teatro de sus hazañas, corriendo para ello los mayores peligros, que salvó con extremada habilidad. Indudablemente el campesino se había fundido en el guerrero, y del antiguo labrador iba á salir el moderno general.

Al saber el *Empecinado* que en Salamanca tan sólo había quedado un destacamento francés, penetró en la ciudad por sorpresa y le hizo prisionero.

Una columna de 300 dragones se acercó á la ciudad para reconquistarla, pero Juan Martín salió á esperarla al punto llamado el *Rollo* con sus 140 ginetes, dejando á su espalda algunos paisanos para sostenerle. La acción que se entabló fué reñidísima, y terminó por la fuga de los franceses, que dejaron 50 muertos en el campo.

Recibida la orden de hostilizar á los imperiales en las carreteras de Valladolid, Segovia y Aranda, tuvo un encuentro en Pedrosa del Rey con 120 gendarmes, matando á todo el que no se rindió. En este combate luchó con el comandante francés, que de una estocada le pasó el brazo izquierdo llegándole la herida hasta el costado. Enfurecido Juan Martín, se arroja sobre él ciego de ira, le arranca del caballo, y al ver que

© Biblioteca Nacional de España

no se entrega, y no teniendo otra arma por habérsele roto el sable, le pisotea la cabeza y le deja sin vida.

Retirado á Poyos para curar la herida, apenas se vió fuera de peligro corrió á su pueblo para abrazar á su anciana madre.

Sus enemigos, aquellos que habían robado á su familia y le habían difamado ante Cuesta, se escondieron al saber su llegada, pero él, que tenía un carácter de niño, un alma hermosa y un corazón de oro, los convidó á su mesa, les ofreció su amistad y socorrió generosamente á los que lo necesitaban.

Bien pronto conoció la guarnición de Aranda que el *Empecinado* se hallaba en el país, y de nuevo los franceses se pusieron en su persecución, y de nuevo los burló, demostrando cada día más las altas dotes militares que le adornaban.

Oigamos al Sr. Arteche:

«La fama de los brillantes hechos del *Empecinado* se había extendido por toda la Península; el Gobierno Central, lo mismo que las autoridades de las provincias, comprendieron la utilidad que podría sacarse de un hombre que, aun cuando en pequeñas operaciones, revelaba cualidades militares que cabría aprovechar en servicios de mayor monta.»

Reconocida la necesidad de distraer fuerzas de las que el enemigo tenía en Madrid y aliviar además á los pueblos de las inmediaciones de la tan humillante como onerosa pesadumbre que pesaba sobre ellos, todos los ojos se volvieron al *Empecinado*.

La provincia de Guadalajara, tan vejada por los imperiales, y tan importante bajo el punto de vista militar por sus comunicaciones con Aragón, era la que principalmente necesitaba este socorro.

A Guadalajara fué el *Empecinado*, llamado por su Junta, que residía entonces en Sigüenza, compuesta entre otros patriotas de los Sres. D. Joaquín Montesoro, D. Juan López Pelegrín y D. Juan Manuel Martínez, para dar comienzo nuestro héroe á una serie de operaciones *todas ofensivas, que le permitieron la organización de fuerzas, ya considerables, y le proporcionaron la admiración de sus compañeros y el respeto de sus enemigos.*

El 11 de Setiembre entró con las tres partidas que comandaba en jefe, teniendo por segundos á su primo D. Mariano de Navas y á D. Segundo Antonio Berdugo.

Comenzó á recorrer la provincia, y no dejó á los franceses un momento de respiro, teniendo ya en los meses de Setiembre y Octubre choques bastante empeñados en Cogolludo, Alvares y Fuente la Higuera.

El 20 de Setiembre batió á 120 infantes y 18 caballos que habían salido á recoger ganado, obligándoles á encerrarse en Guadalajara y sobresaltando á los imperiales que ocupaban la ciudad, y que decidieron acampar en las afueras y pedir socorros á Madrid, pensando quizás que los 125 caballos de que disponía el *Empecinado* eran los ejércitos de Xerjes.

Con efecto, el 21 un destacamento de 300 caballos marchó en busca de Juan Martín, que los aguardó en Fontanar y Marchamalo, y después de un sangriento choque los hizo huir vergonzosamente apoderándose de muchos prisioneros.

Ocho días llevaba de contínuas luchas, y sus proezas y valentías repetidas por todos los confines de la provincia le atrajeron multitud de jóvenes ansiosos de pelear bajo su mando.

El 29 de Setiembre llevó á cabo una de sus más importantes acciones.

Los franceses, á los que ya venía persiguiendo Juan Martín desde Málaga y Fuente la Higuera, al entrar en Casar de Talamanca, villa de 600 vecinos, situada en una llanura, se hicieron fuertes en la casa ayuntamiento y casas vecinas y en el cementerio de la iglesia.

Tal fué la indignación del *Empecinado* al ver que se parapetaban en el pueblo, y que á pesar de su fama de valientes y de invencibles se negaban á combatir á campo abierto, que mandó retirar la caballería á las afueras de la villa, y los atacó con la infantería.

Nuestros guerrilleros, llevando al frente al *Empecinado*, saltaban los corrales y corrían por los tejados como gatos.

Los valientes sargentos Abuín y Mondedeu, no satisfechos con luchar á pecho descubierto, llegaron á escalar los balcones.

© Biblioteca Nacional de España

Por desgracia, el primero perdió la mano izquierda, que hubo necesidad de amputarle, al disparar el temible trabuco que llevaba, desgracia que fué muy sentida por todos, al tiempo que Mondedeu les derrótaba la vanguardia á la cabeza de 20 hombres.

D. Santiago Berdugo, frente al cementerio, viendo que no podía obrar como deseaba, ordenó á su gente una descarga, y á favor del humo no sólo avanzó, sino que derrotó á los imperiales, fortificados en el cementerio.

D. Vicente Sardina, en el centro de la plaza, y á pecho descubierto, hacía una valerosa defensa con unos cuantos guerrilleros, y apagaba los fuegos de los que disparaban desde las ventanas.

El *Empecinado* estaba en todas partes; las balas pasaban silbando sobre su cabeza y las oía sonriendo; en vano sus amigos Berdugo y Sardina, y su primo Navas, le pedían que se retirase; Juan Martín estaba siempre en el punto de mayor peligro, animando á los nuestros y llenando de insultos á los *franchutes* por su cobardía en no salir á la calle y pelear cuerpo á cuerpo.

El fuego duró desde por la mañana hasta la noche, en que los imperiales se pronunciaron en revuelta fuga.

Las pérdidas de los franceses ascendieron á 70 muertos, con más algún oficial y soldado *juramentados* (españoles que se habían pasado á los enemigos). Las nuestras consistieron en diez guerrilleros heridos, entre ellos el valiente sargento Abuín, y en cinco caballos muertos. Al enviar al intendente de Guadalajara el parte de esta acción escrito en Humanes, á 3 de Octubre de 1809, por su secretario Anselmo Rodríguez, decía el *Empecinado* que sus guerrilleros, á pesar de las contínuas fatigas y penalidades que sufrían, sólo deseaban ocasiones de incomodar al enemigo.

¡Raza de héroes!

El intendente del intruso, D. José Ramón Salas, logró que José llenase de columnas las provincias ofreciendo coger al *Empecinado*. ¡Necio!

Los franceses, para quien Juan Martín era un azote contínuo, trataron de vencerle por la astucia, ya que por la violencia, ni aun contando con fuerzas centuplicadas, podían vencerle. Para ello recurrieron á una estratagema que, no por ser vieja y usada, deja en ciertos casos de dar resultado. El día 12 de Noviembre de 1809, con pretexto de que las necesidades de la guerra les llamaban á otra parte, salieron de Guadalajara los imperiales procurando esparcir la noticia de que lo hacían definitivamente, pues les era imposible permanecer en ella.

Apenas lo supo el *Empecinado* por sus espías, cuando se apresuró á ocuparla, tanto por la importancia estratégica de la ciudad, cuanto por restituir á ella la Junta de la provincia, que andaba errante por los pueblos, y procurarse paño para vestir sus guerrilleros, que ya comenzaban á sentir la inclemencia del tiempo.

Pocas horas llevaba el *Empecinado* en la ciudad, y sus guerrilleros se ocupaban en recoger algunas piezas de paño de las renombradas fábricas de San Felipe y San Carlos, cuando nuestro antiguo amigo de Roa, el joven licenciado, se presentó todo tembloroso á Juan Martín, que se hallaba en la plaza Mayor conversando con algunos patriotas. Era el licenciado uno de tantos jóvenes estudiantes que, amantes de su patria, había abandonado el estudio por la guerra y las aulas por los campos de batalla y á quien el *Empecinado* quería mucho porque era un valiente, porque le servía de secretario, alegraba la guerrilla y le distraía con sus chistes, sus latines y sus cuentos.

—¿Qué le pasa á usté, señor licenciado—le preguntó sonriendo Juan Martín,—que tiembla como el azogue?

—¡Que estamos cercados, mi jefe!—contestó el joven estudiante, todo asustado.

—¿Y eso le apura á su mercé? ¡Cercados! Vaya una desgracia... ¿Acaso es la primera vez?

—No, señor, pero es que ésta...

—¿Qué?...

—No estamos en el campo, sino cogidos en la madriguera como liebres...

—¡Falso!—gritó el *Empecinado* con voz de trueno.—¡Falso!... Donde están Juan Martín y sus guerrilleros no hay más que leones... ¿Ha olvidado usté dónde ha nacido,

© Biblioteca Nacional de España

señor licenciado?—añadió encarándose con el joven estudiante, que temblaba más al ver colérico á su jefe que si todos los ejércitos de Napoleón se arrojasen sobre él.—¿Ha olvidado usté que es español y que España tiene por armas leones y castillos? ¡Por el Santo Cristo de Burgos que si el *Empecinado* no supiese que era usté un valiente, ahora mismo lo mandaba fusilar!... ¡A formar!... ¡A caballo!... ¡A mí los guerrilleros!

Juan Martín se había trasfigurado; el sencillo labriego, el modesto campesino, el humilde castellano, habían cedido el puesto al hábil capitán, al valiente soldado, al tremendo guerrillero.

En un instante los 140 guerrilleros, que entonces componían su partida, estuvieron á caballo, rodeándole, pendientes de sus labios, prontos á vencer ó morir.

—¡Abuín!...

—Presente,—dijo adelantándose el joven Saturnino.

—¡Toma 12 hombres, mi valiente manco,



UN EMPECINADO

y á galope hacia el cementerio, que nada te detenga, raja y destruye cuantos enemigos halles!...

—¡Está muy bien!

—¡Isidro!...

A este grito avanzó algunos pasos un joven de veinte años, de aspecto resuelto, varonil continente, tostado ya por el sol, mostrando en todos sus movimientos ciertos hábitos militares.

—¡Coge otros 12, Isidro, y ábrete paso por el portillo del Alamín!...

—Así lo haré.

—¡Mondedeu!...

—A la orden,—respondió otro joven acercándose.

—¡Mira, José, es necesario que tú, al frente de otros 20 hombres, te busques franca salida por la Antigua...

—La buscaré y la encontraré,—contestó el joven con firme acento.

—Mi primo Navas y Berdugo, al frente de los suyos, que salgan por el Amparo y la puerta de Zaragoza.

© Biblioteca Nacional de España

—Saldremos,—respondieron los dos.

—Vicente Sardina, y usté, señor licenciado, conmigo, á escape hacia el puente... El punto de reunión será el monte de la Alcarria... ¿Coger al *Empecinado* y á sus leones?... ¡Antes la muerte! ¿no es verdad, muchachos?

—Sí... sí,—gritaron algunos.

—¡Antes la muerte!—respondieron otros.

—¡*Empecinados*—gritó Juan Martín con acento ronco,—las riendas sueltas, el sable en la boca, la pistola en la mano y el corazón tranquilo!... ¡Adelante!... ¡Sus, Santiago y libertad!

—¡Santiago y libertad!—contestaron todos con el mayor entusiasmo.

Y los *Empecinados*, con sus jefes á la cabeza, se encaminaron á los puntos que Juan Martín les había señalado, y al dar vista á los franceses, se lanzaron sobre ellos como leones, y después de una corta lucha á tiros y sablazos, se abrieron paso por entre las filas de los imperiales, que los miraban con espanto, como á uno de esos vientos terribles del Asia que destruyen cuanto á su paso encuentran. ¡Tal fué el terror y la sorpresa de los franceses, que, á pesar de su extraordinario número (2.500 hombres de ambas armas), no osaron perseguir á los guerrilleros!

Dos horas después se juntaban los *Empecinados* en el punto de cita, ó sea en el monte llamado de la Alcarria, que, aunque perteneciente á Guadalajara, se dilata siete leguas, cruzando por el término de otros varios pueblos.

Le habían matado siete guerrilleros y aprisionado seis, á los que conservaron la vida... ¡caso raro! por el buen comportamiento del *Empecinado* con los prisioneros franceses.

No fué Juan Martín de los últimos en aparecer, á pesar de haberse reservado el punto más difícil y en que mayor número de franceses se habían reunido para cortarle el paso y rendirle. Enterado de las escasas pérdidas sufridas por sus guerrilleros, les dirigió la siguiente arenga:

—¡Estoy satisfecho!... ¡Os habéis portado como héroes!... ¡Cada uno de vosotros vale por cien de esos viles *gavachos*!...

—¡Viva el *Empecinado*!...—gritaron con entusiasmo.

—No, ¡viva España!...

—¡Viva!...

—España es nuestra madre... Un hombre no es más que un hombre, pero la patria lo es todo... Para librarla hemos salido al campo, y no dejaremos las armas hasta haberlo logrado... ¿No es cierto?...

—Sí, sí...

—Hoy estos *franchutes* del diablo nos han dado un mal día, pero les juro que lo pagarán... ¿Estáis dispuestos, muchachos?

—A todo,—respondieron Navas, Berdugo y Abuín.

—Mande su mercé lo que quiera,—añadió Isidro.

—Su boca será medida—exclamó Mondedeu.

—¿Y usté qué dice, señor licenciado?—preguntó Juan Martín al estudiante con el acento dulce y cariñoso que le era peculiar.

—Que no debemos avergonzarnos de esta sorpresa, porque la historia afirma que también las sufrieron Indivil, Macronio, Viriato...

—Déjese usté de nombres de extrangis. Estos sabios—añadió Juan Martín dirigiéndose á Vicente Sardina—me revientan. El hecho es que trato de pagar á los *gavachos* la sorpresa de hoy con otra sorpresa, y que cuento para ello con vosotros.

—¡Hasta morir!—respondieron los guerrilleros.

—*Vita et morta*...—respondió el licenciado.

—Basta de palabrotas. Y al avío.

Y con efecto, el 24 de Diciembre, cuando por ser la celebración de la Noche-Buena más descuidados se hallaban, sorprendió el *Empecinado* en Mazarulleque á una importante fuerza enemiga.

Mas al amanecer llegaron 1.000 infantes en su ayuda, y el *Empecinado* se vió obligado á batirse en retirada, corriendo su vida gran peligro; pero su serenidad, que supo trasmitir á sus guerrilleros, los salvó de una tremenda catástrofe, pues eran 1.000 infantes y 550 ginetes para 100 guerrilleros, limitándose las pérdidas á 15 hombres y á la prisión de D. Segundo Antonio Berdugo,

© Biblioteca Nacional de España

que fué ahorcado en Huete por orden del general Desmaissier, que no conocía á Juan Martín, ni su bondad para con los prisioneros.

Este descalabro no hizo sino avivar el odio del *Empecinado* contra los imperiales.

Según el célebre historiador Lafuente, el *Empecinado* no dejaba un momento de respiro á los franceses, sosteniendo con ellos rudos y brillantes encuentros, burlando los ardides y estratagemas que para sorprenderle y aprisionarle armaban y discurrían, rompiendo audazmente por entre ellos, siendo el terror de los imperiales y el amparo y jefe de otros guerrilleros que se le agregaban.

Otro escritor añade:

«Si hasta entonces había demostrado un gran valor personal en los varios y singulares combates que hubo de sostener con los más esforzados adalides del campo francés, en adelante reveló una prudencia y una habilidad dignas de las altas jerarquías á que le fué elevando el Gobierno Superior de la nación.»

Lo más notable, y que es el timbre de gloria más grande que un hombre puede ostentar, es que la Junta Central primero, y luégo la Regencia, y más tarde las Cortes, al otorgarle una nueva gracia, escribían en ella, *atendiendo á sus méritos y modestia por no haber solicitado nunca cosa alguna.*

* * *

Los guerrilleros que hemos citado anteriormente se hallaban en su mayoría al frente de partidas que operaban con entera libertad, y que el *Empecinado* reunía para acometer determinadas empresas como jefe superior que era de ellas.

Cuando Juan Martín llevó sus prisioneros á Ciudad-Rodrigo, según dijimos anteriormente, llamó la de Abuín, quien al pasar por los Villares de Salamanca atacó á 60 cazadores de caballería y llevó á su jefe la mayoría de ellos prisioneros.

Aumentada la partida de Abuín á 90 hombres, por orden del *Empecinado* se situó en los pinares de Coca (Segovia) y sus cercanías, atacando cuantos destacamentos y convoyes iban de Madrid á Valladolid y Segovia, haciendo muchos prisioneros que ponía á disposición de Juan Martín.

Hallándose en Ayllón con el *Empecinado*, se presentó á éste un individuo de la Junta de armamento y defensa de Sigüenza para organizar las partidas, con raciones y pagas, y Juan Martín dispuso que la guerrilla de Abuín fuese considerada como una división de su ejército.

* * *

D. Nicolás María de Isidro nació en la villa de Usanos, provincia de Guadalajara, por los años de 1784, y era hijo de un jornalero, humilde podador de viñas.

Entrado á servir como voluntario en el ejército, formó parte de la expedición al Báltico que para auxiliar á Napoleón envió España en 1807.

De regreso con su general el marqués de la Romana, se unió en Sigüenza al *Empecinado*, á cuyas órdenes sirvió en la guerra de la Independencia.

Se distinguió por su valor, combatiendo á las órdenes de Isidro, su hermano D. Dionisio, que seguía la carrera eclesiástica en la universidad de Alcalá, habiendo sido ordenado de presbítero el 16 de Abril de 1808, y que indignado por la traición de los franceses no vaciló en salir al campo á pelear por su patria.

En la guerrilla que mandaba D. Nicolás Isidro figuraban, además de su hermano don Dionisio y de su cuñado Juan Sánz, una docena de jóvenes del pueblo de Usanos, todos amigos suyos de la niñez, labriegos, pastores, cazadores furtivos, artesanos, gentes que no conocían el miedo y que le acompañaron en todas sus empresas por más atrevidas que fuesen.

Perseguida en Diciembre de 1809 la Junta de la provincia de Guadalajara, tuvo que evacuar la ciudad de Molina, en que se hallaba, y acogerse á los montes; los franceses destacaron 700 hombres en dirección á Villar de Cobeta, donde la Junta se había detenido, teniendo ésta que abandonar el pueblo precipitadamente á las doce de la noche.

Isidro, al frente de 60 guerrilleros, se in-

© Biblioteca Nacional de España

terpuso valientemente á fin de entretener á la columna enemiga y dar tiempo á la retirada y salvación de la Junta, lo que consiguió á pesar de la escasez de sus fuerzas.

Tan heróica conducta, sino impidió que los franceses avanzasen y entregaran á las llamas una parte del pueblo, libertó al menos á la Junta de caer en sus manos.

Ya anteriormente Isidro había merecido los aplausos de la Junta y del *Empecinado* por la buena organización que dió á los dispersos y fugados de la desgraciada batalla de Ocaña, que formaron el núcleo del regimiento llamado *Tiradores de Sigüenza*, que tomó una parte principal en toda la guerra.

* * *

D. José Mondedeu nació en Ibi (antiguo reino de Valencia) el 12 de Abril de 1786, siendo hijo de D. Francisco Mondedeu y de doña Vicenta Jover, naturales y vecinos de Ibi.

Era uno de los guerrilleros á quienes más estimaba el *Empecinado* por su valor y serenidad.

En el parte á la Junta de Guadalajara, dice Juan Martín hablando de la acción del Casar de Talamanca:

«Mi valiente y nunca bien ponderado sargento José Mondedeu, tomó á los franceses la vanguardia con 20 hombres resistiendo un largo y vivísimo fuego.»

* * *

De D. Vicente Sardina, decía también el *Empecinado* en el mismo parte:

«Sardina desde su peligrosa posición, y á pecho descubierto, hizo un valeroso frente á los que disparaban desde las ventanas, hiriéndole el caballo.»

* * *

D. Casimiro de Gregory Dávila era un propietario que no vaciló en poner su vida con su fortuna al servicio de la patria.

Levantó y equipó una guerrilla, que bien pronto se hizo famosa por su constante persecución á los franceses.

Atraído por la fama del *Empecinado*, don Casimiro Gregory quiso pelear al lado de Juan Martín, á cuyas órdenes realizó varios hechos de armas de singular importancia.

* * *

Lo propio hicieron los guerrilleros D. Julián Mesa y Monroy y D. Martín Zárate y Eguía.

* * *

Por las cercanías de Madrid vagaba la guerrilla de D. Antonio Piloti, una de las más numerosas de España, por cuanto su fuerza se hacía subir á 400 hombres.

Sabedor de que un comisario francés, con algunos dependientes del resguardo de Madrid andaba por Perales de Tajuña y pueblos circunvecinos exigiendo granos y harinas é imponiendo contribuciones, los copó á todos con sus armas, caballos y efectos.

* * *

D. Alfonso Octavio *(Alcantarilla)* recorría la tierra de Madrid, Cuenca y Toledo al frente de 60 guerrilleros (soldados y contrabandistas).

Según el parte que remitió él mismo al marqués de las Atalayuelas, que operaba hacia Cuenca, desde Belinchón, se apoderó en el mes de Agosto de 1809 de la barca de Villamanrique haciendo prisioneros á los 61 franceses que la custodiaban.

El 2 de Diciembre llegan á Santa Cruz de la Zarza 26 soldados de infantería con la pretensión de llevarse 600 cabezas de ganado lanar para sus tropas de Ocaña; mas por la noche apareció la partida de Octavio *(Alcantarilla)*; refugiáronse los imperiales en la casa ayuntamiento; los nuestros rompieron el fuego, mataron dos franceses, y al verlos salir de la casa les hicieron nuevas descargas que sembraron el suelo de cadáveres.

* * *

En la provincia de Cuenca era uno de los principales jefes de las guerrillas el marqués

© Biblioteca Nacional de España

de las Atalayuelas, quien por la parte de Sacedón y sus cercanías traía en constante alarma á los franceses.

Nombrado luégo comandante general interino de la provincia de Cuenca y parte de Castilla el brigadier marqués de las Atalayuelas, desplegó un celo y una actividad digno del mayor elogio, batiendo á los franceses en Fuentidueña y en Villamanrique.

* * *

Recorrían la tierra de Soria la partida de cruzada de D. Juan Gómez, y la guerrilla que mandaba D. Joaquín González, siendo el terror de los imperiales que, siempre en lucha con éllas, no podían jamás darles alcance.

Unidas ó separadas estas guerrillas, cruzaban la provincia en todas direcciones, y los celebrados pinares de Soria eran el refugio de nuestros patriotas y el sepulcro de los franceses.

Desgraciado el destacamento ó la columna imperial que se atrevía á penetrar en ellos.

El día 18 de Agosto de 1809, sabedor don Juan Gómez de que una columna francesa compuesta de 140 hombres se dirigía del Burgo de Osma á Soria, llamó en su ayuda á D. Joaquín González, y unidas las dos guerrillas hicieron frente á los imperiales en Villar del Ciervo, y los derrotaron por completo, matando 25, hiriéndoles 30, cogiéndoles 40 ó 50 mochilas y persiguiéndolos hasta Carbonera.

* * *

Por Segovia se contaba, entre otras guerrillas, la que tenía á sus órdenes D. Juan Jiménez.

Esta partida lo mismo recorría las montañas, que bajaba á los valles, que entraba en Segovia, y rescataba en el mes de Octubre de 1809 de manos de los franceses 80 quintales de plata y oro que inmediatamente ponía en seguridad, remitiéndolos á la Junta Suprema.

Y conste que rasgos de estos no hay guerrilla de España que no los realizara.

Castilla la Vieja.—Guerrilleros de Valladolid, Zamora, Palencia, Salamanca, Burgos y Avila.

El bizarro D. Jerónimo Saornil, siempre animoso y siempre prudente, cayó por sorpresa en la villa de La Bañeza (4 de Junio) ocupada por los imperiales, á los que no dió tiempo, no ya para refugiarse en los parapetos y fortificaciones que tenían preparados, pero ni siquiera para coger las armas, haciéndoles 30 prisioneros y apoderándose de los almacenes de víveres que allí tenían, de bastante ganado lanar y vacuno y de muchas armas y monturas, todo lo cual entregó en la Puebla de Sanabria al director de víveres del ejército español D. Manuel Chavarría.

Como quiera que Saornil y su guerrilla se consideraban afectos al cuartel general del marqués de la Romana, cuando éste fué reemplazado por el duque del Parque, D. Jerónimo se apresuró á ponerse á sus órdenes, siendo recibido por el duque con grandes elogios y ordenándole que prosiguiese su eficaz y activa campaña contra los imperiales.

Orgulloso Saornil con estos elogios, detuvo en el mes de Julio un importante convoy entre Olmedo y Ornillos, que se dirigía á Madrid, escoltado por 60 infantes, con los cuales entabló una sangrienta lucha que dió por resultado la muerte de 35 bonapartistas, la prisión de 25 y el caer en su poder todo el convoy, con 24 arrobas de plata labrada, que entregó al duque del Parque en Alba de Tormes.

El duque, cada vez más satisfecho del valor y el comportamiento de Saornil, le ordenó que le acompañase con su guerrilla á Medina del Campo, sirviendo de mucho al general español en su empresa los grandes conocimientos que Saornil tenía del país.

Más tarde detuvo otro convoy, que marchaba de Olmedo á Madrid, remitiendo todo el botín recogido al general D. Martín de la Carrera que se hallaba en Ceclavín.

En tanto que una parte de su guerrilla se empleaba en la referida conducción, Saornil se dedicó á reanimar y sostener el entusiasmo de los pueblos, que se iba amortiguando, y á la verdad que no sin razón.

Procuremos reseñar la situación de Espa-

© Biblioteca Nacional de España

ña en general, y de Castilla en particular. Zaragoza vencida; Gerona sitiada; nuestros ejércitos derrotados en el Puente del Arzobispo, en Ocaña y en Alba de Tormes; casi todas las provincias gimiendo bajo el yugo opresor del tirano; las guerrillas de Morales y López Pinillos traicionando á su patria y pasándose al enemigo; la del valiente capuchino fray Julián Delica derrotada, y fusilados sus hombres en los mismos pueblos de su naturaleza para que sirviese de ejemplo á sus habitantes.

D. Jerónimo no ignoraba nada de esto, pero lo sufría en silencio y procuraba ocultar todos estos fracasos á sus guerrilleros.

Sin embargo, en los primeros pueblos en que entró fué recibido con tal frialdad, y los habitantes mostraron tal empeño en que no pernoctase en ellos y se alejara cuanto antes, que sus guerrilleros llegaron á apercibirse, á desconfiar y á temer.

¿A qué podía obedecer tan extraña conducta?

La casualidad le hizo saber que el rey intruso había puesto á precio su cabeza. ¡Aún le restaba que apurar este amargo cáliz! ¡Entonces lo comprendió todo!

Los resultados de semejante medida no se hicieron esperar.

Sus paisanos, hasta entonces sus amigos y valedores, recelaron de sus visitas y de su propaganda patriótica y procuraron alejarle; y sus guerrilleros, temerosos á cada instante de que un traidor, por ganar el premio ofrecido por la cabeza de su jefe, los hiciese caer en una emboscada, comenzaron á mostrarse desconfiados y á manifestar á Saornil un desvío precursor de un abandono que no se cuidaban de recatar.

En tan difícil situación D. Jerónimo Saornil dió pruebas de su grande alma, y juntando á sus guerrilleros les hizo ver, con sencilla pero noble elocuencia, lo hermoso de la causa que defendían y cuán gratas eran al Todopoderoso las víctimas de los que se sacrificaban por la patria, á las cuales reservaba un puesto en la mansión celeste, así como disponía el mayor castigo para los franceses y sus viles instrumentos, y para Napoleón el opresor más detestable de la humanidad.

Díjoles que en las adversidades y los peligros era más necesario mostrar constancia y valor, teniendo en cuenta que la fortuna es al fin para el hombre que se hace superior á todos los acontecimientos; les recordó el heroismo de Zaragoza, la perseverancia de los catalanes, el entusiasmo de los gallegos.

Los guerrilleros le escuchaban con profunda atención.

—Por mi parte—exclamó Saornil,—lejos de retirarme y disfrazar mi cobardía y manchar mi nombre, estoy resuelto á derramar hasta la última gota de sangre combatiendo al enemigo de mi amada patria.

—Nosotros, no;—dijo el segundo de la partida con cierta audacia.

—¿Por qué?

—Porque esta es una lucha estéril.

—¿Estéril llamáis á combatir por la patria?

—¿De qué sirve combatir hoy y mañana, no dormir, no comer, no sosegar, batirse con el calor de Julio y el frío de Diciembre sin honra ni provecho?...

—¡Mentira parece que seáis españoles!—exclamó Saornil con profunda amargura.

—Y no sólo es estéril—añadió otro de los guerrilleros—la lucha que sostenemos unos cuantos hombres contra ejércitos poderosos, sino arriesgada...

—Toda lucha lleva consigo un riesgo,—contestó Saornil.

—Hay riesgos de riesgos—insistió el segundo de la guerrilla.—Pueden afrontarse los que produce la guerra; pero es muy triste que 50 hombres se hallen expuestos á morir por causa de uno sólo, y esto ni Dios, ni la patria pueden consentirlo.

La frente de Saornil se cubrió de una negra nube, y con la voz empañada por el dolor, exclamó:

—Vuestra extraña conducta parece indicar que habéis llegado á saber la sentencia que los imperiales han dictado contra mí... Sois españoles, sois castellanos, algunos habéis pasado conmigo los primeros años y compartido los juegos de la infancia y los alegres días de la juventud, y todos habéis atravesado con Saornil los azares y peligros de esta lucha, y no quiero suponeros capa-

© Biblioteca Nacional de España

ces de entregar al paisano, al amigo, al hermano, ó de abandonarle en tan duro trance y cuando el enemigo ha puesto á precio su cabeza sólo por defender la independencia patria, el honor de vuestras hijas y esposas y los bienes de vuestros padres y hermanos.

Todos los guerrilleros hicieron un gesto de indignación.

—Si no es esto, como yo, por honra vuestra me imaginaba, si vuestro deseo de abandonar la guerra consiste—prosiguió—en otra causa, en estar quejosos de mí, decidlo francamente. Desde este instante mismo yo me despojo de mi autoridad y dejo de ser vuestro jefe para ser uno de tantos. Elegid por capitán al que más os agrade, y contad de antemano con que, sea quien quiera, yo le prometo sumisión y obediencia, con tal de que no abandone la defensa de la patria y nos lleve de nuevo á pelear.

Las enérgicas y sentidas expresiones de Saornil produjeron un efecto sorprendente. La mayoría de aquellos hombres rudos, curtidos por el sol, audaces y fieros, vertían lágrimas que no pretendían ocultar. ¡La patria, esa madre adorada, acababa de triun-



D. JERÓNIMO SAORNIL

far! Los guerrilleros, alzando en sus robustos brazos á D. Jerónimo Saornil le proclamaron otra vez por su jefe entre vítores y aplausos, y juraron todos volver al combate y morir por España. En su consecuencia, Saornil, despreciando la amenaza de muerte que pesaba sobre su cabeza, firme en la defensa de la patria, seguro del apoyo de sus guerrilleros y confiado en la lealtad de sus paisanos, comenzó á recorrer los pueblos restableciendo el espíritu nacional, animando á los tímidos, excitando á los valientes, negando todas las derrotas que proclamaban los imperiales y persiguiendo á los soldados del César francés con mayores bríos y con más grandes éxitos.

¡Loor eterno á tan noble patricio!

* * *

Toro es una ciudad de conocida antigüedad romana, creyéndosela la llamada *Arbucale*, ocupada por las armas, y no sin grandes dificultades, por Aníbal.

Desmantelada y destruída, dice un ilustrado escritor (1), en la horrorosa guerra

(1) Valverde.—*Guía del viajero en España.*

© Biblioteca Nacional de España

entre árabes y cristianos, en el año 883, pasó definitivamente á poder de los últimos, encargando Alfonso el Magno la reparación de sus desastres á su hijo D. García.

Padeció muchísimo durante la turbulenta minoría de Alfonso XI, y fué teatro de las venganzas de D. Pedro el Cruel contra los partidarios de su hermano D. Enrique.

Tomada por el rey D. Alfonso de Portugal, fué reconquistada por Fernando el Católico, que le derrotó en los llanos inmediatos á la ciudad, habiéndose publicado en ella las famosas *Leyes de Toro*.

Ocupa la población la extremidad meridional de una dilatada llanura, en un ribazo que domina al río Duero y á la alegre campiña conocida en lo antiguo con el nombre de *Campos de Toro*, tan célebre por la bondad y fertilidad de sus tierras.

Tiene sobre el río que baña las cercanías de sus edificaciones un puente de piedra de 22 arcos, y al Oriente aparece el grupo ruinoso del histórico alcázar con sus desmochados cubos.

Son notables los palacios del obispo de Zamora, el de Alcañices, el de Alba y el de Santa Cruz y la casa ayuntamiento.

Contaba en tiempos pasados con veintisiete iglesias y conventos de frailes y monjas, y dos ermitas en las afueras, la de *Santa María de la Vega* y la de *Nuestra Señora de Soterraña*.

Los conventos principales de frailes eran, á principios del siglo, los de mercenarios, carmelitas descalzos, franciscos descalzos y los capuchinos.

De los capuchinos salió á combatir por la patria un monje, que no debía tardar en conquistar un justo renombre, Fray Julián Delica.

Napoleón, al invadir á España, había ofendido por igual al patriota y al religioso, al hombre de mundo y al hombre de iglesia. Sus legiones mataban á los defensores de la patria, violaban á las mujeres y robaban las iglesias, despojando de sus alhajas á las vírgenes y cometiendo en los templos todo género de sacrilegios.

Dícese—y aun creemos que existe un cuadro de un artista, francés por cierto, representando el trágico suceso—que en Aragón llegaron á disparar los imperiales contra un sacerdote en el acto de decir la misa á sus feligreses. También se asegura que los frailes del convento de Conjo, cerca de Santiago de Galicia, celebraban la misa guardado el monje oficiante por los fusiles de los demás hermanos, á fin de evitar una sorpresa. Lo que sí es cierto, es el bárbaro crimen cometido contra el obispo de Coria, hombre de ochenta y cinco años; este anciano, tan virtuoso sacerdote como buen patriota, decía en todas sus pastorales al pueblo, que *Napoleón era un mónstruo que se había alzado contra Dios;* forzado á salir de Coria, y gravemente enfermo, se refugió en Hoyos con su secretario y tres criados; los franceses, faltando á todas las leyes divinas y humanas, asaltaron la casa, arrancaron del lecho al doliente obispo, le arrastraron desnudo por las habitaciones, y, por último, le dispararon tres tiros por la espalda.

Era, pues, natural que los curas y frailes, como españoles y como sacerdotes, se lanzaran á defender á la nación y á Dios, convirtiendo la patria en altar y la libertad en culto.

A la voz del fraile capuchino fray Julián Delica, se reunieron multitud de jóvenes de Toro, y bien pronto el fogoso monje pudo contar con 70 caballos y emprender por las márgenes del Duero una activa campaña contra los franceses.

La vega de Toro, surcada por el caudaloso río, los extensos pinares, el famoso bosque de encinas llamado *Monte de la Reina*, y los pueblos vecinos, fueron testigos de las hazañas del capuchino y de sus guerrilleros, siempre activos y siempre vencedores.

En el mes de Junio de 1809 la fama de fray Julián Delica era tan notoria, que toda empresa grande contra los franceses se le atribuía al célebre capuchino, que á la verdad combatía sin tregua ni descanso para merecer el renombre de bravo que por todas partes se le aplicaba.

Por orden del mariscal Soult, marchó para Madrid con pliegos del mayor interés el general Franceschi, saliendo en posta de Zamora con una buena escolta para cumplir su importante comisión.

Pero... los generales franceses proponían

© Biblioteca Nacional de España

y los guerrilleros disponían, y era una locura pensar en librarse de fray Julián Delica en toda la tierra de Toro.

El valeroso capuchino, cubierto con su hábito, se incorporó solo montado en una hermosa mula á Franceschi, fingiendo que se dirigía á Valladolid y pidiéndole su venia para hacer el viaje en su compañía, temeroso, le dijo, de las guerrillas que recorrían la comarca; otorgósela el general, no sin algunas dudas y vacilaciones.

Bien pronto comprendió fray Delica que Franceschi desconfiaba de él; mas aparentando no comprenderlo, sacó un breviario y se puso á leer con la mayor tranquilidad, no sin echar frecuentes miradas al campo, siempre que juzgaba que no le observaban.

Entrados en un camino sembrado de pinos, oyóse á lo lejos el canto del cuco; fray Julián lanzó un silbido extraño, y cuando Franceschi y sus acompañantes se volvieron hacia él sorprendidos, se vieron rodeados por los guerrilleros del capuchino, que, sin darles tiempo de ponerse en defensa, se apoderaron de todos. Fray Delica se apresuró á enviar el general y los pliegos á la Junta, en unión de los demás prisioneros.

El audaz capuchino no limitaba ya sus excursiones á la provincia de Zamora, sino que las extendía por la de Salamanca y Valladolid, siempre protegido por los naturales y aún más especialmente por sus hermanos en religión.

Dos meses después, entre Simancas y Tordesillas, sostuvo fray Julián un sangriento combate con un destacamento imperial, derrotándole por completo y haciendo prisionero al jefe que lo mandaba, y que era un edecán del general Kellerman, el tirano de Valladolid, así como á los soldados, y apoderándose de siete mulas cargadas de plata y de otras ricas alhajas sustraídas de las iglesias.

Tales proezas y tan importantes prisiones llamaron la atención de Marchand y Kellerman, procónsules de Salamanca y Valladolid, que se propusieron destruir la guerrilla de fray Delica, para lo cual dispusieron, con el mayor secreto, en Zamora, Salamanca y Valladolid, varias columnas volantes dedicadas, aparentemente, á sacar contribuciones, pero en realidad á apoderarse del fogoso capuchino.

La suerte favoreció sus intentos.

Eran los días en que Castilla gemía abatida por tantas y tantas derrotas.

La cabeza de Saornil había sido puesta á precio; en Salamanca, el general Marchand se apoderaba de las personas principales, á fin de que éstas obligasen á los guerrilleros á abandonar la lucha; en Valladolid, Kellerman cometía las mayores infamias y las más crueles inhumanidades; el terror imperaba por todas partes, y los franceses ejercían la más activa vigilancia y el más acabado espionaje.

Conocedores los imperiales del noble carácter del fraile, se presentaron en Tordesillas, á pretexto de imponer una de sus acostumbradas contribuciones; acudió fray Delica en auxilio de la población, trabando rudo combate con los imperiales, pero bien pronto sus guerrilleros se vieron sorprendidos y rodeados por varias columnas, que cercando la villa no les dejaron huída posible.

El resultado de esta triste acción fué caer prisionera toda la partida del fraile, no sin que los guerrilleros vendiesen cara su vida y su libertad.

Los jefes de las columnas vencedoras sentenciaron á morir á los guerrilleros en los pueblos mismos de que eran hijos, para que su muerte sirviera de ejemplo y de escarmiento; y á fray Julián Delica le condujeron prisionero á Francia, haciéndole víctima de tan crueles tratos, que habría valido mil veces más que le hubiesen muerto, como él se lo pedía.

En prueba de ello, véase lo que el general gobernador de la plaza de Badajoz decía en Abril de 1809 al general del primer cuerpo francés en Extremadura, Mr. Meinin:

«La dureza de vuestro trato con nuestros prisioneros está, según todas las relaciones, fuera de todo lo humano.

Increíble parece ver ejércitos guiados por sus generales talar, robar, incendiar, violar mujeres y profanar templos, y cometer los crímenes más horrendos contra los hijos de una nación que no tiene otro delito que haber sacrificado su riqueza y derramado su

© Biblioteca Nacional de España

sangre... ¡verguenza causa decirlo!... para sostener los proyectos sanguinarios y destructores de un tirano.»

* * *

Es Astudillo una hermosa villa de la provincia de Palencia, y fué una población importante en la época de la Reconquista. Hállase situada en un valle, sobre una pequeña colina, rodeada de elevadas cuestas, y aún conservaba en 1809 trozos de sus antiguas y fuertes murallas.

En Astudillo se cruza por un puente un arroyo y se entra en la llamada *Tierra de Campos*.

Había en la época de nuestra lucha por la independencia un párroco en la iglesia de Santa Eugenia, que, ansioso de vengar á la religión y á la patria de los constantes desafueros de los ejércitos napoleónicos, se echó al campo, armado de un trabuco formidable y arrastrando detrás de sí á gran número de sus feligreses.

Las hazañas de Porlier, los triunfos de Amor, enardecían de tal modo al famoso guerrillero, más conocido que por su nombre de pila por el del *Cura de Astudillo*, que á todo se atrevía y de toda empresa se juzgaba apto, por arriesgada y difícil que pareciera.

Su valor y su confianza había logrado infundirlos de tal modo en el ánimo de sus guerrilleros, que todos se creían capaces de oscurecer las glorias del conde Fernán-González ó del mismo Cid Campeador.

Palencia, Burgos y Valladolid era el escenario en que ejecutaba sus gloriosos hechos.

Siempre activo, siempre dispuesto, su elemento era la lucha, su existencia el batallar.

Antiguo é infatigable cazador, tenía á orgullo señalar de antemano el punto en que había de colocar su bala.

Su constante movilidad hacía imposible su persecución, mientras que á él le servía maravillosamente para caer sobre los imperiales en el punto y hora en que menos lo aguardaban.

La derrota de la partida de fray Julián Delica, á quien admiraba, le había causado profundo dolor, y procuraba vengarla sorprendiendo á los franceses y fusilando á cuantos se resistían en las luchas que casi á diario sostenía.

Entre muchas acciones, que sería prolijo é imposible el enumerar, citaremos una de las que más renombre le dieron.

Sabedor de que un importante convoy debía atravesar por Torquemada, villa situada en un llano, en la confluencia de los ríos Pisuerga y Arlanzón, concibió el atrevido proyecto de apoderarse de él.

La llanura en que la villa está asentada era una grave dificultad, pues en ella, y parapetados tras de los carros, era mucho más fácil á los imperiales el defenderse y quizás derrotarle.

El *Cura de Astudillo* dudaba en el plan que debía adoptar, cuando recordó que para llegar á Torquemada hay que pasar un gran puente de piedra de 25 arcos. *¡Eureka!* se dijo el buen cura dándose una palmada en la frente.

Dividió su guerrilla en dos trozos, y aprovechándose de la oscuridad de una fría mañana de Octubre de 1809, emboscó una parte en la cabeza del puente, entre los estribos; dejó penetrar el convoy, y á una señal convenida, su segundo, con la mitad de los guerrilleros, salió de su escondite y se colocó resueltamente entre el puente y la villa, cerrando el paso á los imperiales, mientras que él los atacaba con la otra por la espalda y les cortaba la retirada; cogidos entre dos fuegos, apenas si los franceses opusieron resistencia.

El convoy, compuesto de 118 carros de municiones y pertrechos de guerra, cayó todo en poder del célebre cura, quien, en venganza de lo ocurrido á los guerrilleros de fray Julián Delica, pasó á cuchillo á cuantos franceses venían escoltándolo.

* * *

El ejemplo del valiente fray Julián Delica, de gloriosa recordación para la causa nacional, no había sido perdido, ni era posible que lo fuera en la hidalga tierra castellana.

Fray Armengol, monje del celebrado mo-

© Biblioteca Nacional de España

nasterio de carmelitas descalzos de la importante villa de Alba de Tormes (Salamanca), salió también á campaña, y al frente de una corta, pero intrépida guerrilla, dió mucho que hacer y causó grandes daños á los enemigos de España.

La feracísima vega de Alba de Tormes, de cerca de tres leguas de larga, por la que se desliza suavemente el cristalino Tormes; el terreno que se alza pasado el magnífico puente de 26 arcos que tiene la villa, cubierto en gran parte de monte por las derivaciones de un estribo desprendido de la llamada *Sierra de Francia* en Peña Gudiña; los después famosos *Cerros de los Arapiles*, todo servía al denodado fraile para combatir á los imperiales, sin dejarles momento de respiro, ansioso de pelear y destruir aquellos *herejes*, invasores de su patria, profanadores de su santa religión y verdugos de sus hermanos.

* * *

Ha llegado el momento de hablar de uno de los guerrilleros más notables de Castilla y de España, de D. Julián Sánchez.

Este ilustre patricio había servido en el regimiento de Mallorca, distinguiéndose notablemente por su grande valor y sus nobles prendas de carácter.

Retirado se hallaba en el pueblo de Santiz, de donde era natural, y en el que se dedicaba á la guarda de ganado bravío, cuando los franceses, en una de sus frecuentes correrías, pisaron las calles de su aldea, forzaron á una hermana de D. Julián y asesinaron á sus ancianos padres.

Sánchez, que por suerte ó desgracia no se hallaba en el pueblo, juró vengar tan grave afrenta y tan cruel inhumanidad, y tomar sangrientas represalias, y no tardó en cumplir su juramento.

Grandemente querido en toda la comarca, sus paisanos, sus compañeros y sus amigos se ofrecieron espontáneamente á ayudarle en su meritoria empresa; los ganaderos todos de Salamanca le prometieron su apoyo más decidido, y bien pronto la guerrilla de D. Julián Sánchez constaba de 200 *garrocheros* ó lanceros, que le proclamaron por su jefe, nombramiento que ratificó el general duque del Parque.

D. Julián Sánchez, unas veces apoyando al ejército, otras auxiliando á la importante plaza de Ciudad-Rodrigo, y otras obrando por su cuenta y riesgo, causó tal pánico en las filas de los imperiales, les produjo tantas y tan repetidas derrotas, que el general Marchand, que mandaba en Salamanca, publicó con fecha 28 de Setiembre de 1809 una proclama que era un verdadero padrón de ignominia.

Juzguen nuestros lectores:

«El general Marchand, conde del Imperio, etc., etc., manda detener á los señores D. José González Icedo, D. Diego de Alba, D. Juan Bello, D. José Bárcenas, D. Florentín Carranza, vizconde de Rascón y D. Nicolás Arteaga, ganaderos ricos que protegen á las guerrillas; y si en el término de ocho días no desaparecen esas cuadrillas de *salteadores*, azote de los pueblos, que asesinan, roban y saquean, se tomarán con ellos las más severas medidas para asegurar la tranquilidad pública.

Igualmente previene á los curas, alcaldes, escribanos, fieles de fechos y cirujanos de que serán responsables con su cabeza de todos los desórdenes que se cometan por los *lanceros* y *guerrillas* de su respectiva jurisdicción.

También advierte á los habitantes de los campos que, si continúan abandonando los pueblos á la proximación de las tropas francesas, serán éstos entregados á las llamas.»

D. Julián Sánchez, indignado de que el general francés calificase á los guerrilleros de ladrones y asesinos, le contestó con la siguiente dignísima carta:

«General: He visto con desprecio la seductora proclama dirigida á los pueblos de la jurisdicción de Salamanca por la perfidia y embustes que contiene; apenas tuve paciencia para acabar de leerla, y extraño á la verdad, no el que tomes los medios que juzgues conducentes para el logro de tus injustos fines, sino el que quieras hacer creer á todo buen español y defensor de la patria lo contrario de lo que sabes y contínuamente estás viendo.

¿Qué crédito han de dar los pueblos á

© Biblioteca Nacional de España

quien dice que se hallan asolados por bandas de asesinos, conocidos por el nombre de lanceros ó guerrillas, cuando han experimentado que han hecho los mayores esfuerzos para impedir cuanto les ha sido posible el saqueo de los usurpadores y ladrones que tú mandas? ¿Se llama robar ganados el evitar que tus tropas los roben y devolvérselos á sus dueños? ¿Son capaces los que tu tiranía ha puesto presos (sin duda con el fin de arrancarles sus caudales y saciar tu ambición) de impedir los movimientos del ejército y guerrillas, que bien pronto han de librar los pueblos del yugo que inicuamente los oprime? Digan estos infelices pueblos, ¿por quién sino por vosotros se ven saqueados, robados, quemados y destruídos, los templos profanados y las mujeres tristes víctimas de vuestra barbárie? ¿Y aún quieres persuadirles á que sufran pacíficos tan vergonzosa opresión?

¿En dónde están esos invencibles dragones que no aniquilan á estas guerrillas, que según tus expresiones, causan tantos daños y desórdenes? ¿Por qué es recurrir al auxilio de algunos particulares para conseguirlo? Esta guerrilla y el ejército, al mando de su digno general, están muy lejos de temer tus *irresistibles* fuerzas y á esos soldados vencedores de Jena y de Marengo, cuando han visto rendirse muchos á las menores partidas de sus avanzadas, ni les aturden las vanas amenazas de vuestra cobardía, y sabrán siempre defender hasta el último aliento su religión, su legítimo y amado rey, y la libertad de la patria.—Cuartel general de Montalvos de Salamanca 4 de Octubre de 1809.—*Julián Sánchez.*

Con razón decía la *Gaceta Ministerial* de Sevilla, que la proclama del general Marchand era el elogio más grande que podía hacerse de D. Julián Sánchez, y la prueba más clara del mérito de este ilustre patricio, así como del daño que causaban á los franceses nuestras guerrillas.

Aunque parezca ocioso, algo hemos de añadir por nuestra parte á lo dicho á Marchand por D. Julián Sánchez.

Los generales franceses habían colocado fuera de las leyes militares á los guerrilleros, y en la Mancha los sujetaban á las aspas de un molino, como al hermano de *Francisquete;* en Salamanca, los fusilaban en los pueblos de que eran hijos, á la vista de sus ancianos padres y desoladas familias, según vimos con los guerrilleros de fray Delica, y en el camino de Carrión de los Condes clavaban vivos en postes de madera á los cogidos al valiente Porlier en la sorpresa de Saldaña.

Luego los únicos y verdaderos asesinos eran los franceses.

Y cuenta que aún no hemos hablado de los bárbaros actos realizados en Valladolid por el procónsul general Kellerman, que han de horrorizar á nuestros lectores.

Eran innumerables los convoyes apresados por las partidas con objetos sagrados arrebatados de los templos y con ricas alhajas robadas á sus poseedores; pues bien, todos ellos, así en Castilla los reconquistados por D. Jerónimo Saornil y fray Delica, como los del Bajo Aragón, arrancados de las garras del avariento general Mousnier, como los que el comisionado de la Junta de Logroño D. Patricio Sáenz, llevó á la Junta Suprema á Sevilla en Diciembre de 1809 (60 arrobas de plata y oro), como tantos otros, prueban que los franceses, comenzando por los generales (recuérdese Zaragoza), eran los ladrones, y los guerrilleros los hombres honrados.

Prosigamos nuestro relato copiando lo que un ilustrado autor escribe acerca del célebre D. Julián Sánchez:

«Tienen fama las *charras* de Castilla, no sólo de buenas mozas, sino de enamoradas y sensibles en sus sombrías soledades. En virtud de este concepto, y quizás por exageración, se cuenta que cuando D. Julián Sánchez con sus *lanceros* defendía la provincia de Salamanca contra los franceses, una madre refería á un fraile los amores de una hija suya con los citados lanceros, á fin de que la reprendiera; pero el buen fraile, en lugar de incomodarse, se alegró exclamando:—¡No sabía yo que tenía D. Julián tanta gente!»

Según el mismo autor, circulaban, y eran muy populares por entonces en Castilla, las siguientes cantilenas dedicadas á D. Julián Sánchez y á sus famosos *garrocheros:*

© Biblioteca Nacional de España

«Cuando D. Julián Sánchez
Monta á caballo,
Se dicen los franceses
Ya viene el diablo.
¡Ea, ea, ea,
Ea, ea, eh!...
Es un lancerito
Que me viene á ver;
El me quiere mucho,
Yo le quiero á él.»

—

«Un lancero me lleva
Puesta en su lanza,
¿Si querrá que yo vaya
Con él á Francia?»

Y es que las *charras* de Castilla amaban en los guerrilleros al elegido de su alma y al valiente campeón que diariamente arriesgaba su vida por salvar la honra de sus paisanas, los bienes de sus familias y la independencia de su patria.

Era D. Julián Sánchez, según las noticias que nos ha proporcionado un ilustrado amigo, que pasa de los ochenta años, y que tuvo ocasión de conocerle, un hombre de alta estatura, de pelo rubio, de ojos azules, de rostro ovalado y de unas fuerzas extraordinarias.

Acostumbrado á manejar la *garrocha* en el campo, como mayoral que había sido de una de las primeras toradas de la provincia, su golpe era seguro, y, en cuanto á su valor, los hechos que iremos refiriendo en el trascurso de la obra demostrarán hasta dónde llegaba, habiendo realizado algunos que parecen cuentos ó fábulas, pero que sin embargo son rigurosamente históricos.

***

De tal modo y tan poderosamente llamaron la atención de Napoleón las sorpresas y los triunfos del cura Merino sobre sus huestes, las cuales no se atrevían á pisar los caminos de Aranda de Duero y Valladolid sino en destacamentos numerosos, que envió las más apremiantes órdenes al general Roquet, para coger á Merino, aunque para ello fuera necesario internarse en las sierras de Burgos y Soria que eran el refugio del antiguo cura de Villoviado.

En cumplimiento de las órdenes de Napoleón, el general Roquet las ocupó con 15 ó 20.000 hombres, en vista de lo cual Merino escribió al *Director* la imposibilidad en que se hallaba de permanecer en éllas y su proyecto de trasladarse á Aragón con su partida, idea á la que el *Director* se opuso, fundado en que tal concentración de fuerzas no podía durar mucho, por cuanto los franceses necesitaban de sus tropas para asuntos más serios, aconsejándole que para librarse de la persecución dividiese su gente en pequeños trozos, no entrase en poblado y ejerciese la mayor vigilancia.

Merino así lo hizo, y sus pequeñas partidas cruzaban de unas montañas á otras, burlando á los franceses, gracias á su corto número y á la fidelidad y patriotismo de los serranos.

Pasados algunos días escribió el *Director* á D. Jerónimo que los franceses disponían en Burgos un gran convoy destinado al sitio de Ciudad-Rodrigo, compuesto de 118 furgones y varios carros militares cargados de pertrechos y municiones de guerra, que debía caminar muy despacio por la carretera de Valladolid, indicándole lo que debía hacer para sorprenderlo.

Merino dispuso que sus guerrillas, al mando de Julián de Pablos, á quien había nombrado su segundo, se encaminasen á los pinares de Segovia y de Coca, quedándose sólo con 25 caballos; y con 50 serranos, cazadores de profesión, armados de sus escopetas, sostuvo varios encuentros con los imperiales, matando muchos y fatigando á todos en aquellas fragosidades de la sierra, hasta que recibió el último aviso de su amigo participándole la salida del convoy.

Apenas llegó á sus manos el parte, traído por un fiel emisario, D. Jerómimo abandonó silenciosamente la sierra y se encaminó en busca de su partida, emboscada en los pinares de Aguila Fuente, en la provincia de Segovia.

Por el camino maduró su plan, que consistía en sorprender el convoy en Quintana del Puente, villa de unos 200 habitantes, situada en terreno llano y á corta distancia de los ríos Arlanza y Arlanzón, que se salva en sus inmediaciones por un puente de piedra de 18 arcos.

© Biblioteca Nacional de España

Emboscó su gente cerca del paso (28 de Junio 1809) en una antigua venta, y apenas el convoy entró en el puente y le ocupó completamente, cuando interponiéndose entre los furgones y la escolta, Merino, sin dar tiempo á los soldados franceses para defenderse, los pasó á todos á cuchillo. Tan rápido fué el movimiento, que D. Jerónimo no tuvo de pérdida ni un solo hombre.

A fin de salvar los efectos del convoy, empleó los 600 caballos frisones de los furgones, é hizo venir á los habitantes de los pueblos inmediatos con sus caballerías albardadas, colocando en cada una dos barriles de pólvora, ayudado por los vecinos de Quintana del Puente, y enviándolas en depósito á los conventos inmediatos; los carros de guerra los hizo quemar, con los cadáveres de los 60 soldados de la escolta; y los cañones, bombas y balas las mandó enterrar provisionalmente en la orilla del río.

Tan difícil y complicada operación la terminó en algunas horas, é inmediatamente pasó al ayuntamiento de la villa y dictó al alcalde el parte que debía enviar á los franceses para cubrir su responsabilidad.

Deseoso de pagar á los campesinos el buen servicio que le habían prestado, les distribuyó todos los caballos de tiro, y dió todo el herraje de los furgones quemados á los vecinos de Quintana del Puente, con más algunos caballos para la labranza.

Realizada felizmente la operación, Merino volvió de nuevo con sus guerrilleros á emboscarse en los pinares de Segovia.

La sorpresa del convoy produjo en los franceses el efecto que es de imaginar; todas las columnas de la sierra, al mando de Roquet, bajaron á reunirse á Aranda de Duero, á Sacramenia y Fuentidueña, y el general Kellerman, al frente de 2.000 hombres y 300 caballos, vino á Peñafiel.

D. Jerónimo, ante noticias tan graves, subdividió su guerrilla en cuatro secciones, y por la retaguardia del enemigo, y caminando de noche, pasó rápidamente el puente de Lavid y entró en la sierra de Quintanar.

Reunidos Kellerman y Roquet en Peñafiel, todo lo que pudieron saber es que Merino y su partida se encontraban en el corazón de la sierra, y en un consejo de coroneles que celebraron inmediatamente resolvieron, vista la imposibilidad de dar con un guerrillero tan *astuto* y *hábil* como Merino, y observando el cansancio de las tropas y las dificultades que la persecución ofrecía, participarlo así al general Dorsenne y enviar las tropas á sus respectivos cantones, medida que aprobó por completo el general.

Tranquilo Merino con la marcha de los franceses, y contando ya con una fuerza de 400 buenos caballos, montados por hábiles tiradores y esforzados patriotas, decidió salir de nuevo á campaña.

A principios de Julio reconquistó una carretería de trigo que los franceses habían robado en el pueblo de Quintanar de la Sierra, apresurándose á devolvérsela; esta conducta de Merino con los pueblos le conquistaba grandes simpatías, pues resultaba para ellos un verdadero padre. D. Jerónimo lo sabía y procuraba siempre amparar y defender á los campesinos, seguro de poder contar en todo caso con su decidida ayuda y su leal fidelidad.

Más tarde, el día 11 de Octubre, en Santa María del Campo atacó una columna que había salido de Celada, obligándola á huir después de matarla 40 hombres.

Pocos días después, sabedor por su amigo el *Director* de la próxima llegada de un edecán de Napoleón con pliegos de la mayor importancia para su hermano José, le sorprendió entre Villazopeque y Villanueva de las Carretas con los 46 dragones que le escoltaban, apoderándose del birlocho en que caminaba el edecán y de la balija, que, de acuerdo con el *Director*, remitió á la Junta Suprema á Sevilla.

El 7 de Noviembre, entre Torquemada y la ya citada villa de Quintana de la Puente, batió á 200 infantes y 50 caballos, apoderándose del convoy que protegían, no sin antes matar 20 franceses.

Por estos días se alojó en Burgos en casa del *Director* un coronel de la gendarmería imperial, joven militar de arrogante figura y muy querido del general Dorsenne, comandante en jefe del ejército del Norte, cuyo cuartel general estaba en Burgos.

Hallábase comiendo el *Director* con su familia y el coronel, cuando apareció la admi-

© Biblioteca Nacional de España

nistradora de Rentas de Barbadillo del Mercado, joven tan bella como fina en su trato, vestida de serrana, pero con lujo.

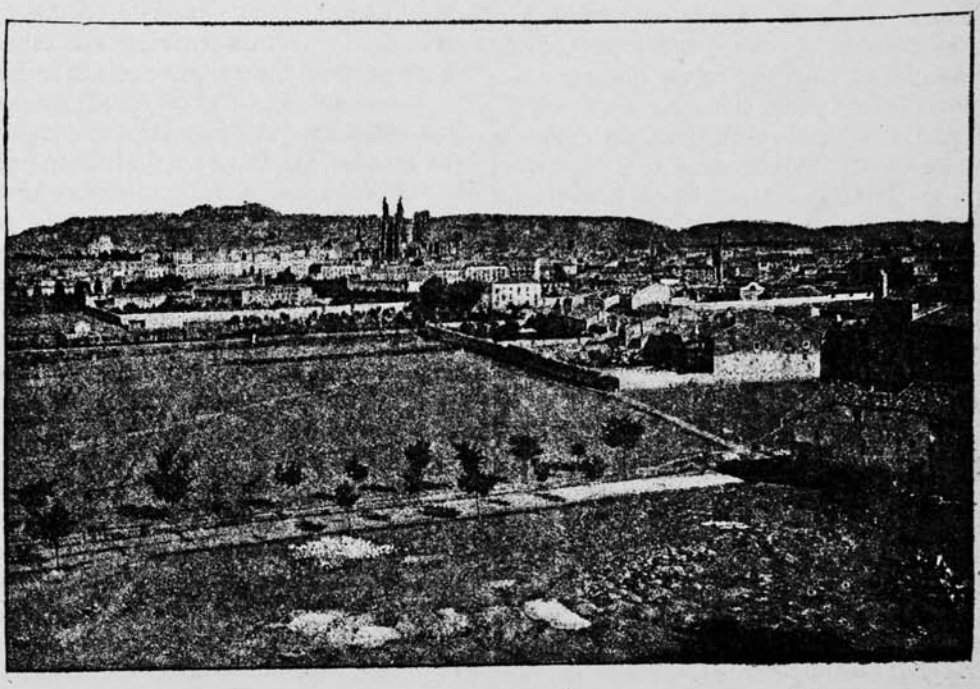
Esta joven era, al decir de los maliciosos, *la confidenta íntima del cura Merino.*

La linda serrana agradó mucho al coronel, que no se recató para manifestárselo, por más que ella se hizo la desentendida.

El francés, aunque algo contrariado por tener que dejarla, marchó al alojamiento del general Dorsenne, con quien tenía costumbre de tomar café.

Alejada la familia, y ya solos el *Director* y la serrana, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Mucho cuidado, señora, con el coronel. He observado sus miradas y he oído sus palabras. No ignoro su mucho recato de usted, pero creo de mi deber prevenirla, pues en los graves asuntos que estamos metidos con el amigo D. Jerónimo, la menor indiscreción podría comprometer la empresa en que nos hallamos empeñados y perdernos á todos.



VISTA DE BURGOS

—No tenga V. cuidado ninguno, que no cambio á mi serrano por el mejor francés, y además me tengo por una buena española; pero si V. desconfía lo más mínimo y teme de mí, ahora mismo me vuelvo á Barbadillo.

—De ninguna manera. Sólo exijo de usted prudencia y recato. Precisamente su venida es de gran importancia.

—¿Pues, qué ocurre?—preguntó alarmada la joven.

—Se fragua en estos momentos—contestó el *Director*—algún plan diabólico contra la vida de D. Jerónimo y la existencia de su partida.

La toma del convoy que iba á Ciudad-Rodrigo, la prisión del edecán de Napoleón, y la habilidad con que se escapa de las columnas que le cercan, tienen furioso al general Dorsenne y al gobernador Solignac, y públicamente dicen que han de hacer un escarmiento con ese *brigante* con corona. Ya he avisado á Merino que viva muy prevenido.

—Lo sé—respondió la administradora,—

© Biblioteca Nacional de España

y él es quien me envía para conocer si ha podido V. averiguar algo de lo que traman en su contra.

—Sólo he podido saber, por algunas palabras sueltas del coronel, que el general conoce alguna parte de los planes de D. Jerónimo. Probemos, ya que la casualidad nos lo ha deparado, si V. con su belleza y su talento logra descubrir algo de lo mucho que debe saber ese coronel, tan arrogante mozo como falto de alcances.

Al siguiente día la serrana comió con el *Director* y su familia y con el coronel, quien se apresuró á decirla que había hablado al general Dorsenne de sus gracias y de su lindo traje, y que éste había manifestado grandes deseos de verla.

La administradora procuró eludir su contestación, comenzando á describir la belleza de su país y la gracia de las serranas.

El coronel, deseoso de saber el pueblo de la administradora, no dudó en preguntárselo.

—Barbadillo del Mercado,—respondió ella.

—¿Y está lejos de Ontoria del Pinar?

—Cuatro leguas.

—¿Fuera del camino?

—No, señor; para ir á Ontoria es preciso pasar por Barbadillo.

—Pues yo—exclamó el coronel muy alegre—debo emprender muy pronto una expedición por esa tierra.

—Si pasa V. por Barbadillo—dijo la administradora mirándole con cariño,—tenga usted la bondad de honrar mi casa, sin necesidad de pedir boleta al ayuntamiento.

El coronel, muy contento por aquella mirada que parecía un mundo de promesas, la preguntó:

—¿Va V. á regresar pronto á Barbadillo?

—Mañana mismo—contestó ella,—pues sólo he venido á hacer algunas compras.

El francés la pidió una nota del pueblo, de los que se encontraban en el tránsito y de las señas de su casa, y sin averiguar si la joven era soltera ó casada, la dió un fuerte apretón de manos, que ella pagó con una dulce sonrisa, y se despidió de todos para ir á casa del general á tomar su taza de café.

Apenas salió el coronel cuando el *Director* dió un fuerte abrazo á la serrana, felicitándola por el ofrecimiento hecho al francés, y marchó decidido á buscar nuevas noticias que poder trasmitir á Merino; la fortuna le ayudó en sus pesquisas, y al siguiente día la administradora, al llegar á Barbadillo, pudo contar á D. Jerónimo todo lo acontecido, agregando que el coronel se disponía á sorprenderle al frente de una columna de 1.500 infantes y 200 caballos.

El antiguo cura de Villoviado comenzó á prepararse para la *sorpresa*, y llamando á los aserradores de las cercanías hizo aserrar todos los pinos desde la parte de Barbadillo á Ontoria, en una extensión de cien varas en cuadro, pero de manera que se sostuvieran y pudiesen ser derribados al menor empuje. Después eligió en el interior del pinar, y á larga distancia de la emboscada, una cortadura al pie de una loma que circundó de gruesos troncos, tras de los cuales parapetó 50 de los más hábiles tiradores del país.

Un nuevo aviso del *Director* le hizo saber que la columna sólo se componía de 500 caballos, pero elegidos entre los mejores de la gendarmería.

Merino dió pruebas entonces de una actividad y un genio extraordinarios; trasladóse rápidamente á Ontoria é hizo que las justicias de los pueblos vecinos llamasen en su auxilio todos los hombres útiles; impetró el apoyo de los curas, que se presentaron con la escopeta al hombro al frente de sus feligreses, armados de hachas, y reunió á los 50 cazadores elegidos entre los mejores del país, con los cuales vino á juntar un total de 450 paisanos, á los que alojó como si fueran soldados en el pueblo de Ontoria, gratificándolos con una peseta, y suministrándoles ración de pan, carne de oveja, vino y queso.

Todo parecía indicar que se trataba de un combate formidable, de una de esas acciones que dejan eterna memoria.

El día 25 de Noviembre llegó la columna francesa á Barbadillo del Mercado.

Es esta una villa de más de 500 habitantes, situada á orillas del río Arlanza, en una altura alegre y pintoresca, con buena casa ayuntamiento, el palacio de los antiguos marqueses de Escalona; el convento del Rosario y una iglesia parroquial, con dos ane-

© Biblioteca Nacional de España

jas en Ahedo y La Revilla y cuatro ermitas. En su término, bañado por los ríos Arlanza y Pedroso, existen los montes y sotos de Gayubar, Villavieja, Palomera y Valdevacas, y algunos molinos harineros. Sus productos agrícolas son buenos y abundantes.

El coronel, recordando la cariñosa mirada de la linda administradora, no veía la hora de estrecharla en sus brazos, y apenas llegado á la villa se encaminó á su casa... ¡pero cuál no sería su desencanto al ver á la serrana transformada en señora, con elegante traje de seda, y que, con la mayor urbanidad, le presentaba á su esposo, vestido con el elegante frac y los aristocráticos guantes, como que regresaba de la iglesia de oir la misa mayor, por ser día de fiesta!

Temeroso el francés de ser víctima de una emboscada, se limitó á saludar friamente á los esposos pidiendo le indicasen la habitación que le habían designado, y ordenando á su asistente que fuese él quien preparase su comida y la de sus convidados, que lo eran un comandante y dos capitanes de la columna. Una vez terminada la comida salió con ellos á dar una vuelta por la villa, que hallaron tranquila y á sus vecinos muy atentos, encargando al alcalde que para las cinco del siguiente día le tuviese dispuestos bagajes para sus maletas y las de sus oficiales, retirándose temprano, por tener—dijo á los dueños de la casa—que madrugar.

Desconcertada la administradora ante la fría actitud del coronel, que atribuyó al fracaso de sus planes amorosos, envió durante el día varios emisarios á Merino, y por la noche, tomando otra vez el traje de serrana y montando una buena mula, delante de la cual marchaba un espolista de toda confianza, se encaminó á Ontoria, hallando en la entrada del pinar las avanzadas de D. Jerónimo y un piquete que la acompañó hasta la cortadura.

Allí estaban Merino y sus guerrilleros. No puede darse cuadro más bello y extraño á la vez.

De los troncos de los árboles pendían largas teas de pino, que esparcían por todas partes un olor resinoso.

Grandes fogatas elevaban al cielo sus mil lenguas de fuego.

Una capa de humo se extendía por todo el campamento.

El conjunto resultaba pintoresco y fantástico.

En derredor de las hogueras cenaban tranquilamente los guerrilleros de Merino un trozo de carne de oveja, un pedazo de queso y un poco de pan.

La bota de vino de Aranda circulaba de mano en mano.

Los guerrilleros se manifestaban contentos y alegres como si no tuviesen la vida á merced de la casualidad.

Al resplandor de las teas podían contemplarse rostros y tipos tan diversos como notables.

Aquí un estudiante, casi un niño, escapado de las aulas de Burgos, de blanca tez y sonrosados labios, con el tricornio picarescamente colocado sobre la oreja izquierda y con la clásica cuchara de madera en la mano, contaba chascarrillos un tanto verdes á los campesinos que le escuchaban embobados.

Más allá, un cazador furtivo, de chaqueta de fuerte paño de Belorado, gorra de pellejo y escopeta madrileña, cenaba con el cura de su pueblo, que vestía el balandrán de esclavina y el gorro de terciopelo negro y empuñaba una soberbia tercerola.

No lejos de ellos el cirujano de la próxima aldea, con su largo levitón, sus altas botas y su sombrero de felpa, departía alegremente con el viejo leñador de tostado cútis, anchas espaldas, capote de pelo de cabra y polainas, pañuelo de algodón á la cabeza y la cortante hacha sobre el brazo, y con el fiel de fechos, armado de un soberbio fusil.

Allí estaban los curas de Ontoria, Pinar, Palacios de la Sierra, Vilvestre, San Leonardo, Espeja, Santa María, La Gallega y Navas, y los ermitaños de San Roque, Nuestra Señora de la Cuesta y San Juan, con su traje negro, mitad eclesiástico y mitad seglar.

Por todas partes, en una vasta extensión de terreno, se veían grupos de jóvenes estudiantes y de viejos campesinos, de labradores acomodados y de míseros leñadores, de curas de las parroquias vecinas y de valientes cazadores, de caballeros con hermosas

© Biblioteca Nacional de España

capas de grana y de arrieros con sus modestas anguarinas.

En los rostros de todos se pintaba esa franca alegría que no abandona á los españoles ni en los más duros trances de la vida.

Enterado Merino de que la columna saldría de Barbadillo á las cinco de la mañana, comenzó á tomar sus disposiciones para el combate; emboscó los 50 tiradores al pie de la loma, en la cortadura, al abrigo de los troncos que les servían de trinchera; á un cuarto de legua de la entrada del pinar, colocó 400 paisanos capitaneados por sus curas y provistos de cuerdas para realizar su proyectada operación, y con ellos un escuadrón de sus guerrilleros para guardar las inmediaciones del pinar y proteger en caso de apuro á los paisanos; y por último, apostó otros 200 caballos detrás de la loma. A seguida dispuso el regreso de la administradora á Barbadillo, para advertirle de cualquier novedad, y escalonó varios centinelas en el camino, en puntos á propósito, para que observasen y le dieran aviso de todos los movimientos de la columna.

Dada por Merino la orden de apagar las fogatas y guardar silencio, á los diez minutos la calma era completa y en todo el pinar no se oía más que el viento que agitaba las ramas de los árboles, el murmullo de algún arroyo ó el canto de algún pájaro.

Aquella calma era precursora de la tempestad.

A las nueve de la siguiente mañana llegaron el coronel y la columna á la entrada del Pinar, con el guía que llevaban, haciendo un pequeño alto, así para tomar descanso como para contemplar el imponente boquete rodeado de gigantes árboles.

Merino, que se hallaba emboscado en unas malezas, á bastante distancia, mirándolo todo con un anteojo, así que vió las últimas filas de la gendarmería, las cuales aún debían recorrer media legua de la loma, abandonó su punto de observación, montó en el tordo, uno de los dos caballos que su asistente mantenía de la brida, y encaminándose al lugar en que tenía escondidos los 400 paisanos, les ordenó marchar á derribar los pinos aserrados, dirigiéndose luégo á media rienda hacia la loma.

No tardaron en aparecer los primeros gendarmes cantando tranquilamente, bien agenos de la sorpresa que les aguardaba.

Tras un momento de silencio disparó Merino su escopeta contra el coronel, siguiéndole los tiradores emboscados, cuyo fuego graneado introdujo la mayor confusión entre los franceses.

El coronel, que era un valiente, dispuso la retirada al trote largo, logrando salir del pinar, á una legua del cual hizo alto, y sintiéndose débil por la mucha sangre que brotaba de su herida, entregó el mando á su segundo, y con 20 gendarmes veteranos, alguno de ellos herido, se retiró señalando como punto de reunión el monasterio de canónigos premostratenses de *La Vid* en las orillas del Duero.

Cuando Merino vió aparecer el escuadrón de sus guerrilleros, que había dejado oculto en el boquete, y á su frente al intrépido Julián de Pablos, ya no vaciló en atacar á los imperiales, que se mantenían en correcta formación á su frente.

Entonces vieron los franceses una forma de combatir que no pudieron imaginar nunca en las guerrillas, compuestas de paisanos y no de soldados.

A la voz de D. Jerónimo, sus partidarios se desplegaron en guerrilla y cargaron sobre los imperiales. La primera línea, una vez disparados sus terribles trabucos, se retiró dejando el paso á la segunda, y ésta, á su vez, se replegó, dejando franco el camino á la tercera.

Estas tres filas causaban á los franceses un daño horroroso, porque como los guerrilleros no debían cargar, como lo hacía la tropa, en once tiempos, sino que lo verificaban al escape, y todos eran habilísimos tiradores, esas tres líneas puede decirse que eran 300, pues apenas retirada la una avanzaba la otra y disparaba.

A retaguardia de estas tres líneas mantenía el cura de Villoviado 300 ginetes formados en batalla para el instante supremo.

Los trabucos de los guerrilleros abrían tan grandes brechas en los gendarmes franceses, que al fin su jefe, deseoso de poner término á aquella carnicería, se decidió al ataque, ordenando á sus ginetes que lo hi-

© Biblioteca Nacional de España

ciesen por pelotones, juzgando que así obtendría la victoria.

Los gendarmes avanzaron al trote y fueron recibidos á tiros y sablazos por los guerrilleros.

Entonces comenzó una lucha que bien pronto se convirtió en horrorosa matanza.

Nuestros guerrilleros, á la voz de Merino, y llevando á su frente á Julián de Pablos, se crecieron de tal modo en el ardor de la pelea, que más que hombres parecían gigantes.

Eran todos hombres resueltos, espíritus audaces, temperamentos valerosos.

La causa que defendían era la de la patria y se juzgaban invencibles.

Tenían plena confianza en el valor y en la astucia de su jefe, y ni por un instante temieron ser derrotados.

Aquellos hombres, que horas antes charlaban y reían ante las hogueras, herían y mataban con salvaje heroísmo, y ni pedían ni daban cuartel.

El haberlos entre ellos de lugares distintos, les impelía con nuevos bríos al combate, ansiosos de que el pueblo de cada uno resultase el más valiente á los ojos de Merino.

Oíanse por ello gritos como estos:

—¡España y Lerma!

—¡Victoria por Roa!

—¡Dios y Villoviado!

—¡Plaza á los de Ontoria!

—¡Castilla y San Leonardo!

A los golpes de los guerrilleros los franceses no cejaron, pero fueron disminuyendo.

Aun se hallaba indeciso el triunfo cuando avanzó la reserva, y á su cabeza D. Jerónimo.

Pocas veces se habrá visto un combate más terrible; los franceses creyeron tener sobre ellos á todo el ejército español.

Los pelotones de gendarmes, aturdidos, huían de un punto para caer en otro.

Los guerrilleros se multiplicaban. Al fuego de sus trabucos caían los franceses como espigas cortadas por la cuchilla del segador.

Bien pronto los españoles no tuvieron enemigos que combatir.

¿Por qué?

Porque los habían muerto á todos. Sí, de aquella sangrienta lucha, de aquella para los imperiales terrible hecatombe, conocida por la batalla de Ontoria del Pinar, sólo pudieron escapar con vida de los 500 gendarmes de que se componía la columna los 20 que acompañaron al coronel y los 15 que, dirigidos por un sargento, lograron arribar al punto de cita; todos los demás, es decir, 465 quedaron sobre el campo.

Por una infame delación, suscrita por un mal español, un abogado que había estado en la secretaría de la Junta Suprema Central, y más tarde fué encargado de los negocios políticos en Castilla la Vieja, fué preso el *Director*, acusado de facilitar noticias á Merino de los movimientos de los imperiales, y aunque absuelto de semejante cargo, fué conducido á Francia y encerrado en la ciudadela de Bayona, donde ya se hallaban fray Julián Delica y el brigadier D. Felipe Perena.

También envió el general Dorsenne una columna á Barbadillo á prender al administrador de rentas y á su bella esposa, la gentil serrana, pero... habían desaparecido del pueblo.

Por el apresamiento del convoy en Quintana del Puente y por la prisión del edecán de Napoleón, fué elevado Merino al empleo de coronel efectivo, y por el triunfo de Ontoria del Pinar al de brigadier.

Aunque no fué guerrillero, por las victorias que proporcionó á Merino nos creemos obligados á consignar que el *Director*, al volver de su larga prisión, triste y achacoso, murió en Aranda de Duero en 1814, dejando á su familia desconsolada.

¡Honor á su memoria!

* * *

Por las elevadísimas colinas, entre las cuales se halla situada la villa de Pancorbo, y que al Norte y Oeste cierran una pintoresca garganta, por la cual marchan unidos el camino y el río Oroncillo, que divide la población en dos partes, circulaban varias guerrillas.

Encerrado todo el caserío de Pancorbo por las altas rocas, se halla dominado al Norte, por los restos de dos antiguos castillos, el de Santa Engracia, que descuella sobre la cum-

© Biblioteca Nacional de España

bre y cuyas ruínas se divisan desde larga distancia, edificado á fines del año 1794, y el de Santa Marta, colocado al principio de la cuesta, y que se cree obra de los moros.

Pancorbo es una villa de grandísima importancia militar, por su posición topográfica, por ser paraje de bifurcación de varias líneas de comunicación, y por reunir condiciones especialísimas para la guerra.

En los siete años de lucha por la independencia alcanzó un doble mérito por hallarse situada sobre la carretera de Francia, tan necesaria á los imperiales.

El guerrillero Benito, comandante de una de las partidas de más renombre de la provincia de Burgos, no cesaba de vigilar á los franceses apoderados de Pancorbo, como era natural, y de atacarles siempre que podía, siendo muchos los correos que les había interceptado y los convoyes que les había cogido.

A fines de Octubre de 1809 los imperiales, que mostraban grandes deseos de apoderarse de un hombre que tantos daños les causaba, trataron de sorprenderle en Santa María del Cubo.

Por fortuna, lejos de lograr su intento, los sorprendidos fueron ellos.

Benito y sus guerrilleros, que trepaban y corrían por los altos picos de las montañas como si fueran cabras, hicieron una aparente retirada, y cuando ya los vieron muy empeñados en perseguirlos, se encaminaron al monte, y allí, guarecidos tras de las rocas, los aguardaron para derrotarlos y llevarlos en precipitada fuga hasta la villa de Pancorbo, en la que se encerraron, dejando algunos muertos en el campo.

* * *

El monje cartujo de Briviesca, fray Francisco de Echevarría, capitaneaba una numerosa guerrilla, y era el terror de los franceses en toda la comarca.

Edificado Briviesca en un llano, al pie de la cuesta de Rosario, regado su término por las aguas del río Ocar, que pasa por una de sus calles, y colocada en el camino de Francia, era preciso que guerrilleros y bonapartistas se la disputasen, y que en su término ocurriesen frecuentes y sangrientos choques.

Fray Francisco Echevarría, que, como era natural, contaba con buenos espías y valedores en todo el territorio, supo la llegada de un convoy compuesto de 70 carros que, con víveres y municiones para las tropas de los cantones, había salido de Burgos y debía hacer noche en Briviesca.

El audaz cartujo le aguardó con sus guerrilleros por el accidentado terreno de Santa Olalla, y sin que pudiera salvarlo el valor que para su defensa desplegó la escolta que lo custodiaba, se apoderó fray Francisco del convoy, no dejando con vida ni uno solo de los franceses que lo guardaban (27 de Octubre de 1809).

* * *

Por las cercanías de Valladolid se contaban las guerrillas de los conocidos patriotas Angulo y Alonso, que, ya sueltas, ya unidas, atacaban diariamente á los imperiales posesionados de la ciudad.

A fines de Octubre de 1809, sostuvieron las dos citadas guerrillas uno de sus frecuentes choques con los bonapartistas, matándoles catorce é hiriéndoles muchos, que los franceses procuraron ocultar en la ciudad.

* * *

Incansable Porlier, había continuado después de la derrota de Santander reuniendo dispersos, aumentando sus fuerzas y batiendo á los enemigos de la patria en todo momento y ocasión.

De tal modo su fama había crecido, que la Junta Suprema, por medio de la *Gaceta Ministerial* de Sevilla, se ocupaba de él en estos términos:

«Este joven jefe, que apenas tendrá veintiun años, así como sus partidarios, merecen el aprecio y la admiración de todos los buenos españoles.»

Sin darse punto de reposo, Porlier organizó una división mixta de soldados y guerrilleros, con la que decidió emprender nuevas empresas. Soldados y guerrilleros le querían hasta la adoración, y á porfía se dis-

© Biblioteca Nacional de España

putaban el laurel de la victoria en cada choque con los imperiales para presentarlo á su querido jefe, á quien llamaban en su pintoresco lenguaje el *rey de los valientes*.

En los días 16, 17, 18 y 19 de Agosto de 1809, sostuvo Porlier varias acciones en Gradefes, pueblo de 400 vecinos, á cinco leguas de León.

La conquista de esta ciudad era el sueño dorado de Porlier, y pocos días después lo realizaba tomando á León por asalto, dejando impreso en esta acción el genio militar que poseía y demostrada su sin igual bravura.

Más tarde, obligado por las circunstancias, pasó á la provincia de Palencia, se apoderó de varios cañones enemigos en Aguilar de Campóo, y sin darse punto de reposo entró en la provincia de Valladolid y atacó Tudela de Duero, villa levantada á la margen de este río, que la circunda en su mayor parte, la cual tuvo que abandonar después combatido por tropas muy superiores.

Gracias á la hábil organización de sus fuerzas, á su movilidad y ligereza, Porlier se había apoderado en las diversas provincias de León, Palencia y Valladolid, de ricos convoyes en los que había mucha plata de las iglesias y grandes riquezas de los conventos que los imperiales reunían para llevarse á Francia por cuenta de sus generales, que no vacilaban en trocar su bastón de mando por el saco del bandolero.

Estos grandes tesoros los envió Porlier á su jefe el general interino del ejército de Asturias D. Nicolás Mahy, que era lo mismo que hemos visto hacer á todos los guerrilleros, quienes demostraban así su amor á la patria y su acrisolada honradez, tantas veces puesta en duda por los que, en vez de ostentar el título de generales, debieran haber tomado el nombre de salteadores de camino, pudiendo añadir que sus robos llevaban consigo las circunstancias agravantes de ser ejecutados por la fuerza y sin riesgo ninguno.

A fines de Octubre llevó á cabo Porlier una de sus acostumbradas sorpresas, cogiendo desprevenidos á 500 dragones que se hallaban apostados para sorprenderle á él en las orillas del río Gradeges, y la mayoría de los cuales, por no rendirse, se ahogó en las aguas del río, librando así á Porlier de una amenaza y á la comarca de un azote.

Con fecha 1.° de Noviembre de 1809 decían los partes oficiales que el brigadier don Juan Díaz Porlier había participado á su general D. Nicolás Mahy que su división había sido aumentada con el regimiento de *Cangas de Onís*, del ejército asturiano, y que se dirigía por Guando á las montañas de Santander, para, de acuerdo con el general D. Nicolás de Llano-Ponte, acometer á los franceses y arrojarlos á viva fuerza de aquella tierra.

* * *

En todas las acciones que dejamos citadas, acompañó á Porlier su segundo y amigo D. Bartolomé Amor, al que profesaba un cariño fraternal, justamente merecido, pues Amor era, además de un valiente, en el sentido más lato de la palabra, un buen patriota y un admirador entusiasta de su jefe.

Cuando la retirada de Santander, Amor, que se había visto separado de Porlier en aquella revuelta confusión, pero que no perdió su habitual serenidad, reunió algunos guerrilleros y soldados, dispuesto á marchar en busca de su jefe, al que no tardó en encontrar, y por el camino batió un destacamento francés é hizo prisioneros al capitán y al oficial que lo mandaban, en las cercanías de la Venta de Aguilar.

En uno de los combates de Gradefes, Amor tuvo la buena suerte de rechazar á un escuadrón de dragones que acuchillaban al batallón de Castilla, ya disperso, hecho por el cual mereció las gracias delante de todos los cuerpos.

En el ataque de Tudela de Duero fué el primero que, al frente de la caballería que mandaba, entró en la villa, sin más pérdida que la de su asistente y dos soldados; y al siguiente día cubrió la división en la retirada á que la obligaron fuerzas muy superiores, libertando los cañones cogidos en Aguilar y que ocultó con varias municiones en una cueva.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

En la provincia de Avila se contaban, entre otras guerrillas, la que capitaneaba D. Camilo Gómez, hombre que á un amor patrio extraordinario unía una audacia sin límites. Diríase que sólo vivía en el peligro, y que había nacido para afrontar los mayores riesgos. Y conste que él no daba á sus hechos importancia ninguna y que los realizaba como la cosa más sencilla y natural; para él un francés ó ciento eran igual, y como se propusiera batirlos lo mismo hacía frente á un pequeño destacamento que á una numerosa columna.

Nadie ignora que de antiguo fué Avila una de las ciudades más guerreras de España. Sus compañías armadas tuvieron siempre grandes privilegios y marchaban constantemente á la vanguardia, en todas las campañas y combates, distinguiéndose notablemente. En la guerra de las *Comunidades* los hijos de Avila tomaron una parte importantísima, y en su ciudad se formó y residió por algún tiempo la *Santa Liga*. Y que en los comienzos de la guerra de la Independencia de 1808 se formó en esta provincia el batallón *Voluntarios de Avila*, que tantos y tan buenos servicios prestó.

Volvamos á D. Camilo Gómez, uno de cuyos rasgos de osadía vamos á citar, porque á la verdad creemos que lo merece.

El día 8 de Diciembre de 1809, bajaba don Camilo con sus guerrilleros á inquietar, como tenía por costumbre, á la guarnición de Avila y causarla importantes bajas, cuando observó que junto á la Puerta de San Vicente se hallaban dos asistentes, teniendo de las bridas los caballos del gobernador francés de la ciudad y de su secretario, escoltados por dos dragones, y al instante concibió la idea de arrebatárselos.

No quiso D. Camilo decir nada á sus guerrilleros, y entregando á uno de ellos su caballo se encaminó hacia Avila ocultándose entre los torreones de la muralla, hasta llegar cerca de la puerta.

Una vez cerca del grupo formado por los imperiales, avanzó resueltamente, y disparando los tiros de sus pistolas, dejó muerto á uno de los dragones y mortalmente herido al otro; los asistentes pretendieron huir con los caballos, pero D. Camilo había ya desenvainado su sable y les obligó á entregárselos; montó tranquilamente en uno, tomó el otro de la rienda y salió á galope en busca de su partida.

A los tiros acudió la guardia de la puerta y se lanzó en su persecución; pero D. Camilo, unido ya á los suyos, les hizo frente, cargó sobre ellos y los hizo retroceder, encaminándose tranquilamente hacia el Valle de Amblés.

De estos actos de audacia realizó muchos D. Camilo Gómez con una suerte loca.

Para evadir la activa persecución de que se vió rodeado, pasó á la provincia de Toledo, que le era muy conocida.

En el día 26 del citado mes de Diciembre aprehendió en la villa de Santa Cruz del Retamar seis carros y 22 caballerías con víveres, escoltados por 18 dragones, á los que hizo prisioneros; y como al siguiente día saliera en su persecución otro destacamento de 20, lo esperó entre Valmojado y el mismo Santa Cruz en una famosa venta llamada del *Gallo* y los obligó á rendirse.

El día 31, sabedor de que un destacamento francés estaba saqueando el pueblo de Chozas de Canales, se dirigió á él con sus guerrilleros; apenas le divisaron los imperiales echan á huir, pero D. Camilo Gómez los persiguió hasta las inmediaciones de Navalcarnero, matándoles 15 hombres y cogiéndoles 22 reses vacunas, que fueron devueltas á sus dueños.

El niño mártir.

Hemos aludido anteriormente á los actos de barbárie que realizaba en Valladolid el general francés Kellerman, y creemos llegado el momento de darlos á conocer.

Por uno de sus famosos *ukases* ordenó á los propietarios del distrito militar de su mando que presentasen en Valladolid todos los caballos que poseyeran de la alzada de cuatro pies y cuatro pulgadas, ó de cinco pies y media pulgada, para el servicio de sus soldados; y que á todos los que no tuviesen dicha alzada, así como á las yeguas preñadas, ellos mismos, sus propios dueños, los privasen del ojo izquierdo, á fin de inutili-

© Biblioteca Nacional de España

zarlos y que nuestros guerrilleros no pudieran servirse de ellos.

Esto era poco, pues aún debía deshonrar su nombre con uno de esos crímenes que espantan.

Hélo aquí.

Un niño, de algunos doce años, hijo de un latonero de Valladolid, acostumbraba, impelido por su amor patrio, ó quizás en cumplimiento de las órdenes de su padre, que no podía imaginar lo que iba á suceder, acostumbraba, repetimos, llevar pólvora á las guerrillas de Angulo y de Alonso, que atraídas por su arrojo bélico no temían acercarse á las mismas tapias de la ciudad ocupada por el enemigo.

Apenas lo supo el feroz Kellerman, mandó prender al niño, y á fuerza de amenazas y golpes quiso que la pobre criatura le descubriese el lugar en que se ocultaba la guerrilla á la cual llevaba la pólvora, así como la persona que se lo había ordenado.

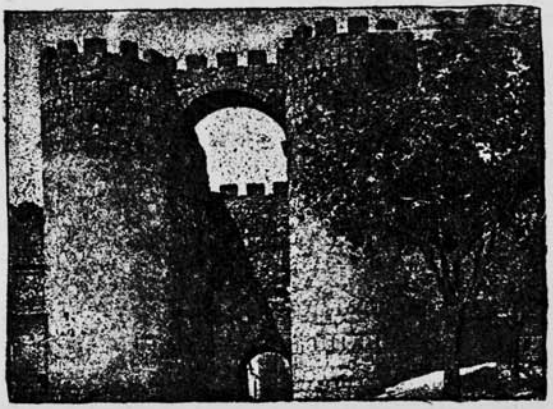
El niño sufrió las amenazas y los golpes frío y sereno, y nada dijo.

Furioso Kellerman, mandó traer un brasero, y en él varios hierros candentes.

—Si no confiesas—le dijo el bárbaro,—prepárate á recibir el fuego de esos hierros en las palmas de las manos, de esas manos con las que llevabas la pólvora á esos *brigantes* de guerrilleros.

La pobre criatura miró el brasero con terror, pero nada dijo.

—¿No confiesas? —le preguntó Kellerman.



ÁVILA.—PUERTA DE SAN VICENTE

—Nada tengo que confesar.

—¡Comenzad vuestra obra!—gritó el inhumano.

Con efecto, dos soldados aplicaron los hierros candentes á las manos del niño.

La infeliz criatura sufrió los horribles dolores producidos por la quemadura con estóica resignación.

Kellerman, no satisfecho aún, excitado horriblemente, y en el colmo del furor, volvió á preguntarle:

—¿Confiesas?

—Nada,—contestó el niño, cuya palidez y cuyos movimientos convulsivos hubiesen ablandado á una fiera.

—¿Nada? Pues bien; descalzadle.

Y aquel bárbaro, que sin duda no tenía corazón, se dispuso á continuar un tormento propio sólo de los inquisidores.

Una vez descalzo, le dijo:

—Si no hablas, voy á mandar que te apliquen esos hierros á las plantas de los pies.

Nuevo silencio del niño.

—¿Lo dudas? pues míralo.

Y á una señal suya, aquellos soldados, convertidos en verdugos, agarrotaron al niño y le aplicaron los hierros, nuevamente enrojecidos, á las plantas de los pies.

La infeliz criatura lanzó un grito, uno sólo, pero horroroso, y pareció que iba á desmayarse. Pero como si el cielo le prestara fuerzas para sufrir y callar, permaneció silencioso, con aquella sublime resignación de los mártires arrojados á las fieras en la

© Biblioteca Nacional de España

arena del circo, ó de las inocentes víctimas condenadas á morir en la hoguera por los terribles inquisidores.

Kellerman rugía como una fiera, exclamando:

—¡Jamás he visto cosa igual!

Cierto, puesto que jamás había estado en España, donde hasta los niños saben ser héroes cuando no mártires.

Con las manos y los pies abrasados y víctima de los más atroces dolores, el niño permanecía inmóvil, con los ojos elevados al cielo, esperando la continuación de aquel martirio.

Kellerman comprendió que nuevos tormentos no le darían mejor resultado, y mandó suspender el acto.

Cuando sus feroces verdugos fueron á sacarle de la estancia, la desdichada criatura, que por tener abrasados completamente los pies no podía sostenerse, cayó al suelo desplomada, casi sin vida.

Y á la verdad la vida en la tierra le era ya inútil á una criatura que por su valor y su heroísmo acababa de conquistar la inmortalidad.

Ahora bien; ¿no parece increíble, casi fabuloso que esto haya ocurrido en los comienzos del siglo XIX, cuando el sol de la libertad comenzaba á iluminar todas las conciencias, y cuando la campana redentora de la revolución con sus mágicos acentos parecía llamar á todos los ciudadanos á la reconquista de su libertad y de sus derechos?

Kellerman decretando tan inhumano suplicio en un pobre niño, resucitando los bárbaros procedimientos inquisitoriales, nos parece un fenómeno incomprensible, algo así como un hombre convertido en fiera y cuya existencia es un ultraje al cielo y á la tierra.

¿No parece increíble, á no tener en cuenta la presión del miedo, que Kellerman encontrase verdugos capaces de llevar á cabo un acto tan cruel?

¿No parece increíble que sus mismos compañeros de armas no le arrojasen de su seno como á un animal dañino, como á una fiera rabiosa?

¿No parece increíble que el ejército francés no muriera todo de vergüenza y de horror al conocer un acto tan infame, y que el cielo no negase su luz á semejante mónstruo, abortado, sin duda, por el negro abismo, para deshonra de Francia y baldón de la humanidad?

Un nuevo ejército.—Batallas de Alcañiz, María y Belchite.

Con la rendición de Zaragoza, Aragón había quedado—dice un notable escritor—como un cuerpo cuya cabeza ha sido separada del tronco.

Al caer la ciudad heróica, la ciudad sagrada, Aragón quedó triste, dolorido, aletargado, al modo del hijo que ha perdido á su madre adorada.

Era preciso que los mismos franceses le sacasen de su letargo, sin comprender que su despertar había de serles fatal.

De los dos cuerpos de ejército que habían sitiado á Zaragoza, el de Junot quedó guardando la ciudad, y el de Mortier salió á la conquista de Aragón.

De Monzón y de su castillo se apoderaron por sorpresa los imperiales.

Para la conquista de Jaca apelaron á la traición.

Ignórase la remotísima fecha de la fundación de esta ciudad, que en tiempos de Estrabón era capital de la extensa región *Yacetania*, que en la era romana fué teatro de algunos encuentros en las guerras de Sertorio y Pompeyo, y que en la división hecha por Yusuf, bajo la dominación árabe, aparece con el nombre de *Dyaka*, viniendo á ser más tarde capital de los vastos estados de Sancho el Grande y Ramiro I.

Situada en espacioso y ameno valle rodeado por inmenso circo que dominan al Sur el aéreo cono del monte Uruel, y al Norte los Pirineos, enlazándose ambos por cordilleras menos elevadas y sirviéndoles de fosos los ríos Aragón y Gas, agrúpase el caserío de Jaca en regular y casi redonda figura, siendo sus monumentos verdadero museo de todos los géneros arquitectónicos.

Las murallas que rodean la ciudad, de ambiguo carácter, ofrecen variedad inmensa en la altura y forma de sus numerosos torreones, distinguiéndose entre ellos el titulado de la *Moneda* por haberse batido en él

© Biblioteca Nacional de España

los célebres sueldos *jaqueses*, únicos que desde el siglo X corrían en el reino.

En su término, poblado de ruínas, caseríos y pequeñas poblaciones, existen varias ermitas de grandes recuerdos históricos, como la de la *Cueva*, sobre el monte Uruel, donde se reunieron y juramentaron los cristianos para arrancar la capital de Sobrarbe del poder agareno, y la de la *Victoria*, al Oeste y sobre el camino de Navarra, que recuerda la victoria del conde Aznar, y en la cual se celebra el aniversario de este triunfo el primer viernes del mes de Mayo de todos los años.

Por estrecho desfiladero desemboca en el valle de Jaca el bullicioso río Aragón, que riega con sus aguas fértiles huertas, y deslizándose entre denegridas rocas y animado paisaje, pasa por dos puentes sucesivos, el segundo formado por un gigantesco arco.

Considerada por los imperiales la conquista de Jaca como de gran importancia por su situación, y porque les impedía las comunicaciones con Francia, no quisieron ponerla sitio para no excitar de nuevo el patriotismo y el valor de los aragoneses, prefiriendo apelar á la traición.

Deparóles la suerte un auxiliar poderoso en el fraile agustino fray José de la Consolación, misionero de grande influencia en el país, tan ambicioso como cruel.

Este mal español, ganado por los enemigos de su patria, entró en Jaca el día 8 de Marzo de 1809 y convocó en junta á las autoridades y á los religiosos de varios conventos, ante la cual expuso la conveniencia y hasta la necesidad, dijo, de abrir las puertas de la ciudad á los franceses para evitar mayores males.

La indignación más grande se pintó en el rostro de los circunstantes, que, recordando las altas glorias de la inmortal Zaragoza, las distinciones decretadas para la ciudad sagrada por la Junta Suprema, y el aplauso y las bendiciones con que toda España había visto la conducta de la capital de Aragón, rechazaron á una voz tan villana propuesta.

No desconcertaron al fraile ni la negativa, ni los epítetos que le dirigieron los leales jaqueses, y tenaz en su empresa apeló á un medio quizás lento, pero seguro, que consistió en ir facilitando con engaños, promesas y hasta amenazas la deserción de los soldados que guardaban la plaza.

A los pocos días el teniente-rey D. Francisco Campos, que hacía de gobernador, al verse sin soldados no tuvo más remedio que abandonar la ciudad, cuyas puertas fué á abrir en persona á los imperiales el mismo fray José de la Consolación.

Encamináronse los franceses á Benasque, villa contigua á Cataluña, situada en el Norte del Pirineo, en la margen izquierda del río Esera, cuyos fuertes, que en distintos puntos defienden el paso del Pirineo, y que ya sirvieron de fortaleza y apoyo en la época de la Reconquista, rechazaron valientemente á los soldados napoleónicos.

No fueron más afortunados los bonapartistas en Mequinenza. Levantada esta villa en las faldas meridionales de la montaña que corona su antiguo castillo, á la margen izquierda del Ebro, cerca de la confluencia de éste con el Segre, que la rodea por su parte oriental, su posición es importante y forma con Fraga y Monzón una línea de puestos fuertes que cierran y señorean las avenidas de Cataluña, siendo la llave entre el Ebro y el Segre.

Mequinenza, cuyos hijos habían formado compañías enteras, que se hallaron en la defensa de Zaragoza en los dos memorables sitios, aguardó tranquilamente el ataque de los invasores, y aunque sus recursos de guerra eran escasos, como el corazón de sus hijos era muy grande, rechazó tres ataques consecutivos de los imperiales, que no se explicaban tamaña defensa en una villa de tan corto vecindario. Por fin, los franceses, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, cesaron en la empresa, retirándose, y Mequinenza vió con legítimo orgullo derrotados á los imperiales y triunfante la bandera española.

Ansiosos de vengar la derrota sufrida en Molina por una columna bonapartista, se dirigieron contra ella los franceses; pero, ¡cuál no sería su asombro al encontrarla desierta!

Por orden de Napoleón, el quinto cuerpo de sus ejércitos en España pasó á Castilla á reforzar el que mandaba Soult, quedando en

© Biblioteca Nacional de España

Aragón el tercero á las órdenes de Suchet, militar muy querido de sus soldados.

La Junta Suprema había dispuesto la creación de un nuevo ejército titulado de *Aragón y Valencia*, con la especial misión de molestar á los franceses é impedir sus correrías por Aragón y salvar á Valencia de cualquier ataque, encargando de su mando á Blake, nombrado capitán general de Cataluña en sustitución del inolvidable Reding.

Por desgracia, las disensiones que trabajaban á la Junta de Valencia, de cuya provincia se esperaba un buen contingente, hicieron que sólo mandase dos batallones capitaneados por D. Pedro Roca, á los que se agregó la división del marqués de Lazán que estaba en Tortosa y se componía de 4.000 hombres.

Aragón, con la heróica conducta de Benasque y Mequinenza, parecía revivir.

A principios de Mayo de 1809 los vecinos de la villa de Albelda dieron la señal de alarma al país negándose á pagar las contribuciones y repartimientos que les había impuesto Habert, general de las huestes francesas, el cual envió tropas para castigarlos; pero el gobernador de Lérida, don José Casimiro Lallave, hizo marchar en auxilio de los paisanos alzados en armas en Albelda 700 hombres, al mando de los coroneles guerrilleros D. Felipe Perena y don Juan Baget. Trabóse sangrienta pelea cuyo término fué la libertad de la villa y la retirada de los franceses perseguidos por los nuestros hasta las cercanías de Basbastro.

Monzón, dando una prueba de valor extraordinario, expulsó la guarnición que habían dejado los franceses dentro de sus muros, y rechazó las expediciones que Suchet envió para recobrarla, por ser un punto de la mayor importancia, y la columna francesa enviada en su contra, huyendo de los paisanos y buscando un paso libre de ellos para atravesar el Cinca, dió con las fuerzas de Perena y Baget que la hicieron prisionera.

Apenas Blake se puso en movimiento con su nuevo ejército y se acercó á Alcañiz, el general francés Laval se retiró concentrándose en las alturas de Hijar esperando á Suchet, que llegó en su socorro el 23 de Mayo, hallando á Blake que cubría Alcañiz.

Durante el segundo sitio de Zaragoza, los franceses destacaron al general Verthier con 1.200 infantes y 600 caballos para que acopiase víveres en toda la comarca de Alcañiz. Esta columna fué tenazmente perseguida durante el camino por los guerrilleros, que, penetrando en ella, y en unión de los vecinos, la defendieron con tales bríos, que los imperiales, para apoderarse de la ciudad, tuvieron que perder 400 hombres.

Aparece la ciudad de Alcañiz á la margen derecha del río Guadalope, en el declive de un cerro suelto, al cual rodea casi por todos lados.

Las fuerzas de ambos ejércitos eran aproximadas, y no pasaban de 9.000 hombres por cada parte.

Con inusitado empeño pretendieron los franceses apoderarse de la ermita de Fórnoles, que ocupaba nuestra derecha, pero sin resultado; en vista de este fracaso, intentaron desbaratar el centro de la línea española y llegaron hasta el pie de las baterías, teniendo al fin que retirarse dejando sobre el campo cientos de muertos y buscando su salvación en Zaragoza.

Blake no los persiguió, poco seguro de su caballería, y quizás si á ello se resuelve completa la derrota de los imperiales, que iban por demás acobardados, como lo prueba el que Suchet, al entrar en Zaragoza (6 de Junio), la fortificó, temeroso de un ataque, visto que los guerrilleros de Gayán se habían adelantado por las orillas del Jalón y los de Perena se aproximaban por el lado opuesto al puente del Gállego.

Blake, si bien deseaba organizar mejor sus tropas, seducido por la victoria de Alcañiz se dirigió sobre Zaragoza, llegando á juntar, con las guerrillas que se le fueron incorporando, hasta 17.000 hombres.

Su vanguardia pernoctó el 13 de Junio en Botorrita, á dos leguas y media de la heróica ciudad.

Suchet pidió refuerzos á Tudela y otros puntos, y salió al encuentro de Blake, hallándose el día 15 en María los dos ejércitos, iguales en fuerzas (12.000 hombres), por haber dejado Blake la división Areizaga en Botorrita.

© Biblioteca Nacional de España

María es un pequeño lugar, situado en terreno llano y en la ribera derecha del río Huerva.

Eran las dos de la tarde cuando Suchet recibió dos regimientos, que de Tudela venían en su apoyo, y al instante mandó romper el fuego. Nuestra izquierda, formada en columna en unas lomas, resistió con ventaja el ataque de los franceses, pero una horrorosa tempestad hizo cesar el fuego, y al comenzar de nuevo la batalla, Suchet, que conocía lo débil de nuestra caballería, dirigió contra ella sus ataques derrotándola y logrando que los ginetes desordenasen algunos regimientos de los que ocupaban las lomas, á pesar de los esfuerzos que para contenerlos hicieron Blake, Lazán y Roca, y que se perdiese la batalla.

El resultado fué quedar en los barrancos, formados por la lluvia torrencial que había caído, quince piezas de artillería y contar los españoles muchos hombres muertos y prisioneros, entre éstos al general O'Donojú que mandaba la caballería.

El refuerzo recibido por Suchet y la falta de Blake, dejando la división Areizaga en Botorrita, impidieron el triunfo de nuestro ejército y con él la liberación de Zaragoza.

Retirado Blake á Botorrita, al saber que venía contra él la división Laval salió tan precipitadamente que perdió 500 hombres del regimiento de Murcia.

Gayán, y varios otros gerrilleros, después de pelear á su lado en Alcañiz y en María, se separaron del ejército al verle huir en desorden.

Al fin se repuso Blake de su pánico, y el 18 dispuso aguardar á Laval y Suchet, tomando buenas posiciones en Belchite, villa de unos 3.000 habitantes, levantada en un llano, al pie de unas pequeñas alturas que se elevan por el Sur y el Oeste, y á 250 pasos de otra que se levanta por el Este, en cuya cima se encuentra el Calvario, y después, ensanchándose progresivamente, forma una llanura de mucha extensión.

Atacadas simultáneamente todas nuestras posiciones, cedió la izquierda acogiéndose al centro, y una granada enemiga, que cayó sobre una caja de municiones, introdujo la confusión en nuestros soldados; álguien dió la terrible voz de *sálvese el que pueda*, y al instante comenzó una horrorosa dispersión que proporcionó un triunfo á los imperiales.

En esta desgraciada acción tuvimos 500 muertos y 4.000 prisioneros, perdimos el resto de la artillería, y lo que es peor, nuestro ejército de *Aragón y Valencia* quedó disuelto, tornando la división de Lazán á Tortosa, los regimientos de Roca á Morella, y Blake, con el resto de las fuerzas, se encaminó á tomar posesión de la capitanía general de Cataluña y socorrer á Gerona, que hacía mes y medio que se hallaba sitiada por un poderoso ejército francés.

En cambio los imperiales reconquistaron á Alcañiz, atravesaron el Ebro por Caspe y recuperaron Monzón, volviendo Suchet á Zaragoza á reorganizar sus fuerzas.

Y antes de continuar séanos permitido hacernos cargo de una gravísima sospecha del general Blake, sobre la cual llamó la atención de la Junta Suprema.

Decía á la Central en su parte sobre la acción de Belchite:

«De repente principió á huir desordenadamente un regimiento, en el que dicen que cayó una granada francesa sin reventar, le siguió otro, igualmente sin disparar un tiro, á éstos otro, y finalmente, en algunos minutos se encontró abandonada la posición que defendían, quedándonos solos los generales y algunos oficiales en élla, sin poder reunir un cuerpo que hiciese frente al enemigo.

Estas dispersiones son *harto frecuentes*, por desgracia, en nuestros ejércitos...

Unos pocos hombres, que dan el mal ejemplo de huir, desorganizan todo un ejército, y para disculpar su cobardía mienten diciendo que el enemigo ha recibido grandes refuerzos...»

La Junta Central, al pie del citado parte, escribió lo que sigue:

«Con tanta indignación como sentimiento, ha visto la Junta Suprema esta relación verídica y lastimosa.

Tenía fundadas esperanzas en el nuevo ejército de *Aragón y Valencia*, pero un momento infeliz las ha destruído por ahora.

¿A qué obedecen esas huídas? ¿A temor de un enemigo que han vencido? ¿A traición?

© Biblioteca Nacional de España

¡Horror causa el pensarlo! ¿A despique, á malevolencia, á envidia?

Pues bien, que se despojen del traje español y vistan el uniforme francés y se degraden con su divisa y desgarren las entrañas de la patria esos traidores.

¡Vosotros, los héroes de Bailén, Zaragoza, Castilla, Valencia, Galicia, Cataluña, Extremadura, decid á los que tan cobardemente han huído, sea por la causa que quiera, que son el oprobio de España, y que esta Junta sabría castigarlos como se merecen si llegara á descubrirlos!»

Con efecto, la sospecha de Blake, cuya importancia reconoció la Central, nos parece muy justa, y ya nosotros la habíamos tenido.

Eran ya muchas las huídas para no ser intencionadas y no envolver un proyecto criminal.

Eran muchos los oficiales que deseaban que la guerra terminase para entrar al servicio del intruso José y de Napoleón, y gozar tranquilamente de sus empleos, aumentados con el premio ofrecido á los traidores.

Dominado Aragón por los franceses y derrotado el nuevo ejército más por esas *frecuentes huídas,* consignadas por Blake, que por el valor de los imperiales, sólo quedaba al noble suelo aragonés las guerrillas.

Vamos á reseñar el valor y los triunfos de los guerrilleros aragoneses, de Renovales, de Sarasa, del cura de Laguares, del alcalde de Illueca, de Sabirón y de tantos otros héroes, que por llanos y montes, por valles y sierras van á sostener una lucha constante y tenaz contra los invasores, una guerra menos grande y menos militar que la de los ejércitos, pero más provechosa á la nación; más lenta, sí, pero también más segura; menos vistosa, es cierto, pero de resultados más positivos para España.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO VII

HEROISMO CONTRA BARBARIE

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

HEROISMO CONTRA BARBARIE

D. Ramón Gayán.—D. Felipe Perena.—D. Mariano Renovales.—Levantamiento de los Valles del Roncal y Ansó.

D. Ramón Gayán, al que ya presentamos á nuestros lectores cuando el primer sitio de Zaragoza, no había cejado un instante en su patriótica empresa de combatir las huestes del intruso, haciéndose de cada día más temible á los imperiales.

Le hemos visto después de la victoria de Alcañiz perseguir á Suchet y adelantarse osadamente por las orillas del Jalón con sus guerrilleros, y más tarde, unido al ejército de Blake, pelear con gran ardor en la desgraciada acción de María, en la que sirvió de mucho su partida protegiendo la retirada.

Separado luégo del ejército de Blake, continuó el coronel-guerrillero con su cuerpo franco, sosteniendo el entusiasmo de los pueblos y manteniendo la guerra.

Ocupaba Gayán la ermita del Aguila en el término de Cariñena, y la Junta de Aragón agregó á sus fuerzas el regimiento provincial de Soria y el de la Princesa, venido de Santander, al objeto de realizar el plan que tenía formado de sorprender á los franceses que se enseñoreaban de Daroca y arrojarlos de esta ciudad.

Por desgracia fracasó el proyecto de la Junta de Aragón, por disidencias ocurridas entre los jefes de las fuerzas españolas, y al objeto de evitar la repetición de tan lamentable suceso, pidió la citada Junta al capitán general de Cataluña y jefe del ejército de Aragón y Valencia, D. Joaquín Blake, un jefe superior para mandarlas, y éste envió al brigadier D. Pedro Villacampa, el cual, reuniendo bajo su mando las tropas que tenía Gayán, el batallón de Molina y otros destacamentos y guerrillas, formó en breve una división de 4.000 hombres.

*
* *

D. Felipe Perena, después de haber protegido la entrada en Zaragoza del general Palafox, en Julio del año 1808, con los *Voluntarios de Huesca* que mandaba, trató, mientras duraron los dos sitios de la heróica ciudad, de molestar á los franceses y procurar la entrada en Zaragoza de diversos convoyes, reuniendo para ello nuevas fuerzas con las que ocupó á Villafranca, Leciñena, Zuera y otros varios puntos.

En el mes de Enero de 1809 ordenó el mariscal Lannes, que sitiaba á Zaragoza, al general Mortier que procurase destruir los guerrilleros de Perena, quien hubo de retirarse, ante fuerzas tan superiores á las suyas, á Perdiguera, y más tarde á Nuestra Señora de Magallón.

Al sublevarse los paisanos de Albelda, don Felipe Perena acudió en su auxilio con don Juan Baget (Mayo de 1809).

Después de la batalla de Alcañiz, Perena avanzó resueltamente persiguiendo al gene-

© Biblioteca Nacional de España

ral Suchet hasta el puente del Gállego, en las puertas mismas de Zaragoza.

Enviado luégo por el marqués de Lazán á las montañas de Huesca, sostuvo en el mes de Julio dos combates en los días 8 y 18 contra fuerzas muy superiores, sin que los imperiales lograsen arrojarle de sus posiciones de Santa Eulalia la Mayor, antes por el contrario, él fué quien los hizo retroceder hasta Huesca.

En el parte que con tal motivo daba Perena á la Junta de Aragón, decía:

«En todos los pueblos, pero señaladamente en Huesca, han cometido los franceses toda clase de desórdenes, llevándose presos á Zaragoza á muchos sugetos de distinción, y á algunos padres y parientes de mis oficiales con intento de apartarlos de mi lado; pero todos han mirado este modo de obrar con tanto menosprecio como yo su providencia de confiscar mis bienes.»

Descendiendo la falda de los Pirineos y siguiendo la orilla izquierda del Cinca, Perena, Baget y otros guerrilleros tuvieron con los imperiales reñidos choques, derrotándolos y cogiéndoles víveres y municiones, además de incomodarlos incesantemente.

Ansiosos los franceses de libertarse de tan porfiados contrarios, enviaron para dispersarlos y despejar las riberas del Cinca al general Habert, que atravesó el río por cima de Estadilla en combinación con el coronel Robert. Rechazado este último por los nuestros, al fin tuvieron Perena y Baget que ceder ante la superioridad de fuerzas y replegarse á Lérida, Mequinenza y otros puntos fortificados.

El general Habert, al penetrar en Fonz con sus tropas, asesinó despiadadamente á los guerrilleros que allí habían quedado enfermos.

En el mes de Noviembre, unidas las guerrillas de Milans y Perena, que se hallaban en Balaguer, tomaron á los enemigos 2.000 cabezas de ganado.

* * *

Tócanos ahora ocuparnos de D. Mariano Renovales, uno de los guerrilleros de Aragón y de España de los cuales no es posible hablar sino con la cabeza descubierta y con el respeto y la admiración que producen estos indomables caracteres, genuinos representantes de la heróica raza española.

De sus hazañas en Zaragoza creemos haber dicho algo al describir los sitios de la inmortal ciudad, si bien no todo lo que merecen las realizadas por tan ilustre patricio.

Tomada la heróica Zaragoza y prisionero de los bonapartistas, pudo Renovales escaparse cuando le conducían á Francia, y salvando los mayores peligros llegó al Roncal, valle de unos 4.000 habitantes, compuesto de siete villas, en la provincia de Navarra, y en el cual, con algunos oficiales y soldados que por allí vagaban y la ayuda de los montañeses, organizó una guerrilla.

El primer valle que se ofrece en la parte oriental de las rudas cordilleras pirenáicas hacia la parte de Huesca es el de *Ansó*, contiguo al de Roncal, separados ambos por las peñas y sierra de *Auscaurri*, la cual se interna hasta el frente de *Isabel*, siguiendo las ramificaciones y enlaces hasta el río *Aragón*. Y al Oriente del valle de *Ansó* continúa el de *Hecho*, divididos por un estribo de la cordillera pirenáica.

El día 15 de Mayo de 1809 salió de Pamplona una columna de 600 hombres, granaderos y cazadores escogidos entre las fuerzas que guarnecían aquella plaza, por orden del general D'Agoult, y al mando del jefe de batallón Puisalis se dirigieron en seis columnas á los valles del Roncal y Ansó, á los cuales se prometían llegar el 21 y derrotar la guerrilla de nuestro héroe.

El 20 lo supo Renovales, y apresuradamente reunió su gente, saliendo del pueblo y emboscándose en los montes que median entre ambos valles.

Con efecto; el día 21 avanzaron dos columnas francesas por Navascués y Urroz, cometiendo varias de sus acostumbradas tropelías en los dos pueblos.

Otra de las seis citadas columnas se dirigió á Ansó, pero los habitantes, dirigidos por los oficiales D. Joaquín y D. Fermín Ornat y por el comandante D. Juan Blas Gastón, salieron á su encuentro, pasaron á cuchillo á todos los imperiales y se encaminaron al Valle del Roncal á socorrer á sus compañeros.

© Biblioteca Nacional de España

Para el anunciado día 21 esperaba Renovales el ataque de los franceses, y había dispuesto sus escasas fuerzas con el decidido propósito de rechazarlo, ayudado por los militares que le habían seguido, oficiales D. José Fermín Conget, D. Pedro y D. Sebastián F. de Cambra, D. Jenaro Martín, D. Matías de Aras, D. Tomás de Renovales, D. Alejandro Aurigot, D. Juan Casao, los cadetes D. Javier Angel Ros, D. Vicente Soradilla, D. José María Barricat, D. Pedro Antonio Barrena, D. Gregorio Cruchaga, D. Hilario Marco, D. Cipriano Gardes y los sargentos D. José Manuel Jáuregui y don Marcos Miguel.

En las primeras horas del día comenzó el combate, que fué tenaz, sangriento, encarnizado, durando hasta el 22, á las siete de la tarde, en que concluyó por una carga terrible de los nuestros al pie de los Pirineos, en la alta roca llamada *Undarí*, quedando tan sólo de las columnas francesas 78 hombres que Renovales pudo salvar del furor de sus guerrilleros, y el comandante Puisalis herido, que el mismo Renovales se llevó á su alojamiento de casa de D. Pedro Vicente de Cambra, poniéndole en cura y enviándole luégo con otros cinco prisioneros al general Blake.

Por lo dicho se ve que de los 600 hombres que atacaron los valles, tan sólo se salvaron 120 con el oficial español renegado Chacón, y eso porque no llegaron á penetrar en los valles; los restantes murieron todos, pues los 78 prisioneros que mandó Renovales al general Blake con una escolta de 40 hombres al mando del guerrillero Baruchini, intentaron sublevarse en el camino y éste los hizo fusilar á todos.

Entusiasmado el país con este triunfo, se dispuso á nuevos combates, pidiendo los paisanos á Renovales que no los abandonase; y éste, en tanto que consultaba al general Blake, su jefe, se dispuso para nuevos combates, solicitó recursos de la plaza de Lérida, sacó armas de Navarra, trajo armeros de Eibar y Plasencia y organizó una poderosa resistencia.

El día 15 de Junio, apoyados por grandes refuerzos, atacaron por segunda vez los imperiales el Valle del Roncal, llegando á forzar el paso de Iso; acudió Renovales con 200 hombres del Roncal y 200 de Ansó, y los franceses, no pudiendo resistir el valeroso empuje de los nuestros, se pronunciaron en fuga hacia Lumbier, dejando 43 muertos en el campo y enviando 87 heridos á Pamplona.

Renovales, sin perder momento, organizó nuevas guerrillas que cubriesen los principales caminos de Aragón á Pamplona, y de esta ciudad á Francia.

Desde entonces puede asegurarse que no pasó un día sin combate, reconquistando los nuestros, á costa de su vida, las riquezas, alhajas y víveres robados por los franceses.

El atrevimiento de los guerrilleros de Renovales llegó al punto de perseguir á los imperiales hasta las puertas mismas de Pamplona, en cuya plaza tambores y clarines tocaron llamada, la ciudadela disparó sus cañones y el general D'Agoult trató de abandonarla, pensando que se acercaba á sus murallas todo el ejército nacional.

El guerrillero español iba de triunfo en triunfo, y los imperiales de derrota en derrota. En Ocharrén, Ollate, Ejea de los Caballeros y Roncesvalles, D. Mariano Renovales hizo reverdecer sus laureles de Zaragoza, y en las alturas de Vizcaya y Undarí y en los desfiladeros de Sigües y Ansó, demostró hasta dónde puede llegar el patriótico entusiasmo de un pueblo que lucha por su independencia y su libertad, sin recursos, sin medios de combate, pero con una voluntad firmísima y un corazón de bronce.

Renovales continuaba siendo el heróico defensor de la puerta de Sancho en la inmortal Zaragoza.

El gobernador de Navarra D'Agoult y el comandante general de Zaragoza Plique, reconociendo toda la gravedad de la resistencia organizada por el jefe español y el gran triunfo moral y material que había conquistado con sus victorias, entablaron una larga correspondencia con Renovales, en cuya primera carta, si bien reconocían el buen comportamiento que usaba con los prisioneros, se quejaban de algunos subalternos suyos, que habían maltratado, y aun matado, decían, algunos prisioneros (Baruchini), y hasta de él mismo por haberse es-

© Biblioteca Nacional de España

capado cuando era conducido á Francia, *olvidándose de su palabra.*

Los franceses, al hablar de esta suerte, creían sin duda escribir para la China.

¿Quién sino ellos habían producido tan lamentables excesos? ¿No fueron ellos los primeros que ahorcaron á cinco individuos de una guerrilla del Roncal? ¿No fueron ellos los que pusieron fuera de las leyes militares á los guerrilleros, tachándolos de bandidos? Y respecto al caso concreto de Renovales, ¿no fueron ellos los que faltaron al sagrado de la capitulación de Zaragoza apoderándose de la manera más inhumana de Palafox, que se hallaba moribundo, y llevándole prisionero á Francia? ¿No fueron ellos los que asesinaron fría y despiadadamente á los insignes patricios D. Santiago Sas y padre Boggiero? ¿No fueron ellos, y en su representación el general Morlot, los que faltando villanamente á su palabra despojaron de sus equipajes y de su caballo á Renovales, sin respeto á las bases de la capitulación? Pero ¿á qué cansarnos, si cientos de páginas no bastarían para consignar los atropellos y los crímenes realizados por los imperiales sin respeto ninguno á sus palabras ni á sus firmas?

El duque de Mahón, virey de Navarra por el intruso José, había dirigido á los habitantes del Roncal y Ansó una proclama, á la que Renovales se apresuró á contestar en los términos siguientes:

«Señor ex-duque de Mahón.—Si V. extraña el tratamiento que le doy, advierta que soy español y respeto las órdenes de mi soberano. La Junta Suprema, en el nombre de nuestro augusto monarca Fernando VII, os ha proscrito y quedáis sin título.

Este valor, que anima mi espíritu para escribiros sin el título de duque, me impele á contestaros sobre el manifiesto que con fecha 22 del corriente dirigísteis á los habitantes del Roncal é inmediatos, fiados á mi mando. Calumniáis altamente á las justicias del Valle cuando decís os han asegurado no haber tenido parte en la agresión hecha á las tropas francesas. Los distinguidos roncaleses y ansotanos, contentos en la economía de su país, fieles á su legítimo rey, han peleado con toda la energía heredada de sus abuelos. Los representantes de la autoridad han sostenido el entusiasmo de los pueblos; y yo, sin merecerlo, disfruto el honor de haberlos conducido á la victoria. Mis sentimientos no discrepan de la generosidad roncalesa y ansotana; de consiguiente, despreciamos altamente vuestra protección, no menos que vuestras amenazas. El valor y la suerte de las armas decidirán nuestro destino. Perderemos los intereses, el sosiego, la misma vida por ser fieles al rey y á la nación.

Si somos fieles, ¿qué nos resultará? Usted ambicioso, ingrato á los favores de la casa de Borbón, indigno de los timbres de sus abuelos, lunar que eclipsa la luz de su familia; V. sacrifica la religión, el rey, la patria, la fama, con todo lo sagrado de los derechos á su corrupción, avaricia y egoismo abominables. El mundo está convencido de que V. ha sido y es grande por todo estilo, á excepción de la justicia; grande egoista, grande necio, grande traidor y grande seductor de españoles oprimidos en la desgracia de su prisión.

Usted ha desempeñado el ministerio de *apóstol del perjurio;* esta es la causa de que algunos pocos oficiales y soldados españoles sirvan en su compañía á ese que V. llama el rey nuestro señor D. José Napoleón I, y los fieles vasallos de Fernando le tratamos con sobrado honor cuando le apellidamos el *tío Pepe Botellas.*

Si los militares reunidos en compañía han jurado seriamente á José, y persisten en su resolución, serán tan viles y traidores como usted. La tropa española los maldice; y la Providencia, por caminos ocultos, los ha lanzado de un cuerpo, cuyo carácter en gran parte es el honor. ¿Nos compadeceremos de unos infelices pervertidos por el nuevo apóstol del Pirineo, el proscrito ex-duque de Mahón? ¿Y tenéis valor de recordar á los intrépidos roncaleses é inmediatos el juramento de fidelidad á José, arrancado por la fuerza y amenazas del último exterminio? Juramento que jamás han prestado sino exteriormente; mejor diré, de ningún modo prestado; juramento cuyo sólo recuerdo sella la iniquidad del gobierno francés. Lejos de conseguir la pacificación, aunque falsa, de

© Biblioteca Nacional de España

estos naturales, ha exaltado V. su fidelidad y su valor. Conocen que la integridad de sus posesiones, y la seguridad de sus personas dependen de vencer las tropas francesas; y que admitir las promesas de protección que V. les hace, es fiar á un lobo los corderos inocentes.

¿Fiarán á V. y á los franceses, después de haberlos vencido, la seguridad de sus intereses, cuando la España gime por el robo de sus ejércitos? ¿Fiarán su reposo, cuando las aldeas más retiradas retiñen sus valles con los lamentos de la opresión? ¿Fiarán la conservación del santuario y sus ministros á usted y sus aliados, cuya religión ignoramos, y cuyos atentados sacrílegos han excedido á los cometidos por sus antiguos correligionarios de Francia, y exceden á cuanto nos describen del escandaloso Antíoco? ¿Fiarán en la garantía de un hombre vil, traidor, necio y seductor como V.?

Despreciamos su manifiesto subversivo y escandaloso: si V. gusta de contestaciones, salga V. al frente de una división francesa, citando el lugar y punto en que el fuego y el acero fijen la suerte; soy español que peleo por un rey justo, aunque oprimido; V. batallará por un príncipe todopoderoso, según la expresión blasfema de Dupont y Sebastiani. Si V. aceptara el convite, confío en la piedad de nuestro Dios y en el valor de mis soldados, que V. experimentará como los citados generales franceses, si Napoleón es el todopoderoso.

Es sobrada fatiga escribir tan largamente á un hombre indigno como V., é incapaz de salir al campo, á no ser sostenido por un millón de soldados.

Cuartel general de Roncal, 28 de Junio de 1809.—*Mariano de Renovales*, brigadier y comandante general interino en las montañas de Aragón y Navarra.»

¡Qué nobleza de sentimientos! ¡Qué lealtad á su rey! ¡Qué amor á su patria! ¡Y qué valor tan grande muestra el anterior escrito!

No salió D'Agoult, ni solo á pelear con Renovales, como éste le retaba, ni con una división, aunque se hubiese compuesto de doble número de hombres que las guerrillas de Renovales, á batirse con los bravos roncaleses y ansotanos, limitándose á dirigir al país nuevos manifiestos y nuevas proclamas, llenas de mentidos alhagos y de falsas promesas, que Renovales se apresuró á rebatir en esta forma:

«Excmo. Sr. general D'Agoult.—La voz imperiosa de la justicia exige rebatir las armas y escritos seductores de los franceses. Tengo el honor de estar al frente de los bravos roncaleses y ansotanos. Los antiguos guerreros de estos valles no avergonzarán á sus actuales habitantes. Si Ocharrén, Ollate, Ejea de los Caballeros, Roncesvalles, publican el heroísmo de estos montañeses, las alturas de Vizcaya, Undarí y desfiladeros de Sigües y Ansó, acreditarán al mundo que los hijos de aquellos antiguos Martes de la montaña han heredado con la sangre el mismo valor, fidelidad y amor á su patria. El destacamento de tropas francesas, dirigido por cuatro puntos para la ocupación de este país, distinguido en la Navarra, sufrió el golpe más afrentoso por estos naturales, dirigidos por mí y mis oficiales subalternos.

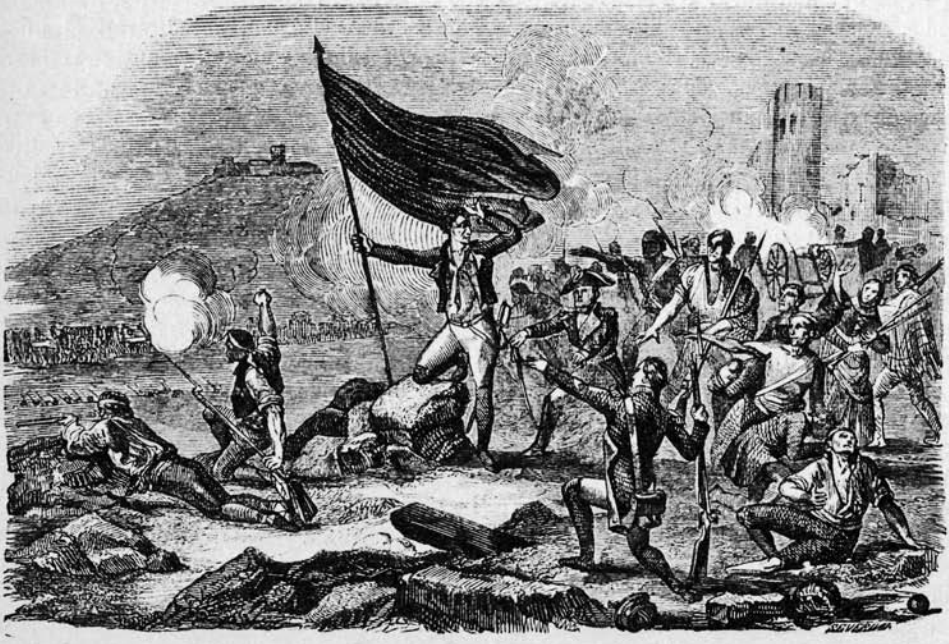
Combatimos, no por una dinastía que nos ha abandonado y cedido voluntariamente la corona de España á la casa reinante del emperador de los franceses, como dice V. E. en la proclama del 23 del corriente á que contesto. Combatimos, sí, por un monarca legítimo, justo, padre de sus vasallos; por el augusto Fernando VII, arrancado de su trono con la pérfida apariencia de palabra sagrada, conducido á manos de un emperador, primer discípulo de Maquiavelo.

La horrenda felonía de vuestro amo con el monarca y nación española, hiere el corazón más bárbaro y desposeído de los primeros sentimientos. Combatimos hasta derramar la última gota de sangre por aniquilar el autor de iniquidad tan escandalosa, y devastar los ministros de un mónstruo sin igual en los bosques del Canadá y Africa. Napoleón engañó al religioso Fernando, mi augusto amo y señor; la fuerza obligó á la renuncia del trono en favor suyo; pero, señor general, vuestro Código civil de Napoleón tan decantado, ¿consagra por voluntarios los actos sin libertad producidos por la fuerza? Ese Código que tanto exalta el derecho, el derecho sagrado de propiedad personal y real, ¿decidirá por voluntaria la ce-

© Biblioteca Nacional de España

sión del incomparable Fernando? Y si V. E. consultase la Constitución española, vería la nulidad de la renuncia hecha por el augusto Fernando en momentos sin libertad; y que verificada la suya y la de toda su real familia, pertenece á la nación el nombramiento de monarca ó la organización de nuevo gobierno. Los filósofos Rousseau y Voltaire, tan respetados en la Francia, consagran este principio indudable en el derecho público; los estadistas lo dan por base de sus proyectos, y el hombre moral abraza esta verdad como infalible.

V. E. se avergüenza interiormente de sostener una causa injusta á toda luz. Yo tengo la particular honra de avanzar los derechos de Fernando VII y su nación española. Al frente de los montañeses me batiré con los vencedores de Lombardía, Austria, Prusia y Holanda. Menos sabio y guerrero que los capitanes de estas naciones, me presentaré en el campo de batalla sostenido por la justicia de mi causa y el valor de mis soldados, sin que el estruendo del cañón ni la lisonja de la pluma doblen mi espíritu á otro partido que el de morir ó vencer.



DEFENSA DEL RONCAL

Morir ó vencer será el lenguaje de mis tropas y su jefe; ni el ruído de grandes mariscales del imperio, ni el atractivo de títulos é intereses, obrarán en mi corazón ni en el de mis soldados. Podrá el emperador Napoleón penetrar hasta la Hungría; reunirse con el ejército franco-italiano; podrá hallar en España algunos jefes indignos que le vendan su patria; pero la Austria y la España, auxiliados de la invencible y generosa Gran Bretaña, abundan en soldados fieles y valientes que marchitarán la flor de tantas victorias conseguidas por el oro, seducción y bajeza de Napoleón, más que por la fuerza de sus armas. Y si éstas son vencidas, señor general, entonces moriré lleno de gloria; mi nombre, el de mis oficiales y soldados montañeses, harán las delicias de la España, la digna emulación de las naciones extranjeras, y seremos propuestos por modelos de fidelidad y patriotismo. Solamente los franceses, fieles criados de su opresor, nos llaman facciosos. El resto del mundo nos impondrá la digna nota que merecemos. El faccioso es Napoleón; facciosos los ministros que le sirven; facciosos los indignos nacionales que le siguen, porque todos han llevado el mal destructor de la división al seno

© Biblioteca Nacional de España

mismo de todas las naciones europeas. Los reinos de Cerdeña, Lombardía y Holanda, ducados de Venecia y Hannover, países desmembrados de la Austria y la Prusia, brillante Polonia, Portugal infausto, acreditaréis al mundo, á costa de vuestra desgracia, si Napoleón y sus ministros, ó el soberano Fernando, su Junta Suprema gubernativa y cuantos oyen su voz, son los facciosos de la Europa.

No queremos la protección que prometéis de vuestro emperador y su hermano. La integridad del país la conservaremos á nombre de nuestro legítimo rey el señor D. Fernando VII.

Entretanto, tengo el honor de saludar á V. E. y asegurarle que soy su seguro y atento servidor Q. B. S. M., *Mariano Renovales*. —Cuartel general del Roncal 28 de Junio de 1809.»

Los franceses que, como hemos tenido ocasión de probar diversas veces, sólo eran amigos de España, sólo se mostraban magnánimos y solo aparecían honrados con la pluma, desmintiendo en sus actos todas sus palabras, llevaron á cabo en Navarra uno de sus acostumbrados actos de crueldad. El mismo general D'Agoult, que acusaba á los oficiales de Renovales de haber fusilado algunos franceses, represalia justísima por ellos provocada al dar muerte á varios de los nuestros, sentenció á ser fusilados á otros cinco. Renovales no pudo ver con indiferencia semejante disposición, y, llevado de su amor á la justicia y á la patria, envió al citado general el siguiente oficio, digno por todos conceptos del valiente guerrillero, una de las glorias más puras y más legítimas de la nación española:

«Nos, el comandante general de las armas españolas en las montañas de Aragón y Navarra, por S. M. el rey D. Fernando VII.

Vista la orden del rey intruso y la ejecución del general D'Agoult en haber mandado ahorcar, sólo por venganza, á los nombrados Pascual Beranvis, Gregorio Monge, Pedro Sironsau, Francisco Braun y Martín Alba, cometiendo con este hecho la más escandalosa, vil, infame y baja acción (bien que propia de los bandidos franceses), por cuanto los primeros cuatro referidos tenían sustanciada la causa, y estaban destinados á presidio por sentencia de su vil consejo, y el quinto, vecino de Roncal, era un pobre mendigo, demente, apresado en Sangüesa pidiendo limosna; y porque algunos hombres de bien, con toda justicia y derecho asesinaron á cuatro sugetos, dos agentes de los franceses, y los dos restantes individuos de su canalla, el uno el sargento que se dice en Mutilva, y á otro un poco más distinguido, de quien no hace mención D'Agoult, individuo de la nueva, tirana, cruel y asesina junta militar, á quien conocían con el dictado del *Moro*, cuya operación fué hecha á media hora de las puertas de Pamplona, y no será extraño que dentro de muy pocos días empiecen á ejecutar otras iguales en la misma ciudad; declaramos, que si el general D'Agoult cree con estos y otros atentados de desesperación aplacar la que injustamente llama insurrección, á cuya cabeza tengo el honor de estar en el reino de Navarra y montañas de Aragón, vive engañado; por el contrario, exigen mi honor y el desempeño de mi cargo mandar lo siguiente:

I.—Los nombrados Manuel Antonio Gruyer, Tomás Periche, Juan Beaubier, Francisco Desaix y Augusto de la Colombiere, todos agentes de los franceses, serán sacados por mi tropa al campo de Errigorría, y allí, cuadrados de frente á Madrid en acción de mirar á su rey *Pepe Botellas*, se les intime la sentencia capital; en seguida, cambiada su frente hacia Pamplona, sean degollados; sus cadáveres arrastrados se colocarán en los caminos que llevan á la capital de este reino, poniendo sobre sus espaldas la inscripción siguiente: *Agentes de los bandidos franceses castigados por la justicia española.*

II.—Si el rey intruso, los generales D'Agoult y Somet, ó cualquiera por su autoridad, quitasen la vida á cualquier español, degollaremos un duplo de franceses de los que estén en nuestro poder.

III.—El general Somet, comandante de la plaza de Jaca y fronteras de Aragón, ha cometido la vileza de incendiar algunas casas, pillar ganados, robar iglesias; si, por mi orden, se ha guardado armonía entre los paisanos españoles y franceses del pie del Piri-

© Biblioteca Nacional de España

neo, ligándome á combatir militarmente de cuerpo á cuerpo, según el honor é intenciones de mi soberano, hacemos saber para lo sucesivo, que por cada casa incendiada en España, reduciremos á cenizas un pueblo de la Francia; y por la contribución de una libra francesa exigiremos la de sesenta.

IV.—Mandamos, que el cura que fué y lo es de Valcarlos, sea reputado por digno de su carácter, pues á nuestras órdenes desempeña su comisión á favor de la patria.

Cuartel general del Roncal, 24 de Julio de 1809.—*Mariano de Renovales.*—Por mandato de S. E.—*Nicolás Uriz*, de Pamplona, Secretario.»

Como en los oficios que D'Agoult y Plique dirigieron á Renovales deslizaban pérfidas insinuaciones, y á pretexto de la gran estimación que decían profesarle llegaban á aconsejarle que abandonase la causa de España que juzgaban perdida, en fe de lo cual le participaban las victorias de Napoleón sobre el Austria, Renovales les contestó desde el Roncal, el 20 de Agosto, en esta forma:

«General: Decís que os extraña el verme al frente de los españoles, y más me extrañé yo de ver en Zaragoza al general Junot al frente de los franceses después de la capitulación de Portugal.

En cuanto á lo demás, sabed que todo el oro, ni los empleos más brillantes, ni las promesas, ni las amenazas, inclinarán mi corazón á otro partido que al de mi legítimo rey D. Fernando VII.

Mi resolución es la de pelear aun en el caso de quedarme solo en la nación.

Si vuestro emperador ha destronado tan infamemente como lo conocéis á mi augusto soberano, viven vasallos fieles que le volverán á colocar sobre el trono, vertiendo gustosos su sangre por tan justa causa.

General, estad seguro de que desprecio vuestra estimación y las bondades de vuestro emperador.

V. E. hallará en mí un hombre dócil á toda relación que no sea contra mi nación. En tocando á mi honor y á mi deber, no escucho proposiciones.»

Esto decía al general D'Agoult. Al gobernador militar de Zaragoza le respondía de este modo:

«Si en Londres y en Madrid se sabe la derrota del ejército austriaco, en París, en Strasburgo y en Munich se llora el destrozo de los franceses sobre el Danubio.

La España, á pesar de estar exhausta de soldados, de armas y dinero, agonizante por la ambición de un favorito y víctima del furor militar de vuestro amo, es invencible.

España no se fascina con papeles mentidos y seducciones brillantes. Sus habitantes prefieren la disciplina á la corrupción. Sus generales y soldados no entienden otro lenguaje que el del honor; y su gobierno, tan ultrajado por los franceses con sátiras insolentes, no piensa más que en salvar la patria á costa de su vida.»

En vista de la importancia que adquiría el levantamiento de los Valles y de la patriótica actitud de Renovales, los jefes de las guarniciones de Zaragoza y Pamplona organizaron con tropas sacadas de las guarniciones de estas ciudades y de otras varias de los puntos que ocupaban, diferentes columnas al objeto de cercarle y obligarle á rendirse.

El 21 de Agosto supo Renovales que habían salido 5.000 hombres de Zaragoza en su busca, dirigiéndose 2.000 de ellos á Jaca, para juntarse con 500 que allí se habían reunido de la frontera, y comenzar la campaña atacando á San Juan de la Peña.

Por orden del bravo Renovales, D. Miguel Sarasa, otro de los famosos guerrilleros de Aragón, con sus 500 hombres, reforzados con otros 300 que le envió, se sostuvo en San Juan, teniendo por último que abandonarlo después de una larga resistencia, cogiendo en su retirada 63 prisioneros, de ellos 23 músicos del regimiento de línea núm. 15.

Aunque las fuerzas imperiales eran tan numerosas, no por eso se intimidó Renovales, y procuró contrarrestarlas en cuantos sitios el terreno se prestaba á ello, batiéndolas en muchos puntos y manteniendo una de esas resistencias que dejan en la historia un rastro luminoso de gloria y heroismo.

Cuál no sería la importancia que los imperiales daban á Renovales, cuando el comandante general de la plaza de Zaragoza, Plique, con fecha 20 de Agosto de 1809, le ofrecía si abandonaba el Roncal y quería

© Biblioteca Nacional de España

servir en los ejércitos franceses el *grado y rango que tenía en las tropas insurrectas.*

La respuesta del noble guerrillero no se hizo esperar, y en ella le decía:

«Los escombros de mi amada España serán para mí habitación más lisonjera que los soberbios palacios de París, si en ellos me aposentase con la venta de mi patria.»

En los días 25 y 26 de Agosto salieron las poderosas fuerzas reunidas por los imperiales para atacar á Renovales; una fuerte columna se aproximó por un lado al Valle de Ansó; otra, fuerte de 3.000 hombres, al mando de Plique, se encaminó á tomar nuestras posiciones de Salvatierra, Castillo Nuevo y Navascués; otra, compuesta de 800 soldados, se reunía en el Valle de Salazar, procedente de la fábrica de Orbaiceta; y otra, de 450, sacada de la guarnición de Lumbier, avanzaba por Zavalza.

El 27 supo Renovales que los franceses habían roto el fuego por Ustarroz, Isaba y Valle de Ansó, y reforzando los primeros puntos con algunos naturales de Garde, Roncal, Vidangoz y Burgui, resolvió el envío de los pocos refuerzos de que podía disponer en auxilio de Salvatierra, Virgen de la Peña, Castillo Nuevo y Zavalza. Mas como la distancia que los refuerzos debían recorrer era bastante, los imperiales lograron llegar antes y arrollaron nuestras avanzadas, después de dos horas de un fuego nutridísimo, penetrando aquella tarde en Salvatierra.

El día 28 realizaron otro ataque por cuatro columnas, formando el ala derecha dos divisiones que acometieron las alturas de Sasi y Virgen de la Peña, al tiempo mismo que el centro lo verificaba por el estrecho llamado de la Foz, y la izquierda por las alturas de Mayha, monte que divide las jurisdicciones de Salvatierra, Navascués y Burgui.

Para oponerse á tan formidable ataque sólo contaba Renovales con 600 hombres.

Una columna de 3.000 franceses escogidos atacó á las siete de la mañana las posiciones españolas, siendo rechazada cinco veces y dejando el suelo cubierto de cadáveres.

Furiosos los imperiales cargaron con rabia sobre el punto llamado Sasi, en una gran llanura, consiguiendo forzar nuestra línea á las dos de la tarde, y avanzando con el propósito de cortar la retirada á los guerrilleros, visto lo cual mandó Renovales replegarse al puente y villa de Burgui, que más tarde se vió precisado á abandonar, entrando en ella los imperiales y prendiéndola fuego.

Tenaz en sus propósitos de defensa, Renovales escogió nuevas posiciones, y á las seis de la mañana del 29 se rompió el fuego por ambas partes.

Los franceses acometieron con la primera división la villa de Ansó, defendida por 300 hombres, que disputan el terreno calle por calle y piedra por piedra, capitaneados por los valientes D. Juan Blas Gastón y D. Joaquín y D. Fermín Ornat, cuyas casas fueron saqueadas y robados sus ganados.

Otras tres divisiones proseguían el ataque, la de la derecha por las alturas de Mendivelza, la izquierda por las de Odieta, y el centro por el camino ó Bochuela; pero tenían que habérselas con los tres leones que las defendían, con D. Pedro Esteban Villoch, D. Pedro Francisco de Gamba y D. Diego Calcerrada, dispuestos á morir primero que ceder, y á su frente Renovales, que antes de perder una posición ya tenía elegida otra, y otra, y ciento.

Tres veces obligaron los nuestros á los franceses á retroceder, en el centro y en la izquierda, y cuenta que sólo eran 400 españoles y 40 rusos desertores.

Nuevas Termópilas aquellas alturas, Renovales y sus guerrilleros nos hacen recordar á Leonidas y sus espartanos deteniendo á los persas.

Creía Renovales haber triunfado, cuando supo que la división de Ansó venía á reforzar á los franceses por el punto de Garde, y bien pronto los vió aparecer por las alturas de Puyeta y Muga de Roncal.

No desfalleció, sin embargo, y mandó replegar á la villa del Roncal, sosteniendo el fuego con el mayor orden; allí tomó nuevas posiciones y se mantuvo hasta la noche con una bizarría indecible.

Pero como el enemigo tenía fuerzas sextuplicadas y el terreno era campo abierto,

© Biblioteca Nacional de España

dispuso Renovales la retirada, amparado de las sombras de la noche, al último baluarte que le quedaba, al término y boquete de la villa de Urzaingui, al abrigo de cuyos riscos y peñas esperaba resistir, ya que en su apurada situación no se hiciese la ilusión de vencer.

Es Urzaingui una de las más célebres villas del famoso Valle del Roncal, tan digno en la historia de España y tan renombrado como el de Roncesvalles, teatro de mil hechos gloriosos que han valido á sus habitantes grandes fueros y privilegios.

Hállase situada la villa en un estrecho llano, entre los montes de Santa Bárbara y Urrelegui, y cuenta unas 350 almas que habitan en 71 casas, divididas en dos barrios por el río *Ezca*. Tiene una iglesia parroquial dedicada á San Martín y dos ermitas consagradas á San Salvador y San Miguel.

El terreno es muy escabroso y le atraviesan para juntarse, pasada la villa, los ríos *Ezca* y *Urrelegui* y dos arroyos que también confluyen, teniendo un puente sobre cada uno de los dos citados ríos.

Los caminos que á la villa conducen eran malísimos en la época que narramos.

Cercada de montes, en ellos cazan los naturales del país conejos, liebres, perdices, sarrios, corzos y terribles osos.

Gozaba Urzaingui con las otras dos villas de Garde y Ustarroz de un curioso privilegio sobre el valle francés de Bretons, que enorgullecía mucho á nuestros montañeses. Reseñémosle.

El día 14 de Agosto de cada año, el alcalde de la villa principal de Isaba, con un regidor de Urzaingui, Garde y Ustarroz, el escribano y algunos vecinos armados, se presentaba en el sitio frontero entre España y Francia, llamado *Piedra de San Martín*, donde acudía el alcalde de Bretons con su acompañamiento, trayendo tres caballos que habían de tener una estrella en la frente y blancos los pies y las manos, tributo que los franceses pagaban á los españoles, y que luégo se cambió, vistas las dificultades que el de los caballos ofrecía, por el de tres vacas del mismo cornaje, dentaje y pelaje, levantándose un acta que firmaban todos, y en que se hacía constar que el Valle de Bretons reconocía su sumisión á las tres villas españolas y se obligaba á continuar pagando el dicho tributo.

Tal privilegio lo adquirieron nuestras citadas villas, porque en una batalla librada entre españoles y franceses á causa de la pastura de los ganados en los pueblos fronterizos, triunfaron los nuestros, y haciéndose dueños del Valle de Bretons, estipularon para hacer la paz que serían los franceses tributarios suyos.

Durante tres días, los guerrilleros de Renovales, soldados y paisanos, nuevos Hércules de la fábula, habían disputado palmo á palmo el terreno á las jigantescas fuerzas imperiales, combatiendo de risco en risco, de altura en altura, de monte en monte.

A tal punto llegó la cólera de los nuestros, que muchos preferían luchar á pedradas, que arrojaban con singular acierto, mejor que á tiros, y otros, cuyas armas se habían inutilizado en tan continuado batallar, se servían de los fusiles como de mazas, y cada golpe que descargaban con las culatas daba por resultado un hombre fuera de combate.

Pero no hay resistencia contra el imposible.

El valor de Renovales y el heroísmo de sus guerrilleros era muy grande, pero el número de combatientes disminuía á cada instante, mientras que la masa de enemigos aumentaba por momentos con la próxima llegada de 4.000 hombres procedentes de Olorón y de 1.000 que llegaban por Salazar.

¡La suerte probaba bien duramente á nuestro héroe!

¡Qué hacer en tan apurado trance! Renovales miraba al cielo pidiéndole auxilio, interrogaba al horizonte esperando la llegada de algún refuerzo, contaba sus hombres, cada vez más escasos, y reconocía su impotencia.

¿Cómo el ángel tutelar de España abandonaba así á sus hijos?

—¡Cien hombres más—decía Renovales,—y las columnas francesas quedarán sepultadas en estos riscos como hace siglos quedaron las legiones de Carlo Magno!

Renovales semejaba á Prometeo atado á la roca fatal, sentenciado al horrible tor-

© Biblioteca Nacional de España

mento de que un buitre le devorase las entrañas.

¡Cuánto debió sufrir el heróico defensor de la Puerta de Sancho!

No había solución.

El cielo y la tierra parecían haberle abandonado.

Era forzoso rendirse á la evidencia, bien desconsoladora por cierto, y no abrigar ilusiones engañosas ante la realidad de los hechos, á la vista de las tropas imperiales, cada vez más numerosas, y de sus guerrilleros diezmados, jadeantes, heridos, sin fuerzas, con las armas inútiles en su mayoría después de tres días de continuo batallar, y sin esperanza de socorro.

Era preciso resolver la situación y pronto porque sus corredores y espías acababan de venir á anunciarle que avanzaban á todo escape los 4.000 hombres reunidos en Olorón y los 1.000 de Salazar, y no podía Renovales consentir en la pérdida de los heróicos ansotanos y roncaleses que tan generosamente habían expuesto su vida. Dispuso, por tanto, que D. Melchor Ornat, vecino del Roncal, fuese á parlamentar con los franceses y capitulase en nombre de los habitantes de los Valles, procurando que la honra de los paisanos y el honor de España quedase á la mayor altura, como así aconteció.

Para ajustar el tratado se suspendieron las hostilidades por veinticuatro horas.

En tres acciones habían tenido los imperiales 522 hombres muertos y 800 heridos; y habían empleado esos tres días en conquistar ¡tres leguas de terreno!

La *Gaceta francesa*, de Zaragoza, escribía:

«Se han batido los roncaleses como podían hacerlo las tropas más disciplinadas y aguerridas.»

Por aquello de que á una desgracia acompaña generalmente otra, D. Jerónimo Rocatallada, aquel patriota que, cuando el primer sitio de Zaragoza alistó una brillante juventud para defender contra los franceses el valle de Ansó, se había pasado á los enemigos, y, en unión de D. Domingo Brun *(Chandón)* y D. Clemente Lapetra, vecinos de Hecho los dos primeros, y vicario de su parroquia el segundo, se dedicaban á formar una compañía de *renegados* para asesinar á los buenos españoles.

Una de sus primeras víctimas fué el digno sacerdote D. Miguel Marraco, presbítero y racionero del Pilar, á la que siguió el coronel español D. Alonso Escobedo, D. Juan Manuel Marraco y las mujeres y niños de los últimos, sólo por su amor á la patria.

No contentos aún estos malvados, afrenta del nombre español, se presentaron en Tortosa á principios de Agosto, y, con el pretexto de hablar á nuestros generales, observaron todos los movimientos y disposiciones del ejército español, y luego bajaron á Zaragoza á participarlo todo á los franceses y á pedirles nuevas fuerzas para salir en persecución de los guerrilleros D. Miguel Sarasa y D. Javier Mina.

Renovales, siempre dispuesto á la lucha, luégo que terminó la capitulación asegurando á los naturales de los valles del Roncal y Ansó la libertad de sus personas y el goce de sus bienes, se trasladó con varios oficiales, soldados españoles y desertores rusos, á las orillas del Cinca á unirse con las tropas españolas que allí había, y brigadier ya, fué encargado interinamente de su mando cuando al general Areizaga se le destinó al ejército de la Mancha, del que salió para dirigir la desgraciada batalla de Ocaña.

El día 15 del mes de Setiembre sorprendió á las tropas francesas mandadas por el coronel Robert en Candasnos, causándolas grandes pérdidas y persiguiéndolas hasta el pueblo de Peñalva, sin tener pérdida ninguna por su parte.

Después sostuvo otros varios choques con los imperiales hasta que, reforzados por el general Habert, que cruzando el Cinca por encima de Estadilla, concertó un movimiento ofensivo con el coronel Robert, tuvo que replegarse á Lérida, Mequinenza y puntos abrigados.

Ocupándose de estos memorables combates decía la *Gaceta del Gobierno:*

«Todo lo acontecido en el Roncal y Ansó es glorioso y notable; la fortuna de nuestras armas, sostenidas por la constancia y por la naturaleza del terreno; el entusiasmo y sacrificio de los montañeses, hallándose rodeados y oprimidos de tan considerables fuer-

© Biblioteca Nacional de España

zas enemigas; la bizarría de Renovales y sus oficiales, que en las tapias y calles de Zaragoza aprendieron el arte de esperar al francés y contenerle de puesto en puesto, de calle en calle, hasta el último reducto; las artes de los generales enemigos para seducir pérfidamente y atraerse con promesas lisonjeras á aquellos mismos capitanes nuestros, á quienes en público fingen despreciar y proscriben, y el partido menos duro que se saca de ellos cuando la rendición va precedida de una resistencia empeñada y sangrienta, que cuando procede de fácil y cobarde entrega.

Lecciones son todas dignas de grabarse en la memoria de los patriotas, para servirles de guía y de ejemplo.

No lo es menos la noticia de los traidores españoles que persiguen á los buenos patriotas. Esta casta de hombres es mil veces peor que los franceses mismos. Fuera, pues, contemplaciones criminales con cuantos se vendieron al tirano y se hicieron sus satélites para servirle con su talento, su espada ó sus intrigas. A quienes así hollaron los respetos más santos y burlaron tan imprudentes los deberes de la naturaleza, persígalos inflexible la guadaña del patriotismo; ciméntese sobre su sangre impura el edificio de nuestra libertad, y caigan las maldiciones del cielo y de España sobre los hombres tímidos ó egoistas, que todavía pretenden salvarlos con pretextos simulados ó efugios vanos, y disculpar su bárbara conducta para con la nación generosa en cuya esclavitud se gozan perjuros y desnaturalizados.»

D. Miguel Sarasa.—D. Domingo Lobera.

Son los hijos de la provincia de Huesca, generalmente hablando, hombres de mediana estatura, rehechos, fornidos, infatigables, fuertísimos, de color sano y agradable presencia.

En cuanto al carácter, son bulliciosos y un tanto altivos, hasta frisar á veces en soberbios, pero francos, ingénuos, alegres, laboriosos, enemigos de la traición y capaces de toda acción heróica. Esta virilidad indomable, heredada de los celtíberos y de los bárdulos, constituye el fondo del genio aragonés.

Tipo perfecto del oscense aparece á nuestros ojos el célebre guerrillero D. Miguel Sarasa.

D. Miguel Sarasa era en 1808 el hacendado más rico de Embún, lugar perteneciente á la provincia de Huesca, situado á cuatro leguas de la ciudad de Jaca.

Mozo de alta estatura, gran corpulencia y aún más grandes bríos, era muy respetado en el país por su gran corazón y muy querido por sus nobles prendas de carácter, su desinterés y su generosidad nunca desmentidas.

Teníase, y con razón, por el mejor jugador de pelota de toda la comarca, no habiendo en toda la provincia quien le aventajase en el *saque*, ni en la manera de *volver* una pelota.

Tranquilo vivía en Embún dedicado al cuidado de su hacienda, de su mujer y de sus hijos, haciendo todo el bien que podía y gozando como un niño en sus partidos de pelota, en los cuales admiraba á amigos y adversarios, cuando los sucesos de Mayo de 1808, y más que todo los dos sitios de Zaragoza, en cuya ciudad había hecho sus primeros estudios, conmovieron profundamente á D. Miguel.

La caída de Zaragoza y la aparición de Renovales en el Roncal, decidieron á Sarasa, y bien pronto, sin atender á los ruegos de su esposa ni á las lágrimas de sus hijos, abandonó su hogar y su hacienda, y al frente de algunos criados de su casa y de varios mozos del país, se lanzó al campo, teniendo con los imperiales en el mes de Julio de 1809 algunos felices encuentros.

Puesto en comunicación con D. Mariano Renovales, bien pronto les unió una estrecha amistad fortificada por el amor á España y aumentada por los peligros que ambos corrían.

Reseñemos, siquiera sea ligeramente, los combates sostenidos por D. Miguel Sarasa contra las legiones napoleónicas, con su guerrilla, que diariamente se veía reforzada por los bravos montañeses del Pirineo.

El día 6 de Julio de 1809 con 250 hombres, sostuvo en las llamadas Fuentes de Sarsa un terrible choque con una columna francesa de 600 hombres, sin que en las cinco

© Biblioteca Nacional de España

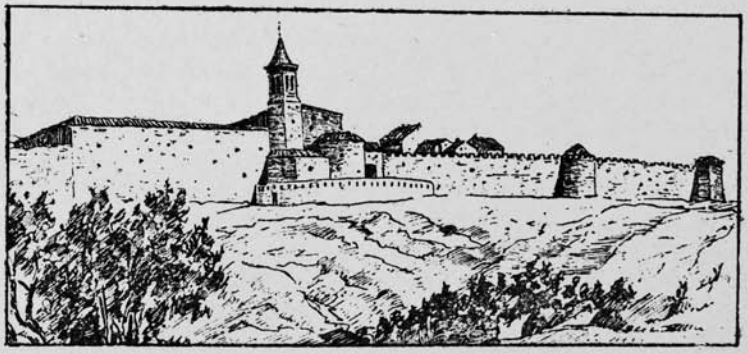
horas mortales que duró el combate lograran los imperiales batir á nuestros guerrilleros.

El 19 del citado mes, Sarasa, que al igual de Renovales, extendía sus excursiones hasta Navarra, atacó la guarnición bonapartista de la ciudad de Sangüesa, compuesta de 400 soldados, derrotándola por completo y matándola cerca de 200.

Los franceses, ansiosos de vengar esta derrota, enviaron un destacamento al pueblo de Embun, dispersaron á su noble familia, que apenas tuvo tiempo para buscar su salvación en la fuga, incendiaron su casa y se apoderaron de sus ganados. Apenas lo supo el bravo aragonés cuando retrocedió hacia su país, y con sólo 150 hombres, y bajo los cañones de Jaca, á donde los habían conducido, recobró sus ganados batiéndose por espacio de siete horas contra 700 hombres que salieron contra él de la plaza y obligándoles á buscar su salvación en Jaca, dejando el campo y las murallas cuajados de cadáveres.

El 23 de Agosto, á la vista de la misma plaza, hizo frente Sarasa con extraordinario arrojo á la columna bonapartista, fuerte de 3.000 hombres, que venía de Zaragoza contra Renovales.

Esta acción, en la que nuestro heróico guerrillero contaba únicamente con 600 montañeses contra 3.000 imperiales, comenzó á las cuatro de la tarde y sólo terminó á las diez de la noche cuando en vista de sus



MURALLAS DE JACA

grandes pérdidas dispuso el jefe francés que cesara el fuego.

Jamás los imperiales habían visto este género de guerra. ¿Combatir de noche? ¿Acaso, se decían, es esto posible? Los guerrilleros españoles se lo demostraron prácticamente. Para nuestros patriotas era igual combatir de día y á la luz del sol que de noche al fulgor de las estrellas. Los franceses no osaron prolongar este combate nocturno tan peligroso y temible para ellos.

A la mañana siguiente D. Miguel Sarasa hizo prisionera la música del regimiento de línea núm. 15 y 50 soldados con ella.

El día 25 de Agosto dió una nueva prueba de su arrogancia y valor. Por disposición de su amigo Renovales se encargó de la defensa del antiguo y famoso monasterio de San Juan de la Peña, anidado en profundo valle abierto entre rocas escarpadas y socavadas en medio de espantosos precipicios y vigorosa vegetación y al abrigo de arenisca peña.

Señalan su antigüedad el espesor de sus muros y algunas ventanas del arco semicircular de su fachada, su techo de madera y su viejo y derruído campanario.

En el átrio de este antiguo monumento, cobijado por la roca, se guardan las cenizas de lo más ilustre entre los grandes hombres de Aragón.

Tres arcos bizantinos, sostenidos por columnas de labrados capiteles, introducen al presbiterio, y la roca en toda su rudeza sirve de bóveda á la única nave.

La iglesia subterránea que se extiende debajo de la citada, está dividida en dos naves

© Biblioteca Nacional de España

por arcos bajos y gruesas pilastras y enlosada con sepulturas de abades, creyéndosela fundada por el obispo D. Iñigo á mediados del siglo IX.

En su panteón recibió San Juan de la Peña los cuerpos de los primeros soberanos aragoneses.

Una vez en el cláustro, al que se sale por una antigua puerta de la iglesia, ofrécese á la vista desde luégo la rojiza y negruzca peña que cobija el recinto entero bajo su macizo toldo, admirable capricho de la naturaleza; cierran la cuadrada luna arcos bizantinos con variedad de columnas, fajas labradas y gruesos capiteles curiosamente esculpidos, obras casi todas de la época del rey Sancho Ramírez. Infinitas lápidas, en su mayoría del siglo X, cubren los muros y costados de la puerta. Frente á la entrada aparece la capilla de San Voto, obra del siglo XVII, y á la izquierda la gótica de San Victorián, del siglo XV, reputada como una de las mejores obras de crestería del antiguo reino de Aragón.

Admira y sorprende esta prodigiosa obra de la naturaleza, así como la contemplación desde las nevadas y enhiestas cimas de este asombroso paisaje, lugares gloriosísimos y tan venerados por el pueblo aragonés.

Sarasa, con 500 guerrilleros suyos y 300 que envió en su socorro Renovales, resistió, á favor del terreno, el tremendo empuje de tres columnas imperiales de á 1.000 hombres cada una, que subdivididas en seis de á 500 procuraban cercarle primero para destruirle después.

Durante algunas horas sus guerrilleros, dando pruebas del heróico valor que siempre distinguió á los hijos del Aragón, sostuvieron el ataque de las dichas columnas, y las acosaron con tal empuje que los imperiales se vieron forzados á refugiarse en uno de los bosques de pinos que por allí tanto abundan.

Obtenido este triunfo, Sarasa pensó en la retirada, no por temor á un nuevo ataque, sino para salvar sus guerrilleros del cerco que les preparaban los imperiales y para sostener el cual no contaba ni con víveres, ni con municiones, y en su retirada todavía les hizo 63 prisioneros.

Furiosos los imperiales al ver que la presa se les escapaba, descargaron su cólera en el monasterio de Benedictinos de San Juan de la Peña, entregando á las llamas aquella joya artística, aquel soberbio monumento admiración de propios y extraños.

Obligado Renovales á capitular en la peña y boquete de Urzaingui para salvar á los roncaleses y ansotanos, D. Miguel Sarasa se vió forzado á desplegar todos sus recursos y todo su valor para hacer frente á las numerosas fuerzas dirigidas contra él.

En todo el mes de Setiembre libró diversos combates mantenidos con una bravura digna del mayor elogio, teniendo que dividir sus fuerzas para mejor burlar la persecución, cada vez más encarnizada, de los enemigos.

El día 17 de Octubre, con 74 hombres esperó en Lasiero un destacamento francés de 250 hombres, llevándolo en retirada hasta la ciudad de Jaca, detrás de cuyas murallas buscaron un refugio los pocos que dejó con vida.

A fines de este mes sorprendió en las cercanías de Ayerbe un destacamento francés y se apoderó de un convoy de 600 arrobas de sal que llevaban para la plaza de Jaca.

Vuelto á Navarra, el 2 de Noviembre, al frente de 300 guerrilleros batió una columna de 400 infantes y 50 caballos, completando su derrota al siguiente día en las cercanías de Sangüesa.

Al recibir la grave noticia de que Javier Mina *(El Estudiante)* se hallaba cercado por los imperiales, decidió correr en su auxilio; mas al llegar al lugar de Bailio supo la retirada de los franceses, y dejando en Berdún á su segundo D. Domingo Lobera con 300 hombres y dos cargas de municiones, marchó con la sal á Xavierre Latre.

El 5 de Noviembre, el ya teniente coronel D. Miguel Sarasa, participaba al marqués de Lazán que habiendo pedido raciones al alcalde de Ayerbe para sus fuerzas que pasan de 1.000 hombres armados, supo que el alcalde consultó al jefe francés más inmediato, quien le respondió que se las diera pues no contaba con fuerzas para resistirlo; pero Sarasa, en lugar de marchar á Ayerbe, donde quizás le aguardaban los franceses

© Biblioteca Nacional de España

que muy bien podían haber dado al alcalde aquella contestación para mejor sorprenderlo, se encaminó á Sos, cabeza de las famosas *Cinco Villas* de Aragón, para batir á los imperiales.

Hállase colocada la villa de Sos entre dos pequeños cerros, al pie de un elevado monte, hacia el extremo Noroeste de la provincia, de cuya línea divisoria en Navarra dista una legua. Asentada en alta posición, defendida por dos castillos, y circunvalada por antiguos y sólidos muros, con siete puertas de entrada, tiene importancia militar porque uno de sus castillos, el llamado Torre de la Fuente Alta, situado al Oeste de la población, y que en otros tiempos debió ser inexpugnable, es un antemural de Aragón contra Navarra.

A esta villa se dirigió Sarasa, porque, según las noticias recibidas, en ella ocultaban los franceses un rico botín. Los imperiales, que le juzgaban en Ayerbe, se hallaban tan descuidados, que la sorpresa imaginada por D. Miguel tuvo un éxito completo, según vamos á ver.

Muchos guerrilleros de Sarasa, aprovechando la ocasión de ser aquel día de mercado en Sos, se mezclaron con los labradores que entraban en la villa llevando trigo, centeno, maíz, judías, habas, patatas, hortalizas y frutas para el mercado.

Era el amanecer apenas de un frío y lluvioso día de Noviembre, y los guerrilleros, envueltos en sus mantas y ocultando bajo ellas el mortífero trabuco y la pequeña tercerola, se dirigieron, cumpliendo las instrucciones de su jefe, unos al centro de la villa, en el cual y sobre la peña llamada *Feliciana* se levanta una antigua fortaleza con un torreón muy elevado, donde está el reloj de la población; otros á la casa del ayuntamiento, suntuoso edificio con hermosa fachada de piedra de sillería; otros á la iglesia parroquial de *San Esteban*, magnífica construcción de estilo gótico, que tiene la singular circunstancia de descansar sobre otra subterránea que se titula de la *Virgen del Perdón*, pasando por medio de la dos, esto es, por el mismo punto en que apoya la una sobre la otra, una calle pública; otros al colegio de las Escuelas Pías, fundado por D. Isidoro Gil de Jaz, consejero que fué del rey Carlos III, y otros, por último, á la plaza del Mercado.

Nadie hubiese creído al verlos ayudar á los labradores y campesinos en su tarea de descargar los carros y las caballerías y colocar los puestos del mercado, que aquellos, al parecer inofensivos labradores, eran los temibles guerrilleros de Sarasa, los heróicos defensores de San Juan de la Peña, los audaces patriotas que habían entrado en Sos para llevar á cabo una sorpresa militar en la cual jugaban la existencia y con ella la suerte de sus familias y el porvenir de sus hijos. Cuanto más se les hubiera examinado menos diferencias se habrían notado entre ellos y los hortelanos y habitantes de la cercana vega.

Al dar las siete en el reloj de la torre *Feliciana* todos los trabajos del mercado quedaron suspendidos.

Para los imperiales, que ya empezaban á cruzar por las calles, este suceso pasó desapercibido.

De repente se oyó la voz de D. Miguel Sarasa, que gritaba:

—¡San Jorge y Aragón!

A la que inmediatamente respondieron mil otras con frenético entusiasmo:

—¡Sos por España y por Fernando!

A estos gritos siguió el toque de rebato en las torres de San Miguel, Santa María, San José de Calasanz, la Virgen de Lería y San Miguel de Vico, al que respondieron como un eco las de las cinco ermitas de las cercanías de la villa.

Cuando los franceses comprendieron su situación y quisieron ponerse en defensa ya era tarde.

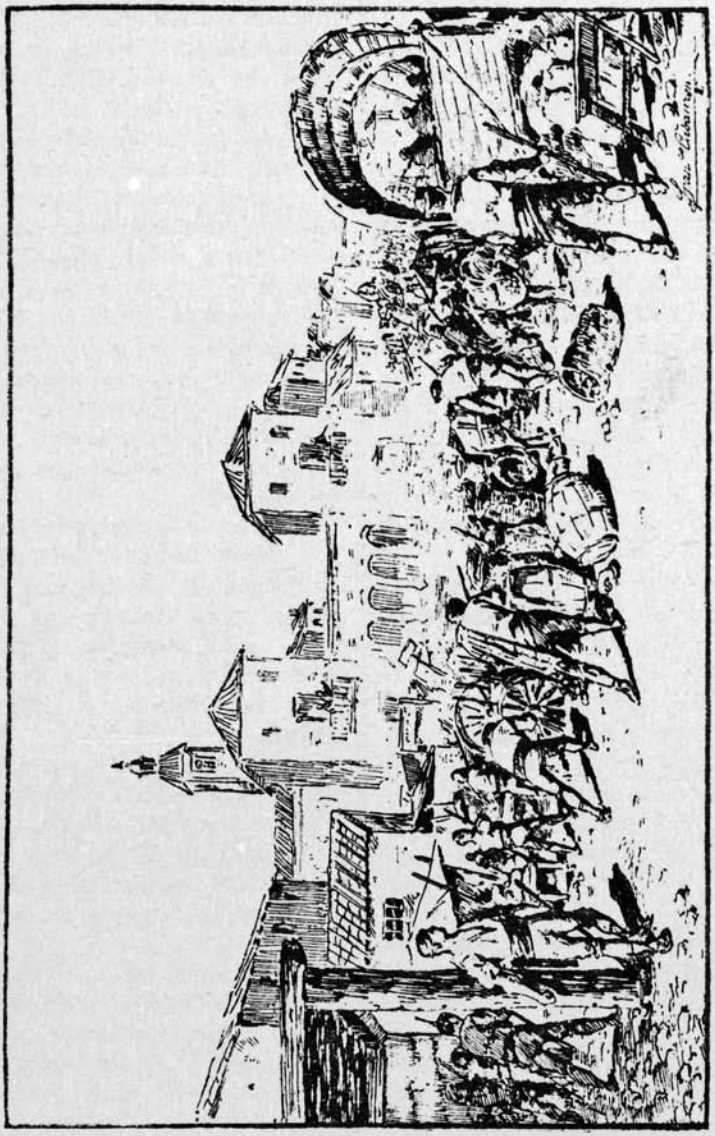
Mientras algunos guerrilleros abrían las puertas de la villa y daban entrada á sus demás compañeros y á los habitantes de los muchos caseríos, torres, huertas y cabañas diseminados por su dilatado territorio, y que armados de todas armas cayeron sobre los franceses con ímpetu avasallador, los que se hallaban dentro posesionados de los puntos citados comenzaron un nutrido fuego sobre los imperiales, cada vez más aturdidos y más espantados.

De la alta torre de la iglesia parroquial

© Biblioteca Nacional de España

partían certeros tiros que impedían reunirse á los franceses por aquella parte; la casa del ayuntamiento, situada en una gran plaza, era un baluarte firmísimo para los nuestros; el antiquísimo castillo, levantado en el centro de la población, que domina por completo, sobre la peña *Feliciana*, resultaba una posición inexpugnable.

El combate más terrible se libró, sin embargo, en el mercado.



COMBATE DE SARASA Y SUS GUERRILLEROS EN LA PLAZA DEL MERCADO

SOS (Aragón).

Al mercado acudieron los imperiales con gran golpe de gentes, pero los carros de trigo y centeno, los sacos de patatas y maíz, las cargas de hortalizas, los fuertes serones, los altos haces de leñas, eran otras tantas barricadas tras de los cuales los guerrilleros enviaban á los franceses el espanto y la muerte.

No peleaban con menos ardor los campesinos; hartos de sufrir las vejaciones y los

© Biblioteca Nacional de España

atropellos de los imperiales, y ansiosos de tomar la revancha, teniendo entre los guerrilleros parientes y amigos, el azadón, el hacha, la navaja, el palo, todo lo esgrimían con feroz empuje contra los imperiales.

Por su parte los vecinos de Sos, que por tanto tiempo eran víctimas de la tiranía y de los desórdenes de los bonapartistas, ayudaban á la obra común disparando desde las ventanas y balcones las balas de sus escopetas, los muebles de su casa y hasta las tejas de sus tejados.

Cuáles no serían los atropellos de los imperiales, que el mismo general Soult en una proclama dada á sus tropas en Monforte, en 6 de Junio de 1809, había dicho:

«Los excesos que los soldados cometen en los campos y los caminos, conducen á los españoles á vengarse, y no hay día en que no haya soldados asesinados...

Si continuáis así podéis aguardar ver perecer sucesivamente una infinidad de bravos, que confiando en su valor se esparcen por los campos ó se quedan atrás en las marchas...»

¿Cómo, pues, habían de resistir los imperiales á hombres que tantas ofensas tenían recibidas?

Guerrilleros y campesinos, hijos de la villa y labradores de los contornos, fundidos en un solo pensamiento, realizaban separadamente el ideal de todos, la destrucción de los enemigos de la patria.

No tardaron los imperiales en pronunciarse en revuelta fuga, y por las calles pendientes y estrechas fueron perseguidos por los paisanos y los guerrilleros esparciéndose por toda la vega, sin orden ni concierto, pensando cada cual en salvar su vida sin cuidarse para nada de la de su compañero.

Sarasa, que no tenía empeño en hacer prisioneros, puesto que no podía alimentarlos, ni recoger heridos, á los cuales no podía curar, satisfecho con el triunfo y con el gran número de muertos que los franceses habían dejado en las plazas y calles de la villa, mandó cesar la persecución.

Todo el rico botín que los franceses tenían acumulado en Sos cayó en las manos de Sarasa, contándose en él una gran cantidad de plata labrada, 1.500 cabezas de ganado lanar y 500 cahices de trigo, gran parte de lo cual fué devuelto por el valiente guerrillero á los campesinos, sus legítimos dueños, inicuamente despojados por los franceses.

Con tales hazañas, y con semejantes actos de justicia, los pueblos renacían y el nombre de Sarasa iba creciendo de tal modo que de todas las villas de Aragón, y aun de Navarra, se le reunían nuevos partidarios atraídos por su fama.

Y luégo ¿quién ignoraba en Aragón y Navarra que Sarasa había abandonado su hogar, y visto incendiar su casa, y perdido su hacienda, y contemplado á su querida esposa y á sus hijos adorados sin pan que llevarse á la boca, errantes y fugitivos, sin otro amparo que el de sus compatriotas y sin otra ayuda que la del cielo?

Tan noble conducta, tan sublime abnegación, tan grande patriotismo le habían conquistado todos los corazones.

Uno de los periódicos más importantes de la época, decía:

«Noticias de la guerra en Aragón.

D. Miguel Sarasa se halla en Biescas, villa situada en las márgenes derecha é izquierda del río Gállego, que la atraviesa y divide en dos parroquias, al pie de dos elevadas montañas, con 2.000 hombres, de ellos 1.000 armados, y dentro de poco se asegura que tendrá 3.000.

En esta villa una de sus avanzadas sorprendió otra francesa y dió fin de ella.

Sarasa, lleno de entusiasmo y de ardor, no piensa más que en gloriosas acciones y en concluir con cuantos franceses intenten penetrar en las montañas de los Pirineos aragoneses.»

Hé aquí ahora copia de una carta escrita por el infatigable guerrillero al general francés Suchet, enviándole un herido:

«Remito á V. E. ese herido en la imposibilidad de poderlo curar, por no tener punto fijo mi destino.

Con esto conocerá V. E. y todos los *gavachos* los sentimientos de humanidad que animan á los que llaman *brigantes*, nombre ilustre desde que V. E. y los demás *franchutes* los honran con este título que queda aplicado á V. E. y todos sus compañeros en rapiña é inhumanidad.

© Biblioteca Nacional de España

Los otros prisioneros los remito á Lérida, á donde envié los que hice en Sangüesa.

En cuanto á la muerte de los músicos, yo no tuve ninguna parte en ella, pues los encargué á un oficial, y éste se sinceró en el proceso que le formé, probando que se le habían sublevado visto lo corto de las escolta, y que por eso tuvo que matar algunos conduciendo ocho á Lérida.

Este proceder exige que V. E. trate á mis nobles soldados del mismo modo; pues de lo contrario tiemble V. E. y todos los *gavachos* que caigan en mis manos.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Biescas 6 de Noviembre de 1809.—*Miguel de Sarasa.*

P. D.—Celebro que V. E. haga publicar las paces del Norte. Haga V. E. publicar también las victorias de mis guerrilleros en Lasieso y Tiermas. Ya sé que busca V. E. la disculpa á esas derrotas en lo de la superioridad de mis fuerzas; es cierto, pero no por el número, puesto que eran más los *gavachos*, sino porque un guerrillero de Sarasa vale por cuatro franchutes.»

Los generales imperiales, siguiendo su reprobado sistema de perfidias y sobornos, y pensando que por haber hallado algunos malos españoles que se habían pasado á su campo, tan sólo para medrar, todos serían capaces de seguir tan infame conducta, se dirigieron á Sarasa, como lo habían hecho con Renovales, y con tantos otros, al objeto de atraerlos á su campo, otorgándoles cuanto pidiesen.

¡Ah, es que esta lucha con los guerrilleros los fatigaba, los diezmaba, trastornaba por completo sus planes y tenía en jaque todos sus ejércitos.

Los jefes no podían comunicarse, porque para custodiar cada correo habría sido precisa una columna.

Los soldados no se alimentaban, porque cada uno de los convoyes necesitaba una división que lo acompañase, si había de llegar al punto de su destino; no dormían porque toda vigilancia de noche era poca, y cuando de día pretendían entregarse al sueño, el servicio por un lado y los ataques de los guerrilleros por otro, los mantenían en perpétua vela. ¡Semejante vida llegó á serles imposible, y los soldados que no perecían en el combate, morían si quedaban rezagados en el camino, ó eran enviados á los hospitales con una enfermedad desconocida y cuyo sólo nombre era *cansancio!*

¡Qué les importaba á ellos las batallas con nuestros ejércitos, cuando llevaban la casi seguridad del triunfo!

Pero en estos combates parciales, en estas emboscadas, en estas sorpresas, en este verdadero ojeo en que los imperiales eran cazados como fieras, el soldado perdía el ánimo, su moral quedaba dañada, la disciplina se relajaba, todo destacamento sabía del punto en que partía, mas no confiaba en llegar al de su destino, y si marchaba en cumplimiento de su deber y por temor á la ordenanza, lo hacía intranquilo, desconfiado, dispuesto siempre á la huída.

El menor ruído, la más ligera alarma, el más pequeño incidente, bastaban para que abandonase la guarda de un convoy, la defensa de un correo, ó la custodia de un pueblo.

Intranquilo su espíritu, falto de alimento, y teniendo que batirse á toda hora y todo momento, el soldado francés temía al guerrillero, enemigo invisible, fantasma impalpable, sombra que se desvanecía, más, mucho más que á todos los ejércitos de Prusia y de Austria, de Rusia y de Suecia, que tantas veces había derrotado.

La ocasión de conquistar á Sarasa no podía ser mejor á juicio de los imperiales; su amante y digna esposa vagaba por los campos llevando de la mano á sus inocentes hijos, buscando un refugio en las casas de la montaña, en las chozas de los pastores, expuesta siempre á caer en sus manos.

Para mejor lograr sus villanos propósitos se valieron los generales de un pariente de Sarasa, de un español pasado á su campo, que residía en Jaca, de D. Juan Azcón, que no vaciló en escribir al ilustre patricio una carta llena de promesas, siempre que abrazase el partido de Napoleón y abandonase la santa causa de la Independencia.

Véase la respuesta que dió Sarasa, en la cual se pinta á maravilla su amor á la patria, sus nobles sentimientos y su grande valor:

«Mi pariente y Sr. D. Juan Azcón: Recibo

© Biblioteca Nacional de España

la de V. con los dos impresos. Soy español, y si la España no puede sacudir el yugo, justo será que yo quede envuelto en sus ruínas. Este es mi carácter; por esto he perdido mis intereses y comodidades; mi mujer y mis hijos andan errantes; pero enhorabuena, perezca todo.

¡Y es posible que esos papeles seductivos y embusteros le hayan de alucinar!

Esa paz es supuesta, porque tengo yo otros datos de la declaración del Norte; pero supongámosla verdadera, ¿y por ella había yo de abandonar la causa de la patria? ¿Por ella había yo de envilecerme? Muera un millón de veces antes que tal consienta.

Empuñé la espada para hacer frente á la opresión.

Conozco que puedo ser vencido, pero sé también que no moriré infamado.

Usted, y todos los franceses, saben que sé batirme con inferiores fuerzas, cosa que ni usted ni ellos me podrán negar, porque todas las acciones que contra ellos he sostenido de Mayo á Noviembre así lo acreditan.

Dígolo no porque me arredren las fanfarronadas de ese señor coronel ó general, á quien en el campo le contestaré como buen español; pero dígale V. de mi parte que puede dedicarse sólo contra mí, que soy hombre, y no contra mi mujer y mi familia; ¡acción vil y ajena de guerreros ilustrados! Y así V., como ellos, podrán no continuar contestaciones conmigo, pues aunque no temo, es el único medio de no hacerme sospechoso. Si admitiera sus consejos echaba el mayor borrón á mi familia, y está ya decidida mi suerte de ser un buen español; sepa el mundo que de una medianía pasó mi familia á la mayor indigencia por defender la patria. Si ésta vence espero me reintegrará de las pérdidas y me dará el destino á que tenga inclinación, protegiéndome en la ciudad de su seno. Si no vence, quiero morir por no verlo.

He leído la de V. á mis guerrilleros, los que resueltamente quieren sufrir mi suerte por la patria.

Mi familia y yo agradecemos la buena voluntad de V., pero estamos lejos de aceptarla. Y si V. pensara como yo, quedaría siempre amigo de su pariente Q. S. M. B. *Miguel Sarasa*, Comandante militar en las montañas del Norte de Aragón.—Boltaña 16 de Noviembre de 1809.»

* * *

D. Domingo Lobera era otro de los guerrilleros más valientes de Aragón.

Había acompañado á Sarasa desde su salida de Embún en todas sus empresas, distinguiéndose siempre por su genio y su osadía.

Sarasa, que tenía en él una ciega confianza, le dejó en Berdún con 300 hombres (Noviembre de 1809) cuando él se encaminó en socorro de Javier Mina.

Al saber Lobera que los franceses venían á buscarle, decidió esperarles, para honrar la memoria de su querido jefe, y tomó posiciones en el monte de Tiermas.

La villa de Tiermas se halla asentada sobre una colina al pie de los Pirineos y orilla derecha del río Aragón, al Norte de la gran sierra de Leire, muy poblada de robles y encinas, que divide Aragón de Navarra; al Sur, é izquierda del río Aragón, se encuentra la sierra de Urriés, y á un cuarto de legua, al pie del cerro Petriñán, aparecen sus antiguos y célebres baños termales.

Para llegar á la villa es preciso subir por cuestas penosísimas.

En tiempos antiguos estuvo amurallada por todas partes, y por el Sur lo está siempre por la naturaleza del terreno que la hace inaccesible.

Contaba con tres puertas y un castillo al Norte; y sobre el río Aragón, y á un cuarto de hora del pueblo, junto á los baños, se alzaba un puente de piedra de seis arcos, algunos de piedra y otros de madera.

En su radio comprende varias casas de campo, esparcidas en distintas direcciones, llamadas de *Eso* las que se hallan á la parte Norte, en la misma dirección de la sierra de Leire, al pie de la cual se levanta la ermita de San Justo y Pastor.

Apenas supo D. Miguel Sarasa que Lobera iba á ser atacado, se detuvo en las casas de *Eso*, y antes de proseguir su camino hacia Navarra, le envió algunos guerrilleros preguntándole si necesitaba refuerzos ó si quería que retrocediese y abandonara la empresa de socorrer á Javier Mina.

© Biblioteca Nacional de España

Lobera, con esa abnegación y ese heroísmo que parecía ser patrimonio de los guerrilleros, contestó:

—Sólo necesito municiones.

Entonces Sarasa le envió tres cargas de cartuchos y mil chispas de piedra.

Lobera colocó la mitad de su fuerza en el puente, y emboscó la restante en los grandes robles y encinas que pueblan el terreno.

Cargaron los franceses sobre el puente, juzgando que, al conquistarlo lo ganaban todo; pero á una voz de Lobera los guerrilleros emboscados rodearon á los imperiales, que emprendieron la huída, siendo perseguidos hasta las inmediaciones de Sangüesa.

El Beneficiado de Laguarres.—D. Francisco Vinós.—D. Santiago Manuel Pérez.—D. Pedro Villacampa.—El alcalde de Illueca —D. Domingo Sabirón.

Famosas se hicieron por aquel tiempo las hazañas del beneficiado de Laguarres.

Es Laguarres un lugar situado en un llano á corta distancia de la margen izquierda del río *Isabera*, al pie de una sierra llamada del *Castillo*, y pertenece á la provincia de Huesca y al partido de Benavarre.

Cuenta 60 casas, inclusa la del ayuntamiento, y 200 almas, y cruza por el pueblo el camino que va desde Barbastro á varios pueblos de la provincia.

Su iglesia parroquial, servida por un beneficiado, dos racioneros, un sacristán, un campanero y un monaguillo, está dedicada á la Virgen de la Asunción, y á su espalda tiene el cementerio en la parte Norte.

Cuenta con dos ermitas consagradas á Nuestra Señora del Llano y á San Sebastián, que distan del pueblo media legua escasa.

El terreno, salvo una parte en que se encuentran algunas huertas, es monte de secano y sierra.

Pero lo más notable es su antiguo castillo.

Entre las muchas pequeñas fortalezas, ó más bien torres y atalayas, de que los árabes llenaron en su larga dominación el país de Sobrarbe y el condado de Ribagorza, acaso ninguna era tan segura é inexpugnable como el luégo apellidado *castillo de Laguarres*.

Desde la parte oriental del pueblo de Luzas á la occidental de la villa de Graus corre una cordillera de montañas cuyas vertientes hacia el Norte caen al ya citado río *Isabera*, así como al arroyo *Sarrón*, que debajo del lugarcito de Cáncer desagua en el río *Esera*, al cual queda ya unido el *Isabera* en el puente de Graus llamado de *Abajo*.

Frente al propio Laguarres, en su término y en la punta culminante de dicha cordillera, abrieron el peñasco los moros, y en su interior formaron espaciosas cavidades á cuyas ventanas no se puede llegar sin una escalera de 60 palmos, desde las cuales daban vista á las atalayas de Jantoba, Panillo, Grustar, Graus y otras con las que se entendían por medio del humo y la llama como si fuera un telégrafo.

Un camino de herradura atraviesa la cordillera y sierra espaciosa de Laguarres, conduciendo desde este pueblo, por las inmediaciones de la masada de *Chuanferré* en que fina su término y como por medio cuarto de legua debajo del castillo, á la villa de Benavarre, cabeza del partido.

Las cercanías del castillo de Laguarres son de escasísima vegetación, y apenas si produce unos arbustos de unos cinco pies de altura llamados *tepas* en el país, muy resinosos y por lo tanto muy útiles para la lumbre.

Mas por bajo del castillo hay unas casitas de tierra en la parte que mira al pueblo, las cuales son muy productivas y muestran indicios vehementes de haberse descompuesto en ellas muchos cadáveres.

La masada del *Escaran*, perteneciente á Laguarres, tiene allí contiguo al castillo corrales espaciosos para ganados.

Del pueblo de Laguarres y de su iglesia de la Asunción, salió el célebre Beneficiado al frente de una guerrilla, de la que formaban parte varios mozos del lugar, el sacristán, el campanero y hasta el monaguillo de su parroquia, en la que sólo dejó otro cura para celebrar la misa y atender á las demás necesidades religiosas de sus feligreses.

Prolongaba sus correrías el beneficiado de Laguarres hasta los confines del término, es decir, hasta Torrelabad, Abellán, Castarlenas y Portaspana.

© Biblioteca Nacional de España

Pero el centro de sus operaciones eran la sierra y el castillo, donde se refugiaba después de sus atrevidas empresas y hasta el cual no se aventuraban á llegar los franceses.

El Beneficiado y sus guerrilleros se servían de escalas ingeniosamente dispuestas para ganar las ventanas de la fortaleza, que luégo hacían desaparecer.

Por fin, una vez llegaron los imperiales al pie del castillo, persiguiendo á los guerrilleros del intrépido Beneficiado.

Decididos á prenderle pusieron al castillo un sitio en regla, pero el intenso frío que hace en los montes pirenáicos, y las muchas bajas que los guerrilleros les causaban desde las ventanas, obligaron á los imperiales á levantar el cerco.

En otra ocasión un jefe de columna más atrevido, ó más imprevisor que los otros, se decidió á intentar el asalto; pero así como no es posible escalar el cielo, tampoco es posible asaltar el castillo de Laguarres.

El Beneficiado y sus guerrilleros esperaron tranquilamente el ataque, y bien pronto las grandes bajas sufridas por la columna, sin que de parte de los nuestros hubiese ni siquiera un herido, le hicieron comprender al osado oficial que era una locura pensar en la toma del castillo sin arriesgar la vida de algunos miles de soldados, y desistió de su temeraria empresa.

Pero los imperiales habían jurado apoderarse del valiente cura, muerto ó vivo, y le prepararon un lazo emboscándose una noche en la sierra á fin de sorprenderle y aprisionarle al regresar al castillo de una de sus acostumbradas correrías.

Súpolo el Beneficiado, y para evitarla y darles una lección tan merecida como terrible, llamó en su ayuda á los habitantes de Laguarres, Abellán, Castarlenas, Torrelabad y Portaspana, y una vez llegada la noche, cuadrillas de hombres, salidos de estos pueblos con el mayor silencio, cercaron á los franceses.

¿Qué intentaba el Beneficiado?

Pronto lo veremos.

Los campesinos, arrastrándose por la tierra, llegaron á corta distancia de los imperiales.

A una señal convenida, que era el canto del mirlo, admirablemente imitado por el Beneficiado, que era un gran cazador, los campesinos prendieron fuego á los bosques de *tepas*, que por la mucha resina que contienen comenzaron á arder prontamente y á encerrar á los imperiales en un círculo de fuego.

Al pronto los franceses no dieron importancia al fuego, ignorantes de la condición resinosa de las *tepas*, y aguardaron un ataque de parte de los nuestros, pero inútilmente.

Bien pronto las llamas fueron tan grandes y la cinta de fuego se extendió con tal rapidez, que los franceses, comprendiendo lo grave de su situación, se olvidaron de su idea de prender al Beneficiado para no ocuparse sino de su salvación, pues el fuego avanzaba con una prontitud aterradora.

Pero la salvación que pretendían no era tan fácil como los bonapartistas se la imaginaban, puesto que detrás del fuego estaban los trabucos de los guerrilleros, las escopetas de los aldeanos y las hachas de los montañeses.

El espectáculo era á la vez grandioso y aterrador.

Dentro del bosque, los imperiales corrían como locos lanzando gritos de rabia y alaridos de espanto.

Fuera los guerrilleros y los montañeses acechaban al que pretendía escapar y lo tendían muerto de un tiro ó de un tremendo golpe de hacha.

Al resplandor de las llamas, los franceses, con sus uniformes de brillantes colores, sus relucientes cascos y sus altas gorras de pelo, semejaban fantasmas corriendo de un lado para otro.

Las llamas seguían avanzando, las *tepas* prendían unas á otras, el incendio tomaba gigantescas proporciones, y alumbraba con su rojiza luz una vasta extensión de terreno, aumentando los contornos de las montañas y de los picos de la sierra.

Los guerrilleros y montañeses, fuera del círculo de fuego, con la manta al hombro, calzados los pies con la fuerte abarca, vestidos de paño de color oscuro, con la tez bronceada, más que hombres parecían gigantes.

© Biblioteca Nacional de España

A la voz de los jefes, los imperiales trataron de reunirse en el centro y buscar la salida por la izquierda, pero los nuestros acudieron allí y les obligaron de nuevo á retroceder.

Asfixiados por el humo, abrasados por el fuego, nadando en sudor á pesar del frío horroroso de una noche de Diciembre en aquellos parajes de altura imponderable, los franceses, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, y no queriendo morir en aquella inmensa hoguera, arrojaron las armas y se entregaron á discreción.

La victoria de nuestros guerrilleros había sido completa, y puede decirse que los triunfos de Sarasa en Sos y del Beneficiado en Laguarres, vengaron nuestras derrotas de San Juan de la Peña y del Roncal.

Desde aquella noche famosa los imperiales no se atrevieron á perseguir al Beneficiado, limitándose á combatirlo de día y á campo abierto.

Merced á esta victoria, Laguarres y su término se vieron libres de franceses, que por nada en el mundo hubiesen consentido en volver á pisar aquellos lugares.

El intrépido cura aprovechó el terror que su nombre inspiraba á los bonapartistas, y llegó á sorprenderlos en Benavarre, en Graus y Barbastro, sin que los imperiales osasen hacerle frente, antes bien abandonándole provisiones de boca y gran número de municiones de guerra.

* * *

Por el antiguo condado de Ribagorza, territorio de la provincia de Huesca, situado en la parte Oriental de la misma, que se extiende 15 leguas de Norte á Sur, y poco más de seis de Este á Oeste, compuesto de 350 pueblos, y que, con el heróico país de Sobrarbe, situado en el centro del Pirineo, forman la cuna de la nacionalidad aragonesa y el exterminio del vandalismo agareno, se hallaba D. Francisco Vinós al frente de una guerrilla compuesta de pocos, pero valientes partidarios, constantemente en lucha con los imperiales.

* * *

Posesionado de los montes de la Pedrera, de la Vega de Alcañiz y de los puertos de Beceite, y extendiendo sus correrías por la importante ciudad de Caspe y orillas del río Guadalope en su confluencia con el Ebro, el valiente guerrillero D. Santiago Manuel Pérez desafiaba constantemente á los franceses á luchas, en que siempre los nuestros llevaban la mejor parte.

Auxiliado por los pueblos todos, de los cuales eran hijos los mozos que formaban su guerrilla, en un instante convertía una tranquila villa en una plaza fuerte inexpugnable, y á un pacífico labrador en un temible guerrero.

Siempre en vela, siempre dispuesto, pasaba los ríos por vados increíbles, cruzaba los puertos de Beceite por senderos desconocidos, y no permitía á los franceses noche tranquila, ni día sin alarma.

Tenía un servicio de espías que era una obra perfecta, y él mismo no dudaba en penetrar en Alcañiz, en Caspe ó en Maella, de noche, y recorrer las calles con la guitarra al brazo y la manta al hombro, como un baturro que va de ronda.

Valiente, generoso, franco y noble, don Santiago Manuel Pérez era un guerrillero que hacía honor á los muchos y buenos que contaba Aragón.

El 8 de Agosto de 1809, sorprendió Pérez en Maella—villa antiquísima, situada en el centro de una llanura que se extiende por ambas laderas del río Matarraña cuyas corrientes pasan junto al pueblo—un destacamento de 117 franceses, entrado en la villa para continuar los robos y saqueos que ya había realizado en los pueblos inmediatos. La lucha fué corta, pero sangrienta, quedando por nosotros la victoria, muertos 92 bonapartistas y reconquistado todo el botín que llevaban.

Con fecha 20 del mismo Agosto, D. Santiago Manuel Pérez participó á la Junta Superior de Aragón que sus guerrilleros, en unión de algunos paisanos, habían derrotado una columna francesa de 600 hombres, que con dos piezas de artillería se encamiba á la ciudad de Caspe, de los cuales muy pocos pudieron volver á la villa de Alcañiz, donde estaba su cuartel general.

© Biblioteca Nacional de España

Se ve, pues, que en sólo dos acciones, y sin exagerar las cifras, D. Santiago Manuel Pérez causó á los imperiales una pérdida de 600 hombres, número que no en todas las batallas se puede contar.

El Sr. Pérez asistió más tarde con sus guerrilleros á las acciones del puerto de El Frasno y de La Almunia á las órdenes de Villacampa.

* * *

Según el parte remitido desde Calatayud á la Junta de Aragón, que desde el mes de



D. PEDRO VILLACAMPA

Mayo residía en Teruel, por el brigadier don Pedro Villacampa, enviado, como ya dijimos anteriormente, por el capitán general de Cataluña D. Joaquín Blake á petición de la Junta de Aragón para ponerse al frente de las fuerzas militares y de las guerrillas, en los primeros días de Setiembre de 1809 sostuvo este jefe, con sólo 600 hombres, soldados y guerrilleros, un reñido combate en el puerto de El Frasno, entre Aluenda y el lugar de El Frasno; y sin poder contar con más cartuchos que los pocos que los nuestros llevaban en las cananas, mantuvo por espacio de tres horas un nutrido fuego contra una columna fuerte de 2.000 infantes, 100 caballos y cuatro cañones, sin que el enemigo, al que causó grandes bajas, se atreviese á perseguirlo al tener que replegarse por la falta de municiones.

Poco después, habiendo recibido algunos cajones de cartuchos, volvió á ocupar sus antiguas posiciones y hacer frente á los imperiales; pero éstos, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, no osaron arriesgar una batalla contra hombres que volvían al combate dispuestos á matar ó morir, y se pronunciaron en vergonzosa fuga hacia La Almunia, perseguidos por Villacampa y sus

© Biblioteca Nacional de España

partidarios que les hicieron multitud de prisioneros.

***

Digamos algo del alcalde de Illueca.

Es Illueca una villa de la provincia de Zaragoza, situada á 13 leguas de la capital y cuatro de Calatayud, y que cuenta con 240 vecinos.

Patria del anti-papa Benito XIII (D. Pedro de Luna) y del copero mayor del rey D. Enrique II, D. Alvaro de Luna, padre del famoso Condestable, consérvase en la villa el palacio en que estuvieron los restos del antipapa que trajo desde Peñíscola, donde murió, su sobrino D. Juan de Luna, en el año de 1430.

El terreno de esta villa se encuentra fertilizado por las aguas del río Aranda.

D. Fidel Mallén, alcalde de Illueca, era uno de los patriotas más exaltados de aquella época de heróicas acciones y grandes entusiasmos.

«Noble es y propio del carácter aragonés —decía la Junta Suprema—el ejemplo que ofrece la intrépida conducta de D. Fidel Mallén, alcalde de Illueca; pues mientras se reunían los enemigos de la patria en Daroca y Calatayud para atacar nuestras tropas, el Sr. Mallén, con una porción de paisanos armados, acometió la guardia francesa que había en la ciudad de Calatayud, y la puso en completa fuga, haciéndola algunos muertos, cogiéndola varios prisioneros, entre ellos un oficial, tomándola una porción de ganado lanar y vacuno y de dinero, adquirido en el saqueo y desolación de los pueblos infelices.» (Octubre de 1809).

***

Por el camino de Zaragoza á Daroca, y por el campo de Cariñena, se contaba otra numerosa guerrilla capitaneada por el conocido patriota D. Domingo Sabirón.

Con el valiente Sabirón y sus guerrilleros no había correo francés seguro, ni convoy tranquilo, ni destacamento libre.

El 13 de Noviembre de 1809 se apoderó de 400 cabras que llevaba á Cariñena una partida bonapartista.

El 26 detuvo en la carretera de Zaragoza un correo con pliegos importantes, acuchillando á la escolta.

Y diariamente llevaba á cabo acciones parecidas, levantando el espíritu de los pueblos é imponiéndose por el terror á los imperiales.

Romeu y Peñaranda.—Una carta inesperada.

En los primeros días del mes de Enero de 1809, regresó á Valencia D. José Romeu con su inseparable compañero D. Luis Peñaranda; pero las fatigas del viaje abrieron su herida mal cicatrizada, y Romeu pasó dos meses en el lecho, entre la vida y la muerte, salvándole de un fin tristísimo la mucha ciencia del doctor Peñaranda, los cuidados de su amante esposa y las caricias de sus hijos.

Apenas restablecido, y por consejo de don Luis, se trasladó á Murviedro, su país natal, cuyos aires consideraba necesarios Peñaranda para su total restablecimiento.

Algún tiempo después comenzaron á organizarse en todo el antiguo reino de Valencia unas guerrillas formadas por hijos de los respectivos pueblos, de antecedentes patrióticos y de conocida honradez, con el doble objeto de perseguir malhechores y defender á España; estas guerrillas debían ser armadas y mantenidas por los habitantes de los pueblos en que se creaban, excepto los jornaleros, á quienes se señalaban cinco reales diarios desde el día en que abandonaban su hogar hasta el de su regreso.

Nombrado Romeu capitán de una de aquellas guerrillas, aceptó gustosísimo el cargo, por más que anteriormente hubiese desempeñado el de comandante de la columna de hijos de Murviedro que acudió en defensa de Valencia el año anterior, cuando el ataque de Moncey.

D. Luis Peñaranda continuó en Valencia al lado de su hermano del corazón, el padre Rico, al que había confiado la triste historia de sus amores.

Ambos habían sostenido en la Junta, á la que pertenecían, la conveniencia de enviar un fuerte contingente al ejército de Aragón y Valencia mandado organizar por la Supre-

© Biblioteca Nacional de España

ma bajo el mando de Blake, pero las disidencias que trabajaban á la Junta y la oposición de Caro á todo acto justo y á toda empresa conveniente, malograron los buenos deseos del padre Rico y de Peñaranda, y las fuerzas enviadas por Valencia al dicho ejército, creado para librar esta provincia de enemigos, al mismo tiempo que libertar de franceses Aragón, se redujeron á los dos batallones que llegaron en Mayo regidos por D. Pedro Roca, y que tomaron parte en las acciones de Alcañiz, María y Belchite.

La patria y el amor, las dos afecciones purísimas que llenaban el pecho de D. Luis Peñaranda, sufrían terribles golpes.

Habían trascurrido muchos meses, y su amor por la condesita y sus esperanzas de unirse con ella, en lugar de avanzar habían retrocedido y casi podían darse por perdidas.

En cuanto á la patria, las derrotas sufridas por nuestros ejércitos en Cataluña, en Castilla y en Aragón, y la retirada de Wellington habían ahondado aún más la horrible herida por la cual España iba perdiendo la vida. Sí, la patria estaba al borde del abismo, y Peñaranda, tan amante de ella, nada podía hacer para salvarla. ¡Ah! si con su sangre hubiese podido darla la libertad y con la libertad las reformas con que soñaba, con cuánto gozo habría derramado por ella hasta la última gota!

Y respecto á su amor, podía decirse que era un amor sin esperanzas, pues sólo de tarde en tarde, á lo que contribuía en gran parte la inseguridad de los caminos por efecto de la guerra, recibía cartas de la condesita.

Cierto que en ellas se mostraba Isabel cada vez más amante, pero también más abatida; más tierna, sí, pero con menos confianza de unirse á él, como no fuera provocando un rompimiento con su tía, la noble anciana, madre de su primo Jorge, que la había servido de amparo, rompimiento para el cual no se juzgaba con valor.

—¡Triste destino el mío!—se decía el joven médico,—¡valiera más no haberla conocido!

—Yo—proseguía en sus deliquios amorosos,—que había soñado llenar mi frente de laureles para ofrecerlos á sus plantas; yo, que había fundido en un sólo sentimiento mi pasión por ella y mi amor por la patria; yo, que había llegado á pensar que de los ojos de mi amada Isabel iba á brotar la chispa salvadora, que poniendo fuego á las viejas tiranías alumbrase el camino de reformas y de progresos que España debía recorrer!... ¡Loco, mil veces loco!

Y sin embargo—proseguía,—su tío, el marqués, en las dos cartas que me ha escrito, se ha mostrado satisfecho y alegre, y hasta en la última parecía indicar que el triunfo de nuestros amores y la realización de nuestras esperanzas se hallaba próximo, brindándose á ser el padrino de la boda de Isabel conmigo.

Ilusión, pura ilusión de mi acalorada mente.

Momentos hubo en que D. Luis, recordando el carácter frívolo y excéptico del marqués, llegó á temer si el noble anciano se burlaba de él.

Mas, ¿á qué vendría semejante burla tratándose de su sobrina Isabel, á la que amaba como á una hija, y de él, á quien decía deber la vida?

Pero si el marqués no le engañaba, ¿en qué fundaba sus esperanzas y apoyaba sus creencias? Escasa ó nula debía ser la base en que las hacía descansar cuando no había respondido á estas preguntas hechas por él en las cartas que le había dirigido respondiendo á las suyas.

Consultado por D. Luis el padre Rico, el buen fraile mostró á su vez iguales recelos que Peñaranda, las mismas dudas, la propia incertidumbre.

El joven médico, tras un largo silencio de la condesita y del marqués, llegó á pensar que su amada Isabel se había unido con su primo Jorge, y se abandonó á la más profunda tristeza.

El padre Rico, que lo observaba atentamente, procuraba distraerle por todos los medios, sin conseguir su objeto, porque el amor de D. Luis por Isabel era uno de esos amores que no tienen término medio, que dan la vida ó producen la muerte.

Su amor por la condesita, su pasión por España y su empeño por las reformas políticas y sociales, no le impedían sin embargo ocuparse del asilo de niños que á costa

© Biblioteca Nacional de España

de mil privaciones y trabajos había logrado establecer en Valencia.

Sólo la charla infantil de aquellas desgraciadas criaturas, sólo los cuidados que las prodigaba y que ellas le devolvían en caricias y besos lograba distraer á Peñaranda. Conociéndolo así el padre Rico le obligaba á no pensar tanto en la condesa y en la patria y ocuparse más de aquellos pobres niños, repitiéndole aquel hermoso pensamiento de San Clemente de Alejandría de que la infancia es respecto de la vida lo que la primavera respecto al año, convencido de que las sonrisas de los niños y sus infantiles juegos volverían la calma á su espíritu y la tranquilidad á su pecho, añadiendo:

—No abandones á estas criaturas, y ya que te deben el pan del cuerpo que te deban también el pan del espíritu. El niño es una tierra virgen que há menester para dar buenos frutos de un grano escogido y de un labrador inteligente. Selo tú, ya que te has dedicado á tan noble tarea, y al sanar su cuerpo ilustra su mente, forma su carácter y engrandece su corazón.

Así procuraba hacerlo D. Luis, y por aquellos niños pasaba largas noches en vela estudiando los males que los aquejaban, ansioso de aplicarles una pronta y eficaz medicina, y observando á la par su carácter para corregir sus defectos con un cariño y una bondad digno de las mayores alabanzas.

Pero en medio de estas ocupaciones, y quizás por el carácter de ellas mismas, la imagen de Isabel se presentaba más de contínuo á sus ojos, y creía verla á su lado prestando sus cariñosos cuidados y sus dulces atenciones y sus tiernos desvelos á aquellas infelices criaturas privadas del amor de su madre, que unas por criminales y otras por desgracias, los habían arrojado al lodo de la calle sin dejarlas gozar por un instante del dulce calor de su pecho... y entonces el dolor del joven médico aumentaba en lugar de disminuir.

Un día recibió Peñaranda una carta, y con ella dos periódicos. La carta era del marqués; los periódicos eran la *Gaceta de Madrid*, órgano del rey intruso, de 27 de Octubre de 1809, y la *Gaceta del Gobierno*, órgano de la Junta Suprema de España.

Hé aquí el contexto de la carta:

«Mi querido señor D. Luis. Victoria en toda la línea. Un triunfo como el alcanzado en Bailén por Castaños, que alejado del lugar de la batalla ganó sin embargo la acción, merced á las disposiciones tomadas anteriormente y á la estupidez de Dupont.

Lea V. esos dos periódicos, y por ellos se explicará lo acontecido.

Mi sobrino Jorge, al que siempre tuve por un fátuo, un vanidoso, incapaz de sacramentos, acaba de cometer la última tontería, la misma que cometió Dupont saliendo de Andújar para caer en Bailén y dar la victoria á Reding y Coupigni, ó como si dijéramos á Isabelita y á mí, y causando la desgracia de su madre, que en este caso representa al pobre general Vedel, que quedó prisionero sin combatir.

En esa *Gaceta*, llena de nombres españoles pasados al intruso, hallará V. el de Jorge, nombrado edecán de José con el empleo de coronel.

El muy necio se presentó en casa con su nuevo uniforme lleno de bordados, diciendo que había llegado el momento de señalar el día de su boda con Isabel, porque el rey José ó *Pepe Botella* se *dignaba* ser el padrino. ¡Cuánto honor!

La pobre Isabel quedó aterrada, pero bien pronto se repuso, y con acento firme y sereno, sin arrogancia, pero sin debilidad, exclamó dirigiéndose á su tía:

—«Señora, y casi podría decir madre del alma, pues tantos años hace que perdí á la mía y que V. la ha reemplazado, esa boda, proyectada por V., y en que yo había consentido, es imposible.

La conducta de mi primo Jorge en el memorable 2 de Mayo, su actitud de protesta contra los heróicos defensores de España en aquel tremendo día, sus censuras á Daoiz y Velarde y á cuantos con ellos salieron á defender la honra de España exponiendo sus preciosas vidas, y la indiferencia verdaderamente criminal con que oía los ayes de las víctimas y los gritos de victoria de nuestros invasores, todo esto, tan ajeno de mi carácter valeroso y de mi amor patrio, me hizo ya comprender lo difícil, por no decir imposible, de esta unión, pues si Jorge no se ha-

© Biblioteca Nacional de España

bía declarado francamente enemigo de España, tampoco aparecía como su amigo y defensor, y según las hermosas palabras del divino Jesús *el que no está conmigo está contra mí.*

Y como si esto no fuera aún bastante, en mi pecho brotó por vez primera la llama del amor, inspirado por el heroismo de un verdadero español.

Sin embargo, por los muchos cuidados de usted para conmigo, por la tierna solicitud que la he debido desde el triste día en que perdí á mi santa madre, comencé á luchar con este amor que llenaba mi alma y hasta llegué á pensar en ahogarle, aunque para ello hubiese de estrujar mi corazón, y lo que era aún más grave, sacrificar conmigo al hombre más digno, más honrado y más noble que existe en la tierra; á un ser extraordinario que une al talento el valor, y á sus sentimientos patrióticos unas ideas de regeneración y de grandeza para su patria, que yo admiro casi sin comprenderlas; á un espíritu superior, en fin, que, cruelmente tratado por la suerte, ha sabido conquistar una posición honrosa y se ha hecho un lugar preferente entre los talentos principales de su patria.

No tome V. por exageraciones de la pasión lo que la digo, madre del alma, pues mi amado tío, que está presente, y mi querido tutor, el noble D. Juan Antonio Miranda, podrán testificar á V. cuanto digo.

A este hombre, pues, iba á sacrificar, sabiendo que mi matrimonio causaría con la ruína de sus esperanzas, su desesperación primero y su muerte después, y este sacrificio, que era en realidad un doble crímen, pues yo no habría podido sobrevivirle, sólo por V., señora y madre mía, pensaba yo en realizarlo.

Pero hoy la situación ha cambiado; Jorge se ha declarado por Napoleón, y yo jamás podría casarme con un afrancesado, con un mal español, que unido á nuestros mortales enemigos hace armas contra su patria infeliz, con un hijo despiadado que pone su atrevida mano sobre el rostro de su desgraciada madre.

No se trata ya de mi amor por D. Luis Peñaranda, se trata de algo más grande, se trata del honor y de la patria, por la que tantos valientes están en el campo del honor derramando su sangre.

Lo que hoy acaba de hacer Jorge ha colmado la medida.

Nuestro matrimonio es imposible. Antes de verme señalada con el dedo por los buenos hijos de España, á mí, tan amante de esta patria tanto más querida cuanto más desgraciada, de esta patria por cuya libertad tanto han combatido y combaten D. Luis Peñaranda, D. Juan Antonio Miranda y todos sus amigos; antes de que mis hijos tuvieran que avergonzarse de su padre, antes de abandonar á España en la triste situación en que se encuentra, preferiría mil veces la muerte, porque tras de la muerte hay un cielo, pero tras la deslealtad y el crimen sólo puede haber el infierno.»

Quiso replicar Jorge diciendo que todo eso eran palabrotas y sensiblerías, que España estaba perdida y que todos reconocían por rey á José, pero yo, sacando del bolsillo la *Gaceta del Gobierno* legítimo, que le envío, y en la cual se publicaba su nombre y el de otros malos españoles que habían recibido gracias y honores por su venta al intruso, le dije:

—Toma y lee.

Y con efecto, tras de la lista, fielmente copiada de la *Gaceta* de José, leyó lo que sigue:

«Algunos de los sugetos mencionados son bien conocidos, ó por los favores y distinciones que habían merecido al Gobierno legítimo durante la gloriosa revolución en que nos hallamos, ó por la indulgencia excesiva con que se les trató cuando dieron en el año anterior algunas muestras de sus detestables principios, ó por haberse querido honrar, cuando les convino, con el hermoso título de *patriotas españoles.*

Estos hijos bastardos de España, desoyendo la voz de la libertad y del honor, y contradiciendo el voto unánime de doce millones de hombres, fundan ahora, sobre la ruína y la esclavitud de la patria, criminales esperanzas de fortuna y adelantamiento personal.

Mientras tanto, otros españoles verdaderos seguían el gran propósito del pueblo

© Biblioteca Nacional de España

español, se arrojaron serenos en el torrente de la revolución más justa que han celebrado los siglos, y comprometieron todos sus intereses y aun su existencia misma, para morir antes que hacer paces ó convención alguna con la iniquidad; estos hombres perversos cifran su conservación sobre nuestro exterminio y su engrandecimiento sobre los triunfos del tirano.

El Gobierno Supremo manda publicar en la *Gaceta Nacional* sus nombres, para que, presentados al odio y á la execración de los buenos, sepa el pueblo español quiénes son las personas que se han decretado á sí propias la proscripción. Aparecen en ella á la faz del mundo esos traidores que sellaron voluntariamente sus frentes con la indeleble marca de la infamia, y con ella se buscarán algún día para darles, en cambio de los grandes empleos y condecoraciones que reciben de nuestros bárbaros enemigos, el ejemplar castigo que les impondrá la patria, pues desde hoy dejaron de ser hijos suyos los que tan inhumanamente se afanan por cargarla con las insoportables cadenas de la opresión y la tiranía del extranjero.

También resuelve el Gobierno Supremo que se secuestren cuantos intereses, derechos y acciones se acredite pertenecerles, ya que ellos y sus amigos los franceses insultan descaradamente la majestad nacional, se gozan en la miseria y trabajos de los patriotas, confiscan sus bienes y los venden en pública subasta.»

Mi pobre hermana ha quedado tan aturdida con este inesperado golpe, que es muy de temer que la cueste la vida; pero reconociendo las justísimas razones en que Isabel apoya su negativa, la ha relevado de su palabra, y ya es libre... digo mal, no es libre porque es esclava del amor de V.

En cuanto al necio de mi sobrino, ha soltado alguna de esas fanfarronadas aprendidas de sus grandes amigotes los franceses, y á las que yo habría puesto correctivo hace algunos años con la punta de la espada, en lugar de hacerlo como hoy con la autoridad que me dan mis canas y mis años.

La conducta de Jorge no me ha sorprendido; hace tiempo que le veía muy inclinado á los franceses, y en esa inclinación, que yo esperaba hiciera pública, fundaba las esperanzas de que me hacía eco en las cartas que á V. escribía, pero de las cuales nada quería decirle por si resultaban fallidas.

No quiero terminar sin enviarle algunas noticias referentes á nuestros amigos, cumpliendo así el cariñoso encargo que me tiene hecho.

D. Juan Antonio Miranda, Pepita y doña Teresa, salen para Sevilla, donde el ilustre Jovellanos llama al Sr. Miranda, al objeto de emplear sus grandes talentos en servicio de la patria en la secretaría de la Junta Suprema. Pepita está loca de contento porque así se hallará más cerca de su futuro, el joven D. Miguel de Pas, que sigue trabajando con el mayor empeño en Vera-Cruz y Méjico en favor de España. Doña Teresa se muestra también muy satisfecha por las cartas que recibe de Juan Martín, el *Empecinado*, anunciándole sus victorias contra los franceses, á los que ella sabe V. cuánto y con cuánta razón detesta; y conste, que aquel rudo campesino que nosotros vimos en Mayo de 1808, es hoy un esperto capitán, terror de los franceses.

No ha sido doña Teresa la que menos ha influído en el ánimo de mi sobrina para la resolución de que anteriormente le hablo, pues en varias ocasiones, y ocupándose de la conducta equívoca de Jorge, la dijo que antes la quisiera ver muerta que casada con un afrancesado.

Siento mucho la partida de estos queridos amigos, sin los cuales la vida se me va á hacer insoportable.

D. Valero Borja, salvado milagrosamente de los dos sitios de la inmortal Zaragoza, se halla en los valles del Roncal con sus valerosos amigos D. Mariano Renovales y D. Miguel Sarasa.

En cuanto al buen abad, es uno de los heróicos sacerdotes que han realizado el formidable levantamiento de Galicia.

Circula un rumor entre los amigos de nuestra tertulia que ojalá no se confirme; me refiero á la muerte de D. Fermín Echarri, asesinado villanamente por los franceses al regresar de París, á donde había ido en busca de su hijo, el cual, no desmintiendo su generosa sangre, se había escapado

© Biblioteca Nacional de España

del colegio al saber los sucesos de España, y, atravesando el Pirineo, se había unido á una de las guerrillas de Navarra ó Aragón.

No le aconsejo á V. que venga á Madrid, donde podría ser víctima de alguna venganza.

Cuando yo crea llegado el momento, iré á Valencia con mi sobrina.

Deseo volver á ver esa ciudad, en la que estuve siendo muy joven con mi regimiento cuando era militar.

Quiero presenciar la unión de los dos seres que más amo en el mundo; y conste, que si yo tuviera veinte años menos, aún disputaría á V. la novia con las armas en la mano.

Algo he de decirle de Madrid que le producirá hondo disgusto. No es sólo mi sobrino, no, son muchos los que se han hecho *afrancesados*, como lo prueba esa interminable lista de españoles á los que José concede gracias, títulos y empleos, y que publica la *Gaceta* del intruso en su número del 27 de Octubre. De seguro que á V., como al amigo Romeu, tan puritanos, tan nobles, tan valientes, les parecerá increíble. También á D. Juan Antonio Miranda, á su hermana doña Teresa á Isabelita y á mí nos lo parece, pero nada más cierto. ¡Qué diría nuestro querido amigo D. Valero Borja si lo presenciara, él tan intransigente y tan buen patriota! En fin, yo que por mis años, mi posición y mi carácter, era, como V. recordará, algo indiferente, al contemplar tantas miserias, tantas apostasías, tantas bajezas, y... ¡por qué no decirlo de una vez! tantos crímenes como españoles vendidos á José realizan contra sus mismos compatriotas, quizás para que su traición obtenga mayor recompensa, he sentido vibrar en mí algo que permanecía oculto, y soy un patriota de los más exaltados. Dice mi sobrina que ya lo era antes, sin que yo me diera cuenta de ello, y para mejor convencerme me cita la acción que llevé á cabo en la mañana del 2 de Mayo, de aquel memorable día en que debí á V. la existencia; puede que tenga razón y sea yo el equivocado. El pueblo, digámoslo en honra suya, el pueblo es el único que no transige con los invasores, y permanece retraído, se muestra huraño, fosco, y raro es el día en que los franceses no pierden algunos soldados, muertos en sangrientos choques ó en riñas terribles.

Adios, mi querido señor D. Luis, y cuente con el firme y leal cariño de su viejo amigo —*El marqués de la Castellana.*»

Como la planta vuelve á la vida al influjo del rocío bienhechor de la aurora, así don Luis pareció renacer á nueva existencia con esta carta que llevó á sus labios con una mezcla de cariño y de respeto.

A la patria, al santo amor de la patria debía su triunfo.

El recuerdo de su querida Isabel llenaba por completo la mente del joven médico.

Al conocer á la condesita, la había admirado por hermosa, cuando su transformación patriótica la había amado por buena, y hoy la adoraba por su grandeza.

¡Con qué placer volvería á verla y la estrecharía en sus brazos y la consagraría todos sus pensamientos!

¡Con qué gozo combatiría por la patria, esa madre cariñosa, que lo era todo para él, puesto que no había conocido otra y á la cual debía, por misterio incomprensible, el triunfo de su amor por Isabel.

Napoleón, sus generales, sus ejércitos, la Francia entera, le parecían poco para combatirlos y vencerlos.

Unido á Isabel se juzgaba invencible. Dispuesto primero á luchar por la independencia patria, aspiraba después á combatir por su mejoramiento político y social, sostenido por Isabel, espléndido faro á cuya brillante luz salvaría los peligros de la guerra y los abismos de la política.

Con razón dijo el célebre poeta latino que el amor de la mujer conduce á la virtud y al heroísmo.

Segundo sitio de Gerona.—D. Mariano Alvarez de Castro.—Honores á Gerona.

Hállase Gerona construída en forma de anfiteatro y ocupa la falda de una colina, ciñéndola, desde el Septentrión hasta el Mediodía, varios cerros y montañas, y la atraviesa y divide el río *Oña* en dos partes, la ciudad, propiamente dicha, y el arrabal de-

© Biblioteca Nacional de España

nominado *Mercadal*, los cuales se comunican por dos puentes, uno de piedra y otro de madera.

El río *Ter*, cuyas cristalinas aguas corren rápidamente de Mediodía á Norte, pasando por los muros de Gerona, se une al *Oña* á corta distancia de la ciudad, y los dos, aumentados con las aguas del *Güell* y del *Galligans*, exponen á Gerona á frecuentes inundaciones.

La parte alta de la ciudad está amurallada, y consta de siete puertas, las de *Arenys*, *Carmen*, *Socorro*, *San Cristóbal*, *San Pedro*, *Santa María de Francia* y *Barca*.

Entre los edificios más notables de esta ciudad, figuraban en aquel tiempo la catedral, considerada por la solidez de su arquitectura y riqueza de los detalles como uno de los templos más bellos del antiguo Principado catalán, el palacio del obispo y algunas iglesias y conventos.

Su clima es bonancible, y el suelo, cubierto de pueblos, caseríos de labranza y huertas, produce, especialmente en las montañas y zona del Mediodía, todos los frutos comunes á los países meridionales, merced á la bondad del suelo, á las aguas de los ríos mencionados y á la actividad incansable de sus habitantes.

Gerona fué antiguamente muy rica y comerciante; tuvo un Banco público, un barrio dedicado á sus mercaderes, y hasta disfrutó del raro privilegio concedido á muy pocas ciudades de acuñar moneda.

Rodea á Gerona un muro de antigua fábrica, con dos baluartes á la entrada y salida del río *Oña*, que son *Santa María* y *la Merced;* una especie de baluarte llamado *Sarracina;* la bastidera de *San Narciso*, y tres torres nombradas *Gironella*—situada en una especie de llano, en las descendencias Norte del fuerte del *Condestable*,—*Santa Lucía*—en la punta más avanzada del recinto hacia *Monjuich*,—*Santo Domingo*—más al Sur de la *Gironella*,—y por último, la del *Carmen*.

Cuenta con tres cuarteles de infantería conocidos por los nombres de *Estudios, Alemanes* y *San Pedro*.

El barrio llamado *Mercadal*, situado al Oeste de la ciudad, dividido solamente por el *Oña*, tiene la figura de un medio óvalo, se encuentra sobre un llano, es de bastante extensión, y su recinto hallábase fortificado por algunos malos torreones, dándole entrada por el lado Norte la puerta de *Figuerola*, y por el opuesto la llamada *Den Vila*.

De las obras exteriores de defensa citaremos el *reducto de Bournonville*, situado en un llano, y que consiste en un rebellín sin flancos, colocado entre los ríos *Ter* y *Oña*, á unas 170 varas del recinto de la ciudad, por la parte que mira al río.

El *castillo de Monjuich*, levantado en la montaña que está más al Norte de la plaza, y en el relleno de su cúspide, y consistente en un cuadro de 190 á 200 varas de lado exterior, con los cuatro frentes fortificados con regulares baluartes.

Al Este de la ciudad se levanta el *fuerte del Condestable*, que se comunica por el Norte con el de la *Reina Ana*, y por el Sur con la plaza, y del cual dependen los pequeños, titulados del *Calvario* y del *Cabildo*. El de la *Reina Ana*, en la misma montaña entre aquél y el de *Capuchinos*, sirviendo de punto intermedio para la comunicación y la defensa. Y el de *Capuchinos*, el más avanzado hacia el Principado, de forma casi cuadrilonga, en posición más baja que los anteriores, y ocupando la extremidad Sur de la cima, comunicándose con el de la *Reina Ana* por un puente ceñido con un levadizo.

Aunque por la enumeración de estos fuertes podría creerse otra cosa, es lo cierto que Gerona nunca fué considerada como una plaza fuerte, por la indiferencia con que se la miraba desde la construcción del castillo de Figueras, porque, como recordará el lector, Duhesme, al penetrar en Cataluña, no quiso ocuparla juzgándola *indefendible*, y porque el general Marescot, enviado por Napoleón á reconocerla, así como otras varias de la Península, le informó en sus partes que era *malísima* y que sus fuertes *nada valían*. Demás de esto, los tres barrios con que cuenta perjudican mucho á la defensa, por hallarse dos al pie de la colina en que están los fuertes del *Condestable* y *Capuchinos* y el de *Pedret* en el camino de Francia.

Merced á los dos ataques sufridos anteriormente se repararon algo los viejos mu-

© Biblioteca Nacional de España

ros, y los coroneles de artillería Mata y Minals procuraron, en lo posible, mejorar su defensa. El entusiasmo suplió la falta de medios. Ricos y pobres, soldados y clérigos, mujeres y niños, todos trabajaron con el mayor empeño, con el más férvido entusiasmo.

La guarnición se componía de 5.673 hombres de todas armas, y la población civil de 14.000 almas.

GERONA.—PLANO DEL SITIO EN 1809



A Torre de San Daniel.
B Torre de San Luis.
C Torre de San Juan.
D Puerta de Francia.
E Monteverde.
F Casa Requet.
G Barrio de Mercadal.
H Santa Clara.
I Torre Galligans.
J Puerta de San Pedro.
L Fuerte de Capuchinos.
M Baluarte de San Francisco.
N La Merced.
M Fuerte de la Reina Ana.
F Torre y puerta del Carmen.
P La Mónica.
Q La Pólvora.
R El Capitol.
S Fuerte del Condestable.
T Gironella.
U San Pons.
X Torre Gironella.
Z Pequeño fuerte del Calvario.

Mandaba la plaza D. Mariano Alvarez de Castro, nacido en la hermosa ciudad de Granada en el año 1749, y descendiente de una ilustre familia de Castilla la Vieja, avecindada en el Burgo de Osma.

Aunque de complexión débil y enfermiza, ingresó en clase de cadete en 1768 en las reales guardias de Infantería Española; y hallándose de alumno en la Academia de Barcelona, donde hizo notables adelantos en el estudio de las matemáticas, ya solicitó ir á la guerra de Argel sin poder conseguirlo.

Ascendido á alférez en 1778, tomó parte en la desgraciada empresa de recobrar á Gibraltar; hallábase en el campo de San Roque en los trabajos del sitio, cuando recibió la triste noticia de haber muerto su adorada

© Biblioteca Nacional de España

madre, y aunque por tan justa causa le mandaron sus jefes retirarse, él se negó sufriendo impasible aquel *diluvio de hierro*.

Tomó parte en la guerra con Portugal hasta la paz de Villaviciosa en que fué nombrado gobernador político y militar de la villa de Alegrete.

Teniente en 1783, capitán y profesor de la Academia que fundó en Madrid su coronel el duque de Osuna, en 1793 tomó una parte importantísima en la campaña contra Francia.

En las diferentes acciones en que se halló dió notorias pruebas de una intrepidez y de una serenidad nada comunes; en la toma de Rivensaltes se apoderó de un cañón de los enemigos; en el ataque de Bulon, con una sola compañía, rechazó á la bayoneta una columna de 600 hombres, y en el sitio y rendición de Colliure estuvo cerca de tres meses bajo tiro de cañón, recibió una grave herida y arrebató otra pieza de artillería á los franceses.

Coronel en 1794 y brigadier en 1795, era D. Mariano Alvarez gobernador del castillo de Monjuich de Barcelona en el memorable año de 1808, fortaleza que sólo entregó á los imperiales cuando recibió una segunda é imperiosa orden de su jefe el general conde de Ezpeleta.

Aseguran los historiadores que Alvarez entregó Monjuich á los franceses llorando como un niño, llorando por la primera vez de su vida, porque su noble alma y su amor á la patria se rebelaban contra su cumplimiento; y desde aquel instante sólo pensó en sacrificarse por España, á la que juzgaba, y con razón, en poder de los imperiales, que de ella se habían apoderado por engaños, perfidias y traiciones.

Rechazando como un buen patriota inaccesible á toda clase de infamias las pomposas ofertas de los franceses, que pretendían ganarle para su causa, admirados de la energía que contra ellos había desplegado en Monjuich, corrió á unirse á la vanguardia del ejército español que peleaba en el Ampurdán, mostrando en aquellos combates tanta bizarría y tales conocimientos militares, que la Junta de Cataluña, residente en Lérida y Tarragona, le nombró gobernador de Gerona, en cuya defensa había de inmortalizar su nombre.

Hallábase Gerona en el estado más lamentable de defensa, y parecía increíble que ante sus débiles y ruinosos muros, ante su escasa guarnición y limitados recursos se estrellasen las poderosas legiones del Capitán del siglo.

Alvarez, con su carácter indomable, con su constancia heróica, con su lealtad fanática, ayudado de los intrépidos coroneles Mata y Minals, del teniente-rey D. Julián Bolívar, de O'Donnell, de Nasch, de una población entusiasta y de una guarnición patriótica, realizó verdaderos milagros y resistió uno de los sitios más tenaces, más encarnizados y más sangrientos que mencionan los anales militares de nuestra época; uno de esos sitios llenos de virtud, de valor, de sacrificios, de abnegación, que admiran á los extranjeros y son citados más tarde como modelos dignos de ser imitados.

Censuran algunos que Alvarez no abandonase á Gerona, cuya plaza no se hallaba en estado de defenderla, y nosotros preguntamos: desprevenida como Napoleón cogió á España, ¿qué plaza, á no ser muy principal, tenía condiciones de resistencia?

Resuelta por Alvarez, que era su gobernador, la defensa, todos sus actos durante el sitio excitaron y excitarán siempre la admiración de propios y de extraños, porque, como él decía con su acostumbrada serenidad, lo mismo da morir en el campo ó en la ciudad, siempre que se muera con honra por la patria. Esta indómita y severa constancia, esta fiera grandeza, producen en nuestra España héroes como el Cid, Guzmán el Bueno y D. Mariano Alvarez, héroes que todo lo sacrifican al honor y á la patria.

De grave continente, mediana estatura, tez morena y seca, mirada serena y firme, gran corazón, exquisito pundonor, galante, desinteresado, sereno en el peligro, tan buen militar como cumplido caballero, era Alvarez el tipo más acabado del antiguo español.

Al avistar á los franceses el 6 de Mayo de 1809, publicó un bando en que decía:

«Será pasado por las armas todo aquel que profiera la voz de capitular ó rendirse.»

© Biblioteca Nacional de España

Al preguntarle si creía poder resistir mucho tiempo, respondió:

—Doble que Zaragoza.

¡Sacrilegio horrible, dice un escritor, que sólo el patriotismo podía perdonarle!

Al recibir la primera intimación advirtió á los franceses que en adelante recibiría á los parlamentarios á cañonazos, y lo cumplió.

Por su orden el general D. Enrique O'Donnell formó ocho compañías llamadas de *Cruzada Gerundense*, compuestas de paisanos, frailes y clérigos; y otra titulada de *Santa Bárbara*, compuesta de mujeres y dividida en cuatro escuadras, encargadas de llevar municiones y víveres á los combatientes, y recoger y auxiliar los heridos. Las gerundenses se mostraron dignas hijas de la heróica España, exponiéndose constantemente á los fuegos del enemigo, y el general Alvarez distinguió y premió por su comportamiento á todas ellas, y muy especialmente á Teresa Balaguer, Isabel Pí, Esperanza Llorens y María Plajas.

Las fuerzas imperiales, mandadas por Verdier y encargadas del sitio y toma de Gerona, eran la división Souham y la italiana de Pino (18.000 hombres), con los generales de ingenieros Samson y Taviel.

A los seis días de presentarse ante la plaza, ó sea el 12 de Mayo, habían circunvalado la ciudad, y colocado las baterías de sitio intimando Verdier la rendición.

Ante la enérgica actitud de Alvarez, prosiguieron con mayor empeño los trabajos de sitio, y en la noche del 13 al 14 de Junio comenzaron el bombardeo, que no cesó hasta el 25 en que apagaron los fuegos de dos baterías que protegían el castillo de *Monjuich*, llave de la plaza, y penetraron en el barrio de Pedret, tratando de levantar otras baterías, intento que destruyó una heróica salida de los nuestros.

Reforzado Verdier por el general Saint-Cyr y sus tropas, el número de sitiadores se elevó á 30.000, y en todo el mes de Junio no pudieron conquistar más que las torres de *San Luis*, *San Narciso* y *San Daniel*.

El 3 de Julio abrieron el fuego contra Monjuich con varias baterías, entre ellas la *Imperial*, que contaba 20 piezas gruesas y dos obuses, y al ver roto el frente del Norte se lanzaron al asalto, siendo repelidos por el gobernador del castillo D. Guillermo Nasch y sus 900 hombres, que causaron á los franceses una pérdida de 2.000 soldados.

A la voladura de nuestra torre de San Juan por los franceses, siguió la de la torre de San Luis ocupada por ellos.

Irritados los imperiales por la increíble defensa de aquella plaza *despreciable*, levantan nuevas baterías más avanzadas contra Monjuich, sin que nosotros podamos impedirlo, y en la noche del 3 al 4 de Agosto le dirigen un formidable ataque, que es rechazado por Nasch, quien todavía el 10 realiza una salida que le cubre de gloria. ¡Vano empeño! De los 900 defensores del castillo sólo le quedaban 400, heridos en su mayoría, las murallas se hallaban destruídas y los soldados tenían que batirse á pecho descubierto. El resultado fué tenerlo que abandonar el día 12 inutilizando la artillería y las municiones.

Mucho sintió Alvarez el abandono de Monjuich, pero sin escasear elogios á Nasch y sus bravos defensores, y con razón, pues la toma de este castillo había costado á los franceses dos meses de sitio y más de 3.000 hombres.

Verdier, tan fanfarrón como todos sus colegas, escribió á José y Napoleón que á los pocos días entraría en Gerona, y levantó nuevas baterías, una en Monjuich, dirigidas contra las puertas de *Francia* y *San Cristóbal*, la muralla de *Santa Lucía* y el cuartel de *Alemanes*.

Alvarez, por su parte, no permaneció ocioso; dispuso nuevas salidas y colocó cañones hasta en las bóvedas de la catedral; pero los defensores morían, los víveres escaseaban y los auxilios pedidos no llegaban.

El general Blake, que desde su entrada en Cataluña sólo pensaba en la salvación de Gerona, y que había llegado á Vich con la división Lazán (Agosto de 1809), llamó á todos los guerrilleros, miqueletes y somatenes que rodeaban á los sitiadores de Gerona desde que la pusieron cerco.

Con efecto, los bravos patriotas Milans, Clarós, doctor Robira, Llovera, Portas, Iranzo y otros, tenían á su vez sitiados á los franceses, á los que cortaban las comunica-

© Biblioteca Nacional de España

ciones con Barcelona y con Francia, lanzaban proclamas llamando á todos los ampurdaneses al socorro de Gerona, se apoderaban de los convoyes de los imperiales, y con uno de ellos de 120 caballos de artillería enviados á Verdier, llegando á tal su arrojo, que en la noche del 14 al 15 de Junio entraron en el arrabal del Pedret, del que los franceses logran arrojarlos, pero con grandes pérdidas, viéndose forzado el general Saint-Cyr á destinar dos brigadas á perseguir exclusivamente á los guerrilleros, cuyos hechos especiales narraremos después.

Blake, de acuerdo con los ya citados, y por medio de una hábil combinación de falsos ataques, logró facilitar la entrada en la plaza del general García Conde, apoyado por una columna que salió de Gerona de orden de Alvarez, mandada por D. Blas Fournas; García Conde, luégo de derrotar la división de Lecchi, mandada por Millossenvith, en el Salt, penetró en Gerona con 2.000 acémilas de víveres, 4.000 soldados y 2.000 caballos, apoyado por Llovera, que se apoderó de la ermita de los Angeles, al tiempo mismo que Clarós penetraba hasta San Medir, y Robira arrancaba á los wesffalianos la posición de Montagut (12 de Setiembre).

Cuando Blake llegó á Vich, halló en la casa que se le destinó para alojamiento un curioso letrero escrito evidentemente por la mano de alguno de aquellos oficiales extranjeros que Napoleón llevaba uncidos á sus ejércitos:

«¡Oh pueblos de España, cuán cobardes seríais si no prefiriéseis la muerte al yugo de unos devastadores tan crueles!»

Blake mandó sacar una copia, y se apresuró á remitirla á la Junta Central. Publicadas las anteriores líneas en la *Gaceta*, por orden de la Suprema, ésta las hizo acompañar de la siguiente declaración:

«Así será, y así lo han jurado los españoles. La muerte, y si algo hubiera que sufrir más duro que la muerte misma, lo soportaría contenta esta nación generosa.»

Cuando el ejemplo viene de lo alto, cuando el Gobierno consignaba públicamente tan heróica resolución, ¿qué extraño es que la nación entera se aprestase á seguir peleando hasta lograr vencer ó morir?

La rabia y el desconcierto de Verdier y Saint-Cyr al verse burlados y casi batidos, y entrado el convoy en Gerona, no son para explicadas.

García Conde dejó el convoy y 3.000 soldados en Gerona, y marchó á Hostalrich, donde estaban los almacenes, siempre protegido por los guerrilleros.

Recobrada por los franceses la ermita de los Angeles, abrieron de nuevo el fuego contra *Santa Lucía*, *Alemanes* y *San Cristóbal*, y antes de emprender el asalto mandaron un parlamentario que Alvarez recibió á cañonazos según les había prevenido.

El 19 de Setiembre se lanzaron los bonapartistas al asalto, apoyados por el fuego de 200 cañones.

La plaza enarboló bandera negra; todas las campanas de la ciudad tocaron á rebato, y hombres y clérigos, mujeres y niños, corrieron á ocupar los puestos que de antemano tenían señalados.

Los edificios caían desplomados, los defensores morían á centenares, las bombas, de las cuales había constantemente siete en el aire, rasgaban el espacio, y los ayes de los moribundos producían un efecto aterrador.

Alvarez, tranquilo, sereno, dictaba sus disposiciones, acudía á los puntos de mayor peligro, y en todas partes se hallaba.

Cuatro columnas de á 2.000 hombres prosiguieron el asalto; la de *Santa Lucía* la rechazó el irlandés Marshall, entusiasta partidario de España, que al caer exclamó: *Muero contento por una causa tan justa y por una nación tan brava;* las dos de *Alemanes* las rechazó el valiente Fournas á la bayoneta, al frente de los regimientos de Utonía y Borbón; la de *San Cristóbal* quedó también mal parada, y los fuertes del *Condestable* y el *Calvario* obligaron á los imperiales á retirarse, después de tres horas de horrorosa lucha y de quedar las brechas, los fosos y los muros llenos de cadáveres.

Aterrado Verdier, siguió el consejo de Saint-Cyr y convirtió el sitio en bloqueo. La acción de este memorable día le había costado 2.000 soldados. Nuestras pérdidas pasaron de 400, entre ellas algunas valerosas mujeres de la compañía de *Santa Bárbara.*

Saint-Cyr le dijo:

© Biblioteca Nacional de España

—Dejemos al tiempo, á las calenturas y al hambre que nos den la victoria.

A esos auxiliares y no á su valor debieron los imperiales el triunfo en Zaragoza y en Gerona.

Blake intentó un nuevo socorro el 26 de Setiembre, pero después de haber logrado O'Donnell franquear el camino, se vió cortado por Saint-Cyr; aun así logró entrar un auxilio, aunque pequeño, y para no agravar la situación de la plaza con nuevas bocas, salió de Gerona burlando á los franceses, y, por medio de una atrevida marcha, se unió otra vez á Blake (12 de Octubre).

Angereau, que reemplazó á Saint-Cyr, al ver que la plaza llevaba resistiendo ¡cinco meses! estrechó el bloqueo, construyó reductos, levantó nuevas baterías, y para impedir que á Gerona llegase socorro ninguno, colocó en todos los caminos infinidad de perros, y de trozo en trozo cuerdas con campanillas para que el ladrido de aquéllos y el sonido de éstas alarmasen el campamento y ahuyentasen á los paisanos que se atrevían á venir con víveres á la plaza.

El hambre llegó á tal extremo en la ciudad, que los defensores caían por las calles desfallecidos, pues el alimento era un poco de trigo molido en almirez ó entre piedras.

Los cadáveres insepultos inficionaron la atmósfera y desarrollaron unas calenturas que en sólo un día mataron 800 personas.

Una tercera tentativa de Blake nos costó la pérdida de Hostalrich con las provisiones allí reunidas.

Para acallar el hambre que devoraba á los defensores de la plaza, se echó mano de los animales, tan hambrientos y demacrados como las personas, y esto á precios horrorosos. La carne se conservó por orden de Alvarez á 27 cuartos la libra de vaca, y á 40 la de caballo ó mulo. El bacalao llegó á costar 32 reales libra; el aceite 24; la docena de huevos 96; una gallina una onza; un gato y un perro 40 reales, y un ratón cinco.

En los hospitales no había medicinas, ni alimentos, ni leña, ni luz.

Uno de los defensores, en vista del tiempo que llevaban de sitio y del estado á que habían llegado, se atrevió á hablar de capitulación, y Alvarez le dijo:

—¿Cómo, sólo es V. aquí el cobarde? Pues bien; cuando ya no haya víveres nos comeremos á V. y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.

Espanta tanto heroísmo y asombra tanta grandeza.

El prolongado sitio de Gerona, los hechos admirables de sus habitantes, el imponderable valor de las tropas que la defendían, el heroísmo de D. Mariano Alvarez de Castro, esparcidos por toda la nación, habían logrado que en España, así en los palacios como en las cabañas, en las ciudades como en los campos, en los montes como en los valles, no se hablase de otra cosa. España sufría con los sufrimientos de Gerona, lloraba por ella, admiraba sus hechos, y á una voz pedía la salvación de aquella hija querida.

El capitán general de Cataluña, el ilustre Blake, más directamente interesado en la liberación de Gerona, para la cual había hecho cuanto humanamente era posible, revolvía en su mente planes de salvación tan generosos como imposibles.

Los guerrilleros, esos heróicos campeones de la independencia patria, se habían encontrado desde los comienzos del sitio en su puesto de honor, y luégo, al relatar sus hechos se verá que no escasearon su generosa sangre en la defensa de la ciudad, á la que amaban con el doble cariño de españoles y de catalanes; pero se trataba de vencer y obligar á levantar el sitio á un ejército de 30.000 hombres, y esta empresa era superior á sus fuerzas, porque se apartaba por completo de su modo de combatir, de su táctica militar, de su pequeña guerra. Si los franceses hubieran querido combatir con ellos, dos contra uno, con armas, ó sin ellas, cuerpo á cuerpo, ó á la *greña*, los guerrilleros, para salvar á Gerona, se habrían ofrecido á esa lucha con el corazón henchido de júbilo, pensando que era vivir el morir por la indomable ciudad en la que muchos de ellos habían visto la primera luz.

La Junta Suprema oía los angustiados clamores que partían de todos los pueblos de España, las súplicas que de todas partes la dirigían para que salvase á Gerona: el corazón de los centralistas brotaba sangre, pero ¿qué hacer si no contaban con soldados,

© Biblioteca Nacional de España

ni con dinero, ni con medios para llevar á cabo esta salvación por ella tan deseada?

Quizás nación alguna ha pasado por un trance tan angustioso, por una situación tan desesperada.

Los ayes de dolor de Gerona repercutían en el corazón de todos los españoles.

Era Gerona la hija querida de todos, que perece entre las llamas de un formidable incendio, al cual no es posible llegar, porque hay empresas superiores á la voluntad de la criatura, porque un hombre, por más deseos que tuviera, no podría levantar una pirámide de Egipto, ó detener las aguas del Océano, ó paralizar el curso de los astros.

Pero del caos brotó la luz; la Junta Suprema tuvo una idea hermosa; decidió apelar, como de costumbre, al patriotismo de la nación, segura de que había de verse secundada por todo el país; de la mente de los centralistas surgió el pensamiento salvador, la idea grandiosa de un levantamiento general de toda Cataluña, para el cual ordenó la reunión en Manresa de una Junta directiva y al cual se ofreció el Principado en masa, y los guerrilleros prometieron marchar á vanguardia y dar su vida por Gerona.

Al saberlo Angereau, temeroso de que se malograse el sitio, y de que llegase el formidable ejército que se preparaba, hizo un esfuerzo supremo, y en la noche del 2 de Diciembre se apoderó del arrabal del Carmen, restableció las antiguas baterías, levantó otras y abrió nuevas brechas; el 7 ocupaba el reducto de la *Ciudad* y casas de Gironella, interceptando toda comunicación de los pueblos con la plaza, y por la tarde envió parlamentarios, que Alvarez hizo recibir, como de costumbre, á cañonazos. ¡Qué tesón y qué heroísmo!

Angereau mandó comenzar el fuego, y 40 baterías, arrojando 20.000 bombas y 60.000 balas, convirtieron la ciudad en un montón de ruínas.

Veamos el cuadro que presentaba Gerona.

Los edificios cayendo con estrépito; los cadáveres insepultos; las aguas fétidas y estancadas; siete brechas abiertas; las calenturas produciendo las víctimas á centenares; de 9 á 10.000 habitantes muertos; 1.100 hombres para defenderla, y Alvarez, el genio tutelar de Gerona, víctima de las calenturas, haciéndose trasladar en una camilla á los puntos de mayor peligro, y cayendo por fin en el lecho en tan gravísimo estado, que fué necesario administrarle los últimos sacramentos.

El 9 de Diciembre (todavía el 8 dictaba órdenes), en un momento lúcido que tuvo, delegó el mando en el teniente-rey de la plaza D. Julián Bolívar.

Pocas horas antes, la Junta Suprema había nombrado á Alvarez teniente general en premio de sus eminentes servicios.

Una vez hecho cargo del mando D. Julián Bolívar reunió á la Junta Corregimental y á la Militar, exponiéndoles la situación y pidiéndolas consejo, y ambas, al saber que los socorros de Manresa aún tardarían en llegar, y que era imposible el sostenerse un día más, comisionaron al coronel D. Blas Fournas para que se avistase con el general Angereau y ajustase una *honrosa* capitulación.

Así fué: por ella la guarnición de Gerona saldría de la plaza con todos los honores de la guerra y entraría en Francia; á los habitantes se les dejaba en libertad de quedarse ó salir, ofreciendo que sus personas y bienes serían respetadas; el culto quedaba protegido y libres sus ministros; las tropas francesas acuarteladas y no alojadas, y los papeles del Gobierno depositados y respetados.

Al entrar el 11 de Diciembre los franceses en la plaza, quedaron mudos de espanto y horror, y Angereau confesó no haber visto nada igual.

Según Carnot, el gran maestro de la ciencia militar, una plaza sólo puede prolongar su defensa 40 días, y Gerona sostuvo la suya *¡siete meses!* es decir *cinco veces* CUARENTA DIAS, teniendo de 9 á 10.000 personas muertas, habiendo recibido 60.000 balas y más de 20.000 bombas y granadas, no rindiéndose más que á la fiebre, al hambre y á la falta de municiones.

* * *

No es posible pasar en silencio ciertos actos de sublime heroísmo llevados á cabo por los heróicos defensores de Gerona.

Consignemos, en primer término, la noble

© Biblioteca Nacional de España

conducta de las intrépidas mujeres que formaban la compañía de *Santa Bárbara*, cuyos rasgos de valor y cuya heróica muerte arrancaron gritos de entusiasmo y frases de admiración al insigne D. Mariano Alvarez.

Según el padre fray Manuel Cundano, lector de la orden de San Francisco, era preciso derribar una de las escalas del baluarte por la que trepaban los imperiales amenazando con saltar al muro.

Multitud de valientes, entre ellos algunas arriesgadas mujeres, se disputaron la gloria de morir, porque era correr á la muerte pretender derribar la escala llena de franceses; mas el primero que llegó fué un joven religioso carmelita descalzo, llamado fray Juan de San Andrés; pero ostigado por los imperiales que le acuchillaban sin piedad, llegó á perder el equilibrio y fué á caer á los pies del muro, en donde permaneció con los franceses moribundos que allí había, hasta que, ceñido por sí mismo de una cuerda que le arrojaron desde el baluarte, fué subido por sus compañeros y librado de una muerte cierta.

Al tambor Luciano Ancio, apostado para avisar con la caja los tiros de bombas y granadas, le llevó un casco de granada parte del muslo y la rodilla, y al querer trasportarle al hospital se opuso enérgicamente, diciendo:

—No, no; aunque he perdido la pierna conservo los brazos para con el toque de la caja libertar de las bombas á mis hermanos.

El intendente Beramendi era un ser extraordinario, un hombre universal, que en todas partes se hallaba, que así distribuía víveres como hacía centinela, que de igual manera mandaba una batería que salía fuera de la plaza al frente de una columna, que ahora estaba en la muralla y á los pocos minutos en el hospital.

D. Guillermo de Nasch fué el héroe del castillo de Monjuich, el hombre de hierro que sólo abandonó la posición cuando estaba en ruínas.

D. Juan Bolívar, el primer defensor de Gerona cuando el ataque de Duhesme, y en esta ocasión teniente-rey de la plaza, no desmintió un solo instante su reputación de bravo y sus grandes condiciones de patriota.

Los coroneles Matas y Minals se multiplicaron durante el sitio, y con los escasos medios de que Gerona podía disponer organizaron una defensa que inmortalizó sus nombres en el ejército.

D. Blas Fournas, y D. Miguel de Haro y D. Francisco Satué, jefe militar el primero y compañeros inseparables los segundos del gobernador D. Mariano Alvarez, dieron durante el sitio pruebas irrecusables de su brío y de su lealtad jamás desmentidos.

¿Y cómo elogiar á D. Mariano Alvarez, á ese mártir de la lealtad y del honor?

A pesar de las súplicas de sus amigos, de sus oficiales y de los habitantes de la ciudad, que con su muerte consideraban muerta á Gerona, jamás se apartó de los puntos de mayor peligro, soportó las fatigas todas del sitio como el último soldado, en alguna ocasión disparó por su mano los cañones, empuñó un fusil, y hasta se le vió recoger en sus brazos á los heridos y curarlos en ellos por su propia mano.

¿Y qué decir de su serenidad de carácter y de sus altas dotes militares?

Una de sus primeras disposiciones, al comenzar el sitio, fué declarar que pasaría por las armas á cualquiera, grande ó pequeño, militar ó eclesiástico, que se atreviese á hablar de capitular ó rendirse.

Semejante disposición cerraba la puerta á todo designio cobarde y á todo proyecto de traición.

Al primer parlamentario francés que se presentó en Gerona le dirigió estas frases:

—No quiero tratar con los enemigos de mi patria. Decid á vuestro general que en adelante recibiré á metrallazos á todos sus emisarios.

Ya sabemos con qué religiosidad cumplió su palabra.

Al notar la escasez de fondos que había en la plaza, Alvarez, siempre noble y generoso, dejó su sueldo para atender á las necesidades de la defensa, y no satisfecho todavía entregó á la Junta todo cuanto él poseía de sus bienes particulares.

La idea de rendirse le exaltaba y la rechazaba con indignación y ansiaba cortarla de raiz para que no pudiese fructificar en los

© Biblioteca Nacional de España

muros de la ciudad confiada á su custodia y cuyo honor era el suyo.

Al preguntarle un jefe encargado de mandar una de las frecuentes salidas que la guarnición se veía forzada á ejecutar para interrumpir los trabajos del sitio á donde se retiraba en caso de derrota, le contestó con la mayor tranquilidad:

—Al cementerio.

Muéstrase en todas sus respuestas y en todas sus disposiciones que Alvarez estaba resuelto á todo, y que de la plaza de Gerona quería hacer su sepultura.

Transcurridos los cuatro primeros meses que había ofrecido sostenerse, parece que fué interrogado por algunos individuos de la Junta Corregimental, y respondió con un acento de profunda convicción:

—Todavía aspiro á sostenerme cuatro meses más.

Y á la verdad no se equivocó más que en algunos días.

Como quiera que para Alvarez la defensa de Gerona entrañaba la defensa de España, parecióle notar en el mes de Octubre algunos síntomas de cansancio y desaliento en actos y acciones de varios individuos, y para quitarles toda esperanza de huir ó entregar la plaza, se apresuró á publicar un célebre bando en que se leía:

«Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, que las que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que contra ellas venga, sea francés ó español, pues todo el que huye causa con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

En lo más desesperado y triste de la defensa escribió á una hermana suya, que se hallaba en Soria, una notable carta, al final de la cual la decía:

«No sé cuál será mi suerte, porque su Divina Majestad me quiere probar con mil males. No he querido salir ni capitular porque mi honor me manda morir entre estas ruinas. Blake no me socorre, pero Dios y mi brazo me socorrerán, y tu hermano será honrado y leal hasta la muerte.»

Una fiebre perniciosa, consecuencia de unas tercianas que había venido padeciendo desde el principio del sitio, pero ocultándolas á todos, puso al indomable caudillo al borde del sepulcro hasta el punto de tener que administrarle la Extremaunción.

Con su caída puede decirse que cayó Gerona.

Según D. Miguel de Haro, testigo ocular y compañero suyo, D. Mariano Alvarez, sin tener un gran talento ni poseer una vasta instrucción, reunía un conjunto de cualidades para el mando, que muy pocos suelen poseer; era caballeroso en su modo de pensar y muy desinteresado; mandaba siempre por sí sin que nadie le dominase; oía y consultaba á los jefes de cada ramo sin permitir que el de uno se metiese en las incumbencias del otro; dejaba obrar á los jefes subalternos en sus cuerpos con toda libertad, sosteniéndolos con su autoridad; se presentaba con la mayor serenidad en el peligro; pero la cualidad que más le distinguía y que le coloca esencialmente entre el número de los grandes hombres, es la firmeza de alma, que poseía en un grado eminente, al nivel de esos famosos tipos de la antigüedad que han dejado en la historia esculpido su nombre con letras de oro, y que á medida que el tiempo pasa son más admirados.

Inútil nos parece decir que en Gerona, como en Zaragoza, los franceses faltaron indignamente á la capitulación, llevándose presos con la guarnición á muchos paisanos, frailes y clérigos, acusados del santo delito de haber ayudado á la defensa de la plaza.

En cuanto á D. Mariano Alvarez, le quitaron sus ayudantes, dejándole tan sólo á D. Francisco Satué, y en una calesa, sin respetar sus males, le condujeron á Perpignan, encerrándole en un inmundo calabozo del *Castillet*. Vencido, pero no domado el heróico defensor de Gerona, exclamó con profunda indignación:

—¿Es este el sitio correspondiente á un general? ¿Y son Vds. los que se precian de valientes?

Aquellos miserables esbirros del tirano de Francia para castigarle le quitaron al señor Satué, y solo, de cárcel en cárcel, le trasladaron á un lóbrego calabozo situado en las cuadras del castillo de Figueras; pocas horas después, el 22 de Enero de 1810, los imperiales exponían al público su cadáver envuelto

© Biblioteca Nacional de España

en una sábana y tendido sobre unas míseras parihuelas.

Según la tradición que de antiguo se conserva en Figueras, D. Mariano Alvarez fué víctima de un tormento horrible, pues le sujetaron sus crueles verdugos al bárbaro suplicio del sueño, y para evitar que pudiera dormir le colocaron dos centinelas inmóviles junto á la silla en que se hallaba sentado para que con las aceradas puntas de sus bayonetas le impidieran todo descanso.

Alvarez, tan valiente como pundonoroso, luchaba por mantenerse despierto y por no rendirse al sueño, y en esta tremenda lucha se fué aniquilando poco á poco.

Ahora bien, como la muerte no viniera



D. MARIANO ÁLVAREZ

tan pronto como sus crueles verdugos deseaban, apelaron... ¡horror causa decirlo! al veneno ó á la cuerda. Lo indudable es que cuantos tuvieron ocasión de verlo advirtieron en su rostro señales indelebles del crimen, reconocido por indudable con la información mandada abrir por el gobierno español, y según la cual el intendente antes citado, Sr. Beramendi, en un oficio que pasó al marqués de las Hormazas con este triste motivo, le decía, con referencia á una persona que había visto el cadáver, lo que copiamos:

«El mismo que me informa, dice, encontró en una de las calles de Figueras á un fraile franciscano llamado Roviralta, que á poco nombraron los franceses canónigo de Granada, que marchaba apresuradamente hacia el castillo, adonde, le dijo, iba á con-

© Biblioteca Nacional de España

fesar al Sr. Alvarez, *porque debía morir en breve.*»

Aunque la oscuridad del calabozo en que encerraron á D. Mariano Alvarez los imperiales haya ocultado la clase de muerte que recibió entre sus frías paredes, la posteridad nunca podrá llegar á concebir cómo los generales franceses pudieron tratar tan cruel y despiadadamente al hombre ilustre que por sus grandes méritos y especiales virtudes excitaba entonces y excitará siempre el respeto y la admiración no de España sino de Europa.

Palafox arrancado de su lecho y Alvarez envenenado, son dos manchas de la vida de Napoleón que no bastarían á lavar todas las aguas del Jordán, el río sagrado en que el divino Jesús recibió las aguas del bautismo.

Según sus mejores biógrafos, durante el sitio no habló Alvarez más que de la defensa de Gerona con una firmeza de alma que le iguala, si no le supera á Bruto y Catón.

Avisado por Blake que no le era posible socorrerle, se negó á salir de la plaza, como decía á su hermana, porque su honor militar no se lo permitía; por eso su noble conducta será citada siempre por modelo á cuantos militares aspiren á dejar un nombre glorioso á su patria y á su familia.

* * *

La Junta Suprema declaró á Gerona, sus habitantes y guarnición beneméritos de la patria en grado heróico y eminente, con nobleza personal para sí y sus sucesores; dió un grado á los oficiales y elevó á sargentos á los soldados, pensionó á las viudas y huérfanos, declaró libre á la ciudad de contribuciones por diez años, mandó levantar un monumento, colocar una inscripción en todas las capitales de España con las circunstancias más notables del sitio y acuñar una moneda; en una palabra, las mismas gracias que á Zaragoza, y luégo de exponer que titular á Gerona *invicta*, *heróica*, *inmortal* ó *sin segunda*, le parecía poco, decretó lo que sigue:

«Considerando la Junta que estas gracias, honores y distinciones que de toda justicia corresponden á Gerona no son suficiente galardón á mérito tan sobresaliente, ni corresponden á la gloria que su valerosa constancia ha esparcido en toda la nación, resuelve además que luégo que se reunan las Cortes se las presente una exposición fiel del principio y progresos de este memorable sitio, y que las mismas Cortes, designando con la solemnidad que les corresponde la digna y extraordinaria recompensa que debe darse á la insigne ciudad, sean las que pongan la corona cívica sobre las sienes de la invicta Gerona.—*El Arzobispo de Laodicea.* —Sevilla 3 de Enero de 1810.»

Semejante documento es tan honroso para la Junta que lo dictó, como para la ciudad á que se consagra, como para la nación que cuenta con pueblos capaces de tamañas proezas.

Los descendientes de D. Mariano Alvarez recibieron el título de marqueses de Gerona en premio de los servicios del hombre cuyos renombrados hechos esculpe la historia con letras de oro para eterno recuerdo del más acendrado patriotismo; pues si la noble España cuenta en lo antiguo con las heróicas ciudades de Sagunto y Numancia, en la época moderna presenta las no menos heróicas de Zaragoza y Gerona, que eternizan los nombres de Palafox y de Alvarez.

Conducta de la Junta Central.

Sin desconocer los muchos y grandes servicios que prestó á la nación, la mayoría de los historiadores ataca los actos y censura la conducta de la Junta Central, y, si bien se mira, no era suya toda la culpa sino de algunas de las provinciales, que habían elegido para formarla á ciertos hombres, la mayoría quizás, que no respondían al momento histórico por que la nación atravesaba.

La situación del país al estallar la guerra de la Independencia, creemos haberlo dicho antes de ahora, era muy crítica por la perversión de las costumbres, por el extravío de las ideas y por la división de los hombres.

Arriba, contaba España con una aristocracia que vivía fuera de su tiempo, apegada á la tradición.

Abajo, un pueblo ignorante que se consu-

© Biblioteca Nacional de España

mía en la holganza y en la miseria, sintiendo un vago deseo de mejorar su triste condición, pero sin acertar á definirlo.

Sólo en el centro se veía una clase media ilustrada, que aspiraba á un cambio radical, ansiosa de que España, siguiendo los progresos de la época y recordando sus antiguas glorias, ocupase el puesto que merecía entre los pueblos cultos.

La Junta, pues, se resentía del vicio de su origen, y desde el primer instante lucharon en ella dos tendencias completamente distintas: la que representaban los nobles, apegados á la tradición, y la que personificaban los hombres nuevos, que, viviendo la vida de su tiempo, querían dotar á su país de todos los adelantos de que disfrutaban las demás naciones.

Cierto que la Junta Central había mandado quemar por la mano del verdugo en Aranjuez las cartas de los ministros de José, incitándola á traicionar á su patria; que había levantado numerosos ejércitos en defensa de España; que no había impuesto contribución alguna extraordinaria, manteniendo todos los gastos de la guerra con las ordinarias que pagaron Sevilla y Cádiz, con los anticipos que la hizo Inglaterra y con los donativos llegados de América, así como que sus individuos habían sufrido todo genero de penalidades y trabajos, actos nobilísimos que el país en masa aplaudió con entusiasmo. Pero si había realizado esas buenas acciones, en cambio se había titulado *Majestad* y señalado 6.000 duros de sueldo anual á cada uno de sus individuos; había dictado contra las Juntas provinciales, á las que debía su existencia, aquel célebre decreto suprimiendo todas las que no estuvieran en pueblo que fuese cabeza de distrito, reduciendo el número de sus vocales y sus atribuciones, negando validez á los grados militares y á los empleos civiles que ellas dieran si no obtenían su aprobación, malhadado decreto que hubo de suspender porque en casi ninguna provincia fué cumplido; se había opuesto á la libertad de imprenta, autorizando en cambio la vuelta de los jesuítas, expulsados por el rey Carlos III, y había llegado hasta nombrar un inquisidor.

Tales decretos sublevaron á los individuos de ideas liberales que tenía la Junta, y produjeron un movimiento general de disgusto en todo el país.

Pasemos á otro punto.

Era unánime en España el deseo de que se convocaran Cortes, como lo prueba el que Asturias, la primera en dar el grito salvador de independencia, convocó la Junta del Principado ó Cortes que podríamos llamar regionales, conducta que siguió Palafox reuniendo las antiguas Cortes de Aragón, y que imitaron Galicia y Valencia.

Ya en el mes de Octubre de 1808 el ilustre Jovellanos había pedido á la Junta Central que las convocara, mas el partido de los nobles, que constituían la mayoría, acordó el aplazar la reunión.

Como el tiempo pasaba y los clamores del país en favor de la llamada de las Cortes era cada día mayor, Calvo de Rozas reprodujo en el mes de Abril de 1809 la proposición de Jovellanos, que, examinada por las varias secciones de que se componía la Junta, fué al fin aprobada.

El bailío D. Antonio Valdés, encargado de escribir el programa á que debía ajustarse la convocatoria, consignó que, á excepción de la religión y del trono, no debía quedar institución que no fuese reformada.

Pareció á la mayoría sobrado liberal el programa, y lo cambió por otro publicado en forma de decreto el 22 de Mayo, anunciando simplemente el restablecimiento de las antiguas Cortes españolas, y convocando las primeras, después de tanto tiempo, para el año siguiente ó antes si la situación del país lo permitía, nombrando al propio tiempo una comisión encargada de la convocatoria y organización.

No hay para qué decir que semejantes disposiciones parecieron mucho á los tradicionalistas y poco á los reformistas.

Calvo de Rozas, que figuraba á la cabeza de los últimos, renovó dos veces en un mes su proposición, y por acuerdo tomado el 28 de Octubre se publicó el decreto de 4 de Noviembre señalando el día 1.º de Enero de 1810 para convocar las Cortes, las cuales debían reunirse el 1.º de Marzo.

En el manifiesto de convocatoria se leían elocuentísimos párrafos que pintan á ma-

© Biblioteca Nacional de España

ravilla el estado del país en aquella memorable lucha:

«Españoles: Por una combinación de sucesos tan singular como feliz, la Providencia ha querido que en esta crisis terrible no pudiéseis dar un paso hacia la Independencia sin darle también hacia la libertad. La tiranía inepta ya y decrépita, para remachar vuestros grillos y agravar vuestros males, dió lugar al despotismo francés, que con el terrible aparato de sus armas y de sus victorias aspira á poneros encima su abominable yugo de acero. Mostróse en el principio, como toda tiranía nueva, bajo formas halagüeñas, y sus impostores políticos presumieron ganar vuestra voluntad prometiéndoos reformas en la administración y anunciándoos, con una Constitución hecha á su antojo, el imperio de las leyes. ¡Contradicción bárbara y absurda, digna ciertamente de su insolencia! ¡Querer haceros creer que se puede sentar el edificio moral de la libertad y fortuna de una nación sobre cimientos amasados con usurpación, iniquidad y alevosía! Pero el pueblo español, que había conocido primero que otro alguno de los modernos los verdaderos principios de equilibrio social, que había gozado de antiguo de las prerrogativas y ventajas de la libertad civil, y sabido oponer á la arbitrariedad la valla eterna que le ha señalado la justicia, no debía mendigar de otro la libertad, y pudo contestar á estos impudentes legisladores que para él no eran leyes los artificios de los intrigantes, ni los mandatos de los tiranos.

Animados de este instinto generoso, corrísteis á las armas sin temer las terribles vicisitudes de un combate tan desigual.

. . . . . .

La Junta Central se instaló, y su primer cuidado fué anunciaros que si la expulsión de los enemigos era su primera atención, la felicidad interior del Estado era la principal.

Así es que luégo que el torbellino de los sucesos militares se lo permitió, hizo resonar en vuestros oídos el nombre de vuestras antiguas Cortes, que para nosotros han sido siempre el antemural de la libertad civil y el trono de la majestad nacional.

. . . . . .

Pueblo tan magnánimo y generoso, no debe ser ya gobernado sino por verdaderas leyes, aquellas que llevan consigo el gran carácter del consentimiento público y de la utilidad común, carácter que sólo puede darles al ser dimanadas de la augusta Asamblea que os anuncia.

. . . . . .

Sí, españoles, váis á tener vuestras Cortes, y la Representación Nacional será en ellas tan completa cual deba y pueda ser en una Asamblea de tan alta importancia. Váis á tener Cortes, y las váis á tener inmediatamente, porque las apuradas circunstancias en que la nación se mira imperiosamente las prescriben.

. . . . . .

La Junta Central, que reconoció desde luégo esa Representación Nacional como un derecho del país y lo anunció como un premio, la invoca ahora como el remedio más eficaz y necesario para salvar al país, y las convoca para el 1.º de Enero del año próximo, para que comiencen sus augustas funciones el día 1.º de Marzo siguiente.

Llegado este fausto día, la Junta dirá á los representantes de la nación:

«Ya estáis reunidos ¡oh padres de la patria! y reintegrados en toda la plenitud de vuestros derechos, al cabo de tres siglos en que el despotismo y la arbitrariedad os disolvieron para derramar sobre la nación todos los raudales del infortunio y todas las plagas de la servidumbre.

Fuimos llamados á este puesto por el voto unánime de las Juntas provinciales.

Cuando el mando se puso en nuestras manos, nuestros ejércitos, á medio formar, estaban desnudos y desprovistos de todo; el erario sin fondos, las aguerridas huestes del déspota de Francia arrollándolo todo.

. . . . . .

Estas batallas que se pierden, estos ejércitos que se destruyen, estos pueblos que se incendian, sin que por eso dejen de presentarse nuevas batallas, crearse nuevos ejércitos y volverse á enarbolar el estandarte de la lealtad sobre las cenizas y escombros que los enemigos abandonaron; estos soldados que se dispersan en una acción y vuelven para tomar parte en otra; estas

© Biblioteca Nacional de España

gentes que casi despojadas de cuanto tienen vienen á sus hogares á partir los miserables restos de su haber con los defensores de la patria; este concierto de gemidos tristes y desesperados y de cantos patrióticos; esta lucha, en fin, de ferocidad y barbarie de una parte y de resistencia y constancia indomable en la otra, todo presenta un conjunto tan terrible como magnífico, que la Europa contempla atónita, y que la historia escribirá con letras de oro algún día para admiración y ejemplo de la posteridad.

. . . . . .

La caída de Zaragoza, ni las derrotas de nuestros ejércitos, en vez de hacernos desesperar de la salvación de la patria, nos obligaron á redoblar los esfuerzos y á crear otros nuevos, empleando en ello y en la defensa de la patria, con exceso, los fondos considerables que nos han enviado nuestros hermanos de América.

Hemos mantenido en las provincias libres de enemigos la unión, el orden y la justicia, y dado la mano á las ocupadas para conservar en ellas, aunque oculto, el fuego del patriotismo y los lazos de la lealtad, salvado el honor y la independencia nacional en las negociaciones diplomáticas, y hecho frente á la adversidad sin dejarnos abatir por ella, esperando siempre vencerla con nuestra constancia. Habremos, sin duda, cometido errores, y quisiéramos, si fuera posible, rescatarlos con nuestra sangre; pero en el torbellino de los sucesos y en los montes de dificultades que nos vienen rodeando, ¿quién estaba seguro de poder acertar siempre?

. . . . . .

Que de esta reunión solemne ¡oh padres de la patria! salgan las grandes medidas, la energía y la fortuna; que sea como un volcán inmenso, inextinguible, de donde se dilata á torrentes el amor de la patria para vivificar todos los ámbitos de la nación y abrasar los ánimos en aquella consagración, en aquel desprendimiento sublime que son la salud y la gloria de los pueblos y la desesperación de los tiranos.»

. . . . . .

Antes de llegar á la convocatoria de Cortes se libró en el seno de la Junta una terrible batalla que muy bien pudo causar la ruína de España, teniendo, como teníamos, la mayoría de las provincias en poder de los soldados de Napoleón.

El *célebre* duque del Infantado y el *revoltoso* conde de Montijo, individuos de la Junta, trataron de erigirse en jefes de una insurrección provocada en Granada por el segundo (16 de Abril de 1809) que no fructificó por la *cobardía* del conde y por la energía de las autoridades.

Esta conspiración se supo por el nuevo embajador de Inglaterra, marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington, así como que varios regimientos estaban ganados por los conspiradores, quienes pensaban enviar á Filipinas á los individuos de la Junta del partido reformista, crear una Regencia y dar al Consejo de Estado sus antiguas atribuciones.

D. Francisco Palafox, perteneciente como los dos anteriores al partido de los tradicionalistas, pidió el 21 de Agosto, para atajar los males que sufría España, que se nombrase jefe del Poder Supremo al cardenal de Borbón, sirviendo de instrumento con tal petición á aquel famoso Consejo de Estado que negaba legitimidad á las Juntas provinciales, á la Central, producto de ellas, y que reconocía á Murat primero y á José después.

Como quiera que la mayoría de las disposiciones que la Junta debía adoptar necesitaban serlo prontamente, y sus individuos dejaban pasar largo tiempo en estériles discusiones, acordóse en 19 de Setiembre la formación de una *Comisión ejecutiva* encargada de todo lo relativo al despacho de los asuntos de gobierno, reservando á la Junta en pleno los que requiriesen mayor deliberación.

Los tradicionalistas, que no cejaban en su empeño de crear dificultades, eligieron por campeón al marqués de la Romana, recordando su tiránica conducta en las Juntas de Asturias y Galicia, y éste se negó á firmar el proyecto después de haberlo aprobado, y pidió, de acuerdo con D. Francisco Palafox, el nombramiento de una Regencia.

La Junta, que no se explicaba tan extraño proceder, desechó la idea del marqués de la Romana y aprobó el reglamento de la *Comisión ejecutiva*, que se instaló el 1.° de

© Biblioteca Nacional de España

Noviembre, quedando desde aquel día separadas en la Central las funciones gubernativas de las legislativas, reservándose á la Junta en pleno el nombramiento de los altos empleados y el negociado de contribuciones y arbitrios por su gran influencia en la administración.

La *Comisión ejecutiva* no obtuvo mejores resultados que la Junta en general. ¿Por qué? Porque si los reformistas habían logrado que aceptase algunas de sus ideas y proyectos, eran los tradicionalistas, y no ellos, los encargados de plantearlas, y como lejos de amarlas las odiaban, de aquí que, en lugar de hacer que resultaran beneficiosas, las llevasen á cabo de forma y manera tal que resultasen desconceptuadas, cuando no odiosas.

Esto sin contar con que los conspiradores de la Junta continuaron con tal empeño y en forma tan descarada sus trabajos, que obligaron á dictar una orden de arresto contra D. Francisco Palafox y el conde de Montijo, que debió hacerse extensiva al general Caro, quien abusando del mando superior que ejercía en Valencia, y en el que por su mala conducta se había hecho odioso, imprimió é hizo circular con gran profusión un escrito en favor de su hermano el marqués de la Romana, encaminado á elegirle regente.

También la libertad de imprenta fué objeto de largas discusiones antes de aceptarse, y no contribuyó poco al buen resultado que al fin obtuvo la publicación del periódico *El Semanario Patriótico*, redactado primero por el gran Quintana y luégo por el ilustre geómetra Antillón, y por Blanco, que había alcanzado una justa reputación y gran popularidad, y que siendo como el eco del país, de sus aspiraciones, de sus sentimientos, de sus quejas, de sus deseos, matarlo ó negarle libertad, habría sido negarla á la nación.

El 17 de Abril de 1809, atendiendo á las exigencias de la guerra y al objeto de poner coto á las atrocidades cometidas por los imperiales, contra los guerrilleros especialmente, á los que no reconocían como soldados, publicó la Junta Central un decreto apelando al *Corso terrestre*, disposición tan enérgica, dice un autor, que llegaba á autorizar las armas y los medios más reprobados para dañar al invasor, en justas represalias de su infame conducta. En ese decreto se ofrecían recompensas á los guerrilleros que se distinguiesen, é indemnizaciones á sus viudas y huérfanos, señalándose los deberes de las autoridades y de los propietarios con ellos respecto á los víveres, alojamientos y noticias que necesitaran, imponiendo fuertes castigos á los que facilitasen al enemigo esos recursos ó no los ocultasen, así como las armas, caballos y cuanto pudiera ser de utilidad para la defensa de la nación.

Además se publicaron por la Junta otros decretos, satisfaciendo la pública opinión, de reprobación para los dispersos que esparcían el desaliento por los pueblos, y de represalias, ordenando el fusilamiento de todo francés cogido en el sitio donde se hubiera cometido alguna de las muchas crueldades á que ellos se entregaban, es decir, lo mismo que ellos, en mayor escala, venían practicando desde el comienzo de la guerra.

El 31 de Octubre de 1809 decía la *Gaceta del Gobierno* ocupándose de las acciones llevadas á cabo por los guerrilleros:

«Las partidas, guerrillas y corsarios, expresan el verdadero carácter de esta guerra nacional, guerra interminable, guerra sagrada que durará tanto como el pundonor, la memoria de las más horribles injusticias y la santa venganza en el corazón de los españoles.

Llámenlas, en hora buena, las *Gacetas* del rey intruso *cuadrillas de brigantes;* nosotros, para quienes es muy poderosa la voz lastimera de tantos inocentes muertos á sangre fría, y la vista de tantas casas robadas, tantos pueblos incendiados, tantos templos entregados al saqueo y á la profanación, y, en fin, tantos y tan inauditos horrores como señalan en la historia de estos días la atroz conducta de las tropas de Napoleón, miraremos como beneméritos en alto grado para la patria y para la libertad del género humano á esos altivos patriotas.»

Heroísmo contra barbárie.

Heroismo contra barbárie hemos titulado el presente cuaderno, y á la verdad que no tenemos que arrepentirnos de ello.

© Biblioteca Nacional de España

Heroísmo el de Renovales, el de Sarasa y de sus guerrilleros en el Roncal; y *barbárie* la de los imperiales incendiando las propiedades de estos beneméritos patricios, robando sus ganados, fusilando á los guerrilleros y entregando á las llamas los pueblos en que entraban.

Heroísmo el de D. Mariano Alvarez en Gerona, el de Bolívar, de Nasch, de Beramendi, de Mata, de Minals, de Fournas, de las mujeres de la compañía de *Santa Bárbara*, de los tercios de *Cruzada gerundense*, de los soldados, de los clérigos y frailes, y hasta de los niños de la inmortal ciudad; *heroísmo* el de Blake, el de O'Donnell, el de García Conde y de esa pléyade de guerrilleros que se llaman Clarós, Rovira, Milans, Llovera, Casanova, Malet, Buach y tantos otros, cuyos hechos notalbes consignaremos en el cuaderno próximo; y *barbárie* la de los franceses en el sitio de Gerona, plaza que ellos mismos, por sus débiles muros y ruinosos fuertes habían considerado *indefendible*, y la villanía con que faltaron á los artículos de la capitulación, y la inhumana conducta que siguieron con el ínclito D. Mariano Alvarez, y el infame borrón que arrojaron sobre las armas imperiales con la afrentosa muerte dada á este dignísimo patricio, muerte que más que la obra de seres humanos parece el acto salvaje de la fiera que habita en los bosques.

Uno de los mejores escritores de la Francia ha llamado á Napoleón el gran *talador* de la Europa, y como, según el Diccionario, talador es el que destruye, el que arruina, el que asola los campos ó poblados, quemándolos ó demoliéndolos, resulta que los generales franceses, ayudados por las legiones que traían á sus órdenes, llevaron á cabo en España, teniendo á su frente al gran *talador*, una serie de atentados que, colocándolos fuera de todo pueblo culto, los hacía entrar de lleno en la oscura noche de la barbárie, y lo que es aún peor, de la barbárie ilustrada.

Nadie ignora que existen dos clases de barbárie; la del pueblo que ignora las artes, las letras y las ciencias, en una palabra, que carece de cultura, y la barbárie del pueblo civilizado, que se caracteriza por actos que le asemejan á la fiera, colocándolo fuera de la vida de relación.

En la primera existe la imperfección social, y los actos que de ella nacen son el resultado de las tinieblas en que sus hijos viven. Es el ciego moral que carece de toda noción del mal y del bien.

En la segunda, la bárbarie es producto de cierta maldad innata en el individuo, y que se desprende de los actos que realiza. Es un malvado que tiene plena conciencia del bien y del mal, y que si ejecuta el segundo no es por falta de civilización sino por sobra de crueldad.

Así como los griegos calificaban de bárbaros á los pueblos y naciones en que no penetraba la civilización, y cuyas costumbres eran duras y salvajes, así nosotros hemos aplicado igual calificativo á Napoleón y sus generales, y no porque en ellos no hubiese penetrado la civilización, sino porque con ella, y á pesar de ella, llevaban á cabo actos que los acreditaban de bárbaros, escenas afrentosas como las de Córdoba, atentados sacrílegos como los de Rioseco, delitos de lesa-humanidad como la crucificación de los guerrilleros de Porlier, y como los asesinatos del presbítero D. Santiago Sas y del padre Boggiero en Zaragoza, crímenes como el del niño mártir de Valladolid y el realizado con el heróico defensor de Gerona, cuya memoria vivirá eternamente para vergüenza de ellos y para gloria nuestra.

Y no pretendan disculpar su conducta con algunos hechos ejecutados por nosotros; primero, porque los imperiales eran los invasores de nuestra patria, los salteadores de nuestro hogar, los violadores de nuestras mujeres, y en nosotros todo era lógico, natural y justo; y segundo, porque todos los actos realizados por nosotros lo fueron en represalias de los por ellos cometidos, debiendo hacer notar al examinarlos que los de ellos eran realizados por esbirros de un tirano para derrocar los tronos, perturbar la tranquilidad de los pueblos y servir intereses bastardos, y los nuestros eran ejecutados por hombres libres, en defensa de la tranquilidad de su hogar, de la honra de sus hijas y de la independencia de su patria.

Sin contar con que la invasión de España

© Biblioteca Nacional de España

la habían llevado á cabo á título de amigos, y sus actos merecían, como merecieron de todos los pueblos, una reprobación completa y absoluta.

Esto dicho, vamos á describir lo hecho por los intrépidos guerrilleros catalanes en favor de Gerona, así como las heroicidades ejecutadas por los indomables guerrilleros de las Provincias Vascongadas, de Navarra y de la Rioja, merced á las cuales España, que por un momento se encontró al borde del abismo, pudo sobrevivir á tantas desdichas y salvarse del grave peligro de ser borrada de la lista de las naciones. Sólo de este modo podrán comprender y estimar nuestros ilustrados lectores toda la importancia y valía de los actos realizados por aquel puñado de valientes en contra de los audaces invasores y en defensa de la independencia de Cataluña y de España, sin la cual no es posible libertad, ni honra, ni vida.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO VIII

ESPAÑA POR LAS GUERRILLAS

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

ESPAÑA POR LAS GUERRILLAS

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

Guerrilleros catalanes.—D. Juan Baget.—Don Juan Clarós.—D. Miguel Malet.—D. José Casabona.—D. José Buach.—El doctor Rovira.—D. Esteban Llovera.—Doña Susana Claretona y D. Francisco Felonch.—D. José Manso.—Llanos.—D. Sebastián Gotti.—D. Cosme Merles.—D. Salvador Vendrell.—D. Juan Jordá.—Porta.—Palou.—Pedro Berot.—D. Antonio Franch.

D. Juan Baget acudió por orden del gobernador de Lérida en socorro de los vecinos de Albelda, lo mismo que D. Felipe Perena. Su intervención en la lucha fué de grandísima importancia, y los franceses, batidos por ambos guerrilleros en Tamarite, se retiraron á Barbastro, dejando un destacamento de 200 hombres en Monzón, que los naturales de la villa arrojaron bien pronto de ella, ocupándola Perena y sus partidarios y dirigiéndose Baget á Fonz.

Para vengar estas afrentas reunieron los imperiales crecidas fuerzas á lo largo de la orilla derecha del Cinca, y el día 16 de Mayo de 1809 cruzaron este río por el vado y barca del Pomar, atacando á Monzón y á los *miqueletes* de Perena creyendo seguro el triunfo, pero *miqueletes* y pueblo los repelieron con gran bravura y hasta los desalojaron del lugar del Pueyo. Insistieron al día siguiente, llegando á penetrar en las calles de Monzón después de una encarnizada lucha y merced á la superioridad de sus fuerzas... ¡Inútil triunfo! D. Juan Baget acudió con sus guerrilleros desde Fonz, y los franceses tuvieron que salir de Monzón y abandonar su empresa, con pérdidas muy considerables.

Dispuestos, sin embargo, á no cejar en su empeño y destruir á nuestros guerrilleros, pidieron socorros á Barbastro, de donde salieron en su ayuda 2.000 hombres, que no pudieron vadear el Cinca por haberse salido de madre á causa de un terrible temporal, quedando por tal causa incomunicados los franceses de ambas orillas.

Para salvarse del peligro en que se encontraba la columna que había atacado á Monzón tan sin resultado, corrió hacia Albalate en busca del puente de Fraga, pero habiendo previsto ese movimiento el gobernador de Lérida les cerró resueltamente el paso; hostigados por el paisanaje, cazados por los guerrilleros, corriendo de un lado á otro, tuvieron al fin que rendirse, y el 21 de Mayo se entregaron prisioneros á Perena y Baget los 600 hombres que formaban la columna invasora.

Siempre en movimiento nuestros dos caudillos siguiendo la orilla izquierda del Cinca, mantuvieron constantes y sangrientos choques con los imperiales, sacando de ellos grandes ventajas, matándoles muchos hombres y cogiéndoles los víveres que destinaban para el mantenimiento de sus columnas, hasta que, viéndose atacados por fuerzas muy numerosas, se replegaron Perena y Baget á Lérida, Mequinenza y otros pun-

© Biblioteca Nacional de España

tos, desde los cuales hacían frecuentes salidas contra los franceses.

En el mes de Agosto los bonapartistas que había en Barbastro y otros varios pueblos de aquel distrito se encaminaron á Zaragoza, temerosos de alguna sorpresa por parte de los nuestros, llevándose sus enfermos y heridos, é inmediatamente ocupó Baget con sus voluntarios los citados puntos.

Por desdicha nuestra, el bravo guerrillero D. Juan Baget fué hecho prisionero y conducido por los imperiales á Zaragoza, causando este golge profunda sensación en todo el país que le admiraba tanto como le quería.

***

D. Juan Clarós era, como recordarán nuestros ilustrados lectores, uno de los patriotas más insignes del antiguo principado catalán y de España.

No sólo atendía á la guerra de las montañas, sino que también se ocupaba de la triste situación de Barcelona, cada vez más deseosa de romper el ominoso yugo á que los franceses la tenían sujeta, y para cuya realización los barceloneses puede decirse que vivieron en perpetua conspiración, sin que el mal éxito de una fuera obstáculo para intentar otra.

Entre los auxiliares más resueltos con que fuera del recinto podían contar los barceloneses, era el principal D. Juan Clarós.

En la noche del 9 de Marzo de 1809 debía estallar una conspiración que de largo tiempo se venía preparando. Al encenderse una hoguera en las alturas del vecino pueblo de Mongat, los conjurados debían arrojarse sobre la guardia de la puerta del Angel y facilitar la entrada á los nuestros, al tiempo mismo que los buques ingleses que cruzaban aquellas aguas rompían el fuego contra los fuertes de la plaza.

Una borrasca deshecha impidió á nuestros guerrilleros vadear el Besós, cuyo caudal de aguas venía terriblemente engrosado por una gran avenida, y obligó á los barcos de la Gran Bretaña á alejarse.

El más comprometido en aquel fracaso fué el intrépido Clarós, que, de acuerdo con Milans y los conjurados, y protegido por las sombras de la noche, había avanzado hasta colocarse á tiro de cañón de la plaza por el lado de la puerta del Angel, á fin de estar pronto á introducirse en Barcelona con sus *miqueletes* en cuanto aquélla se abriera.

En vano esperó allí la señal el valiente caudillo, y cuando desesperanzado ya al ver que aparecían en el horizonte las primeras tintas de la aurora se disponía á retirarse, fué descubierto por los franceses que acudieron á hostilizarle, procurando cortarle la retirada. ¿Cortar la retirada á Clarós y sus *miqueletes*? Más fácil les habría sido detener el curso del sol.

—*¡Minyons!*—gritó Clarós.—*¡Via fora, somatén! ¡Desperta ferro!*

—*¡Desperta ferro!*—contestaron sus *miqueletes*.

¿Qué pasó entonces?

Imposible decirlo.

Clarós y sus guerrilleros, rodeados por todas partes, arrollaron á los franceses, y rompiendo el cerco en que los tenían encerrados, llegaron hasta las montañas vecinas, en las que se hicieron fuertes, y á las que no osaron llegar los bonapartistas, á pesar de su ponderado valor.

Pocas horas después, este incansable guerrillero y sus *miqueletes* tomaban parte en la acción de Molins de Rey, donde llegaron á las tres y media de la tarde, teniendo que vadear el Llobregat con el agua á la cintura á fin de amenazar la retaguardia del enemigo que llevaba un convoy á Barcelona.

Desde entonces, y en unión de los caudillos Milans, Rovira, Llovera y otros, recorría Clarós la tierra que media desde Hostalrich, por Santa Coloma, hasta la plaza de Gerona.

El 24 de Julio de 1809 dirigió D. Juan Clarós, desde la villa de Besalú, una proclama á los ampurdaneses, exhortándoles á tomar las armas para socorrer á la inmortal Gerona, proclama de la cual vamos á transcribir algunos párrafos:

«¡Ampurdaneses, acordáos de aquellos felices días en que obedeciendo mis órdenes arrollásteis á los esclavos de Napoleón en las llanuras del Plá, en Cotó, en Rosas y en los pasos del Monroig y de Campmany! ¡Reanimad vuestro valor! ¡Inflamad vuestro pecho!

© Biblioteca Nacional de España

Si algunos sucesos desgraciados han empañado aquel ardor formidable con que os hicísteis temer, esto mismo os sirva de estímulo para hacer brillar de nuevo vuestro heróico ardimiento, dejando atónito al enemigo al ver salir del terreno que ya cree conquistado nuevas tropas que le aterren, y que acaben de llenarle de vergüenza y de ignominia.

¡Ampurdaneses! vosotros habéis probado ya su intolerable yugo; ¿y quién mejor que vosotros puede romper las cadenas de hierro con que os tiene encadenados? No os falta valor, os sobran motivos de venganza, y se os presenta la ocasión de salir del cautiverio. Gerona, la interesante Gerona os llama á su socorro para llenaros de honor; su importancia ya la véis; ¡é infelices de vosotros si esa ciudad se perdiera! ¡Por cuanto tiempo se alargaría vuestra dura esclavitud! Y al contrario, ¡cuán cercano está el día de vuestra redención gloriosa, si el tenaz enemigo que la sitia cae en sus muros hecho presa de su misma tenacidad! Seguros entonces vuestros intereses, libres vuestras esposas é hijas del peligro de bárbara violación á que están expuestas cada día, exentos vosotros del sacrificio á que un conquistador atroz os tenía destinados en los países del Norte, daréis gracias al Dios de los ejércitos, y bendeciréis el día en que habréis volado á las armas para lograr tanto bien.

Este se aproxima, bizarros ampurdaneses, si podemos conseguir la redención de Gerona, y que batido el enemigo frente á los muros de aquella plaza inmortal quede arrinconado en Barcelona y Figueras. Otro tanto hicísteis un año há con un puñado de gente, obligando al bárbaro Duhesme á vergonzosa fuga; ¿qué haréis ahora auxiliados de un ejército formidable, y dirigidos por un general en cuyo celo y talentos tenemos la garantía más segura de la victoria?»

No se perdieron en el vacío las palabras de Clarós, y de todos los pueblos del Ampurdán salieron nuevos combatientes á pelear por la libertad de Gerona.

Cuando el insigne D. Mariano Alvarez dispuso la salida de la plaza de una columna que, bajo las órdenes de D. Blas de Fournas, ayudase al movimiento combinado por Blake y los guerrilleros, y auxiliase la entrada en la plaza del convoy que traía el general García Conde, llamando la atención del enemigo por el lado de Monjuich, Clarós penetró hasta San Medir, causando grandes pérdidas al enemigo, mereciendo que Blake, en el parte que envió á la Junta Central, le citase con grande elogio.

En el enviado por Clarós á Blake le recomendaba, por la bravura que habían mostrado, al doctor Rovira, á D. Francisco de Paula Clarós, mayor del *Tercio de Figueras*, al presbítero D. Miguel Malet, al doctor don José Casabona y á otros.

El 16 de Octubre, D. Juan Clarós y D. Esteban Llovera marcharon á Darnius, para observar al enemigo y embarazar el tránsito de los convoyes. Noticiosos de que era diario el paso de éstos, salieron el 17 á tomar posiciones en la altura de Monroig, junto al puente de Campmany. A las diez de la mañana se presentó el enemigo, procedente de Figueras, en número de 2.000 infantes y 60 caballos, con dos cañones, escoltando un convoy de 50 carros. Dió Clarós la voz de ataque, y rompieron los nuestros el fuego, al que los imperiales contestaron con firmeza, logrando, protegidos por la caballería, de que Clarós carecía, poner en salvo el convoy; mas perseguidos por los nuestros, emprendió la infantería una espantosa huída dejando en nuestro poder un oficial y 18 soldados prisioneros y un número considerable de muertos y heridos.

Retirado Clarós á Darnius, tuvo un nuevo aviso de que venía otro convoy de Francia para Figueras y el ejército sitiador de Gerona, é inmediatamente salió con Llovera á ocupar las mismas posiciones de la víspera. No tardaron los franceses en presentarse y en ser atacados por los nuestros. A pesar de la superioridad de sus fuerzas y de sus mejores armas, perdieron los imperiales varios carros del convoy, un capitán y 50 soldados que fueron aprisionados y muchos muertos y heridos. Nuestras pérdidas sólo ascendieron á tres muertos y siete heridos.

Los 80 prisioneros hechos en ambas acciones los envió Clarós á Manresa.

El 29 de Noviembre sostuvo Clarós, en

© Biblioteca Nacional de España

unión de Rovira, un fuego horroroso de cuatro horas en la villa de Besalú.

La Junta Central, enterada de los hechos de Clarós, autorizó al general en jefe del ejército de Cataluña para que recompensase al ya teniente coronel D. Juan Clarós por los *continuados y grandes servicios que le distinguen.*

***

El presbítero D. Miguel Malet combatió en diversas ocasiones al lado de su jefe y amigo D. Juan Clarós, al frente del somatén del pueblo de Camprodón que mandaba, mereciendo que Clarós le dedicase en repetidas ocasiones justificados elogios.

***

En Setiembre de 1809, cuando Blake organizó aquella poderosa combinación de tropas y guerrilleros para socorrer á Gerona, presentóse en el campo de batalla, como uno de los mejores paladines de la causa nacional, el doctor D. José Casabona, al frente del *Tercio de Olot* que trajo organizado en cinco compañías. Casabona y sus guerrilleros dieron en aquellos días, tan aciagos para Cataluña en particular y para España en general, tales pruebas de valor, que Clarós los citaba en sus partes á Blake con bastante frecuencia y con grandísimo encomio.

***

Entre las guerrillas que mayores daños causaban en Cataluña, y muy especialmente en Gerona, al enemigo, merece ser citada la que mandaba D. José Buach, teniente del *Tercio de Figueras*, compuesta de 20 hombres.

El 28 de Octubre de 1809 Buach, en cumplimiento de las instrucciones de su jefe don Juan Clarós, atravesó el camino real que va de Figueras á Gerona, al objeto de conocer la situación y proyectos de los imperiales, los que, según noticias, conducían muchos víveres de Rosas á Figueras y á los sitiadores de Gerona, habiendo llevado su audacia Buach hasta llegar á la villa de Castellón de Ampurias, sabedor de que en el mesón había un destacamento francés. Llevado de su natural ardimiento, y sin saber el número de sus enemigos, cercó el mesón, penetró en el patio, arrolló á cuantos franceses quisieron oponérsele, y se trajo prisioneros doce soldados, y con ellos las pipas de aguardiente y comestibles que en varios carros conducían á Figueras procedentes de Rosas.

***

La triste situación de España tenía amargado el ánimo de todos sus hijos.

Pero en Cataluña, en esta noble tierra en que sus hijos son tan amantes de su país, Barcelona sujeta á la voluntad del invasor, y Gerona entregada á todos los horrores de un sitio tan cruel como porfiado, excitaban aún más los sentimientos de los catalanes, que en poco tiempo organizaron contra los imperiales una de las defensas más formidables que registra la historia de ningún pueblo.

De la antigua é histórica ciudad de Vich salió á pelear por Cataluña y por España el doctor D. Francisco Rovira, cuya vida es una serie no interrumpida de gloriosos hechos.

Audaz, infatigable, conocedor de la tierra, el doctor Rovira era uno de los mejores campeones de la independencia nacional.

Colocado al frente de los expatriados del Ampurdán, tuvo en el mes de Abril de 1809 un choque feliz en Báscara con los imperiales, en que ya les demostró su arrojo y su valía.

En Mayo, cuando el ataque en el *Esquirol* á la vanguardia francesa mandada por Lecchi, Rovira y sus guerrilleros embistieron con tal bizarría á los imperiales, que en algunos momentos les causaron 80 bajas.

El 8 de Julio fué enviado Rovira para averiguar si, como se aseguraba, los franceses tenían en el castillo de Montagut una batería para ofender á la plaza de Gerona, y si las legiones bonapartistas podían pasar de Gerona á Figueras, de cuyo castillo y Francia recibían cuanto necesitaban los sitiadores de la invicta ciudad. Rovira llevó

© Biblioteca Nacional de España

á cabo su comisión con tal acierto y fortuna, que después de un ligero tiroteo, en que causó á los enemigos 38 bajas, se apoderó de un sargento y de varios soldados, con la sola pérdida por su parte de un muerto y cuatro heridos.

Al disponer Blake el auxilio de Gerona, Rovira fué encargado de atacar el castillo de Montagut, con el doble fin de llamar la atención de los franceses hacia aquel lado y permitir que Clarós los batiese por el flanco.

El día 6 de Setiembre atacaron los enemigos á Rovira por las alturas de *Casa Tirolá*, vulgo la Bruguera de San Gregorio, manteniendo á la vez otra gran columna de reserva. Clarós, que vió al valiente Rovira tan comprometido, puso sus guerrilleros sobre las armas, mandando en su socorro á Buach, á Ferrer y á D. Francisco Clarós, visto lo cual por el enemigo comenzó á retirarse con mucho orden; pero avivado el ardor de los nuestros le atacaron con un valor sin igual, obligándole á desordenarse y huir precipitadamente, con pérdida de 40 muertos, muchos heridos y varios prisioneros. Mandaba los franceses el general Verdier en persona, y la columna, al decir de uno de los prisioneros, se componía de 1.500 infantes y gran número de caballos. El *valiente* sitiador de Gerona escapó de nuestros guerrilleros á uña de caballo. ¡Bien se conocía, al verle huir de tal modo, que aquí no estaba frente á una plaza indefensa, ni contaba con 30.000 soldados!

Habiendo sabido Rovira que los franceses se encaminaban á Bañolas en número de 200 infantes y 100 caballos para impedir que los mozos de los pueblos comarcanos acudiesen al somatén mandado levantar en auxilio de Gerona, salió en su persecución matándoles siete, que se rezagaron, pues los demás no osaron esperarle.

Al siguiente día atacó Rovira á Montagut, desalojando de él á los franceses y llegando hasta Sarriá.

Viendo que Clarós combatía al enemigo por la parte de San Medir, determinó atacar á los franceses por segunda vez, lo que efectuaron sus guerrilleros con tanto valor, que en pocas horas destruyó los campamentos de Sarriá y Montrospé, entrando en la batería de *Casa Euroca* y acampando aquella noche en Sarriá y Puig Montagut.

Al amanecer del otro día le atacaron 3.000 hombres; pero á pesar de tan grandes fuerzas Rovira se hizo fuerte en la ventajosa posición de la Mota, de la que no pudieron desalojarle, antes al contrario él fué quien los tomó á ellos muchos fusiles, mochilas y otros varios efectos de guerra, y les causó pérdidas de bastante consideración.

Como se vé, durante todo el sitio de Gerona, Rovira, al igual de los otros guerrilleros catalanes, no escasearon peligros ni fatigas para librarla del pesado sitio que había de inmortalizar su nombre y el de D. Mariano Alvarez.

Vencida Gerona hacía pocos días, el 18 de Diciembre pasaba el general Angereau de la Junquera (frontera de Francia) á Figueras con una división de 3.000 infantes, alguna caballería y artillería, y, para facilitarle el paso, diversas columnas enemigas tomaron las alturas del camino real. Rovira salió á su encuentro con los expatriados del Ampurdán y los guerrilleros de Vich y Figueras y algunos de Manresa, y las persiguió hasta la carretera, produciéndoles una pérdida de 200 hombres, entre muertos y heridos, habiendo consistido la nuestra en nueve muertos y algunos heridos. Continuando la persecución el día 20, Rovira los dió una nueva acometida, en unión de Torrá, causando al enemigo, en diversos encuentros, bajas que se calcularon en 260 hombres fuera de combate, por cinco muertos y 15 heridos que tuvieron nuestras guerrillas.

* * *

D. Esteban Llovera era otro guerrillero amigo y compañero de Clarós, y aún más de Rovira, que mandaba 300 valerosos hijos del Ampurdán, y que D. Mariano Alvarez citaba con elogio al hablar de los encuentros ocurridos en el mes de Abril por las cercanías de Gerona.

Informado el general D. Enrique O'Donnell, que por orden de Blake vigilaba á los imperiales que cercaban la plaza, de que un convoy francés, escoltado por 400 infantes y 40 caballos había llegado á Báscara, y ve-

© Biblioteca Nacional de España

nía para los sitiadores, los atacó con alguna tropa y los guerrilleros de Llovera, obligándoles á encerrarse en la villa, que al fin les tomó por asalto, apoderándose de 50 acémilas y obligando á los que las custodiaban á huir con las restantes á Figueras.

Así en el ataque de Montagut, como en el del campamento de Sarriá y el de Puig Montagut, Rovira recomendaba á la Junta del Principado muy especialmente á Llovera por su valor y su serenidad.

En los ataques de Darnius acompañó Llovera á D. Juan Clarós, que se mostró altamente satisfecho de su bizarro comportamiento, así como del de sus célebres expatriados ampurdaneses.

* * *



SORPRESA DEL CAMPAMENTO DE SARRIÁ (BARCELONA).

Entre las heróicas españolas que tanto contribuyeron á la defensa de la independencia patria, y que tan alto colocaron el honor de su sexo, mereció un lugar distinguido doña Susana Claretona, mujer de D. Francisco Felonch, quien por sus grandes servicios en los somatenes conquistó bien pronto las charreteras de oficial del ejército.

Por informes certificados dé las autoridades de la villa de Capellades y Pobla de Claramunt, ambas pertenecientes á la provincia de Barcelona y partido judicial de Igualada, y por los partes oficiales del comandante de la división del Llobregat, remitidos al Secretario del Despacho de la Guerra en la Junta Central por el teniente general marqués de Coupigny, se supo que la citada doña Susana asistió con su marido á varias acciones de guerra, desde el comienzo de la lucha, y que en una de ellas, encontrándose cercada por varios coraceros franceses, y separada de los *miqueletes*, con un valor sobrehumano se abrió camino, sable en mano, matando algunos coraceros y logrando reunirse de nuevo á su partida, siendo nombrada por semejante hazaña comandante de somatenes, al igual de su esposo.

El día 14 de Marzo de 1809 intentaron los

© Biblioteca Nacional de España

imperiales penetrar en la villa de Capellades, pero los guerrilleros de Felonch lo impidieron, y doña Susana se hizo notar otra vez por su pasmosa serenidad y las contínuas descargas de su trabuco, hasta que el enemigo se pronunció en vergonzosa fuga, dejando el campo sembrado de cadáveres y en nuestro poder bastantes prisioneros.

Con el mismo denuedo y constancia continuó peleando doña Susana por la causa nacional, distinguiéndose en cuantas acciones tomaba parte, hasta que en un encuentro, ocurrido entre el somatén que mandaba su esposo y los imperiales, salió herida de gravedad.

La Junta Central, atendiendo á los méritos de dicha señora y á las recomendaciones del general marqués de Coupigny, concedió á doña Susana Claretona el empleo de oficial de ejército, y mandó publicar en la *Gaceta* sus relevantes hechos elogiando de la manera más cumplida los rasgos de valor y lealtad de esta señora, que en unión de los realizados por las mujeres de Madrid, de Zaragoza, de Gerona, de Astudillo, de Mérida y de tantos otros puntos, elevaron al más alto grado el heroísmo de las españolas.

No será esta la última guerrillera de quien hayamos de ocuparnos, para honra de su sexo y gloria de España.

*
* *

Recordarán nuestros lectores la vuelta de Manso á Borradá, después de la toma de Rosas.

Extraviada la opinión por la pérdida en el sitio de Rosas de casi todos los jóvenes salidos con Manso de Borradá, la mayor parte de los cuales cayeron muertos en la defensa de la plaza, ó se vieron prisioneros de los franceses, no regresando á la villa más que ocho ó diez, sus parientes y amigos, ciegos por el dolor y la cólera, se empeñaron en exigir cuenta del mal resultado de aquella expedición al noble Manso, que, para salvarse de tan gran peligro, se vió obligado á trasladarse á Berga. Crecieron con su marcha las sospechas, y las justicias de Borradá le declararon ¡traidor! procediendo á embargarle los paños y efectos que constituían toda su fortuna.

Manso, despreciando tamaña acusación, y sin cuidarse para nada de su hacienda, partió de Berga para Igualada, incorporándose al tercio de las compañías perdidas en Rosas, que mandaba, en unión de otras fuerzas, el general Castro, siendo nombrado teniente de una ellas, poco después habilitado, y seguidamente ayudante del mayor general de aquella división D. Agustín Armada.

Pero los vecinos y justicias de Borradá, ignorantes de todo esto, y tenaces en su empeño, continuaron la persecución de Manso, nombrando una comisión compuesta de dos regidores del ayuntamiento, la cual se presentó en Igualada á pedir al general en jefe del ejército de Cataluña que aprobase la sentencia dictada contra Manso y el embargo de sus bienes.

Para comunicarse con el mayor general y que éste los presentara á Blake, buscaron á su ayudante, y ¡cuál no sería su asombro al encontrarse con Manso! Avergonzados de su conducta no presentaron la petición, pero Manso se lo reveló todo al general, y éste mandó levantar el embargo, indignado del proceder de los vecinos de Borradá que pretendían hacer responsable al joven oficial de los azares de la guerra, azares de que él había sido por su patriotismo y su valor una de las primeras víctimas.

En Baquerisas, tres horas distante de Esparraguera, se hallaba Manso, sin haber tomado parte en las operaciones de aquellos días, cuando sabedor de que se intentaba un ataque contra la villa de Tarrasa, de que estaban apoderados los franceses, pidió al mayor le permitiese concurrir á la jornada.

Se le dió el mando de una compañía, y con ella marchó Manso sobre el enemigo; éste rechazó á nuestras tropas, que sostuvieron en la retirada decidida resistencia apoyadas en un olivar. Manso, al frente de su compañía, impidió desde él el paso de un barranco y evitó que la retirada se convirtiese en dispersión, regresando á Esparraguera á las órdenes del indicado general.

Advertido de que los franceses salían diariamente á recoger forraje por las cercanías de Hospitalet con una escolta de 30 á 40 caballos é igual número de infantes, formó

© Biblioteca Nacional de España

Manso el proyecto de apoderarse de ella. Obtuvo el permiso del general, y le fueron dados para la expedición 30 infantes y 40 caballos, y con ellos salió de Esparraguera la noche del 14 de Mayo (1809), acompañado del capitán D. José Jalón. Se hallaba situado en la ermita del Velviche, al amanecer del 15, cuando salieron de Barcelona 50 caballos franceses y 50 infantes italianos en dirección del Hospitalet. Los dejó pasar del punto en que se hallaba, y los acometió de improviso, cortándoles la retirada á Barcelona, logrando hacer 34 prisioneros, apoderándose de 36 caballos y dejando los demás heridos ó dispersos, encaminándose luégo á Martorell.

Por aquel señalado triunfo fué ascendido á capitán. Es de advertir que en esta acción no resultó ningún muerto por nuestra parte, habiendo tenido Manso especial cuidado en que no se rematara á los prisioneros; en lo sucesivo hizo lo mismo, no permitiendo que sus tropas se encarnizaran con los vencidos.

En 3 de Junio dispuso otra sorpresa á la guarnición que los enemigos tenían en la altura de San Pedro Mártir, inmediato á Barcelona. Tomó 40 hombres escogidos, y ocultándose entre los matorrales que circundan el santuario, esperó á que la guarnición hiciese la salida de la mañana, y cayendo de repente sobre los franceses les hizo 25 prisioneros.

El 8 del mismo fué comisionado para reconocer la batería que el enemigo había levantado á la izquierda de la *Creu Cuberta*, á tiro de cañón de Barcelona. Mandaba la expedición un coronel, y se dispersó en Esplugas á consecuencia de una alarma falsa, pero Manso, con solos nueve húsares y un sargento, se encaminó á ella, dejó su caballo por resistirse á pasar el foso, lo hizo él por su pie, trepó á la batería, que reconoció, y encontrándola abandonada extrajo de ella algunas herramientas. Seguidamente se encaminó al pueblo de Sans, y animó á los pocos soldados que le acompañaban á esperar con él una descubierta que diariamente salía de Barcelona. Al amanecer vieron adelantarse la descubierta, compuesta de nueve coraceros y un sargento, salió Manso á ellos y los cargó con decisión, resultando cinco franceses heridos y tres prisioneros. En esta ocasión hizo uso Manso de su acostumbrada piedad, poniéndose á curar por sí mismo á dos de los prisioneros.

Sin disciplina ni organización se hallaban en Villarana 800 hombres que habían sido sacados de los pueblos por la necesidad de aumentar de cualquier modo las fuerzas del ejército nacional. Tan desplorable era el estado de aquella gente, que ni reconocía superiores, ni respetaba jefes, llegando á hacer fuego á los que les enviaban; la ocupación de aquella gente era tirar tiros al aire, con lo que alarmaban á los habitantes, llegando éstos á temerlos más que á los mismos franceses. Para hacerlos útiles á Cataluña y á su patria y reducirlos á la obediencia eligió el general Villarreal á Manso.

Honrosa, pero peligrosísima era la comisión.

Manso, ni humilde, ni altanero, digno, y sobre todo sereno y frio, se dirigió al encuentro de aquellos hombres. Su juventud, su aire marcial, sus palabras, sus modales impresionaron á su favor á aquellos hombres indisciplinados y atrevidos.

Tranquilo y desarmado se presentó en medio de ellos, y comenzó á dirigirles la palabra. Sus primeras frases fueron acogidas con risas y silbidos, después con chanzonetas y burlas; pero Manso, impasible y sereno continuó su arenga, y ya algunos impusieron silencio á los otros; surgió la disidencia entre ellos, y por fin se hizo el silencio, que Manso aprovechó con suma habilidad para proseguir su discurso.

El joven oficial les habló de la patria oprimida, del rey prisionero, de la religión escarnecida, de sus mujeres y hermanas violadas, de sus ancianos padres asesinados, de sus haciendas incendiadas, y concluyó con estas frases:

—Si hay entre vosotros un catalán que sea capaz de hacer traición á Cataluña, un mal español que no acuda á la defensa de España, un hijo criminal que no escuche los clamores de la patria, madre amantísima de todos, que salga de entre las filas á cruzar sus armas con José Manso, que antes quiere morir mil veces que llegar á saber

© Biblioteca Nacional de España

que en la noble tierra catalana ha podido nacer un mónstruo semejante.

Aquellos 800 hombres, antes sediciosos, levantiscos y audaces, que no reconocían ley alguna, ni obedecían la voz de ningún jefe, subyugados por las palabras de Manso, le alzaron en sus hombros, le proclamaron por su capitán, se pusieron incondicionalmente á sus órdenes, y le pidieron que los llevara en busca del enemigo para lavar con sangre la mancha que habían arrojado sobre ellos, sobre sus familias y sobre Cataluña.

Manso les dijo que, en efecto, habían cometido un delito de lesa nación indisciplinándose al frente del enemigo, añadiendo, que si su arrepentimiento era sincero y sus deseos de pelear verdaderos, precisaba, ante todo, que entrasen prontamente en una disciplina regular y en una ordenanza justa, que les permitieran buscar al enemigo, no como ciegos que sólo van á buscar la muerte, sino como hombres que van á combatir por su patria, por su libertad y por la honra de sus familias y á vender caras sus vidas.

A invitación de Manso, aquellos hombres, momentos antes tan incorregibles, se señalaron á sí mismos las penas con que debían ser castigados los que incurriesen en nuevos desórdenes. (Por cada disparo debía pagar dos reales de multa el que lo hiciere ó el que estuviere más inmediato, y cuatro si se resistía y daba lugar á que se diese parte al jefe.) Asombrado de su triunfo el general, confió los 800 hombres á su mando. Con ellos conservó el pueblo de Villarana, que con mucha frecuencia era atacado por los franceses; fortificó sus cercanías, como también las gargantas que caen sobre el puente de Molins de Rey.

El 21 de Junio, al frente de ellos, hizo evacuar á 1.000 franceses el pueblo de San Boy, y el 27 del mismo volvió á rechazarlos en Martorell, librando de caer prisionera una compañía de cazadores.

Reunido á Manso el contigente de 10.000 hombres de los 100.000 con que hubo de determinar Cataluña reforzar su ejército, redujo este número á solos 1.500 por ser los únicos hábiles para afrontar las penalidades de la guerra, valiéndose de una estratagema para entresacar los quintos útiles. Mandó formar toda la gente en la carretera real, clasificando el contingente de cada pueblo; recorrió toda la línea en un escape de caballo ordenando que los que no poseían armas saliesen al frente. Dió inmediatamente otra carrera y la orden de que los que tenían armas y eran inútiles saliesen de las filas; recogió á éstos el armamento y lo entregó á los jóvenes robustos que no las poseían, y acto contínuo publicó otra orden para que los que quedaban desarmados marchasen á sus respectivos pueblos, bajo la pena de 200 palos al que no lo verificase en el acto.

Con esta gente y el refuerzo de una partida de caballería, dos cañones y un obús, no pasaron tres días en Julio y Agosto sin que sostuviese alguna acción, perdida siempre por los franceses. Estos le atacaron vigorosamente desde el 30 de Agosto al 2 de Setiembre en Molins de Rey; pero allí rechazó á 300 enemigos con dos piezas de artillería.

Por tan repetidos triunfos, fué conferido á Manso el empleo de teniente coronel.

En los meses de Setiembre y Octubre ocupó el puente de Molins de Rey y Pallejá, en cuyo tiempo concurrió á diversas acciones de guerra.

En 24 de Noviembre mandó la columna de ataque en San Feliú de Llobregat, y el 26 atacó á 1.500 enemigos en el pueblo de San Boy obligándoles á desalojar aquel punto.

Había recibido aviso de que los franceses, en número de 1.600 infantes y 600 caballos, habían pasado el Llobregat cerca de San Boy, y se dirigió á sorprenderlos al pueblo de Viladecans, á pesar de no contar más que con dos compañías y 20 caballos. Emboscó las compañías, y con sólo los 20 caballos se adelantó á provocar á los imperiales con ánimo de atraerlos á donde tenía sus infantes.

Al llegar al pueblo y observar que los franceses dormían tendidos en las calles, se arrojó sobre ellos al grito de:

—¡*San Jordi* y Cataluña!

Imposible pintar la confusión que siguió á esta sorpresa y á este grito.

Ahora bien; como los franceses eran muchos, bien pronto montaron á caballo bas-

© Biblioteca Nacional de España

tantes ginetes y cargaron sobre la pequeña fuerza de Manso.

Los nuestros se defendieron bravamente. Sus sables hendían de cada golpe un francés. Los imperiales, furiosos, los atacaban con porfiado empeño, y los catalanes los acuchillaban sin piedad, excitados por el intrépido Manso.

Temerosa nuestra infantería de que algo le hubiese ocurrido á su jefe, salió de su emboscada y avanzó hacia el pueblo cuando Manso y sus héroes se replegaban. Los imperiales, al ver las nuevas fuerzas que se les venía encima, se retiraron precipitadamente al pueblo, donde se hicieron fuertes y del que no osaron salir.

Con estos triunfos el nombre de Manso se rodeaba cada día de nueva gloria, y sus hombres le seguían con una obediencia ciega, seguros del triunfo, porque el joven oficial unía á un arrojo extraordinario, una serenidad pasmosa y una prudencia exquisita; había nacido, en fin, para la guerra.

* * *

El guerrillero Llanos, que operaba con su partida en la provincia de Lérida, era la constante pesadilla de los imperiales.

Llanos decía en el pintoresco lenguaje del pueblo:

—Yo he salido de mi casa para matar *gavachos* y los mato.

Y así lo hacía.

Pero su mayor empeño consistía en despojar á los imperiales de lo que robaban á los pueblos y á las iglesias. Llanos odiaba más al francés por ladrón que por soldado, y á donde quiera que los bonapartistas iban á practicar sus malas artes allí los seguía Llanos con sus incansables guerrilleros.

En pocos días presentó al gobernador de Lérida (Noviembre de 1809) ocho cargas de dinero, de lámparas, cálices, alhajas, y varios prisioneros.

Soldados y paisanos admiraban á Llanos, verdadera policía de los imperiales, que se portaban en España no como soldados sino como bandoleros.

* * *

D. Sebastián Gotti mandaba otra guerrilla que recorría el llano de la provincia de Barcelona.

Joven y valiente, fué uno de los que se negaron en Barcelona á prestar juramento de fidelidad á José, perdiendo el magnífico empleo de Vista de la Aduana que disfrutaba.

De familia rica, de gran corazón y de patrióticos sentimientos, Gotti levantó á sus espensas una guerrilla, conforme al reglamento dictado por la Suprema Junta en Sevilla, y con ella, y confiado en su buena estrella, se lanzó al campo, sin apartarse mucho de las murallas de Barcelona.

Difícil sería citar las sorpresas y derrotas que proporcionó á los imperiales, ni consignar las muchas pérdidas que les causó, todas ellas bajo el cañón de la plaza, con una osadía que rayaba en temeridad.

Juraron los franceses coger á Gotti muerto ó vivo, y dispusieron varias columnas encargadas exclusivamente de perseguirlo y encadenarle.

Con efecto, el 6 de Noviembre de 1809 fué sorprendido con sus 30 hombres cerca de Santa Coloma de Gramanet, junto al río Besós, por sextuplicadas fuerzas, que le rodearon impidiéndole todo movimiento.

Resuelto á vender cara su vida, Gotti aceptó la lucha y comenzó uno de esos combates terribles, sangrientos, feroces.

Al fin Gotti hubo de entregarse prisionero... ¿Cuándo? Cuando de sus 30 hombres había perdido 20.

¿Y con qué condiciones se entregó? Con las de entrar en Barcelona con todos los honores militares y á tambor batiente.

¿No parece esto increíble?

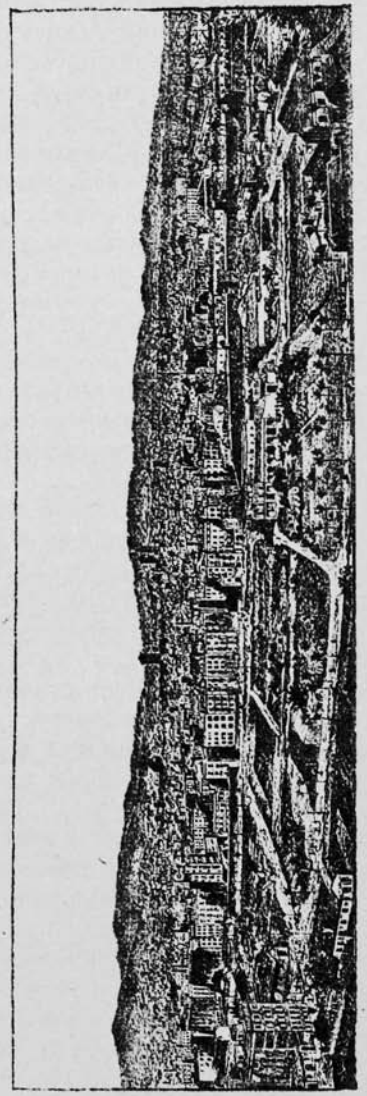
Tan heróica había sido su resistencia, que los franceses, asombrados de semejante valor, accedieron á ellas, y aquella misma tarde presenció Barcelona uno de esos espectáculos que si entristecen al corazón levantan el espíritu, y que hacen llorar á la vez de dolor y de alegría, de pena y de felicidad, de sentimiento y de orgullo.

La noticia de la entrada de Gotti y sus guerrilleros circuló rápidamente por la ciudad, y todas las calles del tránsito se vieron llenas de patriotas, y en todos los balcones y ventanas aparecieron los bellos rostros de

© Biblioteca Nacional de España

las hijas de Barcelona, ansiosas de presenciar la entrada de aquellos héroes.

Bien hubiera querido el general francés impedir aquella manifestación, pero ya era tarde, y se limitó á poner en armas la guarnición dispuesto á ahogar en sangre cualquier movimiento.



VISTA DE BARCELONA.

A las tres de la tarde entraron los prisioneros en Barcelona.

Delante de ellos iba un tambor batiendo la marcha española.

Seguía Gotti con el sable desnudo y la sonrisa en los labios.

Detrás venían los diez valientes, resto de aquel puñado de héroes.

En todos los semblantes se retrataba la pena y la alegría.

Las mujeres agitaban sus pañuelos con entusiasmo y lloraban.

Los hombres se descubrían con respeto y juraban en voz baja tomar sangrienta venganza.

El acto era imponente y el silencio elocuentísimo.

Los soldados franceses miraban con asombro á aquellos héroes.

Con este aparato militar llegó Gotti al palacio del Gobernador, donde él y sus guerrilleros depusieron las armas y quedaron prisioneros.

No tardaron los imperiales en enviar á Francia á D. Sebastián Gotti y á sus compañeros de armas para hacerles pasar una vida de privaciones y de miserias.

Allí, en extranjera tierra, falleció, como tantos otros, aquel modelo de patriotas y de caballeros, lejos de los suyos, soñando en la libertad de su querida patria.

* * *

Los rasgos de valor y temeridad de nuestros guerrilleros eran iguales en Aragón que en Castilla, en Galicia que en Extremadura, en Andalucía que en Cataluña.

D. Cosme Merles, más conocido por *El Cosme*, mandaba el somatén del Llobregat, tan temido de los imperiales.

D. Salvador Vendrell tenía á sus órdenes algunos hombres del *Tercio de Cervera*, del que era sargento.

Ambos rivalidaban en valor y en osadía, y eran grandes amigos.

Un día, el 5 de Diciembre de 1809, unidos los dos, se presentaron á un tiro de piedra de la Puerta Nueva, de Barcelona, y prendieron á los dos centinelas. No satisfechos con esta acción, se encaminan á la puerta de San Antonio, en la que se hallaba de guardia un coracero, del que se apoderaron también, llevándose á los tres prisioneros á Martorell.

© Biblioteca Nacional de España

Siempre dispuestos á ejecutar hazañas como ésta, el día 6 se presentaron en las inmediaciones del fuerte Pío y arrebataron á los franceses 200 carneros que allí tenían pastando.

El día 7, sabedores de que algunos oficiales y empleados del Gobierno del rey intruso se entretenían en cazar bajo el amparo de los cañones de la batería de la *Creu Coberta*, se propusieron cazarlos á ellos, y, en efecto, apenas se presentaron los nuestros echaron á correr los franceses, que de seguro hubieran sido *cazados* por Merles y Vendrell á no acudir en su auxilio una partida de caballería que iba á relevar las guardias.

Estas atrevidas acciones traían abochornados á los *invencibles*, pero aún más al catalán renegado, al blasfemo Bernat de las Casas, que se complacía en atormentar y en mandar fusilar á cuantos españoles caían bajo su férula.

* * *

D. Juan Jordá mandaba una partida que recorría la provincia de Gerona con éxitos siempre favorables para la causa nacional.

En lucha perenne con los imperiales, el día 19 de Diciembre de 1809 se batió con su guerrilla contra un destacamento francés que custodiaba un gran convoy en las cercanías del pueblo de Massanet, arrollando á los imperiales y cogiéndoles todo el botín.

Los franceses, avergonzados de su fuga, enviaron al jefe de los nuestros una especie de cartel desafiando á él y á sus partidarios. Jordá les contestó aceptando el reto y diciendo:

—Lucharemos mis 20 guerrilleros y yo, contra 50 franceses.

A pesar de que el partido no podía ser más ventajoso, los imperiales no se presentaron al día siguiente, y los nuestros tuvieron que retirarse grandemente apesarados por no haber podido realizar la lucha á que habían sido retados por los *invencibles*... fanfarrones.

* * *

El valiente Porta, hombre muy querido en todo el Ampurdán, comandaba una partida que, desde la raya de Francia á la Junquera y Figueras, no dejaba transitar un convoy sin hacerle sentir todo el peso de su valor y el de sus valientes ampurdaneses.

* * *

Palou, nombre con que en todo el llano de Barcelona se le conocía, era otro guerrillero cuyas hazañas llenarían un libro, y para juzgar al cual bastará decir que con sus 40 partidarios detuvo en el estrecho y escabroso paso de la *Pomareta* á 1.200 infantes y 40 caballos, que iban á apoderarse de las alturas de Monseny, que se elevan entre los ríos Llobregat y Ter.

* * *

Digamos algo de Pedro Berot.

Era Pedro Berot un guerrillero que se consideraba como rey y señor absoluto del valle de Arán, situado en el centro del Pirineo y perteneciente á la provincia de Lérida, en la frontera de Francia.

Sus excursiones se extendían á la provincia de Huesca, y de todos los valles era querido y en todos contaba con amigos, valedores y partidarios.

Mucho inquietaba á los imperiales la actitud de aquellos valles, especialmente el de Arán, por su posición tan cercana á Francia, razón por la cual intentaron una batida contra los nuestros; pero el valiente Pedro Berot los rechazó en el puerto de Benasque, causándoles tantas pérdidas, que los bonapartistas retrocedieron con espanto, y no osaron penetrar otra vez por aquellos terribles desfiladeros, por aquellas sierras siempre cubiertas de nieve y defendidas por tan bravos campeones.

* * *

D. Antonio Franch, al que ya vimos y admiramos en las memorables jornadas del Bruch, fué nombrado sucesivamente *Baile* de Igualada, su villa natal, vocal de la Junta de observación y defensa del corregimiento de Villafranca y comisionado por la Junta Superior del Principado para reunir soldados dispersos y desertores y allegar vo-

© Biblioteca Nacional de España

luntarios para formar batallones, á los cuales racionó y equipó á sus espensas, dando así una prueba de generosidad y de desinterés el que tantas había dado de valor y patriotismo.

Con motivo de una alarma ocurrida el día 14 de Marzo de 1809, se ausentaron de Igualada el alcalde mayor, algunos regidores y el factor de víveres, y D. Antonio Franch se hizo cargo de la alcaldía, y, en vista de un oficio que recibió de *Casa-Masana* anunciándole que los franceses estaban en Manresa, levantó rápidamente un somatén de 500 hombres, enviándolos, con una compañía de la *Santa Cruzada* á Coll-Manresa, con víveres y municiones. Este somatén cogió á los franceses dos carros capuchinos cargados de municiones, que al instante remitió á la Junta corregimental de Cervera.

Después, y luego de ofrecer para proseguir la lucha á un hermano suyo, que se hallaba en Rosas, y á otro, que era teniente del regimiento de Granada, Franch comandó las guerrillas que riñeron en 1809 las brillantes acciones de Joiba, Olesa, San Sadurní y Hordal.

No era de esperar que los franceses le perdonasen sus derrotas en el Bruch y su noble actitud después en favor de la independencia nacional, y cuando entraron en Igualada destruyeron su hermosa casa, sus ricas viñas y sus grandes olivares, como si con este espíritu innoble de ruina y bandidaje pensaran domar á los hijos de esta altiva nación.

Nuevos héroes.

Algo hemos de decir para completar el cuadro de los guerrilleros catalanes.

Como muy oportunamente afirma un distinguido escritor, cada somatén, cada partida de *miqueletes*, cada guerrilla, era un puñado de héroes llevando á su frente á otro héroe.

Toda Cataluña se hallaba cogida por una espesa red de guerrilleros, y era casi imposible que los franceses pudieran salvarse de sus tupidas mallas.

Además de los ya nombrados debemos citar á los siguientes:

En la provincia de Barcelona se contaban:

Llavería y Capdet del Corral, en Sitjes y San Pedro de Ribas.

Mir, en San Saturnino de Noya.

Mateu, en Capellades.

Furúll, en Senmanat.

Olzet, en Moyá.

El presbítero Mas, en Sallent.

Eixalá, en Colbató.

El canónigo Muntanya, Riera, Viñas y Foll, en el Bruch.

Parera y Carrió, en Manresa.

Ibars, en San Martín de Brufugaña.

Soler y Folch, en San Hipólito.

Pons—á quien los franceses por su gran corpulencia y hercúleas fuerzas apellidaban el *brigant gros*,—en San Celoní.

Massanés, Fábregas, Casas, Decref, Par y Montandirt, en diversos pueblos.

En las provincias de Gerona, Lérida y Tarragona ya los hemos visto.

A los guerrilleros ayudaban los paisanos del Bruch, del Vallés, del Priorato, del Ampurdán y de otras varias comarcas.

El 13 de Junio de 1809 se levantó en el Ampurdán un gran somatén con el objeto de bloquear y rendir el inexpugnable castillo de Figueras, base de las operaciones de los imperiales, y del que ya se recordará que los franceses se habían apoderado á favor de una de sus inícuas traiciones.

¿Puede imaginarse heroísmo mayor?

Próximos se hallaban á rendir la fortaleza, cuando un refuerzo considerable que llegó á los sitiados les hizo levantar el bloqueo, con tan buenos auspicicios comenzado.

¿Qué prueba esto?

Sencillamente que Cataluña no estaba domada, ni menos vencida: que en ella la llama del patriotismo se había convertido en una formidable hoguera: que ni el tener á Barcelona, su capital, en poder del invasor, ni su mejor castillo, San Fernando de Figueras en poder de los imperiales, ni la heróica Gerona rendida tras siete meses de obstinado sitio, había doblegado su altanero espíritu.

Semejante éxito, digámoslo muy alto, se

© Biblioteca Nacional de España

debía casi entero á las guerrillas, baluarte firmísimo y ejército poderoso contra el cual se estrellaban todos los efuerzos de los imperiales.

Por las guerrillas se sostenían Cataluña y España.

De ellas era la tierra patria. Por sus esfuerzos la poseíamos y por su valor la conservábamos.

Y si esto era verdad en todo el país, lo era aún más en Cataluña, porque aquí, como en Galicia, el movimiento fué tan espontáneo como grande.

En Cataluña, desde la Junquera á Tortosa, y desde el valle de Arán al río Llobregat, lo mismo en las montañas del Vallés que en el campo de Tarragona, al igual en Lérida que en el llano de Barcelona, las guerrillas eran las dueñas y señoras del país, y gracias á ellas los franceses no poseían otra tierra que la que pisaban, ni comían otro pan que el que se veían forzados á amasar con su sangre, ni disfrutaban un día de tranquilidad ni una noche de descanso.

Guerrilleros de Vizcaya.—D. Juan Fernández Echevarri.—D. Juan José de Abecia.—Mendizábal.

Vizcaya, la noble tierra cuyos indomables hijos, según el *Cronicón Salmaticense*, no sufrieron el yugo de los sarracenos, menos feliz cuando la entrada de los franceses, se vió invadida por las numerosas y aguerridas huestes napoleónicas, teniendo que sucumbir á su dominación, no sin haber demostrado antes los vizcaínos su gran valor y patriotismo en los diferentes encuentros que sostuvieron con los franceses, y muy particularmente en las obstinadas defensas de Bilbao y Balmaseda.

Nacido en el noble solar de *Echavarri*, uno de los mas antiguos y poderosos del señorío de Vizcaya, D. Juan Fernández de Echavarri fué uno de los principales guerrilleros de aquella tierra.

Enamorado de la libertad como la mariposa de la luz, al fin sucumbió en su llama, y á tener mil vidas, mil veces hubiera vuelto á realizar su patriótico sacrificio.

Ocupada Vizcaya por las huestes del invasor, D. Juan Fernández Echavarri levantó una partida que, con el nombre de *Compañía del Norte*, recorría algunos puntos del señorío de Vizcaya, y aun de las vecinas montañas de Santander.

Durante algunos meses, Echavarri y sus guerrilleros fueron el terror de los imperiales en los bosques de *Echavarri* y *Mendijur* y en las orillas del *Zadorra;* pero en Vizcaya como en otros puntos, en cuanto un patriota se distinguía notablemente, los franceses apelaban á todos los medios para vencerle, siendo muy pocos los que lograban salvarse de tan obstinadas persecuciones, y en esta ocasión les fué más fácil conseguir su intento porque tenían todo el país dominado.

Enviadas en persecución de Echavarri varias columnas, éste las pudo burlar durante algún tiempo; pero llegó un día fatal en que se vió rodeado por todas partes, y aunque peleó bravamente, lo mismo que sus guerrilleros, al fin tuvo que rendirse.

Conducido á Bilbao, fué entregado al tribunal allí formado, que, á imitación del instalado en Madrid, ostentaba el pomposo nombre de *Tribunal Criminal Extraordinario*, y tenía la infame misión de juzgar á los patriotas.

Ejerciendo su odioso ministerio el citado tribunal, sentenció á la pena de muerte á Echavarri.

La población de Bilbao, sobrecogida de espanto, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón rebosando amargura, se encerró en sus casas, dejando solos á los imperiales y á algunos malos españoles que realizaran su cruel venganza, con la promesa de exigir á todos estrecha cuenta en el día de las justicias nacionales.

El día 30 de Marzo de 1809 Echavarri fué sacado de un oscuro calabozo y sacrificado de la manera más inhumana.

* * *

D. José de Abecia nació en Marquina.

Dícese que esta villa fué fundada en el año 1355 por el conde D. Tello, en una bonita vega que forma la confluencia de los dos ríos de *Marquina-Echevarría*, que baja por

© Biblioteca Nacional de España

el Sudeste, y el de *Bolivar* ú Ondarroa que se dirige de Este á Oeste, dominándola la elevada peña de Santa Eufemia ó Igoz. A la salida de Marquina se pasa el río *Bolivar* por un puente de piedra de dos arcos, se separa á la derecha el camino de Elgóibar y se entra en el valle de Arratia, que en algunos puntos se convierte en estrecho desfiladero.

En esta villa de Marquina, que durante la guerra de la Independencia prestó á la patria muchos é interesantes servicios, vió la primera luz el 25 de Marzo del año 1788 don José de Abecia, descendiente de una de las familias más nobles del país.

Sus padres, D. Manuel de Abecia y doña María Santos González de Menderosqueta, le destinaban á la carrera de Leyes, cuyos estudios seguía con gran aprovechamiento en la universidad de Zaragoza; pero el hombre propone y Dios dispone.

No contaba Abecia veinte años cuando estalló la guerra de la Independencia.

Al ver la manera pérfida y traidora con que Napoleón se había apoderado de nuestro suelo, hirvió la sangre en las venas del joven estudiante, y, lejos de abandonar á Zaragoza cuando la vió cercada, se quedó en sus muros y solicitó un arma para defenderla. Su noble conducta, su ardor juvenil y su resuelta actitud, le conquistaron todas las simpatías, y bien pronto fué colocado al frente de uno de aquellos pelotones de paisanos que tan bizarramente se portaron en los dos memorables sitios.

Abecia cambió la universidad por la muralla, y el libro por el fusil, y el que estaba destinado á conquistar la borla de doctor en Jurisprudencia, ganó en muy pocos años el bastón de general.

En aquella escuela de héroes se formó Abecia; así que cuando le increpaban por los actos de valor que realizaba, y que podían considerarse más que heróicos temerarios, contestaba sonriendo:

—¿Qué queréis? Aprendí á combatir de los aragoneses siendo estudiante en Zaragoza. Sin título ninguno me d eron el mando de un puñado de hombres, que lo primero que me dijeron fué: *para adelante todo lo que usted quiera, pero si vuelve V. la cabeza lo fusilamos.* Por cobarde que yo hubiera sido, era mejor morir matando franceses que fusilado por mis compatriotas.

Y efectivamente, desde el primer día que entró en fuego ya se distinguió el pelotón que Abecia mandaba.

Salvado milagrosamente de los dos sitios, pudo escapar de Zaragoza á los pocos días de haberse posesionado de ella los franceses, y se trasladó á Marquina, donde sus angustiados padres le aguardaban presa de la mayor inquietud. Cuando llegó Abecia á Marquina, sus padres casi no le reconocieron, porque el joven estudiante que había salido de su casa lleno de vida y de salud era, al volver á ella, un enfermo, pálido, demacrado, un espectro, casi un cadáver.

Merced á los cuidados de su amante madre, el joven comenzó á reponerse, pero lentamente. Es que las privaciones de los dos sitios de Zaragoza habían sido muy rudas.

Postrado en el lecho, las noticias que de todos los puntos de España llegaban á Marquina exaltaban su noble corazón.

El sitio de Gerona y el fusilamiento de Echavarri, cuya familia era grande amiga de la suya, determinaron al joven, apenas restablecido, á echarse al campo, formando una guerrilla (Agosto de 1809), base sobre la cual se formó luégo en Vizcaya un cuerpo que se llamó *Húsares de Iberia.*

Sus nobles padres, tristes, sí, pero orgullosos de su hijo, y verdaderos patriotas, le otorgaron su permiso y le bendijeron, y esta bendición fué á modo de un amuleto santo que libró al joven de los mayores peligros y de los trances más arriesgados.

Bien pronto el valiente defensor de Zaragoza se hizo temible á los franceses, á los que derrotó en diversos encuentros.

El 28 de Octubre acometió con su partida á 40 dragones bonapartistas que, custodiando un gran convoy, pasaban por las puertas de la misma villa de Marquina, matando 18 y aprisionando á los restantes.

Decididamente el jurisconsulto había sido vencido por el capitán y la toga cedido el puesto á la espada.

El 26 de Noviembre, en las cercanías de Armiñón, villa situada sobre la margen izquierda del río *Zadorra*, en un despejado llano, atacó la escolta de un correo, que

© Biblioteca Nacional de España

aprisionó, entregando los pliegos al comandante general de la Rioja, marqués de Barrio-Lucio.

En Nanclares, villa asentada en la falda meridional de la sierra de Badajoz, rodeada de hermosas praderas y abundantes bosques y regado su término por el *Zadorra*, derrotó, en unión de la partida de Longa, á los imperiales tomándoles siete caballos, nueve acémilas y 40 hombres.

De igual modo concurrió con Longa á los ataques dados á los franceses en los días 26 y 27 de Diciembre, el primero en el desfiladero de las *Conchas*, paso dificilísimo formado por los montes *Sopeña* y *Concha* y en el que penetra también el río *Zadorra*, y el segundo en la Puebla de Arganzón.

***

También recorría los montes de Vizcaya la guerrilla de Mendizábal, un patriota todo corazón, que, nacido en humilde esfera, supo, ayudado de varios amigos, imponer respeto á los franceses, batiéndolos en diversas ocasiones.

Era Mendizábal un verdadero *eúskaro*, robusto, sobrio, ágil, tenaz, valiente y poco sensible á las necesidades del cuerpo ni á las inclemencias del tiempo.

Encastillado en la sierra de *Gorbea*, la más elevada de las que constituyen la cordillera pirenáica, que después de separar la provincia de Guipúzcoa de las de Navarra y Alava forma el límite natural de Vizcaya con esta última, y que era, por decirlo así, su cuartel general, desde ella cazaba á los imperiales como á liebres, y cuando se determinaba á abandonarla lo hacía para realizar una sorpresa que dejase á los franceses memoria eterna de Mendizábal y de sus valerosos guerrilleros.

Guerrilleros de Navarra.—Javier Mina.—Don Francisco Espoz y Mina.—Fornabar.—D. Antonio Marañón (El Trapense).

No es posible hablar de Javier Mina sin sentir un movimiento de orgullo, el orgullo de haber nacido en esta hermosa tierra de España que produce hombres de semejante valía.

En Javier Mina se reunen, por misterioso consorcio, la juventud y la experiencia, el valor y la ilustración, el patriotismo y la lealtad, el amor á la patria y á la familia, y casi para él parece escrito aquel bello pensamiento de que el amor á la patria principia en la familia.

Nació Javier Mina el año de 1789 en Idocín, pequeño lugar del antiguo reino de Navarra, perteneciente al valle de Ibargoiti, situado en un llano á ambos lados de la carretera que conduce de la ciudad y plaza de Pamplona á Sangüesa. Atraviesa á Idocín por junto á las casas un arroyo que desciende de la sierra de Aya, el cual, luégo de fertilizar algunas huertas, va á confundirse con otro, que pasa por Izco. Aunque el terreno es en parte árido y de secano, cuenta, sin embargo, con algunos buenos trozos, especialmente los cercanos á Idocín, de ricas huertas.

Los padres de Javier, labradores bien acomodados, que le querían con delirio, observando su natural despejo y su claro talento, le enviaron á estudiar, sin reparar en sacrificios, á la Universidad de Zaragoza, de la que bien pronto fué el alumno más aventajado.

Javier era el verdadero estudiante de la época.

En Zaragoza se dedicaba al estudio con verdadero empeño, lo cual no le quitaba escribir versos para alguna *madama* del Coso, ó rondar alguna *serrana* de Gudar, ó alguna moza del arrabal. ¡Quién sabe si alguna de ellas le repitió en una noche de riña, impulsada por los celos, el conocido cantar:

Navarrico, navarrico,
No seas tan fanfarrón,
Que los cuartos de Navarra
No pasan en Aragón.

Llegada la época de vacaciones corría Javier la *tuna*, no por necesidad, sino por gusto, y cuando su buena madre le regañaba la decía que la tuna era la continuación de la Universidad, que si en Zaragoza se estudiaba la ciencia en los libros, por los pueblos y los caminos se aprendía la ciencia de la vida, y que era menester, para llegar á ser un hombre completo y no asustarse de nada, saber un poco de todo.

© Biblioteca Nacional de España

En Idocín era Javier el coquito de las muchachas y el niño mimado de los hombres.

Lo mismo bailaba con las mozas, que tiraba á la barra con los hombres; al igual escribía cartas á las jóvenes que tenían su novio en el servicio del rey, que jugaba á la pelota con los mozos; y del mismo modo encajaba una arenga en latín al cura del pueblo, que escribía en romance un billete amoroso á la hija del alcalde.

Y no había que andar en burlas con Javier, porque el joven estudiante tenía malas pulgas, como vulgarmente se dice, y ni los mozos más bravos de Idocín, ni los *sopistas* más valentones de la Universidad habían podido hacerle retroceder, pues bajo un rostro de niño ocultaba un alma de héroe, y bajo un exterior dulce y tranquilo un corazón tan grande como la Torre nueva de Zaragoza. Era, en fin, lo que se dice, todo un hombre.

Ninguno de los estudiantes que componían el grupo que regresaban á sus casas corriendo la tuna, incluso los *sopistas*, que eran los más lagartos, pues la falta de medios en que generalmente se hallaban, les hacía aguzar el ingenio más que á los otros, aventajaban á Javier Mina en el modo de engañar á un posadero ó ganar el corazón de una ventera, ó burlarse de un carretero, ó sacar los cuartos á un petrimetre de aldea.

Por las noches, al llegar á la posada, era Javier el encargado de disponer la cena; el hambre era mucha y el dinero poco. Javier, que tenía á su cargo los fondos de la comunidad, no se apuraba por tan poca cosa, y mandaba disponer una cena opípara, sin cuidarse de los gestos ni del susto de sus compañeros, que no se explicaban semejante despilfarro. Antes de la cena disponía Javier dar música al alcalde, al cura, al dómine y al ricachón más grande del pueblo, recibiendo del alcalde... permiso para la serenata, del cura... bendiciones, del dómine... latines y del ricachón algunas pesetas. Después, á su regreso á la posada, arreglaba Javier un baile, entre los aplausos de las mozas y las maldiciones de los arrieros, á los que no dejaba dormir, y, por regla general, la posadera ó no les cobraba nada, ó si les cobraba era una pequeñez en comparación del gasto que habían hecho.

Algunas, aunque pocas veces, la suerte les era contraria, y Javier y sus amigos se veían forzados á pasar la noche al aire libre en el campo, sirviéndoles de cama los dorados trigos, ó en el pajar de alguna mala venta, ó saltando las tapias del corral de la posada por no tener para pagar el gasto, ó sosteniendo ruda lucha con algunos campesinos montaraces que, viéndoles tan jóvenes, pretendían reirse de ellos.

Siempre el primero y más dispuesto á burlarse del *bedel* ó del *alguacil del silencio*, á enamorar á una joven, alta ó baja, pobre ó rica, pues para él, en siendo mujer, todas le gustaban, en apalear á los corchetes, en hacer frente y reñir con denuedo contra el corregidor y su ronda, Javier Mina era considerado por sus demás compañeros, que admiraban en él así el ingenio como el valor, como jefe de los estudiantes de la antigua *Escuela eclesiástica* de Zaragoza.

Pero estaba escrito, sin duda, que no había de obtener la borla de doctor, ni siquiera terminar sus estudios.

Un hombre fatal que, al decir de un célebre historiador francés, llegó á estorbar á Dios, puso su maldita planta sobre la altiva Iberia, y concitó contra él las iras de todos los españoles.

La noticia de lo ocurrido en Madrid el memorable 2 de Mayo, exaltó el espíritu de Javier, y desde aquel día, en unión de otros jóvenes estudiantes y de varios patriotas, no cesó de trabajar por el alzamiento de la ciudad, que al fin se verificó el 23, poniendo al frente de Zaragoza al ínclito Palafox.

Bien puede asegurarse que desde aquel día Mina empuñó el fusil para no dejarlo de la mano en mucho tiempo.

Javier, que tomó una parte activa en los dos memorables sitios de la inmortal ciudad, cayó en el lecho postrado por la fiebre en los últimos días del segundo sitio, y apenas pudo sostenerse en pie, cuando se encaminó á Idocín para abrazar á sus queridos padres, que, al mirarle llegar, vertieron abundantes lágrimas de dolor al ver el triste estado en que venía el hijo de su alma. ¡Mentira parecía que unos cuantos meses hubiesen con-

© Biblioteca Nacional de España

vertido á un hombre en la flor de la vida en un esqueleto, en un moribundo!... ¡Ah, es que aquellos meses habían sido de prueba, y cada uno de ellos representaba una serie interminable de angustias, de privaciones, de sufrimientos, de miserias!

Las madres españolas fueron durante la sangrienta lucha por la independencia dos veces madre, pues además de darles el sér, tuvieron luégo que volver á la vida á los hijos de sus entrañas que tornaban á sus amantes brazos enfermos y destruidos.

A pretexto de vengar la muerte de un sargento, ocurrida en la vecindad, asaltaron los franceses la casa de Javier, saqueándola, y dejando en la miseria á sus ancianos padres.

No era hombre Javier de dejar impune semejante infamia, y acompañado de su tío, el luégo general y conde, D. Francisco Espoz y Mina, y de otros 12, se lanzó al campo dispuesto á tomar sangrienta venganza.

Al siguiente día (29 de Julio de 1809) batió á los franceses en Egusaoin; el 12 de Agosto en el Carrascal, y en la tarde del mismo día en el pueblo de Beriain.

Semejante actividad, ayudada de tan rara fortuna, conmovieron profundamente á todo el país, y la partida de Javier Mina aumentaba de cada instante, y no pasaba día en que los destacamentos franceses de Navarra, y lo que es más, de Rioja y de Aragón no sufrieran sus ataques ó no fueran víctimas de sus emboscadas. ¡Ah, y cuán caras habían de pagarle los imperiales las lágrimas de su adorada madre y la ofensa inferida á su noble padre!

En el mes de Agosto, además de los hechos citados, hizo prisioneros á varios artilleros y á un comisario francés, en el camino de Tafalla á Pamplona, los cuales remitió á Lérida; y entre los franceses que mató por su mano se contó un general de división que perdió la vida dentro del mismo coche en que caminaba y todos los soldados de la escolta.

A principios de Setiembre batió á los imperiales en la villa de Oyarzun, causándoles grandes pérdidas; y á fines del mismo mes, en el *monte Carrascal*, camino real de Tudela á Pamplona, esperó con sus 200 guerrilleros un gran convoy que se dirigía á esta ciudad con mucha escolta.

Tranquilos y alegres marchaban sus conductores.

Era un hermoso día de verano, y en cuanto su vista alcanzaba no divisaban los franceses hombre alguno sospechoso.

De pronto, como abortados por la tierra ó caídos de los árboles, viéronse sorprendidos los imperiales por los guerrilleros de Javier, empeñándose un sangriento combate que nos dió la victoria, cayendo en poder de los nuestros todo el rico convoy, teniendo los franceses un comandante herido, seis oficiales y muchos soldados presos y gran número de muertos.

Javier, tan valiente en el combate como humano en la paz, condiciones que parecen ineludibles en el carácter español, y de que tantas pruebas dieron los guerrilleros, aquellos insignes paladines de la independencia patria tachados de *brigantes* por los que no poseían ni su heroísmo ni sus virtudes, envió al comandante y á los heridos á Pamplona, con una carta dirigida al general D'Agoult, declarando que el comandante había cumplido su deber como jefe del convoy, debiéndose el triunfo de España y la derrota de los imperiales al valor de sus guerrilleros únicamente. ¡Puede imaginarse nobleza mayor!

Ahora bien, como á esta noble conducta correspondiese el general D'Agoult de la manera más inícua, Javier Mina le advirtió que pasaría á cuchillo todos cuantos franceses cayeran en su poder si él continuaba persiguiendo á los curas y personas pudientes de los pueblos con el pretexto de haber estado en ellos él y sus guerrilleros. Y como esta intimación se la hiciera Mina casi bajo los muros de la plaza, el *bravo* D'Agoult, que ya pensó en abandonar la ciudad cuando á ella se acercaron los escopeteros de Renovales, puso igualmente en esta ocasión todas las tropas que la guarnecían sobre las armas por miedo... á los 200 partidarios del joven Mina.

Siempre con gloria, volvió á batir Javier á los franceses en la villa de Barasoaín el 1.° de Octubre; el 12 en el lugar de Noaín, al pie del célebre acueducto que sirve para

© Biblioteca Nacional de España

conducir las aguas á Pamplona; el 15 en Unzué, junto á su célebre bosque de encinas; y el 19 en Los Arcos, villa antiquísima situada á la falda de un cerro, en cuyos alrededores cubiertos de olivares, los guerrilleros de Mina destruyeron casi por completo una columna de los imperiales compuesta de mucha infantería y una sección de caballos.

Sabedor de que los franceses se dirigían á Sangüesa con un rico botín, compuesto de la plata que robaban á los templos y de las alhajas de que despojaban á los particulares, emboscó la mitad de su gente en las colinas que rodean esta ciudad, asentada en la margen izquierda del río Aragón y en el centro de una semi elipse llana, poco elevada sobre el nivel de las aguas de aquél, y de figura irregular, siendo su mayor extensión paralela al río, y la otra mitad á una legua de Sangüesa, en la villa de Rocafort, perteneciente al valle de Aibar, situada en el ex-



SORPRESA DE UN CONVOY EN EL CARRASCAL POR JAVIER MINA

tremo Sur y más elevado de una colina, en la confluencia de los ríos Aragón y Lumbier, apellidada en lo antiguo *Sangüesa la Vieja*.

Apenas los franceses pasaron de Rocafort, lanzóse Javier Mina sobre ellos con tal ímpetu, que sólo pensaron en huir y en salvarse ganando la ciudad; pero antes de llegar á ella se encontraron con la otra parte de la guerrilla mandada por D. Francisco Ezpoz y Mina, y el tío y el sobrino, mostrándose á cuál más bravos, completaron la ruina de la columna, que abandonó el convoy, refugiándose en Sangüesa, amparada por las fuerzas imperiales que había de guarnición en la ciudad, y dejando sobre el campo de batalla 60 hombres muertos y gran número de heridos (Noviembre de 1809).

Advertido por sus espías de que una columna compuesta de 1.000 infantes y 100 caballos salía de Viana para atacar al comandante general de la Rioja, marqués de Barrio-Lucio, le mandó un aviso participando al propio tiempo lo que ocurría á las guerrillas de Cuevillas y Narrón, para que acudiesen en auxilio del marqués, marchando él el primero.

Tan oportunamente llegó el aviso, que el marqués, tomando el mando de las guerrillas de Narrón, Mina y Cuevillas, esperó y

© Biblioteca Nacional de España

batió á la columna francesa en las alturas que dominan á Sansol.

Levántase la villa de Sansol, perteneciente al partido de Estella, en una altura, á la derecha del camino que desde el pueblo de Los Arcos conduce á la ciudad de Logroño. Cuenta en su término—que se extiende tres cuartos de legua de Norte á Sur, y media de Este á Oeste, y confina al Norte con Desojo, al Este con Los Arcos, al Sur con Lazagurria y al Oeste con Torres y Armañanza—con tres ermitas dedicadas á *Santa María Melgar*, *San Pedro Apóstol* y *San Ramón*, y atraviesa el terreno, que es de buena calidad, el río *Melgar* de Norte á Sur.

En este combate mostró Javier una serenidad admirable sufriendo impasible las descargas del enemigo, rechazando las cargas de la caballería francesa y avanzando con tal arrojo, que bien pronto desalojó á los imperiales de las posiciones que ocupaban hacia la parte de Lazagurria.

La victoria alcanzada en Sansol por los guerrilleros, se hizo bien pronto famosa en toda la provincia.

A los pocos días, Javier, tan valiente como incansable, se batía contra los franceses en las cercanías de Tudela, villa de Navarra, que confina al Norte con Pamplona y al Este Sur y Oeste con Tarazona, y á pesar de que los bonapartistas se hicieron fuertes en las casas, el joven guerrillero, su tío y sus patidarios les hicieron más de 20 muertos, entre ellos un comandante (28 de Noviembre).

Sin descansar apenas, el 29 por la tarde trabó con otra fuerza imperial rudo combate en las llanuras de Corella, obteniendo sobre los invasores considerables ventajas.

El 20 de Diciembre, en los montes que rodean la importante villa de Puente la Reina, sorprendió un destacamento francés que aprisionó por entero.

En pocos meses Javier Mina fué la admiración, no sólo de Navarra, su país, sino también de las provincias de Aragón y la Rioja, que lo adoraban como si en ellas hubiese nacido, porque el joven estudiante, además de batir á los franceses, había limpiado al país de algunas partidas de bandidos que, bajo capa de guerrilleros, asolaban los pueblos.

Más adelante continuaremos la narración de los hechos de este valiente joven, honor de Navarra y admiración de España, á cuyo solo nombre temblaban las legiones napoleónicas.

* * *

D. Francisco Espoz y Mina, tío de Javier, había nacido, como éste, en el pueblo de Idocín el día 17 de Junio del año 1781, y contaba, por lo tanto, ocho años más que su sobrino.

Hijo de D. Juan Esteban Espoz y Mina y de doña María Teresa Ilundain y Ardaiz, honrados labradores del país, el niño Francisco aprendió á leer y escribir, cosa que en aquel tiempo era mucho, y á la muerte de su querido padre quedó encargado de la pequeña hacienda que constituía el patrimonio de su familia.

Serenos y alegres pasaban los días para el joven labrador, que á fuerza de trabajos, de cultivo y esmero logró mejorar la pequeña herencia de su padre.

El amor á su querida madre y los triunfos de su sobrino Javier llenaban por completo su alma, y cuando en la época de las vacaciones regresaba el gallardo estudiante de Zaragoza, Francisco tenía á la mayor dicha el presentarlo en todas partes, en hacerlo admirar y querer, recibiendo de la gloria de su sobrino un reflejo de luz y de ilustración que le llenaba de legítimo orgullo.

Luégo Javier, desde niño, había sido el ídolo de los vecinos de Idocín por sus travesuras infantiles y por sus hermosos sentimientos, pues era muy común verle partir su pan con los pobres niños del lugar, y de estudiante sus venidas á Idocín eran señaladas por actos benéficos de sus padres, que de este modo querían hacer partícipes á todos los vecinos de la alegría que embargaba su alma.

Todas estas purísimas alegrías, todas estas dichas inefables terminaron en el año de 1808, año terrible en que Napoleón lanzó sus águilas sobre España para que desgarrasen con su sangriento pico las entrañas de la nación generosa que le había ayudado algunos años antes con sus soldados y su oro

© Biblioteca Nacional de España

en sus fatales empresas de conquista y destrucción.

Inflamado el corazón de Francisco de amor patrio, indignado por la alevosa conducta de Napoleón, lacerado su pecho por las lágrimas que sus nobles tíos vertían al pensar en el triste porvenir que aguardaba á su adorado Javier, encerrado dentro de los muros de la inmortal Zaragoza, empuñó su fusil, y con beneplácito de su madre, una navarra digna de aquellas valerosas matronas que dieron vida á los vencedores de Carlo-Magno, causó á los franceses todo el daño que pudo, desde Idocín á Pamplona.

Perseguido por los imperiales huyó de Idocín, y para estar más cerca de Javier sentó plaza de soldado voluntario en el batallón de Doyle, que guarnecía á Jaca, el 8 de Febrero de 1809, permaneciendo en él hasta la infame entrega de esta plaza por el monje fray José de la Consolación, después de la cual, y para no verse obligado á servir á los imperiales se descolgó por las murallas, con grave peligro de su vida.

Sabedor por algunos amigos y paisanos de que su sobrino Javier, para vengar la ofensa inferida á su anciano padre y librar á la patria de enemigos se había puesto al frente de una guerrilla, corrió en su busca, se asoció á ella, y bien puede asegurarse que el tío y el sobrino no constituyeron de allí en adelante más que una sola persona, y que la vida del uno estaba siempre guardada por el fusil del otro.

Jóvenes y valientes, casi hermanos, los Minas fueron para los franceses una poderosa máquina de guerra á la que en vano pretendían resistir.

Con su sobrino Javier tomó parte Francisco en las acciones de Egusoain, el Carrascal, Beriain, Oyarzun, Barasoain, Nain, Unzué, Los Arcos, Tudela, Corella y Puente la Reina.

Si Javier era la cabeza, Francisco era el brazo, y ambos el alma de aquella guerrilla, la más terrible de Navarra y quizás de España.

* * *

¡Fornabar!

¿Quién era este hombre de alta estatura, fornido, valiente, rudo y obstinado, cuyo nombre repetían los pueblos con admiración y entusiasmo y los franceses maldecían y execraban?

Un navarro, nacido en una blanca casita situada en las orillas del caudaloso Ebro, á un tiro de fusil escaso de la ciudad de Tudela.

Vivía Fornabar dedicado á la labranza, gozando de su hacienda, mirándose en los ojos de una hija que tenía y á la que adoraba, cuando invadieron á España las huestes napoleónicas.

Era María Fornabar una niña de quince años, tan hermosa como buena, tan hábil en el manejo de la casa, condición que distingue á las mujeres de Navarra, como llena de virtudes.

Su padre la adoraba por dos razones principales: porque era la única hija que había tenido, y por ser el vivo retrato de su madre, que murió al darla á luz.

La casa de Fornabar, situada, como hemos dicho, en la orilla del Ebro y muy próxima á la ciudad, era un verdadero encanto. Se componía de un gran edificio de dos pisos, bajo y principal, y contaba con ámplios corrales, desahogados graneros, cuadras, gallinero, palomar y cuantas comodidades podían desearse en aquella época. Para la huerta, que producía riquísimas frutas, tenía Fornabar un hortelano muy práctico; pero del jardín, que era precioso, se cuidaba María, y en el cultivo de las flores se mostraba muy hábil, pues hacía brotar y presentaba á su padre llena de orgullo las flores más raras, más delicadas y más lindas.

Algunas veces penetraba en la huerta y ayudaba al viejo Pedro en sus trabajos, y merced á esta ayuda tan inteligente las peras y los guindos, las manzanas y los albaricoques, las ciruelas y los higos de la posesión, eran los mejores que se cultivaban en todas las huertas de la ribera.

La entrada de los imperiales en nuestra España, destruyó la felicidad de que se disfrutaba en este hogar en que los criados de Fornabar eran considerados como individuos de la familia, y en que ellos miraban á la hermosa María, á la que habían visto nacer, como á una hija ó una hermana.

© Biblioteca Nacional de España

Fornabar no era hombre capaz de desoir los clamores de su patria, y resolvió levantarse en armas y acudir á la defensa de nuestra santa independencia, y muy especialmente de Tudela, amenazada por las legiones imperiales.

Pensando librarla de todo riesgo, llevó á María á Tudela al convento de las monjas Trinitarias, dejándola al cuidado de su anciana tía sor Elisa del Amparo, y él penetró en Tudela seguido de los mozos de su casa que por nada en el mundo le hubieran abandonado, para defender la ciudad, encomendando la casa al cuidado del anciano Pedro.

La despedida del padre y la hija no pudo ser más triste: María, que jamás se había separado del autor de sus días y que comprendía los grandes peligros que iba á correr, no podía desprenderse de los brazos de su querido padre, y sólo accedió á la separación por el noble motivo que la producía, por no causarle un pesar, y por el sagrado recinto en que la dejaba.

El día 8 de Junio de 1808 fué un día terrible para Tudela.

En las primeras horas de la mañana se presentaron á la vista de la ciudad las huestes napoleónicas.

Apercibido el vecindario, ardiendo todos los habitantes de la ciudad en patriótico entusiasmo, se habían apercibido á la defensa.

Fornabar era uno de los jefes del movimiento, y al combatir lo hacía por España, por Tudela y por María, tres pasiones distintas y en realidad un solo amor verdadero.

La lucha, que duró algunas horas, fué enconada, terrible, sangrienta.

Los ayes de los heridos, el ruído de la fusilería y las descargas de los cañones, llegaban hasta el convento, penetrando hasta el corazón de María, que cien veces quiso abandonar las Trinitarias y correr en busca de su padre.

Los esfuerzos de los tudelanos fueron impotentes para vencer á los ejércitos imperiales, y si la ciudad se cubrió de gloria y sus habitantes merecieron bien de la patria, no pudieron impedir—por más que lograran detenerla por algunas horas—la entrada de los bonapartistas, que, en venganza de la resistencia de Tudela y del daño que sus habitantes les habían causado, penetraron en la ciudad, entregándose los esbirros de Napoleón, según su costumbre, al saqueo, á la violación, al pillaje, al incendio y al asesinato.

María Fornabar fué una de las víctimas de aquella hecatombe, pues según hemos tenido ocasión de ver antes de ahora, los franceses no respetaban los conventos, ni las religiosas, ni se detenían ante las iglesias con tal de saciar sus inmorales apetitos ó sus criminales deseos.

Sin que nadie pudiera explicarse de qué modo, el cadáver de la desgraciada niña, arrojado al caudaloso Ebro, apareció y se detuvo aquella tarde delante de la blanca casita en que había nacido, al pie del jardín que cuidaba con tanto esmero, cual si una mano invisible hubiera pretendido que fuese á reposar entre las hermosas flores y los dorados frutos que á ella le debían su nacimiento, su conservación y su belleza.

El anciano Pedro, que había recogido en sus brazos el cadáver de la infortunada criatura, le colocó en la sala baja, que servía ordinariamente de comedor, le alumbró con algunas hachas de cera y le veló toda la noche con piadosa solicitud, alternando los rezos con las lágrimas y los suspiros con las quejas.

¡Espectáculo tristísimo!

María, con el blanco hábito de las monjas trinitarias, que su tía le había hecho vestir en el convento para mejor librarla de todo peligro, parecía una estátua de mármol, por que la muerte, condolida, sin duda, de su juventud y de su inocencia, no había querido privarla de su singular hermosura.

Por las ventanas de la sala mortuoria, completamente abiertas, las flores del jardín enviaban á su hermana María sus más delicados perfumes.

La luna, oculta hasta entonces por una espesa nube, apareció espléndida en el horizonte é iluminó con sus plateados rayos la blanca frente de la hermosa niña.

El caudaloso Ebro pasaba murmurando por delante del cadáver de la pobre María, á veces silencioso y á veces alborotado. ¿Qué ocurría en su profundo seno? ¿Lloraba ó

© Biblioteca Nacional de España

maldecía? ¿Saludaba á María ó juraba vengarla? ¡Quién lo sabe!

Los pájaros, que tantas veces habían arrullado á María con sus dulces trinos y recogido la comida de sus manos, entraban en la sala y picoteaban las blancas manos de la niña, buscando, sin duda, en ellas el acostumbrado festín.

¿Dónde estaba el infortunado padre?

¿Dónde? Cumpliendo sus deberes para con la patria, luchando como bueno al lado de sus hermanos.

¿Por qué no venía?

¡Pluguiera al cielo que no hubiese de venir jamás!... Por mucho que tarde aún llegará sobrado temprano para conocer su inmensa desdicha.

Un secreto presentimiento, un dolor inexplicable, una fuerza incomprensible le atrajo á su casa.

Cuando á lo lejos contempló la sala baja iluminada, sintió un escalofrío que, naciendo en la raiz de sus cabellos, se extendió por todo su ser.

¿Qué significaban aquellas luces, cuando los franceses eran dueños de Tudela y cuando lo racional era ocultar de su vista las casas, las haciendas y las personas?

Fornabar ordenó á uno de los mozos que se adelantase y averiguase la causa de aquella extraña iluminación.

El mozo echó á correr, llegó á la casa, vió el cuerpo de María velado por el viejo Pedro y retrocedió espantado, sin saber qué decir á su amo.

Al notar la palidez, la agitación y las lágrimas del criado, se lanzó Fornabar á la casa y penetró en ella como un loco.

Renunciamos á describir la escena que allí ocurrió porque nos sería imposible.

Fornabar levantó en sus brazos el cuerpo de María, le colocó en sus rodillas, le cubrió de besos cual si con ellos quisiera volverle á la vida, le estrechó en sus brazos y le llenó de caricias.

¡Quién convencía á aquel padre infeliz de su tremenda desdicha! ¿Quién se atrevía á decirle que la hija de su alma estaba muerta?

Nadie.

En aquella lúgubre estancia todos lloraban, mezclándose á los ayes del padre los suspiros de los criados, las gotas que se desprendían de las hachas y que semejaban lágrimas, la tristeza de las flores que inclinaban mustias sus corolas y el sordo murmullo del río.

De pronto, Fornabar, presa de una agitación vivísima, habiendo llegado á ese punto en que la razón y la locura se tocan y casi se confunden, con los ojos secos y fijos en el rostro de María cayó al suelo desplomado.

¿Cuánto tiempo tardó en volver? Jamás lo pudo decir.

A la madrugada, Pedro, ayudado de los demás criados, cavó en el jardín una fosa para María, rodeándola de tiestos con las más hermosas flores.

Al volver en sí de su letargo Fornabar, luégo de abrazar á Pedro y á los mozos de su casa, única familia que le quedaba, juró vengar á su hija idolatrada, y todos le ofrecieron ayudarle en tan noble empresa.

Apenas se supo la inmensa desgracia ocurrida á Fornabar, cuando de todas partes se le presentaron hombres, jóvenes y viejos para engrosar su guerrilla.

Todos los mozos de la ribera, todos los montañeses del Cierzo, de la Torre de Monreal y de San Medán, unos con la escopeta del viejo sistema, otros con el trabuco, quien con una hoz, quien con un chuzo, vinieron á su encuentro, y sobre la tumba de María juraron pasar á degüello cuantos franceses cayeran bajo su mano.

Al frente de los mozos de su casa y de aquellos leales amigos convertidos de labradores en guerrilleros, y llevando siempre en la mente y en el corazón la imagen de su hija, fué bien pronto Fornabar el terror de los franceses, á los que no perdonaba ni concedía cuartel.

Sólo después de una sangrienta lucha, en que hizo pasar al filo de la espada de sus guerrilleros un destacamento compuesto de cien franceses, se le oyó exclamar, con los ojos llenos de lágrimas, mirando á su antigua casa de Tudela:

—¡Ya estás vengada, hija mía!

Desde aquella terrible acción, el padre cedió el puesto al hombre, y en los encuentros que sostuvo en adelante contra los imperiales ya no se mostró tan feroz como lo

© Biblioteca Nacional de España

había sido, advirtiendo á los franceses, después de todo combate, que antes, como ahora, sólo obraba á impulso del amor de su hija; que si antes no les había concedido la vida era por vengarla, y que ahora les perdonaba en memoria suya, para que la bendijeran y rezasen por ella.

En el mes de Agosto, al evacuar los imperiales á Tudela, entró Fornabar en ella á la vanguardia de las tropas de Palafox, saliendo de allí en Setiembre y tornando con ellas el 22 de Noviembre.

Cuando después del consejo que celebraron Palafox y Castaños, sin acordar nada, volvióse el primero á Zaragoza, y fué atacado el segundo por el ejército francés que apareció de improviso por la parte de Alfaro causándonos la sangrienta derrota de Tudela, Fornabar y sus guerrilleros pelearon al lado de los aragoneses hasta que á las tres de la tarde el general Morlot los puso en dispersión.

Ganada otra vez Tudela por los imperiales, continuó Fornabar con sus partidarios recorriendo toda la comarca, deteniendo correos, interceptando convoyes, impidiendo la saca de granos y víveres y el cobro de contribuciones que los franceses trataban de imponer á todos los pueblos.

En el mes de Noviembre del año 1809, Fornabar sorprendió en las cercanías de Tudela un rico convoy y una cuerda de prisioneros españoles que los franceses llevaban hacía Aragón, y después de tres horas de sangrienta lucha, logró vencer al destacamento que lo custodiaba y apoderarse de todo.

Los carros y furgones en que iban 50 arrobas de oro y plata los envió á la Junta, y para dar á los nuestros un día de alegría dispuso que con las mismas cuerdas con que ellos los traían sujetos atasen los soldados españoles á los imperiales y los condujeran ante la Junta.

¡Qué hermosa escena!

Aquellos soldados españoles, que pocas horas antes caminaban con la cabeza baja, tristes y maniatados, vencidos no por el valor de los franceses sino por su número, puesto que habían combatido contra enemigos cuadruplicados y sólo habían cedido á la fuerza, gracias á Fornabar y á sus guerrilleros marchaban ahora con la frente erguida, contentos por deber su libertad y su vida á sus hermanos, y orgullosos por llevar sujetos con las mismas cuerdas que antes agarrotaban sus manos á un centenar de enemigos de su querida patria.

¡Esta vez, el Dios de las misericordias lo había sido también de las justicias!

Fornabar los seguía, menos triste que de costumbre, no porque el recuerdo de su María no ocupase el mismo lugar en su corazón, sino por la satisfacción que le había producido el volver á la libertad á aquellos valientes soldados, librándolos de una muerte segura.

En tanto sus guerrilleros cantaban, mientras se iban alejando, mirando á Tudela y recordando sus victorias:

Adios, puente de Tudela,
Por debajo pasa el Ebro,
Por encima los franceses
Que van al degolladero.

* * *

D. Antonio Marañón, más conocido por el *Trapense*, quizás porque perteneció á la famosa orden religiosa de la *Trapa*, así llamada por haberse establecido en la Trapa, cerca de Mortaña, fué uno de los guerrilleros de Navarra que más se distinguieron por su genio emprendedor y por su viveza de carácter, que le llevaron á realizar actos de una audacia que pasa los límites de lo creíble.

La sobriedad, el poco amor al descanso y el desprecio á la vida habían llegado á ser proverbiales en Marañón, condiciones todas inherentes á la vida que por algunos años había llevado sujeto á la severa regla de su instituto, que impone á sus adeptos el silencio más absoluto, pan y legumbres cocidas en agua por todo alimento, una plancha para cama, á la vista constantemente la imagen de la muerte para recordarles esta gran verdad de la vida, y la visita todos los días á la fosa abierta y preparada para recibirlos.

© Biblioteca Nacional de España

Guerrilleros de la Rioja.—D. Ignacio Alonso Cuevillas.—Cuevillas (hijo) y su esposa.—Campillo.—Martín Zurbano.—Fray Jacobo Alvarez.—Arbizu.—D. Juan Gómez *(Miñarro).*— **Los curas D. Juan Tapia y D. Vicente Cenzano.—D. Ramón de Corres.—El racionero don José de Alfaro.—D. Miguel Orué.—Pérez y Salazar.—D. Francisco Fernández de Castro.—D. Ignacio Narrón.**

Cervera del Río Alhama es una de las villas más antiguas de la Rioja, á juzgar por el castillo que aún conserva. Situada á orillas del río de su nombre, parte en una pendiente, y en anfiteatro otra parte, su caserío es generalmente de buena construcción, y las producciones de su término muy abundantes y variadas.

En esta villa nació por los años de 1770 D. Ignacio Alonso Cuevillas, que figuró á la cabeza de los guerrilleros de la Rioja, mostrando desde el principio de la guerra las cualidades que distinguen á los hijos de esta provincia, la nobleza, el pundonor, la lealtad y el amor á la patria.

Hallábase Logroño, la capital de la Rioja, en poder de los invasores, desque en Mayo de 1808 se apoderó de ella el general Verdier, después de haber arcabuceado á los principales autores del levantamiento de la ciudad contra las huestes napoleónicas; pero esto mismo hizo que los riojanos se levantaran más briosos y altivos contra la dominación francesa.

D. Ignacio Alonso Cuevillas había ejercido en su juventud el contrabando, y por lo tanto se hallaba familiarizado con los peligros.

Desde que comenzaron las guerrillas fué uno de los primeros que se alzaron en la Rioja con tanto valor como fortuna, atizando el fuego de la santa insurrección, no sólo en su país sino en las provincias limítrofes, que conocía perfectamente, excitando á todos, amigos y desconocidos, á que tomasen parte en la gloriosa empresa de salvar á España.

De edad de cuarenta años en aquella época, de alta estatura, gentil presencia y gran disposición, Cuevillas, que tenía gran conocimiento del manejo de las armas, que sabía dirigir una partida y que conocía á palmos el terreno, lo mismo las carreteras reales que las sendas ocultas, al igual los vados públicos que los secretos, lo propio el camino llamado de herradura que la vereda más olvidada, resultó un terrible enemigo para los franceses.

Por todo el término de Cervera del Río Alhama, así en los despoblados de Torrecilla, Santo Domingo, Pisalvos y Valdelavilla, como en las ventas del Baño y de Valverde, como en los montes del Peroso, Perota, San Garreñ, Pedroguera, Mediano, Costa Clara y Antruetas, como en los valles de Valverde, las Navas y Peñamarilla, como en las dehesas de Valverde y Mediano, Cuevillas realizó con la mayor fortuna empresas arriesgadísimas.

El 28 de Julio de 1809 destrozó con su pequeña guerrilla, no lejos de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, un destacamento francés compuesto de 112 hombres; y á los pocos días, en las cercanías de Vitoria, mató por su mano á un coronel que iba con pliegos de José para Napoleón, tomándole los pliegos y haciendo prisionera toda la escolta.

El día 6 de Agosto del mismo año realizó uno de esos hechos tan comunes en nuestros guerrilleros, y cuya ejecución parece increíble; tal fué la entrada en la ciudad de Logroño con su partida compuesta por entonces de 70 caballos.

Orgulloso de este triunfo, y contando con el apoyo de la guerrilla que comandaba fray Jacobo Alvarez, religioso que había sido en el real monasterio de Bernardos de Herrera, dispuso la toma de Haro.

Hallase edificada esta villa, una de las más importantes de la Rioja, en la margen derecha del Ebro, cerca de la desembocadura en el mismo de los ríos Tirón y Aguilera unidos, entre las alturas de Santa Lucía en la parte Este, y otra al Norte en la que se admira un antiguo castillo perteneciente á los condestables de Castilla. Eran notables en aquel tiempo el convento de San Agustín, la iglesia parroquial, llena de adornos de gran mérito y con una torre elevadísima, y las iglesias anejas de la Virgen de la Vega, extramuros, y la del hospital. Esta villa, que parece anterior al siglo X y que es origen del apellido Haro, de los señores de Viz-

© Biblioteca Nacional de España

caya, fué siempre célebre por su pintoresca vega, fertilizada por las aguas de los tres citados ríos, por sus ricos viñedos, sus verdes praderas y hermosas huertas.

Al amanecer del día 8 de Agosto, y cuando más descuidados se hallaban los imperiales, se presentaron las guerrillas de Cuevillas y el fraile, cerrando las diversas entradas de la villa y apostando centinelas en todas las bocacalles.

El jefe de las fuerzas napoleónicas reconcentró su gente en el convento de San Agustín, en el que se hizo fuerte.

Cuevillas le intimó la rendición, y como se negara mandó romper el fuego á sus guerrilleros desde las casas vecinas al convento.

El fuego duró bastantes horas, y la lucha permanecía indecisa, porque el comandante francés y sus soldados se portaban como valientes, cuando D. Ignacio resolvió, para terminar el combate, prender fuego al edificio. Sólo entonces, sólo á la vista de las llamas que amenazaban consumirlo y abrasar á sus soldados, se entregó el comandante con los 43 hombres que le quedaban, siendo muy elogiada su conducta por los nuestros, que enemigos francos y leales reconocían el valor y el mérito donde quiera que lo hallaban.

En el mes de Setiembre la guerrilla de Cuevillas, en unión de otras, mantuvieron la Rioja y provincias limítrofes en completa insurrección.

D. Ignacio atacó con su partida de 80 caballos á 100 franceses que había en Labastida, haciéndoles gran número de muertos y cogiendo á los pocos que quedaron; y en seguida sorprendió la guarnición de la importante villa de Laguardia arrojando de ella á los enemigos.

Entre otros servicios prestados por Cuevillas se contaron la prisión de algunos afrancesados, la reunión de los mozos alistados para el ejército, y otros varios, todos utilísimos á la justa causa que la nación defendía.

* * *

Era la familia de Cuevillas una familia de valientes, y en la guerrilla del padre don Ignacio, no sólo peleaba su hijo, mozo de grandes alientos, sino también la esposa de éste, mujer de ánimo esforzado que amaba tanto á su marido como á la patria, y que para defender á ésta y no separarse de aquél, vistió el traje de hombre, le acompañó en toda la guerra, y en la acción de Santo Domingo de la Calzada (28 de Julio de 1809) quitó la vida á tres franceses por su propia mano.

* * *

Obligado por las necesidades de la guerra, Campillo, cuando la reconquista de Santander por los franceses, pasó á la Rioja, uniéndose á la guerrilla que mandaba D. Ignacio Alonso Cuevillas.

A las órdenes de este jefe se distinguió Campillo en el ataque de Santo Domingo de la Calzada (28 de Julio de 1809), matando con su espada 10 franceses á la puerta del cuartel, por cuyo notable hecho fué ascendido á sargento, y agraciado con un escudo de mérito.

El día 8 de Agosto concurrió con fray Jacobo Alvarez y Cuevillas á la entrada de los nuestros en la ciudad de Haro y á la rendición de los imperiales que se habían hecho fuertes en el convento de San Agustín, perdiendo en este combate su caballo.

En Logroño el día 7 de Setiembre perdió también el nuevo caballo que montaba, por haberse arrojado intrépidamente sobre el enemigo delante de la guerrilla y haber cargado sobre él todos los imperiales, por cuyos relevantes méritos le fué otorgado el empleo de sargento primero (11 de Setiembre).

El 6 de Octubre, en la acción de Puente la Reina perdió su caballo, pero en cambio cogió el 14 de Noviembre el del general francés que mandaba en Tudela de Navarra.

A consecuencia de todos estos actos que ponían de manifiesto las raras cualidades y el grande valor del joven montañés, Campillo fué nombrado oficial el día 14 de Octubre de 1809 en justo premio á sus méritos y servicios.

* * *

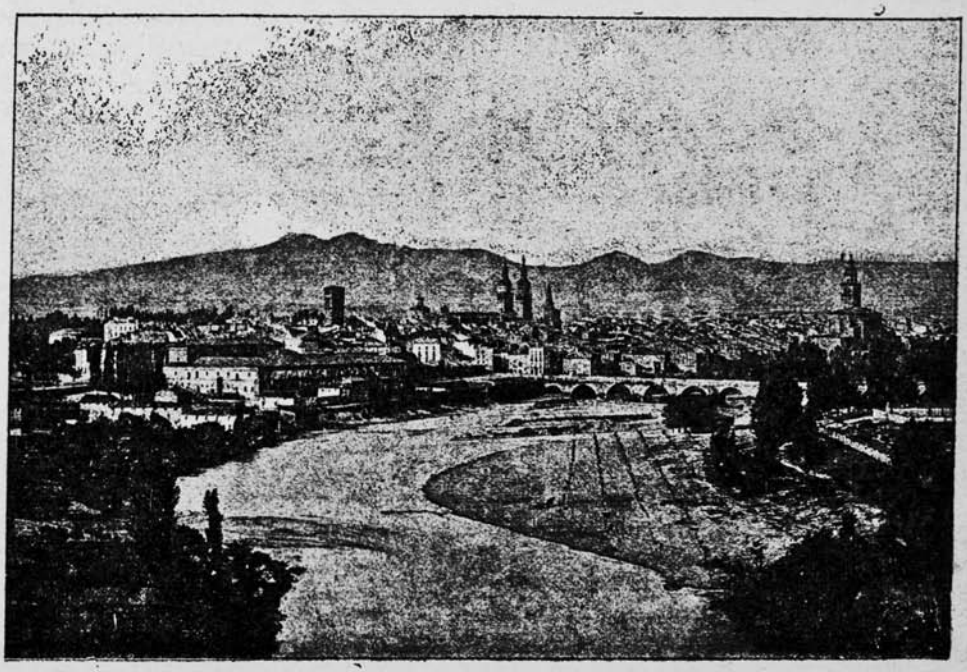
© Biblioteca Nacional de España

En Logroño, y en el barrio llamado de *Varea*, en que antiguamente se levantaba la *Varia* de los romanos á la que podía aplicarse el título latino *Lucrosus*, del que se deriva el actual de Logroño, ciudad situada en la margen derecha del río Ebro, sobre un plano inclinado y rodeada de hermosa campiña, nació el célebre D. Martín Zurbano el 29 de Febrero de 1788.

A pesar de la modesta posición de sus padres, recibió los primeros elementos de una buena educación, cursando el latín y la filosofía, y mostrando siempre una capacidad envidiable. Habiendo quedado huérfano en 1808, y dueño, por tanto, de sus acciones, dejó sin terminar sus estudios ansioso de combatir por la independencia de su país, porque desde muy niño Martín Zurbano era un idólatra de la libertad.

Llevado de su ardor juvenil y de sus sentimientos liberales, corrió á las armas y se agregó á la partida de Cuevillas, una de las más renombradas del país.

Al lado de este jefe peleó Zurbano con extraordinaria bravura, haciéndose notar en cuantas ocasiones se presentaron, y muy especialmente en el combate de Sansol, en que se distinguió notablemente al lado de hombres de la valía de Javier Mina, Francisco Espoz y Mina, Cuevillas, Narrón y el marqués de Barrio-Lucio, que es uno de los mayores elogios que del joven guerrillero pueden hacerse, sin que su esforzado corazón temiese la competencia con hombre alguno por valiente que fuera.



VISTA DE LOGROÑO

Herrera del Río Pisuerga es una de las villas más importantes de la provincia de Palencia. Edificada sobre una altura, rodeada de huertas y de mucho arbolado, la bañan y fertilizan las aguas del Pisuerga.

Existía por entonces en la villa el real monasterio de monjes Bernardos, uno de los primeros de Castilla.

De este monasterio salió fray Jacobo Alvarez, religioso muy estimado en toda la comarca, á pelear contra los fraceses.

Bien pronto su guerrilla, que al principio sólo constaba de 20 caballos, se vió aumen-

© Biblioteca Nacional de España

tada por muchos palentinos, y el valeroso fraile llevó á cabo diversos hechos de armas de gloriosa recordación.

Ya le vimos, unido á D. Ignacio Alonso Cuevillas, atacar la guarnición imperial de Haro y combatir á los franceses que se encerraron en el convento de San Agustín, del que sólo salieron para entregarse después de muchas horas de fuego.

Fray Alvarez, unas veces solo y otras unido á Cuevillas, continuó su carrera de triunfos cada vez con mayor éxito.

* * *

Arbizu era un antiguo oficial del ejército, al que la guerra de la Independencia encontró en su país, la Rioja, retirado en la casa en que había nacido y á la que había regresado una vez terminada la campaña con Francia en 1795.

Pero hombre de gran corazón y excelente patriota, no creía terminados sus deberes para con la madre patria con haberla servido anteriormente; así es que, apenas sonaron en Logroño los primeros tiros, se marchó al campo y formó una guerrilla con la que persiguió sin tregua á los imperiales.

El día 1.° de Agosto de 1809 el sanguinario Kellerman, capitán general de Castilla la Vieja por el rey intruso, mandó retirar las fuerzas francesas que ocupaban á Logroño, y Arbizu, que con su guerrilla recorría las cercanías, penetró el 2 en la ciudad, donde fué recibido con frenético entusiasmo.

Arbizu, que á sus condiciones de valor unía una actividad extraordinaria, se ocupó de alistar multitud de jóvenes para el ejército y para las guerrillas, y sabedor de que durante la estancia de los franceses en Logroño había habido algunos malos españoles que los habían servido persiguiendo á los verdaderos patriotas, los mandó prender, enviando á estos *afrancesados* á Sevilla, á disposición de la Junta Central.

* * *

El valiente D. Juan Gómez, apodado *Miñarro*, comandaba una de las muchas guerrillas que pululaban por la Rioja y provincias limítrofes.

Sabedor de que 150 franceses se encaminaban desde el Burgo de Osma á Soria, reunió su partida, y apoyado por algunos mozos de los alistados por el capitán D. Joaquín González y la guerrilla de su amigo D. Santiago Verdugo, los esperó en Villaciervos, lugar de 700 habitantes, situado en un llano, al pie de la *Sierra del Pico*, y después de tres horas de fuego y de una resistencia desesperada por parte de los imperiales, los llevaron en retirada hasta el lugar de Carbonera y sierra de San Marcos, matándoles 25 hombres, causándoles 40 heridos y cogiéndoles infinidad de fusiles, mochilas y efectos de guerra.

Y como su descanso, según decía el poeta, era el pelear, continuó resuelto sus valerosas campañas.

* * *

Los curas D. Juan Tapia y D. Vicente Cenzano, que aborrecían á los imperiales por *extranjeros* y por *sacrílegos*, proseguían su carrera de triunfos.

Impulsados los dos por su amor á la religión y á la patria, para ellos un francés era la síntesis de todo lo malo, el soldado sin fe y el hombre sin religión, al que no podían perdonar, y al que en efecto no perdonaban.

* * *

D. Ramón de Corres había nacido en el pueblo de Marañón, perteneciente á la merindad de Estella, el día 31 de Agosto del año 1790, siendo sus padres doña María Angela de Vedia y D. Juan Corres, labradores que poseían una buena hacienda.

Pero el joven Corres, indignado por los atropellos que los franceses realizaban en Navarra, entusiasmado con los triunfos de Mina y ansioso de pelear por su patria, resolvió salir á campaña, y el 8 de Julio del año 1809 se presentó en unión de otros jóvenes al cura D. Vicente Cenzano, cuyos hechos se habían hecho célebres así en la Rioja como en Navarra.

Quizás al empuñar las armas escuchó Co-

© Biblioteca Nacional de España

rres una voz secreta que así se lo aconsejaba, asegurándole que en la milicia estaban su carrera y su porvenir; lo cierto es, que el joven navarro peleó con gran entusiasmo, y que el dios de la guerra fundió para él la espada de general que no había de tardar en conquistar y ceñir.

Con el intrépido cura Cenzano recorrió Corres las orillas del Ebro, causando multitud de bajas á los franceses, y en el mes de Setiembre se halló en la acción de Logroño, en la que ya se distinguió notablemente.

El 27 de Diciembre del mismo año de 1809, Corres, separado de la guerrilla de Cenzano y unido á las fuerzas de Porlier, asistió á la batalla del Soto de Cameros en que peleó como un héroe.

* * *

Hállase situada la antigua ciudad de Arnedo á la orilla izquierda del río *Cidacos*, en un declive de fácil acceso, rodeada de montes que dominan ambas márgenes del río, y con muchas cuevas, antiguas habitaciones de los árabes. Cuenta esta ciudad tres parroquias, dos minas para desviar las aguas desbordadas del río, un puente sobre el mismo, restos de un viejo acueducto, varias ermitas, el notable convento de frailes de la Virgen de Vico en la margen derecha del *Cidacos*, y sobre el más elevado cabezo de la cordillera que la domina un antiguo y ruinoso castillo en ventajosa posición é inexpugnable en otros tiempos.

En esta ciudad habíase refugiado la Junta de la Rioja, dictando desde ella las medidas oportunas para causar los mayores daños á los franceses, ya que por desdicha no fuera cosa tan fácil arrojarlos de un país del que se habían apoderado por traición.

Reunidos en sesión solemne se hallaban los vocales ocupándose de la grave situación que atravesaba Rioja, invadida por los franceses, cuando solicitó con gran premura el ser recibido D. José de Alfaro, racionero de la catedral de la ciudad de Calahorra, la antigua *Galagurris Nassica* de los iberos, tan célebre en las guerras de Sertorio como bajo el poder de Muza, conquistada en el siglo XI por D. García que la dió á su hijo D. Ramiro, y la cual vino al fin á poder de los reyes de Castilla.

Al instante fué introducido ante la Junta el respetable Sr. Alfaro, á quien todos estimaban grandemente por su ciencia y sus virtudes.

Era este sacerdote un hombre de buena estatura, de agradable aspecto, de rostro moreno, de ojos vivos y penetrantes, de blancos cabellos, pero al que la edad no había podido aún doblegar bajo su peso.

—¡Bien venido el Sr. Alfaro al seno de la Junta!—le dijo el Presidente alargándole la mano.—¿Viene V. por ventura para tomar parte en nuestras tareas y en la noble empresa de salvar á España?

—No vengo para lo primero, pero si para lo segundo,—respondió el sacerdote.

—No le comprendo á V.,—exclamó el Presidente.

—Vengo—dijo el Sr. Alfaro—á solicitar de la Junta una gracia.

—Sea la que quiera, puede V. considerarla como obtenida.

—Pues bien—añadió el racionero con profunda emoción,—deseo levantar á mi costa una guerrilla...

—¡Noble acción!—exclamaron todos.

—Y ser el jefe de ella,—añadió el señor Alfaro.

A todos los individuos de la Junta extrañó por igual la petición y el deseo del sacerdote, no porque no considerasen al Sr. Alfaro como á un buen patriota, sino porque su estado, tan contrario á la carrera de las armas, su edad y sus achaques les parecían obstáculos casi invencibles para la realización de sus deseos.

Insistió el racionero en su petición, y el Presidente de la Junta, no pudiendo ocultar su sorpresa, y al notar el disgusto y la pena de que el racionero parecía hallarse poseído, entabló con él el siguiente diálogo:

—Señor D. José, ¿ha pensado V. bien en los riesgos y peligros que va á correr?

—Sí—le contestó el sacerdote.

—¿Ha pensado V. en que sus años y su delicado estado de salud le han de ser una carga difícil de soportar en una vida que sólo se compone de riesgos y miserias, de penalidades y trabajos?

© Biblioteca Nacional de España

—Sí.

—¿Es decir, que sabe V. bien á lo que se expone?

—Lo sé; y sé más que todo eso.

Todos fijaron sus ojos en el racionero, que se expresaba con mayor calor á medida que hablaba.

—Sé que ayer he recibido del rey intruso este papel—dijo el Sr. Alfaro estrujando entre sus manos un pliego,—y que es un *real* decreto por el cual se me nombra canónigo de la catedral de Calahorra. Y ahora ¿se explican Vds. mi petición?

Los individuos de la Junta se miraron sorprendidos y sin comprender.

El Presidente, rompiendo el silencio y excitado aún más por la curiosidad, fué el único que se decidió á hablar.

—No, señor,—le dijo.

—¿No comprenden Vds.—prosiguió el racionero con profunda amargura—que esto es obra de algún enemigo mío, de algún afrancesado infame que me juzga traidor á mi patria y á mi religión, y que yo sería el último de los miserables si no hubiese tomado la determinación que tanto parece asombrar á ustedes?

Los individuos de la Junta comenzaron á comprender, y sus rostros se iluminaron con las tintas de la alegría.

—Es preciso, absolutamente preciso—añadió el sacedorte,—que yo borre la mancha que se ha querido lanzar sobre mi honra como español y sobre mi fe como sacerdote, pero de una manera terrible.

Con este nombramiento, que ignoro de quién puede ser obra, se ha pretendido infamarme y presentarme ante mis hermanos en religión y ante mis compatriotas como un mal sacerdote y como un mal español.

Sea, pues, la sangre francesa derramada por mi propia mano, la fuente en que se lave mi honor, y el cielo permita que si este nombramiento con que se quería deshonrar mis canas, es la obra de algún afrancesado, sea él uno de los primeros que caigan bajo el filo de mi vengadora espada.

Todos los individuos de la Junta estrecharon en sus brazos al digno racionero, y desde el siguiente día, á la cabeza de una guerrilla que se llamó *Partida de Cruzada*, don José de Alfaro, desplegando una actividad impropia de sus años y unos talentos militares de que nadie le hubiese creído dotado, persiguió á los franceses, y aún más á los *afrancesados*, con el más obstinado empeño.

¡Cuánto no hubiera dado el buen sacerdote por conocer al hombre á quien debía aquel nombramiento del rey intruso, verdadero padrón de ignominia del que no podía acordarse sin sentir sus mejillas rojas de vergüenza!

Como dijo el poeta, la levadura de Adán, que todo hombre tiene en sí, había impulsado al racionero Alfaro á la lucha, deseoso de borrar ante sus compatriotas hasta la más ligera sombra de deslealtad ó de traición á su adorada patria.

* * *

Entre las muchas guerrillas que había en la Rioja se contaba la del abogado de Logroño D. Miguel Orué.

El 8 de Noviembre de 1809 supo en el pueblo de Maestu, donde se encontraba con sus partidarios después de haber andado una jornada tan larga como penosa, que había llegado á Salvatierra un destacamento francés, y que en la villa de Alegría habían entrado 250 franceses para conducir á Vitoria el grano que allí se encontraba almacenado.

¿A cuál de los dos puntos acudir?

Decidido por el primero, ordenó y dispuso su gente, y se presentó de improviso una hora antes de amanecer en la puerta llamada de *Logroño*, que halló abierta, y aunque sufrió una descarga de la guardia, venció á ésta y entró por las calles haciendo fuego, rindiendo al comandante francés y á sus soldados, y cogiendo muchos fusiles que tenían depositados en la casa del ayuntamiento sin que su guerrilla tuviese la menor desgracia.

Noticioso de que por la parte de Vitoria venía un destacamento francés en auxilio del de Salvatierra, le salió al encuentro matándole tres soldados, haciéndole varios prisioneros y retirándose luégo al pueblo de Gueriña.

De estas hazañas realizó muchas el doctor Orué, quien dedicado hasta entonces al ejercicio de la abogacía demostró prácticamen-

© Biblioteca Nacional de España

te que en esta tierra de España todos los hombres han nacido soldados.

* * *

Merecen ser citadas entre las guerrillas de la Rioja las de Pérez y Salazar.

Era el primero un notable abogado de la audiencia de Valladolid, cuya ciudad estaba, como recordarán nuestros lectores, en poder de los franceses y bajo el yugo del feroz Kellerman.

Pérez, que contaba con algunos bienes y amigos en la Rioja, se vino á esta provincia y levantó en ella una guerrilla tan numerosa como valiente.

* * *

D. Francisco Salazar comandaba otra guerrilla que se hizo bien pronto famosa.

Y á propósito de este guerrillero nos han suministrado una anécdota que no carece de gracia.

Dícese que era muy aficionado á las mujeres, y que apenas llegaba á un pueblo se enteraba de cuál era la recién casada más bonita, y una vez averiguado se alojaba en su casa y enviaba al marido á espiar á los franceses.

* * *

D. Francisco Fernández de Castro era hijo primogénito del marqués de Barrio-Lucio, casa antiquísima de la provincia de Burgos, y habiendo merecido de la Junta Suprema el permiso de levantar á su costa algunas partidas de guerrillas, desempeñó su cometido con tal acierto y fortuna, que en pocos días reunió gran número de infantes y de caballos, con los cuales causó á los imperiales pérdidas grandísimas y daños incalculables, interceptando sus correos, apoderándose de sus convoyes y rescatando las muchas alhajas que habían robado á los templos y á los particulares, poniéndolo todo á disposición de la Junta Central, y recibiendo en premio el nombramiento de Comandante general de la Rioja.

Tal era la rabia y el odio que los franceses le tenían, que, no pudiendo vengarse en él, emprendieron una cruel persecución contra su familia, obligándola á salir de Burgos y refugiarse en la ciudad de Valencia, quemando sus casas, talando todas las propiedades de este hijo benemérito de la patria y acosándole sin cesar.

Avisado por Javier Mina de que los franceses habían formado en Viana una columna compuesta de las tres armas (1.000 infantes, 300 caballos y cuatro cañones) para destruirle, los esperó en las alturas del pueblo de Sansol (Navarra) el 18 de Noviembre con su gente y las partidas de Mina, Narrón y Cuevillas.

Mandaba el centro de las fuerzas españolas el capitán de navío retirado D. Ignacio Narrón, y la izquierda y la derecha Mina y Cuevillas.

La acción, que fué una verdadera batalla, se prolongó hasta la noche en que los enemigos se retiraron á Pamplona, con pérdidas de 140 hombres, un cañón de á cuatro, varios heridos y muchos prisioneros.

Nuestras bajas consistieron en cuatro muertos y 12 heridos, y las guerrillas persiguieron á los imperiales hasta las puertas mismas de Pamplona, en donde se encerraron los franceses protegidos por los fuegos de la ciudadela.

Un detalle: cogido entre los prisioneros un espía español, sin que los jefes pudieran impedirlo fué muerto por los guerrilleros de un sin número de puñaladas.

* * *

D. Ignacio Narrón era un antiguo marino, un capitán de navío que vivía retirado en su casa de Nájera, ciudad tan antigua que se ignora la época de su fundación, situada á la izquierda del río Najerilla, sobre el cual hay un puente de piedra de siete arcos, en una extensa llanura en la falda de altas y escarpadas peñas y sobre grandes promontorios de tierra.

Al estallar la guerra de la Independencia, se formó en esta ciudad, al igual que en otras de la Rioja, una Junta de armamento y defensa, de la cual fué nombrado presidente D. Ignacio Narrón.

Por más que sus años y sus servicios le

© Biblioteca Nacional de España

autorizasen para descansar, el Sr. Narrón dejó la presidencia de la Junta para empuñar la espada y ponerse á la cabeza de una numerosa guerrilla, y aunque sus conocimientos militares eran especialmente los del marino y no los del oficial de tierra, sin embargo, Narrón pudo envanecerse de no haber buscado á los imperiales una sola vez sin derrotarlos.

Avisado por Javier Mina del peligro que corría el marqués de Barrio-Lucio, acudió con sus partidarios en su ayuda tomando parte en la acción de Sansol, mandando el centro de la batalla y auxiliando al joven marqués con sus consejos para el feliz resultado de un combate que tan escarmentados dejó á los franceses, los cuales huyeron, como sabemos, hacia Pamplona en el mayor desorden.

Guerrilleros de León.—Atanasio (el Manco).

Tipo perfecto del leonés, sobrio, franco, honrado, trabajador y valeroso, era Atanasio, apodado el *Manco*, uno de los primeros guerrilleros del antiguo reino de León.

Lanzado al campo á la defensa de su patria, la reseña de sus hazañas ocuparía un libro.

Los franceses le temían de una manera extraordinaria. ¿Y cómo no, si Atanasio, no satisfecho con vencerlos en la montaña, an-



MURALLAS DE LEÓN

sioso de mostrarles su valor y el de sus guerrilleros, llevaba su audacia hasta presentarse con su guerrilla, compuesta de un puñado de hombres, al pie de las murallas mismas de la ciudad?

Y esto no una vez, sino varias. Cuando más descuidados estaban los imperiales, ora pasando una de sus fastuosas revistas, ora en alguna de sus frecuentes y bulliciosas orgías, aparecía Atanasio con sus 25 ó 30 ginetes en lo alto de *Oteruelo*, y adios fiesta, la guarnición se ponía sobre las armas, se cerraban las puertas y todos los soldados se preparaban á la defensa para librarse de su soñado peligro.

El *Manco*, satisfecho con el susto que les había proporcionado, se retiraba con sus guerrilleros, no sin antes retar á los franceses á que saliesen y le persiguieran, desafío que, por más raro que parezca, jamás se atrevieron á aceptar aquellos guerreros que así propio se daban el título de *invencibles* y que tantas veces fueron vencidos en nuestra España.

Guerrilleros de Santander.—D. Pedro García de Soto.—D. Andrés María del Río.—D. Juan Obeso (Recio).—D. Manuel de Colmenares.

No habían permanecido indiferentes los montañeses al movimiento general, ni Santander se hallaba huérfano de guerrilleros.

© Biblioteca Nacional de España

Semejante negligencia había sido inexplicable en un pueblo que había sido de los primeros en dar el grito de alarma y en reunir sus valerosos hijos para la defensa de la patria.

Por otra parte, su situación geográfica, que hace confinar á la Montaña por el Norte con el Océano Cantábrico, por el Este con las provincias de Vizcaya y Alava, por el Sur con las de Burgos y Palencia, y por el Oeste con la de Oviedo, llenas todas de guerrilleros, eran un nuevo motivo para que los montañeses formaran esas terribles partidas que eran el solo freno de los imperiales, el único poder ante el cual se sentían débiles los bonapartistas.

Demás de esto, la historia de la Montaña está llena de hechos gloriosísimos.

Son sus hijos los descendientes de aquellos invencibles *cántabros* cuyo territorio se extendía desde el *Nalón* ó desde el *Cabo de Peñas* hasta cerca del *Nervión,* que pertenecía ya á los *antrigones*.

Los cántabros, dice un autor, eran guerreros hasta el delirio; tenían por insulsa y semejante á la muerte la vida sin guerra, y eran enemigos irreconciliables de los romanos. Estos guerreros, indiferentes al rigor de las estaciones y aun al imperio de las necesidades corporales, no contentos con defender su libertad amenazada por los romanos, talaron los pueblos de la Península Ibérica que se habían sometido á ellos, como sucedió con los *antrigones* y los *bárdulos*.

Esta conducta de los cántabros acabó de exasperar á Roma. Abrió Octavio Augusto el templo de Jano, vino con todo su poder contra la Cantabria y la atacó por tres partes; pero la resistencia que en ella encontró fué tan tenaz y decidida, que cansado de la guerra de montañas, en que tanto se han distinguido siempre los españoles, y viendo que sin ganar gloria perdía lo más florido de su gente, se retiró enfermo á Tarragona encargando la continuación de la guerra primero á Antistio y luégo á Agripa.

Tras de aquellas remotas y sangrientas luchas aparecen los hijos de la Montaña prestando grandes servicios en la época de la Reconquista, formando parte de la monarquía goda, pero conservando sus fueros, privilegios y libertades, gobernados por una autoridad que al principio tuvo el título de *Duque* y luégo de *Conde*, cuyas disposiciones acataban tranquilos y contentos los montañeses.

Desde el siglo XI Santander siguió en su organización política los vaivenes y alteraciones que producían las diversas soberanías de los reyes de Castilla y Navarra, pero recibiendo de unos y de otros señaladas distinciones y mercedes, así como nuevos y preciados fueros, que cambiaron en mucho el estado social y administrativo de los pueblos de la montaña.

Para la toma de Sevilla á los moros por el santo rey Fernando, acudió Santander con tres naves de alto bordo, y á pesar de la obstinada resistencia de los árabes, rompieron las gruesas cadenas que sujetaban un gran puente de barcas que apoyaba sus extremos por un lado en el castillo de Triana y por el otro en la Torre del Oro, merced á lo cual quedó terminado el asedio y entraron en Sevilla las tropas cristianas (1248), premiando generosamente el rey santo tan bizarro comportamiento.

Durante un largo espacio de tiempo las escuadras de las *Cuatro villas* (Santander, Laredo, Castro y San Vicente de la Barquera) pasearon orgullosas por el Océano su glorioso pabellón, siempre triunfante.

La creación por Felipe V del *Real Astillero de Guarnizo* fué un suceso importantísimo para Santander, y bien pronto fué considerado como uno de los primeros por la importancia, solidez, belleza y grandes condiciones marítimas de los buques en él construídos.

Por decreto de 22 de Enero de 1801 Carlos IV erigió á Santander en provincia, sin dependencia de Burgos.

El valor que los montañeses habían heredado de los vencedores de los romanos y de los árabes lo emplearon igualmente en combatir á los franceses, y si éstos se apoderaron de su capital y de algunas villas importantes, se debió, no á la flojedad de sus hijos, sino á la perfidia con que los imperiales se hicieron dueños de España y que no permitió á los montañeses, como á la mayor

© Biblioteca Nacional de España

parte de los hijos de otras provincias, apresarse á la lucha con tiempo suficiente para impedir que los franceses se enseñoreasen de su suelo.

Ya los vimos levantarse en armas á la voz del insigne obispo D. Rafael Menéndez de Luarca y ayudar á las tropas de Ballesteros y á los guerrilleros de Porlier en la reconquista de Santander, perdida nuevamente para España, no por falta de valor sino por sobra de confianza indisculpable en un hombre como Ballesteros.

Sin cuidarse los montañeses de que Santander, Reinosa, Castro Urdiales, Laredo y otras villas y ciudades, á cual más importantes, habían caído en poder de los franceses después de tenaces combates y heróicas resistencias, se lanzaron al campo resueltos á combatir á los enemigos de su patria, formando esas guerrillas que eran el espanto de los imperiales, y adoptando ese género de guerra que en todo tiempo había inmortalizado el nombre de la Montaña.

***

El intrépido D. Pedro García de Soto (1), cazador infatigable, hombre de gran fortuna y aún más grande corazón, se puso al frente de una guerrilla que, posesionada del llamado *Puerto del Escudo*, molestaba contínuamente á los franceses que no osaban seguirle hasta sus elevadas y fuertes posiciones, desde las cuales hacía pagar bien caramente á los imperiales sus criminales atentados contra España.

***

D. Andrés María del Río era un joven de noble familia, nacido en Paracuelles, pueblo cercano á Reinosa (2).

De ánimo resuelto, de espíritu patriótico, amante como buen montañés de la independencia, recorría con su guerrilla todo el partido de Reinosa, y muy especialmente la carretera que pasando por esta villa pone en comunicación á Santander con Madrid.

Reinosa, una de las villas que más sacrificios hicieron por la independencia patria y más actos heróicos realizaron en aquellos tristísimos días, era y es hoy el depósito más importante de vinos, aguardientes, trigos, harinas y productos coloniales que buscan su natural salida ó por la carretera hacia Madrid ó por el puerto de Santander hacia América.

En Reinosa, pues, tenían los franceses sus almacenes, y á ella hacían concurrir todos los convoyes de víveres para el racionamiento de sus ejércitos en aquellas comarcas.

D. Andrés del Río que, como hijo del país, no ignoraba nada de esto, no se apartaba de las cercanías de Reinosa y aprovechaba con gran ingenio y extremado valor toda ocasión para apoderarse de esos convoyes que costaban á los imperiales la pérdida de los víveres y la vida de gran número de sus soldados.

***

D. Juan Obeso, apodado *Recio* por su gran figura, hercúleas fuerzas y recia complexión, se conquistó en pocos días una justa reputación de infatigable guerrillero y de valeroso soldado.

Apostado en la cuenca del río *Besaya*, único paso que se encuentra practicable en una gran extensión de terreno de Este á Oeste en la cordillera Cantábrica, desde ella, y con la ayuda de sus partidarios, diezmaba á los imperiales.

Dueño de toda aquella parte de la provincia, asi escalaba la *Peña Unción* como vigilaba las orillas del Besaya, y cuando se le creía en las montañas de las Caldas aparecía en el valle de Torrelavega.

Por desgracia los triunfos de Obeso fueron de corta duración, que en esta lucha terrible España vió aprisionados ó muertos muchos de sus mejores hijos; en una de sus

(1) Gran parte de estos datos los debemos al ilustre cronista de Santander D. Angel de los Ríos, al que públicamente queremos consignar nuestra admiración y nuestra gratitud.—*N. del A.*

(2) Reinosa pertenecía por entonces á la provincia de Palencia, pero sostenía con Santander grandes relaciones de comercio y estaba en contínua correspondencia con ella.—Duque y Merino. —*Efemérides de Reinosa.*

© Biblioteca Nacional de España

atrevidas empresas y á causa de una de aquellas espesas nieblas, tan comunes en la Montaña, cayó en poder de los imperiales que le inviaron prisionero á Francia, donde pasó algunos años, hasta la terminación de la guerra, lleno de privaciones y miserias.

* * *

De la villa de Liébana, partido judicial de Potes, salió á campaña D. Manuel de Colmenares, quien desde las elevadas cordilleras de las montañas de este territorio, enclavado entre las provincias de León, Palencia, Oviedo y Santander, no cesaba en la persecución de los enemigos, á los que derrotó en diversos encuentros.

Uno de los episodios más notables de la vida de este guerrillero fué el atrevido y arriesgadísimo salto que hubo de dar huyendo de los franceses desde el puente del lugar de Tama al caudaloso río *Deva*, el primero que se encuentra en Santander por la parte del Poniente y que sirve de frontera á Asturias en algunas leguas, salvándose milagrosamente y dejando burlados á los invasores.

Estos guerrilleros, y los que luégo iremos nombrando, daban gallarda muestra del amor patrio y del heróico valor de los arrojados hijos de la Montaña.

Guerrilleros de Soria.—Baron de Pallaruelos (hijo).

La población de Soria es de remotísima antigüedad, habiendo formado parte de la insigne república Numantina. De origen celtíbero, debió perecer con la capital, conservando tradicionalmente su nombre sobre sus ruínas. Despoblado el país que ocupaba por D. Alfonso el Católico, fué repoblado por D. Alfonso el Batallador, perteneciendo, con un ligero intervalo en que formó parte del reino de Aragón, á la corona de Castilla.

Obtuvo el privilegio de voto en Cortes, siendo su gente de armas escudo del trono, y distinguiéndose en la guerra de la Reconquista, así como en la guerra de la Independencia en que sus hijos lucharon denodadamente por la libertad de la patria.

Son los sorianos, generalmente hablando, dóciles, sencillos, humildes pero sin bajeza, muy formales en sus tratos y contratos, amables y obsequiosos, conservando en sus fiestas y diversiones esa noble gravedad que caracteriza á los hijos de Castilla.

Recorría la provincia de Soria una numerosa guerrilla, terror de los franceses, mandada por el hijo del baron de Pallaruelos, gobernador de Soria por los imperiales, y uno de los poquísimos afrancesados que hubo en esta provincia.

Cuáles no serían las hazañas llevadas á cabo por el primogénito de la casa de Pallaruelos y sus guerrilleros, cuando provocaron un acto de que quizás la historia no presente otro ejemplo igual, ni siquiera parecido.

Hélo aquí:

El barón de Pallaruelos, de acuerdo con el general francés que mandaba en Soria (creemos que era Duverné), deseoso quizá de hacerse más agradable á los ojos de los invasores, se atrevió... ¡horror causa decirlo! ¡á pregonar la cabeza de su hijo!

Si el hecho es cierto, como se nos ha referido, creemos que no puede llegarse á más por un padre, que, más que un hombre, semeja un aborto de la naturaleza.

Guerrilleros de Zamora.—D. Juan Mendieta.—D. Mateo Domingo.—Losada.—Echevarría.

La provincia de Zamora, en la cual el amor á la libertad, mostrado de un modo tan elocuente en la época de las famosas Comunidades castellanas, era un culto, al ocurrir el glorioso alzamiento de 1809 tomó una parte muy activa declarando guerra á muerte á los invasores. Abandonada por las divisiones españolas que operaban en el país, tuvo que sufrir el yugo francés después de la desgraciada batalla de Rioseco.

Pero no por eso se intimidaron los zamoranos, y varios de sus hijos empuñaron las armas y formaron guerrillas, con las cuales tuvieron á raya á los invasores.

D. Juan Mendieta por los cerros aislados ó *berruecos*, como los llaman en el país, de Brime, Cubo de Benavente y Uña de Quintana; D. Mateo Domingo, por las orillas del

© Biblioteca Nacional de España

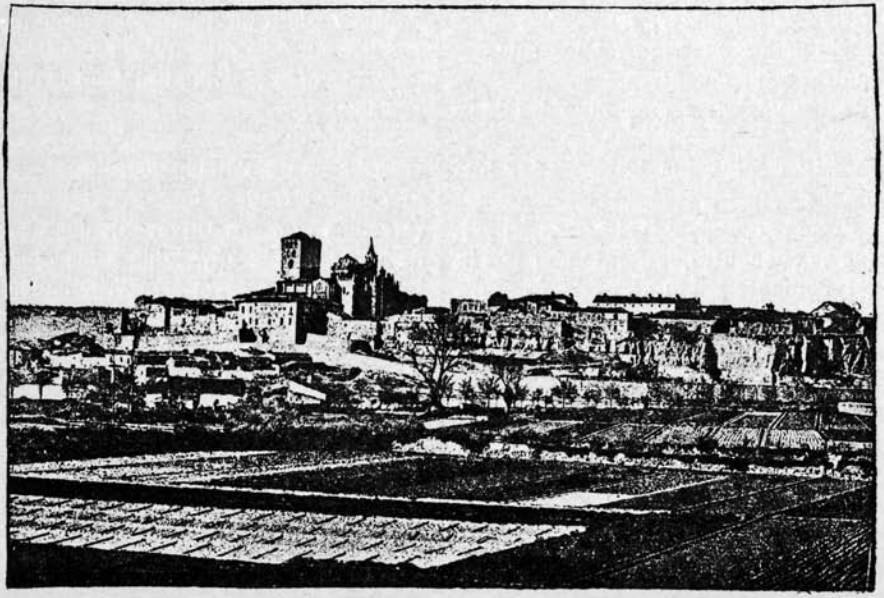
Esla; Losada, por la sierra que separa á Zamora de Portugal; Echevarría, por Villalpando, y otros varios, no permitían á los franceses que realizasen las infames acciones que eran el cortejo obligado de su presencia en toda la Península, pues los zamoranos que acabamos de citar y los que en anteriores cuadernos hemos nombrado y que ocupaban la tierra de Toro, les demostraron prácticamente que en esta nación clásica del valor y de la libertad, el que se atreva á invadirla no será dueño de otra tierra que la que huellen sus pies, y que desde el instante que la profane no gozará un instante de tranquilidad ni de calma.

El gobierno del intruso.

Tratemos de averiguar en qué se ocupaba y que había hecho el gobierno del rey intruso, compuesto, como se recordará, de un puñado de malos españoles, en este tiempo.

Suspicaces y desconfiados estos ministros, no vacilaron en cometer todo género de tropelías.

Ya vimos el inícuo tribunal creado expresamente para juzgar á los buenos españoles. A esto siguió la prisión y el envío á Francia del insigne poeta D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, cuyo solo delito consistía en su grande amor á España, demostrado en sus notables composiciones y en los enérgicos artículos con que contestó á Murat que le censuraba por ello, y del duque de Granada. Cienfuegos falleció el mismo año en extranjero suelo, dejando un puesto vacío en el Parnaso y un lugar huérfano en la madre patria. Estas venganzas realizadas por los imperiales causaron en todo el país profunda indignación, y no hubo conciencia que no las rechazase y no jurara tomar de ellas cumplida justicia en un plazo más ó menos lejano.



VISTA DE ZAMORA

Resueltos á todo los ministros de José, publicaron un decreto por el cual disponían de las cosechas sin permiso de sus propietarios. Jamás sufrió un ataque tan descarado el derecho de propiedad. Podrá tener disculpa el general que en campaña, para racionar á sus tropas, se apodera de cuanto encuentra, pero el gobierno que, llamándose á sí propio regular y ordenado lleva á cabo semejantes despojos, sólo puede ser el gobierno de un rey intruso y formado por traidores. ¿Cómo

© Biblioteca Nacional de España

exigir que respete la propiedad el que no ha respetado á su madre patria?

Por otro decreto se obligaba á presentar un sustituto, ó en su defecto pagar cierta cantidad como indemnización, á toda familia que tuviese algún hijo en los ejércitos nacionales.

Según otro, quedaban confiscados y debía procederse á la venta de los bienes y propiedades de cuantas personas se hallasen fugitivas y residiesen en las provincias *sublevadas*. ¡*Sublevadas* llamaban los ministros del invasor á las provincias leales!

Por otro decreto quedaban abolidos todos los títulos y órdenes de caballería, salvo la del Toisón, que no obtuviesen la rehabilitación del intruso; y de igual modo se mandaba suspender el sueldo ó la pensión á todo empleado, viuda ó huérfana que no lo solicitasen de José.

¿Qué importaba que por nuevos decretos quedase abolido el *Voto de Santiago*—que nuestras Cortes de Cádiz abolieron también, —ni que por ellos se procurase mejorar la enseñanza, el estado del ejército y la situación de los municipios, si tales decretos procedían de la mano misma que había dictado los anteriores que rechazaban de consuno la lealtad y el patriotismo?

Respecto á la supresión de todas las órdenes monásticas, el país vió en semejante decreto no un adelanto de la época, no una reforma sincera, sino un acto de venganza. Los franceses maltrataban al clero porque éste les hacía la guerra; le perseguían como invasores y no como reformistas, y si el clero se hubiese colocado al lado suyo y en contra de la patria, le habrían llenado de privilegios y de honores.

Pasemos de la parte política á la económica.

El ministro de Hacienda, conde de Cabarrús, decretó un empréstito forzoso sobre las personas pudientes, harto recargadas ya con las contribuciones que en todas partes les imponían los generales franceses.

Luégo mandó presentar al fisco toda la plata labrada, sin exceptuar la de Palacio y la de las iglesias, para acuñarla.

No satisfecho aún, creó, con fecha 9 de Junio de 1809, las *Cédulas hipotecarias*, prohibiendo el curso de los antiguos *Vales Reales* en las provincias sujetas á la dominación de los franceses, si no llevaban el sello de José.

Tras de las *Cédulas hipotecarias* lanzó las de *Demnización* y *Recompensas*, aumentando así las emisiones de papel y haciéndolas perder en valor. Sus productos se destinaban para la extinción de la Déuda pública; pero como llegó un momento en que ese papel moneda no circuló, y en que la venta de bienes nacionales nada produjo, la Deuda no se extinguió, fracasando de este modo todas las combinaciones financieras de Cabarrús.

Tales llegaron á ser los apuros del rey intruso, á pesar de los esfuerzos de su ministro de Hacienda, que su hermano Napoleón tuvo que enviarle dos *millones mensuales de francos* para su sostenimiento y pago de las atenciones del Tesoro.

Era España la primera conquista, dice un ilustrado escritor, que en lugar de producir, imponía tributos y exigía sacrificios al coloso del siglo.

Estos sacrificios impuestos al orgulloso Napoleón nacían principalmente de la actitud del país, y muy especialmente de las guerrillas.

Con las guerrillas les era casi imposible á los franceses cobrar tributo ni contribución alguna.

Sabido es el amor que el campesino y el pequeño propietario tienen á su dinero, amor justificado por los grandes trabajos que representa, porque es el fruto de largos años de privaciones y de miserias, y porque es la herencia de sus hijos.

El campesino, pues, enviaba su hijo á engrosar las guerrillas para salvar su escaso capital, y le avisaba de la próxima llegada de los destacamentos encargados del cobro de esas inícuas contribuciones, y como las guerrillas se componían generalmente de hijos de un mismo pueblo, todos corrían presurosos á impedir la ruína de la hacienda de sus casas, que era á la vez la vida de sus ancianos padres y su herencia de mañana.

Y si por acaso los imperiales habían logrado sacar esa contribución sorprendiendo

© Biblioteca Nacional de España

á un pueblo, no tardaban los guerrilleros en saberlo y en correr tras de ellos y en batirlos y en arrebatarlos el botín de que se mostraban tan orgullosos, y que era en realidad el despojo más inícuo y el robo más descarado.

Vése, pues, que unido al amor de la patria ó el interés de salvar la hacienda de sus familias, los guerrilleros no podían cejar en su empresa, mostrando á Napoleón que si en otras partes los naturales se habían dejado arrebatar la libertad, la vida y la hacienda, en España, para arrancar á sus hijos la primera y privarles de las segundas, era necesario no dejar una piedra en las ciudades, ni una mata en los campos, ni una gota de agua en los ríos, ni una hoja en los árboles.

¡Qué bajeza!

Fernando el *Deseado*, su hermano Carlos y su tío el célebre infante *D. Antonio Pascual*, que se había despedido de la Junta, de que era presidente, el 3 de Mayo de 1808 al marchar á Bayona con aquel famoso documento que terminaba *hasta el Valle de Josafat*, y los nobles que los habían seguido y que formaban la camarilla del *ídolo* de los españoles, pasaban el tiempo en Valencey, satisfechos por la regalada y tranquila vida que llevaban, y porque á tan larga distancia no les alcanzaban los rudos golpes y las sangrientas escenas que los españoles sufrían por defender la independencia de la patria y la corona de Fernando.

Esto sin contar que todos, desde Fernando á Escoiquiz, representaban el papel de víctimas, y toda España lloraba por aquel *desgraciado* príncipe, al que creía amarrado con duras cadenas en algún oscuro calabozo, pensando tan sólo en sus queridos súbditos y dejándose morir de hambre, de sed y de frío primero que ceder el más pequeño de sus derechos, ni reconocer al invasor.

¡Pobre España, digna de una suerte mejor!

Los españoles, en su inmensa mayoría, ignoraban que Fernando habitaba un soberbio palacio, que tenía á su disposición cientos de criados, que cazaba en un parque soberbio, que recorría á su antojo campos inmensos, que iba diariamente á la ciudad de Valencey, y que, en unión de su hermano y tío, cómodamente aposentados y espléndidamente servidos, comentaban de sobremesa las noticias que llegaban de España entre sorbos de exquisito café y de dulce licor y el humo de riquísimos tabacos.

Véase lo que acerca de la existencia de Fernando, su hermano y su tío escribe uno de los mejores historiadores:

«La vida allí (Valencey) de Fernando, como la de su hermano D. Carlos y su tio D. Antonio, no era más penosa de la que la etiqueta española obligaba á hacer á los reyes, pareciendo que la sobrellevaban sin disgusto, si no es que con satisfación, por estar á salvo de los peligros que hubieran corrido en España en medio de la guerra.

. . . . . .

Procuraba la princesa de Tayllerand hacerles olvidar su *cautiverio* con algunos saraos.

. . . . . .

D. Antonio pasaba muchos días entretenido en el torno, á cuyas obras era muy aficionado, y el cuidado de vigilar que sus sobrinos no entrasen en la biblioteca del palacio, cuyos libros eran á sus ojos otros tantos venenos de pérfido atractivo.

. . . . . .

Contaban á su lado un pariente del canónigo Escoiquiz, llamado D. Juan Amezaga.»

Según un distinguido escritor, Valencey amaestró á Fernando en la tiranía, y las únicas palabras que se le oían eran generalmente estas:

—«Ya haré yo andar derechos á mis vasallos.»

Pero, ¿cuál era el delito de los españoles para que Fernando los tratase así?

Acaso en su interior una voz secreta le decía que era un mal español, un mal hijo y un mal príncipe, que no merecía que un pueblo tan noble como el español se sacrificase por su causa, y despreciaba á los españoles y se proponía hacerles pagar caramente la inocencia de que estaban dando pruebas, considerándole lo que no era y sacrificándose por su causa

Un historiador, nada sospechoso, D. Mo-

© Biblioteca Nacional de España

desto Lafuente, escribe á este propósito lo que en extracto vamos á copiar:

«Para que todo fuese adverso ó melancólico en esta segunda mitad del año 1809, en tanto que acá la nación hacía tan desesperados esfuerzos y realizaba tan heróicos sacrificios, y que los españoles vertían abundantemente su sangre por defender su independencia y recobrar el trono y el cetro arrebatados á su legítimo monarca, Fernando, desde Valencey, felicitaba á Napoleón por sus triunfos sobre los españoles en términos que su conducta con el usurpador de su trono formaba un terrible y doloroso contraste con el heroísmo de la nación.

Por fortuna, aquella fatal correspondencia y aquella humilde actitud del príncipe con el tirano de su patria, no era conocida entonces en España, y la nación continuaba dispuesta á seguir sacrificándose por su libertad y la de su rey.»

Hé aquí una de las primeras cartas de Fernando que aparecieron en el *Monitor*, de París:

«Señor: El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona sucesivamente la augusta frente de V. M. I. y R., y el grande interés que tomamos mi hermano, mi tío y yo en las satisfacciones de V. M. I. y R., nos estimula á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos bajo la protección de V. M. I. y R.

Mi hermano y mi tío me encargan que ofrezca á V. M. su más respetuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser con la más alta y respetuosa consideración, Señor, de V. M. I. y R. el más humilde y más obediente servidor, *Fernando*.—Valencey 6 de Agosto de 1809.»

Nótese bien. Esta carta iba dirigida al invasor de su patria, al hombre fatal que le había arrebatado la corona, al tirano de su nación; y los triunfos por que le felicitaba eran los conseguidos por sus tropas sobre los heróicos hijos de España, que si peleaban por la independencia peleaban igualmente por conquistar la libertad de su príncipe y restituirle la corona.

¿Cabe mayor infamia en un hombre, en un español, en un rey?

¿No supera esta carta á todo cuanto la historia consigna, y no la creeríamos mentida si no hubiese visto la luz en un periódico, y en un periódico oficial?

¿Quién le mandaba escribir semejantes cartas?

Fernando, que no había sido buen hijo, no podía ser buen español, ni llegar á ser buen rey.

Si un rey es el padre de sus vasallos, él debía ser, y así lo demostró luégo, el padrastro que no el padre de los españoles.

Recordemos ligeramente los principios de su vida.

De niño se entretenía ¡cruel é inhumano entretenimiento! en sacar los ojos á los pájaros vivos.

Era que se adiestraba, ha dicho Miguel Agustín Príncipe, en los pájaros, para luégo sacárselos á los hombres.

Cuando la famosa causa del Escorial ¿qué resultó? Pues resultó un hijo que pone en duda la honra de su madre ¡delito monstruoso! Un príncipe que trata de sustituir á su rey y padre por la violencia. Un mal caballero que no vacila en denunciar á los hombres que por él se han comprometido, con tal de alcanzar su perdón.

¿Qué hijo en el mundo hace pasar á sus padres, como lo hizo Fernando, por las humillaciones, los temores y aun los peligros de las asonadas y de los motines de Aranjuez, burlándose de ellos?

¿Qué hombre ni qué hijo, á no ser Fernando, falta á su palabra, como él lo hizo en la entrevista celebrada con su padre por consejo de Godoy?

¿Qué español ni qué príncipe entabla secreta correspondencia y ocultos tratos con el enemigo de su patria, que le obligan á escuchar de labios de este mismo enemigo, de Napoleón, la reprobación más grande á su conducta verdaderamente traidora?

¿Qué hijo sostiene como él en el palacio de *Marrac* de Bayona, aquel escandaloso pugilato con su padre, insistiendo en conservar una corona que había conquistado atemorizando al anciano y débil Carlos IV en una noche de tumulto, por la fuerza, auxiliado por unos cuantos hombres ganados por el oro del turbulento conde de Montijo, el céle-

© Biblioteca Nacional de España

bre *Tío Pedro*, y por la guardia misma de su padre?

Todos estos actos, y otros de carácter más íntimo, que podríamos revelar, daban clara muestra del carácter de Fernando, astuto y pérfido, de su cobardía, de la falta de amor á sus padres, del ningún cariño á sus vasallos, de su mal corazón, en que jamás tuvieron asiento ninguno de esos grandes sentimientos que enaltecen al hombre, la lealtad, el amor á la patria, la nobleza, la generosidad, el heroísmo, la grandeza que ha distinguido en todo tiempo á los españoles.

Lo hecho anteriormente por Fernando decía claramente lo que debía hacer en lo sucesivo.

Su pasado marcaba su presente. ¿E... posible aguardar un cambio en su conducta? ¿Debía esperar el país que aquel espíritu suspicaz, aquella alma ingrata, aquel corazón seco, se trasformaran?

La ocasión no podía ser más oportuna; en el destierro pudo aprender la ciencia de la vida, y estudiando los hombres y los sucesos reconocer á sus verdaderos amigos y tratar de guardarse de sus adversarios.

En las largas horas pasadas fuera de la patria, pudo recordar su pasado y arrepentirse de sus faltas, y fijándose en el porvenir tratar de hacer la felicidad de esta heróica nación que no reparaba en sacrificios para enmendar las faltas por él y su familia cometidas, lavando con su sangre la mancha de haber entregado ellos á España á la ambición de su mortal enemigo.

¿Lo hizo así?

La carta que hemos copiado demuestra todo lo contrario.

¿Es posible un delito mayor?

Sí.

Aún hemos de ver á ese mismo Fernando celebrar con grandes fiestas en Valencey el divorcio de Napoleón con Josefina y su nuevo casamiento con la archiduquesa de Austria María Luisa, y gritar presa del mayor entusiasmo *¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!* y solicitar de Napoleón la mano de una princesa de Francia para tener el *alto honor de entrar en su familia y manifestarle su inmenso cariño*, y denunciar á los españoles que procuraban sacarle de Valencey y traerle de nuevo á su patria, demostrando así á Napoleón su *inviolable fidelidad.*

El rostro se enciende de rubor al leer documentos semejantes y al recordar la conducta de Fernando, que realizaba todos esos actos precisamente cuando las Cortes de Cádiz se veían asediadas por los franceses, cuando la fiebre amarilla hacía horrorosos estragos en el país, cuando el hambre, el luto y la desolación disputaban España á sus preclaros hijos.

Por desgracia, el horizonte patrio se cubria de negros nubarrones.

Una horrorosa tormenta amenazaba las Andalucías, refugio del Gobierno Supremo, último baluarte de la causa nacional. Los ejércitos franceses, conducidos por el mismo José, se disponían á la invasión de las Andalucías, y si lograban conquistarlas ¡ay de la patria!

Fernando fué quizás el único que no se sintió conmovido, no ya en España sino fuera de ella, en aquella gravísima situación.

Europa toda se inquietaba por la suerte de nuestro país, y la mayoría de las naciones, vivamente interesadas por nuestras desgracias, tomaban en ellas una parte activa, y bien puede afirmarse que gozaban con nuestros triunfos y lloraban con nuestras desdichas.

A todos los pueblos preocupó grandemente la expedición proyectada por José contra las Andalucías, y todos veían que al perderse estas provincias, situadas en el confín de España, que albergaban á la Junta Central y con ella el arca santa de nuestra independencia, España, si el cielo no hacía un milagro estaba perdida, porque los franceses al tomarlas habrían realizado por completo la conquista de nuestro país y destruído el Gobierno nacional.

¿Qué hacer entonces?

A los españoles, cubiertos de luto y llenos de heridas, no les quedaba otro recurso que sepultarse entre sus ruínas.

¿Y era en estos aciagos instantes, en estos supremos momentos cuando Fernando, su hermano y su tío, felicitaban á Napoleón por sus victorias sobre los españoles?

¡Qué bajeza!

© Biblioteca Nacional de España

Recapitulemos.

Con el presente cuaderno terminamos la historia del para España terrible año de 1809.

En este año fatal perdimos á Zaragoza y á Gerona, tras de un sitio que ha inmortalizado sus nombres.

La campaña de Talavera, de que tan brillantes resultados se prometía la Junta Central, no produjo los grandes efectos que de ella y de la entrada de Wellington con los ingleses y portugueses esperaba el país.

Nuestros ejércitos habían sido derrotados en Ciudad-Real y en Medellín, en Puente del Arzobispo y en Ocaña, en Alba de Tormes, en María y en Belchite.

La mayor parte del territorio se hallaba en poder de los invasores.

Parecía que España, agotados todos sus recursos, iba á sucumbir.

No teníamos plazas fuertes, no contábamos con soldados, carecíamos de dinero.

¿Qué nos quedaba, pues?

Las guerrillas.

El feroz Kellerman, hablando de ellas, escribía á Napoleón:

«Las guerrillas españolas son la imagen de la hidra, y sería necesario un Hércules que las arrancase simultáneamente sus infinitas cabezas.»

Bessieres y Dorsenn confesaban á su amo que el rigor, lo mismo que la clemencia, no hacía sino aumentar la audacia de los rebeldes.

Un testigo irrecusable, el general Hugo, el perseguidor, durante largos meses, de nuestro bravo *Empecinado*, no vacila en consignar en sus celebradas *Memorias* esta gran verdad:

«Para la completa conquista de la Península se necesitaba acabar con las guerrillas.»

Cierto; pero para acabar con las guerrillas era preciso antes, y así debió comprenderlo el general Hugo, acabar con España.

* * *

«A los ejércitos, dice Ortiz de la Vega, sucedían las guerrillas, que ocasionaban la muerte de los imperiales.

Cien batallas perdidas no les hubieran causado tanto estrago.

No podían moverse sin haber reunido antes numerosas fuerzas: una compañía rezagada, un batallón extraviado ya no volvía á juntárseles.

Semejaba aquella lucha á una inmensa cacería.

Acometía á veces á las guerrillas el grueso de las fuerzas francesas y no le oponían resistencia: envalentonadas las tropas enemigas las perseguían, y de repente los imperiales, que creían llevarlas delante de ellos en retirada, se encontraban las guerrillas á retaguardia, teniendo que sufrir una acometida tan furiosa como imprevista.

Turbaba al francés este género de guerra en que tras de mil fatigas y peligros encontraba una muerte sin gloria.»

* * *

Oigamos á una de las primeras autoridades en la materia, al general conde de Cleonard:

«Como creación espontánea y original del país más idólatra de su independencia, las guerrillas prestaban eminentes servicios, ya bajo el aspecto moral, ya bajo la relación material de las operaciones militares.

Aquellos hombres audaces, implacablemente enemigos del usurpador, sobresalientemente activos, acababan de salir de la masa del pueblo, estaban ligados á éste por todas las afecciones de la familia, de la amistad y de la homogeneidad de los sentimientos políticos; sobre el pueblo reflejaban inmediatamente todas sus glorias, y en el pueblo hallaban una egida segura contra sus derrotas.

Ora victoriosos, ora vencidos, pero siempre agitados, ávidos siempre de nuevos combates, mantenían vivo y ferviente el entusiasmo público, contestaban á los desaires de la fortuna con un *no importa* indiferentes y desdeñosos, reputaban los triunfos como un señalado favor del Ser Supremo, y eran, sin advertirlo, en toda la fuerza de la expresión, los apóstoles de esta noble cruzada.

Así, la creación de las guerrillas, consi-

© Biblioteca Nacional de España

derada moralmente, fué de la más alta importancia. Aunque no de tanto precio, sus servicios materiales fueron también de muchísima consecuencia. Desprendiéndose de una roca, brotando del seno de una garganta, aprovechándose de todos los accidentes de un terreno que conocían palmo á palmo, los guerrilleros interceptaban las comunicaciones y detenían los correos enemigos; se arrojaban intrépidamente sobre los flancos ó la retaguardia de los ejércitos imperiales y prodigaban su sangre cuando la ocasión lo requería. Otras herían cual invisibles mensajeros de la muerte dispersándose enseguida para no comprometerse en una lucha temeraria, sin que estas dispersiones tuvieran nunca para ellos deplorables resultados.

Desde el sitio del combate el soldado de la patria se dirigía al pueblo de su naturaleza, ocultaba sus armas en el rincón más oscuro del hogar doméstico, y con la misma mano con que acababa de sostener el fusil ó el sable, tomaba los aperos rústicos y se presentaba á desempeñar las faenas agrícolas ó cualquier otro oficio mecánico.

Una orden clandestina de su jefe le arrancaba precipitadamente de sus tranquilas ocupaciones, excitando su ardor en nuevas y más peligrosas empresas.

De este modo se sostenían, aunque debilitados, los ramos de la riqueza pública, y el incansable guerrillero acudía con oportunidad al campo y á la guerra, regando alternativamente el suelo de su patria con el sudor de su frente y con la sangre de sus venas.

Muchos generales del imperio vieron frustrarse sus planes mejor concebidos por la intrepidez, astucia y agilidad de los guerrilleros, y algunos contando con grandes ejércitos se vieron como bloqueados y sin poder salir del territorio que ocupaban.»

***

Dice el ilustre Toreno:

«Había guerrillas en cada provincia, en cada comarca, en cada rincón. Algunas llegaron á contar 500, 1.000, 2.000 y hasta 3.000 hombres.

Se agregaban las más pequeñas á las más numerosas.....

Aunque en algunas ocasiones se originaron daños á los naturales, inherentes los más á este linaje de guerra, puédese afirmar resueltamente que sin las guerrillas hubiera corrido riesgo la causa de la Independencia. Tranquilo poseedor el enemigo de la vasta extensión del país, se hubiera entonces aprovechado de todos los recursos transitando por él pacificamente, y dueños de mayores fuerzas, ni nuestros ejércitos, por más valientes que se mostrasen, hubieran podido resistir á la superioridad y disciplina de los franceses, ni los aliados nuestros se hubieran mantenido resueltos á contribuir á la defensa de una nación cuyos habitantes doblaban mansamente la cerviz á la coyunda extranjera.

Asaltados por las guerrillas en todos los lugares, se vieron forzados los enemigos á establecer de trecho en trecho puestos fortificados, valiéndose de antiguos castillos de moros, ó de conventos, ó de casas-palacios, á fin de asegurar por este medio sus caminos militares, la línea de sus operaciones y los depósitos de víveres y aprestos de guerra, á pesar de lo cual su dominio no se extendía, generalmente, fuera de aquellos puntos fortificados, teniendo muchas veces que oir, mal de su grado, y sin poder estorbarlo, las canciones patrióticas que en su derredor venían á entonar los atrevidos guerrilleros.»

***

Según el coronel prusiano Schépeler que hizo la guerra de la Independencia en las filas del ejército inglés, la inquietud constante en que nuestros guerrilleros los tenían y sus certeros disparos fatigaban á los soldados imperiales hasta el punto de que sólo en los hospitales de Madrid se contaron desde el mes de Enero del año 1809 al de Julio de 1810 *veinticuatro mil hombres muertos* y quedaron inútiles *ocho mil.*

***

© Biblioteca Nacional de España

Oigamos al ilustrado Sr. Chao:

«A la febril movilidad de las guerrillas, á su osadía, á su astucia y á su valor, se debe que, enmedio de las desgracias que llenaron la campaña del año de 1809, después de doce meses de incesante batallar y de tener doscientos mil soldados en España Napoleón, no hubiese llegado á poseer, si así puede llamarse, la tercera parte del territorio.

Valencia, Murcia, las Andalucías, parte de Extremadura y de Castilla la Vieja, Galicia y Asturias, estaban libres de franceses.

¿Quién duda que después de las derrotas de nuestros ejércitos habrían sido igualmente ocupadas esas provincias, si en las otras no hubiesen entretenido á los vencedores las guerrillas?

Las guerrillas fueron las que salvaron á España, á despecho de las mezquinas pasiones que estorbaban ó debilitaban la acción de muchas Juntas.

Ya vimos lo hecho por el marqués de la Romana con las de Asturias y Galicia.

En Valencia la ambición del general don José Caro, hombre inmoral, arrojó del mando al conde de la Conquista por medios poco honrosos.

Y si en las demás provincias las Juntas pudieron cumplir mejor su noble cometido, y no hubo tantas rivalidades, se debió en gran parte á la presencia del enemigo.»

* * *

Hemos visto á las guerrillas en Asturias y Galicia, en la Mancha y Extremadura, en las dos Castillas, en Valencia, en Aragón y Cataluña, en las Provincias Vascongadas, en Navarra y en la Rioja, sosteniendo contra los imperiales esos combates parciales, esa guerra de sorpresas y emboscadas, esas luchas constantes, esos combates sin tregua que los fatigaban, que los rendían, que los aniquilaban.

Por las guerrillas conservamos á España.

Sin las guerrillas la pérdida de España era segura.

Los generales querían hechos de armas, que sólo nos producían sangrientas derrotas.

La Junta deseaba grandes batallas, que se traducían en vergonzosas dispersiones.

La opinión pública exigía triunfos militares y sucesos gloriosos, que nos costaban miles y miles de hombres.

Unos y otros obedecían á su especial situación.

Los generales eran hombres de armas, consagrados á la carrera militar, y era natural que deseasen combatir siempre.

La Junta necesitaba grandes batallas para elevar la importancia de España á los ojos de los países extranjeros, que en nosotros tenían fija su mirada.

Y la opinión, impresionada por lo grave de las circunstancias, pedía combates prontos y decisivos.

Reconocemos lo que en el fondo de todo ello pudiera haber de justo, de noble y de patriótico. Mas al pensar de este modo, ni los militares, ni la Junta, ni el país se fijaban en el estado de la nación, ni estudiaban sus escasos recursos, ni meditaban sobre las dificultades de una guerra con una potencia militar como Francia y con un guerrero de la valía de Napoleón.

¿Acaso contaba España con un talento militar capaz de colocarse frente á frente de Napoleón, de aquel genio colosal que parecía haber encadenado á sus pies la victoria, del constante vencedor de los primeros capitanes de la época, del general ruso Souwaroff, de los generales prusianos Bulow y Blucker, de los generales austriacos Melas y Mack, del rey Federico Guillermo de Prusia, del emperador de Austria, del czar Alejandro de Rusia, del duque de Bruswick y del gran archiduque Carlos?

¿Dónde estaban los generales que oponer á los mariscales de Napoleón?

¿Dónde los soldados para hacer frente á las aguerridas y poderosas huestes del capitán del siglo?

¿Acaso se ganan batallas sin generales entendidos y con soldados bisoños?

¿Acaso se obtiene el triunfo sin armas, sin cañones, sin pertrechos de guerra, en una plabra, sin los medios necesarios?

De ningún modo.

¿Es que para los que á todo trance querían batallas los hechos no tenían importancia ninguna?

¿Nada les decía tantas batallas perdidas

© Biblioteca Nacional de España

en que la sangre de miles de soldados había sido vertida á torrentes?

¿Nada significaban tantos cientos de prisioneros, que iban á expíar en extranjero suelo el crimen de haber amado tanto á su patria infeliz?

¿Nada valían la multitud de cañones y de pertrechos de guerra, perdidos para nuestra causa en cada nuevo combate?

¿Nada importaban esas valerosas ciudades sitiadas, que por defender el honor de España se mantenían firmes cinco veces más de lo que la ciencia militar afirma que puede resistir una plaza, como aconteció con la inmortal Gerona, pero quedando en ruínas víctimas de su heroismo?

La guerra era para nuestra España una nueva tela de Penélope. La Junta, ayudada por el país, creaba á cada derrota nuevos ejércitos, pero que no tardaban en ser destruídos.

¿Era por falta de valor de nuestros soldados?

Todo menos eso.

Era que esos ejércitos apenas formados salían á campaña sin la instrucción necesaria y sin la organización indispensable, guiados por generales que desconocían las nuevas leyes de la guerra, para combatir contra las aguerridas huestes francesas, contra los veteranos del imperio cuya sola vida era desde hacía muchos años el combate diario, al que marchaban seguros del triunfo guiados por aquellos mariscales de Napoleón reconocidos por todas las naciones como los primeros generales de su época.

El afán de dar batallas y de sostener combates nos perdía y perdía á la nación.

Era un noble pero peligrosísimo deseo que sólo nos producía luto y desolación, y una pérdida constante de fuerzas y de medios de combate.

Las batallas, generalmente hablando, sólo aprovechaban á nuestros enemigos.

¿Qué era preciso, pues, para salvar á España?

Aumentar el número de las guerrillas y no aceptar, ni menos dar batallas, sino en casos muy contados y con grandes probabilidades de triunfo.

Los guerrilleros, esos indomables paladines, interceptando las comunicaciones del enemigo, apoderándose á cada paso de sus convoyes de víveres y de municiones, libertando á muchos prisioneros nuestros, reconquistando cuanto los franceses robaban en sus frecuentes saqueos, evitando el cobro de las contribuciones y de los numerosos tributos impuestos á los pueblos por los imperiales, eran el nervio de la guerra, la amenaza constante de los invasores.

Podrá objetársenos que los generales españoles vencidos en una acción volvían á probar fortuna en otra, y en otra. ¿Quién podría negarlo?

Quizás se nos diga que esos ejércitos deshechos hoy y vueltos á rehacer mañana probaban la virilidad de la nación y ponían de manifiesto su grande patriotismo. Cierto. Mas como á esos ejércitos les faltaba dirección y á esos soldados medios de combatir, sus esfuerzos resultaban estériles y aun podríamos añadir que nulos.

Para la creación de ejércitos y para obtener de ellos los resultados que la opinión ambicionaba nos faltaba todo.

En cambio para la creación, sostenimiento y buen éxito de las guerrillas todo nos sobraba.

Un soldado en campaña tiene grandes necesidades á que es forzoso atender, mientras que un paisano en armas no tiene exigencia alguna.

Nuestros ejércitos sufrieron terribles desastres, aunque siempre con gloria.

Nuestras guerrillas alcanzaron importantes triunfos.

Y conste que aún no hemos visto la mitad de los guerrilleros que contó España, de cuyas acciones iremos dando cuenta á medida que, según la historia y los datos que hemos logrado adquirir, se presentan en campaña. Con respecto al mérito de sus hazañas, sería una empresa por demás difícil, mejor dicho imposible, querer sostener cuál de las provincias presentó mayor número de guerrilleros, ni cuál de los actos por ellos realizado fué de mayor valía.

El alcalde de Otívar, Aguilar, los guerrilleros de Ronda y tantos otros, en Andalucía; Longa, en Alava; Jáuregui con sus temibles *bocamarteros*, en Guipúzcoa; Romeu,

© Biblioteca Nacional de España

en Valencia; Padilla y Valverde, en Palencia; D. Francisco Espoz y Mina, los hermanos Cruchaga y D. Joaquín de Pablo *(Chapalangarra)*, en Navarra; Aróstegui, en Vizcaya; D. Francisco Abad y D. Manuel Pastrana, en la Mancha; Carmena *(El Pellejero)*, en Toledo, y cien más que irán apareciendo demostrarán que todas las provincias de España consideraban las guerrillas como su mejor amparo, como su única salvación.

No queremos insistir más sobre este punto, y vamos á copiar la opinión del ilustre historiador D. Modesto Lafuente:

«A la actividad incansable de los guerrilleros, á su astucia y osadía, se debió en gran parte que los franceses no sacaran de las derrotas de nuestros ejércitos en el año de 1809 el fruto que sin ellos hubieran podido sacar y que no pudieran distraer fuerzas para invadir otras provincias, dejando de este modo respirar las Andalucías, Valencia y Murcia, Asturias y Galicia.»

Véase, pues, con cuánta razón hemos denominado el presente cuaderno, fundados en la historia del triste año de 1809, con este gráfico título que lo reasume todo: *España por las guerrillas*.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO IX

LA INVASIÓN DE LAS ANDALUCÍAS

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA INVASIÓN DE LAS ANDALUCÍAS

Andalucía.—Fuerzas militares de España.—La Junta Central y la Regencia.—Sierra Morena.—Entrada de los franceses en Sevilla.—Bloqueo de Cádiz.—Los Regentes.—Su conducta con los centralistas.—Entrada de los franceses en Málaga.—Nueva Junta de Cádiz.

Llegamos á 1810.

En los primeros días de este año tuvo lugar el tan temido acontecimiento, la invasión de las Andalucías por los ejércitos franceses.

La situación de España no podía ser más comprometida.

El día 1.° de Enero expidió un decreto la Junta Central á las de armamento y defensa de las provincias, disponiendo el levantamiento de cuatro regimientos de línea y 10 de ligeros, reformando otros por hallarse prisioneros ó muy menguados, y rehabilitando con preferencia los regimientos llamados viejos.

Muchos oficiales españoles, ¿por qué negarlo? seducidos por los ofrecimientos de los imperiales, y á ruegos de sus familias, habían entrado á servir en los cuerpos franceses. Sin embargo, justo es decir que la mayoría se sometió á los decretos de la Regencia de 24 de Febrero y 6 de Abril, y juzgados por los consejos de guerra volvieron á servir en los regimientos españoles, como soldados distinguidos, no obteniendo la reposición de sus empleos hasta haberlos de nuevo conquistado.

En Enero de 1810 el ejército de Asturias contaba 6.000 hombres (4.000 en Colombres y 2.000 en las cercanías de Oviedo.)

En el mes de Febrero ascendía el de Aragón, después de la dispersión de Belchite, á 13.000.

El de la línea de Valencia, en la misma época, no pasaba de 11.000.

El de Extremadura se componía en el citado mes de Febrero de 26.000 infantes y 2.000 ginetes, la mitad desmontados.

Y el de Centro llegaba en Marzo á 12.000 infantes, 2.000 caballos y 14 piezas de artillería.

El 21 de Enero de 1810 fué nombrado don Enrique O'Donnell general en jefe del ejército de Cataluña, llegando muy pronto á tener consigo unos 8.000 infantes y 1.000 caballos. Juntósele en el mes de Marzo la división aragonesa del Algas, compuesta de unos 7.000 hombres. Con ella, y con 8.000 que guarnecían la plaza de Lérida, el total de las tropas españolas en Cataluña no pasaba de 22.000 contra más de 30.000 franceses y la guarnición de Barcelona.

Por las cifras copiadas se ve que España sólo podía contar con unos 100.000 hombres, mal armados los infantes y desmontados la mitad de los ginetes (4.000 caballos) para hacer frente á los 300.000 soldados que puso en movimiento Francia.

Napoleón, luégo de haber logrado vencer y sujetar al Austria, ofreció al Senado cru-

© Biblioteca Nacional de España

zar el Pirineo y volver á España para destruir al leopardo inglés; pero luégo desistió de semejante propósito al saber la importancia que alcanzaba la guerra de guerrillas, temeroso de comprometer sus glorias militares en una guerra de montañas, en la que él mismo podía verse un día derrotado, ¿por quién? por unos cuantos paisanos, y encargó á sus generales de esta empresa.

Para llevar á cabo su idea hizo que el ministro de la Guerra presentase al Senado un estado de las fuerzas que Francia tenía en España, manifestando que para continuar las operaciones militares bastaba completar los cuerpos que aquí tenía con el nuevo que había mandado reunir en Bayona. Con este refuerzo, y algunos otros que fué enviando posteriormente, llegó á ascender el ejército de Francia dentro de la Península en todo el año de 1810, á la casi increíble cifra de *trescientos mil hombres*.

La idea principal de Napoleón consistía en arrojar primeramente á los ingleses de Portugal y volver luégo sobre España.

José le propuso invadir las Andalucías, ya por lo que facilitaría por Extremadura el camino de las tropas imperiales á Portugal, ya porque apoderándose de estas provincias la Junta Central se rendiría, y la conquista de España, huérfana del Gobierno Nacional y privada de todo auxilio, quedaba terminada.

Aceptada la idea por Napoleón, los cuerpos 1.°, 4.° y 5.°, mandados por Víctor, Sebastiani y Mortier, y la reserva á las órdenes de Desolles, en total unos 55.000 hombres, llevando á su frente al mismo José, que tenía por mayor general al mariscal Soult, que era el verdadero caudillo, emprendieron en los primeros días de Enero la marcha para las Andalucías.

Había comenzado para España una nueva época de dolores.

La Junta Central, al saber el avance de los imperiales, dispuso el 13 de Enero de 1810 su salida para la Isla de León, en la cual debían reunirse todos sus individuos el día 1.° de Febrero, y preparar la tan deseada reunión de las Cortes para el próximo Marzo.

Aquella determinación, aquella retirada, aquella verdadera fuga, la mató ante la opinión pública.

Bien porque la Junta Central, al observar la indiferencia y hasta el desvío con que era mirada después de su salida de Sevilla, temiera que sus órdenes en adelante no fuesen obedecidas, ni respetada su autoridad, bien porque reconociese, como dijo un periódico de la época, que para sosegar el sobresalto de los pueblos, alentar los ánimos é inspirar á todos la confianza que su vacilante poder, después de este desastroso acontecimiento, no podía ya sostener, acordó desde las primeras sesiones que celebró en la Isla de León, «consultando el bien general, las necesidades del momento y los deseos de la nación,» depositar en otras manos el alto ejercicio de su autoridad soberana, despojándose de él y trasfiriéndolo á una regencia, á la que dió el título de *Consejo de Regencia de España é Indias*, por decreto de 29 de Enero de 1810.

La Regencia se instaló solemnemente en la citada Isla de León el día 31, y fué reconocida inmediatamente por el Cuerpo diplomático, Consejo de Guerra, Junta Suprema de Sevilla, Junta Superior de Cádiz, Consulado de comercio y Ayuntamiento de Cádiz, el ejército y la marina, todos los cuerpos y clases del Estado y el Consejo Supremo de España é Indias, que mandó tres de sus individuos á la Isla á felicitarla, y expidió desde Cádiz una cédula en que insertaba el decreto de la Junta Central y que envió á todos los pueblos de España é Indias para que reconociesen la autoridad de la Regencia.

Antes de disolverse la Junta Central encargó á la Regencia la pronta convocatoria de las Cortes, la protección de la libertad de imprenta y la defensa de todos los derechos del ciudadano.

¿Cómo, se preguntará el lector, la Junta Central, compuesta en su mayoría de tradicionalistas, dictó medidas tan liberales?

Porque éstos fueron víctimas de un pánico horroroso, mientras que los reformistas se mantuvieron serenos y tuvieron la calma de espíritu necesaria para proponer y conseguir de sus colegas las citadas medidas.

Los imperiales proseguían su movimiento de avance.

© Biblioteca Nacional de España

Recordando su derrota de Bailén, y temerosos de hallar cortado el camino por fortalezas, campos atrincherados y aguerridos ejércitos, adoptaron grandes precauciones para salvar las difíciles y peligrosas escabrosidades de la temible Sierra Morena.

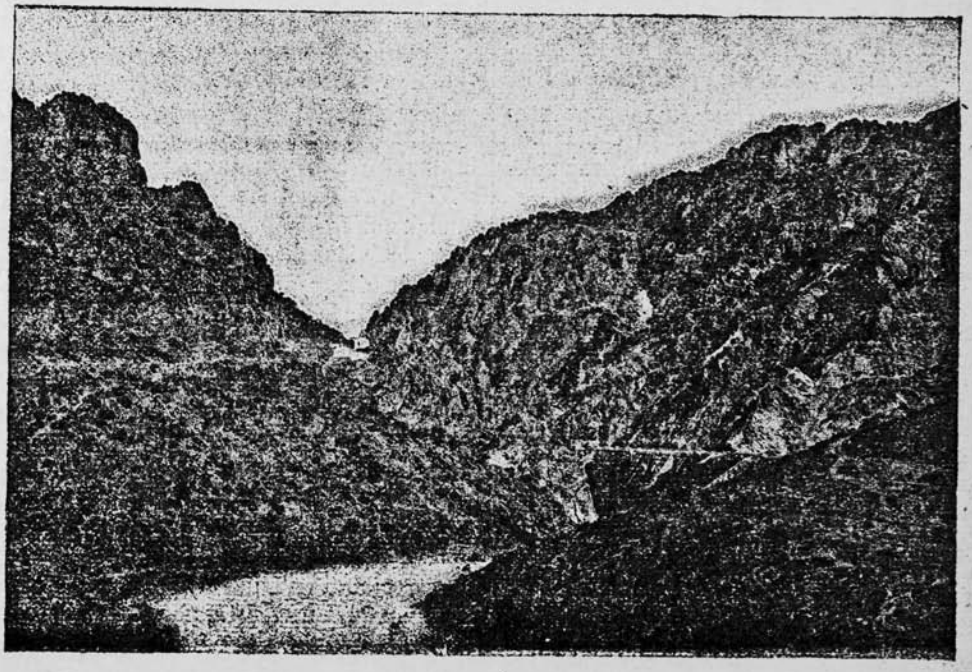
José, con una parte del ejército, tomó la ruta directa.

El general Sebastiani se situó á la izquierda, en Villanueva de los Infantes, para ir flanqueando por Montiza.

Y Víctor, colocado á la derecha, en Almadén, verificó la invasión por el camino llamado de la Plata.

Por desdicha nuestra, no precisaban los franceses de tantas precauciones, porque ni se había fortificado el país, con una culpable negligencia, ni se había hecho nada para detener la invasión de las Andalucías, refugio de la Junta y tierra sagrada en la cual estaban fijos los ojos de todos los buenos españoles.

A los 55.000 hombres del ejército invasor de las Andalucías sólo podíamos oponer



VISTA DE SIERRA MORENA.

unos 25.000, la mayoría de los cuales eran los soldados que se habían podido juntar después de la terrible dispersión de Ocaña. Estos 25.000 hombres se repartieron en los puntos principales de la sierra, pero sin orden ni concierto, sin pertrechos de guerra, sin fortificaciones, sin medios, en fin, que les permitieran hacer una verdadera resistencia.

El 19 de Enero llegaron los imperiales al pie de la famosa Sierra Morena, y el día 20 habían salvado el temible obstáculo.

¿Cómo?

Desolles forzó el paso del Puente del Rey, débilmente guardado por la división del general D. Agustín Girón.

Gazán, cruzando el de Muradiel, se juntó con Desolles en las Correderas, obligando á levantar á nuestros soldados el pequeño atrincheramiento del Collado de los Jardines, franqueando así á José el paso de Despeñaperros.

Areizaga, que por raro que al lector parezca, mandaba aún, á pesar de su derrota de Ocaña, el ejército del Centro, ó por mejor decir, los restos, corrió con algunos oficiales

© Biblioteca Nacional de España

á cubrirse con la corriente del Guadalquivir.

Los franceses llegaron á la ciudad de Andújar, adonde no tardó en concurrir Víctor, luégo de haber dispersado á las divisiones de Zerain y Copons.

Aunque las tropas del general Vigodet defendieron contra las fuerzas de Sebastiani las alturas de Montiza, también concluyeron por ser derrotadas, y aún fué peor que, al perseguirlas, tropezaron los franceses con la división de Castejón, á la que hicieron prisionera en su mayoría.

El fin de todos estos desgraciados movimientos fué la pérdida de las posiciones, el franqueamiento del camino á los imperiales, 6.000 bajas, y todos los pertrechos salvados de la derrota de Ocaña.

Los franceses, libres de todo obstáculo, avanzaron á Jaén y Córdoba, que desamparadas é inermes se vieron obligadas á abrirles sus puertas.

Apenas llegaron estas noticias á Sevilla comenzó en esta ciudad una alarma espantosa.

Los individuos de la Junta Central, que aún no habían salido para la Isla de León, lo hicieron precipitadamente temerosos del pueblo mismo que algunos meses antes los victoreaba con frenético entusiasmo.

Los enemigos de la Central, que eran muchos, y que con su última resolución habían aumentado, provocaron un gran tumulto (24 de Enero) erigiendo la Junta Provincial de Sevilla en Suprema de la Nación y sacando de su encierro, para formar parte de ella, en unión con algunos militares, á D. Francisco Palafox y al conde de Montijo.

Apenas esta Junta tomó el mando, nombró al marqués de la Romana general en jefe del ejército de la izquierda, destinando al duque del Parque, que lo dirigía, á Cataluña, trayendo del Principado á Blake para ponerle á la cabeza del ejército del Centro.

Parecía que España contaba de nuevo con un gobierno enérgico y resuelto; mas por desgracia, la aproximación de los franceses calmó aquellos bélicos arranques, y los individuos de la nueva Junta no se mostraron tan valientes con ellos como lo habían sido con la Central.

Sebastiani, que avanzaba hacia Sevilla, alcanzó en Alcalá la Real 1.500 caballos al mando de Freire, salvados de la dispersión de Sierra Morena, á los que aprisionó (27 de Enero); y para mayor desventura, perdimos en Iznalloz el parque de artillería que teníamos en Andújar y que con el objeto de salvarlo se había enviado á Guadix.

No fué este el último descalabro que sufrimos, pues José, al encaminarse á Sevilla, tropezó en Ecija con las fuerzas del duque de Alburquerque, quien, sabedor en Extremadura, donde se hallaba, de la invasión de las Andalucías, corrió á su defensa, tratando de interceptar en Carmona el paso de José, ante el cual hubo de replegarse, marchando á Jerez y luégo á la Isla de León con ánimo de defender á la Junta Central.

Llegado Víctor á la vista de Sevilla, como la nueva y *valerosa* Junta había huído, entró en tratos con los parlamentarios de la ciudad que se le presentaron, ofreciendo respetar las vidas de los soldados, así como las de los habitantes, sus haciendas y opiniones. Decir que luégo faltó villanamente á su palabra sería repetir lo que mil veces hemos dicho ya tratando de las promesas de los generales franceses.

Los imperiales encontraron en Sevilla ¡increíble parece tamaño descuido! 200 cañones de su magnífica maestranza, gran número de fusiles, tabacos, azogues y... ¡hasta caudales!

El recibimiento que el clero y los vecinos hicieron á los franceses, no pudo ser más halagüeño.

¿Podría ser causa de ello el carácter impresionable del pueblo andaluz?

Lo ignoramos; lo que sí sabemos es que en ninguna otra provincia de España se levantó el número de contra-guerrillas, ni se aceptó al invasor como en algunos puntos de Andalucía, y decimos en algunos porque, como irán viendo nuestros ilustrados lectores, en otros rivalizaron los andaluces con los más patriotas de otras provincias, en punto á heroísmo y amor á España.

Apenas entrados los imperiales en Sevilla ordenaron un desarme general, llevado á cabo con tal rigor, que hasta se privó á los habitantes de la ciudad de los cuchillos para el uso doméstico, y á los obreros del campo

© Biblioteca Nacional de España

de los escardillos, azadones y demás instrumentos de trabajo.

A seguida dispusieron un alistamiento general de vecinos para crear milicias cívicas, es decir, fuerzas españolas puestas al servicio de Francia, que era el gran empeño de Napoleón y José, y mandaron traer mil carretas de Sevilla y pueblos del contorno, para conducir cañones y pertrechos de guerra contra Cádiz y los puertos.

El general Víctor, sin dar valor alguno á la corta guarnición que ocupaba Sevilla y que la noche antes de su entrada la había abandonado marchando al condado de Niebla á continuar la lucha, se dirigió á Cádiz contra la Junta Central, llegando el 5 de Febrero á la vista de la plaza, que ya cubría con su división el duque de Alburquerque (8.000 infantes y 600 caballos), por lo que hubo de limitarse á bloquearla en espera de las fuerzas que reclamó á José.

La Junta Central, después de nombrar la Regencia, que se constituyó en Cádiz el día 31 de Enero, publicó una proclama explicando su conducta, y se retiró.

Mucho dañó á la Central el último acto de su gobierno, pero no ha de ser éste inconveniente para que nosotros manifestemos franca y lealmente que, si no acertó en todos sus actos, porque sus individuos eran hombres, y falibles, por lo tanto, España le fué deudora de inmensa gratitud, y mereció algunos más respetos de los que con ella tuvo la Regencia, la cual, como hija despegada, trató á su madre con poquísimas consideraciones, como lo probarán algunos de los hechos que luégo narraremos, pues antes juzgamos conveniente consignar cuántos y quiénes fueron los regentes que la Junta nombró.

El nuevo gobierno de España se componía de cinco individuos.

Figuraba á su cabeza D. Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense, muy popular entonces por haberse negado á asistir á las Cortes de Bayona, para las que fué llamado por Napoleón, y haber presidido la Junta de Galicia nombrada en Lobera. Hombre de no muy grandes alcances, su principal mérito consistía en una obstinación que rayaba en terquedad y que le hacía aparecer, lo que no era, un carácter.

D. Francisco Saavedra, el compañero de Jovellanos en el ministerio, y más tarde en la Junta, en la que desempeñaba la secretaría de Estado. Era un hombre de administración, pero al que sus muchos años y sus achaques habían debilitado extraordinariamente.

Al general D. Francisco Javier de Castaños se le reconocía como un carácter superficial, como muy aficionado á hacer su capricho, como algo sobrado malicioso, y astuto como ninguno.

D. Antonio Escaño, secretario del despacho de Marina en la Junta Central, tenía como su mayor gloria el ser lo que era realmente, un buen marino. Libre de ambiciones, noble y generoso, contaba con generales simpatías en todo el país.

D. Miguel de Lardizábal y Uribe—elegido en sustitución de D. Esteban Fernández de León, que debía representar en la Regencia á nuestras posesiones de Ultramar y no llegó á tomar posesión por no haber nacido en ellas y por su delicado estado de salud,—era el quinto de los Regentes.

Nacido en la provincia de Tlascala en Nueva España, mostróse siempre Lardizábal como hombre inquieto, ambicioso y muy ilustrado; vengativo, quizás por las burlas que excitaba su cuerpo contrahecho, é imperioso, llegó á apoderarse del ánimo de los Regentes, á imponerles su voluntad y á sostener graves cuestiones hasta con las mismas Cortes.

Apenas instalada la Regencia, se apresuró á felicitarla el Consejo de Castilla, ansioso de imponerle su voluntad, ya que no había podido imponerla á la Junta Central, y para sondear el espíritu de los Regentes les previno que todos los males que sufría España provenían de haber permitido la Central la «propagación de principios subversivos lisongeros al inocente pueblo, por lo que debía mandar vigilar á todos cuantos propagasen la necesidad de las reformas.»

Hablemos ahora de los primeros actos de la Regencia y contra los centralistas.

Guiados sin duda los Regentes por ese espíritu maligno que se llamaba Consejo de Castilla, descendieron hasta la iniquidad de ordenar el registro de los equipajes perte-

© Biblioteca Nacional de España

necientes á los centralistas. ¡La cara se enrojece de vergüenza al pensar en ello tan sólo! Como era natural, nada encontraron en ellos, y de aquel acto, por todos reprobado, salió la honra de los centralistas más pura que la misma luz del sol.

No se dieron por vencidos los Regentes á pesar del fracaso.

Al conde de Tilly lo prendió uno de los mismos Regentes, el general Castaños, acusándole de estar en trato con el duque de Alburquerque para pasar con el ejército de éste á las Américas si los franceses se apoderaban de Andalucía, acabando sus días en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. Las gentes imparciales creyeron ver en la actitud de Castaños no un acto de justicia sino de venganza por la enérgica actitud del conde de Tilly frente á la débil suya cuando la capitulación de Bailén. Y si así no era y se trataba de un verdadero delito, ¿cómo se prendía al conde de Tilly y se dejaba en libertad á su cómplice el duque de Alburquerque?

A Calvo de Rozas, quizás por castigarle de su noble actitud en la Junta á favor de las reformas, le mandó prender la Regencia, á pretexto de sus cuentas como Intendente de Aragón, cuentas que todavía no habían sido examinadas.

Al ilustre Jovellanos, que para regresar á Gijón había tenido que aceptar un préstamo de su mayordomo D. Domingo García de la Fuente, y había solicitado de la misma Regencia un sueldo *para poder subsistir*, se le presentó una noche el coronel Osorio á pedirle su pasaporte y á inspeccionar sus papeles.

Pero, ¿qué más, si la Regencia sujetó á la vigilancia de las autoridades militares á todos los centralistas y hasta los prohibió reunirse?

¿Eran acaso criminales?

¿Podían serlo hombres como Jovellanos, Saavedra, Calvo de Rozas, el marqués de Astorga, el arzobispo de Laodicea, el bailío don Antonio Valdés y los otros?

No, no lo eran; pero la Regencia tuvo la malhadada ocurrencia de consultar con el fatal Consejo de Castilla, enemistado, como se recordará, con la Junta Central, que no permitió sus intrusiones, y el Consejo, juzgando llegada la hora de su venganza, reprodujo contra la Junta su cargo de ilegitimidad, lanzando al paso malévolas acusaciones contra el conde de Tilly y Calvo de Rozas, á los que detestaba por sus opiniones y proyectos de reformas.

Se ve, pues, que la Regencia se convirtió en instrumento de las venganzas que hacía tiempo meditaba el afrancesado Consejo de Castilla.

Mientras la Regencia se ocupaba de tan pequeñas cuestiones, el general Mortier salía para guardar los puntos de Andalucía por la parte más temible, que era Badajoz, con el general Reynier, aproximándose á esta plaza, que rechazó sus intimaciones, yendo á situarse en Llerena, ciudad situada al pie de la cordillera que separa Extremadura de Andalucía.

Sebastiani, que se había dirigido y logrado entrar en Granada sin disparar un tiro, se encaminó á la ciudad de Málaga, alborotada por el coronel D. Vicente Abello, tipo más revolucionario que militar, quien trató de oponer resistencia con un puñado de hombres mal armados (5 de Febrero), los cuales fueron atacados con tan gran ímpetu por los imperiales que entraron revueltos en la ciudad vencedores y vencidos. Los franceses, dominada la insurrección, se entregaron á sus acostumbrados actos de pillaje, violación y robo, imponiendo Sebastiani á Málaga una exorbitante contribución de 12 millones de reales.

El ayuntamiento de Cádiz, alzándose orgulloso de las ruínas de Andalucía, y de acuerdo en un todo con sus administrados, disolvió la Junta de Defensa y acordó el nombramiento de otra por barrios, para cuya elección escribía cada vecino tres nombres en una papeleta, de los cuales señaló luégo el ayuntamiento 18 en representación de los 18 barrios de la ciudad.

En aquella Junta, á la que tanta gloria estaba reservada, se vieron unidos el capitalista y el menestral, el clérigo y el militar, el sabio y el artista.

Sus enérgicas disposiciones, sus importantes decretos y su heróica resistencia, la hicieron, con justicia, memorable, conquis-

© Biblioteca Nacional de España

tándola el cariño de España y la admiración de Europa.

Navarra.—Javier Mina.—D. Francisco Ezpoz y Mina.—D. Gregorio Cruchaga.—D. Lucas Gorriz.—D. Pablo Ayala.—Echevarría.—Cholín.—Zabaleta.—Ladrón de Lumbier.—Malalma de Aibar.—El joven Echarri.

El valor, unido á la actividad que desplegaba Javier Mina, le ganaban por todas partes amigos y valedores.

El gobernador de Lérida le proporcionó armas y municiones para los mozos que diariamente venían á engrosar su ya formidable hueste.

Y la Junta Central, queriendo darle una prueba de lo mucho en que estimaba sus servicios por la causa nacional, le regaló una magnífica bandera.

Javier quiso que el acto de la jura se celebrara cerca de los invasores, y eligió los campos de Villava, pueblo situado á una legua escasa de Pamplona, desde cuyas murallas pudieron contemplar los imperiales la ceremonia, que fué por demás imponente y grandiosa.

Todos los habitantes de Villava asistieron á ella, ansiosos de tomar parte en el juramento de morir por la libertad de la patria.

Era un hermoso día de Enero.

Las campanas de la iglesia de Villava tocaban á gloria.

Los paisanos, hombres, mujeres y niños, formaban en la carretera, vestidos con sus mejores trajes.

Por la parte del lugar de Burlada apareció Javier Mina con la mayor parte de los guerrilleros que formaron un ancho círculo, dejándole en el centro.

A los pocos instantes llegó D. Francisco Espoz y Mina llevando la bandera, dándole guardia de honor D. Gregorio Cruchaga, D. Lucas Gorriz y los demás jefes de la partida, cerrando la marcha el resto de los guerrilleros.

Reinó el silencio más profundo.

El instante no podía ser más solemne.

Javier tomó la bandera de manos de su tío D. Francisco, y la inclinó hacia los guerrilleros y habitantes, todos los cuales extendieron las manos sobre ella.

Con enérgico acento exclamó Javier dirigiéndose á todos:

—¿Juráis, valientes y leales soldados de la patria, defender á vuestra santa religión, á vuestro legítimo rey y á vuestra querida patria, no consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros jefes, ni menos desamparar esta bandera, símbolo de la madre patria que os ha confiado el Supremo Gobierno de la Nación en premio de vuestra lealtad y de vuestra bravura?

Una voz general, un grito atronador, salido del fondo de los pechos de aquellos bravos guerrilleros y de aquellos leales habitantes, contestó á la pregunta de Javier, y todos exclamaron á un tiempo:

—Lo juramos.

Javier, empuñando la bandera, la ondeó al viento á los gritos mil veces repetidos de *¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva Mina!*

Escena tiernísima.

Aquel juramento, prestado por aquellos hombres que tantas veces habían derramado su sangre por la patria, no era una palabra vana; aquellos héroes juraban lo que habían de cumplir, y, á la verdad, no necesitaban de tal promesa, porque, como ha dicho un célebre escritor, los héroes juran sin jurar.

En el mes de Enero de 1810 eran tan respetables las fuerzas de Javier Mina y tan notorios sus triunfos, que el dominio de los franceses sólo se extendía hasta donde alcanzaban los cañones de Pamplona, por lo que el gobernador de esta plaza decidió entrar en tratos con él, como con un general del ejército regular, para canges de prisioneros, y admitió en Pamplona á sus enviados como á oficiales parlamentarios.

Para comprender toda la importancia de este acto, basta recordar el desprecio con que los franceses miraban á los guerrilleros, tratándoles de *brigantes,* no concediéndoles fuero alguno militar, y fusilándolos donde quiera que los cogían.

Al ver Suchet que Mina con sus guerrilleros entorpecía las operaciones del tercer ejército, ordenó al general Arispe que á todo trance se apoderase de él.

Para cumplir esta orden, el general Arispe

© Biblioteca Nacional de España

se dirigió en los primeros días de Enero á las *Cinco Villas*, observando á Javier, que se hallaba en Sangüesa, mientras que un cuerpo de 400 polacos, salidos de Tudela, marchaban en igual dirección, y otra columna de 800 hombres salía de Pamplona para cooperar al movimiento; y para evitar que Mina se dirigiese á Cataluña, como otras veces, dos batallones le interceptaron el paso del Cinca, y Suchet, en persona, se trasladó de Zaragoza á Huesca para asegurar el resultado del plan.

Todo inútil.

Javier Mina rehuyó el combate; salió de Sangüesa, y por medio de una marcha tan rápida como hábil cayó sobre la ciudad de Tafalla, cuya guarnición, compuesta de 1.000 infantes y 200 caballos, obligó á encerrar en el cuartel, logrando hacerse dueño en pocas horas de la línea de comunicaciones de sus perseguidores.

A vista de tan osada acción, los franceses redoblaron la persecución y formaron nuevas columnas para rodearlo y prenderlo, obligando á Javier Mina á redoblar también su actividad.

El 13 de Enero batió á un destacamento francés en Santa Cruz de Campezu, villa situada á la derecha del río *Ega*, en una llanura, bajo la elevada montaña de Ibari, y el día 28 otro más numeroso en Lumbier.

Pero las columnas dirigidas contra él aumentaron extraordinariamente, y Javier comprendió que su única salvación estribaba en la montaña; mas comprendió igualmente que en el rigor del invierno era exponer á sus guerrilleros á perecer de frío y de hambre, y, á pesar de la oposición y de la negativa de sus partidarios, disolvió la guerrilla con promesa de reunirla en un breve plazo, único medio de ser obedecido.

Con efecto; apenas se fueron retirando las columnas formadas para perseguirle, apareció de nuevo Javier en el campo, con mayores bríos, si cabe, que la vez anterior, penetrando en Aragón y ocupando las *Cinco Villas*, ó sea las importantes poblaciones de Tauste, Ejea, Sádaba, Uncastillo y Sos, derrotando á los imperiales el 20 de Febrero en las llanuras de Burguete, y el 25 en la villa de Aibar.

El 6 de Marzo volvió á atacar á los imperiales en Lumbier, villa situada sobre una eminencia entre los ríos *Salazar* é *Irati*, ocupando en su mayor parte un terreno llano, obligándolos á encerrarse en la casa cuartel, á la que hizo prender fuego para hacerlos rendirse, cogiéndoles 100 prisioneros que llevó á Ribas.

El 12 interceptó 27 carros de trigo robado por los imperiales á los pueblos, que mandó igualmente á Ribas.

Supo que le seguían 1.000 franceses desde Olite, y con 300 infantes y 40 caballos, marchó á buscar á sus perseguidores, á los que halló en Vidrá, y después de tres horas de fuego y de matarles 18 hombres, se dispersaron los imperiales hacia Ejea, seguidos por Mina, que sólo tuvo tres heridos.

Como se ve, Javier pasaba de Aragón á Navarra de contínuo, y muchas veces casi en el mismo día.

Supo después que habían llegado á Ejea 400 franceses á exigir contribuciones, y se propuso impedir este nuevo despojo y causar una nueva derrota á los invasores.

Ejea de los Caballeros es una de las famosas *Cinco Villas*, y se halla situada en el suave declive de una colina que baja de Norte á Sur, formando una especie de anfiteatro vista desde este último punto, é inmediata á la confluencia de los ríos Arba de Luesia y Arba de Biel. Sus calles son anchas y llanas y bueno su caserío, sobresaliendo entre sus edificios la iglesia de San Salvador, el convento de San Francisco, en que celebró Cortes D. Jaime I, el de Capuchinos, extramuros, y el de la Orden Tercera.

En la madrugada del 16 de Marzo cae Javier por sorpresa en Ejea con sus 300 infantes; aturdidos los imperiales quieren huir, pero son perseguidos con encarnizamiento desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, sin dejarlos ni comer, ni descansar, cogiéndoles hasta la tartana del comisario Gaudovin con sus papeles. Al mediodía llegó D. Francisco Espoz y Mina con los 40 caballos de la guerrilla, que acuchillaron á los enemigos hasta las inmediaciones de Zuera. Perdieron los franceses en este combate 60 muertos, que con 12 que fallecieron en Zuera hacen 72, y más de 100 heridos.

© Biblioteca Nacional de España

El 19 regresó D. Francisco Espoz y Mina á Ejea con la caballería desde Zuera, y Javier desde Ribas con la infantería; mas al saber que el general Arispe venía sobre Ejea con 1.400 infantes, 500 caballos, un obús y un cañón, se retiró á Sádaba, y luégo á Castilliscar, con tan buena suerte, que en el puente de Caparroso, sobre el río Aragón, apresó por medio de un atrevido movimiento un convoy con 26 carretas llenas de municiones y seis violentos haciendo prisioneros los 50 hombres que venían guardándolo.

El 24 volvió á batir á los franceses en las llanuras de Puente la Reina; el 25 en Campos de Muruzabal, y el 27 al pie de las ruínas del castillo del pueblo de Tiebas, no lejos de la rocosa y elevada montaña del Carrascal.

Tantas hazañas y tales victorias sublevaron á los imperiales, y otra vez se pusieron de acuerdo con el mayor secreto los jefes que mandaban en Aragón y Navarra para cogerle; el gobernador de Jaca y el general Arispe dispusieron varias columnas por la parte de Aragón, y el general Dufourt puso en movimiento otra porción de ellas por Navarra, persiguiendo á Javier de la manera más porfiada.

Quizás por aquel adagio de *el que la sigue la mata*, la tenaz persecución de los imperiales venció en la lucha, y el día 31 de Marzo de 1810 Javier Mina cayó prisionero de los franceses en Labiano.

Es Labiano un lugar de 50 vecinos, perteneciente al valle de Aranguren, á tres leguas de Aoiz y 11 de Pamplona, situado en un llano y al Nordeste de un monte, desde el que se divisa todo el valle. Su término, que se extiende una legua de Norte á Sur y media de Este á Oeste, confina al Norte con Aranguren, al Este con Góngora, al Sur con Andoicain y al Oeste con Zolina, y comprende el monte llamado de Labiano, poblado de robles y de pinos. En este monte fué sorprendido Javier Mina el día 1.° de Abril de 1810, víctima de un infame lazo que le tendió Arispe, y cayó prisionero luégo de pelear como un león, lo propio que su tío y sus guerrilleros, siendo cruelmente maltratado por los *valientes* imperiales que le condujeron inmediatamente á Francia y le encerraron en el castillo de Vincennes, del que no salió hasta la terminación de la guerra en 1814.

Creemos llegado el momento de completar el retrato que hicimos en el cuaderno anterior del valeroso Javier Mina.

Este joven, que parecía nacido para la guerra, jamás atacó al enemigo sin la certidumbre de vencer, apoderándose en diversas ocasiones de numerosos convoyes y batiendo en multitud de acciones á los bonapartistas.

Sereno y activo, audaz y rígido, era Javier Mina la esperanza de los patriotas y el terror de los imperiales.

Meses enteros se burló de los generales franceses, anocheciendo en Navarra y amaneciendo en Aragón, subdividiendo su partida, no durmiendo en poblado, vadeando los ríos con el agua á la cintura, sufriendo impasible el hambre y el frío, aquel *hijo de la guerra que amenazaba ser un gigante.*

Su amor patrio era tan grande, que nunca perdonó al español que se había pasado á los franceses, y mucho menos á los espías de éstos.

En cambio se sacrificaba por proteger á los pueblos y por librarles de cualquiera vejación ó tiranía.

Tan justiciero como liberal, los castigos que aplicó á algunos malos españoles y los actos de valor que realizó en defensa de los leales patricios, hicieron que en todo el país fuese adorado de los buenos y temido de los malos.

Un rasgo de su vida nos probará hasta dónde rayaba la audacia y la sangre fría de Javier.

Cuando á principios del invierno disolvió su partida, víctima de la atroz persecución de los franceses, sabedor de que el general Suchet pasaba por Olite, viniendo de Zaragoza á Pamplona en persecución suya, se presentó en la carretera y, mezclado con otros aldeanos, estuvo presenciando en la primera fila el paso de las tropas francesas, que, llenas de coraje, marchaban para cercarle y prenderle.

—¿A dónde van tantas tropas?—le preguntó un aldeano.

© Biblioteca Nacional de España

—Pues, á coger á Javier Mina,—contestó él con la mayor tranquilidad.

—Mucho sentiré que le prendan,—dijo el buen navarro.

—Y yo también,—respondió Javier.

¿Cabe una osadía mayor?

Por fortuna nuestra, si Javier había caído en poder de los franceses, quedaba su tío, el insigne D. Francisco Espoz y Mina, que bien pronto había de vengar á su sobrino Javier, al par que vengaba á su querida patria.

* * *

La historia de D. Francisco Ezpoz y Mina es en los primeros tiempos la de su sobrino Javier; con él se batió en Tafalla, Santa Cruz de Campezu, Lumbier, Burguete, Aibar, Caparroso y Puente la Reina, en cuya acción, con 10 caballos, rescató á un sargento y varios soldados nuestros, haciendo varios prisioneros á la vanguardia francesa, que se componía de triples fuerzas, así como en las acciones de Campo de Muruzabal y en Tiebas, y en la sorpresa de Labiano, en la que fué hecho prisionero su sobrino, habiendo él sostenido con 14 caballos el ataque de 40 por espacio de una hora.

Elevado á jefe por los restos de la guerrilla de Javier, se propuso hacer de ella la base de un ejército, y su historia nos dirá que no tardó en realizar tan bella ilusión.

Reconocido en el mes de Abril *Comandante en jefe de las guerrillas de Navarra*, propúsose organizar éstas y sujetar á ciertos jefes de partida á una severa disciplina.

Resuelto á ello, se encaminó á Lacunza, villa situada en una hermosa vega, á la izquierda del río Araquil, y sorprendió al comandante Sábada que con algunos hombres vagaba por los campos cometiendo diversas tropelías, y á la vista de sus guerrilleros le hizo prisionero, echándole en cara sus demasías contra los pobres campesinos.

Este acto de energía y valor le conquistó las simpatías de los partidarios de Sábada, que le proclamaron por su jefe, y Sábada mismo arrepentido solicitó de Espoz y Mina su perdón, dando muestras del mayor arrepentimiento. Espoz y Mina le perdonó, y para mejor poder vigilarle, si por acaso se olvidaba de su promesa, le nombró su ayudante.

Ha dicho un célebre escritor que el *honor da entendimiento*, y bien pronto D. Francisco Espoz y Mina demostró esta verdad, organizando de un modo admirable sus guerrillas, que participaban á la vez de la disciplina militar y de la independencia popular, secreto que sólo él parecía poseer.

Los campos de Navarra presenciaron bien pronto los triunfos de este nuevo capitán, que los imperiales contemplaban con tanto asombro como miedo.

Hé aquí una sucinta relación de las acciones que llevó á cabo Espoz y Mina, y en la mayoría de las cuales derrotó á los franceses.

El 6 y 7 de Abril en las inmediaciones del lugar de Aspiroz.

El 13 cerca de Tiebas, y el 16 en Unirun.

El 27 en Aldazos-Echevacriz.

El día 3 de Mayo, de madrugada, en Puente la Reina; y en la misma tarde, en el lugar de Añescar, persiguiendo al enemigo hasta Pamplona.

El 4 en Zurcaín.

El 10 en la villa de Eslaba, situada en el valle de Aibar, y el 11 en Ayesa, lugar situado á media legua de Eslaba.

El día 22 en Auzcar.

El 27 del mismo mes en la estacada de la fortificación y en la sorpresa de la guarnición de la importante villa de Oyarzun.

El 5 de Junio asaltó D. Francisco la ciudad de Estella, y después de un reñido combate, desalojó de ella á los franceses, que huyeron abandonando sus equipajes y prisioneros. Esta fué una de las acciones más importantes que libró en aquel tiempo Espoz y Mina.

El 10 de Julio arrojó á los imperiales de la ciudad de Olite, una de las principales de Navarra.

A los tres días volvió á Estella á realizar un hecho de gran importancia.

Pascual Echevarría era uno de los pocos guerrilleros que, bajo la máscara de patriotas y sin dejar de combatir á los franceses, oprimían á los pueblos, imponiéndoles contribuciones y hasta saqueándolos.

Habiendo recibido Espoz y Mina muchas

© Biblioteca Nacional de España

quejas contra él, y deseoso de que la santa causa de la Independencia no se manchara por tales hombres, ni se vejara á los pueblos, harto esquilmados ya por los enemigos, entró en Estella, sabedor de que en esta ciudad se hallaba Echevarría, y aunque las fuerzas de éste eran superiores á las suyas, como la razón y la justicia estaban de su parte, le arrestó dentro de la misma casa en que se había alojado, y á las pocas horas le mandó fusilar en unión de tres de sus principales cómplices.

Esto hecho, reunió á los partidarios de Echevarría, ni uno de los cuales había levantado la voz en favor de su jefe, y les dijo:



D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

—¡Muchachos! acabáis de ver lo que he hecho con el que se llamaba vuestro jefe.

Merecía la muerte que ha recibido por sus delitos.

Si vosotros sois verdaderos patriotas, si habéis salido al campo para defender á la patria, á la religión y á Fernando, yo os admito en mi guerrilla.

Pero ya sabéis que á mi lado no se mata, ni se roba. Se lucha, y se triunfa ó se muere, pero siempre con gloria.

—¡*Viva Espoz y Mina!*—gritaron todos los antiguos partidarios de Echevarría.

—¡*Viva España!*—gritó D. Francisco.

—¡*Viva!*—respondieron los guerrilleros de Espoz y Mina y los partidarios de Echevarría.

Para mejor convencerse de la fidelidad y el valor de éstos, los puso de vanguardia al mando de su leal amigo Cruchaga; en la primera acción que sostuvo el 19 de Julio en el lugar de Beriaín, junto al río Elorz, y

© Biblioteca Nacional de España

más tarde en las que libró el 27 y el 31 del citado mes en Tiebas, en todas ellas mostraron un arrojo extraordinario.

El 4 de Agosto riñó Espoz y Mina un sangriento combate en las elevadas montañas del Carrascal, y el 5 en Mendigorría, villa situada en un promontorio ó cabo saliente á la izquierda del río Arga.

El día 12 sorprendió é hizo prisionera la guarnición de Puente la Reina, compuesta de 300 hombres, causando en los franceses un pánico indescriptible.

El 17 atacó á Sabaiza y el 22 á Aibar, á cuyo valle pertenece la primera, obteniendo en ambas acciones un señalado triunfo.

El 25 sostuvo un terrible choque con los enemigos en el lugar de Anchoriz, y el 28 otro en los campos de Lauzo.

En todas estas acciones que, como el lector ha visto, se sucedían casi sin interrupción, cogió Espoz y Mina á los franceses convoyes de armas y víveres, y un gran número de prisioneros, dejando cubierto el campo de batalla de muertos, y obligando á los franceses á vergonzosas fugas que ni aun recoger les permitían sus muchos heridos.

El espanto de los imperiales había llegado al colmo. Si antes era Javier, ahora era D. Francisco, y era imposible batirse contra ellos, si no se ponían en movimiento fuerzas muy considerables.

Por esta razón, á principios de Setiembre la Navarra se vió cubierta por un ejército de 25 á 30.000 hombres, cuyo objetivo era el exterminio de las guerrillas, pero muy especialmente las de Espoz y Mina.

Amenazado por fuerzas tan superiores, D. Francisco resolvió retirarse á Castilla y Aragón.

Creemos necesario dar á conocer á Espoz y Mina en todos sus aspectos, porque es una de esas figuras cuya grandeza aumenta con los años.

Sabedor de la falta de recursos con que luchaba el Gobierno Nacional, D. Francisco Espoz y Mina realizó el milagro, que de tal puede ser calificado, de mantener á sus guerrillas, que ya constituían una división, sin pedir nada al Estado y sin ser gravoso á los pueblos. ¿Cómo? Él mismo nos lo dirá más adelante.

A principios del mes de Setiembre batió á los imperiales en Belascoaín, lugar edificado en una altura á la izquierda del río Arga, y el día 5 pasó en Guzue por medio de las columnas enemigas que le cercaban por todas partes, y se dirigió á Aragón.

—¿Pero es brujo este hombre?—preguntaban los generales franceses al verle así escapar de entre sus garras.

—No, era simplemente un guerrillero.

El día 16 de Setiembre recibía el nombramiento de *Comandante general de las guerrillas de Navarra, sin dependencia de otro jefe.*

El 20 del mismo, en el boquete de Embi (Aragón), con 200 infantes y 60 caballos, rechazó á 500 lanceros, les hizo muchos prisioneros y les tomó varias lanzas.

El día 12 de Octubre se presentó delante de Tarazona, importante ciudad situada en el fondo de una deleitosa vega cubierta de álamos y chopos, desplegada en semicírculo sobre un magnífico pedestal de roca y en la cual había una fuerte guarnición bonapartista.

A sus puertas dió Espoz y Mina una sangrienta batalla y rescató á Gregorio Cruchaga, su segundo, que, herido en la cabeza, había caído en poder del enemigo, habiéndose metido para ello, sable en mano, entre 60 caballos, con sólo 30, saliendo gravemente herido en un brazo.

Esto le obligó á regresar á Navarra para curarse, y en tanto que Cruchaga lo hacía en Aragón, por no permitirle su estado salir, la división quedó al mando del valiente D. Lucas Gorriz.

Durante su permanencia en Aragón, don Francisco organizó sus guerrillas, formando con ellas tres batallones con los nombres de *Voluntarios de Navarra*, reservándose el mando del *primero*, y dando á Gorriz y Cruchaga el de los *segundo* y *tercero*, creando también un escuadrón de caballería, y bautizando á todas estas fuerzas con el nombre de *División de voluntarios de Navarra*, que á los pocos meses reconoció y aprobó el Gobierno.

Tan pronto como la herida se lo permitió,

© Biblioteca Nacional de España

volvió á salir á campaña más animoso, más resuelto, más indomable, é hizo frente con los soldados que le servían de comitiva en los campos de Alborriz el 27 de Octubre, en el valle de Aibar el 1.º de Noviembre y el 16 en el monte del Carrascal á varios destacamentos imperiales.

Habiendo sacado los franceses algunas fuerzas de Navarra, Espoz y Mina juzgó muy conveniente hacer volver á ella sus tropas, y el 17 de Diciembre, apenas llegadas, atacó á los imperiales en los campos de Tiebas, el 24 en Monreal y el 26 en Aibar, coronando el triunfo más completo sus nobilísimos esfuerzos.

Baste decir, para terminar, que los franceses llamaban á D. Francisco Espoz y Mina el *rey de Navarra*.

* * *

¿Quién era Gregorio Cruchaga?

Gregorio Cruchaga era uno de aquellos jóvenes cadetes que vimos ponerse á las órdenes del heróico Renovales cuando el levantamiento de los valles del Roncal y Ansó, resueltos á morir primero que consentir el yugo del tirano.

Había nacido en Urzainqui, villa de Navarra, situada en un estrecho llano, entre los montes de Santa Bárbara y Urrelegui, en el año de 1789.

Hijo de una antigua y noble familia, hacía pocos meses que había ingresado en el ejército en clase de cadete cuando estalló la guerra de la Independencia, y Cruchaga, que apenas contaba veinte años y sentía hervir la sangre en sus venas, se unió con otros cadetes y oficiales á Renovales para combatir en su país á los enemigos de la patria, tomando parte en todas las acciones que sostuvo Renovales desde el mes de Mayo de 1809 hasta la capitulación de Agosto en las alturas de Urzainqui, la villa natal de Cruchaga.

Gustoso habría seguido Cruchaga á Renovales en su marcha á Cataluña, pues le profesaba un singular afecto, pero el suelo patrio, la tierra en que había nacido, los campos en que había visto deslizarse sus primeros años le atraían con una fuerza irresistible, y resolvió quedarse.

—¿Acaso—se decía—no puedo combatir á los franceses en Navarra, mi país, lo mismo que en Cataluña?

¿Y por ventura—añadía,—no cuenta Navarra con hijos tan esforzados como Javier Mina, á cuyo lado es una de las mayores glorias el pelear?

Cruchaga, pues, decidió quedarse en Navarra, y se presentó á Javier Mina, que le acogió con grande cariño, pues veía en él retratados todo el entusiasmo del joven y todo el heroísmo del veterano.

La historia de Cruchaga es, durante los primeros meses del año de 1810, la misma de Javier Mina, y ambas se confunden, pues tomó una parte activa en cuantas acciones sostuvo el célebre estudiante.

Preso Javier Mina, al que en vano trató de salvar Cruchaga, lleno de rabia el pecho y ansioso de vengar á su joven amigo y querido jefe, se puso á las órdenes de su tío don Francisco, quien, conocedor del valor y de la pericia de Cruchaga, le colocó al frente de una de las guerrillas en calidad de teniente.

En la sorpresa de Tarazona (12 de Octubre de 1810) Cruchaga por uno de aquellos alardes de intrepidez tan comunes en él, se adelantó de la guerrilla combatiendo á los imperiales, siendo herido de un sablazo en la cabeza; á pesar de la sangre que brotaba de la ancha herida y que le cegaba, aún siguió combatiendo y destruyendo franceses, pero rodeado por todas partes le habrían muerto, de seguro, si D. Francisco, que le tenía mucho cariño, no se hubiese arrojado con algunos ginetes á salvarle, logrando su noble propósito á costa de una grave herida.

Cruchaga hubo de marchar á su casa de Urzainqui para curarse del terrible sablazo y poder volver á pelear; y cuando Espoz y Mina tornó igualmente de Idocín de curar la herida recibida en aquel sangriento choque, y dió nueva forma á sus guerrillas, organizándolas en batallones, concedió al valiente Cruchaga, en premio de sus servicios, el mando de uno de ellos.

* * *

D. Lucas Gorriz, de quien luégo habremos de ocuparnos con el encomio que sus hechos

© Biblioteca Nacional de España

merecen, fué otro de los guerrilleros de Navarra que más se hicieron notar en aquella memorable lucha por la independencia.

Compañero inseparable de D. Francisco Espoz y Mina, y uno de sus hombres de confianza, al tomar éste el mando de las guerrillas, por la prisión de su malogrado sobrino Javier, le confirió el mando de una de ellas, y á la verdad que con justicia, pues Gorriz estaba reputado en Navarra como uno de los guerrrilleros más serenos y más valientes.

Espoz y Mina, que estimaba en mucho estas cualidades de Gorriz, al verse herido, y fuera de combate á Cruchaga después del combate de Tarazona, le encargó del mando de todas las fuerzas hasta su curación, y cuando á su vuelta determinó organizar las guerrillas en batallones puso al frente de uno de ellos, con el título de comandante, al entendido y valeroso Gorriz.

* * *

D. Pablo de Ayala era otro valeroso navarro que, colocado al frente de una importante guerrilla, tenía en jaque á los imperiales, á los que había jurado un odio á muerte.

El 19 de Marzo de 1810 sorprendió á la guarnición francesa que había en Peralta, villa situada en un llano, al pie de una peña, y que antiguamente perteneció al principado de Viana, compuesta de 400 infantes y 60 caballos, los cuales, no pudiendo resistir el ímpetu de los guerrilleros de Ayala, se batieron en retirada, dejando en su poder 30 prisioneros y más de 90 muertos sobre el campo de batalla.

Sabedor de que una columna de 500 imperiales estaba saqueando la cercana villa de Falces, sin darse punto de reposo cayó sobre ellos el bravo Ayala, introduciendo tal pánico en ellos, que huyeron en desorden y dieron lugar á que se pasaran á la guerrilla algunos soldados alemanes é italianos de los que Napoleón llevaba forzados en sus ejércitos.

Pocos días después cercaba Ayala la ciudad de Estella, en que se contaba una guarnición de 400 hombres, y la retaba á salir y pelear con él.

En mal hora para ellos aceptaron los franceses el desafío, porque los nuestros al grito de *¡Viva Navarra!* y *¡Viva España!* se lanzaron como leones sobre los imperiales, les mataron gran número de hombres y les hicieron 85 prisioneros, de los cuales degollaron en el acto 50 por ser de los españoles *juramentados* al servicio del intruso José.

D. Pablo Ayala, que fechaba todos sus partes á D. Francisco Espoz y Mina, de este modo:

Campo del honor de Navarra, cogió infinidad de prisioneros á los imperiales, muchos caballos y multitud de armas y de pertrechos de guerra.

Era en fin, un hombre de gran valía para la causa nacional que le debió muchos y señalados triunfos, y á quien los imperiales habían llegado á cobrar un miedo imponderable.

* * *

Recorrían la Navarra cuatro célebres guerrillas que casi siempre peleaban juntas.

Mandaban estas guerrillas cuatro hombres de gran corazón, que antes de salir á campaña gozaban ya en sus respectivos pueblos fama de valientes, incapaces de retroceder ante un peligro, por grande que éste fuera, no reconociendo obstáculos para realizar sus hazañas, juzgándose capaces de todo, dispuestos á escalar el mismo cielo si al cielo se hubieran subido los imperiales.

Eran estos jefes Cholín, Zabaleta, Malalma y Pello.

Los dos primeros eran hijos de las ciudades de Olite y Tafalla, si nuestros informes no mienten, y por la proximidad en que ambas se hallan y aun por algún parentesco que parece tenían su familia, se consideraban más que amigos hermanos.

Los otros dos eran, Malalma, nacido en la villa de Aibar, y Pello, en la de Lumbier.

Estas cuatro partidas que así luchaban unidas, como separadas, que aparecían y desaparecían en el campo como fantasmas, causaban la desesperación de los franceses.

Cholín, Zabaleta, Malalma y Pello, eran cuatro y eran uno. Las redes que tendían á los imperiales eran siempre desgraciadas para éstos. Muchas veces una de estas gue-

© Biblioteca Nacional de España

rrillas se presentaba delante de un pueblo ocupado por los franceses y le atacaba resueltamente; mas apenas iniciada la acción comenzaba á batirse en retirada; los imperiales se lanzaban en su persecución y de repente los que huían torcían las riendas de los caballos y volviendo la cara se arrojaban sobre ellos; pretendían los franceses refugiarse en el pueblo, mas ya este se hallaba ocupado por las otras guerrillas, y los imperiales se encontraban entre dos fuegos de los cuales casi nunca lograban escapar con vida.

Una de las acciones más importantes realizadas por estas partidas, fué la de la posada de la anteiglesia de Arrigorriaga, pues Cholín, Zabaleta, Malalma y Pello al igual peleaban en Navarra que en Vizcaya y la Rioja.

La anteiglesia de Arrigorriaga (1) aparece situada á la orilla derecha del Nervión, en un llano bien ventilado. Su población se halla repartida en barriadas y cuenta con una buena plaza y casa consistorial y una iglesia parroquial que data del siglo IX, en donde se hallan enterrados los nobles vizcaínos y el infante D. Ordoño de León, muerto en la sangrienta batalla de Arrigorriaga en el año 848, librada entre vizcaínos y leoneses y perdida por estos últimos, que estaban mandados por el dicho infante. Tiene además seis ermitas y un puente no lejano sobre el Nervión, y dista de Bilbao dos leguas escasas.

Hallábase ocupada Arrigorriaga por un fuerte destacamento francés, al que nuestros guerrilleros se propusieron batir, sabedores de que el jefe que lo mandaba había dicho que todos los guerrilleros eran unos *brigantes* y *cobardes*, á los que sólo deseaba encontrar para batir, jurando no darles cuartel.

Españoles y navarros, no era posible que los nuestros tolerasen en silencio semejante amenaza, y para hacer frente á los imperiales se reunieron el 15 de Junio de 1810 las cuatro partidas.

Con efecto, en la mañana del citado día atacaron Cholín y Zabaleta á los franceses por la parte de Miravalles, habiendo pasado ocultos la noche en los barrios de esta villa llamados Udiarraga, Marquío y Lupardo.

Orgulloso el comandante francés, salió á su encuentro y comenzó por ambas partes un fuego terrible entre los campos de Miravalles y Arrigorriaga, que distan una media legua.

Cholín y Zabaleta procuraban, batiéndose en retirada, atraerse á los enemigos, pero el jefe francés, quizás sospechando algo, no se resolvía á avanzar, esperando que los nuestros lo hicieran.

De pronto Malalma apareció con su gente, viniendo por la parte de Zaratamo, y se entró en Arrigorriaga, juzgándole desierto y pensando cortar la retirada á los franceses, pero se equivocó, pues el comandante, antes de salir, había dejado 100 hombres posesionados de la posada, edificio que los imperiales habían convertido en una verdadera fortaleza.

Los franceses eran 100, y Malalma sólo contaba con 25 hombres, y lo que era peor, tenía que combatir á los enemigos á pecho descubierto. El valiente navarro no pensó en retroceder, y sostuvo con gran energía el choque, comenzando en el pueblo una segunda acción.

Pero faltaba Pello, el heróico Pello y sus veinte hombres, que habiendo pasado la noche en la aldea de Artunduaga, algo más alejada, tardó en llegar al sitio del combate á la hora convenida; pero nunca es tarde si la dicha es buena, dice un antiguo adagio, y Pello y sus guerrilleros aparecieron en Arrigorriaga en el momento decisivo. El intrépido Pello comprendió al primer golpe de vista la situación, y volviéndose á los suyos les dijo en navarro:

—Muchachos, cabezas bajas y altos corazones...

Y se lanzó á la carrera, seguido de los suyos, á tomar la vuelta á la posada, que bien pronto se vió atacada de frente por Malalma y por Pello por la espalda.

A seguida comenzó una lucha horrorosa,

(1) En las Provincias Vascongadas se llama así la parroquia ó feligresía á que pertenecen algunos de sus pueblos. Diósele este nombre por tener delante de la iglesia un soportal donde los vecinos se congregan para celebrar sus juntas.

© Biblioteca Nacional de España

avanzando de cada vez más nuestros guerrilleros hacia la posada.

Bien pronto se oyeron los gritos de victoria de Cholin y Zabaleta, que traían en retirada á los imperiales. El orgulloso comandante, al oir los tiros que partían de Arrigorriaga, comprendiendo que su gente había sido atacada, en lugar de correr en su auxilio, emprendió la huída hacia Bilbao, dejando en el mayor abandono á sus soldados.

Aumentadas las fuerzas de Malalma y Pello con las de Cholín y Zabaleta tomaron por asalto la posada, pasando á cuchillo á los 40 franceses que aún quedaban con vida.

El *invencible* comandante francés huía; la posada había sido conquistada, y el triunfo de nuestros guerrilleros no podía ser más completo.

D. Francisco Espoz y Mina reunió á sus fuerzas las cuatro partidas, y bajo sus órdenes, así Cholín como Zabaleta, como Malalma y Pello de Lumbier, hicieron prodigios de valor.

* * *

D. Ramón Ulzurrun era otro navarro que merecía por sus altas prendas de carácter, por su amor á España y por su valor nunca desmentido, la fama de que gozaba en todo el país.

A mediados del mes de Noviembre de 1810 interceptó Ulzurrun en el lugar de Erice, á dos leguas de Pamplona, un correo francés, apoderándose de la balija y derrotando la escolta. Salieron de Pamplona 60 gendarmes en su persecución, deseosos de rescatar los interesantes pliegos que contenía la balija, pero Ulzurrun les hizo cara con la mayor intrepidez y los derrotó por completo, obligándoles á buscar su salvación bajo los cañones de la plaza.

Pasados algunos días acometió á 125 franceses no lejos de Lecumberri, en el temible desfiladero llamado de las *Dos Hermanas*, persiguiéndolos por largo trecho, causándoles varios muertos y cogiéndoles gran número de prisioneros.

Más tarde le veremos figurar, siempre con gloria, en la división del insigne Espoz y Mina.

* * *

Con efecto, lo dicho por el marqués de la Castellana en su carta á D. Luis de Peñaranda sobre el triste fin del Sr. Echarri era cierto.

D. Fermín, al salir de Madrid, lo hizo con el firme propósito de sublevar á Navarra, mas antes juzgó de absoluta necesidad tener consigo á su hijo Claudio, y no dejar á un niño, que apenas contaba 18 años, en el colegio de París expuesto, en su cualidad de español, á cualquier venganza de parte de los franceses.

Pero Claudio, al saber lo ocurrido el día 2 de Mayo en Madrid y el levantamiento de España toda, se fugó del colegio, y solo, con muy escasos recursos y arrostrando mil peligros ganó la frontera de España por la parte de Jaca y entró en Zaragoza con los voluntarios que de todas partes acudían en defensa de la ciudad. En ella permaneció durante los dos sitos, y en ella trabó relaciones de amistad con Javier Mina, de cuya guerrilla fué uno de los primeros soldados cuando éste salió de Idocín, á donde Claudio le había acompañado, ansioso de volver á Navarra y saber de su padre.

¿Qué había sido en tanto del Sr. Echarri?

Sin reparar en lo grave de las circunstancias, D. Fermín se puso en camino para Francia y llegó á París. ¡Su hijo no estaba en el colegio y los profesores ignoraban por completo su paradero! En vano acudió á las autoridades; la guerra había estallado entre España y Francia y era inútil hallar protección en la policía del césar.

¡Terribles días pasó!

Imaginando que tal vez su hijo podía haber sido víctima de los franceses, y al saber las atrocidades que éstos cometían en la Península, no se recataba el valeroso navarro para llamarlos pérfidos amigos, traidores y cobardes. A la admiración que había sentido por Napoleón había sucedido un odio á muerte.

No pudiendo permanecer en aquella incertidumbre, decidió salir de París y regre-

© Biblioteca Nacional de España

sar á Navarra, pensando que acaso su hijo habría ido á refugiarse á su casa de Pamplona. Hízolo así, pero no pudo llegar á su ciudad natal porque un exceso de amor patrio le perdió. Al cruzar por Valcarlos quiso la fatalidad que viera á unos navarros próximos á ser fusilados por los imperiales que dominaban esta villa, situada en un barranco, al descenso del Pirineo á la parte francesa, acusados de ser espías de los guerrilleros, y tomando partido por ellos apostrofó duramente á los soldados, cuyo jefe, sin estimar la justa indignación del Sr. Echarri y sin reparar en que D. Fermín no había cometido otro delito que mostrar su acendrado españolismo, le hizo agarrotar también, y poco después caía en unión de sus compatriotas bajo las balas francesas.

Este acto cruel é inhumano se extendió prontamente por Navarra, donde el señor Echarri era muy estimado, y todos admiraron su noble conducta y maldijeron del inhumano proceder de los imperiales.

Nada supo Claudio hasta su vuelta á Navarra.

Un día Javier Mina le llamó á su lado y le dijo con triste acento:

—¡Armate de valor, Claudio!

—¿Qué pasa?—interrogó el niño mirándole con temor.

—Se trata de tu padre.

—¿Ha muerto?

—¡Claudio!...

—Hable V...

—¿Tendrás valor?

—Para todo.

—Sábelo pues...

—Acabe V...

—Le han fusilado.

Claudio palideció como un difunto.

De repente irguió la cabeza y pronunció estas solas franceses:

—Le vengaré.

—¡Así lo esperaba!—le dijo Javier.—¡Eres todo un hombre!

—¡Cien vidas por la de mi padre!—exclamó el niño.

—Las tendrás. Y entre tanto, ya que te falta un padre, abraza á un hermano...

Claudio se arrojó en los brazos que Javier le tendía.

Por largo tiempo se oyeron los sollozos del niño. ¡El hombre había cedido su puesto al hijo!

Desde aquel día aumentó el valor de Claudio. ¡Luchaba como un héroe, avanzaba de los primeros, se arrojaba á todos los peligros y no perdonaba al francés que caía bajo su espada!

Su desgraciado padre podía estar satisfecho al verse tan bien vengado.

Cuando Javier Mina cayó prisionero, Claudio, por salvarle, recibió una mortal herida que le tuvo por algún tiempo en peligro de muerte. Cuando se halló en estado de combatir, D. Francisco Espoz y Mina le colocó á su lado y, estrechándole la mano, le dijo:

—Has perdido á un hermano, pero te queda otro.

Expedición de Suchet contra Valencia.—Guerrilleros valencianos.—D. José Romeu.—Fray Nebot (El Fraile).

Apenas el general Suchet organizó las diversas columnas enviadas en persecución del malogrado Javier Mina, y arregló la escandalosa administración francesa en Pamplona, regresó á Aragón para disponer la expedición contra Valencia, que le había ordenado José desde Córdoba (15 de Febrero), pintándole su conquista como la cosa más fácil, por contar, según el intruso, con inteligencias dentro de la ciudad.

Dirigióse Suchet contra Valencia al frente de un ejército de 14.000 hombres, enviando al general Habert por Morella con su división, y tomando él con la otra el camino de Teruel. Antes de partir recibió Suchet orden del mismo Napoleón de cercar y apoderarse de las plazas de Lérida y Mequinenza, pero como José le había pintado tan sencilla la toma de Valencia, no creyó prudente retroceder, pensando que todo se reducía al retraso de unas cuantas horas.

Luégo de haber batido en Alventosa la vanguardia del ejército de Valencia, precisamente cuando esta fuerza recibía la orden de retirarse á defender la capital, juntóse con Habert en Murviedro, presentándose delante de Valencia el 4 de Marzo de 1810.

Aunque el tristemente célebre general

© Biblioteca Nacional de España

Caro era una rémora para todo lo que no fuera satisfacer sus venganzas personales ó halagar su orgullo, la Junta de Valencia, de la que formaban parte nuestros queridos amigos el P. Rico y D. Luis Peñaranda, había organizado guerrillas y milicias, creado un ejército de 11.881 infantes y 2.193 caballos, y un cuerpo de 1.700 niños, vestidos y armados por sus padres, al objeto de que sirvieran de base al colegio militar que pensaba establecer; instalado una gran fábrica de fusiles; hecho un considerable acopio de nogales para cajas de fusil; montado 15 fraguas, y fortificado el antiguo recinto de la capital, circuyéndolo de un profundo foso que se inundaba cuando se quería, protegido por multitud de piezas de grueso calibre. Para todos estos gastos, y los socorros que envió Valencia á Cataluña y á varios cuerpos del ejército, la Junta invitó á los contribuyentes á que ofrecieran algún donativo, y tan generosamente acudieron éstos en aquella como en otras ocasiones, á la voz de la Junta y al amor de España, que pasó de cien millones la suma con que contribuyó Valencia para la defensa de la patria.

Suchet cercó por completo la ciudad, ocupó algunos puntos exteriores é intimó la rendición, que fué rechazada con grande energía.

El general francés, que observó el entusiasmo con que los valencianos se aprestaban á la defensa, y comprendió que si en efecto José y sus ministros contaban con secretas inteligencias dentro de la plaza, sus agentes ó amigos nada se atreverían á intentar, en vista de la resuelta actitud de las tropas y del vecindario, levantó el sitio en la noche del 10 al 11, volviéndose por el mismo camino que había traído, temeroso de las guerrillas que á su espalda comenzaban á inquietarlo.

La alegría que experimentó la ciudad al verse libre de un nuevo sitio, la turbó Caro con sus venganzas, pues á pretexto de traiciones, que decía haber descubierto, prendió á varios ciudadanos, y llevó al suplicio de la horca, sin causa bastante justificada, á su antiguo amigo el barón de Pozoblanco, al que ahora profesaba un odio á muerte, y, bajo frívolos pretextos, envió á la Junta á la ciudad de Játiva, creando una comisión militar con amplias facultades, encargada de satisfacer sus odios personales y sus criminales rencores.

* * *

Con razón temía Suchet á los guerrilleros.

Después de su triunfo en Alventosa contra la vanguardia del ejército de Valencia, don José Romeu, al frente de la guerrilla de Murviedro, se apoderó del convoy del ejército francés, acto de osadía que llenó á Suchet de verdadero asombro.

Cuando el general francés levantó el sitio de Valencia en la noche del 10 al 11 de Marzo, Romeu, que no había dejado de vigilar sus movimientos, le fué picando la retaguardia en su retirada hacia Aragón.

Sabido es que los soldados imperiales eran tan guerreros como ladrones, y al pasar por Murviedro, la ciudad natal de Romeu, se entregaron, según costumbre, al saqueo y al pillaje. Cuando la digna esposa de Romeu, que al pasar los imperiales camino de Valencia el 3 de Marzo había tenido que huir de Murviedro con sus hijos buscando un asilo, regresó en el día 12, halló su casa completamente saqueada.

Al regresar Romeu á Murviedro luégo de perseguir á Suchet hasta Aragón, oyó las amargas quejas de su querida esposa, y exclamó con aquella nobleza y dulzura que formaban su hermoso corazón:

—«Si la patria se salva nada debe importarnos este dolor: y si el tirano llegase á triunfar nos sepultaríamos entre las ruínas de España; y entonces ¿para qué queríamos las riquezas?»

Satisfecha la Junta de su valor, desinterés y lealtad, le nombró el 22 de Marzo de 1810 comandante de los dos batallones de Milicias honradas de Cheste y Chiva, que componían el quinto cuerpo llamado *Saguntino*.

* * *

De la misma orden de frailes franciscos á que pertenecía el insigne padre Rico, salió fray Asensio Nebot, vulgarmente conocido

© Biblioteca Nacional de España

por *El Fraile*, quien, puesto al frente de una guerrilla, sostuvo todo el año de 1810 reñidos combates contra los imperiales en Alventosa, Camarena, Valdepeñas, Las Casas y Malagón, pues en la constante movilidad que imprimía á su partida, hoy peleaba en Valencia y mañana en Teruel, anocheciendo en Cuenca y amaneciendo en Toledo.

Más adelante nos ocuparemos, con el detenimiento que merece, de fray Nebot, genio organizador, carácter valeroso, hombre emprendedor y osado que había nacido para el bullicio de la guerra y no para las soledades del claustro, y que llegó á conquistar una fama tal de buen guerrillero que su nombre era citado al lado del de Merino, el Empecinado, Mina y tantos otros.

Cataluña.—Levantamiento de 40.000 hombres.—D. Enrique O'Donnell, nombrado capitán general del Principado.—Victoria de Moyá.—Bloqueo de Barcelona por las guerrillas.—Triunfo de Mollet y Villafranca.—Sitio de Hostalrich.—Macdonald reemplaza á Angerens.—Sitio de Lérida y Mequinenza.—Toma de Monzón.

Si Barcelona seguía en poder de los invasores, y Gerona había sido tomada, y derrotados nuestros ejércitos en varios encuentros, las partidas convirtieron la lucha en Cataluña en una guerra popular, cuya grandiosidad apenas si cabe en el libro de la historia.

No contribuyó poco á este resultado el carácter indomable de sus hijos y el Congreso celebrado en Manresa, que si no llegó á tiempo para salvar á Gerona, ocupóse con gran empeño de la defensa de Cataluña decretando en primer lugar el levantamiento de 40.000 hombres organizados en somatenes, según el uso y costumbre del Principado.

Blake, que mostró decidido empeño porque esos 40.000 hombres se organizasen en regimientos y se pusieran bajo la ordenanza militar, al saber que la Junta Central había aprobado la organización popular, propuesta por el Congreso de Manresa, dimitió su cargo, y lo que parece más increíble, le abandonó, sucediéndole en el mando en jefe del ejército de Cataluña, con el carácter de interinos, el general García Conde, primero, y después D. Juan de Henestrosa, hasta que la Junta nombró para reemplazarle á D. Enrique O'Donnell.

Era O'Donnell uno de los generales más jóvenes del ejército español, y á su grande valor reunía una actividad extraordinaria, razones por las que era muy estimado en Cataluña, por más que los hombres imparciales reconocieran que si le sobraba audacia y ambición, en cambio le faltaban la reflexión para madurar los planes de campaña y la calma para realizarlos, tan necesarios en un general en jefe.

Antes del nombramiento de O'Donnell, el mariscal Angereau había emprendido las operaciones para poner en comunicación la guarnición de Barcelona con Francia, de la que debía recibir víveres y municiones, logrando dispersar á los guerrilleros y batir el ejército español concentrado en Vich, tarea que encomendó á las divisiones Soham y Pino, fuertes de 10.000 hombres, que si lograron penetrar en Vich, tras de reñidos combates, en cambio allí quedaron estacionadas por la firmeza de O'Donnell y Porta, y por la actividad y valor de los guerrilleros.

Apenas nombrado capitán general de Cataluña D. Enrique O'Donnell, atacó con los 8.000 infantes y 1.000 caballos que había logrado reunir á los imperiales parapetados en Moyá (14 de Febrero de 1810), batiéndoles completamente.

El día 19, orgulloso con este triunfo, quiso desalojarlos de la ciudad de Vich, pero el éxito de la batalla, que comenzada á las ocho de la mañana duró hasta las tres de la tarde, no le fué favorable por haber sido flanqueada nuestra izquierda, regida por Porta, y aunque O'Donnell se batió como un simple soldado y dió nuevas pruebas de su bravura, tuvo al fin que retirarse á Tona y Collsuspina con 1.800 bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

Los somatenes y guerrillas, sin cejar en su noble empeño, tenían bloqueada á Barcelona, y si Angereau pudo, merced á una división de 10.000 hombres, alejar á Clarós y Rovira, no pudo impedir que estos hombres, tan tenaces como arrojados, le fueran mo-

© Biblioteca Nacional de España

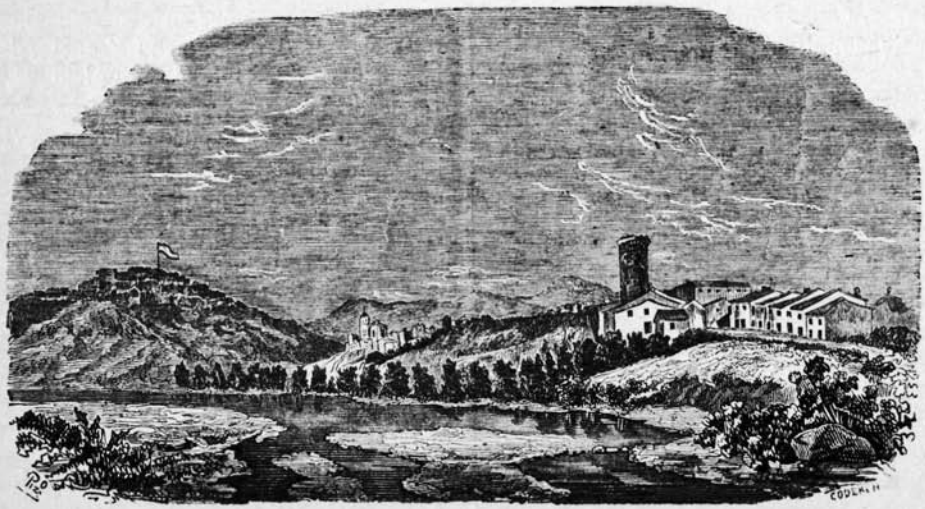
lestando desde Besalú y Figueras, y aprisionando á cuantos soldados se le rezagaban.

Pretendió Angereau, antes de llegar á Barcelona, apoderarse de Hostalrich, que nuestros guerrilleros habían reconquistado después del sitio de Gerona, é intimó la rendición al gobernador; mas al recibir la más rotunda de las negativas, dejó algunas tropas para bloquearla y continuó su viaje á Barcelona.

Quiso Duhesme salir de la ciudad á su encuentro y se adelantó hasta Granollers, pero con tan mala suerte, que el general marqués de Campoverde y Porta cayeron sobre él en Santa Perpétua y en Mollet, y le hicieron gran número de muertos y de prisioneros, y no coparon por completo la columna por la llegada de Angereau, que acudió en su auxilio, y que al llegar á Barcelona destituyó al vanidoso Duhesme reemplazándole con Mathieu.

Vuelto el mariscal Angereau á Gerona, reforzó con algunos batallones á los sitiadores de Hostalrich que ocuparon las alturas de Massanet, y regresó otra vez á Barcelona á fin de auxiliar á Suchet en su empresa contra Valencia, cuyos fatales resultados para sus invasores dejamos ya consignados.

O'Donnell, que se había retirado á Tarragona (21 de Marzo), al verse perseguido por



VISTA DE HOSTALRICH.

las divisiones de Angereau—sobrino del mariscal—y Severoli, concibió el proyecto de batir á todo el ejército imperial, y para ello ordenó á D. Juan Caro que, con 6.000 hombres, atacase las fuerzas imperiales que había en Villafranca, interceptando sus comunicaciones con Barcelona, dentro de la cual quedaría encerrado Angereau, y marchando por Manresa al socorro de Hostalrich, cerrase las comunicaciones de los imperiales con Francia.

Los comienzos de este plan no pudieron ser más felices; Caro cogió, después de un reñido combate, los 700 hombres que había en Villafranca, reemplazándole, por haber salido herido, el marqués de Campoverde, que arrolló en Esparraguera la brigada Schwart, llevándola en huída hasta el puente de Molins de Rey.

Comprendió Angereau el plan de O'Donnell, y para evitarlo mandó retroceder las divisiones enviadas contra él y regresar á Barcelona, y aunque los dos generales franceses quisieron salir de Reus, donde recibieron la orden, de noche y con gran sigilo, O'Donnell que las expiaba, las fué picando la retaguardia hasta Villafranca, no logrando que volviesen el rostro y aceptasen el combate, entrando precipidamente en Barcelona.

© Biblioteca Nacional de España

Libre de este cuidado salió Angereau contra Hostalrich, así para impedir el socorro de Campoverde como para reforzar las tropas que había dejado sitiando esta plaza.

Hállase rodeada la villa de Hostalrich de muros con torreones de fácil acceso, y tan sólo la protege un castillo levantado al Oeste sobre una altura, llamado el *Caballero*, que puede montar hasta seis piezas de grueso calibre.

Era su gobernador D. Juan Estrada, hombre de ánimo esforzado, quien se propuso imitar al heróico D. Mariano Alvarez, ya que no pudiera igualarle, el cual rechazó indignado las ventajosas proposiciones de entrega que le propuso el enemigo.

Decidieron los franceses (13 de Enero) sitiarle por hambre, mas como vieran lo inútil de su decisión, apelaron al bombardeo, que comenzó el día 20 de Febrero, siendo contestado por los certeros disparos de los cañones de la plaza, y con algunas salidas afortunadas de los sitiados.

Prosiguió el bombardeo cada vez con mayor empuje, y llegó el día fatal en que los víveres comenzaron á escasear, y en que la guarnición, reducida á la mitad, no tuvo de qué alimentarse.

Los sitiadores, que conocían el estado de la plaza, renovaron las proposiciones, y Estrada volvió á rechazarlas con la misma energía.

Al fin, no queriendo entregarse y siéndole imposible continuar la defensa, salió Estrada de Hostalrich con los 1.200 hombres que le quedaban arrollando á cuantos enemigos se le opusieron. Por desdicha, se extravió con su columna en aquellos caminos casi impracticables y cayó prisionero con las tres compañías, salvándose su compañero el coronel de artillería Sr. López Baños, que llegó con las otras tres libre y sano á Vich.

Indignado Napoleón por las infructuosas campañas de Angereau, le separó del mando, como éste había separado á Duhesme, reemplazándole con Macdonald.

¡Buena señal!

Ya la victoria se había divorciado de las águilas imperiales, y ya Napoleón no tenía confianza en sus mejores capitanes.

Cataluña respiró con la partida de Angereau, pues este hombre cruel había mandado colocar horcas en todos los caminos, y en ellas hacía colgar á cuantos guerrilleros y paisanos cogía con las armas en la mano.

Era, en fin, el verdugo del antiguo Principado.

Tal era la situación de Cataluña cuando Suchet, en cumplimiento de las órdenes de Napoleón, y para borrar el mal efecto de su fracasada expedición contra Valencia, se dirigió á tomar á Lérida, llave de las provincias de Aragón y Cataluña.

Contaba Lérida para su defensa con 4.000 soldados, 300 artilleros y 400 caballos.

La población, que era de 12.000 almas, se hallaba grandemente aumentada por las muchas familias de los pueblos comarcanos que tras de sus murallas habían buscado un refugio.

Aparece la ciudad de Lérida asentada en forma de anfiteatro en la falda de una colina que se levanta en medio de un llano. Ciñela una muralla antigua, en parte obra de los romanos y en parte moderna, de muy débil resguardo contra los cañones de grueso calibre. Corre de Noroeste á Sudoeste, lamiendo su recinto, el río Segre, sobre el cual tiene un hermoso puente que da paso á la carretera de Madrid á Barcelona. Sus defensas consistían en aquella época en un antiguo castillo que era un grande y sólido cubo de sillería, de la época de los godos, con cuatro baluartes, un rebellín, una lengua de sierpe y una falsa braga formando dientes de sierra para cubrir y flanquear la cadena de la loma en que el castillo se asienta; un fuerte, llamado de *Gardeñ*, á 1.500 varas del castillo, situado en otra loma más baja, con un sólido edificio en su recinto, que fué convento de Templarios, y, por último, un pequeño reducto de tapia, con fosos en sus dos frentes, á cerca de 200 varas avanzando en el camino de Aragón.

Aunque el gobernador fuese D. José González, tenía el mando superior de la plaza el general García Conde, el mismo que entró en la plaza de Gerona mandando el convoy de socorro enviado por Blake.

Si valiente, no era García Conde hombre de grandes talentos militares; así es que ni

© Biblioteca Nacional de España

hizo desalojar la plaza de tantas bocas inútiles, ni despejó de árboles los alrededores de Lérida, permitiendo que sirvieran al enemigo de parapeto y de obstáculo á los tiros de la plaza.

El día 12 de Abril de 1810, dejando al general Laval en Fraga para sostener la retaguardia, se presentó Suchet á la cabeza de 20.000 hombres ante los muros de Lérida, y en el mismo día circunvaló la plaza é hizo pasar varios destacamentos al otro lado del Segre para cerrar la salida del puente, empleando los restantes días hasta el 22 en construir trincheras y en tirotearse con los defensores de Lérida.

En este mismo día, O'Donnell, llamado anteriormente por García Conde, reunió sus tropas y se dirigió por Montblanch en su auxilio, presentándose el día 23 en la llanura que se extiende de Margalef á Lérida; pero Suchet le salió al encuentro con mayores fuerzas, y aunque nuestras tropas resistieron con bravura, al fin la caballería, según acostumbraba, volvió grupas, atropelló á los infantes, produciendo el desorden, y con el desorden la derrota de nuestras tropas y la pérdida de 6.000 hombres.

Insistimos con Blake en que en estas huídas, injustificadas la mayoría de las veces, había un misterio que bien merecía la pena de ser aclarado.

Aquella misma noche, envalentonados por el triunfo de la mañana, asaltaron los franceses los reductos del Pilar y San Fernando, logrando apoderarse del primero; y al ser de día, Suchet, fundado en esto y en la derrota de O'Donnell, intimó la rendición á la plaza, á la que García Conde respondió:

«Lérida jamás ha contado para su defensa más que con ella sola.»

A los seis días levantó Suchet la primera paralela.

El 7 de Mayo rompieron el fuego cinco baterías que fueron desmontadas por nuestros cañones; pero el 10 las restablecieron, apoyados por otra segunda paralela, dirigiendo un mortífero fuego contra la plaza durante cinco días.

El 12 voló un repuesto de bombas del castillo con estrépito horroroso, y Suchet, aprovechando esta fatal circunstancia, volvió á renovar la intimación, que fué rechazada como la anterior.

Al siguiente día los cañones de los sitiadores lograron abrir brecha, y por ella penetró una columna de 6.000 hombres hasta la calle Mayor, llegando al puente y acuchillando sin piedad á los defensores.

El combate fué terrible.

La artillería seguía disparando á metralla; los soldados españoles, que no podían abrirse paso, se lanzaban al río; en las calles se luchaba cuerpo á cuerpo, y más de 6.000 personas corrían al castillo buscando en él su salvación.

Al amanecer el nuevo día apareció la ciudad sembrada de cadáveres, la mayoría de ellos mutilados, alumbrando las llamas de varias casas este horroroso cuadro.

Suchet, sin querer conceder á los sitiados una hora de calma, dispuso el bombardeo del castillo, donde tantas familias se hallaban refugiadas, mezclándose al estruendo de las bombas los ayes de dolor, y bien pronto los gritos de hambre y sed de aquellos miles de infelices privados de agua y de pan.

Aun así, la tercera intimación de Suchet fué desoída, y el bombardeo prosiguió con mayor furia.

Por fin las súplicas de las mujeres y el llanto de los niños conmovieron á García Conde y á González, rindiéndose el castillo y el fuerte de *Gardeñ*, que había visto morir la mitad de su guarnición, perdiendo nosotros 136 cañones, 10.000 fusiles y una plaza fuerte, que era el guardián de Aragón y Cataluña.

Suchet, en recompensa del *triunfo* alcanzado, concedió á sus soldados ¡tres días de saqueo!

Lo que en esos tres días de pillaje y de crímenes ocurrió en Lérida, no hay pluma capaz de escribirlo.

¡Con esta conducta infame gozaba Suchet de gran popularidad entre sus soldados! ¡Y era natural, pues representaba al domador alimentando á la hambrienta fiera!

Una vez conquistada Lérida, dirigió sus fuerzas Suchet hacia Mequinenza, encargando del asedio de esta plaza á la división del general Musnier.

Mequinenza, la antigua *Octogesia* de que

© Biblioteca Nacional de España

habla Julio César en sus comentarios, arruinada por los sarracenos, reedificada después y reconquistada por el emperador D. Alfonso, se halla edificada en las faldas meridionales de la montaña que corona el castillo de su nombre, á la margen izquierda del Ebro y cerca de la confluencia de éste y el Segre, que la rodea por la parte oriental. Su posición es importante y forma con Fraga y Monzón una línea de puestos fuertes que cierran y señorean las avenidas de Cataluña.

El 20 de Mayo intimó Musnier la rendición, que rechazó el gobernador, y desde aquel día hasta el 3 de Junio se ocupó el francés en cercar la plaza, ayudado por la división Montmarie que le completó por la orilla derecha del Ebro.

Abiertas tres brechas en sus muros, lanzáronse por ellas tres columnas francesas, que fueron rechazadas por la guarnición; pero reforzadas aquéllas, y después de tres días de incesantes luchas, viéronse obligados los nuestros á replegarse al castillo.

El día 18, con 16 piezas colocadas á 300 pasos, rompieron el fuego destruyendo en breve las murallas, y la guarnición, diezmada con tantos días de sangrienta lucha, se rindió con todos los honores de la guerra.

Suchet, para precaverse de cualquier ataque por el lado de Valencia, envió una columna contra el castillo de Monzón, que fué ocupado sin resistencia el día 13 de Junio.

Con Lérida, Mequinenza, Fraga y Monzón, tantas veces acometidas inútilmente, quedaron los imperiales dueños de todos los puntos fortificados de Aragón; tan sólo les faltaba la conquista de Tortosa para ser dueños del curso del Ebro hasta el mar.

A la caída de Lérida y Mequinenza se reunió en Tarragona un nuevo Congreso de los Corregimientos de Cataluña, el cual acordó la forma de auxiliar al ejército en la defensa del Principado, cobró los impuestos, aplicó á las necesidades de la guerra ciertos derechos eclesiásticos que se pagaban á Roma y contrató un empréstito de diez millones de reales. Si antes elogiamos el patriotismo de Valencia por sus sacrificios en pro de la causa nacional, rindamos ahora el tributo de nuestra admiración á la insigne Tarragona.

El capitán general D. Enrique O'Donnell, reconociendo la importancia de la pequeña guerra y de los notorios servicios de las guerrillas y somatenes, dividió el ejército de Cataluña en varias divisiones: una, á la vista de Barcelona, en la línea del Llobregat; otra, en Falset, destinada á vigilar á Suchet, que amenazaba á Tortosa; otra, en las Borjas, para evitar las salidas de los conquistadores de Lérida; otra, en los Pirineos, para evitar las expediciones que llegaban de Francia á Gerona y Barcelona, y otra en Olot, encargada de vigilar los movimientos del enemigo por la carretera.

Con tan hábiles disposiciones militares y con la astucia, movilidad y heroísmo de los guerrilleros, no sólo conservamos una gran parte de Cataluña, sino que de la otra les fué imposible sacar un solo hombre á los imperiales.

Macdonald, á pesar de sus grandes deseos de combatirnos, tuvo que limitarse, durante los meses de Junio, Julio y Agosto, á abascer á Barcelona, teniendo necesidad de que cada convoy fuese custodiado por un ejército, y aún así no se libraba de los ataques de las guerrillas que le arrebataban gran número de acémilas y hasta de carros y le mataban muchos hombres.

Suchet trató de apoderarse de Tortosa á fin de hacer suyo todo el curso del Ebro hasta el mar, establecer una línea de comunicaciones con Zaragoza, y poder conquistar á Valencia, y para ello reunió muchos víveres y cañones en Mequinenza, y se encaminó hacia Tortosa, protegido por Laval y sus 8.000 soldados, que se situó en la margen derecha del Ebro, hacia Amposta, y Habert, que con sus 4.000 hombres llegó hasta García, echando dos puentes sobre el dicho río en las cercanías de Mora, para comunicarse las citadas columnas.

O'Donnell, para impedirlo, pidió al capitán general de Valencia el famoso Caro que detuviese á la división Laval, y, por último, se metió en Tortosa resuelto á defenderla hasta el último trance (1.° de Agosto de 1810).

Caro, más cuidadoso de sus resentimientos personales que de la patria, dejó pasar á Laval, y cuando impuesto por la actitud de

© Biblioteca Nacional de España

los valencianos envió al general Odonojú con 4.000 hombres á desalojar al enemigo de Morella, sufrimos un nuevo descalabro, y él mismo, á pesar de venir al frente de 20.000 hombres, mitad soldados y mitad paisanos, huyó en Calig vergonzosamente ante algunos batallones de Suchet (16 de Agosto). Pero harto cara pagó su cobardía, teniendo que fugarse de Valencia disfrazado de fraile y llegando con mil trabajos á las Islas Baleares, temeroso de las justas iras del pueblo.

Aunque Bassencourt, que mandaba una división en Cuenca, se hizo cargo inmediatamente del mando y se puso de acuerdo con O'Donnell, la huída de Caro permitió que Suchet conferenciase con Macdonald y acordasen que el primero cercara á Tortosa en tanto que el segundo le auxiliaría con víveres y entretendría nuestro ejército, para lo cual Macdonald pasó á Cervera y amenazó la línea española del Llobregat.

O'Donnell realizó por aquellos días una de las expediciones más hábiles y más arriesgadas de toda la campaña. Púsose con gran secreto al frente de la división del marqués de Campoverde, atravesó la provincia de Barcelona, entró en la de Gerona, y en la noche del 14 de Setiembre sorprendió la guarnición francesa de La Bisbal, que se le entregó con su general Schwartz, así como las de San Feliú y Palamós, comprendiendo entre todas un general, 60 oficiales, 1.300 prisioneros y 17 cañones, siendo agraciado más tarde con el título de conde de La Bisbal.

Semejante acción obligó á Macdonald á abandonar á Suchet y á cuidarse tan sólo de escoltar los convoyes para el racionamiento de las tropas francesas que ocupaban á Barcelona, é impidió que Suchet prosiguiera el sitio de Tortosa, hostilizado constantemente por los guerrilleros que, situados en ambas orillas del Ebro, le impedían traer de Mequinenza los víveres que había almacenados.

El entusiasmo de los catalanes llegó al delirio y el arrojo de los guerrilleros á la exageración.

Campoverde obligó en Cardona al general Macdonald á retirarse, penetró en la Cerdaña francesa y exigió contribuciones á sus habitantes; Villacampa batió á los imperiales en Andorra y Cuevas del Cañart, y el barón de Eroles llevó su osadía hasta acometer al enemigo en su campamento de Lladó (21 de Octubre).

Merced á las lluvias, que aumentaron el caudal del Ebro, pudo Suchet traer por agua desde Mequinenza los cañones y víveres que necesitaba para formalizar el sitio de Tortosa.

Bassencourt, que vió amenazada la división que había en Falset, salió de Peñíscola en su socorro el 25, dividiendo sus 9.000 hombres en tres columnas; pero al llegar con la suya á Ulldecona, no tuvo calma para aguardar á las otras y atacó con la suya sóla á los imperiales, que le obligaron á volver á Peñíscola con grandes pérdidas, perseguido por la división de Musnier.

Macdonald, que había recibido grandes refuerzos, pudo á favor de ellos dejar abastecida á Barcelona y guardada la carretera de Francia, marchando con 15.000 hombres en auxilio de Suchet, con quien se avistó en Mora (15 de Diciembre), acordando que Suchet estableciese su cuartel general en Cherta y formalizase el sitio de Tortosa, mientras que él ocupaba y mantenía los puestos de la división del general Habert.

O'Donnell, por consecuencia de una herida recibida en el combate de La Bisbal, se vió obligado á trasladarse para su curación á las Baleares, dejando el mando al general más antiguo que lo era D. Miguel de Iranzo, quien distribuyó el ejército de Cataluña frente al del mariscal, en forma de arco, con la derecha fuertemente apoyada en la villa de Montblanch.

Guerrilleros catalanes.—D. José Manso.—Don Juan Clarós.—Fabregas.—D. Felipe Perena.—El doctor Rovira.—D. Pedro Villacampa.—D. Narciso Gay.—D. José Rambla.—D. Fernando Franquet y D. Vicente García.—El barón de Eroles.

En el mes de Enero de 1810 fué destinado Manso á las órdenes del general marqués de Monteverde, el cual le encomendó la vanguardia de su división. Con ella se encontró Manso el día 21 en el ataque de Mollet y Santa Perpetua, y aunque sus fuerzas se ha-

© Biblioteca Nacional de España

llaban extenuadas, muertas de hambre y de frío, se mantuvo sobre el hielo por espacio de dos horas, llegando á encontrarse imposibilitado de moverse, estancado en el lodo de un pantano que intentó atravesar para apoderarse de una casa, y en el cual habría perecido bajo el sable de un coracero si uno de sus guerrilleros no hubiese muerto de un tiro al francés. Por el mérito contraído en esta acción, mereció que el general le recomendase eficazmente al gobierno.

Continuó Manso en Cervelló, sobre la línea del Llobregat, sosteniendo frecuentes acciones con la guarnición de Barcelona.

El 19 de Mayo resolvió atacar á 1.500 franceses acantonados en San Feliú, obligándolos á refugiarse en Barcelona, á pesar de contar con dos piezas de artillería.

Con sólo 600 guerrilleros y un batallón del regimiento de América, detuvo por espacio de cuatro días al general Macdonald que había salido de Barcelona con 12.000 franceses (Agosto de 1810) á reconocer las inmediaciones de Tarragona.

El 20 de Setiembre, al frente de 20 coraceros y 50 infantes, apresó 60 infantes y nueve coraceros enemigos, viéndose forzado á combatir con sólo cinco ginetes españoles cuerpo á cuerpo con los nueve coraceros y el sargento que los mandaba, logrando Manso arrojar uno al suelo, mal herir á tres y perseguir al sargento hasta las mismas puertas de Barcelona. Por este combate personal, que presenciaron los franceses desde las murallas de la plaza, y los *payeses* desde los campos, se compuso, en honor del intrépido Manso, un himno que bien pronto se hizo célebre en todo el Principado, y el general le manifestó que estaba satisfecho de su conducta, pero que en adelante no se arriesgase de tal modo, privando á la patria de un soldado tan valiente.

El 14 del citado mes se apoderó con sus guerrilleros de 60 granaderos franceses que, á tiro de cañón de Barcelona, habían salido á hacer una descubierta, y el 24 acuchilló en Villadecamps 80 caballos y 50 infantes, sin que les valiera hallarse protegidos por dos piezas de artillería.

El general Mathieu ensayó todos los medios para ganar á Manso, ofreciéndole un alto grado en el ejército francés, riquezas y un asilo fuera de su país, pero Manso rechazó con profundo desdén tan viles proposiciones, y continuó su campaña con mayor tesón contra los enemigos de su querida patria. Entonces Mathieu, sentido por la negativa, al par que soberbio por las constantes victorias de Manso, celebró una junta de generales para convenir en la manera de apoderarse de Manso sin reparar en los medios.

* * *

D. Juan Clarós, con sus valientes guerrilleros del Ampurdán, era la pesadilla eterna del general francés Angereau', forzándole á escoltar con todo el ejército los frecuentes convoyes que de Francia venían para las guarniciones bonapartistas de Gerona y Barcelona, á pesar de lo cual no podía impedir que D. Juan Clarós le fuera persiguiendo, fatigando sus tropas, cogiendo á cuantos soldados se quedaban rezagados, apoderándose de algunos carros y acémilas, y sin permitirle entregarse al descanso, ni de día ni de noche.

En el mes de Setiembre de 1810 Clarós, en unión de Rovira, llevaron á cabo un acto que parece increíble; tal fué la entrada en Francia, la imposición de contribuciones á varios pueblos y la recogida de las armas, no de paisanos, sino de los guardias nacionales de todos los pueblos que visitaron.

Una diferencia hubo entonces entre ellos y nosotros, y es que los españoles que entraron en Francia, á pesar de ser guerrilleros y no soldados, y no estar sujetos, por tanto, con el mismo rigor á la ordenanza militar, ni reconocidos por ellos como beligerantes, observaron la más severa disciplina; y si volvieron á España con el producto de las contribuciones de guerra impuestas á los pueblos y con las armas cogidas, no á ciudadanos, repetimos, sino á milicianos, no se mancharon sus manos con el robo y el saqueo, ni deshonraron su nombre con el pillaje y los horrores á que sus compatriotas nos tenían acostumbrados.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Entre los guerrilleros del Principado merece un lugar preferente D. José Fabregas, uno de los catalanes que con más ardor abrazaron la causa nacional, en que todos los hijos de España que hemos nombrado y los que aún nos restan por nombrar, que son muchos y de gran valía, rivalizaron en gloria y valor, pues repasando su vida y sus hechos se ve que todos fueron impulsados por el noble amor de la patria y que todos realizaron idénticas hazañas é iguales sacrificios.

El 12 de Marzo sorprendió Fabregas, cerca del lugar de la Mata, un destacamento que iba de Bañolas á Gerona con algunas acémilas, y después de un reñido combate mató siete hombres y apresó 15, pudiendo escapar tan sólo el oficial y algunos soldados. Concluída esta operación se dirigía á Bañolas, cuando halló en el camino un destacamento enemigo que avanzaba en socorro del anterior; Fabregas le hizo frente, con suerte tan grande, que mató cinco y aprisionó bastantes, huyendo el resto.

Entrado Fabregas en Bañolas, toda la población salió á recibirle, prodigando los habitantes los mayores obsequios al intrépido guerrillero y á sus partidarios.

El 7 de Abril, teniendo apostada su gente entre las eras de Faliñas y el lugar de Madiña, descubrió una partida de nueve franceses, que eran la avanzada de un convoy que, escoltado por 150 hombres, venía de la parte de Gerona. Fabregas, resuelto á conquistarlo, á pesar de sus escasas fuerzas, salió al encuentro de los enemigos, trabando una sangrienta refriega de la que resultaron 59 franceses muertos, 16 prisioneros, y en su poder las 93 caballerías que formaba el convoy.

El día 15 de Mayo acometió en las inmediaciones de Cornellá y de Mata á varios destacamentos franceses, haciéndoles 10 muertos, cogiéndoles 22 prisioneros y con ellos dos cargas de armas y otros efectos de guerra.

Los destacamentos franceses encargados de mantener las comunicaciones de Bañolas y Ruidellots, se reunieron el 28 de Mayo para atacar á Fabregas y á sus 250 guerrilleros, apostados en el Roble de Lors; pero el dios de la guerra peleó al lado de los nuestros, y aquella acción, en la que los franceses habían fundado la esperanza de coger á Fabregas y destruir su guerrilla, les produjo la muerte de 11 soldados y un capitán y la prisión de 39 y un oficial, con un gran número de heridos, que ni aun aguardaron á recoger.

* * *

Hallábase D. Felipe Perena defendiendo con sus guerrilleros la ciudad de Balaguer, cuya conquista y posesión interesaba mucho á los imperiales, á fin de dominar y ser dueños del famoso puente de piedra que tiene sobre el río Segre.

Reconociéndolo así el general Suchet, al emprender su marcha para el sitio de Lérida ordenó á Habert que con su división desalojase de Balaguer á los españoles á toda costa.

Perena, que comprendió el empeño de los franceses y que no contaba con fuerzas bastantes para sostener la posición, dispuso la retirada hacia Lérida, pero con tan mala fortuna, que fué á dar con los imperiales que se dirigían contra la citada plaza, viniendo á caer prisionero de ellos y siendo conducido á Francia inmediatamente, donde bien pronto se vió encerrado en la sombría ciudadela de Bayona.

* * *

El doctor Rovira, que en unión de Clarós no había cejado un instante en la persecución de los convoyes franceses, entró con él, y apoyado por la división del marqués de Campoverde, en varios pueblos de la Cerdaña francesa, exigiendo contribuciones á sus vecinos y desarmando á los guardias nacionales. Sus guerrilleros, como los de Clarós, observaron en todos los pueblos de Francia, contra lo que sus habitantes temían, la más rigurosa disciplina.

* * *

D. Pedro Villacampa, y la mayoría de los guerrilleros catalanes durante los sitios de Lérida y Mequinenza, no cejaron un solo día

© Biblioteca Nacional de España

en su meritoria empresa de atacar á los imperiales, sorprender sus convoyes, impedir sus trabajos de sitio, proteger á los pueblos y exponer su vida por la libertad de Lérida y luégo de Mequinenza, y ya que esto no consiguieran, lograron, sí, diezmar á los imperiales, mantenerlos en perpetua alarma con simulados ataques, y prolongar la defensa de estas plazas, que este era uno de los mayores méritos de los guerrilleros.

Retirado luégo el bizarro D. Pedro Villacampa hacia la parte de Andorra y Cuevas del Cañart, en todos aquellos puntos batió á los imperiales, como acontecía siempre que los nuestros, esquivando el aceptar batallas, se limitaban á proseguir esa pequeña guerra de guerrillas, que si más lenta, como hemos dicho otra vez, producía resultados más positivos.

* * *

D. Narciso Gay, era un valiente hijo de Cataluña, que mandaba una partida de *almogavares*, nombre que los naturales del país daban á los *miqueletes* en memoria de aquellos antiguos é indomables guerreros, con la cual llegó á hacerse en un breve plazo un hombre temible en el Ampurdán, combatiendo á los imperiales en una guerra de exterminio.

A la cabeza de sus guerrilleros atacó el día 30 de Junio de 1810 á un destacamento francés, y después de un combate sangriento obtuvo el más completo triunfo, matando 40 hombres, hiriendo otros tantos y haciendo 53 prisioneros, todo esto á la vista de otro destacamento francés de 150 enemigos, que se hallaba formado en San Martirián de Bañolas y que no se atrevió á tomar parte en la lucha.

El mismo D. Narciso Gay, habiéndose acercado al pueblo de Besalú en la noche del 5 de Julio y hecho fuego á los centinelas, infundió tal pánico á los imperiales, que desampararon el punto y se refugiaron en el parapeto de Santa María que habían levantado, abandonando fusiles, mochilas y equipajes, y saliendo la mayoría de los oficiales en camisa.

A pesar de que lo intentó varias veces, no pudo Gay hacerlos batir hasta el día 11, en que salieron 800 infantes y 50 caballos. La acción, que se empeñó junto á Castellfullit, duró cinco horas y terminó por la fuga de los imperiales, que tuvieron 19 hombres muertos, 50 heridos y muchos prisioneros. La guerrilla sólo contó un sargento muerto, algunos partidarios heridos y un contuso. Los paisanos de los pueblos comarcanos que acudieron á los primeros tiros, contribuyeron al buen éxito de la acción, y recogieron gran número de fusiles, mochilas y otros varios efectos que los imperiales fueron arrojando en su huída.

D. Narciso Gay y sus *almogavares* contaban las acciones por triunfos, y de cada día se hacían más temibles á los bonapartistas.

* * *

El bizarro D. José Rambla era otro de los guerrilleros catalanes de más fama y renombre.

El día 28 de Agosto de 1810, con su segundo el valiente Fernando Franquet, sorprendió en el Vall de Cortiella á un destacamento francés, mató á un comisario de guerra que no quiso rendirse, y aprisionó á la mayoría de los soldados.

El 3 de Setiembre peleó entre Cherta y Pinell con el puñado de hombres que componían su guerrilla contra 150 soldados, á los que hizo en dos horas de combate 11 muertos, incluso el comandante-jefe, y 20 heridos.

Al siguiente día, ansiosos de vengar su anterior derrota, intentaron los franceses rodearle para cogerle, pero Rambla se situó en las llamadas eras de *Pauls* y alturas de San Roque, y sin que los enemigos se resolvieran á atacarle les causó ocho muertos.

Sabedor el 10 de que venía un convoy para los enemigos, se emboscó entre Batea y Gandesa con sus oficiales D. Fernando Franquet y D. Vicente García, y después de un combate cuerpo á cuerpo, en que sus guerrilleros pelearon como fieras, se hizo dueño del convoy, compuesto de 117 acémilas cargadas de trigo.

El 13 de Setiembre una columna francesa

© Biblioteca Nacional de España

que venía de realizar sus acostumbradas expediciones, ó por mejor decir, sus acostumbrados robos á los infelices pueblos, se propuso sorprenderle en Pauls, pero Rambla pasó con tiempo á Arnés, y con 150 guerrilleros tomó el punto del Escabezón. Los enemigos, creyendo fácil su derrota, se lanzaron á la carrera contra el punto escogido por Rambla; pero éste, dejándolos aproximar, los cargó con tal ímpetu á la bayoneta, que los franceses, no pudiendo resistir el empuje de los guerrilleros, se arrojaron por los barrancos, muriendo un gran número de ellos á bayonetazos, y á tiros los que se resolvieron á hacerlos frente. La pérdida de los imperiales fué de 100 hombres, y Rambla pudo reconquistar todo cuanto llevaban robado.

De Cataluña pasaba Rambla á Aragón, cuyo país conocía perfectamente y en el que contaba con muchos y leales amigos.

El día 24 del mismo Setiembre rechazó en las inmediaciones de Ireu á 170 infantes y 40 caballos que intentaban saquear esta villa, obligándoles á retirarse á Benavarre con cinco hombres muertos y 14 heridos, entre ellos el comandante.

El 8 de Octubre salió de Beceite (Aragón) con su partida á fin de interceptar un convoy con mucho ganado que conducía el enemigo por la carretera de Fabara á Batea, encontrándolo á las diez de la mañana de aquel día, y aunque los franceses pretendieron retirarse, los cercó con sus tenientes Fronquet y García, obligándolos á batirse. La lucha comenzó. En vano los franceses quisieron resistir el arrojo de los nuestros. Los conductores del convoy, españoles como eran, juzgando llegado el instante de vengar á su patria, contra la cual les hacían servir, echaron mano á las navajas, y parapetados detrás de los carros y de las mulas, ayudaron en gran parte al resultado de la acción, que no pudo ser más completo, pues los imperiales emprendieron la huída, dejando sobre el campo muchos cadáveres y en poder de don José Rambla todo el convoy, es decir, 50 cahices de trigo y 5.000 cabezas de ganado.

* * *

El barón de Eroles había nacido en el año de 1785, y era hijo de una noble familia del antiguo Principado catalán.

Contaba veintitres años al estallar la guerra de la Independencia, y entonces, ardiendo su pecho en justa ira contra los asaltadores de su patria, tomó las armas que había de esgrimir con inmenso gloria en contra de los audaces invasores.

Defensor de la inmortal Gerona, en cuyo sitio se hizo ya notar por las muestras que dió de valor al par que de inteligencia, cuando la ciudad cayó fué conducido prisionero á Francia con todos los defensores.

En el mes de Enero de 1810 se presentó el barón de Eroles en Vich, fugado, en unión del teniente coronel de Baza y de otros españoles, de las cárceles del Rosellón.

Si su llegada excitó gran satisfacción en nuestro campo, no fué menor la indignación que produjo su relato de las infamias que los franceses cometían con nuestros desgraciados compatriotas presos, teniéndolos sujetas las manos con argollas y tratándolos de la manera más inhumana.

Nombrado comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdán, bien pronto el barón de Eroles hizo sentir á los imperiales todo el peso de su venganza, batiéndolos en diversos encuentros, acuchillándolos sin piedad y llevando su audacia hasta acometer en la mañana del 21 de Octubre su campamento de Lladó, lugar situado á cuatro leguas de la plaza de Gerona y dos de la de Figueras, en las cuales dominaban los imperiales y contaban con poderosas guarniciones.

Y es que desde la sorpresa de O'Donnell en La Bisbal, el entusiasmo y el heroísmo de los guerrilleros había crecido, y el decantado valor de los imperiales había menguado hasta el punto de no atreverse á dar un paso sino con todas sus fuerzas en masa.

Sucesos de Asturias.—Sitio de Astorga.—Galicia.

Los ejércitos franceses que ocupaban el antiguo Principado de Asturias, contribuyeron en gran parte al buen éxito de la invasión de las Andalucías por el rey intruso.

© Biblioteca Nacional de España

Al salir Ballesteros con la flor de la juventud para Castilla, sólo quedaron en Asturias 4.000 soldados españoles en Colombres, al mando de Llano Ponte, y 2.000 en las inmediaciones de Oviedo.

Nada, en suma.

El 25 de Enero de 1810 penetró el general Bonnet, que mandaba en Santander, en Asturias con una división de 6.000 hombres, obligando á retroceder á Llano Ponte al Infiesto.

Según una carta de Colombres, que hemos recibido de un ilustrado suscritor, el general Bonnet llevaba, no 6.000 como dicen algunos historiadores, sino 10.000 hombres, y no pudo vadear el Deva en muchos días por la resistencia que le opusieron algunos cientos de paisanos, logrando al fin los franceses entrar en Colombres por la parte de Peñamillera, tres leguas más arriba de Unquera, pasando á degüello á todos los hijos de Colombres de diez y seis años para arriba, y



EL BARÓN DE EROLES

como la población sólo contaba entonces con 50 vecinos, en pocas horas quedaron viudas 30 mujeres, salvándose algunos hombres ocultos en las rocas del mar, que dista una media legua de Colombres. Con tal motivo excitóse aún más el patriotismo de los asturianos; las mujeres llevaban á los hombres, alzados en armas, víveres y municiones, y los niños marchaban á reponer las bajas sufridas por los guerrilleros.

En los pueblos de Unquera y Bustio se vinieron al suelo muchas casas por efecto de las descargas incesantes de la artillería francesa, situada por los imperiales hacia la parte de Santander, en las orillas del río Deva. Hoy se halla en Bustio el cañón con que los nuestros disparaban contra el enemigo, quienes, al verse derrotados, lo clavaron por indicaciones del comandante de marina de Llanes D. Manuel M. Colombres. Dicho señor cayó prisionero de los imperiaes y fué conducido á Francia, donde, merced á la

© Biblioteca Nacional de España

estratagema de fingirse conde de Banal, á cuyo título hacía le dirigiera las cartas su buen padre D. Ignacio Vicente Colombres, notario en dicho pueblo, sabedor de que los franceses observaban ciertos miramientos con los nobles, consiguió que los bonapartistas le trataran con alguna más consideración. Otro individuo de estos Noriegas, verdadera raza de héroes, el mayorazgo, cayó también prisionero, y en 1811 sus desconsolados padres le dedicaron honras fúnebres. ¡Júzguese de su sorpresa y su alegría cuando en uno de los canjes de prisioneros le vieron regresar al pueblo, si bien en el estado más lamentable, por efecto de la crueldad con que los franceses trataban á los prisioneros, el cual declaró que á retardarse unos días más el canje ya no le hubieran encontrado con vida, pues eran muy pocos los que prolongaban su existencia más de ocho meses, habiendo muchos que sucumbían á los tres y cuatro!

En todo el país se hizo célebre el siguiente cantar, dedicado al general Bonnet, que era tuerto:

«Cuando el general Bonnet
Andaba por las Asturias,
Como era tuerto de un ojo
No veía las alturas.»

Prosigamos nuestro relato, y gracias mil á nuestro distinguido amigo y suscritor.

Asustadas las autoridades de Oviedo por la retirada al Infiesto de Llano Ponte, corrieron con el general Arce á guarecerse tras de las orillas del Nalón.

Federico Castañón, con otros guerrilleros, marchó á situarse en la carretera de León, formando, quizás sin saberlo, una línea desde las cumbres del puerto de Pajares al Nalón, línea ante la cual se intimidó Bonnet, que el día 30 de Enero había entrado en Oviedo, y abandonando la ciudad se retiró á la Pola de Siero.

Los nuestros, audaces como buenos españoles, ocuparon inmediatamente á Oviedo; pero Bonnet, más seguro ya y más tranquilo, avanza sobre la ciudad, los arrolla y vuelve á posesionarse de ella (14 de Febrero), obligando á retirarse á todos los jefes españoles con sus escasas fuerzas al Narcea.

El insigne Jovellanos, que había regresado hacía poco de Sevilla, recibió con la mayor alegría la feliz noticia de que los asturianos habían arrojado de su suelo á los franceses, y ya se disponía á marchar de Noya para Gijón, su país natal, cuando recibió la infausta nueva de que los franceses eran otra vez dueños de Oviedo y Gijón, y entonces su amor patrio le inspiró el sublime canto de guerra que vamos á copiar:

HIMNO GUERRERO.

¡A las armas, valientes astures,
Empuñadlas con nuevo vigor,
Que otra vez el tirano de Europa
El solar de Pelayo insultó!
Ved que fieros sus viles esclavos
Se adelantan del Sella al Nalón,
Y otra vez sus pendones tremolan
Sobre Torres, Naranco y Gozón.
¡Corred, corred, briosos,
Corred á la victoria,
Y á nueva eterna gloria
Subid vuestro valor!
Cuando altiva al dominio del mundo
La señora del Tibre aspiró,
Y la España en dos siglos de lucha
Puso freno á su loca ambición,
Ante Asturias sus águilas sólo
Detuvieron el vuelo feroz,
Y el feliz Octaviano á su vista
Desmayado y enfermó tembló.
Corred, corred, briosos, etc.
Cuando suevos, alanos y godos
Inundaban el suelo español;
Cuando atónita España rendía
La cerviz á su yugo feroz;
Cuando audaz Leovigildo y triunfante
De Toledo corría á León,
Vuestros padres alzados en Arbas
Refrenaron su insano furor.
Corred, corred, briosos, etc.
Desde el Lete hasta el Piles Tarique
Con sus lunas triunfando llegó,
Y con robos, incendios y muertes
Las Españas llenó de terror;
Pero opuso Pelayo á su furia
El antiguo asturiano valor,
Y sus huestes el cielo indignado
Desplomando el Ausevo oprimió.
Corred, corred, briosos, etc.
En Asturias Pelayo alzó el trono
Que Ildefonso afirmó vencedor;
La victoria ensanchó sus confines,
La victoria su fama extendió.
Trece reyes su imperio rigieron,

© Biblioteca Nacional de España

Héroes mil realzaron su honor,
Y engendraron los héroes que altivos
Dieron gloria á Castilla y León.
Corred, corred, briosos, etc.
Y hoy que viene un villano enemigo
A robarnos libertad y honor,
¿En olvido pondréis tanta glorias?
¿Sufriréis tan indigno baldón?
Menos fuerte que el fuerte romano,
Más que el godo y el árabe atroz,
¿Sufriréis que esclavice la patria
Que el valor de Pelayo libró?
Corred, corred, briosos, etc.
No creáis invencibles ni bravos
En la lid á esos bárbaros, no;
Sólo en artes malignas son fuertes,
Sólo fuertes en dolo y traición.
Si en Bailén de sus águilas vieron
Humillado el mentido esplendor,
De Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.
Corred, corred, briosos, etc.
Alcañiz arrastró sus banderas,
El Alberche su sangre bebió,
Ante el Tormes cayeron batidos,
Y Aranjuez los llenó de pavor.
Fué la heróica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
Y las ondas y muros de Gades
Su sepulcro serán y baldón.
Corred, corred, briosos, etc.
¿Y vosotros de Lena y Miranda
No los vísteis huir con terror?
¿Y no vísteis que en Grado y Doriga
Su vil sangre los campos regó?
¿Pues quién hoy vuestra furia detiene?
¿Pues quién pudo apagar vuestro ardor?
¿Los que ayer eran flacos, cobardes,
Serán fuertes, serán bravos hoy?
Corred, corred, briosos, etc.
Cuando os pide el amor sacrificios,
Cuando os pide venganza el honor,
¿Cómo no arde la ira en los pechos?
¿Quién los brazos heróicos ató?
¡A las armas, valientes astures,
Empuñadlas con nuevo vigor,
Que otra vez con sus huestes el corso
El solar de Pelayo manchó!

¡Corred, corred, briosos,
Corred á la victoria
Y á nueva eterna gloria
Subid vuestro valor!

¡Así escribía un anciano de casi 70 años! ¿Cómo había de perecer la nación que tales hijos contaba?

El general Arce, á quien el marqués de la Romana había nombrado, al disolver la Junta del Principado, jefe del ejército de Asturias, al ver que la Romana abandonaba el país, y al escuchar los clamores de todo el Principado, elige para que le reemplace interinamente al general Bárcena y proclama de nuevo á la Junta disuelta, la cual, reunida en Luarca el 4 de Marzo, encarga del mando de las tropas de Asturias al general Cienfuegos, ayudado de un Consejo de guerra que dirija las operaciones.

Con un refuerzo de 2.000 hombres, llegados de Galicia, vuelven á entrar los nuestros en Oviedo luégo de derrotar á la vanguardia francesa en Peñaflor; pero reforzado á su vez Bonnet en Cangas de Onís, reconquista otra vez la ciudad, y para evitar la repetición de estos sucesos, consigue, después de sangrientos choques, alejar á los nuestros hasta las montañas de Samiedo y de Navia.

* * *

Aleccionados por el ataque anterior, se habían reparado los muros de la plaza de Astorga, fortificado el arrabal de Reitibia y organizado el paisanaje en cuadrillas para la defensa á que su gobernador Santocildes y la población en masa se aprestaron con el mayor ardimiento, sin reparar en lo débil de los muros, en los escasos medios con que contaban para resistir y en lo indefendible de la posición.

El general Loison, con 9.000 hombres y seis piezas, la atacó inútilmente á mediados de Febrero, y tuvo que acudir el mariscal Junot, de vuelta ya de Austria, con uno de los cuerpos que iban á la conquista de Portugal. El 21 de Marzo formalizaron el sitio los franceses (26.000 infantes, 8.000 caballos y mucha artillería), apoderándose, aunque á mucha costa, de los arrabales de Santo Domingo y San Andrés. Un mes después rompieron el fuego 19 piezas, á 40 toesas de distancia, arruinando el muro y poniendo fuego á la catedral y á otros edificios, intimando Junot segunda vez la rendición, que fué rechazada. Entonces ordenó el asalto por la brecha abierta y por el arrabal de Reitibia, y, tras un día de contínuo pelear, Astorga

©Biblioteca Nacional de España

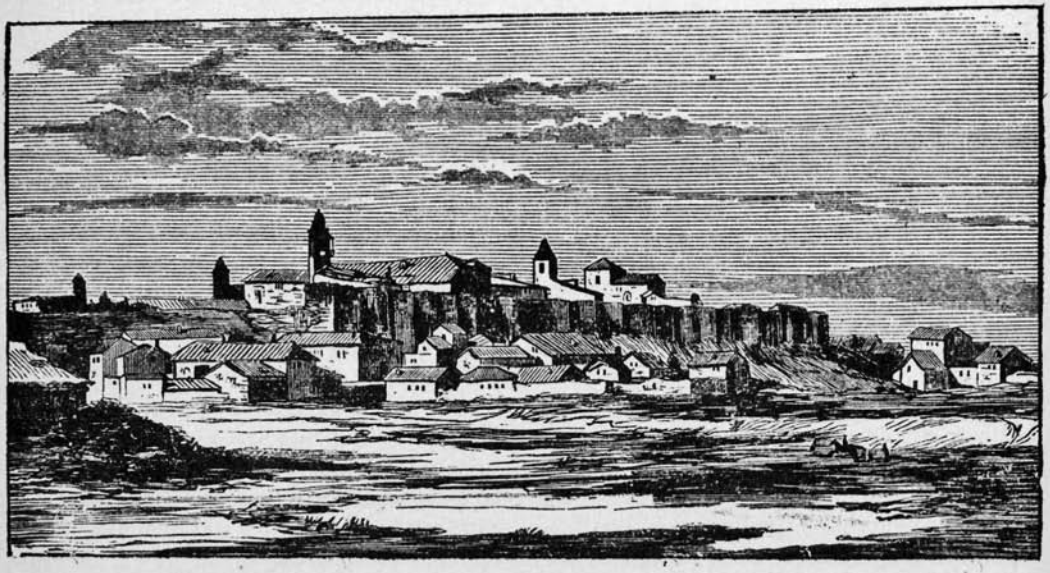
se mantuvo inexpugnable, y lo mismo aconteció al siguiente dia y aconteciera otros muchos, á contar la ciudad con víveres y municiones. Aún en estos instantes supremos hubo un valiente anciano, el licenciado Sr. Cotilla, que exclamó en la junta celebrada en el Ayuntamiento:

—Muramos como los numantinos.

Junot contemplaba asombrado tan heróica resistencia en un pueblo indefendible, y al ver que en 15 días de trinchera abierta no había logrado establecerse en la brecha y llevaba perdidos 3.000 hombres, accedió á una capitulación honrosa, á la que faltó indignamente, entrando en Astorga el día 23 de Abril, desterrando á Francia á los clérigos y seglares que más se habían distinguido en la defensa y tolerando el pillaje de sus legionarios.

El ejército de Galicia trató de socorrer á Astorga, pero le contuvo en Villafranca una división enviada por Junot, quien necesitaba poseer á Astorga para abrir camino directo á Portugal á sus tropas y conservar las comunicaciones con Francia.

Mayores proporciones habría conquistado la lucha en Asturias si la Regencia no hubiese nombrado para el mando de aquel ejér-



VISTA DE ASTORGA

cito al anciano general D. Ulises Albergotti, que, al verse acometido en Navia (5 de Julio), no paró en su huída hasta Meira, en Galicia.

En vista de lo ocurrido, y para dar cierta unidad á las disposiciones militares, fué nombrado para sucederle el general D. Nicolás Mahy, jefe de los ejércitos de Asturias y Galicia, quien se estableció en los puertos de Manzanal y Fuencebadón, limitándose á algunas excursiones hasta las orillas del Orbigo y el Esla, ocupando dos veces á León, pero de un modo pasajero.

Guerrilleros de Asturias.—D. Juan Díaz Porlier.—D. Rafael Salvador Escandón.—Acevedo.—Collar.—Mier.—Quirós.—D. Diego Fernández del Barrio.

Nubló la alegría de los invasores de Asturias el intrépido guerrillero D. Juan Díaz Porlier.

Este valeroso joven, á quien tan pronto veían los imperiales en Palencia como en la Rioja, como en León, como en Santander, como en Asturias, malogrando con sus rápidas y atrevidas marchas los planes del enemigo, apenas supo la irrupción de Asturias metióse en lo interior del Principado,

© Biblioteca Nacional de España

viniendo de las faldas meridionales de sus montañas, en las que se hallaba apostado.

Atacó por la espalda á los destacamentos sueltos de los imperiales, cogiendo bastantes prisioneros, y caminando la vuelta de la costa por Gijón y Avilés, y rozándose atrevidamente con el ejército francés, vino á situarse descansadamente en Pravia, á la izquierda de las tropas y dispersos que, como antes dijimos, habían venido á colocarse con el general Arce tras el Nalón.

El 19 de Marzo, en tanto que el grueso de nuestras tropas atacaba al general Bonnet, Porlier, que se había embarcado en la costa, cayó sobre la espalda del enemigo, obligando á Bonnet á evacuar Oviedo y retirarse á Cangas de Onís.

Agregado el cuerpo franco de Porlier á la división asturiana que mandaba D. Pedro de la Bárcena, en el ataque que dió D. Juan Moscoso á los imperiales el día 17 de Mayo, las tropas de uno y otro flaquearon, y sólo con grandes pérdidas volvieron á ocupar su primera línea. Tan sólo conservóse íntegro el cuerpo de Porlier, que se situó en el puente de Salime, á la derecha de Moscoso.

Digamos algo de las notables expediciones marítimas de Porlier.

Embarcóse la primera vez en Rivadeo, escoltado por cinco fragatas inglesas mandadas por el comodoro sir Roberto Mends, amagó varios puntos de la costa y desembarcó en Santoña, puerto que bien fortificado podía haber sido el Cádiz del Norte, milagro que Porlier habría realizado á contar con los medios necesarios. Desembarcó, como decimos, en Santoña y otros parajes, desmanteló las baterías francesas de la costa, cogió 200 prisioneros, alistó muchos jóvenes del país en sus banderas y regresó felizmente á la Coruña el 22 de Julio.

La segunda expedición de Porlier tuvo lugar en Agosto.

El día 3, á las siete de la tarde, desembarcó con sus tropas en la Ensenada de Cueva, á pesar de que los imperiales, que ya vivían alarmados, habían reforzado los puntos de Llanes y Rivadesella, y que del interior del país habían traído 1.500 hombres á Villamayor del Infiesto.

El día 7 llegó Porlier á la villa de Potes, y situó 200 caballos desde Liébana á Reinosa, y en las inmediaciones de Laredo y en el valle de Toranzo puso otros 300 caballos con 300 infantes. Estas tropas atacaron á la guarnición de Laredo, á la que hicieron más de 100 muertos y 26 prisioneros, y recogieron algunas balijas, en varias escaramuzas, de los correos de Bilbao, Laredo y Valle de Ruesga, esparciendo la confusión y la alarma en las tropas francesas hasta gran distancia.

Desde Balmaseda á Bilbao apostó Porlier 150 caballos y algunos infantes, á los que se reunieron las guerrillas de toda la comarca, y juntos todos acometieron á los dos mil hombres que había sacado de Bilbao el general Avril, quien tuvo que retirarse ante ellos, abandonando sus equipajes y caja militar y regresando á la villa con bastante pérdida de gente.

Después de estos favorables sucesos regresó Porlier á Asturias para obrar, de acuerdo con los brigadieres Bárcena y Castañón y el coronel-guerrillero D. Rafael Salvador Escandón, á fin de destruir los enemigos que infestaban el Principado.

El 17 de Octubre peleó D. Juan Díaz Porlier en los alrededores de Gijón, al mismo tiempo que fondeaba en su puerto la expedición venida de la Coruña al mando del heróico D. Mariano Renovales; mas no pudiendo desembarcar hasta el 18, dióse lugar con este retardo á que los enemigos evacuasen la villa. Porlier, sin embargo, en las diferentes acciones que sostuvo en los días 18, 19 y 20, causó á los imperiales muchos muertos y gran número de heridos y les cogió 56 prisioneros y muchos objetos de los que llevaban robados.

La Regencia había encargado á D. Mariano Renovales el mando de aquella expedición, recordando las altas prendas de inteligencia y bravura que adornaban al héroe del Roncal y Ansó. Llevaba 1.200 españoles y 800 ingleses, pero no pudo desembarcar en Gijón hasta el 18, día en que ya los franceses habían evacuado esta villa, teniendo que reembarcarse el 23 con rumbo á Santoña, pero vientos contrarios no le permitieron tomar tierra hasta el 28, y este espacio de tiempo lo aprovecharon los impe-

© Biblioteca Nacional de España

riales para enviar grandes fuerzas á Santoña y obligar á Renovales á desistir de su intento.

En Gijón hallaron los nuestros algunos obuses y un cañón de á ocho, y los buques de la expedición recogieron muchos velámenes y efectos del arsenal.

A la llegada de las tropas de Bonnet, que se reunieron á las de Gijón, se reembarcaron las de Renovales, y D. Juan Díaz Porlier se alejó de nuevo.

En Diciembre realizó otro importante hecho de armas, de que da noticia exacta el parte que con fecha 14 dirigió el mismo Porlier desde Muros al general Losada, que vamos á trascribir:

«Para verificar el ataque propuesto contra la línea enemiga que ocupó la ribera opuesta de la ría de Muros, 400 hombres del regimiento 1.º *de Cantabria* se embarcaron en San Esteban de Pravia y fueron á desembarcar en la Arena. En este pueblecito encontraron ya bastantes enemigos, de los que se retiraron algunos, y otros fueron desalojados de las alturas de la izquierda. Continuaron atacando, seguidos de la columna del mismo regimiento, los puestos que tenían hasta Soto, en que reunieron todas sus fuerzas, que eran de 300 hombres, los cuales fueron arrollados y arrojados del pueblo y de las alturas inmediatas y perseguidos hasta la iglesia de la Corrada, cogiéndoles un prisionero, la caja de guerra y algunos fusiles.

Después de varios encuentros fueron reforzados los enemigos con 500 hombres, y no pudiendo desembarcar todas mis fuerzas, dispuse la retirada, que se efectuó con el mayor orden. Al empezar á reembarcarse las guerrillas del Rivero y Zamora, algunos caballos franceses atacaron al regimiento Cántabro. Los marineros se alejaron con la mayor precipitación de las orillas de la ría, y abandonaron á los soldados, á pesar de las amenazas y de los ruegos. Cincuenta se quedaron en tierra, que tuvieron el desconsuelo de entregarse sin haber podido hacer un esfuerzo para salvarse; pero de ellos se salvaron diez á favor de una guerrilla que dejé á retaguardia del enemigo, á quien se le hizo un prisionero, quedando diez franceses tendidos sobre el campo desde la Arena á la Corrada.»

* * *

Recorrían el antiguo Principado de Asturias diversas guerrillas que traían en jaque á los imperiales.

Eran las más importantes las que mandaban Escandón, Acevedo, Collar, Mier y Quirós, que en diversos encuentros habían causado muchas pérdidas á los enemigos de España.

En los días 24, 25 y 26 de Mayo de 1810, las guerrillas reunidas de Collar, Mier y Quirós, batieron tan completamente á los franceses en el Infiesto, que les hicieron 900 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, obligando á los restantes á huir precipitadamente hacia Oviedo.

Estas mismas partidas atacaron á los franceses en Langreo y Laviana, ayudados por los valerosos paisanos, y en el día 28, después de un sangriento combate, obligaron á los franceses á refugiarse en Oviedo llenos de espanto, con pérdidas muy considerables.

* * *

D. Rafael Salvador Escandón era otro jefe de guerrillas que gozaba en Asturias de merecida fama.

En la mayoría de las acciones que dió Porlier, contó siempre con Escandón y con su guerrilla, pues era un hombre de verdadero mérito.

Mandó el regimiento llamado de *Cangas de Onís*, fuerte de 840 hombres, que se creó á los comienzos de la guerra de la Independencia, que se reformó en Mayo de 1810, y más tarde se refundió en el que tuvo por nombre 1.º *de Asturias*.

* * *

D. Diego Fernández del Barrio capitaneaba otra guerrilla por la parte oriental de Asturias.

El 6 de Agosto de 1810 se presentaron 110 franceses en el Valle á exigir las contribuciones que acostumbraban á sacar de los ya esquilmados pueblos.

© Biblioteca Nacional de España

Súpolo Barrio, y colocando su gente á tiro de pistola, y guarecida tras de los frondosos castaños, les hizo cinco muertos y varios heridos, obligándoles á huir.

El día 22 se puso sobre la carretera de Carabanzo, apoderándose de varios partes que los correos llevaban del comandante de la Pola al de Mieres.

Sabedor por uno de ellos que el comandante de Mieres debía pasar aquel día con 300 soldados, se emboscó en el camino, y al cruzar la columna por donde Barrio estaba con sus guerrilleros, les hizo una descarga que mató é hirió á muchos, desapareciendo luégo, sin que los franceses se atrevieran á perseguirle.

El 28 entró por sorpresa en la villa de Mieres, ocupada por los imperiales, y después de un rudo combate les obligó á encerrarse en el palacio y en la iglesia.

El 3 de Setiembre venían los franceses sobre Villandio; Barrio les salió al encuentro y los dispersó.

En los días 16, 17, 18 y 19, sostuvo diversas escaramuzas, matando á los franceses un oficial y varios soldados y quitándoles algunas fanegas de trigo.

El 22 atacó con sus 30 guerrilleros á 135 franceses que ocupaban las alturas de Poleo, matándoles tres é hiriendo 10.

Pero el hecho más admirable de Barrio es el que vamos á narrar:

En una de las últimas acciones le cogieron al guerrillero Melchor Fernández que, gravemente herido de un balazo en la cadera por su temerario arrojo, no podía moverse y se lo llevaban prisionero.

Pero Barrio no era hombre capaz de abandonar así á uno de sus guerrilleros, y excitó á los demás partidarios para que, arrojándose sobre los imperiales, fuese rescatado Melchor. Bien habrían querido sus compañeros hacer lo que el jefe les pedía, mas los franceses eran muchos, y era exponerse todos para salvar á uno, suponiendo que lo consiguieran, por lo que retrocedieron ante un acto tan temerario.

Entonces Barrio picó espuelas al caballo, y metiéndose por medio de los franceses, repartió sablazos á derecha é izquierda, introdujo la confusión en los enemigos, y con un esfuerzo sobrehumano cogió al desgraciado Melchor y le levantó del suelo, colocándole en la delantera del caballo, y saliendo ileso de la infinidad de tiros que los imperiales le dispararon, regresó á su campo, donde ya sus guerrilleros, formados en batalla y avergonzados por haber abandonado á su jefe, detuvieron á los franceses que venían persiguiéndole.

Melchor Fernández, que era un valiente, curó de su peligrosa herida, y al poco tiempo estaba bueno, y llamaba al denodado Barrio, con justísima razón, su segundo padre.

Este hecho conquistó á D. Diego grandes simpatías y aumentó extraordinariamente su guerrilla, pues todos se juzgaban seguros teniéndole por jefe.

Santander.—D. Juan López Campillo.

Campillo se trasladó de la Rioja á las montañas de Santander, su país, y reconocido como un jefe de tanto valor como inteligencia, bien pronto contó con una importante guerrilla á sus órdenes, con la que en breve plazo se hizo temer de los franceses.

El 8 de Marzo sorprendió á los 100 hombres de la guarnición de Laredo, y sin que le causaran baja alguna les hizo 15 muertos, 20 heridos y cuatro prisioneros.

El día 21, atacado en Ramales por 150 franceses, teniendo él 80 ginetes y 20 caballos, sostuvo un reñido choque, resultando uno de sus guerrilleros muerto contra ocho que tuvieron los franceses, 12 heridos y seis prisioneros.

En Puente de Couto fué atacado el 18 de Abril por 400 infantes, con los que se batió rudamente hasta lograr desordenarlos, con pérdida los franceses de 90 muertos y muchos heridos y prisioneros, y el 22 sorprendió en Bustollado, con 50 ginetes, á 300 caballos imperiales, obligándoles á embarcarse para Santander á las once de la noche.

El 11 de Mayo libró Campillo á la villa de San Roque de Rianera del pago de una contribución de 50.000 reales que la habían exigido los franceses, á los que causó 18 muertos, 30 heridos y ocho prisioneros, y lo propio hizo en Valle de Ruesga.

Acometido en Gibaja el 22 de Marzo por

© Biblioteca Nacional de España

500 franceses, reunió 350 infantes y 40 caballos y los forzó á retirarse, dejando sobre el campo de batalla 12 muertos, 40 heridos y cuatro prisioneros.

El 24 evitó que en Solorzano sacaran los imperiales la contribución que habían exigido, costándoles ocho muertos y 24 heridos.

Luégo de batirlos en Limpias, el día 20 de Julio sorprendió Campillo á 300 franceses en el monte Caudina, cogiéndoles el correo que custodiaban y los equipajes del comandante y causándoles una pérdida de 14 muertos, 34 heridos y cinco prisioneros, teniendo Campillo tres guerrilleros muertos y seis heridos.

En el mismo sitio volvió á quitar el correo á una fuerte columna que lo escoltaba (6 de Agosto), obligándola á retroceder á Laredo con las siguientes bajas: 28 muertos, 45 heridos y 14 prisioneros.

En el mismo monte, el 8 de Agosto, y el 23 en Castro Urdiales, derrotó á los enemigos.

El 29, 30 y 31 de Agosto atacó de nuevo á la guarnición de Laredo, obligándola á encerrarse en los fuertes y posesionándose de la villa. Cercó los fuertes, y ya tenía rendidos á los imperiales cuando fueron socorridos con mucha tropa de la que tenían en Santoña. En estos diversos encuentros tuvieron los franceses 58 muertos, 102 heridos y dos prisioneros, y Campillo cuatro muertos y 11 heridos, sin ningún prisionero.

En Hazas de Soba (3 de Setiembre) atacó con 300 hombres á 400 franceses, desalojándolos del pueblo y persiguiéndoles hasta hacerles 10 muertos, 21 heridos y seis prisioneros.

Fué ascendido á capitán en el mes de Octubre como recompensa bien justa á sus méritos.

Combatió nuevamente en Palacios de Hoznayo, en San Martín de Toranzo y Entrambasaguas en los días 8, 12 y 18 de Octubre, causando á los bonapartistas una pérdida de 28 muertos y 66 heridos, contando él con ocho guerrilleros muertos y tres heridos.

El 10 de Noviembre, en Cañedo de Soba, batió de nuevo á los imperiales, matándoles 14 é hiriéndoles 43.

Cuando la expedición de Porlier á Santoña, fué Campillo uno de sus auxiliares, por el conocimiento que tenía del terreno, por sus talentos militares, por su valor y por el cariño que le profesaban todos los pueblos, á los cuales protegía contra los franceses y procuraba economizar toda clase de sacrificios hasta para el sostenimiento de sus guerrilleros.

Guerrilleros de Aragón.—D. Valero Ripol.—D. Salvador Dolset.—D. Pedro Villacampa.—D. Antonio Hernández.—D. Nicolás Riverés (El Colacho).—D. Agustín Pardillos.—D. Bernardo Borrás.

D. Valero Ripol, el héroe de Calatayud, del que seguramente no se han olvidado nuestros ilustrados lectores, proseguía el camino de heróicas hazañas que había emprendido cada vez con mayor gloria, ora al frente de su guerrilla, ora á las órdenes del marqués de Lazán (D. Luis Rebolledo de Palafox).

A este distinguido general pertenece el certificado que á la vista tenemos, según el cual, hallándose al frente del ejército de Aragón, eligió á D. Valero Ripol para esparcir las proclamas y *Gacetas del Gobierno Nacional* en las poblaciones ocupadas por el enemigo y hasta en los mismos ejércitos franceses, comisiones que cumplió Ripol con la mayor exactitud, sin reparar en que con ellas arriesgaba la vida, consiguiendo la deserción de muchos soldados extranjeros de los que llevaba Napoleón en sus ejércitos y aun de franceses.

Hallándose en Zaragoza esparciendo las citadas proclamas, hubo de escapar á toda prisa porque las autoridades francesas llegaron á saberlo y se disponían á hacer con él un ejemplar castigo que contuviese la osadía de Ripol y de otros patriotas que no vacilaban en arriesgar su vida por la salvación de la patria.

El marqués de Lazán, después de afirmar todos estos hechos, declara que «Ripol ha sido siempre uno de los más decididos patriotas y uno de los oficiales más valientes del ejército.»

***

En el lugar de Alcarráz, primer punto de la región de Aragón, colindante con Catalu-

© Biblioteca Nacional de España

ña, se había levantado una guerrilla que tenía por jefe á Salvador Dolset, natural del citado Alcarráz y hombre muy estimado en toda la comarca donde era muy popular por su grande patriotismo y su extremado valor. Al frente de su partida, si corta por el número, grande por el valor de los que la componían, sorprendió en Bujaraloz, villa situada en una extensa y árida llanura, llamada de los *Monegros*, un convoy con 3.000 cabezas de ganado lanar que llevaban los franceses, y aunque los soldados que lo custodiaban eran cuatro veces en número mayor que sus guerrilleros, Dolset se había propuesto quitárselo, y se lo quitó, teniendo que batirse cuerpo á cuerpo con los bonapartistas, pero logrando al fin su intento.

Dolset, unas veces en Aragón y otras en Cataluña, en cuyo punto de unión había nacido, demostró en varios combates, en que hizo gran número de bajas á los imperiales, que en esta tierra de España es un adagio tan claro como la luz del sol que *no hay enemigo pequeño*.

* * *

D. Pedro Villacampa, que al igual se batía en los valles de Andorra que en las sierras de Albarracín, penetró en Teruel el 7 de Marzo de 1810, obligando al gobernador francés de esta ciudad, coronel Plique, á encerrarse con la guarnición en el Seminario conciliar, de antemano fortificado.

También logró apoderarse en la venta llamada de *Mala madera* de un convoy francés de víveres, procedente de Daroca, de los 200 hombres que lo custodiaban, de cuatro piezas de artillería y de muchas municiones de guerra que formaban parte del mismo.

* * *

D. Antonio Hernández, un hijo del famoso Campo de Cariñena, que disfrutaba de gran nombradía por su amor á la causa nacional y por su acreditado valor, que rayaba en temeridad, había sido nombrado segundo comandante general de las guerrillas de Aragón, lugar-teniente, en fin, de Villacampa.

En los primeros días del mes de Mayo de 1810, al frente de 400 guerrilleros de infantería y 26 de caballería, tuvo en Retascón, lugar situado en un barranco al pie del puerto de su nombre, un sangriento choque con los imperiales á los que mató 15 hombres é hirió 40, sin más pérdida en su partida que un herido.

Activo y osado como ninguno, tenía en perpetua alarma á los franceses.

El 31 de Marzo sostuvo en las cercanías de Cariñena una brillante acción, en que salió victorioso, y al siguiente día, 1.° de Abril, aguardó á los imperiales entre los dos cerros en que se asienta la ciudad de Daroca, y allí les procuró una de las más grandes derrotas que tuvieron en Aragón y de la que guardaron tristísima memoria.

El día 20 de Junio, en unión de la guerrilla de D. Nicolás Riverés *(El Colacho)*, embistió en las cercanías de Villasegura una columna francesa compuesta de 400 infantes y 40 caballos, y, sin darles tiempo para ponerse en defensa, hizo tal destrozo en la vanguardia de la misma, que el resto huyó precipitadamente acuchillada por los guerrilleros de Hernández.

* * *

D. Nicolás Riverés *(El Colacho)* era un íntimo amigo y paisano de D. Antonio Hernández, y aunque mandaban dos guerrillas que parecían distintas, en realidad no eran más que una, pues casi siempre peleaban juntas, sobre todo cuando la batalla á que se disponían era contra fuerzas muy superiores.

Riverés peleó con Hernández en Cariñena y Daroca, en Retascón y Villasegura, demostrando sus partidarios que eran dignos de luchar al lado de los arrojados guerrilleros de Hernández.

* * *

D. Agustín Pardillos comandaba otra guerrilla que operaba por las cercanías de Híjar, una de las villas principales de la provincia de Teruel, situada entre dos colinas, excepto por la parte del Norte que el terreno

© Biblioteca Nacional de España

aparece llano y despejado á la orilla derecha y junto al río Martín.

Pardillos tenía establecido su cuartel general en el desfiladero de la *Peña del Ahogado*, que es un portillo natural entre dos fuertes escarpados de piedra que abren paso á la fértil huerta del Alcañiz.

Hallándose Pardillos en Híjar á recoger los mozos de la villa (Junio de 1810), tuvo noticia de que se aproximaba un destacamento francés, al que dejó acercarse imponiendo á todos los habitantes el mayor silencio. Llegaron los franceses creyendo tranquila y desamparada la villa, y penetraron en Híjar, pero antes de llegar á la plaza del Castillo sufrieron una terrible descarga de los guerrilleros de Pardillos, los cuales, ayudados de los habitantes, mataron 12 y aprisionaron á los restantes.

* * *

Procedente de Teruel penetró en la provincia de Tarragona la renombrada guerrilla de D. Bernardo Borrás, deseosa de sorprender, como al fin lo verificó en las cercanías de Gandesa, un rico convoy compuesto de varios carros y 400 acémilas, que custodiaban 100 franceses y que iba destinado á los sitiadores de Tortosa. El combate que se trabó entre los guerrilleros de Borrás y los imperiales fué tan tremendo, que en pocos instantes yacían en el suelo 34 franceses y el resto de la fuerza se entregaba prisionera.

El 28 atacó un destacamento junto al pueblo de Armas del Rey, causándole 10 muertos y varios heridos.

Sabedor de que una columna de 350 enemigos intentaba apoderarse de las provisiones acopiadas por los nuestros en Beceite, se presentó en el pueblo, y á su sólo nombre huyeron los *valerosos* imperiales (29 de Setiembre).

Provincias Vascongadas.—D. Francisco Longa.—D. Ramón Abecía.—Jáuregui (El Pastor).—D. Bernardo de Echaluce.—D. Tomás Zumalacárregui.—D. Juan de Aróstegui.

Es la Puebla de Arganzón una villa de 700 habitantes, situada sobre un terreno llano, que cuenta con antiguas murallas, con una iglesia parroquial, dos ermitas y algunos molinos harineros. En esta población se cruza el camino de Espejo á Santa Cruz de Campezu, por Treviño, y se entra en el desfiladero llamado de las *Conchas*, paso dificilísimo formado por los montes Sopeña y Concha, y en el que penetra también el río Zadorra.

Natural de la Puebla de Arganzón, en la que poseía una buena herrería, era don Francisco Longa, á quien la fortuna tenía destinado para realizar grandes empresas.

La guerra de la Independencia, tocando la fibra más delicada de Longa, que era el patriotismo, le sacó de su villa natal, porque en su desmedido amor por la patria no concebía que un español pudiese permanecer impasible ante la traidora invasión napoleónica.

Longa, por razón de su oficio, era muy conocido y estimado en todo el país, y uno de los españoles que más al tanto estaban de cuanto ocurría en la Península.

Situada su herrería en un punto de tanto tránsito como la Puebla de Arganzón, era muy visitada por los carreteros de Burgos, por los arrieros alaveses y por los pañeros riojanos. En ella se recibían y comentaban todas las noticias buenas y malas que cada cual traía, y en ella, Longa, con sus patrióticos discursos y sus belicosos proyectos, acogidos con grandes aplausos, comenzaba á sembrar la semilla que en breve había de fructificar; y en efecto, bien pronto se le vió al frente de una guerrilla tan numerosa como valiente.

Poseía Longa las cualidades distintivas de los hijos de la antigua Vasconia; era alto, robusto, bien formado, sobrio, económico, laborioso y sencillo; teníase, y con razón, por un gran tirador de barra, y se distinguía de sus convecinos por cierto aire marcial engendrador de una fiera independencia.

¿Acaso en el herrero vivía el militar esperando tan sólo que la trompa bélica le despertase?

Lo ignoramos; pero es lo cierto que, á los pocos meses de hallarse en el campo al frente de su guerrilla, Longa había desenvuelto

© Biblioteca Nacional de España

un ingenio nada común, y había dado muestras de grandes talentos militares.

En breve contó el modesto herrero de la Puebla de Arganzón con una fuerza de 100 hombres, con los cuales, durante los primeros meses del año 1810, batió en diversos encuentros á los franceses, logrando que su nombre fuese repetido con gozo por los patriotas y con terror por los franceses, así en Castilla como en las Provincias Vascongadas.

En el mes de Abril persiguió un destacamento francés hasta las mismas puertas de la ciudad de Vitoria, ocupada con numerosas fuerzas por los imperiales.

El 9 de Junio se apoderó de un correo que venía de Francia á Madrid, pasando á cuchillo á los 32 dragones que lo custodiaban, teniendo solamente tres heridos, y él que lo fué, aunque levemente, y á los dos días derrotó otra numerosa partida que acompañaba á un oficial de la guardia imperial, conductor de pliegos muy importantes, de los cuales se apoderó.

En el mes de Agosto se unió la guerrilla de Abecía á la de Longa, teniendo juntos varias acciones, favorables todas, entre ellas dos á las puertas mismas de Vitoria, mereciendo ser citadas la del día 14, en los altos de la cuesta de Descarga; la del 30, en las inmediaciones de Pancorbo, y muy especialmente la del Valle de Ajos, sostenida contra dos regimientos de lanceros el día 10 de Octubre.

El 24 del mismo mes ganaron Longa y Abecía la célebre acción de Orduña. A fin de interceptar un gran convoy enemigo que iba de Bilbao á Burgos, situó Longa en la *Venta del Hambre*, que está en la eminencia de la famosa Peña de Orduña, los 80 ginetes de Abecía, emboscándose él con sus 100 infantes al abrigo del terreno. Luégo que se presentaron junto á la citada venta los 540 franceses que venían escoltando 42 carros y una berlina, los atacaron sable en mano los ginetes de Abecía, llevándolos en retirada hasta el punto en que los aguardaban las afiladas puntas de las bayonetas de los guerrilleros de Longa.

Imposibilitados los franceses de moverse porque se lo impedían los carros del convoy que ocupaba el estrecho camino, acuchillados arriba y recibidos á tiros abajo, emprendieron una interminable fuga, acompañados de las descargas de los infantes y de las piedras que los ginetes lanzaban sobre ellos con formidable empuje. Todo el convoy, compuesto de 10.000 pares de zapatos, 4.000 vestuarios completos, muchos sables, mochilas y municiones, quedó en poder de nuestros héroes, así como una rica silla de montar con adornos de plata, que iba para el general Bonnet, y una suma de cerca de tres millones de reales. Con parte de los efectos cogidos se equipó perfectamente á las dos guerrillas. Tal fué el renombre de esta acción, que de todas partes, así de Alava como de Castilla y la Rioja, se presentaron voluntarios á servir á las órdenes de Longa y Abecía.



LA PEÑA DE ORDUÑA

Irritados los franceses por el resultado de este combate, y deseosos de recuperar la honra perdida, dedicaron varias columnas á perseguir las guerrillas de estos héroes; pero semejante persecución sólo sirvió para avivar su ingenio y aumentar sus deseos de combatir, y en las mismas alturas, el día 23 de Diciembre, impidieron la subida de 800 infantes y 70 caballos, obligándoles á retroceder á la ciudad de Orduña.

Sabedores ambos de que se habían reunido en Vitoria tres correos franceses, que de París se dirigían á Madrid y habían de salir escoltados por una numerosa partida de caballería, se dispusieron á interceptarlos; para ello detuvieron cerca de la venta llamada de *Cayetano*, á dos leguas de la ciudad

© Biblioteca Nacional de España

y pasado el estrecho que forma una revuelta, una porción de carros que de Rioja conducían vinos á Vitoria, llevándose á los conductores al monte, donde ellos tenían emboscados sus guerrilleros, y poniendo por el lado de Castilla una avanzada para no dejar pasar á ninguno que se encaminase á la ciudad, atravesaron los carros de suerte que cerrasen el camino.

Tres horas largas estuvieron esperando Longa y Abecía, y al fin vieron aparecer los tres correos, escoltados por un destacamento de dragones; los dejaron pasar, y cuando se disponían á penetrar en el estrecho en que habían cerrado el camino, los acometieron de improviso, degollando á todos los dragones y á dos de los correos, pues el tercero se arrojó con el caballo por un derrumbadero, quedando en su poder dos balijas, los caballos y armas, sin que su guerrilla sufriese pérdida ninguna.

Estas y otras acciones, entre ellas la célebre en que Longa derrotó al general Lamarque (1), hicieron tan temido su nombre en Alava, Burgos, Logroño y Santander, que los imperiales le consideraban como á uno de sus más terribles enemigos, y á la verdad que el caudillo alavés procuraba de cada día aumentar el terror, casi supersticioso, que inspiraba á las legiones bonapartistas.

* * *

Abecía continuaba en Vizcaya la persecución de los franceses sin darse punto de reposo, haciendo frecuentes excursiones á Alava, Rioja y Castilla.

En el mes de Enero de 1810 batió la guarnición francesa de Orduña que pasaba á Vitoria escoltando equipajes y municiones, haciendo prisioneros los 18 hombres de la retaguardia y cuanto llevaban.

El 18 de Febrero y el 26 de Marzo atacó en el valle de Orozco, unido á la guerrilla de Longa, á los imperiales, cogiéndoles seis carros y varias acémilas pertenecientes á un convoy que iba á Bilbao y aprisionando á los conductores.

El 6 de Abril, con Longa también, acometió á una columna que había entrado en Armiñón para cobrar contribuciones, matando 13 hombres é hiriendo otros muchos.

Ascendido á teniente el 1.º de Mayo, se batió el día 7 contra otra columna en el largo puente de nueve arcos y de piedra, sobre el río Ebro, inmediato á la ciudad de Frías. En este combate, que resultó una verdadera batalla, fueron tan hábiles las disposiciones de Abecía, que ya mostraba el genio militar que más tarde había de engrandecerle, que resultaron 73 franceses muertos y un número incalculable de heridos.

El día 12 sostuvo otra refriega en Armiñón.

En el monte de Nanclares batió Abecía el 6 de Junio la escolta de un correo de Napoleón, y el día 7 de Julio otra entre Pancorbo y Briviesca.

El 3 de Agosto era nombrado capitán, y el día 10 atacaba otro correo entre Vitoria y Salinas, en unión de Longa. Después de esta acción Abecía reunió su guerrilla, compuesta de 85 caballos, á la que mandaba don Francisco Longa, quedando como segundo suyo y comandante de caballería, de cuya fuerza resultó luégo el regimiento llamado *Húsares de Iberia*.

Unidos ambos, la historia del uno es durante algún tiempo la del otro, y bien puede decirse que en la de Longa se halla la de Abecía.

Citaremos, sin embargo, alguna de las acciones realizadas sólo por él.

Con 50 caballos sorprendió el 22 de Octubre la guarnición de la villa de Salinas de Añana, se apoderó de 35.000 francos, 5.000 cartuchos y otros muchos efectos, y ocupó las villas de Espejo y Bergüenda, cuyas guarniciones huyeron, demoliendo sus atrincheramientos.

El 24 se halló con Longa en el heróico combate de Orduña.

Perseguidos Longa y Abecía por los imperiales con verdadera saña, pasaron los meses de Noviembre y Diciembre en completo movimiento, único modo de escapar á la multitud de columnas que los franceses habían puesto en su persecución, deseosos de librarse de dos enemigos tan formidables. Sin embargo, ya sabe el lector que este no

(1) Ramírez Arcas.—*Vindicación de España.*

© Biblioteca Nacional de España

fué obstáculo para que siguieran combatiendo y derrotando á los franceses.

* * *

Es Villarreal una villa de la provincia de Guipúzcoa, que cuenta con 900 habitantes, con el antiguo castillo llamado de *Ipenarrieta*, de notable arquitectura, situado en la vertiente del monte Irimeo, que domina la población, la cual se halla separada de su hermana la villa de Zumárraga por el río *Urola*, comunicándose ambas con el auxilio de un buen puente.

En Villarreal nació el 19 de Setiembre del año 1791 Gaspar de Jáuregui, que bien pronto había de ostentar el entonces codiciado *Don*, y las más altas jerarquías militares.

Contaba Jáuregui, apodado *Archava* en el país, y luégo fuera el *Pastor*, diez y nueve años cuando los imperiales invadieron á España.

Obligado á ganar el diario sustento unas veces manejando el cayado del *pastor* y otras el látigo del postillón (1), Jáuregui, indignado por las infamias que los franceses cometían, ansiaba hallar la ocasión de tomar de ellos, y á nombre de España, una justa venganza. Pero ¿cómo, si nada era, ni nada valía?

¡Acaso en su frente juvenil bullían ideas de grandeza!

¡Quizás su corazón se agitaba impulsado por emociones profundas!

¡Quién sabe si en sus largas noches, pasadas en el campo, la imagen de Belona, la diosa de la guerra, hermana y mujer de Marte, encargada de preparar á éste su carro de guerra cuando marchaba á la pelea, se había presentado al joven pastor con la antorcha encendida en la mano, los cabellos tendidos y la fisonomía terrible, según se la pinta, excitando á Jáuregui para correr al combate!

¡Posible es que en el silencio de la noche los ayes de su angustiada patria, traídos por el viento de la desgraciada Zaragoza, de la heróica Gerona, de la subyugada Andalucía, le despertasen en lo mejor de su sueño, y presentando ante sus ojos á su madre España sujetas las manos y los pies con fuertes hierros y amenazada de muerte por los invasores, su valeroso corazón le impulsara á vengarla!

Lo cierto es que Jáuregui, unido á seis compañeros suyos, levantó una partida. Las armas de estos futuros héroes, con las cuales se prometían vencer á los aguerridos soldados de Bonaparte, consistían en dos viejas escopetas, dos chuzos, una pistola, un cuchillo y un cayado de pastor. ¡Sublime heroísmo!

Jáuregui, á la cabeza de sus seis amigos, comenzó por detener los correos que con tanta frecuencia pasaban por Guipúzcoa viniendo de Francia á Madrid, matando á los soldados que venían escoltándolos.

Con las armas de los primeros soldados muertos armó á sus hombres, y desde aquel instante sus triunfos fueron en aumento.

Atraído por la fama de D. Francisco Espoz y Mina, el joven guipuzcoano se le presentó un día en Navarra y le regaló un sable cogido á un capitán francés, muerto por su mano tras de sangrienta lucha.

Mina quiso saber su historia, que Jáuregui le refirió con esa sencillez natural de los hijos de Guipúzcoa y con ese acento de profunda verdad que no puede engañar.

Encantado Mina de la firme resolución con que Jáuregui se había lanzado al campo con sólo seis hombres y sin armas, mandó formar su partida, y luégo de presentar al joven pastor á sus guerrilleros, haciendo el más cumplido elogio de su patriotismo y su valor, dispuso que salieran de filas todos los guipuzcoanos que había entre su gente, y los puso á las órdenes de Jáuregui diciendo estas solas palabras que en su boca tenían grande autoridad:

—Guipuzcoanos, vais á seguir á este joven. A su lado pelearéis con la misma bravura y la misma lealtad que habéis peleado al mío. Jáuregui vale tanto como Mina.

Y volviéndose á Jáuregui le dijo:

—¡Tratadlos como á hijos. Llamadme en vuestro auxilio si un día os encontráis en apuro. Es preciso acabar con esta mala raza de franceses. Es necesario que España reco-

(1) *Soraluce*.—Historia de Guipúzcoa.

© Biblioteca Nacional de España

bre su perdida independencia y sea grande y poderosa, y para ello necesita del auxilio de todos sus hijos. Ahora, separémonos. Usted para volver á Guipúzcoa, yo para continuar en Navarra, y los dos para combatir por la patria!

—¡Viva Mina!—gritó Jáuregui.

—No... ¡Viva España!

—¡Viva!

Jáuregui partió con los guipuzcoanos hacia su país, y Mina prosiguió su camino.

Desde aquel día una amistad inquebrantable, que no pudieron entibiar los años, unió á los que luégo, generales ya, pelearon juntos por la libertad de España como antes habían combatido por su independencia, á Mina y Jáuregui.

Con los 100 hombres que llegó á reunir prosiguió Jáuregui su carrera de triunfos, y Guipúzcoa pudo bien pronto enorgullecerse de contar con un hijo que, en cada acción de las que sostenía con los imperiales, conquistaba una nueva corona que ceñir á la frente de su querida provincia.

Muchos fueron los jóvenes del país que acudieron á pelear bajo sus banderas, algunos de nobles familias como D. Bernardo de Echaluce, hijo de una de las principales de la villa de Ezquioga, y que llegó también á general; D. Tomás de Zumalacárregui, que fugado de Zaragoza se presentó á Jáuregui, quien le nombró su secretario de campaña y más tarde le envió á Cádiz para que las Cortes confirmasen los grados de los jefes y oficiales que había conferido la Diputación á guerra de Guipúzcoa, y otros varios jóvenes distinguidos.

Jáuregui, ora solo, ora unido á Mina ó á Longa, se mostró digno de la justa nombradía de que gozaba por su inteligencia, su patriotismo y su valor.

*
* *

D. Juan de Aróstegui, jefe de una de las primeras familias de Vizcaya, se lanzó al campo cansado de las vejaciones y de las infamias que los imperiales cometían en todas partes.

Acaudillaba Aróstegui una considerable partida, conocida con el nombre de *Bocamorteros,* nombre que se les daba por el arma que usaban, y que era el trabuco de boca de campana, llamado vulgarmente *Bocamarta*, arma terrible que era el espanto de los imperiales.

La fama que conquistó en poco tiempo fué extraordinaria.

Longa en Alava, Jáuregui en Guipúzcoa y Aróstegui en Vizcaya, constituían una trinidad que hacía honor á las Provincias Vascongadas, á esas provincias que siempre se han distinguido por su amor á la independencia y por su odio á los extranjeros.

Cádiz.—Sus obras de defensa.—Llamamiento de la Regencia.

Vamos á describir la hermosa ciudad de Cádiz y sus cercanías siguiendo las opiniones de los más ilustrados autores.

El origen de la ciudad de Cádiz data de muchos siglos antes de Jesucristo, y es quizá la población más antigua de España. Algunos autores, y entre ellos Diodoro Sículo, creen que fué fundada por los fenicios, quienes, en las frecuentes navegaciones que emprendieron con objeto de ensanchar su comercio, creando numerosas colonias en Africa y España, avanzaron un día más allá de las columnas de Hércules (que era el término occidental del mundo antiguo), hacia el mar Océano, y su primer cuidado fué construir una ciudad que llamaron *Gádes*, en la cual la poderosa y opulenta capital de Fenicia estableció el emporio de su colosal comercio en el Oeste de Europa. Pomponio Mela, de acuerdo con Estrabón, cuyas opiniones acerca de la materia pasan por las más verosímiles y razonables, dice haber sido esta ciudad situada en el extremo occidental de la isla de San Isidro con el nombre de *Gadir*, voz fenicia cuyo sentido no sólo se halla conforme con la situación topográfica que aquélla le asigna, sino que se adapta perfectamente á la interpretación que le dió Plinio. A fines del siglo VI, antes de nuestra era, perdió su independencia, viniendo á caer en poder de los cartagineses. Por los años 238, antes de la era cristiana, vió Cádiz desembarcar en su puerto los mejores ejércitos de la república africana al

© Biblioteca Nacional de España

mando de Amílcar Barca. En el año 203 fué ocupada por los romanos. Ganada por los árabes en el año 772 de nuestra era, colocó en su puerto Abd-el-Rahman una de sus escuadras para prevenir los ataques del califa de Oriente. Por último, en 1262 se hizo dueño de Cádiz el ejército cristiano mandado por el rey D. Alonso el Sabio.

Describamos su forma.

Semeja la isla gaditana un hacha de leñador armada de su mango y con el hierro hacia el continente. Su longitud es de tres leguas, y su mayor latitud de una y cuarto; el mango ó lengüeta tiene sobre un tiro de honda por lo ancho en toda su extensión, que es de seis millas. La isla de León ó San Fernando está en el principio de esta lengüeta y Cádiz en su conclusión. Entre la isla, por su extensión mayor, y el continente, queda un brazo de mar angosto y profundo que lleva el nombre de río de *Sancti-Pietri*. La orilla de tierra firme sigue cierto trecho, y se encorva luégo aproximándose á Cádiz para formar el seno que llaman de la Caleta. Una calzada real, que tiene su origen en Madrid, da vuelta á este seno, y entrando en la isla por el puente de *Suazo*, así llamado en memoria del doctor Juan Sánchez de Suazo que lo rehabilitó en el siglo XV, sobre el río *Sancti-Pietri*, va á unir á San Fernando con el antiguo emporio del comercio español, con la hermosa Cádiz, el orgullo de la Península.

Situada Cádiz en la punta de una lengua de tierra que forma el Norte de la isla de León y cierra su bahía, que es de diez leguas de circunferencia, con excelente fondeadero, y edificada sobre las mismas peñas en que rompe el mar desde tres á 17 varas sobre su nivel, resulta esta ciudad una verdadera tacita de plata, como vulgarmente se la llama, por su ancho y cómodo puerto, por la temperatura suave de que disfruta, por sus calles limpísimas, por sus bellas casas de poéticos miradores y alegres azoteas, por sus valerosos hijos y por sus hechiceras mujeres.

Fundado el puerto de Cádiz á la entrada del Océano Atlántico, cuya situación facilita sus comunicaciones con todas las naciones y países orientales, particularmente la América, no es de extrañar que en los pasados tiempos llegara á ser uno de los más importantes y solicitados de Europa; que todas las casas extranjeras tuviesen en él instaladas sus factorías y almacenes; que el movimiento marítimo fuese tan extraordinario que pasasen de 600 las embarcaciones que contínuamente visitaban su hermosa bahía, y que su comercio con todos los países, pero muy especialmente con nuestras posesiones de America, llegase á ser tan activo y tan considerables la importación y exportación de todo género de productos que en el año de 1792 expendiese Cádiz por valor de 270 millones de reales sólo en mercancías nacionales, siendo cuantiosas también las utilidades que proporcionaban el oro y la plata que, ya en moneda, ya en barras ó lingotes, venían frecuentemente del Nuevo Mundo.

Se atribuye á la facultad de Medicina de Cádiz la gloria de haber sido la escuela más antigua de cirujía de España y la cuna de los demás colegios de la Península, debiendo su fundación al ilustre cirujano D. Pedro Virgili, en virtud de Real cédula de erección otorgada por Fernando VI el 11 de Noviembre del año de 1748 en premio de los servicios que aquél prestara en las campañas de Orán y Gibraltar.

En Cádiz se estableció en 1751 uno de los tres departamentos de marina que se crearon; y cuando se encendió la guerra entre España, Francia é Inglaterra, el comercio de Cádiz entregó en la Real Tesorería, como donativo voluntario, *un millón de pesos fuertes* en moneda de plata.

Cádiz resulta un pueblo, sino agrícola, muy artista, muy industrial y muy mercantil, y sus hijos poseen un grado de cultura extraordinario.

En los alrededores de Cádiz, que se hallan cubiertos de ventorrillos y huertas preciosas, nacen y se desarrollan espontáneamente más de doscientas especies de vegetales, pero es su término tan reducido, que las producciones agrícolas escasean y tiene que recurrir á los demás pueblos de la provincia para abastecerse de aquellos artículos de primera necesidad, excepto el pescado que es tan abundante como sabroso.

© Biblioteca Nacional de España

Cádiz es desde muy antiguo la ciudad querida de los españoles.

Para los poetas es Cádiz una sirena; para los marinos un faro; para los comerciantes un bazar; para los militares un fuerte inexpugnable; para los patriotas el arca santa de la libertad.

***

Conozcamos sus defensas.

Del combate de las olas y del poder de los hombres la preserva un fuerte muro, bancos de arena y temibles escollos, y defiende la entrada de su bahía el castillo de *Santa Catalina*, situado hacia el Norte, y el de *San Sebastián* al Sudoeste, fundado en una punta que avanza en el mar un cuarto de legua sobre un peñascal.

Por tierra sólo se comunica Cádiz con la isla de León, el campo de San Roque y Algeciras.

Si los franceses llegaron sin tropiezo á la vista de la isla gaditana, no pudieron hostilizarla sin antes apoderarse de varias obras exteriores que la protegían, entre ellas la *Cortadura* verificada en la lengüeta ó istmo citado, á cosa de media legua, guarnecida por una batería corrida.

La ciudad de San Fernando (Isla de León) tiene su mejor defensa en los famosos caños de agua del mar y en las salinas que la circundan, pues, inundadas que sean, queda resguardada por un foso de más de una legua de ancho por dos de largo.

En la grande esplanada de allí al puente de *Suazo* se habían levantado en 1810 tres líneas artilladas, y fortificado aquel con reductos, cortinas, cortaduras y baterías avanzadas que podían montar hasta 90 cañones.

El seno de la *Caleta* lo defendían por la parte de la isla las baterías de la punta de la Vaca, Primera y Segunda Aguada, cerro del Moro y el castillo de San Lorenzo del Puntal, y por la orilla opuesta los castillos de Fort, Luis y Matagorda, y para impedir el acceso á la entrada había entre Rota y el Puerto de Santa María otro castillo de Santa Catalina, y las baterías de Ciudad Vieja, Arenillas, Bermeja, Puntilla y Gallina.

A fin de impedir la entrada en el río de *Sancti-Pietri*, había sobre un islote, donde se cree estuvo en remotos tiempos el templo de Hércules, un castillo que cerraba, con la ayuda de la batería de Urrutia, situada enfrente, todo acceso por mar y por tierra.

Para guarnecer la plaza y sus defensas eran precisas fuerzas con que no contábamos.

La división de Alburquerque, aumentada de cada día con los oficiales y soldados dispersos que de todas partes acudían á Cádiz, llegó á contar á últimos de Marzo de 14 á 15.000 hombres.

Todas estas obras se habían construído precipitadamente, pues según los mejores historiadores, tan descuidada estaba la defensa de Cádiz, que el día 31 de Enero, cuando el general Castaños pasó á visitar las fortificaciones de la Isla de León, hallóse que en el puente de *Suazo* sólo había un inválido para defenderle (!), y extrañándose Castaños, le dijo el veterano, cuadrándose:

—No tenga cuidado V. E. que no dejaré pasar á nadie sin pasaporte (1).

En la defensa llamada de la *Cortadura*, de que hemos hablado, trabajaron á porfía todos los habitantes de Cádiz, ricos y pobres, grandes y pequeños, naturales y forasteros, el duque de Híjar, con su gran cruz de Carlos III al pecho, el ilustre Alcalá Galiano, los frailes, los menestrales, todos contentos y alegres porque trabajaban en la salvación de la patria (2).

Prosigamos enumerando los defensores de la isla gaditana.

Los ingleses, enviados por Wellington á las órdenes del general Graham, subieron á 5.000 soldados.

Creóse además una milicia ciudadana de Cádiz y San Fernando, cuyos batallones, de vistoso aspecto y brillantes uniformes, llegaron á contar 8.000 hombres y prestaron importantes servicios.

Dos escuadras, una inglesa á las órdenes de Purvis, y otra española capitaneada por Alava, y una división sutil al mando del ínclito D. Cayetano Valdés, formaban la defensa por el mar.

---

(1) Historia de Cádiz.

(2) Alcalá Galiano.—*Recuerdos de un anciano.*

© Biblioteca Nacional de España

A la aproximación de los franceses se desmantelaron y destruyeron todos los fuertes que había desde Rota hasta Puerto Real.

El 6 de Febrero intimó el mariscal francés Víctor, al frente de sus 40.000 hombres, la rendición á Cádiz. Convocóse la Junta, y cuando el presidente gobernador D. Franco Javier de Venegas exponía la necesidad de contestar con extensos raciocinios la arrogancia de los invasores, otro de los individuos, el Sr. García de Salazar, que iba á liar un cigarro de papel, le dijo:

—Para responder bastan cuatro palabras dignas y enérgicas que en este mismo papel me atrevo á escribir.

Y en efecto, en el mismo papel del cigarro escribió la siguiente respuesta, que toda la Junta hizo suya:

«Junta de gobierno de Cádiz.—La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que el Sr. D. Fernando VII.—Cádiz 6 de Febrero de 1810.—El Presidente, *Francisco Javier de Venegas.*»

En vista de semejante respuesta, Víctor, teniendo en cuenta lo fuerte de sus defensas, determinó ocupar los puntos más importantes, comenzando por el castillo de Matagorda, que, batido con bala roja y habiéndosele incendiado el almacén de pólvora, hubo de ser abandonado por los nuestros (22 de Abril), no sin volar antes todas sus obras.

Blake llegó en el mismo día para hacerse cargo del mando del ejército de la isla gaditana, en reemplazo del duque de Alburquerque, que por sus frecuentes altercados con la Junta de Cádiz, fué enviado por la Regencia de embajador á Inglaterra.

* * *

Viéronse forzados los enemigos á detenerse en Matagorda, porque las guerrillas imposibilitaban la marcha, ya que no pudieran impedirla, de los convoyes de víveres, municiones y pertrechos que necesitaba Víctor para circunvalar la Isla, y que llegaban tarde, con numerosas bajas entre los que venían escoltándolos, y muy mermados en cuanto conducían.

Pero, ¿qué iba á ser de la isla gaditana si la cercaban los numerosos ejércitos de Bonaparte, y si España no acudía en su auxilio?

La Regencia, para distraer la atención del enemigo, excitó á los ejércitos del centro y de la izquierda, y á los naturales del país, á los que con extrañeza se notó menos ardorosos que en otras provincias, para que llamasen la atención de los sitiadores de Cádiz.

Veamos cómo respondieron todos, provincias, soldados y guerrilleros á su patriótico llamamiento.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO X

NUEVOS CAMPEONES

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
—
1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

NUEVOS CAMPEONES

La Serranía de Ronda.—D. José Serrano Valdenebro.—D. Andrés Ortiz de Zárate (El Pastor).—D. Francisco González Peinado.—D. Juan José Barranco.

La provincia de Málaga se halla dividida por una cordillera de montes que se enlazan por el Oriente con los estribos de Sierra-Tejea, ramal desprendido de Sierra Nevada, extiéndese luégo paralela entre Norte y Mediodía, en una no interrumpida serie de montañas, y determina la *Serranía de Ronda*, viniendo con ramificaciones paralelas á la costa á unirse con la sierra de *Mijas*, última sección que circuye el fértil valle de la *Hoya*, dilatada planicie de 10 leguas de circunferencia.

Una de las más notables curiosidades de esta provincia es el llamado *Tajo de Ronda*, que se presenta sobre la meseta y declive de una roca elevadísima, cortada perpendicularmente por la naturaleza, dividiendo la ciudad de Ronda en dos partes iguales por medio de dos puentes, contándose 334 metros desde la altura de la ciudad al fondo del *Tajo*, en cuyo fondo crecen y se desarrollan las más variadas producciones y parecen los hombres del tamaño de las aves que se ciernen en el espacio, todo bajo un horizonte diáfano, del cual se destaca imponente la triple cuesta del monte colosal de San Cristóbal ofreciendo uno de los cuadros más sorprendente del universo.

A la presencia de los franceses en Sevilla se conmovió Andalucía entera, y la ciudad de Ronda fué el núcleo de todas las fuerzas del antiguo reino de Granada, lo cual sabido por el intruso José le exasperó hasta el punto de abandonar á Sevilla y marchar contra ella.

Bien pronto aparecieron á la vista de la ciudad los escuadrones polacos que llevaba de avanzada José. Una numerosa columna de paisanos salió á batirlos... ¿con qué? Con palos aguzados, hoces, bayonetas, hierros afilados y algunos pocos fusiles y escopetas viejas y maltratadas por los años y la falta de uso.

El desenlace fué el que debía esperarse: los paisanos resultaron batidos y se retiraron á la sierra, y los franceses se apoderaron de Ronda, como de Jaén y Córdoba, como de Sevilla, de Málaga y Granada.

Pero los serranos, repuestos un tanto de la sorpresa y excitados por el Gobierno Nacional, juraron odio á muerte á los invasores y levantaron gran número de guerrillas.

El intruso José, viendo la actitud hostil en que se colocaba toda la sierra, dejó en Ronda una respetable guarnición, dispuso la creación de un cuerpo titulado *Cazadores de la Montaña*, de españoles al servicio de Francia, que sólo constó de muy pocos soldados (1), y resolvió continuar sus jornadas

(1) J. J. Moretí.—*Historia de Ronda.*

© Biblioteca Nacional de España

por toda aquella parte de Andalucía á fin de conquistarla.

Los pueblos alzaron el guante que el francés los arrojaba, y acordaron, para que la lucha tomase un carácter más imponente, que los jefes de las partidas levantadas eligiesen como jefe de operaciones al antiguo oficial de marina D. José Serrano Valdenebro, que se hallaba en Cortes, el cual aceptó con el mayor gusto tan honroso nombramiento, ordenando un alistamiento general y procurando dar á las guerrillas cierto carácter militar.

Las partidas formadas se presentaron delante de Ronda el día 12 de Marzo. Voló á su socorro tropas de Málaga, pero antes de recuperarla los imperiales, entraron en ella los nuestros precisándolas á volverse á toda prisa, dirigidos por D. Antonio Ortíz de Zárate, por D. Francisco González Peinado y otros jefes de guerrillas, y auxiliados por una Junta patriótica que se formó en Jimena.

El sitio llamado de Fuentepiedra y Tajos de Montoro, no lejos de Atajate, fué el lugar que eligió el Sr. Valdenebro para foguear á á los serranos, los cuales comenzaron bien pronto á diezmar los imperiales, llevándolos en retirada muchas veces hasta la misma Ronda y tomando sangrientas represalias.

Todos los serranos, hombres, mujeres, ancianos y niños, se fueron á vivir á las montañas, como las tribus nómadas, y los que no podían empuñar las armas, dice un ilustrado autor, buscaban el desquite y la venganza en los agudos picos de la sierra, en los temibles desfiladeros, en las estrechas sendas, en todas partes, en fin, donde hallaban un francés que caía irremisiblemente muerto al golpe de una piedra arrojada por la pequeña, pero segura mano de un niño, ó al filo de una navaja que esgrimía el tembloroso brazo de un anciano ó la débil mano de una mujer.

La sierra parecía un campamento, y en ella se habían improvisado chozas y construído rústicas tiendas de campaña.

Aquellas familias llegaron á constituír un pueblo, casi un Estado.

Diríase que iban á vivir siempre del mismo modo.

Los franceses debieron reflexionar y sentirse cobardes ante aquella magnánima resolución de los habitantes de Ronda, que, abandonando las comodidades de su casa, las dulzuras de su hogar y exponiendo á sus hijos á todo género de privaciones, hicieron de la sierra su única y sola habitación.

A la intemperie oían la misa que decía un clérigo patriota, sirviéndole de altar una dura peña ó el viejo tronco de un árbol.

Ese mismo clérigo bautizaba á sus hijos con el agua recogida en una tosca vasija de algún torrente de la montaña, y bendecida en el instante preciso.

Sus muertos eran enterrados en el hueco de alguna peña, y mientras ellos oraban por el pariente ó el amigo difunto, el clérigo le consagraba las preces de la iglesia y le prometía un asiento en el alto cielo porque había muerto en defensa de la patria.

Semejaban los rondeños al pueblo hebreo, y la sierra el desierto á que Moisés les condujo para alcanzar la tierra prometida y con ella la anhelada libertad.

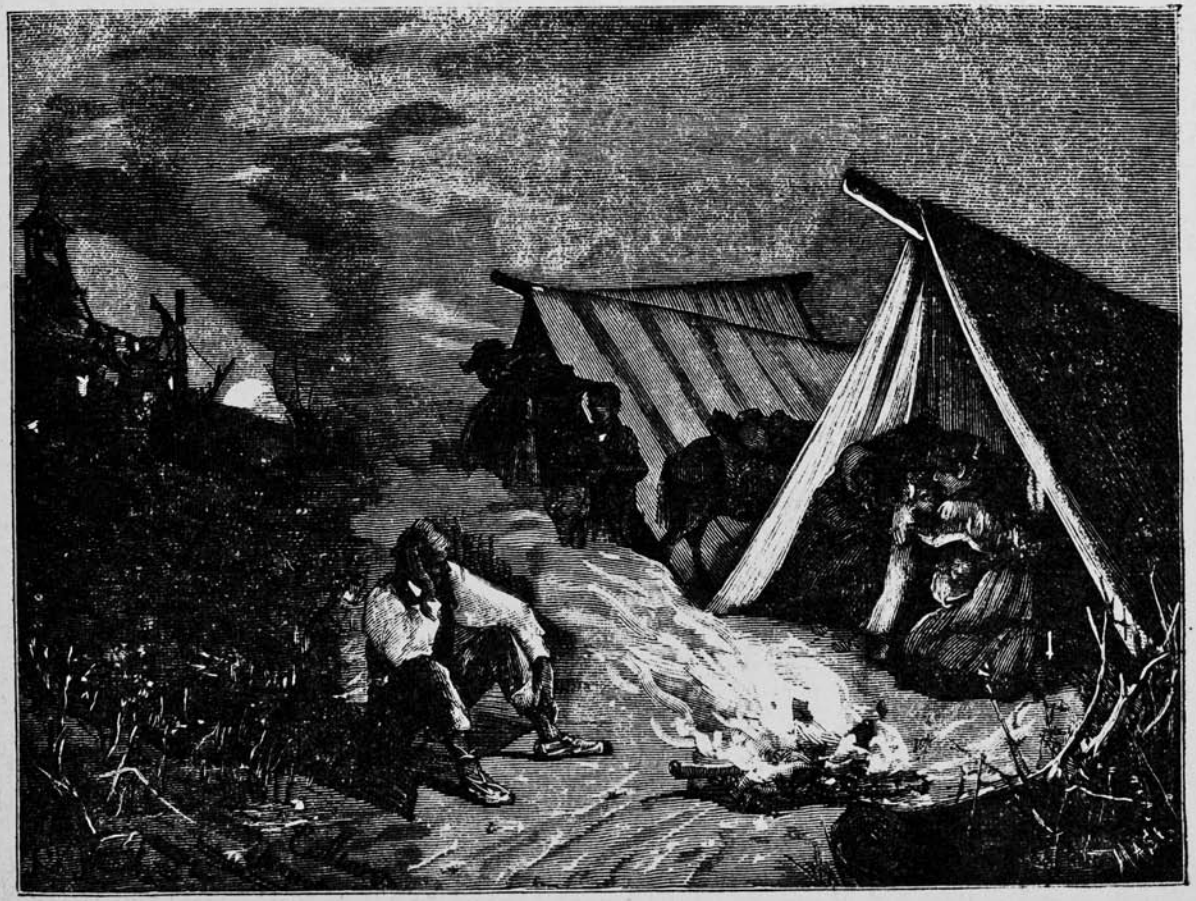
El espectáculo que presentaba toda aquella población expatriada no podía ser más grandioso.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, sanos y enfermos, con hambre que muchas veces intentaban acallar con raíces, con frío, del que en vano pretendían librarse, permanecieron largos meses en la montaña, á la que no se atrevían á llegar sus perseguidores. El sonido de sus cuernos ó caracoles aterrorizaba á los franceses, que huían despavoridos apenas lo escuchaban mil veces repetido por los ecos de la sierra.

Los rondeños se acercaban hasta las mismas puertas de la ciudad y mataban sus centinelas avanzados, sin que los imperiales se atravieran á perseguirlos.

Quiso un día el gobernador de Ronda, comandante en jefe del distrito, hacer una salida por detrás de la Merced, y apenas había andado cincuenta pasos por la orilla del famoso Tajo, cuando de ella salió un tiro que le atravesó el pecho, arrojándole del caballo y muriendo á las pocas horas. El serrano que lo descargó huyó por la estrecha ladera que forma allí el precipicio sin que le alcanzase ninguno de los cien tiros que

© Biblioteca Nacional de España



CAMPAMENTO DE LOS RONDEÑOS EN LA SIERRA

© Biblioteca Nacional de España

le dispararon los soldados de la columna.

Para completar el cuadro bastará que digamos que los generales bonapartistas apellidaban á la serranía de Ronda unos la *Calle de la Amargura* y otros el *Cementerio de Francia*.

* * *

Era el jefe de la principal guerrilla de la sierra D. Andrés Ortíz de Zárate, llamado por los naturales *El Pastor*, á causa de haberlo sido en sus primeros años.

Zárate logró con sus acertadas disposiciones, con sus sorpresas y sus emboscadas, con sus luchas por el día y con sus combates por la noche, que la autoridad de los franceses en Ronda se redujese á los más estrechos límites, teniéndolos encerrados en la ciudad, de la cual no podían salir.

* * *

D. Francisco González Peinado, que había llegado de Gibraltar y Algeciras con armas, ayudó en gran manera al alistamiento ordenado por Valdenebro, y, al frente de una gran partida de serranos, hizo á los imperiales una guerra sin cuartel.

Los montañeses le seguían con una ciega obediencia; donde quiera que Peinado los llevaba allí iban, seguros del triunfo, por ser un hombre de grandes conocimientos en el país y de un corazón indomable.

* * *

Era D. Juan José Barranco el serrano quizás más temido de los invasores.

Apostado no lejos de la villa de Atajate, en los Tajos de Montoro, diezmaba cuantos destacamentos iban á Gaucín.

Más adelante volveremos á hablar de Andalucía y de sus heróicos guerrilleros, pero antes, y cumpliendo nuestro propósito de ser veraces, consignaremos que, contra lo que debía esperarse de estas provincias tan entusiastas en 1808 por la causa patria, en ellas aparecieron en gran número las contra-guerrillas, formadas por españoles afrancesados, ora con el nombre de *Cazadores de la Montaña*, ora con el de *Josefinos*, *Juramentados*, *Escopeteros* y *Francos montañeses*.

¡Aflige, dice con tan harta razón el ilustrado general Sr. Arteche, ver en los periódicos de aquel tiempo las partidas que guardaban las poblaciones andaluzas ó se batían al abrigo del ejército francés contra los que, inspirándose en su patriotismo y en la idea de su independencia, se levantaron por la defensa de tan preciados intereses, y para los cuales eran mil veces más repugnantes los citados *Josefinos* que los mismos franceses!

D. José Romero (alcalde de Montellano).—Don Gaspar Tardío.—El alcalde de Otivar.—D. Simón Benítez.

Había llegado el tiempo de luchar hasta morir, y los españoles llevaron á cumplido remate proezas que recuerdan las del tiempo de la caballería.

Uno de los héroes de aquellos memorables días fué D. José Romero, alcalde de Montellano, pueblo inmediato á la sierra, que ya el día 14 de Abril, al frente del vecindario, había repelido de sus calles á 300 franceses.

Tornaron los imperiales el 22 reforzados con otros 1.000 para vengar su anterior afrenta, y aunque hubieron de salvar algunos obstáculos al cruzar por Grazalema, llegaron á Montellano.

Todo el vecindario, y á la cabeza su valeroso alcalde, ocupaba los puntos principales de la villa, mostrando los paisanos su bravura en largas horas de sangriento combate.

Furiosos los bonapartistas al hallar tamaña resistencia y al ver las innumerables bajas que sufrían de los moradores encastillados en sus casas, recurrieron al bárbaro medio de incendiar el pueblo sin respeto á las mujeres, ni á los ancianos, ni á los niños, ni á los enfermos.

Los habitantes, saliendo por los corrales y poniendo la vida de sus familias bajo el seguro de sus escopetas, se encaminaron resueltamente á la sierra.

El alcalde D. José Romero, al ver que el incendio llegaba ya á su casa, desde la cual tan bravamente se había defendido, se lanzó

© Biblioteca Nacional de España

á la calle, tomó en los brazos á sus pequeños hijos, y llevando recostada sobre su robusto pecho á su noble esposa, presa de la mayor angustia, y seguido de algunos parientes, quizás los únicos hombres que habían quedado en Montellano, se encerró en la torre de la iglesia, resuelto á morir, sí, pero también á vender cara su vida y la de su familia y no abandonar su pueblo.

Desde aquel baluarte, Romero y sus hombres, elevados á la categoría de héroes, diezmaban á los imperiales que se revolvían furiosos y á todo trance querían acabar con él y con los suyos.

La esposa de Romero cargaba la escopeta de su marido, y los niños, abrazados á las rodillas de su padre, oían con el mayor terror aquel fuego espantoso.

La lucha continuó cada vez más tenaz y porfiada.

Pero ¡ay! que á los nuestros iba faltándoles las municiones, y bien pronto no tendrían con qué contestar al fuego de los enemigos.

El jefe de la columna dispuso avanzar dos cañones y demoler la torre de la iglesia.

El momento fué solemne y temible.

Intimada la rendición, Romero la rechazó con estóica fiereza en su nombre y en el de sus hijos y parientes.

Ya la mecha iba á prender fuego, cuando se oyeron gritos lejanos de *¡Viva España!* y por el lado de Puerto-Serrano divisó Romero desde la torre el avance de algunos guerrilleros que venían en su auxilio.

Dudosos los imperiales, resolvieron emprender la huída, y así que el valeroso alcalde comprendió que se retiraban, corrió á la calle, y seguido de sus hombres los atacó con el mayor denuedo al tiempo mismo que los guerrilleros de la partida de D. Gaspar Tardío penetraban en Montellano y completaban la derrota de los imperiales. Con este auxilio Romero los fué persiguiendo hasta las afueras del pueblo tachándoles de cobardes, y con razón, puesto que 1.300 huían de algunos ciento, y convidándoles á volver la cara y pelear.

El jefe de la partida, D. Gaspar Tardío, luégo de haber salvado á Romero, se propuso llevárselo á Algodonales, á fin de no dejarle expuesto al furor de los bonapartistas, que de seguro volverían para tomar una cruel represalia.

Romero se resistió, diciendo:

—Alcalde de esta villa, este es mi puesto.

Su mujer y sus hijos que le rodeaban nada decían, contentándose con llenarle de caricias. Romero los miraba con lágrimas en los ojos manteniéndose firme en su resolución.

Pero Tardío, echando una mirada al pueblo, que parecía un cementerio, y cogiéndole la mano, exclamó:

—Mire V. por todas partes, Romero. En el pueblo no hay más vecindario que V. y su familia, y por ella tiene V. la obligación de velar como alcalde y como padre.

Y era cierto: Montellano se hallaba completamente desierto, y el silencio más profundo reinaba en sus calles antes tan llenas de animación y vida; sólo el incendio que se propagaba rápidamente continuaba su obra destructora.

Romero cedió al fin y fué llevado con su familia á Algodonales, cuya villa le recibió con repiques de campanas, con vítores y alegría, orgullosa de albergar en su seno al insigne patriota D. José Romero, el heróico alcalde de Montellano.

* * *

Era D. Gaspar Tardío hombre de tanto valor como patriotismo.

Había nacido en Algodonales, villa de 900 habitantes, perteneciente á la provincia de Cádiz, situada á la falda de la alta sierra de Lijar.

Una división de 10.000 franceses había entrado á saco y á degüello en Algodonales, cuando la invasión de las Andalucías.

Tardío, luégo de combatir en su pueblo como un bravo, al ver los atropellos de que sus parientes y amigos habían sido víctimas, levantó una partida que bien pronto tomó de los imperiales el anhelado desquite.

¡Muchos daños habían causado en Algodonales los franceses, pero muchas víctimas les causó Tardío con sus indomables guerrilleros!

Era justo.

Al saber el ataque de Montellano por los

© Biblioteca Nacional de España

bonapartistas, y al conocer el apuro en que se hallaba D. José Romero, mandó á sus ginetes soltar la rienda á los caballos, y destrozando los hijares de los nobles brutos, llegó á tiempo todavía para salvar al heróico alcalde y á su familia y causar la derrota de los imperiales.

* * *

Por esta época (9 de Mayo) dió el mariscal Soult (duque de Dalmacia) un bárbaro decreto con el nombre de *Reglamento*, en contra de las guerrillas, ageno, como dice el conde de Toreno, á toda nación culta.

Entre sus cláusulas se contaban la siguiente:

«No hay ningún ejército español fuera del de S. M. D. José Napoleón: así, todas las partidas que existan en las provincias, cualquiera que sea su número y sea quien fuere su comandante, serán tratadas como reuniones de bandidos. . . . . .

Todos los individuos de estas compañías que se cogieren con las armas en la mano, serán al punto juzgados por el preboste y fusilados, y sus cadáveres quedarán expuestos en los caminos públicos.»

Semejante documento produjo un grito de indignación en España al igual que fuera de ella, y desde que fué conocido se levantó un clamor general que, aunque tarde, obligó á la Regencia á tomar las debidas represalias.

* * *

D. Simón Benítez Mena, natural de la villa de Huercal-Obera, comandaba varias partidas de guerrilla en la provincia de Almería, orillas del río Almanzora.

Sabedor el día 31 de Mayo de que un destacamento francés de 300 infantes y 50 caballos avanzaban contra los patriotas, reunió las guerrillas de varios pueblos, de Zurgena, Arboleas, Albox, Abanches y Cantoría, y los atacó con la mayor resolución. El combate, que duró más de cuatro horas, fué por todo extremo empeñado, quedando sobre el campo 13 soldados franceses muertos y pronunciándose en vergonzosa fuga los otros llevándose más de 40 heridos, entre ellos á su comandante. Los patriotas contaron tres muertos, uno de ellos á manos de un paisano que lo mató por verle huir.

* * *

Tócanos hablar ahora de D. Juan Fernández y Cañas, más conocido por el *alcalde de Otivar*.

Los hechos de su vida son tan extraordinarios, que si de ellos no testificaran las autoridades de la época, y no los consignaran los mejores historiadores, habría motivo para dudar de algunos, pues realizó varios que más parecen fábulas que actos reales y verdaderos.

Era D. Juan Fernández y Cañas en la época de la invasión francesa alcalde de Otivar, villa de algunos 200 vecinos, perteneciente á la provincia de Granada.

A fines del mes de Mayo del año 1810, entró en Almuñécar un fuerte destacamento enemigo, y el alcalde de Otivar, con los de Jete, Hertes, Itravo, Molvizar y Salobreña, fué conducido á la iglesia para recomendarle la obediencia *á cuanto se le mandara*.

El día 26 recibió una orden para que recogiese todas las armas de Otivar y con mil reales de contribución se presentase en Almuñécar al siguiente día: llevó los mil reales, pero ocultó las armas que pensaba hacer esgrimir contra los enemigos de la patria.

El 28 le repitieron la demanda de las armas y de cinco mil reales, y como nada respondiese, dispusieron enviar una comisión militar con orden de prenderle.

El 3 de Junio, á las dos de la madrugada, se le presentaron dos cabos y dos soldados de la contra-guerrilla francesa *Francos de la Montaña*, diciéndole uno de ellos que llevaban orden de prenderle muerto ó vivo y de recogerle el caballo; pero Fernández, que se hallaba preparado, dispara su trabuco contra los dos cabos dejándolos muertos, uno de los soldados huye, y el alcalde se arroja sobre el otro y de seguro le habría muerto, pues ya le tenía rendido, si no le pide y ruega que le permita defender á España en su compañía.

Inmediatamente principió Fernández á

© Biblioteca Nacional de España

juntar gente á fin de organizar una guerrilla.

Sabedor de que un escribano y un alguacil venían á secuestrar sus bienes al frente de 40 hombres, se dirigió con sólo cuatro al ayuntamiento, los sorprendió y se llevó presos á la mayoría al cerro de Moscarín.

A los ocho días contaba con 14 hombres, reuniéndose luégo á la partida que Luis Negro había levantado por aquellos contornos.

Al frente de ambas guerrillas (52 hombres) comenzó á desplegar Fernández su grande valor y cierto instinto verdaderamente militar. No tardó en batir á una columna de 300 infantes y otros tantos caballos, tendiendo al suelo por su propia mano al jefe que los mandaba y obligándolos á huír dejando en el campo 50 muertos.

Separado de Negro, acometió la conquista del castillo de la Herradura, del que se apoderó por sorpresa, haciendo 17 prisioneros y cogiendo seis cañones, pólvora y cuantos víveres encerraba.

Orgulloso con este triunfo, pensó en la conquista del castillo de Almuñécar, dándola cierto carácter militar: para ello regresó á la sierra Almijara y luégo al cerro de Moscarín desde donde ofició al comandante de los *Francos de la Montaña*, D. Salvador García Morales, que se hallaba en Almuñécar, para que bajase á un cortijo situado á una legua para tratar asuntos de interés. Bajó el comandante, y el alcalde le intimó la entrega de la fortaleza, á lo que aquél se negó, procurando atraer á Fernández al campo francés, ofreciéndole la protección del general Werlé, á la sazón en Motril. El alcalde le dió algunas esperanzas, y así terminó la entrevista.

Pero Fernández, que no desistía de su empeño, se dirigió á la noche siguiente á Almuñécar llevando su partida dividida en seis guerrillas, que penetraron haciendo fuego por las calles, matando á dos cívicos y cogiendo 41 hombres de los 47 que hacían el servicio de patrullas, obligando al alcalde, á varias personas principales y al comandante de los franceses, á refugiarse en el castillo con los 93 hombres que le quedaban. Visto lo cual, dispuso el saqueo de las casas de éstos, repartió cien reales á cada guerrillero, agregó 10 de los prisioneros á su guerrilla y dió libertad á los otros bajo juramento de no volver á servir al francés, retirándose de la villa.

Mas como Fernández no era hombre de cejar en un empeño, á los cuatro días volvió á intimar al comandante la rendición, y como éste se negara, rompió un nutrido fuego contra el castillo, al que contestaron los franceses con la artillería. Llegada la noche dispuso el alcalde traer un pellejo de alquitran, y con haces de leña, que repartió á cierto número de personas distinguidas del pueblo, tachadas de afrancesadas, y llevando al vicario por guía, las hizo caminar delante de sus guerrilleros hasta ponerse bajo la artillería del castillo, que al disparar un cañonazo hirió á varias de ellas. Fernández mató á dos centinelas de la fortaleza y avanzó con algunos guerrilleros, mientras otros incendiaban las puertas del castillo y obligaban á los franceses á rendirse.

El triunfo del alcalde fué completo, y la presa importante. Los franceses se llenaron de terror, y los españoles se volvieron locos de alegría. Motril fué abandonado por el general Werlé, que con su columna francesa y 150 *francos*, se retiró á Granada, y ocupado por Fernández y sus guerrilleros, que allí, como en Almuñécar, Castel de Ferro y Gualchos tuvieron un recibimiento entusiasta.

El valeroso alcalde, con la toma y guarda de las fortalezas de Almuñécar y Gualchos y sus grandes triunfos, era en los primeros días de Setiembre de 1810 *un guerrillero insigne, honor de las Alpujarras y sostén firmísimo de la independencia.*

Establecido en el Padul con 364 infantes y 51 caballos, el 3 de Setiembre rechazó una fuerte columna procedente de Alhendín, matando hasta 31 soldados y obligando al resto á refugiarse en Granada

Sabedor al día siguiente que venían en su busca numerosas fuerzas, colocó 200 hombres en la altura de un cerro, 160 en la izquierda, y él en el centro con algunos caballos, y cubriendo la retaguardia con 37 uno de sus segundos, llamado Juan de Dios. Adelantóse Fernández y embistió á la avan-

© Biblioteca Nacional de España

zada francesa, matando al comandante y á seis hombres. Destacaron los imperiales dos secciones de caballería de á 30 hombres para sostener el ataque mientras se retiraba la infantería á Alhendín, perseguida por el alcalde que la causó tres muertos.

Este nuevo triunfo aumentó con muchos hombres la guerrilla de Fernández.

Supo el alcalde que Sebastiani salia de Granada con una numerosa columna en su busca, y dispuso con el mayor sigilo la reunión de todas sus tropas en Las Eras, reforzó la guerrilla más avanzada, y advirtió á todos que, si eran atacados por fuerzas superiores, se batiesen en retirada hasta ponerse á cubierto del grueso de la partida.

Al amanecer del 5 se oyeron los primeros tiros; entonces distribuyó su gente (633 hombres) en dos columnas á derecha é izquierda, con una guerrilla avanzada cubriendo el cerro por donde el enemigo había de pasar, y situando en el llano la caballería.

Comenzó el ataque una avanzada de dragones franceses, que fué rechazada y obligada á retirar; volvieron protegidos por una columna de 175; Fernández los dejó llegar á corta distancia, y á la voz de *fuego* quedaron sobre el campo la mayoría de los soldados que la componían. Entonces los imperiales cargaron con 225 caballos contra los 51 de Fernández, al tiempo mismo que hacían avanzar dos columnas de á 300 hombres. Fernández y sus guerrilleros hicieron prodigios de valor, pero al fin se vieron obligados á emprender la retirada, hallándose el alcalde cortado con 16 de los suyos; aún se resistió como un héroe, hasta que nueve de sus hombres cayeron sin vida y los otros siete quedaron mortalmente heridos. En cuanto á él, recibió en el combate 15 heridas de las cuales ocho se consideraron mortales.

Terminada la lucha, otro de sus tenientes, D. Antonio Guerrero, hizo registrar el campo de batalla y encontró al ínclito alcalde sin esperanzas de vida; conducido á Albuñela y Lentegi, fué por último trasladado á una cueva en el monte, donde permaneció 45 días entre la vida y la muerte, quedando en tanto la partida á las órdenes de D. Antonio Guerrero.

Pero faltó él y faltó todo: cuando salió de aquel antro después de tan larga agonía, Almuñécar se había entregado al francés y su antes numerosa partida sólo contaba 200 hombres.

Redobló Fernández su actividad, y batiendo al enemigo al pie del santuario de Bojar, en el barranco de las Huertas, junto á Otivar, á las puertas de Velez y de Granada, en Almuñécar y en Jete, bien pronto recobró su anterior influjo y acrecentó su fama.

La resurrección de Fernández alarmó á los franceses; las Alpujarras se llenaron de columnas; se derramó el oro para prenderle, y se impusieron terribles castigos á cuantos le ocultasen.

Retirado por enfermo á una gruta próxima á Gazulas, aldea situada en la sierra, y hallándose con su mujer, un niño, una niña y dos soldados, se vió de repente cercado por los franceses el 23 de Noviembre; mientras éstos deliberaban, salió Fernández de la gruta con los soldados haciendo fuego, encargó la custodia de su familia á uno de ellos, y, seguido del otro, que le cargaba los fusiles, emprendió el camino monte arriba, dejando burlados á los enemigos, que se vengaron incendiando el monte y dos chozas de la propiedad del alcalde.

Reunido aquella noche con su familia, pasó al cortijo de Turillas; supiéronlo los franceses y volvieron á cercarle; Fernández, subido á un cerro que dominaba el cortijo, con el dueño de éste, dos paisanos y dos soldados armados de fusiles, rechazó á los enemigos matándoles seis.

El día 25 llegó con sus cinco hombres á Rioseco, ordenando á su segundo lo que debía hacer durante su ausencia, motivada por la grave dolencia que sufría. Encontrándose en lo alto de Rioseco en una cueva—¡que á tan triste estado se veían reducidos los buenos españoles!—con su familia y una mujer que habitaba la dicha cueva, vióse de nuevo cercado por varios franceses y *juramentados*, al mando de un tal Mancilla, vecino de Motril. Sorprendido Fernández en la cama, á pesar de la debilidad á que el mal le había reducido, consiguió de un brinco ponerse en salvo con su hijo y la patrona, dejando en la cueva á su mujer y á su hija, que fueron conducidas á Motril, y de allí á

© Biblioteca Nacional de España

Granada, donde al cabo de siete meses las dieron libertad, bajo palabra de seducir á Fernández y lograr que se indultase.

Créese que estas sorpresas que sufrió el digno alcalde fueron debidas á un tal Cuadra, á quien el ayuntamiento de Competa calificó más tarde de *asesino, ladrón é infame, mal español y afrancesado, indultado de los enormes delitos que tenía cometidos sólo por quitar la vida á Fernández.*

El día 31 de Diciembre se trasladó el arrojado alcalde á Frigiliana en busca de su hijo.

Más tarde proseguiremos la historia de este valeroso patricio.

Ejército del Centro.—Guerrilleros de Murcia.—Elército de la Izquierda.—Paisanos de Alcántara.—Un tribunal de honor.—Paisanos de Badajoz.—Organización del ejército español.—Acción de Cantaelgallo.—Decreto de la Regencia.—D. Celedonio Durán.—D. Bernabé Cabezas.

El ejército del Centro, mandado por Blake desde que abandonó la jefatura del de Cataluña por orden de la Junta de Sevilla, había ayudado en gran manera al levantamiento de las montañas de Ubeda y Cazorla y de las célebres Alpujarras. Llamado Blake á dirigir la defensa de la isla gaditana, su sucesor Freire, al verse amenazado por Sebastiani, abandonó á Murcia y se replegó á las ciudades de Cartagena y Alicante.

El 9 de Julio el comandante de una de las guerrillas murcianas participó á la Junta, con fecha 4, haberse apoderado por sorpresa del castillo de San José, situado junto al cabo de Gata, rindiendo la guarnición, compuesta del gobernador, guarda almacén y 28 soldados, y obligando á entregarse al buque corsario francés llamado *Lijero*, cuyo capitán, genovés de nación, pereció en la refriega con cinco marineros, rescatándose un laud y un falucho catalanes apresados por el dicho corsario, que, al abrigo del castillo de San José, infestaba toda aquella parte de la costa. Una vez clavada la artillería y recogida la pólvora y demás municiones, se retiraron los nuestros con la rara fortuna de no haber experimentado ninguna pérdida.

* * *

En vista de tan graves sucesos, Blake se resolvió á salir de Cádiz á fines del mes de Julio hacia el antiguo reino de Murcia, en el que halló un ejército de 14.000 infantes y 2.000 caballos, y los guerrilleros, que era quizás la fuerza más importante. Corrió el general Sebastiani á detenerlo; Blake reunió sus tropas delante del río Segura y llamó en defensa de la patria á toda la juventud murciana, que acudió con el mayor entusiasmo, y dispuso inundar la huerta. Sebastiani llegó el 28 de Agosto á Lebrilla, cuatro leguas de Murcia; pero aterrado ante la actitud del país, retrocedió perseguido por los guerrilleros.

En la noche del 29 al 30 de Agosto se replegó Sebastiani á Totana, hostilizado por los habitantes de todos los pueblos, y muy particularmente por los de Lorca.

* * *

Por la izquierda la fortuna nos era también favorable.

Mortier, después de su vana intimación á Badajoz, hubo de retirarse á Llerena, y la Junta de Extremadura (Febrero de 1810) pudo extender sus guerrillas por las dos vertientes del Guadiana, á fin de auxiliar al ejército mandado por el marqués de la Romana, quien, llevando á la izquierda por Alburquerque las divisiones de los generales Mendizábal y D. Carlos O'Donnell, y por la derecha las de Ballesteros y Contreras, sostuvo de Marzo á Julio varios encuentros con los imperiales, en algunos de los cuales, como los de Santa Olalla, Ronquillo, Zalamea, Aracena, Burguillos y Monasterio, mantenidos por Ballesteros contra Mortier, y el de Jerez de los Caballeros por los generales Imaz y Morillo contra Reynier, salimos victoriosos.

* * *

En el mes de Abril, los vecinos de la villa de Alcántara trataron de defender la entrada del pueblo, apostándose en su magnífico puente, pero fueron vencidos, y los franceses, al penetrar en la villa, les hicieron pagar con el pillaje y el saqueo, que esta vez

© Biblioteca Nacional de España

llegó hasta no respetar ni aun los sepulcros, la noble conducta que habían seguido.

El marqués de la Romana estableció el 28 de Abril una comisión titulada *Tribunal de honor*, á la que debían pasar todas las sumarias instruídas á los oficiales, y cuyas providencias eran, considerar leve la causa que el jefe del cuerpo debía corregir con un mes de arresto, ó grave, y entonces pasaba al Consejo de guerra de oficiales generales.

* * *

Cuando el ataque intentado por el general Reynier contra Badajoz en el mes de Mayo, los intrépidos hijos de esta ciudad se presentaron en varias partidas formando una línea con las avanzadas militares españolas, portándose con sumo valor y denuedo. El francés las cargó en la confianza de que huirían, pero lo recibieron con gran firmeza, y auxiliadas por la caballería lo rechazaron hasta la falda del cerro de San Miguel.

* * *

El día 1.° de Julio se publicó un reglamento por el cual la infantería veterana debía componerse de ocho batallones de granaderos provinciales; de 121 regimientos de línea, formados de los existentes, que, como los de las milicias provinciales, conservaron sus denominaciones con la dicción de 2.° *regimiento*, cuando existía otro de infantería con igual nombre; 32 batallones de infantería lijera, y los cuerpos suizos que se juzgase necesario mantener; disponiéndose que cada regimiento de infantería de línea se compusiese de tres batallones, y cada batallón de una compañía de granaderos, otra de cazadores y cuatro de fusileros; y considerándole el día 19 de Abril el de la declaración de guerra de Francia á España por haber sido el de la cautividad de Fernando.

* * *

La Romana salió el 5 de Agosto de Badajoz con Mendizábal en busca de los franceses que estaban en Salvatierra, y el día 11 libró un sangriento combate con ellos en Cantaelgallo, que sin una brillante carga mandada por el general La Carrera nos habría causado una de tantas derrotas como nos proporcionó el célebre marqués.

El 15 de Setiembre, reforzado la Romana por Butrón con alguna caballería y una columna portuguesa mandada por Maddeu, sostuvimos en Fuente de Cantos un terrible choque.

Al marchar la Romana á Portugal á fin de reforzar las famosas líneas de Torres Vedras, siguieron las fuerzas nuestras, que quedaron en Extremadura, entreteniendo el cuerpo de ejército de Mortier, á fin de impedirle que auxiliase al mariscal Massena en su empresa, servicio por todo extremo importantísimo.

* * *

La Regencia, atendiendo los clamores que de todas partes se levantaban contra el bárbaro decreto de Soult sobre los guerrilleros, dispuso el 15 de Agosto que por cada español asi fusilado serían ahorcados tres franceses, sin exceptuar al mismo Soult, al que consideraba excluído de los beneficios del derecho de gentes y miraba como á un bandido. Soult, espantado, desistió de su temerario empeño. Con razón había dicho la Central que cuanto más fuertes nos mostrábamos con los franceses más débiles aparecían ellos.

* * *

Mandaba D. Celedonio Durán una de las partidas que defendían á Badajoz.

Los enemigos, que se hallaban acantonados en Lobón, se presentaron el día 18 de Junio á las nueve de la mañana en las inmediaciones de aquella plaza, avanzando unos 100 caballos hasta la Atalaya de la Picuriña, los cuales, divididos en pequeñas fracciones, atacaron á los nuestros; pero cargados por nuestra caballería y por los guerrilleros de D. Celedonio Durán, los cuales salvaron algunos dragones de Lusitania que se llevaban prisioneros los imperiales, se retiraron prontamente.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

El 28 de Junio D. Bernabé Cabezas, al frente de su guerrilla compuesta de 20 caballos, acometió á 27 ginetes en las inmediaciones de Valencia del Ventoso, matando á siete y obligando á huír á los restantes. Llegó en persecución de Cabezas un destacamento de 60 caballos; pero aunque los aguardó repetidas veces y hasta los retó á luchar, los franceses no se atrevieron á cerrar contra él y los suyos.

* * *

Los Cuestas, capitaneados por el hermano mayor D. Feliciano, que era el jefe de la partida, habían logrado hacerse dueños de una gran parte de Extremadura, y desgraciado el francés que por ella se atrevía á cruzar.

El 14 de Junio se apoderaron de un correo bonapartista y de su escolta; el 4 de Julio aprisionaron varios franceses; el día 26 cortaron las barcas de Almaráz; el 4 de Agosto derrotaron un destacamento de dragones, hiriendo al capitán que fué á morir á Plasencia, dejando sobre el campo varios muertos y haciendo prisionera el resto de la fuerza.

Eran estos hermanos unos hombres incansables. A un gran desprendimiento por la vida unían una suerte colosal, y de este modo no vacilaban en arrojarse á las más atrevidas empresas, como iremos viendo.

* * *

La guerrilla de Soto se había hecho famosa en Extremadura por la guerra que hacía al enemigo y por la protección que dispensaba á los pueblos.

En la noche del 16 de Diciembre, el valiente Soto y sus guerrilleros persiguieron y acuchillaron á una columna francesa que había entrado en Villagarcía, pueblo situado á una legua de Llerena, en que los franceses tenían grandes fuerzas, obligándolos á abandonar el pueblo, con grandes pérdidas, sin haber podido cometer en él sus acostumbradas iniquidades y sus infames rapiñas.

* * *

Expedición á Portugal.—Defensa de Ciudad-Rodrigo.—Conquista de la Puebla de Sanabria.—Estado y fuerzas de Portugal.—Líneas de Torres Vedras.—Acciones diversas.—Crítica situación de Massena.

Si Napoleón accedió al deseo de su hermano José de invadir las Andalucías, no desistió de su proyectada expedición á Portugal, en la que fundaba el término de la guerra de la Península, y para la que hizo mayores preparativos que para sus campañas contra Rusia, Austria y Prusia.

Los cuerpos 2, 6 y 8, fuertes de 66.000 infantes y 6.000 caballos, con abundantes provisiones, mandados por su grande amigo Massena, el *hijo predilecto de la victoria*, llevando á sus órdenes á Ney, Junot, Reynier y Kellerman, debían penetrar en Portugal por Castilla, auxiliados por Sebastiani, encargado de entretener nuestras tropas de Murcia á Gibraltar, por Soult, que mantendría el sitio de Cádiz y alarmaría el Portugal hasta Badajoz, y por Caffarelli, que, al frente del nuevo cuerpo formado en Bayona, quedaría como reserva en Valladolid.

Apenas llegado Massena á Salamanca ordenó al general Ney se apoderase de Ciudad-Rodrigo que le cerraba el paso.

Ciudad-Rodrigo es una plaza situada á cuatro leguas de la frontera, frente á la portuguesa de Almeida, en una eminencia cuyos pies baña por su margen derecha el Agueda, rodeada de una muralla irregular y con un castillo de la época de Enrique II, que es su mejor defensa. A pesar de considerarla plaza de segundo orden no puede resistir un verdadero sitio por la falta de defensas, porque la dominan las alturas del Calvario y San Francisco y porque está cercada de hondonadas y barrancos que permiten llegar al enemigo á cortísima distancia.

Componían su guarnición el 24 de Abril 5.498 hombres, incluyendo el Cuerpo de Voluntarios, formado por los paisanos, y 240 ginetes de la guerrilla del célebre D. Julián Sánchez que hacía el servicio de salidas.

Su gobernador Pérez de Herrazti, militar de gran pundonor y firme corazón, paisano de Alvarez, el insigne defensor de Gerona, más activo de lo que podía creerse de sus años, despejó los aproches de la plaza, atrin-

© Biblioteca Nacional de España

cheró el arrabal de San Francisco, fortificó los conventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa Cruz, levantó estacadas é hizo cortaduras por la parte del río, escribiendo á lord Wellington, que se hallaba en Viseo, para que le auxiliase.

Intimada por los franceses el 3 de Mayo la rendición, que fué desoída, comenzaron á atacar los arrabales de San Francisco y el puente y los conventos de Santo Domingo, Santa Clara y Santa Cruz, siendo rechazados con pérdidas considerables.

Ney, que dirigía el asedio, empleó el día 24 de Junio la artillería (46 cañones, obuses y morteros), que se había retardado por efecto de los temporales, destruyó la torre del Rey é intimó segunda vez la rendición amenazando con el asalto.

Llegado Massena al sitio, después de haber ido á cumplimentar al intruso José, dispuso el emplazamiento de nuevas baterías.

El día 3 de Julio tuvimos que abandonar el arrabal, menos el convento de Santo Domingo, para acudir á la defensa de la brecha abierta por los imperiales, realizando el 5 una afortunada salida.

Pero el 8 la brecha había sido ensanchada hasta dos mil toesas, los ingleses en lugar de auxiliar la plaza se alejaron de ella, el ejército francés que la cercaba ascendía á 50.000 hombres, y al fin tuvo que rendirse, á los 67 días de sitio, el 10 de Julio, obteniendo una honrosa capitulación, quizás la única que cumplieron los franceses.

En el asedio de Ciudad-Rodrigo perdimos 1.400 soldados y 100 paisanos, y más de 3.000 hombres los franceses. Massena en un parte á Napoleón luégo de considerar la defensa de esta plaza como una de las más porfiadas le decía:

«No hay idea del estado á que ha quedado reducida: todo yace por tierra y destruído, ni una sola casa ha quedado intacta.»

La opinón pública se sublevó contra Wellington porque ofreció acudir á salvarla y no lo hizo, sin pensar que si por salvar á Ciudad-Rodrigo, alrededor de cuya plaza tenían los franceses 72.000 hombres, perdía un ejército, era muy de temer que se perdiese toda la Península.

Massena, antes de entrar en Portugal, al ver al ejército galaico-asturiano de Maby sobre Astorga, hizo tomar la fortaleza de la Puebla de Sanabria, plaza fronteriza con Portugal, ó sea la llamada Plaza Militar, asentada en la cima de un cerro, murada y con dos puertas que la comunican con los arrabales, y en su punto más culminante el antiguo castillo, dejándola guarnecida. Los nuestros, al alejarse Massena, la ganaron á los franceses, pero éstos se presentaron con grandes fuerzas y la reconquistaron en el mes de Agosto.

Al decir de los mejores historiadores, Portugal no era entonces una nación, sino un feudo de Inglaterra; el embajador Carlos Stuard formaba parte de la Regencia, lord Beresford mandaba su ejército, y Berkeley su marina, de todo lo cual prestaba indignado Portugal, sufriéndolo únicamente por efecto de las circúnstancias.

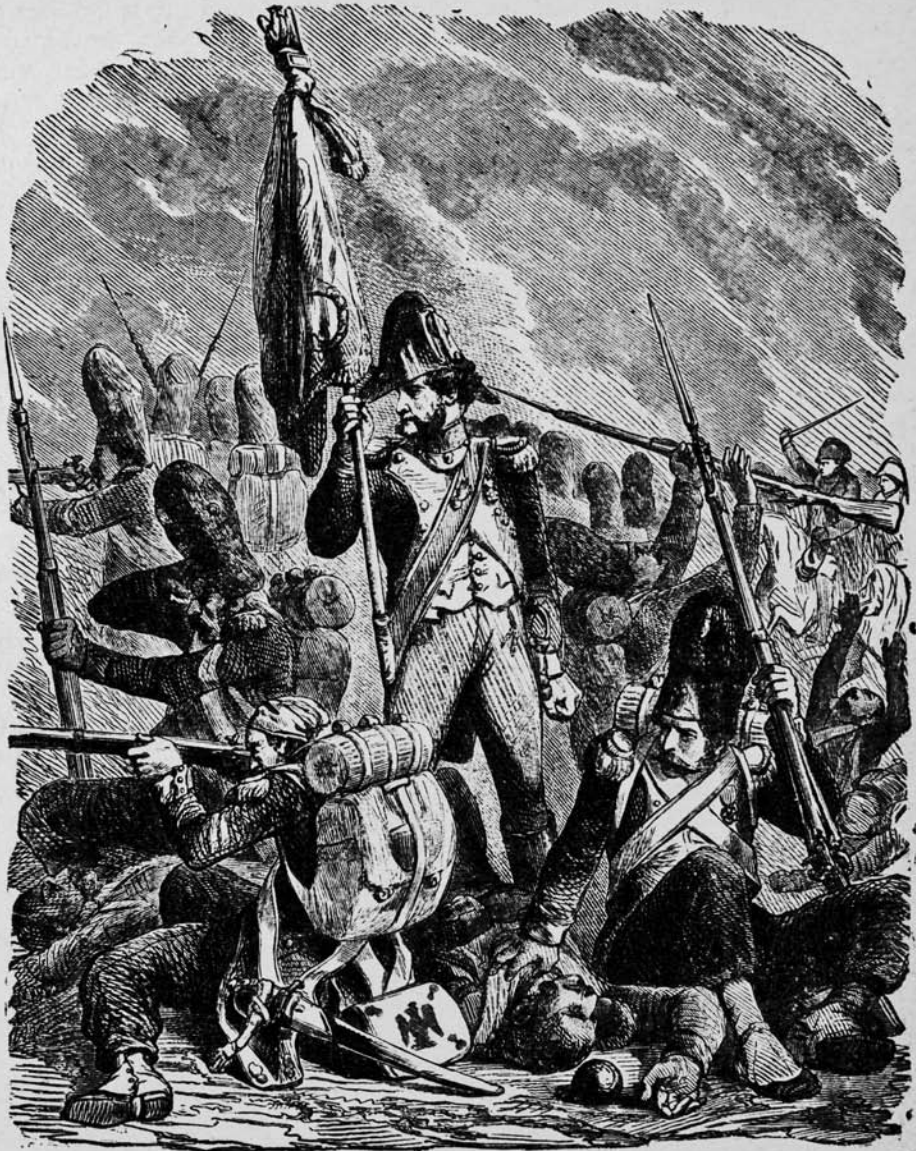
Wellington, dispuesto á recibir á los invasores, había asolado ó destruído el terreno que Massena debía recorrer, ordenando á los paisanos que se refugiasen detrás de los ejércitos, y formado sus famosas líneas, una de siete leguas desde la margen derecha del Tajo, en Alhadra, hasta el mar, cerca de Torres Vedras; otra de casi igual extensión corría próxima á dos ó tres leguas de distancia desde Quintela al desaguadero de San Lorenzo, y otra para un caso de desgracia pasado el Tajo, apoyada en el castillo de San Julián de Lisboa, cubiertas todas de soldados y milicias y fortificadas con más de 150 baterías artilladas con 600 cañones.

El 21 de Julio comenzó Ney las operaciones.

El jefe de la vanguardia inglesa Crawford, sin orden de Wellington, por defender la plaza de Almeida provocó una batalla que perdió.

El 22 de Agosto capitulaba Almeida, atacada el 15, con su gobernador, el coronel inglés Cox y 4.000 hombres, á los diez días de sitio, sin que los 67 de Ciudad Rodrigo les sirvieran de ejemplo. Los franceses al entrar se admiraron de hallar 100 cañones é inmensas provisiones y de no haber encontrado casi resistencia. Semejante acto se atribuye á que los habitantes que odiaban á los ingleses por sus tropelías tanto como

© Biblioteca Nacional de España



CUADRO FORMADO EN BUSACO POR LA GUARDIA IMPERIAL

á los franceses obligaron á Cox á capitular.

Alarmada la Regencia de Portugal por ello y sospechando alguna trama, declaró traidores á los marqueses de Loule y Alorna, al conde de Ega y á cuantos seguían á los franceses.

Wellington, tranquilo y sereno, ni se alarmó por la derrota de Crawford, ni por la pérdida de Almeida, ni atendió el oficio del gobierno inglés, según el cual «S. M. vería con gusto la retirada del ejército antes de sufrir un peligro,» y si se replegó fué á la cordillera que tenía detrás estableciendo su cuartel general en Gorvea.

Massena, conducido por algunos portugueses traidores, se dirigió el 22 á Viseo. Los ingleses retrocedieron aparentemente pasando el Mondego por Peña-cova, é intercep-

© Biblioteca Nacional de España

tando el camino de Coimbra se situaron en la áspera cordillera que forma la derecha del Mondego.

El 27 se presentó Massena delante de Wellington que le aguardaba, librándose una sangrienta batalla en la Sierra de Busaco en que perdieron los imperiales dos generales y 4.000 hombres, cayendo heridos los generales Foy y Merle y prisionero el general Simón.

Sólo algunos cuadros formados por soldados de la Guardia, mantienen el terrible empuje de los guerreros de la Gran Bretaña, teniendo por último que ceder.

Los ingleses, por efecto de la ventajosa posición, sólo tuvieron 1.300 hombres fuera de combate.

Wellington, sin embargo, tuvo que repasar el Mondego al ver que Massena tomaba el camino de Oporto á Coimbra para batirle por la espalda, cometiendo la soldadesca todo género de excesos durante la marcha.

El coronel Trant, con las milicias portuguesas, batió á los franceses, sobre el Vouga, pero Massena, sin hacerle caso, se dirigió á sorprender Alcoentre y Alenquer (9 y 10 de Octubre), causando bastante daño á los aliados antes de que se acogiesen á las líneas de Torres Vedras.

Cuando Massena llegó ante esas famosas lineas, la obra maestra de Wellington, quedó asombrado y reunió consejo de generales que acordó no atacarlas sin recibir refuerzos, limitándose á bloquearlas.

Para cubrir algunos claros de las célebres líneas, España, olvidando la actitud pasiva de Wellington después de la batalla de Talavera y su abandono de Ciudad-Rodrigo, le envió al marqués de la Romana con 8.000 hombres, y á D. Carlos de España le ordenó que protegiese la villa portuguesa de Abrantes; y la Regencia portuguesa llamó todas las fuerzas armadas del país sobre los franceses que se vieron imposibilitados de todo movimiento, teniendo á la derecha el mar, con la costa ocupada por las tropas portuguesas; á la izquierda el Tajo; por la espalda las milicias portuguesas del Norte y la división de España, y al frente las tres formidables líneas.

Massena, al verse sin víveres, al notar la mucha gente que perdía, comprendiendo lo grave de su situación, levantó cautelosamente su campo la noche del 14 al 15 de Noviembre, en busca de posiciones menos arriesgadas hasta tanto que le llegaran los refuerzos pedidos.

De todos modos no era Massena, era Napoleón el que se veía obligado á dar un paso atrás.

Guadalajara.—D. Juan Martín (El Empecinado).—D. Nicolás Isidro.—D. Jerónimo Luzón.—D. José Mondedeu.—D. Vicente Sardina.—Saturnino Abuín.—D. Dionisio Isidro.—Don Pascual Ralla y Miravete.—D. José Bouzas.—D. Raimundo Hernando.—D. Luis Gutierrez.—D. Saturnino González.

Organizando las guerrillas de la provincia de Guadalajara permaneció el *Empecinado* desde Febrero de 1810, que regresó al Tajo, y continuó escarmentando la guarnición francesa de aquella ciudad.

Por ser poco ó nada conocidas, vamos á copiar las cartas que mediaron entre los franceses y el *Empecinado*.

En la carta del Intendente de la provincia de Guadalajara por el rey intruso D. Ramón de Salas, de fecha 21 de Enero de 1810, consigna dicho señor las *buenas cualidades que todos reconocen en el Empecinado*, y le exhorta á entrar al servicio de José, *rey bueno, amable y justo*, en cuyo nombre ofrece á D. Juan Martín *seguridad para su persona, protección para su familia y propiedades, todos los grados y honores de que goza, y los ascensos proporcionados á los servicios que haga*.

A esta carta, que repitió el citado Salas el 5 de Febrero, por no haber recibido contestación del *Empecinado*, acompañaba el adjunto seguro.

«El general Gobernador de Madrid, enterado de que el jefe *Empecinado* que salvó la vida al general Franceski, ayudante de campo del rey, solicita volver á la gracia y renocer la autoridad del rey, le da su palabra de honor de que pueda entrar personalmente en Guadalajara, gozando, como igualmente su familia, de la protección de las leyes del reino y del ejército francés.—*Belliard.*»

De la respuesta de D. Juan Martín, dada

© Biblioteca Nacional de España

en Sigüenza el 14 de Febrero, vamos á copiar los principales párrafos:

«Contaba diez y siete años cuando juré mi rey y mis banderas en el regimiento de caballería de España, de cuya indisolubilidad no puedo desentenderme hasta sacrificar mi vida, habiéndolo hecho ya de mis intereses y propiedades....

A los rendidos los he tenido por prisioneros sin ultrajarlos, siempre usando de la humanidad, como bien penetrado de ella, así al general Franceski como á los 17 oficiales y un mariscal, como á todos los otros...

Y cuando vivía persuadido de que esta conducta sería modelo para el ejército francés, me hallo con la lóbrega y cruel prisión de mi inocente y amada madre por espacio de seis meses en la carcel de Aranda de Duero; en la plaza de ésta nueve guerrilleros mios ahorcados, sirviendo de escándalo á la humanidad; otros cuatro en el ataque de Moernando irreligiosamente fusilados en Guadalajara; la inaudita sofocación de mi oficial D. Segundo Antonio Berdugo en Huete, ejecutada con la mayor tiranía. No fué ese mi porte con los prisioneros hechos el 24 de Diciembre en la villa de Mazarulleque, que pude haber degollado teniendo á la vista cuadro tan lastimoso...

Quiero morir por mi patria, y no me arredra el numeroso ejército francés...

¿De dónde saca el general Belliard la pecaminosa expresión de que yo pido *gracia* á D. José I, á quien no reconozco por mi soberano, y que es tan contraria á mi estimación con mi rey y con mi patria?

Mis subalternos y yo, desde nuestros primeros ensayos, ofrecimos gustosos nuestras vidas, y anhelosos buscamos la muerte por nuestra patria y nuestro rey, muerte que sólo intimida á los injustos, débiles y cobardes.»

En vista de la actitud del *Empecinado* y de su patriotismo, el 9 de Marzo envió el infame Salas una columna de 300 hombres de ambas armas para saquear á Sigüenza y su partido; trató de impedirlo el *Empecinado*, mas reforzada la dicha columna hasta el número de 500 infantes y 250 caballos, se retiró D. Juan Martín con ánimo de atacarla á la vuelta y por sorpresa. Con efecto, el 16, cuando sus jefes volvían orgullosos con el mucho trigo y otros efectos que habían robado, les atacó el *Empecinado* con sus 180 caballos, y 150 infantes al mando del valiente cura Tapia, que le ayudó en la empresa, y con unos 100 escopeteros de la provincia que llegaron una vez comenzada la acción, logrando que el enemigo abandonara la presa, perdiendo la mitad de su gente entre muertos y heridos. También salió herido el valiente guerrillero D. Mariano de Navas, primo del *Empecinado*, muriendo de sus resultas.

D. Bernardo Mayor, más conocido por el capellán de Fuente Espina, con una partida de 20 caballos, y á pretexto de defender la patria, saqueaba á los pueblos que acudieron en queja á D. Juan Martín, el cual se puso en busca de Mayor, le alcanzó en la villa de Atienza, desarmó á los suyos y envió al cura con la correspondiente sumaria á la Junta Superior de Guadalajara; ésta encargó de la revisión del sumario al doctor D. Pedro de Castro, quien lo prosiguió con tal parsimonia que á los dos meses se fugó Mayor, y pasándose á los franceses desplegó contra sus compatriotas toda la infamia que abrigaba su pecho.

Invitado por el mariscal de campo D. Luis A. Basencourt, comandante general de la provincia de Cuenca, para que le auxiliase contra algunas columnas francesas que amenazaban aquella ciudad por la parte de Tarancón, permaneció D. Juan Martín á su lado hasta que en el mes de Abril le llamó la Junta de Guadalajara para que aprisionase á un escuadrón de la división del marqués de Barrio-Lucio, que se le había desertado en el camino para Valencia, al que encontró en Atienza, desarmándole y enviándole á Cuenca.

Atraídos por su fama llegaban diariamente bastantes dispersos y no pocos patriotas, con los cuales organizó sus fuerzas el *Empecinado*, formando un batallón que al principio se llamó de *dispersos* y más tarde fué conocido con el nombre de *Tiradores de Sigüenza*, y otro de *Voluntarios de Guadalajara*, el primero al mando del joven y valiente D. Nicolás de Isidro y el segundo á las órdenes de D. Jerónimo Luzón, y aumentó la caballería hasta 250 plazas con las pre-

© Biblioteca Nacional de España

sas hechas al enemigo y algunos caballos sacados en requisición, dividiéndola en escuadrones y comandada por D. José Mondedeu, D. Vicente Sardina y D. Saturnino Abuín.

La guarnición francesa de Guadalajara, fuerte de 1.000 hombres, alarmada por el crecimiento de fuerzas del *Empecinado*, fortificó la ciudad y emplazó algunos cañones, no atreviéndose á realizar sus frecuentes merodeos sino cuando juzgaban á D. Juan Martín á muchas leguas, y aun así rara era la vez que no los alcanzaba y les obligaba á pagar caro su atrevimiento, como el 15 de Mayo en Solamillos que atacó á una columna de doble fuerza que la suya, causándoles muchos muertos, entre ellos el renegado Calvo, sobrino de Salas, cruel enemigo de España. ¿Pero qué más si hasta los guardias de la fortaleza y de las puertas tenían que mantenerse ocultos para no ser víctimas de los certeros disparos de los *empecinados*?

Sabedor de que 250 franceses estaban saqueando el día 18 de Mayo el pueblo de Villarejo de Salvanés, corrió á su encuentro, los alcanzó en Brea y fueron muy pocos los que se salvaron.

En todo el mes de Junio sostuvo varias acciones en las carreteras de Madrid con los destacamentos que guardaban la capital, de cuyos habitantes recibió obsequios y efectos de guerra.

Tan grave se juzgó el asunto por la corte del intruso y tan necesario destruir al *Empecinado*, que se confió esta misión al célebre general Hugo, quien ofreció concluir en breve con el insigne patriota, con sus *certeras* medidas y *enérgicos* procedimientos, como había concluído con los bretones y vandeanos, y salvar los accidentes del terreno de aquella provincia como había salvado los de los Abruzzos, nombrándole gobernador de Guadalajara, á cuya provincia se dirigió con 3.000 hombres de infantería y caballería, 12 piezas de artillería ligera y algunas contra-guerrillas formadas por españoles afrancesados, la mayoría de los cuales se pasaron á nuestro héroe.

El *Empecinado*, con el doble objeto de foguear á su gente y mostrar á Hugo que no le temía, mantuvo con él diversos choques.

Hugo dejó el 29 de Junio una guarnición de 1.200 hombres con dos cañones en Brihuega y otras fuerzas importantes en Sigüenza y en Torrelaguna. D. Juan Martín las atacó diversas veces obligándolas á no salir de sus madrigueras. Hugo aumentaba ó disminuía las fuerzas de estos cantones, y las hacía avanzar ó retroceder pensando engañar al *Empecinado*, quien regulando su conducta por la del general francés no caía en el lazo que éste pretendía tenderle, y, por el contrario, en diversas ocasiones, merced á sus rapidísimas marchas y á sus increíbles contramarchas, sorprendió las guardias de Guadalajara y alarmó las tropas francesas de Madrid, que ya le juzgaron dentro de la capital, llegando en una ocasión hasta meterse en la Casa de Campo, posesión real, á la que José iba con frecuencia (13 de Julio).

Mientras le creían ocupado en bloquear la guarnición de Sigüenza, dejó en observación de ella y de la de Brihuega dos pequeñas partidas, y con el resto cargó á la de Torrelaguna (16 de Agosto), haciéndola muchos muertos y prisioneros, y el 18 batía á la caballería enemiga que había salido á recoger víveres en Cifuentes, derrotándola por completo.

El 24 reunió sus guerrillas en Mirabueno para atacar la columna que volvía de relevar la guarnición de Sigüenza, aprisionándola 100 caballos de la partida franca del renegado Mesa, el cual se libertó por la ligereza del suyo, y aunque la infantería se abrigó en los montes les hizo 120 bajas antes de que volvieran á encerrarse en la ciudad.

Llevado de su noble corazón, al tener noticia de que una fuerza enemiga saqueaba la provincia de Soria, se puso en su seguimiento, y alcanzándola el día 29 en Retortillo la destrozó por completo. Los habitantes, tan sorprendidos como halagados por su noble acción, le enviaron varios regalos á la villa de Atienza, ofreciéndole cuantos auxilios necesitara para él y sus tropas. El *Empecinado* contestó con su habitual sencillez:

—He hecho lo que he debido; peleo por la nación, y ésta son todas las provincias, y sólo admitiré de los pueblos los víveres que necesite para mis valientes soldados.

© Biblioteca Nacional de España

La Regencia, en vista de tantas y tan grandes hazañas, le envió el despacho de brigadier de caballería de los ejércitos nacionales, sin que él lo esperara, ni menos se enorgulleciera por tal honra.

El general Hugo, comprendiendo que nada adelantaba en dirigir pequeñas columnas contra el *Empecinado*, salió en su seguimiento de Brihuega el 14 de Setiembre con todas las fuerzas disponibles, esperándole D. Juan Martín en Cifuentes, villa situada en una hondonada dominada por dos cerros, uno de los cuales está coronado por un castillo. Comenzado el combate á la una de la tarde duró hasta la noche, que pasaron los franceses recogidos en la villa, y cuando el *Empecinado* esperaba completar su derrota al siguiente día, vió con tanta sorpresa como indignación que la incendiaban y huían á Brihuega, y aunque destinó la mayor parte de su gente á atajar el incendio, con la otra que mandó en persecución del enemigo le hizo bastantes muertos y prisioneros.

Al ver escarmentados á los franceses, estrechó D. Juan Martín á la guarnición de Sigüenza, obligándola á abandonar esta ciudad, de la que se posesionó inmediatamente.

Aunque sus fuerzas ascendían á 1.500 infantes y 600 caballos, como necesitaba equipar su gente, impedir las correrías de los enemigos y auxiliar á varios pueblos de Castilla la Vieja, amenazados por los imperiales, apenas le alcanzaban para todo.

Mientras él se mantenía en Guadalajara bloqueando todas las guarniciones francesas y teniéndolas en alarma noche y día, don José Mondedeu, cumpliendo sus órdenes, pasó á Castilla, animó á los pueblos, desarmó á muchos malos españoles pasados á los franceses y demostró á los enemigos de Segovia y Aranda que sus leales habitantes no estaban desamparados.

Según un parte enviado por el asesor del *Empecinado*, Anselmo Rodriguez, ó sea nuestro amigo el Licenciado, á la Junta de Guadalajara fechado en Humanes el 3 de Octubre, D. Juan Martín «tuvo que detenerse en Cogolludo bastante indispuesto de resultas de un sorbo de licor que le ofreció un caballero al pasar por Jadraque, que al poco tiempo de beberlo sintió un gran fuego en todo el cuerpo, teniendo que desmontar en el campo, donde á fuerza de introducirse los dedos en la boca pudo arrojarlo.» El parte terminaba así:

«Se presume una traición, y del resultado avisaré á la Junta. ¿Matar al *Empecinado*? *¡Risum teneatis!*»

Nada de extraño tendría que los asesinos de D. Mariano Alvarez hubiesen apelado nuevamente al crímen para deshacerse de un enemigo, al que no tenía valor para vencer cara á cara.

El 18 de Octubre, ya restablecido, sorprendió el *Empecinado* un convoy de 600 hombres que de Brihuega enviaban los imperiales con paños y otros efectos, y á pesar del auxilio que les prestó la guarnición de Guadalajara, los franceses que lo custodiaban fueron muertos ó prisioneros en su mayoría, y el convoy cayó en su poder.

Apelaron los franceses á la traición para perder al *Empecinado*, y un tal Villagarcía fué el encargado de introducir la discordia entre sus oficiales, como lo verificó en Sigüenza (23 de Noviembre), en que llegó á colocar en el campo frente unos de otros á los guerrilleros, pensando que se amotinarían contra D. Juan Martín aquéllos á quienes éste no diera la razón; pero el *Empecinado*, que á todos los quería por igual, se presentó ante ellos, les habló, y á su cariñosa voz todos se retiraron á sus respectivos alojamientos, disipando con sus paternales consejos esta ligera nube.

Deseoso de que la inacción no hiciese reproducir tales escenas, dispuso que las fuerzas no estuvieran ociosas un momento, y para conseguirlo salió en dirección á Guadalajara, se extendió por la derecha del Henares, amenazando las guarniciones de aquella ciudad, de Brihuega, de Alcalá, y hasta de Madrid, cuya provincia alarmaba, conforme á la orden de 27 de Octubre que le envió la Regencia, reuniendo los muchos jóvenes que de ella se le presentaban.

El general Hugo, que había sufrido grandes pérdidas, se vió obligado á pedir refuerzos á la capital, que le envió el general Belliard, gobernador de Madrid, dirigiéndose el 7 de Diciembre á la villa de Henares con una columna de 2.500 infantes, 400 caballos

© Biblioteca Nacional de España

y dos obuses, con objeto de combatir y prender al *Empecinado*; mas no seguro todavía, apeló á la intriga, como lo prueban los documentos que vamos á trasmitir.

En la carta escrita al *Empecinado* por el general Hugo en Humanes el 7 de Diciembre, luégo de negar la derrota de Massena en Portugal y de enumerar las grandes cualidades de José, le decía:

«¿Qué dificultad puede haber en que V. sirviese á España bajo el reinado de José I, y que los valientes oficiales y soldados que tiene V. á su lado, así en infantería como en caballería, entrasen á su servicio y recibiesen una organización verdaderamente militar?—Si V. quiere conocer mis proposiciones, no solamente relativas á V. sino á todos sus oficiales y soldados, puede enviarme una persona de su confianza. Y si quisiere comprender en ellas á la Junta de la Huerta-Hernando, puede también hacerlo.»

El *Empecinado* le contestó desde Cogolludo el 8 de Diciembre, y luégo de ocuparse de los particulares referentes á la derrota de Massena, las cualidades de José y los españoles que le siguen, le escribía:

«Me admiran los sentimientos de humanidad que mostráis. Díganlo Cifuentes, Trillo, Duron, Ita, lugares del Valle, y cuantos pueblos habéis pisado. Yo que he visto vuestras obras no puedo creer vuestras palabras. —No os fatiguéis en tratar de apartarnos de nuestro honroso empeño. Y tened entendido, que si sólo quedara un soldado mío, aún no se habría acabado la guerra, porque todos ellos, á imitación de su jefe, han jurado guerra eterna á Napoleón y á los viles esclavos que le siguen. —Podéis decir á vuestro rey y á todos vuestros hermanos que el *Empecinado* y sus tropas morirán en defensa de su patria, porque jamás pueden unirse á unos hombres envilecidos, sin honor, sin fe y sin religión.—Me haréis el favor, para en adelante, de evitar toda correspondencia, y os aseguro con este motivo la más perfecta consideración.»

El *Empecinado*, que se dirigía en socorro de la guarnición de Soria, al saber que le buscaba el general Hugo, regresó á Cogolludo el 7, trabando un sangriento combate, del que se vió precisado á retirarse por Bustares á Atienza, pues las tropas enemigas, superiores en número y auxiliadas por una densa niebla, le seguían y le cogieron 26 prisioneros que llevaron á Jadraque, en cuya villa dejaron 600 hombres, saliendo el 12 con el resto de la columna para Atienza.

D. Juan Martín volvió valientemente á luchar con ella, les hizo algunos prisioneros en el monte de Atienza, mató el caballo de Hugo, y cargando al destacamento francés de Jadraque libertó los 26 prisioneros que le habían hecho en Cogolludo y le causó muchos muertos, no copando toda la fuerza porque parte de ella se encerró en el convento de la villa, apoderándose de muchos víveres con que alimentó á sus guerrilleros que estaban á media ración. Para libertar á Atienza de los imperiales, mandó un paisano á Hugo para que le avisase de lo que ocurría en Jadraque, con lo que el general la abandonó viniendo hacia la villa; pero el *Empecinado* salió de ella y tomó el camino de Brihuega: pensando Hugo que iba á atacar la guarnición de esta villa, marchó en su seguimiento; pero D. Juan Martín torció riendas y se dirigió á Sigüenza. El general francés viendo sus tropas aspeadas y muertas de fatiga, y con pérdida de la tercera parte de la fuerza, desistió de seguirle y se guareció en Guadalajara.

Aquella campaña en que el *Empecinado*, ora aparecía á la vista de Madrid, ora por el flanco se corría á la de Burgos, ora por retaguardia se mostraba en las de Soria ó Cuenca, ora dispersaba su gente en una provincia para reunirla de nuevo en otra, acabaron de acreditar su fama.

Sirvióle de poco al general Hugo, que se había jactado ante el intruso José de acabar en un plazo brevísimo con él su diligencia, ni su soborno, ni su valor, ni su diligencia, y tan grande como fué el triunfo del *Empecinado* fué desastrosa para la fama del general francés esta campaña.

Las hazañas de D. Nicolás Isidro, de don José Mondedeu, de D. Vicente Sardina y de D. Saturnino Abuín, los tenientes de don Juan Martín, quedan escritas en su mayoría en la reseña que acabamos de hacer con las de su jefe el *Empecinado* á cuyas órdenes combatieron.

© Biblioteca Nacional de España

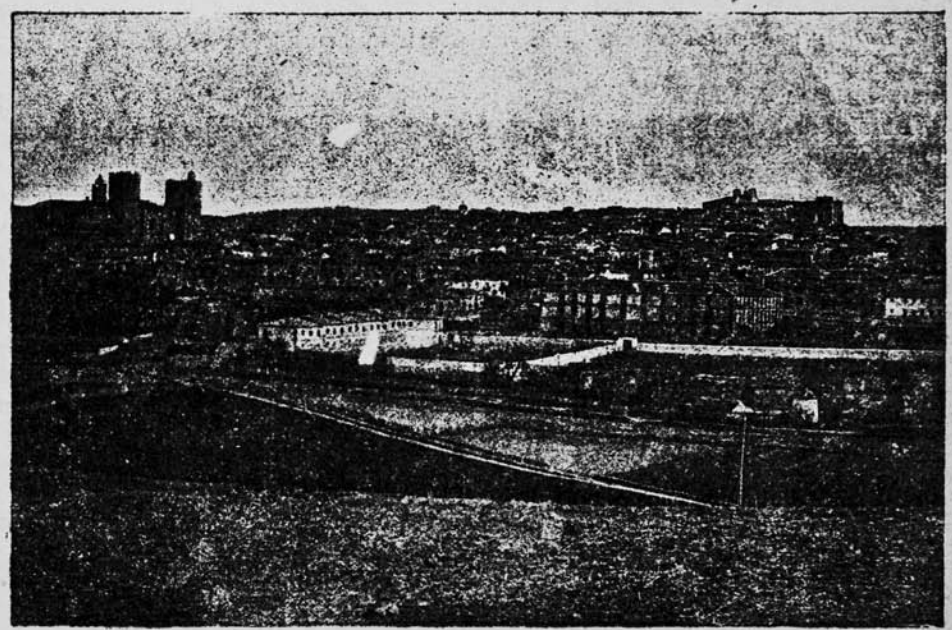
Consignaremos tan sólo que en la acción de Fontanar, el 28 de Mayo, Abuín y Sardina, con los guerrilleros de su mando, batieron á los franceses causándoles más de 60 muertos.

Por ella y por haber batido en los campos de Junquera y Marchamalo á 116 infantes y 80 caballos westfalianos, no aprisionándolos á todos por haber recibido varios sablazos que le separaron en sus dos falanges el dedo pequeño de la mano derecha fué Abuín nombrado capitán.

En el mes de Noviembre, hallándose en las cercanías de Molina de Aragón observando de orden de D. Juan Martín los movimientos del enemigo, fué atacado por 300 lanceros polacos, salvando su guerrilla con una retirada tan notable, que la Regencia premió haciéndole comandante por decreto de 24 de Diciembre.

* * *

D. Dionisio Isidro, hermano de D. Nicolás, é hijo como él de la villa de Usanos,



VISTA DE SIGÜENZA

en la provincia de Guadalajara, había seguido la carrera de la iglesia, ordenándose de presbítero en Alcalá de Henares.

En el mes de Enero de 1810, deseoso de combatir por su religión y por su patria, y entusiasmado con la gloria de su hermano, se presentó á la Junta de Guadalajara para que le destinase á los servicios más oportunos.

Admitido su patriótico ofrecimiento, fué destinado á las órdenes del *Empecinado*, quien le encargó, en unión de su hermano Nicolás, de reunir dispersos y alistar voluntarios para aumentar las guerrillas y formar los batallones *Tiradores de Sigüenza* y *Voluntarios de Guadalajara*.

En Febrero fué encargado de extraer la plata de la iglesia parroquial de Algete, lo que verificó sin miedo á la guarnición de Alcobendas, que salió contra él persiguiéndole hasta las cercanías de Cogolludo.

En Julio se le comisionó para la reunión de hombres, armas y caballos, y recogida de las alhajas de las iglesias en los pueblos de lá provincia de Madrid, con arreglo á las órdenes de la Regencia, á fin de impedir que cayeran en poder de los enemigos.

Cuando el ataque de las fuerzas del *Em-*

© Biblioteca Nacional de España

pecinado en el mes de Octubre á la guarnición de Brihuega, el cura D. Dionisio se batió como un héroe, recibiendo una peligrosa herida en la cabeza.

* * *

D. Pascual Ralla y Miravete, luégo de haber servido en los famosos *Tercios de Calatayud* y en los célebres *Fieles zaragozanos*, haciendo en ambos la guerra á los enemigos de España hasta el mes de Enero del año de 1810, en que de sargento segundo cayó prisionero en Cataluña en la acción del *Coll de Balaguer*, se fugó de las garras de los imperiales, y atraído por el renombre de D. Juan Martín, se presentó en su guerrilla, y el *Empecinado*, encantado de su valor, le hizo bien pronto sargento primero.

* * *

D. José Bouzas era un guerrillero que gozaba fama de audaz y de incansable.

Recorría con su partida la provincia de Guadalajara, recibiendo órdenes del *Empecinado*, á quien admiraba, y acudía á su voz siempre que éste le llamaba por muy alejado que se encontrase.

Al lado de D. Juan Martín se batió en Sigüenza el día 11 de Julio, mostrando una vez más el valor que poseía.

* * *

D. Raimundo Hernando y D. Luis Gutierrez capitaneaban dos guerrillas levantadas en la provincia de Guadalajara. Como Bouzas, y como todos los guerrilleros, Hernando y Gutierrez se sentían atraídos por el mérito y la gloria de D. Juan Martín, astro alrededor del cual se movían infinidad de satélites. Sabedores ambos de que el *Empecinado* se disponía á atacar la guarnición francesa de Sigüenza, solicitaron y obtuvieron de D. Juan Martín el honor de combatir bajo sus órdenes, mostrando un valor sereno y frío que el *Empecinado* elogió mucho.

Aunque Hernando y Gutierrez peleaban constantemente en la provincia de Guadalajara, esto no les impedía extender sus hazañas por la de Toledo y Madrid.

Sabedores los dos amigos de que en Colmenar de Oreja, pueblo situado á dos leguas de Aranjuez, á la derecha del Tajo, habían reunido los franceses bastantes caballos para su servicio, entraron por sorpresa en la población y se apoderaron de todos los que habían logrado juntar los imperiales.

* * *

D. Saturnino González era primo de don Juan Martín, y, como el malogrado Navas, jamás se separaba de él, y bien puede decirse que dormía á los piés del *Empecinado* y velaba su sueño como hermano cariñoso.

Encargado del mando de una guerrilla por D. Juan Martín, se opuso al paso de los enemigos en Villarejo de Medinaceli, cumpliendo las instrucciones que recibió del *Empecinado*, dando pruebas en toda la campaña de una resistencia á las fatigas y de un valor á toda prueba.

Madrid.—D. Casimiro Moraleja.—D. Justo Prieto.—D. Fernando Garrido.—El fraile.

«Como las abejas en derredor de las colmenas robadas revolaban junto á Madrid un enjambre de guerrilleros defensores del rey y de la patria.»

Esto dice el coronel alemán Schépeler, y á la verdad que con razón.

Las cercanías de Madrid hervían en partidas, y los habitantes de la capital, modelo de patriotas, las aumentaban con hombres, las auxiliaban con víveres, con dinero, con noticias y hasta con banderas que los condujeran al combate en nombre de España.

Hemos visto al *Empecinado* llegar hasta las puertas de Madrid; veremos á otros guerrilleros alarmar de contínuo á los franceses y obligar á José á no ir á los toros sino guardado por numerosas fuerzas, y á no salir de las tapias de la Casa de Campo por temor á ser cogido por las partidas. A tal punto inquietaron estos rebatos á los enemigos, que el conde de Laforets, embajador de Napoleón cerca de su hermano José, escribió el 5 de Julio al ministro Champagni, y luégo de

© Biblioteca Nacional de España

enumerar las sorpresas de las guerrillas y sus ataques á los convoyes, correos y avanzadas, le decía: *Nadie puede salir de las tapias de Madrid sin grave riesgo.*

* * *

En Agosto de 1810 D. Casimiro Moraleja, joven de 19 años, de gran ardimiento y bizarría, al frente de la guerrilla que había formado, luchó contra un gran destacamento francés en la Cuesta de la Reina llevándolos en huída hasta Aranjuez. Pensaban los franceses hallar en este real sitio su descanso y salvación, pero el joven Moraleja atacó á la guarnición del puente, mató seis hombres de los diez que la formaban, penetró en Aranjuez como un huracán, y obligando á los enemigos á evacuarlo, se apoderó de muchas cabezas de ganado de las que tenían reunidas.

El 2 de Setiembre batió á los enemigos en Añover del Tajo, no dejando escapar más que ocho de los 60 soldados que componían el destacamento, pudiendo añadir que el joven D. Casimiro llevaba en su guerrilla un patriota verdaderamente heróico, llamado Manuel Fernández, que en el citado combate mató por su mano 15 franceses (1).

En la noche del 17 al 18 de Octubre Moraleja pasó con sus guerrilleros el Tajo, y en unión de D. Juan Palarea batió á los franceses en el pueblo de Yancles, á cuatro leguas de Toledo.

* * *

Además de las guerrillas que dejamos citadas se contaban en la provincia de Madrid la de D. Justo Prieto, la de D. Fernando Garrido, la de *El Fraile*, y otras muchas.

Cuenca.—D. José Martínez de San Martín.

Era D. José Martínez de San Martín un patriota que de médico se había convertido en guerrillero, y si como lo primero había conquistado justa fama, como lo segundo alcanzó bien pronto un alto renombre.

De tal modo su fama fué creciendo, garantida por sus infinitas proezas, tantas y tan grandes victorias proporcionó á la patria en venganza del saqueo y de las atrocidades cometidas en las personas y los templos de Cuenca por los imperiales, que su guerrilla creció hasta convertirse en un batallón, y el médico de ayer, y el guerrero de hoy, se vieron pronto elevados al importante cargo de comandante general de la provincia de Cuenca á la salida de ella del general Bassencourt para Cataluña.

El 21 de Junio de 1810, una fuerza de 650 infantes, 150 caballos, un obús y un cañón de á cuatro, al mando del general Chassé, se dirigieron contra la importante villa de Alcaráz que ocupaba nuestro guerrillero, nombrado ya coronel, con 250 hombres de á pie y 50 contrabandistas montados.

San Martín les disputó tenazmente el paso al abrigo de la arboleda que hay antes de la villa, desde las primeras horas de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en que obligado por la superioridad de las fuerzas enemigas se retiró al pueblo: penetran en él los franceses, pero allí San Martín los forzó de nuevo á pelear; logran apoderarse por completo de la población, de la que huyen todos los habitantes, y San Martín abandona la villa protegiendo á los paisanos, y se hace fuerte en unas alturas, aguardando á los imperiales que no se atreven á atacarle, y se retiran al pueblo sin combatir.

Sobre la base de la guerrilla que San Martín mandaba, se creó el 17 de Agosto de 1810 el batallón llamado *Voluntarios de Alcaráz*, del cual formaron parte muchos hijos de esta villa deseosos de vengar la entrada en ella de los imperiales y el cual se reformó con fecha 1.° de Octubre.

Al frente de este batallón, y de cuantas fuerzas pudo crear, recorrió San Martín toda la provincia de Cuenca batiendo sin cesar á los imperiales.

En las orillas del Tajo escarmentó varias veces á la columna volante que capitaneaba en Tarancón el coronel francés Mr. Forestier, á la que causó numerosas bajas.

* * *

(1) Gaceta Nacional.

© Biblioteca Nacional de España

Toledo.—D. Juan Palarea (El Médico).— D. Toribio Bustamante.—D.ª Catalina Martín.—Doña Francisca de la Puerta.—D. Baldomero Torres.—D. Justo Prieto.—El Viejo de Seseña.—Ambrosio Carmena (El Pellejero).

En el mes de Abril de 1810 la Junta Central, en recompensa de sus muchos é importantes servicios nombró á D. Juan Palarea comandante de la partida de *Corsarios terrestres* que recorría la provincia de Toledo.

A principios de Agosto batió Palarea en las cercanías de Talavera á un destacamento francés apoderándose de las 60 caballerías que llevaba cargadas de víveres.

A fines del citado mes, y habiendo pasado á la provincia de Madrid, hallóse Palarea con los 100 guerrilleros que mandaba con 150 franceses de la guarnición del Escorial que, huyendo de él, se guarecieron en un bosquecillo muy espeso; mas Palarea prendiéndole fuego los hizo salir y los llevó en persecución más de dos horas causándoles las siguientes pérdidas: un oficial, un sargento, un tambor y 70 soldados muertos.

En el mes de Octubre cogió á los franceses un carro de plata de las iglesias de las cercanías de Madrid, que remitió á la Junta.

La noche del 17 al 18 del mismo mes, en unión de D. Casimiro Moraleja, pasó el Tajo Palarea, y cerca de Yancles, á cuatro leguas de Toledo, salieron al encuentro de 80 carros escoltados por 140 franceses. A la voz de *¡alto! ¡viva España!* rindieron las armas un teniente y 22 juramentados españoles, pero los franceses se defendieron con furor y se hicieron fuertes en una ermita. Se les intimó la rendición, y no queriendo rendirse se prendió fuego al edificio pereciendo cuantos no salían y se entregaban. El resultado fué quedar en el campo 98 cadáveres, entre ellos el coronel de la fuerza y seis oficiales, y prisioneros un médico, un cirujano, un oficial y 28 soldados; en una palabra, ninguno escapó de los que custodiaban el convoy.

El 22 entró Palarea en Ciempozuelos, donde se apoderó de 400 cabezas de ganado, así como de las balas y del papel sellado del rey intruso.

Marchó después hacia Valdemoro, y la guarnición francesa, que temía á D. Juan Palarea más que á una tormenta, se encerró en la casa-cuartel.

Persiguió después una descubierta de granaderos á caballo de la guarnición de Aranjuez hasta el puente de barcas, haciéndola varios prisioneros.

Por último, entró en Pinto, donde cogió algunos caballos.

En pocos días hemos visto á D. Juan Palarea combatir en Toledo y en Madrid, y mostrar en todas las acciones una intrepidez digna de la noble causa que defendía.

* * *

El guerrillero D. Toribio Bustamante *(El caracol)*, destacado sobre el Tajo para observar los movimientos del general Reynier, notició al general en jefe del ejército español, con fecha 19 de Julio, desde el Casar de Cáceres que, sabedor de que los enemigos pasaban el río por las barcas de Luria, Talabar y Almetur se dirigió el 18 á estas últimas donde había de 600 á 700 franceses de la otra parte del río. Peleó con un destacamento que encontró en la orilla derecha, rechazando los refuerzos que le enviaban de la otra parte en dos barcas, y obligándolos á retirarse con bastante pérdida. La suya consistió en un hombre y un caballo muerto. Recomendaba al general con todo empeño á sus guerrilleros Miguel Puyol y Francisco Muñoz por el señalado valor que habían mostrado.

El día 2 de Agosto, en una reñida acción sostenida en el puerto de Mirabete, murió peleando denodadamente este heróico patricio atravesado de dos balazos.

Triste destino el de Bustamante; nacido en Rioseco (Valladolid), donde ejercía el cargo de administrador de correos, al entrar los franceses en el mes de Junio de 1810, habían matado á un hijo suyo todavía niño y á su esposa, después de ultrajarla, y por último, vino á caer bajo las balas francesas.

* * *

Doña Catalina Martín era una joven de tan bello rostro como gran corazón. Vivía con su tío D. Toribio Bustamante en Rioseco,

© Biblioteca Nacional de España

y cuando después de la tremenda catástrofe ocurrida á esta familia, y que hemos reseñado, salió su tío á campaña, Catalina no quiso abandonarlo, y á su lado peleó constantemente, recibiendo en la acción del 29 de Julio una cuchillada en un brazo.

* * *

Atraída por la fama de esta joven, otra señora llamada doña Francisca de la Puerta, que había militado en la partida que mandaba D. Ventura Jiménez, y en la cual se había distinguido por un valor que admiraba por igual á españoles y á franceses, se alistó en la guerrilla de D. Toribio Bustamante, que peleaba en las orillas del Tajo á fines del año de 1810, teniendo el sentimiento de verle morir.

* * *

D. Baldomero Torres comandaba una guerrilla en la provincia de Toledo, con la cual tenía siempre en alarma á los imperiales.

En uno de los diferentes combates que sostuvo contra los enemigos en las cercanías de la villa de Navalmoral de Pusa, mató 36 franceses y logró apoderarse del convoy que custodiaban, compuesto de 70 vacas y varias acémilas cargadas con víveres y efectos de bastante valor (Julio de 1810).

* * *

D. Justo Prieto había nacido en 1788 en Villaluenga de la Sagra, una de las principales villas de la provincia de Toledo.

Ardiendo en amor patrio, el 1.º de Setiembre del triste año de 1808, se presentó á las autoridades de Villaluenga ofreciéndose para defender la patria por todo el tiempo que durase la guerra con Francia.

Destinado al regimiento de caballería del Sagrario, ascendió en poco tiempo á cabo segundo y luégo á primero en recompensa de sus méritos.

En la desgraciada batalla de Ocaña quedó prisionero de los imperiales, pero logró fugarse, tomando parte en las batallas del Puente de Almaráz y de Talavera.

Afiliado luégo á la guerrilla que mandaba su paisano D. Juan Palarea, prestó en ella importantes servicios, no habiendo sido el menor haber salvado la vida á su jefe que en una de las acciones cayó en poder de los imperiales.

Más adelante proseguiremos la relación de los méritos y hazañas llevadas á cabo por D. Justo Prieto, cuyo valor rayaba en la temeridad, como podrán ver nuestros ilustrados lectores.

* * *

El *Viejo de Seseña*, villa de la provincia de Toledo, era uno de los patriotas más exaltados de la época, y á pesar de sus años, que se acercaban á los sesenta ó á *tres duros*, como se decía entonces y él repetía frecuentemente, mostraba en la defensa de España y en la persecución de los franceses el corazón y la agilidad de un mozo de veinte.

Al frente de su partida, y en unión de la de Palarea, entró por sorpresa en Valdemoro el 4 de Octubre, aprisionando seis oficiales y muchos soldados, cogiendo 28 caballos, varias mulas, 4.000 cartuchos, algunos barriles de polvora y una buena cantidad de dinero.

A seguida marcharon á Aranjuez, y se apoderaron también de varios efectos del enemigo.

El *Viejo de Seseña* era uno de los guerrilleros que traían alarmados á los franceses de la capital, habiendo llegado en diversas ocasiones, y sólo por apuesta, hasta la misma Casa de Campo en ocasión de hallarse paseando por ella el intruso José, haciéndole sufrir el susto consiguiente.

* * *

Ambrosio Carmena *(El Pellejero.)*

Desde que conocimos su historia nos sentimos profundamente conmovidos.

El sino que Carmena trajo á la vida no pudo ser más triste.

La desgracia del Pellejero nos atrae como atrae el abismo, y á la verdad que abismo bien oscuro é insoldable fué al que le arrojaron los bárbaros imperiales.

© Biblioteca Nacional de España

Ambrosio Carmena había nacido en 1785 en el pueblo de Argés, á dos horas escasas de la ciudad de Toledo.

Tundidor de pellicas, de donde procedía el apodo con que vulgarmente era conocido, sugeto de bien á carta cabal, buen cristiano y hombre de nobles sentimientos, era muy querido en Argés y en toda la comarca.

Cuando España se vió invadida por los franceses, Ambrosio pensó en levantar una guerrilla y lanzarse al campo, mas hacía pocos días que se había casado con una hermosa joven, á la que adoraba, y no tuvo valor para abandonarla.

Pero estaba escrito sin duda que perdiese este bien y con él la felicidad de que gozaba.

Después de la batalla de Talavera, ocurrida en Julio de 1810, entraron los soldados del ejército comandado por el intruso José en el pueblecito de Argés, y no satisfechos con saquear todas las casas, y muy especialmente la de Carmena, de la que se llevaron hasta las aves del corral, un sargento hallando á la esposa de Carmena joven y linda la violó brutalmente ayudado de algunos camaradas de los que como él habían sido alojados en casa del *Pellejero*.

Por suerte ó por desgracia, cuando el hecho ocurrió, Carmena no se encontraba en Argés.

Al regresar por la noche á su pueblo, contento y satisfecho por un buen negocio que había realizado en Toledo, le halló ocupado por los imperiales, lo cual le produjo un gran disgusto, si bien celebró la oportunidad de su llegada á fin de estar al cuidado y defensa de su querida Gregoria, puesto que no ignoraba las malas mañas de los soldados napoleónicos.

Apresuró el paso ansiando llegar más pronto á su casa, y apenas puso en ella los pies cuando se ofreció á su vista un cuadro tristísimo: su adorada Gregoria yacía en un lecho desmayada, asistida por algunos parientes y amigos, en tanto que de la cocina partían los gritos de alegría, las risas escandalosas y los sacrílegos juramentos en idioma extraño de algunos soldados.

¡Terrible contraste!

En la sala Gregoria desmayada, casi espirante, algunas mujeres llorando y varios hombres lanzando miradas terribles á los enemigos de la pátria; en la cocina el sargento y sus compañeros apurando botellas de vino, gritando como energúmenos y entonando canciones inmorales...

A un lado el dolor, al otro la orgía.

Bien pronto supo Carmena la extensión de su desgracia.

Todo el alcázar de sus doradas ilusiones había venido al suelo...

El espíritu del mal, envidioso sin duda de su felicidad, la había destruído en un momento...

¡Adios placeres inefables de la juventud, adios alegrías santas del hogar, adios esperanzas, adios todo!

¡Ah! y cómo se reprochaba Carmena en este instante el no haber acudido antes á la defensa de la madre patria, considerando lo que le había acontecido como un castigo del cielo!

De buen grado Ambrosio habría penetrado en la cocina y á tiros y puñaladas habría concluído con los que habían violado á su esposa, robándole la dicha que disfrutaba en su tranquilo retiro... Pero esto equivalía á morir sin vengarse y á privar á su mujer y á la patria de un marido y de un hijo.

Lágrimas de sangre vertían los ojos de Carmena.

Las horas que el *Pellejero* pasó en esta incertidumbre fueron negras como un ataud y largas como una eternidad.

Su patria invadida y su esposa violada le exigían de consuno terrible y pronta venganza. Ambrosio se la ofreció, y no era hombre el *Pellejero* de faltar á un juramento.

Procuró disimular su disgusto, aunque en este combate del alma dejara pedazos de su corazón, y hasta sonrió á su esposa, con la sonrisa del mártir cuando ésta volvió en sí.

Gregoria al tornar de su desmayo se arrojó en los brazos de Carmena vertiendo un mar de lágrimas; Ambrosio la estrechó en ellos y deslizó en su oído estas dos palabras:

—Serás vengada.

Gregoria levantó la cabeza y pareció recobrar la vida que había perdido.

.....

.....

Los franceses, después de apurar algunas

© Biblioteca Nacional de España



AMBROSIO CARMENA (EL PELLEJERO)

botellas de vino, se habían quedado profundamente dormidos en la cocina.

Carmena tomó de la mano á Gregoria y bajó con ella á la calle.

—Espérame aquí, la dijo.

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó ella temblorosa.

—Pronto lo sabrás.

El *Pellejero* entró en el taller y se apoderó de una gran cuchilla que escondió bajo el chaleco.

—¿Te ayudo?—le preguntó Gregoria con resuelta actitud.

—Para vengarte me basto y me sobro yo.

Y se lanzó á la escalera, que subió con el mayor silencio.

Al llegar al último peldaño aplicó el oído.

© Biblioteca Nacional de España

Sólo se oía la respiración fatigosa de los franceses completamente borrachos.

Carmena penetró en la cocina con gran sigilo, y de un sólo golpe mató al sargento, autor de su afrenta, y de otras dos cuchilladas á sus compañeros.

En aquel momento la luna, hasta entonces oculta por las nubes, penetrando por la ancha ventana de la cocina, logró abrirse paso y alumbró el sangriento cuadro.

El *Pellejero* contempló á sus pálidos rayos la obra de su venganza y sonrió con una risa fatídica.

Al volverse vió en el marco de la puerta á Gregoria armada de otra cuchilla. La esposa venía á prestar su ayuda al esposo si por acaso la necesitaba.

Los dos cambiaron una mirada que era todo un mundo. No era preciso que se hablaran, se habían comprendido. Gregoria, como la famosa Chiomara de la historia, podía exclamar:

—«Dos hombres vivos no podrán alabarse de haberme poseído.»

Reunidos los dos, salieron á la calle.

—Estos son los primeros, dijo Carmena á Gregoria con acento siniestro, después... después los que Dios quiera.

—¿Á donde vamos?— preguntó ella.

—Á casa de tu hermano.

Llegados que fueron á la casa en que el hermano de Gregoria se hallaba reunido con algunos amigos, en espera sin duda de lo acontecido:

—Ya está vengada Gregoria,—dijo Carmena dirigiéndose á todos: sólo falta ahora vengar á la patria, y para eso me marcho al monte.

—Y yo contigo, respondió su cuñado.

—Y yo, añadió otro joven que aprendía el oficio de tundidor en casa de Carmena.

De allí marcharon todos á la casa del cura á pedirle su bendición, y á seguida partieron para Toledo, en cuya ciudad dejó Ambrosio á Gregoria en lugar seguro, encaminándose á sus celebrados montes desde los cuales, y á las pocas horas, hizo comprender á los franceses que no se juega impunemente con la libertad de una nación de tan alta historia como la nación española, ni con la honra de sus nobles hijos.

Nunca pudieron esperar los imperiales que el ultraje hecho á su esposa lo hiciera pagar el *Pellejero* con tantos franceses como cayeron bajo su mano, y cuyo número, cuando nuestros lectores lo conozcan, ha de parecerles casi increíble, por lo cual y de antemano les garantizamos ser tan cierto como la luz del sol.

La Mancha.—D. Ventura Jiménez.—D. Juan Gómez.—Manuel Adame (El Locho).—Francisco Sánchez (Francisquete).—D. Martín Almarza.—D. Miguel Díaz.—D. León de Eguía.—D. Fernando Cañizares.—D. Mateo Vélez de Guevara.—D. Francisco Ureña (El cura).—D. Francisco Abad (Chaleco).—D. Manuel Pastrana (Chambergo).—D. Juan Antonio Orovio.—Don Francisco Laso.—D. Alejandro Fernández.—El Capuchino.—D. Juan Vélez y Negrillo.

Veamos lo que ocurría en la Mancha y Extremadura.

El 6 de Enero de 1810, sabedor el célebre guerrillero D. Ventura Jiménez de que un destacamento francés estaba moliendo trigo en el molino del Arco, sobre el Guadiana, y en el inmediato lugar de Valverde otra fuerza enemiga, hizo una rápida marcha de siete leguas de noche, y antes de amanecer sorprendió al primero, matándole cuatro hombres, haciendo varios prisioneros y cogiendo nueve galeras y 20 mulas cargadas de harina. Los de Valverde, al enterarse de este suceso, trataron de huir por un vado del Guadiana, pero Jímenez salió en su persución y les hizo algunos muertos y prisioneros antes de pasar el río.

Tuvo noticias en Alcolea de que salían 500 hombres de Ciudad Real en su seguimiento, y como sus fuerzas no llegaban á la tercera parte se replegó á un monte inmediato, donde los esperó, sosteniendo con ellos un nutrido fuego desde la salida del sol hasta las tres de la tarde en que se retiraron los enemigos dejando en el campo 20 hombres muertos, algunos heridos, ocho caballos y 34 mulas cargadas de trigo.

En San Clemente se apoderó después Jiménez con sus guerrilleros de una conducta de dinero, matando y apresando á los conductores, y á poco detuvo á una señora francesa que iba para Madrid, dejándola en libertad, pero apresando los 150.000 reales que llevaba.

© Biblioteca Nacional de España

El 18 de Marzo, después de ahuyentar en la villa de Puertollano una columna de 1.000 franceses, obligándola á abandonar el trigo y demás efectos que había sacado á los pobres pueblos, la persiguió tenazmente, cogiendo de paso en Miguelturra dos carros con algodón y una carga de alhajas de oro y plata.

A seguida marchó á Ciudad Real, donde había 200 franceses que se encerraron atemorizados en el hospicio, y después de tres horas de fuego, en que les causó muchas vajas, salió de la ciudad, situándose en las inmediaciones.

A los pocos días entró por sorpresa en Villarrubia y pasó á cuchillo á toda la guarnición francesa que allí había.

Encontrándose Jiménez en la villa de Garlitos, á fines de Abril, con su guerrilla, compuesta de unos 100 hombres, se vió atacado por una columna de 600 infantes y 100 caballos que ansiaban vengar las derrotas que diariamente les causaba este valiente partidario; pero burlándose de la superioridad del número, se retiró en buen orden, y aunque los iba excitando para que le atacasen, los franceses, temerosos de alguna emboscada, no se atrevieron á hacerlo.

Pocos días le quedaban de gloria para su nombre y de honra para la patria.

El día 17 de Junio, reforzado con otras guerrillas, acometió Jiménez á un cuerpo francés junto al puente de San Martín de Toledo. En el combate se le desbocó el caballo, llevándole á las filas enemigas, y aunque mató dos de los ocho soldados que le rodearon fué herido mortalmente de dos cuchilladas y de un pistoletazo.

Como fieras se arrojaron sobre él los franceses, procurando apoderarse del cuerpo del insigne patricio para mutilarlo quizás, según su bárbara costumbre...

¡Qué locura!

Estaba allí su segundo; estaba el heróico D. Juan Gómez que, matando tres franceses por su mano y poniendo á los otros tres en fuga le sacó con vida de entre las garras de sus enemigos; y aún hizo más, que fué completar la derrota que había comenzado Jiménez, cogiendo todo el convoy de granos y ganados que custodiaba la columna francesa atacada y que se pronunció en revuelta fuga.

Conducido á Navalucillos, pueblo situado en una hondonada ó falda de unos cerros que lo circundan principalmente por el Norte y el Este, falleció á los pocos días el valeroso D. Ventura Jiménez.

Llevaron su cadáver hasta el cementerio, situado en las afueras del pueblo, á la parte Sur, en las inmediaciones de una ermita dedicada á la Virgen de las Saleras, todos sus guerrilleros, que solicitaron este grande honor, y que se relevaban de tiempo en tiempo, siguiéndoles todo el pueblo, vestidos hombres y mujeres de riguroso luto.

De todos fué llorado por igual el insigne guerrero: para los pueblos había sido un padre; para sus guerrilleros un hermano; para la patria un noble hijo.

En la *Gaceta* decía la Regencia:

«España acaba de perder uno de sus mejores defensores en la persona de D. Ventura Jiménez, muerto de resultas de las heridas recibidas en servicio de Dios, de la patria y del rey.»

* * *

D. Juan Gómez era, según creemos, un joven estudiante, que, como Javier Mina, Abecía y tantos otros, habían abandonado el libro por la espada, acudiendo en defensa de la patria y luchando sin tregua ni descanso para reconquistar la independencia y con ella la derrota de los invasores.

Acompañó constantemente á D. Ventura Jiménez, y no tardó en seguirle al sepulcro víctima de su valor y de su intrepidez.

* * *

No quedó huérfana de jefes la guerrilla, pues los hombres que la componían elevaron á este puesto á Manuel Adame *(El Locho)*.

Había nacido Adame el año de 1785 en Ciudad-Real, de padres tan humildes, que él en la primer época de su vida había guardado cerdos, de donde provenía el apodo que le daban, y más tarde, cuando creció en años y en fuerzas, se dedicó á jornalero.

Cuando la invasión francesa sentó plaza

© Biblioteca Nacional de España

de soldado, pero disperso en una de las acciones volvió á la Mancha y entró en la guerrilla de D. Ventura Jiménez, en la que se distinguió por una audacia extremada.

Muertos los jefes D. Ventura Jiménez y D. Juan Gómez, los guerrilleros, por acuerdo unánime, le señalaron para el mando.

Si el puesto era de honor, lo era también de peligro; mas el *Locho* aceptó, y su guerrilla fué una de las que más se distinguieron en aquella grandiosa epopeya.

*
* *

D. Francisco Sánchez *(Francisquete)* proseguía su carrera de triunfos.

En el mes de Abril de 1810 sorprendió un destacamento de 120 franceses que había en Lillo, y aunque trataron de refugiarse en las casas ante la amenaza de incendiarlas si no se rendían, todo el destacamento se entregó prisionero.

El día 10 de Mayo cogió *Francisquete* un gran convoy compuesto de 60 carros cargados de tabaco, pólvora y otros efectos, sin que el valor desplegado por los franceses que lo custodiaban sirviera más que para hacerlos morir bajo los terribles trabucos y las certeras escopetas de los guerrilleros de *Francisquete*.

El día 17, dos soldados de su partida, que iban de avanzada, se apoderaron, entre los montes de Consuegra y Mora, de las balijas que llevaban un correo francés y otro español; corrió en su auxilio la escolta que los custodiaba, compuesta de 50 soldados, pero acudió *Francisquete* con los suyos y echaron á huir.

En la tarde del 24 de Mayo se encontró con una partida de 400 infantes y 90 caballos que se dirigían desde Alcázar de San Juan á la Mota del Cuervo, y no quiso retirarse sin causarles algunas bajas.

Por orden de *Francisquete*, su segundo, el joven y bizarro partidario D. Martín Almarza, apresó luégo tres carreterías de sal en las cercanías de la villa de Santa Cruz de la Zarza, sosteniendo para ello un rudo choque con los 50 soldados que las custodiaban, y de los cuales mató 13, llevándose cuatro prisioneros, y con ellos las tres carreterías de sal.

El día 20 de Julio acometió *Francisquete* á un destacamento de 80 dragones que custodiaban en las cercanías de Toledo 30 toros que los franceses pretendían hacer lidiar en esta ciudad á los españoles el día de Santiago, patrón de España, para mayor escarnio, cogiendo los toros y llevándose prisioneros la escolta y los vaqueros.

La diversión de que se vieron privados los imperiales, la disfrutaron en cambio los españoles, pues los toros cogidos fueron lidiados en Ajofrín, villa de 2.000 habitantes, situada en una gran llanura, no lejos de la famosa sierra de Lagos, pueblo en que D. Francisco Sánchez contaba con muchos y muy buenos amigos.

El día elegido para la fiesta lo fué el mismo 25 de Julio, en que se conmemora por la iglesia el Santo Apóstol Santiago, patrón de España.

Avisados por los guerrilleros y los habitantes de Ajofrín, llegaron multitud de forasteros, dispuestos á tomar parte en la función.

Era la vispera, y en la casa del Ayuntamiento se hallaban reunidos D. Francisco Sánchez *(Francisquete)*, el cura párroco, el alcalde, todos los regidores del Ayuntamiento, el médico y algunas personas principales de la villa.

Abajo, en la plaza, y alrededor de la hermosa fuente de cuatro caños, se discutía con gran calor en todos los grupos sobre la oposición del cura á la fiesta y á la corrida.

Y con efecto, en el gran salón de la Sala Capitular se discutía el asunto.

Negábase el cura á autorizar la fiesta, pretestando las graves circunstancias en que nos hallábamos, sin que ninguno de los asistentes osase contradecirle, por más que en su interior no fuesen de la opinión del párroco.

Después de un largo rato de silencio, se levantó *Francisquete* y dijo:

—La suerte de la patria, señor cura, no ha de cambiarse porque mis guerrilleros y sus parientes y amigos se diviertan, ni los franceses van á salir de España porque no se celebre la corrida.

—Es cierto,—se atrevió á decir el alcalde.

—Ustedes saben—añadió D. Francisco con

© Biblioteca Nacional de España

triste acento,—que desde que los franceses invadieron á España y desde la horrorosa muerte que dieron á mi inolvidable hermano la alegría ha concluído para mí.

—Lo sabemos,—contestó el síndico.

—Es mucha verdad,—añadieron algunos vecinos.

—Pero el que yo esté triste, no es una razón para que quiera que todos lo estén, pues sería el colmo del egoismo.

Además, señor cura, esos toros que mis guerrilleros desean lidiar, y para cuya fiesta han convidado á sus parientes y amigos, muchos de ellos venidos de largas distancias, son suyos, puesto que los han apresado exponiendo sus vidas.

—Mas, la patria...—dijo el cura.

—La patria es lo primero, pero ¿cuándo mis soldados han dejado de combatir por ella?

—Tiene mucha razón D. Francisco,—exclamó el síndico.

—Son unos héroes,—gritaron todos.

—Déjelos usted, pues, que hoy se diviertan los que ayer sufrían. ¡Quién sabe si mañana vivirán los que hoy pretenden reir!

—Sea como usted quiera,—respondió el cura, que comprendía las razones de *Francisquete* y veía que en la Junta ninguno le apoyaba.—Pero, ¿y si viniesen los franceses?

—¡Carape! pues es verdad,—dijo el alcalde.

—*¡No importa!* — contestó sonriendo *Francisquete*.

—¿Cómo que no importa?—preguntó alarmado el médico.

—Los recibiremos—contestó *Francisquete* con firme acento,—y los derrotaremos como siempre.

Además, por precaución, algunos guerrilleros y paisanos armados, al mando de mi teniente Martín Almarza, que es todo un valiente, vigilarán los caminos y pasos difíciles, y después serán relevados por otros á fin de que todos puedan gozar de la fiesta.

¿Y luego no es una satisfacción que esa fiesta de que pretendían ellos gozar sea para nosotros, y que esos toros que pensaban ellos hacer lidiar hayan caído en nuestro poder y se lidien por nosotros y sólo para nosotros?

—Tiene razón nuestro paisano,—dijeron el síndico y el médico.

—Tio Paniagua—gritó el alcalde,—salga usted á la plaza, y con voz de pregón haga saber que mañana habrá toros, porque Dios, el señor cura, el señor *Francisquete*, la autoridad y la patria lo quieren.

Apenas el tío Paniagua apareció en la plaza, reinó un silencio sepulcral. Al terminar su peroración, de la que los campesinos sólo sacaron en limpio que había toros, resonaron los más grandes aplausos, y por todas las calles de la villa se desparramó la gente para anunciar á sus familias y á sus amigos la buena nueva.

¡Admirable carácter el de estos hijos de España. Ni la fortuna los engríe, ni los reveses los abaten!

Cantan y bailan al borde del precipicio sin temor y sin pena, y mueren con la risa en los labios.

Al amanecer del siguiente día se celebró en la iglesia una gran función en honor del santo patrón de España.

Cuando llegó el sublime instante de alzar la Hostia consagrada, la corneta de los guerrilleros batió marcha y los soldados de *Francisquete*, aquellos hombres curtidos por el sol, avezados á todos los peligros, indiferentes y descreídos, cayeron al suelo de rodillas y elevaron sus oraciones al Ser Supremo en demanda de auxilio para su amada patria y de perdón para sus culpas.

Terminada la misa comenzó la procesión.

Todas las casas ostentaban en los balcones y ventanas las más lujosas colgaduras.

Las calles estaban alfombradas de hierbas, de romero, de albahaca y de anís que con tanta profusión se cría en Ajofrín, embalsamando el aire.

La procesión salió de la iglesia parroquial, edificio de antigua y sólida construción, que se halla en una buena plaza, y después de recorrer algunas calles se dirigió al convento de monjas de Santo Domingo, fundado en el año de 1611 por doña Juana Criado, y penetró en su pequeña iglesia para adorar el Santo Cristo de la Agonía, que en ella se guarda, y solicitar su divina protección en favor de la noble España.

A las doce había terminado la función

© Biblioteca Nacional de España

religiosa, y al toque del Ave María todos se dirigieron á sus casas para comer, según el uso y costumbre de los españoles de aquel tiempo.

Desde las dos de la tarde, la gran llanura en que se asienta Ajofrín se hallaba inundada de gentes, así de la villa como de los pueblos vecinos.

Los habitantes principales de Nambroca, Burguillos, Almonacid, Chueca, Sonseca y Mazarambroz llegaban en animados grupos formados por pueblos, por familias, por amigos.

Algunas mujeres venían en cómodas jamugas, otras á la grupa del caballo de su hermano ó de su novio, y otras más valerosas montaban solas la paciente borrica.

Por todos los caminos se veían los carros, llamados de violín, con una gran sábana á modo de toldo, llenos de mújeres, escoltados por algunos hombres á caballo y armados con escopetas, y más lejos, entre una nube de polvo, la pesada carreta atestada de mozas que entonaban canciones populares al son de la ruidosa pandereta ó de las alegres castañuelas.

Los mozos, que iban á pie, contestaban á las canciones de las muchachas con otras no menos picantes.

La bota corría de mano en mano y el chiste de boca en boca.

Gritaban las mozas porque los jóvenes hacían cosquillas á sus cabalgaduras y las obligaban á salir al trote, produciendo caídas, risas y chanzonetas; sonaban las mulas las sonoras campanillas de sus colleras, chascaban el látigo los ginetes, juraban los conductores, y todo era bullicio, risas y alegría.

Al llegar á la villa, de todas las bocas salió un grito de admiración, y á la verdad que el caso no era para menos.

En la citada llanura se había improvisado la plaza para la lidia, formado la valla con troncos de árboles, cerrado el recinto con todos los carros y carretas que había en el pueblo, y cubiertos los tablados destinados á D. Francisco Sánchez, á los curas, al Ayuntamiento y personas principales de la villa con lienzos y cortinas de damasco sostenidas por altos palos.

En todos los rostros se pintaba la más viva alegría.

Algunas familias habían acudido para abrazar á sus hijos y parientes, guerrilleros de *Francisquete*.

Otras muchas llegaban atraídas por el ruído de la fiesta predilecta de los españoles, que no en vano había escrito ya el ilustre Jovellanos su famoso opúsculo titulado *Pan y toros*.

En los tendidos improvisados, en los carros y galeras llenos de gente ansiosa de contemplar la lidia, desde ellos, en la valla, en el mal llamado redondel, en todas partes no se hablaba más que del chasco dado por *Francisquete* y sus guerrilleros á los imperiales robándoles los toros con que pensaban divertirse.

La corrida se celebró entre la más franca alegría y el contento más extraordinario.

Algunos guerrilleros y paisanos lidiaron á los toros con esa destreza y esa bravura, patrimonio especial de los españoles; así es que todas las suertes fueron aplaudidas con frenético entusiasmo.

En aquel momento nadie se acordaba de que España se hallaba invadida por los extranjeros, y el que se acordaba no vacilaba en decir:

—*No importa*, los echaremos mañana.

Y conste que así lo creía.

Terminada la corrida comenzó el Rosario, que salió de la iglesia parroquial y dió la vuelta á todo el pueblo.

La escena tenía algo de fantástica. Los lujosos estandartes, los grandes faroles, las voces de los clérigos acompañadas por el fagot, las mil y mil luces de los asistentes las paradas de tiempo en tiempo para que el maestro de capilla cantase los *Misterios*, las voces de los asistentes que contestaban á las de los clérigos, todo daba al acto, en aquella hora solemne, un tinte especialísimo.

La noche, una hermosa noche de Julio, se pasó al aire libre: cerca de las viñas y olivares se encendieron hogueras, se hizo la cena y se comió en familia partiendo unos con otros cuanto llevaban.

A seguida comenzó el baile, y las toledanas demostraron en él que nada tenían que

© Biblioteca Nacional de España

envidiar para bailar manchegas á las celebradas hijas de Valdepeñas ó Daimiel.

La guitarra, ese instrumento puramente español, que á veces parece que ríe y otras que llora, que igual suena alegre y contento como triste y quejoso, que es poético al al pie de la reja de la mujer amada, bullicioso en el campo en día de gira, ó melancólico en las manos del hombre desgraciado; la guitarra, decimos, acompañó en aquella hermosa noche los mas lindos cantares.

Los guerrilleros, que se distinguieron en el baile, como se habían distinguido en la corrida, eran obsequiados á porfía en todos los corros.

Para ellos fueron en aquella hermosa noche las dulces miradas de las jóvenes, los tiernos abrazos de las ancianas, los cariñosos apretones de manos de los hombres.

Moza hubo que dedicó á los guerrilleros coplas como la siguiente, acompañada de ardientes miradas:

Por más que de nosotras
álguien murmure,
somos las toledanas
en amor, dulces.

—

Veinticinco parroquias
tiene Toledo,
y veinticinco abrazos
pide mi dueño.

La melodiosa guitarra, la bulliciosa pandereta, las alegres castañuelas, los dichos picantes, las alegres carcajadas, las tiernas miradas hacían coro á las coplas.

Hubo también canciones improvisadas entonadas por la dulce voz de una mujer:

Guerrillero valeroso
Que combates á la Francia,
Cuenta siempre con mi amor
Si libertas á mi España.

Copla que fué acogida con estrepitosos aplausos, seguidos de juramentos de los guerrilleros de morir por la patria y el amor.

Cuando las primeras luces del nuevo día asomaron por el Oriente, sonó un prolongado toque de corneta, y todos se pusieron en pie, comprendiendo que había llegado el triste momento de la separación y quizás de una separación eterna.

De pronto apareció D. Francisco Sánchez, caballero en un brioso alazan, regalo del alcalde, y con voz resuelta gritó:

—¡A caballo!

Cinco minutos después los 200 guerrilleros se hallaban sobre los caballos formados en una extensa línea al mando del bizarro teniente Martín Almarza.

—Esos toros, dijo *Francisquete*, volviéndose al cura, que en unión del alcalde y otros muchos vecinos le acompañaban, que sean repartidos por los alcaldes de los pueblos asistentes á la fiesta en relación al número de sus habitantes. Son nuestros, los hemos cogido jugándonos para ello la vida y queremos hacer este obsequio á nuestros paisanos. ¿No es cierto, muchachos?

—Sí, sí;—contestaron todos.

—¡Viva *Francisquete!*—gritó el alcade.

—¡Viva! respondieron miles de voces.

—¡Viva España!—exclamó D. Francisco, —esta patria querida por la que hemos salido al campo. ¡Y ahora muchachos, á galope, hacia la Mancha, que devastan los franceses, á vencer ó morir!

Y clavando las espuelas al fogoso bruto que relinchaba de gozo, y á fin de evitar una escena tristísima de lágrimas y suspiros de las familias y amigos de sus guerrilleros, partió á todo galope.

En aquel momento el corneta se adelantó á todos batiendo marcha.

Las campanas de la iglesia de Ajofrín, las del convento de monjas dominicas y de las tres ermitas de la villa fueron echadas á vuelo.

Las mujeres, con los ojos llenos de lágrimas, saludaban á los guerrilleros con el blanco pañuelo.

Los paisanos, con el sombrero en la mano, los vitoreaban sin cesar.

Y el sol, como si deseara tomar parte en aquella patriótica fiesta, apareció espléndido y brillante en el horizonte.

Pocos días después se presentaba *Francisquete* en el Tomelloso desafiando á la guarnición francesa. Componíase ésta de 200 infantes y 40 caballos, y sólo cuando recibió un refuerzo de 60 soldados y 50 caballos se atrevió á salir hasta las eras en donde nuestros guerrilleros cargaron con tal ímpetu

© Biblioteca Nacional de España

que les causaron en muy poco tiempo 50 bajas, entre muertos y heridos, por lo que los franceses se retiraron inmediatamente.

Sabedor de que por las inmediaciones de Consuegra iba á pasar un importante convoy de 70 carros con cartuchos, plomo y otros efectos, sin cuidarse de la importante fuerza de dragones franceses que lo escoltaban, los atacó de improviso *Francisquete* en una revuelta del camino, trabando un reñido combate que dió por resultado apoderarse del convoy y causar á los franceses 60 bajas.

Por toda la Mancha alta y baja se formaban nuevas guerrillas que eran el azote de los soldados napoleónicos.

***

D. Fernando Cañizares y D. Mateo Vélez de Guevara, Vocales de la Junta de Almagro, alarmaron, al frente de los suyos, todo el campo de Calatrava, sosteniendo varios choques con el enemigo, todos favorables á la causa nacional, apoderándose de 140 caballos que los imperiales tenían reunidos en el valle de la Alcudia, así como del administrador enviado allí por el intruso José.

***

En el mes de Abril de 1810, el bravo don Isidro Mir tuvo una refriega con los franceses junto á Miajadas, en que les causó 150 bajas entre muertos y heridos, cogiéndoles además varios prisioneros y algunos caballos y efectos.

El 9 de Agosto obligó al destacamento francés, que guardaba el castillo de Malpica, á que lo abandonase, matándole al oficial que lo mandaba y á varios soldados. El destacamento que los enemigos tenían en la villa de Cebolla quiso acudir en socorro de sus compañeros, pero el bizarro Mir le impidió el paso del Tajo, y para verificar la retirada tuvieron que hacerlo al abrigo de tropas que acudieron en su auxilio de Talavera y de la Puebla de Montalbán.

Las pérdidas de Mir fueron escasas, si bien lamentó toda la guerrilla la de un heróico tambor que, llevado de su arrojo, se adelantó á todos sus compañeros é insultó á los franceses, recibiendo la muerte.

***

D. Miguel Díaz era otro de los célebres guerrilleros de la Mancha, y comandaba una partida á la que había bautizado con el nombre de *Guerrilla de Fernando VII.*

Con ella acometió al destacamento francés que había en Puerto-Lapiche, villa situada entre dos sierras que la dominan por Este y Oeste y cuyos alrededores baña el río Gigüela y sus afluentes los arroyos Valdenierzo y Valdelazarza. El combate fué rudo y sangriento, y costó la vida á 52 soldados imperiales, cayendo además 28 de ellos prisioneros en poder de Díaz.

En el mes de Julio cogió un importante convoy compuesto de 14 carros de á cuatro mulas, que remitió á Valencia, matando 15 dragones de los 50 que lo custodiaban, aprisionando á cinco y huyendo los restantes.

Poco después supo D. Miguel Díaz que en Infantes había una columna de 300 infantes y 50 caballos enemigos, y apareciendo en dicha villa por sorpresa echaron á huir los franceses al ver á nuestros guerrilleros, dejando en sus manos armas, municiones y otros efectos.

Díaz, ayudado por el vecindario, se ocupó en destruir las fortificaciones que los imperiales habían levantado en el pueblo.

El 11 de Octubre se halló frente á frente de una columna de 300 dragones que escoltaban algunos carros, entre Consuegra y Villarrubia, y á pesar de sus escasas fuerzas los atacó con su acostumbrada intrepidez, haciéndoles 10 muertos y 14 heridos, y apoderándose de los carros que iban cargados dos de raciones y los otros de efectos militares.

Sabedor de que llegaba otro gran convoy de Madrid para Andalucía, se apostó entre Santa Cruz y Valdepeñas. Avistada la columna enemiga, que venía custodiándolo, fuerte de 300 soldados, destacó contra ella una avanzada de 30 hombres para que rompiesen el fuego, y enseguida mandó á su segundo, D. León de Eguía, que la atacase por la derecha mientras él lo hacía por la

© Biblioteca Nacional de España

izquierda, logrando derrotarla y ponerla en fuga.

Las guarniciones francesas de Santa Cruz, Manzanares, Infantes y la Solana salieron en su persecución, procurando cercarle; pero Díaz y sus guerrilleros, peleando como leones, consiguieron abrirse paso y retirarse sin más pérdida que seis hombres muertos y 11 heridos. En cambio los imperiales tuvieron entre ambas acciones 60 soldados muertos, muchos heridos y ocho prisioneros con sus caballos.

***

El cura D. Francisco Ureña mandaba la guerrilla que llevaba por nombre *Cruzada de la Mancha*, y desde que había salido á campaña contaba sus días de combate por sus días de gloria.

El día 19 de Junio de 1810 se acercó osadamente á Ciudad Real para batir la columna que de esta población salía en dirección á la villa de Almadén: valerosamente se defendían los imperiales, pero el intrépido cura logró hacerles 90 bajas en dos horas, obligándoles á encerrarse de nuevo en Ciudad Real y buscar su salvación en el Hospicio, que tenían convertido en un castillo.

El día 27 sorprendió á los destacamentos franceses que salieron de Almagro, haciéndoles retroceder y parapetarse en la plaza que tenían fortificada.

Deseosos de vengar esta afrenta salieron 200 soldados, pero fueron perseguidos por Ureña hasta los caballos de frisa que circundan la plaza. Avisado de que llegaban otros 100 hombres en socorro de los de Almagro, les salió al encuentro, les mató algunos, y una vez puestos en fuga se retiró tranquilamente á la villa de Valenzuela.

Al siguiente día, y sin que ellos pudieran imaginarlo, los sorprendió el bizarro cura, penetrando en Almagro y obligándolos á encerrarse de nuevo en la plaza, causándoles en ambos días más de 100 bajas.

Prevenido de la llegada á Puerto-Llano de una fuerte columna francesa, corrió en su busca, y á vista del pueblo trabó con ella una sangrienta acción, que dió por resultado la derrota de los enemigos, que perdieron 120 soldados entre muertos y heridos, entre ellos un coronel y cuatro oficiales, contra 16 hombres que tuvo de baja la guerrilla.

El día 31 de Julio, en las inmediaciones del Visillo, atacó á 50 soldados que iban custodiando varias cargas de plomo, mató 18, huyeron los restantes, y las cargas quedaron en su poder. Furiosas salieron en su busca las guarniciones de Manzanares, Valdepeñas, Santa Elena y la Carolina, hallándole unido con D. Francisco Abad. Las guerrillas de ambos tan sólo componían 150 peones y 250 ginetes, número infinitamente menor al de los imperiales, pero aun así aceptaron el combate, que duró seis horas, y aunque el enemigo huyó favorecido por la oscuridad de la noche, y la derrota no fué completa, nuestros patriotas le hicieron 70 bajas, entre ellas un coronel.

***

Era D. Francisco Abad *(Chaleco)* uno de los guerrilleros á quienes la suerte había destinado para ocupar un alto puesto en la milicia, á la que profesaba especial vocación.

La historia de este valeroso patricio es una de las más bellas. La idea de la independencia patria arraigó en su pecho el amor á la libertad de España, por la cual no vaciló en dar generosamente su sangre, como lo prueba toda su vida consagrada á su proclamación y su defensa.

Al frente de una guerrilla, compuesta de hombres tan audaces como entusiastas, tan valerosos como patriotas, recorrió los campos de la Mancha, ciñendo siempre á su frente el laurel de la victoria.

En el mes de Junio de 1810 destrozó por completo un destacamento de 40 caballos que había salido de Infantes; acudió en su socorro otro de igual fuerza, pero si del primero habían podido salvarse 20, del último sólo volvieron á Infantes ocho.

El día 31 de Julio batió con el cura don Francisco Ureña á las guarniciones reunidas de varios pueblos, según acabamos de ver.

El 6 de Setiembre luchó contra varias partidas enemigas que custodiaban algunos carros, por el camino de Valdepeñas á Man-

© Biblioteca Nacional de España

zanares, causándoles 18 muertos, entre ellos el teniente coronel de ingenieros D. Pedro Grinda, español juramentado al servicio del intruso José.

Sabedor de que una columna de 200 infantes y 50 caballos venía guardando un convoy de varios carros cargados de uniformes, bombas y pertrechos de guerra, le aguardó emboscado, y lanzándose sobre él, al grito de *¡Patria* y *Libertad!* entabló con los enemigos un encarnizado combate que duró largo tiempo. Por fin triunfó la buena causa, y los franceses eharon á huir, dejando abandonado el convoy y tendidos en el campo, muertos y heridos, 80 hombres.

Activo é incansable, llevando siempre en su mente la imagen de la patria, D. Francisco Abad se emboscó entre la antigua é importante villa de Consuegra y la Venta del Alamo, para esperar y sorprender otro convoy que, escoltado por 100 hombres, se dirigía á Madridejos. El ataque de los guerrilleros de Abad fué tan inesperado, y el choque tan rudo, que los enemigos, sin cuidarse de la defensa del convoy y atendiendo tan sólo á la propia salvación, apenas supieron que tenían enfrente al heróico *Chaleco* y á sus temibles guerrilleros, echaron á huir tenazmente perseguidos por los nuestros, que, creciéndose con el triunfo, parecían gigantes.

Todo el rico convoy, compuesto de 60 carros, quedó en poder de D. Francisco Abad, y sobre el campo de batalla, tendidos y abandonados por sus compañeros, 40 soldados muertos y 20 heridos.

* * *

D. Manuel Pastrana, más conocido por *Chambergo*, á causa del sombrero que usaba ordinariamente, fué otro de los caudillos que más se distinguieron en la reconquista de nuestra independencia, y sus correrías por la Mancha, Toledo y Madrid llegaron á ser famosas.

El día 25 de Julio de 1810 tuvo la osadía de entrar en Ciudad Real, ocupada por los franceses, sacar preso al alguacil mayor, un mal español, pasado al intruso José, y llevarlo á Miguelturra, rica villa de la Mancha, de más de 1.000 habitantes, situada en una llanura.

Perseguido D. Manuel Pastrana por los imperiales, se hizo fuerte con sus 30 guerrilleros en el vado y puente cercano al molino del Malvecino, en el Guadiana, rechazando por tres veces á los 120 franceses que le acometieron, y que al fin se retiraron desistiendo de su temeraria empresa con 28 hombres menos.

En el mes de Agosto peleó entre Miguelturra y Almagro contra una columna de 120 infantes y 80 ginetes, y después de una sangrienta lucha en que los guerrilleros de *Chambergo* parecieron multiplicarse, la pusieron en fuga, matándola 15 soldados, hiriendo otros muchos y tomándola gran cantidad de efectos que abandonaron.

En el mes de Noviembre pasó D. Manuel Pastrana á la provincia de Madrid, en la que llevó á cabo nuevas proezas en favor de nuestra independencia nacional.

* * *

D. Juan Antonio Orovio comandaba una guerrilla de 100 caballos, con la cual derrotó el 10 de Julio de 1810, en las cercanías de Daimiel, á un numeroso destacamento francés, al que obligó á encerrarse en la torre de San Pedro de aquella villa, penetrando en Daimiel y quemando en la plaza todas las órdenes y papeles procedentes del rey intruso, y habría copado el destacamento á no haber acudido en su auxilio los de Manzanares y Villarrubia, con más otro de Ciudad Real con artillería. No quiso, con todo, retirarse Orovio sin cambiar algunos tiros con los imperiales que llegaban; y con efecto, antes de que la columna que venía de Ciudad Real pudiese avanzar, trabó una sangrienta pelea con los destacamentos de Villarrubia y Manzanares, parapetado tras unos olivares, y no abandonó el campo á los enemigos sin causarles 50 muertos y otros tantos heridos; á fin, exclamó, de que los *franchutes* conservasen de él buena memoria.

* * *

D. Francisco Laso era, según nuestros informes, un rico hacendado de Almodóvar del

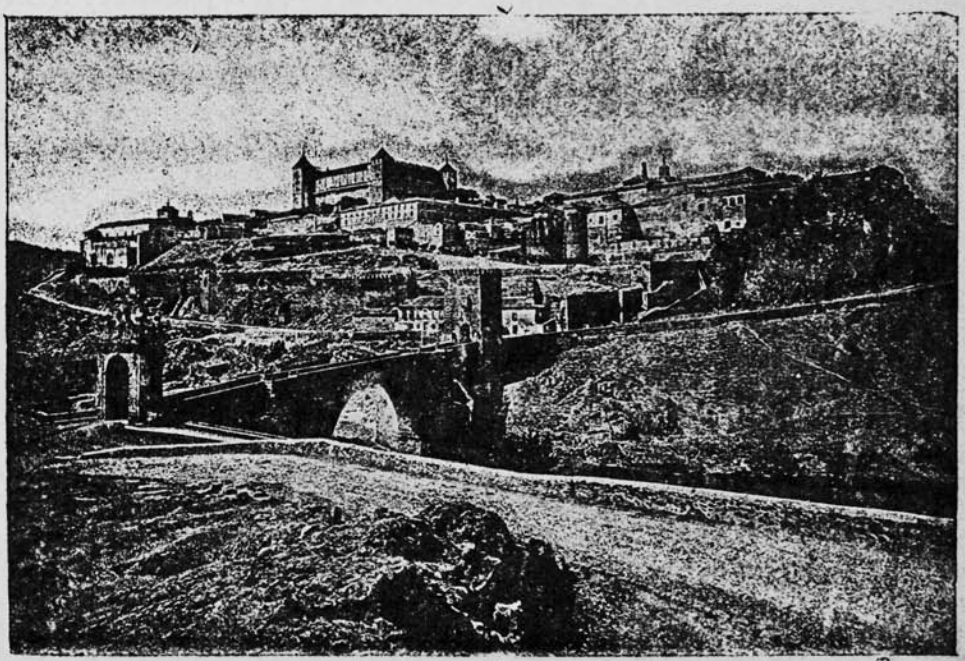
© Biblioteca Nacional de España

Campo, populosa villa de la Mancha, situada en la falda de la sierra de Santa Brígida, ramal de la famosa Sierra Morena, y en terreno llano en su mayor parte.

Excitado su patriotismo ante las desgracias de la patria y las infames correrías de los franceses, levantó en el mes de Julio de 1810 una partida de 80 caballos, con los cuales tomaba justa venganza de la invasión y del pillaje de los soldados napoleónicos.

* * *

En la villa de Agudo se formó, por el esforzado patriota D. Alejandro Fernández, una guerrilla compuesta de seis dependientes del resguardo, que llegó á aumentarse en breve tiempo hasta constituir una fuerza



VISTA DE TOLEDO

que tomó por nombre *Húsares de Ciudad Real*.

D. Alejandro Fernández y sus esforzados compañeros, recorrían todos los pueblos de la Mancha, obligando á los imperiales á permanecer encerrados en las villas que ocupaban con numerosas guarniciones.

* * *

Claraco, Giraldo y Huertas componían tres guerrillas, y en realidad una sóla, pues la mayoría de los hechos que realizaron fueron unidos.

De tal modo constituían una verdadera trinidad, que donde estaba el uno bien podía asegurarse que se hallaban los otros.

Relaciones de amistad y paisanaje habían unido á estos tres hombres, á cuya sola presencia huían los imperiales temerosos de una derrota.

* * *

El *Capuchino*.

Con este nombre se conocía en toda la Mancha alta y baja, y aun en las provincias de Toledo y Madrid, la guerrilla capitaneada por un fraile capuchino, cuyas hazañas, por lo arriesgadas y venturosas, rayaban en

© Biblioteca Nacional de España

lo inverosímil. Unas veces unido con Abad, otras con Palarea, otras con *Chambergo* y muchas solo, el *Capuchino* había conquistado justa fama entre los más renombrados guerrilleros de la Mancha.

* * *

Cuando el general D. Juan de Zeraín vino á guarnecer la villa de Almadén en nombre del Gobierno nacional, procuró, de acuerdo con la Junta de Córdoba, la formación de una partida de guerrilleros á caballo.

Levantóla en breves días el antiguo militar D. Juan Velasco y Negrillo, y se compuso de 160 hombres, paisanos y soldados dispersos.

Estos soldados, á los que algún escritor ha tratado de zaherir llamándolos *desertores*, ni abandonaban las banderas de la patria, ni esquivaban la defensa de España, ni vacilaban en arriesgar su vida peleando contra los imperiales. Lo que había es que muchos soldados, cansados de tantas y tan continuadas derrotas y de volver á sus regimientos para ser otra vez batidos, se dirigían á sus provincias, y unidos á los naturales de ellas, en terreno conocido, á las órdenes de un jefe de su elección y casi siempre vencedores, pasaban á engrosar las guerrillas formadas ó servían de núcleo para la creación de otras nuevas, en las que prestaban utilísimos servicios, por su ejercicio en el manejo de las armas y por sus conocimientos militares, que en muchas ocasiones servían al jefe de gran provecho.

Para la creación y sostenimiento de la guerrilla formada por el Sr. Velasco y Negrillo, los vecinos de Almadén, tan patriotas como desinteresados, suministraron 50 caballos de marca, ensillados, viniendo el resto, así como el vestuario y las armas, de Córdoba y Sevilla.

Esta guerrilla, luégo de prestar notables servicios á la patria, derrotando á los franceses é impidiendo sus expediciones contra los míseros pueblos, fué agregada, en clase de guía y avanzada, al ejército de la Mancha, en el que se distinguió notablemente.

* * *

Rioja.—D. Ramón de Corres.—D. Bartolomé Amor.—Fray Jacobo Alvarez.—D. Ignacio Alonso Cuevillas.—Salazar.

Deshecha la partida del cura D. Vicente Cenzano por la muerte de su jefe, el joven Corres marchó á alistarse en la de Javier Mina, quedando, á la prisión de éste, bajo las órdenes de su tío D. Francisco Espoz y Mina, á cuyo lado combatió en todas las acciones, mostrando aquel valor y aquellos talentos militares que habían de conquistarle los más altos puestos.

* * *

Amor continuaba sus campañas en la Rioja contra los franceses, á pesar de que esta provincia se hallaba ocupada por un ejército de 14.000 hombres, pertenecientes en su mayoría á la Guardia imperial.

En los primeros meses del año de 1810 formó Amor el batallón denominado *Voluntarios de la Rioja* y un escuadrón al que tituló *Húsares de la Rioja*.

Con objeto de no carecer de armas ni de municiones, estableció en Montenegro una armería, y fijó en Lumbreras, villa situada en la Sierra de Cameros, la construcción de uniformes para sus guerrilleros.

En el mes de Mayo descendió á la villa de Ezcaray, situada en un pequeño valle, regada por el Oja y rodeada de altas montañas, que al Mediodía forman el puerto de la Demanda, donde atacó á un escuadrón de lanceros polacos, llevándolos en precipitada fuga, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles nueve prisioneros y 30 caballos.

En el mes de Julio bajó Amor á la ciudad de Nájera para proveerse de sillas y calzado, y no llevaba dos horas en el pueblo cuando recibió aviso de que 170 dragones de la Guardia imperial venían á todo escape para atacarle.

No se intimidó Amor, y saliendo con su guerrilla de Nájera, fué á esperar á los enemigos en el estrecho paso del monte de San Antón, cargando con tal ímpetu sobre los batidores franceses, que retrocediendo éstos, presa del mayor espanto, desordenaron á los dragones que pretendieron huir en el estrecho paso; pero la confusión llegó á tal punto,

© Biblioteca Nacional de España

que vinieron á caer la mayoría bajo los sables de los húsares de Amor, que los llevaron en huída hasta las puertas del cuartel de la villa de Navarrete. El resultado de este combate fué la muerte de 50 dragones y la toma por los nuestros de 40 caballos y algunos prisioneros.

Como premio á los méritos contraídos por D. Bartolomé Amor, primero á las órdenes de Porlier y luégo solo, fué nombrado en el mes de Agosto comandante general de la Rioja, con orden de formar en Cameros una Junta de Armamento y Defensa que él mismo debía presidir, á fin de allegar nuevos medios para combatir á los enemigos y arrojarlos de la Rioja.

El general Roquett, con cuatro columnas de infantería y 500 caballos, se puso en persecución de Amor, pretendiendo apoderarse de su armería, que Amor condujo á los montes de Montenga.

El día 6 de Setiembre, reforzado Amor por Durán y las guerrillas que éste mandaba en Soria, aceptó la batalla que le presentaron los imperiales en Yanguas, lugar situado en la orilla izquierda del Cidacos, en los confines de la Sierra de Cameros; y aunque las fuerzas bonapartistas eran muy numerosas, los nuestros se batieron con tal heroísmo que la Regencia les confirió un escudo de distinción.

El general Roquett, que mandaba las fuerzas enemigas, fusiló cruelmente á los 20 prisioneros que hizo á las guerrillas, y aprovechando la vuelta de Durán á Soria, prosiguió con mayor empeño la persecución de Amor; pero éste hábil como buen guerrillero, dueño de toda la Sierra de Cameros, y conocedor del país, colocaba siempre sus gentes en estrechos desfiladeros, en pasos difíciles, en posiciones ventajosas, desde las cuales diezmaban á los imperiales; visto lo cual llamó Roquett en su auxilio á las divisiones de Doloustier y Quessell, con propósito firme de hacer que Amor abandonase su inexpugnable guarida de la Sierra.

En tres meses las citadas divisiones cruzaron la Sierra en todas direcciones, fatigadas, rendidas, y en lugar de las ventajas y triunfos que se habían propuesto, sólo alcanzaron pérdidas enormes, descalabros parciales, humillaciones sin cuento.

¿Qué hacer?

Apelar con Amor, como con Renovales y Sarasa y el Empecinado al sistema del soborno y de la seducción, y hacerle grandes promesas de grados y dinero si abandonaba la causa de su patria y entraba al servicio de Napoleón.

Amor, que á causa de esos tres meses de constante lucha tenía sus tropas fatigadas, sin ropas y casi sin armamento, pidió á los generales enemigos tiempo para contestar y una suspensión de hostilidades entre tanto, que los generales aceptaron, bajando con sus divisiones á los llanos del Ebro, y Amor entró en Anguiano (1.º de Diciembre), villa de 1.500 habitantes, situada al pie de la Sierra de Cameros, separada del barrio de Cuevas por el río Najerilla, con un puente que los pone en comunicación.

Resueltos á no ocultar la verdad vamos á reseñar sucesos harto tristes.

El brigadier Eraso quiso abrogarse en la provincia de Soria facultades que no tenía, en mengua de la autoridad de que Amor había sido revestido, y así se lo hizo éste saber.

Aguardaba D. Bartolomé en la villa de Enciso la respuesta, cuando se vió atacado en su alojamiento por Eraso y los suyos, y al asomarse á una ventana de la casa le asestaron una descarga.

Salvado milagrosamente, pudo Amor pasar á nado el río Cidacos, á cuya orilla izquierda se halla la villa, quedando á merced de Eraso sus guerrilleros y oficiales, que, unánimes, se negaron á seguir al nuevo jefe, como igualmente se negó Amor al proyecto de Eraso de unir á las fuerzas de éste las suyas y pasar á Navarra para desarmar todas las guerrillas de Espoz y Mina, declarando que las fuerzas españolas no debían emplearse jamás unas contra otras sino todas en defensa de la patria.

* * *

El monje bernardo fray Jacobo Alvarez proseguía su carrera de triunfos en la Rioja.

En el mes de Julio de 1810, entre Nájera

© Biblioteca Nacional de España

y Logroño, atacó á un destacamento compuesto de dragones franceses que iban custodiando un correo, obligándoles á huir y apoderándose del correo, el cual, según luégo se supo, conducía pliegos de la mayor importancia que interesaban vivamente á la defensa de España.

* * *

D. Ignacio Alonso Cuevillas, que así peleaba en la Rioja como en Castilla, como en Navarra, como en las Provincias Vascongadas, se habia situado en Valmaseda, villa de 2.000 habitantes, edificada en un angosto paso entre la orilla izquierda del Cadaqués, y al pie de un cerro en forma de pirámide irregular, de muy difícil acceso y subida, separándola de los elevados montes que la dominan los barrancos de los arroyos Salecillo y Abeducar que la cortan por Norte y Sur y se unen al citado río.

En estos montes sostuvo Cuevillas un sangriento combate con las tropas del general Avrie, en que los nuestros hicieron tales prodigios de valor que el general fué el primero que apeló á la fuga, dejando en poder de Cuevillas la caja militar y sobre aquellos cerros más de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

* * *

Salazar con su guerrilla seguía prestando notorios servicios á la causa nacional, unas veces solo y otras unido á diversos guerrilleros.

Cuando la acción sostenida por Amor en Nájera contra los franceses que venían en su persecución (10 de Julio), Salazar se presentó en socorro de su compatriota, á quien ayudó en gran manera en la derrota de los enemigos.

Inmediatamente pasó á la provincia de Burgos, y en unión del cura Merino atacó á la guarnición francesa de Covarrubias, acción que se vió coronada por una completa victoria.

* * *

Burgos.—D. Jerónimo Merino.

Con tanta honra para él como para la causa nacional siguió combatiendo D. Jerónimo Merino todo el año de 1810.

Prevenido por sus valedores y expías, que eran muchos y muy buenos, de que una división francesa compuesta de 2.000 hombres se dirigía á Valladolid (22 de Enero), resolvió atajarla el paso, y para ello se emboscó en las cercanías de la importante villa de Dueñas.

Los imperiales, cuyo gran número parecía ponerles á cubierto de toda sorpresa marchaban descuidados y alegremente cuando se vieron acometidos por los briosos españoles con tal rapidez y acierto, que sin dar crédito á sus ojos y pensando tan sólo en librarse de los trabucos y los sables de los guerrilleros, se produjo entre ellos un desórden y un pánico tal que Merino pudo acuchillarlos á su sabor, obteniendo uno de los mayores triunfos de su vida, puesto que los franceses tuvieron de pérdida sobre 1.500 hombres, no logrando entrar en Valladolid más que unos 200.

El 19 de Febrero sorprendió el bizarro cura en Torralba otra columna que se dirigía á Soria, compuesta de españoles juramentados ó *Josefinos*, y franceses, y toda cayó en su poder, salvo los muchos muertos que quedaron tendidos en el camino.

Las sorpresas y victorias de Merino rayaban en lo increíble.

Enumeremos algunas.

El 21 del mismo, en Villaciervos, sorprendió á la guarnición de Soria que venía en busca de dicha columna, á la que hizo replegar á su fuerte, con pérdida de más de 100 hombres.

El 29 de Marzo en Estépar batió á una escolta numerosa que acompañaba la correspondencia, á la que acuchilló, haciendo prisioneros 70 hombres de caballería del regimiento de húsares número 10.

El 3 de Abril, en Ontoría del Pinar atacó á 100 gendarmes que pasaban de Burgos á Soria, y por su obstinada resistencia perecieron todos.

El 7 del mismo, en Quintanar de la Sierra, de una columna de 300 hombres que iba á exigir contribuciones, sólo se salvaron

© Biblioteca Nacional de España

unos 30 que se dispersaron por los montes.

El 3 de Mayo, en Quintanar de la Puente, con 250 caballos y 50 infantes, derrotó á 2.000 franceses, cogiéndoles 45 prisioneros, 300 fusiles y 800.000 reales en dinero, con un convoy considerable que escoltaban para Burgos.

El 6 de Junio sorprendió en la venta de Guimar á una gran partida enemiga que conducía un riquísimo convoy á Burgos, consistente en dinero y otros efectos.

Dueño de todo, repartió el oro entre sus soldados, distribuyó también las prendas, y sólo se reservó para sí... una docena de medias de seda.

Poco después fué testigo Almazán de terribles escenas. Un hermano de Merino, conocido por el *Majo*, quiso con noble emulación ser partícipe de sus victoriosos trofeos. El 9 de Julio se abrazaron ambos llenos de gozo, y juraron sacrificar sus vidas en obsequio de la santa causa que defendían.

No se desprendieron casi de los brazos, cuando tuvo Merino aviso de que venían sobre Almazán 1.500 franceses de la guarnición de Soria.

Mandó aprestar al punto la gente, y en breve se trabó el combate, sostenida su partida por el batallón de numantinos, compuesto de 500 reclutas.

A las primeras descargas cayó víctima de su arrojo su infortunado hermano. Enardecióse más el enérgico carácter de Merino con la ansiedad de vengar aquella muerte.

Siete horas duró el combate, pero la superioridad del enemigo obligó á la retirada, después de haberle causado una pérdida de 200 hombres entre muertos y heridos, teniendo Merino por su parte unos 60.

En los últimos días de Julio atacó su partida, en unión con la de Salazar, á la guarnición francesa de Cobarrubias, en la provincia de Burgos, matando 82 enemigos de que se componía, quedando prisioneros los 30 restantes.

Continuó todo el mes de Agosto sus expediciones, teniendo frecuentes choques con los franceses en Villalón, en Cobarrubias y Santa María de Nieva.

En 6 de Setiembre fué atacado en Madrigal del Monte por una columna francesa de 2.000 infantes, 200 caballos y dos piezas de artillería, á la que, no pudiendo hacer frente, procuró rehuir, y cuando observó que los 200 de la caballería estaban fuera del auxilio de la infantería, les cargó con tan buen éxito que cogió 30 prisioneros con hermosos caballos.

D. Joaquín Durán propuso á Merino, que en unión de Tapia se le habían unido con 600 hombres, los más de caballería, atacar al gobernador de Soria, general Duvernet, que á la sazón se hallaba en Caltañazor, á su paso por Torralba. Aprobada la idea, el 11 de Setiembre apareció Duvernet, trabándose una sangrienta pelea, cuando de repente una parte de la caballería de Merino volvió grupas y desamparó á los infantes, que se dispersaron cuando ya la acción se hallaba casi ganada, volviéndose Merino asaz disgustado á su provincia.

Hacia el 15 de Octubre cogió Merino á los imperiales en Aranda de Duero 5.000 carneros.

El 20 se apoderó de 475 arrobas de pólvora en la carretera de Burgos, entre Rubena y Villafría, y á los cuatro días cogió en Quintanar de la Puente 40 carros de plomo en barras, 2.000 fanegas de trigo é infinidad de equipajes, haciendo perecer á los 40 franceses que los escoltaban y á un correo, acercándose poco después, á un cuarto de legua de Burgos, donde apresó 400 carneros y quemó 40 carros de galleta que iban para el ejército de Massena.

El 11 de Noviembre tuvo un encuentro de bastante importancia en Madrigalejo.

El 13 les tomó un convoy en la Puebla de Sanabria, matando y aprisionando á cuantos le custodiaban.

El 8 de Diciembre se halló en la gloriosa acción del Grado, en la que salvó á los miembros de la Junta Provincial, que iban prisioneros, después de causar infinidad de bajas á los franceses, á pesar de las dificultades que le rodeaban.

Por último, la víspera de Noche Buena volvió á atacar á los franceses junto á Sepúlveda, matando 124 de los 300 que eran.

Aunque tales ventajas retardaron los progresos de la invasión enemiga en el país de que era dueño Merino, no impidieron que le

© Biblioteca Nacional de España

ocupara, apoderándose de considerable porción de armas, municiones, vestuarios y otros efectos, viéndose obligado D. Jerónimo á refugiarse en las sierras del Señorío de Molina de Aragón, en unión con los partidarios Villacampa, Eraso y Tapia, perseguidos todos por el general Roquet.

Digamos algo sobre el modo de combatir del famoso cura y sobre sus opiniones y costumbres fundados en sus mejores biógrafos.

Generalmente las acciones de guerra de Merino consistían en sorpresas fijas ó en emboscadas seguras.

Cuando atacaba á una numerosa columna compuesta de infantería y caballería, principiaba generalmente el fuego contra aquélla, disparando los certeros tiros de su carabina sobre el jefe, cuidando sus dos asistentes de cargarle las carabinas ó escopetas de la fábrica de Madrid, que él llamaba *retacos*.

Sus maniobras en guerrilla siempre se dirigían en retirada hasta lograr separar á los unos de los otros, en cuyo caso marchaba con las guerrillas á la loma ó bosque en que tenía reunidos y formados en batalla los escuadrones de su partida, con los que cargaba repentinamente sobre el enemigo, que derrotaba las más veces, siendo rara la acción por él sostenida en que se salvaba la infantería.

D. Jerónimo no era un genio militar, y casi no entendía de otra táctica que de emboscadas y sorpresas.

Veamos sus opiniones acerca de las condiciones que debía poseer un guerrillero.

Un buen jefe de partida, según él, debía seguir esta marcha.

Que nadie sepa donde se dirige el jefe, ni su paradero.

Examinar detenidamente el terreno en que se encuentra, reconociendo todo el distrito de su demarcación, sus sierras, montañas, desfiladeros, sendas y caminos.

Dos meses empleó en recorrer, en todos sentidos, los pinares y sierras de Quintanar y Soria con los mejores pastores y cazadores del país; de manera que conocía de noche todos los recovecos, sin necesidad de guías, y todos los escondrijos, cuevas y desfiladeros.

Conoció el secreto del *Embudo* de la sierra, que jamás lo pisó la planta de un francés. Hélo aquí:

Es el pueblecito de Neila, lugar miserable, encajonado y encerrado herméticamente en el embudo de unas sierras anchas en su cima y gradualmente estrechas hasta el pie que ocupa el terreno, de la capacidad de la área de la plaza Mayor de Madrid. En este estrecho terreno está fundado el pueblo. A prevención hizo arreglar un sendero en lo más agrio de aquellas sierras, por el que pudieran fugarse él, su asistente y los caballos si los franceses acertaban á ir á Neila.

Alojaba sus partidas en pueblos que no estuvieran distantes de las guarniciones enemigas.

Colocaba centinelas avanzadas de caballería por todos los caminos que se dirigían á las poblaciones guarnecidas por el enemigo.

Establecía una gran guardia de caballería é infantería en una posada y casas inmediatas, con una tercera parte del total de la fuerza de la partida.

Los caballos pasaban la noche ensillados, atados al pesebre y con la brida en el arzón de la silla; el ginete al lado del caballo, para á la menor alarma montar á caballo y formar en el portal ó fuera del mesón.

Una ronda de caballería, que se relevaba de hora en hora, recorría los alrededores del pueblo.

Luégo que dejaba alojada su gente y dado sus instrucciones á su lugarteniente, salía acompañado de su asistente y recorría con celeridad las inmediaciones de las guarniciones enemigas, comunicando con los agentes enviados anticipadamente á los pueblos, y no habiendo novedad se retiraba á media rienda al bosque ó montaña más inmediata á dormir, después de haber andado cinco ó seis leguas, pues generalmente quedaba concluída la primer ronda á media noche.

Llegado al monte con su asistente, ambos lo recorrían haciendo un zig-zags, de manera que el asistente quedaba desorientado.

De repente paraba y decía á su asistente:

—«*Feo*, tu aquí, y buenas noches.»

El asistente se apeaba del caballo, le desembridaba, aflojaba las cinchas, le echaba la manta, colocándole el *morral* con un cele-

© Biblioteca Nacional de España

mín de cebada, sacaba de la alforja los víveres para su cena, cenaba y se acostaba.

Merino seguía caminando por el monte en zig-zags, y encontrando sitio aparente, prefiriendo donde corría un arroyo ó había algún manantial, se apeaba haciendo con el caballo la misma operación que su asistente.

Si el tiempo era bueno, sacaba de la alforja su maquinilla, y con espíritu de vino hacía chocolate y lo tomaba con pan, bebía un vaso de agua, hacía y fumaba un cigarrillo de papel, se envolvía en su capa, y sirviéndole la silla del caballo de almohada se echaba á dormir, colocando el reloj despertador en la cabecera.

A las tres echaba al caballo otro medio celemín de cebada, y mientras lo comía lo ensillaba.

Él comía una pastilla de chocolate con un pedazo de pan, bebía un vaso de agua fresca, le quitaba el morral al caballo y le daba de beber en el arroyo.

Se encaminaba donde estaba el asistente, le daba una patada en las piernas y le decía:

—Levántate *Feo*, que ya es hora.

El asistente se levantaba asombrado sin explicarse cuándo ni por dónde había llegado Merino.

Emprendía la segunda ronda en la misma forma que la primera, y antes de amanecer estaba en el cuartel general de su partida, viendo por sí mismo si las avanzadas y rondas estaban con la debida vigilancia, y entraba en la población.

Mandaba tocar diana, y tomaba una jícara de chocolate con un gran vaso de leche recién ordeñada.

Leía todos los partes, y de su sombrero, que era su archivo, sacaba un cuadernillo de papel de cartas, contestaba y daba sus instrucciones á los comandantes que estaban en diferentes puntos destacados, siempre en cinco ó seis líneas.

Los partes originales los quemaba en el instante.

Los ordenanzas á caballo que estaban dispuestos recibían cada uno el suyo, previniéndoles el camino que habían de llevar y la hora precisa en que debían entregarlo.

En 1810 no tenía todavía secretario, ni jefe de estado mayor; todo lo despachaba por sí.

Formaba su partida en batalla fuera del lugar donde había dormido, la revistaba y en el sitio que señalaba se ejercitaba la guerrilla en maniobras de pequeño ataque y defensa y marchaban en esta forma hasta el punto donde debían comer y dar pienso.

Decía que su sistema de que la partida pasase la noche en poblado era punto de economía y al mismo tiempo de conveniencia para el soldado; que el hombre no era de bronce y necesitaba dormir sosegadamente las horas necesarias; que por el nuevo método que había adoptado había conseguido tener alegres y contentos á los soldados y conservarlos sanos, y que lo mismo acontecía con los caballos, que con el sereno y los fríos enfermaban y perecían muchos del muermo; y que el equipo así duraba doble tiempo.

Jamás le fué ninguno traidor, y estuvo siempre bien servido. Pagaba espléndidamente á los agentes que enviaba á los puntos ocupados por el enemigo.

Remudaba de caballo tres veces, lo mismo que de asistentes, por la mañana, al medio día y al anochecer.

Tenía siempre de remuda seis ú ocho excelentes caballos, con sus correspondientes arneses y monturas y otros tantos asistentes.

El mejor caballo que montó el cura Merino en la guerra de la Independencia fué el *Tordo*.

Lo adquirió en la jornada de Torrequemada cuando interceptó el famoso convoy de municiones que caminaba para el sitio de Ciudad Rodrigo.

Era el que montaba el coronel-comandante del convoy que murió en la jornada.

Era muy tosco, mal configurado y nada esbelto. Nadie le montaba más que su amo, y el asistente de Merino al llegar los momentos de persecución y de peligro le llevaba ensillado y por la brida.

Tratemos de retratar al hombre hasta donde nos sea posible, dado que hombres como D. Jerónimo se prestan poco á esta clase de trabajos.

Pocas ó raras veces se le vió insignia alguna de los diferentes grados militares que

© Biblioteca Nacional de España

le fueron conferidos, pero ninguna se le vió desprevenido de sus usuales armas, que consistían en tiempo de campaña en un trabuco bocamarta, en una excelente y fiel escopeta, pistolas de arzón, cachorrillos en el bolsillo y cuchillo de monte al cinto.

Durante la guerra jamás durmió en cama, y los montes y sitios más agrestes é ignorados, morada sólo de fieras, eran los lugares á donde se dirigía á descansar solo, sin que sus más íntimos amigos ó confidentes supiesen su nocturna morada.

A sus espías los citaba de noche á sitios bien seguros, y en vez de aguardarlos se hacía aguardar de ellos, siendo muy frecuentes las ocasiones en que se aparecía en medio de ellos tan de improviso, y después de haberlos observado á su placer, que no parecía sino que como sér invisible se les presentaba cómo y cuándo quería.

Sus precauciones se extendían á la comida, pues era menester fuese persona de su mayor confianza de la que aceptara un convite, y sólo se hacía servir en las posadas, y esto por mano de un pariente que de asistente le servía, huevos cocidos y la sal, y el pan con que tan frugal banquete saboreaba generalmente lo llevaba en sus bolsillos.

Dos briosos alazanes, los más hermosos y bien enjaezados que hubiese en el país, le acompañaron siempre en lo sucesivo de su vida militar; montaba alternativamente ya en uno ya en otro, pero ambos galopaban á la par, y bien adiestrados por su dueño no interrumpían el paso que llevasen porque aquél saltase de una á otra silla para que descansase el más fatigado.

Tal eran el físico y costumbres guerreras del cura Merino á los dos ó tres meses de la azarosa vida que había emprendido.

Terminaremos poniendo de manifiesto la conducta que observaba con su partida.

No toleraba ni permitía juegos de azar, y desgraciado del guerrillero á quien se encontrase una baraja.

Tenía odio á los borrachos, logrando no tener ninguno en su partida.

Prohibió tan severamente los juramentos y blasfemias que las castigaba con todo el rigor de la ordenanza militar.

Así se explica que de muchos seres rústicos, mal hablados, y sin educación, hiciese hombres sociales y dignos.

Valladolid.—D. Tomás Príncipe.—Cordero.—D. Jerónimo Fornel.—D. Pedro García.—Don Lorenzo Aguilar.—D. Agustín Cerezo.—D. Vicente Olivera.—El cura Violado.—Bando del general Kellerman contra las guerrillas.—Saornil.

D. Tomás Príncipe era un patriota que había tomado las armas en pró de la independencia, y al que Marte, dios de la guerra, tenía preparados grandes triunfos, que muy luego le hicieron elevarse á los más altos grados de la milicia, conquistados en larga y fecunda lid.

El 11 de Setiembre de 1810, D. Tomás Príncipe, con la guerrilla que había formado y que apellidó de *Borbón*, batió á un destacamento francés, compuesto de 100 dragones, que andaba por los pueblos cercanos á Valladolid exigiendo víveres, imponiendo contribuciones y entregándose á toda clase de excesos, matando 39, aprisionando 46 con el jefe y huyendo el resto.

Este valiente patriota prosiguió su campaña contra los imperiales siempre con la mejor fortuna.

* * *

Cordero era otro castellano que, como el *Empecinado*, había cambiado el azadón por el trabuco y los tranquilos goces de su hogar por la agitada vida del guerrillero, pero que, amante de la patria y de la libertad, todo lo daba por bien empleado con tal que España se viese libre de los invasores y reconquistase su perdida independencia.

El 11 de Octubre, en las cercanías del pueblo Villar de Frades, sorprendió un destacamento de 100 infantes y 80 caballos, que, llevando á su frente un comisario, iban á exigir 5.000 cántaras de vino á la villa de Tordesillas. La acción fué por demás reñida, y al fin una victoria para Cordero y sus partidarios, que mataron 12 soldados, hirieron á muchos y dispersaron al resto, cogiéndoles varios prisioneros, 60 mochilas y otras tantas casacas pertenecientes á la división del Vístula inferior.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Toda la provincia de Valladolid se llenó de nuevas guerrillas, á cuyo frente se pusieron hombres de la valía de D. Jerónimo Fornel, D. Pedro García, D. Lorenzo Aguilar, D. Agustín Cerezo, D. Vicente Olivera y el cura Violado, tenaces perseguidores todos de los imperiales, á los que no dejaban un sólo instante de tranquilidad, impulsados por esa pasión sagrada y noble que se llama el patriotismo.

Este crecimiento de guerrillas y los grandes hechos por ellas realizados, sublevaron al general Kellerman, al verdugo de Valladolid, al atormentador del niño martir, y no pareciéndole aún bastantes los actos de inhumanidad de que había llenado su mando en Castilla, dictó con fecha 8 de Febrero de 1810 su draconiano bando contra las guerrillas, cuyos principales artículos vamos á extractar:



D. IGNACIO ALONSO CUEVILLAS

«Considerando que es urgente poner un término á los excesos (?) de las guerrilas, —¡Kellerman hablando de excesos!...—que asolan estas provincias, hemos prescrito las disposiciones siguientes:

Artículo I.—La justicia de cada pueblo cuidará de colocar en el campanario un atalaya que, inmediatamente que descubra una *cuadrilla de esos foragidos ó brigantes*, toque á arrebato.

Art. II.—A esta señal se armarán todos los habitantes para repeler esas cuadrillas de *salteadores*, y todas las poblaciones de una legua en contorno tendrán que acudir.

Art. III.—Se autoriza á los pueblos para que tengan armas de fuego á razón de una por cada cinco hombres.

Art. IV.—El que no obedeciere será castigado á proporción de su culpa, con una multa aplicada al Tesoro público.

Art. V.—Los alcaldes y los militares ó destacamentos franceses que á la llegada de los *bandidos* se hallaren en las poblaciones, estarán bajo la salvaguardia especial de sus

© Biblioteca Nacional de España

habitantes, quienes serán *insólidum* responsables, así de la seguridad de los alcaldes, como de los militares.

Art. VI.—Se reduce á ofrecer premios á los que resistan á las partidas y á guardar secreto á los delatores.

Art. VII.—Dispone los castigos para los que sean cogidos.

Art. VIII.—Los parientes en primero y segundo grado de los que andan en las *cuadrillas* ó en el ejército enemigo (?), serán presos si para cierto tiempo no se presentan.

Art. IX.—Es relativo á los que abandonen el partido de los patriotas.

Art. X.—Trata de los indultados que deberán presentarse diariamente á los alcaldes.

Art. XI.—Previene que se fije esta orden en las puertas de la iglesia principal y de la Casa del Consejo, y que se lea en el ofertorio de la misa tres domingos consecutivos.

* * *

Saornil, investido nuevamente con la jefatura de su guerrilla, según vimos después de aquella pequeña vacilación de sus partidarios, no se daba punto de reposo, y los primeros meses del año 1810 los ocupó en reorganizar y aumentar su hueste y en dar ánimo á los pueblos, un tanto abatidos por la gran masa de franceses que había caído sobre ellos y por las contra-guerrillas de Morales y López Pinillos pasados á los enemigos.

El marqués de la Romana estimando la actividad y el celo desplegados por Saornil en lo mucho que valían, le autorizó en el mes de Junio para crear escuadrones y organizarlos, con sus correspondientes oficiales, lo que ejecutó prontamente cobrando nuevos bríos sus guerrilleros.

En los últimos días de Octubre realizó Saornil un acto de valor inconcebible. Sabedor de que en una posada de la plaza Mayor de Medina del Campo se hallaban 40 dragones, sin importarle que el general Illán ocupaba la población con 5.000 hombres, y de la multitud de centinelas y guardias que los imperiales tenían, penetró en Medina á las diez de la noche con 20 de sus guerrilleros desmontados y embozados en sus capas, bajo las cuales llevaban ocultas las tercerolas. Apenas los centinelas les habían dado el *quién vive*, al que contestaron con la voz de *paisanos*, cuando los franceses se vieron agarrotados por los guerrilleros, sin poder lanzar un grito. Realizada felizmente esta primera parte de la operación, entraron en la posada por una puerta accesoria y sorprendieron á los 40 dragones, aprisionándolos con sus armas y caballos. A pesar de lo comprometido de la situación, no quiso abandonar Saornil la posada con sus prisioneros hasta conocer el resultado de la comisión dada á cuatro de sus guerrilleros de apoderarse de los caballos del renegado barón de Arcali, que tenían en la Administración de Correos, pronto á correr en su auxilio si lo necesitaban. Apenas éstos se le reunieron con su presa, salió de Medina, incorporándose á su escuadrón que había dejado apostado á la salida y encaminándose al lugar de Alcazaren.

Al rumor y las voces de tamaño suceso, dispuso el general que salieran 400 dragones y 800 infantes en persecución de Saornil, quien los aguardó al amanecer del siguiente día en el puente llamado Mediana, próximo á dicho lugar, atacando intrépidamente á los dragones y causándoles varios muertos y heridos, retirándose con sus presas al ver que avanzaba la infantería y que sus escasas fuerzas no podían contrarrestar con ventaja las numerosas de los imperiales.

El general francés impuso á Medina una contribución de 100.000 reales por aquel suceso, y las autoridades escribieron á Saornil que, para salvarlos, devolviese la presa; pero Saornil contestó á las autoridades que sin permiso de sus jefes no podía hacerlo, y ofició al general Illan diciéndole que la población no tenía culpa de nada, que aquéllos eran males de la guerra y que mirase bien lo que hacía, con lo cual desistió el francés de hacer efectiva la tal contribución.

El 5 de Diciembre atacó en el pueblo de Pajares al traidor Morales que con 500 franceses salía de Avila escoltando un correo, obligándole á encerrarse en Arévalo con 40

© Biblioteca Nacional de España

soldados heridos y arrojar á una laguna los pliegos que el correo llevaba.

Al regreso del tal Morales, que fué á los pocos días, le acometió, obligándole otra vez á retroceder con pérdida de 20 hombres entre muertos y heridos.

Deseaba Saornil copar la guarnición de Belliguillo, pero se hallaba defendida por una fuerte estacada, y se limitó á advertirla que estaba dispuesto á pasar á cuchillo cuantos franceses cogiera si los pueblos sufrían cualquiera nueva vejación, amenaza que produjo su efecto, pues, merced á ella, los pueblos circunvecinos tuvieron algún alivio y no se vieron tan agobiados de tributos.

A los pocos días, hallándose en San Cristóbal del Alto, vió llegar huyendo algunos guerrilleros de la partida de D. Pedro García, perseguidos por los franceses, y saliendo al encuentro de éstos los hizo huir vergonzosamente, rescatando los doce guerrilleros de García que llevaban presos.

El 26 de Diciembre intentó sorprender en Arévalo al traidor Morales, no pudiendo lograrlo porque todas las calles de la villa las había hecho cerrar con carros y llenado de centinelas.

Llegó á tal la fama de los guerrilleros de Saornil, que, como las *charras* de Salamanca, á los de D. Julián Sánchez, las mozas de la provincia de Valladolid añadían á todas sus coplas el siguiente estribillo:

«Síguela, síguela
guerrillero de Saornil,
síguela, síguela,
yo te daré mi fusil.»

Avila.—D. Camilo Gómez.

D. Camilo Gómez, aquel atrevido avilés, algunas de cuyas hazañas relatamos anteriormente, continuaba su campaña contra los imperiales, hoy en Avila, mañana en Extremadura y pasado en la Mancha.

A principios de Junio sorprendió en el pueblo de Miajadas un destacamento francés que iba escoltando un convoy, trabando con los imperiales una horrible lucha que terminó con la muerte de 54 bonapartistas, entre ellos el comandante, y con el apresamiento del convoy, compuesto de muchos carros de harina que llevaban á Trujillo.

A fines de Agosto entró en Almonacid con su partida, mató al jefe del destacamento francés, huyeron los soldados, y D. Camilo se apoderó de 30 cargas de plomo que allí tenían.

El día 3 de Setiembre penetró por sorpresa en Ciudad Real, y aunque los enemigos se encerraron, según su costumbre, en el hospicio, que habían fortificado hasta convertirlo en una fortaleza, D. Camilo Gómez no quiso salir sin dejarles, como recuerdo de su visita, gran número de muertos y heridos, merced á la hábil puntería y á los certeros disparos de sus guerrilleros.

Zamora.—Echevarría.

Hallábase el guerrillero Echevarría en Junio de 1810 posesionado de Alcañices, villa situada sobre la frontera con Portugal, en un llano inclinado, á las inmediaciones del arroyo La Ribera y cercada de elevadas cuestas.

Tantos y tan graves daños había causado Echevarría con su partida á los franceses, que éstos emplearon contra él nada menos que á un general, á U. Croix, con una división, empeñados en vengar sus derrotas anteriores.

Aunque cercados por numerosas fuerzas, Echevarría y sus guerrilleros se defendieron heróicamente, luchando calle por calle y casa por casa y no cediendo sino al número.

Por fin, tras de una lucha, que fué para él una epopeya de gloria, retiróse del pueblo Echevarría, y la caballería francesa le persiguió en su retirada, perdiendo la mitad de sus fuerzas y muriendo el bravo guerrillero en la refriega.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CUADERNO XI

LAS CORTES DE CADIZ

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LAS CORTES DE CÁDIZ

Salamanca.—D. Julián Sánchez.—D. Antonio Temprano.

En el año de 1810—dice un reputado historiador,—al invadir Massena el territorio portugués, D. Julián Sánchez se dedicó á romper las comunicaciones del ejército imperial con los demás de España, atacando los puestos franceses destinados á asegurarlas y á las columnas que, además, debían atender al abastecimiento del campo establecido frente á las líneas de Torres-Vedras. La campaña fué ruda, porque los franceses, creyéndola por su parte decisiva para la completa sumisión de la Península si llegaban á echar al mar á sus aborrecidos rivales, á los soldados de la Gran Bretaña, acumulaban tropas y tropas en la línea de invasión, y eso exigía de nuestro guerrillero esfuerzos extraordinarios y sacrificios muy costosos de fatigas, de privaciones y de sangre. Todo, sin embargo, lo vencía con su actividad, dando ejemplos tales de abnegación que los demás guerrilleros, sus camaradas de otras provincias, hubieron también de contribuir al éxito que se buscaba, de inutilizar la vigorosa acción de Massena en su marcha á Lisboa.

Tiene razón el ilustrado autor, y los hechos demostrarán la gran altura á que rayó D. Julián Sánchez.

El 26 de Abril, sitiada ya la plaza de Ciudad Rodrigo, á cuya defensa se había consagrado, sale D. Julián con el grueso de su partida á recorrer el campo enemigo, poniendo en alarma todos sus puestos, echando pie á tierra donde el terreno lo permitía y dirigiendo un fuego tan vivo á las avanzadas francesas que éstas se vieron obligadas á retroceder.

Al siguiente día, á las cinco de la tarde, avanza con 120 guerrilleros por una parte, al tiempo que la columna del regimiento de Ciudad Rodrigo lo hace por la otra á reconocer el campo, cortando D. Julián una partida de 30 caballos, que habría aprisionado sin el pronto socorro de los imperiales.

El 28 volvió á hacer otra salida, en combinación con el comandante del regimiento citado, D. Antonio Puente, logrando poner en alarma todo el ejército sitiador, matándoles varios dragones é hiriéndoles muchos.

El día 30 hizo otra salida toda la caballería de la plaza, protegida por 400 infantes y 20 piezas de artillería, y D. Julián Sánchez, que mandaba la caballería, se distinguió notablemente, pues á sus felices disposiciones se debió la muerte de un coronel francés y de gran número de oficiales y soldados, sin tener que lamentar por nuestra parte más que un sargento y seis soldados heridos.

El 1.° de Mayo el general Crawford, comandante de la vanguardia del ejército inglés, que en nombre de lord Wellington había venido á reconocer la situación y fuerzas de los imperiales, salió á ejecutar su comisión

© Biblioteca Nacional de España

escoltado por 60 guerrilleros al mando de Sánchez, por 40 ginetes á las órdenes de Puente y por 350 hombres de infantería. Los enemigos dirigieron contra la escolta dos fuertes divisiones de caballería. Juzgaba Crawford lo más prudente retroceder á la plaza, pero D. Julián sostuvo por el contrario la necesidad y conveniencia de reconocer el campo enemigo, y cargando con sus guerrilleros sobre los franceses que se acercaban los hizo retroceder y no abandonó al general inglés, al que puede decirse cubrió con su cuerpo, hasta dejarle sano y salvo en sus cuarteles según había prometido al salir de la plaza.

Todo el mes de Mayo trascurrió en sangrientas escaramuzas.

El día 4 de Junio tuvo una acción la guerrilla de D. Julián Sánchez y las avanzadas inglesas contra los imperiales en el camino de Gallegos, y el 5 ambas fuerzas obligaron á los franceses á retirarse al otro lado del río.

El 19 D. Julián Sánchez salió de la plaza con sus 200 lanceros, al objeto de incomodar al enemigo y no privar á Ciudad Rodrigo de los artículos que necesariamente habían de consumir ginetes y caballos. ¿No es admirable que en una plaza sitiada, nuestros guerrilleros, además de atender á la defensa, no la fueran gravosos en lo más mínimo, puesto que su comida y la de sus caballos salían á buscarla al campo enemigo ó lejos de la población?

Quisieron los imperiales detener á D. Julián Sánchez, pero sus 200 lanceros, juzgándose, lo que eran en realidad, unos héroes, y atentos á la voz de su jefe que les aseguraba valía cada uno por mil franceses, los lancearon sin piedad, destruyendo cuantos imperiales se atrevieron á oponerles resistencia.

El día 27, D. Julián Sánchez derrotó en la casa llamada de la *Pobliza*, no lejos de Ciudad Rodrigo, 260 dragones, matando 50 y cogiéndoles varios caballos y efectos.

Vencida Ciudad Rodrigo, D. Julián prosiguió su campaña contra los imperiales, cortando sus comunicaciones con el ejército de Massena y apoderándose de los convoyes que enviaban para el abastecimiento de sus compañeros en el campo establecido frente á lord Wellington delante de las líneas de Torres-Vedras, sin por eso abandonar la defensa de los pueblos.

Véase la prueba.

A primeros de Octubre entró en la importante villa del Barco de Avila, arrojando de ella á la guarnición francesa; de allí, y sin darse punto de reposo, marchó á Piedrahita, donde hizo lo mismo; y luégo á Puente del Congosto, dejando limpia de enemigos toda aquella rica comarca, y cogiendo á los imperiales varios prisioneros y 3.000 fanegas de trigo que tenían reunidas.

Supo después que 150 húsares que ocupaban á Fuente Roble se disponían á pasar á Béjar, y marchando en su persecución los alcanzó en Val-de-la-Casa, en donde, al primer empuje de nuestros guerrilleros, dejaron en el campo 14 muertos y los equipajes de los oficiales. Continuaron los enemigos su retirada hasta Pero-Mingo, en cuyo punto trataron de revolverse sobre Sánchez, pero tan descabellado plan les costó 40 muertos, algunos prisioneros y la huída de los restantes.

Las pérdidas totales del enemigo ascendieron á 75 muertos, muchos heridos y prisioneros y porción de caballos y armas. La nuestra fué de dos hombres muertos y de ocho heridos.

El día 6 de Noviembre, marchando hacia La Calzada, y en las inmediaciones de Martín Muñoz, cogió una avanzada de cinco dragones; á poco se presentaron 20 á rescatarlos, de los cuales mató seis y cogio cinco, libertando á los demás de igual suerte la protección de 120 dragones y 400 infantes que ocupaban á Martín Muñoz y salieron en su socorro. D. Julián dispuso retirarse, y envalentonados los enemigos le persiguieron. Pero en cuanto salieron unos y otros á campo llano, mandó el bizarro Sánchez volver caras á sus guerrilleros, operación ante la cual los franceses hicieron alto formándose en línea de batalla. D. Julián dispuso entonces que su poca infantería, que estaba algo retirada, se adelantase cubierta por 100 lanceros y sostenida por los restantes. Al llegar á tiro de pistola de los franceses, ordenó á los lanceros de vanguardia que abriesen

© Biblioteca Nacional de España



D. JULIÁN SÁNCHEZ.

claros para que la infantería hiciese fuego con sus terribles trabucos, y á seguida mandó cargar de frente á los lanceros de la primera línea, y por los flancos, en dos mitades, á los de la segunda, poniendo á los imperiales en precipitada fuga y logrando que sus guerrilleros cubriesen el terreno de cadáveres. Perdieron los enemigos en este choque 30 muertos, 16 prisioneros, 40 caballos y muchas armas.

En aquel mismo día, día feliz para la causa nacional y para el nombre de D. Julián Sánchez, les cogió este intrépido partidario 200 arrobas de vino y 2.000 fanegas

© Biblioteca Nacional de España

de trigo que conducían á Ciudad Rodrigo.

Para completar el cuadro de sus victorias en estos días, consignaremos que el día 20 de Noviembre se apoderó, por sorpresa, de Fuente del Sauco, villa situada en un hondo, cercado de alturas por todas partes menos por el Norte, que conserva restos de sus antiguas murallas, y que tomó, haciendo avanzar sus lanceros por la parte abierta ó sea la del Norte, en tanto que la infantería desde las alturas obligaba á huir á los imperiales.

En el mes de Diciembre sostuvo un choque en las cercanías de Alaejos, no lejos de la Nava del Rey, con un numeroso cuerpo de caballería, al que causó mucho daño, con pérdida de 30 de los suyos, lo cual prueba la importancia del suceso.

A fines del citado mes se agregaron á la guerrilla de D. Julián Sánchez las partidas de D. Vicente Olivera y del cura Violado, que combatían en la provincia de Valladolid.

***

No lejos de D. Julián Sánchez se movía con su guerrilla otro valiente patricio, don Antonio Temprano, recorriendo toda la provincia de Salamanca en persecución de los enemigos de España.

El día 13 de Octubre atacó con sus 50 guerrilleros en las cercanías de Béjar á 150 dragones, y luégo de causarles muchas bajas los obligó á encerrarse en el palacio ducal, antiguo alcázar de sus señores, trocado de fortaleza en palacio.

Soria.—D. José Joaquín Durán.—Joaquín de Pablos (El capitán Julián.)

D. José Joaquín Durán había nacido en el año de 1760 en Cascante, importante villa de Navarra edificada á la izquierda del río Queiles, en una pequeña altura. Es población Cascante de origen euskaro, adjudicada por los romanos al convento jurídico de Zaragoza, célebre en la época goda y no menos en la de los árabes, bajo cuyo dominio permaneció hasta el año 934 en que pasó al poder cristiano.

Prisionero Durán en la acción de Bubierca, siendo brigadier, y habiendo logrado fugarse, permanecía oculto en su pueblo natal, cuando fué nombrado por la Junta de Soria comandante general del distrito, nombramiento que no tardó en aprobar la Regencia.

Sus guerrillas, unidas á las de la Rioja, sufrieron un descalabro en Yanguas, pequeño lugar de la provincia de Logroño, situado en una cuesta, combatiendo á las numerosas tropas del general Roquet, quien llevó su inhumanidad al punto de ordenar el fusilamiento de los 20 guerrilleros que había cogido, después de haberlos hecho creer que les concedía la vida.

Durán, con los restos de su partida, pasó á Soria, donde organizó una fuerza importante que tituló *División Soriana*, aumentándola con un batallón de voluntarios que con su prestigio logró reunir.

En la villa de Berlanga de Duero estableció Durán su cuartel general, y de tal suerte llegó á imponerse al general Duvernet, quien mandaba por los franceses en Soria, que á pesar de los 1.600 hombres de la guardia imperial que tenía á sus órdenes, no se atrevía á atacarle, y pidió auxilios al general Dorsenne, residente en Burgos; pero éste nada hizo, y Duvernet no se movió por entonces, dejando á Durán en completa posesión de la provincia, que cada día se mostraba más animada y más dispuesta en pró de la causa nacional y en contra de los invasores.

Ya vimos á Durán y Tapia presentarse á Merino para atacar á Duvernet que se hallaba en Calatañazor, camino del Burgo de Osma, y el triste resultado que tuvo esta acción que, ganada ya, se vió perdida por la inexplicable huída de la caballería de Merino.

Con este triste motivo Durán volvió de nuevo á Berlanga, donde, sin ser molestado por los imperiales, continuó hasta finalizar el año 1810 procurando recuperar sus pérdidas, aumentar sus fuerzas é instruir á sus nuevas tropas.

***

Julián de Pablos no era ya aquel mozo revoltoso que había abandonado á Lerma, ni aquel intrépido asaltador de Roa con el *Empecinado* y Merino, sino un jefe de guerrilla

© Biblioteca Nacional de España

que los franceses consideraban enemigo de gran valía, por el valor y la inteligencia de que daba pruebas en los constantes ataques y en las contínuas emboscadas de que los hacía víctimas y á quien todo el país que recorría le prestaba cuanto apoyo necesitaba.

En una acción sostenida por Julián de Pablos, al que los franceses apellidaban *El capitán Julián*, á las puertas del Burgo de Osma, villa situada en una hondonada, en terreno húmedo y rodeada de cerros, la suerte le fué contraria, y separado de su guerrilla y perseguido por los imperiales, se refugió en el hospicio de San José, edificio espacioso y de gran solidez levantado al Norte de la población.

Disfrazáronle á toda prisa con un traje de hospiciano los empleados de la casa, confundiéndole con los demás que trabajaban en el taller de los estopilleros.

Penetraron sus perseguidores en el hospicio, que registraron de arriba á bajo, sin dar con el fugitivo, y llegaron al taller en que Julián se hallaba.

El jefe preguntó repetidas veces á los hospicianos si habían visto al *capitán Julián*, y todos contestaron negativamente. De pronto se volvió al joven de Pablos, y poniéndole la mano sobre el hombro y mirándole fijamente, le dijo:

—Muchacho, ¿tú tampoco has visto á ese *brigante*?

Todos los empleados del hospicio, buenos españoles, sospechando si el jefe habría reconocido á Julián, quedaron mudos de espanto.

El joven, con la mayor sangre fría, sostuvo la mirada del francés y se limitó á encogerse de hombros, lo que le valió que el jefe, volviéndole la espalda con desprecio, dijese al director del hospicio:

—¡Qué torpe es este muchacho!...

No es este el único episodio notable que de Julián de Pablos conocemos, ocurrido precisamente en el mismo sitio.

Parece que en otra ocasión penetró en el Burgo de Osma para conocer la fuerza de los imperiales y estudiar el modo y manera de atacarlos, cuando algunos soldados que le observaban, tomándole por espía, como le aconteció en Roa, le intimaron la rendición. Julián emprendió la huída perseguido por los soldados y pudo ganar la huerta del hospicio saltando las tapias; ya escuchaba cerca las voces de sus perseguidores que comenzaban á escalar el muro y ya se juzgaba perdido y fusilado, cuando al recorrer la huerta buscando una salvación vió la entrada de las aguas que cierran potente reja de hierro, y con un esfuerzo titánico, con esa fuerza que presta la inminencia del peligro y el deseo de salvarse, separó dos de las fuertes barras logrando escapar por allí, cuando ya sus perseguidores, engrosados por otros varios camaradas, saltaban al interior de la huerta pensando coger vivo á su mortal enemigo.

Palencia.—D. Juan Tapia.—D. Santos Padilla.—D. Mateo Villaverde.—D. Juan Abril.

El cura D. Juan Tapia se presentó, en unión del brigadier Durán, con sus guerrilleros á proponer á Merino la sorpresa de Duvernet que tan mal resultado les dió.

Durán se volvió á Soria después de aquel fracaso, y el cura Tapia regresó á la provincia de Palencia, en la cual tenía el teatro de sus hazañas, y las obras que en él ejecutaba eran siempre fatales todas para los invasores.

* * *

D. Santos Padilla tenía fama de exaltado por la patria, y lo era; gozaba renombre de valiente, y á la verdad que con justicia; y era considerado por los imperiales como un enemigo temible, con harta razón.

Había nacido en Palencia y seguido la carrera de marino, que le había familiarizado desde muy joven con toda suerte de peligros.

De mediana estatura, cara redonda, facciones abultadas, todo él era corazón.

Con el prestigio de que gozaba en toda la provincia, bien pronto logró formar una guerrilla de 100 caballos, con los cuales era la pesadilla eterna de los imperiales.

Sabedor de que 150 dragones se dirigían á Frómista, villa situada en un llano y punto de cruce de varios caminos, custodiando

© Biblioteca Nacional de España

un convoy con varios carros de trigo, les salió al encuentro y los atacó con tal ímpetu, que huyeron en desorden, dejando en su poder el convoy, y en el campo muchos muertos y heridos.

* * *

Tenía por segundo Padilla á un joven llamado D. Mateo Villaverde, que casi le superaba en arrojo, con lo cual creemos haberlo dicho todo.

Natural del lugar de Tejeira, se hallaba estudiando en León cuando la invasión francesa, y ardiendo en amor patrio formó parte del batallón de escolares que se organizó en aquella ciudad.

Pasó después á la guerrilla de D. Santos, mostrando bien pronto su gran corazón y sus felices disposiciones para la carrera de las armas, en la que debía conquistar, merced á su arrojo y á sus grandes cualidades, los primeros grados.

Alto, rubio, con fuerzas hercúleas á pesar de sus pocos años (contaba veinte á la sazón), no desmintió en todo el tiempo que duró la guerra el indomable carácter y el gran corazón que poseía.

Segovia.—D. Juan Abril.

El fuego voraz de la guerra se extendía de Norte á Sur, de Oriente á Poniente.

Todas las provincias castellanas se hallaban en completa insurrección.

Entre los muchos guerrilleros que se habían alzado en armas, figuraba como el principal en la provincia de Segovia D. Juan Abril, caudillo de tan alta como justa nombradía.

El general Copons en el condado de Niebla.—Expediciones del general Lacy.—Batalla de la Hoya de Baza.—Cádiz.

Precisaba desembarazar á Cádiz del grave peso del ejército sitiador, cada día más numeroso y más fuertemente pertrechado, y para ello se organizaron varias expediciones que llamaran su atención por fuera y le obligaran á aflojar el sitio puesto á la isla gaditana, al tiempo mismo que se establecían puntos fortificados del mar Mediterráneo al Atlántico, apoyándose en Gibraltar, se reparaban los antiguos *castillos* y las famosas *atalayas* levantados por los moros en puntos verdaderamente inaccesibles, y se enviaban por todas partes columnas volantes.

El 10 de Abril fué nombrado por la Regencia el general D. Francisco Copons jefe del condado de Niebla (1).

Niebla, territorio de gran antigüedad, fué un célebre reino árabe que quedó en la Bética erigido por los cristianos en condado, y que el rey D. Enrique II dió como dote á su hija natural doña Beatriz de Castilla.

Componíanlo los 13 pueblos siguientes: Villallaraza, Rociana, Lucena del Puerto, Bonarez, Beas, Calañas, Puebla de Guzmán, El Alosno, Painogo, Santa Bárbara, Almendro, Villanueva de las Cruces y Cabeza Rubia, y contaba ocho leguas de Norte á Sur y 15 de Este á Oeste.

El general Copons tomó posesión del mando del condado el día 14 de Abril, y con 700 hombres de diversos cuerpos, que pudo reunir, trató de recaudar las contribuciones, mantener libre la comunicación con Cádiz y sus fuerzas, y aun hostigar á los franceses, si bien estos arranques le obligaron en diversas ocasiones á tener que guarecerse en el cercano Portugal.

Para dar mayor impulso al levantamiento del condado de Niebla, el valiente y simpático general D. Luis Lacy, que tanto se había distinguido en toda la campaña, salió de Cádiz el 17 de Junio mandando la primera expedición, compuesta de 3.000 hombres, con los cuales desembarcó felizmente en Algeciras adelantándose hacia Gaucín y Ronda.

Los franceses, á pesar de tener fortificada á Ronda y una columna en Grazalema, comprendieron la importancia del movimiento de Lacy, y el general Girat, al frente de numerosas fuerzas de las divisiones de Víctor y Sebastiani, le atacó de frente y por los flancos, y á pesar del grande apoyo que le prestaron las guerrillas, como luégo veremos, tuvo Lacy que reembarcarse llegando á Cádiz el 22 de Julio.

(1) Madoz.

© Biblioteca Nacional de España

Salió el intrépido Lacy con otra expedición de 3.000 soldados para el condado de Niebla, cuyos pueblos le recibieron con extraordinario júbilo ofreciéndole todo su apoyo para combatir á los enemigos y defender á España. Por desgracia, á los tres días hubo de reembarcarse, y dejar aquellas poblaciones, que tan francamente se habían mostrado hostiles al invasor, expuestas al furor de los imperiales.

Si el éxito de estas expediciones no había sido tan completo como se esperaba, no puede negarse que obtuvo notables resultados tales como entorpecer los trabajos de los sitiadores de Cádiz, tener en constante alarma á los generales Girat, Victor y Sebastiani é impedir que Mortier auxiliase á Massena que perecía en Portugal.

Gracias á las expediciones que hemos narrado, los sitiadores de Cádiz pudieron conservar sus posiciones, si bien el heróico Lacy, en una salida afortunada que realizó á fines de Setiembre, destruyó varias de las obras que habían levantado en el puente de Suazo.

Blake, reuniendo sus tropas, distribuídas en su mayor parte (sin contar las de las plazas fuertes), en Murcia, Caravaca y Lorca, y contando con la insurrección del paisanaje y la formación de guerrillas en todo el antiguo reino de Granada, marchó contra Sebastiani, cuyo ejército avistó en las cercanías de Baza.

Hállase situada esta ciudad en una dilatada vega llamada la *Hoya de Baza*, á la falda oriental del collado de San Pedro Mártir, que con otros cerros se va elevando hasta formar la sierra de su nombre.

El 2 de Noviembre llegó Blake á Cúllar, donde dejó 2.000 hombres, y á las doce del siguiente día, luégo de colocar 6.000 infantes y 1.000 caballos en las lomas que dominan la *Hoya* y que lame el río Guadalquivir, presentó la batalla á los franceses, batalla que perdimos por causa de un movimiento mal ejecutado de la caballería, y que nos costó cinco piezas de artillería y 1.000 bajas, y lo que fué mucho peor la paralización del movimiento insurreccional del país.

Soult había hecho construir 26 cañoneras que la noche del 30 de Setiembre quiso hacer pasar del Guadalquivir á la bahía de Cádiz, mas al doblar la punta del Trocadero se hallaron con un fuego cruzado de las escuadras española é inglesa y retrocedieron.

Si los franceses llegaron á levantar algunos fuertes desde la embocadura del puerto hasta Chiclana, Cádiz había logrado reunir para su defensa un ejército de 26.000 hombres, de los cuales eran ingleses 8.000.

Málaga.—D. José Villalobos.—Diego del Castillo.—D. José de Aguilar.—D. Lorenzo Acevedo.—D. Alonso Ventura Mena.—D. Angel Rabago.—D. José Fajardo.—D. Salvador García.—D. Juan Guerrero.—D. Cristóbal Lagos.—D. Francisco Gómez.—D. Juan José Barranco.—D. Roque Gallego.—Luis Negro.—D. Antonio Guerrero.—D. Antonio Dios.—D. Agustín Esteban.—D. Pedro Cortés.—D. Sebastián Tinoco.—D. José Ruiz Falcón (Juan Soldado).

En las Alpujarras, ásperas, pero deliciosas sierras cuyas vertientes á la mar producen toda clase frutos del trópico, señaláronse varios guerrilleros, reputados por los naturales del país como invencibles, que pululaban alrededor del ejército de Blake, siendo uno de los principales D. José Villalobos.

Era Villalobos un fogoso partidario, que después de haber escaramuzado en la frontera del antiguo reino de Granada á 300 caballos enemigos que se dirigían á Velez-Rubio, el día 20 de Junio de 1810, envió á su sargento Diego del Castillo á que hiciese un reconocimiento con seis hombres á caballo, los cuales toparon con un destacamento francés, al que mataron tres hombres, cogieron dos prisioneros y tomaron tres caballos.

En la noche del 6 de Agosto rechazó Villalobos con su guerrilla en Benamaurel á 200 franceses que habían salido de Baza, haciéndoles algunos prisioneros y cogiendo varios caballos.

En la madrugada del 30 de Octubre sorprendió con su partida la gran guardia de caballería que los franceses tenían situada en la ermita de la Alameda de Baza, compuesta de 40 polacos, de los cuales sólo pudieron escapar dos, quedando el resto con su comandante muertos y en poder de Villa-

© Biblioteca Nacional de España

lobos muchos caballos, lanzas, maletas, sables y carabinas.

* * *

Entre los guerrilleros que más ayuda prestaron al general Lacy en su primera expedición, ayudando cuantos movimientos ejecutó de Gaucín á Ronda con el conocimiento práctico que poseían del terreno y con el renombre que habían conquistado y que tanto aterraba á los franceses, figuraron D. José de Aguilar, D. Francisco Gómez, D. Juan Guerrero, D. Roque Gallego, don Juan José Barranco, D. Juan Becerra, don José Valdivia y algunos otros.

Luégo de la salida del general Lacy, estos guerrilleros continuaron luchando contra los franceses con el más grande ardimiento.

El día 20 de Octubre, D. José Aguilar, sabedor de que 600 infantes y 50 caballos se dirigían contra los pueblos de Benaoján y Montejaque, reunió á los 94 guerrilleros hijos de Benaoján que él mandaba, 50 de Montejaque, 30 de Atajate, 30 de Cortés, 15 de Ximera y 40 ginetes, y peleó contra los imperiales en el puente de Montejaque y otros puntos, deteniéndolos en su marcha.

Al siguiente día, reforzado con las partidas que mandaban Tinoco y Barranco, y los ginetes de Gómez y Gallego, pasó al sitio de *Fuenteblanquilla;* una de sus guerrillas de caballería atacó con tal arrojo á otra francesa, que la obligó á retroceder á Ronda; pero á la media hora la reforzaron 70 caballos franceses salidos de la ciudad, y la de Aguilar se retiró sostenida por el fuego de otra guerrilla de infantería á la parte acá del arroyo *Cupi.*

La acción se generalizó.

Los franceses, socorridos por nuevas tropas salidas de Ronda, procuraron destruir nuestras guerrillas, pero en vano, y tras un reñido combate, que duró siete horas, tuvieron los imperiales que refugiarse en la ciudad.

El día 23 sostuvo Aguilar otra importante acción, á la que asistieron Fajardo, D. Lorenzo Acevedo, García (D. S.), D. Juan Guerrero, D. Ventura Mena, D. Juan Rabagos y Lagos contra una columna de 250 infantes y 100 caballos, á la que obligaron á encerrarse en Ronda.

* * *

D. Lorenzo Acevedo, como D. Juan Aguilar, ocupaba un lugar principal entre los guerrilleros de Andalucía, y no había ningún jefe de partida que no considerase como una honra el pelear á su lado ó bajo sus órdenes, tan importantes eran los sacrificios que estos dos patriotas habían hecho por la causa nacional y tantos sus méritos.

Avisado el 26 de Octubre D. Lorenzo Acevedo por sus expías en Igualeja, villa de la provincia de Málaga, á 11 leguas de esta ciudad y dos de Ronda, de que el enemigo se había presentado en los llanos de Aguallo, mandó tocar llamada y poner en alarma todas las guerrillas que se hallasen próximas, señalándolas el punto que debían ocupar.

Los franceses, que eran más de los que se creía, pues no bajaban de 650 infantes y algunos caballos, cambiaron la dirección que llevaban y se encaminaron á Cartajima, villa de 400 vecinos, situada á dos leguas de Ronda.

Resuelto Acevedo á atacarlos, colocó á la derecha las partidas de D. José Fajardo y D. Salvador García, en el centro las de don Juan Guerrero y D. Alonso Ventura Mena y á la izquierda á la llamada *Compañía fija* de Marbella, mandada por D. Angel Rabago, y á la de Cartajima, que tenía á su cabeza á D. Cristóbal Lagos, apostando las guerrillas de Juscar y Faraján en lugar oportuno para que cortasen la retirada á los imperiales.

Comenzó la lucha, que fué empeñadísima.

En vano los franceses pretendían avanzar, pues se lo impedía la hábil colocación que de sus guerrillas había hecho Acevedo, y que á cada instante los iban estrechando más.

El resultado fué que los imperiales, rechazados de todos los puestos, retrocedieron á la llanura buscando su salvación en Ronda, pero allí se encontraron con los ginetes de Juscar y Faraján que los causaron una nueva y sangrienta derrota.

© Biblioteca Nacional de España

Fué tal el ardor con que guerrilleros y paisanos acudieron á este combate, que hasta se vió tomar parte en la lucha á septuagenarios, que ya que no con armas, porque carecían de ellas, arrojaban piedras á los enemigos.

Todos los guerrilleros se batieron con el mayor arrojo, y todos se hicieron merecedores en este día á la gratitud de la patria y de las bendiciones de las generaciones venideras.

* * *

D. Alonso Ventura Mena y D. Angel Rabago tomaron parte en la acción de Fuenteblanquilla el 19 de Octubre, á las órdenes de Aguilar, y el 23 en la de Cartajima á las de D. Lorenzo Acevedo.

Igualmente los guerrilleros D. José Fajardo y D. Salvador García, D. Juan Guerrero y D. Cristóbal Lagos, D. Francisco Gómez, D. Juan José Barranco y D. Roque Gallego, tomaron parte en ambas acciones mostrando todos á donde rayaba su extraordinario valor.

* * *

D. Luis Negro mandaba una partida en la serranía de 100 hombres, y ya le vimos combatir al lado del célebre alcalde de Otívar, de quien se separó luégo para continuar la lucha por sí solo.

* * *

D. Antonio Guerrero era el segundo de la guerrilla del citado alcalde, y le acompañó en todos los combates que libró desde su salida á campaña.

Después de la acción del 4 de Setiembre, en que el alcalde quedó mortalmente herido, Guerrero fué quien, volviendo al campo de batalla y registrando mata por mata, dió con el cuerpo de su heróico jefe, quedando al frente de la guerrilla en tanto que don Juan Fernández curaba de sus peligrosas heridas.

* * *

D. Antonio Dios era otro de los valerosos tenientes de la guerrilla del alcalde, y en la acción del cerro de Monal cubrió la retaguardia con 37 caballos, y cargando sobre los imperiales los obligó á retirarse en busca de salvación y amparo al abrigo del grueso de sus fuerzas.

* * *

También D. Agustín Esteban figuraba entre los jefes subalternos de D. Juan Fernández, y en el sangriento combate del 4 de Setiembre mandaba la izquierda del alcalde, que sostuvo con el mayor denuedo.

* * *

D. Pedro Cortés capitaneaba otra de las partidas de la sierra, y en el mes de Setiembre libró una sangrienta acción en Benaocaz, causando á los enemigos 85 muertos, entre ellos cinco oficiales y 130 heridos, figurando entre éstos el Mayor de la guarnición de Ronda.

* * *

D. Sebastián Tinoco asistió al combate de *Fuenteblanquilla* y arroyo del *Cupi*, secundando admirablemente las órdenes de Aguilar con sus intrépidos guerrilleros.

* * *

La villa de Casa Bermeja se halla situada en un terreno áspero y desigual, y dista de Málaga algunas cuatro leguas.

En esta villa se formó en los primeros días del año 1810 una numerosa guerrilla, á cuyo frente se puso el bravo patriota don José Ruiz Falcón, más conocido por el sobrenombre de *Juan Soldado* con que le habían dotado sus paisanos por haber servido en el ejército.

La partida de *Juan Soldado*, interpuesta en el camino de Málaga, se apoderó de varios correos y convoyes, y batió en la mañana del 3 de Setiembre de 1810 un destacamento de la guarnición de aquella ciudad, causándole numerosas pérdidas.

© Biblioteca Nacional de España

Las orillas del río Guadalora, que riega el término de Alora, fueron testigo de las hazañas de este guerrillero, uno de los principales de Andalucía, por el conocimiento que tenía del arte de la guerra y por la serenidad que mostraba en los lances más arriesgados, de los que escapaba siempre con fortuna.

Granada.—El alcalde de Valor.—Giraldo.

En la provincia de Granada se distinguían dos guerrilleros, á quienes sus hazañas habían conquistado un justo renombre.

El alcalde de Valor, villa situada á dieciseis leguas de la capital y una de Ujíjar, capitaneaba una de las partidas más temidas de los imperiales por los constantes daños que les causaba y de los que en vano pretendían defenderse.

* * *

D. Vicente Giraldo comandaba otra guerrilla, que recorriendo las cercanías de Granada, ya en las altas montañas de Sierra Elvira y Sierra Nevada, ya en las orillas del Darro y el Genil, tenían en constante alarma á los imperiales con sus atrevidas sorpresas y sus temibles emboscadas.

Almería.—El alcalde de Dalias.—Santaella.

Es Dalias una importante villa de 2.000 vecinos de la provincia de Almería, que con las de Málaga y Granada, formaban el antiguo reino granadino.

En el año de 1810, el alcalde de Dalias, modelo de patriotas, formó una guerrilla, y abandonando la vara de la justicia por la espada de la venganza, se lanzó al campo decidido á vengar á su patria.

Recorría el osado alcalde toda la comarca, dando las mayores pruebas de valor y de patriotismo, cuando supo que de Huercal Obera salía una columna enemiga á imponer una de sus acostumbradas contribuciones á la importante ciudad y puerto de Vera, y aguardándola emboscado en el camino, sin reparar en lo exíguo de las fuerzas con que él contaba para hacer frente á la columna imperial, la batió con el mayor brío, matando é hiriendo 70 hombres y forzando al resto á refugiarse en Huercal Obera.

* * *

Santaella ayudaba al alcalde en la noble tarea de combatir á los enemigos de España, y á la verdad lo hacía con tal empeño y con suerte tan colosal, que en toda la provincia de Almería veíanse aclamada su guerrilla por los naturales, de los que era un verdadero escudo y protector contra la rapacidad de los franceses.

Cádiz.—D. Pedro Zaldívar.—D. Miguel López.—Palmetín.—D. Antonio Veas.

D. Pedro Zaldívar era el jefe principal de los guerrilleros de la provincia de Cádiz.

Sus hazañas ocuparían, como las de otros varios, un libro; baste decir que en sólo unos días llevó al campo de San Roque 200 franceses prisioneros que había hecho en diferentes acciones, á pesar de hallarse rodeado de los ejércitos imperiales, á los cuales burlaba con rara sagacidad.

El 17 de Setiembre de 1810 entró en la ciudad de Algeciras, llevando 13 prisioneros y 32 acémilas, cogidas en una reciente acción, en la que causó á los franceses 35 muertos.

Poco después hizo prisioneros á varios comerciantes franceses, que iban en calesas del Puerto de Santa María á San Lúcar, y los cuales le ofrecieron 3.000 duros en oro por que los dejase en libertad, cantidad que Zaldívar y sus guerrilleros despreciaron resueltamente.

* * *

D. Miguel López había levantado en Ubrique una guerrilla, con la cual recorría el país, causando á los sitiadores de Cádiz diversas alarmas, que terminaban con la desaparición de la partida, pero dejando tras sí un rastro de sangre, ó llevándose algunos hombres prisioneros, ó cogiendo algunas acémilas con víveres de los que conducían los imperiales para el ejército sitiador.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Palmetín era el terror de los franceses que ocupaban á Jerez de la Frontera, porque era un guerrillero que en todas partes estaba, que á todos los puntos acudía, que parecía multiplicarse y ser cien hombres y no uno.

El 22 de Octubre de 1810 encontró junto á la Torre de Melgarejo, á dos leguas de Jerez, un destacamento de 70 franceses, los embistió con su acostumbrada gallardía, mató 16 y obligó á huir á los restantes.

Recorrió después los términos de Jerez, Trebujena, Lebrija y San Lúcar, y batió cuantas avanzadas encontró de los enemigos.

En el camino de Sevilla divisó un correo escoltado por 50 dragones, y cerrándole el paso mató siete, rindió cinco y se apoderó del correo y de todos los pliegos que llevaba, remitiéndolos á la Regencia.

A los pocos días luchó en el cortijo del *Sotillo* con otra fuerza enemiga, causándola 17 muertos, sin más pérdida de su parte que un guerrillero herido.

Posteriormente luchó, á fines del citado mes, contra 120 caballos enemigos en las cercanías de Zahara, antiguo sitio real de varios monarcas árabes, demostrando el gran corazón que encerraba su pecho.

* * *

D. Antonio Veas era un patricio entusiasta que se había lanzado al campo á la cabeza de un puñado de hombres tan amantes como él de su querida España.

Al frente de su guerrilla recorría los términos de Arcos de la Frontera y de Medina Sidonia, causando á los franceses innumerables pérdidas; dígalo sino la acción que sostuvo contra ellos el 16 de Diciembre de 1810, en la cual les causó infinidad de bajas y les hizo prisioneros un capitán y 16 soldados que envió á la ciudad de Algeciras.

Sevilla.—D. Salvador Sierra.—El Mantequero.

Por el mes de Julio de 1810, D. Salvador Sierra comandaba una numerosa guerrilla que recorría todo el partido de Ecija, antigua y populosa ciudad perteneciente á la provincia de Sevilla, llegando en algunas ocasiones hasta las puertas mismas de la ciudad, y sin que le arredrasen para combatir á los enemigos de España ni su número ni sus armas.

* * *

El *Mantequero* era uno de los guerrilleros más audaces de Andalucía.

De sus hazañas estaba llena toda la provincia de Sevilla, que se enorgullecía, y con fundado motivo, de contarlo entre sus hijos.

Citaremos algunas para que el lector pueda juzgar con pleno conocimiento de causa.

En los primeros días del mes de Setiembre del año 1810, realizó en sólo un día varias de esas que rayan en locura.

Con efecto; una mañana se entró con sus guerrilleros, tan audaces y tan valientes como él, en el populoso barrio de Triana, de Sevilla, estando la ciudad ocupada por los franceses, y sorprendió la guardia del puente, que hizo sacar prisionera á algunos de sus hombres fuera de Sevilla, con orden de aguardarle.

Después de esta increíble hazaña se dirigió con el resto de su partida á la *Cartuja*, y sacando de ella todos los caballos que allí tenían los franceses, se retiró tranquilamente en busca de sus guerrilleros, y unido con ellos, y llevando tan buena presa en hombres y caballos, se dirigió á realizar la tercera hazaña que se había propuesto llevar á cabo en aquel día.

Encaminóse, pues, á un cortijo inmediato al campo de Sas, en el que los franceses tenían una avanzada que guardaba algunos caballos y ganados, y cercándolos de improviso se lanzó sobre ellos con un puñado de sus hombres, no á tiros, porque no le convenía que se oyera en Sevilla el ruído de las descargas, sino á navajazos, en tanto que los otros apuntaban desde sus caballos á los sorprendidos, pero con orden de no hacer fuego sino en el último extremo.

El resultado fué el que nuestro héroe había pronosticado anteriormente; esto es, la muerte de los soldados que no se entregaron, la prisión de los que se rindieron y la conquista de un rico botín.

© Biblioteca Nacional de España

Córdoba.—D. Lorenzo Díaz (El Cojo).—D. Juan Antonio Mármol.—D. Juan Lorenzo Rey.—D. Mariano Rodríguez.

Discurría por la provincia de Córdoba la guerrilla de D. Francisco Díaz, apodado el *Cojo*, porque lo era en efecto, vengando en los destacamentos imperiales que caían bajo su espada la muerte de algunos parientes y el saqueo de su casa realizado por los soldados de Dupont cuando su entrada en la capital.

* * *

D. Juan Antonio Mármol había logrado reunir una partida de valientes cordobeses.

El 19 de Julio de 1810, con sus 20 guerrilleros, atacó y derrotó á 55 franceses en las inmediaciones de Castril, en el reino de Granada, al que solía llegar en sus atrevidas excursiones, matándoles 14 y aprisionando los otros.

En el mes de Setiembre, aumentada extraordinariamente su guerrilla, penetró don Juan Antonio Mármol en la importante ciudad de Lucena, donde fué recibido con inmenso júbilo por todos los habitantes, retirándose al siguiente día.

Sabido esto por la guarnición francesa de Cabra, salió una columna de 350 hombres, y trataron de prender á varios patriotas de Lucena, pero acudió Mármol con sus guerrilleros, trabándose en las mismas calles de la ciudad una sangrienta lucha; los imperiales trataron de huir y acogerse á un cerro inmediato, dejando las plazas y calles de Lucena sembradas de cadáveres; pero Mármol se revolvió contra ellos rápidamente, y llamando en su auxilio á los patriotas de Lucena y de Cabra, que acudieron en gran número armados de todas armas, quién con escopeta, quién con navaja, éste con hoz, aquél con garrote, todos fueron víctimas del justo odio de los españoles.

* * *

D. Juan Lorenzo Rey, que comandaba la partida denominada *Guerrilla de Córdoba*, sorprendió en el mes de Agosto del año 1810, en el Puente de D. Gonzalo, un correo que había salido de Málaga para Madrid con pliegos de la mayor importancia, escoltado por 50 dragones, y después de un reñido combate se hizo dueño de los pliegos, matando 12 dragones y echando á huir los otros.

* * *

D. Mariano Rodríguez, al frente de su guerrilla, era el enemigo jurado de los franceses en todo el término de la ciudad de Córdoba.

En el mes de Octubre de 1810 atacó el Puente de Alcolea, guardado por 50 franceses, y habiéndoles obligado á refugiarse en la Casa-fuerte de la venta, se apoderó de 230 yeguas y un tiro de mulas del coche de un general francés, todo lo cual presentó al jefe español del ejército de la izquierda, quien destinó las mulas al parque de artillería y las yeguas para la remonta.

Igualmente presentó una balija francesa y á su conductor que había cogido, luégo de pasar á cuchillo los 20 dragones que lo custodiaban y que no quisieron rendirse.

Jaén.—D. Jerónimo Moreno.—D. Pedro Alcalde.—Uribe.—D. Juan Franco.—D. Mateo Gómez.—D. Antonio Calvache.

A mediados de Julio de 1810, D. Jerónimo Moreno y D. Pedro Alcalde con sus guerrillas intentaron apoderarse de 60 potros que, según noticias, tenían los enemigos en el término de la villa de Martos, guarnecida á la sazón por un destacamento de 140 franceses.

Ambos patriotas realizaron su empresa con el mayor secreto y feliz éxito, llevando los potros por el camino de Valdepeñas escoltados por la infantería de Alcalde, mientras los ginetes de Moreno entretenían á los enemigos que había en el mismo lugar de Valdepeñas, á fin de dar tiempo, como lo consiguieron, á que adelantase la infantería y se pusiese á una distancia tal que fuera imposible alcanzarla á la caballería imperial.

Al llegar al convento de Cazalla, tuvieron aviso de que el destacamento francés de

© Biblioteca Nacional de España

Carchalejo, compuesto de 85 hombres, se dirigía á Pegalajar. Ordenaron continuar la marcha á los potros escoltados por 50 peones y cuatro ginetes, y el resto de los nuestros hizo frente á los imperiales, los cuales, acobardados por el nutrido fuego de los guerrilleros, se encerraron en un cortijo próximo; pero incendiado éste (no se sabe por qué causa ni de qué modo) no tuvieron más recurso que volver al campo y pelear de nuevo.

La acción que se entabló fué larga y sangrienta. Moreno mató por su mano al comandante francés, y Alcalde hirió mortalmente por la suya al ayudante enemigo, distinguiéndose muy especialmente los guerrilleros Francisco de la Cruz, Miguel Ibáñez y José Bello.

Por fin, los franceses se vieron forzados á emprender la fuga, dejando sobre el campo 68 hombres, y en poder de los nuestros todas las armas, mochilas, caja de guerra y maletas de los oficiales.

Los enemigos restantes hubieran perecido igualmente á no recibir aviso nuestros guerrilleros de la llegada de varias columnas salidas de Jaén y Pegalajar en auxilio de la vencida.

Con todo, á su llegada á Quesada el día 22, aunque sus fuerzas estaban reducidas á 110 hombres útiles, pues el cansancio por un lado y la necesidad de escoltar la presa que iba delante no les permitían disponer de más gente, salieron á recibir á los enemigos, que en número de 150 infantes y 50 ginetes venían en su persecución.

Trabóse nuevo combate entre ambas fuerzas, que duró seis horas, al fin de las cuales los imperiales se retiraron dejando el campo por los nuestros con infinidad de muertos y heridos.

El 22 de Setiembre, D. Pedro Alcalde con su guerrilla se encontró á una legua de la villa de Jodar con un destacamento enemigo de 100 hombres de todas armas que iban custodiando 1.400 cabezas de ganado lanar, 100 yeguas, 700 bueyes y muchos cerdos.

El convoy era tan importante y halagaba tanto á nuestros guerrilleros privar de él á los franceses, que Alcalde concibió el proyecto de conquistarlo; pero como sus fuerzas eran tan escasas, no quiso hacerlo sin antes consultar á sus hombres.

La respuesta de los guerrilleros fué unánime.

—¡Adelante!—gritaron.

—¡Mirar que son triples fuerzas las suyas!

—*¡No importa!*—respondieron.

—*¡No importa!*—contestó Alcalde.

Y picando espuelas al caballo torció la rienda á la derecha y desapareció entre unos olivares.

Allí dividió su guerrilla en cuatro grupos, tratando de suplir con el número de éstos la escasez de sus fuerzas.

Cuando el convoy penetró en el camino que bordeaban los citados olivares, sonó este grito formidable dado por Alcalde:

—¡Patria y libertad!

Y los cuatro grupos, semejando cuatro huracanes, cayeron sobre los guardias del convoy, de frente, por retaguardia, por los flancos, deteniendo con las afiladas puntas de sus sables á cuantos pretendían resistir, visto lo cual por los franceses, sin cuidarse para nada del convoy, trataron únicamente de salvar sus vidas huyendo precipitadamente hacia la villa de Jodar, y no siendo todos aprisionados porque Alcalde, deteniendo el ímpetu de sus guerrilleros, trató de poner á salvo la rica presa conquistada al precio de su sangre.

* * *

Uribe y D. Mateo Gómez eran otros dos guerrilleros de mérito sobresaliente de la provincia de Jaén.

Unidos con Alcalde y Moreno, ó solos, según la necesidad y el momento, batieron estos guerrilleros á los destacamentos franceses en Quesada, Jodar, Posadilla, Alamillo y otros cien puntos.

Blake, alrededor de cuyo ejército realizaron estos nobles patricios sus mejores hazañas, sabedor de que la buena amistad que tenían Moreno y Uribe se había roto, puso todo su empeño en restablecerla, como al fin lo consiguió para bien de España en general y de Andalucía en particular. (Agosto de 1810.)

* * *

© Biblioteca Nacional de España

El 16 de Setiembre, la guerrilla que mandaba D. Juan Franco, con la llamada *Húsares de Calatrava*, que capitaneaba D. Vicente Giraldo, sorprendieron un convoy enemigo entre el Visillo y la Venta de Cárdenas, causando á sus conductores una pérdida grande de muertos y heridos, y apoderándose de un considerable número de piezas de paño y de efectos de valor que formaban parte del convoy.

* * *

D. Antonio Calvache era un antiguo militar que sucedió al comandante Bielsa en el mando superior de las partidas de guerrilla de la provincia de Jaén.

Las guerrillas, fomentadas por el general Blake en toda Andalucía, por reconocer sus muchos y grandes servicios á la causa de la Independencia, lo fueron muy especialmente del lado de Jaén, y para sacar de ellas todo el partido de que eran susceptibles, nombró Blake al brigadier D. Antonio Calvache en sustitución de Bielsa, que hasta entonces había estado á su cabeza.

No defraudó Calvache las esperanzas de



ENTIERRO DE D. ANTONIO CALVACHE.

Blake ni de los jefes de guerrilla, pues su actividad corría parejas con su valor, y sus conocimientos militares se hermanaban perfectamente con la marcha y modo de ser especialísimo de las partidas y con su forma de pelear.

Su mando señalóse bien pronto por diversos y notables triunfos, y hasta los mismos franceses no vacilaban en reconocer los méritos y el heroísmo de Calvache, si bien para evitar que continuase desplegando su genio dedicaron á perseguirle multitud de columnas, á las cuales no siempre pudo vencer ni menos huir.

Perseguido tenazmente Calvache por los bonapartistas, éstos, no contentos con haber incendiado la villa de Segura de la Sierra, le sorprendieron en Villacarrillo, donde le mataron en la mañana del 24 de Octubre de 1810.

Tanto respetaban los enemigos á este caudillo, que enviaron su cadáver á nuestro campo para que se le hicieran los honores debidos á su justa reputación.

¡Puede juzgarse por esta actitud de los franceses del mérito y valía de D. Antonio Calvache!

Su entierro fué una verdadera manifesta-

© Biblioteca Nacional de España

ción de pena. Clérigos, frailes, campesinos, guerrilleros, ricos y pobres, todos acudieron á contemplar su cadáver y acompañaron hasta la fosa al insigne patricio honra y gloria de la noble España.

El reverso de la medalla.

Mientras en la Península ardía la guerra de Norte á Sur y de Oriente á Poniente, mientras Cádiz y la Regencia se hallaban sitiadas por los imperiales, y mientras los españoles todos vertían á torrentes su sangre por conservar á Fernando el trono que tan cobardemente había cedido á Napoleón, sin que para ello les arredrase ningún género de sacrificios, veamos lo que hacían Fernando, su hermano y su tío en Valencey.

Vencidas sucesivamente por Napoleón sus tres grandes rivales, la Rusia, la Prusia y el Austria; creado un reino en Westfalia para Jerónimo, el más joven de sus hermanos; sentado su general Joaquín Murat sobre el trono de Nápoles, y su hermano José sobre el de España; arrebatado al Austria todo el litoral del Rhin y del Adriático, y reunidos al imperio francés los Estados del Papa, Napoleón había llegado al apogeo de su gloria; pero si reconocemos esto, si enumeramos sus fuerzas y su poderío, es precisamente para dejar consignado que contra ese coloso de la fortuna, contra ese rey que algunos han llamado universal, luchaba España sola, abandonada de sus príncipes, impulsada por su patriotismo, sostenida por su amor á la independencia, y no tan sólo luchaba, sí que también le vencía, cuando no en las grandes batalla en esa pequeña guerra de las guerrillas, que lentamente iba minando la existencia del coloso y desmoronando su imperio.

Llegado Napoleón, según hemos visto, al apogeo de la gloria, no tenía heredero á quien poder trasmitir su vasto imperio, y para evitar este inconveniente rompió su estéril matrimonio con Josefina Boharneis, á la que todo se lo debía, pues gracias á ella obtuvo los primeros cargos que desempeñó en su vida y que le llevaron á realizar sus ambiciosos sueños, y se casó el día 2 de Abril de 1810 con la archiduquesa María Luisa, hija mayor del emperador de Austria.

Este matrimonio fué celebrado con grandes fiestas por toda la Francia imperial.

Veamos las que hubo en Valencey y la parte que en ellas tuvieron los príncipes de España, tomada de la descripción hecha por el gobernador y enviada al ministro:

«El día 5, á las seis de la mañana, una descarga de artillería hizo el anuncio de la solemnidad.

A las ocho hubo parada militar en el primer patio del palacio, y yo quedé contento de la firme permanencia de las tropas.

A las diez fuí á la iglesia de esta ciudad con el primer escudero de SS. AA. y las autoridades civiles de Valencey en tres coches magníficos.

Los habitantes concurrieron á porfía, y la guarnición formó en dos filas desde el atrio hasta el altar.

Se celebró una misa solemne y se cantó el *Te-Deum* con agradable música, con permiso del arzobispo del departamento del Indre.

Estuvo expuesto el Santísimo Sacramento, y al fin del oficio divino se cantaron oraciones por SS. MM. II. y RR.

Al tiempo que yo pasaba á la iglesia, y aun en esta misma, no cesaron las aclamaciones de *¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz!* todo con el mayor entusiasmo.

La comitiva fué desde la iglesia de Valencey á la capilla del palacio, donde las autoridades y la tropa se colocaron en fila desde las habitaciones de SS. AA. hasta el altar.

Yo fuí con el primer escudero al gran salón, y habiendo encontrado allí á los príncipes, tuve el honor de conducirlos á los sitios que se les había preparado. La artillería hizo salvas, que se repetían de hora en hora.

Al medio día, el capellán de SS. AA. ofició un *Te-Deum* cantado en música, y acabó la ceremonia con oraciones por la felicidad de SS. MM. II. y RR.

Antes de salir de la capilla, volvió el rostro hacia los concurrentes el príncipe Fernando, y exclamó diciendo á gritos muchas veces:

—¡Viva el emperador! ¡viva la emperatriz!

© Biblioteca Nacional de España

Los demás le imitaron, repitiéndolo varias veces con gran entusiasmo.

A la una y media mandé ejecutar algunas maniobras militares á presencia de SS. AA.

Después tuve el honor de presentarles al señor Prefecto del departamento del Soir y Cher, que había sido convidado por SS. AA. y á los Sres. Lefebure, recibidor general del mismo departamento; Godeau d'Entraigues, presidente del cantón; al Maire y al adjunto de Valencey; al Juez de paz del cantón, y á los señores oficiales de la guarnición, á quienes SS. AA. se dignaron manifestar que habían tenido grande satisfacción en ver las evoluciones.

A las cuatro fuí con el señor Prefecto al primer salón, porque habíamos sido convidados á comer con SS. AA.

Hubo en la mesa los brindis siguientes:

El príncipe Fernando dijo así:

—*A nuestros augustos soberanos el grande Napoleón y María Luisa, su augusta esposa.*

El príncipe Carlos pronunció el siguiente:

—*A las dos familias imperiales y reales de Francia y de Austria.*

El príncipe Antonio brindó de este modo:

—*A la feliz unión de Napoleón el grande y de María Luisa.*

A las cinco tuvimos el honor de despedirnos de SS. AA.

El Sr. Amezaga, su primer escudero, ha ofrecido en nombre de SS. AA. á cada uno de los oficiales de la guarnición un reloj de repetición, á los sargentos seis francos y á los soldados tres. A más, el príncipe Fernando ha dado 600 francos para dote de la soltera más virtuosa y más pobre del cantón, y SS. AA. han mandado hacer vestidos por su cuenta á ocho niños y á ocho niñas para cuando reciban la comunión en la próxima Páscua.

A las seis hubo banquete de los oficiales de la casa, presidido por el señor primer escudero, y asistían convidadas las autoridades civiles y otras personas de distinción.

A las siete los príncipes me hicieron llamar para acompañarles á la sala del banquete.

Hubo brindis en presencia de SS. AA., quienes los aplaudían con mucho entusiasmo.

Sólo citaré el del primer escudero, señor Amezaga, que fué de este modo:

—*A Napoleón el grande y á María Luisa, gloria y delicia de Francia y Austria, quiera la Providencia concederles larga y dichosa vida.*

En esta sala estaba el retrato del emperador y rey, rica y elegantemente adornado.

A las ocho tuve el honor de acompañar á SS. AA. para ver las iluminaciones. Todo el palacio, el parque y los tres patios, estaban iluminados por 3.000 lámparas.

El pueblo se introdujo hasta el segundo patio del palacio, sobre cuya puerta se veía una inscripción iluminada que decía así:

—*A S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia. A su augusta esposa María Luisa de Austria, los príncipes de España Fernando, Carlos y Antonio.*

Continuaba el pueblo aclamando al emperador y á la emperatriz.

SS. AA. se retiraron á sus habitaciones, donde hubo un excelente concierto bien ejecutado, al que asistieron las personas del banquete.

A las once SS. AA. se fueron á sus gabinetes, y con esto cesó, monseñor, la fiesta.»

Como se desprende del contexto, se trata de un documento oficial.

Fernando y sus hermanos no tuvieron el pudor de negarse á asistir á semejante fiesta, fingiéndose enfermos, y en último caso arrostrando las consecuencias de su negativa, que eso y más merecían los heróicos españoles que en aquellos instantes morían por su causa.

Fernando, sin que nadie se lo exigiera, por propio impulso de su torcida conciencia, gritó al salir de la capilla *¡Viva el emperador!* el verdugo de los españoles; y en el banquete brindó por Napoleón, al que llamó *su augusto soberano.*

Después obsequió con regalos á los oficiales y soldados de aquel ejército que asolaba á España y asesinaba á sus hijos; y dotó á una *huérfana virtuosa* de Francia, cuando tantas en España perdían su virtud arrebatada por la soldadesca imperial, y quedaban huérfanas; y repartió trajes á varios niños

© Biblioteca Nacional de España

y niñas franceses, en los momentos mismos que tantos niños y niñas de España quedaban desnudos, sin pan y sin abrigo, porque sus padres perdían hacienda y vida por defender su trono.

El rostro se enciende de rubor, ha dicho, con harta razón, un eminente escritor, al pensar que después de estos actos aceptaron los españoles por rey á Fernando.

Sigamos narrando.

En una carta dirigida por Fernando á Mr. Berthemy, le decía:

«Lo que ahora ocupa mi atención es un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el Emperador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por mi sumisión y entera obediencia á sus intenciones y deseos.»

¿Puede darse mayor degradación?

¿Y este príncipe, autor de la conspiración de El Escorial, de los motines de Aranjuez y de las escandalosas escenas del palacio Marrac, de Bayona, iba á reinar sobre el pueblo del 2 de Mayo y de Bailén, de Zaragoza y de Gerona, de Astorga y Ciudad Rodrigo, sobre todas las heróicas provincias que forman la nación española, cuyas gloriosas hazañas no caben, según la feliz expresión del poeta,

Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la historia?

Y no era esto, quizás, lo peor; lo más grave consistía en que aun cuando los franceses publicaron estas cartas en *El Monitor*, juzgando que tan *indecorosos é innobles* documentos sublevarían contra Fernando el ánimo de los españoles, éstos, llevando su amor por él hasta la exageración, lejos de creer en la veracidad de tales cartas, sostenían que eran apócrifas y escritas por Napoleón para desprestigiarlo.

¡Triste ceguedad!

Pero aún llevó Fernando su infamia á un extremo mayor.

Algunos españoles, y lo que es más, algunos ingleses, conspiraban para sacarle de Valencey, y Fernando los delató al gobernador con la siguiente carta:

«Habiéndose introducido aquí una persosona desconocida con pretexto de trabajar de tornero (oficio al que era muy aficionado el *famoso* infante D. Antonio), se ha atrevido á seguida á proponer al Sr. Amezaga, nuestro primer caballerizo é intendente, sacarme de Valencey, entregarme algunas cartas que trae, en una palabra, llevar á cabo el proyecto y plan de esta horrible empresa.

Nuestro honor, nuestro reposo, la buena opinión debida á nuestros principios, todo se hubiera visto comprometido si el Sr. Amezaga no se hallara al frente de nuestra servidumbre, y si no hubiera dado en esta ocasión peligrosa una nueva prueba de fidelidad hacia S. M. el emperador y rey, y hacia mí. Este oficial, cuyo primer paso fué informaros al momento del proyecto dicho, me dió cuenta inmediatamente después.

Deseo vivamente informaros por mí mismo de que estoy impuesto en el asunto, y tener esta ocasión de manifestar de nuevo mi inviolable fidelidad al emperador Napoleón, y el horror que siento respecto á este infernal proyecto, cuyos autores y fautores deseo que sean castigados según merecen. Recibid los sentimientos de nuestro afecto. —*El príncipe Fernando.*»

El emisario era Carlos Leopoldo, baron de Kolly, de edad de treinta y dos años, nacido en Irlanda, y enviado por S. M. el rey Jorge III de Inglaterra, al príncipe de Asturias D. Fernando VII.

Kolly fué encerrado en el castillo de Vicennes hasta la caída de Napoleón, y ganado luégo por Fernando, ya rey, con un privilegio para introducir harinas en la Isla de Cuba, con bandera extranjera, á fin de que desfigurase el hecho en lo que á él tocaba en las *Memorias* que luégo publicó.

Historia de un viaje.

Como había dicho el buen marqués de la Castellana al doctor Peñaranda en la carta que le dirigió y que recordarán nuestros lectores, D. Juan Antonio Miranda y su familia se dispusieron á marchar para Sevilla, dejando inconsolables al noble anciano y á la condesita, que no se decidían á creer en un viaje que así les arrebataba amigos tan

© Biblioteca Nacional de España

queridos, y que al fin tuvieron que rendirse á la verdad del para ellos tristísimo suceso.

Difícil cosa era viajar por España á fines del año de 1809, porque todo viajero, especialmente los que venían de Madrid, eran tenidos por los patriotas como traidores, y por los franceses como espías.

Pero ya conocemos el carácter de D. Juan Antonio Miranda; Jovellanos, su grande amigo y maestro, le llamaba á Sevilla, y ningún temor le detuvo, ni hicieron mella en su ánimo las reflexiones del anciano marqués y de su sobrina, la hermosa Isabel, que consideraban este viaje doblemente peligroso por no querer separarse de su hermano, ni Pepita, ni doña Teresa.

En la mañana del 5 de Diciembre salió de Madrid D. Juan Antonio Miranda, acompañado de sus hermanas, una de las cuales, doña Teresa, antes habría preferido la muerte que permanecer en la capital de que los asesinos de su hijo Carlos eran dueños y señores, y seguido de su fiel criado Nicolás.

El Sr. Miranda tenía secretos motivos para marchar inmediatamente. Gracias á sus buenas relaciones y á las del marqués, sabía que José y Soult preparaban la invasión de las Andalucías. Era preciso, por tanto, marchar, y marchar pronto á fin de comunicar á la Junta Central esta importante nueva, si es que la suerte le permitía llegar sano y salvo á la ciudad de Sevilla, á fin de que la Central procurase impedir tamaña desgracia.



VISTA DE ARANJUEZ

No ignoraba el Sr. Miranda lo expuesto de aquel viaje, pero confiaba en su buena estrella y en el patriotismo de las poblaciones.

Apenas llegados nuestros amigos á la ciudad de Aranjuez, y sabido por las autoridades que D. Juan Antonio Miranda iba á Sevilla, llamado por el ilustre Jovellanos, todas las personas principales se apresuraron á visitarlos, y el alcalde les dió á la siguiente mañana una buena escolta de valientes escopeteros.

Juzguen nuestros lectores la sorpresa de nuestros viajeros y de sus acompañantes cuando, á las pocas horas de camino, vieron avanzar una fuerte columna que á todo el galope de los caballos se dirigía á su encuentro, y que, á juzgar por su aspecto, debía estar compuesta de soldados.

El Sr. Miranda empuñó sus pistolas y se dispuso á saltar del carruaje resuelto á hacer frente á los enemigos, cuando fué detenido por la mano de su hermana doña Teresa, que con tranquilo semblante le dijo:

—Nada temas, Juan Antonio.

—¿Qué dices?

—Esos que avanzan no son franceses, son nuestros amigos, nuestros protectores, y los manda un antiguo conocido tuyo.

Al terminar este diálogo, los escopeteros, que se habían formado delante del coche de colleras en que iban nuestros amigos y con ellos el criado del Sr. Miranda, el valiente Nicolás, comenzaron á dar gritos de ale-

© Biblioteca Nacional de España

gría y á disparar sus armas al aire; paró el coche, saltaron D. Juan Antonio, Pepita y doña Teresa, deseosos de saber lo que pasaba, y casi á un tiempo llegaron los desconocidos.

—¡Doña Teresa!—exclamó el jefe, echando pie á tierra y besando arrodillado la mano que ésta le tendía.

—¡Juan Martín!—contestó ella con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Viva el *Empecinado!*

—¡Viva el héroe de Cogolludo!

—Viva nuestro padre!

Tales fueron los gritos que por espacio de largo tiempo resonaron en medio del camino.

Era cierto; era el *Empecinado*, que habiendo recibido de Aranjuez la noche anterior un aviso que doña Teresa había confiado al alcalde y que éste se apresuró á enviarle, había corrido muchas leguas para salir á su encuentro.

Era Juan Martín, ya capitán, rodeado de sus primos Navas y Berdugo, de sus tenientes Abuín, Mondedeu, Isidro y Sardina y de su inseparable licenciado el estudiante Anselmo Rodríguez.

Bien pronto los brazos del Sr. Miranda se abrieron para estrechar en ellos al héroe cuyo nombre era repetido por los ecos de la fama.

Vueltos los viajeros á montar en el coche, despedidos los escopeteros de Aranjuez, á los que el *Empecinado* hizo recompensar generosamente, el coche de la familia Miranda fué escoltado por D. Juan Martín hasta las cercanías de Madridejos.

Durante el camino, el *Empecinado*, interrogado por D. Juan Antonio, le refirió con su acostumbrada sencillez todas sus proezas, á las que él no daba valor ninguno, el empeño de los franceses en cogerle y la oferta de aprisionarle, hecha al intruso José por el intendente de Guadalajara, el afrancesado Salas.

Encantados se hallaban nuestros viajeros de D. Juan Martín, y gustosos habrían pasado días enteros oyendo la narración de sus proezas; pero habían llegado cerca de la importante villa de Madridejos, ocupada por los franceses, y el *Empecinado* debía abandonarlos para continuar su carrera de hechos gloriosos.

La despedida no pudo ser más cariñosa: el *Empecinado*, que como ya le oimos en otra ocasión, *quería á doña Teresa como á una madre y la reverenciaba como á una santa*, al separarse de D. Juan Antonio Miranda y de Pepita, de los que tan agradable recuerdo conservaba desde que los visitó en Madrid, portador de la carta de doña Teresa, los quería ya como á cosa propia, y lágrimas que en vano pretendía contener aquel hombre, que era un león en la guerra y un niño en la paz, rodaban por sus tostadas mejillas.

Ya iban á separarse, cuando Pepita, temblando al pensar que el *Empecinado* y sus guerrilleros los abandonaban, y que iban á proseguir el camino solos y expuestos á todo género de peligros, no pudo menos de sollozar.

—¿Qué tiene V., señorita?—la preguntó alarmado Juan Martín.

—Nada.

—Hable V.

—Es una bobería... Tengo pesar porque usted nos abandona, y miedo á la soledad del camino.

—¿Sola, criatura de Dios? ¿Pero acaso cree V. que Juan Martín es de tan mala entraña que dejaría abandonados á los séres que más quiere en el mundo después de su madre y de su esposa?

A ver, señor licenciado... ¿Ha hecho V. lo que le encargué?

—Puntualmente.

—Es decir que puedo contar...

—*Honora amicum*...

—Qué ha dicho V.?

—Que su mercé es grande y como tal se porta; *Quia nominor leo*...

—No empiece V. con sus arengas...

El Sr. Miranda no pudo menos de sonreir al escuchar los latines del licenciado.

—Pues decía—prosiguió el estudiante sin inmutarse,—que todo está dispuesto. ¡Vea su mercé si es cierto!

Y el licenciado dejó oir un agudo silbido, y de entre los olivares que había en las orillas del camino salió de repente un numeroso grupo de ginetes armados, y á su

© Biblioteca Nacional de España

frente un joven vestido de riguroso luto.

Pepita sonrió de júbilo y doña Teresa y el Sr. Miranda cambiaron una mirada.

—¡A la orden, Sr. D. Juan Martín!—dijo el recien llegado, cuadrándose con aire militar.

—¡Toca esos cinco, *Francisquete!*

—¿Usted es D. Francisco Sánchez?—preguntó el Sr. Miranda, adelantándose hacia el recien llegado.

—Para servir á Dios y á su mercé,—respondió el joven descubriéndose.

—Tengo á mucha honra—dijo el Sr. Miranda, tendiéndole la suya—el estrechar la mano de un patriota como usted. Teresa, Pepita—añadió dirigiéndose á sus hermanas,—á este joven que véis le mataron los franceses un hermano de la manera más bárbara y cruel.

—¡Es cierto!—respondió *Francisquete* con visible emoción.

—A mí también—dijo doña Teresa—me asesinaron un hijo...

En todos los guerrilleros, así del *Empecinado* como de *Francisquete*, hubo un movimiento de indignación.

—Sí—añadió D. Juan Martín con profunda emoción;—un niño de dieciseis años, que era mi ídolo, y lo mataron por defender á los heróicos madrileños del 2 de Mayo.

—¡Qué horror!—exclamaron algunos.

—¡Qué infamia!—dijeron otros.

—Estos franceses ya se sabe, creen que son los dueños de la España, y *jus utendi ac abulendi*.

—¿Qué ha dicho V.?—preguntó D. Juan Martín.

—Que proclaman el derecho del uso y del abuso...

—Este hombre—dijo el *Empecinado*—me marea con esos terminachos.

—Recuerdos de la Complutense,—dijo el licenciado.

—¿Alguna mozuela?—preguntó D. Juan Martín frunciendo el ceño,—pues, cuidado conmigo...

—Se refiere á la ciudad de Alcalá—dijo el Sr. Miranda,—en cuya universidad habrá hecho sus estudios el señor licenciado, y á la que han dado ese nombre algunos autores.

El licenciado dió las gracias al Sr. Miranda con una sonrisa.

—Ha llegado la hora de separarnos. Con que supongo que ya no tendrá V. miedo, señorita — dijo el *Empecinado*, — porque *Francisquete* y sus valientes guerrilleros servirán á Vds. de guía y de amparo.

—¿Y después?—preguntó Pepita.

—Después... No faltará algún otro amigo que se encargue de la guarda y custodia de tan insignes patricios. ¿No es cierto, amigo Paco?

—Todos estamos dispuestos—dijo el licenciado,—*nemine discrepante*, á dar la vida por tan buenos amigos.

—Pero, señor licenciado, ¿quién le ha dado á V. vela en este entierro?—preguntó el *Empecinado* sonriendo, halagado por las palabras de cariño que el estudiante había dedicado á la familia de doña Teresa.

—Nadie.

—Y tú, ¿qué dices, *Francisquete*?

—Que ya están avisados los nuestros,—contestó el joven Sánchez.

—Al coche, pues, y buen viaje, y ya saben ustedes que en vida y en muerte Juan Martín es suyo.

Y el *Empecinado*, besando la mano de doña Teresa y de Pepita, y estrechando las de D. Juan Antonio y de *Francisquete*, retrocedió en su camino dirigiéndose al escape hacia la provincia de Guadalajara, donde le llamaban las necesidades de la guerra.

No lejos de Manzanares se presentó á nuestros viajeros el médico D. Juan Palarea y sus partidarios, despidiéndose *Francisquete* de nuestros amigos; y antes de llegar á Almuradiel, ya se encontró la familia del Sr. Miranda con los guerrilleros del alcalde de Montoro, D. Juan de la Torre, llegando felizmente en su compañía á los campos de Bailén, y dirigiéndose al siguiente día hacia Sevilla, donde entraron custodiados por los escopeteros del presbítero don Ramón Argote.

Apenas llegados á Sevilla, D. Juan Antonio pasó á visitar al insigne D. Gaspar Melchor de Jovellanos, que le recibió con el mayor cariño, y que aquel mismo día le presentó á sus colegas de la Junta, ante los cuales el Sr. Miranda hizo una pintura

© Biblioteca Nacional de España

fiel y exacta de la situación de Madrid, en cuya población el odio á los franceses aumentaba de cada día, del progreso de las guerrillas levantadas en toda la provincia, que tenían en contínua alarma á los imperiales, y del proyecto de José de invadir las Andalucías.

Tan grave les pareció la noticia, que la mayoría de los vocales de la Junta apenas si la dió crédito.

Jovellanos, que pertenecía en unión del Patriarca, del Arzobispo de Laodicea, de D. Rodrigo Riquelme, de D. Juan de Dios Rabé y de D. Benito Ramón Hermida á la sección de Gracia y Justicia, una de las más importantes de la Junta, colocó en ella á D. Juan Antonio encargándole del despacho de asuntos del mayor interés, en los cuales mostró el Sr. Miranda sus grandes talentos, que en poco tiempo le conquistaron las simpatías de todos los individuos de la Junta, en la que había las primeras ilustraciones de España.

Sabido el cariño que sus hermanas le profesaban, inútil nos parece decir que doña Teresa y Pepita gozaban lo indecible con los triunfos de su hermano, á quien Jovellanos, su íntimo amigo y compañero que había sido en el ministerio, D. Francisco Saavedra, D. Martín Garay, D. Antonio Valdés, el conde de Tilly, Calvo de Rozas, colmaban de elogios y atenciones, sobre todo el grupo de los reformistas, á cuyo frente se hallaban Jovellanos y Calvo de Rozas, y con el cual tanto simpatizaba en ideas y aspiraciones.

Bien pronto llegaron las horas malas.

En los primeros días de Enero de 1810, supo la Junta el avance de los franceses, y dispuso, contra el parecer del Sr. Miranda, que franca y lealmente lo expuso á Jovellanos y Calvo de Rozas, la traslación á la isla de León, donde todos sus individuos debían reunirse el 1.º de Febrero, á fin de preparar la convocatoria de las Cortes tan anheladas por todo el país.

Sevilla, que tan entusiasta se había mostrado por la Junta cuando fué á albergarse en su seno, la demostró del modo más enérgico su disgusto al ver que la abandonaba, y que nada había hecho para impedir la entrada de los franceses en Andalucía, tierra sagrada entonces, puesto que en ella se había establecido el Gobierno nacional.

El Sr. Miranda propuso á Jovellanos, al conde de Tilly, á D. Antonio Valdés y á Calvo de Rozas, quedar en Sevilla y resistir; pero ¿qué podían hacer estos cuatro hombres, cuando la mayoría de los individuos de la Junta habían partido ya para la isla de León? Aun así, fueron los últimos en abandonar la ciudad.

Constituída la Junta en la citada Isla el día 31 de Enero, bien pronto comprendió que su fuga la había desconceptuado ante la opinión, y se apresuró á nombrar un nuevo Poder que la sustituyera, la Regencia, compuesta del obispo de Orense, del general Castaños, del marino Sr. Escaño, del americano D. Miguel Lardizábal y de D. Francisco Saavedra.

Al saber D. Juan Antonio que Jovellanos había resuelto marchar á Gijón, su país, se empeñó en acompañarle, viéndose obligado D. Gaspar, para hacerle desistir de su empeño, á exponerle que no se hallaba solo y que sus hermanas necesitaban de él más que nunca en aquellas circunstancias. Demás de esto, Saavedra, que había tenido ocasión de conocer las altas dotes del Sr. Miranda, pidió á Jovellanos le convenciera de permanecer en la Isla y á su lado, por serle necesarios sus vastos conocimientos en la Secretaría de la Regencia.

La despedida de Jovellanos y la familia del Sr. Miranda fué tiernísima; D. Juan Antonio, doña Teresa y Pepita, le acompañaron hasta el bergantín *Nuestra Señora de Covadonga*, en que se embarcó el 26 de Febrero, acompañado de su inseparable mayordomo D. Domingo García de la Fuente; aquella despedida era la última, y el señor Miranda no debía ver más al venerable anciano.

Para olvidar esta pena, y desechar el sentimiento que le causaba no tener noticias de su hermano Gregorio, que seguía en Cataluña peleando con su regimiento, ni de sus otros hermanos Andrés, sitiado en Badajoz, y Pablo sujeto á la tiranía de los franceses en Valladolid, se dedicó D. Juan Antonio al estudio de los difíciles problemas de Poli-

© Biblioteca Nacional de España

tica, Hacienda y Guerra que debía resolver la Regencia, consagrando únicamente las noches al cariño de sus hermanas, á las que procuraba consolar cuando le interrogaban por sus hermanos ausentes, diciéndoles que por los partes recibidos en la Secretaría de la Regencia sabía que nada les ocurría.

Una satisfacción tuvieron nuestros amigos por aquellos días, la noticia de la próxima llegada á España, y lo que era mejor todavía, á Cádiz, del joven D. Miguel de Pas, el prometido esposo de Pepita, que, según oficio recibido en la Secretaría de la Regencia, debía llegar en breve de Veracruz, portador de un cuantioso donativo que Méjico enviaba á España para el sostenimiento de la guerra.

Esta fué, después de tantas desdichas, la primera noticia agradable que recibió la familia del Sr. Miranda, la cual se apresuraron á participar al marqués y á su sobrina, así como al doctor Peñaranda.

La llegada del joven Pas fué un día de júbilo para todos, y no es posible pintar la sorpresa y la alegría de D. Miguel cuando, al saltar en tierra, se halló con el Sr. Miranda, que, en nombre de la Regencia, venía á saludarle y darle gracias por sus trabajos en Méjico á favor de España y por los cuantiosos donativos de que era portador.

Cuando el Sr. Pas supo que en Cádiz se hallaban su amada Pepita y doña Teresa, su hermana, su alegría no tuvo límites, y habría sido completa á tener D. Juan Antonio noticias ciertas y agradables de sus hermanos, que el joven D. Miguel consideraba como suyos.

La entrevista entre D. Miguel y Pepita, no pudo ser más tierna, y así doña Teresa, que ya le conocía y estimaba por lo mucho que á su hermana había oido hablar de él, como el Sr. Miranda, gozaron extraordinariamente con la dicha de aquellos dos seres para ellos tan queridos.

Convocadas las Cortes, y llegado el momento de la elección de diputados, el señor Miranda tuvo la honra de ser elegido por los madrileños que residían en Cádiz como diputado suplente por la capital, honra merecidísima que fué aplaudida por todos los buenos patricios que esperaban mucho y bueno de su iniciativa, de su carácter resuelto, de su espíritu emprendedor, de su talento y de su amor á las nuevas ideas, cualidades todas de que el Sr. Miranda había dado tantas y tan repetidas pruebas.

Convocatoria de las Cortes.—Forma de elegir los diputados.

Luchar, y siempre luchar, parecía el destino de España.

Con efecto; tras de la lucha militar, la lucha política.

La batalla más importante en el terreno político era la reunión de las Cortes, que llevaba en su seno un sin número de pequeñas escaramuzas.

¿Debían componerse de los tres brazos, el noble, el eclesiástico y el plebeyo, como antiguamente; y de dos Cámaras?

¿Formarían parte de ellas los representantes de América?

La Regencia consultó sobre tan árduos puntos á todas las corporaciones y personas notables, y, á nuestro pobre juicio, sin necesidad.

Nos explicaremos.

Si el país era uno, ¿para qué dos Cámaras, sólo ocasionadas á antagonismos?

Si en las Cortes podían y debían estar representadas todas las clases sociales, ¿á qué los llamados tres brazos?

Si América era una parte integrante de España, y por ella se había sacrificado, y á su defensa había acudido con tanta prontitud como generosidad, ¿qué cosa más justa y más natural que eligiera sus diputados y que éstos formaran parte del Congreso Nacional próximo á reunirse?

La inmensa mayoría de los consultados se pronunció en el mismo sentido que nosotros dejamos expuesto, y la Regencia se vió obligada, con gran disgusto del obispo de Orense, á convocar las elecciones bajo las siguientes bases:

Para ser elector precisaba tener veinticinco años y estar avecindado con casa abierta.

Al elegible se le exigía lo mismo, y además haber nacido en la misma provincia.

La elección de diputados se verificaba:

© Biblioteca Nacional de España

1.° Por el nombramiento de una Junta de parroquia.

2.° Por la elección de la Junta de partido.

3.° Por la de provincia.

4.° Extrayendo á la suerte de la urna el nombre de uno de los tres candidatos que primero hubiesen obtenido mayoría absoluta de votos.

En semejante elección era muy de temer que el azar y no la voluntad de los electores decidiera el nombramiento.

Luégo, como una concesión á los tiempos antiguos, se permitía que por esta sola vez las ciudades de voto en Cortes enviasen su representante, elegido por el respectivo ayuntamiento.

Ya en el camino de las concesiones, no pudo negarse igual beneficio á las Juntas provinciales, á las que tanto debía la causa nacional.

En la convocatoria decía la Regencia:

«Se convocan las Cortes para restablecer y mejorar la Constitución fundamental de la monarquía.»

Los electores, más prácticos, más liberales y más dentro de su tiempo, decían en sus poderes á los diputados:

«Queda nuestro representante autorizado, no sólo para tratar de lo que se indica en la convocatoria, sino de cuanto se proponga á las Cortes, con plena, franca, libre y general facultad, sin que por falta de poder deje de hacer cosa alguna, pues todo el que necesite se lo confieren los electores, sin excepción ni limitación alguna.»

Como se ve, el país resultaba más adelantado que la Regencia, y los de abajo más liberales que los de arriba.

Cediendo á la opinión general, se concedió á las Américas la debida representación, teniendo en cuenta sus méritos y servicios á la causa de la Independencia de España; acordando la Regencia las siguientes condiciones con respecto á América:

«Los ayuntamientos nombrarán tres personas, de las cuales, la que designase la suerte, irá á la capital de la provincia á elegir su representante.»

Y habidas en cuenta importantes consideraciones, acordó también que los diputados suplentes de América y provincias ocupadas por el enemigo, fuesen elegidos por los naturales de ellas que se encontrasen en Cádiz, refugio general de los emigrados de la vieja y la nueva España.

Al fin, el día 17 de Setiembre de 1810 comenzaron las elecciones, presididas por los miembros de la Cámara de Castilla y del Consejo de Indias, que recayeron, por lo general, en hombres nuevos partidarios de las reformas.

«En casi ninguna provincia—dice un testigo ocular—hubo menos de cien electores, y llegaron á cuatro mil los de Madrid, todos sugetos de cuenta.»

Los nobles, que, fiados en la tradición, pensaban ser elegidos, se equivocaron...

El progreso se realizaba á despecho de ellos.

La Regencia observó con temor que la opinión se inclinaba á favor de los reformistas, y aconsejada por los tradicionalistas acordó rodearse de las viejas instituciones, y restableció los antiguos Consejos en la misma forma que tenían antes.

Vano empeño esperar que una nube llegue á ocultar el sol de la libertad.

El Consejo Real, temeroso del resultado de las elecciones, pretendió que su gobernador presidiera las sesiones, que la Cámara de Castilla examinara los poderes de los diputados y que se la concedieran varios puestos en las Cortes.

¡Soberbia... *candidez!*

Los primeros diputados elegidos que llegaron á Cádiz, elevándose á la altura de las circunstancias, lograron que la Regencia aprobase los poderes de seis de ellos, los cuales debían á su vez examinar los de sus colegas.

La Regencia, recelosa de indisponerse con unos ó con otros, y deseando navegar entre dos aguas, declaró que lo hacía *por esta sola vez, y sin perjudicar los derechos de la Cámara de Castilla.*

El tiempo pasaba; habían llegado á Cádiz muchos diputados, salvando varios de ellos gravísimos peligros, y las Cortes no se abrían.

Apremiada la Regencia por estos diputados, y al notar el disgusto del país por tan extraña tardanza, señaló para este fausto

© Biblioteca Nacional de España

suceso, no sin muchas dudas y vacilaciones y consultas, el día 24 de Setiembre.

Por extraño que parezca, sucedió así, y las Cortes, que eran la aspiración constante de los españoles desde que Napoleón se había apoderado de nuestro suelo, se retardaban indefinidamente, cuando tan necesaria era su reunión para salvar á la patria.

Pero, ¿qué más? si hallándose reunidos en Cartagena treinta diputados, y habiendo solicitado que la fragata de guerra *Prueba* los trasladase á Cádiz, no pudieron conseguirlo porque el dicho buque estaba destinado á la *importante comisión* de traer de las Baleares ¡400! soldados para el ejército de Blake (1).

La apertura de las Cortes.—Conducta de la Regencia.—Declaración de la Soberanía Nacional.

El día de la apertura de las Cortes, aquel gran día esperado con tanta impaciencia por todos los buenos españoles, había llegado al fin.

El glorioso alzamiento de España iba á tener su natural coronamiento, y al 2 de Mayo debía contestar el 24 de Setiembre; si del primero salió la guerra al extranjero, del segundo debía salir la trasformación política y social de España.

Desde las primeras horas de aquel día tan deseado, notóse gran movimiento de gentes en Cádiz, Puerto Real y Chiclana, hacia la isla de León (San Fernando), donde las Cortes debían reunirse, ese movimiento precursor de las grandes solemnidades.

Todos los vecinos de Cádiz, llevando la satisfacción en el pecho y la alegría en el rostro, se dirigían á la Isla á presenciar la gran ceremonia.

Arcos de triunfo, adornados con banderas nacionales, se alzaban por todos los caminos.

En Cádiz y en la Isla los balcones ostentaban sus más lujosas colgaduras.

Los marinos de Trafalgar, los soldados de Bailén, todos vestían de gala.

Las Milicias de Cádiz y los puertos lucían sus vistosos uniformes.

El camino de Cádiz á la Isla se hallaba cuajado de gente.

Los caleseros ofrecían sus ligeros vehículos, que eran asaltados por una multitud ávida de llegar á la Isla y tomar los primeros puestos.

Los ricos comerciantes de Cádiz, los poderosos armadores, los opulentos banqueros lucían sus trajes de fiesta.

Las gaditanas, cuya belleza y gracia son proverbiales, animaban aquel cuadro soberbio con sus ardientes miradas, que daban envidia al mismo sol, con la elegancia de sus vestidos, con su cadencioso andar, con los chistes que á raudales brotaban de sus bocas hechiceras.

El pueblo corría en tropel á donde una voz secreta le decía que iba á resolverse su suerte.

Los niños, en rápida carrera, se adelantaban á todos, caminaban casi tanto como las calesas y no cesaban de gritar *¡Vivan las Cortes!*

Los navíos ingleses y españoles, fondeados en la bahía, hicieron tronar sus cañones con las salvas de ordenanza, en honor de la gran solemnidad, de la apertura de las Cortes.

¡Quién podría pintar el cuadro que presentaba el camino de Cádiz á la Isla!

La ligera calesa, junto al pesado coche de colleras, y el alegre birlocho junto á la severa carretela.

Los majos, contrabandistas y chalanes, montados en briosos caballos, llevando muchos de ellos á la grupa á la graciosa maja.

Por la calzada una mezcla de gente extraña y pintoresca... La damisela y el marino, el comerciante y el soldado, el clérigo y la maja, el fraile y el periodista, el simple menestral y el acaudalado propietario, hasta los tristes mendigos corrían hacia la Isla, pidiendo una limosna en nombre de las Cortes, y todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, con la sonrisa en los labios se saludaban con estas palabras que parecían decirlo todo:

—¡A las Cortes!

—¡A las Cortes!

El gran Quintana explicaba aquel júbilo con su inmenso talento:

(1) J. L. Villanueva.—*Mi viaje á las Cortes.*

© Biblioteca Nacional de España

«Cargado el pecho de los españoles con el rencor de tres siglos de usurpaciones, violencias, ignorancia, superstición y barbarie; ver despertar con el sacudimiento nacional un rayo de esperanza hacia el bien; acordarse de los ultrajes recibidos, y de repente verse quitar de encima esta montaña, caer al suelo las puertas de hierro y saltar fieramente á respirar el aire, ver la luz y andar el campo de la libertad. ¡Ah! la sensación que ocupó nuestro ánimo en el momento de tan grande mudanza, los que no la han sentido no sabrán imaginarla, y los que la sentimos no la expresaríamos jamás.»

Antes de reseñar la gran solemnidad de este día, procuraremos describir la población en que iba á tener lugar, la célebre Isla de León (San Fernando).

Es una de las poblaciones más antiguas de España; los fenicios la dieron el nombre de *Erithia*, y también fué conocida por el de *Aphrodisis* por haberse adorado en ella una Venus Aphrodites; conquistada por los sarracenos y arrancada á su yugo por el rey D. Alfonso el Sabio, á mediados del siglo VXIII recibió un desarrollo extraordinario.

Hállase situada en un llano, formando parte de la isla gaditana y circuída por el Oceano.

Plaza importante, fortificada por la naturaleza y por el arte, no cuenta más que con una sola entrada por tierra, que forma un arrecife de diez varas de ancho y pasa por el celebrado puente de Suazo que une á la isla gaditana con el continente de la Península.

Dista la isla de León unas dos leguas de Cádiz, y cuenta con 2.240 casas, incluyendo el caserío de Osorio, el arsenal de la Carraca, la población de San Carlos y multitud de huertas, siendo notables su hermosa calle Real, la plaza del Ayuntamiento y la llamada de las Tres Cruces, que forma un lindo paseo.

Departamento de Marina de grandísima importancia, su célebre Observatorio astronómico, que data de fines del pasado siglo, situado en el terreno más elevado de la isla gaditana, goza de una reputación universal.

Confina la isla de León por el Norte con la villa de Puerto-Real, al Este con Puerto-Real y Chiclana, al Sur con el Oceano y al Oeste con la bahía de Cádiz.

Los habitantes de la isla de León se mostraron patriotas en el más alto grado; los dos batallones de Milicias que formaron, prestaron importantes servicios, y todos los vecinos se ofrecieron á guardar las Cortes, servir los cañones y dar á la patria con su vida su hacienda.

Vamos á proseguir la reseña de este día solemne, siguiendo las huellas de los mejores historiadores.

Amaneció el día 24 de Setiembre espléndido y hermoso.

Las tropas, tendidas en dos filas por todas las calles de la Isla, admiraban por su gentil apostura, y los marinos atraían todas las miradas por su marcial continente.

En los balcones, en las ventanas, en las azoteas, en las calles, encaramados á los árboles ó subidos en las rejas, un gentío inmenso aguardaba alegre y al par orgulloso la hora de la solemnidad.

Eran los hijos de la Isla gaditana que, en nombre de sus hermanos de toda España, iban á contemplar el acto sublime y grandioso de la regeneración política y social de la Península, á cambiar el antiguo régimen por la moderna civilización, á reconquistar su antigua libertad representados por sus diputados.

Y todo esto bajo el cañón de los invasores, que permanecía mudo como si una fuerza superior le hubiera obligado á enmudecer.

En tanto que los españoles todos, desde el cabo de Creus al de Finisterre, desde Santander á Málaga, desde Huelva á Figueras, se batían con el mayor heroísmo, la Isla gaditana, orgullosa por la alta honra que recibía de albergar á las Cortes soberanas, juraba á sus hermanos que antes Cádiz sería borrada del número de las ciudades, que los representantes de la Nación sufrieran el menor ultraje ó corrieran el menor peligro.

El pueblo español, alevosamente invadido por Napoleón y sus legionarios, cumplía en este día con uno de sus más sagrados deberes.

En la isla gaditana tronaba el cañón en

© Biblioteca Nacional de España

honor de las Cortes soberanas, y en los campos de Andalucía, de Valencia y de la Mancha, en las montañas de Cataluña y de las provincias Vasco-Navarras, en toda España, en fin, esos mismos cañones disparaban contra los invasores, y parecían decir á los hijos de Cádiz: vela por las Cortes, que yo velo por tí.

Entremos á describir la ceremonia de la apertura de las Cortes y los importantes sucesos de aquel día solemne.

Reunidos los diputados en las casas consistoriales de la isla de León, para donde habían sido convocados por el mismo orden con que había tenido lugar el reconocimiento de sus poderes, se presentó la Regencia, y salieron todos á las nueve y media de la mañana del día 24 de Setiembre de 1810 para la iglesia, formados los diputados de dos en dos y cerrando la procesión la Regencia, seguida del cuerpo diplomático, secretarios del despacho, generales, marinos, consejeros y altos funcionarios.

Las tropas que cubrían la carrera les tributaron á su paso los honores correspondientes al Rey.

El pueblo no cesó un instante de vitorear á sus representantes.

En la iglesia tomaron asiento los diputados en los bancos preparados al efecto, la Regencia al lado del Evangelio, bajo dosel, con una mesa delante, teniendo á sus costados dos secretarios del despacho.

En tribunas preparadas de antemano, el cuerpo diplomático, jefes militares y altos empleados civiles.

Dijo la misa del Espíritu-Santo el cardenal de Borbón, y luégo que se hubo cantado el Evangelio, el obispo de Orense, presidente de la Regencia, hizo una breve exhortación á los diputados y al pueblo, y acto seguido el Secretario de Gracia y Justicia leyó la fórmula del juramento, que era como sigue, en medio del silencio más profundo:

—«¿Juráis la santa religión católica, apostólica romana, sin admitir otra alguna en estos reinos?

¿Juráis conservar en su integridad la Nación española, y no omitir medio alguno para libertarla de sus injustos opresores?

¿Juráis conservar á nuestro amado soberano el Sr. D. Fernando VII, todos sus dominios, y en su defecto á sus legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio y colocarle en el trono?

¿Juráis desempeñar fiel y lealmente el cargo que la Nación ha puesto á vuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la Nación?»

Todos á una voz contestaron:

—Sí, juramos.

—«Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie, y sino, os lo demande.»

A seguida, el maestro de ceremonias fué llamándolos de dos en dos por el orden en que se hallaban colocados, y acercándose á la mesa presidencial se arrodillaron y pusieron la mano sobre los Santos Evangelios en ella colocados.

Cantóse, por último, el himno del Espíritu Santo y el *Te-Deum*, regresando después á la sala de las Cortes en la misma forma en que se habían dirigido á la iglesia

Destinóse para celebrar las Cortes el espacioso teatro de la Isla, donde se habían verificado algunas obras para adaptarle, en lo posible, al objeto á que se le destinaba. Los palcos se habían convertido en galerías; el primer piso, á la derecha, se había preparado para el cuerpo diplomático, y la izquierda para las señoras y personas de distinción, y los pisos altos para el público.

En el patio los bancos de los diputados, los cuales pronunciaban sus discursos en dos tribunas colocadas al efecto, estableciéndose luégo la costumbre de hablar en pie desde sus asientos.

La Regencia, una vez en el salón de Sesiones, se colocó en el trono levantado en el testero; delante, en una mesa inmediata, los secretarios del despacho; los diputados en bancos á derecha é izquierda.

Cuando su presidente el obispo de Orense hubo pronunciado un discurso alusivo al acto y al estado de la Nación en aquellos momentos, comparándolo con el que tenía al encargarse la Regencia de la dirección de los negocios públicos, declaró instaladas las Cortes, y se retiró con sus compañeros los Sres. Castaños, Saavedra, Escaño y Lardi-

© Biblioteca Nacional de España

zábal, dejando sobre la mesa una *Memoria*, que era la dimisión de los Regentes.

Todos los historiadores han censurado acto tan impolítico, que ponía de manifiesto el poco amor de la Regencia á las Cortes, á las que dejaba en la mayor soledad y abandono, cual si pretendiera desprestigiarlas y hundirlas en la hora misma en que nacían.

Argüelles, testigo presencial, dice:

«No es posible expresar el embarazo de los diputados en aquel momento...

La publicidad de esta primera sesión inesperada, por no habérsenos anunciado que continuaría á puerta abierta; ocupado el salón por gran número de espectadores; sin reglamento, sin práctica de hablar en público, todo hacía temer que este primer ensayo no correspondiese á las puras intenciones de los amantes de la libertad.»

A pesar de la extraña situación en que los dejó la Regencia, los diputados, sin desconcertarse, eligieron presidente de edad al diputado más anciano D. Benito Ramón de Hermida, que lo era por Galicia, y secreta-



EL OBISPO DE ORENSE

rio á D. Evaristo Pérez de Castro, de Valladolid.

Inmediatamente nombraron la mesa definitiva, eligiendo presidente por 50 votos al catalán D. Ramón Lázaro Dou y para secretario al interino Pérez de Castro por 56, y al otro día á D. Ramón Power, diputado por Puerto-Rico, para vice-presidente, y á D. Manuel Luján para la otra secretaría, acordando que se renovase mensualmente el presidente y el secretario más antiguo, y resolviendo más tarde aumentar á cuatro el número de los secretarios.

También acordaron que el título de las Cortes fuera el de *Majestad*, y *Alteza* el del Poder Ejecutivo y los tribunales.

Después nombraron, en calidad de permanente, la Comisión de examen de poderes para que entendiese en la cuestión de actas de los nuevos diputados, compuesta de seis individuos, tres de los que formaron parte de la comisión nombrada por la Regencia, y tres nuevos.

Respecto de la *Memoria* ó dimisión de los Regentes, las Cortes declararon quedar enteradas.

Pero resuelto lo que dejamos trascrito, ¿qué iban á hacer las Cortes si la Regencia

© Biblioteca Nacional de España

las había desamparado y no había puesto á su discusión cuestión alguna de las muchas que debían ventilar los diputados? Y por último, ¿quién sería el primero que tuviese el valor de hablar?

Pronto se vió levantarse al insigne catedrático y rector de la universidad de Salamanca, el venerable sacerdote D. Diego Muñoz Torrero, quien en un erudito discurso, oído con religioso silencio, trazó la triste situación del país y la necesidad de su regeneración, presentando una serie de proposiciones que, leídas por su amigo el secretario Sr. Luján, fueron aprobadas después de una tranquila discusión, entre los aplausos del público.

Por ellas se afirmaba que la Soberanía Nacional reside en la Nación.

Se declaraba nula la cesión de la corona de España, hecha en favor de Napoleón, considerándola injusta é ilegal, y no tener el consentimiento de la Nación.

Se recavaba para las Cortes el ejercicio del poder legislativo en toda su extensión.

Se consignaba que las personas en quien las Cortes delegasen el Poder Ejecutivo en ausencia del legítimo rey de España, don Fernando VII, quedaban responsables de su conducta; se habilitaba para él á la pasada Regencia hasta que las Cortes eligieran el gobierno que más conviniera, debiendo la Regencia reconocer la Soberanía Nacional y jurar las leyes y decretos que de ella emanasen, en cumplimiento de lo cual debía pasar inmediatamente al salón donde los diputados la aguardaban en sesión permanente.

Asimismo confirmaba en sus puestos á todos los tribunales y justicias militares y civiles establecidas.

Declaraba, por último, inviolables á los diputados, sin que autoridad ni particular pudiese intentar nada contra ellos, sino en los términos que estableciese el reglamento que iba á formarse, y para el cual se nombraba una Comisión.

En un momento había cambiado la situación de las Cortes y la suerte del país.

La Regencia las dejó abandonadas, pensando que de ellas resultaría el caos y morirían en una primera sesión que, comenzando en disputa, degenerara en tumulto.

Lejos de eso, ya hemos visto lo que aconteció.

El insigne Muzoz Torreno salvó las Cortes, y echó los cimientos sobre los cuales había de levantarse el edificio de nuestra regeneración política y social.

¡Gloria al ilustre representante de Salamanca!

La espectación del público crecía á cada instante.

Pasaban las horas, había llegado la noche y nada se sabía.

El aspecto del salón era imponente. La situación se hacía de cada instante más difícil.

Los enemigos de las Cortes aseguraban que la Regencia no juraría, y que los diputados tendrían que humillarse ante ella.

Por fin, á las once de la noche se anunció la llegada de los Regentes que venían á prestar el juramento exigido, menos el obispo de Orense, que se excusaba por motivos de salud.

Una comisión de diez diputados salió á recibir y luégo á despedir á los regentes.

A esta importante sesión, que duró trece horas, asistieron 107 diputados, 59 en propiedad y 48 suplentes.

El día 26 ofició el obispo de Orense á las Cortes dimitiendo el cargo de regente y el de diputado por Extremadura, por no estar conforme con prestar el juramento exigido, y que sus colegas habían aceptado, solicitando permiso para regresar á su diócesis de Galicia.

Al siguiente día contestaron las Cortes admitiendo sus renuncias y otorgándole el permiso que deseaba.

Pero como el obispo lo que pretendía era hacerse visible y meter ruído, dirigió á las Cortes el 3 de Octubre una violenta representación contra la declaración de la Soberanía Nacional, contra la legitimidad de las Cortes y contra el juramento prestado por los diputados, contra todo lo cual protestaba.

Las Cortes encargaron á la Regencia que no dejara salir de Cádiz al obispo, y pasaron su exposición á la comisión de Justicia—que como las de Hacienda y Guerra se nombra-

© Biblioteca Nacional de España

ron aquel día,—y ésta resolvió el día 9 que el obispo prestase el juramento decretado, indicándole al propio tiempo el disgusto y la extrañeza con que las Cortes habían visto su conducta.

El prelado respondió insistiendo en su negativa y diciendo: *Estoy dispuesto y preparado á morir antes que prestar el reconocimiento y el juramento con la ilimitación que está prescrito*, proponiendo una fórmula de juramento que las Cortes rechazaron.

El diputado por Valencia, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, canónigo de la catedral de Cuenca, y tan insigne literato como hombre de ciencia, opinó dejar la decisión del asunto al próximo Concilio Nacional, pero quedando entretanto recluído el obispo en un monasterio, opinión que reforzó con varios ejemplos tomados de la Historia.

Las Cortes, firmes en su derecho, resolvieron que la Regencia nombrase inmediatamente una comisión de nueve individuos encargada de formar causa al rebelde obispo, el cual pasó otro escrito el 19 de Noviembre al secretario del despacho de Gracia y Justicia, que fué remitido á la Junta recientemente creada; y ya llevaba ésta hechos algunos trabajos, cuando el obispo participó que estaba dispuesto á prestar el reconocimiento y juramento, conforme á lo dispuesto por las Cortes en su decreto de 24 de Setiembre.

La negativa del obispo de Orense á reconocer el dogma de la Soberanía Nacional, nos parece inexplicable; y para ello nos fundamos en los siguientes escritores, clérigos y profanos, antiguos y modernos.

Nada diremos de las opiniones del padre Mariana, tan conocidas de todos, ni de su obra *De rege et regis institutione*, que el Parlamento de París hizo quemar por mano del verdugo, porque al examinar en ella si un país tiene derecho para castigar de muerte á un rey tirano, se decidia por la afirmativa, y vamos á copiar otros autores:

El padre fray Juan Márquez, catedrático de la universidad de Salamanca y predicador del rey Felipe III, tan famoso por su elocuencia como por sus escritos, dice:

...«El cuerpo social en quien reside originaría y esencialmente el supremo poderío y la soberana autoridad, no pudiendo desplegarla ni gobernar por sí mismo, confirió el ejercicio de ella á un número de personas escogidas ó á una sola, consultando también en esto á sus ventajas y prosperidad, principio luminoso del que naturalmente se derivan las siguientes máximas: que la autoridad política se estableció únicamente por el bien común de todos los ciudadanos; que no muda de naturaleza por el hecho de pasar del cuerpo de una nación á las manos de un príncipe ó de un monarca.

Los españoles, lejos de desprenderse absolutamente de su suprema autoridad ó de renunciar á la que les compete por su naturaleza, quisieron reservarse una gran parte y que la de los reyes quedase templada y limitada por la autoridad de las Cortes y por la constitución y leyes fundamentales del Estado, las cuales muestran al príncipe la extensión y los límites de su poder y la manera y forma de ejecutarlo.»

Tan cierto es esto, que en Aragón el Justicia, que presidía las Cortes, sentado en el trono y rodeado de los ricos-hombres, infanzones y diputados, recibía del rey el juramento en el acto de la coronación y poniéndole sobre el pecho una espada desnuda, le decía estas memorables palabras:—«*Nos, que cada uno de nosotros somos tanto como vos, y todos juntos más que vos, os facemos rey si guardáis nuestros fueros y privilegios, et si non, non.*»

Y prosigue el padre Márquez:

«Si el príncipe, menospreciando las condiciones y pactos más sagrados, traspasa los límites prescritos por la nación, si huella y pisa todas las reglas, si viola osadamente las leyes fundamentales, si ataca sin pudor la constitución del Estado, los derechos del pueblo y las libertades nacionales, y si, en fin, llegando á perder todas las ideas de justicia y hasta los sentimientos de humanidad, convierte su poderío en ruina de la república, ¿quién dudará que no pierde por sus malos hechos su dignidad, sus títulos y derechos?

Rotos y quebrantados los lazos que á él le unían con el pueblo, recobra éste su libertad é independencia, reasume la soberana autoridad, no está obligado á obedecerle,

© Biblioteca Nacional de España

puede resistir á sus injustas empresas, defenderse asimismo de un enemigo público, sustraerse á su dominación, separarle y juzgarle...»

. . . . . .

Tan evidente y sana es esta doctrina, que el padre Márquez no vaciló en publicarla en medio del despotismo de los Austrias, y á la faz de una corte corrompida, en su célebre libro *El gobernador cristiano.*

Oigamos al sabio D. Francisco Martínez Marina, canónigo de la iglesia de San Isidro de Madrid, en su obra *Teoría de las Cortes:*

«La República, de quien trae su origen la potestad real, no la trasladó en el príncipe tan absolutamente que no la reservase en sí para poderle quitar el principado si las cosas llegaban á tanto extremo; porque lo contrario fuera no haber ocurrido al peligro mayor y quedar esclava de quien escogió por ministro...»

. . . . . .

Según Ortiz de la Vega, el principio de la Soberanía Nacional no le sancionaron las Cortes de Cádiz, sino la Historia, y añade:

«El que pueda encontrar el origen de las sociedades y de los imperios en otro camino que el del asentimiento general, será el primer filósofo del mundo.

Si una nación abandonada de sus reyes, traspasada á los extraños como un rebaño, no tiene derecho para manifestar su voluntad y constituírse independiente, menester es borrar de los libros la voz de la patria.

Además, las tradiciones españolas enseñaban el ejemplo de varias elecciones de reyes, en las que dominó aquel principio; la de García Ramiro en Navarra; la de Ramiro el Monje en Aragón; la de Wamba y del tío de D. Juan II en Castilla, y sobre todos estos ejemplos, el Parlamento de Caspe prueba que jamás se consideraron los españoles desposeídos de la dignidad de hombres, que de Dios recibieron.»

Palafox, en su proclama de 31 de Marzo de 1808, reivindicaba para las antiguas Cortes de Aragón, en las cuales residía la soberanía, el derecho de elegir al archiduque Carlos de Austria, nieto de Carlos III, para ocupar el trono de España, ó al príncipe de Sicilia, ó al infante D. Pedro, en el caso de un atentado de Napoleón contra Fernando y la familia reinante.

La Junta Suprema del Principado catalán, reunida en Lérida en el mes de Agosto de 1808, declaró en su primera sesión que la pertenecían *todos los negocios propios de la soberanía.*

Sin la soberanía ¿qué era España?

Con razón decía el periódico *El Conciso* en su número del 24 de Diciembre de 1810:

«¿Es la nación española en el momento actual la misma del tiempo de Carlos IV y de Fernando VII?

No.

Ahora es la nación y entonces no lo era.

Ahora ha mostrado su carácter soberano instalando las Cortes con universal asentimiento y aprobación, y entonces era una esclava.»

Insurrección de América.—Juicio de la Regencia.—Las Cortes, sus partidos y sus oradores.

De un suceso importantísimo, que vino á agravar más la triste situación de España, tuvieron que ocuparse la Regencia primero y las Cortes después. Nos referimos al levantamiento de América, ocurrido cuando menos podía imaginarse, por más que para muchos hombres ilustrados sólo fuese imprevisto el momento pero no el hecho.

Nos explicaremos.

La emancipación de las colonias inglesas de su metrópoli, protegida por el rey Carlos III, fué un rayo de luz para las de España.

Los criollos, que no tenían patria, que no gozaban de libertad, ni disfrutaban derecho alguno, pensaron en conquistarlos como sus hermanos, cansados de las tropelías de las autoridades españolas y de las rápidas fortunas que improvisaban cuantos empleados iban allí á representarnos.

Al saberse en América la invasión de España por Napoleón, hubo la explosión de entusiasmo que describimos anteriormente y los generosos donativos que consignamos.

Pero á ese entusiasmo siguió la calma, fueron conocidos en América nuestros primeros reveses, y la calma se convirtió en frialdad.

© Biblioteca Nacional de España

Entonces los americanos trataron de su independencia, pensando que si España perdía la suya no era justo que ellos se vieran obligados á perderla también.

Inglaterra, aunque aliada nuestra, apoyaba ese movimiento, en revancha de la protección que Carlos III había dispensado á sus colonias en contra de la metrópoli; Napoleón fomentaba ese espíritu de independencia; y la infanta doña Carlota, desde el Brasil, ansiosa de erigirla en trono para ella, animaba igualmente á la América en su movimiento separatista.

Venezuela fué la primera en dar el grito de independencia el 19 de Abril de 1809, la secundó Buenos Aires el 13 de Mayo, y en Julio el reino de Nueva Granada, deponiendo á las autoridades españolas que fueron reemplazadas por juntas compuestas de naturales del país; y si el Perú y Montevideo se contuvieron, se debió á haber sabido el nombramiento de la Regencia, la cual se apresuró á consultar sobre tan grave suceso al Consejo, acordando el envío á Méjico del individuo de éste, D. Antonio Cortavarría, magistrado íntegro, sí, pero hombre de carácter blando y de muchos años, y al general D. Francisco Javier de Elío, hombre por el contrario rudo y colérico, con 500 soldados, que sólo debían emplear en un caso extremo.

No parecía á muchos justificado ese grito de independencia cuando la metrópoli se hallaba en situación tan extrema, pero á eso contestaban otros que si España peleaba por la suya, no podía negar á las Américas que imitasen su proceder, añadiendo que toda colonia, como todo hijo, al llegar á la mayor edad conquista su independencia y constituye otra nueva familia.

Quisieron los primeros que las Cortes anularan el Decreto de la Regencia y que sus diputados no fueran admitidos en la Asamblea Nacional, pero se opusieron los segundos, como era natural y justo, y los representantes de América no sólo tomaron parte en las discusiones, sino que en la sesión del 14 de Octubre de 1810, y tras empeñada discusión, se ratificó la igualdad de derechos de españoles y americanos y se concedió una completa amnistía para todos cuantos hubiesen tomado parte más ó menos directa en el movimiento.

Entre tanto el fuego de la insurrección había cundido al Paraguay y Tucumán, á Chile y á Méjico, sostenido por los curas Hidalgo y Morelos.

* * *

Dados los muchos y arraigados abusos que existían en todos los ramos de la administración y del gobierno, y habida consideración al atraso en que España se hallaba, las Cortes de 1810 tenían que ser, ante todo, reformistas, y para realizar su elevada misión debían luchar con obstáculos formidables: primero, con los que resultaban lastimados á causa de las reformas; segundo, con los ignorantes que no sabían estimar en su justo valor los esfuerzos de aquellos insignes varones en pro de un mejoramiento político y social.

Con su decreto proclamando el dogma de la *Soberanía Nacional* enaltecieron á España; con la firmeza con que se mantuvieron en el asunto de la jura del obispo de Orense, mostraron su energía y su dignidad enseñando al país que la ley era igual para todos, y con sus decretos igualando en un todo á americanos y españoles, y votando la amnistía para los insurrectos, probaron el alto espíritu de justicia de que se hallaban animadas, así como su grande patriotismo.

Como quiera que la Regencia había pedido explicaciones sobre las responsabilidades á que la sujetaba el decreto de 14 de Setiembre, las Cortes respondieron, á propuesta de Muñoz Torrero, que en el citado decreto no se la habían puesto límites, que la responsabilidad que en él se exigía excluía únicamente la inviolabilidad absoluta que correspondía á la sagrada persona del rey, y que mientras se formaba el correspondiente reglamento usase de todo el poder que fuera necesario para la defensa, seguridad y administración del Estado.

En la sesión del 29 realizaron los diputados el acto nobilísimo de renunciar para sí y sus sucesores el derecho de solicitar empleos y gracias durante el tiempo de su ejercicio, y un año después.

© Biblioteca Nacional de España

En la sesión del 30 quiso presentarse á las Cortes el duque de Orleans; negáronse éstas á recibirlo y le manifestaron, por medio del secretario Sr. Pérez de Castro, que la Regencia le comunicaría la voluntad de las Cortes; el duque, antes de retirarse, entregó al Sr. Pérez de Castro unos papeles que se leyeron en sesión secreta, por los cuales se supo que la Regencia le había hecho venir para encargarle del mando de un ejército, á pesar de lo cual las Cortes ordenaron á la Regencia que hiciese salir inmediatamente de España al duque, como así se verificó.

El 7 de Octubre dimitieron su cargo los regentes, dimisión que no les fué admitida por las Cortes.

El desacuerdo entre ambos poderes era, sin embargo, manifiesto, y al fin el día 24 se constituyen los diputados en sesión permanente para elegir nueva Regencia, la cual debía componerse de tres personas, una de ellas natural y representante de América, que no fueran diputados, que no hubiesen servido ni jurado á los Bonapartes, y que no estuvieran residenciados, ni pendientes de presentación de cuentas.

Resultaron elegidos, en representación de América, el capitán de navío D. Pedro Agar; y por España el general Blake y el jefe de escuadra D. Gabriel Císcar, y suplentes el general marqués del Palacio y el camarista de Castilla D. José María Puig, que, en unión del propietario Sr. Agar, se presentaron á jurar al siguiente día, no haciéndolo Blake y Císcar por hallarse ausentes.

Al jurar el marqués del Palacio añadió: *Sí, juro, sin perjuicio de los juramentos que tengo prestados al rey D. Fernando VII.*

Negóse el presidente á admitirle semejante adición, y como insistiera fué decretado su arresto á propuesta del diputado Capmany en la inmediata prevención de los reales Guardias de Corps, y en la sesión de la noche fué elegido para reemplazarle el marqués de Castelar, el cual juró inmediatamente como lo habían hecho Agar y Puig.

Aunque en un principio se privó al marqués del Palacio de la capitanía general de Aragón, para la que estaba nombrado, en vista de sus explicaciones de que no se considerase su acto como falta de obediencia sino como escrúpulos de conciencia, fué elegido para la de Valencia en el mes de Noviembre de 1810.

Los otros regentes juraron y tomaron posesión, Blake el 8 de Diciembre y Císcar el 4 de Enero de 1811, y la nueva Regencia recibió el tratamiento de *Alteza*.

Si al abandonar su elevado puesto la antigua Regencia no dejó grandes amigos, nadie le negó su españolismo; el aumento de los ejércitos, para lo cual le ayudó el entusiasmo de los pueblos; la creación de un estado mayor general, según el plan que la presentó Blake, para servir las comunicaciones de los ejércitos y crear buenos oficiales superiores; y el engrandecimiento de las fuerzas marítimas, desde que comprendió que la plaza de Cádiz era el objetivo de los franceses.

Mucho la ayudó en su empresa la Junta de Cádiz, que se encargó del manejo de la Hacienda desde el 28 de Enero de 1810 al 31 de Octubre, la cual percibió 351 millones (17 de donativos é imposiciones extraordinarias de la ciudad, 54 de préstamos y 195 de América y particulares del país ocupado por el enemigo), de los cuales empleó 92 para la defensa y demás atenciones del distrito, 146 para los gastos generales del Estado y 112 enviados á varias provincias.

Cierto que semejante contrato la desacreditó tanto como engrandeció á la Junta de Cádiz.

Vino luégo el decreto sobre la libertad de comercio en América, y como con él se mataban muchos privilegios, los *privilegiados* lograron que lo retirase, diciendo la Regencia que al darlo había sido sorprendida. El país en masa censuró duramente tamaña debilidad, y la retirada del decreto aumentó la naciente insurrección de América.

Trató la Junta de aplicar la mitad del diezmo á los gastos de la guerra, pero se interpusieron *egoistas reclamaciones* y tuvo que anularse una providencia que podía haber salvado al erario público.

En cuanto á Inglaterra, no sólo retiró sus préstamos, sino hasta su garantía para los que intentó España, pidiendo para continuarlos una libertad de comercio tan es-

© Biblioteca Nacional de España

candalosa, que el ministro Bardají le contestó que de concederla quedaría privada España del fruto de sus posesiones ultramarinas.

La Regencia abolió el *Tribunal de Vigilancia y Seguridad*, creado por la Junta Central para los delitos de infidelidad y que se había hecho odioso, pero en cambio restauró los viejos y poco simpáticos Consejos.

Aún así, y dadas las graves circunstancias por que atravesaba la nación y la rapidez con que en España se gastan todos los poderes, la primera Regencia prestó algunos buenos servicios que sería injusto desconocer ó negar.

* * *

Hablemos de las Cortes.

¡Las Cortes de Cádiz!

¡Qué grandes aparecen en la Historia!

¡Repitamos con un pensador ilustre, que si en el globo físico sobresale el Himalaya, en la historia de España sobresalen las Cortes de Cádiz!

Nacieron en un teatro...

¡Qué importa!

Jesús tuvo por cuna un establo, y el cristianismo vivió y creció en las catacumbas.

Se compusieron de tres grandes partidos.

Los *liberales*, apasionados del derecho, amantes de las reformas, enemigos de la tiranía, soldados y políticos, los guías de las Cortes, en una palabra.

Los *americanos*, filósofos, ilustrados, sabios, que no querían correr, pero mucho menos pararse.

Y los *tradicionalistas*, de ideas añejas, de principios absolutos, pero buenos patriotas.

Ningún revés, por grande que fuera, logró turbar la serenidad de aquellas Cortes inmortales. Ni las desgracias de la guerra, ni las bombas de los invasores, ni la fiebre amarilla que cada día les arrebataba uno de sus queridos compañeros.

Su valor aumentaba con los peligros.

Eran España que de sus mismas desdichas renacía, como el ave Fenix, más grande y orgullosa.

Ellas sacaron al país de tantos peligros y la llevaron al concierto universal de las naciones más adelantadas.

Aquellas Cortes elaboraban el porvenir de la nación á la luz de las granadas francesas.

Atendían á la defensa del país y á la libertad de la patria.

Tenían el pie en el hoy y la mirada en el mañana.

Eran celebrantes y militantes. La luz que despedían cegó á Napoleón.

El pueblo que asistía á sus sesiones las admiraba sin comprenderlas.

Tenían su barra, como el más alto tribunal que eran, y allí juzgaban en nombre de la Nación.

Producían la guerra, pero también el progreso; formaban ejércitos, pero hacían ciudadanos; reclutaban soldados, pero creaban hombres libres.

Sus decretos sorprendían á España y admiraban á Europa.

Para ellas no había más que una idea, que se resumía en estas dos palabras:

Patria y libertad.

Todo para la patria.

Todo por la libertad.

¡Qué gloria tan grande!... ¡Salvar á un país de las garras del invasor y formar una nueva sociedad!...

¡Qué discusiones las suyas, tan fecundas en bienes para la noble España!

No faltaron á las Cortes censores, ni enemigos, más ó menos justificados, cosa natural si se recuerda que es muy difícil, casi imposible, encontrar una obra humana que sea perfecta.

El cargo principal que se las dirigió, y del que se hizo eco uno de los periódicos más importantes y más liberales de la época, *El Semanario Patriótico* del gran Quintana, fué la celebración de sesiones secretas que criticó diciendo: «El misterio engendra la sospecha y la sospecha mata la confianza... ¿Os cansáis, por ventura, de la que la Nación os ha dado?»

El marqués de Villafranca, D. Agustín Argüelles y el presbítero D. Manuel Luján, hicieron una notable defensa de las sesiones públicas, alegando que éste era el mejor medio de adquirir la confianza nacional; á lo que contestaron los Sres. D. Lázaro Dou

© Biblioteca Nacional de España

y D. Antonio Capmany, que la confianza pública nacería, no de la publicidad de las sesiones, sino de las providencias enérgicas y favorables que las Cortes tomasen en favor de la causa nacional.

Continuaron, por tanto, las sesiones secretas y, á la verdad, si se estudian detenidamente las actas y se ve lo que en muchas sesiones tuvieron necesidad de tratar, se comprende que el secreto, del que nosotros no somos partidarios, estaba en cierta parte justificado.

El día 3 de Noviembre, á las cuatro de la tarde, falleció el diputado por Cataluña don Ramón Sánz. ¡Triste efecto causó en todos sus colegas la noticia, así por la pérdida del compañero como por la gravedad de la epidemia; pero las Cortes prosiguieron serenas y animosas sus nobles tareas!

Desde las primeras sesiones se marcaron los partidos en que se dividían las Cortes, liberales, serviles y americanos.

Tratemos de investigar el origen de estos nombres.

Según un historiador célebre (1), á los amigos de las reformas los apellidó el pueblo *liberales*, por usar ellos con frecuencia esta calificación para la defensa de sus principios ó ideas.

El nombre de *servil* parece que provino de que un poeta ingenioso (2), retratando á uno de los diputados del grupo tradicionalista, le dió el epíteto insultante de *ser-vil*. que, sin embargo, se hizo bien pronto popular, demostrando así el estado de la opinión contra el bando antireformista.

Conozcamos la opinión de otro historiador notable (3):

«El ramo de Hacienda fué uno de los primeros temas de las Cortes, y el público, al ver que los tradicionalistas abogaban siempre por la conservación de todo el desconcierto administrativo, valiéndose de argumentos vulgares y *serviles*, mientras los reformistas los embestían clamando por su reforma y apelando á la censura pública para enmendarlos, encabezando su despejo con el ejemplo de la rebaja voluntaria de sus señalamientos, observando su *liberalismo*, vitoreó, desde luego, sus dictámenes, y desde aquel punto la voz *liberal*, aplicada al pronto en el concepto de generoso, trascendió á denominación política, y contrapuesta á la de *servil*, que cupo á los defensores de toda especie retrógrada.»

En cuanto al partido *americano*, bastará decir, para explicar su nombre, que estaba compuesto en su mayoría de hombres nacidos en nuestras antiguas colonias, y cuyos trabajos en las Cortes se encaminaron más principalmente en favor de América.

Digamos algo acerca de los principales hombres de estos partidos.

Eran los liberales un grupo de atletas, de hermosa palabra, de altos pensamientos, de ideas progresivas.

A su cabeza figuraba D. Agustín Argüelles, tribuno elocuente, oportuno, brillante, cuya palabra convencía y arrastraba tras de sí hasta sus mismos adversarios.

D. José María Calatrava, orador de mucha nota, especialmente tratando los asuntos de legislación.

D. Evaristo Pérez de Castro, joven diplomático de tan fácil y elegante palabra como elevados pensamientos.

D. Isidro Antillón, insigne geógrafo y astrónomo, quien no vacilaba en declarar que prefería el nombre de ciudadano á todos los títulos del mundo.

D. Manuel García Herreros, célebre abogado de Soria, orador ardiente, de vasta instrucción, franco, severo, desenfadado.

D. Antonio Porcel, secretario del Consejo y Cámara de Indias, hombre de brillante oratoria.

El conde de Toreno, á quien las Cortes dispensaron la falta de edad por sus grandes trabajos en pro de la Independencia, joven de palabra fogosa, patriótica, apasionada.

Y al lado de estos los eclesiásticos:

D. Diego Muñoz Torrero, canónigo de Villafranca, catedrático y rector de la Universidad de Salamanca, hombre de vastos conocimientos, tolerante carácter, costumbres austeras, ideas liberales, apellidado por algunos el Crisóstomo de nuestro siglo.

(1) Chao.—*Historia de España.*

(2) D. Eugenio Tapia.

(3) Marliani.—*Historia política de la España moderna.*

© Biblioteca Nacional de España

D. Juan Nicasio Gallego, racionero de la catedral de Murcia, poeta distinguido, orador enérgico, cáustico, temible.

D. Joaquín Lorenzo Villanueva, canónigo de la catedral de Cuenca, poeta, erudito, sabio.

D. Manuel Luján, presbítero y diputado por Extremadura, el defensor de las sesiones públicas y de la libertad de imprenta.

D. José Espiga, arcediano de Benasque, de palabra elocuente y hombre de extraordinaria ciencia.

D. Antonio Oliveros, presbítero, diputado por Extremadura, tan enemigo del despotismo como amante de la libertad.

Seguían á estos ilustres varones Capmany, Díaz Caneja, Aguirre, Golfín, Navarro, Porcel, Espiga, Ruiz Padrón y otros, verdadera pléyade de hombres insignes.

Los tradicionalistas ó *serviles* tenían á su frente al cardenal Iguanzo, al ex-relator Sr. Gutiérrez de la Huerta, al intendente D. Pablo Valiente, al canónigo doctoral de Urgel D. Jaime Creus, al capellán y confesor del rey D. Blas Ostolaza, cuya oratoria, un tanto chavacana, desdecía mucho de aquel ateneo de sabios, á Morales Gallego, Borrull y Aner.

Entre los dos, é inclinándose siempre á las soluciones liberales, por más que su carácter local entorpecía un poco el franco juego de los dos partidos de principios (1), el grupo de *americanos,* liberal en su casi totalidad.

Figuraban á su cabeza D. José Mejía, catedrático de Quito, en el reino de Nueva Granada, orador tan brillante como sagaz; los ilustres profesores Morales Duárez y Florencio Castillo; el presbítero y catedrático D. José Gordoa y Barrios; el marino Power; Leira, Feliú, Gutiérrez de Terán, Alcocer, Larrazabal, Arispe, Castillo y otros distinguidos pensadores.

Y es un hecho que merece consignarse el liberalismo de que tantas pruebas dieron los eclesiásticos, que en gran numero se sentaban en las Cortes, debiendo ser citados el ilustre Muñoz Torrero, proclamando el dogma de la Soberanía Nacional; el canónigo señor Villanueva, que pidió la reclusión en un monasterio del obispo de Orense cuando éste se negó á jurar, y la oposición del presbítero Sr. Luján á la petición del diputado señor Bárcenas de que se exceptuase de la venta de la plata de las iglesias la necesaria para el culto, añadiendo:

«Si Dios nos da la deseada paz, el Erario podrá resarcir á la Iglesia de esta pérdida.»

La libertad de imprenta.

Una de las discusiones más importantes de las Cortes fué la entablada sobre la libertad de imprenta; y en extracto, porque otra cosa nos es imposible, vamos á dar á conocer los discursos de sus partidarios y de sus impugnadores.

A propuesta de D. Agustín Argüelles y D. Evaristo Pérez de Castro, nombraron las Cortes, á los pocos días de constituídas, una comisión encargada de proponer los medios de plantearla, la cual presentaba á los doce días, el 8 de Octubre, su dictamen, que apenas estuvo impreso, y á pesar de los trabajos de sus enemigos para diferirlo, se puso á discusión.

Muñoz Torrero (D. Diego).—La materia que tratamos tiene, según yo la miro, dos partes, la justicia y la necesidad. La justicia es el principio vital de la sociedad civil, é hija de la justicia es la libertad de imprenta. El derecho de examinar las acciones del Gobierno es un derecho imprescriptible que ninguna nación puede ceder sin dejar de ser nación.

¿Qué hicimos nosotros con el memorable decreto de 24 de Setiembre? Declaramos los decretos de Bayona ilegales y nulos. Y ¿por qué? Porque el acto de renuncia se había hecho sin el consentimiento de la Nación. ¿A quién ha encomendado la Nación su causa? A nosotros; nosotros somos sus representantes, y según nuestros usos y antiguas leyes fundamentales, muy pocos pudiéramos dar sin la aprobación de nuestros constituyentes. Mas cuando el pueblo puso el poder en nuestras manos, ¿se privó por eso del derecho de examinar y criticar nuestras acciones? . . . . . .

¿Somos acaso infalibles? ¿Puede el pueblo,

(1) Labra (D. Rafael María de).

© Biblioteca Nacional de España

que apenas nos ha visto reunidos, poner tanta confianza en nosotros que abandone toda precaución y se despoje de todo derecho?

Y si no se le concede al pueblo un medio legal y oportuno para reclamar contra nosotros, ¿qué le importa que le tiranice un rey ó cien diputados?

Si al pueblo se le priva de la justa libertad de hablar y escribir, ¿cómo ha de manifestar su opinión?

Si yo dijese á mis poderdantes de Extremadura que se establecía la previa censura de la imprenta, ¿qué me dirían al ver que para manifestar sus opiniones tenían que pedir licencia?

Es uno de los derechos del hombre de las sociedades modernas el gozar de la libertad de imprenta, sistema tan sabio en la teoría como confirmado por la experiencia. Véase Inglaterra: á la imprenta libre debe principalmente la conservación de su libertad política y civil, y de su prosperidad. Inglaterra ha protegido á la imprenta, pero la imprenta en pago ha conservado la Inglaterra.

Si la medida de que hablamos es *justa* en sí y *conveniente*, no es menos necesaria en



D. JUAN NICASIO GALLEGO

el día de hoy. Empezamos una carrera nueva, tenemos que lidiar con un enemigo poderoso, y fuerza nos es recurrir á todos los medios que afiancen nuestra libertad y destruyan los artificios del enemigo. Para ello es indispensable reunir los esfuerzos todos de la nación, é imposible nos sería no concentrando su energía en una opinión unánime, espontánea é ilustrada, á lo que contribuirá muy mucho la libertad de imprenta, y en lo que están interesados los derechos del pueblo y los del monarca...

La libertad, sin la imprenta libre, aunque sea el sueño de un hombre honrado, será siempre un sueño.

. . . . . .

Creo que haríamos traición á los deseos del pueblo, y que daríamos armas al gobierno arbitrario que hemos empezado á derribar, si no decretásemos la libertad de la imprenta.

La previa censura es el último asidero de la tiranía que nos ha hecho gemir por siglos. El voto de las Cortes va á desarraigar ésta ó á confirmarla para siempre.

Creus (D. Jaime).—La libertad que se pi-

© Biblioteca Nacional de España

de es opuesta á la religión católica, apostólica romana, y sería atacarla cuanto se acordase contra los cánones que prohiben la publicación de ninguna obra sin la licencia de un obispo ó concilio.

Mejía (D. José).—Empiezo recordando que la libertad de que se trata se limita á a parte política y en nada se roza con la religión, ni con la potestad de la iglesia.

En las naciones en que no se ha permitido la libertad de imprenta, el arte de imprimir ha sido perjudicial porque ha quitado la libertad primitiva que existía de escribir y copiar libros sin particulares trabas, y si bien entonces no se esparcían las luces con tanta rapidez y extensión, á lo menos eran libres, y más vale un pedazo de pan comido en libertad que un convite real con una espada que cuelga sobre la cabeza, pendiente del hilo de un capricho.

Bárcenas.—Yo amo la libertad de imprenta, pero como reconozco sus males la quiero con jueces que sepan de antemano separar la cizaña del grano. Nada aventura la imprenta con censura previa en las materias científicas, que son las que más importa ejercitarse.

Gallego (D. Juan Nicasio).—Si hay en el mundo absurdo en este género, es el de asentar, como lo ha hecho el preopinante, que la libertad de imprenta puede existir bajo una previa censura. Libertad es el derecho que todo hombre tiene de hacer lo que le parezca, no siendo contra las leyes divinas y humanas. Esclavitud, por el contrario, existe donde quiera que los hombres están sujetos sin remedio á los caprichos de otros, ya se ponga ó no inmediatamente en práctica. ¿Cómo puede, según eso, ser la imprenta libre quedando sometida al capricho, á las pasiones, á la corrupción de otros individuos? ¿Por qué tanto vigor y precauciones contra la imprenta, cuando ninguna legislación los emplea en los demás casos de la vida y en acciones de los hombres no menos expuestas al abuso? Cualquiera es libre de proveerse de una espada, ¿y dirá nadie por eso que se le deben atar las manos no sea que cometa un homicidio? Puede, en verdad, salir á la calle á robar á un hombre, más ninguno, llevado de tal miedo, aconsejará que se le encierre en su casa. A todos nos deja la ley libre el albedrío, pero por horror natural á los delitos, y porque todos sabemos las penas que están impuestas á los criminales tratamos cada cual de no cometerlos.

Argüelles (D. Agustín).—Por el influjo de la libertad de imprenta cayeron de las manos de la nación francesa las cadenas que la habían tenido esclavizada. Una facción sanguinaria vino á inutilizar tan grande medida, y la nación francesa, ó más bien su Gobierno, empezó á obrar en oposición á los principios que proclamaba; el despotismo fué el fruto que recogió. Hubiese habido en España libertad de imprenta, y nuestra nación no hubiera ignorado cuál era la situación política de Francia al celebrarse el vergonzoso tratado de Basilea.

Oliveros (D. Antonio).—¡Qué de horrores no vimos en tiempos de Godoy! ¡Cuánta irreligiosidad no se esparció! ¿Y había libertad de imprenta? Si la hubiera habido, no se hubieran cometido tantos excesos, ni perpetrado tantos delitos sumidos en la impunidad del silencio por miedo á la censura pública.»

. . . . . .

No es posible pintar la sorpresa y la admiración del público en los cinco días que duraron estos debates, pues nadie se explicaba que de una nación víctima tantos años de la tiranía, reducida al silencio, sujeta á la más crasa ignorancia respecto á cuanto pasaba lejos de ella, salieran hombres tan ilustrados, que con tanta elocuencia y tanto brío defendieran una de las más preciadas libertades de todo pueblo culto.

Algunos ingleses que asistieron á estos debates, encantados de la oratoria de nuestros diputados, tomaron al oído los párrafos que hemos copiado, pues todavía no tenían taquígrafos las Cortes.

Al fin se aprobó el proyecto, si bien con ciertas restricciones, tales como la creación de unas *Juntas de censura* en las capitales encargadas de examinar y calificar los impresos denunciados, dejando después á los tribunales la aplicación de las penas, la *Suprema* que debía residir junto al Gobierno, compuesta de nueve individuos nombrados

© Biblioteca Nacional de España

por las Cortes, que á su vez nombraban los cinco que debían componer las de provincias, en las cuales se reservaba al clero dos puestos y tres en la *Suprema*.

El primer artículo, que era el principal por que establecía la libertad de imprenta, fué aprobado por 70 votos contra 32, ó por mejor decir contra 23, pues nueve diputados declararon que sólo la desechaban *por entonces;* los 20 artículos restantes, que trataban de los delitos, penas y trámite del juicio, fueron aprobados con poca discusión, incluso el que sujetaba los escritos sobre materias religiosas á la previa censura de los ordinarios eclesiásticos.

El día 10 de Noviembre de 1810 se promulgó el ansiado decreto, y «cual si de repente—dice un ilustre escritor—se abrieran las compuertas de apretado canal, los periódicos y los libros se extendieron en gran número por toda la Nación.» ¡Ah! es que como ha dicho un eminente publicista «la imprenta ha sido el primer ariete asestado contra la tiranía y será siempre el áncora de la libertad.»

Entre las reformas dignas de mención realizadas por las Cortes en los primeros meses de su instalación, consignaremos:

Un aumento de ejército de 80.000 hombres; el impulso dado á la fabricación de armas; la suspensión del nombramiento para las prebendas elesiásticas, *excepto las de oficio y las que tuviesen aneja cura de almas;* y sólo para España, acordada el 1.° de Diciembre á propuesta de Argüelles, la rebaja de sueldos hasta quedar los mayores en 40.000 reales, exceptuando sólo á los más altos funcionarios del Estado; una visita á las cárceles, sacando de ellas á muchas víctimas inocentes de arbitrariedades y venganzas; y el nombramiento de una comisión para formar un Proyecto de Constitución política, propuesta por Oliveros (23 de Diciembre), y en la cual entraron representantes de todos los partidos.

José y Napoleón.

No es posible desconocer, ni menos negar, que la autoridad del intruso José era casi nula en España, puesto que ni tenía el mando de los ejércitos, ni disponía del gobierno económico de las provincias.

Napoleón era el verdadero rey de España; él enviaba los planes de campaña, él los proyectos económicos, y él, por último, estableció en el año 1810 gobiernos militares en las provincias más allá del Ebro, ansioso de incorporarlas á Francia

José envió á París á su ministro Azanza y al marqués de Almenara protestando de tal medida: ¡tarea inútil! El césar pretendía esas ricas provincias y las tendría: España no debía ser con José más que un Estado feudatario de su imperio.

En vano le escribía José en Marzo de 1809: «Yo no seré nunca más que aquello que mi conciencia me sugiera que debo ser, y vuestro hermano y mejor amigo, el aliado más firme y seguro: un buen francés sobre el trono de España.

Pero creo que la España dominada por la Francia será su enemiga á la primera ocasión, y unida por los lazos de la amistad será tan fiel como yo seré á V. M.

Yo pretendo enlazar esta comunidad de intereses, y para esto es preciso que prontamente se haga conocer á la parte más débil que la más fuerte no pretende hacerla su esclava... Yo no quiero sino aquello que exige mi deber, y lo que este deber exige es que gobierne á los españoles como *á nación libre é independiente*. . . . . .

Yo me encuentro en el segundo período de lo que pueda vivir en el mundo, y á mi edad ya no se cambia de principios. Si V. M. no piensa del mismo modo, mi corona, mal asegurada, está á vuestra disposición. . . .

El mayor general debe reducirse á trasmitir al teniente del Emperador las órdenes de V. M. I. y R. y no tiene que mezclarse en nada con el rey de España. El ministro de la policía de Francia nada tiene que decir al rey de España. Tales son mis principios, y á ellos estoy pronto á sacrificar la corona de España. Yo la conservaré sin tacha, y seré en todos los estados de mi vida lo que he sido hasta la hora presente.»

¡Desgraciado! No vaciló en abandonar el trono de Nápoles y venir á ocupar el de España, sin comprender que en éste no debía ser más que un maniquí, un esclavo que

© Biblioteca Nacional de España

su hermano debía mandar á su capricho. Le cegó el brillo de la corona, y sus ojos no vieron el peligro que iba á correr, pues no era posible unir la fiera independencia de los españoles, sobre los cuales venía á reinar, con la tiranía absoluta de Napoleón; no vió que él, colocado entre dos poderes, entre dos mares bravíos, debía sucumbir al impulso del uno ó del otro, de los españoles si hacía la causa de Francia, ó de Napoleón si defendía á sus nuevos súbditos. Esto sin contar con que era un rey impuesto, y bastaba que de este modo viniera y bayonetas extranjeras le trajeran y sostuviesen para que la altiva y noble España le rechazase.

Más adelante, el 21 de Agosto, escribía José á su esposa:

«No conocen á esta nación; ella es un león que la razón conducirá por la mano, pero no la reducirá la fuerza aunque se pongan en acción para ello un millón de soldados. Todos son aquí soldados si quieren gobernarlos militarmente; todos serán amigos si se conviene en la independencia nacional,



D. AGUSTÍN ARGÜELLES

en las libertades de la nación, en su Constitución y en sus Cortes. Esta es la verdad. Que elijan. El tiempo probará lo que digo. Conserva esta carta porque es profética. Si se piensa de otra manera, si se quieren establecer gobiernos militares, yo no soy propio para sufrirlo; no quiero ser testigo del derrame de sangre entre españoles y franceses; me lavo las manos y no me queda más arbitrio que retirarme. Nada se adelantará, ni menos conseguirá, por medio del rigor, y yo menos que ningún otro.»

A los pocos días recibía de su hermano una carta en que le decía:

«El emperador sólo quiere sumisión y no que sus hermanos se tengan respecto de él por reyes independientes.»

No era posible dudar. Napoleón lo decía claramente. Sus hermanos no debían ser reyes, ni los pueblos, á cuyo frente los había colocado, independientes, sino gobernadores los primeros y vasallos los segundos.

El subsidio del millón de francos que Napoleón le concedió era para atender á la escasez de granos, que por causa de la guerra comenzaba ya á sentirse, y que elevó de 30 á 100 reales el precio de la fanega de trigo. Para prevenir esa escasez se arrancó á los

© Biblioteca Nacional de España

cosecheros cuantos granos poseían, al objeto de formar pósitos, como si el almacenar el grano pudiese hacer que éste aumentase.

Convencido José de que no lograría de su hermano la soñada independencia, trató de emanciparse de su vergonzosa tutela y de entrar en tratos con el Gobierno nacional, para lo cual envió al canónigo de Burgos, Sr. La Peña, hermano del general, haciendo todo género de ofrecimientos á la Regencia si le reconocía como rey de España.

Sin negar nosotros que José comprendió más pronto y mejor que Napoleón y supo estimar en su justo valor el carácter del pueblo español, consignaremos que en su conducta había cierto egoismo, cierta vanidad, cierto orgullo, nacidos de la triste dependencia en que su hermano le tenía, y si buscaba la paz en España y si anhelaba el reconocimiento de su poder, no era por amor á nosotros sino por conveniencia suya.

Recordemos que ya en otra ocasión se dirigió á la Junta Central solicitando igual reconocimiento.

Entonces estaba reciente la actitud equívoca de Napoleón, que ocupaba Madrid, y en cuya mente se agitaban ya las ideas de poseer á España, hasta el punto de que José permaneció aislado en el Pardo, sin que su hermano le llamase, ni menos le consultara para nada.

Ahora José, en vista del ningún resultado de las negociaciones que hizo entablar á Azanza y al marqués de Almenara, en vista del fracaso de sus proyectos, y en vista de la carta de su hermano, según la cual Napoleón exigía de sus hermanos sumisión completa, pensó de nuevo en reconciliarse con la Regencia á fin de alcanzar como rey la independencia de que carecía, y quizás como una advertencia, cuando no como una amenaza á Napoleón.

No es posible engañarse. Si José hubiese gobernado libremente y no sujeto á la voluntad de su hermano, de los ministros de Napoleón y de los generales del imperio, habría podido llegar un día en que se alzase arrogante y fuerte contra su hermano, contando, sino con el apoyo, porque esto era imposible, acaso con las simpatías del país. Ignoramos si Napoleón lo comprendió así, y por esto se opuso á dejarle gobernar y le mantuvo en perpétua tutela, ó si, con estas arbitrariedades de sus ministros y estas crueldades de sus generales, pretendía hacer odioso á José y presentarse un día ante la España como su salvador, ciñéndose la corona y dando en cambio á José la de otro país conquistado por su espada.

Fíjense bien nuestros lectores en la respuesta que á los proyectos de José da la Regencia, traigan á su memoria las palabras de la notable carta del ilustre D. Gaspar Melchor de Jovellanos, cuando anteriormente se dirigió á la Junta Central, y verán en ambas que sobre todos los poderes, por grandes que fueran y por altos que estuviesen, se reconocía la voluntad expresa, enérgica y soberana del país de no admitir ni el rey ni la paz impuestas por el imperio.

Hé aquí la respuesta al Sr. La Peña:

«Ni la Regencia, ni las Cortes, ni José, tenemos fuerza para llevar á cima, cada uno en su caso, negociación de semejante naturaleza. A las Cortes y á la Regencia se las respeta y obedece en tanto que hacen rostro á la usurpación ó invasión extranjera; pero no sucedería lo mismo en el instante en que se alejaran del sendero *indicado* por la Nación.»

Con esta respuesta dieron fin las negociaciones.

Y así terminó el año de 1810.

Napoleón cada vez más empeñado en conquistar España para él.

José cada vez más convencido del triste papel que representaba.

Y España, las Cortes y la Regencia cada vez más resueltas á reconquistar su perdida independencia.

La situación de España.

Reseñemos, siquiera haya de ser muy ligeramente, la situación de España al finalizar el año 1810, y veamos qué había adelantado el coloso del siglo, el *invencible* Napoleón en todo el citado año con los numerosos ejércitos que envió contra la Península al mando de sus mejores capitanes.

Los antiguos reinos de Galicia y Valencia, se hallaban completamente libres de franceses.

© Biblioteca Nacional de España

En Asturias y Extremadura no progresaban sus planes de conquista.

En el Principado catalán el pan que comían las guarniciones francesas de Barcelona y Gerona lo amasaban con su sangre los soldados imperiales, y el formalizar el sitio de Tortosa les había costado cientos de vidas.

Las Castillas, las Vascongadas, Navarra y la Rioja, sin otra defensa que los guerrilleros, resistían valiente y denodadamente á las huestes napoleónicas.

Cierto que los imperiales tenían en su poder á Madrid, Barcelona, Pamplona, Valladolid, Granada, Málaga y Sevilla, pero, ¿las poseían en realidad? ¿Dormían tranquilos en ellas ó tenían que luchar constantemente con las guerrillas en Madrid, que llegaban hasta la Casa de Campo, en que paseaba su rey; en Barcelona con las contínuas conspiraciones de sus habitantes; en Pamplona con nuestros partidarios, que llegaban hasta el pie de sus murallas; en Valladolid con los guerrilleros, que se acercaban hasta la puerta de Santiago?

Digamos algo de sus generales.

Soult, acosado, intranquilo, furioso, vagaba errante de Sevilla á Ronda, y de Ronda al condado de Niebla.

Víctor no podía apretar el cerco de Cádiz... ¡á los once meses de haber intimado la rendición!

Sebastiani pretendió avanzar y fué derrotado en Murcia; quiso retroceder y se encontró con Granada sublevada.

Macdonald se había trocado de general en conductor de convoyes de Francia á Barcelona.

Belliard y Hugo veían nublada su gloria ante el insigne D. Juan Martín el *Empecinado*.

Sus pérdidas.

En el Otoño de 1810 había en los hospitales franceses de España 43.050 enfermos ó heridos, de los que morían diariamente 220, á veces 285, y hasta 430, sin que en el cuadro de que se han sacado estas cifras se halle comprendido el de los hospitales de Salamanca y Ciudad Rodrigo (1).

El ejército francés llegó á contar en el año 1810 con 300.000 hombres de todas armas en la Península.

El ejército español ascendía en el mes de Junio de 1810 á 140.000 hombres, llegando su número á fines del año á 170.000.

Distribuyó la nueva Regencia en 16 de Diciembre la superficie de España en seis distritos militares, comprendiendo en ellos así las provincias libres como las ocupadas, y destinando á la defensa de cada uno otros tantos ejércitos con la denominación de

1.° de Cataluña.
2.° de Aragón y Valencia.
3.° de Murcia
4.° de la Isla de León y Cádiz.
5.° de Extremadura y Castilla.
6.° de Galicia y Asturias.

Añadióse poco después á esta distribución un 7.° distrito que abrazaba las provincias Vascongadas, Navarra y la parte de Castilla la Vieja, situada á la izquierda del Ebro, sin excluir las montañas de Santander.

Bajo la autoridad del general en jefe de cada distrito se mandaban poner las divisiones, cuerpos sueltos y guerrillas que hubiese en su respectivo territorio.

Tratemos la cuestión de los prisioneros.

Historiador francés ha habido—¡valiente historiador!—que ha acusado á los españoles de inhumanos con los prisioneros franceses, y para desvanecer á los ojos de todo espíritu imparcial hasta la más lijera sombra de duda, nos bastará recordar, entre otros muchos actos de los imperiales, el infame asesinato del padre Boggiero y del presbítero D. Santiago Sas, en Zaragoza; lo hecho con Palafox, el defensor de la siempre heróica ciudad, y con D. Mariano Alvarez, el héroe de la inmortal Gerona; el cruxificamiento de los guerrilleros de Porlier, en Palencia, y como hecho más reciente, y más inhumano, si cabe, lo acontecido el 6 de Marzo de 1810, en que habiendo un horroroso temporal arrojado á las playas inmediatas á Cádiz un navío portugués y tres españoles, los franceses tuvieron la cruel satisfacción de incendiarlos con bala roja, gozándose en la muerte de los pasajeros y tripulantes, conducta que repitieron la noche del 15 al 16 y la del 26 del citado mes. ¡Y

(1) Arteche.

© Biblioteca Nacional de España

conste que aquí no se trataba de un pueblo que, cegado por la colera después de un asedio ó de una batalla, hubiese llegado á realizar un acto de crueldad, nunca justo, aunque sí disculpable por las circunstancias, sino de soldados sujetos al rigor de la disciplina, y de oficiales á los que ningún daño habían causado los desdichados que ahogaban tan despiadadamente!

Para salvar los prisioneros franceses del furor de los catalanes y de los hijos de otras provincias, justificado por los actos de crueldad llevados á cabo por los ejércitos napoleónicos, la Regencia los hizo conducir á las Islas Canarias y á las Baleares, y si en la isla de la Cabrera, á que fueron trasladados para mayor seguridad, sufrieron algunas privaciones, no fué por culpa del gobierno español, sino de los vientos, de la falta de buques y hasta de los víveres necesarios para un número tan excesivo de hombres, y que, sin embargo, se les enviaron con cuanta regularidad permitieron las circunstancias, privando á nuestros ejércitos de esos recursos, que, por culpa de los franceses, tanto iban escaseando en toda España, como lo demuestra la falta de raciones que tuvo el ejército de Wellington, nuestro aliado.

No sufrieron esas soñadas privaciones, pero, á la verdad, las tenían bien merecidas ejércitos que, á título de amigos, habían invadido nuestro país, y por traición se habían apoderado de nuestras mejores plazas de guerra y de nuestras más importantes ciudades y tan cruelmente se portaban.

¡Compárese la conducta de los franceses con la de los españoles, y digan los hombres severos, imparciales y rectos de todos los países, de parte de quienes están la razón y la justicia!

Resoluciones de las Cortes.

A los pocos días de abiertas las Cortes, en la sesión del 5 de Octubre, propuso el diputado D. Antonio Oliveros la publicación de un diario en que se consignasen los discursos pronunciados en todos los debates que se sostuvieran, nombrándose una comisión, formada por los Sres. Argüelles, Capmany y el mismo Oliveros, idea que pareció quedar en el olvido, hasta que por causa de las discusiones acerca de la libertad de imprenta y graves censuras sobre mayor ó menor parcialidad en el extracto de los discursos, se volvió á insistir en la dicha petición, acordando las Cortes el 11 de Noviembre que de su propia cuenta se publicase un periódico para insertar los discursos tal y como los hubieran pronunciado los oradores, nombrando director del *Diario de las Cortes* al padre fray Jaime de Villanueva, con seis taquígrafos-redactores y cuatro escribientes, pero debiendo examinar las cuartillas antes de darse á la imprenta una Comisión que compusieron Argüelles, Capmany y Creus; acordando también á los pocos días (27 de Diciembre), que al abrirse la sesión se leyese el acta de la anterior, como así se hizo desde el siguiente.

Nombrada, como recordarán nuestros lectores, una comisión encargada de redactar un *Reglamento* para las Cortes, pudo ésta al fin presentar su trabajo en la sesión de 1.° de Octubre, quedando aprobado en la del 4, en calidad de interino el capítulo relativo á las *Discusiones*, volviendo el resto á la comisión para que reformase algunos artículos y tornase de nuevo á presentarlo. La comisión cumplió su encargo, y el día 26, después de una lijera discusión, quedó aprobado el Reglamento, que inmediatamente fué puesto en vigor, si bien con el carácter de interino.

Visto el abandono de la Regencia, que ni siquiera dejó á las Cortes un empleado, en la sesión de 9 de Octubre aprobaron, por unanimidad, una proposición nombrando una comisión de tres diputados para que anunciase la provisión de seis plazas y propusiese de entre los aspirantes en otras tantas ternas los que considerase más aptos para formar el personal de la secretaría del Congreso.

El 5 de Noviembre presentó esta comisión la lista de los propuestos, después de conocer sus méritos y servicios, y en la sesión del 6 quedaron elegidos en votación nominal, oficial primero ó mayor, D. Juan Martínez de Novales; segundo, D. José Gelabert; tercero, D. Juan José Sánchez; cuarto, D. Fausto Eduardo de la Rosa; quinto, don

© Biblioteca Nacional de España

Eduardo Llaguno, y archivero D. Antonio Moreno.

Como quiera que estos individuos procedían de otros centros administrativos adonde continuaban asimilados, se pensó en crearles una situación regular y estable, á cuyo fin se nombró una comisión compuesta de los Sres. García Herreros, Cea y Aparicio, que el 6 de Diciembre presentó su dictamen, confirmando en sus cargos á los nombrados y equiparándolos en sus sueldos á los oficiales de la Secretaría de Gracia y Justicia, nombrándose igualmente algunos escribientes y aumentando el número de dependientes de las Cortes á doce, á las órdenes del inspector del edificio. Todo lo cual fué aprobado, no sin alguna viva oposición por parte del diputado Sr. Terrero, que juzgó excesivos los sueldos de 52.000, 40.000, 35.000 y 30.000 reales asignados á los oficiales primeros. Y caso raro y digno de mencionarse, el oficial primero Sr. Novales fué muerto poco después en Cádiz por una granada francesa.

Como uno de los rasgos que mejor pintan las tendencias reformistas y la alta dignidad que del ciudadano tenían formadas las Cortes, referiremos un acto público ocurrido en la sesión del 28 de Diciembre, tomado de un ilustrado y erudito escritor (1):

«Era antigua costumbre que cuando alguna de las partes presentaba la segunda suplicación en cualquier pleito, se le notificase aquélla al rey, y en el día referido se presentó ante las Cortes, como representante de la Soberanía, un escribano de Cámara á hacer una notificación, y al arrodillarse en la barra, como se hacía en casos iguales delante del monarca, levantóse el diputado D. José María de Herrera, abogado de los Reales Consejos, y con él otros muchos, exclamando:—*En pie, en pie; un español sólo debe arrodillarse delante de Dios.*

Era tal el espíritu liberal de las Cortes que esta manifestación fué suficiente para que desde entonces quedase abolido aquel acto de vasallaje, haciéndose después en pie todas las notificaciones.»

(1) Calvo y Marcos.—*Régimen parlamentario de España.*

Cual una expiación á la conducta que la primera Regencia siguió con los individuos de la Junta Central, las Cortes oficiaron á la nueva, disponiendo, luégo de examinada la *Memoria* que habían publicado, que en el plazo de dos meses se presentaran al Congreso á dar cuenta de su administración y conducta.

Así cuando el 17 de Diciembre les participaron las Cortes á los ex-Regentes, por medio del ministro de Estado, Sr. Bardají, que se hallasen dispuestos para salir al punto que se les indicara, Castaños remitió al soberano Congreso una exposición, quejándose de la orden y pidiendo que, ya que no se le conceptuase bueno para mandar, se le ocupase al menos como soldado, á fin de mostrar que era bueno para obedecer.

Los ex-Regentes contestaron diciendo que enviaban á las Cortes el *Diario* circunstanciado de sus operaciones, «que trabajaron con la más escrupulosa puntualidad, y en el cual se halla todo cuanto hicieron y aun pensaron desde el primero hasta el último instante de su gobierno.....»

Diario que no habían publicado como pensaron, «prefiriendo sufrir el desconcepto al riesgo de divulgar especies reservadas, y cuya publicación podría acarrear fatales consecuencias.»

Si los centralistas hubiesen sido rencorosos bien vengados quedaban por las Cortes de la primera Regencia que los dejó atropellar, procesar y hasta encarcelar.

Por consecuencia de la carta que antes copiamos, en la que Fernando solicitaba el *honor* de ser hijo adoptivo de Napoleón, comenzaron á circular por toda España rumores del próximo casamiento de Fernando con una princesa de la familia imperial.

Los diputados no pudieron oirlos impasibles, y todos, liberales, serviles y americanistas, se mostraron igualmente contrarios á semejante enlace, que podía comprometer la independencia nacional.

El diputado liberal, D. Antonio Capmany, presentó en la sesión del 10 de Diciembre la siguiente proposición:

«Ningún rey de España podrá contraer matrimonio con persona de cualquier prosapia ó condición, sin la aprobación de Es-

© Biblioteca Nacional de España

paña, representada legítimamente por las Cortes.»

El Sr. Borrull, absolutista, añadió:

«Los fueros de Sobrarbe y de Castilla prohibían á los reyes resolver ningún asunto grave sin la aprobación de las Cortes, y de otro modo los declaraban nulos y de ningún valor.»

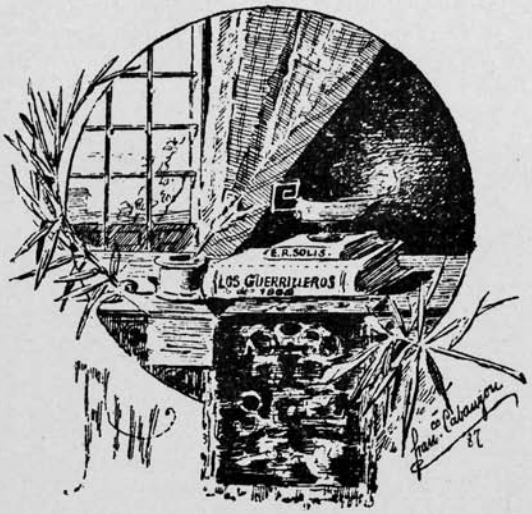
El Sr. Valiente, aunque absolutista también, llegó á decir:

«Si Fernando se presentase con una princesa para sentarse en el trono, las Cortes acertarían en determinar que no fuese admitido, porque este matrimonio de ningún modo puede convenir á España. Sea ó no casado Fernando, nunca le admitiremos como no sea para hacernos felices.»

El liberal Sr. García Herreros, hombre de vasta instrucción, de carácter severo y enérgico temperamento, dijo:

«Según la ley 29, título II de la partida 3.ª, si el rey jurase alguna cosa que sea en daño ó menoscabo del reino, «non es tenido el guardar tal jura como esta.» Se ve, pues, que en todo tiempo la Nación y la ley han sido superiores al rey. Los que así no lo crean convénzanse que han nacido para esclavos y no para ser miembros de esta Nación que jamás reconocerá otras obligaciones que las que ella misma se imponga.»

Pronto veremos la noble resolución de las Cortes.



DEL TOMO PRIMERO.

© Biblioteca Nacional de España

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS Y SUMARIOS DE LOS CAPÍTULOS

Cuaderno I.—El primer guerrillero.

Madrid en 1808.—El 19 de Marzo.—Historias pasadas.—España gobernada por Napoleón.—La Causa del Escorial.—Juicio de la época.—El motín de Aranjuez y D. Manuel Godoy.—Napoleón dueño de España.—La familia real en Bayona.—La silba á Murat.—Preliminares.—El 2 de Mayo.—El primer guerrillero.

Cuaderno II.—Patria y Libertad.

El grito de Independencia.—Asturias.—Santander.—Galicia.—Las Castillas.—Cartagena y Murcia.—Valencia y las Baleares.—Aragón.—Andalucía y Canarias.—Extremadura.—Cataluña.—Las Vascongadas.—Cobardía y heroismo.—España y Francia en 1808.—Las guerrillas.—Miqueletes, somatenes, mozos de escuadra y miñones.—Juan Martín (El Empecinado).—El Cura Merino.—Nuevos campeones.—El rey José.—Patriotismo.—Opiniones sobre España.—¡Victoria!

Cuaderno III.—Los Invencibles.

El Bruch.—Salvajismo.—Los patriotas andaluces.—Entusiasmo.—El primer sitio de Zaragoza.—Expedición contra Gerona.—D. Juan Tapia y D. Julián de Pablos.—Asalto de Roa.—Ataque de Moncey contra Valencia.—Las Cortes de Bayona.—Cuenca y Rioseco.—Bailén.—Madrid libre de franceses.—Nueva expedición contra Gerona; Clarós, Milans y Manso.—Heroismo español.—Proclamación de Fernando.—Operaciones militares.—Alzamiento de Bilbao y Tolosa.—Guerrilleros de Navarra, Rioja y Santander.—Sitio de Rosas.—Más guerrilleros.—El todo por el todo.

Cuaderno IV.—Napoleón en España.

Blake.—Nuestras derrotas.—La Junta Central.—Vuelta á Madrid.—Doña Teresa Miranda y don José Romeu.—Preparativos de defensa.—Defensa de Madrid.—Extraña conducta de Napoleón.—Nuevas desdichas.—Sucesos de Cataluña.—Saturnino Abuín.—La Junta Central en Sevilla.—Reglamento de Guerrillas.—Muerte del conde de Floridablancá.—El general Moor.—Regreso á Madrid de José Bonaparte.—Batalla de Uclés.—Cataluña.—Derrota de Moor.—Salida de Napoleón de España.—Hechos.—¡Al combate!

Cuaderno V.—Zaragoza.

D. Valero Ripol.—Segundo sitio de Zaragoza.—La Junta Central.—Muerte de Reding.—Guerrilleros catalanes.—Guerrilleros de Castilla.—El Empecinado.—Merino.—Saornil.—Bermúdez *(Pontevedra)*.—D. Juan García.—D. Francisco López.—D. Juan Díaz Porlier.—D. Bartolomé Amor y D. Francisco Porras.—José y la Junta Central.—Fracasos de los generales Víctor y Lapisse.—Insurrección de Galicia.—Guerrilleros gallegos.—Junta de Lobera.—Sitio de Vigo y cerco de Tuy.—D. Antonio Gago.—Paralelo.

Cuaderno VI.—La Campaña de Talavera.

Wellington.—Batalla de Talavera.—Guerrilleros de Extremadura.—Guerrilleros de Toledo y la Mancha.—Ataque de Astorga.—Batallas de Tamames, Ocaña, Medina del Campo y Alba de Tormes.—Guerrilleros de Guadalajara, Madrid, Cuenca, Soria y Segovia.—Guerrilleros de Valladolid, Zamora, Palencia, Salamanca, Burgos y Avila.—El niño mártir.—Un nuevo ejército: batallas de Alcañiz, María y Belchite.

Cuaderno VII.—Heroísmo contra barbárie.

D. Ramón Gayán.—D. Felipe Perena.—D. Mariano Renovales.—Levantamiento de los valles del Roncal y Ansó.—D. Miguel Sarasa.—D. Domingo Lobera.—El Beneficiado de Laguarres.—D. Francisco Vinós.—D. Santiago Manuel Pérez.—D. Pedro Villacampa.—El alcalde de Illueca.—D. Domingo Sabirón.—Romeu y Peñaranda.—Una carta inesperada.—Segundo sitio de Gerona.—D. Mariano Alvarez.—Honores á Gerona.—Conducta de la Junta Central.—Heroismo contra barbárie.

Cuaderno VIII.—España por las guerrillas.

Guerrilleros catalanes.—Baget.—Clarós.—Malet.—Casavona.—Buach.—Doctor Rovira.—Llovera.—Doña Susana Claretona.—Felonch.—Manso.—Llanos.—Gotti.—Merles.—Vendrell.—Jordá.—Porta.—Palou.—Berot.—Franch.—Nuevos héroes.—Guerrilleros de Vizcaya.—D. Juan F. Echevarri.—D. Juan José de Abecía.—Mendizábal.—Guerrilleros de Navarra.—Javier Mina.—D. Francisco Espoz y Mina.—Marañón *(El Trapense)*.—Fornabar.—Guerrilleros de la Rioja.—

© Biblioteca Nacional de España

D. Ignacio A. Cuevillas.—Cuevillas (hijo).—Campillo.—Zurbano.—Fray Jacobo Alvarez.—Arbizu.—D. J. Gómez (*Miñarro*).—Los curas Tapia y Cenzano.—D. Ramón de Corres.—El canónigo Alfaro.—Orué.—Pérez.—Salazar.—Don Francisco F. de Castro.—D. Ignacio Narrón.—Guerrilleros de Santander.—D. Pedro G. de Soto.—D. Andrés M. del Río.—D. Juan Obeso (*Recio*).—D. Manuel Colmenares.—Guerrilleros de Soria.—Barón de Pallaruelos (hijo).—Guerrilleros de Zamora.—D. Juan Mendieta.—D. Mateo Domingo.—Losada.—Echevarría.—El gobierno del intruso.—¡Qué bajeza!—Recapitulemos.

Cuaderno IX.—La invasión de las Andalucías.

Andalucía.—Fuerzas militares de España.—La Junta Central y la Regencia.—Sierra Morena.—Entrada de los franceses en Sevilla.—Bloqueo de Cádiz.—Los Regentes y los Centralistas.—Entrada de los franceses en Málaga.—Nueva Junta de Cádiz.—Navarra.—Javier Mina.—Espoz y Mina.—Cruchaga.—Górriz.—Ayala.—Echevarría.—Cholin.—Zabaleta.—Ladrón de Lumbier.—Pello.—El joven Echarri.—Expedición de Suchet contra Valencia.—Guerrilleros valencianos.—Romeu.—Fray Nebot.—Cataluña.—Levantamiento de 40.000 hombres.—Bloqueo de Barcelona por las guerrillas.—Victorias de Moyá, Mollet y Villafranca.—Sitios de Hostalrich, Lérida, Mequinenza y Monzón.—Manso.—Clarós.—Fábregas.—Perena.—Rovira.—Villacampa.—Gay.—Rambla.—Franquet.—El baron de Eroles.—Sucesos de Asturias y Galicia.—Sitio de Astorga.—Porlier.—Escandón.—Acevedo.—Collar.—Mier.—Quirós.—Barrio.—Santander.—Campillo.—Provincias Vascongadas.—Longa.—Abecía.—Jáuregui.—Echaluce.—Zumalacárregui.—Aróstegui.—Cádiz.—Sus obras de defensa.—Llamamiento de la Regencia.

Cuaderno X.—Nuevos campeones.

La serranía de Ronda.—D. J. S. Valdenebro.—D. Andrés O. de Zárate (*El Pastor*).—D. F. G. Peinado.—D. Juan J. Barranco.—El alcalde de Montellano.—D. Gaspar Tardío.—El alcalde de Otívar.—D. Simón Benítez.—Ejército del Centro.—Guerrilleros de Murcia.—Ejército de la Izquierda.—Paisanos de Alcántara.—Un tribunal de honor.—Paisanos de Badajoz.—Organización del ejército español.—Acción de Cantaelgallo.—Decreto de la Regencia.—D. Celedonio Durán.—D. Bernabé Cabezas.—Guadalajara: El Empecinado, Isidro, Luzón, Mondedeu, Sardina, Abuín.—Dionisio Isidro.—Pascual R. y Miravete.—Don José Bouzas.—D. Raimundo Hernando.—Don Luis Gutiérrez.—D. S. González.—Madrid: don Casimiro Moraleja.—D. Justo Prieto.—D. Fernando Garrido.—El Fraile.—Cuenca: D. José M. de San Martín.—Toledo: D. Juan Palarea.—D. T. Bustamante.—Doña Carolina Martín.—Doña Francisca de la Puerta.—D. B. Torres.—El Viejo de Seseña.—Ambrosio Carmena (*El Pellejero*).—La Mancha: D. Ventura Jiménez.—Don Juan Gómez.—Adame (*El Locho*).—Francisquete.—Almarza.—Díaz.—Eguía.—Cañizares.—Vélez de Guevara.—D. Francisco Ureña (*El Cura*).—D. Francisco Abad (*Chaleco*).—D. Manuel Pastrana (*Chambergo*).—Orovio.—Laso.—D. A. Fernández.—El Capuchino.—Vélez y Negrillo.—Rioja: Corres.—Amor.—Fray Jacobo Alvarez.—Cuevillas.—Salazar.—Burgos: Merino.—Valladolid: Príncipe.—Cordero.—Fornel.—García.—Aguilar.—Cerezo.—Olivera.—El Cura Violado.—Bando de Kellerman contra las guerrillas. Saornil.—Zamora: Echevarría.

Cuaderno XI.—Las Cortes de Cádiz.

Salamanca.—D. Julián Sánchez.—D. Antonio Temprano.—Soria.—D. José Joaquín Durán.—Joaquín de Pablos (*El Capitán Julián*).—Palencia.—D Juan Tapia.—D. Santos Padilla.—D. Mateo Villaverde.—D. Juan Abril.—Segovia.—Don Juan Abril.—El General Copons en el condado de Niebla.—Expediciones del general Lacy.—Batalla de la Hoya de Baza.—Cádiz.—Málaga.—D. José Villalobos.—Diego del Castillo.—D. José de Aguilar.—D. Lorenzo Acevedo.—D. Alonsó Ventura Mena.—D. Angel Rabago.—D. José Fajardo.—D. Salvador García.—D. Juan Guerrero.—D. Cristóbal Lagos.—D. Francisco Gómez.—D. Juan José Barranco.—D. Roque Gallego.—Luis Negro.—D. Antonio Guerrero.—D. Antonio Dios.—D. Agustín Esteban.—D. Pedro Cortés.—D. Sebastián Tinoco.—D. José Ruíz Falcón (*Juan Soldado*).—Granada.—El Alcalde de Valor.—Giraldo.—Almería.—El Alcalde de Dalias.—Santaella.—Cádiz.—D. Pedro Zaldívar.—D. Miguel López.—Palmetín.—D. Antonio Veas.—Sevilla.—D. Salvador Sierra.—El Mantequero.—Córdoba.—D. Lorenzo Díaz (*El Cojo*).—D. Juan Antonio Mármol.—D. Juan Lorenzo Rey.—Don Mariano Rodríguez.—Jaén.—D. Jerónimo Moreno.—D. Pedro Alcalde.—Uribe.—D. Juan Franco.—D. Mateo Gómez.—D. Antonio Calvache.—El reverso de la medalla.—Historia de un viaje.—Convocatoria de las Cortes.—Forma de elegir los diputados.—La apertura de las Cortes.—Conducta de la Regencia.—Declaración de la Soberanía Nacional.—Insurrección de America.—Juicio de la Regencia.—Las Cortes, sus partidos y oradores.—La Libertad de imprenta.—José y Napoleón.—La situación de España.—Resoluciones de las Cortes.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



